ANDRES BELLO

OBRA LITERARIA



PROLOGO

LAS MUSAS Y EL ESTUDIO

La gran porción de la tierra que habla castellano en un grupo de "naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes", en el viejo y en el nuevo mundo, ha proclamado la obra de Andrés Bello (Caracas, 1781 - Santiago, 1865), como uno de los aportes fundamentales a la acción definidora y civilizadora en el mundo contemporáneo, desde la época de la Emancipación hispanoamericana hasta nuestros días. Si en vida, el magisterio de Bello, ejercido principalmente desde la República de Chile a partir de 1829 hasta su muerte, fue ampliando progresivamente su influencia más allá de las fronteras chilenas en las sociedades hispanoamericanas y en la misma España, hoy día lo vemos consagrado como el Primer humanista de América, en la denominación que se me ocurrió darle en uno de mis primeros libros, publicado en Buenos Aires, en 1946. La inmensa tarea que se echó sobre sus hombros en favor de la educación de sus hermanos del Continente cuajó en la conciencia de los pueblos americanos, hasta ser considerado actualmente como modelo y ejemplo para la forja de la cultura propia.

Correspondió la infancia y juventud de Bello a las últimas tres décadas coloniales hasta 1810 y, luego, compartir el período de la Independencia, cuando los países integrantes del extenso dominio colonial español, lucharon para lograr la afirmación del ser nacional y se constituyeron en sociedades emancipadas. Lograda la independencia política, los nuevos estados debían crear por su propia cuenta las bases de organización política, social, jurídica, cultural, administrativa y económica, en el ámbito de cada nación y en el orden internacional, con nuevas normas y nuevas gentes que no habían participado hasta el momento en la dirección de los asuntos públicos. Decididos, además, por los principios de ordenación republicana, no tenían otro precedente que el sistema norteamericano, de espíritu distinto al que requerían las comunidades de origen hispánico. Los hombres de 1830 se enfrentaron a una tarea

gigantesca, a la que dedicó Bello, con fervoroso ahínco su extraordinaria capacidad. Las necesidades de las nuevas naciones planteaban una pluralidad de problemas que debían acometerse en toda su amplitud y complejidad a fin de dar carácter, fundamento y sentido a lo que acordasen los nuevos estados. De ahí que emprendiera su labor poligráfica en variados campos de acción intelectual y veamos la impresionante gama de materias a que dedicó Bello su obra civilizadora: creador de la administración pública, legislador, periodista, gramático, jurista, literato, internacionalista, crítico, historiador, filósofo, divulgador científico, en una palabra, educador en su más amplio significado, y, específicamente como maestro, llegar a ser el refundador del centro de enseñanza, que fue la Universidad de Chile.

Tamaño propósito, exigido a una sola vida, hubiese excedido las fuerzas de cualquier hombre común, pero Andrés Bello, quien había iniciado sólidamente su preparación en los últimos treinta años del régimen colonial en la ciudad de Caracas y había ampliado el horizonte de sus meditaciones en casi veinte años de residencia en Londres, regresó a suelo americano casi de 50 años de edad en condiciones excepcionales para intentar la obra que le ha consagrado como patriarca de la civilización de la América española.

Nos toca ahora presentar al literato (poeta, crítico y lingüista), faceta de difícil separación de la obra conjunta de Andrés Bello. Quien proclamó en el momento más solemne de la existencia, el de la inauguración de la Universidad de Chile el 17 de septiembre de 1843, a los 62 años de edad, en la plenitud de su fuerza intelectual, que "todas las verdades se tocan, desde las que formulan el rumbo de los mundos en el piélago de los espacios... hasta las que dirigen y fecundan las artes"; quien se preguntaba a continuación, al plantearse *los adelantamientos en todas las líneas*, "¿A qué se debe este progreso de civilización, esta ansia de mejoras sociales, esta sed de libertad? Si queremos saberlo, comparemos a la Europa y a nuestra afortunada América, con los sombríos imperios del Asia, en que el despotismo hace pesar su cetro de hierro sobre los cuellos encorvados de antemano por la ignorancia, o con las hordas africanas, en que el hombre, apenas superior a los brutos, es, como ellos, un artículo de tráfico para sus propios hermanos. ¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil? ¿no fueron las letras? ¿no fue la herencia intelectual de Grecia y Roma, reclamada, después de una larga época de oscuridad, por el espíritu humano?".

Es claro, pues, que las letras son a juicio de Bello, el centro, eje y fuerza motriz de lo que denominamos cultura, en su significado integral y totalizador.

A la aprehensión y ejercicio de la creación literaria —como porción del concepto "letras"—, entregó, con entusiasmo, alegría y perseverancia, la poderosa atención de su talento. Las bellas letras, la obra literaria, fue una continua devoción en Bello, aunque consciente de que no era más que dedicación parcial. Ya en Caracas, en la oportunidad de aspirar al cargo de Oficial II de la Capitanía General, en 1802, a sus 21 años de edad, consta el testimonio relativo al joven Bello, por parte del Secretario de la Presidencia de la Capitanía, Don Pedro González Ortega: "...se ha dedicado por su particular aplicación al de la bella literatura con tan ventajoso éxito que la opinión pública y de los inteligentes le recomiendan como sujeto que tiene las cualidades necesarias para ser útil al real servicio en esta carrera, aun en cualquier otra que se le destinara".

En su primera mocedad el culto a la creación literaria había prendido en el alma del caraqueño en forma tal que con sus escritos había adquirido firme prestigio en la sociedad de la Caracas colonial, tan distinguida con notables escritores.

Será siempre muy parco Andrés Bello para hablar de sí mismo. Pocas referencias autobiográficas hallamos en su extensa obra escrita, pero en la correspondencia es posible encontrar algunas indicaciones, acerca de lo que significó en su vida el cultivo de la literatura. De los varios testimonios, escojo algunos que nos señalan su vocación por la prosa y el verso.

Por ejemplo, en 1824, a los 43 años de edad, cuando había empezado a dar en la *Biblioteca Americana*, poesías y artículos de crítica, le escribe a Pedro Gual: "...he cultivado desde mi niñez las humanidades: puedo decir que poseo las matemáticas puras...". "Ud. no ignora mis antiguos hábitos de estudio y laboriosidad, y los que me han conocido en Europa, saben que los conservo y que se han vuelto en mí, naturaleza". "He pasado una vida laboriosa, pero en medio de mis afanes he tenido buenos amigos aun entre la clase más distinguida de este país; he disfrutado los placeres de la vida doméstica, aunque interrumpidos a veces por las pensiones de la humanidad; y *he hurtado a mis ocupaciones no pocos ratos para dedicarlos a las musas y al estudio*". Confesión paladina de cómo perseveraba en la vocación por la literatura.

En otro texto, recién localizado, consta la explicación rotunda de su concepto de poeta, en el sentido de que para serlo requiere necesariamente una entrega total, que no fue ciertamente el caso de Bello. En carta a Juan María Gutiérrez, literato argentino de notable personalidad, le escribe Bello desde Santiago, en 1845, a los 64 años de edad:

> Siento mucho que Ud. se vea también por falta de tiempo en la necesidad de decir adiós a las musas; pero la verdad es que estas divinidades son celosas y no se contentan con ratos perdidos o robados a otras ocupaciones; no gustan de dividir su imperio y quieren al hombre todo entero.

> Yo no recuerdo ningún poeta de primer orden que haya sido otra cosa que poeta. El gran mundo, el bullicio de los negocios, y sobre todo de los negocios públicos, tan favorable a la oratoria, no lo es para la poesía, que gusta de la contemplación, aun en el seno de la sociedad. Y si aun las altas combinaciones del gabinete y de los ejércitos la ahuyentan, ¿qué será el fastidio y la monotonía de una oficina subalterna, el ideal de la prosa? Dumas, si no me equivoco, hizo sus primeros ensayos en una secretaría; pero cumplió muy mal con sus obligaciones y fue despedido.

Es bien conocido el incidente de Alejandro Dumas (1802-1870), quien en 1823 había fracasado como copista en la cancillería del Duque de Orleans.

No obstante estas radicales afirmaciones de Bello, en cuanto a haber podido dedicar a las letras algunos ratos, perdidos o robados a otras ocupaciones, la creación literaria fue deliciosa ocupación y gratísima entrega, como lo manifiesta en el Discurso inaugural de la Universidad de Chile, en 1843, al referirse a las recompensas y consuelos que brindan las bellas letras, en un rasgo excepcional de confesión íntima.

> Yo mismo, aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios, saborearme con sus goces, adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan todavía algunos matices al alma, como la flor que hermosea las ruinas. Ellas han hecho aún más por mí; me alimentaron en mi larga peregrinación...

Así, con la premisa de hallarnos ante un escritor persuadido del valor espiritual que para la existencia ha representado la poesía y la prosa literaria, a pesar de no haber sido exclusivo quehacer, pues tuvo que atender a otra misión del destino, entramos en la glosa de la faceta literaria de Andrés Bello.

AÑOS DE APRENDIZAJE

Los veintinueve primeros años de Andrés Bello en Caracas (1781-1810), corresponden al tiempo de educación escolar hasta el grado de Bachiller en artes, recibido en 1800 en la Universidad. Es la etapa de su formación literaria, con abundantes lecturas; el trato con los hombres de letras más sobresalientes de su época; el estudio de las fuentes de la cultura clásica y coetánea; y la elaboración de sus primeras obras en verso y en prosa. Al mismo período debemos situar sus primeras experiencias en el desempeño de un notable puesto público en la Capitanía General de Venezuela, en varias instituciones y en cargos significativos como el de la redacción del primer periódico venezolano, la *Gazeta de Caracas*, con la que se iniciaba el uso de la imprenta en el país, lo que suscitó algunas iniciativas, como la nonata revista *El Lucero* y el inconcluso *Calendario Manual y Guía Universal de Forasteros en Venezuela*

para el año de 1810, para cuyas páginas preparó el *Resumen de la historia de Venezuela,* que es la prosa más extensa y valiosa que tenemos de Bello en los años caraqueños. Del mismo modo inició sus investigaciones sobre el idioma castellano y fue adentrándose en el conocimiento de temas filosóficos. Estudió inglés y francés. Todavía más; ejerció el magisterio en clases particulares (tuvo a Simón Bolívar de alumno en lecciones privadas) y se empapó de la visión del trópico en viajes y correrías por distintas partes de Venezuela, imágenes que no habrá de olvidar nunca en los días posteriores de su dilatada vida hasta los ochenta y cuatro años de edad.

Descolló en los estudios de latinista en cuya formación tuvo importante papel Fray Cristóbal de Quesada, mercedario, de la Comunidad del Convento de la Merced, en Caracas, situado frente a la residencia de Bello. El P. Quesada, según los recuerdos y evocaciones de nuestro humanista, ejerció enorme influencia en los estudios juveniles de Bello y como bibliotecario del convento habrá sido consejero tempranero en la orientación de sus lecturas. Es fama que Bello era lector voraz de los clásicos castellanos (Calderón, Cervantes, Lope de Vega, Figueroa, etc.), tanto como de los autores más notables en la lengua del Lacio.

De esta nota esquemática de los años del Bello juvenil se desprende que recibió una preparación amplia y sólida, que le dio ánimo y seguridad para empezar a ensayar su pluma en sus propias producciones. Son los años de ejercicios literarios, años de aprendizaje para arropar su inspiración en el dominio del lenguaje y en el arte de la expresión poética.

Sin duda alguna, se ha perdido —acaso para siempre— una buena porción de composiciones en verso y no será fácil, además, reconstruir todas las prosas que escribió en dicho período. De algunas no tenemos noticia; de otras, que no poseemos, se sabe que existieron.

Se han conservado poemas —que el propio Bello apellidaba "baratijas"— en forma de sonetos, romancillo, romance, égloga, odas, octava y una composición representable. Son las huellas o hitos de un largo adiestramiento, durante el cual se atuvo al magisterio de los grandes autores de la latinidad, Horacio y Virgilio, a través del estilo y expresión de los clásicos castellanos de los Siglos de Oro. Creo haber demostrado en mi estudio *"La elaboración de una égloga juvenil de Bello"*, que el poema *Tirsis, habitador del Tajo umbrío,* con el subtítulo de "Imitación de Virgilio", puesto por el propio Bello, toma como modelo la Egloga II de Virgilio, con algunos temas de la VIII y la X, pero con la poderosa influencia en el lenguaje de la Egloga I, de Garcilaso de la Vega (1501-1536) y la Egloga *Tirsi,* de Francisco de Figueroa (1536-1617?). Para mí, es claro el proceso creador de Bello: la fuente originaria es el texto latino de Virgilio, pero las formas expresivas son debidas al conocimiento de los poemas de Garcilaso y del "divino" Figueroa.

Es más; podemos precisar no tan sólo los poemas y pasajes que Bello ha tenido presentes —en su alma y ante su vista— al escribir la Egloga, sino también el libro en donde Bello conoció la obra de los poetas influyentes. La indicación de la fuente bibliográfica nos la da el propio Bello, pues de él procede, indudablemente, la afirmación de Miguel Luis Amunátegui, al hablar de las tertulias literarias de la Caracas colonial y de la conservación, en archivo, de las producciones que en ellas se presentaban: "Por lo que pueda interesar advertiré que, en esta colección, había muchas églogas, lo que provenía de ser uno de los libros más leídos el *Parnaso español,* de don Juan López de Sedano, donde abundan piezas de este género". La Egloga *Tirsis, habitador del Tajo umbrío* fue presentada en uno de estos certámenes privados, y parece que fue celebradísima, dados los elogios que nos refiere Amunátegui y por los que le tributa Tomás Jesús Quintero, con el seudónimo Thomas J. Farmer, desde Madrid, en 1827 al escribirle a Bello que la sabía de memoria, casi entera [1]. Además Miguel Antonio Caro obtuvo la primera octava [2] del poema y después el texto completo, porque Juan Vicente González había conservado en Caracas una copia del poema. Es decir, puede afirmarse que la Egloga tuvo calurosa aceptación.

En cuanto a la fecha, imprecisa, de la obra de Bello, puede fijarse alrededor de 1805, o sea a los veintitantos años de edad de nuestro poeta. Esta Egloga forma parte de un grupo de composiciones del mismo carácter, de las que es el único resto conservado. Seguramente los contertulios de Bello habrán compuesto también poesía del mismo tenor. Todo ello ha desaparecido al destruirse en 1812 el archivo poético de las referidas tertulias. Estas poesías son obras de aprendizaje, ejercicios de versificación y poetización. Por cuanto que pertenecen al momento formativo de Bello, veinteañero, es importante dilucidar cuáles son los poetas que intervienen de manera más fuerte y decisiva en el desenvolvimiento de la maestría poética de Bello. En este caso, podemos seguirlo paso a paso.

Fundamentalmente, el poema sigue la Egloga II de Virgilio, pero la expresión castellana está elaborada a base de la Egloga I de Garcilaso de la Vega, y la Egloga *Tirsi,* de Figueroa, con la influencia menor de

[1] Thomas Farmer era el seudónimo con que cubría su propio nombre, el caraqueño Tomás J. Quintero (Quintero: Farmer), agente secreto de la Gran Colombia en España, durante los años de la lucha por la independencia. Había ido a Madrid, como Secretario civil del arzobispo Don Narciso Coll y Prat. En su correspondencia, Farmer nos habla de otra égloga de Bello, desventuradamente perdida, *Palemón y Alexis,* cuyo primer verso cita: "Hace el Anauco un corto abrigo en donde".

[2] Reproduce esta primera octava don Marcelino Menéndez Pelayo en el estudio preliminar a la edición de las *Eglogas y Geórgicas de Virgilio,* traducidas por Caro y Félix M. Hidalgo, Madrid, 1897.

otro poema de Figueroa, las *Estancias*. Los tres poemas están recogidos en el *Parnaso Español,* de López de Sedano [1]. Podría argüirse que no es más que la influencia de una fuente común, la de Virgilio, sobre Garcilaso y Figueroa, al mismo tiempo que sobre Bello. Sin embargo, las relaciones entre la obra de Bello y las de los poetas del siglo XVI español, no son exclusivamente temáticas, sino principalmente de ritmo y musicalidad, de expresión castellana, de gusto por un vocabulario semejante, por giros poéticos que no pueden explicarse, de ninguna manera, a base solamente del modelo común latino, sino por la especial delectación en el uso del lenguaje castellano, por la fascinación que Garcilaso y Figueroa ejercerían en el ánimo poético de Bello. Es decir, la castellanización del verso latino ha sido hecha por Bello, pensando en otros poetas eclógicos, esta vez castellanos: Garcilaso y Figueroa. Ello no le quita valor a la obra de Bello por cuanto que sigue teniendo el que debe tener como poema primerizo y como ensayo poético juvenil. Por otra parte, no hace sino ratificar la idea aceptada de su buen gusto y aclara un aspecto de la sólida formación en sus años de estudio.

La elaboración poética de la Egloga de Bello, partiendo del texto de Virgilio, a través de la expresión hispánica de dos clásicos castellanos, conserva, sin duda, cierta calidad poética personal, notable en un poema de juventud.

El mismo Bello nos ha dejado el testimonio de su devoción por los poemas castellanos que son sus guías al escribir la Egloga. En el *Juicio crítico* de don José Gómez Hermosilla, escribe: "Idilio *La Ausencia.* Bellísimo; pero (con perdón del señor Hermosilla) no mejor que cuanto se ha escrito de este género en nuestra lengua; porque, prescindiendo de la primera égloga de Garcilaso, jamás excedida ni igualada en castellano, nos parece superior el *Tirsi,* de Figueroa, que, por estar en el mismo metro, puede más fácilmente compararse con el presente idilio". Este artículo, publicado en *El Araucano* de Santiago de Chile, en 1841-1842, corrobora el entusiasmo que alrededor de 1805 habría sentido en Caracas el autor de la silva *A la Agricultura de la Zona Tórrida.*

Queda algo que quisiera puntualizar antes de pasar al cotejo de los textos. Amunátegui dice que Bello "quitó a la composición (de Virgilio) todo lo que, en el original latino, tenía de repugnante para las costumbres modernas", pues el joven Alexis es sustituido por la joven Clori,

---

[1] Juan José López de Sedano (1729-1801). *Parnaso Español. Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos*..., Madrid, J. Ibarra, 1768-1778; 9 volúmenes, 16 cm. En varias imprentas: 3-9, Madrid, A. de Sancha. La Egloga I de Garcilaso, t. II, pp. 1-15; y la Egloga *Tirsi* y las *Estancias* de Francisco de Figueroa, t. IV, pp. 78-88. Según Ramón Menéndez Pidal, *Observaciones sobre las poesías de Francisco de Figueroa,* en *Boletín de la Academia Española,* 1915, II, p. 303, no es segura la atribución de la Egloga *Tirsi* a Figueroa. Cf., además, J. W Crawford, *The source of a Pastoral Egloga attributed to Francisco de Figueroa,* en *Modern Language Notes,* 1920, XXXV, pp. 438-439.

objeto del amor de Tirsis. Pues bien; esto es también lo que acontece con Francisco de Figueroa, en cuya Egloga, Tirsi ama a la "ingrata" Dafné.

Y pasemos a la comparación de textos[1].

1. La primera octava de Bello presenta la conjunción de la triple influencia de los poemas castellanos. Los cuatro primeros versos:

Tirsis, habitador del Tajo umbrío,
con el más vivo fuego a Clori amaba;
a Clori, que, con rústico desvío,
las tiernas ansias del pastor pagaba.

(*Egloga B*)

son reflejo de dos pasajes de Francisco de Figueroa:

Tirsi, pastor del más famoso río
que da tributo al Tajo, en la ribera
del glorioso Sabeto, a Dafné amaba
con ardor tal...

(*Estancias F*)

Sobre nevados riscos levantado
cerca del Tajo está un lugar sombrio

(*Estancias F*)

2. Los cuatro versos restantes de la primera estrofa de Bello:

La verde margen del ameno río,
tal vez buscando alivio, visitaba;
y a la distante causa de sus males,
desesperado enviaba quejas tales:

(*Egloga B*)

recuerdan muy de cerca la dicción de Garcilaso:

...recostado
al pie de un alta haya en la verdura,
por donde un agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado...
se quejaba tan dulce y blandamente,
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así, como presente,
razonando con ella le decía:

(*Egloga G*)

[1] Identificaré las citas de la siguiente forma: *Egloga G.*, Primera Egloga de Garcilaso; *Egloga F.*, Egloga *Tirsi* de Francisco de Figueroa; *Estancias F.*, *Estancias* de Figueroa; *Egloga B.*, la de Andrés Bello.

así como la de Figueroa:

...lugar sombrío,
....
cuán fresco a la sazón del seco Estío,
adonde de tristeza acompañado,
al son del agua del corriente río,
tan dulcemente Tirsi se quejaba
que los peñascos duros ablandaba.

(*Estancias* F)

Es decir, los ocho primeros versos de Bello denotan la personal asimilación de la manera expresiva de Garcilaso y Figueroa, dentro del común denominador virgiliano que está en los tres poetas. La familiaridad de Bello con dichos poetas españoles es patente, con todo y guardar fidelidad al texto latino. Las restantes similitudes que a continuación anoto, ratifican la conclusión que puede dejarse sentada sólo con la primera estrofa de Bello.

3. En la segunda octava, Bello escribe:

ni teme tanto al buitre el pajarillo,
ni tanto al voraz lobo las ovejas

(*Egloga* B)

Había escrito Garcilaso:

la cordera paciente
con el lobo hambriento
hará su ayuntamiento...

(*Egloga* G)

Del mismo modo:

La fe no estimas de un amor sencillo,
ni siquiera, inhumana, oyes mis quejas

(*Egloga* B)

¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
dejas llevar desconocida al viento
el amor y la fe que ser guardada
eternamente sólo a mí debiera?

(*Egloga* G)

o bien

por ti olvido las rústicas labores,
por ti fábula soy de los pastores

(*Egloga* B)

al lado de

por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario bosque me agradaba:
por ti la verde hierba, el fresco viento...

(*Egloga G*)[1]

4. La cita anterior de Garcilaso, "¿Y tú, desta mi vida ya olvidada...?", está sin duda recordada en el siguiente pasaje de la tercera estrofa de la Egloga de Bello:

Al cabo, al cabo, Clori, tu obstinada
ingratitud me causará la muerte:
mi historia en estos árboles grabada
dirá entonces que muero por quererte:

(*Egloga B*)

y además

porque con este yerro, que algún día
ha de dar fin a mi cansada vida
en este tronco escriba mis querellas,

(*Egloga F*)

5. En la misma tercera estrofa de Bello, hallamos la siguiente similitud:

tantos de quienes eres adorada
leerán con pavor mi triste suerte:
nadie entonces querrá decirte amores,
y execrarán tu nombre los pastores.

(*Egloga B*)

vuelva acaso los ojos y los lea:
o si esto no, serán piadoso ejemplo
a amorosos pastores...

(*Egloga F*)

6. En la cuarta estrofa de Bello, la redacción con todo y seguir muy literalmente el texto latino, reelabora la expresión de Garcilaso:

yo solo, por seguir mi bien esquivo,
sufro el rigor del alto can estivo.

(*Egloga B*)

[1] Es el mismo procedimiento imprecatorio por repetición —anáfora— de la Canción V de Garcilaso, *A la flor de Gnido* ("Por ti, como solía... / Por ti, con diestra mano... / Por ti, su blanca musa... / Por ti, el mayor amigo..."). También figura esta Canción en el *Parnaso Español* de López de Sedano, T. I. pp. 78 y sigs.

ardiendo ya con la calor estiva
el curso, enajenado, iba siguiendo
del alma fugitiva.

(*Egloga G*)

7. El primer verso de la estrofa quinta de Bello

Tú mi amor menosprecias insensata,

(*Egloga B*)

recuerda, sin duda, el verso de Garcilaso:

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?

(*Egloga G*)

Del mismo modo, en la estrofa sexta:

El color, como rosa delicada

(*Egloga B*)

es eco bellista de los versos de Garcilaso:

¿Do está la blanca mano delicada
¡Oh tela delicada...

(*Egloga G*)

8. El verso de la séptima estrofa de Bello:

tendido una ocasión sobre la arena

(*Egloga B*)

tiene el ritmo y el canto del verso de Garcilaso:

Acuérdome durmiendo aquí algún hora...

(*Egloga G*)

9. En la misma estrofa séptima, Bello traduce a Virgilio:

—¡Oh Venus, dijo, de injusticias llena;
lejos de unir las almas, diosa impía,
las divide y separa tu cadena!...

(*Egloga B*)

recordando, ciertamente, la expresión del "divino" Figueroa:

Mas así va: son estos los misterios
de la diosa cruel Reina de Cipro,
que desiguales ánimas y formas
se deleita enlazar con crudo yugo

(*Egloga F*)

10. En la misma octava, dice Bello:

y yo te adoro a ti que me aborreces.

(*Egloga B*)

mientras que Garcilaso, había escrito:

¿Cómo te fui tan presto aborrecible?

(*Egloga G*)

11. En la estrofa octava:

¡Ah! No sé por qué causa amor tan fino
puede ser a tus ojos tan odioso;
cualquier pastor, cuando el rabel afino
escucha mis tonadas envidioso.

(Egloga B)

y en forma paralela:

¡Cuántos pastores, cuántas pastorcicas
amorosas, oyendo mis gemidos,
conmigo consolándome han llorado!

(Egloga F)

12. En la misma estrofa octava:

¿Acaso en julio, o en el crudo invierno,
me falta fruto sazonado y tierno?

(Egloga B)

Siempre de nueva leche en el verano
y en el invierno abundo; en mi majada
la manteca y el queso está sobrado.

(Egloga G)

13. La idea de Teócrito y, más tarde, de Garcilaso, de larga tradición en la poesía pastoril renacentista: la contemplación de la propia imagen en el mar o en el río; está expresada en Bello, a través del estilo de Garcilaso:

ni tampoco es horrible mi figura,
si no me engaño al verme retratado
en el cristal de esa corriente pura; [1]

(Egloga B)

No soy, pues, bien mirado,
tan disforme ni feo;
que aun agora me veo
en esta agua que corre clara y pura
y cierto no trocara mi figura
con ese que de mí se está riendo;
¡trocara mi ventura!

(Egloga G)

14. En la estrofa décima:

Ven a vivir conmigo, ninfa hermosa;
¡ven! mira las Driadas, que te ofrecen
en canastos la esencia de la rosa,
y para ti los campos enriquecen.

(Egloga B)

---

[1] Todavía otro verso de Garcilaso: "Corrientes aguas, puras, cristalinas" *(Egloga G.)*.

Yo dejaré el lugar do me dejaste
ven, si por solo eso te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
ves aquí una espesura...

(*Egloga* G)

15. En la misma estrofa:

Para ti sola guardo la abundosa
copia de frutos que en mi huerto crecen:

(*Egloga* B)

¿No te dieron mis huertos fruta y flores?

(*Egloga* G)

16. En la estrofa decimoprimera:

Acuérdate del tiempo en que solías,
cuando niña, venir a mi cercado,
y las tiernas manzanas me pedías...

(*Egloga* B)

Cruzado con el verso ya citado de Garcilaso "Acuérdome durmiendo aquí algún hora", está presente además:

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores...

(*Egloga* G)

17. En la estrofa decimosegunda:

Entonces era yo vuestro caudillo,
mi tercer lustro apenas comenzado,
sobresaliente en el pueril corrillo...

(*Egloga* B)

¿Cuándo nació jamás por aquí en torno
contienda pastoril, que yo no fuere
elegido juez por ambas partes?
¿Cuándo en fiesta quedé sin algún premio?

(*Egloga* F)

18. En la estrofa decimocuarta:

¿Qué delirio, qué sueño es este mío?
Prender quise a la sombra, atar al viento,
seguir el humo y detener el río

(*Egloga* B)

aunque la idea es más bien calderoniana [1], influencia ya señalada en Bello, hay en estos versos la resonancia de Figueroa y Garcilaso:

Estaba yo diciendo esto no es sueño,
que el sueño es cosa vana y mentirosa:
incierto es su placer, siempre es pequeño.

(*Estancias* F)

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños desdichado!

(*Egloga* G)

19. En la última estrofa de Bello:

¿Qué fruto saco de elevar al cielo
esta continua lúgubre querella?

(*Egloga* B)

se equipara a

por ti me estoy quejando
al cielo, y enojando
con importuno llanto al mundo todo.

(*Egloga* G)

quejarme ahora del cielo es desatino

(*Estancias* F)

20. El verso de Bello:

Ni encender puedo un corazón de hielo

(*Egloga* B)

se empareja con

y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve Galatea.

(*Egloga* G)

21. Los dos versos finales:

Ya baja el sol al occidente frío;
vuelve, vuelve al redil, ganado mío.

(*Egloga* B)

son trasunto, en expresión y ritmo, de la última estancia de Garcilaso:

Al tramontar el sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día
. . . .
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso

(*Egloga* G)

---

[1] "¿Otra vez queréis que vea / entre sombras y bosquejos / la majestad y la pompa / desvanecida del viento?" (Calderón, *La vida es sueño*, III).

En resumen. Sobre el fondo temático de la Egloga II de Virgilio, con algún aditamento de la VIII y X, es indudable que hay una fuerte dependencia de ritmo, musicalidad, giros y aun vocabulario, entre Bello, poeta en formación y en crecimiento, y los dos maestros del clasicismo español: Garcilaso y Figueroa. Al acopio de ejemplos aducidos —unos más y otros menos idénticos y próximos— debe añadirse la consideración de que la tonalidad general del lenguaje de Bello es similar a la de los poetas españoles. No me cabe la menor duda de que Bello tenía muy presentes los versos de Garcilaso y de Figueroa, cuando compuso este ejercicio poético de imitación a Virgilio. Para el pensamiento de Bello, me figuro que la poesía eclógica de Virgilio, a la que dedicaba sus ocios en la tranquila Caracas de comienzos del ochocientos, tendría ya expresión lograda en castellano, en estos dos poemas: la Egloga II, de Garcilaso y la Egloga *Tirsi,* de Francisco de Figueroa. En tal forma, que treinta y tantos años más tarde, en 1841-1842, hemos visto que los menciona y recuerda como las obras más acabadas del género en poesía castellana. ¡Tan firme ha tenido que ser el elevado aprecio en que las tuvo!

Sin seguir fielmente los textos de Garcilaso y Figueroa, viven en la expresión de Bello, porque los habría asimilado. Es decir, formarían parte de su capacidad poética [1].

Este es el hecho importante: el clásico Bello, en sus años mozos, traduce a Virgilio gracias a su dominio del latín, pero el fondo poético lo expresa en el, a su juicio, mejor estilo castellano que ha encontrado en el tipo de composición que está vertiendo del latín a su propio idioma. Con ello asienta sólidamente el fundamento de las futuras creaciones poéticas personales.

A mi parecer, no es desdeñable la conclusión que puede deducirse de la elaboración de la Egloga de Bello, para ilustrar la educación juvenil del más grande poeta americano de la primera mitad del siglo XIX.

Lamentablemente no disponemos de dos trabajos de Bello, que nos habrían dado rasgos adicionales para captar con mayor amplitud los años de aprendizaje de Bello. Me refiero a la versión de la tragedia *Zulima,* de Voltaire y a la del Canto V de *La Eneida,* de Virgilio. Esta última habrá sido un primer ejercicio de Bello, pues la hacía bajo la dirección del P. Cristóbal de Quesada, quien murió en 1796, o sea cuando su pupilo tenía 15 años de edad.

Estimo como muy significativa esta comprobación del camino del aprendizaje en el oficio de escritor que apasiona a Bello en sus años de formación de su estilo poético. Los otros poemas que conocemos de este

[1] Por la misma vía puede aclararse bibliográficamente la influencia señalada por Marcelino Menéndez Pelayo de las *Barquillas* de Lope de Vega, en *A la Nave* de Bello, adaptación del poema horaciano *O Navis, referent*... Las *Barquillas* de Lope están en la *Colección* de López de Sedano, t. I, pp. 100-122.

período ofrecen a primera vista el mismo carácter de iniciación en el dominio de la expresión poética, a base de un profundo análisis de las obras clásicas.

Desde su primera juventud, da el ejemplo Bello de lo que será siempre su consejo constante: *estudio y corrección.*

Años más tarde, en 1827, al comentar en Londres las poesías de José María de Heredia (1803-1839) critica ciertos giros de lenguaje en los poemas del vate cubano, a quien considera excelente, pero que cae en expresiones que son "verdaderos barbarismos en el idioma de las musas". Para evitarlos, escribe, "recomendamos al señor Heredia el *estudio* (demasiado desatendido entre nosotros) de los clásicos castellanos y de los grandes modelos de la antigüedad. Los unos castigarán su dicción y le harán desdeñarse del oropel de voces desusadas; los otros acrisolarán su gusto, y le enseñarán a conservar, aun entre los arrebatos del estro, la templanza de imaginación, que no pierde jamás de vista a la naturaleza y jamás la exagera, ni la violenta".

Descubre en Heredia "toda la abundancia y la valentía de un admirable ingenio, que, con un poco más de *estudio y corrección,* competiría con los mejores poetas de nuestros días, de cualquier lengua y nación que sean".

Tan persistente es tal convicción en el ánimo de Bello, que la repite en 1843, en el *Discurso de instalación de la Universidad de Chile,* al comentar la obra de la constelación de jóvenes ingenios que cultivan con ardor la poesía: "Lo diré con ingenuidad: hay incorrección en sus versos; hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero *la corrección es la obra del estudio y de los años".*

Con estas normas como metas y objetivos, transcurren los años de aprendizaje poético de Andrés Bello en sus días de Caracas, durante los cuales templa su pluma y afina su inspiración, como preparándose para la creación de los grandes poemas que habrá de elaborar desde Londres en la segunda etapa de su existencia.

Si la poesía es la punta de lanza que un escritor esgrime para poner en el mundo su mensaje, en la prosa es donde el estilo se acrisola y nos da acaso con mayor seguridad la medida de la capacidad expresiva de un literato.

Del período caraqueño de aprendizaje, disponemos sólo de una prosa, relativamente breve, datada en 1809-1810, en vísperas de su partida para Londres, que a nuestro juicio es suficientemente indicativa del grado de desarrollo que había logrado Bello en su época de formación. Se trata del *Resumen de la historia de Venezuela,* publicado como parte central del que se considera el primer libro impreso en Venezuela: el *Calendario Manual y Guía Universal de Forasteros en Venezuela para el*

año de 1810, salido del taller caraqueño de Mateo Gallagher y Jaime Lamb, en los mismos días en que Bello partía para Londres, como Secretario de la misión diplomática de Bolívar y López Méndez, enviada a la capital inglesa por la Junta de Caracas, formada el 19 de abril de 1810.

Es bien sabido que el *Calendario* quedó inconcluso, por cuanto que no se alcanzó a reunir la totalidad de los datos que solicitaba Bello, como redactor de la obra, pero, con todo, el haberse preservado la prosa del *Resumen de la Historia de Venezuela* convierte este impreso en un precioso y único testimonio de su período caraqueño.

El escrito de Bello ocupa cuarenta páginas del *Calendario;* las 30 primeras son una síntesis histórica de los siglos XVI y XVII en Venezuela, en la cual sigue principalmente la *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*, de José de Oviedo y Baños. Se puede seguir paso a paso el modelo, que debe haber tenido a la vista, por cuanto con gran frecuencia afloran sentencias y giros reproducidos literalmente. Otras veces la paráfrasis y la síntesis son también fácilmente identificables. Con todo, hay pasajes que han de tener otras fuentes, especialmente al referirse a los sucesos históricos relativos al Oriente del país, en particular a Guayana.

Pero en las diez últimas páginas del "Resumen", desde el párrafo que empieza: "En los fines del siglo XVII, debe empezar la época de la regeneración civil de Venezuela. . ." creo ver otra forma y estilo, claramente más personal. Estimo haber demostrado influencias de Cervantes, en más de un pasaje. Las ideas y el lenguaje cobran mayor altura y, desde luego, ofrecen el interés de hallarnos ante una redacción del joven Bello en su plena expresión propia. Hay fragmentos de gran fuerza poética, con notas e imágenes de viva inspiración, con observaciones basadas en la visión directa. La interpretación de los sucesos desde principios del siglo XVIII, tanto como la caracterización de la población son debidas a la reflexión de Bello. Evidentemente, registra hechos que acaso ha conocido por la tradición oral, pero no me cabe la menor duda acerca de que la mayor parte de los conceptos corresponde a vivencias propias del autor.

El estilo alcanza excelentes cualidades, tanto en la narración y la descripción, que fluyen con notable soltura, como en las partes donde estallan expresiones de profundo lirismo. Como testimonio de la identificación de Bello con la naturaleza del país es superior al que hallamos en las composiciones en verso que de la época de Caracas han llegado hasta nosotros, así como es más rotunda la idea del destino histórico de Venezuela. Está expresa la adscripción espiritual con la tierra, los lugares, las gentes y sus costumbres, entendido el todo como base del ser americano en el trópico. Y en esta comprensión radican a mi juicio, las raíces del nuevo humanismo que alentará para siempre en toda la vida de Bello.

Ante el "Resumen", me pregunto cuál sería la íntima intención de Bello al redactarlo y al propiciar su divulgación. En realidad, es el primer escrito de cierto vuelo que publica en su existencia, si descontamos las colaboraciones periodísticas anónimas como redactor de la *Gazeta de Caracas*. La cuestión fundamental está en respondernos por qué siente Bello el deseo de trazar la historia de Venezuela, siquiera en síntesis apretada. Bello a los 27 años se ve con ánimo de ensayar la breve crónica de la evolución histórica del país, del que está evidentemente enamorado, y, armado de sus lecturas, consigna los hitos precisos del descubrimiento, conquista y población, para remontarse después, a partir de los comienzos del siglo XVIII al intento de explicar las conclusiones de su reflexión y meditación.

He analizado más de una vez los rasgos estilísticos de este primer intento de historia patria, así como el notabilísimo interés que ofrece la comparación del "Resumen", con los poemas que Bello elaborará unos años más tarde en Londres: La silva *A la Agricultura de la Zona Tórrida* y la silva *Alocución a la poesía*. Hay evidentísimas reminiscencias de pasajes de la prosa del "Resumen" en algunas estancias de las silvas, lo que aumenta todavía más la valía de este texto de Bello. Los paralelismos son evidentes, por lo que podemos afirmar sin titubeos que la evocación de añoranza que campea en las creaciones poéticas del humanista en sus días de residencia en la capital inglesa, tienen origen y antecedente en sus conceptos de Caracas, antes de 1810.

A este tiempo —el de la aparición del *Calendario*— pertenece otra iniciativa, acometida con Francisco Isnardi: la edición periódica de una revista, *El Lucero,* que lamentablemente no pasó de proyecto. Ambas empresas han de responder a una misma preocupación, pero el "Resumen" persigue un fin más trascendente: es la obra de una persona que se siente preparada para ofrecer una rápida ojeada al proceso de integración de *su* Venezuela, como estampa en las palabras iniciales del "Prospecto" con que anuncia la publicación: *"La Provincia de Venezuela, debe elevarse al rango que la naturaleza le destina en la América"*.

La prosa del "Resumen" está escrita con goce y alegría. Habrá sido para Bello una grata ocupación, tanto por su propio solaz, como por dar a sus coetáneos sus propias conclusiones: la riqueza y hermosura naturales del país; su progreso con la racional explotación agrícola; y el logro de la mayoría de edad a fines del siglo XVIII, con lo cual Venezuela podía gobernar su propio futuro.

En las virtudes del campo, sobre un suelo fecundísimo, las gentes formadas en el trabajo podían alcanzar cumplidamente el alto rango que la Providencia tenía reservado a Venezuela.

De las investigaciones de Bello sobre el idioma castellano durante el período caraqueño, o sea hasta 1810, se nos ha conservado la importante monografía *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana,* que no publicará sino en 1841, después de tenerla sepultada por más de treinta años, según sus propias palabras. Es un trabajo original, singularísimo, inteligente y profundo, que nos indica haber pasado largas horas de meditación en textos de literatura castellana para reducir a sistema el rico uso de formas y significados del verbo. Tradujo y adaptó al castellano la obra del Abate Condillac, *Arte de escribir con propiedad,* que fue publicado sin su anuencia en 1824 en Caracas. Se ha perdido acaso definitivamente, así como desconocemos la monografía que escribió Bello para un concurso sobre el uso de tres conjunciones, *que, porque* y *pues.*

Todo ello significa que durante sus días juveniles —época de aprendizaje y formación— había dedicado particular atención al estudio de la lengua castellana, campo en el que más adelante habrá de descollar como maestro indiscutible.

El poeta; el prosista —con estilo propio—; y el lingüista se ha manifestado con escritos personales en este fecundo período caraqueño, que va a interrumpirse al incorporarse a la misión que parte para Londres en junio de 1810. Las bases firmes de la obra futura están indicadas en su tiempo de Caracas, cuando por propia exigencia logró forjarse, en un medio propicio, su condición de humanista. Persisten los temas, juicios y reflexiones en sus creaciones posteriores, en Londres y en Chile, pero lo más importante es que su pensamiento y su consideración de los hechos culturales tienen ya claros precedentes en los escritos y en la conducta de esos años de aprendizaje y maduración. Siempre elevado y riguroso en las manifestaciones de su inteligencia; con delicado buen gusto, acaso heredado de su abuelo materno; con sentido de la naturaleza aprendido en las observaciones de la tierra que le vio nacer; todo ello impregnó su espíritu de un modo de ser que no abandonará jamás. Su sensibilidad de poeta ya está definida en Caracas. Su prosa está ya lograda. Los estudios posteriores podrán darle mayor erudición y más amplitud de criterio, pero el fondo legítimo de toda su acción está en la adscripción a las fuentes de cultura rural —las del temple del carácter— que aprendió en Venezuela. La poderosa inteligencia de Bello está en pleno desarrollo cuando los acontecimientos políticos le han de llevar al Viejo Mundo, donde ciertamente dispondrá de otra perspectiva y de otros medios.

El 10 de junio de 1810 la corbeta inglesa *General Wellington* partía de La Guaira hacia el viejo mundo llevando a bordo al futuro Libertador, de casi 27 años, y a un joven humanista, de cerca de 29, quien iba a encontrar en Londres el centro de perfeccionamiento de su sabiduría.

LA PERSPECTIVA DESDE LONDRES

El azar dispuso que sólo por una lamentable circunstancia, se haya conservado la que parece ser la primera carta que Andrés Bello escribió a su madre, Doña Antonia López, desde Londres, al año y cuatro meses de su alejamiento de Venezuela. El bergantín inglés *La Rosa* fue apresado a la vista del Cabo Codera el 3 de enero de 1812, por el corsario particular de Puerto Rico, *San Narciso* (a) el *Valiente Rovira*, el cual entregó su presa a las autoridades españolas, quienes remitieron todos los documentos al Ministerio de la Marina del gobierno peninsular. Constituye el primer testimonio personal de la vida de Bello en Inglaterra, pues el resto de la correspondencia que indudablemente habrá escrito, en particular a Juan Germán Roscio, se ha perdido, acaso para siempre.

He aquí el texto del documento de Bello:

Londres, 30 de octubre de 1811

> Querida madre: Es indudable el ansia que tengo de regresar al seno de mi familia, y entre otros motivos, por la consideración de la estrechez en que las circunstancias de esa provincia habrán puesto a Vmd. y por la imposibilidad en que me encuentro de atender a ello desde aquí, pues no tengo medios de qué disponer, considero que mi regreso será pronto y seguramente no estaré ya 6 meses sin ver a Vmd. Entre tanto, un poco de paciencia, que tras estos días no puede menos de venir un tiempo mejor, más tranquilo y feliz.
>
> Tengo presentes todos los encargos que se me han hecho y no me iré sin ellos como pueda. Deseo que Carlos me escriba individualmente el estado de las cosas en esa, pues probablemente tendré tiempo de recibir una o dos cartas suyas, después de la llegada de ésta a Caracas.
>
> Yo no he tenido enfermedad alguna desde que dejé Caracas, antes, por el contrario, me siento más fuerte y con mejor salud que nunca. Los catarros que solía padecer se me han retirado enteramente, y sólo me repite de cuando en cuando el dolor de cabeza, pero de ningún modo con la fuerza ni con la frecuencia que en Caracas, y no dudo que si estuviese en Inglaterra un año más, conseguiría librarme para siempre de esta pensión. En fin, por la experiencia de 16 meses, creo poder asegurar que este clima me conviene mucho mejor que el de Caracas, y que la navegación es una de las cosas que me hacen más provecho. Por tanto, espero que mi residencia en Inglaterra me habrá producido a lo menos el beneficio de mejorar mi constitución.
>
> Memorias a Florencio, Rosario, Eusebio, Carlos, Josefina y demás de esa; a mis tíos, y a todos mis amigos.
>
> Queda de Vmd. su afectísimo hijo.
>
> *Andrés* (Rubricado)

Al escribir esta carta, Bello llevaba algo más de un año de residencia en Londres, seguramente todavía en el proceso de adaptación a los me-

dios y costumbres de una gran ciudad, en la cual sufría los vivos deseos de retornar a su tierra natal, en la esperanza de que se cumpliese su anhelo en un plazo de seis meses más, como escribe en la carta a su madre. La escasez de medios y la falta de noticias de los suyos aumentaría su angustia, aunque pensase que iba a llegar "un tiempo mejor, más tranquilo y feliz".

Es de imaginarse el asombro de Bello en su primer año de permanencia en Londres: una gran metrópoli; grandes instituciones; un medio social que no podía haber adivinado desde Caracas; el trato con personalidades del mundo político aun en la condición de Secretario de la misión presidida por Bolívar, en entrevistas cuya fe redactó en las actas que conocemos; el encuentro con Miranda, el compatriota universal, en cuya biblioteca desplegó Bello todo su afán de nuevos conocimientos; todo ello habrá formado el conjunto de las impresiones primeras en una comunidad de tan diferentes caracteres. Los sentimientos y las memorias llevan su pensamiento hacia los suyos y alimentan la ilusión de la pronta reincorporación al hogar, donde los suyos debían pasar las incomodidades de tiempos tormentosos.

El estudio y el perfeccionamiento con otros instrumentos de cultura serán, sin duda, la compensación de sus inquietudes en el presente y ante el porvenir incierto. No debía bastarle el mejoramiento de la salud que consigna en su carta.

Trece años más tarde nos ofrece un precioso testimonio autobiográfico en las cartas a su condiscípulo don Pedro Gual. En enero de 1824, le dice: "He cultivado, como Ud. sabe, desde mi niñez las humanidades; puedo decir que poseo las matemáticas puras; y aunque por falta de medios he carecido del uso de instrumentos, he estudiado todo lo necesario para la descripción de planos y mapas. Tengo además conocimientos generales en otros ramos científicos". De este mismo año, tenemos otra carta a Gual, del mes de agosto, en que es más explícito en lo que atañe a sus días londinenses:

> Desde que nos vimos y hablamos la última vez en Caracas, ¡qué multitud de sucesos han pasado por uno y otro! Aquella nuestra última conversación se me representa ahora con la viveza que otras escenas y ocurrencias de la edad más feliz de la vida; todas las cuales reunidas me hacen echar menos a cada paso, entre el fastidio de la vida monótona de Londres, aquel cielo, aquellos campos, aquellos placeres, aquellos amigos; y repetir con el Dante:
>
> *...Nessun maggior dolore,*
> *Che ricordarsi del tempo felice*
> *Nella miseria...*

Bien es que bajo otros aspectos no puedo quejarme de mi suerte. Hasta el presente he podido vivir en Londres, si no con abundancia, en una moderada medianía, y aun he podido mantener una familia, sin saber qué son deudas, empeños, ni ahogos. He pasado una vida laboriosa, pero en medio de mis afanes he tenido buenos amigos aun entre la clase más distinguida de este país; he disfrutado los placeres de la vida doméstica, aunque interrumpidos a veces por las pensiones de la humanidad; y he hurtado a mis ocupaciones no pocos ratos para dedicarlos a las musas y al estudio.

Hasta el año de 1822, me ocupé llevando la correspondencia de una casa de comercio, y dando lecciones de español, latín y griego. En aquella fecha me propuso el Sr. Irisarri que me hiciese cargo de la Secretaría de la legación chilena, que admití con condición de que por este servicio no se me considerase obligado a continuar para siempre en el de Chile, y de que me sería libre en todo caso renunciar este empleo, y solicitar otro, bajo cualquiera de los nuevos gobiernos americanos. Continúo sirviendo dicha secretaría, y he tenido la fortuna de hallar en el Sr. Irisarri no sólo un jefe de muchas luces y talento, sino un amigo indulgente y amabilísimo.

Pero mis gastos domésticos crecen, la idea de serme aquí imposible establecer mis chicos, me aflige y desalienta, y las esperanzas de ascenso bajo un gobierno a quien soy casi del todo desconocido, no son muy lisonjeras. La idea de trasladarme al polo antártico y de abandonar para siempre mi patria, me es insoportable. Por otra parte los años pasan con la velocidad que acostumbran; y un hombre

"Cujus octavum properavit aetas
claudere lustrum",

no tiene tiempo que perder. En esta circunstancia, amigo mío, la necesidad de formar un plan, que corresponda a mis miras y que en lo posible no haga violencia a mis hábitos y a mis inclinaciones, unida a la imposibilidad de realizar ninguno por mí mismo, me obliga a solicitar la ayuda de mis compatriotas y amigos. V. en el alto destino que ocupa puede hacer mucho por mí, y no puede faltarle inclinación a hacerlo, cuando el favorecer a un amigo le proporciona contribuir a un acto de rigurosa justicia. El Gobierno de Colombia no puede ni debe abandonar a un empleado del Gobierno de Venezuela, que, como V. sabe, vino a Londres con un encargo oficial, y que por su conducta no ha desmerecido la protección de uno ni otro. Si en 1810 se me consideraba útil, catorce años de residencia en Londres con la aplicación que V. me conoce, no pueden haber disminuido mi aptitud para el desempeño de algún encargo diplomático, proporcionado a mi edad y al rango en que empecé a servir.

La constancia que nos da en esta carta ilustra más que cualquier comentario sobre los hábitos e inclinaciones de Bello en sus días de Londres: vida laboriosa, dedicación al estudio; ejercicio de maestro de español, latín y griego; su hogar; el servicio en la Legación de Chile con Irisarri; el trato con buenos amigos "aun en la clase más distinguida" de

Londres; todo ello, doblado con la añoranza de los días de Caracas, ante la idea de ser responsable de su familia, a los 43 años de edad. Este es el tejido de actividades y preocupaciones que han llenado casi tres lustros de existencia de Bello en la capital inglesa.

En las palabras de Bello aparecen de relieve las circunstancias que favorecieron la evolución de sus conocimientos y su propio desarrollo personal en esta etapa de vida en Londres. Cobran, entonces, pleno sentido las frases de Mariano Egaña, en la comunicación dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Chile, al recomendar a Bello para Oficial Mayor del Despacho, vacante por renuncia de don Ventura Blanco. Alcanza mayor valor el retrato que traza Egaña, por cuanto que al llegar a Londres como Jefe de la Misión de Chile, tuvo tremenda ojeriza contra Bello, al suponerlo amigo y aliado de Irisarri, a quien Egaña despreciaba de corazón.

El referido oficio de Egaña es de 10 de noviembre de 1827 y reza así, respecto a Bello:

> Educación escogida y clásica, profundos conocimientos en literatura, posesión completa de las lenguas principales, antiguas y modernas, práctica en la diplomacia, y un buen carácter, a que da bastante realce la modestia . . .

Y añade una fina observación para subrayar la conveniencia de que el gobierno de Chile contrate los servicios de Bello, en cuanto a que se requieren

> Personas que tengan conocimientos prácticos del modo con que giran los negocios en las grandes naciones que nos han precedido, por tantos años, en el manejo de la administración pública. Esta experiencia, que no es posible adquirir sin haber residido por algunos años en Europa en continua observación y estudio, y con regulares conocimientos anticipados, nos sería muy provechosa para expedir con decoro y acierto los negocios y aparecer con dignidad a los ojos de las naciones en nuestras transacciones políticas.

Bello decidió trasladarse a Chile, país que le ofrecía seguridad para él y su familia. Algo más de un año después de la fecha de la recomendación de Egaña, Bello el 14 de febrero de 1829 emprendía el regreso a América, en el bergantín inglés *Grecian*. El destino señalaba el último rumbo al humanista de Caracas, al término de 19 años de estancia en Londres, en continua superación de los años de aprendizaje juveniles. Su prestigio se había consolidado con la obra llevada a cabo en sus días de vida en Inglaterra, debido principalmente a sus escritos, en verso y en prosa, y a sus estudios ininterrumpidos sobre historia literaria, en los tesoros de manuscritos existentes en el Museo Británico, que le crearon justa fama de singular erudito en los hechos del lenguaje, desde sus primeras manifestacio-

nes, y en el análisis de la forma y expresión de la poesía primitiva en la Edad Media de nuestra civilización. El respeto y consideración alcanzados en los medios de emigrados políticos peninsulares y americanos no se explicaría de otro modo. Que Blanco White, Bartolomé José Gallardo, Vicente Salvá, Antonio Puigblanch, entre otros españoles; y Antonio José de Irisarri, Vicente Rocafuerte, Fernández Madrid, José Joaquín de Olmedo, y tantos más entre sus compatriotas americanos, le distinguiesen con notable deferencia y admiración, no puede deberse a otra causa que a sus escritos, aparte la base de la solidaridad humana que fue rasgo visible en este período de exilio londinense.

Seguramente se ha perdido una buena parte de lo que produjo Bello durante los primeros años de subsistencia en Londres, antes de que apareciesen las revistas que auspició la Sociedad de Americanos, constituida en 1823, integrada por Bello, García del Río, Luis López Méndez, Agustín Gutiérrez Moreno y Pedro Creutzer. Podemos juzgar de la laboriosidad infatigable de Bello, antes de esa fecha, a través de los cuadernos de notas tomadas sin duda en el British Museum, a lo largo de horas de concentración en lecturas e investigaciones que le proporcionaron una preparación excepcional para escribir los sesudos estudios sobre el origen de la rima asonante, o la versificación en lengua latina y griega, o el origen de las composiciones métricas y los problemas del ritmo, o las razones sobre la épica medieval, que le permitieron sentar cátedra frente a los mayores especialistas europeos en la materia. Asiduo concurrente a la gran biblioteca del Museo Británico, vería ensanchar el horizonte de conocimientos presentidos en Caracas, y fortalecer sus ideas para codearse con bibliógrafos y filólogos como Bartolomé José Gallardo, el más sabio conocedor en su tiempo de la literatura antigua española. Esta sólida formación de Bello dará un formidable apoyo a todo cuanto escriba luego sobre el idioma castellano.

Es su principio fundamental: *estudio y corrección.*

Su principal obra de creación fueron sus poemas, en los cuales aplicó una exigente labor de poda y perfeccionamiento. Basta examinar los *Borradores de Poesía,* incorporados en el volúmen II de la edición de las *Obras Completas* (Caracas, 1962) para percatarse de la continua tarea de lima y enmienda hasta lograr la expresión deseada. Así las dos silvas —sus poemas mayores de este período—, constituyen el logro de sus mejores obras, fruto de una real inspiración, con la más delicada ambición poética. Pugnan en sus versos la fuerza de la añoranza, el amor a la suerte de sus compatriotas y el encandilamiento hacia "aquella naturaleza majestuosa del ecuador, tan digna de ser contemplada, estudiada y cantada", como afirma el propio Bello en el *Juicio sobre las poesías de José María Heredia,* en 1827. La inspiración del poeta ha cobrado universalidad, en proceso paralelo al de la ampliación de su visión de la cultura, en la evolución armónica de su madurez espiritual. Las ideas, enraizadas en sus

meditaciones de Caracas, han ido alcanzando mayor amplitud, en la hermosa preparación de su saber, para brindarlo luego a manos llenas, después de su regreso al suelo americano.

Invierte también tiempo de goce al traducir al castellano poesías de otras lenguas: Delille, Boyardo; clásicos latinos: Horacio, Tibulo, etc. signo de sus lecturas, de las cuales dará amplia muestra en la copiosa cosecha de notas críticas, con que llena la sección bibliográfica de las dos grandes revistas de Londres: *La Biblioteca Americana (1823)* y *El Repertorio Americano (1826-1827)*. Trabajos de interpretación de obras de interés hacia América, que es la principal finalidad de sus comentarios.

De sus investigaciones lingüísticas da también amplia muestra en sus colaboraciones en las citadas revistas. Son profundos esclarecimientos de temas de historia de la literatura y del lenguaje, que anuncian quien habría podido ser el pionero de la erudición filológica en la lengua castellana, si el retorno a América no hubiese señalado otro rumbo a su actividad literaria. Los nuevos estados, salidos de la lucha por la Independencia, requerían otro servicio al que Bello se plegó en sustitución de sus indagaciones filológicas. Así quedó relegado algún trabajo magistral, como el de la reconstrucción del *Poema del Cid,* que vio la luz póstumamente. Era más urgente e imperioso en América, definir, orientar y consolidar las nuevas sociedades emancipadas.

Los años difíciles de la emigración en Londres fueron superados por la devoción al afán de saber, con que evitó Bello la desesperanza ante una terrible situación personal y las sombrías amenazas del futuro incierto, especialmente en los primeros tiempos de haber llegado a Londres. Poco a poco fue imponiéndose su valer y logró una estable medianía, con ocupaciones que le proporcionaron algunos cargos en los que pudo adquirir valiosas experiencias en la administración pública y particularmente en el campo de las relaciones internacionales, primero en la Legación de Chile y luego en la de la Gran Colombia, de la que llegó a ser Encargado de Negocios, por breve tiempo.

La etapa londinense, de 19 años de residencia, significó para Bello la universalización de sus ideas; la comprensión razonada del hecho americano; una nueva visión de la obra civilizadora; una mayor capacidad y preparación para entregar su magisterio al continente, desde las tierras australes americanas. Su obra literaria ha adquirido perfección. Está en condiciones, cerca del medio siglo de edad, para ejercer con mano firme el magisterio que América esperaba. Hasta este momento, en 1829, no había publicado libro alguno, pero lleva en el alma un formidable acopio de saberes que ofrecerá desde Chile a las sociedades de las nuevas Repúblicas Americanas.

Tal será la misión de Andrés Bello.

LA DOCENCIA LITERARIA

Acaso la sentencia de Bello, que mejor interpreta a mi sentir el trasfondo de su obra literaria esté en esta expresión de su artículo *Estudios sobre Virgilio* (1826), en la que dice:

> El hábito de pensar, unido a la necesidad de hacer uso de lo que se piensa, conducen a perfeccionar el arte de dar fuerza a la palabra.

En verso y en prosa, Bello cuidó todo lo que nos ha dejado escrito sobre esta norma fundamental: la de la fuerza de la palabra, para lograr la comunicación de sus temas poéticos o del discurrir en prosa. Añádesele a ello la *tácita majestad* y la *noble simplicidad,* que comenta en la nota crítica a Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos, y tendremos el sesgo definido del modo de escribir de Bello. Todo ello con la *claridad,* "prenda la más esencial del lenguaje, y, por una fatalidad del castellano, la más descuidada en todas las épocas de su literatura", conforman los principios a que se atuvo nuestro humanista —en prosa y en verso— desde los mismos comienzos de su obra literaria. Censura el que con excesiva frecuencia se haya abandonado "la sencilla, expresiva naturalidad" de la antigua poesía castellana, para hacerse "demasiado artificial; y de puro elegante y remontada, perdió mucha parte de la antigua facilidad y soltura, y acertó pocas veces a trasladar con vigor y pureza las emociones del alma". De ahí que subraye con alegría en los *Romances históricos* del Duque de Rivas, "aquella naturalidad amable, que parecía ya imposible de restaurar a la poesía seria castellana", o en las *Leyendas españolas* de José Joaquín de Mora, donde "fluye casi siempre, como de una vena copiosa, una bella poesía, que se desliza mansa y transparente, sin estruendo, y sin tropiezo, sin aquellos, de puro artificiosos, cortes del metro, que anuncian pretensión y esfuerzo; y al mismo tiempo, sin aquella perpetua simetría de ritmo que empalaga por su monotonía; todo es gracia, facilidad y ligereza".

Bello castiga su dicción, en prosa y en verso, para lograr sencillamente la exacta comunicación de sus ideas o la interpretación de su concepción poética. En el verso, dotado del excepcional oído de la cadencia y del ritmo, tan elogiado en Bello por Don Tomás Navarro Tomás, logra cincelar sus poemas con majestad, claridad y naturalidad. Aunque ya hemos citado el parecer de Bello en cuanto a que las musas exigen del poeta más dedicación *a tiempo completo,* también afirma que ellas "no se dejan desalojar tan fácilmente del corazón que una vez cautivaron, y que la naturaleza formó para sentir y expresar sus gracias".

Así cultivó Bello la creación poética hasta el fin de sus días.

Fernando Paz Castillo termina sensatamente el prólogo a las *Poesías* de Bello (Obras Completas, I, Caracas, 1952) con estas palabras:

"Su poesía es la obra íntima de toda la vida. Su biografía espiritual... ¿Clásico? ¿Romántico?... Bello no se abanderizó, ni quiso abanderizarse... no lo abandericemos nosotros".

Pienso, además, que sería extremadamente difícil abanderizarlo, porque ni su obra poética lo permite, ni el criterio manifestado a través de su extensa labor de crítico lo autorizaría. Pertenece Bello a una época de transición del gusto, con la aparición de nuevas escuelas literarias, para las que tuvo comprensión ecuánime: "¿Quién ignora que el gusto varía de un tiempo a otro, aun sin salir de lo razonable y legítimo...?" y refiriéndose al *Cid*, de Pierre Corneille, escribe: "Que es una hermosísima tragedia, es cosa en que todos convienen, si no es algún crítico exagerado de la escuela romántica, porque la exageración y el fanatismo se encuentran en todas las sectas". Es una manera elegante y preciosa de inclinarse únicamente ante la belleza lograda literariamente.

Dispersas en la colección de artículos críticos de Bello encontramos aseveraciones de principios que quiero aducir, no porque atañen al inútil encasillamiento en una u otra escuela, sino porque son expresivas del pensamiento de nuestro escritor y ayudan definitivamente a comprender cuál es su mensaje ante el hecho literario.

Condena, por una parte, el embobamiento irrestricto ante los clásicos y propicia se eduque "el gusto de la juventud, aficionándola al genio osado y severo de las musas antiguas, y preservándola de aquella admiración ciega, que por el hecho de hallarlo todo perfecto, se manifiesta incapaz de estimar dignamente lo que merece este título".

Protesta las reglas neoclásicas en el teatro, porque "no son el fin del arte, sino los medios que el autor emplea para obtenerlo". Y prosigue: "El mundo dramático está ahora dividido en dos sectas, la clásica y la romántica; ambas a la verdad existen siglos hace, pero, en estos últimos años, es cuando se han abanderizado bajo estos dos nombres los poetas y los críticos, profesando abiertamente principios opuestos. Como ambas se proponen un mismo modelo, que es la naturaleza, y un mismo fin, que es el placer de los espectadores, es necesario que en una y otra sean también idénticas muchas de las reglas del drama... Una gran parte de los preceptos de Aristóteles y Horacio son, pues, de tan precisa observancia en la escuela clásica, como en la romántica; y no pueden menos de serlo, porque son versiones y corolarios del principio de la fidelidad de la imitación, y medios indispensables para agradar".

Lo que Bello condena es la exageración, en una y otra tendencia. Su espíritu ecuánime se rebela contra cualquier desequilibrio apasionado que perjudique la obra de arte. Léase, por ejemplo, lo que afirma en su estudio sobre el *Juicio crítico* de don José Gómez Hermosilla: "En literatura, los clásicos y románticos tienen cierta semejanza no lejana con lo que son en la política los legitimistas y los liberales. Mientras que para los primeros es inapelable la autoridad de las doctrinas y prácticas que llevan el sello

de la antigüedad, y el dar un paso fuera de aquellos trillados senderos es rebelarse contra los sanos principios, los segundos, en su conato a emancipar el ingenio de trabas inútiles, y por lo mismo perniciosas, confunden a veces la libertad con la más desenfrenada licencia". Esta afirmación de 1842, casa perfectamente, con la hecha en 1829, casi en los días de su llegada a Chile, al escribir la nota crítica a las *Poesías* de J. Fernández Madrid: "El inagotable tema de los modernos poetas liberales, es decir el amor a la libertad, el odio al despotismo, la censura amarga de esa liga infausta de tiranía y fanatismo que oprime y humilla a la Europa, ha suministrado al autor asunto digno de sus inspiraciones".

Pero, al tiempo que señala los riesgos de los neoclásicos, por conservadores y serviles, indica Bello en su comentario a los *Ensayos literarios y críticos* de Alberto Lista (1848), los extravíos de la escuela que se ha querido canonizar con el título de "romántica"; "Ningún escritor castellano, a nuestro juicio, ha sostenido mejor que Don Alberto Lista los buenos principios, ni ha hecho más vigorosamente la guerra a las extravagancias de la llamada libertad literaria, que so color de sacudir el yugo de Aristóteles y Horacio, no respeta ni la lengua ni el sentido común, quebranta a veces hasta las reglas de la decencia, insulta a la religión, y piensa haber hallado una especie de sublime en la blasfemia". Siguen, con pretensiones de profundidad, una "neblina metafísica, con que parece que recientemente se ha querido oscurecer, no ilustrar, la teoría de la bella literatura". Con todo, afirma que "es preciso admitir que el poder creador del genio no está circunscrito a épocas o fases particulares de la humanidad; que sus formas plásticas no fueron agotadas en la Grecia y el Lacio; que es siempre posible la existencia de modelos nuevos, cuyo examen revele procederes nuevos, que sin derogar las leyes imprescriptibles, dictadas por la naturaleza, las apliquen a desconocidas combinaciones, procederes que den al arte una fisonomía original, acomodándolo a las circunstancias de cada época, y en los que se reconocerá algún día la sanción de *grandes modelos,* de *grandes maestros*". Por tanto, concluye: "Elección de materiales nuevos, y libertad de formas, que no reconoce sujeción sino a las leyes imprescriptibles de la inteligencia, y a los nobles instintos del corazón humano, es lo que constituye la poesía legítima de todos los siglos y países, y por consiguiente, el romanticismo, que es la poesía de los tiempos modernos, emancipada de las reglas y clasificaciones convencionales, y adaptada a las exigencias de nuestro siglo".

Ya en la trascendente circunstancia de inaugurar la Universidad de Chile, en 1843, había sintetizado Bello, en pocas palabras, cuál era su credo literario, después de haber invocado la sentencia de Goethe: "Es preciso que el arte sea la regla de la imaginación y la transforme en poesía".

Y añadía: "¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios

de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante aserción; y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar el poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundamental en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin este arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero yo no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación".

Tales son los conceptos básicos con que Bello elabora sus propias creaciones. Con los mismos piensa y escribe sus notas de crítica a una extensa gama de obras ajenas, en ejecución de su labor magisterial para la formación del gusto de sus contemporáneos, y, al mismo tiempo, como consejo admonitor para las nuevas generaciones de hombres de letras. Su autoridad le confirió en Chile un elevado puesto de maestro, en el cual tuvo que sufrir algunos embates, como el que le enrostró Domingo Faustino Sarmiento, en acto de fogosa arremetida, del que más tarde se arrepintió noblemente. No es otra la causa de la famosa y mal traída polémica entre dos personalidades eminentes, pero en lógica discrepancia de interpretación literaria en determinado momento. No pasó de ahí.

Pero, además, no debemos olvidar que Bello requería a todo escritor, el método de *corrección y estudio,* al que nos hemos referido anteriormente. En el estudio del idioma ponía el mayor énfasis: "El estado lastimoso de corrupción en que va cayendo entre nosotros la lengua nativa, no podrá remediarse sino por la lectura de las buenas obras castellanas. Multiplíquense cuanto se quiera las clases de gramática: ellas darán a lo sumo, un lenguaje gramaticalmente correcto; y en conciencia debemos decir que no han producido ni aun ese resultado hasta el día. ¿Pero darán la posesión del idioma? ¿podrán suministrarnos el acopio necesario de palabras y frases expresivas, pintorescas, de que tanto abunda? Para adquirir este conocimiento la lectura frecuente de los buenos escritores es indispensable". Y recomienda con ahínco que se utilice la colección de la Biblioteca de Autores Españoles, que su amigo Rivadeneyra, antiguo impresor en Valparaíso, había emprendido en España con el afán de dar a conocer a todos los pueblos castellanos en ediciones esmeradas, los clásicos españoles de que se carecía hasta el momento.

"El estudio de nuestra lengua me parece de una alta importancia", proclamó en el Discurso inaugural de la Universidad de Chile, en 1843. Bello predicó con el ejemplo, pues desde los lejanos tiempos de su juventud en Caracas, más de medio siglo antes, había iniciado sus investigaciones sobre el castellano, tarea en que siguió perseverante hasta el fin de sus días. Aquí dirá aunando el estudio de la Filosofía: "la contemplación de la belleza ideal y de sus reflejos en las obras del genio, purifica el gusto, y concilia con los raptos audaces de la fantasía los derechos imprescriptibles de la razón; iniciando al mismo tiempo el alma en estudios severos, auxiliares necesarios de la bella literatura, y preparativos indispensables para todas las ciencias, para todas las carreras de la vida, forma la primera disciplina del ser intelectual y moral, expone las leyes eternas de la inteligencia a fin de dirigir y afirmar sus pasos, y desenvuelve los pliegues profundos del corazón, para preservarlo de extravíos funestos, para establecer sobre sólidas bases los derechos y los deberes del hombre".

Pensamiento, reflexión y lenguaje, trípode en que asienta Bello la educación de la persona humana. En el lenguaje asevera: "no abogaré jamás por un purismo exagerado que condena todo lo nuevo"... "la multitud de ideas nuevas, que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen". Lo mismo repetirá cuatro años más tarde en el Prólogo a su *Gramática:* "... no es un purismo supersticioso lo que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual, y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas; y la introducción de vocablos flamantes, tomados de las lenguas antiguas y extranjeras, ha dejado ya de ofendernos, cuando no es manifiestamente innecesaria, o cuando no descubre la afectación y mal gusto de los que piensan engalanar así lo que escriben".

No era la primera vez que asentaba este principio. En 1830 había escrito: "No hemos visto jamás con horror la introducción de voces nuevas, que no confunden las acepciones recibidas". O en 1842, al referirse a "palabras rigorosamente nuevas", acoge la cita de Horacio en la versión de Martínez de la Rosa:

Siempre lícito fue, lo será siempre,
con el sello corriente acuñar voces,

O esta sentencia en el texto que promovió la "polémica" con Sarmiento: "Jamás han sido ni serán excluidos de una dicción castigada, las palabras nuevas y modismos del pueblo que sean expresivos y no pugnen de un modo chocante con las analogías e índole de nuestra lengua".

Hay que evitar, sí, "las locuciones exóticas, los giros opuestos al genio de nuestra lengua, y aquellas chocarreras vulgaridades e idiotismos del populacho", pues "vendríamos a caer en la oscuridad y el embrollo, a que seguiría la degradación".

Del mismo modo se opone al uso de arcaísmos, que "podrán tolerarse alguna vez, y aun producirán buen efecto, cuando se trate de asuntos de más que ordinaria gravedad. Pero soltarlos a cada paso y dejar sin necesidad alguna los modos de decir que llevan el cuño del uso corriente, únicos que nuestra alma ha podido asociar con sus afecciones, y los más a propósito, por consiguiente, para despertarlas de nuevo, es un abuso reprensible".

Pero el que considera el más grave de todos los males, y el que "si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración, reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín".

Esta amenaza constituyó el principal motivo —según la propia confesión de Bello— que le indujo a componer la *Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los Americanos* (1847).

Estilo, escuelas y lenguaje, son los principales aspectos de su obra literaria en prosa y en verso, de lo que he querido dar algunas señales en estas páginas preliminares a la Antología. De los profundos estudios acerca de los primitivos monumentos de la literatura y sus formas de expresión en prosa y en verso, podemos deducir la excepcional preparación que obtuvo Bello, principalmente en los años de residencia en Londres.

He anotado algunos pasajes de Bello respecto a la enorme dificultad que plantea a un escritor, el traducir o adaptar una obra ajena escrita en otro idioma. Por lo que tiene de significativo en la tarea literaria de Bello, quien se ejercitó siempre —en Caracas, en Londres y Chile— a trasvasar del original (del latín, francés, inglés o italiano) al castellano, creo de interés dejar alguna constancia de sus reflexiones sobre tan delicado ejercicio.

Refiriéndose a poesías de Horacio, escribe Bello: "Sería casi un prodigio que un traductor acertase a reproducir las excelencias de un original tan vario, juntándose a las dificultades de cada género las que en todos ellos nacen de la sujeción a ideas ajenas, que, privando al poeta de libertad para abandonarse a las propias inspiraciones, no puede menos de entibiar en muchos casos el estro, y de hacer casi inasequibles aquella facilidad y desembarazo, que tan raras veces se encuentran aun en obras originales. El autor tiene siempre a su arbitrio presentar el asunto de que trata bajo los

aspectos que mejor se acomodan o con su genio, o con el de su lengua, o con el gusto de su nación y de su siglo. Al traductor bajo todos estos respectos se permite muy poco. No nos admiremos, pues, de que sean tan contadas las buenas traducciones en verso, y de que lo sean sobre todo las de aquellas obras en que brilla una simplicidad que nos enamora por su mismo aparente descuido". Este texto de 1827 va ampliado en otro escrito de Bello, posterior a 1842, en que comenta la dificultad de traducir *La Ilíada:* "Se ha pretendido que el traductor de una obra antigua o extranjera debe hacer hablar al autor que traduce como éste hubiera probablemente hablado, si hubiera tenido que expresar sus conceptos en la lengua de aquél. Este canon es de una verdad incontestable; pero sucede en él lo que con todas las reglas abstractas: su aplicación es difícil. En todo idoma se han incorporado recientemente, digámoslo así, multitud de hechos y nociones que pertenecen a los siglos en que se han formado, y que no pueden ponerse en boca de un escritor antiguo, sin que de ello resulten anacronismos más o menos chocantes". "Pues de esta especie de infidelidad adolecen a veces aun las mejores traducciones"...

Tales problemas los habrá vivido Bello, pues ensayó el arte de traducir en verso, del que es magnífico logro *La Oración por Todos,* de Victor Hugo. Acaso más propiamente, adaptación a nueva lengua de un tema ajeno, de lo que nos habla asimismo el propio Bello en su comentario al *Gil Blas* (1841). Dice: "Siempre nos ha parecido injusta la crítica que niega el título de genio creador al que, tomando asuntos ajenos, sea que bajo su tipo primitivo tengan o no la grandeza y la hermosura que solas dan el lauro de la inmortalidad a las producciones de las artes, sabe revestirlos de formas nuevas, bellas, características, interesantes". ¿No fue éste el logro de Bello?

Con todo, Bello reconoce que las traducciones son un medio imperfecto, puesto que son infieles "siempre y necesariamente".

LA OBRA LITERARIA EN LA ACCION POLIGRAFICA DE BELLO

La empresa ciclópea que Bello se echó sobre sus hombros al regresar a América, responde a un profundo convencimiento doctrinal, acerca de lo que debían acometer las nuevas Repúblicas para orientar los destinos de cada nación. Lo estampa en el primer artículo que publica, apenas llegado a Santiago, en *El Mercurio Chileno,* Nº 16, de 15 de Julio de 1829. Comenta la edición de las *Poesías,* de José Fernández Madrid, Londres, 1828. Diríase que se está trazando su plan de acción para el resto de su vida. Desde luego, su criterio ha de responder a las conclusiones elaboradas durante su estancia en Inglaterra, al reflexionar sobre el futuro de las naciones que habían alcanzado su emancipación.

A mi juicio, constituye la más profunda meditación sobre el rumbo que debían tomar las sociedades americanas para edificar la propia cultura. Escribe Bello:

> En los pueblos que gozan de una civilización antigua la razón pública se ha formado por la lenta acción de los siglos, y sufriendo grandes intervalos, en los cuales los extravíos y los errores han ocupado el lugar de la sensatez y de la verdadera cultura. La perfección presente supone la asidua labor de la experiencia, y esta no se forma sino con escarmientos y retractaciones.
>
> Nosotros tenemos la fortuna de hallar tan adelantada la obra de la perfección intelectual, que *todo está hecho para nuestros goces y para nuestros progresos*. Las convulsiones políticas externas nos han sido igualmente favorables.

Este mismo pensamiento de 1830, lo reitera en otros términos en 1841, en las columnas de *El Araucano,* al comentar el proyecto de Código Civil. Dice:

> Nos hallamos incorporados en una grande asociación de pueblos, de cuya civilización es un destello la nuestra. La independencia que hemos adquirido nos ha puesto en contacto inmediato con las naciones más adelantadas y cultas; naciones ricas de conocimientos, de que podemos participar con sólo quererlo. *Todos los pueblos que han figurado antes que nosotros en la escena del mundo han trabajado para nosotros.*

Es natural que, provisto de tales convicciones, Bello se sintiese en el deber de dar a sus actividades la necesaria amplitud de temas, de que era capaz, a fin de abarcar los múltiples campos de acción educadora para los cuales se sentía preparado. Aparte de su tarea diaria en la administración pública del Gobierno chileno, acometió seguidamente su obra de publicista, con la edición del *Principios de Derecho de Gentes* (1832); inició clases de Derecho Romano en su domicilio particular; aceptó la redacción de *El Araucano,* del que fue asiduo y ejemplar colaborador desde 1830 con sus propios escritos; desde sus columnas divulga artículos de crítica y de filosofía; inserta algunas poesías; estudios de crítica histórica; comentarios a proyectos legislativos, aun antes de ser elevado a la condición de senador de la República; es decir, lleva a cabo una labor poligráfica, desde los días iniciales en Chile, de la que sólo escapan los análisis de filosofía, que publicará más tarde, y sus investigaciones de literatura medieval que deja de lado, ante las urgencias de los asuntos de orientación educativa social.

Todo ello forma un conjunto unitario que es difícil separar, por cuanto que constituye un plan de trabajos ensamblados por una finalidad común. Y a este programa será fiel Bello durante los 36 años de actividad en Chile, hasta su muerte en 1865. Lógicamente el trabajo de un hombre de genio, metódico, sin pausa, todos los días, durante tan largo período,

había de dar un fruto extraordinario, como así fue. Pronto trascendió la obra de Bello las fronteras de Chile y su magisterio se extendió por todo el continente de habla castellana y portuguesa. La obra literaria está integrada a su labor conjunta: como internacionalista, como autor del Código Civil, como gramático, como educador. Sus poesías corrieron en sucesivas ediciones por todos los pueblos hispánicos.

Su labor de crítico tuvo un campo más restricto: Chile, donde ejerció evidente influencia en la educación del gusto y en la orientación de los estudios y lecturas. También en la vida del teatro en Chile, a la que prestó particular atención.

En uno de sus artículos de crítica (*Estudios sobre Virgilio,* 1826) escribe una sentencia que nos parece ser la síntesis de su pensamiento de comentador de obras literarias. Dice Bello: "Nada injusto es durable", referido a la crítica, con lo que nos indica que en el análisis y glosa de la literatura quiso aplicar siempre un criterio equilibrado, ponderado, exacto. Todavía pueden leerse hoy con provecho sus exégesis sobre una gran diversidad de libros y se sacará siempre provecho y enseñanza.

Consideraba Bello sus tareas de crítico, como una dedicación menor dentro de la obra ciclópea de educador y forjador de sociedades en que estaba comprometido. En 1841-42, publica su estudio sobre el *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era,* de Gómez Hermosilla, hecha por Vicente Salvá en París, en 1840. Después de trazar los rasgos generales del contenido del libro y señalar los defectos que las aserciones y fallos de Hermosilla presentan al lector, escribe Bello esta confesión que es excepcional en sus escritos de análisis literario, como para justificarse a sí mismo que dedique tiempo a formular sus advertencias críticas ante una obra de autor prestigioso. Dice: "Si así fuera, las notas o apuntes que siguen, escritos a la ligera en *los momentos que hemos podido hurtar a ocupaciones más serias,* no serían del todo inútiles para los jóvenes que cultivan la literatura, cuyo número (como lo hemos dicho otras veces, y nos felicitamos de ver cada día nuevos motivos de repetirlo) se aumenta rápidamente entre nosotros".

En el momento en que escribe Bello esta nota, está ejerciendo sus funciones de Senador; es el alma de la Comisión encargada de redactar el proyecto de Código Civil; y está preparando el Decreto de refundación de la Universidad de Chile sobre la antigua Universidad de San Felipe; aparte de sus obligaciones como Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. Son, a sus ojos, *ocupaciones más serias,* pero no puede eludir la vehemente tentación de comentar los yerros de Gómez Hermosilla para que sus palabras "sean útiles para los jóvenes que cultivan la literatura" en la República.

Tal es su carácter de crítico, cuya función entraña siempre para Bello la más alta finalidad educadora.

Bello sintió desde su mocedad la revelación de la belleza literaria y se dejó seducir muy tempranamente por el ensayo de sus propias composiciones en verso, tanto como por la tentación de refundir en expresiones personales lo que aprendía deliciosamente de los clásicos latinos, poetizándolos en el lenguaje estudiado y admirado en los grandes escritores de los siglos de oro de las letras castellanas. A los veinte años había logrado prestigio cierto entre sus contemporáneos, en la Caracas de los años de traspaso del siglo XVIII al XIX. La personalidad prometedora del joven Bello mereció aprecio y consideración de la gente más culta de su tiempo. Aquellos notables varones que integrarán la generación de la independencia reconocieron las dotes de Bello y le brindaron amistad y trato de alta deferencia.

La continuidad de su obra literaria, las iniciativas de empresas como la revista *El Lucero* o el *Calendario Manual*, y el feliz desempeño de los cargos de responsabilidad que le tocó desempeñar en los años postrimeros de la Colonia en Venezuela van acrecentándole el respeto y estimación de sus coetáneos hasta el momento del gran cambio político que se inicia el 19 de Abril de 1810, al formarse la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, expresión de autonomía que conduciría, naturalmente, a la Declaración de Independencia el 5 de Julio de 1811.

Los hombres del 19 de Abril veían, sin duda, a Bello como una esperanza para la comunidad nacional: joven cultor de las letras, estudioso del lenguaje, buen latinista, conocedor del francés y del inglés, experimentado en tareas de administración pública, circunspecto, serio, de carácter esquivo por introvertido, pero entusiasta por todo lo que se relacionaba con la cultura y las acciones públicas en la ciudad de Caracas. Cuando Bolívar y López Méndez son designados para la misión diplomática ante el gobierno de la Gran Bretaña es lógico que pensaran en la cooperación de Bello, y así la solicitaron de Juan Germán Roscio, a la sazón Secretario de Relaciones Exteriores de la Junta de Caracas. La partida hacia Londres, con la subsiguiente permanencia por diez y nueve años en la capital inglesa, será un hecho trascendental en la vida de Andrés Bello. Para la evolución de su pensamiento, el período de estudio en Londres y las reflexiones hacia América desde tan importante atalaya del mundo liberal son definitorios del destino de Bello.

La obra literaria que nos brinda desde Inglaterra nos presenta ya rasgos distintos de lo que había producido en Caracas. Por una parte, la madurez que dan los años y el desarrollo poderoso de sus meditaciones; y, por otra, la maestría en el estro personal, tanto como la considerable ampliación de horizonte en sus inspiraciones. La vía de perfeccionamiento del primer descubrimiento de la belleza literaria en sus días de Caracas, es visible en el lenguaje, que logra expresión peculiarísima, tanto como en la fuerza de

los temas de toda su poesía y de su prosa, con lo cual logra cincelar sus versos con rigor y fluidez, y anima sus juicios y sus investigaciones con nuevos objetivos críticos.

El estudio y la corrección han impulsado un progreso evidente a las inquietudes juveniles. Se perfila el futuro maestro del continente en todo cuanto escribe desde la capital inglesa. El distinto panorama de sus lecturas, el trato con personas de otras latitudes y el mayor fondo de cultura que Londres le proporciona, dan otro sentido y diferente calidad a su obra literaria. Las primeras producciones de Bello, en Caracas, son escarceos de valor personal, casi íntimo, como ejercicios de principiante enamorado de la poesía, en tanto que la obra en su tiempo de Inglaterra cobra mayor alcance, mayor perfección y más ambición literaria. Es ya un gran poeta, que habla para un continente. Del mismo modo, aparece en sus prosas, al lado del placer de la investigación, el propósito educador hacia sus compatriotas americanos, con plena maestría y autoridad. Tal es el sentido entrañable de todo cuanto publica en la *Biblioteca Americana* y en *El Repertorio Americano*. Ha adquirido ya su tarea literaria la dimensión última, que no abandonará jamás en los años posteriores: la educación de sus hermanos de América.

Desde su arribo a Chile, todo lo que escribe contiene este carácter esencial de su obra literaria, pero le añade otro rasgo: el tener conciencia del valor de acción social de las letras, como medio formador de los pueblos americanos, constituidos en Repúblicas independientes. La primera revelación literaria de sus días caraqueños, que fue su goce personal en los días mozos, convertida en mensaje a sus compatriotas en su etapa londinense, será ahora, principalmente, el medio e instrumento más adecuado para la formación del gusto en la comunidad chilena y la base para la educación de las personas y el fortalecimiento de la moral. Sin que desaparezca el placer de la creación literaria en el alma de Bello, predomina, con pleno convencimiento, el propósito de participar en la consolidación y mejoramiento de las nuevas sociedades.

Desde su llegada a Chile, en 1829, en el muy probable primer artículo que escribe en tierras chilenas, la nota a las *Poesías* de Fernandez Madrid, plantea el tema de los progresos del buen gusto literario, con expresión de una doctrina, que es, en verdad, su ideario de acción social mediante las buenas letras:

> Cuán necesario sea el buen gusto literario en una sociedad culta es asunto que no requiere pruebas ni comentarios. Cuán fácil sería su adquisición en un país que adelanta como el nuestro, es idea que asaltará a los ojos de cualquiera que estudie las circunstancias en que vivimos. Tenemos por decir así cierta virginidad de impresiones muy favorable al desarrollo de nuestras aptitudes literarias. Apenas son conocidos los modelos clásicos; apenas hemos empezado a saborear los goces poéticos, y estos son los que encadenando la fantasía, y ablandando los sentimientos, llegan a ejercer un gran influjo en las costumbres y en las ideas.

Armado Andrés Bello de una profunda fe en la civilización, mediante la educación de los pueblos, mantiene constantemente en todos sus escritos, en Chile, estos mismos principios sobre la dedicación e incremento del estudio y cultivo de las ciencias y las letras, persuadido de que los frutos que han de lograrse conducen a lo que llama "adelantamientos en todas las líneas", en las que comprende "sin duda los más importantes a la dicha del género humano, los adelantamientos en el orden moral y político". Se opone Bello, decididamente, a la opinión de quienes sostienen que podría ser peligroso "bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político" el desarrollo de las ciencias y las letras.

En primer lugar, afirma que "la moral (que yo no separo de la religión) es la vida misma de la sociedad; la libertad es el estímulo que da un vigor sano y actividad fecunda a las instituciones sociales". Y "la libertad es el patrimonio de toda sociedad humana, que merezca el nombre de tal". Vemos así concatenado el pensamiento de Bello acerca de la virtud educadora en el seno de toda comunidad, ejercida por las ciencias y las letras. Sin desdeñar, como lo experimentó en su propia vida, que "las ciencias y las letras. . . aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y las ama; placeres exquisitos a que no llega el delirio de los sentidos. . .", y que "al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación elevan el carácter moral".

Tal es la teoría que expone Bello, a lo largo de su vida, acerca de la trascendencia de la obra literaria en las sociedades americanas que debían construirse su destino.

He señalado como eminente consejo admonitorio de Bello, para alcanzar el dominio del arte literario, el continuo *estudio y corrección*. Pero va acompañado de otra advertencia, también constante en el magisterio del humanista, que denomina "el proceder analítico", reiterado en muchos de sus escritos, y muy rotundamente en el *Discurso inaugural de la Universidad de Chile,* la mayor síntesis del pensamiento de Bello:

> Hay quien cree "que debemos recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándonos del examen de sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos".

Esta sentencia, que Bello prodiga con significativa frecuencia en cuanta oportunidad se le ofrece, va rubricada en el mismo *Discurso,* con la explicación de su propósito esencial:

> *Alimentar el entendimiento, para educarle y acostumbrarle a pensar por sí.*

Acaso estas palabras encierren la esencia de toda la labor de maestro a que Bello dedicó su vida. *Pensar por sí,* fórmula de la perfección del individuo, como ser humano y como ciudadano.

Bello consagra sus esfuerzos a la educación de sus compatriotas del continente, impulsado por el convencimiento del importante papel que América ha de jugar en la civilización occidental. Lo dice expresamente en 1836, desde las columnas de *El Araucano,* en un bien trabado artículo intitulado "Las Repúblicas Hispanoamericanas". He aquí sus palabras:

> No ha faltado quien crea que un considerable número de naciones colocadas en un vasto continente, e identificadas en instituciones y origen, y a excepción de los Estados Unidos, en costumbres y religión, formarán con el tiempo un cuerpo respetable, que equilibre la política europea, y que por el aumento de riqueza y de población y por todos los bienes sociales que deben gozar a la sombra de sus leyes, den también, con el ejemplo, distinto curso a los principios gubernativos del antiguo continente.

Al servicio de tal propósito aplica su capacidad en los más variados campos de la enseñanza para que los ciudadanos eduquen su entendimiento y cada uno *piense por sí.*

En el mismo mencionado artículo, esboza las condiciones de comprensión social que deben resolver los nuevos Estados para lograr repúblicas solidamente establecidas:

> Formar constituciones políticas más o menos plausibles, equilibrar ingeniosamente los poderes, proclamar garantías, y hacer ostentaciones de principios liberales, son cosas bastantes fáciles en el estado de adelantamiento a que ha llegado en nuestros tiempos la ciencia social. Pero conocer a fondo la índole y las necesidades de los pueblos a quienes debe aplicarse la legislación, desconfiar de las seducciones de brillantes teorías, escuchar con atención e imparcialidad la voz de la experiencia, sacrificar al bien público opiniones queridas, no es lo más común en la infancia de las naciones, y en crisis en que una gran transición política, como la nuestra, inflama todos los espíritus.

Con la tarea paciente, sistemática, con admirable distribución de su tiempo, todos los días, Bello entregará hasta el fin de sus días, la obra de enseñanza que le ha dado la estatura extraordinaria de educador de repúblicas, al dar forma y contenido a una pluralidad de materias que hoy nos asombra por su diversidad y por su profundidad, hasta configurar la personalidad del mayor humanista-polígrafo en la historia del Continente americano. Cree en el porvenir de la civilización en esta parte de la tierra, como aporte valioso al concierto de las naciones cultas.

He aquí su profecía, de 1836:

> La América desempeñará en el mundo el papel distinguido a que le llaman la grande extensión de su territorio, las preciosas y variadas producciones de su suelo, y tantos elementos de prosperidad que encierra.

Es la misma pasión y es idéntico concepto de lo que había estampado en 1810, en el *Resumen de la Historia de Venezuela,* reducido a un menor ámbito geográfico:

> La Provincia de Venezuela debe elevarse al rango que la naturaleza le destina en la América.

A ello contribuyó con su obra literaria, que no es más que una parte de su acción de educador.

Febrero de 1979.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS Y EDICIONES DE OBRAS COMPLETAS DE ANDRES BELLO

A) FUENTES BIBLIOGRAFICAS DE ANDRES BELLO

Publicada por la Fundación Universitaria Española, en 1978, apareció en Madrid la *Bibliografía de Andrés Bello,* debida a la pluma del más eminente de los bibliógrafos del mundo hispánico de nuestros tiempos, don Agustín Millares Carlo. Forma un volumen de 239 páginas. Es la tercera edición de la monografía bibliográfica, que había visto la luz primeramente en la Revista de *Historia de América,* números 67-69, correspondientes a enero-diciembre de 1969 (México, D.F., 1976), editada luego en separata de 130 páginas, con pie de 1976. Ampliado este trabajo inicial, se imprimió una segunda edición por la Editorial Universitaria de Maracaibo, y ahora esta de la Fundación Universitaria Española, en 1978, en la que se aumenta considerablemente su contenido.

Está dividido el libro en dos partes:

A) Bibliografía de los escritos de Bello, y

B) Bibliografía sobre la vida, obra, etc., de Bello.

En la sección B) se enumeran las fuentes bibliográficas, registro de las investigaciones publicadas hasta la fecha de conclusión de la monografía de Millares Carlo. Puede acudir a ella quien esté interesado en las referencias bellistas, recogidas con la exactitud y precisión con que acostumbra realizar don Agustín sus trabajos eruditos.

Me ha parecido útil el comentario a cómo se ha desarrollado en la cultura hispánica el campo de los estudios bibliográficos relativos a la vasta producción de Andrés Bello.

Las investigaciones bibliográficas sobre la obra de Bello parten del año 1881, cuando se rememora el primer centenario del nacimiento del humanista. Son, naturalmente, sus discípulos chilenos predilectos, los Amunátegui, quienes llevan a cabo las tareas iniciales sobre los escritos de

Bello, como labor indispensable para acometer la edición de sus *Obras Completas*. Miguel Luis Amunátegui Aldunate y Gregorio Víctor, su hermano, emprenden el cometido, principalmente, Miguel Luis, quien se apoya en el análisis de lo que Andrés Bello publicó en su vida, para escribir los documentados Prólogos a varios tomos de la edición de Chile, y, además, para elaborar la *Vida de don Andrés Bello* (1882), que sigue siendo la biografía más documentada y completa que tenemos del humanista.

Del mismo año del centenario, 1881, vemos el trabajo de Luis Montt "Notas bibliográficas sobre las obras de don Andrés Bello", en la *Revista de Chile* (Santiago, septiembre de 1881), II, pp. 217-223.

También en 1881, se inicia, en Caracas, el estudio bibliográfico sobre Bello, con el escrito de Arístides Rojas, "Orígenes de la literatura venezolana. Bibliografía de Andrés Bello", en *La Opinión Nacional,* 28 de noviembre de 1881. Y en Colombia, con el trabajo de Miguel Antonio Caro, "Apuntes bibliográficos relativos a don Andrés Bello", en el *Repertorio Colombiano, A la memoria de Andrés Bello en su Centenario,* Bogotá, 1881, pp. 90-125.

En 1893, el Conde de la Viñaza (Cipriano Muñoz y Manzano), publica en Madrid, su monumental *Biblioteca histórica de la filología española,* en la que constan varias cédulas, algunas extensas, sobre libros de Bello de estudios del castellano.

El primer estudio bibliográfico orgánico se debe a Emilio Vaïsse, "Bibliografía de D. Andrés Bello y de sus descendientes (1781-1916)", en *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera,* Santiago, Nos. 8 y 9, agosto-septiembre de 1917, en XX, 124 pp. Esta bibliografía fue adicionada, en 1966, por Guillermo Feliú Cruz, en *Estudios sobre Andrés Bello,* Santiago, 1966, pp. 255-277.

En 1928, la *Revista Chilena,* Santiago, XII, enero-febrero de 1928, inserta la "Bibliografía chilena sobre derecho internacional e historia diplomática hasta la muerte de don Andrés Bello".

No voy a registrar en esta nota, sino las bibliografías específicas de Bello, por lo que dejaré de lado las obras generales en las que consten menciones de obras de Bello, salvo las que contengan alguna porción importante sobre el tema o signifiquen un aporte de cierta entidad.

Eugenio Orrego y Vicuña inserta un "Anexo bibliográfico de Bello", pp. 375-384, en su estudio *Andrés Bello* publicado primeramente en *Anales de la Universidad de Chile,* Santiago, XCIII, 1935, impreso luego en volumen, que ha tenido varias reediciones posteriores. En 1940, ven la luz dos importantes contribuciones sobre la obra filológica de Bello: una, de Rodolfo Oroz, "Bibliografía filológica chilena (analítico-crítica)", en el Boletín de la *Academia Chilena correspondiente de la Academia Española,* Santiago, VII (cuad. 25 y 26), 1940, pp. 61-168; otra, de Guillermo Rojas Carrasco, *Filología chilena. Guía bibliográfica y crítica,* Santiago, 1940, 328 pp.

En 1943, publiqué mi primer registro bibliográfico, "Contribución al estudio de la bibliografía caraqueña de Andrés Bello", en el *Boletín de la Academia Venezolana correspondiente de la Real Española,* Caracas, Nº 40, julio-setiembre de 1943, editado luego en opúsculo de 53 páginas. En 1947, inserté en *Cultura Universitaria,* Nº 4, Caracas, noviembre-diciembre de 1947, pp. 209-230, la monografía "Bibliografía de estudios sobre Andrés Bello". En 1952 se publicó un "Catálogo de la exposición bibliográfica de Andrés Bello", inserto en el *Primer libro de la semana de Bello en Caracas,* 1952, pp. 329-352.

En la edición venezolana de las *Obras Completas* de Bello, en cada trabajo escrito del humanista —libro, folleto, artículo o poema— consta la correspondiente anotación bibliográfica, que me ha correspondido redactar en toda la colección, desde el primer volumen aparecido en 1951. El conjunto de las notas constituye un análisis bibliográfico de las obras de Bello, con extensa mención de los estudios sobre sus escritos.

En 1954, Rafael Torres Quintero publicó la "Bibliografía de Rufino J. Cuervo", en el vol. II de las *Obras,* de R. J. Cuervo, Bogotá, 1954, pp. 1741-1817, con extensa referencia a las ediciones de la *Gramática* de Bello, con las anotaciones del filólogo colombiano.

En 1956, Martín Perea Romero editaba en multígrafo, el número 1 (febrero), con bibliografía de trabajos sobre Andrés Bello, del *Catálogo analítico [de la] Hemeroteca de la Biblioteca Nacional,* 118 páginas.

En 1965, en la oportunidad del Primer Centenario de la muerte de Bello, aparecieron varias monografías bibliográficas. En Chile, Manuel Cifuentes preparó el "Catálogo de la exposición bibliográfica, iconográfica y de objetos personales de Andrés Bello, efectuada en la Biblioteca Nacional, con motivo del Centenario de su fallecimiento. 1865 - 15 de octubre - 1965", en *Mapocho,* Nº 667, pp. 355-377.

Alamiro de Avila Martel publica en Santiago, 1965, en la serie "Catálogos de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile", la *Colección de manuscritos. I. Papeles de don Andrés Bello,* 44 páginas, con la relación de los documentos originales que conserva la Universidad.

En Colombia, el Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá, publicó el opúsculo *Exposición bibliográfica. Homenaje a don Andrés Bello en el centenario de su muerte,* Bogotá, 1965, 35 pp. En Argentina Horacio Jorge Becco publicó su "Contribución a la bibliografía de Andrés Bello" en *Cuadernos del idioma,* Buenos Aires, I, Nº 3, 1965, pp. 149-166. En Caracas, la Comisión Nacional del Centenario editó el Catálogo de la exhibición en el Museo Bolivariano, Caracas, *Sala Andrés Bello. Relación de objetos, manuscritos y ediciones,* en opúsculo de 27 páginas. Yo publiqué una "Bibliografía de Andrés Bello", en la *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, Nº 172, 1965, pp. 152-159, reproducida en *Mapocho,* Santiago, vol. 12, Nº 3, 1965, pp. 332-354, con el título de "Bibliografía sumaria de Andrés Bello".

En 1968, Martín Pérez Romero edita multigrafiada una bibliografía con el título de *Andrés Bello,* 108 hojas.

Desde 1969, Angel Raúl Villasana está dando a luz su monumental *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano* (años 1808-1950), en varios tomos. En el I, pp. 314-333, consta la bibliografía de obras de Bello.

En 1978 se ha publicado la excelente obra de Horacio Jorge Becco, *Fuentes para el estudio de la literatura venezolana,* con Prólogo mío, Ediciones Centauro, en dos tomos, con acopio de datos, al día, sobre Andrés Bello. En este mismo año de 1978, La Casa de Bello, en Caracas, ha editado mi opúsculo *Libros de Bello editados en Caracas en el siglo XIX.* 61 páginas.

Esta enumeración de repertorios bibliográficos de las obras de Andrés Bello, o sobre su vida y sus publicaciones, muestra que estas investigaciones forman ya una tradición en la cultura americana.

B) EDICIONES DE *OBRAS COMPLETAS* DE ANDRES BELLO

La necesidad de compilar y publicar la totalidad de los escritos de Andrés Bello, se sintió en Chile, como acto de justicia y de homenaje a la memoria del humanista, que habría producido la mayor parte de su obra en los años de vida en su segunda patria. Honra de veras al Consejo de la Universidad de Chile, el acuerdo tomado al día siguiente del fallecimiento de quien había sido su Rector, desde el mismo momento de su refundación en 1843. Los nombres de Diego Barros Arana y de los hermanos Amunátegui Aldunate, Miguel Luis y Gregorio Víctor, y el del hijo de este último, Miguel Luis Amunátegui Reyes, comprometen la gratitud de la posteridad.

En 1881, año centenario del nacimiento de Bello, salieron los dos primeros tomos. Hasta 1893 fueron publicándose los volúmenes restantes en un total de quince volúmenes, cuya relación es la siguiente:

I. *Filosofía del entendimiento.* [Introducción de Juan Escobar Palma]. 1881. XVII + 514 pp.

II. *Poema del Cid.* Introducción de Baldomero Pizarro. 1881. XXVI + 588 pp.

III. *Poesías.* Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate]. 1883. LXXXIV + 570 pp.

IV. *Gramática de la lengua castellana.* Introducción de Francisco Vargas Fontecilla. 1883. XLI + 494 pp.

V. *Opúsculos gramaticales.* Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate]. 1884. LXVII + 507 pp.

VI. *Opúsculos literarios y críticos.* I. Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate]. 1883. CXLII + 480 pp.
VII. *Opúsculos literarios y críticos.* II. Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate]. 1884. CVII + 476 pp.
VIII. *Opúsculos literarios y críticos.* III. Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate]. 1885. CVIII + 482 pp.
IX. *Opúsculos jurídicos.* Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate]. 1885. CXXIII + 508 pp.
X. *Derecho internacional.* Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate]. 1886. XXXVI + 527 pp.
XI. *Proyectos de Código Civil.* Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate]. 1887. XIII + 622 pp.
XII. *Proyecto de Código Civil* (1853). Introducción de Miguel Luis Amunátegui Reyes. 1888. XVIII + 640 pp.
XIII. *Proyecto inédito de Código Civil.* Introducción de Miguel Luis Amunátegui Reyes. 1890. XLIII + 630 pp.
XIV. *Opúsculos científicos.* Introducción de Miguel Luis Amunátegui Reyes. 1893. XLVIII + 455 pp.
XV. *Miscelánea.* Introducción de Miguel Luis Amunátegui Reyes. 1893. XLVIII + 455 pp.

El humanista colombiano, Miguel Antonio Caro, gran conocedor y admirador de la obra de Bello, promovió desde 1881 la edición de *todas las obras* del ilustre caraqueño en la "Colección de Escritores Castellanos", que publicaba en Madrid Mariano Catalina. Le acompañaban en su empeño, Marcelino Menéndez Pelayo y Rufino José Cuervo.

Aparecieron solamente siete volúmenes, cuya relación es la siguiente:

[I]. *Poesías.* Precedidas de un estudio biográfico y crítico, escrito por don Miguel Antonio Caro. Madrid, Editorial Hernando. Impr. de D. A. Pérez Dubrull. 1882. LX + 330 pp.; 2 retratos grabados por Bartolomé Maura.
[II]. *Principios de derecho internacional.* Nueva edición ilustrada con notas por don Carlos Martínez Silva. Madrid, Impr. de A. Pérez Dubrull. 1883. 2 vols. I: [VII]-XXXIII + 357 pp. (Estado de paz). II: 392 pp. + 4 hs. (Estado de guerra).
[III]. *Opúsculos gramaticales.* Con una introducción de Marco Fidel Suárez. Madrid. Imprenta y Fundación de M. Tello, 1890-1891. 2 vols. I: 385 pp. (Ortología, Arte métrica. Apéndices).-II: 400 pp. (Análisis Ideológica, Compendio de gramática castellana, Opúsculos gramaticales).

[IV]. *Gramática de la lengua castellana.* Madrid, Editorial Hernando (Tipogr. Sucesores de Rivadeneyra y Revista de Archivos), 1903-1905. 2 vols.

En 1930, bajo los auspicios de la Universidad de Chile, se emprendió otra edición de las *Obras Completas* de Bello, como simple reimpresión de la primera colección de Santiago de 1881-1893, sin otro cambio que dar distinta numeración a los volúmenes. Aparecieron solamente nueve tomos con pie de Editorial Nascimento, cuya relación es la siguiente:

I. *Poesías.* 1930. 692 pp. + 1 hoja. Texto, pp. 1-626. Estudio de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate], pp. 627-692.

II. *Gramática de la lengua castellana.* 1931. 492 pp.

III. *Proyecto de Código Civil.* Primer tomo. 1932. 608 pp. Introducción, por Miguel Luis Amunátegui [Aldunate], pp. 7-15.

IV. *Proyecto de Código Civil.* Segundo tomo. 1932. 632 pp. Prólogo de Miguel Luis Amunátegui Reyes, pp. 7-18.

V. *Proyecto de Código Civil.* Tercer tomo (último del proyecto de Código Civil). 1932. 630 pp.

VI. *Derecho internacional.* 1932. 581 pp. Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate], pp. 7-34.

VII. *Opúsculos jurídicos.* 1932. 548 pp. Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate], pp. (7)-106.

VIII. *Opúsculos gramaticales.* 1933. 516 pp. Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate]. pp. (7)-66.

IX. *Opúsculos literarios.* Tomo I. 1935. 540 pp. Introducción de Miguel Luis Amunátegui [Aldunate]. (7)-122.

LA EDICION DE VENEZUELA

La edición venezolana de las *Obras Completas* de Andrés Bello era un viejo proyecto de la intelectualidad nacional y anhelo común de todo el país. En 1943, el Patronato Pro Estudios Andrés Bello, constituido por iniciativa privada en el Instituto Pedagógico de Caracas, señaló la publicación de todos los escritos de Bello como un objetivo final de la preocupación bellista. La idea pasó al mundo oficial mediante acuerdo de la Asamblea Nacional Constituyente, adoptado por unanimidad a proposición de su Presidente, Dr. Andrés Eloy Blanco, en sesión del 27 de octubre de 1947. Llegó finalmente al terreno de la Administración con el Decreto dictado el 27 de febrero de 1948, por el Presidente de la

República, don Rómulo Gallegos, en el cual se ordenaba la edición revisada de las *Obras Completas* de Bello y se disponía la creación de una Comisión Especial a la que se encomendaba el trabajo preparatorio y el de la edición.

En virtud del referido Decreto fue designada la Comisión Editora, integrada por Julio Planchart, como director, Augusto Mijares, Rafael Caldera y como secretario, Pedro Grases. A fines de 1948 falleció don Julio Planchart, quien con lujo de capacidad y afecto por la obra, tuvo la dirección de la empresa como la última y más grata tarea de su vida, y su muerte fue hondamente lamentada por sus compañeros de labor. Desaparecía un hombre justo que había ilustrado con su recto criterio los problemas de una edición trascendental. Pasó Rafael Caldera a ocupar la dirección de la Comisión Editora y se designó para formar parte de la Comisión a Enrique Planchart, quien falleció en 1953.

Al iniciar la tarea de preparar las *Obras Completas* de Andrés Bello, no era posible imaginar el cúmulo de cuestiones a que sería necesario atender para resolver el complejo tejido de problemas que la edición de las obras de Bello suscitaba a medida que íbamos adelantando en nuestra empresa. Nuestro primer plan de trabajo, hecho sobre lo que era conocido al acometer nuestra obra, tuvo pronto que modificarse. Al profundizar en el estudio de la vida y los escritos de nuestro humanista, aparecieron claramente las considerables rectificaciones que era preciso hacer a las ediciones anteriores. La colección chilena, con todo y los honrosísimos merecimientos a que es acreedora y que somos los primeros en proclamar, exigía un trato cuidadoso y atento, pues habían transcurrido setenta años de su publicación. No podían ni debían ser dejados de lado los nuevos conocimientos sobre Bello, y era inexcusable tratar los textos de acuerdo con las normas que aconseja la técnica moderna, desarrollada con posterioridad al tiempo de aquella edición.

De ahí que nos viésemos en la necesidad de resolver un punto previo y de capital importancia. O se decidía a imprimir la obra de Bello como simple reedición de los textos que proporcionaba la colección chilena, con otra ordenación más adecuada, con el obligado expurgo de lo repetido y con la adición de lo que no se había incluido en ella; o se emprendía una investigación a fondo, con el fin de resolver hasta donde fuere posible todos los problemas de una nueva edición, como lo merecía su carácter trascendental para la bibliografía americana. Entendimos que el encargo del Gobierno de Venezuela nos obligaba con el compromiso mayor. Y nos dimos entonces a la tarea de agotar previamente todas las vías de investigación para entregar en cuanto fuere humanamente posible, una obra que fuese digna de la altura de los propósitos nacionales. De ahí que la Comisión Editora se transformase, desde sus comienzos, en centro de

investigación, y estableciese una red de colaboradores en Venezuela, Chile, Inglaterra, Colombia, Perú, Ecuador, España, Estados Unidos, Francia, Argentina, México, Italia, Canadá, Cuba, Brasil y otros países.

He aquí la relación de los tomos publicados:

I. POESÍAS. *Introducción general y "Advertencia editorial", de la Comisión Editora. Prólogo de Fernando Paz Castillo, "Introducción a la poesía de Bello"*. Caracas, 1952. cxxxix, 757 pp.

II. BORRADORES DE POESÍA. *Prólogo por Pedro P. Barnola, "La poesía de Bello en sus borradores", y "Advertencia editorial", por la Comisión Editora.* Caracas, 1962. cviii, 639 pp.

III. FILOSOFÍA. FILOSOFÍA DEL ENTENDIMIENTO Y OTROS ESCRITOS FILOSÓFICOS. *Prólogo de Juan David García Bacca, "Introducción general a las obras filosóficas de Andrés Bello"*. Caracas, 1951. lxxxi, 710 pp.

IV. GRAMÁTICA. GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA DESTINADA AL USO DE LOS AMERICANOS. *Prólogo de Amado Alonso, "Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello", y "Ediciones principales de la Gramática de Andrés Bello", por la Comisión Editora.* Caracas, 1951. xciii, 545 pp.

V. ESTUDIOS GRAMATICALES. *Prólogo por Angel Rosenblat, "Las ideas ortográficas de Bello"*. Caracas, 1951. lxxxvii, 459 pp.

VI. ESTUDIOS FILOLÓGICOS I. PRINCIPIOS DE LA ORTOLOGÍA Y MÉTRICA DE LA LENGUA CASTELLANA Y OTROS ESCRITOS. *Prólogo de Samuel Gili Gaya, "Introducción a los estudios ortológicos y métricos de Bello", y "Advertencia editorial" por la Comisión Editora.* Caracas, 1955. cxii, 601 pp.

VII. ESTUDIOS FILOLÓGICOS II. POEMA DEL CID Y OTROS ESCRITOS. *Prólogo de Pedro Grases.* (En prensa).

VIII. GRAMÁTICA LATINA Y ESCRITOS COMPLEMENTARIOS. *Prólogo y notas de Aurelio Espinosa Pólit, S. J., "Bello latinista"*. Caracas, 1958. ic, 656 pp.

IX. TEMAS DE CRÍTICA LITERARIA. *Prólogo de Arturo Uslar Pietri, "Los temas del pensamiento crítico de Bello", y "Advertencia editorial", de la Comisión Editora.* Caracas, 1956. lv, 784 pp.

X. DERECHO INTERNACIONAL I. PRINCIPIOS DE DERECHO INTERNACIONAL Y ESCRITOS COMPLEMENTARIOS. *Prólogo de Eduardo Plaza A.* Caracas, 1954. lxvi, 689 pp.

XI. DERECHO INTERNACIONAL II. TEMAS DE POLÍTICA INTERNACIONAL. *"Advertencia editorial", de la Comisión Editora.* Caracas, 1959. xiii, 666 pp.

XII-XIII. CÓDIGO CIVIL DE LA REPÚBLICA DE CHILE. *Texto concordado con los distintos proyectos de Bello. "Introducción y notas de Pedro Lira Urquieta, y "Advertencia editorial" de la Comisión Editora.* Caracas, 1954. I, lxx, 619; II, 1148 pp.

XIV. DERECHO ROMANO. *"Introducción" por Hessel E. Yntema. "Advertencia editorial", por la Comisión Editora.* Caracas, 1959. lxv, 510 pp.

XV. TEMAS JURÍDICOS Y SOCIALES. *Prólogo de Rafael Caldera.* (En prensa).

XVI. TEXTOS Y MENSAJES DE GOBIERNO. *Prólogo de Guillermo Feliú Cruz, "Andrés Bello y la administración pública de Chile", y "Advertencia editorial", de la Comisión Editora.* Caracas, 1964. xciv, 699 pp.

XVII. LABOR EN EL SENADO DE CHILE (DISCURSOS Y ESCRITOS). *Recopilación, prólogo y notas de Ricardo Donoso, y "Advertencia editorial", de la Comisión Editora.* Caracas, 1958. cxxx, 989 pp.

XVIII. TEMAS DE EDUCACIÓN. (En prensa).

XIX. TEMAS DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA. *Prólogo de Mariano Picón Salas, "Bello y la Historia", y "Advertencia editorial", de la Comisión Editora.* Caracas, 1957. lxiv, 572 pp.

XX. COSMOGRAFÍA Y OTROS ESCRITOS DE DIVULGACIÓN CIENTÍFICA. *Prólogo y notas de F. J. Duarte.* Caracas, 1957. lii, 737 pp.

XXI-XXII. DERECHO INTERNACIONAL (III y IV). DOCUMENTOS DE LA CANCILLERÍA CHILENA. *Prólogo de Jorge Gamboa Correa, "Andrés Bello en la Cancillería de Chile".* Caracas, 1969. I, cccxi, 264; II, 534 pp.

XXIII-XXIV. EPISTOLARIO. (En preparación).

P. G.

Febrero, 1979.

CRITERIO DE ESTA EDICION

PARA la presentación antológica de la *Obra Literaria* de Andrés Bello, se han escogido los textos más expresivos a fin de dar idea suficiente en tres aspectos de la extensa producción de escritos de nuestro humanista.

Los tres campos son:

Poesía
Crítica literaria, y
Estudios gramaticales y lingüísticos

La selección de la obra en verso no presenta mayor problema, pero sí es difícil deslindar con precisión los temas de crítica, en un autor como Andrés Bello, dada la finalidad educativa que constituye el común denominador de toda su prosa, pues en la exégesis de obras de historia, de filosofía, de derecho o pedagógicas, podríamos hallar igualmente manifestaciones de análisis de valores estéticos que permitirían incluir determinados artículos en el rubro de la crítica literaria. Pero, las limitaciones y características de las compilaciones antológicas nos han inducido a limitar las selecciones, que aquí incluimos, de acuerdo con los temas de los libros que comenta Andrés Bello, que son los que integran el volumen IX de la edición de las *Obras Completas* (Caracas, 1956). Creemos, con todo, que dan suficiente ilustración para percatarse del pensamiento de Bello como crítico de literatura.

La selección de estudios gramaticales y lingüísticos tampoco es asunto sencillo, puesto que cualquier vía selectiva, de las muchas que ensayamos, dejaba siempre parcialmente ilustrado el vasto temario que en *Gramática* y en *Ortología* y *Métrica*, así como en el de los estudios de lengua y versificación en los monumentos primitivos de la historia del lenguaje y la literatura, debíamos dejar cumplidamente atendidos para dar una información cabal de tan valiosa faceta de la labor de Bello. Se dan en su integridad unos cuantos artículos monográficos sobre tales temas.

Con el reconocimiento de los escollos que tamaño compromiso entraña, se ofrece en estas tres secciones de los escritos de Bello —poesía, crítica y estudios gramaticales y lingüísticos— la presente selección.

Poesía. Hemos partido de la natural distribución de los poemas de Bello, en las tres claras etapas de su vida: Caracas (-1810); Londres (1810-1829); y Chile (1829-1865). Además, corresponden a tres períodos, bastante definidos, en la producción poética de nuestro autor.

a) Del tiempo del Bello juvenil, en Caracas, se recogen cuatro poemas, expresivos de la creación poética de esta primera etapa: *El Anauco,* romancillo, generalmente datado hacia 1800, que ha de ser uno de los primeros ensayos personales de Bello; *Venezuela consolada,* pieza dramática, representable, que habrá llegado probablemente a las tablas, en 1804, durante la estancia de Balmis en Caracas; y la Egloga *Tirsis, habitador del Tajo umbrío,* subtitulada "Imitación de Virgilio"; y *A la nave,* subtitulada "Oda imitada de la de Horacio, *O navis, referent*". Con ello se da muestra del estro del poeta en los versos originales y en los que nacían del propósito de adaptar a clásicos de la latinidad.

b) De los días de estancia en Londres, se han seleccionado, desde luego, los dos poemas mayores, las Silvas *Alocución a la poesía* y *La Agricultura de la Zona Tórrida;* el soneto *Dios me tenga en gloria,* publicado en 1819; y dos poemas patrióticos, *Himno a Colombia,* dedicado a Simón Bolívar, y la *Canción a la disolución de Colombia,* como poemas originales.

c) Del período chileno se reproducen algunos poemas originales: *El incendio de la Compañía* (1841), *La Moda* (1846?), *El Cóndor y el poeta, Las Ovejas* y *El Proscrito,* que corresponden a cuatro motivos de inspiración distintos. Y, luego, cuatro adaptaciones o recreaciones de poemas de Victor Hugo, como testimonio de una particular acción literaria de Bello: *Los fantasmas; A Olimpio; Los duendes;* y *La oración por todos,* considerada como verdadera creación personal de nuestro poeta.

Las notas a cada poema y las variantes de redacción constan, con la debida correlación de llamadas, en las páginas 165 y siguientes, en la misma forma como las redacté para la edición del tomo de *Poesías,* en el vol. I de la edición de *Obras Completas* de Bello (Caracas, 1952).

Crítica Literaria. Los artículos de crítica de obras literarias, reproducidos en su integridad, corresponden al período de Londres, los seis primeros; y al de Chile, los trece restantes. La variedad temática de las publicaciones comentadas por Bello nos presenta una gama de intereses muy extensa que permite conocer la amplitud de lecturas a que nuestro humanista dedicó su atención. Del tiempo de Caracas, no conocemos nota crítica alguna.

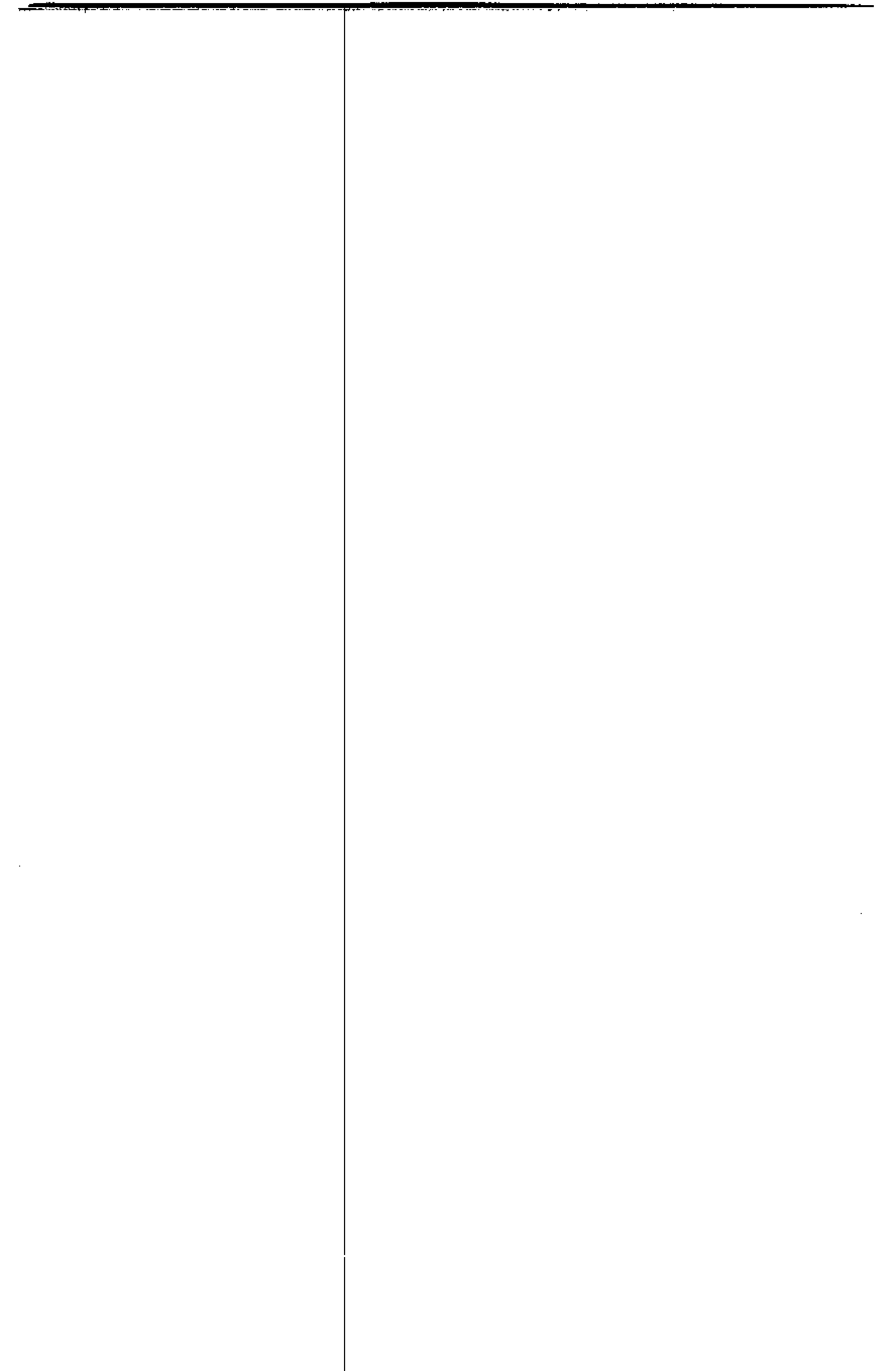
Las notas a las monografías incluidas en esta sección constan en las páginas 407 y siguientes de la presente edición, con las correspondientes llamadas al pie de cada título.

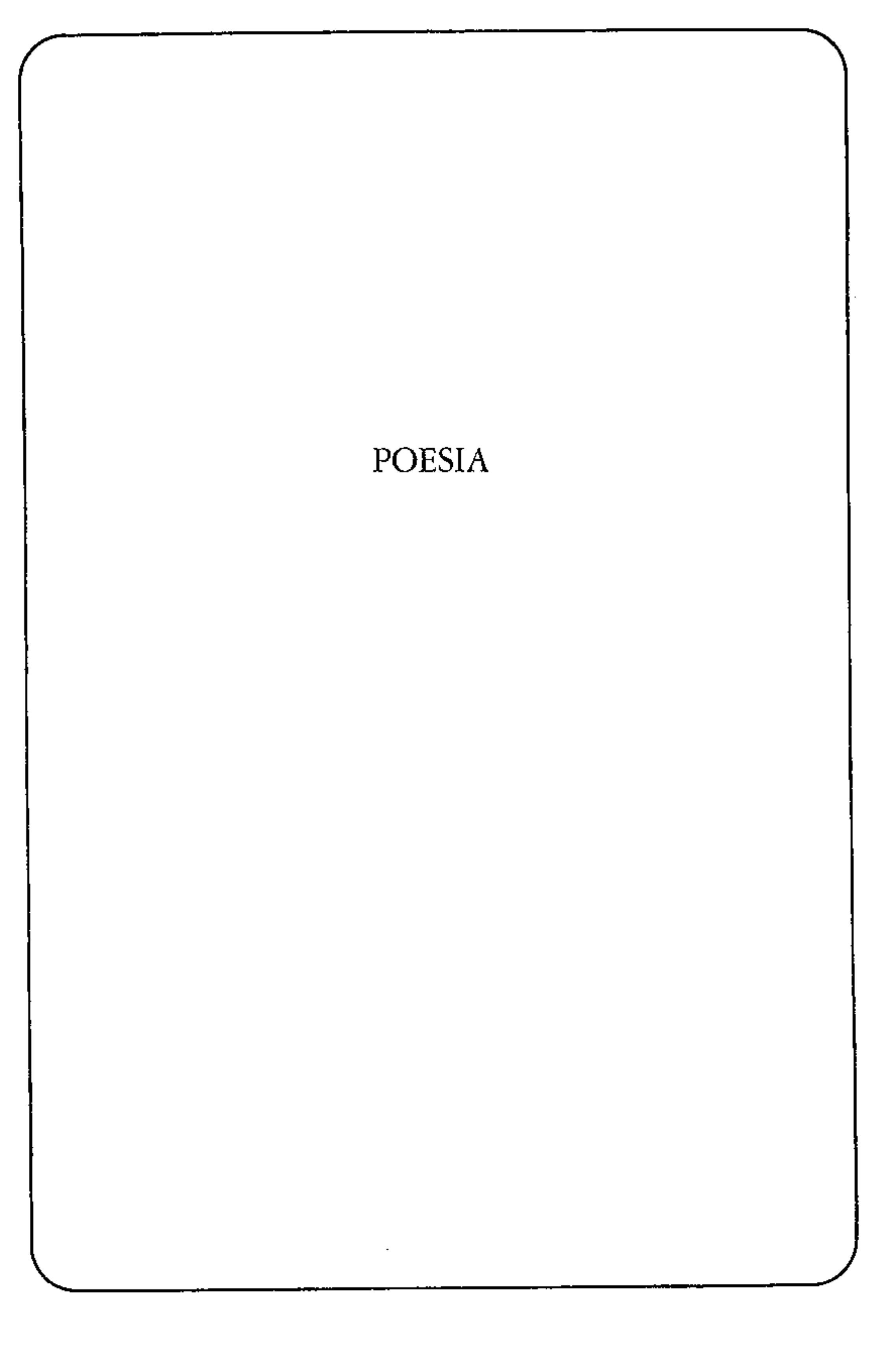
Estudios Gramaticales y Lingüísticos. También se reproducen íntegramente los artículos y monografías de Bello, correspondientes a esta sección. Iniciada con la *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana* (obra de antes de 1810, aunque publicada en 1841), en la primera parte se incluyen dos artículos de gramática y lexicología, para seguir luego con una selección de estudios, publicados en su mayoría en Londres, sobre versificación primitiva del castellano y algunas notas de lenguaje medieval. Cierra la sección la reproducción de tres prólogos a obras mayores de Bello en este campo: *Principios de Ortología y Métrica de la lengua castellana; Gramática de la lengua castellana, dedicada al uso de los americanos;* y el Prólogo al *Poema del Cid.*

Las notas correspondientes a esta tercera parte, constan en las páginas 579 y siguientes de la presente edición. Fueron redactadas por mí para la edición de las *Obras Completas* de Caracas, salvo las que aparecen con las iniciales A.R. que son de Angel Rosenblat.

Febrero, 1979

P. G.





POESIA

EL ANAUCO

Irrite la codicia
por rumbos ignorados
a la sonante Tetis
y bramadores austros;
el pino que habitaba
del Betis fortunado
las márgenes amenas
vestidas de amaranto,
impunemente admire
los deliciosos campos
del Ganges caudaloso,
de aromas coronado.
Tú, verde y apacible
ribera del Anauco,
para mí más alegre,
que los bosques idalios
y las vegas hermosas
de la plácida Pafos,
resonarás continuo
con mis humildes cantos;
y cuando ya mi sombra
sobre el funesto barco
visite del Erebo
los valles solitarios,
en tus umbrías selvas
y retirados antros
erraré cual un día,
tal vez abandonando
la silenciosa margen

de los estigios lagos.
La turba dolorida
de los pueblos cercanos
evocará mis manes
con lastimero llanto;
y ante la triste tumba,
de funerales ramos
vestida, y olorosa
con perfumes indianos,
dirá llorando Filis:
"Aquí descansa Fabio".
¡Mil veces venturoso!
Pero, tú, desdichado,
por bárbaras naciones
lejos del clima patrio
débilmente vaciles
al peso de los años.
Devoren tu cadáver
los canes sanguinarios
que apacienta Caribdis
en sus rudos peñascos;
ni aplaque tus cenizas
con ayes lastimados
la pérfida consorte
ceñida de otros brazos.

VENEZUELA CONSOLADA

PERSONAS

VENEZUELA. EL TIEMPO. NEPTUNO

El teatro representa un bosque de árboles del país

ESCENA PRIMERA

Venezuela aparece en actitud de tristeza

VENEZUELA

—Errante pasajero,
dime ¿en qué triste sitio
contemplaron tus ojos
un dolor semejante al dolor mío?

Tú, que en mejores días
viste el hermoso brillo
con que Naturaleza
ostentó su poder en mis dominios,
hoy a los dolorosos
acentos con que explico
al universo todo
mis desventuras, une tus gemidos...
Afortunados días
de gozo y regocijo,
estación de abundancia,
alegre imagen del dorado siglo,
¡Qué pronto en noche oscura
os habéis convertido!
¡Qué tenebrosa sombra
sucede a vuestro lustre primitivo!

ESCENA SEGUNDA

DICHA, EL TIEMPO

EL TIEMPO

—Desusados clamores
en el feliz recinto
de Venezuela escucho;
antes todo era cánticos festivos;
mas ya no se percibe
el acorde sonido
de gratos instrumentos,
ni de danzas alegres el bullicio.
Por todas partes, oigo
sólo quejosos gritos
y lastimeros ayes;
pavor, tristeza, anuncia cuanto miro.
Deliciosas provincias,
frondoso y verde hospicio
de la rica Amaltea,
¿qué se hicieron, decidme, los corrillos
de zagalas, alcores
de pastores festivos,
que hacían a la tierra
envidiar vuestro júbilo continuo?
Pero sobre la alfombra
de este prado mullido,

a Venezuela misma,
si no me engaña la aprehensión, diviso.
Venezuela es sin duda...
y su rostro abatido,
sus inmóviles ojos
de profunda tristeza dan indicios.
Diosa de estos confines,
¿qué funestos motivos
a tan fatal extremo
de aflicción y dolor te han compelido?
¿No eres tú Venezuela?
¿Falta acaso a tus hijos
del español monarca
la amorosa tutela y patrocinio?

VENEZUELA

—Si por ventura guardas
¡oh Tiempo! en tus archivos
la historia de infortunios
que puedan compararse con los míos;
si tan lúgubre escena
vieron jamás los siglos,
condena entonces, Tiempo,
el extremo de angustia en que me miro.
Las atroces viruelas,
azote vengativo
de los cielos airados,
ejercen su furor sobre mis hijos.
La atmósfera preñada
de vapores malignos,
propaga a todas partes
con presteza terrible el exterminio.
En las casas y calles,
y sobre el sacro quicio
de los templos, se miran
cadáveres sin número esparcidos.
Del enfermo infelice,
huyen despavoridos
cuantos en su semblante
ven de la peste el negro distintivo.
¡Qué lúgubres objetos!
Aquél deja al recinto
de sus lares impuros
una familia, y busca en los pajizos

campesinos albergues
un saludable asilo;
más allá, separado
del seno de la madre el tierno niño,

y al degredo por manos
extrañas conducido,
el maternal socorro
implora en vano con agudos gritos.

Aquí expira el anciano
sin el pequeño alivio
de que cierre siquiera
sus fallecientes párpados el hijo.

Allí noto que arrojan
al hoyo confundidos
en espantosa mezcla
con cadáveres yertos cuerpos vivos.

Pues ¿cómo, cuando escenas
tan tristes examino,
te admiras de que acuda
llanto a los ojos y a la voz quejido?

EL TIEMPO

—No, Venezuela, nunca
más fundado motivo
las lágrimas tuvieron,
que el que tienen las tuyas; desde el sitio

de brillantez y gloria
a que los beneficios
del trono te ensalzaron,
hoy te despeña al más profundo abismo,

de horrores y miserias,
ese contagio impío
que tus hijos devora,
esas viruelas cuyo agudo filo

por todas partes lleva
el luto, el exterminio,
y en soledades vastas
deja tus territorios convertidos.

Llora, pues, tu miseria,
llora tu lustre antiguo
y tus pasadas glorias,
de que estaba envidioso el cielo mismo.

Laméntate en buen hora;
a tu dolor crecido.
Venezuela, no puedo
yo mismo, siendo el Tiempo, dar alivio,
y así. . . Pero ¿qué escucho?

(Se oye música alegre).

VENEZUELA

—¿Sueño, cielos?

EL TIEMPO

—¿Delirio?

VENEZUELA

—¿No siento alegres voces?

EL TIEMPO

—¿Regocijados sones no percibo?

CORO

—Recobra tu alegría, Venezuela,
pues en tu dicha el cuarto Carlos vela.

UNA VOZ

—¡A las próvidas leyes
del mejor de los reyes
debías la riqueza, la cultura,
la paz apetecida!
Hoy la salud, la vida,
dádivas son también de su ternura.

CORO

—Recobra tu alegría, Venezuela,
pues en tu dicha el cuarto Carlos vela.

VENEZUELA

—¿No sabremos decir de dónde vienen
tan gozosos acentos?

EL TIEMPO

—Apartando
los enramados árboles, camina
hacia nosotros, con ligero paso,
un incógnito numen. Su cabello
húmedas gotas vierte, y coronado
está de algas marinas; pero juzgo
reconocerle ya, pues en las manos
conduce el gran tridente.

ESCENA TERCERA

DICHOS, NEPTUNO

NEPTUNO

—Mi venida
es a daros consuelo. Cese el llanto.
La queja interrumpid. Yo soy el numen
a quien presta obediencia el mar salado;
Neptuno soy, que . . .

VENEZUELA *(con espanto)*

—Vete de mis ojos;
para siempre, retírate. El amargo
conflicto en que me miras, ¿de quién vino,
sino de ti? Mi doloroso estado
otra causa no tiene que tú solo;
al dulce abrigo del monarca hispano,
venturosa y pacífica vivía,
las plagas y los males ignorando
que al resto de la tierra desolaban.
Su nombre augusto en inmortales cantos
bendecir, celebrar sus beneficios,
era la ocupación, era el cuidado
que el cielo me imponía. Los favores
gozaba alegre de su regia mano,

cuando en infaustas naves me trajiste
de las viruelas el atroz contagio.
¿Cómo pretendes, pues, que Venezuela
sin turbación te mire y sin espanto?

NEPTUNO

—Tus lágrimas enjuga, Venezuela;
los cielos de tu pena se apiadaron;
ya no verás a tus dichosos hijos
con tan horrenda plaga señalados;
ya Carlos de tus pueblos la destierra
para siempre.

VENEZUELA

—¡Qué dices! ¿Puede acaso
el humano poder?. . .

NEPTUNO

—Escucha atenta
los beneficios de tu augusto Carlos.
Y tú, Tiempo, conserva en tus archivos
para siempre el más grande y señalado
suceso que jamás vieron los siglos
desde que su carrera comenzaron.
En la fértil provincia de Glocester,
a la orilla del Támesis britano,
aparecieron de repente heridos
de contagiosa plaga los rebaños.
A los cuerpos pasó de los pastores
el nuevo mal; y cuando los humanos
el número juzgaban de las pestes
por la divina cólera aumentado,
notaron con asombro que venía
en aquel salutífero contagio
encubierto un feliz preservativo
que las negras viruelas respetaron.
Jenner tuvo la dicha de observarle;
y de su territorio en pocos años,
desterró felizmente las viruelas,
el contagio vacuno propagando.
¿Qué acogida imaginas que daría
la ternura benévola de Carlos

al gran descubrimiento que liberta
a sus queridos pueblos del estrago
de las negras viruelas? Al momento
escoge profesores ilustrados
y un sabio director cuyas fatigas
llevan hasta los puertos más lejanos
de sus dominios el precioso fluido
que de viruela libra a los humanos.
Sí, Venezuela; alégrate; tus playas
reciben hoy el venturoso hallazgo
de Jenner, que te envía, como muestra
de su regia bondad, tu soberano.
Hallazgo que tus hijos te asegura,
que de vivientes llena los poblados,
que libra de temores la belleza;
y, dando a la cultura nuevos brazos
para que en tus confines amanezcan
días alegres, puros, sin nublados,
el gozo te dará con la abundancia,
y la felicidad con el descanso.

VENEZUELA

—¡Oh gran Dios! ¿Conque al fin las tristes quejas
de Venezuela a tu mansión llegaron?
¿Conque nos miras ya compadecido?
Al Eterno cantad regocijados
himnos, ¡oh pueblos! que debéis la vida
y la salud a su potente brazo;
que resuene su nombre en las eternas
bóvedas; y después que el holocausto
de gratitud ante su trono excelso
hayáis humildemente tributado,
haced también sinceras expresiones
de reconocimiento al soberano.
Del más cumplido gozo dad señales,
y publicad en otro alegre canto
la gran ventura de que sois deudores
a su paterno, cuidadoso amparo.

EL TIEMPO

—¿Y nosotros qué hacemos, que en tal día
todos nuestros esfuerzos no juntamos
para solemnizar el beneficio

que recibe este pueblo de sus manos?
A ti, Neptuno, el cetro de los mares
los supremos destinos entregaron.
Pomona enriqueció de bellos frutos,
Venezuela, tu clima afortunado;
y yo, que soy el Tiempo, a mi capricho
rijo las estaciones y los años.
¿Por qué, nuestras funciones reuniendo,
suceso tan feliz no celebramos?

NEPTUNO

—Tienes razón; aguarda. Roncos vientos
que subleváis con vuestro soplo airado
las bramadoras ondas, tempestades,
furiosos huracanes, sosegaos,
y en el imperio todo de las aguas,
la dulce calma reine y el descanso;
respetad este día venturoso;
y dondequiera que miréis las naos
de la dichosa expedición que trae
tantos bienes al suelo americano,
callad y respetadla. — Habitadoras
de los marinos, húmedos palacios,
rubias Nereidas, que de frescas ovas
lleváis vuestro cabello coronado,
formad alegres danzas; y vosotras,
blancas Sirenas, que adormís cantando
al navegante, haciendo que le sea
grato el morir, dulcísimo el naufragio,
entonad himnos nuevos, y acompañen
los roncos caracoles, vuestro canto,
los móviles Tritones difundiendo
alegres ecos por el vasto espacio.

CORO DE NEREIDAS

—El reino de Anfitrite
con júbilo repite
el nombre siempre amado
de Carlos Bienhechor.

CORO DE TRITONES

—Y luego que le escucha
se aplaca el Ponto undoso,
y el austro proceloso
refrena su furor.

EL TIEMPO

—Yo de notables hechos la memoria
a las edades venideras guardo,
y fama doy gloriosa al buen monarca,
al gran guerrero y al ministro sabio;
mas a los beneficios distinguidos
que la suerte del hombre mejoraron,
doy un lugar brillante en mis anales,
y en inmortalizarlos me complazco.
Por mí suena en la tierra todavía
el nombre de los Titos y Trajanos,
y sonará mientras de blandas fibras
tenga el hombre su pecho organizado.
Yo daré, pues, a tu feliz memoria,
Carlos augusto, un eminente rango;
y al lado de las tuyas las acciones
de los Césares, Pirros y Alejandros,
quedarán para siempre oscurecidas...
Siglos futuros, a vosotros llamo:
salid del hondo seno en que os oculta
a la penetración de los humanos
el velo del destino; y a presencia
de Venezuela, pronunciad los cantos
con que haréis resonar en algún tiempo
el claro nombre del augusto Carlos.
Celebre con eterna
aclamación el hombre
el siempre claro nombre
de Carlos Bienhechor.
Jamás el merecido
título que le damos
sepulte en el olvido
el tiempo destructor.

—Y yo que el testimonio más brillante
debo hacer de ternura al soberano,
¿qué mejor alabanza puedo darle,
qué monumento más precioso y grato
levantar a sus ojos, que su nombre
con indelebles letras estampado
en los amantes pechos de mis hijos?
Sí, yo te ofrezco, yo te juro, Carlos,
que guardarán los pueblos tu memoria,
mientras peces abrigue el mar salado,
cuadrúpedos la tierra, aves el aire,
y el firmamento luminosos astros.
Yo te ofrezco cubrir estos dominios
de celosos y dóciles vasallos,
que funden su ventura y su alegría
en prestar obediencia a tus mandatos.
Te ofrezco derramar sobre estos pueblos,
que tus leyes respetan prosternados,
fecundidad, riqueza y lozanía,
dorados frutos, nutritivos granos.
Yo te juro también que con perenne
aclamación repetirán sus labios:
"¡Viva el digno monarca que nos libra
de las viruelas! ¡Viva el cuarto Carlos!"
Hombre, mujer, infante,
todo mortal que pise
estos confines, cante
a Carlos Bienhechor.
Publique Venezuela
que quien de nuestro clima
lanzó la atroz viruela,
fue su paterno amor. *(Se repite).*

EGLOGA

Imitación de Virgilio

Tirsis, habitador del Tajo umbrío,
con el más vivo fuego a Clori amaba;
a Clori, que, con rústico desvío,
las tiernas ansias del pastor pagaba.

La verde margen del ameno río,
tal vez buscando alivio, visitaba;
y a la distante causa de sus males,
desesperado enviaba quejas tales:

No huye tanto, pastora, el corderillo
del tigre atroz, como de mí te alejas,
ni teme tanto al buitre el pajarillo,
ni tanto al voraz lobo las ovejas.
La fe no estimas de un amor sencillo,
ni siquiera, inhumana, oyes mis quejas;
por ti olvido las rústicas labores,
por ti fábula soy de los pastores.

"Al cabo, al cabo, Clori, tu obstinada
ingratitud me causará la muerte;
mi historia en esos árboles grabada
dirá entonces que muero por quererte;
tantos de quienes eres adorada
leerán con pavor mi triste suerte;
nadie entonces querrá decirte amores,
y execrarán tu nombre los pastores.

"Ya la sombra del bosque entrelazado
los animales mismos apetecen;
bajo el césped que tapiza el prado,
los pintados lagartos se guarecen.
Si afecta las dehesas el ganado,
si la viña los pájaros guarnecen,
yo solo, por seguir mi bien esquivo,
sufro el rigor del alto can estivo.

"Tú mi amor menosprecias insensata,
y no falta pastora en esta aldea
que, si el nudo en que gimo, un dios desata,
con Tirsis venturosa no se crea.
¿No me fuera mejor, di, ninfa ingrata,
mis obsequios rendir a Galatea,
o admitir los halagos de Tirrena,
aunque rosada tú, y ella morena?

"¿Acaso, hermosa Clori, la nevada
blancura de tu tez te ensoberbece?
El color, como rosa delicada,
a la menor injuria se amortece.

La pálida violeta es apreciada,
y lánguido el jazmín tal vez fallece,
sin que del ramo, que adornaba ufano,
las ninfas le desprendan con su mano.

"Mi amor y tu belleza maldecía,
tendido una ocasión sobre la arena,
y Tirrena, que acaso me veía,
—¡oh Venus, dijo, de injusticias llena;
lejos de unir las almas, diosa impía,
las divide y separa tu cadena!...
De Clori sufres tú las esquiveces,
y yo te adoro a ti que me aborreces.—

"¡Ah! No sé por qué causa amor tan fino
puede ser a tus ojos tan odioso;
cualquier pastor, cuando el rabel afino,
escucha mis tonadas envidioso.
¿No cubre estas praderas de contino
mi cándido rebaño numeroso?
¿Acaso en julio, o en el crudo invierno,
me falta fruto sazonado y tierno?

"Ni tampoco es horrible mi figura,
si no me engaño al verme retratado
en el cristal de esa corriente pura;
y a fe que a ese pastor afortunado
que supo dominar alma tan dura,
si a competir conmigo fuese osado,
en gentileza, talle y bizarría,
siendo tú misma juez, le excedería.

"Ven a vivir conmigo, ninfa hermosa;
¡ven! mira las Driadas, que te ofrecen
en canastos la esencia de la rosa,
y para ti los campos enriquecen.
Para ti sola guardo la abundosa
copia de frutos que en mi huerto crecen;
para ti sola el verde suelo pinto
con el clavel, la viola y el jacinto.

"Acuérdate del tiempo en que solías,
cuando niña, venir a mi cercado,
y las tiernas manzanas me pedías
aún cubiertas del vello delicado.

Desde la tierra entonces no podías
alcanzar el racimo colorado;
y después que tus medios apurabas,
mi socorro solícita implorabas.

"Entonces era yo vuestro caudillo,
mi tercer lustro apenas comenzado,
sobresaliendo en el pueril corrillo,
como en la alfombra del ameno prado
descuella entre las yerbas el tomillo.
Desde entonces Amor, Amor malvado,
me asestaste traidor la flecha impía
que me atormenta y hiere noche y día.

"¡Ah! Tú no sabes, Clori, qué escarmiento
guarda Jove al mortal ingrato y duro;
hay destinado sólo a su tormento
en el lóbrego Averno un antro oscuro;
en su carne cebado, un buitre hambriento
le despedaza con el pico impuro,
y el corazón viviente devorado
padece a cada instante renovado.

"Mas, ¡ay de mí! que en vano, en vano envío
a la inhumana mi doliente acento.
¿Qué delirio, qué sueño es este mío?
Prender quise la sombra, atar el viento,
seguir el humo y detener el río.
Y mientras lo imposible loco intento,
tengo en casa la vid medio podada,
y en el bosque la grey abandonada.

"¿Qué fruto saco de elevar al cielo
esta continua lúgubre querella?
Ni encender puedo un corazón de hielo,
ni torcer el influjo de mi estrella.
Si Clori desestima mi desvelo,
sabrá premiarle otra pastora bella.
Ya baja el sol al occidente frío;
vuelve, vuelve al redil, ganado mío".

A LA NAVE

Oda imitada de la de Horacio o Navis, Referent

¿Qué nuevas esperanzas
al mar te llevan? Torna,
torna, atrevida nave,
a la nativa costa.

Aún ves de la pasada
tormenta mil memorias,
¿y ya a correr fortuna
segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
aleves tu derrota,
do tarde los peligros
avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aún es tiempo,
mientras el mar las conchas
de la ribera halaga
con apacibles olas.

Presto erizando cerros
vendrá a batir las rocas,
y náufragas reliquias
hará a Neptuno alfombra.

De flámulas de seda
la presumida pompa
no arredra los insultos
de tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro,
tirano de las ondas,
las barras y leones
de tu dorada popa?

¿Qué tu nombre, famoso
en reinos de la aurora,
y donde al sol recibe
su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
segura de sí propia,
desafiaba al viento
otra arrogante proa;

Y ya, padrón infausto
que al navegante asombra,
en un desnudo escollo
está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo
no tuerces? ¿Orgullosa
descoges nuevas velas,
y sin pavor te engolfas?

¿No ves, ¡oh malhadada!
que ya el cielo se entolda,
y las nubes bramando
relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana,
que hinchada se alborota,
ni el vendaval te asusta,
que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido
de mi inquietud ansiosa;
vuelve a la amiga playa,
antes que el sol se esconda!

DIOS ME TENGA EN GLORIA

A la falsa noticia de la muerte de Mac-Gregor

Lleno de susto un pobre cabecilla
leyendo estaba en oficial gaceta,
cómo ya no hay lugar que no someta
el poder invencible de Castilla.

De insurgentes no queda ni semilla;
a todos destripó la bayoneta,
y el funesto catálogo completa
su propio nombre en letra bastardilla.

De cómo fue batido, preso y muerto,
y cómo me le hicieron picadillo,
dos y tres veces repasó la historia;

Tanto, que, al fin, teniéndolo por cierto,
exclamó compungido el pobrecillo:
—¿Conque es así? —Pues Dios me tenga en gloria.

ALOCUCION A LA POESIA

Fragmento de un poema titulado "América"

I

Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fue morada,
y el eco de los montes compañía;
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
la siempre verde rama
con que al valor coronas;
también allí la florecida vega,
el bosque enmarañado, el sesgo río,
colores mil a tus pinceles brindan;
y Céfiro revuela entre las rosas;
y fúlgidas estrellas
tachonan la carroza de la noche;
y el rey del cielo entre cortinas bellas
de nacaradas nubes se levanta;
y la avecilla en no aprendidos tonos
con dulce pico endechas de amor canta.

¿Qué a ti, silvestre ninfa, con las pompas
de dorados alcázares reales?
¿A tributar también irás en ellos,
en medio de la turba cortesana,
el torpe incienso de servil lisonja?

No tal te vieron tus más bellos días,
cuando en la infancia de la gente humana,
maestra de los pueblos y los reyes,
cantaste al mundo las primeras leyes.
No te detenga, oh diosa,
esta región de luz y de miseria,
en donde tu ambiciosa
rival Filosofía,
que la virtud a cálculo somete,
de los mortales te ha usurpado el culto;
donde la coronada hidra amenaza
traer de nuevo al pensamiento esclavo
la antigua noche de barbarie y crimen;
donde la libertad vano delirio,
fe la servilidad, grandeza el fasto,
la corrupción cultura se apellida.
Descuelga de la encina carcomida
tu dulce lira de oro, con que un tiempo
los prados y las flores, el susurro
de la floresta opaca, el apacible
murmurar del arroyo transparente,
las gracias atractivas
de Natura inocente,
a los hombres cantaste embelesados;
y sobre el vasto Atlántico tendiendo
las vagorosas alas, a otro cielo,
a otro mundo, a otras gentes te encamina,
do viste aún su primitivo traje
la tierra, al hombre sometida apenas;
y las riquezas de los climas todos
América, del Sol joven esposa,
del antiguo Oceano hija postrera,
en su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿qué alta cumbre,
qué prado ameno, qué repuesto bosque
harás tu domicilio? ¿en qué felice
playa estampada tu sandalia de oro
será primero? ¿dónde el claro río
que de Albión los héroes vio humillados,
los azules pendones reverbera
de Buenos Aires, y orgulloso arrastra
de cien potentes aguas los tributos
al atónito mar? ¿o dónde emboza

su doble cima el Avila * entre nubes,
y la ciudad renace de Losada? **
¿O más te sonreirán, Musa, los valles
de Chile afortunado, que enriquecen
rubias cosechas, y süaves frutos;
do la inocencia y el candor ingenuo
y la hospitalidad del mundo antiguo
con el valor y el patriotismo habitan?
¿O la ciudad *** que el águila posada
sobre el nopal mostró al azteca **** errante,
y el suelo de inexhaustas venas rico,
que casi hartaron la avarienta Europa?
Ya de la mar del Sur la bella reina,
a cuyas hijas dio la gracia en dote
Naturaleza, habitación te brinda
bajo su blando cielo, que no turban
lluvias jamás, ni embravecidos vientos.
¿O la elevada Quito
harás tu albergue, que entre canas cumbres
sentada, oye bramar las tempestades
bajo sus pies, y etéreas auras bebe
a tu celeste inspiración propicias?
Mas oye do tronando se abre paso
entre murallas de peinada roca,
y envuelto en blanca nube de vapores,
de vacilantes iris matizada,
los valles va a buscar del Magdalena
con salto audaz el Bogotá espumoso.
Allí memorias de tempranos días
tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
y nativa inocencia venturosos,
sustento fácil dio a sus moradores,
primera prole de su fértil seno,
Cundinamarca; antes que el corvo arado
violase el suelo, ni extranjera nave
las apartadas costas visitara.
Aún no aguzado la ambición había
el hierro atroz; aún no degenerado
buscaba el hombre bajo oscuros techos
el albergue, que grutas y florestas

* Monte vecino a Caracas.
** Fundador de Caracas.
*** México.
**** Nación americana, fundadora de México.

saludable le daban y seguro,
sin que señor la tierra conociese,
los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecía,
todo era paz, contento y alegría;
cuando de dichas tantas envidiosa
Huitaca * bella, de las aguas diosa,
hinchando el Bogotá, sumerge el valle.
De la gente infeliz parte pequeña
asilo halló en los montes;
el abismo voraz sepulta el resto.
Tú cantarás cómo indignó el funesto
estrago de su casi extinta raza
a Nenqueteba, hijo del Sol, que rompe
con su cetro divino la enriscada
montaña; y a las ondas abre calle,
el Bogotá, que inmenso lago un día
de cumbre a cumbre dilató su imperio,
de las ya estrechas márgenes, que asalta
con vana furia, la prisión desdeña,
y por la brecha hirviendo se despeña.
Tú cantarás cómo a las nuevas gentes
Nenqueteba piadoso leyes y artes
y culto dio; después que a la maligna
ninfa mudó en lumbrera de la noche,
y de la luna por la vez primera
surcó el Olimpo el argentado coche.
Ve, pues, ve a celebrar las maravillas
del ecuador: canta el vistoso cielo
que de los astros todos los hermosos
coros alegran; donde a un tiempo el vasto
Dragón del norte su dorada espira
desvuelve en torno al luminar inmóvil
que el rumbo al marinero audaz señala,
y la paloma cándida de Arauco
en las australes ondas moja el ala.
Si tus colores los más ricos mueles
y tomas el mejor de tus pinceles,
podrás los climas retratar, que entero
el vigor guardan genital primero
con que la voz omnipotente, oída

* Huitaca, mujer de Nenqueteba o Bochica, legislador de los muiscas. V. Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. I.

del hondo caos, hinchió la tierra, apenas
sobre su informe faz aparecida,
y de verdura la cubrió y de vida.
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
que vuestros verdes laberintos puebla,
y en varias formas y estatura y galas
hacer parece alarde de sí mismo,
poner presumirá nombre o guarismo?
En densa muchedumbre
ceibas, acacias, mirtos se entretejen,
bejucos, vides, gramas;
las ramas a la ramas,
pugnando por gozar de las felices
auras y de la luz, perpetua guerra
hacen, y a las raíces
angosto viene el seno de la tierra.

¡Oh quién contigo, amable Poesía,
del Cauca a las orillas me llevara,
y el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció y su corte!
¡Oh si ya de cuidados enojosos
exento, por las márgenes amenas
del Aragua moviese
el tardo incierto paso;
o reclinado acaso
bajo una fresca palma en la llanura,
viese arder en la bóveda azulada
tus cuatro lumbres bellas,
oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas
mides al caminante
por la espaciosa soledad errante;
o del cucuy las luminosas huellas
viese cortar el aire tenebroso,
y del lejano tambo a mis oídos
viniera el son del yaraví * amoroso!

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
algún Marón americano, ¡oh diosa!
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona

* *Yaraví,* tonada triste del Perú, y de los llanos de Colombia.

de Febo amada al labrador corona;
donde cándida miel llevan las cañas,
y animado carmín la tuna cría,
donde tremola el algodón su nieve,
y el ananás sazona su ambrosía;
de sus racimos la variada copia
rinde el palmar, de azucarados globos
el zapotillo, su manteca ofrece
la verde palta, da el añil su tinta,
bajo su dulce carga desfallece
el banano, el café el aroma acendra
de sus albos jazmines, y el cacao
cuaja en urnas de púrpura su almendra.
. . . .

Mas ¡ah! ¿prefieres de la guerra impía
los horrores decir, y al son del parche
que los maternos pechos estremece,
pintar las huestes que furiosas corren
a destrucción, y el suelo hinchen de luto?
¡Oh si ofrecieses menos fértil tema
a bélicos cantares, patria mía!
¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado
la sangre de tus hijos y la ibera?
¿Qué páramo no dio en humanos miembros
pasto al cóndor? ¿Qué rústicos hogares
salvar su oscuridad pudo a las furias
de la civil discordia embravecida?
Pero no en Roma obró prodigio tanto
el amor de la patria, no en la austera
Esparta, no en Numancia generosa;
ni de la historia da página alguna,
Musa, más altos hechos a tu canto.
¿A qué provincia el premio de alabanza,
o a qué varón tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero,
que, vencedor de cien sangrientas lides,
muriendo, el suelo consagró de Talca;
y la memoria eternizar desea
de aquellos granaderos de a caballo
que mandó en Chacabuco Necochea.
¿Pero de Maipo la campiña sola
cuán larga lista, oh Musa, no te ofrece,
para que en tus cantares se repita,

de campeones cuya frente adorna
el verde honor que nunca se marchita?
Donde ganó tan claro nombre Bueras,
que con sus caballeros denodados
rompió del enemigo las hileras;
y donde el regimiento de Coquimbo
tantos héroes contó como soldados.
. . . .

¿De Buenos Aires la gallarda gente
no ves, que el premio del valor te pide?
Castelli osado, que las fuerzas mide
con aquel monstruo que la cara esconde
sobre las nubes y a los hombres huella;
Moreno, que abogó con digno acento
de los opresos pueblos la querella;
y tú que de Suipacha en las llanuras
diste a tu causa agüero de venturas,
Balcarce; y tú, Belgrano, y otros ciento
que la tierra natal de glorias rica
hicisteis con la espada o con la pluma,
si el justo galardón se os adjudica,
no temeréis que el tiempo le consuma.
. . . .

Ni sepultada quedará en olvido
La Paz que tantos claros hijos llora,
ni Santacruz, ni menos Chuquisaca,
ni Cochabamba, que de patrio celo
ejemplos memorables atesora,
ni Potosí de minas no tan rico
como de nobles pechos, ni Arequipa
que de Vizcardo con razón se alaba,
ni a la que el Rímac las murallas lava,
que *de los reyes* fue, ya de sí propia,
ni la ciudad que dio a los Incas cuna,
leyes al sur, y que si aún gime esclava,
virtud no le faltó, sino fortuna.
Pero la libertad, bajo los golpes
que la ensangrientan, cada vez más brava,
más indomable, nuevos cuellos yergue,
que al despotismo harán soltar la clava.
No largo tiempo usurpará el imperio
del sol la hispana gente advenediza,
ni al ver su trono en tanto vituperio

de Manco Cápac gemirán los manes.
De Angulo y Pumacagua la ceniza
nuevos y más felices capitanes
vengarán, y a los hados de su pueblo
abrirán vencedores el camino.
Huid, días de afán, días de luto,
y acelerad los tiempos que adivino.
. . . .

Diosa de la memoria, himnos te pide
el imperio también de Motezuma,
que, rota la coyunda de Iturbide,
entre los pueblos libres se numera.
Mucho, nación bizarra mexicana,
de tu poder y de tu ejemplo espera
la libertad; ni su esperanza es vana,
si ajeno riesgo escarmentarse sabe,
y no en un mar te engolfas que sembrado
de los fragmentos ves de tanta nave.
Llegada al puerto venturoso, un día
los héroes cantarás a que se debe
del arresto primero la osadía;
que a veteranas filas rostro hicieron
con pobre, inculta, desarmada plebe,
excepto de valor, de todo escasa;
y el coloso de bronce sacudieron,
a que tres siglos daban firme basa.
Si a brazo más feliz, no más robusto,
poderlo derrocar dieron los cielos,
de Hidalgo, no por eso, y de Morelos
eclipsará la gloria olvido ingrato,
ni el nombre callarán de Guanajuato
los claros fastos de tu heroica lucha,
ni de tanta ciudad, que, reducida
a triste yermo, a un enemigo infama
que, vencedor, sus pactos sólo olvida;
que hace exterminio, y sumisión lo llama.
. . . .

Despierte (oh Musa, tiempo es ya) despierte
algún sublime ingenio, que levante
el vuelo a tan espléndido sujeto,
y que de Popayán los hechos cante
y de la no inferior Barquisimeto,
y del pueblo también, cuyos hogares

a sus orillas mira el Manzanares; *
no el de ondas pobre y de verdura exhausto,
que de la regia corte sufre el fausto,
y de su servidumbre está orgulloso,
mas el que de aguas bellas abundoso,
como su gente lo es de bellas almas,
del cielo, en su cristal sereno, pinta
el puro azul, corriendo entre las palmas
de esta y aquella deliciosa quinta;
que de Angostura las proezas cante,
de libertad inexpugnable asilo,
donde la tempestad desoladora
vino a estrellarse; y con süave estilo
de Bogotá los timbres diga al mundo,
de Guayaquil, de Maracaibo (ahora
agobiada de bárbara cadena)
y de cuantas provincias Cauca baña,
Orinoco, Esmeralda, Magdalena,
y cuantas bajo el nombre colombiano
con fraternal unión se dan la mano.
. . . .

Mira donde contrasta sin murallas
mil porfiados ataques Barcelona.
Es un convento el último refugio
de la arrestada, aunque pequeña, tropa
que la defiende; en torno el enemigo,
cuantos conoce el fiero Marte, acopia
medios de destrucción; ya por cien partes
cede al batir de las tonantes bocas
el débil muro, y superior en armas
a cada brecha una legión se agolpa.
Cuanto el valor y el patriotismo pueden,
el patriotismo y el valor agotan;
mas ¡ay! sin fruto. Tú de aquella escena
pintarás el horror, tú que a las sombras
belleza das, y al cuadro de la muerte
sabes encadenar la mente absorta.
Tú pintarás al vencedor furioso
que ni al anciano trémulo perdona,
ni a la inocente edad, y en el regazo
de la insultada madre al hijo inmola.
Pocos reserva a vil suplicio el hierro;

* Cumaná.

su rabia insana en los demás desfoga
un enemigo que hacer siempre supo,
más que la lid, sangrienta la victoria.
Tú pintarás de Chamberlén el triste
pero glorioso fin. La tierna esposa
herido va a buscar; el débil cuerpo
sobre el acero ensangrentado apoya;
estréchala a su seno. "Libertarme
de un cadalso afrentoso puede sola
la muerte (dice); este postrero abrazo
me la hará dulce; ¡adiós!" Cuando con pronta
herida va a matarse, ella, atajando
el brazo, alzado ya, "¿tú a la deshonra,
tú a ignominiosa servidumbre, a insultos
más que la muerte horrible, me abandonas?
Para sufrir la afrenta, falta (dice)
valor en mí; para imitarte, sobra.
Muramos ambos". Hieren
a un tiempo dos aceros
entrambos pechos; abrazados mueren.
. . . .

Pero ¿al de Margarita qué otro nombre
deslucirá? ¿dónde hasta el sexo blando
con los varones las fatigas duras
y los peligros de la guerra parte;
donde a los defensores de la patria
forzoso fue, para lidiar, las armas
al enemigo arrebatar lidiando;
donde el caudillo, a quien armó Fernando
de su poder y de sus fuerzas todas
para que de venganzas le saciara,
al inexperto campesino vulgo
que sus falanges denodado acosa,
el campo deja en fuga ignominiosa?
. . . .

Ni menor prez los tiempos venideros
a la virtud darán de Cartagena.
No la domó el valor; no al hambre cede,
que sus guerreros ciento a ciento siega.
Nadie a partidos viles presta oídos;
cuantos un resto de vigor conservan,
lánzanse al mar, y la enemiga flota
en mal seguros leños atraviesan.

Mas no el destierro su constancia abate,
ni a la desgracia la cerviz doblegan;
y si una orilla dejan, que profana
la usurpación, y las venganzas yerman,
ya a verla volverán bajo estandartes
que a coronar el patriotismo fuerzan
a la fortuna, y les darán los cielos
a indignas manos arrancar la presa.
En tanto, por las calles silenciosas,
acaudillando armada soldadesca,
entre infectos cadáveres, y vivos
en que la estampa de la Parca impresa
se mira ya, su abominable triunfo
la restaurada inquisición pasea;
con sacrílegos himnos los altares
haciendo resonar, a su honda cueva
desciende enhambrecida, y en las ansias
de atormentados mártires se ceba.

. . . .

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
a la sagrada lid tanto caudillo?
¡Ah que entre escombros olvidar pareces,
turbio Catuche *, tu camino usado!
¿Por qué en tu margen el rumor festivo
calló? ¿Do está la torre bulliciosa
que pregonar solía,
de antorchas coronada,
la pompa augusta del solemne día?
Entre las rotas cúpulas que oyeron
sacros ritos ayer, torpes reptiles
anidan, y en la sala que gozosos
banquetes vio y amores, hoy sacude
la grama del erial su infausta espiga.
Pero más bella y grande resplandeces
en tu desolación, ¡oh patria de héroes!
tú que, lidiando altiva en la vanguardia
de la familia de Colón, la diste
de fe constante no excedido ejemplo;
y si en tu suelo desgarrado al choque
de destructivos terremotos, pudo
tremolarse algún tiempo la bandera

* *Catuche*. Riachuelo que corre por la parte de Caracas en que hizo más estragos el terremoto de 1812.

de los tiranos, en tus nobles hijos
viviste inexpugnable, de los hombres
y de los elementos vencedora.
Renacerás, renacerás ahora;
florecerán la paz y la abundancia
en tus talados campos; las divinas
Musas te harán favorecida estancia,
y cubrirán de rosas tus rüinas.

. . . .

¡Colombia! ¿qué montaña, qué ribera,
qué playa inhospital, donde antes sólo
por el furor se vio de la pantera
o del caimán el suelo en sangre tinto;
cuál selva tan oscura, en tu recinto,
cuál queda ya tan solitaria cima,
que horror no ponga y grima,
de humanas osamentas hoy sembrada,
feo padrón del sanguinario instinto
que también contra el hombre al hombre anima?
Tu libertad ¡cuán caro
compraste! ¡cuánta tierra devastada!
¡cuánta familia en triste desamparo!
Mas el bien adquirido al precio excede.
¿Y cuánto nombre claro
no das también al templo de memoria?

Con los de Codro y Curcio el de Ricaurte
vivirá, mientras hagan el humano
pecho latir la libertad, la gloria.
Vióle en sangrientas lides el Aragua
dar a su patria lustre, a España miedo;
el despotismo sus falanges dobla,
y aun no sucumbe al número el denuedo.
A sorprender se acerca una columna
el almacén que con Ricaurte guarda
escasa tropa; él, dando de los suyos
a la salud lo que a la propia niega,
aléjalos de sí; con ledo rostro
su intento oculta. Y ya de espeso polvo
se cubre el aire, y cerca se oye el trueno
del hueco bronce, entre dolientes ayes
de inerme vulgo, que a los golpes cae
del vencedor; mas no, no impunemente:
Ricaurte aguarda de una antorcha armado.

Y cuando el puesto que defiende mira
de la contraria hueste rodeado,
que, ebria de sangre, a fácil presa avanza;
cuando el punto fatal, no a la venganza,
(que indigna juzga), al alto sacrificio
con qué llenar el cargo honroso anhela,
llegado ve, *¡Viva la patria!* clama;
la antorcha aplica; el edificio vuela.

Ni tú de Ribas callarás la fama,
a quien vio victorioso Niquitao,
Horcones, Ocumare, Vigirima,
y, dejando otros nombres, que no menos
dignos de loa Venezuela estima,
Urica, que ilustrarle pudo sola,
donde de heroica lanza atravesado
mordió la tierra el sanguinario Boves,
monstruo de atrocidad más que española.
¿Qué, si de Ribas a los altos hechos
dio la fortuna injusto premio al cabo?
¿Qué, si cautivo el español le insulta?
¿Si perecer en el suplicio le hace
a vista de los suyos? ¿si su yerta
cabeza expone en afrentoso palo?
Dispensa a su placer la tiranía
la muerte, no la gloria, que acompaña
al héroe de la patria en sus cadenas,
y su cadalso en luz divina baña.

Así expiró también, de honor cubierto,
entre víctimas mil, Baraya, a manos
de tus viles satélites, Morillo;
ni el duro fallo a mitigar fue parte
de la mísera hermana el desamparo,
que, lutos arrastrando, acompañada
de cien matronas, tu clemencia implora.
"Muera (respondes) el traidor Baraya,
y que a destierro su familia vaya".
Baraya muere, mas su ejemplo vive.
¿Piensas que apagarás con sangre el fuego
de libertad en tantas almas grandes?
Del Cotopaxi ve a extinguir la hoguera
que ceban las entrañas de los Andes.
Mira correr la sangre de Rovira,
a quien lamentan Mérida y Pamplona;

y la de Freites derramada mira,
el constante adalid de Barcelona;
Ortiz, García de Toledo expira;
Granados, Amador, Castillo muere;
yace Cabal, de Popayán llorado,
llorado de las ciencias; fiera bala
el pecho de Camilo Torres hiere;
Gutiérrez el postrero aliento exhala;
perece Pombo, que, en el banco infausto,
el porvenir glorioso de su patria
con profético acento te revela;
no la íntegra virtud salva a Torices;
no la modestia, no el ingenio a Caldas. . .
De luto está cubierta Venezuela,
Cundinamarca desolada gime,
Quito sus hijos más ilustres llora.
Pero ¿cuál es de tu crueldad el fruto?
¿A Colombia otra vez Fernando oprime?
¿Méjico a su visir postrada adora?
¿El antiguo tributo
de un hemisferio esclavo a España llevas?
¿Puebla la inquisición sus calabozos
de americanos; o españolas cortes
dan a la servidumbre formas nuevas?
¿De la sustancia de cien pueblos, graves
la avara Cádiz ve volver sus naves?
Colombia vence; libertad los vanos
cálculos de los déspotas engaña;
y fecundos tus triunfos inhumanos,
más que a ti de oro, son de oprobio a España.
Pudo a un Cortés, pudo a un Pizarro el mundo
la sangre perdonar que derramaron;
imperios con la espada conquistaron;
mas a ti ni aun la vana, la ilusoria
sombra, que llama gloria
el vulgo adorador de la fortuna,
adorna; aquella efímera victoria
que de inermes provincias te hizo dueño,
como la aérea fábrica de un sueño
desvanecióse, y nada deja, nada
a tu nación, excepto la vergüenza
de los delitos con que fue comprada.
Quien te pone con Alba en paralelo,
¡oh cuánto yerra! En sangre bañó el suelo
de Batavia el ministro de Felipe;

pero si fue crüel y sanguinario,
bajo no fue; no acomodando al vario
semblante de los tiempos su semblante,
ya desertor del uno,
ya del otro partido,
sólo el de su interés siguió constante;
no alternativamente
fue soldado feroz, patriota falso;
no dio a la inquisición su espada un día,
y por la libertad lidió el siguiente;
ni traficante infame del cadalso,
hizo de los indultos granjería..

Musa, cuando las artes españolas
a los futuros tiempos recordares,
víctimas inmoladas a millares;
pueblos en soledades convertidos;
la hospitalaria mesa, los altares
con sangre fraternal enrojecidos;
de exánimes cabezas decoradas
las plazas; aun las tumbas ultrajadas;
doquiera que se envainan las espadas,
entronizado el tribunal de espanto,
que llama a cuentas el silencio, el llanto,
y el pensamiento a su presencia cita,
que premia al delator con la sustancia
de la familia mísera proscrita,
y a peso de oro, en nombre de Fernando,
vende el permiso de vivir temblando;
puede ser que parezcan tus verdades
delirios de estragada fantasía
que se deleita en figurar horrores;
mas ¡oh de Quito ensangrentadas paces!
¡oh de Valencia abominable jura!
¿será jamás que lleguen tus colores,
oh Musa, a realidad tan espantosa?
A la hostia consagrada, en religiosa
solemnidad expuesta, hace testigo
del alevoso pacto el jefe ibero *;
y entre devotas preces, que dirige
al cielo, autor de la concordia, el clero,
en nombre del presente Dios, en nombre
de su monarca y de su honor, a vista

* Boves.

de entrambos bandos y del pueblo entero,
a los que tiene puestos ya en la lista
de proscripción, fraternidad promete.
Celébrase en espléndido banquete
la paz; los brindis con risueña cara
recibe... y ya en silencio se prepara
el desenlace de este drama infando;
el mismo sol que vio jurar las paces,
Colombia, a tus patriotas vio expirando.

A ti también, Javier Ustáriz, cupo
mísero fin; atravesado fuiste
de hierro atroz a vista de tu esposa
que con su llanto enternecer no pudo
a tu verdugo, de piedad desnudo;
en la tuya y la sangre de sus hijos
a un tiempo la infeliz se vio bañada.
¡Oh Maturín! ¡oh lúgubre jornada!
¡Oh día de aflicción a Venezuela,
que aún hoy, de tanta pérdida preciosa,
apenas con sus glorias se consuela!
Tú en tanto en la morada de los justos
sin duda el premio, amable Ustáriz, gozas
debido a tus fatigas, a tu celo
de bajos intereses desprendido;
alma incontaminada, noble, pura,
de elevados espíritus modelo,
aun en la edad oscura
en que el premio de honor se dispensaba
sólo al que a precio vil su honor vendía,
y en que el rubor de la virtud, altivo
desdén y rebelión se interpretaba.
La música, la dulce poesía
¿son tu delicia ahora, como un día?
¿O a más altos objetos das la mente,
y con los héroes, con las almas bellas
de la pasada edad y la presente,
conversas, y el gran libro desarrollas
de los destinos del linaje humano,
y los futuros casos de la grande
lucha de libertad, que empieza, lees,
y su triunfo universal lejano?
De mártires que dieron por la patria
la vida, el santo coro te rodea:
Régulo, Trásea, Marco Bruto, Decio,

cuantos inmortaliza Atenas libre,
cuantos Esparta y el romano Tibre;
los que el bátavo suelo y el helvecio
muriendo consagraron, y el britano;
Padilla, honor del nombre castellano;
Caupolicán y Guacaipuro altivo *,
y España ** osado; con risueña frente
Guatimozín te muestra el lecho ardiente;
muéstrate Gual *** la copa del veneno;
Luisa el crüento azote;
y tú, en el blanco seno,
las rojas muestras de homicidas balas,
heroica Policarpa le señalas,
tú que viste expirar al caro amante
con firme pecho, y por ajenas vidas
diste la tuya, en el albor temprano
de juventud, a un bárbaro tirano.

¡Miranda! de tu nombre se gloría
también Colombia; defensor constante
de sus derechos; de las santas leyes,
de la severa disciplina amante.
Con reverencia ofrezco a tu ceniza
este humilde tributo, y la sagrada
rama a tu efigie venerable ciño,
patriota ilustre, que, proscrito, errante,
no olvidaste el cariño
del dulce hogar, que vio mecer tu cuna;
y ora blanco a las iras de fortuna,
ora de sus favores halagado,
la libertad americana hiciste
tu primer voto, y tu primer cuidado.
Osaste, solo, declarar la guerra
a los tiranos de tu tierra amada;
y desde las orillas de Inglaterra,
diste aliento al clarín, que el largo sueño
disipó de la América, arrullada
por la superstición. Al noble empeño
de sus patricios, no faltó tu espada;

* *Caupolicán.* Véase el poema de Ercilla, y particularmente su canto XXXIV. *Guaicaipuro.* Cacique de una de las tribus caraqueñas, que, por no entregarse a los españoles, consintió ser abrasado vivo en su choza.

** *España.* Uno de los jefes de la conspiración tramada en Caracas y La Guaira a fines del siglo pasado; véase el *Viaje* de Depons cap. 3 t. I.

*** *Gual.* Compañero de España; envenenado en la isla de Trinidad por un agente del gobierno español.

y si, de contratiempos asaltado
que a humanos medios resistir no es dado,
te fue el ceder forzoso, y en cadena
a manos perecer de una perfidia,
tu espíritu no ha muerto, no; resuena,
resuena aún el eco de aquel grito
con que a lidiar llamaste; la gran lidia
de que desarrollaste el estandarte,
triunfa ya, y en su triunfo tienes parte.

Tu nombre, Girardot, también la fama
hará sonar con inmortales cantos,
que del Santo Domingo en las orillas
dejas de tu valor indicios tantos.
¿Por qué con fin temprano el curso alegre
cortó de tus hazañas la fortuna?
Caíste, sí; mas vencedor caíste;
y de la patria el pabellón triunfante
sombra te dio al morir, enarbolado
sobre las conquistadas baterías,
de los usurpadores sepultura.
Puerto Cabello vio acabar tus días,
mas tu memoria no, que eterna dura.

Ni menos estimada la de Roscio
será en la más remota edad futura.
Sabio legislador le vio el senado,
el pueblo, incorruptible magistrado,
honesto ciudadano, amante esposo,
amigo fiel, y de las prendas todas
que honran la humanidad cabal dechado.
Entre las olas de civil borrasca,
el alma supo mantener serena;
con rostro igual vio la sonrisa aleve
de la fortuna, y arrastró cadena;
y cuando del baldón la copa amarga
el canario soez * pérfidamente
le hizo agotar, la dignidad modesta
de la virtud no abandonó su frente.
Si de aquel ramo que Gradivo empapa
de sangre y llanto está su sien desnuda,
¿cuál otro honor habrá que no le cuadre?
De la naciente libertad, no sólo
fue defensor, sino maestro y padre.

* Monteverde.

No negará su voz divina Apolo
a tu virtud, ¡oh Piar!, su voz divina,
que la memoria de alentados hechos
redime al tiempo y a la Parca avara.
Bien tus proezas Maturín declara,
y Cumaná con Güiria y Barcelona,
y del Juncal el memorable día,
y el campo de San Félix las pregona,
que con denuedo tanto y bizarría
las enemigas filas disputaron,
pues aún postradas por la muerte guardan
el orden triple en que a la lid marcharon.
¡Dichoso, si Fortuna tu carrera
cortado hubiera allí, si tanta gloria
algún fatal desliz no oscureciera!

Pero ¿a dónde la vista se dirige
que monumentos no halle de heroísmo?
¿La retirada que Mac Gregor rige
diré, y aquel puñado de valientes,
que rompe osado por el centro mismo
del poder español, y a cada huella
deja un trofeo? ¿Contaré las glorias
que Anzoátegui lidiando gana en ella,
o las que de Carúpano en los valles,
o en las campañas del Apure, han dado
tanto lustre a su nombre, o como experto
caudillo, o como intrépido soldado?
¿El batallón diré que, en la reñida
función de Bomboná, las bayonetas
en los pendientes precipicios clava,
osa escalar por ellos la alta cima,
y de la fortaleza se hace dueño
que a las armas patricias desafiaba?
¿Diré de Vargas el combate insigne,
en que Rondón, de bocas mil, que muerte
vomitan sin cesar, el fuego arrostra,
el puente fuerza, sus guerreros guía
sobre erizados riscos que aquel día
oyeron de hombres la primer pisada,
y al español sorprende, ataca, postra?
¿O citaré la célebre jornada
en que miró a Cedeño el anchuroso
Caura, y a sus bizarros compañeros,
llevados los caballos de la rienda,

fijados a la boca los aceros,
su honda corriente atravesar a nado,
y de las contrapuestas baterías
hacer huir al español pasmado?
Como en aquel jardín que han adornado
naturaleza y arte a competencia,
con vago revolar la abeja activa
la más sutil y delicada esencia
de las más olorosas flores liba;
la demás turba deja, aunque de galas
brillante, y de süave aroma llena,
y torna, fatigadas ya las alas
de la dulce tarea, a la colmena;
así el que osare con tan rico asunto
medir las fuerzas, dudará qué nombre
cante primero, qué virtud, qué hazaña;
y a quien la lira en él y la voz pruebe,
sólo dado será dejar vencida
de tanto empeño alguna parte breve.

¿Pues qué, si a los que vivos todavía
la patria goza (y plegue a Dios que el día
en que los llore viuda, tarde sea)
no se arredrare de elevar la idea?
¿Si audaz cantare al que la helada cima
superó de los Andes, y de Chile
despedazó los hierros, y de Lima?
. . . .

¿O al que de Cartagena el gran baluarte
hizo que de Colombia otra vez fuera?
¿O al que en funciones mil pavor y espanto
puso, con su marcial legión llanera,
al español; y a Marte lo pusiera?
¿O al héroe ilustre, que de lauro tanto
su frente adorna, antes de tiempo cana,
que en Cúcuta domó, y en San Mateo,
y en el Araure la soberbia hispana;
a quien los campos que el Arauca riega
nombre darán, que para siempre dure,
y los que el Cauca, y los que el ancho Apure;
que en Gámeza triunfó, y en Carabobo,
y en Boyacá, donde un imperio entero
fue arrebatado al despotismo ibero?
Mas no a mi débil voz la larga suma
de sus victorias numerar compete;

a ingenio más feliz, más docta pluma,
su grata patria encargo tal comete;
pues como aquel samán * que siglos cuenta,
de las vecinas gentes venerado,
que vio en torno a su basa corpulenta
el bosque muchas veces renovado,
y vasto espacio cubre con la hojosa
copa, de mil inviernos victoriosa;
así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano;
digna de que la lleven dulce rima
y culta historia al tiempo más lejano.

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TORRIDA

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales;
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmín viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;

* *Samán*. Especie agigantada del género *Mimosa*, común en Venezuela.

y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo, que la herida agave *
para los hijos vierte
del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,
que, cuando de süave
humo en espiras vagorosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo **,
y el perfume le das, que en los festines
la fiebre insana templará a Lieo.
Para tus hijos la procera palma ***
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía;
su blanco pan la yuca ****;
sus rubias pomas la patata educa;
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha *****
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores;
y para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
y para ti el banano ******
desmaya al peso de su dulce carga;
el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes

---

* *Agave.* Maguey o pita (*Agave americana L.*) que da el pulque.

** El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Saba, que es cabalmente donde hoy está Moka.

*** Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre: pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc.

**** No se debe confundir (como se ha hecho en un diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casabe (que es la *Iatropha manihot* de Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de *yuca*) con la yucca de los botánicos.

***** *Parcha.* Este nombre se da en Venezuela a las *Pasifloras* o *Pasionarias,* género abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos.

****** El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones o haciendas, y de que sacan mediata o inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no sólo da, a proporción del terreno que ocupa, más cantidad de alimento que ninguna otra siembra o plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios, éste es el que pide menos trabajo y menos cuidado.

del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo;
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo;
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh! ¡si cual no cede
el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
y como de natura esmero ha sido,
de tu indolente habitador lo fuera!
¡Oh! ¡si al falaz rüido
la dicha al fin supiese verdadera
anteponer, que del umbral le llama
del labrador sencillo,
lejos del necio y vano
fasto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano!
¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
al cuidado abandonan
y a la fe mercenaria
las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,
o al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
se endurece el mancebo a la fatiga;
mas la salud estraga en el abrazo
de pérfida hermosura,
que pone en almoneda los favores;
mas pasatiempo estima
prender aleve en casto seno el fuego
de ilícitos amores;
o embebecido le hallará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.

En tanto a la lisonja seductora
del asiduo amador fácil oído
da la consorte; crece
en la materna escuela
de la disipación y el galanteo
la tierna virgen, y al delito espuela
es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de ese modo
los ánimos heroicos denodados
que fundan y sustentan los estados?
¿De la algazara del festín beodo,
o de los coros de liviana danza,
la dura juventud saldrá, modesta,
orgullo de la patria, y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
de la severa ley regir el freno;
brillar en torno aceros homicidas
en la dudosa lid verá sereno;
o animoso hará frente al genio altivo
del engreído mando en la tribuna,
aquel que ya en la cuna
durmió al arrullo del cantar lascivo,
que riza el pelo, y se unge, y se atavía
con femenil esmero,
y en indolente ociosidad el día,
o en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
las artes de la paz y de la guerra;
antes fio las riendas del estado
a la mano robusta
que tostó el sol y encalleció el arado;
y bajo el techo humoso campesino
los hijos educó, que el conjurado
mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡los que afortunados poseedores
habéis nacido de la tierra hermosa,
en que reseña hacer de sus favores,
como para ganaros y atraeros,
quiso Naturaleza bondadosa!
romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
el mercader que necesario al lujo
al lujo necesita,

los que anhelando van tras el señuelo
del alto cargo y del honor ruidoso,
la grey de aduladores parasita,
gustosos pueblen ese infecto caos;
el campo es vuestra herencia; en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita,
no allá donde el magnate
entre armados satélites se mueve,
y de la moda, universal señora,
va la razón al triunfal carro atada,
y a la fortuna la insensata plebe,
y el noble al aura popular adora.
¿O la virtud amáis? ¡Ah, que el retiro,
la solitaria calma
en que, juez de sí misma, pasa el alma
a las acciones, muestra
es de la vida la mejor maestra!
¿Buscáis durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada
y a su terreno asiento, en que vecina
está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre
donde halaga la flor, punza la espina?
Id a gozar la suerte campesina;
la regalada paz, que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran;
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
y el sabor de los fáciles manjares,
que dispendiosa gula no le aceda;
y el asilo seguro
de sus patrios hogares
que a la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
que vuelve al cuerpo laso
el perdido vigor, que a la enojosa
vejez retarda el paso,
y el rostro a la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda por ventura
de amor la llama, que templó el recato?
¿O menos aficiona la hermosura
que de extranjero ornato
y afeites impostores no se cura?
¿O el corazón escucha indiferente
el lenguaje inocente
que los afectos sin disfraz expresa,

y a la intención ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
la risa se compone, el paso, el gesto;
ni falta allí carmín al rostro honesto
que la modestia y la salud colora,
ni la mirada que lanzó al soslayo
tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperaréis que forme
más venturosos lazos himeneo,
do el interés barata,
tirano del deseo,
ajena mano y fe por nombre o plata,
que do conforme gusto, edad conforme,
y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra; el fértil suelo,
áspero ahora y bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humana y le tribute esclavo.
Del obstrüido estanque y del molino
recuerden ya las aguas el camino;
el intrincado bosque el hacha rompa,
consuma el fuego; abrid en luengas calles
la oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
a la sedienta caña;
la manzana y la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España;
adorne la ladera
el cafetal; ampare
a la tierna teobroma en la ribera
la sombra maternal de su bucare; *
aquí el vergel, allá la huerta ría. . .
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, agricultura,
nodriza de las gentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces.
Mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca; oigo las voces,
siento el rumor confuso; el hierro suena,
los golpes el lejano

* El cacao (*Theobroma cacao L.*) suele plantarse en Venezuela a la sombra de árboles corpulentos llamados *bucares*.

eco redobla; gime el ceibo anciano,
que a numerosa tropa
largo tiempo fatiga;
batido de cien hachas, se estremece,
estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
deja la prole implume
el ave, y otro bosque no sabido
de los humanos va a buscar doliente...
¿Qué miro? Alto torrente
de sonora llama
corre, y sobre las áridas rüinas
de la postrada selva se derrama.
El raudo incendio a gran distancia brama,
y el humo en negro remolino sube,
aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
verdor hermoso y fresca lozanía,
sólo difuntos troncos,
sólo cenizas quedan; monumento
de la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
de las tupidas plantas montaraces,
sucede ya el fructífero plantío
en muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
y a los rollizos tallos hurta el día;
ya la primera flor desvuelve el seno,
bello a la vista, alegre a la esperanza;
a la esperanza, que rïendo enjuga
del fatigado agricultor la frente,
y allá a lo lejos el opimo fruto,
y la cosecha apañadora pinta,
que lleva de los campos el tributo,
colmado el cesto, y con la falda en cinta,
y bajo el peso de los largos bienes
con que al colono acude,
hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! no en vano sude,
mas a merced y a compasión te mueva
la gente agricultora
del ecuador, que del desmayo triste
con renovado aliento vuelve ahora,
y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,

tantos años de fiera
devastación y militar insulto,
aún más que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
halle a tus ojos gracia; no el risueño
porvenir que las penas le aligera,
cual de dorado sueño
visión falaz, desvanecido llore;
intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrión; el diente impío
de insecto roedor no lo devore;
sañudo vendaval no lo arrebate,
ni agote al árbol el materno jugo
la calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
árbitro de la suerte soberano,
que, suelto el cuello de extranjero yugo,
irguiese al cielo el hombre americano,
bendecida de ti se arraigue y medre
su libertad; en el más hondo encierra
de los abismos la malvada guerra,
y el miedo de la espada asoladora
al suspicaz cultivador no arredre
del arte bienhechora,
que las familias nutre y los estados;
la azorada inquietud deje las almas,
deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
expïamos la bárbara conquista.
¿Cuántas doquier la vista
no asombran erizadas soledades,
do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
suplicios, orfandades,
¿quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
las sombras de Atahualpa y Motezuma.
¡Ah! desde el alto asiento,
en que escabel te son alados coros
que velan en pasmado acatamiento
la faz ante la lumbre de tu frente,
(si merece por dicha una mirada
tuya la sin ventura humana gente),
el ángel nos envía,
el ángel de la paz, que al crudo ibero

haga olvidar la antigua tiranía,
y acatar reverente el que a los hombres
sagrado diste, imprescriptible fuero;
que alargar le haga al injuriado hermano,
(¡ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
y si la innata mansedumbre duerme,
la despierte en el pecho americano.
El corazón lozano
que una feliz oscuridad desdeña,
que en el azar sangriento del combate
alborozado late,
y codicioso de poder o fama,
nobles peligros ama;
baldón estime sólo y vituperio
el prez que de la patria no reciba,
la libertad más dulce que el imperio,
y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea;
el ramo de victoria
colgado al ara de la patria sea,
y sola adorne al mérito la gloria.
De su trïunfo entonces, Patria mía,
verá la paz el suspirado día;
la paz, a cuya vista el mundo llena
alma, serenidad y regocijo;
vuelve alentado el hombre a la faena,
alza el ancla la nave, a las amigas
auras encomendándose animosa,
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
y no basta la hoz a las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzáis sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!
honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,
y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda
de la inmortalidad, ardua y fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad; y nuevos nombres

añadiendo la fama
a los que ahora aclama,
"hijos son éstos, hijos,
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima;
de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo, y en Junín, y en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al león de España".

EL HIMNO DE COLOMBIA

Canción Militar

Dedicada a S. E. el Presidente Libertador Simón Bolivar

1

Otra vez con cadenas y muerte
amenaza el tirano español.
Colombianos, volad a las armas,
repeled, repeled la opresión.

Suene ya la trompeta guerrera,
y responda tronando el cañón;
de la Patria seguid la divisa,
que os señala el camino de honor.

CORO

Suena ya la trompeta guerrera
y responde tronando el cañón;
ya la patria arboló su divisa,
que nos muestra el camino de honor.

2

¿Qué Patriota de nobles ideas
apetece la torpe inacción?
¿quién aprecia el reposo entre grillos?
Ciudadano, morir es mejor.

Libertad, haz que dulce resuene
de Colombia a los hijos tu voz;
que jamás uno solo se afrente,
prefiriendo la vida al honor.

CORO

Libertad, ¡oh cuán dulce que suena
de Colombia a los hijos tu voz!
No será que uno solo se afrente
prefiriendo la vida al honor.

3

De la Patria es la luz que miramos,
de la Patria la vida es un don.
Verteremos por ella la sangre,
por un bárbaro déspota no.

Libertad es la vida del alma;
servidumbre hace vil al varón.
Defender a un tirano es oprobio;
perecer por la Patria es honor.

CORO

Libertad es la vida del alma;
servidumbre hace vil al varón.
Defender a un tirano es oprobio,
perecer por la Patria es honor.

4

Defended este suelo sagrado,
que crecer vuestra infancia miró;
en que yacen cenizas heroicas,
en que reina una libre nación.

Recordad tantas prendas queridas,
de la esposa el abrazo de amor,
de los hijos el beso inocente,
de los Padres la herencia de honor.

CORO

Defendamos la patria querida
que nos guarda las prendas de amor;
defendamos los caros hogares;
conservemos la herencia de honor.

5

Recordad los patriotas ilustres
que cobarde crueldad inmoló.
¿No escucháis que apellidan venganza?. . .
Embestid a esa turba feroz.

Recordad del Araure los campos,
que el valor colombiano ilustró;
a Junín, Boyacá y Ayacucho,
monumentos eternos de honor.

CORO

Recordemos de Araure los campos
que el valor colombiano ilustró;
a Junín, Boyacá y Ayacucho,
monumentos eternos de honor.

6

¿Veis llegar las legiones venales,
que conduce a la lid la ambición?
Contra pechos de libres patriotas
impotente será su furor.

Atacad; una fe mercenaria
poco da que temer al valor.
Por victoria hallarán escarmiento,
por botín llevarán deshonor.

CORO

Avanzad, oh legiones venales,
que conduce a la lid la ambición;
por victoria hallaréis escarmiento
por botín llevaréis deshonor.

CANCION
A LA DISOLUCION DE COLOMBIA

Deja, discordia bárbara, el terreno
que el pueblo de Colón a servidumbre
redimió vencedor; y allá vomita,
aborrecida furia, tu veneno,
y esa tu tea, a cuya triste lumbre
el tierno pecho maternal palpita,
allá tan sólo agita,
donde jamás fue oído
de libertad el nombre,
y donde el cuello dobla, encallecido
bajo indigna cadena, el hombre al hombre.

¿El que la ley ató sagrado nudo
que se dignaron bendecir los cielos
en tanta heroica lid desde los llanos
que baña el Orinoco hasta el desnudo
remoto Potosí, romperán celos
indignos de patriotas y de hermanos?
¿De labios colombianos
saldrá la voz impía:
Colombia fue? ¿Y el santo
título abjuraremos que alegría
al nuevo mundo dio y a Iberia espanto?

¡Ah! no será, ni en corazones cabe
que enamoró la gloria, tanta mengua;
o si pudo el valor desatentado
culpa, un momento, consentir tan grave;
honor lo contradijo, y de la lengua
volvió la voz al pecho horrorizado;
que no en vano regado
con la sangre habrá sido
de víctimas sin cuento
el altar, do en mil votos repetido
se oyó de unión eterna el juramento.

¿Qué acento pudo a la postrada España
más alegre sonar? Miradla el luto
mudar gozosa en púrpura fulgente.
Ya en su delirio, la visión apaña
del cetro antiguo, y el servil tributo
demanda con usura al Occidente.

Brilla en la cana frente
el orgullo altanero,
cual súbito revive,
cuando iba el rayo a despedir postrero,
la tibia luz que pábulo recibe.

"¿Es éste el pueblo desdeñoso, esquivo,
(con irrisión dirá) que oprobio estima
mis leyes, y mi nombre vituperio?
No de tener el corazón altivo
de sus padres blasone; no le anima
alma capaz de libertad e imperio.
En largo cautiverio
degeneraron; falta
para llevar a cabo
una empresa tan alta
generosa virtud al que fue esclavo.

"¿Veislos violar el pacto, fementidos,
jurado apenas? ¿Veislos ya la espada
contra sí revolver? El ebrio sueño
desvanecióse; en breve, en breve uncidos
pedirán ser a la coyunda usada,
y de la voz se acordarán del dueño".
—¡Ciego error! ¡Vano empeño!
Si dejada el torrente
su natural costumbre,
arrastrare sus ondas a la fuente,
querrá volver el libre a servidumbre.

Mas, ¡oh vosotros!, ¿dejaréis que infame
la causa que os unió maldad tamaña?
¿Falta al acero empleo? ¿No hay tirano
que herencia suya vuestro suelo llame?
¿Vengóse ya la sangre que lo baña?
¿Los rumbos olvidó del oceano
el pabellón hispano?. . .
¿Qué digo? A vuestra vista
las barras y leones
en arreo desplega de conquista,
y guía a nueva lid nuevas legiones.

Sí, que de Cuba en la vecina playa
(merced a los furores parricidas
que en común daño alimentáis, y afrenta)
os amenaza Iberia, os atalaya,

y de combates mil las esparcidas
reliquias apellida, y junta, y cuenta.
De allí la seña ostenta
a la traición aleve,
que callada vigila
entre vosotros, y las tramas mueve
de oculto fraude, y ya el puñal afila.

¿Y en míseras contiendas distraídos
la pública salud tenéis en nada?
¿Queréis que, de humo y polvo en nube densa,
el bronce tronador dé a los oídos
súbito aviso de enemiga entrada,
para acudir a la común defensa?
¡Cuán otro el que así piensa
de los que libertaron
de los incas la cuna,
y al carro de Colombia encadenaron
en distantes batallas la fortuna!

Mirad, mirad en cuál congoja y duelo
a la Patria sumís, que la unión santa
con voz llorosa invoca y suplicante.
La dulce Patria, en que la luz del cielo
visteis primera, y do la débil planta
estampó el primer paso vacilante;
la que os sustenta, amante
y liberal nodriza;
la que en su seno encierra
de tanto ilustre mártir la ceniza,
¿teatro haréis de abominable guerra?

¡Guerra entre hermanos, fiera guerra, impía,
do el valor frenesí, do la lid crimen,
y aun el vencer ignominioso fuera!
¡Ah, no! volved en vos; y aquel que un día
amor de patria, aquéllas os animen
con que humillasteis la arrogancia ibera,
virtud sublime, austera,
y ardiente sed de fama,
y fe de limpio brillo;
una es la senda a que la Patria os llama,
uno el intento sea, uno el caudillo.

EL INCENDIO DE LA COMPAÑIA

Canto elegíaco

I

Santa casa de oración,
templo de la Compañía,
que a plegaria y a sermón
llamas de noche y de día
la devota población;

¿Qué esplendor, qué luz es ésta
que sobre ti se derrama?
No es luz de nocturna fiesta;
es devastadora llama;
es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría
el que por los aires corre;
ayes son esos que envía
envuelta en humo tu torre;
son gemidos de agonía *.

Jamás con furor tan ciego,
prendió escondida centella;
vióse breve lumbre; y luego
a grande altura descuella
una cúpula de fuego.

Raudo volcán se me antoja,
que aglomera nube a nube
de humareda parda y roja,
y ya hasta los cielos sube,
y encendida lava arroja.

Cual león que descuartiza
descuidada presa hambriento,
tal, encrespado se eriza,
tal ruge el fiero elemento,
que te reduce a ceniza.

* El toque a fuego en las campanas de la iglesia incendiada.

Aunque el pueblo te circunde
a socorrerte anhelante,
rápido el incendio cunde,
y hasta el cerro más distante
terrífica luz difunde;

Y en cuanto la vista abraza,
tiñen medrosos reflejos
toda calle y toda plaza,
y aun contemplados de lejos
espanto son y amenaza.

Una visión gigantea
que negras alas agita,
en lo alto revolotea;
soplando, el incendio irrita;
y sacude humosa tea.

¿Será aquel ángel, al pozo
de perdición derrocado,
a quien la miseria es gozo?
Sobre su rostro eclipsado,
vislumbra horrendo alborozo.

Ya del techo, alta diadema
de fuego, lluvia desciende
ardiente, que alumbra y quema
la vasta nave, y se extiende
con voracidad extrema.

¡Virgen! si compadecida
te halló siempre el ruego humano,
detén la fiera avenida:
tiende el manto soberano
sobre tu mansión querida;

Sobre tu bella morada,
donde con ardientes votos
has sido siempre invocada;
donde mil labios devotos
te llamaron abogada.

Y tú, ¿puedes tolerar
que así las llamas te ultrajen,

Santo Arcángel titular? *
¿Se cebarán en tu imagen?
¿Harán pavesas tu altar?

Nada aplaca su furor;
la destrucción es completa;
arde todo en derredor;
aun a su Dios no respeta
el fuego consumidor.

II

Y a ti también te devora,
centinela vocinglero,
atalaya veladora,
que has contado un siglo entero
a la ciudad, hora a hora.

Diste las nueve, y prendida
estabas viendo la hoguera
en que iba a expirar tu vida;
fue aquélla tu voz postrera,
y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
ese fatídico acento,
¿quién imaginó perderte,
y que en las alas del viento
iba la voz de la muerte?

Paréceme que decías:
"¡Adiós, patria! El cielo ordena
que no más las notas mías
desenvuelvan la cadena
de tus horas y tus días.

"Mil y mil formas miré
nacer al aura del mundo,
y florecer a mi pie,
y descender al profundo
abismo de lo que fue.

* La iglesia de la Compañía tuvo el título de San Miguel Arcángel.

"Yo te vi en tu edad primera
dormida esclava, Santiago,
sin que en tu pecho latiera
un sentimiento presago
de tu suerte venidera.

"Y te vi del largo sueño
despertar altiva, ardiente,
y oponer al torvo ceño
de los tiranos, la frente
de quien no conoce dueño.

"Vi sobre el pendón hispano
alzarse el de tres colores;
suceder a un yermo un llano
rico de frutos y flores;
y al esclavo el ciudadano.

"¡Santiago, adiós! Ya no más
el aviso diligente
de tu heraldo fiel oirás,
que los sordos pasos cuente
que hacia tu sepulcro das.

"¡Adiós! Llegó mi hora aciaga,
como llegará la tuyá.
No hay cosa que no deshaga
el tiempo, y no la destruya;
aun a los imperios traga".

III

El ángel que guarda y vela
a nuestra patria naciente,
ya que el incendio encarcela,
mustio, la mano en la frente,
el empíreo coro vuela.

Saciόse en el templo santo
el fuego; cesó el bullicio;
duerme la ciudad; y en tanto
en torno al trunco edificio
reina silencioso espanto.

Realza una opaca y fea
lumbre el horror y el asombro;
frío norte el humo ondea;
algún denegrido escombro
acá y allá centellea.

Entre la vasta rüina,
tal vez despierta y se encumbra
llamarada repentina,
que fantástica relumbra,
y todo el templo ilumina;

Mas otra voz se adormece;
y solamente la luna,
cuando entre nubes parece,
sobre el arco y la coluna
luminosa resplandece.

Y con pasmado estupor,
reciben nave y capilla
este tan nuevo esplendor,
lámpara sola que brilla
ante el Arca del Señor.

Y ya, si no es el graznido
de infelice ave nocturna
que busca en vano su nido,
o del aura taciturna
algún lánguido gemido,

O las alertas vecinas,
o anunciadora campana
de las preces matutinas,
o la lluvia que profana
las venerables rüinas,

Y bate la alta muralla,
y los sacros pavimentos,
triste campo de batalla
de encontrados elementos;
todo duerme, todo calla.

IV

Cuando, a vista de un estrago,
dolorido el pecho vibra,
¿hay un sentimiento vago
que nos alienta; una fibra
que halla en el dolor halago?

¿Es un instinto divino,
que cuando rompe y cancela
la fortuna un peregrino
monumento, nos revela
más elevado destino?

¿O con no usada energía
despierta en tu seno el alma
y bulle la fantasía
Noche oscura, muerta Calma,
solemne Melancolía?

Yo no sé, en verdad, qué sea
lo que entonces la transporta;
absorbida en una idea,
los terrenos lazos corta,
y libremente vaguea.

Y no es un descolorido
bosquejo lo que elabora,
que al pensamiento embebido
el *antes* se vuelve *ahora,*
y la memoria, sentido.

Las antiguas tradiciones
toman colores reales,
y quebrantan las prisiones
de las arcas sepulcrales
difuntas generaciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?
¿Qué insólito murmurar?
¿Qué voz turba de esta suerte
el silencio secular
de ese asilo de la muerte?

En sus lechos se incorporan
las heladas osamentas;
de los nichos en que moran
bajan sombras macilentas;
negras ropas las decoran.

Grima me da, cuando miro
la procesión, que la grada
monta del hondo retiro,
y en dos filas ordenada,
hace en torno un lento giro.

Va a su cabeza un anciano *;
una blanca mitra deja
asomar su pelo cano.
Cantan, y el canto semeja
sordo murmullo lejano.

Mueven el labio, y después
desmayados ecos gimen;
la luna pasa al través
de sus cuerpos; y no imprimen
huella en el polvo sus pies.

No, no es cosa de este mundo,
ni es lustre de ojos humanos,
el de aquel mirar profundo;
sendas hachas en sus manos
dan un brillo moribundo.

Y cuando atender se quiere
a lo que en el aire zumba
y en tristes cadencias muere,
se oye el cantar de la tumba,
el lúgubre *Miserere*.

"El brazo airado detén,
muestra benigno el semblante,
¡Sumo Autor de todo bien!
para que otra vez levante
sus muros Jerusalén" **.

* El obispo don Juan Melgarejo, sepultado en el cementerio de la Compañía.
** V. 236-240. Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut ædificentur muri Jerusalem. (Psalm. 50, v. 19).

V

Pero ya rayó la aurora,
y a su luz, cada vez más
la visión se descolora,
y al fin, como un leve gas,
por el aire se evapora.

Sobre la gran cordillera,
sube el primer sol de junio,
y apresura (cual si huyera
de ver tamaño infortunio)
entre nubes su carrera.

¡Ah! lo que ayer parecía
fábrica eterna, ¿quién pudo
adivinar que hoy sería
tostados leños, desnudo
paredón, ceniza fría?

Entre el pavor y el respeto
contempla el vulgo curioso
(¡horrible y mísero objeto!)
de lo que fue templo hermoso
el mutilado esqueleto.

No brilla la antorcha clara;
no arde el incienso suave;
polvo inmundo afea el ara...
mas ¿por qué en lo menos grave
el pensamiento se para?

El Tabernáculo Santo...
Tu rostro en la tierra humilla,
¡Jerusalén! rasga el manto;
por tu pálida mejilla
hilo a hilo corra el llanto.

Prendió llama, llama insana,
el Señor; y. dio al olvido
la fiesta de la semana;
y su tienda ha demolido,
y desechó su peana *.

* 269-275. Non est recordatus scabeli pedum suorum, et. (Jerem, *Thren, II* 1, 2, 3, 6).

Callan, ¡ay!, eternamente
la iglesia, la torre, el coro;
calló el rezo penitente;
calló el repique sonoro;
calló el púlpito elocuente.

La voz del himno ha cesado;
duelo cubre y confusión
al sagrario desolado;
y la hija de Sïon
es un cadáver tiznado.

LAS FANTASMAS

Imitación de las Orientales *de Víctor Hugo*

I

¡Ah, qué de marchitas rosas
en su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor
rinda su alegre esperanza
a la hoz del segador;
es forzoso que la danza
en el gozo fugaz de los festines
huelle los azahares y jazmines;

Que, huyendo de valle en valle,
sus ondas la fuente apure;
y que el relámpago estalle,
y un solo momento dure;
y el vendaval que perdonó a la zarza
la fresca pompa del almendro esparza.

El giro fatal no cesa:
la aurora anuncia el ocaso.
En torno a espléndida mesa,
jovial turba empina el vaso;
unos apenas gustan, y ya salen;
pocos hay que en el postre se regalen.

II

¡Murieron, murieron mil!
la rosada y la morena;
la de la forma gentil;
la de la voz de sirena;
la que ufana brilló; la que otro ornato
no usó jamás que el virginal recato.

Una, apoyada la frente
en la macilenta palma,
mira al suelo tristemente;
y al fin rompe al cuerpo el alma;
como el jilguero, cuando oyó el reclamo,
quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra, en un nombre querido,
con loca fiebre delira;
otra acaba, cual gemido
lánguido de eolia lira,
que el viento pulsa; o plácida fallece,
cual sonrïendo un niño se adormece.

¡Todas nacidas apenas,
y ya cadáveres fríos!. . .
palomas, de mimos llenas,
y de hechiceros desvíos;
primavera del mundo, apetecida
gala de amor, encanto de la vida.

¿Y nada dejó la huesa?
¿ni una voz? ¿ni una mirada?
¿tanta llama, hecha pavesa?
¿y tanta flor, deshojada?
¡Adiós! huyamos a la amiga sombra
de anciano bosque; pisaré la alfombra

De secas hojas, que crujan
bajo mi pie vagoroso. . .
Fantasmas se me dibujan
entre el ramaje frondoso;
a incierta luz siguiendo voy su huella,
y de sus ojos la vivaz centella.

¿He sido ya polvo yerto,
y mi sombra despertó?
¿Como ellas estoy yo muerto?
¿O ellas vivas, como yo?
Yo la mano les doy entre las ralas
calles del bosque; ellas a mí sus alas;

Y a su forma vaga, etérea,
mi pensamiento se amolda...
A do, meciendo funérea
colgadura, el sauce entolda
un blanco mármol, de tropel se lanzan;
y en baja voz me dicen: ¡ven!... y danzan.

Vanse luego paso a paso
por la selva, y de repente
desparecen... Yo repaso
la visión acá en mi mente,
y lo que entre los hombres ver solía,
reproduce otra vez la fantasía.

III

¡Una entre todas!... tan clara
la bella efigie, el semblante
me recuerdo, que jurara
estarla viendo delante:
crespas madejas de oro su cabello;
rosada faz; alabastrino cuello;

Albo seno, que palpita
con inocentes suspiros;
ojos, que el júbilo agita,
azules como zafiros;
y la celeste diáfana aurola
que en sus quince a la niña arrebola.

Nunca en su pecho el ardor
de un liviano afecto, cupo;
no supo jamás de amor,
aunque inspirarlo sí supo.
Y si cuantos la ven, la llaman bella,
nadie al oído se lo dice a ella.

El baile fue su pasión,
y costóle caro asaz:
deslumbradora ilusión,
que pasatiempo y solaz
a todo pecho juvenil ofrece;
pero el de Lola embriaga y enloquece.

Todavía, cuando pasa
sobre su sepulcro alguna
nube de cándida gasa,
que hace fiestas a la luna,
o el mirto que lo cubre el viento mece,
rebulle su ceniza y se estremece.

La circular se le envía,
que para el baile la empeña;
y si piensa en él de día,
en él a la noche sueña;
vuélanle en derredor regocijadas
visiones de danzantes, silfos y hadas;

Y la cercan plumas, blondas,
canastillas y bandejas,
mué de caprichosas ondas,
crespón, de que las abejas
pudieran hacerse alas; cintas, flores,
tocas de formas mil, de mil colores.

IV

Ya llega. . . los elegantes
le hacen rueda; luce el rico
bordado; en los albos guantes
se abre y cierra el abanico.
Ya da principio la anhelada fiesta:
y sus cien voces desplegó la orquesta.

¡Qué ágil salta o se desliza!
¡Qué movimiento agraciado!
Sus ojos, bajo la riza
crencha del pelo dorado,
brillan, como dos astros en la ceja
de luz que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es travesura,
juego, donaire, alegría,
inocencia... En una oscura,
solitaria galería,
yo, que los grupos móviles miraba,
a Lola pensativo contemplaba...

Pensativo... caviloso...
y triste no sé si diga;
en el baile bullicioso,
el loco placer hostiga;
enturbia el tedio la delicia, y rueda
impuro polvo en túnicas de seda.

Lola, en la festiva tropa,
va, viene, revuelve, gira:
¡valse! ¡cuadrilla! ¡galopa!
no descansa, no respira;
seguir no es dado el fugitivo vuelo
del lindo pie, que apenas toca el suelo.

Flautas, violines, violones,
alegre canto, reflejos
de arañas y de blandones,
de lámparas y de espejos;
flores, perfumes, joyas, tules, rasos,
grato rumor de voces y de pasos,

Todo la exalta; la sala
multiplica los sentidos.
No sabe el pie si resbala
sobre cristales pulidos,
o sobre nube rápida se empine,
o en agitadas olas remoline.

V

¡De día ya!... ¿Cuánto tarda
la hora que al placer da fin?
Lola en el umbral aguarda
por la capa de satín;
y bajo la delgada mantellina,
cuela alevosa el aura matutina.

¡Ah! ¡qué triste tornaboda!
Risas, placeres, ¡adiós!
¡Adiós, arreos de moda!
Al canto sigue la tos;
al baile, ardor febril que la desvela,
dolor que punza, y respirar que anhela;

Y a la fresca tez rosada
la cárdena sigue luego;
y la pupila empañada
a la pupila de fuego.
Murió... ¡la alegre! ¡la gentil! ¡la pura!
¡la amada!... el baile abrió su sepultura.

Murió... la muerte la arranca
del abrazo maternal
—último abrazo— y la blanca
vestidura funeral
le pone, en vez de traje de la fiesta,
y es en un ataúd donde la acuesta.

Un vaso de flores lleno
guarda la escogida flor,
que prendida llevó al seno;
y aún conserva su color:
cogióla en el jardín su mano hermosa,
y se marchitará sobre su losa.

¡Pobre madre! ¡Qué distante
de adivinar su fortuna,
cuando la arrullaba infante,
cuando la meció en la cuna,
y con solicitud, con ansia tanta,
miró crecer aquella tierna planta!

¿Para qué?... Su amor, su Lola,
cebo del gusano inmundo,
amarilla, muda, sola,
en un retrete profundo
duerme; y si en clara noche del hibierno
interrumpe la luna el sueño eterno,

Y a solemnizar la queda
los difuntos se levantan,
y en la apartada arboleda
fúnebres endechas cantan;
en vez de madre, un descarnado y triste
espectro al tocador de Lola asiste.

"Hora es, dice, date prisa";
y abriendo los pavorosos
labios con yerta sonrisa,
pasa los dedos nudosos
de la descomunal mano de hielo
sobre las ondas del dorado pelo;

Y luego la besa ufano;
y de mustia adormidera
la enguirnalda, y de la mano,
la conduce a do la espera,
saltando entre las tumbas, coro aerio,
a la pálida luz del cementerio,

Y tras un alto laurel
la luna su faz recata,
sirviéndole de dosel
nubes con franjas de plata,
que el iris de la noche en torno ciñe,
y de colores opalinos tiñe.

VI

¡Niñas! no el placer os tiente,
que víctima tanta inmola;
mas tened, tened presente
a la malograda Lola;
la compañera hermosa, amable, honesta,
arrebatada al mundo en una fiesta.

Cercada estaba de amores,
gracia, beldad, lozanía,
y de todas estas flores
una guirnalda tejía;
y cuando en matizarla se divierte,
a esta dulce labor da fin la muerte.

A OLIMPIO

Imitación de Víctor Hugo

I

¿Recuerdas, Olimpio *, aquella
única amistad constante,
que no copió en su semblante
las mudanzas de tu estrella?

¿Aquel amigo, consuelo
que en la miseria ha dejado
a tu corazón llagado
por último bien el cielo?

Testigo de las azares
de la encarnizada lidia
en que te postró la envidia,
que hoy te abruma de pesares;

Así te dijo; — y en tanto,
una luz serena y clara
desarrugaba tu cara,
mojando la suya el llanto:

II

"¿Eres tú aquel cuya gloria
ensalzaron nobles plumas,
y miraban de reojo
mil envidias taciturnas?

"Acatábante en silencio
las gentes: la infancia ruda
a escucharte se paraba,
como la vejez caduca.

"Eras meteoro ardiente
que en una noche profunda
se lleva tras sí los ojos,
cuando por el cielo cruza.

* *Olimpio* es un patriota eminente denigrado por la calumnia, y que se consuela de la desgracia en las meditaciones de una filosofía indulgente y magnánima. No sabemos quién fuese el personaje que Víctor Hugo se propuso representar bajo este nombre. En las revoluciones americanas, no han faltado *Olimpios*.

"Y ahora, arrancada palma,
doblas tu cabeza mustia:
no te da apoyo la tierra,
no das al aire verdura.

"¡Cuántas frentes a la sombra
acostumbraba la tuya!
Y ahora, ¡qué de sonrisas
irónicas te saludan!

"Ajado está el bello lustre
de tu blanca vestidura;
los que galán te adoraron,
andrajoso, te hacen burla.

"La detracción en tu vida
clavó sus garras impuras;
es texto a malignas glosas
tu reputación difunta;

"Y como helado cadáver,
desfigurada, insepulta,
sabandijas asquerosas
por todas partes la surcan.

"Revelada por la llama
que a tu memoria circunda,
tu existencia es un terrero
que cuantos pasan insultan;

"Y cien silbadoras flechas
vienen a herirla una a una,
que en tu corazón inerme
hondas encarnan la punta.

"Y con festivos aplausos
cuenta el vulgo las agudas
heridas, y los dolores,
y las ansias moribundas;

"Como suelen bandoleros,
al ver la presa segura,
contar monedas y joyas
que reciente sangre enturbia.

"El alma, que de lo recto
era un tiempo norma augusta,
es ya como la taberna
que por la noche relumbra;

"A cuya reja se apiñan
curiosos, por si se escucha
el canto de locas orgias,
o de las riñas la bulla.

"Cortaron tus esperanzas,
flor de que nadie se cura,
manos crüeles, y al suelo
las dan en trizas menudas.

"Nadie te llora; tu suerte
ningún corazón enluta;
tu nombre es un epitafio
de desmoronada tumba;

"Y el que con dolor fingido
alguna vez lo pronuncia,
es como el que muestra escombros
de arruinada arquitectura,

"Que un tiempo adornaron jaspes,
y sustentaron columnas,
y ya malezas la cubren,
y vientos y aguas la injurian.

III

"Mas ¿qué digo? En la miseria
más elevado y sublime
te muestras a quien la altura
de tus pensamientos mide.

"Tu existencia, combatiendo
a los contrapuestos diques,
suena como el oceano
que asalta los arrecifes.

"Los que observaron de cerca
la lucha, vuelven y dicen
que, inclinándose a la margen,
vieron tremenda Caribdis;

"Mas puede ser que la vista,
calando ese abismo horrible,
la perla de la inocencia
en lo más hondo divise.

"Turba los ojos la niebla
de que pareces vestirte;
mas sobre ella un claro cielo
serenas lumbres despide.

"¿Qué importa al cabo que el mundo
contra tu entereza lidie,
alzando nubes de polvo,
que cualquier soplo dirige?

"Para juzgar, ¿qué derecho,
qué título nos asiste?
¿Qué objeto no es un enigma
para los ojos más linces?

"¿La certidumbre?. . . ¡Insensatos,
que imagináis tierra firme,
la que celajes vistosos
en vuestro discurso fingen!

"Así puede asirla el juicio
del hombre, como es posible
a la mano asir el agua
sin que presta se deslice.

"Moja apenas, y al instante
huye; y al pecho que gime,
y al ardiente labio, nada
deja que la sed mitigue.

"¿Es día? ¿Es noche? Los ojos
nada absoluto distinguen:
toda raíz lleva frutos;
y todo fruto raíces.

"Apariencias nos fascinan,
ya sombras densas contristen
la vista, o ya luminosos
colores la regocijen.

"Un objeto mismo a visos
diferentes llora y ríe:
por un lado, terso lustre;
por el otro, oscuro tizne.

"La nube en que el marinero
ve rota nave irse a pique,
para el colono es un campo
que doradas mieses rinde.

"¿Quién habrá que los misterios
del pecho humano escudriñe?
¿Quién, que las transformaciones
varias de un alma adivine?

"Larva informe surca el lodo;
y tal vez mañana, libre
mariposa, alas de seda
despliegue, y aromas libe.

IV

"Pero tú penas; y ¿cómo
pudo ser que no penaras,
oh víctima sin ventura
de persecución villana?

"¿Tú, a quien la calumnia muerde
lo más sensible del alma?
¿Tú, en quien el sarcasmo agota
sus flechas enherboladas?

"Herido león, hüiste
a la selva solitaria;
y allí memorias acerbas
te hacen más honda la llaga.

"A ellas entregado vives;
y ¡cuántas veces, ay, te halla
la noche en la actitud misma
en que te halló la mañana!

"Dichoso, cuando a la sombra
en que tu pecho descansa,
la sombra, de los que piensan
favorecida morada;

"Desde el alba hasta el ocaso,
desde el ocaso hasta el alba,
contemplando las facciones
del valle y de la montaña;

"Atento al tapiz musgoso
que las rocas engalana,
al sosiego de los campos,
o al tumulto de las aguas;

"A la lozana verdura
de yerbas jamás holladas,
o a la nieve que los montes
empinados amortaja;

"A la bostezante gruta
de tenebrosa garganta,
y de verde cabellera,
con florecida guirnalda;

"O a la mar, do las antorchas
del mundo su curso acaban,
que como un pecho viviente
respirando sube y baja;

"O siguiendo con los ojos
desde la arenosa playa,
al ligero esquife, alegre
depósito de esperanzas;

"Que las velas tiende y huye,
huye, y rompe la delgada
hebra que ata el duro pecho
del marinero a la patria;

"Sobre el risco, donde tantos
dispersos rumores vagan;
bajo la espesura umbrosa,
donde ni el silencio calla;

"A los ecos das un eco;
a las confusas palabras
de místicas armonías
vibra tu mente inspirada;

"Y concurres al inmenso
coro que todo lo abraza,
lo que remontado vuela,
y lo que humilde se arrastra;

"Coro de infinitas voces
que suspende y arrebata,
y en que la naturaleza
a todos los seres habla!

V

"Consuélate, que algún día,
y no distante quizás,
el imperio de las almas
a la tuya volverá;

"Y ha de verse, ante los ojos
más obcecados, brillar
con nueva luz, de tu frente
la nativa majestad;

"Como joyel, a que el polvo
deslustró la tersa faz,
nuevamente acicalado
para fiesta nupcial.

"En vano tus enemigos,
de la sátira mordaz
contra tu pecho inocente
aguzaron el puñal;

"Y divulgaron secretos
fiados a la amistad,
como quien derrama el agua
sobre el camino real.

"En vano, en vano su furia
humillada lanzarán
contra tu nombre, a manera
de enhambrecido chacal,

"Que, para saciar la rabia
de su apetito voraz,
desgarra la última carne
del hueso roído ya.

"Esos hombres que te ponen
piedras en que tropezar,
y de asechanzas te cercan,
no, no prevalecerán.

"Pasarán, como vislumbres
entre espeso matorral,
que a merced del viento corren,
y no dejan huella atrás.

"Te detestarán, sin duda,
con el rencor infernal
que alimenta contra el cielo
el pecho de Satanás;

"Pero las voces de muerte,
que como ardiente raudal
salen de su boca impía,
leve soplo extinguirá.

"Mira entretanto con ojos
de generosa piedad
a los que de un bajo instinto
arrastra el poder fatal;

"A los que, en densa ignorancia
sumidos, no ven rayar
celeste albor, que ilumine
su mísera ceguedad;

"Que llaman luz a la sombra,
y bonanza al huracán,
y andan a tientas, sin rumbo,
sin ley, sin fe, sin altar;

"Al soberbio que levanta
contra el débil el procaz
estrépito del torrente,
demolido el valladar;

"A la mujer seductora,
desamorada beldad,
a quien la sonrisa, estudio,
a quien es arte el mirar;

"Y en cuyo ropaje, suelto
a los vientos, redes hay,
redes, que prenden las almas
en dura cautividad;

"Al ambicioso que trepa
sobre el ambicioso, a par
de la hiedra, que a sí misma
entretejiéndose va;

"A la turba lisonjera
que rinde a cada deidad
efímera el torpe incienso
de su adoración venal;

"Y a declamadores vanos,
que hacen rüido y no más;
oráculos que atestiguan
la insensatez general.

"¿Qué son contigo esos hombres
de un día, enjambre fugaz
de insectos que vio la aurora,
y la tarde no verá?

"Ellos son viles, tú grande,
es el interés su imán,
la gloria el tuyo: la guerra
apetecen, tú la paz.

"Nada hay común a la suya,
y a tu carrera inmortal;
ni se puede su alegría
a tu dolor igualar;

"Que es sublime y grandioso
espectáculo el que da
la mano dispensadora
que reparte el bien y el mal,

"Y alejando al genio el cebo
de lo vano y lo falaz,
lo labra con el arado
que se llama adversidad".

VI

¡Olimpio! un amigo fiel
entonces te hablaba así,
queriendo apartar de ti
la henchida copa de hiel.

Solo entre la turba larga
que antes te halagó perjura,
quiso de la desventura
aligerarte la carga.

Y tú, si en tono más grave,
no de metal diferente,
como el granarío a la fuente,
como al esquife la nave,

Le hablaste, —y cruzó veloz
una sombra tu semblante;
y un tierno afecto un instante
hizo vacilar tu voz:

VII

"¡No me consueles, ni te aflijas! Vivo
pacífico y sereno,
que sólo miro al mundo de las almas,
no a ese mundo terreno.

"Ni es tan perverso el hombre: la fortuna,
liberal o mezquina,
tiñe en puro licor o en turbias heces
la copa cristalina.

"Del estrecho teatro, que aprisiona
tu pensamiento, el mío
oye a lo lejos el rumor, y vuela
a su libre albedrío.

"Si murmura la fuente, o solitaria
bulle una verde orilla,
o viene a mis oídos el arrullo
de amante tortolilla;

"O el esquilón de las exequias llora
   en la torre sublime,
o de los sauces la colgante rama
   sobre las cruces gime;

"Paréceme que huello excelsa cumbre,
   a do conduce el viento,
de cuanto ser criado habita el orbe
   una voz de lamento.

"Allí la pequeñez a la grandeza,
   el barro al oro igualo;
y exploro los arcanos del abismo,
   y el firmamento escalo.

"Cuando el humo lejano se levanta
   de humilde choza, pienso
que en el ara se exhala, do se quema
   a Dios devoto incienso;

"Y de dispersas luces por la noche
   sembrada la llanura,
el infinito espacio tachonado
   de soles me figura.

"Contemplo allí de lejos cuanto puebla
   la tierra, el mar profundo,
y miro al hombre, misterioso mago,
   atravesar el mundo.

"Y como suele el pájaro a su pluma,
   me entrego al pensamiento;
y entiendo qué es la vida, y lo que dice
   aquel doliente acento.

"¿Y quieres que murmure de mi suerte?
   ¿Cuál es el hombre, dime,
a quien, parcial el cielo, de la carga
   universal exime?

"Yo, que lóbrega noche vivo ahora,
   en mi denso horizonte
conservo, cual rosada luz, que deja
   la tarde en alto monte,

"La llama del honor, divina lumbre,
que, en apacible calma,
todavía ilumina lo más alto,
lo más puro del alma.

"Sin duda un tiempo —¿qué razón temprana
de este modo no yerra?—
sueños dorados vi, cuales el hombre
suele ver en la tierra.

"Vi alzarse mi existencia coronada
de visiones hermosas;
mas ¡qué! ¿debí juzgar que fuese eterna
la vida de las rosas?

"Las ilusiones que tocar pensaban
mis infantiles manos,
disipó la razón, como disipa
la aurora espectros vanos.

"Y digo ya a la dicha lo que dice
navegante que deja
el suelo patrio, a la querida orilla
que más y más se aleja.

"Señala Dios a todo ser que nace
su herencia de dolores,
como, a la aurora, un amo a sus obreros
reparte las labores.

"¡Animo, pues! ¿Qué importa a un alma grande,
destello peregrino
de antorcha celestial, eso que el hombre
suele llamar destino?

"Ni elación en la frente generosa,
ni aparezca desmayo,
ora brille a los ojos la serena
luz del día, ora el rayo.

"Brame allá abajo la preñada nube
que tempestades mueve,
y su tranquilidad conserve el alma,
cual la cumbre su nieve.

"Forceja en vano el rebelado orgullo
contra la ley severa
(necesidad o expiación se llame)
que al universo impera;

"Rueda fatal, que a todo lo crïado
en movimiento eterno
girando abruma, y de una mano sola
reconoce el gobierno".

LOS DUENDES

Imitación de Víctor Hugo *

I

No bulle
la selva;
el campo
no alienta.
Las luces
postreras
despiden
apenas
destellos,
que tiemblan.
La choza
plebeya,
que horcones
sustentan;
la alcoba,
que arrean
cristales
y sedas;
al sueño
se entregan.
Ya es todo
tinieblas.
¡Oh noche
serena!

* La idea general, algunos pensamientos, y el progresivo ascenso y descenso del metro, es todo lo que se ha tomado del original. La composición francesa se titula *Les Lutins*.

¡Oh vida
suspensa!
La muerte
remedas.

II

¿Qué rüido
sordo nace?
Los cipreses
colosales
cabecean
en el valle;
y en menuda
nieve caen
deshojados
azahares.
¿Es el soplo
de los Andes,
atizando
los volcanes?
¿Es la tierra,
que en sus bases
de granito
da balances?
No es la tierra;
no es el aire;
son los duendes
que ya salen.

III

Por allá vienen;
¡qué batahola!
ora se apiñan
en densa tropa,
que hiende rápida
la parda atmósfera;
y ora se esparcen,
como las hojas
ante la ráfaga
devastadora.
Si chillan éstos,
aquéllos roznan.

Si trotan unos,
otros galopan.
De la cascada
sobre las ondas,
cuál se columpia,
cuál cabrïola.
Y un duende enano,
de copa en copa,
va dando brincos,
y no las dobla.

IV

¿Fantasmas acaso
la vista figura?
Como hinchadas olas
que en roca desnuda
se estrellan sonantes,
y luego reculan
con ronco murmullo,
y otra vez insultan
al risco, lanzando
bramadora espuma;
así van y vienen,
y silban y zumban,
y gritan que aturden;
el cielo se nubla;
el aire se llena
de sombras que asustan;
el viento retiñe;
los montes retumban.

V

A casa me recojo;
echemos el cerrojo.
¡Qué triste y amarilla
arde mi lamparilla!
¡Oh Virgen del Carmelo!
aleja, aleja el vuelo
de estos desoladores
ángeles enemigos;
que no talen mis flores,
ni atizonen mis trigos.

Ahuyenta, madre, ahuyenta
la chusma turbulenta;
y te pondré en la falda
olorosa guirnalda
de rosa, nardo y lirio;
y haré que tu sagrario
alumbre un blanco cirio
por todo un octavario.

VI

¡Cielos! ¡lo que cruje el techo!
¡y lo que silba la puerta!
Es un turbión deshecho.
De lejos oigo estallar
los árboles de la huerta,
como el pino en el hogar.
Si dura más el tropel,
no amanecerá mañana
un cristal en la ventana,
ni una hoja en el vergel.

VII

San Antón, no soy tu devoto,
si no le pones luego coto
a este diabólico alboroto.
¡Motín semeja, o terremoto,
o hinchado torrente que ha roto
los diques, y todo lo inunda!
¡Jesús! !Jesús! ¡qué barahúnda!...
¿Qué significa, raza inmunda,
esa aldabada furibunda?
El rayo del cielo os confunda,
y otra vez os pele y os tunda,
y en la caverna más profunda
del inflamado abismo os hunda.

VIII

Ni por ésas. Parece que arroja
el infierno otro denso nublado,
o que el diablo al oírme se enoja;

y empujando el ejército alado,
el asalto acrecienta y aviva.
El tejado va a ser una criba;
cada envión que recibe mi choza,
yo no sé cómo no la destroza;
a tamaña batalla no es mucho
que retiemble, y que toda se cimbre,
cual si fuese de lienzo o de mimbre...
¿Es el miedo? o ¿quién anda en la sala?
Vade retro, perverso avechucho...
¡Ay! matóme la luz con el ala...

IX

¡Funesta sombra! ¡Tenebroso espanto!...
Amedrentado el corazón palpita...
y la legión de Lucifer en tanto,
reforzando la trápala y la bulla,
a un tiempo brama, gruñe, llora, grita,
bufa, relincha, ronca, ladra, aúlla;
y asorda estrepitosa los oídos,
mezclando carcajadas y alaridos,
voz de ira, voz de horror, y voz de duelo.
¡Qué fiero son de trompas y cornetas!
¡Qué arrastrar de cadenas por el suelo!
¡Qué destemplado chirrio de carretas!...
¡Ya escampa! Hasta la tierra se estremece,
y según es el huracán, parece
que a la casa y a mí nos lleva al vuelo...
¡Perdido soy!... ¡Misericordia, cielo!

X

¡Ah! Por fin en la iglesia vecina
a sonar comenzó la campana...
Al furor, a la loca jarana,
turbación sucedió repentina.
El tañido de aquella campana
a la hueste infernal amohína,
sobrecoge, atolondra, amilana.
Como en pecho abrumado de pena
una luz de esperanza divina;
como el sol en la densa neblina,
de los montes rizada melena;

el tañido de aquella campana,
que tan alto y sonoro domina,
y se pierde en la selva lejana,
el tumulto en el aire serena.

XI

¡Partieron! La sonante nota
a la hueste infernal derrota.
Uno a otro apresura, excita,
estrecha, empuja, precipita.
Huyó la fementida tropa;
no trota ya, sino galopa;
no galopa ya, sino vuela.
Por donde pasa la bandada,
una sombra más atezada
los montes y los valles vela,
y el luto de la noche enluta.
Como de leña mal enjuta,
que en el hogar chisporrotea,
de mil pupilas culebrea
rojiza luz intermitente,
que va señalando la ruta
de Satanás y de su gente.

XII

Cesó, cesó la zozobra.
A escape va la pandilla;
y la tierra se recobra
de la grave pesadilla
de esta visita importuna;
y la perezosa luna
sale al fin, y el campo alegra.
Allá va la sombra negra;
distante suena la grita
de la canalla maldita;
como cuando ciñe un monte
de nubes el horizonte,
y desde su oscuro seno
rezonga lejano trueno;
como cuando primavera
tus nieves ha derretido,
gigantesca cordillera,

y a lo lejos se oye el ruido
de impetuosa corriente
que arrastra una selva entera,
cubre el llano y corta el puente.

XIII

Mas a ti, ¿qué fortuna,
huerta mía, te cabe?
¿Respiras ya del grave
afán? ¿Injuria alguna
sufriste?. . . ¡Cuánta asoma,
entreabierta a la luna,
nueva flor! ¡Cuánto aroma
de rosas y alelíes
el ambiente embalsama!
No hay una mustia rama;
no hay un doblado arbusto.
Parece que te ríes
de tu pasado susto.

XIV

Sobre aquellos boldos
que a un pelado risco
guarnecen la falda,
al amortecido
rayo de la luna,
van haciendo giros.
Enjambre parecen
de avispas, que el nido
materno abandona,
despojo de niños
traviesos, y vuela
errante y proscripto.

XV

¡Desventurados!
Del patrio albergue
también vosotros
gemís ausentes;
vagar proscriptos

os cupo en suerte...
¡Terrible fallo!...
¡y eterno!... ¡Pesen
mis maldiciones,
blandas y leves,
sobre vosotros,
míseros duendes!

XVI

Hacia el cerro
que distingue
lo sombrío
de su tizne
—padrón negro
de hechos tristes—
vagorosas
ondas finge,
parda nube,
con matices
colorados,
como el tinte
que a la luna
da el eclipse;
y en la espira
que describe,
rastros deja
carmesíes...
¿En qué abismos,
infelice
nubecilla,
vas a hundirte?...
Ya los ojos
no la siguen;
ya es un punto;
ya no existe.

XVII

¡Qué calma
tranquila!
Tras leve
cortina
de gasa

pajiza,
la luna
dormita.
Al sueño
rendidas,
las flores
se inclinan.
El viento
no silba,
ni el aura
suspira.
Tú sola
vigilas;
tú siempre
caminas,
y al centro
gravitas,
¡oh fuente
querida!
ya turbia;
ya limpia;
ya en calles,
que lilas
y adelfas
tapizan;
ya en zarzas
y espinas.
¡Tal corre
la vida!

LA ORACION POR TODOS

Imitación de Víctor Hugo

I

Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo:
cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino,
al soplo de la noche; y en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto,
se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! su ruedo de cambiante nácar
el occidente más y más angosta;
y enciende sobre el cerro de la costa
el astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado,
brilla el albergue rústico; y la tarda
vuelta del labrador la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúlgido diamante;
y ya apenas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
y la iglesia, y la choza, y la alquería;
y a los destellos últimos del día
se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido,
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre, tras la cuita y la faena,
quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
conversan con espíritus alados;
y los ojos al cielo levantados,
invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas, y los pies desnudos,
fe en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, a un mismo instante,
al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa,
sobre su cuna volarán ensueños,
ensueños de oro, diáfanos, risueños,
visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
ya beben el aliento a las bermejas
bocas, como lo chupan las abejas
a la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
esconde su cabeza la avecilla,
tal la niñez en su oración sencilla
adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!
¡de natural piedad primer aviso!
¡fragancia de la flor del paraíso!
¡preludio del concierto celestial!

II

Ve a rezar, hija mía. Y ante todo,
ruega a Dios por tu madre; por aquella
que te dio el ser, y la mitad más bella
de su existencia ha vinculado en él;
que en su seno hospedó tu joven alma,
de una llama celeste desprendida;
y haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar y te dio la miel.

Ruega después por mí. Más que tu madre
lo necesito yo. . . Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena,
y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, a nadie envidia,
la vi tener en mi fortuna escasa;
como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos. . . ¡ni lo sean
a ti jamás!. . . los frívolos azares
de la vana fortuna, los pesares
ceñudos que anticipan la vejez;
de oculto oprobio el torcedor, la espina
que punza a la conciencia delincuente,
la honda fiebre del alma, que la frente
tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
conozco el mundo, y sé su alevosía;
y tal vez de mi boca oirás un día
lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda a los que rifan
riquezas y poder, la urna aleatoria,
y que tal vez la senda que a la gloria
guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
y cada instante alguna culpa nueva
arrastra en la corriente que la lleva
con rápido descenso al ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña;
en los zarzales del camino deja
alguna cosa cada cual: la oveja
su blanca lana!, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, a rezar por mí, y al cielo
pocas palabras dirigir te baste:
"Piedad, Señor, al hombre que crïaste;
eres Grandeza; eres Bondad; ¡perdón!"
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
sube el humo a la cúpula eminente,
sube del pecho cándido, inocente,
al trono del Eterno la oración.

Todo tiende a su fin: a la luz pura
del sol, la planta; el cervatillo atado,
a la libre montaña; el desterrado,
al caro suelo que le vio nacer;
y la abejilla en el frondoso valle,
de los nuevos tomillos al aroma;
y la oración en alas de paloma
a la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
soy como el fatigado peregrino,
que su carga a la orilla del camino
deposita y se sienta a respirar;
porque de tu plegaria el dulce canto
alivia el peso a mi existencia amarga,
y quita de mis hombros esta carga,
que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,
en esta noche de pavor, el vuelo
de un ángel compasivo, que del cielo
traiga a mis ojos la perdida luz.
Y pura finalmente, como el mármol
que se lava en el templo cada día,
arda en sagrado fuego el alma mía,
como arde el incensario ante la Cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
los que contigo crecieron,
y un mismo seno exprimieron,
y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
el favor del cielo implores:
por justos y pecadores,
Cristo en la Cruz expiró.

Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea,
y en su dorada librea
funda insensata altivez;
y por el mendigo humilde
que sufre el ceño mezquino
de los que beben el vino
porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
sumido en profundo cieno,
hace aullar el canto obsceno
de nocturno bacanal;
y por la velada virgen
que en su solitario lecho
con la mano hiriendo el pecho,
reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
en cuyo pecho no vibra
una simpática fibra
al pesar y a la aflicción;
que no da sustento al hambre,
ni a la desnudez vestido,
ni da la mano al caído,
ni da a la injuria perdón.

Por el que en mirar se goza
su puñal de sangre rojo,
buscando el rico despojo,
o la venganza crüel;
y por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

Por el que sulca animoso
la mar, de peligros llena;
por el que arrastra cadena,
y por su duro señor;
por la razón que leyendo
en el gran libro, vigila;
por la razón que vacila;
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
los que penan y trabajan;
y de todos los que viajan
por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
que a Dios blasfemando irrita.
La oración es infinita:
nada agota su caudal.

IV

¡Hija!, reza también por los que cubre
la soporosa piedra de la tumba,
profunda sima adonde se derrumba
la turba de los hombres mil a mil:
abismo en que se mezcla polvo a polvo,
y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja
de que al añoso bosque abril despoja,
mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
donde segada en flor yace mi Lola,
coronada de angélica aureola;
do helado duerme cuanto fue mortal;
donde cautivas almas piden preces
que las restauren a su ser primero,
y purguen las reliquias del grosero
vaso, que las contuvo, terrenal.

¡Hija!, cuando tú duermes, te sonríes,
y cien apariciones peregrinas
sacuden retozando tus cortinas:
travieso enjambre, alegre, volador.
Y otra vez a la luz abres los ojos,
al mismo tiempo que la aurora hermosa
abre también sus párpados de rosa,
y da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!... ¡si supieras
qué sueño duermen!... su almohada es fría;
duro su lecho; angélica armonía
no regocija nunca su prisión.
No es reposo el sopor que las abruma;
para su noche no hay albor temprano;
y la conciencia, velador gusano,
les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
hará que gocen pasajero alivio,
y que de luz celeste un rayo tibio
logre a su oscura estancia penetrar;
que el atormentador remordimiento
una tregua a sus víctimas conceda,
y del aire, y el agua, y la arboleda,
oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
la sombra ves, que de los cielos baja,
la nieve que las cumbres amortaja,
y del ocaso el tinte carmesí;
en las quejas del aura y de la fuente,
¿no te parece que una voz retiña,
una doliente voz que dice: "Niña,
cuando tú reces, ¿rezarás por mí?"

Es la voz de las almas. A los muertos
que oraciones alcanzan, no escarnece
el rebelado arcángel, y florece
sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! a los que yacen olvidados
cubre perpetuo horror; hierbas extrañas
ciegan su sepultura; a sus entrañas
árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
huésped seré de la morada oscura,
y el ruego invocaré de un alma pura,
que a mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas,
y para mí la eterna paz implores,
y en la desnuda losa esparzas flores,
simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella,
si disipadas fueron una a una
las que mecieron tu mullida cuna
esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
te arrancará una lágrima, un suspiro
que llegue hasta mi lóbrego retiro,
y haga mi helado polvo rebullir.

LA MODA

Quise más de una vez, en mala hora,
escribir una página, Isidora,
que detener tu vista mereciera.
Desoyóme mi Musa. Toda entera
me pasé, te lo juro, esta mañana,
hilando coplas con tenaz porfía.
—Musa, son para el álbum, le decía,
de una joven beldad. —¡Plegaria vana!
No me salió una sola ni mediana.
—Para este bello altar que se atavía
con tanta flor de amena poesía,
entretejer una guirnalda quiero,
digna de la deidad que en él venero.
Es (tú lo sabes) cosa
de obligación forzosa.
Si agradable te fue mi culto un día,
te ruego, te conjuro, te requiero,
amada Musa mía,
que lo muestres ahora; y si ya cesas
de mirarme propicia, este postrero
favor te pido sólo. — ¡Ni por ésas!

Despechado, el papel hice pavesas;
al tintero, la pluma consignaba;
y ofrecerle pensaba,
por único tributo, humilde excusa
la culpa echando a la inocente Musa,
como es costumbre en semejantes casos;
cuando acercarse miro a lentos pasos

una, no sé si diga ninfa, diosa,
aparición, fantasma: caprichosa
forma que cada instante
de color, de semblante,
y de tocados, y de ropas muda:
ora triste, ora alegre, ora sañuda;
ya pálida, ya rubia, ya morena.
Tan presto por el cuello y las espaldas
derrama en ondas de oro la melena;
tan presto en trenzas de ébano cogida,
adórnala de joyas y guirnaldas;
y tan presto ¡qué horror! encanecida
la lleva; o sin piedad la troncha y tala,
y de prestados rizos hace gala.
Ora el ropaje en anchuroso vuelo
despliega; y va arrastrando luenga falda
verde, azul, carmesí, purpúrea, gualda,
de gasa, de tisú, de terciopelo.
Señala luego en mórbido relieve
su figura gentil basquiña leve.
Sus ojos aprisiona en blanco velo,
pudibunda beata,
que hace de más valor lo que recata.
Y un momento después, traviesa niña,
ríe, retoza, guiña;
no sabe tener quieta
su pupila de fuego;
busca y rehúye luego:
cuanto más melindrosa, más coqueta.

Suspenso, absorto estaba yo pensando
si era ilusión aquello; y lo estuviera,
sabe Dios hasta cuándo,
si ella misma por fin no me dijera:
—Nadie puede sacarte del empeño
en que te ves, sino mi numen solo.
El arte de agradar yo sola enseño.
Ríete de las Musas y de Apolo.
Si aplaudido un poeta en boga está,
y ante los ojos de las damas brilla,
y con el loro, el gato y la perrilla,
divide los honores del sofá,
débelo todo a mí, que, cuando tomo
esta mágica vara, lo más pobre
hago rico, y transmuto el oro en cobre.

Sea su entendimiento agudo o romo,
tosco o pulido, vista larga o corta,
ingenio estéril o feraz, no importa,
todo aquel que se viste mi librea,
altivo, ufano, espléndido campea.
Y a más de cuatro orates
coronas di tempranas,
que, a despecho de críticos embates,
durarán (no lo afirmo) tres semanas.
Por no cansarte más, yo soy la Moda.
Oye; y aprenderás mi ciencia toda.
En tres o cuatro prácticas lecciones,
voy a especificar mis opiniones;
y podrás expedirte en el presente
caso, y en los demás, gallardamente.

—¿Una leyenda o cuento
es a lo que dedicas el intento?
Manos a la labor; o da principio
con gran proemio de elegante ripio;
o si te place, empieza
con esa *nonchalance* de buen tono,
con ese aire de lánguido abandono
de quien al despertar se despereza,
como si del lector no hicieses caso,
ni de la historia; y cuando paso a paso,
por entre mil rodeos,
ambages y floreos,
llegue al fin el momento de contarla;
y ya el lector dé al diablo tanta charla;
allá como a la octava ciento y cuatro,
mudarás de teatro,
y en una digresión... (importa un pucho
que no tenga que ver poco, ni mucho,
con el sujeto, porque, amigo, hoy día
¿qué es para un escritor de fantasía,
en resumidas cuentas, el sujeto?
Es una percha cómoda, de donde
cuanto en su seno tu cartera esconde;
estudio, ensayo, informe mamotreto,
puedes colgar sin el menor empacho.
Uno de mis pupilos,
excelente muchacho,
ha escrito en diversísimos estilos
composiciones vastas, panteísticas,

6

escépticas, católicas y místicas,
patrióticas, y báquicas, y eróticas,
miríficas y exóticas;
y se propone hacer una leyenda
en que bonitamente las ensarte
todas, sin que aparezca en nada el arte
(que es lo que más a un genio recomienda),
dando en ella a lectores eruditos,
que tengan razonables apetitos,
una merienda monstruo, una merienda
con variedad de platos estupenda).
Pues, como digo, en una
digresión... (cuanto menos oportuna
mejor); produces de esa
suerte mayor sorpresa,
que es en el arte un mérito sublime,
a que debe aspirar todo el que rime.
Era una transición obra de suma
dificultad para la inhábil pluma
de aquellos escritores desdichados
de los tiempos pasados.
Era, como ponerlos en un potro,
el tener que pasar de un tema a otro,
de modo que el lector inteligente,
con movimiento el más süave y blando,
se hallara, sin saber cómo, ni cuándo,
arrebatado a un mundo diferente.
En esto, como en todo,
los modernos han dado
un paso agigantado.
Hácese de este modo:
¿hay que pasar de un baile, por ejemplo,
a una batalla, de un mesón a un templo,
de una choza a un palacio soberano?
Se pone en medio un número romano.
Por tan sencillo arbitrio, como ése
al discreto lector, mal que le pese
en menos de un segundo,
se le dispara a donde tú le mandes,
desde los Pirineos a los Andes,
desde la tierra al Tártaro profundo,
o al bañado de luz coro seráfico,
con más velocidad que va un aviso
por el alambre electro-telegráfico;
y sin que de antemano, o al proviso,

se tome la fatiga
de preparar la cosa;
y gruña cuanto quiera y lo maldiga
el bueno de Martínez de la Rosa;
y hágalo con el clásico areopago.
Pero yo mismo sin pensar divago;
de uno en otro paréntesis, me pierdo.
Lo que quise decir, si bien me acuerdo,
es que la línea recta, cuanto puedas,
evites; tortuosas las veredas
son que prefiere el consumado artista
para el placer del alma o de la vista.
Como sobre un terreno,
de matorrales y malezas lleno,
un raudal serpentino
va abriéndose camino
lenta y difícilmente;
y aquí desaparece de repente
bajo el tupido monte;
y en lejano horizonte,
vuelve a mostrar su clara o turbia onda
para que, a poco trecho,
cuando algunos pantanos haya hecho,
bosque denso otra vez su curso esconda;
no de modo distinto,
aunque el fino lector se desanime,
el sujeto camine,
y por entre el espeso laberinto
de las enmarañadas digresiones,
se hunda, reaparezca, se zabulla
de nuevo, y nuevamente salga y bulla
hasta llegar al fin que te propones.
Mas ora en filosóficos zigzagues
teológicos, políticos, divagues,
o en un rocín aprietes los talones,
lanzándote a remotas excursiones,
o vía recta el argumento vaya,
y la locomotiva,
potencia de no fútil inventiva,
quieras tener a raya,
(lo que, si mis preceptos obedeces,
harás muy pocas veces)
haya sin falta alguna
en tus poemas luna,
que esplendorosa o pálida rïele.

¡Oh de la noche solitaria reina!
¿cuál hay que a ti no apele,
vate, que canas peina,
o que rubio mostacho apenas hila?
Pero tan socorrida como ahora
nunca fuiste. Vigila
todo autor, toda autora
que a veces aúlla o canta, ríe o llora,
porque la bella luz con que plateas
el universo, irradie sus ideas,
desde el que hijo mimado de la fama
ciñe a su frente inmarcesible rama,
hasta el que dice *veya* por *veía*
en tosca jerigonza todavía.
No deje, pues, de rïelar la luna,
o en el cristal de límpida laguna
que el aura arrulle y que entre sauces duerma,
o en el follaje oscuro de una yerma
cumbre, recién mojada de rocío,
o en bullicioso río
que al voraz oceano,
en que se abismará, corre anhelante,
¡imagen, ay, del existir humano!

Un *ay* de cuando en cuando es importante.
Por lo pronto, hará ver que tienes hecho
de hebras delicadísimas el pecho,
blandas en sumo grado y sensitivas;
y no será preciso que te afanes,
y los sesos que tengas los devanes,
buscando frases nuevas, expresivas
con que secretos íntimos reveles
del corazón. Atente a tus *rïeles;*
y pon de trecho en trecho uno o dos *ayes,*
cuando la cuerda del dolor ensayes.

Tras un cuadro de vívidos colores
en que retrates lúbricos amores,
encaja bellamente una homilía
contra la corrupción social; y luego
que a la ya inaguantable tiranía
de este gobierno jesüita, godo,
que lo inficiona y lo agangrena todo,
lances una filípica de fuego,
llora la servidumbre de la prensa,

que prohíbe decir lo que se piensa,
y por ninguna hendrija
permite que respire uno siquiera
(sábenlo los lectores demasiado),
útil verdad, de tantas que cobija
en sus profundidades tu mollera;
es el cuadro encantado
que se descubre en más dichosa era.
Leyendo tan espléndida bambolla,
habrá mil que suspiren por el día
en que eches a volar la fantasía
que tu medula cerebral empolla.

Si el tono blando tomas,
conviene que derrames
profusamente aromas,
y que todas las voces embalsames
de azahares, jazmines y azucenas,
y que de olores la nariz abrumes.
"Sacudir las alillas pueda apenas
el céfiro, agobiadas de perfumes".
Bello concepto, a que echarás el guante,
aunque no faltará tal vez pedante
que a Byron lo atribuya.
¡Necios! ¡como si fuera culpa tuya
que, cuando para ti del cielo vino,
Byron lo interceptase en el camino!

Es de rigor que llores
alguna pobre niña arrebatada
en verdes años ¡ay! a los amores.
Su imagen adorada
de tu memoria un punto no se aparte;
y para más desgracia atormentarte,
y de esas penas aguzar la punta,
dirás que la difunta
era un ángel de amor, era un modelo
de perfección, en que vació natura
toda virtud, y gracia, y hermosura;
divina joya, incomparable perla,
que, para tu regalo y tu consuelo,
quiso envïar expresamente el cielo
a un mundo vil, indigno de tenerla;
y con estos elogios, y otros tales,
conocerán las damas lo que vales,

y el tuyo propio harás sin que te cueste
una sola palabra
que tu modestia en lo menor moleste.
¡Sólo con un diamante otro se labra!

Tenga abundante acopio
de ensueños tu paleta.
Nada más de mi gusto, ni más propio.
Cual suele de abejillas tropa inquieta
volar entre el tomillo y la violeta,
así acudir se ve legión alada
de ensueños en la silla o la almohada
de todo aquel que el inspirado pecho
a su pupitre arrima,
o se desvela en solitario lecho,
dándole caza a la difícil rima.

Pero lo que en el día
logra aplauso mayor, es una cosa
que se suele llamar misantropía.
Huye a la selva umbrosa,
o más bien a la selva que desnuda
de su follaje la estación sañuda;
oculta allí el hastío que devora
tu gastada existencia; el negro tinte
que los odios fantásticos colora,
de cada objeto alrededor se pinte.
Huye a donde jamás hiera tu oído
el eco envenenado, aborrecido,
de humana voz; allí donde la roca
amortaja de nieves su cabeza
titánica; o allí donde bosteza
de apagado volcán lóbrega boca.
¿Ves cómo ya el postrero
rayo del sol expira en el otero,
y al entreabrirse cárdenos nublados,
de tempestad preñados,
lámpara sepulcral arde el lucero
sobre la tierra que la sombra enluta?
Huye al amigo seno de la gruta.
Medita allí, cavila;
y de tu pecho el negro humor destila
sobre todos los seres gota a gota;
y llama al mundo en que naciste, infierno,
de que fue a Lucifer dado el gobierno

para jugar con él a la pelota,
y con este menguado, pobre, triste,
infinitesimal átomo humano,
discorde unión de espíritu y materia,
que monarca se cree de cuanto existe,
porque le cupo el privilegio vano
de conocer él mismo su miseria.
Todo allí muerte, esplín, hondo fastidio,
no el que con el champaña se disipa,
o con el humo de cigarro o pipa,
sino el que pensamiento de suicidio
engendra; y logren sólo distraerte
impresiones de horror, de duelo y muerte.
O el ronco trueno música te sea,
y de encontrados vientos la pelea,
y de natura atormentada el grito
cuando sobre sus bases de granito
el bosque secular se bambolea;
o el esquilón distante
que llora la agonía
del moribundo día,
aunque de plagio se te queje el Dante;
o del búho el fatídico graznido,
que por la soledad pavor derrama;
o el gemir de la tórtola que llama,
y llama sin cesar. . . y llama en vano,
en el desierto nido,
al esposo querido,
que presa fue de cazador villano.

Pero no es bien que mucho te demores
en silvestres y rústicas escenas,
que huelen a la edad de los pastores,
cuando andaban Belardos y Filenas
cantando a las orillas de los ríos
insulsos inocentes amoríos.
¿Inocencias ahora? Nada de eso
en un siglo de luz y de progreso.
Loca algazara aturda
en infernal zahúrda,
do el adusto Timón, medio beodo,
haga de todo befa, insulte a todo;
y brillen entre copas las espadas,
y se mate, y se ría a carcajadas;
y retumbe en satánicos cantares

audaz blasfemia, horrífica, inaudita,
que es para ejercitados paladares
una salsa exquisita.

Mucho más dijo la parlera Diosa,
sin que de tanto embrollo
de lindos disparates, otra cosa
engendrarse pudiera en mi meollo,
que confusión, y vértigo, y mareo.
En el estado que me vi, me veo;
impotente la voz, el alma seca,
y por añadidura, una jaqueca.
Pero, para decir, bella Isidora,
que eres un ángel que la tierra adora,
que sabes ser honesta y ser amable,
¿ha de ser necesario que me empeñe
por selvas y por riscos, que me ensueñe,
que me arome, y por último, me endiable?
Antes seguro estoy de que sería
imperdonable insulto
el ofrecerte semejante culto.
Si ya no soy ni aquello que solía,
pues de la frente que la edad despoja,
huye, como el amor, la poesía,
puedo hablar a lo menos el lenguaje
de la verdad, que ni al pudor sonroja,
ni hacer procura a la razón ultraje.
Aunque de la divina lumbre, aquella
que al genio vivifica, una centella
en mi verso no luzca, ni lo esmalte
rica facundia, y todo en fin le falte
cuanto en la poesía al gusto halaga,
lo compone benigna una alma bella
que de lo ingenuo y lo veraz se paga.

EL CONDOR Y EL POETA

Diálogo

POETA

—Escucha, amigo Cóndor, mi exorcismo;
obedece a la voz del mago Mitre,
que ha convertido en trípode el pupitre;
apréstate a una espléndida misión.

CONDOR

—¡Poeta audaz, que de mi aéreo nido
en el silencio lóbrego derramas
cántico misterioso! ¿a qué me llamas?
Yo sostengo de Chile el paladión.

POETA

—No importa; es caso urgente, es una empresa
digna de ti, de tu encumbrado vuelo,
y de tus uñas; subirás al cielo,
escalarás la vasta esfera azul.

CONDOR

—¿Y qué será del paladión en tanto,
cuya custodia la nación me fía?

POETA

—Puedes encomendarlo por un día
a las fieles pezuñas del Huemul.

CONDOR

Pero el camino del Olimpo ignoro.

POETA

—Mientes; tú hurtaste al cielo, ave altanera,
en pro de nuestros padres, la primera
chispa de libertad que en Chile ardió.

CONDOR

—¡Falaz leyenda! ¡Apócrifa patraña!
Robaba entonces yo por valle y cumbre,
según mi antigua natural costumbre;
monarca de los buitres era yo.
Años después, llamáronme, y conmigo
vino esa pobre, tímida alimaña,
de los andinos valles ermitaña;
y el paladión nos dieron a guardar.

Mal concertada yunta, que, algún día,
recordando los hábitos de marras,
estuve a punto de esgrimir las garras,
y atroz huemulicidio ejecutar.

POETA

—¡Oh mente de los hombres adivina!
¡Oh inspiración profética! No sabes,
alado monstruo, espanto de las aves,
el oculto misterio de esa unión.

¡Junto a la mansa paz, atroz instinto
de pillaje y de sangre! ¡Incauto el uno,
audaz el otro en tentador ayuno,
y de la Patria en medio el paladión!

Tremendo porvenir, yo te adivino,
pero no tiemblo. Es fuerza te abras paso
de la ilustrada Europa al rudo ocaso;
está en el libro del destino así.

Sus últimos destellos da la antorcha
que el hijo de Japeto trajo al mundo;
suceda al viejo faro moribundo
joven tizón, ardiente, baladí.

CONDOR

—No sé, poeta, interpretar enigmas;
no entiendo de tizones ni de faro.
Deja los circunloquios, y habla claro.
¿De qué se trata? Explícate una vez.

POETA

—De aquel fuego sagrado que trajiste
(niégaslo en vano) a un ínclito caudillo,
apenas queda agonizante brillo;
nos viene encima infausta lobreguez.

Renovarlo es preciso.

CONDOR

—¿Cómo?

POETA

—Debes
seguir del sol la luminosa huella,
sorprenderle, robarle una centella,
metértela en los ojos, y escapar.

CONDOR

—Muy bien; me guardo el fuego en las pupilas,
cual si fueran volcánicas cavernas.
¿Y qué haré luego de mis dos linternas?

POETA

—Quiero a Chile con ellas incendiar.

CONDOR

—¿Incendiarlo? ¿Estás loco? ¿De eso tratas?

POETA

—Incendiarlo pretendo en patriotismo;
abrasarlo, molondro, no es lo mismo;
quiero hacer una inmensa fundición.
Quiero llamas que cundan pavorosas,
descomunales llamas, llamas grandes,
que derritan la nieve de los Andes
y la de tanto helado corazón.
¿Abrasar? ¡Linda flema!—¿Es tiempo ahora
de contentarse con mezquinas brasas
que den pálida luz, chispas escasas,
como para el abrigo de un desván?
No, señor; vasto incendio, llamas, llamas,
que unas sobre las otras se encaramen,
y levantando rojas crestas bramen,
y les sirva de fuelle un huracán.
Despacha, pues; arranca; desarrolla
el raudo vuelo; tiende el ala grave,
como la parda vela de la nave
cuando silba en la jarcia el vendaval.
Vuela, vuela, plumífero pirata;
recuerda tu nativa felonía;
asalta de improviso al rey del día
en su carroza de oro y de cristal.

CONDOR

—Ya te obedezco, y tiendo como mandas,
el ala; aunque eso de tenderla un ave
no ligera ni leve, sino grave,
para tanto volar no es lo mejor.
Y si de más a más tenderla debo,
como la parda vela el navegante
cuando oye la tormenta resonante
que amenazando silba, peor que peor.
Que no despliega entonces el velamen,
antes amaina el cauto marinero,
y aguanta a palo seco el choque fiero,
si salvar piensa al mísero bajel.
Así lo vi mil veces, revolando
entre las nubes negras, cuando hinchaba
la Mar del Sur sus ondas, y bregaba
contra la tempestad el timonel.

POETA

—No lo entiendes: la nave del Estado
es la que yo pintaba; y la maniobra
a que apelamos hoy, cuando zozobra,
no es amainar, estúpido ladrón.

CONDOR

—¿Pues qué ha de hacer entonces el piloto?

POETA

—Según doctrina de moderna escuela,
debe correr fortuna a toda vela,
sin bitácora, sonda, ni timón.
Si tú leyeras, avechucho idiota,
gacetas nacionales y extranjeras,
la ignorancia en que vives conocieras;
todo ha cambiado entre los hombres ya.
Altos descubrimientos reservados
tuvo el destino al siglo diecinueve;
hoy en cualquiera charco un niño bebe
más que en un hondo río su papá.
¡Oh siglo de los siglos! ¡Cual machacas

es tu almirez decrépitas ideas!
¡Qué de fantasmagorías coloreas
en el vapor del vino y del café!
¡No era lástima ver encandilarse
los hombres estudiándose a sí mismos;
y tras mil embrollados silogismos,
salir con *sólo sé que nada sé!*
¡Ea, pues! ¡A la empresa! Bate el ala,
y apercibe también las corvas uñas,
y guárdate de mí si refunfuñas,
lobo rapaz, injerto de avestruz.

CONDOR *(volando)*

—Ama aún el buitre robador su nido;
Chile, a traerte voy, no la centella
que incendiando devora, sino aquella
que da calor vital y hermosa luz.

LAS OVEJAS

"Líbranos de la fiera tiranía
de los humanos, Jove omnipotente
(una oveja decía,
entregando el vellón a la tijera);
que en nuestra pobre gente
hace el pastor más daño
en la semana, que en el mes o el año
la garra de los tigres nos hiciera.
Vengan, padre común de los vivientes,
los veranos ardientes;
venga el invierno frío,
y danos por albergue el bosque umbrío,
dejándonos vivir independientes,
donde jamás oigamos la zampoña
aborrecida, que nos da la roña,
ni veamos armado
del maldito cayado
al hombre destructor que nos maltrata,
y nos trasquila, y ciento a ciento mata.
Suelta la liebre pace
de lo que gusta, y va donde le place,
sin zagal, sin redil y sin cencerro;

y las tristes ovejas (¡duro caso!),
si hemos de dar un paso,
tenemos que pedir licencia al perro.
Viste y abriga al hombre nuestra lana;
el carnero es su vianda cuotidiana;
y cuando airado envías a la tierra,
por sus delitos, hambre, peste o guerra,
¿quién ha visto que corra sangre humana?
en tus altares? No: la oveja sola
para aplacar tu cólera se inmola.
El lo peca, y nosotras lo pagamos.
¿Y es razón que sujetas al gobierno
de esta malvada raza, Dios eterno,
para siempre vivamos?
¿Qué te costaba darnos, si ordenabas
que fuésemos esclavas,
menos crüeles amos?
que matanza a matanza y robo a robo,
harto más fiera es el pastor que el lobo".

Mientras que así se queja
la sin ventura oveja
la monda piel fregándose en la grama,
y el vulgo de inocentes baladores
¡vivan los lobos! clama
y *¡mueran los pastores!*
y en súbito rebato
cunde el pronunciamiento de hato en hato
el senado ovejuno
"¡ah! dice; todo es uno".

MISERERE

Traducción del Salmo

¡Piedad, piedad, Dios mío!
¡que tu misericordia me socorra!
Según la muchedumbre
de tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades
lávame más y más; mi depravado
corazón quede limpio
de la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
toda la fealdad de mi delito,
y mi conciencia propia
me acusa, y contra mí levanta el grito.

Pequé contra ti solo;
a tu vista obré el mal, para que brille
tu justicia, y vencido
el que te juzgue, tiemble y se arrodille.

Objeto de tus iras
nací, de iniquidades mancillado;
y en el materno seno,
cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
y para más rubor y afrenta mía,
tesoros me mostraste
de oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo
me rociarás, y ni una mancha leve
tendré ya; lavarásme,
y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
de consuelo y de paz en mis oídos,
y celeste alegría
conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,
y en mi pecho no dejes
rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría
un corazón que con ardiente afecto
te busque; un alma pura,
enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,
en que al lloroso pecador recibes,
no me arrojes airado,
ni de tu santa inspiración me prives.

Restáurame en tu gracia,
que es del alma salud, vida y contento;
y al débil pecho infunde
de un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto
de su razón conozca el extravío;
le mostraré tu senda,
y a tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,
¡mi Dios! ¡mi Salvador! ¡inmensa fuente
de piedad! y mi lengua
loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
si tanto un pecador que llora alcanza,
y gozosa a las gentes
anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si víctimas fueran
gratas a ti, las inmolara luego;
pero no es sacrificio
que te deleita, el que consume el fuego.

Un corazón doliente
es la expiación que a tu justicia agrada;
la víctima que aceptas
es un alma contrita y humillada.

Vuelve a Sión tu benigno
rostro primero y tu piedad amante,
y sus muros la humilde
Jerusalén, Señor, al fin levante.

Y de puras ofrendas
se colmarán tus aras, y propicio
recibirás un día
el grande inmaculado sacrificio.

EL PROSCRITO

FRAGMENTOS DE UNA LEYENDA

CANTO I

LA FAMILIA

"Keep thy smooth words and juggling homilies
for those that know the not".

LORD BYRON

Ante la reja está de un locutorio
de monjas, a la hora de completas,
(no digo la ciudad ni el territorio
por evitar hablillas indiscretas),
la mujer del anciano don Gregorio
de Azagra, caballero de pesetas
pocas, pero de alcurnia rancia, ilustre,
a quien ni aun la pobreza empaña el lustre.
Que dio espanto a las huestes agarenas
un don Gómez de Azagra con la espada,
y añicos hizo él solo tres docenas
de moros en la Vega de Granada;
y que su sangre corre por las venas
de don Gregorio, en cuya dilatada
prosapia no encontró jamás indicio
judaico que tiznar el Santo Oficio;
Ni cayó de traición la mancha fea,
ni hubo sectario alguno de Mahoma,
ni abuelo con raíces en Guinea,
ni, en fin, más fe que la de Cristo y Roma;
claramente verá todo el que lea
(donde se lo permita la carcoma)
la iluminada ejecutoria antigua
que contra malas lenguas lo atestigua.
Cuenta en sus bienes el señor de Azagra
dos minas broceadas; vasta hacienda
de campo, que le rinde renta magra;
y vieja casa de capaz vivienda,
do la vida le endulza y le avinagra
alternativamente la leyenda,
el mate, la tertulia un corto rato,
los acreedores, la mujer y el flato.
Era también de esclarecida cuna

su mujer doña Elvira de Hinojosa;
y aunque en el matrimonio la fortuna
de su marido no medró gran cosa,
fue una santa mujer sin duda alguna;
y como tan austera, escrupulosa
y timorata que es, ciertas cosillas
que en don Gregorio ve le hacen cosquillas.
A la tertulia sin cesar combate,
porque se viene tardes y mañanas
a beberle la aloja y chocolate,
gastando el tiempo en pláticas profanas.
Dice que su marido es un petate,
y algunas veces le llamó Juan Lanas;
quiere que todo, en fin, se le someta,
y trata a don Gregorio a la baqueta.
Cosa muy natural seguramente
en tan alta virtud; ni pudo menos
la que abrasada en santo celo, siente,
aun más que sus pecados, los ajenos.
Y lo peor de todo es que el pariente,
cuando estalla en relámpagos y truenos
su bendita mujer, vira de bordo,
toma la capa, o calla y se hace el sordo.
De esta feliz matrimonial coyunda
tuvo Azagra hijos dos; perdió el primero;
y le vive Isabel, prole segunda,
que ya su corazón ocupa entero.
No ha vuelto la señora a ser fecunda;
y como la Isabel de enero a enero
en aquel monasterio se lo pasa,
no hay más que Elvira y don Gregorio en casa.
De lo que dejo dicho se colige
que la tal Isabel es la heroína
de mi leyenda, y de rigor se exige
que la retrate. Cabellera fina,
rizada sin que el arte la ensortije,
negra; rosada cutis; coralina
boca con marfilada dentadura;
espalda, cuello y brazos, nieve pura.
De beldad envidiados caracteres,
Isabel, en tu patria menos raros,
madre de donosísimas mujeres,
de hombres valientes y de ingenios claros;
pero en el talle esbelto única eres,
y en esos ojos, de su fuego avaros,

fuego amoroso y juntamente esquivo,
en tus tímidos párpados cautivo.
Edúcase la niña en el convento,
sin ver ni la ciudad, ni la paterna
casa jamás. El crítico momento
de pronunciar su despedida eterna
del mundo va a llegar; y el pensamiento
(en que arrullada fue desde la tierna
infancia) de celeste desposorio,
a toda la familia es ya notorio.
Quiere su madre, y quiere fray Facundo,
su confesor, que tome luego el velo;
y ella, a quien el recinto del profundo
retiro en que ha vivido es, bajo el cielo,
el universo todo; ella, que el mundo
recuerda como un sueño vago, al celo
del confesor y a la materna instancia,
cede sin aparente repugnancia.
Bien que a las veces este sueño vago
le muestra un no sé qué dorado, hermoso,
que hace en el alma excitador halago,
muy diferente del claustral reposo.
Quisiera ver el valle, el río, el lago,
la montaña elevada, el mar undoso,
y en libertad triscar por la pradera,
con alguna querida compañera;
Objetos que no ha visto y se figura
aún más bellos acaso que la propia
naturaleza; pues la infiel pintura
de la imaginación, partes acopia,
que unidas no se ven; y es toda pura,
es toda bella y diáfana la utopia
de joven alma, que su forma aeria
y su albor virginal da a la materia.
"¿Y este claustro ha de ser depositario
de mi existencia toda?" Isabel mira
el silencioso, umbrío, solitario
recinto; y sin saber por qué, suspira.
"¿Viviré, como vive mi canario,
que sin cesar de un lado al otro gira
de su prisión, y sin cesar se roza
contra las rejas?" Isabel solloza.
Pero este triste pensamiento pasa,
como en el cielo fugitiva nube,
como el aura sutil que un lago rasa;

y a su nivel de nuevo el alma sube.
Por lo que fray Facundo se propasa
a declarar que no es razón se incube
con tan superfluo empeño en esa idea,
pues la niña consiente y lo desea;
   Que de su inclinación sale garante,
en cuanto serlo puede el juicio humano;
pero que el corazón es inconstante;
el juvenil espíritu liviano;
y perder no se debe un solo instante
en cumplir un designio tan cristiano,
poniendo un muro indestructible, eterno,
entre el alma inocente y el infierno.
   "Esto (concluye) es lo que pide el caso:
no aburrir con sermones a la niña".
"Eso es lo que repito a cada paso",
Elvira dice, y maliciosa guiña.
"Estoy (responde Azagra) un poco escaso;
pero con la primera plata-piña. . ."
Mirando a su mujer medroso calla;
la doña Elvira por un tris estalla.
   Sólo el respeto al padre la modera.
"¿Qué plata-piña?, dice, ¿cuánta han dado
tus minas, perdurable sangradera
de dinero, en este año, ni el pasado,
ni en seis años atrás? Si la primera
plata-piña es el fondo destinado
para que mi Isabel pronuncie el voto,
¿por qué no dices claro: *no la doto?*"
   "Si no han dado, darán". Aquí el enojo
de doña Elvira iba a soltar el dique,
y Azagra echaba a su sombrero el ojo,
pues no sabe qué alegue, o qué replique,
cuando el padre advirtiendo por el rojo
color de doña Elvira, que está a pique
de reventar la concentrada bilis,
"Mi don Gregorio, en eso está el busilis
   (Dice con una flema, una cachaza
admirable), en que den. Pero yo pienso
que podemos hallar alguna traza. . .
algún arbitrio. . . verbigracia, un censo
sobre la hacienda". Doña Elvira abraza
la indicación con un placer inmenso:
"Ya se ve; ¿por qué no?" "Si acaso el fundo
no está gravado (agrega fray Facundo;

Y una mirada exploratoria lanza,
como que algún obstáculo presuma);
y si lo está, con una buena fianza
podemos a interés buscar la suma.
Mi compadre don Alvaro Carranza. . ."
"Al que en sus garras pilla lo despluma,
(responde Azagra). No se piense en eso;
un dos por ciento, padre, es un exceso".
"Su tertulia de usted don Agapito. . .",
repone el fraile. Elvira refunfuña:
"No le puedo tragar; es un bendito,
que come, bebe, pita, el mate empuña,
y sorbe, y charla; y no le importa un pito
que la señora de la casa gruña.
Sólo el mirarle, Dios me lo perdone,
pero no está en mi mano, me indispone".
"¡Caridad!" "Y su tema favorito
es toma el fraile y daca la beata".
"Hereje (dice el padre), un sambenito
le viniera de perlas. ¡Democrata!
¡francmasón! Pero al fin don Agapito
es hombre servicial y tiene plata.
Ocurramos a él; sé que le sobra;
hará a lo menos esa buena obra".
Ellos, por más que don Gregorio tienta
medios para salir de un compromiso
que a su cariño paternal violenta,
(pues en su corazón está indeciso,
y si accede al monjío, lo aparenta,
por amor a la paz); quiso o no quiso,
acuerdan apelar al contertulio,
y hacer la fiesta en el cercano julio.
La precedente discusión pasaba
en la mañana misma de aquel día
en que, como antes dije, Elvira hablaba
por entre la enrejada celosía
a las amigas monjas; se trataba
de la pobre Isabel. . . Mas todavía
no le llega su turno al locutorio,
que tiene la palabra don Gregorio.
Acabo de decir que consentía
por el bien de la paz en el monjío.
Aun cuando el primogénito vivía
(que pereció cautivo al filo impío
de cuchilla araucana), lo tenía

por un desacordado desvarío,
bien que pacato, tímido, indolente,
nunca lo contradijo abiertamente.

De lo que procedió que, poco a poco
y sin sentirlo, a indisoluble empeño
se viese encadenado. "¿Estaba loco,
decía, o de mí mismo no era dueño?
¿Cómo ya el concertado plan revoco?
¡Maldita dejadez! ¡fatal beleño,
que a todos los caprichos me sujeta
de ajena voluntad! Soy un trompeta...

"¿Qué digo?... Un padre bárbaro, inhumano,
que ve inmolar esa inocente niña
a un celo iluso, que a interés mundano
sirve tal vez, o a infame socaliña,
y no osa alzar la voz, meter la mano,
porque su ama y señora no le riña,
y no regañe el necio conciliábulo
que la da en su delirio apoyo y pábulo.

"No, ¡por Dios!, no he de ser yo quien permita
se sacrifique así, se eche una losa
sepulcral a mi pobre Isabelita;
no será que me arranquen mi amorosa,
mi cándida, mi tierna palomita.
Sin duda tronará mi santa esposa...
¡Que truene! El corro ladrará... ¡Que ladre!
Quiero ser hombre al fin, quiero ser padre.

"Pero si ella ama el claustro, si la encanta
el claustro, como afirma el fraile seria
y gravemente (y nadie tiene tanta
proporción de juzgar en la materia),
¿debo yo de esa senda pura y santa
extraviarla, hundirla en la miseria
y corrupción del mundo? No lo creo,
porque una cosa dicen y otra veo.

"Ella es verdad que salta y juega y ríe;
¿mas quién no juega y salta en años quince?
Nadie de tales síntomas se fíe,
que de tener se precie un ojo lince.
El que la observe, el que en su rostro espíe
ora el sollozo ahogado, ora el esguince,
verá que en sus adentros Isabela
contra ese pensamiento se rebela.

"De cierto tiempo acá se me figura
que pensativa y lánguida la miro.
Cuando oye hablar de profesión futura,
escápasele a hurto algún suspiro.
Y si su madre la elocuencia apura
pintando las delicias del retiro,
vuelve a un lado los ojos, o impaciente
suele tocar asunto diferente.

"¡Cuántas veces en mí clava la vista,
y luego melancólica la baja!
No se queja, es verdad; no habla; no chista;
mete ella misma el cuello en la mortaja;
en vez de que la esquive o la resista,
a las que se la ponen agasaja;
así va el corderillo al matadero,
y le lame la mano al carnicero.

"¿Y yo he de consentirlo? Si viviera
mi malogrado Enrique, ese consuelo,
ese apoyo, ese báculo tuviera
en mi vejez... ¿mas cómo, ¡santo cielo!,
cómo dejar me quiten mi postrera,
mi única prenda? A ti, mi Dios apelo;
tú con las fuerzas los deberes mides,
y sacrificio tanto no me pides".

El buen señor los sesos se devana,
y no ve cómo salga del apuro.
A una mujer tan terca y casquivana
hacer la guerra cara a cara es duro.
Su inconquistable genio le amilana;
a la sordina es mucho más seguro.
Un instrumento fácil y expedito
se le presenta; y es don Agapito.

Don Agapito Heredia, el tertuliano
de cuyo filantrópico bolsillo
iba a salir la dote; buen cristiano,
si los hay, aunque amigo del tresillo,
más que del ejercicio cuotidiano,
y nada afecto a gente de cerquillo;
injusta prevención, que no me admira
le tenga en mal olor con doña Elvira;

Pero a lo que maquina don Gregorio
circunstancia en extremo favorable;
pues el proyecto Heredia hará ilusorio,

o al menos, por lo pronto, impracticable,
con un *no* terminante y perentorio,
cuando con él la pretensión se entable;
para lo cual hablarle piensa al punto
con la reserva propia del asunto.

En el suceso don Gregorio fía
haciendo entre los dos aquel enjuague;
y si más adelante otra crujía
sobreviniere que a Isabel amague,
"Con esta industria no hay temor, decía,
porque mientras la dote no se pague
(que no se pagará *volente Deo*),
pensar en el monjío es devaneo".

Mientras que así discurre el caballero,
y el vaporoso espíritu refresca
dulce esperanza, desvolvió el yesquero;
suena la piedra herida, arde la yesca;
y ya ondeante nube de ligero
humo el cigarro esparce, que la gresca
de pensamientos agitados calma,
y en deliciosa paz aduerme el alma.

Si no estuviera yo de prisa ahora
(que a la mujer de nuestro don Gregorio,
por lo menos hará su media hora,
a la reja dejé del locutorio),
gustoso templaría la sonora
lira para cantar a mi auditorio,
tabaco amado, compañero mío,
tu blando, inexplicable poderío.

Ya el cigarro te exhale, o ya circules
en largos tubos o enroscadas pipas,
o en polvo las narices estimules,
tú los cuidados, tú el pesar disipas.
A príncipes, magnates o gandules,
¿una incomodidad ralla las tripas?
¿abruma la fatiga? ¿enfada el ocio?
Tú eres del alma cordïal socrocio.

Despejas tú la embarazada cholla
del sabio, y le solazas las vigilias;
más vívidos sus cuadros desarrolla
el pensamiento, cuando tú le auxilias;
y si el poeta alguna vez se atolla,
le acorres tú; la rima le concilias

que a sus esfuerzos se resiste ingrata,
y en fácil verso el numen se desata.

Mas ahora es forzoso que se trate
de don Gregorio, que discurre y pita,
pita y discurre; y luego pide un mate:
"¡Un mate!" El buen señor se desgañita,
y el mate no parece. "¡Cunefate!
¡Serafina! ¡Tomasa! ¡Margarita!
Es de perder el juicio, ¡Dios eterno!
¡Qué crïados! ¡Qué casa! ¡Qué gobierno!"

Viene por fin el mate. "¿Y doña Elvira?"
"Salió". Gregorio pone el gesto grave,
sorbe, y a la pared atento mira.
"¿Y Margarita dónde está?" "¡Quién sabe!"
"Toma; y no más". El mozó se retira
"Cierra esa puerta, ¡bestia!" "¿Le echo llave?"
"¡Bruto! ¿quieres aquí tenerme preso?
Júntala sólo, y márchate, camueso".

Tras esto don Gregorio se reclina,
y echa antes de comer su larga siesta.
Despierta; pita; sorbe; Serafina
viene a decir que está la mesa puesta.
Comen. Un guachalomo, una gallina,
porotos, charqui, un pavo, tal cual fiesta
es, con su buen porqué de ají y de grasa,
lo que da la despensa de la casa.

Un rato Azagra está meditabundo;
y ya que el buche con un trago enfría
de lagrimilla, "Es mucho fray Facundo
(dice como entre veras e ironía);
¡qué talento de fraile! y ¡qué rotundo,
qué colorado está! Por vida mía,
¡que tiene harta razón su reverencia,
para decir que engorda la abstinencia!"

Dudando si lo que oye es befa o loa,
dice la dama con mirar perplejo:
"Aunque al siervo de Dios la envidia roa,
es hombre de virtud y de consejo".
"Y do el siervo de Dios pone la proa,
responde en tono socarrón el viejo,
no hay cosa que al esfuerzo no sucumba
de su elocuencia". Impertinente zumba,

Y de que el buen señor se arrepintiera
en otras circunstancias. Ni al presente

osara tanto Azagra, si no fuera
que al recordar su treta, el pecho siente
bullir de gozo. Elvira no se altera:
"Resuella por la herida mi pariente",
dice a su sayo y calla. "Fue un bonito
recurso el de la bolsa de Agapito,

Prosigue Azagra. Es franco caballero;
tengo de su amistad más de una prueba;
y prestará gustoso su dinero,
cuando tan santo fin la cosa lleva.
Hija, mañana mismo hablarle quiero".
"Nuestra Señora sus entrañas mueva,
y nuestro pensamiento ponga en planta";
contesta doña Elvira, y se levanta.

Don Gregorio tomó sombrero y capa;
doña Elvira la saya y la mantilla.
Ella se va a las monjas; él se escapa
al tajamar, en donde la pandilla
de tertulianos al pasar le atrapa.
Se habla de independencia y de malilla;
y de Marcó del Pont y de la España,
y de cera, polvillo y telaraña.

Eran aquellos días de funesta
memoria, en que la Patria moribunda
cambió en lutos la túnica de fiesta,
y la guirnalda en la servil coyunda.
La noble frente que miraba enhiesta
al astro de la gloria, ya en profunda
sombra eclipsado, triste inclina al suelo,
y no divisa un término a su duelo.

Noche improvisa oscureció la aurora
de libertad. Venciste, ¡tiranía!
Mártires y cautivos atesora
allá el presidio, acá la tumba fría;
y de los hijos que la Patria llora
se ve crecer la suma cada día.
Doquiera oculto el espionaje acecha,
y va la proscripción tras la sospecha.

Noche fue de dolor; no de letargo;
que si el pecho una vez respira aliento
de dulce libertad, no sueñe largo
desmayo, ni durable rendimiento
el opresor; vendrá desquite amargo;
de la retribución vendrá el momento;

mientras él altanero se entroniza,
arde divino fuego en la ceniza.

Tal el estado de la Patria era;
reina Marcó del Pont; y aquella inculta,
baja, soez canalla talavera
roba, asesina, y más que todo, insulta.
El *dieciséis* principia su carrera,
y a la arboleda y a la mies adulta
las frutas pinta y las espigas dora,
ardiendo el campo en sed abrasadora.

Y a par del turbio río iba y venía
nuestra tertulia en platicar discreto,
que temeroso de escondido espía
tras cada tronco y cada parapeto,
en tímido susurro se confía
con aire de misterio y de secreto
cada vez que dan sueltas a la crítica
sobre cualquier asunto de política.

De varias trazas eran, genios, modos;
y aunque de armas tomar ninguno fuera
(porque de los cincuenta pasan todos),
son por una mismísima tijera
cortados en tratándose de godos;
y si de Elvira el nombre no sirviera
de protección, tuvieran hoy la cancha
en parte no tan fresca ni tan ancha.

Este de O'Higgins el valor celebra,
o de Carrera o Freire las hazañas;
quién la exacción deplora, que a una quiebra
le reduce y le saca las entrañas;
maldiciones aquél (¡qué horror!) enhebra
contra el augusto rey de las Españas;
y en profética trípode se encumbra
alguna ya, y a San Martín columbra.

Sentada en tanto Elvira ante las rejas
del locutorio, como arriba indico,
aligeraba un poco las bandejas
de las devotas madres. Con el pico
que Dios le ha dado ensarta mil consejas,
moviendo sobre el seno el abanico,
y dando todo el grato condimento
en que consiste la sazón de un cuento;

No el de la destrucción que hiere y mata,
mas de la caridad que muerde y pica,
con aquella prudencia timorata
y aquel celo cristiano que edifica.
De esta manera justamente trata
a don Gregorio su mujer; critica
su dejadez; su indevoción censura;
mas, propiamente hablando, no murmura.

Sobre el programa, en fin, del ya cercano
monjío el general discurso rueda.
Tembló Isabela oyendo aquel tirano
decreto que en un claustro la empareda;
cáesele el abanico de la mano;
pierde el color; atónita se queda;
mas al imperio maternal se inmola,
y no pronuncia una palabra sola.

Nadie averigua si en el alma siente
inclinación al religioso estado.
¿Puede no amar la joven inocente
el santo asilo donde se ha crïado?
Aquel *sí* irreflexivo, indiferente,
pedido no diré, sino dictado
a la niñez que su sentido ignora,
indisoluble vínculo es ahora.

¡Indisoluble!. . . así lo juzga. El pecho
que resignado y dócil y sumiso
natura y arte a competencia han hecho;
a quien la abnegación deber preciso,
y ajeno mando es natural derecho;
que sólo quiso, en fin, lo que otro quiso;
¿la suerte que una madre le destina
rechazar osará? Ni aun lo imagina.

"¿De qué me asusto? (en su interior exclama).
¿No he sido siempre destinada al velo?
¿No lo admití? ¿No lo esperé? Me llama
el cielo mismo; ¿y contradigo al cielo?
Un mundo vil, que tanto vicio infama,
¿he de poner con Dios en paralelo?"
Diciendo así, conformidad serena
rayó en el alma, y mitigó la pena.

Esto en el sobredicho locutorio;
mientras desde el paseo le decía
a su cara consorte don Gregorio:
"Bravo chasco te pegas, prenda mía".

Jamás le vio el andante consistorio
de tan jovial humor como aquel día;
¡mísero! y truena ya la nube parda
de la tormenta horrible que le aguarda.

Luego que la oración da el campanario
de la vecina iglesia, a la morada
de don Gregorio van, donde el rosario
rezaban doña Elvira y su mesnada.
No hubo esta noche nada extraordinario
en la tertulia: naipes, varïada
conversación, el consabido mate,
cigarros, dulces, aloja y chocolate.

Al sonar el reloj las nueve y media,
"Señores, con la música a otra parte",
a sus contertulianos dice Heredia;
y cuando ya, como los otros, parte
el don Gregorio la ocasión promedia,
y a hurto en baja voz, "Quisiera hablarte,
le dice, es un favor de poca monta;
y. . ." "Ya sabes que está mi bolsa pronta

Para servirte", respondió Agapito.
"Negocio conclüido; no hables de eso".
"No es lo que tú imaginas; es. . ." "Repito
que es cosa hecha, peso sobre peso".
"¿Qué cosa?" "Los dos mil". "No necesito.
En otra muy distinta me intereso.
No quiero que prometas, ni que entregues,
ni que fíes; se trata de que niegues".

"¿Qué niegue? Es imposible, amigo es tarde".
"¡Misericordia!" "Fray Facundo vino
(eran como las cuatro de la tarde)
con un recado muy atento y fino
de tu querida esposa, que Dios guarde. . ."
"No pases adelante; lo adivino".
"Como me aseguraba tu anüencia,
expresada, me dijo, en su presencia. . ."

"Sí, la expresé, con una soga al cuello".
"Y como entiendo que la niña anhela
meterse monja, y empeñada en ello
parece estar tu santa parentela. . ."
"Basta, no digas más. Echado el sello
a mi desgracia está. ¡Pobre Isabela!
Todo al revés, Heredia, me sucede.
Parece que el demonio lo hace adrede".

"No tal; esos petardos te granjea
el hacer, como haces, a dos caras.
Si no quieres que ciña la correa
tu hija Isabel, ¿por qué no lo declaras?
Y si la pobre chica titubea,
o lo repugna, y tú la desamparas
que protegerla debes, cruel, impía,
abominable esa omisión sería.
"Y más diré. Si yo su padre fuera,
y en esa tierna edad la viera ansiosa
de vestir el sayal, lo resistiera
con todo mi poder; que no, no es cosa
en que se deba estar a la ligera
decisión de alma incauta, veleidosa,
dócil a toda voz, a todo imperio,
el consignar la vida a un monasterio.
"La que renuncia al mundo en esa verde
edad primera, ¿podrá ser que estime
lo que la aguarda, o sepa lo que pierde?
Y cuando, vuelta en sí, ve que la oprime
cadena eterna, y despechada muerde
el duro hierro, ¿a quién acusa, dime?
Al que su juicio leve, antojadizo,
debió haber alumbrado, y no lo hizo.
"En dar consejos donde no hay deseo
de recibirlos, siempre hallé reparo.
Mi genio lo repugna. Mas te veo
en aflicción, y debo hablarte claro.
Tu flojedad es un delito feo.
La autoridad paterna es el amparo
natural de Isabel. Defiende, guarda
su inocente candor. ¿Qué te acorbarda?"
"¿Y entregado el dinero fue?" Lo mismo,
porque lo tengo prometido y pronto".
"¿A quién se puso, Heredia, un sinapismo
como el de esta mujer? ¿Qué pobre tonto
sufrió jamás tan fiero despotismo?
Pero verán, si en cólera me monto,
de lo que soy capaz. Volverá al techo
paterno mi hija. . . volverá a mi pecho. . .
"Volverás, volverás, yo te lo fío. . .
Harto tiempo tratada como ajena
fuiste ya, mi Isabel, regalo mío,
víctima de. . ." Diciendo así, refrena
la voz un repentino escalofrío;

en el hinchado esófago le suena
tumultuoso vapor; eructa; brama;
en suma, le da el flato, y va a la cama.

CANTO II

LA ENFERMEDAD

"BRABANTIO
...My particular grief
is of so flood-gate and o'erbearing nature
that it engluts and swallows other sorrows,
and it is still itself.
DUKE
—Why, what's the matter?
BRABANTIO
—My daughter! Oh, my daughter!
SENATOR
—Dead?
BRABANTIO
—Ay, to me".
(SHAKESPEARE).

Mientras afuera el sol de enero brilla,
en la cerrada alcoba el caballero
duerme; y de congojas pesadilla
atormentado gime. El candelero
lanza una llama trémula, amarilla,
agonizante, y lanza ya el postrero
rayo en la faz que interna angustia altera,
y en la desordenada cabellera.
Se le figura que su cara hija,
ya en el griñón cautivos los cabellos,
una tierna mirada le dirija,
hinchados de llorar los ojos bellos.
Los brazos le echa en torno; y ella, fija
su vista en la del padre, afirma en ellos
la lánguida cerviz. A la inocente
víctima va a besar la blanca frente...
¡Fiera transformación! La rubicunda
color de sus mejillas hondas huye;
arde en los ojos una luz profunda;
las cuencas tinte cárdeno circuye.
No llora ya. Los brazos furibunda
le opone; el beso paternal rehúye;
y a los labios poniéndose un nudoso
dedo, le dice en baja voz: "¡Mi esposo!...

¿Qué hay en este dictado que te asombre?
El de mi corazón tiene las llaves...
llaves que poseer no es dado al hombre.
Mi esposo, sí, mi esposo eterno... ¿Sabes
a quién me desposaste? Oye su nombre:
¡desesperación! Mira los graves
grillos y la cadena que me agobia;
éstos son los arreos de la novia".
Huye el espectro lívido, lanzando
mezcladas con gemidos maldiciones,
y alzado el rostro al cielo, exclama, dando
un grito de dolor: "¡No le perdones!"
Vuelve a otro lado el infeliz, temblando,
y al son de plañideros esquilones
lenta, enlutada procesión advierte,
y oye entonar el himno de la muerte.
"¡Qué!... ¡ya difunta!... ¡mi Isabel!... ¡mi hermosa!
Iré a besar su tumba". Fray Facundo
sale a su encuentro en forma pavorosa:
"Los pasos vuelve atrás. Profano, inmundo
aun el paterno llanto es a la losa
de la velada virgen. Para el mundo
años ha falleció. Muerta ni viva
sueltan estas paredes su cautiva".
Negra capa de coro al franciscano
los anchos lomos cubre; y se agiganta
de manera su cuerpo, que al humano
es dos veces igual, y aun le adelanta.
Descomunal hisopo tiene en mano,
y airado sobre Azagra lo levanta,
como si no tan sólo agua bendita
quisiera darle. Don Gregorio grita.
Sueña que el hisopazo del robusto
reverendo el testuz le descalabra;
y como sacudido con el susto
de la visión tamaños ojos abra,
de Cunefate ve el cercano busto,
el cual, sin proferir una palabra,
con rostro imperturbable le propina
la acostumbrada taza matutina.
"¡Qué noche! ¡qué mortal desasosiego!
¡qué sueño horrible!", don Gregorio exclama.
Incorporóse, no sin pena; y luego
arrójase otra vez sobre la cama
desfallecido. En sus entrañas, fuego

febril rápidamente se derrama,
que sus fuerzas consume. Cunefate
se llevó silencioso el chocolate.
   Aquel día, el siguiente y el tercero,
leve se juzga el mal que le incomoda,
y se recurre al régimen casero,
y a la usüal farmacopea toda.
La cachanlagua se aplicó primero;
luego el culén; la doradilla; soda;
clísteres de jabón y malvavisco;
y un cordón bendecido en San Francisco.
   Ni por ésas; la fiebre no minora;
de la jaqueca el bárbaro martirio
crece; y a la disputa veladora
sigue inquieto letargo con delirio.
Por lo cual determina la señora
se llame a don Canuto Litargirio,
médico castellano celebérrimo.
y del mercurio partidario acérrimo.
   Nuestro doctor a don Gregorio pulsa;
da cien golpes la arteria por minuto;
seca la piel; la lengua está convulsa;
sanguinolento y víscido el esputo.
"¡Un chavalongo!", dice Elvira. "¡Insulsa
nomenclatura!", exclama don Canuto.
¿Y cuántos días van, señora mía,
de enfermedad?" "Hoy es el cuarto día.
   "Pero se le acudió muy tempranito
con la soda, el culén, friegas calientes
de unto con sal. . ." "Sí, sí; con el maldito
ripio de aplicaciones impotentes
que dejan vivo el fomes. ¡Qué prurito
de meterse a curar! ¡Pobres pacientes!
no se nos llama hasta que el caso apura;
se mueren; y el doctor erró la cura".
   La próvida consorte que barrunta
algo triste al oír razones tales,
"¿Encuentra usted peligro?", le pregunta.
"Aún no aparecen síntomas mortales,
dice el doctor. El caso pide junta;
que vengan Mata, Valdemor, Grajales;
y porque en tanto el morbo a más no pase,
dadme pluma y papel". Receta y vase.
   Elvira, sin dejar (como es preciso)
de suspirar y hacer algún puchero,

a fray Facundo da oportuno aviso
de la ocurrencia; el alma lo primero.
El padre comisiona a fray Narciso
para que al viejo asista; él fuera; pero
por un capricho, Azagra, inexplicable,
no quiere que le vea, ni le hable.
Y como abriga aquel ardiente celo
por el ajeno bien, no sólo encarga
a fray Narciso le encamine al cielo;
mas a la Elvira en carta escribe larga
que, por si el accidente pone lelo
a su querido esposo o le aletarga,
haga que otorgue luego en buena forma
su testamento; y le incluyó la norma.
Que no llore, ni plaña, ni se aflija,
mas se resigne, y todo, como debe,
a la salud eterna lo dirija
de su consorte; y pues que viste en breve
el sagrado sayal su cara hija,
haga de modo tal, que limpia lleve
el alma a mejor vida don Gregorio,
y se le abrevie al pobre el purgatorio.
Ella, que a media voz al padre entiende
(que si ladino es él, no es ella lerda),
con eficacia a consumar atiende
el concertado plan, y el modo acuerda.
Era ya noche; en el salón se enciende
duplicado blandón; activa y cuerda
asiste a las señoras Margarita,
que una tras otra llegan de visita.
Llénase de parientas el estrado
y de beatas; que la triste nueva
no bien a sus oídos ha llegado,
a dar consuelo, a dar la usada prueba
de su cariño van. El fresco helado,
el bizcochuelo su apetito ceba;
el chocolate, el alfajor circula.
Danse la mano caridad y gula.
Mientras que en el estrado, casi estrecho
a tanta gente, el cuchicheo bulle,
pasa las horas cabe el triste lecho
la doña Elvira; la almohada mulle;
la colcha extiende; está en continuo acecho;
y si de cuando en cuando se escabulle,

sólo es para decir desde la puerta:
"Que no entre nadie! ¡Serafina, alerta!"
Discurre acá y allá la servidumbre;
cuál carga a paso lento el azafate;
otro para el cigarro lleva lumbre;
otro la pasta caraqueña bate.
Y la tertulia, que, según costumbre,
se viene al husmo de la aloja y mate,
hace sobre el suceso comentarios,
o ensarta en baja voz discursos varios.
Don Agapito Heredia, que no supo
cómo en la alcoba entrar, después que lucha
con la apostada centinela, al grupo
de los doctores silencioso escucha.
La exposición a Litargirio cupo
del caso que los llama; desembucha
raudo torrente de palabras griegas,
y explora la opinión de sus colegas.
Grajales dice: "Es un absceso hepático".
Mata descubre congestión nefrítica.
Litargirio asegura en tono enfático
que es una vieja lúe sifilítica.
"Y debe, añade, dársele el vïático,
porque la cosa me parece crítica.
Aquel hipo, a mi ver, no es muy católico".
Su pronóstico, en suma, es melancólico.
Si sobre el mal, según aquí relato,
tanto difieren, ¿cómo no en la cura?
Mas Valdemor, después de un breve rato
de profundo silencio y de madura
meditación, "Señores, yo no trato
(dice con reposada catadura)
de combatir ajenas opiniones
fundadas en tan sólidas razones.
"En mi sentir, el caso es menos grave;
ni tiene en las entrañas el asiento,
sino en el alma sola. ¿Quién no sabe
lo que puede un ahogado sentimiento,
una pasión intensa que no cabe,
que sacude el angosto alojamiento
de un sistema vital, que debilita
la vejez, y el más leve soplo agita?
"No es delirio, señores, lo que noto
en el paciente; el vago devaneo
de una mansa locura, el alboroto

de ardiente frenesí, no es lo que veo.
Es imbécil terror que pone coto
a la efusión de un íntimo deseo;
es profunda pasión que opresa gime
y a veces lanza el peso que la oprime.
"*¡Mi hija! ¡mi hija!* repite; el balbuciente
labio su nombre a cada instante exhala.
La sacrifico, es la expresión doliente
que entre ayes y gemidos intercala.
Mas doña Elvira acude prontamente,
y con dedo imperioso le señala
el santo crucifijo. *Dios lo ordena,*
y ella lo quiere, dice; *ya es ajena.*
"Yo traspaso tal vez mi ministerio,
y mi aserción tendréis por temeraria;
pero hay sin duda en esto algún misterio
cuya averiguación es necesaria.
Ella ejercita un absoluto imperio
que no ablandan lamento ni plegaria;
se amilana al oírla, se estremece
el extenuado enfermo, y enmudece".
Don Agapito Heredia, que apartado
en un ángulo estaba, se apersona
ante el docto hipocrático senado,
y obtenida su venia, así razona:
"Un íntimo dolor reconcentrado,
porque el miedo en su pecho lo aprisiona,
es lo que aqueja a mi infelice amigo;
con la más firme convicción lo digo.
"Yo a curarle me empeño, y de contado
voy a poner los medios". Con gran calma
contesta Litargirio: "Lo apurado
es el cuerpo, señores, no es el alma;
y con permiso de la junta, añado
que en lugar de estas borlas, una enjalma
al médico se debe que se mete
en lo que sólo al confesor compete.
"Si hay en el alma intrínseca batalla,
el pulso ni lo afirma ni lo niega,
e interrogado el orinal lo calla.
¿Qué más incumbe a una persona lega?"
Contesta Valdemor: "De acuerdo se halla
conmigo mi doctísimo colega.
Fíese del espíritu la parte
a la amistad, y la del cuerpo al arte".

Diciendo así, concluye que a su juicio
el método expectante es el más propio.
Don Canuto, que observa claro indicio,
o evidencia más bien, de antiguo acopio
de virus, quiere corregir el vicio
con el mercurio, el tártaro y el opio;
Grajales, calomel; Mata decreta
sanguijuelas, cantáridas, lanceta.
Mientras en esta parte de la casa
sigue el debate medical, escena
harto diversa en otro sitio pasa,
donde su testamento Azagra ordena.
La triste alcoba alumbra luz escasa,
tanto que la escritura lee con pena
Panurgo Fraguadolo, el escribano,
que la trajo extendida de su mano.
Dispone don Gregorio lo siguiente:
instituye en sus bienes heredera
a su alma sola, que perpetuamente
los deberá gozar, en la manera
que encarga a su estimado confidente
y comisario, don Julián Herrera
de Ulloa y Carvajal, primo segundo
del reverendo padre fray Facundo.
La herencia pasará de don Gregorio
como los mayorazgos de Castilla,
pero con el servicio obligatorio
de una misa anüal en la capilla,
iglesia, monasterio u oratorio
donde quiera el patrón mandar decilla;
la cual misa se diga (que es el punto
cardinal) por el alma del difunto.
Y porque siempre el tal servicio dure,
quede bajo estrechísimo reato
de la conciencia, y piérdase *ipso jure,*
en caso de omisión, el patronato.
Empero a doña Elvira se asegure
(amén del espadín y del retrato,
plata labrada y árbol gentilicio)
el goce de los bienes vitalicio.
Y muerta doña Elvira de Hinojosa,
pase toda la herencia al comisario
y a su posteridad, con la forzosa
carga del antedicho aniversario.
Y a la de Cristo prometida esposa,

doña Isabel, su hija, el necesario
asenso el otorgante ruega y pide,
para que el patronato se valide.
  Leído el testamento, el escribano
lo da a firmar; el testador firmólo
con triste cara y temblorosa mano,
y luego don Panurgo Fraguadolo
y los testigos. El doliente anciano
en la sombría estancia queda solo
con su mujer; la primanoche pasa;
toda es silencio y soledad la casa.
  Huye la negra sombra; el alba ríe;
la sonrosada luz primera asoma
sobre la cordillera; y se deslíe
en el ambiente un delicioso aroma.
Ya apenas queda torre que no envíe
su nota usada; ya no queda loma
que con el sol no brille; ya no queda
pájaro que no cante en la arboleda.
  Hora en que el toque repetido llama
de la temprana misa a la devota;
hora en que el jugador se va a la cama
maldiciendo del as y de la sota;
mientras en blando sueño joven dama
bailar cree la cuadrilla o la gavota,
y ufana de hermosura y galas, tiende
la red traidora en que las almas prende.
  No así la Isabelita, que un tesoro
de gracias acumula y no lo sabe;
y ve del alba los celajes de oro,
y oye el saludo que le canta el ave;
y luego que las madres van al coro,
sale a gozar el hálito süave
de la temprana flor, que al aire frío
se orea, salpicada de rocío.
  Es para ella el claustro y la frondosa
huerta, ciudad y plaza y alameda.
Una recién venida mariposa
que en alas ve volar de gasa y seda,
un vivo chupaflor, que nunca posa,
y de repente equilibrado queda
en el aire, o del pico apenas preso
al azahar que liba, es un suceso.
  Así corren las horas placenteras
de su vida apacible; limpia fuente

que entre peñascos nace; y plantas fieras,
el cristal no le enturbian transparente;
pero esas ondas luego entre riberas
lozanas van, y en su fugaz corriente
¡cuánta agostada flor y mustia hoja
de que a la selva el ábrego despoja!
   Tú no lo sabes, niña; ¡al cielo plega
que no lo sepas nunca!... Ella discurre
a un lado y otro; sus claveles riega,
ceba su pajarito... Al fin se aburre.
Sobre sí misma el alma se repliega;
en odio al claustro, en odio al huerto incurre;
y la importuna reflexión la asalta
de que a su dicha alguna cosa falta.
   Echa su casa menos; menos echa...
no sabe qué. Tan rara vez alcanza
una noticia a la morada estrecha
que con su vida encierra su esperanza,
que aun de su padre nada sabe... Acecha
por una reja; un grito en lontananza
se oye; el eco del claustro lo duplica;
sólo así con el mundo comunica.
   Mas un rüido inusitado, extraño,
que en aquel monasterio no sonaba
más que una vez o dos en todo el año,
se oye en la calle; una calesa acaba
de parar a la puerta; no es engaño
de la imaginación, que ya la aldaba
da un recio golpe, y el sonoro estruendo
se va de claustro en claustro repitiendo.
   Y la campana al punto mismo avisa,
y corre desalada la tornera;
luego a la superiora vuelve aprisa,
y un recado le da. La cosa era,
según las apariencias, improvisa
y de importancia; porque sale fuera
de su celda la madre, oído el caso,
y al locutorio va, más que de paso.
   Retorna a poco rato sor Camila
(que tal el nombre fue de la abadesa),
y llama a su presencia a la pupila,
que, inclinándose, el hábito le besa.
"Dios, Isabel, que sobre ti vigila,
guíe tus pasos, dice; una calesa

te está aguardando; conducirte debe
a tu familia; volverás en breve.
"Viene por ti tu tía, mi señora
doña Leticia". Como aquel que emprende
un largo viaje, y de la mar traidora
por la primera vez las olas hiende,
así se siente Isabelita ahora,
y toda se confunde y se sorprende,
y parece que a un tiempo su alma oprima
pavor que halaga y gozo que lastima;
Si bien la idea del albergue amado
en que los suyos viven, la alboroza;
y no sabiendo el peligroso estado
de don Gregorio, anticipadas goza
las caricias de un padre idolatrado,
y el placer en su pecho le retoza
al pisar otra vez la cara estancia
que vio el primer pinino de su infancia.
De este modo Isabela se divide
entre un afecto y otro y otro vario.
De las devotas madres se despide;
besa a Camila el santo escapulario,
y que por ella ruegue a Dios le pide
y a la sagrada Virgen del Rosario.
De la calesa a recibirla pronta
se abre la puerta. "¡Adiós!", repite, y monta.

CANTO III

LA CHACRA *

"Mais l'amour sur ma vie est encore loin d'éclore;
c'est un astre de feu dont cette heure est l'aurore".

LAMARTINE

¡Al campo! ¡Al campo! La ciudad me enoja.
Esas tristes paredes do refleja
la luz solar intensa, ardiente, roja,
no quiero ver, ni del balcón la reja,
donde una flor cautiva se deshoja,
e inclinándose lánguida semeja

* Arístides Rojas publicó parte de este canto con el título *El campo.*

suspirar por la alegre compañía
de sus hermanas en la selva umbría.
¡Al campo! digo yo como Tancredo;
mas no en verdad al campo de batalla,
donde el tronar del bronce infunde miedo
y el zumbar de la bala y la metralla;
ni al campo donde el bárbaro denuedo
de un falso honor, teutónica antigualla,
dos pechos pone a dos contrarias puntas
por ofensas reales o presuntas;
Sino al campo que alegra fuente pura
con el rumor de su cristal parlero;
y de la selva a la hospital verdura,
de paz y holganza asilo verdadero;
do el aura entre los árboles murmura,
y la diuca revuela y el jilguero;
y de trémulos iris coronada
salta del monte al valle la cascada;
Y a la colina que, al rayar la aurora,
la ciudad nebulosa me descubre,
mientras el suelo en derredor colora
de azules lirios genïal octubre;
do fresco baño el río, y mugidora
vaca me ofrece su tendida ubre,
o salgo envuelto en poncho campesino
a respirar el soplo matutino;
A la animada trilla, y al rodeo,
de fuerza y de valor muestra bizarra;
del pensamiento al vago devaneo
bajo el toldo frondoso de la parra;
al bullicioso rancho, al vapuleo,
al canto alegre, a la locuaz guitarra,
cuando chocan caballos pecho a pecho,
y en los horcones se estremece el techo.
Pláceme ver en la llanura al guazo,
que, al hombro el poncho, rápido galopa;
o con certero pulso arroja el lazo
sobre la res que elige de la tropa.
Pláceme ver paciendo en el ribazo,
que una niebla sutil tal vez arropa,
la grey lanuda, y por los valles huecos
de su ronco balido oír los ecos
Pláceme penetrar quebrada umbrosa,
y dando suelta al pensamiento mío,
fijar la vista en la corriente undosa

con que apacible se desliza el río,
a cuyo murmurar visión hermosa
evoca el alma en dulce desvarío;
visión de alegres días que corrïeron
sobre mi vida, y para siempre huyeron;
   Y se desvanecieron, cual la cinta
de aéreo iris que en la azul esfera
deshace el viento, o cual la varia tinta
que, cuando el sol termina su carrera,
blanco vellón de vagas nubes pinta,
o cumbres de nevada cordillera,
y el soplo de la noche las destiñe,
y parda franja al horizonte ciñe.
   Véolos otra vez aquellos días,
aquellos campos, encantada estancia,
templo de las alegres fantasías
a que dio culto mi inocente infancia;
selvas que el sol no agosta, a que las frías
escarchas nunca embotan la fragancia;
cielo... ¿más claro acaso?... No, sombrío
nebuloso tal vez... Mas era el mío.
   Naturaleza da una madre sola,
y da una sola patria... En vano, en vano
se adopta nueva tierra; no se enrola
el corazón más que una vez; la mano
ajenos estandartes enarbola;
te llama extraña gente ciudadano...
¿Qué importa? ¡No prescriben los derechos
del patrio nido en los humanos pechos!
   ¡Al campo! ¡Al campo! Allí la peregrina
planta que, floreciendo en el destierro,
suspira por su valle o su colina,
simpatiza conmigo; el río, el cerro
me engaña un breve instante y me alucina;
y no me avisa ingrata voz que yerro,
ni disipando el lisonjero hechizo
oigo decir a nadie: *¡advenedizo!*
   Pero volviendo al cuento comenzado,
digo que don Gregorio en tiempo breve
tanto convaleció, que trasladado
es a vecina chacra donde eleve
el tono de sus nervios relajado
la salubre impresión de un aire leve,
puro, que el grande pueblo adonde mora
se hallaba entonces sucio, como ahora.

Y haciendo a cada cual justicia neta,
digo también que, no al doctor Grajales
la salud le debió, ni a la lanceta,
ni a doctas confecciones mercuriales;
sino a la terapéutica discreta
de Valdemor, que sólo cordïales
y anodinos a el alma enferma aplica,
que no se hallan en frascos de botica.

Es en sustancia el régimen süave
que llama antiflogístico la ciencia.
A doña Elvira alejan (ya se sabe
que era toda flogisto por esencia)
y empeño fue dificultoso y grave,
pues le parece cargo de conciencia
que, si muere, no lleve don Gregorio
su recomendación al purgatorio.

Y más interesada que la suya,
ni que tanto la carga le aligere
cuando de su prisión el alma huya,
no puede haber. Repugna, pues, no quiere,
por más que se le diga y se le arguya,
de su lado apartarse. Que se muere
su caro esposo, exclama sollozando,
y en trance tal, si no le asiste, ¿cuándo?

Del tono moderado por instantes
al de la ira y la soberbia pasa.
"¡Qué par de consejeros importantes!. . .
Señor don Agapito, en esta casa
mando yo. . . Vomitivos y purgantes,
mi buen doctor, prescriba usted sin tasa;
en cuanto a lo demás no le consulto,
y su proposición es un insulto".

Pero al oír que deja el monasterio,
y que su hija prontamente llega,
toma un semblante la contienda serio;
ya no es ira la suya, es rabia ciega.
Propásase al baldón, al improperio;
grita, patea, jura. Al que la ruega,
al que la insta, ordénale que calle,
y le muestra la puerta de la calle.

Don Agapito, que, si bien modesto
y circunspecto, nada emprende en balde,
tiene ya prevenida para esto
la intervención del cura y del alcalde.
En el rostro de Elvira descompuesto,

al carmín desaloja el albayalde;
el furor la enajena, la sofoca;
de la casa se va como una loca.

No volvió más; sucede a la señora
la señorita; el suspirado abrazo,
al padre alienta, sana, corrobora;
sola Isabel le cuida; el tierno brazo
le tiene la cabeza y le incorpora;
tal vez la calva frente en su regazo
posa; tal vez, solícita enfermera,
a su lado pasó la noche entera.

Tal vez, abriendo angélica sonrisa
frescos labios, do el viento aromas bebe,
el revuelto cabello asiendo, alisa
con la mano gentil de pura nieve.
De báculo le sirve si va a misa,
si por el corredor los pasos mueve;
diviértele el fastidio; le consuela;
la que le ceba el mate es Isabela.

¡Y él también, cuánto la ama! ¡Pobre anciano!
¡Cuántas veces en tanto que dormita,
velándole ella en el sillón cercano,
decir le oye: "¡Isabel! ¡Isabelita!";
y puestas la una mano en la otra mano,
¡cuántas veces a ti, Virgen bendita,
los ojos vuelve, y presintiendo azares
en su orfandad, te ruega que la ampares!

Por la ciudad en tanto la noticia
de la nueva beldad al punto vuela.
¡Visitas mil! No es ella la que oficia
en el salón, sino una tía abuela;
la que por ella fue; doña Leticia
de Azagra Valdovinos y Varela,
la más discreta y más cabal matrona
que llenó estrado, o que oprimió poltrona.

Doquiera que la niña ver se deja,
tras sí arrastra las almas con la vista.
Lleva desaliñada la guedeja;
no le cortó el vestido la modista;
mas en gracia, en beldad, no hay su pareja;
viejo ni mozo no hay que la resista.
Dicen al ver su cara y cuerpo y traza
los hombres, ¡ángel! las mujeres, ¡guaza!

No canta... Importa poco. A el alma cuela
de aquella voz la innata melodía,

mejor que la más dulce cantinela
de la hechicera Malibrán García.
No baila... Pero tiene la Isabela
un talante, un andar, que sentaría,
si no de Chipre a la deidad liviana,
a la casta hermosura de Dïana.
Pero la historia es menester que siga.
Recibe la carreta el cargamento;
el carretero unce y empertiga;
los perezosos bueyes al violento
primer arranque la picana obliga;
y rueda estremeciendo el pavimento
la vacilante mole, y con chirridos
horrorosos taladra los oídos.
Iban en la carreta Margarita,
Tomasa, el consabido negro paje,
con la balumba bárbara, infinita
de que consta un doméstico menaje,
y que llevar consigo necesita
todo el que alguna vez al campo viaje,
si vivir al estilo, no le agrada,
de nuestros padres en la edad dorada.
Cabalgan en unión y compañía
de tal cual obsequioso tertuliano,
el don Gregorio, la Isabel, la tía,
y Cunefate. Un espacioso llano
(que allá y acá interrumpe una alquería,
hermosa con los dones del verano),
y de una acequia el mal seguro puente,
huella la cabalgata lentamente.
Y luego entre la salva vocinglera
de una turba de perros ladradores,
recibe de naranjos larga hilera
a nuestros polvorientos viajadores,
que, apenas desmontados, la escalera
suben; y ya en los altos corredores,
vasto paisaje admiran de sembrados,
potreros, rancherías y arbolados.
Don Agapito, de la chacra dueño,
cariñoso a los huéspedes atiende;
a la doña Leticia rinde el sueño;
y el don Gregorio su cigarro enciende;
mientras Isabelita el halagüeño
panorama, que ante ella el campo extiende,

goza con emoción, que no le cabe
dentro del pecho, y descifrar no sabe.
Allá eleva la torre de la aldea
su pardo fuste; acá la choza exhala
blanca espiral; la viña verdeguea;
la higuera ostenta su frondosa gala;
susurrando un ciprés se bambolea;
el toro muge; el corderillo bala;
pelado risco arroja en la llanura,
dominador jayán, su sombra oscura.
No hay verde seto de tupida zarza
do a su amador la tórtola no arrulle,
ni umbrío bosquecillo que no esparza
perfume grato, si agitado bulle;
navega ufano el ánade; la garza
cándida en el estero se zabulle;
todo semeja que a gozar incita,
y que de amor y de placer palpita.
¿Qué sientes, Isabel, en el otero
cuando cuelga la noche su cortina
lúgubre, y paso a paso el valle entero
ocupa, y su fanal en la colina
occidental enciende ya el lucero,
que al pálido crepúsculo domina,
como lámpara triste que destella
sobre un sepulcro, triste pero bella?
Y cuando persiguiendo la pintada
mariposa, te internas en la espesa
arboleda, y te paras agitada
de secreto pesar ¿qué te embelesa?
En el recinto oscuro tu mirada
¿qué fija así? ¿Qué suspensión es ésa?
¿A qué mágico canto, a qué rüido
misterioso diriges el oído?
Y cuando ves el baile de la choza,
y la sonora voz de la vihuela
los descuidados pechos alboroza
de la rústica turba ¿qué revela
al tuyo aquel mirar que tanto goza
en lo que mira, aquel mirar que anhela,
y el que responde cariñoso y grato,
y el que tímido amor hurtó al recato?
Pero el alegre canto bien publica
lo que habla de los ojos el idioma,
y lo que en bajo acento se platica;

y qué dice la mano que se toma,
o se esquiva, o se da; qué significa
aquel rubor que a la mejilla asoma,
cuál es de los suspiros el sentido,
y del adiós mil veces repetido.

¿Mas qué te turba ahora y te amilana,
pobre Isabel? Pausada, grave, austera,
como el consejo de una madre anciana,
el viento trae, tu pecho reverbera,
la conocida voz de la campana
del monasterio; voz que se apodera
del alma toda, y cada son que emite
ven, niña ven, parece que repite.

Como de caballeros joven tropa,
en cierto drama, de alborozo llenos,
se ven banquetear, henchir la copa,
brindar, reír; y cuando piensan menos,
en grave marcha, en luenga y parda ropa,
entra una procesión cantando trenos
de penitencia, y para la alegría
en aflicción, y en funeral la orgía;

Así al oír aquella voz sonora,
a la visión de mundanal contento,
a la dulce emoción encantadora
(germen de un imperioso sentimiento,
destello de un incendio que devora)
temor sucede y mustio abatimiento.
A el alma inquieta aquella voz reclama;
es voz del otro mundo, que la llama.

¿Tan joven, y tan tímida, y tan pura,
y un roedor remordimiento abriga?
¿A los goces de un ángel de dulzura
se mezcla ya de un sinsabor la liga?
¿Es que la copa de mortal ventura
siempre esconde un fermento que atosiga?
¿O nuestros propios míseros errores
ponen tal vez la espina entre las flores?

Yo no lo sé. Mas hay un pensamiento
que a todas horas en el alma nace
de Isabel; que acibara su contento,
y no deja que libre se solace;
las eternas paredes del convento. . .
¡tumba de vivos en que el alma yace!. . .
¡desierta melancólica morada,
a los placeres. . . al amor cerrada!

¿Al amor? sí; no hay duda; ya Isabela
pronunció la palabra misteriosa;
la mágica palabra que revela
una existencia nueva, deliciosa,
excelsa; los mil ecos que encarcela
el corazón, bandada bulliciosa,
despiertan, y más pura y encendida
la llama centellea de la vida.

Yo no daré (qué fastidioso haría
el cuento a mis lectores) el dïario
del padre, de la hija y de la tía
en este hermoso albergue solitario.
Un día pasa, y otro, y otro día
sin que nada notable, nada vario
suceda allí; la noche al fin primera
de marzo vino, en esta historia era.

Isabela dormía (era la una
o poco más); y despertando acaso,
en el contiguo corredor alguna
persona cree sentir, que a lento paso
va y viene. Lanza la creciente luna,
trasmontando los cerros del ocaso,
un rayo, que se rompe en una reja
y en el opuesto muro la bosqueja.

Y en el espacio que la luna tasa
a la luz en aquel opuesto muro,
nota Isabel que un hombre a veces pasa,
quiero decir de un hombre el trazo oscuro,
con manta y guarapón. Es de la casa,
según se ve, por el andar seguro,
y por no haber un perro que le ladre.
"¿Un crïado tal vez? ¿tal vez mi padre?"

Isabela concluye que no puede
ser sino algún criado; y ya no tarda
en dormirse otra vez, cuando sucede
lo que tanto la turba y acorbarda,
que respirar apenas le concede
y encomendarse al ángel de su guarda;
llegóse el hombre a la cerrada puerta,
que hallarse suele rara vez abierta;

Porque esta alcoba sólo comunica
con el cuarto vecino, do acostada
doña Leticia duerme. El hombre aplica
con la mayor frescura a la vedada
puerta una llave. . . "¡Dios! . . . ¿Qué significa? . . .

¡Sin duda algún ladrón... ¡Desventurada!"
El hombre entró... después, con gesto grave,
cerró otra vez la puerta y la echó llave.
Y luego con la misma flema arroja
sobre la tierra el guarapón; se quita
la grosera chamanta azul y roja,
y... "¡Socorro! ¡socorro! Isabel grita.
¡Un hombre!... ¡un hombre!" "¡Cielos!... ¿quién aloja
ahora en este cuarto?... ¡Señorita!,
dice el mancebo (que lo era), ha sido
un desgraciado error... ¡No más rüido!
"Silencio ¡por la Virgen! Si usted llama,
me pierde para siempre. Yo venía,
como suelo, a dormir en esa cama,
por supuesto creyéndola vacía...
¡Silencio!... Sois mujer, sois una dama;
ser causa de mi muerte os pesaría;
sabed que soy... mi suerte deposito
en vuestra compasión... soy un proscrito".
"Salga usted luego, pues; salga usted luego"...
dice ella y tiembla. "Salgo en el instante;
pero ¡por Dios! ni una palabra, os ruego,
ni una palabra a nadie... El más distante
rastro, el menor indicio de que llego
a este sitio, a perderme era bastante,
¡y ojalá que a mí solo!... Hay una vida
cara, preciosa en mí comprometida.
"¡Adiós!" "El cielo de peligro os guarde",
dice Isabel, del joven apiadada.
Iba a salir; mas por desgracia es tarde;
de Gregorio a la voz, viene alarmada
la gente de la casa, haciendo alarde
de garrote, puñal, pistola, espada.
"Hija, dice el anciano, ¿qué sentiste,
qué te asustó, que tales voces diste?"
"Nada, caro papá... fue un susto vano".
Aunque las voces de Isabel ha oído
Gregorio solo, que si bien lejano
tiene su cuarto y lecho, no ha podido
esta noche dormir el pobre anciano,
juraban los demás no haber sentido,
sino visto también extraña gente,
que pinta cada cual diversamente.
Dos guazos, asegura Cunefate;
el negro, tres; hombre hubo que vio cinco:

el dicho ajeno cada cual rebate,
y se aferra en el suyo con ahínco.
"No puede ser". "Sí tal". "Es disparate"...
Y en esto allí se apareció de un brinco
un perro extraño, que en la voz, los gestos,
da de inquietud indicios manifiestos.

Huele y escarba en el umbral vecino,
y gritos da como que avisa o llama.
Afortunadamente un inquilino
llega, que como suyo lo reclama.
"Señor, dice el patán, que era ladino,
yo no he visto moverse ni una rama.
¿Hombre en la chacra extraño?... ¡Tontería!
¡Tanto perro!... y la luna como el día".

Azagra al fin se vuelve satisfecho,
pero dejando guardia suficiente
para que estén alerta y en acecho
por si en la casa algún rumor se siente.
Vese Isabel en un terrible estrecho:
salir el mozo es imposible; hay gente
alrededor que vela; ¿pero dónde
le dará asilo? ¿en qué lugar le esconde?

¡En su alcoba un mancebo! ¿Y a qué hora?
Solamente el pensarlo la estremece
y hasta su frente de rubor colora.
Fuerza es se vaya luego, antes que empiece
el matutino albor; que si la aurora
le encuentra en este sitio, el riesgo crece;
o más bien es preciso ¡horrible idea!
que todo el mundo y su papá le vea.

Es menester que al punto le desvíe
de este lugar, concluye Isabelita,
o que su vida a mi papá confíe
y al favor celestial de la bendita
madre de la Merced. ¡Ella le guíe,
que a los cautivos las cadenas quita!
Esto entre sí; y en tímido, confuso,
piadoso acento, al joven lo propuso.

Que alcance su secreto alma nacida
resiste él, y de nuevo recomienda
a Isabel a guardarlo: "Que la vida,
dice, va en él, la estimación, la hacienda
de... Pero libre el paso a la salida
parece... El cielo os guarde". "El os defienda".

Paró un instante, a ver si alguien cuidase
del largo corredor; y visto, vase.
El corredor estaba despejado,
y atravesarle sin peligro pudo;
pero dos o tres gradas no ha bajado
de la escalera, cuando un grito agudo
de alarma a la familia aquel menguado
negrito dio, que así medio desnudo
como está, de la tierra se levanta,
y le sigue, y le agarra de la manta.
"Suelta, dice el mancebo, o te traspaso
con esta daga el corazón". Su presa
soltó el negrito, y hacia atrás dio un paso;
el otro corre; una arboleda espesa
le oculta; monta en su caballo; al raso
sale después; e impávido atraviesa
cercas, potreros, huertas, viñas, soto,
dejando a la familia en alboroto.
Uno coge puñal, otro machete;
otro un descomunal bastón agarra.
Este en el denso matorral se mete;
aquél registra el huerto, aquél la parra;
y Cunefate, alzado a matasiete,
le jura escarmentar si le echa garra;
todo es correr por campos y por cerros,
gritar de guazos y ladrar de perros.
Y mientras de este modo se alborota
la chacra, y la feliz doña Leticia,
que vence en el dormir a la marmota,
ni un instante de sueño desperdicia,
la asustada Isabel reza devota,
con el oído puesto a la noticia
que a su regreso cada cual relata,
y que el patrón recibe en gorro y bata.
Y cuando ha oído que el ladrón supuesto
escapa, y no se sabe a do camina,
gracias por un favor tan manifiesto
rinde a Dios; y corriendo la cortina
(pues el calor de estiva noche el puesto
cede ya a la frescura matutina)
hunde otra vez la frente en la almohada,
y queda en dulce sueño sepultada.

CANTO IV

EL PROSCRITO

"I woke. — Where was I? — Do I see
a human face look down on me?
And doth a roof above me close?
Do these limbs on a couch repose?
Is this a chamber where I lie?
And is it mortal yon bright eye,
that watches me with gentle glance?
I closed my own again once more,
as doubtful that the former trance
could not as yei be o'er.
A slender girl, long-hair'd, and tall,
sate watching by the cottage wall;
the sparkle of her eye I caught,
even with my first return of thought;
for ever and anon she threw
a prying, pitying glance on me
with her black eyes so wild and free:
I gazed, and gazed, until I knew
no vision it could be, —
but that I lived, and was released
from adding to the vulture's feast".

(Byron).

El día en los tejados centellea,
y ya la Isabelita al campo baja;
el aura que los árboles orea
húmedos de rocío la agasaja;
y el velo de sutil cendal ondea,
que del sombrero rústico de paja
cuelga; débil defensa al aire crudo,
al sol, al polvo, al punzador zancudo.
Un vestido de blanca muselina
lleva, con franjas negras en la falda,
un cinto negro y negra mantellina,
que le cobija la nevada espalda;
y en la diestra, una bolsa de extrafina
sarga, do al catecismo de Ripalda
acompaña el salterio en castellano,
y un pañuelo bordado de su mano.
Lleva también allí plata menuda,
que suele repartir de choza en choza;
donde el huérfano vive o la vïuda,
o el infeliz que de la luz no goza,
o la indigente madre, a quien, desnuda,
tierna familia en derredor retoza,

o el que, fingiendo mano o pierna gafa,
a la sencilla caridad estafa.
Iba por los senderos caminando
de la chacra, a sus ojos un imperio
de que ella es reina ahora; suspirando
recuerda alguna vez el cautiverio
que la amenaza; lee de cuando en cuando
una página o dos en el salterio;
pero hay un pensamiento, hay una idea
que a las demás apaga y señorea.
"¡Aquel proscrito! . . . ¿Quién será? Pariente
sin duda del señor don Agapito.
¿Quién otro pudo entrar tan libremente?
¿Quién alojarse aquí? Mas ¿qué delito
el suyo puede ser, que de la gente
se oculta así? ¡Tan joven! ¿Y proscrito?
¿Y si le viera alguno o le prendiera,
y yo ocasión a su desgracia diera?
"Una madre, una esposa lloraría
por mi causa . . . ¡Gran Dios! Qué triste idea!
Pero ha escapado. Le amanece el día
lejos, muy lejos. Y que en una aldea
favor le falte, ayuda y simpatía
no seré yo tan simple que lo crea.
¿Quién le tuvo el caballo tan a mano?
Forzoso es que haya en esto algún arcano".
Silogizando así la niña hermosa
anda, sin sospechar que silogiza
(como monsieur Jourdain hablaba prosa),
cuando de un rancho o seto que tapiza
florida enredadera, entre frondosa
estancia de frutales y hortaliza,
apresurado sale un inquilino,
que viene a detenerla en el camino.
Everaldo se llama; justamente;
aquel que al perro extraño, como dije,
echó mano la noche precedente;
y estas dolientes voces le dirige
con aire misterioso: "Un accidente
fatal, una desgracia que me aflige
sobre manera . . ." "¡Acaba! ¿qué hay de nuevo?"
"¡Ah, señorita! casi no me atrevo
A referirlo a su merced . . . ¡Qué nueva
para el pobre patrón!" "¿Qué ha sucedido?"
"¡Cómo lo va a sentir! Es una prueba

terrible. . . Desangrado, mal herido. . ."
"¿Quién?" "Y no me permite que me mueva
a dar noticia a nadie. . . Y sin sentido
está ya". "Pero ¿quién?" "El señorito,
sobrino del señor don Agapito".

Como estatua quedó de inmóvil hielo
Isabel con el susto, y sólo exclama:
"Virgen sagrada, a tu socorro apelo";
mas recobrada luego: "Corre, llama. . .
Pero no llames. . . Voy a verle. . . El cielo
me dé valor". Entrando, va a la cama,
y en ella ve un objeto que la llena
de inexplicable turbación y pena.

El mancebo yacía sobre un lecho
de pellones. Dormido se diría,
si aquel semblante pálido, deshecho,
y los lánguidos párpados que abría,
como para buscar la luz, y el pecho
que alza y baja en difícil agonía,
y una cárdena sien que sangre vierte
no anunciara el desmayo de la muerte.

¡Y qué inmatura! Errar no pienso un año
si dos o tres le añado a la veintena.
Cuerpo gentil, de regular tamaño;
cándido el pecho, si la faz morena;
cabello crespo y de color castaño;
facciones lindas, expresión serena
en el dolor; como el cincel exprime
alado genio que en la tumba gime.

Herido está de dos o tres sablazos
(a más de aquella herida de la frente)
en el desnudo pecho y en los brazos;
v de la sangre obstruye la corriente
la banda y la camisa hechas pedazos;
vendajes puestos ruda y toscamente
por Everaldo, en que se estanca apenas
el rojo humor de las abiertas venas.

Sírvele de almohada una armadura
de silla de montar que le lastima,
aunque se la hace un poco menos dura
el lanudo vellón que tiene encima.
Cerca la daga está; la empuñadura
ensagrentada toda, que da grima.
Lleva sobre el calzón bota de campo,
y echado está a los pies su fiel Melampo.

Lo que pasa en el alma de Isabela
no sé decir: enajenada, absorta
parece en el semblante, y como lela.
Pero esta suspensión ha sido corta.
Al pañizuelo de la bolsa apela;
saca las tijerillas y lo corta
en pedazos, y en parte lo deshila,
para atajar la sangre que destila.

Descubre cada herida con su fino
y delicado tiento; en ellas fija
una porción del deshilado lino;
luego con los pedazos las cobija
del pañizuelo; luego el purpurino
rastro de sangre con la más prolija
atención limpia, lava; y a Everaldo
preparar manda prontamente un caldo.

Un *caldo* es mal sonante en poesía;
pero la exactitud es lo primero.
Suena mejor sin duda *la ambrosía;*
mas no se encuentra con ningún dinero.
Ría la sombra de Hermosilla, ría;
llámeme chabacano y chapucero;
veraz historia escribo; soy heraldo
de la verdad. Volvamos, pues, al caldo.

El caldo estaba pronto. Una escudilla
en que servirlo se echa sólo menos,
cosa que se hallará por maravilla
en ranchos perüanos o chilenos,
mas a falta de ajuar y de vajilla
fraternalmente acude a los ajenos
el que los necesita; caso extraño
que no ocurre dos veces en el año.

A buscar, pues, un plato y una taza
y una cuchara sale el inquilino,
y al mismo tiempo es fuerza se dé traza
de que no sepa amigo ni vecino
para qué son. A su salida enlaza
la puerta, que es el modo campesino
de echarle llave; y mientras tanto vela
al herido la joven Isabela.

No estaba el rancho enteramente oscuro:
la luz del sol por cien troneras brilla
del techo humilde y del informe muro,
de secas ramas fábrica sencilla.
No hay más asiento allí que el suelo puro.

Isabel, fatigada, se arrodilla
junto a la pobre cama, y de hito en hito
mira el pálido rostro del proscrito.

Inocente y piadosa, no le ocurre
que la modestia femenil condene
su tierna compasión; antes discurre
que ella la culpa en cierto modo tiene
de la desgracia, y que en pecado incurre,
y a la naturaleza contraviene,
no socorriendo a un pobre moribundo,
que no tiene otro amparo en este mundo.

Sabe ya que es un hombre a quien persigue
inexorable la venganza humana;
que no hay hogar paterno a que se abrigue;
puede invocar, temiendo la castigue
como delito una opresión tirana;
¿y en trance tal despiadada, impía
a un infeliz desamparar podría?

Mientras esto pensaba, atenta mira
aquella helada cara, helada y bella;
y cada vez que el mísero suspira,
compasiva también suspira ella.
Ni es sólo compasión lo que le inspira;
un afecto más tierno con aquella
piedad se mezcla ya; por él implora
con ruego ardiente al cielo; Isabel llora.

Y semeja a la súplica devota
el cielo dar oído el ángel santo
de la piedad enjuga aquella gota
de compasivo y amoroso llanto.
Ya en el mancebo una expresión se nota
de alivio y calma; no suspira tanto;
cesa el sudor de aquella yerta frente;
parece adormecerse dulcemente.

Estaba en una incómoda postura;
el vellón que le sirve de almohada
ha rodado; y lastima la montura
aquella hermosa frente desmayada.
Isabel vaciló; mas ¿qué aventura
con uno que no ve ni siente nada?
"Es fuerza, dice, ¡tarda tanto el guazo!"
Y reclinada sobre el lecho, un brazo

Cuan suavemente puede pone bajo
la cerviz del mancebo; la cabeza
le solevanta con algún trabajo,

y la dura almohada le adereza;
mas, o la conmoción o el agasajo,
o ya del velo de Isabel, que empieza
por el pecho a pasarle y por la cara,
la extraña sensación, le despertara;
Abrió los ojos él, y sorprendido,
en mirar aquel ángel se embelesa;
ella se tiñe de un color subido
cuando ve su embeleso y su sorpresa;
y más cuando a encontrarse en medio han ido
la mirada del joven que le expresa
la admiración, la gratitud más viva,
y su tierna mirada compasiva.
Pero reclina al joven blandamente
y aparta dél los ojos; la acobarda
un movimiento que en el alma siente,
y le manda el pudor ponerse en guarda.
Confusa, temerosa y ya impaciente,
"Válgame Dios, lo que Everaldo tarda",
dice en sí misma. Pareció el mancebo
desfallecer, y se adurmió de nuevo.
Ya es un profundo y apacible sueño
al que rendido yace; lo que libra
a Isabelita de terrible empeño;
porque su corazón, en cada fibra,
en tanto que él de sus sentidos dueño
le está mirando, estremecido vibra.
Pero la agitación ya se sosiega,
y más ahora que Everaldo llega.
Llegó Everaldo; y ella como advierte
que al parecer mejor está el herido
(que si se ha visto próximo a la muerte
ha sido por la sangre que ha perdido),
encarga se le dé, cuando despierte,
sustento; se le ponga en más mullido
lecho; y que el inquilino cuanto pase
la haga saber; y aquesto dicho, vase.
Miró al soslayo al joven Isabela,
y huyó cobarde; y si huye así cobarde,
ella sabe por qué; y aun la cautela
me parece que llega un poco tarde.
Mas el lector saber la historia anhela
de tal proscrito, y no es razón que aguarde.
Suene la lira en alto contrapunto,
que lo merece bien el nuevo asunto.

CANTO V

LA DERROTA DE RANCAGUA

"ESPAÑOLES
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
. . . .

PIZARRO
¡A ellos, españoles!

ESPAÑOLES
¡A ellos!

PIZARRO
Mueran antes que se amparen
de las breñas".

(CALDERÓN).

Ya la segunda noche se aproxima
de aquel aciago octubre catorceno,
cuya memoria sola pone grima
y sobresalto al corazón chileno.
Obstáculo no queda que reprima,
del Cachapoal en el distrito ameno,
al español, que enardecido vaga,
y de pillaje y muerte se embrïaga.
La plaza de Rancagua es el postrero
asilo en que la hueste patrïota
sostiene aún la lucha; no hay sendero
que ofrezca un medio de escapar; se agota
la munición; en torno el crudo ibero
con alharaca horrísona alborota;
y cuanto más resiste, más ofende
el enemigo, y más la lid se enciende.
Es mayor cada instante la matanza
que hace en sus filas el silbante plomo,
y más se estrecha el cerco; y de esperanza
no se divisa ni un lejano asomo.
¿Qué puede allí la espada, ni la lanza,
ni qué el fusil? Cruzó el celeste domo
por vez segunda el sol; la noche oscura
vuelve otra vez y el fiero asalto dura.
Es para el enemigo cada techo
un fuerte desde donde a salvo tira,
mientras desnudo nuestra gente el pecho
presenta, y no descansa, y no respira

sino con pena en el recinto estrecho
a que más concentrada se retira,
bajo el llover de bala, y piedra, y teja
que ya dónde moverse no le deja.
Una ventana espesa bocanada
de fuego y humo sin cesar vomita;
en otra la familia desolada
¡favor! ¡favor! a sus amigos grita;
y cada bocacalle está enjambrada
de soldadesca vándala maldita
que cierra las salidas de la plaza
y a los nuestros de lejos amenaza.
Como la artillería su balüarte
de débiles adobes aportilla,
las filas enemigas rompe y parte
a gran correr la intrépida cuadrilla.
Víctimas de sus iras a una parte
y otra dejando va, que es maravilla;
pincha, taja, derriba y atropella;
marcan sangre y cadáveres su huella.
Iba entre los infantes (que una bala
pudo descabalgarle en la refriega),
el joven capitán Emilio Ayala,
que a varonil edad apenas llega,
y por su talle y apostura y gala,
y por el ardimiento con que juega
la espada, y por el aire altivo y franco,
de la enemiga furia se hizo el blanco.
Sobrino fue de aquel don Agapito
tantas veces mentado en mi leyenda;
y sobrino mimado y favorito,
y presunto heredero de la hacienda.
Bravo, arrestado. Aún era tiernecito
cuando lanzar un potro a toda rienda
y enlazar un novillo en el rodeo
era su pasatiempo y su recreo.
Patriota, no se diga. Ni pudiera
no serlo el que educado por su tío
fue, desde la infeliz temprana era
de guerra incauta y de inexperto brío,
soldado de la patria. Su primera
milicia vieron Maule y Biobío;
y si su nombre a Chile enorgullece
y España lo maldice, lo merece.

Iba, pues, como digo, en la valiente
tropa; en el centro alguna vez oculto,
cuando le carga demasiada gente
del enemigo, por pescarle el bulto;
ora lidiando valerosamente
donde es mayor la gresca y el tumulto;
y ora asaltando súbito al que observa
más desapercibido en la caterva.

Estaba tan mezclada la española
con la chilena gente, que no puede
usar el enemigo la pistola
ni la escopeta; y el terreno cede
mal de su grado si se empeña sola
el arma blanca, en que el patriota excede,
y con ventaja lidia indisputable,
ora puñal esgrima, espada o sable.

Pero es forzoso ahora hincar la espuela
antes que la restante fuerza hispana
al sitio acuda; Ossorio mismo vuela
al frente de la tropa veterana
a que en los casos de importancia apela;
pero su diligencia ha sido vana;
distantes van los nuestros, y lejano
se oye el casco veloz pulsar el llano.

Emilio se quedó corto, ya sea
que le embarace el enemigo el paso,
o que alejarse a los demás no vea
(pues ya oscuro el crepúsculo, un escaso
destello arroja), o que en parcial pelea
enardecido en medio del fracaso
y confusión, su propio riesgo olvide,
y (lo que nunca suele), se descuide.

Le encuentran solo; y a correr aprieta;
y le siguen tres vándalos a una.
Llevaba el de adelante una escopeta
(el habérsele roto fue fortuna
en anterior acción la bayoneta);
y a la distancia alzándola oportuna,
de descargar un fiero golpe trata
al mozo en el testuz con la culata.

"De ésta, le dice, a Satanás te mando,
miserable insurgente". Esquiva el viento
la culata terrífica silbando;
mas su baladronada fue un acento
de aviso y salvación. El joven, dando

media vuelta con ágil movimiento,
huye el bulto, y al godo que le hostiga
mete un palmo de acero en la barriga.
Maldiciones vomita el fusilero;
y puestas ambas palmas en la herida,
dice con quebrantada voz: "Me muero...
A manos de un traidor, pierdo la vida...
¡Camaradas, venganza!..." Al compañero
como los otros dos de la partida
vieran caer, a darle van auxilio;
así logró ponerse en cobro Emilio.
Toda Rancagua en tanto era despojo
del español, que tala, rompe y quema
sólo por contentar su ciego enojo
en el dolor y en la miseria extrema.
Lo mismo insulta en su brutal arrojo
al rico, al pobre, a la deidad suprema;
quiere dejar de su venganza ejemplo
en la calle, en el rancho, hasta en el templo.
Mirad los que dudáis si el hombre es fiera,
una ciudad que hostil espada doma;
no importa qué uniforme o qué bandera
o qué divisa el enemigo toma.
Guardia imperial, soldado talavera,
sectario de Moisés o de Mahoma,
iniciado en la fe por el bautismo
o la circuncisión, todo es lo mismo.
Con los lamentos de la triste gente
miradle cuál se exalta y se alboroza,
y cuál por la delicia solamente
de herir y destrozar, hiere y destroza;
y cómo, salpicado hasta la frente
de sangre, en verla derramar se goza,
y con qué risa endemoniada espía
los visajes de la última agonía.
Devoto campeón de un rey devoto,
vedle del templo hacer taberna obscena,
do la blasfemia, el desalmado voto,
y su habitual interjección resuena,
do roba y pilla, y todo freno roto,
con los sagrados vasos bebe y cena,
y ni a la madre de su Dios perdona
arrancando a sus sienes la corona.
¡Lámpara fiel que ante los santos bultos
ardes perenne! cuenta lo que viste:

las abominaciones, los insultos,
los sacrilegios de esta noche triste;
los arrastrados párvulos y adultos,
y la ultrajada virgen que resiste
asida del altar, y opone en vano
lloroso ruego al forzador villano,
Mas con sus hechos harta ya es la fama.
Fatiga este "destello peregrino
de antorcha celestial", como él se llama;
esta de lo infernal y lo divino,
según yo pienso, equívoca amalgama,
en quien la rienda, el arte, el culto y fino
vivir social, palía sí, no enfrena
el instinto del tigre y de la hiena.
Volvamos, pues, al capitán, que sigue
corriendo a gran correr por la llanura;
y aunque español ninguno le persigue,
y ya la noche va cerrando oscura,
teme topar con alguien que le obligue
a hacer alto; y por donde la espesura
de las cercas su fuga patrocina,
diligente y solícito camina.
Oye en tanto a distancia el gran lamento
de los vencidos y la horrible gresca
de que en torpes orgías hinche el viento
la mal disciplinada soldadesca.
De *Viva el rey* al repetido acento,
volviendo el rostro Emilio, una grotesca
y lastimosa escena ve a la triste
lumbre de que Rancagua se reviste.
Partidas de soldados y oficiales,
desmandadas mujeres, niños, viejos,
vagan por los confusos arrabales
entre humo y sombra y cárdenos reflejos.
Negra visión de estancias infernales
a la vista parece desde lejos,
en que tropa de diablos turbulenta
a las míseras almas atormenta.
Pero ¿qué nuevo incendio se levanta?
¿qué coro doloroso de alaridos
hace al mancebo suspender la planta
y dirigir atento los oídos?
Altas llamas devoran (Virgen santa,
¡qué horror!) el hospital de los heridos.

Claman ¡piedad! ¡piedad! Y les contesta
algazara feroz de burla y fiesta.
Vio la siguiente luz de la mañana
las manos, por el fuego ennegrecidas,
a las rejas aún, de la ventana,
como en la lucha de la muerte, asidas;
y de cuajada sangre americana
pavimentos, paredes, vio teñidas,
y de perros y buitres los insultos
a destrozados cuerpos insepultos.
Jura venganza Ayala, y su carrera
dirige a cierto rancho conocido,
do habilitarse de un caballo espera
y mudar de sombrero y de vestido.
Tras un torcido tronco de alta higuera
acecha la ocasión, cuando oye el ruido
de trotadores cascos, que veloces
pulsan el llano, y de mezcladas voces.
"Este, dice una voz, es el camino
que se le vio tomar"... "Paren ustedes,
dice otra voz, en tanto que examino
si le ocultan acaso estas paredes".
Toca a la puerta. Un viejo campesino
sale. "¿Qué necesitan sus mercedes?",
pregunta temeroso. "Escucha, ¡infame!
Si no quieres que toda se derrame
Esa vil sangre al filo de mi acero,
entrégame al malvado que se esconde
por estos andurriales". "Caballero
protesto y juro, el viejo le responde,
que a nadie he visto". "¡Mientes, marrullero;
le tienes escondido!" "Pero ¿dónde?
Si no merezco yo que se me crea,
pase adelante su merced, y vea".
Era el que hablaba un cabo veterano
que muestra por el habla y continente
haber cargado un poco más la mano,
que lo que fuera justo, al aguardiente.
Nada dice que el ajo castellano
con fuerza peculiar no condimente;
zafio además, amigo de bureo,
patiestevado, y como un mico feo.
Desmonta, pues, y al viejo el insolente
aparta de un tirón, y entra a la choza,
do con el viejo habitan solamente

una anciana mujer y una hija moza,
la cual, entrando el cabo de repente,
con una tosca manta se reboza;
pero no es hombre el cabo que se empacha,
porque se le reboce una muchacha.
El cabo, que la ve, se le aficiona,
que era la chica, a la verdad, no mala,
y como con los humos de la mona
de un pensamiento en otro se resbala,
su primero propósito abandona
de perseguir al capitán Ayala,
que atisba lo que pasa no sin miedo,
y en su escondrijo se mantiene quedo.
El cabo, que al placer de la conquista
nueva se entrega todo, a rato breve
sale dando traspiés, torva la vista,
y en mal formada voz, que a risa mueve:
"Una o dos leguas más seguid la pista
de ese traidor, que Lucifer se lleve
(dice), la seña, Tarragona; el santo,
San Ildefonso; aquí os aguardo en tanto".
Los otros corren; él se queda, y junta
la débil puertecilla del tugurio;
y nuestro Ayala, que un desmán barrunta
(pues no le pareció de buen augurio
quedara el cabo), andando va en la punta
de los pies hacia el rancho; y al murmurio
de la conversación, que atento escucha,
oye un rumor surgir como de lucha.
Voces, lloros y gritos oyó luego,
y reputando ya por cosa cierta
lo que temía, arrebatado y ciego
a tierra echó de un puntapié la puerta.
Un salto da, y al mísero gallego,
que estupefacto y con la boca abierta
quedó del susto, asiendo de la gola,
"A Chile, dice, este puñal te inmola.
Pídele a Dios misericordia, y muere!"
"¡Perdón, mi capitán!, exclama el triste
cabo, atajando el brazo que le hiere.
¡Perdón a un infeliz que no resiste!
¡Piedad!" "Piedad de mí ninguna espere
un español, un monstruo. ¿La tuviste
de la mujer que deshonrabas?" "¡Toma!
¿No vio usted, capitán, que era una broma?"

"¿Te burlas, miserable?" "Nada de eso;
pero vamos al caso. Usted me mata.
Muy bien... Los otros vuelven... Llevan preso
a este infeliz, y usted, usted que trata
de protegerle, es quien, por un exceso
de protección, le aprieta la corbata...
No, no se enfade usted... Por mí, me allano
a perecer... pero este pobre anciano...
"A más, usted la causa americana
defiende, y la de Chile... Santo y bueno.
Lo mismo hiciera, y de muy buena gana,
el hijo de mi madre, a ser chileno.
Pero ¿qué quiere usted? Nací en Trïana;
soy, como acá se dice, sarraceno;
y no hago más que usted, si se examina,
en arrimar la brasa a mi sardina.
"Déjeme usted, y a respetar me obligo..."
"Silencio, charlatán; y si es que en algo
aprecias el pellejo, ven conmigo".
"Pero ¿a dónde, por Dios, señor hidalgo?"
"¡Monta!" "¿Con qué me voy?" "Que montes digo;
la grupa tomaré". "Solo, cabalgo
mucho mejor". "O monta, o muere". "Monto".
"¡Hacia la cordillera, y pronto, pronto!"
Iban los dos corriendo a toda brida.
El cabo a veces charla, a veces reza,
a veces canta, a veces voz perdida
exhala; y ya dormita, ya bosteza;
el viento, el aire, la veloz corrida
le fueron despejando la cabeza.
Rayó la aurora, y no distante un ancho
río aparece; allende el río, un rancho.
Atraviesan; descansan; se despoja
de su uniforme Ayala; y un sombrero
de paja y una manta azul y roja
toma para seguir su derrotero.
Decir qué rumbo lleva y dónde aloja
con el involuntario compañero,
prolijo cuento y fastidioso fuera;
pero pasan, por fin, la cordillera;
La cordillera yerma, no cual antes,
de silenciosa paz vasto distrito,
que sólo el pie de raros caminantes,
o del cóndor rapaz turbaba el grito,
o el de las tempestades resonantes

que hacen vibrar sus lomos de granito;
sino cruzada entre bullicio hirviente
por luengas filas de apiñada gente.
Por cada cima, y cada valle, y cuesta
la multitud apresurada huía,
cual suele verse en una insigne fiesta
la calle principal que al templo guía;
mas lo que en la expresión se manifiesta
de los semblantes ¡ay! no es alegría,
sino aflicción, y las que esparce al viento
son voces de plegaria y de lamento.
Corren hombres, mujeres, chicos, grandes,
unos tras otros en continuas olas,
y los páramos cubren de los Andes,
huyendo de las iras españolas;
pues de que tu rigor, España, ablandes
no hay esperanza, y donde tú tremolas
tus odiados castillos y leones
hiela servil terror los corazones.
¡Ah! ¡cuánto pie lastiman delicado
la roca dura, y de la intensa nieve
el valladar antes de tiempo hollado!
Y al patrio suelo que en paisaje breve
se les presenta ahora ataviado
de lustrosa verdura y de la leve
túnica de la niebla, ¡cuánta muda
despedida de lágrimas saluda!
La paz de los sepulcros y el letargo
¿aceptarán de la opresión de España?
Primero mendigar el pan amargo
del emigrado, el pan de gente extraña,
y el agrio cáliz de esperanza largo,
que con befa crüel Fortuna engaña,
tornando en triste y espantosa vela
cada soñar que al infeliz consuela.
Pero no a ti prolijo duelo aguarda,
destronada Sïón, que a Iberia quita
de su tutela infiel la dura guarda
tremenda ley en bronce eterno escrita.
Sueña ella que su espada la retarda.
¡Vano error! en el vidrio que limita
la duración que el cielo da a tus penas
se ciernen ya las últimas arenas.

NOTAS Y VARIANTES

EL ANAUCO. Impresa por primera vez en la colección de *Rojas Hermanos, 1870*. Publicada, después en las *Poesías* ordenadas por Miguel Antonio Caro (Madrid, 1882). En *O. C. III*, p. 1-2. La fecha de composición es insegura. Arístides Rojas *(Infancia y juventud de Bello)* da a entender que fue escrita en 1800. Miguel Luis Amunátegui en la *Introducción* a las *Poesías (O. C. III*, p. viii) repite el aserto de Arístides Rojas. (N. de O.C.I., 1952).

VENEZUELA CONSOLADA. El original de este poema fue encontrado en 1880 entre los papeles de Juan Vicente González, que poseía Antonio Leocadio Guzmán. Se publicó por primera vez en las *Poesías* de Andrés Bello, preparadas por Miguel Antonio Caro, Madrid, 1882. Después en *O. C. III*, p. 12-23.

El motivo central del drama, la vacuna contra las viruelas, nos induce a pensar que es poco posterior a 1804. Cf. nota p. 8. (N. de O.C.I., 1952).

EGLOGA. Publicada por primera vez en Madrid, 1882, en la colección de *Poesías* de Andrés Bello, preparada por Miguel Antonio Caro. También se halló el texto entre los papeles de Juan Vicente González, que poseía en 1880 Antonio Leocadio Guzmán.

Es fechada generalmente entre 1806-1808. (N. de O.C.I., 1952).

A LA NAVE. Publicada por primera vez en *Juicio Crítico, 1861*. De ahí derivan las ediciones posteriores, que han sido numerosísimas. La reproducimos del manuscrito original, con las variantes de redacción. La fecha de composición es insegura. Se da habitualmente el año de 1808. (N. de O.C.I., 1952).

V. 16. En el manuscrito original aparece tachado *ondas*, y sustituido por *olas*.

V. 26. En el manuscrito original aparece tachado *estas olas*, y sustituido por *las ondas*. (Ns. de O.C.I., 1952).

DIOS ME TENGA EN GLORIA. Se publicó por primera vez en la obra de Antonio José de Irisarri, *Carta al Observador en Londres, o impugnación a las falsedades que se divulgan contra América*. Londres, 1819, firmada la obra con el anagrama de Dionisio Terrassa y Rejón, letras del nombre de Irisarri, que se proclama "natural de *La Metagua*", o sea, *Guatemala*. Se inserta más tarde, en *Rojas Hermanos, 1881*, en *O. C. III*, y en *Caro*, 1882. (N. de O.C.I., 1952).

ALOCUCION A LA POESIA. Se publicó en *Biblioteca Americana*, Londres, 1823, la primera gran revista de Bello en la capital inglesa. En el tomo I, p. 3-16; y en el tomo II, sección I (única publicada), p. 1-12. Tenía el siguiente título: *"Alocución a la Poesía, en que se introducen las alabanzas de los pueblos e indivi-*

duos americanos, que más se han distinguido en la guerra de la independencia. (Fragmentos de un poema inédito, titulado "América")". De ahí derivan las demás publicaciones. El año 1824 se reimprimió en Buenos Aires, en *Teatro de la opinión*, II, Nº 6. Anotamos, como singular reedición, la de la parte del tomo I de *Biblioteca Americana*, impresa en 1826, en París: *La flor Colombiana, biblioteca escogida de las patriotas americanas o colección de los trozos más selectos en prosa y verso.* Tomo Primero, p. 259-275.

Al publicar Andrés Bello en el *Repertorio Americano* I, Londres, octubre de 1826, el poema *La agricultura de la zona tórrida*, la denomina *Silva I*, de las *Silvas Americanas*, grandioso plan de poesía que él mismo explica en nota: "A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la Biblioteca Americana bajo el título "América". El autor pensó refundirlas todas en un solo poema; convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones y adiciones. De esta primera apenas se hallarán dos o tres versos de aquellos fragmentos".

Los borradores inéditos del poema "América" constituyen un material tan copioso que se ha reservado para el tomo II de la presente edición de *Obras Completas* de Bello. (N. de O.C.I., 1952).

V. 426. Cercano al Anauco están las ruinas de San Lázaro, asilo en un tiempo de pobres lázaros, y palacio, después, de los capitanes generales de Venezuela, donde obsequiaban éstos, con fausto, a los célebres extranjeros que visitaban a Caracas (N. de Arístides Rojas).

V. 665. *Luisa Cáceres de Arismendi*, la joven esposa del jefe republicano de la isla Margarita. (N. de Arístides Rojas).

V. 668. *Policarpa Salavarrieta*, heroína de Cundinamarca sacrificada en las aras de la libertad. (N. de Arístides Rojas).

V. 766. En la *Biblioteca Americana*, este verso se lee:

osa escalar por ellas la alta cima,

pero es, sin duda, mejor lectura la que damos en el texto, tal como la dieron *Rojas Hermanos, 1881*, y Amunátegui, en *O. C. III*, 59. (N. de O.C.I., 1952).

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TORRIDA. Publicada por primera vez en el *Repertorio Americano*, I. Londres, octubre 1826, p. 7-18. De esta inserción derivan las demás publicaciones, numerosísimas, pues seguramente es el poema de Bello que más reediciones ha tenido. Formaba parte del plan de *Silvas Americanas*, como Silva I, plan irrealizado. (V. nota al poema *Alocución a la poesía*, p. 43). (N. de O.C.I., 1952).

EL HIMNO DE COLOMBIA. Publicada por primera vez en *Juicio Crítico, 1861*. Los Amunátegui explican que fue compuesta la Canción en Londres, habiendo permanecido inédita hasta la fecha de su inclusión en su trabajo crítico. De ahí derivan las demás impresiones del poema.

Se restituye ahora la lectura directamente del manuscrito original (N. de O.C.I., 1952).

V. 2. En el manuscrito original tachado *orgullo*, y sustituido por *tirano*.

V. 3. En el manuscrito original tachado *corred*, y sustituido por *volad*.

V. 4. Primera redacción:

repeled al odiado invasor.

V. 38. En el manuscrito original tachado *mecer*, y sustituido por *crecer*.

V. 40. En el manuscrito original tachado *fuerte*, y sustituido por *libre*.

V. 65-72. Las dos estrofas finales tienen en el manuscrito original variantes de redacción. En la forma siguiente:

* *Por victoria hallarán escarmiento;*
por botín llevarán confusión;
no dudéis, arrostradlas, que nunca
vil salario hizo más que el honor.

CORO

* *Avanzad, oh legiones venales*
por botín llevaréis confusión
que jamás en el campo de Marte
vil salario hizo más que el honor.

Atacad, que una fe mercenaria (a)
* *poco da que temer al valor.*
* *Por victoria hallarán escarmiento,*
* *por botín llevarán deshonor.*

CORO

* *Avanzad, oh legiones venales*
* *que conduce a la lid la ambición;*
y veréis que la baja codicia
poco da que temer al honor.
(Ns. de O.C.I., 1952).

CANCION A LA DISOLUCION DE COLOMBIA. Se publicó en *Juicio Crítico, 1861,* por los hermanos M. L. y G. V. Amunátegui. Había permanecido inédita durante muchos años entre los papeles de Bello. Es fechada generalmente en 1828. Añadimos en nota algunas variantes de redacción, leídas en fotografía del original manuscrito. (N. de O.C.I., 1952).

V. 13. Primera redacción:

que se dignaron los cielos bendecir

EL INCENDIO DE LA COMPAÑIA. Se publicó en folleto, en Santiago, imprenta del Estado, julio de 1841. M. L. Amunátegui anota en *O. C. III,* p. 115, al publicar el poema: "Un incendio consumió, en la noche del 31 de mayo de 1841, el antiguo templo de los jesuitas en Santiago de Chile". (N. de O.C.I., 1952).

LAS FANTASMAS. Publicado por primera vez en *El Museo de Ambas Américas,* editado en Valparaíso por Juan García del Río, antiguo compañero de Bello en Londres. Se insertó en el tomo I Nº 11, de 18 de junio de 1842. (N. de O.C.I., 1952).

(a) Estas estrofas tienen, todavía, una primera redacción:

* Por victoria hallarán escarmiento,
por botín llevarán confusión:
arrostradlas, que baja codicia
nunca dio que temer al honor.

CORO

* Avanzad, oh legiones venales,
* que conduce a la lid la ambición:
avanzad, una fe mercenaria
nunca dio que temer al honor.

A OLIMPIO. Se insertó por primera vez en *El Museo de Ambas Américas*, tomo II, Nº 16, Valparaíso, 20 de julio de 1842. (N. de O.C.I., 1952).

V. 100. La *i* en sílaba final va muchas veces en asonancia con la *e*. Es frecuente esta rima en la época clásica.

V. 109. Este verso ofrece variantes en diversos impresos:

¿Qué importa al fin, que el mundo
(Museo de Ambas Américas).

¿Y qué importa al fin, que el mundo
(Rojas Hermanos, 1881).

V. 165. En el *Museo de Ambas Américas*, este verso se lee:

"Entregado a ellas vives;

y así lo publica *Rojas Hermanos, 1881.*

V. 401-428. Compárense estos versos con la traducción parcial de la Oda de Horacio, "A Grosfo, *Otium divos rogat in patenti...*", publicada: *Pide la dulce paz del alma al cielo, pp.* 164-166, de este tomo. (N. de O.C.I. 1952).

LOS DUENDES: Se publicó en *El Progreso*, diario de Santiago, el 19 de julio de 1843. (N. de O.C.I., 1952).

LA ORACION POR TODOS. Se publicó por primera vez en *El Crepúsculo*, tomo I, Nº 6, Santiago, 1º de octubre de 1843. De ahí provienen las numerosas reimpresiones posteriores. (N. de O.C.I., 1952).

V. 42. En la edición de *El Crepúsculo*, este verso es:

sobre su cama volarán ensueños,

V. 169. Bello escribió *sulca*, palabra que ha sido corregida por *surca* en las otras ediciones. La restablecemos porque es forma etimológica (del latín *sulco, sulcare*) y de uso corriente todavía en los autores clásicos.

V. 192. Caro, en su edición de 1882, da así este verso:

mezclar las suyas uno y otro abril.

(N. de O.C.I., 1952).

LA MODA. Publicóse por primera vez en *Vida de Bello*, p. 598-608. Dice Amunátegui en la *Introducción* a las *Poesías* (O. C. III, p. lxxx) que fue compuesta probablemente en 1846, pero no publicada hasta 1882". Por la letra del manuscrito parece posterior a 1846.

Damos en esta edición el texto de Amunátegui, con las variantes de redacción del manuscrito original de Bello. La letra es de difícil lectura por las copiosísimas enmiendas y tachaduras. (N. de O.C.I., 1952).

V. 1-3. Primera redacción:

* *Quise más de una vez, en mala hora,*
escribir una página, siquiera,
que detener tus ojos, Isidora,
por algunos momentos mereciera.

V. 8. Primera redacción:

de la bella Isidora". Ni por ésas,

Tacha *Ni por ésas* y escribe: *Empresa vana!*

V. 10-23. Primera redacción:

"Para este altar, que ufano se atavía
* *con tanta flor de amena poesía,*
Musa, tejer una guirnalda quiero,
* *digna de la deidad que en él venero.*

* *Es, tú lo sabes, cosa*
* *de obligación forzosa.*
Si grato, pues, amada musa mía
te fue mi culto un día,
* *te ruego, te conjuro, te requiero*
que me asistas ahora; y si ya cesas
* *de mirarme benigna, este postrero*
* *favor te pido sólo". Ni por ésas.*
Sorda a mi ruego vano (?). Ya al tintero
la pluma despechado consignaba,

Enmiendas a esta primera redacción:

Musa, para ese altar, que se atavía
con tanta flor de poesía galana.
Si no misera pues benigna y pia
y agradable le fue mi culto un día
Despechado, al tintero
la maldecida pluma consignaba,

V. 26. Primera redacción:

la culpa echando a la rebelde Musa,

V. 27. Siguen estos versos tachados:

cuando hete aquí. No pienses que lo invento
Es la pura verdad lo que te cuento.

V. 28. Primera redacción:

Veo que se me acerca, a lentos pasos,

V. 35. Primera redacción:

y de ropajes y de galas muda;

V. 37-49. Primera redacción:

descuelga en ondas de oro la melena;
tan presto de tocados, de guirnaldas,
la cubre, en negras trenzas recogida;
y tan presto, encanecida ¡qué horror!
la ostenta. Arrastra ahora luengas faldas
y de prestados rizos hace alarde.

El suelo barre ya con luengas faldas
azules, carmesíes, rojas, gualdas.
Apretada basquiña, corta, leve,
señala ahora en mórbido relieve
la figura gentil. Inclina al suelo
la vista aprisionada en bruno velo,

Enmiendas a esta primera redacción:

y tan presto de joyas, de guirnaldas,
y cubiertas de joyas, de guirnaldas,
la ostenta, en negras trenzas recogida;
la ostenta en trenzas de ébano, cogida

Había comenzado a redactar este verso así:

la muestra, en negr[as]
la muestra, para troncharla más tarde
la muestra, o sin piedad la troncha y tala

Comenzó a redactar el quinto verso, así:

Tan presto luengas faldas

Ahora luengas faldas

Luego le hizo las modificaciones que se dan a continuación:

Si arrastra ahora sueltas, luengas faldas,

Da a sus vestidos anchuroso vuelo,
o arrastra luengas faldas,

Ya a sus vestidos da anchuroso vuelo,

Los últimos versos sufren también varias enmiendas:

azules, carmesíes, verdes, gualdas

carmesíes, azules, verdes, gualdas,
y apretada basquiña, corta y leve
ora señala en mórbido relieve

V. 62. Comenzó a redactar este verso así:

—Nadie sacarte puede

V. 64. Primera redacción:

El arte de escribir yo sola enseño.

Siguen dos versos tachados, no incluidos en la redacción definitiva del poema:

Yo enseño a dominar las opiniones,
a pesar de Epictetos y Catones.

V. 66-72. De estos siete versos hay varias redacciones, entre las cuales unas están sin tachar. En el texto se deja la misma que tomó Amunátegui, por considerarla definitiva.

Por mí sola un poeta es aceptado
y de las damas a los ojos brilla,
y hasta con la pelota o la perrilla
divide los honores del Estrado.
Cuando a la diestra tomo
esta mágica vara, lo más pobre
hago (ileg.) *rico, hago oro el cobre.*

Si piensas que un poeta en boga está,
y que su libro a las hermosas grato
logra con la perrilla o con el gato
dividir los honores del sofá

Piensas que si un poeta en boga está,
y ante las damas brilla,
que con el loro, el gato, la perrilla
divide los honores del sofá.
¿Lo debe a nadie sino a mí?

¿A otro que a mí lo debe?
Lo que yo apruebo es lo que el mundo aprueba.
Y en tres o cuatro fáciles lecciones
voy a exponerte mi destreza toda

Si tal vez un poeta en boga está,

V. 78-81. Primera redacción:

A intrépidos petates,
coronas doy tempranas,
a despecho de críticos embates,

podrán durar muy bien cuatro semanas.
Y qué es sin mi favor el literato.
Un hombre sin principio, sin boato,
un rancio pedagogo, un estafermo,
nacido para el charco o para el yermo.

El cuarto verso tiene otra redacción:
brillan con mi oropel los disparates.

V. 83. Primera redacción:
Oye, y en breve rato
aprendida tendrás mi ciencia toda;

V. 87. Otra redacción:
caso, y en los demás, lucidam[*ente*]

V. 88-92. Primera redacción:
¡Manos a la labor! Hacer una oda,
una canción, leyenda, historia o cuento
sobre cualquier materia,
patética o sublime, bufa o seria,
séase o no apropiada a tu talento;
y le darás principio
con gran proemio de vistoso ripio;
o si te agrada, empieza
con aquella franqueza

En el cuarto verso tacha *bufa* y escribe *alegre.*
V. 89. En el manuscrito se lee: *es a lo que dedicas tu talento?*
Dejamos en el poema, el texto dado por Amunátegui, porque desconocemos en qué basó la lectura de *el intento* por *tu talento.*

V. 93-94. Primera redacción:
con citar nonchalance *de buen tono,*
y aquel aire de lánguido abandono

V. 100-101. Primeros intentos de redacción:
llegue por fin a la ocasión precisa
llegue por fin la hora de contarla;
el punto de contarla;
y que del tiempo se abusa
y dé a todos los diablos tanta charla;
y se aburra y dé el diablo tanta charla;
y el lector dé a los diablos tanta charla;

V. 106-107. Primeros intentos de redacción:
en una obra de ingenio y fantasía,
¿qué se imagina que es el tal sujeto?

V. 115. Primera redacción: *ha escrito en todo género de estilos*
V. 118. En el manuscrito se lee:
satíricas, y báquicas, y eróticas,

V. 142-146. Primera redacción:
por un maravilloso oculto puente
* *se hallara, sin saber cómo ni cuándo,*
transportado a una escena diferente.
En eso, como en todo,
en esta venturosa edad se ha dado
* *un paso agigantado.*

Enmienda el verso penúltimo:

la edad presente ha dado

V. 149. Primera redacción:

a una función marcial, de un bosque a un templo.

V. 152-185. Primera redacción:

Por un tan simple arbitrio, como ése,
el discreto lector, mal que le pese,
tendrá que dispararse a do le mandes;
* *desde los Pirineos a los Andes,*
desde el terreno asiento
a los coros seráficos,
con la celeridad que el pensamiento
vuela por los alambres telegráficos,
y sin que tú te esfuerces
en preparar la cosa
* *y gruña cuanto quiera y lo maldiga*
* *el bueno de Martínez de la Rosa;*
y todo el dueto clásico
* *y hágalo con el clásico areopago.*
* *Pero yo mismo sin pensar divago;*
de una en otra digresión me pierdo.
Lo que quise decir, según recuerdo,
* *es que la línea recta, cuanto puedas,*
* *evites; tortüosas las veredas*
* *son que prefiere el consumado artista*
para halagar la vista.
Como sobre un terreno enmarañado
* *de matorrales y malezas lleno,*
* *un raudal serpentino*
con gran dificultad se abre camino,
de repente se pierde
bajo el ramaje verde;
* *y en lejano horizonte,*
* *vuelve a mostrar su clara o turbia* [*onda*]
para que el denso monte
a pocos pasos otra vez le esconda

Otros intentos de redacción de algunos versos de este fragmento:

Por ese arbitrio natural
Por un medio tan fácil como ése
haces que el lector, mal que le pese
vaya en un santiamén
irá veloz a donde tú le mandes
irá veloz a do le mandes
se dispara a doquiera que le mandes
tiene que dispararse a do le mandes;
con la velocidad que el pensamiento
y de lo que decía no me acuerdo.
y lo que iba a decir ya no recuerdo
de lo que iba a decirte no me acuerdo
de maleza, un hilo cristalino
se abre difícil[*mente*]
hace difícilmente su camino

Los seis últimos versos presentan estos otros intentos de redacción:

* *bajo el tupido monte;*
y en distante horizonte,
otra vez a la luz su curso ofrece

nuevamente a la luz su curso ofrece
a la lumbre solar de nuevo ofrece
su clara o turbia onda,
para que nuevamente
bajo la densa ramazón se esconda;
la densa ramazón su curso esconda;

V. 196. Lo comenzó a redactar:
o en tu Pegaso

V. 204-207. La primera redacción es ilegible, por las tachaduras. En segunda redacción escribe:

O en caprichosos rápidos zigzagues
y excursiones erráticas divagues.
No falta en obra alguna
la inspiradora antorcha de la luna,
que de dulces tristezas es fecunda
ya en placentera luz el orbe inunda
o pálida rïela.
¡Oh de la noche vaporosa reina!

¡Oh del nocturno imperio que es la reina!

* *que esplendorosa o pálida rïele*
y de dulces tristezas es fecunda

No falta en obra alguna
en que mi numen creador te infunda,
cerca del genio del amor, la luna,
que de dulces tristezas es fecunda
la inspiradora antorcha de la luna.

V. 221-224. Primera redacción:

* *Pero yo mismo sin pensar divago*
y de una en otra digresión me pierdo.
¿No hablaba de la luna? (ya me acuerdo).
Haz que rïele en el cristal de un lago
que el aura arrulle y entre sauces duerma,
o en el verde tapiz de alguna yerma

V. 241-257. Primeros intentos de redacción:

* *Tras un cuadro de vívidos colores*
* *en que retrates lúbricos amores,*
* *encaja bellamente una homilía*
* *contra la corrupción social; y luego,*
escribe una filípica de fuego
contra la abominable tiranía
que no deja salir una siquiera
de las verdades mil, que en su mollera
se cocinan; encantado
tesoro, destinado
a enriquecer más venturosa era.
* *Tras un cuadro de vívidos colores*
* *en que retrates lúbricos amores,*
* *encaja bellamente una homilía*
* *contra la corrupción social; y luego,*
que a la ya intolerable tiranía
* *de este gobierno jesüita, godo,*
que a tu fecunda voz pone un candado,
que no deja salir una siquiera

de las verdades mil que en tu mollera
se cocinan; encantado
tesoro, destinado
a enriquecer más venturosa era.

Contra el gobierno torpe, corrompido,
que lo compra todo y lo deprava
y tiene en hierros la verdad, y esclava
la prensa y la conciencia

la conciencia y la prensa

y tiene la nación la prensa esclava

V. 277. Primera redacción:

alguna tierna niña arrebatada

V. 283-284. Intentos de redacción:

harás de la difunta
angélica modelo
* *dirás que la difunta*
era un cabal modelo

V. 306. Primera redacción:

o que da vueltas en mullido lecho

V. 308. Siguen varios intentos de redacción de versos tachados, bastante inconexos:

Apenas uno toma,
para escribir, asunto,

en aquel mismo punto,
de los ensueños la bandada acosa;
cogerás en el aire cuantos quieras.

Pueda coger al vuelo
cuantos vengan a pelo,
que pasaporte franco y libre tienen

cuantos quisieras y no importa nada
que no vengan a pelo.

Puedes coger al vuelo;
y como pasaporte franco tienen

pues pasaporte libre y franco tienen
y nadie el tiempo gasta
de decir lo que son

darás muestra de todo, y nadie gasta
una línea en decir a lo que vienen.
Embuchas (?) a granel; con eso basta.

Para escribir, no bien se toma asunto

para escribir no bien elige asunto

no bien algún poeta elige asunto

no bien para escribir escoge asunto
algún ingenio, cuando
viene a la memoria la bandada.

Cuantos quisieras, vengan o no a pelo,
puedan coger al vuelo.

puedas coger al vuelo
cuantos quisieras o no, a pelo,

Cuantos quisieras y no importa un pito

V. 335. Primera redacción:

de que sólo Satán tiene el gobierno

V. 349. Al margen figuran unos versos totalmente ilegibles.

V. 406-410. Intentos de redacción:

Aunque en mi tosco verso dos reales
de inspiración no luzca, ni lo esmalte
* *rica facundia, y todo en fin le falte,*
cuando en obras de ingenio al justo vales
yo sé que lo veraz

Aunque a mi tosco verso una centella
de inspiración no luzca, ni lo esmalte
* *rica facundia, y todo en fin le falte,*
cuando ya a la razón y al gusto halaga
yo sé que lo veraz

EL CONDOR Y EL POETA. Este poema fue escrito en contestación a la poesía de Mitre *Al cóndor de Chile.* M. L. Amunátegui (O. C. III, p. LXXX) asevera que la poesía de Bartolomé Mitre *Al cóndor de Chile* fue leída en las fiestas cívicas de setiembre de 1848. Pero Raúl Silva Castro en su artículo "Bartolomé Mitre, redactor de *El Progreso* (*Mercurio,* Santiago de Chile, 26 de marzo de 1950) precisa que Mitre publicó su poema el 18 de setiembre de 1849, en la edición especial dedicada a la fecha de Chile. Por tanto, la réplica de Bello tiene que ser posterior al 18 de setiembre de 1849.

La poesía de Bello se imprimió, según M. L. Amunátegui (O. C. III, p. LXXX) en 1866. Le añadimos ahora, en nota, las variantes de redacción leídas en fotografías de un manuscrito original. (N. de O.C.I., 1954).

V. 1-3. Otras redacciones:

—Oye, Cóndor, el mágico exorcismo,
que a entonar voy. Ya es trípode el pupitre;
himno la voz. Despierta, Proto-buitre

—Oye, Cóndor, el mágico exorcismo,
que a entonar voy. El trípode al pupitre
suceda ya. Despierta, Proto-buitre

El primer verso tiene otras redacciones:

—Oye, Cóndor, profético mi mágico

—Oye, Cóndor, mi mágico exorcismo;

V. 6. Otras redacciones:

perturbando el silencio en él derramas

profanando el silencio en él derramas

V. 9-12. Primeras redacciones:

POETA

—No importa: es cosa urgente, es una empresa
* *digna de ti, de tu encumbrado vuelo.*

CONDOR

—¿A dónde quieres enviarme?

POETA

—Al cielo,
a lo más alto de la esfera azul...

El tercer verso sufre las siguientes modificaciones:

y de tus uñas. Sube.

CONDOR

—¿A dónde?

POETA

—Al cielo,
y de tus uñas: remontaste al cielo;

V. 13-16. Otra redacción:

CONDOR

* *—¿Y qué será del paladión en tanto;*
* *cuya custodia la nación me fía?*
¿He de llevarlo a cuestas?

POETA

—¡Boberías!
Echalo a tierra, o suéltalo al Güemul.

El último verso tiene otra redacción:

¿Habrá más que soltárselo al Güemul?

V. 18-24. Primeras redacciones:

POETA

—Mientes; lo sabes bien, ave altanera.
De allá trajiste el fuego en que Carrera
los corazones patrios inflamó.

CONDOR

—¡Pura leyenda! ¡Apócrifa patraña!
* *Rodaba entonces yo por valle y cumbre,*
según mi propia ingénita costumbre;
y nadie de mi nombre se acordó.

El verso 21 tiene otra redacción:

—¡Ficción tuya! ¡Apócrifa patraña!

El último verso tiene dos redacciones más:

tirano de los aires era yo.

rey de los aires era entonces yo.

V. 24. Al margen del manuscrito aparecen tachados los versos que deberían seguir a continuación:

Y era en verdad sabrosa tiranía
que descuidado no pació cordero
en verde loma, ni voló jilguero,
ni entonó eterna matinal canción,

Que no reconociese el señorío
de estos garfios que ves, acicalados;
ociosas armas ya, por mis pecados,
si he de estar noche y día de plantón.

El segundo verso tiene otras redacciones:
que en verde valle no pació cordero

que impuramente no pació [cordero]

El tercer verso tiene otra redacción:
en verde valle, ni voló jilguero,

El quinto verso tiene otra redacción:
Que de la aguda punta se escapara

El último verso lo redactó también:
desde que aquí me tienes de plantón.

V. 26-27. Primeras redacciones:
a este pobre Güemul, tímido, huraño,
de las andinas selvas ermitaño;

al hermano Güemul, medroso, huraño,

V. 32. En el manuscrito se lee:
y atroz güemulicidio ejecutar.

V. 33-38. Primera redacción:
—¡Oh cómo el hombre, sin saberlo, abriga
inspiración profética! No sabes,
* *alado monstruo, espanto de las aves,*
no sabes el misterio de esa unión.
¡De un lado mansa paz. Atroz instinto
de robo y sangre al otro! Incauto el uno,

V. 41-44. Primeras redacciones:
Tremendo porvenir, yo te diviso,
mas no me arredro. Es fuerza te abras paso
de la aurora a los pueblos del ocaso;
decreto eterno lo ha ordenado así.

está en el libro eterno escrito así.

V. 47. Otras redacciones:
sucede al noble faro moribundo
se extingue el noble faro moribundo

V. 52. Aparece la siguiente estrofa tachada, cuya idea se recoge luego en los versos 57-60:
Ya te lo dije; de escalar el cielo,
seguir al sol la luminosa huella;
* *sorprenderle, robarle una centella,*
* *metértela en los ojos y escapar.*

V. 53-56. Otra redacción:
—De aquella sacra llama que trajiste
(mal que te pese) al ínclito Carrera,
agoniza la llama postrimera;
nos amenaza infausta lobreguez

El último verso había empezado a redactarse:
amaga a Chile

V. 61. Otras redacciones:
—¡Muy bien! Sorprendo al sol, le quito un rayo

—Muy bien; escondo el fuego en las pupilas,

V. 63. En el manuscrito se lee:
¿Y qué hacer luego de mis dos linternas?

V. 64-66. Otras redacciones:

POETA
—Debo a Chile con ellas incendiar.

CONDOR
—Incendiarlo, ¡gran Dios! ¿Eso pretendes?

POETA
—Incendiarlo es intenso patriotismo

POETA
—Pienso a Chile con ellas incendiar.

CONDOR
—Incendiarlo, ¡gran Dios! ¿De eso se trata?
—Incendiario, ¡me espantas! ¡me horrorizas!

V. 72. Otra redacción:
la nieve del chileno corazón.

V. 77. Otras redacciones:
No, ¡señor! Llamas quiero, llamas, llamas,
No, ¡señor! Quiero incendio, quiero llamas,
No, ¡señor! Vasto incendio, raudas llamas,

V. 79. Comenzó a redactarlo:
y alzando rutilantes crestas

V. 80. Otra redacción:
y les sirva de fuelle el huracán,

V. 86-88. Primera redacción:
y cuando tu nativa alevosía
asalta de sorpresa al rey del día .
en tu alto solio de oro y de cristal.

El último tiene otra redacción:
en tu alto coche de oro y de cristal.

V. 89-91. Primera redacción:
—Siendo las alas ya, como me dices;
aunque eso de tenerlas (tú lo sabes)
no ligeras, ni leves, sino graves,

El primer verso tiene otros intentos de redacción, algunos ilegibles.
—Ya obedezco tu voz, y dócil tiendo

V. 96. Otra redacción:

que amenazando brama, peor que peor,

V. 106. Primera redacción:

es la que yo figuro; y la maniobra

V. 113. Otra redacción:

Si tú leyeses, avechucho idiota,

V. 120. Otras redacciones:

lo que alcanzar no es dado a tu papá.
lo que alcanzar no pudo tu papá.
secretos que no alcanza tu papá.

V. 123-124. Otras redacciones:

¡Qué de brillantes maravillas creas,
con el vapor del vino y del café!

¡Bellas fantasmagorías coloreas
entre el vapor del vino y del café!

¡Lindas fantasmagorías coloreas

V. 125. Otras redacciones:

¿No era lástima ver encanecerse

¿No era lástima ver cómo vivían

En la fotografía del manuscrito aparece la estrofa de los versos 125-128 e interrogantes, pero ignoramos si la publicación anterior a ésta, se hizo sobre manuscrito de Bello.

V. 128. Siguen cuatro estrofas tachadas:

Hoy para revolver de arriba abajo
el mundo, sube más el que más grita.
Lógica, ¿para qué se necesita?
¿Moral? Delirio. ¿Historia? Necedad.

La Política sí; no, empero, aquella
rancia, que nos hablaba de poderes,
Equilibrios, maridos y mujeres,
Padres, Hijos, Familia, Propiedad.

¡No ves que el equilibrio es calma chicha!
¿No ves que el movimiento es la excelencia
del humano gobierno, y la potencia
movedora el sufragio universal? (a)

¡Qué de quimeras adoraba el mundo (b)
en los crédulos días de mi abuelo,
cuando escondida nos guardaba el cielo
esta piedra feliz filosofía!

(a) Otra redacción:

que ha de regirlo el voto universal?

(b) Otra redacción:

¡Qué de sandeces adoraba el mundo

V. 129. Otra redacción:

¡Ea, pues! ¡A la empresa! Tiende el ala,

V. 133. Otras redacciones:

CONDOR
(vuela el Cóndor y se retira el Poeta)

—Adiós, suelo natal, paterno suelo,
—Adiós, paterno suelo, ¡dulce nido!
—Ladrón sí; pero te amo, dulce nido!

V. 135. Primera redacción:

de incendio devorante, sino aquella

V. 136. Reproducimos la composición de Bartolomé Mitre, a la que se refiere Andrés Bello.

AL CONDOR DE CHILE

I

Tú, que en las nubes tienes aéreo nido,
tiende tu vuelo, Cóndor atrevido,
que sustentas de Chile el paladión;
sigue del sol la luminosa huella;
roba, cual Prometeo, una centella
para incendiar con ella a la nación.

II

Para incendiarla en alto patriotismo,
para animar la antorcha del civismo,
para encender al pueblo en la virtud,
para templar los tibios corazones,
para quemar los últimos jirones
del manto de la torpe esclavitud.

III

Extiende, extiende pronto el ala grave,
como la parda vela de la nave
cuando siente bramar la tempestad;
vuela y trae en los ojos la centella
que, en ochocientos diez, fulgente y bella,
la antorcha reanimó de libertad.

IV

Tú sabes ya el camino, ave altanera;
fuiste de nuestros padres mensajera
para pedir a Dios chispa inmortal
con que incendiar de alarma los cañones,
y derretir los férreos eslabones
de la dura cadena colonial.

V

Tú los viste lanzarse a la pelea,
blandir la espada, sacudir la tea,

vencer, morir, y alzarse como el león;
mientras que tú, cruzando las esferas,
dabas aire, de Chile a las banderas,
y fuego, del patriota al corazón.

VI

Tú los viste en la noche tempestuosa,
guiados por tu pupila luminosa,
cual por la estrella el navegante audaz,
escalar de los Andes las montañas,
esculpiendo en su cima las hazañas
que realizaron con vigor tenaz.

VII

Allí también reverberó tu lumbre,
cuando bajó rodando de la cumbre
desmelenado el iracundo león,
a par que retumbaba en la eminencia
el grito atronador de independencia,
que repetía el mundo de Colón.

VIII

Desde entonces, tu lumbre se ha eclipsado,
el corazón del pueblo se ha enfriado;
y ha muerto el patrio fuego en el altar.
¡Fuego necesitamos! Danos fuego,
que nuestros ojos abundante riego
de libertad al árbol sabrán dar.

IX

Haz por los hijos lo que en otros días
hiciste por sus padres, cuando hendías
las esferas con ímpetu veloz,
para traer la centella salvadora
que de ese sol, que el universo adora,
brotó; y en tus pupilas, puso Dios.

X

Las alas tiende, y sube hasta los cielos,
cual si fueras a traer a tus hijuelos
el alimento que la vida da;
y mientras bajas desde el alta esfera,
nuestra voz de setiembre a la bandera,
con himno popular, saludará.

XI

Y cuando traigas la centella ardiente
que del cobarde el corazón caliente,
y nos llene de aliento varonil,
¡oh Cóndor! danos sombra con tus alas,
mientras que, en el espíritu que exhalas,
impregnemos la túnica viril.

XII

Condúcenos después a la victoria;
traza con luz la senda de la gloria
que nos lleve sin sangre a la igualdad;
toma luego en tu pico oliva y palma,
y arrancando la chispa de nuestra alma,
vuélvesela a ese sol de libertad.

(Ns. de O.C.I., 1952).

LAS OVEJAS. Publicada por primera vez en *Juicio Crítico, 1861*. En la misma publicación figura la primera redacción del final del poema. Reproducida luego en O. C. III, pp. 257-258. La *Comisión Editora* posee un manuscrito original, de puño y letra de Bello con muchas correcciones del autor, obsequiado a la *Comisión Editora*, por el historiador chileno don Guillermo Feliú Cruz. En la presente edición se anotan las variantes que aparecen en dicho manuscrito, cuya fecha es de difícil precisión. (N. de O.C.I., 1952).

V. 7. Siguen tres versos tachados, refundidos por Bello en el que aparece con el número 8 en el texto:

la garra nos hiciera
del tigre o la pantera
más brava y más voraz que el bosque cría

V. 11-13. Otras redacciones:

venga la escarcha fría,
y cuantas fieras la montaña cría, (a)
y déjanos vivir independientes

* *venga el invierno frío,*
y cuente por albergue el bosque umbrío,

V. 28-29. Otras redacciones:

y si enojado envías a la tierra
por sus delitos hambre, o peste o guerra
* *y cuando airado envías a la tierra*
por delitos del hombre, o peste o guerra,

V. 34. Primera redacción:

¿Y mandas que sujetas al gobierno

V. 40-41. Otras redacciones:

* *que matanza a matanza y robo a robo*
antes (ileg.) *que al pastor, al lobo*

Si nos destinas a matanza y robo
harás más fiera al pastor, que al lobo.

V. 45. Otra redacción:

y la plebe de tiernos baladores

V. 50: Otra redacción:

el cónclave de ancianos

(a) Este verso lo comenzó a redactar así:
y cuantas fieras el bosque

V. 51. En O. C. III se da el siguiente texto como el final que Bello puso originalmente a esta fábula:

...de hato en hato,
un carnero de enhiesta cornamenta,
que hace muy poca cuenta
del bochinche ovejuno,
"callad, molondros, dice, todo es uno".
¿Cuál es la moraleja,
de esa ficción? quizás pregunte alguno.
América querida a ti se deja.

En el manuscrito que de este poema posee la *Comisión Editora,* pueden verse las siguientes variantes de los tres últimos versos de este final:

¿Cuál es la moraleja,
de esa ficción? tal vez pregunte alguno.
Nación Americana, a ti se deja.

De esta ficción la oculta moraleja
América del Sur a ti se deja.

MISERERE. Publicado por primera vez en *Juicio Crítico. 1861.* (N. de O.C.I., 1952).

EL PROSCRITO. Extenso poema que Bello empezó por los años de 1844 ó 1845, según testimonio de M. L. Amunátegui *(Vida Bello,* p. 612). A la muerte de Bello, el poema había quedado inconcluso e inédito. Antes de ser publicado todo el texto (en *O. C. III),* don Emilio Bello Dunn, hijo de Bello, publicó cincuenta y una octavas del primer Canto *(La Familia)* en la *Revista Americana,* Nº 1, Santiago, 29 de agosto de 1869; y, además, proporcionó las once primeras octavas del Canto tercero *(La Chacra)* a *Rojas Hermanos* para la edición de 1870, donde fueron publicados con el título de *El Campo.* Del mismo modo en *Rojas Hermanos, 1881* y en *Caro, 1882. Amunátegui, Vida Bello,* p. 613 y ss. da largos fragmentos del poema. Al carecer de fuentes manuscritas para esta edición, hemos tenido que recurrir a las anteriores publicaciones, algunas con muchas erratas. Consignamos en nota las variantes de texto. (N. de O.C.I., 1952).

V. 139. *Caro, 1882* da este verso:
"Eso es lo que repite a cada paso",

V. 152. *Caro, 1882* da este verso:
¿por qué no decir claro: no la doto?"

V. 193. *O. C. III,* da esta lectura: *Ello por más que don Gregorio tienta.* Nos atenemos al texto de *Caro, 1882.*

V. 283. *Caro, 1882* da este verso:
A una mujer tan necia y casquivana

V. 323. *O. C. III* da mal este verso:
por lo menos habrá su media hora,

V. 631. En *Vida Bello,* p. 617, Amunátegui da así este verso:
y a los labios poniéndose un medroso

V. 700. Corregimos "víscuido" por "víscido".

V. 1006. Caro (*Epistolario,* Bogotá, 1941, p. 64) observa con razón que la palabra final del verso debe ser *tasa* por *traza,* que se había dado erróneamente en otras ediciones. Cfr. *reboza* en verso 2014.

V. 1046. Arístides Rojas da este verso:
vaca me ofrece su repleta ubre,

V. 1048. Arístides Rojas da este verso:
a respirar el aire matutino.

V. 1062. Arístides Rojas da este verso:
que una niebla gentil tal vez arropa,

V. 1070. Arístides Rojas da este verso:
arroba el alma en dulce desvarío,

V. 1081. Arístides Rojas da "Véalos", por "Véolos"; *Caro, 1882* lee "Viéralos".

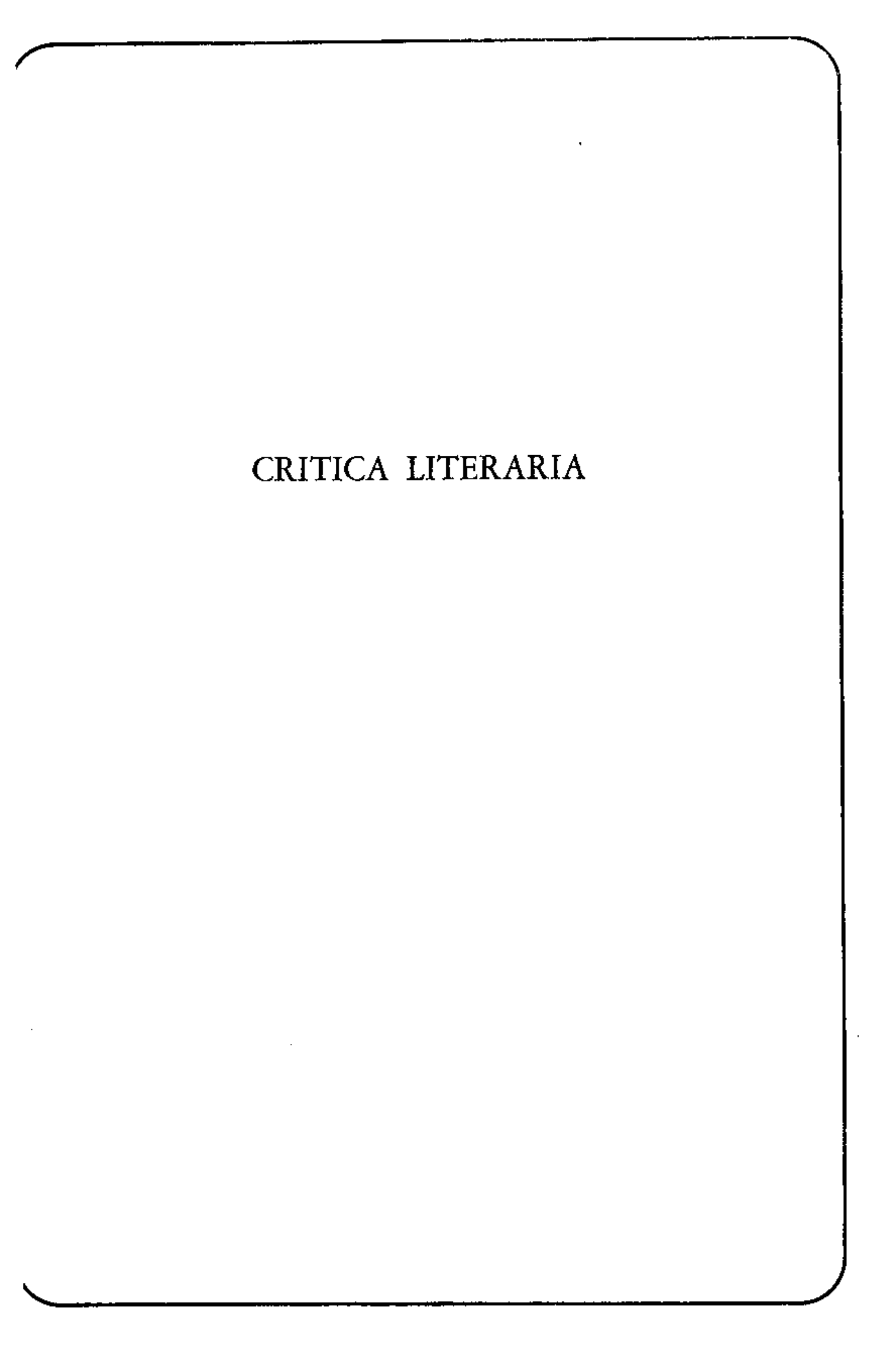
V. 1086. Arístides Rojas da este verso:
escarchas ni aun embotan la fragancia,

V. 1088. Arístides Rojas da este verso:
nebuloso talvez. . . ¡Así era el mío!

V. 1104. Arístides Rojas y *Caro, 1882* dan este verso:
oigo a nadie decir: ¡Advenedizo!

V. 1361. Caro (*Epistolario,* Bogotá, 1941, p. 64) observa con razón que la palabra final del verso debe ser *tasa* por *traza,* que se había dado erróneamente en las otras ediciones. (Ns. de O.C.I., 1952).

V. 1800. Faltan tres octavas, que no han podido encontrarse.



CRITICA LITERARIA

LITERATURA LATINA *

La lengua de los romanos era el latín, la lengua del Lacio, de que Roma había sido colonia. En la población de Italia, se juntaron dos razas principales: la céltica, originaria del Occidente, y la pelasga, procedente del Asia y de la Grecia. Así el idioma latino nació de la fusión de dos elementos: uno céltico, que fue el de los más antiguos habitantes, llamados aborígenes, pueblo salvaje y grosero; y otro pelasgo, que había sido también la raíz del dialecto eolio de los griegos.

El latín, en los últimos tiempos de la república, era la lengua de las leyes, de los contratos, de la literatura; pero, en el uso común de la vida, había pueblos italianos que conservaban sus dialectos primitivos. Así los ligures del Apenino siguieron hablando la antigua lengua céltica hasta la caída del imperio de Occidente. El osco se hablaba en la Campania a la época de la destrucción de Pompeya, como lo atestiguan las inscripciones que se han encontrado en las ruinas de aquella ciudad. Al principio de nuestra era, dominaba todavía el etrusco en la Emilia. En la Italia Meridional y la Sicilia, aunque el latín era la lengua de la política y del comercio, la masa de la población hablaba el dialecto jónico o dórico, que se conservaron durante toda la Edad Media, o lo menos en algunos lugares. En las provincias de oriente del imperio romano, subsistió siempre el griego, al lado del latín, que sólo servía para los actos de las autoridades romanas, y no logró generalizarse, sino en la Iliria, la Pannonia, y a las orillas del Danubio. En Occidente, fue donde hizo el latín sus más brillantes conquistas, particularmente en Africa, las Galias, y las Españas. Pero en Africa, no llegó a extinguir el púnico, ni en España el vascuence, que es el antiguo ibero, ni en la Galia el galo-céltico, que es hoy el bretón. La lengua céltica resistió a la conquista romana en la Irlanda y en las montañas de Escocia.

* Es la tercera parte del *Compendio de la Historia de la Literatura* (Cf. o. c., IX, Caracas, 1956, pp. 106-196).

I

PRIMERA EPOCA DE LA LITERATURA LATINA, DESDE LA FUNDACION DE ROMA HASTA EL FIN DE LA PRIMERA GUERRA PUNICA, 241 A.C.

Cantos populares y religiosos han sido la sola literatura de toda sociedad naciente. Así Roma nos presenta, como su primer monumento literario, las reliquias de la antiquísima canción de los hermanos *arvales* (cofradía de sacerdotes, que en los meses de abril y julio iban en procesión por los campos, implorando con rústicas tonadas y danzas la bendición de los dioses sobre los sembrados). Parecen escritos, aunque de un modo informe y grosero, en el antiguo verso saturnio, cuya forma normal era el clásico yámbico, añadida al fin una sílaba. Cítanse también los cantares de los sacerdotes *salios,* instituidos por Numa, y dos composiciones de un vate o profeta célebre llamado Marcio, en el mismo ritmo. El verso saturnio siguió empleándose hasta mucho tiempo después de la primera guerra púnica, como tendremos ocasión de notarlo. Pero en todas estas antiguallas, no se encuentra más mérito que el de una sencillez extremada, si puede darse este título a la más desnuda rudeza.

Canciones en que se celebraban los hechos de los hombres ilustres hubo desde los primeros tiempos en Roma; y se entonaban en los convites al son de la flauta. Algunos miran la historia de las primeras edades de Roma como el reflejo de una o más epopeyas populares, que desfiguraron los hechos, confundieron los personajes, dieron a las migraciones y revoluciones una *personalidad* real, y añadieron a todo esto innovaciones poéticas, verdaderas sólo en cuanto hablaban de las creencias y costumbres reinantes.

La historia de aquellos tiempos primitivos se reducía a la confección de *anales:* apuntes brevísimos en que el pontífice máximo consignaba los nombres de los cónsules y de los otros magistrados, y las cosas memorables de cada año, sobre una tabla pintada de blanco. De estos apuntes, se dice que se compilaron después ochenta libros, que se llamaban *Anales Máximos* por haberlos compuesto los que ejercían el supremo pontificado *(pontifices maximi).*

También se hace mención de los *Libri Magistratuum* o *Libri Lintei,* libros de lino, depositados en el templo de la diosa Moneta, y citados algunas veces por los historiadores.

Las familias conservaban también manuscritos de los hechos de sus antepasados, los cuales se trasmitían de padres a hijos como una herencia sagrada.

Era costumbre en los funerales pronunciar discursos en que se conmemoraban las acciones señaladas del difunto y de los progenitores: monumentos de veracidad sospechosa que contribuyeron a viciar y oscurecer

la historia. Cosas, dice Cicerón, se escribieron en estos panegíricos que jamás sucedieron: triunfos falsos, falsos consulados, genealogías apócrifas.

Cada año un magistrado supremo, cónsul o dictador, clavaba un clavo en un templo, ya fuese con el objeto de llevar así la cuenta de los tiempos (lo que probaría que el arte de escribir era entonces desconocido), o ya fuese que lo que se hizo al principio con un objeto práctico se conservara después como una ceremonia o rito, de lo que tenemos muchos ejemplos en los actos jurídicos de los romanos.

Dejando estos tiempos oscuros de pocas letras, en que no es posible separar la historia de la leyenda; en que la poesía estaba reducida a los rudos cantares de los banquetes y del pueblo, y a los himnos sagrados en una lengua informe que llegó a no ser entendida, ni de los sacerdotes; en que no hubo más elocuencia que la de los debates del foro, apasionada probablemente, pero rústica y grosera, y la de los elogios fúnebres (*mortuoriae laudationes*) inspirados por la vanidad y la lisonja, descendamos a la época de la memorable contienda entre Roma y Cartago, cuando aquella república floreciente en armas, fecunda en héroes, dominadora de Italia, pulió su lengua y empezó a cultivar con algún suceso la literatura.

El primer nombre literario de Roma es el de Livio Andrónico, tarentino, y por consiguiente de extracción griega, liberto del censor Livio Salinator, que le confió la educación de sus hijos. Tradujo al latín la *Odisea*, compuso himnos y dio al teatro imitaciones de los dramas griegos, en que él mismo representaba. Los espectáculos teatrales habían venido de Etruria; y el nombre mismo de *histriones*, que se dio a los actores, es etrusco. Habíase preludiado en cierto modo a ellos por versos festivos y satíricos que cantaban a competencia los jóvenes en ciertas festividades: versos libres, rudos, que se llamaban *fesceninos*, del nombre de Fescenia, ciudad de Etruria, que probablemente dio el ejemplo. De estos cantares jocosos, nació poco a poco una especie de drama, llamado *sátira*, que era una mezcla de cantares diversos de varias especies de metro, como la *lanx satura*, consagrada a la diosa de las festividades era un plato lleno de toda especie de frutas. El primero que sustituyó a esta composición satírica un ordenado drama, fue Livio Andrónico, que, como el uso permanente de la declamación histriónica le hubiera enronquecido la voz, hubo de limitarse a la gesticulación, mientras que pronunciaba las palabras otro actor al son de la flauta. Livio Andrónico tuvo así la gloria de haber creado en Roma dos artes: el de la composición dramática, y el de la mímica, que, llevada después a la perfección, fue uno de los espectáculos favoritos del pueblo, aun en los más bellos días de la literatura romana.

Varias causas contribuyeron desde entonces a privar a Roma de un drama nacional. Una de las principales fue la servil imitación de la literatura griega, objeto de admiración para una parte de la gente educada, y de desdén para los que se gloriaban de conservar en su rústica pureza las antiguas costumbres, y para la mayoría de la nación, que miraba la

milicia y la jurisprudencia como las solas ocupaciones dignas del patricio y del libre. Otra, de más duradero influjo, fue el circo, donde se exhibían certámenes de fuerza y destreza, en el pugilato y la lucha, en lanzar el disco, en conducir el carro, en la caza de fieras, en representaciones de batallas pedestres, ecuestres y navales. La emulación activa, el movimiento ávido, la progresiva magnificencia de los juegos del circo no podían menos de eclipsar a los ojos del pueblo las diversiones dramáticas. La mímica dejó un lugar subalterno a la poesía, ¿Qué emoción podían producir los dolores del alma idealizados por la tragedia en espectadores de ambos sexos que contemplaban con interés palpitante los variados combates de gladiadores y la realidad de una lid de muerte, buscando una especie de elegancia artística en las últimas agonías?

Tenía la Italia un germen de drama nacional en las *atelanas (fabellae atellanae)* farsas populares llamadas así, o por haberse inventado en Atele, ciudad de los oscos en la Campania, o a lo menos porque tendrían allí una celebridad superior. Que esos dramas eran de origen osco no admite duda por los nombres que también se les daban de diversión osca *(ludicrum oscum)* y juegos oscos *(ludi osci)*. Lo más curioso es que los actores de estas piezas no estaban sujetos a la infamia de los histriones, que no podían militar en las legiones, ni votar en los comicios o juntas electorales y legislativas del pueblo. Parece que el lenguaje de las atelanas, osco puro en su país nativo, era en Roma un latín matizado de palabras de aquel dialecto; el asunto, a menudo jocoso; el estilo, bufonesco. Representábanse en Roma desde los primeros siglos de la república, al mismo tiempo que en Atenas las obras de Sófocles y de Aristófanes; pero recibidas al principio con entusiasmo, cayeron después en descrédito; y aunque se perpetuaron hasta el imperio, y se reanimaron de cuando en cuando, se vieron siempre con disfavor por la gente culta, que anteponía las imitaciones del arte griego, y no podían luchar contra el funesto ascendiente de otros espectáculos, en que se buscaban emociones fuertes, o se prefería a los goces delicados del alma el vano placer de la vista deslumbrada por lo raro y magnífico.

La primera tragedia de Livio Andrónico fue representada hacia el año 512 de Roma, o 240 A.C. Parece haberse empleado en su obra el verso saturnio. Nada más desaliñado que los fragmentos que han podido recogerse de sus obras.

II

SEGUNDA EPOCA DE LA LITERATURA ROMANA, DESDE EL FIN DE LA PRIMERA GUERRA PUNICA HASTA LA MUERTE DEL DICTADOR SILA, DE 241 A 78 A.C.

Desde esta época, empezaron a ser frecuentes las comunicaciones de los romanos con la Grecia. No había romano que no tentase escribir en grie-

go, como aquel Albino que pedía perdón de sus yerros, y de quien decía Catón que le disculparía si hubiese sido condenado a escribir en aquella lengua por decreto de los anfictiones. El dictador Flaminio componía versos griegos; y Emilio Paulo, aquel pontífice severo, tenía en su familia pedagogos griegos, gramáticos, sofistas, escultores, pintores, cazadores, maestros de equitación. (Michelet).

Nevio, con todo (natural de la Compañía, muerto el año 203 A.C.) no se sujetó servilmente al yugo de la literatura griega. Pulió de tal manera el verso saturnio, que se dijo haberlo inventado. Introdujo la tragedia llamada *pretextata*, en que los personajes eran romanos que llevaban como magistrados la toga pretexta (adornada con un ruedo de púrpura). En este metro compuso su gran poema de la primera guerra púnica. Escribió también poesías satíricas; y los fragmentos que de ellas quedan están llenos de punzantes alusiones a la tiranía de los nobles y a la bajeza de sus aduladores. Atacó a las poderosas familias de los Escipiones y Metelos, que le respondían con aquel celebrado verso saturnio:

Dabunt malum Metelli Naevio poetae

No contentos con esto, le hicieron poner en la cárcel. Pero el incorregible poeta, lejos de intimidarse, compuso allí dos comedias, y zahirió en una de ellas a Escipión Africano. Los Escipiones invocaron la ley atroz de las Doce Tablas, que condenaba a muerte al autor de escritos difamatorios; y aunque felizmente para Nevio se interpusieron los tribunos, fue condenado a una especie de exposición pública y relegado al Africa. Nevio, abandonando la Italia para siempre, le dejó por despedida su propio epitafio, en que deplora, junto con su ruina, la de la originalidad romana: "Si no fuera cosa indigna que los inmortales lloraran a los hombres, las diosas del canto a Nevio. Encerrado el poeta en el tesoro de Plutón, olvidaron los romanos la lengua latina". (Michelet).

Immortales mortales si foret fas flere,
Flerent divae camenae Naevium poetam.
Itaque postquam est orcino traditus Thesauro,
Obliti sunt Romae lingua latina loqui.

Este mismo Escipión Africano tuvo por cliente y panegirista a un gran poeta que, nacionalizando los metros griegos, desterró para siempre aquel en que estaban consignados los antiguos monumentos de la literatura romana. Quinto Ennio nació en Rudias, ciudad de Calabria, en medio de una población enteramente griega. Osco, griego y romano, se gloriaba de tener tres almas. Fue conducido a Sicilia, y sirvió bajo su patrono en la guerra de España. Enseñó el griego a Catón, que, reconocido, le dio una casa en el monte Aventino, y la ciudadanía romana, honor que entonces no se dispensaba a los extranjeros que no fuesen de un mérito sobresaliente.

En su gran poema épico, tomó por asunto la segunda guerra púnica, es decir, los hechos de Escipión. Recopiló también en verso heroico los anales de Roma. Compuso sátiras, comedias, tragedias. De sus numerosas obras, sólo se conservan menudos fragmentos. Fue enterrado en el sepulcro de aquella familia el año de 167 A.C.

Aunque imitador de los griegos, lo fue con originalidad y talento; y el mismo Virgilio no tuvo a menos apropiarse algunos de sus versos. Sus obras eran altamente apreciadas, aun en la época más espléndida de las letras romanas. "Veneramos, dice Quintiliano, a este hombre ilustre, como se venera la ancianidad de un bosque sagrado, cuyas altas encinas, respetadas por el tiempo, no nos hacen sentir impresión por su hermosura, como por yo no sé qué especie de sentimiento religioso que nos inspiran".

El epitafio, o sea la inscripción que compuso él mismo para el pedestal de la estatua, está escrito con una candidez sublime:

Aspicite, o cives, patris Ennii imaginis formam,
Qui vestrum pinxit maxima facta patrum.
Nemo me lacrimis decoret, neque funera fletu
Faxit. Cur?—Volito vivus per ora virum.

Una cosa es notable en los versos que nos quedan de Ennio; y puede percibirse en el último dístico de su epitafio: el artificio de la *aliteración,* que consiste en la cercanía de tres o más dicciones que principian por una misma consonante.

Foret fas flere—Lingua latina loqui—Funera fletu faxit.—Volito vivus per ora virum—Africa teribili tremit horrida terra tumultu.—O Tite tute Tabi, tibi tanta, tyranne, tulisti—etc., etc.

Los poetas del norte de Europa gustaron mucho de este sonsonete en la Edad Media, aun cuando escribían en versos latinos; y es bien sabido que los ingleses han creído hasta poco ha sazonar con él los chistes y los pensamientos agudos, de lo que nos han dado muestra en la limada versificación de Pope, y aun en la prosa de ciertas frases proverbiales. No es inverosímil que esa especie de consonancia, adecuada a las lenguas en que dominan las articulaciones, hubiese sido conocida en los dialectos célticos y germánicos desde una antigüedad remota.

Sobrino de Ennio, y natural de Brundusium (Brindis), fue Marco Pacuvio. Distinguióse en Roma ejerciendo a un tiempo dos artes: el de la pintura en que sobresalió, y el de la tragedia en que tuvo también un señalado suceso. La suavidad de su carácter le granjeó la estimación de sus más ilustres contemporáneos. Hacia el fin de su vida, agobiado de pesares y enfermedades, se retiró a Tarento, donde murió a la edad de noventa años. Su epitafio, compuesto por él mismo, es de una sencillez elegante. Compuso tragedias sobre asuntos griegos sacados del teatro de Atenas; y Quintiliano las recomendaba por lo sólido de los pensamientos, la nobleza de la expresión, la dignidad de los caracteres y el manejo del arte. Pero nota en él la rudeza que deslustra casi siempre las primeras tentativas en un género nuevo.

Contemporáneo de Pacuvio, aunque más joven, fue Lucio Accio, de padre liberto, autor de tragedias sacadas también del venero griego, y a que Quintiliano atribuye las mismas excelencias y defectos que a las de Pacuvio, aunque con menos arte. Accio escribió una tragedia de asunto romano, la expulsión de los Tarquinos; varias comedias; anales en verso; y poesías en alabanza de su amigo y protector Décimo Bruto, que hizo la guerra en España, y adornó con ellas los monumentos con que hermoseó a Roma.

De Pacuvio y Accio, no quedan más que fragmentos.

La tragedia romana no fue más que una copia, excesivamente pálida, del teatro griego. Pero no puede decirse lo mismo de la comedia. Plauto solo bastaría para dar a Roma un lugar honroso, y para eximirla de la nota de imitación servil y descolorida en este género de composición.

Habíale precedido, como autor de comedias, Estacio Cecilio, originario de la Galia, nacido en Milán, y como otros poetas célebres de la antigüedad, liberto; contemporáneo y amigo de Ennio, a quien sólo sobrevivió un año. De sus comedias, quedan solamente algunos versos. Los antiguos lo comparaban a Plauto y Terencio; pero Cicerón censura su estilo, Aulo Gelio le echa en cara haber desfigurado la mayor parte de los asuntos que tomó de Menandro.

Marco Accio Plauto nació en la Umbría hacia el año 260 A.C. De su juventud, nada se sabe. Se le ve llegar a Roma a la edad de buscar aventuras, y de abrirse una carrera. Inclinado a la vida activa, y dotado al mismo tiempo de inspiración poética, se hizo cabeza de una compañía de actores, que medró bajo su administración, y por sus trabajos de composición. Concurría con sus socios a la diversión del pueblo en las grandes fiestas populares que solemnizaban los triunfos de los Marcelos y Escipiones; pero el buen suceso de estas primeras especulaciones le aficionó al comercio, por el cual dejó el teatro, y se arruinó. Reducido a la indigencia, se puso al servicio de un molinero; pero tuvo la filosofía de no dejar extinguir su genio en un desaliento inútil; y en los ratos que le dejaba la tahona, recurrió de nuevo a la poesía, y escribió comedias, que le dieron una celebridad brillante. Restituido a su vocación natural, no pensó en abandonarla otra vez. Se le atribuye gran número de piezas cómicas, de que sólo quedan veinte que los críticos modernos reconocen como indubitablemente auténticas. Murió en una edad avanzada, en perfecta posesión de sus facultades intelectuales, hacia el año 184 A.C.

Todo caminaba aceleradamente en Roma; la civilización, las letras, los goces delicados, adelantaban como la conquista exterior y Plauto pudo ya levantarse a la verdadera comedia, es decir, a una de las más acabadas formas del pensamiento humano, sin que, por eso, dejara de comprenderle y admirarle la mayoría del público. Plauto tiene el gran mérito de expresar la fisonomía de Roma, y de hablar la lengua nacional. Así es que su teatro se mantuvo más allá de los límites conocidos de la popularidad. Sus piezas se veían con gusto aun bajo el reinado de Diocleciano.

El supo dar colorido, movimiento y variedad a la vida real y sazonarlo todo con chistes y agudezas, juegos fáciles de una fantasía traviesa y alegre. No echó a su genio cadenas aristocráticas; no trabajó para los conocedores; fue derecho al pueblo. Plauto retrata con los más vivos colores la disipación; y se burla de todas las ridiculeces y extravíos que la razón del pueblo gusta ver vituperados por más que la clase elevada se empeñe en paliarlos con nombres especiosos.

A la muerte de Plauto, Terencio (*Publius Terentius Afer*) era todavía niño, pues se supone haber nacido hacia el año 193 A.C. Fue esclavo del senador Terencio Lucano, que advirtiendo sus disposiciones naturales, le educó esmeradamente, y le dio con la libertad el nombre de su familia. El apellido *Afer* le vino del país de su nacimiento, probablemente Cartago. Era todavía bastante joven, cuando, libre y ciudadano de Roma, empezó a granjearse por sus obras dramáticas una reputación brillante. Tuvo detractores encarnizados, y la debilidad de hacer demasiado caso de su malevolencia. Se dice que aburrido se retiró a Grecia con el objeto de gozar allí en paz de la pequeña fortuna que había logrado adquirir; y que, volviendo a Italia con un gran número de piezas traducidas o imitadas del griego, pereció en un naufragio, o según otros, en Arcadia, sucumbiendo al sentimiento de haber perdido en el mar todo el fruto de sus trabajos literarios. Se refiere su muerte al año 158 A.C., cuando apenas contaba treinta y cinco de edad. Tenemos suyas seis comedias. La *Andria*, que pasa por la mejor, fue representada el año 166 antes de nuestra era.

De Plauto a Terencio, hay un manifiesto progreso en el arte de conducir la acción; y aun no sería mucho decir que en este punto se aventaja Terencio a todos los otros escritores dramáticos de la antigüedad, a lo menos juzgando por las obras que han llegado hasta nuestros días. El complica la fábula, juntando a veces en uno dos enredos, y produciendo, por consiguiente, dos intereses, que, sin embargo, no se turban, ni embarazan, porque siempre hay uno dominante; y el poeta sabe sacar partido de esta complicación, presentándonos con agradable verdad bien sostenidos caracteres. Emplea sus prólogos en responder a sus adversarios, nunca en exponer la fábula, o el asunto de la pieza, como lo hicieron Eurípides y Plauto. El desenlace consiste siempre en un inesperado reconocimiento, lo que da sin duda un tinte de fortuidad a las fábulas. Pero este defecto, de que también adolece Plauto, era inevitable en un teatro donde no se permitían amores entre personas libres de condición honesta. El poeta se ve precisado a introducir concubinas en todas sus piezas; y sometido a esta traba, es admirable el talento con que ennoblece este abatido carácter para ponerlo en contacto con una hija robada o perdida en sus primeros años, la cual conserva, en medio de tantos peligros, la modestia de su sexo, y vuelve finalmente al seno de su familia. Así en la *Andria*, Críside (a quien sólo conocemos por la noticias que dan de ella los interlocutores) es una joven de buenas inclinaciones, que lucha en vano contra

el infortunio y el desamparo, y es arrastrada a una profesión infame, en que conserva muchas cualidades apreciables; la relación de su fallecimiento es una miniatura de un colorido suavísimo; no son raros los pasajes de esta especie en Terencio. Ningún poeta posee en más alto grado el idioma de los afectos domésticos. Sus padres, sus hijos, sus esposos hablan comúnmente el lenguaje que les conviene, el lenguaje de la naturaleza y de la pasión, sin hipérbole, sin retórica, sin filosofismo, sin sentimentalidad empalagosa. "De los cómicos antiguos que nos quedan, dice La Harpe, él es el único que ha puesto en el teatro la conversación de la gente educada". Nada más natural que sus diálogos; nada más vivo, más pintoresco, más dramático, que las narraciones en que no se sabe qué sea más de admirar: el tino en la elección de los pormenores, la claridad trasparente o la rápida concisión. Su moral es generalmente sana.

Quisiéramos, con todo, que los ardides de los esclavos para estafar a sus amos en favor del hijo libertino que tiene necesidad de dinero para darlo a un rufián codicioso, no tuviesen tanta parte en el enredo. Su latinidad es purísima; y en su estilo se hermanan en hechicera armonía la desnuda belleza y la grave sencillez. Es el menos adornado que se conoce; y sin salir de esta simplicidad extremada, se eleva a veces a una elocuencia llena de pasión, a que Virgilio mismo no se desdeñó de tomar ciertos giros. Compárense los hermosos versos que pone el poeta de Mantua en boca de Dido, desde el 365 hasta el 392 del libro 4º de la *Eneida,* con los del padre irritado en la escena 3 del acto 5 de la *Andria*. Las situaciones son análogas; y Virgilio recordaba evidentemente a Terencio. Si yo hubiera de elegir entre estos dos pasajes, confieso que no vacilaría en decidirme por el segundo.

Terencio es el poeta de la sociedad fina, como Plauto es el del pueblo. No pinta, es verdad, las costumbres romanas; pero pinta el hombre. Ni Shakespeare ni Molière interesan por lo que tienen de sus respectivos países, sino por el uso que hacen del fondo común de la naturaleza humana. Terencio es, como estos dos grandes genios, un poeta cosmopolita. El puede decir de sí mismo lo que uno de sus personajes en aquel verso tan aplaudido del auditorio romano:

Homo sum: humanum nihil a me alienum puto.

Hasta qué punto sea deudor Terencio a Menandro, no es fácil averiguarlo. El hizo probablemente de las comedias griegas el uso que Pedro Corneille de las españolas, aunque con cierta diferencia. Corneille simplifica los asuntos demasiado complejos; Terencio, al contrario, refunde varias piezas en una. Sus émulos le echaban en cara *multas contaminasse græcas, dum fruit paucas romanas;* y aun cuando echa mano de una sola fábula, duplica el enredo. Así lo dice él mismo, habiéndolo hecho en el *Heautontimorumenos: Duplex ex argumento facta est simplex.* Corneille toma poco del estilo de sus originales; al paso que Terencio imita pro-

9

bablemente, no sólo el fondo, sino la manera de los suyos. En medio de eso, la del cómico latino conserva siempre su individualidad, y se mantiene idénticamente una misma, sea que se aproveche de Menandro, o sea de Dífilo o de Apolodoro. César, que reconoce toda la excelencia de Terencio, se duele sólo de que le falte lo que se llama *vis comica,* expresión que cada crítico explica a su modo, y que nos parece significar la copia de escenas y lances, la invención dramática. Que *vis* significaba a menudo abundancia, copia, puede verse en cualquier diccionario. Pero cualquiera que sea la parte que la Grecia tenga derecho a reivindicar en Terencio, le quedará siempre el estilo, que, según Buffon, es todo el hombre, y según Villemain, casi todo el poeta: en esta parte no hay ningún escritor que le exceda.

Prescindiendo del artista, y atendiendo sólo a las obras, las comedias de Terencio deben colocarse entre lo mejor que de la literatura latina y griega ha respetado el tiempo. Su mayor elogio son las imitaciones que han hecho de ellas los más aventajados ingenios de los tiempos modernos. La *Suegra* (*Hecyra*) suministró a Cervantes el asunto de una de sus mejores novelas (*La Fuerza de la Sangre*); y al Tasso uno de los bellos diálogos de su *Aminta.* El *Eunuco* fue traducido por La Fontaine; dio versos enteros a Horacio; y a Molière algunos de los rasgos con que hermoseó los piques y rencillas de los amantes en varias escenas de sus piezas. A *Los Hermanos* (*Adelphi*), cuadro eminentemente moral de los dos extremos del rigor e indulgencia y de las consecuencias funestas que uno y otro producen en la educación de la juventud, debió Molière el primer tipo de la *Escuela de los Maridos,* y al *Formión,* el de *Las Bellaquerías de Escapín,* en que hay más festividad, más vena *cómica,* al paso que en la primera, según el voto de un crítico francés (*Biographie Universelle, v. Terence*), se ha sabido preparar mejor la acción, animar todos los diálogos, dar a todas las escenas un movimiento rápido, suspender o encantar a los espectadores con la variedad de los caracteres y las ocurrencias ingeniosas; presentar, en una palabra, un cuadro más vasto y desempeñado mejor. *El Verdugo de sí mismo* (*Heautontimorumenos*) es, a excepción tal vez de la *Hecyra,* la más débil de las composiciones del poeta africano; y pudieran señalarse en ella no pocos pasajes de que se han aprovechado escritores distinguidos en verso y prosa.

A Terencio sucedió en el teatro romano Lucio Afranio, cuya muerte se refiere al año 100 antes de nuestra era, y que, a diferencia de sus predecesores, no sacó sus fábulas de la comedia griega, sino de las costumbres de su país y de su siglo. Llamáronse *togadas* estas piezas, porque los personajes aparecían en ellas en el traje romano o toga, como se dio el nombre de *paliadas* a las de asuntos griegos, en que el vestido común era el palio, capa corta a la usanza griega. Quintiliano celebra el talento de Afranio, aunque le acusa de extremadamente obsceno. Cicerón alaba su agudo ingenio y la facilidad de su estilo. Decíase, ponderando la exce-

lencia de estas comedias romanas, que la toga de Afranio hubiera sentado bien a Menandro:

Dicitur Afranii toga
convenisse Menandro.
(Horacio)

Nada nos queda suyo, ni de su contemporáneo Sexto Turpilio, escritor también de comedias, sino mezquinas reliquias.

III

SEGUNDA EPOCA: SATIRA

La sátira fue un género de composición que los romanos cultivaron desde muy temprano, y que en esta época dio gran celebridad a Lucilio, a quien sólo conocemos por algunos fragmentos y por la noticia que nos dan de su persona y de sus obras los escritores latinos, y especialmente Horacio.

Cayo Lucilio nació el año 148 A.C., en Suesa del país de los auruncos, en el Lacio; y sirvió en la guerra de Numancia bajo el segundo Escipión Africano, que le honró con su amistad. Mereció también la del sensato Lelio (*Cajus Lælius Sapiens*), orador y guerrero, magistrado de nombradía, pero aún más digno de ser conocido por sus virtudes, y sobre todo, por su prudencia y moderación en la vida pública y privada, prendas a que debió el sobrenombre con que le señalaron sus conciudadanos. Todos tres vivían en la más íntima familiaridad, comiendo juntos, y jugando en los ratos de ocio, con la llaneza de las antiguas costumbres romanas.

Los satiristas romanos de esta época imitaban la comedia antigua ateniense en la libertad con que zaherían, no solamente los vicios reinantes, sino las personas, designándolas por sus nombres, sin perdonar a los más eminentes. Lucilio usó de este privilegio ampliamente. Ni Opimio, vencedor de los ligures, ni Metelo, que por sus victorias ganó el título de *Macedónico,* ni Léntulo Lupo, príncipe del senado, se escudaron con su fama y su rango contra los tiros del atrevido satirista, que atacaba indistintamente al pueblo y a la nobleza, arrancando a todos, según la expresión de Horacio, la piel con que se pavoneaban en público, y denunciando sus flaquezas y vicios. Las sátiras de Lucilio eran esencialmente morales. Verdadero censor, hacía temblar a los malvados, como si los persiguiese espada en mano:

Ense velut stricto quoties Lucilius ardens
Infremuit, rubet auditor, cui frigida mens est
Criminibus...
(Juvenal)

Y no guardaba consideración, sino a la virtud:

Scilicet uni aequus virtuti.

(Horacio)

Como escritor, se recomienda la facilidad de su estilo, su gracia urbana y su cultura. Horacio, sin embargo, le encuentra demasiado parlero; está mal con las voces y frases griegas que introduce a menudo; y le compara, por el desaliño y la incorrección, a un río cenagoso, pero que lleva en sus ondas algo que merece cogerse. Las reliquias que nos quedan de este poeta justifican las alabanzas y las censuras precedentes. "Hay, entre otros, un fragmento bastante largo, en que se hace un retrato de la virtud, que ha sido muy celebrado, y con razón" (Du Rozoir).

IV

SEGUNDA EPOCA: HISTORIA

El padre de la historia romana fue Quinto Fabio Píctor, que floreció hacia el año 223 A.C. En todas partes, ha principiado la historia por cantos épicos. No faltan eruditos de alta reputación para quienes lo que se refiere de los primeros siglos de Roma es un tejido de epopeyas perdidas, en que se desfiguraron más y más los hechos con el transcurso del tiempo; y se representaron al fin bajo el símbolo de personalidades individuales las migraciones, las instituciones, las conquistas. Fabio Píctor recogió este caudal confuso de tradiciones adulteradas, interpretándolas y ordenándolas a la escasa luz de los monumentos y memorias de que antes hemos hablado y dejó separados desde entonces los dominios del historiador y del poeta. Prescindiendo de aquellos que sólo habían hablado de Roma por incidencia, una historia especial de aquel pueblo había sido escrita en prosa griega por un Diocles de Pepareto, de quien da noticia Plutarco, y que probablemente no hizo más que recopilar las tradiciones romanas. Aun con respecto a Fabio, se duda si sus *Anales* se compusieron originalmente en latín o en griego. El autor poseía ambas lenguas, y es de presumir que, habiendo escrito desde luego en la segunda, como más adecuada para una composición literaria, se tradujese él mismo a su idioma patrio. Varios críticos modernos hablan con sumo desprecio de Fabio como autoridad histórica; pero el espíritu de sistema que en los últimos años ha invadido la historia romana, ha llevado el escepticismo más allá de todo límite razonable. Con la misma facilidad que se relega al país de las fábulas todo lo que creyeron acerca de los primeros tiempos de Roma los hombres más instruidos del siglo de Augusto, se levanta, sobre textos esparcidos acá y allá en noticias casuales de escoliastas y de poetas, y con el auxilio de suposiciones y conjeturas, un edificio completamente nuevo en que admiramos el ingenio y la imaginación del arquitecto, pero

que, si nos es permitido expresar nuestro juicio, no nos parece más digno de respeto que el antiguo, ni tanto. Que haya mucho de leyenda en la temprana historia de Roma, es preciso admitirlo; que todo, o casi todo sea epopeya y símbolo es lo que no podemos persuadirnos. Hay demasiado fundamento para creer que Fabio escribió con poca crítica; que dio cabida a cosas absurdas; que descuidó la cronología; pero juzgar, por eso que no merece fe alguna, aun en los sucesos de su tiempo, sería llevar la incredulidad al extremo. La crítica de Polibio es severa; y no llega a tanto. "Hay personas, dice, que, atendiendo más al escritor que a su relato, creen todo lo que Fabio refiere, porque fue contemporáneo y senador. En cuanto a mí, aunque no pienso que debe rehusársele todo crédito, tampoco quisiera que pecásemos por un exceso de confianza, renunciando al juicio propio, sino que se pesase la naturaleza de las cosas que cuenta para juzgar hasta qué punto sea digno de fe". El estilo de Fabio, según la idea que nos dan los antiguos, era seco y desaliñado en extremo.

Citan varios autores, que hablaron de antigüedades romanas, a Casio Hermina, a quien Plinio llama el más antiguo compilador de los anales de Roma.

Lucio Cincio Alimento, pretor en Sicilia por los años de 150 A.C., y prisionero de Aníbal, es mencionado como historiador apreciable por Tito Livio, que recomienda su sagacidad en la investigación de los hechos. Parece haber escrito originalmente en griego; y no sólo historió los sucesos de Roma, sino la vida de Aníbal, y la del orador Gorgias de Leoncio. Compuso además tratados sobre varios puntos de las antigüedades romanas.

Otro anticuario de esta época fue Marco Porcio Catón, apellidado el Viejo (*Priscus*). Nació el año 232 A.C. en Túsculo, donde ahora está situada Frascati. Vio en su juventud la invasión de Italia por Aníbal, en que Roma estuvo a punto de perecer; y sirvió a las órdenes de Fabio Máximo en los sitios de Capua y Tarento. Terminada la guerra, volvió al modesto retiro de su pequeña heredad; y fue allí un dechado de la antigua frugalidad y sencillez romanas, ocupándose alternativamente en los trabajos rurales y en el ejercicio de la jurisprudencia. Sus talentos y la austeridad de sus costumbres le elevaron a las primeras magistraturas, cerradas entonces, por la ambición de las familias poderosas, a los hombres nuevos que, como Catón, no se recomendaban por la riqueza o por una ascendencia ilustre. Catón rompió esta valla; y en el desempeño de sus varios cargos adquirió más celebridad cada día, como orador, como magistrado, como hombre de Estado. Su severidad inflexible en el ejercicio de la censura, que era la suprema dignidad a que podían aspirar los que se consagraban al servicio público, le granjeó un lustre singular y muchos enemigos temibles. La posteridad le señaló con el título de Catón *el Censor* para distinguirle de otros personajes del mismo apellido, y en particular de su célebre biznieto Catón *Uticense*, que se dio la muerte en Utica. En

el seno de su familia, como en la carrera pública, fue un modelo de todas las virtudes, lo que no le libró de ser acusado hasta cuarenta y cuatro veces, aunque siempre absuelto honrosamente. En medio de tantos trabajos y peligros, sostenidos con invencible paciencia y fortaleza, vivió hasta la edad de ochenta y cinco años, gozando de una salud inalterable: alma y cuerpo de hierro, decía Tito Livio, que el tiempo, a que todo sucumbe, no pudo jamás doblegar.

No hemos podido dejar de detenernos en la parte moral de este ilustre romano, cuya menor alabanza es la de haberse distinguido como escritor en aquellos tiempos de escasa cultura literaria. Su tratado de agricultura (*De Re Rustica*), compuesto para su hijo, es la única obra suya que nos ha quedado; y aun no falta quien dude de su autenticidad. Cicerón menciona sus *Oraciones*, de que pudo ver hasta ciento cincuenta, y en que admira la dignidad en elogiar, la acerbidad en reprender, la delicadeza de los pensamientos, expresiones y máximas; pero echa menos la pureza del lenguaje, la elegancia y el número oratorio. De sus *Orígenes* o *Historia y Anales del Pueblo Romano*, en siete libros, terminados poco antes de su muerte, Cicerón, que los miraba como una mezquina historia, hace grande elogio como producción literaria, encontrando en ella las dotes de la verdadera elocuencia, aunque destituida de las galas que después se buscaron, y erizada de voces y frases que no estaban ya en uso.

El mismo Cicerón nombra otros historiadores de aquella edad: un Pisón, un Fannio, un Vennonio, escritor tan pobre como Fabio Píctor, un Celio Antípatro (*Cælius Antipater*), a quien concede alguna más vehemencia y cierta fuerza agreste, un Celio (*Cellius*), un Clodio y un Acelior, más cercano a la languidez e impericia de los otros, que al vigor de Antípatro.

Al precedente catálogo, deben añadirse: el anticuario Elio (*Lucius Ælius*), amigo de Lucilio; Valerio de Ancio (*Antium*) citado muchas veces por Livio; y algunos otros de menos nombradía, todos de escasísimo mérito literario, y cuya pérdida, sin embargo, no ha dejado de causar algún detrimento en la ciencia histórica.

V

SEGUNDA EPOCA: ORATORIA

Roma produjo, en esta época, muchos oradores notables, como no podía menos de ser bajo un gobierno popular, en que la elocuencia era un medio seguro de adquirir distinciones y de subir a los más altos puestos de la república. El catálogo de los que nombra Cicerón (*Brutus*, c. 17, etc.) es demasiado largo para reproducirlo aquí. Sólo mencionaremos los principales, omitiendo al viejo Catón, de quien hemos hablado.

Uno de ellos fue Cayo Sulpicio Galo, doctísimo en la literatura y las ciencias griegas, de quien se cuenta que, sirviendo a las órdenes de Emilio Paulo en la guerra de Macedonia, y sobreviniendo en vísperas de una batalla un eclipse de Luna, que llenó de supersticioso terror a los soldados, logró tranquilizarlos, explicándoles la causa de aquel fenómeno, hecho curioso en la historia de la astronomía, y que lo sería mucho más, si fuese cierto, como otros afirman, que Galo había pronosticado el eclipse y precavido de este modo la impresión de pavor y desaliento que iba a producir en los espectadores.

Otro hecho notable en la vida de Galo es el haber repudiado a su mujer, porque se había quitado el velo en público, dando así el segundo ejemplo de divorcio en los seis siglos que ya contaba Roma, tiempos severos en que la moral pública castigaba con tanto rigor una falta ligera.

Siendo pretor, hizo representar en los juegos apolinares el *Tiestes* de Ennio; y bajo su consulado fue dado al teatro la *Andria* de Terencio. Galo tuvo crédito de orador en una edad en que la elocuencia, según la expresión de Tulio, empezaba a ser más fogosa y espléndida.

Florecían a un mismo tiempo un Tiberio Sempronio Graco, cónsul, censor y otra vez cónsul el año 162 A.C.; A. Albino, que pocos años después obtuvo el consulado, orador elegante en su lengua, y en la griega historiador chabacano; Servio Sulpicio Galba, que emplea ya más arte en los adornos de la elocuencia y en el movimiento de los afectos; Escipión y Lelio, los dos celebrados amigos del satirista Lucilio; Marco Emilio Lépido, cónsul el año 157 A.C., en cuyas oraciones encuentra Cicerón la suavidad griega y una artificiosa estructura de estilo; y los dos hijos de Sempronio Graco, Tiberio y Cayo, de más fama que su padre por su funesta popularidad.

Habían sido educados con la mayor solicitud por su madre Cornelia, que les dio los mejores maestros latinos y griegos; y contribuyó no poco por sus propias lecciones y su ejemplo a iniciarlos en la virtud y la elocuencia. Cicerón elogia las cartas de esta ilustre matrona, que se conservaban en su tiempo, y en que se echaba de ver (dice) que sus hijos bebieron de ella, junto con la leche, el buen lenguaje. Tiberio sirvió bajo las órdenes de Escipión Africano el segundo, que era cuñado suyo; se distinguió en el sitio de Cartago; ejercía el cargo de cuestor bajo el cónsul Mancino en la guerra de Numancia; y entonces fue, cuando vencidos en varios encuentros los romanos, estrechados en un desfiladero de que les era imposible escapar, y solicitando el cónsul negociar con los enemigos, declararon éstos que no tratarían, sino con el joven Tiberio, parte por la confianza que les inspiraba su virtud, y parte por la buena memoria que su padre había dejado en España. Tiberio firmó un tratado que salvó la vida a más de veinte mil ciudadanos; pero el senado, juzgándolo injurioso a la majestad de Roma, no quiso ratificarlo; y a no haber sido por el amor del pueblo a Tiberio, le hubiera entregado junto con el cónsul a los numantinos. De aquí su odio al senado. Impulsábanle

también a provocar reformas los males que abrumaban al pueblo. Su tribunado fue una lucha violenta contra la oligarquía de los opresores, lucha que terminó en una sedición sangrienta, en que pereció él mismo a la edad de treinta años. El valor de Tiberio, su grandeza de alma, su dulce y persuasiva elocuencia le han merecido el respeto y las alabanzas de la posteridad.

Cayo era nueve años más joven. El trágico fin de su hermano le hizo dejar por algún tiempo la carrera pública. Dedicóse en el retiro al estudio de la oratoria; y tanto adelantó en ella, que Cicerón le cuenta en el número de los más grandes oradores; y le recomienda como al que más al estudio de la juventud, para aguzar y alimentar el ingenio. El brillante suceso que obtuvo en su primer ensayo, la defensa de Vetio, que había sido amigo y partidario de su hermano, y los estrepitosos aplausos con que le acogió el pueblo, alarmaron al senado, que desde entonces se empeñó en anonadarle. Tribuno el año 124 A.C., adquirió nuevos títulos al favor del pueblo y a la enemistad de los poderosos. Acaudilló después un motín; y abandonado de los suyos, tuvo que refugiarse en un bosque consagrado a las Furias, donde se hizo dar la muerte por un esclavo.

La elocuencia de Cayo era vehemente y apasionada. Se cita este rasgo: "¿A dónde iré? ¿A qué parte me volveré, desgraciado de mí? ¿Al Capitolio, manchado con la sangre de un hermano? ¿Al hogar doméstico, para encontrar allí una madre afligida, bañada en llanto?". Cicerón, que imitó después este pasaje en uno de sus más bellos alegatos, dice que todo hablaba en el orador al tiempo de pronunciarlo: los ojos, la voz, el gesto, hasta el punto de arrancar lágrimas a sus mismos enemigos.

Uno y otro hermano se cuidaron poco de las flores oratorias y de la armonía. Pero Cayo prestaba una atención minuciosa a la entonación. Cuéntase que, cuando hablaba en público, solía tener a su lado un liberto, que por medio de una flauta, le indicaba los pasajes en que debía subir o bajar el tono.

Otro orador distinguido de aquella edad fue Cayo Carbon, tribuno faccioso, que después desmintió sus principios en el consulado asociándose a los perseguidores de los Gracos; y acusado de mala conducta en el ejercicio de la autoridad, se dio muerte para evitar la sentencia.

Hacia fines de esta época, florecieron los más afamados oradores de toda ella: Antonio y Craso.

Marco Antonio, apellidado el Orador, para distinguirlo de su nieto el Triunviro, obtuvo el consulado, y poco después, la censura. Proscrito por Mario, fue expuesta su cabeza en la misma tribuna que había decorado años antes con los despojos de los enemigos vencidos. Sobresalió principalmente en el género judicial. Cicerón pondera en él la memoria, la prontitud en hacer uso de cuanto era favorable a su causa, la bien entendida distribución de los argumentos, la preparación cuidadosa bajo las apariencias de la improvisación; la estructura artística de sus períodos, en que, sin embargo, se echaba menos la elegancia; y sobre todo, la

acción, de que era un consumado maestro. Cuéntase que, en una causa capital, se manifestó conmovido hasta el punto de prorrumpir en llanto, y desnudar el pecho del reo cubierto de honrosa cicatrices, suceso que muestra lo dramática, y pudiera decirse lo histriónica que era la elocuencia judicial en Roma. En cuanto a la acción, en que el grande orador romano considera dos partes: la voz y el gesto, "el de Antonio, dice, no exprimía las palabras una a una, sino el sentido de la frase. Las manos, los hombros, el tronco, el golpear del pie, la posición del cuerpo, el andar, todos los movimientos, estaban en completa armonía con las ideas. La voz era firme, aunque un tanto ronca de suyo; pero de eso mismo sacaba partido, dándole un no sé qué de patético a propósito para inspirar confianza y excitar la conmiseración. Comprobábase en él lo que se cuenta de Demóstenes, que, preguntado cuál era la primera prenda del orador, contestó que la acción, y preguntado de nuevo cuál era la segunda, y cuál la tercera, respondió con la misma palabra; porque, en efecto, no hay cosa que penetre más adentro en las almas, ni que sea de más eficacia, para darle la forma, disposición y aptitud conveniente. Con la acción, es con lo que logra el orador parecer lo que quiere".

Lucio Licinio Craso disputaba la palma de la elocuencia a Marco Antonio. Aun no pocos se la adjudicaban al primero. A la edad de veintiún años, hizo su primer ensayo en el foro, con universal aplauso, acusando a Cayo Carbon, que se vio reducido, como antes dijimos, a darse la muerte. Seis años después, defendió a la vestal Licinia, su parienta, y obtuvo su absolución. Cónsul y censor, prestó eminentes servicios a la república. Se le censuraba su lujo y la suntuosidad de su casa en el monte Palatino, adornada de columnas del más precioso mármol. Cicerón alaba la franqueza de su carácter y su amor a la justicia.

Una gravedad suma en el estilo serio, mucha gracia y urbanidad en el jocoso, gran lucidez en la exposición del derecho eran las cualidades características de su elocuencia, compitiendo en la jurisprudencia con el célebre jurisconsulto Quinto Mucio Escévola, orador también distinguido, lo que dio motivo a que se dijera que Craso era el más grande jurisperito de los oradores, como Escévola el más grande orador de los jurisperitos. Craso venía siempre a las causas preparado; sabía captarse desde el principio la atención; era parco en las inflexiones de la voz y el gesto; vehemente, airado a veces, patético, severo y chistoso, adornado, y al mismo tiempo conciso. En él fija Cicerón la madurez de la lengua latina.

VI

SEGUNDA EPOCA: RESUMEN

En la época que acabamos de recorrer, hubo, sin duda, una grande actividad literaria en Roma y en otras ciudades de Italia; y se estudiaba con

ardor la literatura de los griegos, que llegó a ser un ramo indispensable de educación en las familias acomodadas. De aquí el tinte de imitación, que tomaron inevitablemente las letras latinas, y cuyo influjo en detrimento de la expansión original del genio nativo es hoy uno de los dogmas que inculca la crítica moderna con la exageración que le es propia.

Pocos son, como hemos visto, los monumentos que nos quedan de la literatura romana de esta época. Conservamos empero las comedias de Plauto y Terencio, que reclamarán eternamente contra la injusticia de aquel fallo de Quintiliano: *in comœdia maxime claudicamus*. De la tragedia, de la epopeya y de los otros géneros de poesía, nada queda, sino pobres reliquias esparcidas acá y allá en Cicerón, que se nutrió con las obras de que hoy carecemos, y en los anticuarios y escoliastas de las edades posteriores. La pérdida más sensible, acaso, es la de los oradores, que, como los Gracos, Antonio y Craso, eran leídos y admirados en el siglo de Augusto, contribuyendo, sin duda, a ello, más que el haberse pulido la lengua, la falta de la perfecta elegancia a que Cicerón y César acostumbraron los oídos romanos. Craso era treinta y cuatro años mayor que Cicerón; y en Terencio, que florecía setenta años antes que éste naciera, aparece ya adulta la lengua, susceptible de la más lucida nitidez con el mismo genio, la misma estructura, y salvo unos pocos vocablos que envejecieron, con los mismos elementos y giros, que en el tiempo de Horacio.

VII

TERCERA EPOCA, DESDE LA MUERTE DEL DICTADOR SILA HASTA LA MUERTE DE AUGUSTO; DE 78 A.C. A 14 P.C.

Este es el siglo de oro de la literatura latina, que se abre con Lucrecio, en cuyo lenguaje y versificación se perciben todavía vestigios de la época precedente. En lo que vamos a decir de este gran poeta, haremos poco más que extractar el excelente artículo de Villemain en la *Biographie Universelle*.

Lucrecio *(Titus Lucretius Carus)* nació el año 95 antes de nuestra era, de familia noble. Fue amigo del ilustrado y virtuoso Memmio. Vio los horrores de la guerra civil, y las proscripciones de Mario y Sila, y vivió entre los crímenes de las facciones, las lentas venganzas de la aristocracia, el desprecio de toda religión, de toda ley, de todo pudor y de la sangre humana. De aquí la relación que los señores Fontanes y Villemain han creído encontrar entre aquellas tempestades y miserias, y la doctrina funesta de Lucrecio, que, destronando a la Providencia, abandona el mundo a las pasiones de los malvados, y no ve en el orden moral, más que una ciega necesidad o el juego de accidentes fortuitos. Es preciso

desconfiar de estas especulaciones ingeniosas que son tan de moda en la crítica histórica de nuestros días, y en que se pretende explicar el desarrollo peculiar de un genio y la tendencia a ciertos principios por la influencia moral de los acontecimientos de la época, influencia que reciben todos, y sólo se manifiesta en uno u otro. ¿Por qué Cicerón, arrullado en su cuna por el estruendo de las sangrientas discordias de Mario y Sila, no fue epicúreo, como Lucrecio, sino predicador elocuente de los atributos de la divinidad? ¿Por qué, bajo la corrupción imperial, floreció en Roma la más austera de las sectas filosóficas: el estoicismo? Lucrecio se nutrió con la literatura y la filosofía de los griegos; y abrazó el sistema de Epicuro, como otros de sus contemporáneos siguieron de preferencia las doctrinas de la Academia o del Pórtico. Otra tradición poco fundada supone que compuso su poema en los intervalos lúcidos de una demencia causada por un filtro que le había hecho beber una mujer celosa. Lo que sí parece cierto es que se dio la muerte a la edad de cincuenta y cuatro años en un acceso de delirio.

En su poema didáctico *Sobre la Naturaleza (De Rerum Natura)*, se ve mucho método, mucha fuerza de análisis, un raciocinio fatigante, fundado a la verdad en principios falsos e incoherentes, pero desenvuelto con precisión y vigor. Su sistema, a la par absurdo y lógico, descansa sobre una física ignorante y errónea. Pero lo que se lleva la atención, lo que seduce en Lucrecio, es el talento poético que triunfa de las trabas de un asunto ingrato y de una doctrina que parece enemiga de los bellos versos, como de toda emoción generosa. Roma recibió de la Grecia, a un mismo tiempo, los cantos de Homero y los devaneos filosóficos de Atenas; y la imaginación de Lucrecio, herida de estas dos impresiones simultáneas, las mezcló en sus versos. Su genio halló acentos sublimes para atacar todas las inspiraciones del genio: la Providencia, la inmortalidad del alma, el porvenir. Su desgraciado entusiasmo hace de la nada misma un ser poético; insulta a la gloria; se goza en la muerte, y en la catástrofe final del mundo. Del fango de su escepticismo, levanta el vuelo a las más encumbradas alturas. Suprime todas las esperanzas; ahoga todos los temores; y encuentra una poesía nueva en el desprecio de todas las creencias poéticas. Grande por los apoyos mismos de que se desdeña, álzase por la sola fuerza de su estro interior y de un genio que se inspira a sí mismo. Y no sólo abundan en su poema las imágenes fuertes, sino las suaves y graciosas. La sensibilidad es toda material; y sin embargo, patética y expresiva.

El hexámetro de Lucrecio, como el de Cicerón, y aun el de Catulo, se presta más a la facilidad y rapidez homérica, que a la dulzura virgiliana; y si parece a veces un tanto desaliñado, otras compite con el de Virgilio mismo en la armonía. Su dicción es a menudo prosaica y lánguida; pero léasele atentamente, y se percibirá una frase llena de vida, que, no sólo anima hermosos episodios y ricas descripciones, sino que se hace

lugar hasta en la argumentación más árida, y la cubre de flores inesperadas.

Pocos poetas, dice Fontanes, han reunido en más alto grado aquellas dos fuerzas de que se compone el genio: la meditación que penetra hasta el fondo de las ideas y sentimientos, y se enriquece lentamente con ellos, y la inspiración que despierta de improviso a la presencia de los grandes objetos.

Los romanos cultivaron con ardor la poesía didáctica en este siglo. Desde Lucrecio hasta Ovidio, se hubiera podido formar un largo catálogo de poetas que se dedicaron a ella, recorriendo todo género de asuntos, desde el firmamento celeste hasta la gastronomía y el juego de pelota. (Véase el libro 2 de los *Tristes* de Ovidio, verso 471 y siguientes). Cicerón era todavía bastante joven cuando tradujo *Los Fenómenos* de Arato en no malos versos, si se ha de juzgar por los cortos fragmentos que se conservan. Didáctico debió de ser sin duda el poema de Julio César de que sólo conocemos la media docena de elegantes hexámetros en que caracteriza a Terencio. Terencio Varrón, apellidado *Atacino,* por haber nacido en la pequeña ciudad de Atax, escribió en verso una corografía, y un poema de la navegación: *Libri Navales.* Emilio Mácer de Verona, contemporáneo de Virgilio, dio a luz un poema *Sobre las virtudes de las plantas venenosas,* que se ha perdido enteramente, pues lo que se ha publicado bajo su nombre pertenece a otro médico Mácer, posterior a Galeno. César Germánico, sobrino e hijo adoptivo de Tiberio, aquel Germánico de cuyas virtudes y desgraciada muerte nos da Tácito un testimonio tan elocuente, compuso otra versión o imitación de los *Fenómenos* de Arato, de la cual se conserva gran parte. Los únicos poemas didácticos que han merecido salvarse íntegros de los estragos del tiempo, son, además del de Lucrecio, los de Virgilio, Horacio, Ovidio, Gracio Falisco y Manilio; pero sólo trataremos aquí de estos dos últimos poetas, dejando los tres restantes para la noticia que daremos de los géneros a que pertenecen sus más celebradas composiciones.

Gracio Falisco *(Gratius Faliscus)* fue autor de un poema sobre el arte de cazar con perros *(Cynegeticon),* que tenemos casi completo en quinientos cuarenta versos hexámetros. Ovidio le cita con elogio, pero al lado de otros poetas de poca fama; y los siglos siguientes que olvidan su nombre, no parecen haber cometido una grave injuria.

Escritor de otro orden fue Marcos Manilio, que floreció a fines del reinado de Augusto; y compuso un poema de *Astronomía,* que no dejó completo. El primero y el último de los cinco libros en que está dividido, son los más interesantes por el número y la belleza de los episodios. Manilio es un verdadero poeta, aunque de conocimientos astronómicos harto escasos. Ya se sabe que en su tiempo pasaba por astronomía, ciencia tan importante y tan útil, la astrología, arte vano e impostor; pero que por el influjo que atribuía a los astros sobre los destinos de los hombres y de los imperios, no dejaba de prestarse al numen poético. El estilo

de Manilio es digno del siglo de Augusto, aunque demasiado difuso, como el de Ovidio, su coetáneo. (Weiss, en la *Biographie Universelle*).

Los romanos, que en la poesía didáctica dejaron a los griegos a una distancia detrás de sí, no fueron menos felices en el epigrama, en que, a nuestro juicio, pocos poetas, si alguno, pueden competir con Catulo (*Cajus* y según ciertos manuscritos *Quintus Valerius Catullus*). Nacido en Verona de una familia distinguida, se formó conexiones respetables en Roma, entre otras, la de Cicerón. Aunque la colección de sus obras no es voluminosa, recorre en ella los principales géneros de poesía, y por lo que sobresale en cada uno, se puede calcular lo que hubiera sido, si menos dado a los placeres y a los viajes, se hubiese consagrado más asiduamente a las letras. Parece que algunas de sus composiciones se han perdido. Su disipación le puso en circunstancias embarazosas de que él mismo se ríe (*carmen* 13); pero que le obligaron a tener demasiadas relaciones con los jurisconsultos y abogados célebres de su tiempo. Hubo, sin embargo, de reponerse, pues se sabe que posteriormente poseía una casa de campo en Tíbur (Tívoli), y otra mucho más considerable en la península de Sirmio (Sirmione en el lago Benaco), cuyas ruinas parecen más bien restos de un palacio magnífico, que de una casa particular. César fue atacado por el poeta en tres punzantes epigramas; y se vengó dispensándole su amistad y su mesa. Según la opinión más común, murió en Roma, joven todavía.

Los epigramas en que más se distingue Catulo, son los de la forma de madrigal, pequeñas composiciones llenas de dulzura y gracia, como aquella en que llora la muerte del pajarito de Lesbia, o aquella otra con que saluda a Sirmio a la vuelta de sus largos viajes. Hay otros epigramas que son propiamente odas satíricas, a la manera de Arquíloco y de Horacio, como las citadas contra el conquistador de las Galias, invectivas en que la sátira es personal, acre y mordaz. En los epigramas propiamente dichos destinados a expresar un pensamiento regularmente satírico e ingenioso, es preciso confesar que a menudo ha quedado bastante inferior a Marcial y a muchos otros de los poetas antiguos y modernos. En los cantares eróticos, en los epitalamios, la belleza de las imágenes y la suavidad del estilo no han sido excedidas por escritor alguno. Su traducción de la célebre oda de Safo compite en calor y entusiasmo con el original. El *Atys*, inspirado por el delirio de las orgías de Cibeles, es una poesía de carácter tan singular, tan único en su especie, como el metro en que está escrito. No fue Catulo tan feliz en la elegía, aunque no desmerezcan tanto las suyas entre lo mucho y bueno que nos han dejado los romanos. Pero *Las Bodas de Tetis y Peleo* es indisputablemente la mejor de sus obras, rasgo épico de gran fuerza, en que el asunto indicado por el título no es más que el marco de la fábula de Ariadne, la amante abandonada, a que debió Virgilio algunos de los mejores matices con que hermoseó a su Dido.

Corresponde a esta variedad de géneros la de los metros. En los de Catulo, que igualan a menudo a los de Virgilio y Horacio en armonía, se nota de cuando en cuando que la facilidad degenera en desaliño y dureza. Otro defecto más grave es el de la chocante obscenidad de lenguaje, en la que Catulo está casi al nivel de Aristófanes.

La antigua elegía se debe considerar como una especie de oda, más sentimental que entusiástica, compuesta siempre de un metro peculiar, el dístico de hexámetro y pentámetro, y no destinada exclusivamente a asuntos tristes, ni menos al amor, aunque éste era el asunto a que más de ordinario se dedicaba: poesía muelle, sobradas veces licenciosa, bien que circunspecta en el lenguaje, y cuyos inconvenientes agranda la perfección misma a que fue levantada en el siglo de que damos cuenta. Preludió a ella Catulo, y le sucedió Galo *(Cneus,* o *Publius, Cornelius Gallus),* natural de Frejus *(Forum Julium)* en la Provenza, que, de una condición oscura, se elevó a la amistad íntima de Augusto; y en recompensa de sus servicios, recibió de éste el cargo de prefecto de Egipto. Su crueldad y orgullo le granjearon el odio de los habitantes y del emperador mismo. Condenado a una gruesa multa y al destierro, no pudo sobrevivir a su deshonor; y se dio la muerte a la edad de cuarenta y tres años, 26 A.C. Galo tradujo algunas obras de Euforion, poeta de Calcis y de la escuela alejandrina, que cultivó varios géneros; y a pesar de la obscenidad y afectación de su estilo, fue muy estimado de los romanos hasta el reinado de Tiberio. Galo, a ejemplo de Euforion, compuso elegías, que no se conservan; pues la que se ha publicado bajo su nombre es conocidamente apócrifa. Quintiliano censuraba en ellas lo duro del estilo: vicio que Galo debió probablemente a la escuela de Alejandría, y a Euforion en particular. *(Biographie Universelle).*

A Galo sucedió Tibulo *(Albius Tibullus).* Nada le faltó, si hemos de creer a su amigo Horacio, de cuanto pueda hacer envidiable la suerte de un hombre: salud, talento, elocuencia, celebridad, conexiones respetables, una bella figura, una regular fortuna, y el arte de usar de ella con moderación y decencia. Tibulo, con todo, parece haber sido desposeído de una parte considerable de su patrimonio; y se conjetura, con bastante probabilidad, que, habiendo seguido en las guerras civiles el partido de Bruto junto con Mesala Corvino, su protector y amigo, sus bienes, como los de otros muchos, fueron presa de la rapacidad de los vencedores. Contento con los restos de la riqueza que había heredado de sus padres, sólo pensaba en gozar días tranquilos, sin ambición, sin porvenir, cantando sus amores, en que fue más tierno que constante, y cultivando por sí mismo su pequeña heredad en una campiña solitaria no lejos de Tívoli. De los grandes poetas del siglo de Augusto, Tibulo es el único que no ha prostituido su musa adulando el poder. Todas las composiciones incontestablemente suyas son del género elegíaco; pues el *Panegírico de Mesala,* obra mediocre, hay fuertes motivos de dudar que le pertenezca.

Ningún escritor ha hecho sentir mejor que Tibulo, que la poesía no consiste en el lujo de las figuras, en el brillo de locuciones pomposas y floridas, en los artificios de un mecanismo sonoro, porque vive todo en la franca y genuina expresión que transparenta los afectos y los movimientos del alma, y avasalla la del lector con una simpatía mágica a que no es posible resistir. En sus versos, se reproducen a cada paso el campo y el amor. El nos habla sin cesar de sí mismo, de sus ocupaciones rústicas, de las fiestas religiosas en que, rodeado de campesinos, ofrece libaciones a los dioses de los sembrados y de los ganados, de sus cuidados, sus esperanzas, sus temores, sus alegrías, sus penas. Aun cuando celebra la antigüedad divina de Roma, lo que se presenta desde luego a su imaginación, es la vida campestre de los afortunados mortales que habitaban aquellas apacibles soledades, abrumadas después por la grandeza romana. ¿Cómo es que, con tan poca variedad en el fondo de las ideas, nos entretiene y embelesa? Porque en sus versos respira el alma, porque no pretende ostentar ingenio. Es imposible no amar un natural tan ingenuo, tan sensible, tan bueno. Nada más frívolo, que los asuntos de sus composiciones; pero ¡qué lenguaje tan verdadero, tan afectuoso! ¡qué suave melancolía! El no parece haber premeditado sobre lo que va a decir. Sus sentimientos se derraman espontáneamente, sin orden, sin plan. Las apariciones de los objetos que los contrastan y las analogías que hacen nacer de improviso, es lo que guía su marcha. Su manera característica es la variedad en la uniformidad, la belleza sin atavío, una sensibilidad que no empalaga, un agradable abandono. (Naudet, *Biographie Universelle*).

Propercio (*Sextus Aurelius Propertius*) es un genio de otra especie. Nació en Mevania (hoy Bevagna en el ducado de Spoleto). Su padre, caballero romano que en la guerra civil había seguido el partido de Antonio, fue proscrito por el vencedor, y degollado en el altar mismo de Julio César; y si fuera verdad que este acto bárbaro se ejecutó por orden de Augusto, sería difícil perdonar las alabanzas que le prodiga Propercio. Verdad es que el joven poeta obtuvo por su talento la protección de Mecenas y Augusto. Era amigo de Virgilio, que le leyó confidencialmente los primeros cantos de su *Eneida*, como se infiere de la última elegía del libro 2, en que tributa un magnífico elogio al poema y al autor. Murió hacia el año 12 A.C., siete años antes que Virgilio y Tibulo, que fallecieron casi a un tiempo.

La posteridad ha vacilado acerca de la primacía entre Tibulo y Propercio. Hoy está decidida la cuestión. El lugar de Propercio, como el de Ovidio, es inferior al de Tibulo. Su estilo lleno de movimiento y de imágenes, carece a menudo, no diremos de naturalidad, sino de aquel abandono amable que caracteriza a su predecesor. Propercio le aventaja en la variedad, la magnificencia de ideas, el entusiasmo fogoso; pero no tiene su hechicero abandono. Sus afectos están más en la fantasía, que en el fondo del alma. Su erudición mitológica es a menudo fastidiosa,

como lo había sido la de su predilecto Calímaco. Otra censura merece; y es la de haber ultrajado más de una vez la decencia, a que nunca contravino Tibulo. Hay elegías en que su imaginación toma un vuelo verdaderamente lírico, como cuando canta los triunfos de Augusto, la gloria de Baco y de Hércules. Nos ha dejado también dos heroídas, que pasan por dos bellos modelos de este género semi-dramático: la de *Aretusa* a *Licotas* y la de *Cornelia* difunta a su marido *Paulo. (Biographie Universelle).*

Ovidio viene en la elegía después de Propercio, cronológicamente hablando; porque no nos parece justo mirarle como de inferior jerarquía. Ovidio fue en realidad uno de los ingenios más portentosos que han existido; y aunque no se le adjudique la primacía en ninguno de los variados géneros a que dedicó su fértil vena, él es quizás de todos los poetas de la antigüedad el que tiene más puntos de contacto con el gusto moderno, y que ha cautivado en todos tiempos mayor número de lectores. Mas, para juzgarle, es preciso verle entero. Considerarle ahora como elegíaco, después como épico, en una parte como dramático, en otra como didáctico, sería dividir ese gran cuerpo en fragmentos que, contemplados aisladamente, no podrían darnos idea de las dimensiones y el verdadero carácter del todo.

Su biografía es interesante; y envuelve un secreto misterioso, que no se ha descifrado satisfactoriamente hasta ahora. No podemos resistir la tentación de detenernos algunos momentos en ella.

Ovidio *(Publius Ovidius Naso)* nació en Sulmona el 13 de las calendas de abril, o 20 de marzo del año 43 A.C. Era de una antigua familia ecuestre. El y su hermano Lucio fueron a Roma a educarse en el arte oratorio bajo la dirección de los más célebres abogados; pero Ovidio era irresistiblemente arrastrado a la poesía, para la cual había manifestado disposiciones precoces, de que él mismo nos informa con su característica gracia en una de sus elegías. (*Tristes,* libro 4, elegía 10). Para perfeccionar su educación, fue enviado por sus padres a Atenas. Una muerte prematura le arrebató el hermano querido; y a la edad de diez y nueve años, único heredero del patrimonio paterno, ejerció en su patria los cargos que conducían a los empleos senatoriales; pero la dignidad de senador le pareció, como él mismo dice, superior a sus fuerzas. Exento de ambición, abandonó la carrera pública, y se consagró exclusivamente a las Musas. Tuvo relaciones de amistad con los grandes poetas, con las personas más distinguidas de su tiempo, y con Augusto mismo, que hacía versos y protegía liberalmente los talentos. En una reunión de caballeros romanos, que se celebraba anualmente en Roma, fue distinguido por el dominador del mundo, que le regaló un hermoso caballo. Ovidio se había granjeado por sus escritos una celebridad temprana: leídos al pueblo, en el teatro, como se acostumbraba entonces, eran vivamente aplaudidos; y al prestigio de un entendimiento cultivado y de

una bella y fecunda inspiración, se juntaban en él la finura y amabilidad en el trato social.

No sabemos los nombres de sus dos primeras mujeres. La tercera, a quien permaneció firmemente unido por toda su vida, y cuya virtud y constancia fueron su consuelo y apoyo en el infortunio, pertenecía a la ilustre familia de los Fabios. Marcia, mujer de Fabio Máximo, el más fiel y firme de sus amigos, y uno de los favoritos de Augusto, era a un tiempo parienta del emperador y de Fabio: circunstancia que, por desgracia de Ovidio, le dio entrada en la casa y los secretos de la familia de los Césares.

Los versos de Ovidio eran licenciosos; y su vida, desordenada. Ni los consejos de la amistad, ni la opinión pública, ni los clamores de la envidia pudieron triunfar de sus inclinaciones. Hallaba una gloria fácil en la popularidad de sus poesías elegíacas, fruto de una fantasía lozana y risueña, acalorada por el delirio de los sentidos. Publicó cinco libros de elegías, intitulados *Los Amores,* que después redujo a tres; y en ellos cantó a Corina, nombre supuesto, bajo el cual han creído algunos que designaba a Julia, hija de Augusto, y viudad de Marcelo, casada posteriormente con Marco Agripa, y de una triste celebridad por su escandalosa disolución. Pero esta conjetura parece desmentida por lo que el mismo Ovidio ha dejado traslucir sobre la causa de las iras de Augusto, no imputándose más delito que el de haber presenciado lo que no debía.

Al mismo tiempo que *Los Amores,* compuso las *Heroídas,* cartas que se suponen dirigidas por heroínas de la mitología o de la historia a sus amados, y género de composición de que Ovidio se llama inventor, aunque el de las cartas ficticias no fue desconocido de los griegos, y las dos elegías arriba citadas de Propercio pueden clasificarse en él sin violencia. Las *Heroídas* de Ovidio constituyen uno de los monumentos más notables que nos ha trasmitido la antigüedad. El poeta prodiga en ellas las más ricas ficciones de los siglos heroicos; y aunque se repitan las ideas, y se reproduzcan demasiadas veces las quejas de un amor infeliz, es maravillosa la destreza con que el poeta ha sabido paliar la monotonía de los asuntos, variando siempre la expresión, y aprovechándose de todos los accidentes de persona y localidad de cada uno para diferenciarlo de los otros.

Dedicóse también por el mismo tiempo a la tragedia; y publicó su *Medea,* que manifiesta, dice Quintiliano, de lo que Ovidio hubiera sido capaz, si hubiera querido contenerse en los límites de la razón. En esta pieza, que se ha perdido, como todas las tragedias romanas anteriores a las de Séneca, arrebató el poeta la palma de la musa trágica a todos sus contemporáneos.

A los cuarenta y dos años de su edad, publicó su *Ars Amandi.* Este poema, colocado entre los didácticos, aunque lo que se enseña en él es la seducción y el vicio, se puede considerar como un retrato de Roma en aquella época de corrupción y tiranía. Ahí se ve la magnificencia

y el lujo de un pueblo que se ha enriquecido con los despojos de las tres partes del mundo; dueño del universo, pero avasallado por los deleites sensuales, y esclavo de un hombre. No por eso debe creerse que Ovidio haya contribuido a deteriorar las costumbres de su siglo; antes bien, es preciso reconocer que la depravación general influyó en el uso culpable que el poeta hizo demasiadas veces de su talento. Ovidio, aun en esta composición, respeta más la decencia del lenguaje, que Catulo, Horacio y Marcial, y que Augusto mismo, de quien se conservan odas infames. El *Ars Amandi* tuvo un suceso prodigioso; y sin embargo, las leyes callaron, y el poeta continuó gozando de los favores del príncipe diez años enteros.

Publicó poco después otros poemas del mismo género: el *Remedio del Amor,* donde, entre máximas y preceptos graves, se encuentran de cuando en cuando los extravíos de una imaginación licenciosa, y el *Arte de los Afeites,* en que, al paso que se proponen medios artificiales para corregir la naturaleza, se censura en las mujeres el excesivo anhelo de ataviarse y de parecer bien, y se recomienda la modestia como el primero de los atractivos de su sexo. Sólo se conserva un fragmento de cien versos. Menos todavía ha sido respetado por el tiempo su *Consuelo a Livia,* esposa de Augusto, afligida por la muerte de su hijo Druso Nerón, habido en primeras nupcias.

La familia de Ovidio se componía de una esposa querida, respetada de los romanos por su virtudes; de su hija Perila, que cultivaba las letras y la poesía lírica; y de dos hijos de tierna edad. Tenía en Roma una casa cerca del Capitolio y un jardín en los arrabales, que se complacía en cultivar con sus propias manos. Era sobrio; jamás cantó el ruidoso regocijo de los banquetes, ni los desórdenes de la embriaguez. No gustaba del juego. Ninguna pasión baja o cruel manchó su reputación. En sus extravíos mismos, se contuvo dentro de ciertos límites, que otros grandes ingenios de Grecia y Roma traspasaban sin rubor. Era ingenuo, sensible, agradecido. Reunía las cualidades del hombre amable a los sentimientos del hombre de bien. Pero cuando la fortuna parecía colmar sus votos, cuando sus versos hacían las delicias de los señores del mundo, cuando contaba entre sus amigos los personajes más ilustres por su rango o por sus talentos, una desgracia imprevista vino a herirle en el seno de la gloria, de los placeres y de la amistad. Contaba cincuenta y dos años, cuando Augusto le relegó a Sarmacia, a las últimas fronteras del imperio, habitada por bárbaros, sujetos apenas a la dominación romana. El *Ars Amandi,* publicado diez años antes, era el pretexto; la causa verdadera de la condenación es todavía un misterio. He aquí cómo la explica el erudito escritor que nos sirve de guía.

Tiberio, digno hijo de Livia, adoptado por Augusto, y destinado a sucederle, montaba ya las gradas del trono; y todo lo que podía poner estorbo a su ambición, alarmaba su alma sombría. Livia, por su parte, llenaba de recelos y terrores el alma de su marido. Agripa Postumio,

nieto de Augusto, hubiera debido heredar el imperio. Livia le hizo sospechoso; Augusto le desterró. Julia, la hermana de Agripa, fue desterrada al mismo tiempo; y esta época coincide con la del destierro de nuestro poeta. ¿No se puede conjeturar que Ovidio, protegido, amado tal vez, por la primera Julia, abrazó los intereses de la segunda y del joven Agripa con demasiado celo, y se concitó así el odio de Tiberio y de Livia? Augusto lamentaba a sus solas la desventura de su nieto, excluido del trono para hacer lugar a un extraño. Temeroso de Tiberio, hostigado por Livia, esclavo en su propio palacio, debilitado por los años, entregado a prácticas supersticiosas, reducido a desterrar una mitad de su familia, después de haber visto perecer la otra, desahogaba su dolor en el seno de la amistad más íntima. Acompañado de un solo confidente, Fabio Máximo, algunos años después, fue a ver al desgraciado Agripa a la isla de Planasia, adonde estaba confinado, le prodigó las ternuras de un padre, lloró con él; y no se atrevió, con todo, sino a lisonjearle con la esperanza de mejor suerte. Máximo confió este secreto a su mujer; su mujer tuvo la imprudencia de revelarlo a Livia; y un hombre que había merecido toda la confianza del emperador, no tuvo más recurso que matarse. Su mujer muere pocos días después; Augusto fallece súbitamente en Nola; Tiberio reina; Agripa es asesinado; a Julia, su madre, se había dejado morir de hambre; y desde esta época, pierde Ovidio toda esperanza de restitución. Recuérdense sus estrechas relaciones con Fabio Máximo; ténganse presente los repetidos pasajes de sus *Tristes* y de sus *Pónticas* en que se acusa de imprudencia, de insensatez, de haber visto lo que no debía, de no haber cometido crimen; y se deducirá con bastante verosimilitud que los autores de su destierro fueron Tiberio y Livia; y que el haber sido sabedor y testigo de alguna trama palaciega en favor de los nietos de Augusto, fue la verdadera causa de su destierro.

Volvamos atrás. Ovidio dice el último adiós a Roma y a los suyos; maldice su fatal ingenio; quema sus obras; entrega también a las llamas sus *Metamorfosis,* a que no había dado aún la última mano, pero afortunadamente existían ya muchas copias de este inmortal poema, que es hoy el primero de sus títulos de gloria. El generoso Máximo, que no había podido consolarle a su salida de Roma, le alcanza en Brindis, estrecha entre sus brazos al amigo de su niñez, y le promete su apoyo. Ovidio, confinado a Tomos, a las orillas del Ponto Euxino, vive allí cerca de ocho años, entre las inclemencias de un clima helado y las alarmas de la guerra, en medio de tribus salvajes y hostiles y sin más protección que la de Cotis, rey de los tomitanos, dependiente de Roma. Un yelmo cubría muchas veces sus cabellos canos, tomaba la espada y el escudo, y corría con los habitantes a defender las puertas contra los ataques de los escuadrones bárbaros que inundaban la llanura, sedientos de sangre y pillaje. La poesía era todo su consuelo. Allí compuso sus *Tristes* y sus *Pónticas,* elegías admirables en que conserva todas las gracias de su estilo. Guardémonos de creerle, cuando nos dice que las desgracias habían

extinguido su genio, y que, viviendo entre los tomitanos, raza mezclada que hablaba un griego corrompido, se había hecho sármata, y perdido la pureza de su idioma nativo. Todo agrada en aquellos melancólicos trenos; y si repite a menudo sus quejas, sus votos, los dolores de tantas pérdidas amargas, la expresión es siempre natural, ingenua, variada: el poeta habla la lengua todopoderosa del infortunio, de un infortunio sin medida, sin término, sin esperanza.

Ovidio compuso en el destierro el *Ibis,* en que tomó, por la primera y última vez, el azote vengador de la sátira; y sin dejar ni el tono, ni el metro de la elegía, inmola a la detestación de la posteridad a un enemigo atroz, que quiere poner el colmo a su desventura, solicitando del príncipe la confiscación de sus bienes. *Ibis* (ave egipcia que, devorando las serpientes y reptiles, purgaba de ellos el país) era el título de una obra en que Calímaco se desataba con invectivas y execraciones contra Apolonio Rodio sin nombrarle. Ovidio siguió su ejemplo; pero se cree que su perseguidor había sido un liberto de Augusto, llamado Higino, despreciable escritor de fábulas mitológicas.

En su destierro, acabó también de escribir la más interesante de sus obras didácticas: los *Fastos* de Roma, de que sólo se conservan los seis libros relativos a los primeros seis meses del año. El poeta refiere día a día las causas históricas o fabulosas de todas las fiestas romanas; y nos da a conocer el calendario de aquel pueblo, y no poca parte de sus costumbres y supersticiones. En el sentir de algunos críticos, éste es el más perfecto de los poemas de Ovidio.

Otra obra didáctica suya fue el *Halieuticon,* que tiene por asunto la pesca, y ha sido elogiado por Plinio; pero de que sólo quedan reliquias desfiguradas por los copiantes. Ignoramos en qué período de su vida lo compusiese Ovidio; y lo mismo podemos decir de sus epigramas, de un libro contra los malos poetas, citado por Quintiliano, y de su traducción de Arato.

Ovidio escribió también versos jéticos, que acabaron de conciliarle el amor de los tomitanos. Decretos solemnes de aquel pueblo le colmaron de distinciones y alabanzas; y le adjudicaron la corona de yedra con que se honraba a los grandes poetas. Leyéndoles un día su *Apoteosis* de Augusto, compuesta en aquel idioma, se suscitó un prolongado murmullo en la concurrencia; y uno de ella exclamó: "Lo que tú has escrito de César debiera haberte restituido a su imperio". Consumido por sus padecimientos, sucumbió al fin hacia los sesenta años de edad, en el octavo de su destierro. (Villenave, *Giographie Universelle*).

Los escritos de Ovidio se distinguen por una incomparable facilidad; y cuando se dice incomparable, es preciso entenderlo a la letra, porque ningún poeta, antiguo ni moderno, ha poseído en igual grado esta dote. Pero ¡cuántas otras le realzan! Si tiene algún defecto su versificación, es su nunca interrumpida fluidez y armonía. Entre tantos millares de versos, no hay uno solo en que se encuentre una cadencia insólita, un

concurso duro de sonidos. Homero es fácil; pero ¡cuánto ripio en sus versos! Los de Lope de Vega se deslizan con agradable fluidez y melodía; pero cometiendo a menudo pecados graves contra el buen gusto y el sentido común. Ovidio no sacrifica la razón o la lengua al ritmo; no se ve jamás precisado a violentar el orden de las palabras o su significado; no revela nunca el esfuerzo; y su lenguaje, siempre elegante, transparenta con la mayor claridad las ideas. En sus elegías es suave y tierno; el dolor se ha expresado pocas veces con más sentidos acentos. Las *Metamorfosis* forman una inmensa galería de bellísimos cuadros, en que pasa por todos los tonos desde el gracioso y festivo hasta el sublime. Si se le ofrecen a veces pormenores ingratos, como en los *Fastos* él encuentra un giro poético para comunicarlos. Abusa, es verdad, de las riquezas de su imaginación; es algunas veces conceptuoso; otras acopia demasiada erudición mitológica. Pero ábrasele donde quiera: por más que se repruebe aquella excesiva locuacidad, tan opuesta a la severidad virgiliana, por más que se descubran ya en él algunos síntomas de la decadencia que sufrieron poco después las letras romanas, su perpetua armonía, su facilidad maravillosa, su misma prodigalidad de pensamientos y de imágenes, nos arrastran; y es menester hacerse violencia para dejar de leerle.

La tragedia, según hemos visto, dio algunas flores a la guirnalda del amante de Corina. Otros poetas habían adquirido fama en este género de poesía, a que, sin embargo, podía tal vez aplicarse con más justicia que a la comedia el *maxime claudicamus* de Quintiliano. Entre ellos, se habla particularmente de Polión y de Vario.

Polión (*Cajus Asinius Pollio*), partidario de César en las guerras civiles, y posteriormente de Antonio, permaneció neutral entre éste y Octavio, cuya estimación o confianza mereció. Ilustróse en la guerra; pero lo que más le ha recomendado a los ojos de la posteridad, es la protección que dispensó a las letras y a los grandes poetas del reinado de Augusto. Horacio elogia sus tragedias.

Lucio Vario, amigo de Virgilio y de Horacio, cantó en una epopeya, que tuvo mucha nombradía por aquel tiempo, las victorias de Augusto y Agripa; se sabe que su juicio era de la mayor autoridad en materias de literatura; y su tragedia *Tiestes*, si se ha de creer a Quintiliano, podía ponerse en paralelo con cualquiera de las del teatro griego.

De los escritos de Polión, nada queda; y de los de Vario, un corto número de versos.

Nos sentimos inclinados a rebajar mucho de la idea ventajosa que nos da Quintiliano de la tragedia romana de esta época. La de Sófocles y Eurípides no podía nacionalizarse en Roma, donde le faltaba el espléndido cortejo de los coros, que le daba tanta solemnidad y grandeza en el teatro ateniense. La *comedia nueva* de los griegos pudo tener, y tuvo efectivamente mejor suerte, porque estaba reducida a piezas puramente dramáticas, sin ingrediente alguno lírico, como en los tiempos modernos. No creemos imposible la tragedia en pueblo alguno que tenga inteligen-

cia y corazón: la tragedia del pueblo de Roma, pero no la tragedia de Sófocles. Así las de Polión, de Vario, de Ovidio, invenciones felices, tendrían algún brillo como composiciones literarias; pero es cierto que no merecieron una acogida popular, como los dramas de Plauto y Terencio.

Las circunstancias que perjudicaron al desarrollo del drama romano, y a que los mismos Plauto y Terencio tuvieran dignos sucesores: fueron, por una parte, la magnificencia de los espectáculos públicos, en que, según la expresión de Horacio:

Migravit ab aure voluptas
Omnis, ad incertos oculos et gaudia vana;

y por otra, los combates sangrientos del anfiteatro, con los cuales era difícil que compitiese la representación ficticia de los dolores y agonías del alma. La primera de estas causas debía precisamente influir desventajosamente sobre todo drama; la segunda perjudicaba de un modo particular a la tragedia.

A pesar de estos inconvenientes, no vemos que dejase de haber numerosos auditorios para las piezas dramáticas de uno y otro género, pues en tiempo de Horacio eran concurridas las piezas de los antiguos Accio, Pacuvio, Afranio, Plauto y Terencio; Fundanio escribía comedias por el estilo de estos últimos; y se sostenían las *atelanas,* que conservaron su festividad y desenvoltura satírica hasta el tiempo de los emperadores. Hubo además por este tiempo una especie de espectáculo mixto, que obtuvo gran popularidad: *los mimos*. El mimo puro era la representación de la vida humana por medio de actitudes y gestos, sin acompañamiento de palabras: arte que llevaron los romanos a una perfección de que apenas podemos formar idea. El número de actores mímicos de uno y otro sexo era grande en Roma; y frecuente el uso que se hacía de ellos en las diversiones públicas y domésticas, y hasta en los funerales mismos, donde el llamado *arquimimo* tomaba a su cargo remedar el aire, modales, movimientos y acciones del difunto. Pero lo que debe ocuparnos aquí son las farsas en que un poeta suministraba el texto que debía, por decirlo así, glosar el actor, sea que éste pronunciase los versos, o que otra persona los recitase al mismo tiempo; pues parece que de uno y otro modo se ejecutaba la representación mímica. Estas farsas exhibían una pintura fiel de las costumbres, de las extravagancias, de las ridiculeces; y aun osaban parodiar los actos más serios, echando la toga senatorial sobre la vestidura del arlequín; pero degeneraban a menudo en bufonadas, chocarrerías y obscenidades. Según el testimonio de los antiguos, en los buenos mimos centelleaba el ingenio sin ofender la decencia; y excitaban en los espectadores emociones tan vivas, tan deliciosas, como las piezas de Plauto y Terencio.

Décimo Laberio, caballero romano, uno de los más famosos autores y compositores de mimos, habiendo incurrido en el desagrado de César,

fue forzado por el dictador a representar públicamente una de sus farsas. Laberio, que entonces contaba cerca de sesenta años, disculpó, en el prólogo, una acción tan impropia de su edad y su clase; y exhaló su dolor en términos que habrían debido mover la compasión del auditorio. Sin que lo contuviera la presencia de César, introdujo en la pieza picantes alusiones a la tiranía, que fueron fácilmente comprendidas por el pueblo. César, terminada la farsa, le regaló un anillo; y le permitió retirarse. Dirigióse, pues, a las gradas de los caballeros, donde no pudo hallar asiento. Cicerón, viendo su embarazo, le dijo que de buena gana le daría lugar, si no estuviera tan estrecho, aludiendo al gran número de senadores noveles creados por César. "No es extraño, le contestó Laberio, pues acostumbras ocupar dos asientos". Zahería de este modo la versatilidad de Cicerón entre Pompeyo y César. Se conserva, entre otras reliquias, el prólogo pronunciado en aquella ocasión; y Rollin, que lo elogia altamente, lo inserta en su *Tratado de Estudios*.

Otro mimógrafo célebre fue Publilio Siro. Esclavo en sus primeros años, recibió de su amo una educación esmerada, y poco después la libertad. Dedicóse a escribir mimos; y obtuvo en ellos los aplausos de muchas ciudades de Italia, y últimamente de Roma, donde, en un certamen literario, se llevó la palma sobre Laberio y sobre cuantos escritores trabajaban entonces para las fiestas teatrales. Publilio Siro gozó de una gran reputación en el más bello siglo de la literatura romana. Se han conservado algunas de las excelentes máximas de moral derramadas en sus mimos y expresadas con notable concisión en un solo verso. A este mérito, y a la decencia de sus escritos, se debió sin duda el uso que los romanos hacían de ellos en las escuelas, como atestigua San Jerónimo.

Vario, según hemos dicho, aspiró a dos coronas que no se han visto jamás reunidas en la frente de ningún poeta; y, si se ha de dar fe a sus contemporáneos, con tan buen suceso en la epopeya, como en la tragedia, aunque es de creer que ni en una, ni en otra, lo tuvo completo; y merece al menos alabanza por haber seguido el ejemplo del viejo Ennio, tratando asuntos romanos, el de Cicerón, cuyo *Mario,* sin embargo, no parece haber contribuido a su gloria, el de Terencio Varrón Atacino, que, además de traducir o imitar, con el título de *Jasón,* los *Argonautas* de Apolonio Rodio, cantó la victoria de César sobre los galos del Sena, el de Hostio, que compuso otra epopeya sobre la guerra de Iliria: poemas que tuvieron el honor de haber sido imitados por Virgilio en algunos pasajes. Dedicáronse muchos otros en esta época a la epopeya. Pero no podemos detenernos en nombres oscuros, cuando nos llama el príncipe de la poesía romana.

Publio Virgilio Marón nació el 15 de octubre del año de Roma 684, 70 A.C., en una aldea llamada hoy Petiola, entonces Andes, no lejos de Mantua. Todo hace creer que una granja fue su primera habitación; pastores, los compañeros de su niñez; el campo, su primer espectáculo. Educóse en Cremona; y a los dieciséis años de edad, se trasladó a Milán,

donde tomó la toga viril el día mismo de la muerte de Lucrecio, como si las Musas, dice Lebeau, hubieran querido señalar a su joven favorito como el poeta a quien pasaba la herencia de un gran genio. De allí fue a perfeccionar su educación a Nápoles, la antigua Parténope, famosa por sus escuelas, que conservaba, con la lengua de los griegos, las tradiciones de aquella nación ilustre y la afición a las letras y la ciencia. Allí estudió física, historia natural, medicina, matemáticas y todo lo que entonces formaba el caudal científico de la humanidad. Dedicóse sobre todo a la filosofía. Así Epicuro, Pitágoras, Platón, reviven en los versos de Virgilio; y nadie ha probado mejor qué de riquezas puede sacar la poesía de este comercio íntimo con los escudriñadores de la naturaleza y del alma humana. Después de la batalla de Filipos, se dirigió a Roma; y fue presentado por Polión a Mecenas, y por Mecenas a Augusto, de quien obtuvo la restitución de la heredad, de que había sido despojado su padre por el centurión Ario. (Tissot).

Criado en el campo, entre pastores, dotado de un alma tierna, pensativo, amigo de la soledad, poeta del corazón, avezado a expresar sus ideas en un estilo suave y melodioso, parecía nacido para el género pastoral. Ni al que había recorrido la Italia desde Milán hasta la encantada Parténope podían faltar, como cree el elegante escritor que nos sirve de guía, las inspiraciones de una bella naturaleza campestre; ni creo que haya motivo de pensar con el mismo escritor que la vida de los pastores ofreciese a esta especie de poesía un tipo más adecuado en Sicilia y en la edad de Teócrito, que en Italia y en el siglo de Augusto; ni existido jamás en parte alguna los pastores felices que diviertan sus ocios cantando amores y tradiciones nacionales, como los que el mismo escritor imagina haberse pintado al natural en los idilios de Teócrito. ¿Por qué, pues, lo que hay de pastoral en las *Bucólicas* del poeta de Mantua es en gran parte imitado, traducido de los idilios sicilianos? ¿Por qué Virgilio, con tantas dotes naturales y adquiridas, es tan inferior a su modelo? Yo encuentro la causa en la nobleza y elevación nativa del genio de Virgilio, que no se presta fácilmente a la égloga. Se le ve, comprimido en ella, arrojar el pellico, escaparse de los pastos y de los rediles, cada vez que puede, y remontarse a regiones más altas: *Paulo majora canamus*. No sabe dar dulces sonidos al caramillo, sino cuando toca tonadas tristes; entonces sólo es poeta verdadero y original; y si toma las ideas de Teócrito es para darles una expresión, una vida, de que Teócrito no era capaz. En la primera égloga, conversan dos pastores; Títiro feliz, y Melibeo desgraciado, expelido de su heredad, llevando delante de sí su menguada grey, huyendo de la soldadesca que se apodera de aquellos campos en otro tiempo venturosos. Casi todo lo que dice el primero es flojo y tibio; pero ¡qué sentimiento, qué profunda melancolía, qué movimientos apasionados en el segundo! Se presiente al poeta que cantará algún día la emigración troyana, como en los magníficos versos finales al autor de las *Geórgicas*.

El poeta de Sicilia tuvo gran parte en la égloga segunda del mantuano, cuya ejecución, es, sin embargo, más acabada, y sólo hace desear que tan brillantes versos expresasen una pasión menos abominable. La cuarta, que se cree destinada a celebrar el nacimiento de un hijo de Polión, combina con el estro poético las fantasías de un vaticinio misterioso, en que algunos imaginaron que se pronosticaba por inspiración divina la venida y reino del Mesías. En la sexta, Heine alaba en una nota el argumento y el modo de tratarlo: Sileno canta el origen del mundo, según las ideas de los más antiguos filósofos, y pasa luego rápidamente por varias fábulas hermoseándolo todo con imágenes de esmerada belleza, suavidad y dulzura. La égloga octava, como la primera de Garcilaso, consta de dos partes, que forman cada una un todo, y no tienen conexión alguna entre sí, excepto el preámbulo que las enlaza; pero, en el poeta castellano, los dos pastores exprimen los sentimientos que verdaderamente los afectan, al paso que los de Virgilio contienden uno con otro en composiciones estudiadas, lo que entibia ciertamente el interés y la simpatía de los lectores. De la décima égloga que algunos miran como la mejor de todas, sólo podemos decir que tiene pasajes muy bellos y arranques valientes de delirio amoroso.

Tissot mira las diez églogas de Virgilio como los ensayos artísticos de un gran maestro que forma su estilo en bosquejos rápidos, pero de un gusto severo, y terminados a veces con el cuidado que ha de emplear un día en obras de mayor importancia. Tal vez es demasiado favorable este juicio. En algunas de ellas, no hay unidad, no hay plan; y se zurcen con poco artificio pensamientos inconexos, casi todos ajenos. Se encuentran también acá y allá versos flojos, insulsos, que desdicen de aquella severidad de juicio que resplandece en las producciones posteriores.

Otro defecto, aun más grave, si fuese real, hallaríamos nosotros en las alegorías perpetuas que algunos comentadores de estragado gusto han imaginado encontrar en varios trozos de las *Bucólicas*. Hay, sin duda, pasajes en que el poeta alude en boca de un pastor a la corte de Augusto, significando su gratitud al tirano de Roma, y tributándole la adoración servil de que todos los ingenios de aquel tiempo se hicieron culpables. Pero extender la alegoría a todos los pormenores de una égloga, es una puerilidad que no debemos imputar, sin más fundamento que analogías remotas e interpretaciones forzadas, a ningún poeta de mediana razón en el siglo de oro de las letras latinas.

Tal fue el primero y no muy feliz ensayo de los romanos en la égloga. En el género didáctico, Lucrecio hubiera bastado a su gloria; pero les estaba reservado otro título no menos brillante. Las *Geórgicas* de Virgilio no llegan a la altura del poema de la *Naturaleza* en sublimidad y valentía; pero en todas las otras dotes poéticas, le aventajaban; y en el todo son una producción más perfecta, a que no es comparable ninguna otra de su especie, antigua o moderna. Tissot desearía un orden más lógico en la distribución de las materias; pero esto haría desaparecer aquel aire

de espontaneidad y de entusiasmo casi lírico, que forman, a mi juicio, una de las excelencias de este poema. Nuestro autor censura también, y con sobrada justicia, la invocación a Octavio, como una indigna y absurda lisonja, contraria a todas las leyes del sentido común y del arte, pues en la entrada de una obra dedicada a la agricultura, no sólo se diviniza a un mortal, sino se le da más lugar a él solo, que a Ceres, Baco, Pan, Neptuno, Minerva y todas las divinidades tutelares del campo. Pero tal es el hechizo de la poesía de Virgilio, que no hay tiempo de reparar en los defectos. ¡Qué multitud de bellezas! ¡Qué suavidad de tonos! ¡Qué habilidad para amenizar la aridez de los preceptos y los más humildes pormenores, como por ejemplo, la descripción del arado y de los otros instrumentos de labranza! ¡Qué interés derramado sobre las ocupaciones campestres, sobre los ganados, sobre las plantas, sobre la microscópica república de las abejas! Todo vive, todo palpita, en aquella espléndida idealización de la agricultura. ¡Y qué arte consumado en los contrastes y las transiciones! ¡Con qué gracia pasa el poeta de las terribles tempestades de otoño, y del mundo espantado con el estruendo de los elementos, a la fiesta rural de Ceres! Los estragos de la guerra civil le arrancan dolorosos gemidos; y cuando parece por un momento olvidar su asunto, ¡qué naturalmente vuelve a él, exhumando con el arado las osamentas de los romanos, que dos veces han engrasado la tierra con su propia sangre, e implorando la piedad de Augusto hacia las campiñas desoladas y la agricultura envilecida! En el segundo libro, no respira menos el amor a la patria. El elogio de Italia, de su clima, de sus producciones, de las maravillas que la decoran, la vuelta de la primavera, la fiesta bulliciosa de Baco, y sobre todo, la pintura de la felicidad campestre, son pasajes que la última posteridad leerá con delicia. Las *Bucólicas* son un ensayo, en que hay negligencias, pormenores de poco valor, bosquejos imperfectos, lunares más o menos chocantes. En las *Geórgicas*, aparece un talento maduro, fecundo, variado, que es ya dueño de sí mismo; y se ha elevado a una altura asombrosa. Véase, entre otras muchas muestras, aquella pintura de los tormentos y crímenes de la codicia, entre las escenas risueñas de la vida campestre. Virgilio toca todos los medios de hacer amar a los romanos el campo; y su virtuoso deseo de restituirlos a la sencillez antigua se ve estampado por todas partes en las *Geórgicas*. En el tercer libro, exceptuando la importuna apoteosis de Augusto, se encuentran bellezas nuevas y de una gracia particular. El pincel de Virgilio, cuando bosqueja las cualidades, las formas, la educación de los ganados, corre con encantadora facilidad, y siempre con la misma pureza de gusto. Complácese en escribir, con cuidado especial, todo lo concerniente a aquellas dos familias tan útiles al hombre: la una mansa, subordinada, apacible; la otra libre, fogosa, atrevida. Y todavía contemplamos embelesados este cuadro halagüeño, cuando se nos presenta el de la peste de los animales, en que Virgilio lleva la compasión y el terror a su colmo. No hay nada en poesía, dice Tissot, que iguale a la alta perfección

de este libro, que junta a sus otros méritos el de una distribución sabiamente ordenada. El cuarto libro, destinado a las abejas, ofrece menos interés; pero no es posible dejar de admirar los colores brillantes que se derraman sobre el asunto sin desnaturalizarlo; y los recursos inesperados, las gracias nuevas de que se vale el poeta para sostener la atención, terminando todo en la fábula de Aristeo, que deja impresiones profundas, como el desenlace de un drama. Júntese a todo esto la simplicidad elegante, la suavidad del verso, la armonía imitativa; y no extrañaremos que esta obra incomparable haya costado siete años de estudio y trabajo a un gran genio que ha probado bastante sus fuerzas, que se ha formado en la escuela de los griegos, y se ha enriquecido con todos los conocimientos de su tiempo. (Tissot).

Llegada la poesía didáctica a este punto, debía forzosamente bajar. Por apreciables que sean las tentativas de Ovidio y Manilio en este género, no pueden sostener la comparación con una obra que el voto unánime de los inteligentes ha mirado como la más perfecta del más grande de los poetas romanos.

Vario ocupaba acaso el primer lugar entre los épicos de su tiempo, cuando se presentó Virgilio a disputarle esta palma. Virgilio había concebido el plan de celebrar los hechos de Augusto. Ligar el nacimiento de Roma a la caída de Troya, adoptando las tradiciones nacionales de los romanos, dar un viso de legitimidad a la usurpación de Augusto, transmitiéndole la herencia de Eneas, padre de la raza de reyes que se creía haber fundado y gobernado la ciudad eterna; conciliar la veneración de los romanos al imperio de un príncipe que, después de haber derramado a torrentes la sangre de los pueblos, quería concederles los beneficios de la paz, y ocultar las facciones del verdugo bajo la máscara de la clemencia; predicar la monarquía moderada en un país tantos años desgarrado por los bandos civiles; y tal vez ablandar el alma de hierro del tirano encallecida en las proscripciones, inclinándola al olvido de las injurias, a la piedad religiosa, y a la moderación en el poder supremo, tales son las pretensiones de Virgilio; y la elección misma de sus héroes lo atestigua. El carácter que da al príncipe troyano, el pío Eneas, modelo de amor filial y de humanidad para con los enemigos mismos, no permite rehusar al poeta este tributo de reconocimiento. Ensalzando a Octavio, ha querido Virgilio cooperar a la metamorfosis que se operaba en este insigne delincuente, y enseñarle a merecer el nombre de Augusto. En sentir de Fenelón, el reino de Príamo es una cosa accesoria en la *Eneida;* Augusto y Roma es lo que el poeta no pierde nunca de vista. Así en el primer libro, ¿por quién intercede Venus con el rey del cielo? Por Roma. El esplendor futuro de Roma es lo que Júpiter revela a su hija para consolarla; y la magnificencia de esta revelación eclipsa toda la majestad de Ilión en el tiempo de su fortuna. ¿Por qué es arrancado Eneas al amor de Dido? Porque el padre de los dioses quiere asegurar a Roma el imperio del universo. Roma figura, junto con Cartago y Aníbal, en las sublimes

imprecaciones de esta reina desesperada. Cuando la guerra está a punto de estallar entre los troyanos y los rútulos, el Tíber, el palacio de Latino, las imágenes que lo adornan, los pueblos de Italia que corren a las armas, el templo de Jano, los sabinos, abuelos de Roma, todo nos habla de ella. En el octavo libro, se nos muestran las fuentes del Tíber, la humilde cuna de Roma, la roca Tarpeya, el futuro Capitolio en las esparcidas chozas de Evandro. En fin, Roma toda, sus misteriosos orígenes, sus combates, sus conquistas, sus ceremonias religiosas sus progresos hasta el apogeo de su gloria en la batalla de Accio y la sumisión del Eufrates, se nos muestran de bulto en la visión de los Campos Elisios y en el escudo fatídico de Eneas. Es cierto que esta duplicidad de asuntos, Roma y Troya, Eneas y Augusto, dañan a la unidad de la composición. Virgilio, penetrado de Homero, ha querido darnos en doce cantos una imitación de la *Ilíada* y de la *Odisea;* y unido a esto el propósito decidido de hacer entrar en una epopeya troyana la parte más rica de los anales romanos, se ha producido con vicio incurable el plan virgiliano; porque, o sucede que las mayores bellezas no están íntimamente enlazadas a él, ni el interés graduado como correspondía; o que las creaciones más felices menoscaban la grandeza del héroe, como en el cuarto libro, o apocan a los desterrados de Troya, que, después de los romanos del sexto y octavo libro, se nos antojan pigmeos, progenitores de una raza de gigantes. Pero tal vez una epopeya a la manera de la *Ilíada* no hubiera encontrado admiradores en un pueblo tan engreído de sí mismo, tan ufano de sus proezas y de la dominación del mundo. Virgilio ha tomado en cuenta el estado de las creencias, los progresos de la razón, el descrédito del politeísmo, las tradiciones nacionales que ocupaban tanto lugar en la historia, y el espíritu de la corte de Augusto. Era menester una Roma para que la poesía pudiese concebir el vaticinio de Júpiter en el primer libro, la reseña de la posteridad de Eneas, y las maravillas grabadas en el escudo del héroe por Vulcano. Aquí es Virgilio tan grande como su asunto; y ningún poeta le aventaja o le iguala, porque junta a la elevación del genio imponente la majestad romana, templada como es necesario que lo sea la autoridad inherente al sublime, por toda la pulidez y elegancia de los griegos.

En ninguna parte se hallará un canto de epopeya tan dramático como el segundo libro de la *Eneida,* en que alternativamente se ve estampada la grandeza homérica, la majestad de Sófocles y la sensibilidad de Eurípides. Ha sido menester tomar el pincel de la Musa trágica para trazar aquel gran drama de la ruina de Troya; y ni Eurípides, ni Racine han sido tan elocuentes para excitar la compasión y el terror. La Andrómaca de Virgilio es una obra maestra de composición, en que se cumple con todo lo que el decoro y el respeto a la virtud prescriben, y se manifiesta al vivo el poder de un sentimiento religioso y profundo sobre una de aquellas almas heroicas y tiernas cuya pureza no deslustra el infortunio. En la edad de Homero, y aun en la de Eurípides, este carácter no hu-

biera tenido un tipo, y no podía tener un pintor. Del mismo modo, la Dido, aunque deudora de algunos rasgos al más trágico de los griegos, y al célebre Apolonio de Rodas, es una creación original realzada por una elocuencia de pasión que el poeta debe a su genio y a su siglo. Atenas no tiene nada que ponerle a su lado. Eran necesarios diecisiete siglos, religión y costumbres diversas, instituciones desconocidas de los antiguos, y el poder soberano de la mujer en las sociedades modernas; era necesario que se descubriesen nuevos misterios en una de las más borrascosas pasiones del corazón humano, para que Racine pudiera llegar a poseer el idioma que Virgilio presta a Dido.

Los seis últimos libros de la *Eneida,* dice Chateaubriand, contienen acaso excelencias más originales, más peculiares de Virgilio, que los seis primeros. En efecto, continúa Tissot, sólo en sí mismo ha podido Virgilio hallar inspiraciones para pintar la muerte de Niso y Euríalo, de Palante y Lauso, la de Camila, los lamentos de la madre del joven Euríalo, los tristes presentimientos de Evandro, el funeral de Palante, el guerrero que expira recordando a su patria, su dulce Argos, el dolor de Iuturna cuando ve acercarse el momento fatal de Turno, su hermano. En todas estas pinturas, el poeta romano revela un alma como la de Eurípides, pero con más suave tristeza, con un lenguaje más parecido al de las diferentes expresiones del dolor mujeril, y con una melodía, como la del acento de la mujer cuando es un eco fiel del corazón. El último esfuerzo del talento era hallar bellezas de otro orden comparadas con las que había dejado en los primeros seis libros; y esto es lo que ha hecho Virgilio excediéndose a sí mismo en la alocución de Alecto a Turno, en la lucha de Caco y Hércules, y en el himno en loor de este dios, himno que tiene todo el vigor y movimiento de un coro de Esquilo y al mismo tiempo el gusto puro del más perfecto de los escritores. Aun después de los trozos épicos sembrados en las *Geórgicas,* Virgilio parece haber guardado una poesía nueva para la *Eneida.*

Virgilio, para dar la última mano a su obra, quiso trasladarse a Atenas; y éste fue el motivo con que su amigo Horacio compuso aquella oda célebre, dirigida a la nave del poeta. En Atenas le encontró su protector Augusto a la vuelta del Oriente, y le acogió con su acostumbrado favor. Debía volver a Roma con el emperador; pero atacado de una enfermedad repentina sólo pudo llegar a Brindis (otros dicen Tarento); y allí falleció a la edad de cincuenta y dos años, el 19 A.C. Sus restos, llevados, según sus deseos, a Nápoles, se depositaron en el camino de Puzola. Virgilio institutó herederos a su hermano materno Valerio Próculo, a Mecenas, Augusto, Vario y Plocio Tuca (*Plotius Tucca*), que, en vez de consentir en quemar la *Eneida,* como Virgilio mandaba en su testamento, se limitaron a quitar algunos versos imperfectos, sin permitirse la más leve adición. Era Virgilio de alta estatura, facciones toscas, cuerpo débil, estómago delicado; muy frugal y sobrio; naturalmente serio y melancólico. Gustaba de la soledad, y del trato de hombres virtuosos e ilustrados. Era

dueño de una casa magnífica cerca de los jardines de Mecenas; y gozaba de una fortuna considerable, que había debido a la munificencia de Augusto y de otros personajes de cuenta. Usaba noblemente de sus riquezas, abriendo su biblioteca a todos, y socorriendo con extremada liberalidad a sus numerosos parientes. Era tan modesto, que huía a la primera casa que se le deparaba para sustraerse a la muchedumbre que se agolpaba a verle, o le señalaba con el dedo. Cierto día, unos versos suyos que se recitaban en el teatro excitaron tanto entusiasmo, que toda la concurrencia se puso en pie; y el poeta, que asistía presente, recibió las mismas demostraciones de honor y respeto que se tributaban a Augusto. No se debe olvidar que el general Championnet en Nápoles y el general Miollis en Mantua se aprovecharon de los primeros instantes de la victoria de las armas francesas para honrar con un monumento la cuna y la tumba del poeta. No hay certidumbre de que se conserve su verdadera efigie.

Pocos años mediaron entre la *Eneida* y las *Metamorfosis*. Contamos este poema entre los épicos, porque es enteramente narrativo; y si bien los personajes y la acción varían a cada momento, cada fábula está enlazada a las contiguas de un modo ingenioso, que da cierta apariencia de unidad al conjunto. Tal fue a lo menos el plan del autor; y si se rompe algunas veces la continuidad, éstas son probablemente algunas de las imperfecciones que Ovidio se había propuesto corregir, pues él mismo dice que no dio la última mano al poema:

Dictaque sunt nobis, quamvis manus ultima coepto
Defuit, in facies corpora verta novas.

Aunque en las *Metamorfosis* se nota una manifiesta decadencia, como generalmente en las obras de Ovidio, comparadas con las de Horacio y Virgilio, no se puede negar que hay grandes bellezas en esta epopeya, brillando en ella, no sólo las dotes que caracterizan a todas las producciones del autor, y que ya dejamos notadas, sino excelencias peculiares. La narración es fluida y rápida; las descripciones, pintorescas. No faltan rasgos sublimes, ni discursos animados y elocuentes, aunque con cierto sabor de retórica, y sembrados de conceptos sutiles y epigramáticos. Entre las mejores muestras, pueden citarse las oraciones de Ayax y Ulises en el libro 13 y la exposición que hace Pitágoras de su sistema de filosofía en el 15. Abundan también excesivamente las sentencias; y en general encontramos demasiada imaginación e ingenio, aun donde sólo debiera hablar el corazón.

Demos ahora algunos pasos atrás; y examinemos en Horacio la poesía lírica de los romanos (pues casi toda se reduce a sus odas), los progresos de la sátira, y un nuevo género, el epistolar, que se confunde a veces con el didáctico.

Horacio (*Quintus Horatius Flaccus*) nació en Venusia, ciudad fronteriza de Lucania y Apulia, el 8 de diciembre del año 66 A.C. Su padre era liberto; ejerció el oficio de receptor en las ventas públicas; logró

hacer con su honrada industria una pequeña fortuna; y la empleó en dar a su hijo la mejor educación que pudo, educación no inferior a la que recibían entonces los hijos de caballeros y de senadores. No menos solícito de la instrucción literaria, que de las buenas costumbres del hijo, le llevaba él mismo a la escuela, y cuidaba de inculcar en su alma sanos principios, mostrándole con ejemplos prácticos los malos efectos del vicio y la disipación. Horacio, como muchos otros, fue a perfeccionar su educación en Atenas; y allí se encontró con Bruto, el austero republicano y uno de los asesinos de César. Horacio siguió el partido de Bruto, que le hizo tribuno de una legión romana. La primera vez que el joven Horacio vio una batalla, fue en las llanuras de Filipos, donde los republicanos fueron derrotados con gran pérdida; y el mismo Horacio huyó, arrojando deshonrosamente el escudo, *relicta non bene parmula,* como él mismo tuvo la ingenuidad de confesarlo. Horacio juzgó que no había resistencia posible a las armas del vencedor, que la república había exhalado su último aliento, que le era necesaria la paz, y sobre todo, se sentía poeta; y creyó que su genio le proporcionaría tarde o temprano algún asilo pacífico. Volvió, pues, a su patria arruinado; sus bienes habían sido confiscados; compró un cargo de amanuense del erario; y empezó a componer versos. Principió por la sátira, y por algunas odas en que procuró imitar los metros griegos. Granjeóse de este modo la amistad de Vario y Virgilio, que le presentaron a Mecenas. Esta primera entrevista con el favorito de Augusto, reservada por una parte, tímida y modesta por otra, no pareció haberle granjeado la aceptación de Mecenas, que era extremadamente circunspecto en la elección de sus amistades; pero al cabo de nueve meses, le llamó de nuevo, le contó desde entonces en el número de sus amigos, y le ofreció su mesa. Pocos años después, acompañó a Mecenas y Virgilio en un viaje a Brindis, que él mismo ha descrito con mucha naturalidad y donaire en la sátira 5 del libro 1º; y pocos sospecharían que en este viaje tan divertido, en que el poeta no habla sino de los incidentes más comunes y frívolos, se trataba de nada menos que de una negociación política entre Octavio y Marco Antonio, que se disputaban el imperio del mundo. A la vuelta, le dio Mecenas una bella heredad en las cercanías de Tíbur, mansión de delicias, que celebra muchas veces en sus versos, y donde, asegurado por la victoria de Accio, pudo ya entregarse sin inquietud a la filosofía y a las Musas. Joven, había sido bastante patriota para alistarse en la misma causa que Catón; pero ambicioso no fue jamás. Augusto quiso hacerle su secretario íntimo; Horacio rehusó; y el emperador, lejos de irritarse, siguió tratándole como su favorecido y su amigo. Horacio era un hábil cortesano; y las lecciones que da de este arte difícil manifiestan, como su propia conducta, que no lo creía incompatible con la pureza y la independencia de carácter. Accedía a las invitaciones de Mecenas en un tono que juzgaríamos hoy demasiado franco. "Espíritu noble, dice Julio Janin, que jamás quemó lo que antes adoraba; y celebró en sus obras a Catón y a Bruto, y a la vieja y santa

República". A la verdad, él fue cómplice de toda Roma en la divinización de Augusto; pero no canta con más entusiasmo sus victorias, que las leyes reformadoras de las costumbres; y cuando celebra al vengador de Craso, es a Régulo, el tipo de Roma republicana, al mártir de la disciplina antigua, a quien consagra casi entera una de sus mejores odas. El déspota se quejaba de que el poeta no le hubiera dedicado todavía ninguna de sus epístolas. "¿Temes, le dice, deshonrarte a los ojos de la posteridad manifestándole que eres uno de mis amigos?" Y con este motivo le dirigió al fin la epístola *Cum tot sustineas,* que, después de unos pocos renglones en alabanza del emperador, rueda toda sobre la literatura romana de su siglo; y es, bajo este punto de vista, una de las más instructivas. Si su juventud corrió en pos de los placeres, fue sin mengua de su reputación. Predicó siempre la moderación y la virtud; y consagró la edad madura al retiro, a la meditación, a la amistad y a la filosofía. Hizo profesión del epicureísmo, pero sin esclavizarse a él.

Nullius addictus jurare in verba magistri,

sin desconocer los deberes del ciudadano, y la excelencia de la virtud, aun como medio de felicidad. Su divisa era la de los utilitarios modernos: *Utilitas justi prope mater et aequi.* Todo manifiesta en sus escritos la sencillez de sus costumbres, la modestia; y si, usando del privilegio de los poetas líricos, se promete la inmortalidad, y anuncia que será leído hasta de los galos e iberos, ¿cuánto no ha excedido la realidad a la profecía? Fue de pequeña estatura, de complexión delicada, legañoso; engordó demasiado en sus últimos años; y encaneció antes de tiempo. Murió a la edad de cincuenta y siete años.

Horacio emprendió varios géneros; sobresalió en todos; y en cada uno, ha diversificado bastante el tono y estilo.

Sucesor de Catulo en la lírica, amplió y mejoró los metros, pulió el lenguaje; y si no aventaja, ni acaso llega a la suavidad o la valentía de unos pocos rasgos de su predecesor (que, por otra parte, nos ha dejado un cortísimo número de producciones que pertenezcan verdaderamente a este género), le es en general muy superior en las ideas, en la riqueza del estilo y la sostenida elegancia. Hay mucha gracia y blandura en los cantos que ha consagrado al placer, y en los que con arte exquisito nos hace ver a la distancia la muerte y lo efímero de las dichas humanas, como para sombrear el cuadro. Hay sensibilidad y dulzura en las odas eróticas, que se rozan a veces con la sencillez del diminutivo madrigal; y mucha elevación y magnificencia en las odas morales, llenas de arranques patrióticos que hacen recordar al tribuno de Bruto. Las guerras civiles le hacen exhalar sentidos acentos; y sus cánticos de victoria se ciernen a veces en la verdadera región del sublime. La amistad no ha sido nunca más expresa, más cordial, más franca. Es punzante en sus yambos; y si excesivamente licencioso en algunos, se-

vero vindicador de la moral en otros. Los que escribe contra la hechicera Canidia *(At o deorum)* que, no obstante la crítica de Escalígero, me parecen los mejores de todos, presentan un pequeño drama, con rápidas y pintorescas escenas, en que alternan la compasión y el horror. Hasta poeta religioso es de cuando en cuando el filósofo epicúreo; y en sus himnos seculares no falta unción; pero lo que más le realza, es el sentimiento de la nacionalidad romana; y todo esto no agota aun la variedad extremada de asuntos y estilos de estas breves poesías, que abrazan un ámbito inmenso, desde los vuelos pindáricos hasta los juegos ligeros de Anacreonte.

Pero, a nuestro juicio, no es la oda la principal gloria de Horacio. En este género, quedó inferior a los griegos, según el dictamen unánime de la antigüedad; y ha tenido muchos y poderosos competidores en la Europa moderna, al paso que en la sátira y la epístola, ninguno le iguala.

En la época de que tratamos, había precedido a Horacio, como escritor satírico, Terencio Varrón, a quien se me ofrecerá volver más adelante. Varrón, que fue uno de los hombres más eruditos de su tiempo, compuso una especie particular de sátira, que de su nombre se llamó *varroniana,* y del de Menipo, filósofo cínico, natural de Gádara, en la Fenicia, a quien Varrón tomó por modelo, *menipea.* Las sátiras de Menipo estaban mezcladas de prosa y verso; y en los versos, se parodiaba a los más antiguos poetas. Varrón adoptó la misma mezcla; y aun introdujo varios metros, intercalando además pasajes griegos, y sazonando con la burla y el chiste las máximas de la más elevada filosofía. Ni de estas obras de Varrón, ni de las de Menipo, se conservan más que los títulos. Varrón Atacino, escritor fecundo, de quien ya hemos hablado dos veces, había probado también sus fuerzas en la sátira; pero, como escritor satírico, Horacio dejó muy atrás a todos sus predecesores, y a Lucilio mismo, en la poesía, en la pureza de gusto, la elegancia, la fina ironía, la urbanidad, el donaire. No tiene el tono sentencioso de Persio, ni la declamación colérica de Juvenal. Horacio emplea contra los vicios el arma del ridículo. La sátira novena del primer libro en que se refiere el encuentro de Horacio con un importuno, la tercera del segundo, en que se prueba que todos los hombres son locos; la quinta, en que Ulises consulta al adivino Tiresias; la séptima, en que Davo da lecciones de moral a su amo, son modelos del diálogo cómico. No es inferior la cuarta del mismo libro, en que un profesor de gastronomía expone los secretos de su arte con ridículo magisterio, pero en una versificación esmerada y una bella disertación, como se necesitaba para hermosear pormenores tan ingratos y frívolos. La descripción de la escena nocturna de hechicería en la octava del primero, tiene el mismo mérito de versificación y estilo; y es en extremo animada y graciosa. El convite de la octava del mismo libro es un drama festivo, en que se nos introduce a una mesa romana; y se nos representa un anfitrión vanidoso, de quien se burlan solapadamente sus convidados. Hay, en algunas, discursos y disertaciones que se reco-

miendan por una filosofía indulgente y amable, que pintan al vivo los perniciosos efectos de los placeres y las dulzuras de la vida retirada y modesta con una fortuna mediocre. Pero lo que hace singularmente deliciosa la lectura de varias sátiras, como la cuarta y la sexta del libro primero, es la pintura ingenua que el poeta nos da de sí mismo, de su educación, de su modo de vivir, en que se ríe de sus propias flaquezas con el mismo buen humor, que de las ajenas; en que se ve al cortesano de Augusto tributar, a la memoria del liberto a quien se gloría de haber debido el ser, un homenaje de gratitud y veneración que conmueve. El sentimiento no ha encontrado nunca una expresión tan verdadera y sencilla. Aun aquellos mismos que miran la poesía de los romanos como una copia pálida de la griega, exageración infundada, hija del espíritu de sistema, que domina hoy a la historia y a la estética, aun esos mismos se ven obligados a confesar que la sátira es toda romana; y a la de Horacio es a la que se debe esta calificación en un grado eminente. Lo que más difícil nos parece absolver de mal gusto, es la crítica que prefiere la elaborada acrimonia de Juvenal o la sentenciosa oscuridad de Persio a la naturalidad encantadora, la diafanidad, el exquisito abandono, la urbana finura, el pincel delicado de Horacio.

La epístola en verso es un género en que no tuvo modelos, y en que es preciso decir, aun después de lo que hemos dicho de sus sátiras, que se excedió a sí mismo, y es más perfecto, si cabe. Las hay de diferentes tonos y estilos, empezando por la esquela de convite y la carta de recomendación, y acabando por las literarias, críticas y didácticas; pero generalmente se nota una bien marcada diferencia entre el verso y dicción de estas poesías y el de las sátiras, siendo en las cartas menos cadencioso el verso y más suelto y espontáneo el lenguaje, como conviene al diverso carácter de la conversación familiar y de la correspondencia epistolar. En las morales, la independencia, la moderación en los placeres, las ventajas de la mediocridad, los tranquilos goces de la vida del campo, son los temas a que recurre frecuentemente, y que se hermosean con oportunas y rápidas observaciones, con apropiadas y vivas imágenes, sin estudio, sin ambicioso ornato. No están en el tono de la *Epístola Moral* de Rioja [1], excelente por otro estilo; nada que no sea sacado de la vida común y de las costumbres; nada del rigor estoico; ninguna acrimonia, ninguna énfasis; es un filósofo que se estudia a sí mismo, que ve en sí mismo los extravíos, las inconsecuencias, las contradicciones que censura, y que todo lo templa con la ingenuidad y la indulgencia. En esta especie, nos parecen particularmente felices la décima séptima y la décima octava, en que se dan consejos para el cultivo de la amistad y el buen uso del favor de los poderosos. Aparece allí el hábil cortesano, tanto como el elegante escritor; pero la cortesanía de Horacio no está reñida con la independencia de carácter; y de esto nos da una muestra notable en la epístola séptima a Mecenas, digna de leerse por más de un título. Las que tratan de literatura y poesía, no sólo contienen reglas

juiciosas, sino particularidades de mucho interés sobre el gusto de los romanos, sobre los estudios, sobre los espectáculos. Pero en las cartas de pura amistad es en las que mejor se conoce el talento amenizador de Horacio, que filosofa jugando, riendo, solazándose. Entre lo más exquisito que nos ha dejado el poeta de Venusia, contamos dos breves rasgos: recuerdos a Julio Floro y los otros compañeros de Tiberio en su expedición al Oriente, y la invitación a Torcuato. (*Epístolas* 3 y 5 del libro 1).

Horacio es inimitable como narrador. A su fábula de los *dos ratones* en la sátira sexta del libro segundo, hay pocas comparables en La Fontaine; y ¿qué cuento puede ponerse al lado del de Filipo y de Vulteyo Mena en la epístola a Mecenas arriba citada? ¿Ha bosquejado mejor algún moralista las felicidades que pueden gozarse con el trabajo y la honradez en los más oscuros senderos de la vida?

Resumamos con Julio Janin. Horacio es el hombre de la suave moral, de las efusiones íntimas, de las agradables y finas parlerías, de los goces elegantes: *simplex munditie*. No hay un mal pensamiento en su espíritu; no hay un sentimiento malévolo en su corazón. Poeta de todos los tiempos, de todas las edades, de todos los países, de todas las condiciones de la vida. Cuerdo y aturdido, enamorado y filósofo dado a la meditación y nada enemigo de los buenos ratos de la mesa, cortesano y solitario, burlón de buena sociedad, enderezador de tuertos sin cólera y sin hiel. Leed sus epístolas. En ellas, es algo más que escritor y poeta: es él mismo. Allí se muestra con toda la sencillez y franqueza de su buen natural.

¡Cuánto es de lamentar que haya entre sus odas tres o cuatro ilegibles por su licenciosidad, y que sea necesario rayar algunos renglones de otras tantas sátiras para ponerlas en manos de los jóvenes!

Horacio es contado también en el número de los poetas didácticos por su *Arte Poética,* que es la última de sus epístolas. Toda, en efecto, es doctrinal, y de mucha más extensión que la más larga de las otras. "Se encuentran en ella, dice Villenave, excelentes preceptos sobre la composición poética, noticias históricas de la poesía, y en especial del drama, y hasta reglas de versificación y lenguaje; pero todo con tan poco orden, y se echan menos tantas cosas para un tratado completo, que el ingenioso Wieland ha llegado a creer que, no tanto se propone en ella el poeta dar lecciones a Pisón y a sus hijos, como arredrarlos, por encargo del padre, de la manía de hacer versos. Cualquiera que haya sido el objeto de Horacio, su *Arte Poética,* como la llaman, es para la poesía el código eterno de la razón y el buen gusto". A nuestro juicio, no es ésta una de las producciones más a propósito para dar a conocer lo que hay especial y característico en el genio de Horacio.

Después de Horacio y de Virgilio, era necesario que la poesía latina declinase. Ovidio fue la transición. En sus escritos, se conserva el esplendor de los bellos días de Augusto, pero entre nubes y sombras, que anuncian una rápida decadencia. De la pureza de Virgilio a la desa-

rreglada exuberancia de Ovidio, que se deleita a veces en agudezas, y hasta en retruécanos, hay una distancia que no guarda proporción con los treinta y seis años que mediaron entre la muerte del uno y la del otro. Y es de notar que estos defectos aparecen ya en las obras juveniles de Ovidio; y se han desarrollado bastante en las *Metamorfosis*.

VIII

TERCERA EPOCA: ELOCUENCIA

A los oradores Craso y Antonio, que cerraron la época anterior, se siguieron inmediatamente muchos otros. Ninguna edad fue más fecunda de oradores, según Cicerón; y entre los que cita, merecen señalarse Julio, notable por la gracia y chiste con que condimentaba sus oraciones; Cota *(Cajus Aurelius Cotta)*, que floreció en los tiempos borrascosos de Mario y Sila, y acusado ante el pueblo, habló con energía contra la corrompida administración de justicia, que estaba en manos de los caballeros, y se impuso voluntariamente el destierro, sin aguardar la sentencia, pero fue después restituido a la patria por el dictador Sila; otro Cota *(Lutius Aurelius Cotta)*, orador fluido, elegante, pero de poco nervio, y (lo que era entonces una gran falta) de una voz algo débil, cónsul el año 63 A.C., y censor en el siguiente; P. Sulpicio, de elocuencia grave, animada, magnífica, sostenida por un metal de voz espléndido y por una gesticulación llena de gracia, pero perfectamente adaptada al foro, no al teatro; y dejando otros de inferior reputación, Hortensio, el célebre rival de Tulio.

Quinto Hortensio, ocho años mayor que Cicerón, era de una familia plebeya, ilustrada por nombres históricos. A la edad de diecinueve años, apareció por la primera vez en el foro, y con el más brillante suceso. Sirvió luego en el ejército, como acostumbraba la juventud romana; y fue uno de los *legados* o tenientes de Sila en la guerra contra Mitrídates. Vuelto a Roma, la halló viuda de sus más ilustres oradores, víctimas de las proscripciones, circunstancia que aumentó mucho su importancia en el foro. El año 80 A.C. fue su primera lucha con Cicerón, que defendía la causa de Quincio. En el cargo de edil curul, dio juegos públicos de extraordinaria magnificencia; y distribuyó trigo al pueblo. Subió después a la pretura y al consulado; y estaba ya designado cónsul, cuando tomó la defensa de Verres, acusado por Cicerón; pero, a pesar de sus esfuerzos y de las poderosas conexiones del reo, le fue imposible salvarle. Como hombre de cuenta, siguió el partido de los grandes; y perteneció a la fracción que el pueblo designaba con el título de los *siete tiranos*. El y Cicerón, no obstante su rivalidad, permanecieron siempre amigos; y cuando Clodio propuso al pueblo el destierro de Cicerón, Hortensio

se presentó en la plaza pública vestido de duelo; y fue atacado y casi muerto por los satélites del faccioso tribuno. En uno de sus alegatos, se le rompió una vena; y murió a la edad de sesenta y cuatro años. Ninguna de sus obras ha llegado a nosotros; y sólo sabemos, por el testimonio de los antiguos, que su elocuencia era florida, con un tinte de la copia asiática, sentenciosa, elaborada, llena de rasgos más agradables que necesarios. Ayudábanle una prodigiosa memoria, una voz sonora, y un gesto, en que sólo se podía tachar el excesivo estudio.

Hortensia, su hija, fue heredera de su talento. Los triunviros Marco Antonio, Octavio y Lépido habían querido imponer a las matronas romanas una contribución para los gastos de la guerra. Las más distinguidas se reunieron; y después de varias gestiones inútiles, se determinaron a presentarse a los triunviros. Hortensia tomó la palabra; y pronunció un hermoso discurso. Los triunviros irritados las mandaron salir; y si el pueblo no se hubiese declarado en favor de ellas, habrían sido maltratadas. Mas, aunque no lograron completamente su objeto, consiguieron que mil cuatrocientas que habían sido sujetas al impuesto, quedasen reducidas a cuatrocientas.

Fueron contemporáneos de Hortensio: un Marco Craso, de pocas disposiciones naturales, poco instruido, declamador monótono, y que suplía hasta cierto punto estos defectos a fuerza de diligencia y trabajo, y por el orden y claridad de su exposición; un C. Fimbrio, no destituido de elegancia, pero cuya excitación clamorosa rayaba en furor; un Cneo Léntulo, que juntó con la nobleza de la figura, la graduada sonoridad de la declamación y el animado gesto, en que era excelente, también la mediocridad de talento, y hasta la pobreza de lenguaje; un Marco Pisón, erudito en letras griegas y latinas, más que ninguno de sus predecesores, agudo, cuidadoso en el uso de las palabras, frío, a veces chistoso, nimiamente irascible, poco a propósito por su delicada salud para las causas forenses; un Publio Murena, dado al estudio de las antigüedades, pero que en la oratoria debió más a la industria y laboriosidad, que a la naturaleza; un Cayo Mácer, a cuyas dotes no comunes quitaron toda autoridad y recomendación sus malas costumbres; un Cayo Pisón no destituido de inventiva, ni de abundante elocuencia, y diestro en hacerlas valer con el juego de la fisonomía; un L. Torcuato, elegante, urbanísimo; un Marco Mesala, laborioso, diligente, sagaz y de mucha experiencia en el foro; Cneo Pompeyo, el antagonista de César, lleno de dignidad en el lenguaje, la acción y la voz; y el mismo César, grande en todo, de quien hablaremos con la debida extensión, cuando se trate de la historia.

No nos quedan de todos estos oradores más que los nombres; pero tenemos muchas de las oraciones de Tulio, en quien es preciso detenernos.

Marco Tulio Cicerón nació en Arpino, patria de Mario, el mismo año que el gran Pompeyo, el 3 de enero del 647 de Roma, o 105 A.C. Su familia había pertenecido largo tiempo al orden ecuestre, sin ilus-

trarse con los grandes cargos de la república. El orador Craso dirigió sus estudios. La lectura de los escritores griegos, la poesía, ocuparon su juventud más temprana. En medio de los trabajos inmensos con que se preparó a la elocuencia, militó bajo las banderas de Sila. Oyó las lecciones de Filón, filósofo académico, y de Molón, profesor de retórica. Después de las proscripciones de Sila, apareció en el foro, primero en causas civiles, y después en la defensa de Roscio Amerino, acusado de parricidio. Era preciso hablar contra Crisógono, liberto de Sila, cuya protección terrible espantaba a todos los viejos oradores. Cicerón se presenta con el denuedo de la juventud, confunde a los acusadores, y obtiene la absolución de Roscio. Su alegato fue oído con el mayor entusiasmo. Hay en él un color de imaginación, una audacia mezclada de prudencia y destreza, un exceso de energía, una exuberancia, que agrada y arrastra. Cicerón, después moderado por la edad y el estudio, señaló algunas faltas de gusto en esta primera producción verdaderamente oratoria, y no hay duda que purificó su estilo; pero ya está allí su elocuencia. No fue aquélla la sola causa en que se expuso al enojo del dictador; y tal vez por eso, como por descansar de sus pesadas tareas, y fortificar su salud, se determinó a viajar. Encaminóse a la metrópoli de las letras, Atenas, donde pasó seis meses, con su amigo Tito Pomponio Atico, en los placeres del estudio y de la conversación con filósofos de todas las sectas. Créese haber sido entonces, cuando se inició en los misterios de Eleusis. Dirigióse luego al Asia. Un día, en Rodas, declamando en griego en la escuela de Molón, fue vivamente aplaudido por el auditorio. Molón permaneció silencioso; e interrogado por el joven orador: "Yo también te alabo y te admiro, respondió, pero me duelo de la Grecia, cuando pienso que el saber y la elocuencia, únicas glorias que le restan, se las quitan, y las transportan a Roma". Vuelto a la capital, defendió a Roscio, su amigo y su maestro en el arte de la declamación. A la edad de treinta años, solicitó la cuestura, para la cual fue elegido en primer lugar por el unánime sufragio del pueblo. Destinado a la de Lilibeo en Sicilia, durante una grande escasez, se condujo con bastante habilidad para abastecer a Roma con los trigos de aquella fértil provincia, sin hacerse odioso a los habitantes. Su administración, y la memoria que los sicilianos conservaron de ella, prueban que, en los consejos admirables que después dio a su hermano Quinto, no hacía más que recordar lo que él mismo había practicado. Vuelto a Roma, se ocupó de nuevo en la defensa de las causas de los particulares, y fue sin duda un día bien honroso para Cicerón aquel en que los embajadores de la Sicilia vinieron a pedirle venganza de las concusiones y crueldades de Verres. Era digno de la confianza de un pueblo. El tiránico pretor era todopoderoso en Roma por sus conexiones, y por sus inmensas riquezas, con las cuales se jactaba de poder comprar la impunidad. Cicerón pasó a Sicilia a recoger testimonios sobre la conducta del reo; y percibiendo que los amigos de Verres procuraban dilatar el juicio hasta el año siguiente, en que Hor-

tensio que le patrocinaba iba a ser cónsul, y haría uso de su poder para salvar a su cliente, no vaciló en sacrificar el interés de su elocuencia al de la causa; y sólo trató de que se oyese a los testigos. Hortensio enmudeció ante la evidencia de los hechos; y Verres, atemorizado, se sometió voluntariamente al destierro, sin aguardar la sentencia. Las siete oraciones que Cicerón compuso para esta causa, y de que sólo se pronunciaron dos, son todavía la obra maestra de la elocuencia judicial.

Cicerón ejerció el año siguiente (684 de Roma) la edilidad, magistratura onerosa; y aunque su fortuna no era considerable, supo granjearse, con una moderada magnificencia, el favor del pueblo. Después del intervalo acostumbrado de dos años, se presentó como candidato para la pretura. La ciudad estaba en tal fermentación, que fue necesario repetir hasta por tercera vez la elección de pretores, porque las dos primeras juntas populares se habían disuelto sin efecto. Cicerón, sin embargo, fue nombrado en todas tres para la primera pretura por los sufragios de todas las centurias.

Desde esta época, asomó en él aquella débil política que le hizo transigir tantas veces con su conciencia para asegurar su elevación, y dar pábulo a su inmoderada sed de gloria, de una gloria falsa, según sus propios principios, pues consistía toda en la influencia personal y los aplausos de un pueblo corrompido y veleidoso. Concilióse la amistad de Pompeyo, que era el ciudadano más poderoso de Roma; hízose su panegirista y su más celoso partidario. Cuando el tribuno Manilio propuso que se confiriese a Pompeyo el mando de los ejércitos en la guerra contra Mitrídates con facultades extraordinarias, apareció Cicerón por la primera vez ante el pueblo; y pronunció su oración *Pro lege Manilia,* en que prodiga las más excesivas alabanzas a aquel general. La exageración desmesurada fue siempre uno de los vicios de su elocuencia. Aquel mismo año, en medio de las ocupaciones de la pretura, defendió varias causas, entre otras, la de A. Cluencio, caballero romano de gran fortuna. Después patrocinó la del ex tribuno C. Cornelio, en cuya defensa pronunció dos oraciones, que fueron contadas entre las más perfectas y vigorosas producciones oratorias; pero que, por desgracia, no existen.

Catilina, que no había podido obtener el consulado, tramaba una revolución. Acusado de extorsiones en su gobierno de Africa, estuvo a punto de ser patrocinado por Cicerón, que conocía perfectamente sus crímenes y su peligroso carácter; pero no podía ser sincera ni durable la unión de dos almas tan opuestas. Catilina se hizo absolver, sobornando a los jueces; apareció de nuevo entre los aspirantes al consulado el mismo año en que Cicerón; y tuvo la osadía de insultar a su competidor, que le respondió con una elocuente invectiva en el senado. (Oración: *La toga cándida*). Tenía que luchar contra la envidia de muchos nobles que veían en él un hombre nuevo, es decir, de una familia que no había sido condecorada con las altas magistraturas; pero su mérito y el

temor de los designios de Catilina triunfaron. Fue elegido cónsul, no por escrutinio, según la costumbre, sino en voz alta, y por la unánime aclamación del pueblo romano. El consulado de Cicerón (año 690 de Roma) fue la época más brillante de su vida política. Roma se hallaba en una situación violenta. Catilina maniobraba para obtener el próximo consulado, alistaba conspiradores, levantaba tropas. Era menester que Cicerón hiciera frente a todo; y principiaba por ganar a su colega Antonio, renunciando por su parte al sorteo de las provincias consulares. Reunió al senado y al orden ecuestre en la defensa de la salud común; y se captó el favor del pueblo, sin dejar de sostener con espíritu los principios del actual gobierno. De la destreza con que supo conciliar estas dos cosas al parecer incompatibles, tenemos una muestra notable en su discurso contra el tribuno Rulo, que proyectaba una nueva ley agraria, creando, para ejecutarla, una comisión revestida de facultades exorbitantes, ominosas a la libertad. La política de Cicerón está aquí toda entera en su elocuencia. A fuerza de sagacidad y talento, consigue que el pueblo rechace una ley popular.

No puede dudarse que la habilidad del cónsul en captarse la buena voluntad del senado, el orden ecuestre y el pueblo, fue el arma más poderosa con que pudo contrarrestar a Catilina. Toda la república se puso en manos de un hombre solo; y los conjurados, no obstante su número, se encontraron fuera de la ley, y aparecieron como enemigos públicos. El vigilante cónsul, procurándose inteligencias, entre aquella multitud de hombres perversos, tenía pronto aviso de cuanto pensaban; y asistía, por decirlo así, a sus consejos. El senado expidió el famoso decreto que en los grandes peligros confería un poder dictatorial a los cónsules: *Videant consules ne quid respublica detrimenti capiat*. Catilina, que osó presentarse como candidato en los comicios consulares, fue rehusado de nuevo. Desesperado, reúne a sus cómplices; les da el encargo de incendiar la ciudad; y les anuncia que va a ponerse a la cabeza de fuerzas que le aguardaban en Etruria. Dos caballeros romanos le prometen asesinar a Cicerón en su propia casa. Cicerón, instruido de toda por Fulvia, cuyo amante Curio era uno de los conjurados, convoca al senado en el Capitolio; y entonces fue cuando pronunció contra Catilina, que todavía disimulaba, y había concurrido como senador, aquella improvisada y fulminante invectiva que todos conocen (la primera *Catilinaria*). Atónito Catilina, salió del senado, vomitando amenazas; y llegada la noche, partió para Etruria. Al día siguiente, convocó Cicerón al pueblo; y le instruyó de todo (segunda *Catilinaria*). Sabiendo que Léntulo, uno de los partidarios de Catilina que permanecían en Roma, trabajaba en seducir a los diputados de los alóbroges, persuadió a éstos que fingieran entrar en el plan; y apoderándose de sus personas y cartas, que presentó al senado, hizo patentes los designios de los conspiradores. Los que se hallaban en la ciudad fueron arrestados. El senado reconoce los grandes servicios del cónsul; y el pueblo le aclama como el salvador de la patria. Cicerón

pronunció entonces su tercera *Catilinaria,* en que da cuenta de los últimos sucesos al pueblo, y los atribuye a una providencia manifiesta de los dioses, interesando los sentimientos religiosos y las creencias supersticiosas de los romanos, sin olvidarse a sí mismo. Tratábase de castigar a los presos para sosegar la alarma. Ventilóse la cuestión en el senado. Era, por lo menos, dudoso que pudiese autoridad alguna imponer la pena de muerte a un ciudadano sin forma de juicio. César sostuvo la negativa; y Catón se declaró sin rebozo por la opinión contraria, que prevaleció por fin; y Cicerón tomó sobre sí esta inmensa responsabilidad. Léntulo y sus cómplices fueron ejecutados en la cárcel por orden del cónsul, que presintió desde entonces las venganzas que provocaría, y antepuso la salud del estado a la suya. Catilina fue derrotado; y quedó en el campo de batalla. Roma, salvada por la vigilancia del cónsul, le saludó con el título de *padre de la patria.*

En medio de tan violenta crisis, no le faltó tiempo para ejercitar su elocuencia en defensa de Marcelo, designado cónsul para el año siguiente, acusado de manejos ilegales en la elección. Eran sus acusadores el jurisconsulto Servio Sulpicio, que había sido propuesto en ella, y el austero Catón, que profesaba la filosofía de los estoicos, amigos ambos de Cicerón. El alegato de éste es una obra maestra de oratoria y de fino donaire contra la vanidad de los jurisconsultos que daban una vasta importancia a su ciencia, y contra las absurdas exageraciones de la doctrina estoica, rechazada por los innatos instintos del corazón humano. El auditorio y los jueces mismos no pudieron contener la risa; y Catón, delicadamente satirizado, exclamó: "¡Qué cónsul tan bufón tenemos!" Pero este cónsul bufón velaba al mismo tiempo incesantemente por la salud de Roma; y espiaba todos los movimientos de los conjurados.

No tardó la envidia en hostigarle. Un tribuno sedicioso no le permitió dar cuenta de su administración. Al deponer el consulado, no pudo más que pronunciar este sublime juramento, repetido por todo el pueblo romano: "Juro que he salvado la república". César le era hostil. Pompeyo, ligado con César y Craso, no hallaba en él un instrumento tan dócil, como convenía a sus miras de grandeza y prepotencia. Cicerón se había granjeado una reputación, una popularidad, que inquietaba al triunvirato. Quisieron humillarle. Vio eclipsado su crédito; y se entregó más que nunca a las letras. Publicó entonces las memorias de su consulado en griego; y compuso un poema latino sobre el mismo asunto: obras ambas perdidas, superfluas para su gloria. La tempestad estalló en el tribunado de Clodio, que propuso una ley declarando traidores a todos los que hubieran mandado dar muerte a ciudadanos romanos no condenados por el pueblo. El ilustre consular se vistió de luto; y seguido del orden ecuestre y de una comitiva numerosa de jóvenes nobles, se presentó en las calles de Roma, implorando la clemencia del pueblo, mientras que el tribuno, a la cabeza de sus satélites armados, le insultaba, y aun osaba atacar al senado. Los dos cónsules favorecían al tribuno;

y Pompeyo abandonó a Cicerón, que aceptó anticipadamente el destierro, anduvo errante por la Italia, se vio repulsado en la Sicilia por un gobernador antiguo amigo suyo, y huyó a Tesalónica. En tanto se arrasaban sus casas de campo; y en el terreno de la que habitaba en Roma, se edificaba un templo a la libertad. Muchos de sus muebles se pusieron en almoneda; y nadie se presentó a comprarlos: el resto se lo repartieron los cónsules. Su mujer misma y su hija fueron insultadas. Estas tristes noticias llegaban una tras otra al desterrado, que, perdiendo toda esperanza, recelaba de sus mejores amigos, maldecía su gloria, se arrepentía de no haberse dado la muerte, y mostraba demasiado que el genio y la elevación de ideas no preservan siempre de una debilidad vergonzosa.

No tardó, empero, una reacción favorable. La osadía de Clodio llegó a su colmo; y aun sus fautores no pudieron tolerarle más tiempo. Pompeyo ofreció su auxilio; y el senado declaró que no trataría de asunto alguno antes de la revocación del destierro. El año siguiente, merced a los esfuerzos del cónsul Léntulo y de varios tribunos, revocó el pueblo la sentencia, a pesar de un tumulto sangriento, en que Quinto, hermano de Cicerón, fue peligrosamente herido. Se votaron acciones de gracias a los ciudadanos que habían acogido al proscrito, que al cabo de diez meses de ausencia, volvió a Italia lleno de alborozo. Recibióle el senado en cuerpo a las puertas de Roma. Su entrada fue un triunfo. La república se encargó de reparar sus pérdidas. Pero su regreso fue la época de una *vida nueva,* como él mismo la llama, esto es, de una política diferente. El que antes se jactaba de celoso republicano, engañado apenas por las huecas exterioridades con que le halagaba Pompeyo, se unió a él. Percibía que la elocuencia no era ya en Roma un arma bastante poderosa por sí misma, sin el apoyo de la fuerza. Clodio, a la cabeza de sus satélites, estorbaba el restablecimiento de las casas de Cicerón; y le acometió algunas veces en las calles. Las asonadas eran frecuentes en Roma. Pero, en medio de tantas inquietudes, tuvo bastante calma y serenidad para componer sus tratados oratorios, y para abogar en el foro, donde, por congraciarse con Pompeyo, defendió a Vatinio y Gabinio, hombres malvados y enemigos mortales suyos. A la edad de cincuenta y cuatro años, fue recibido en el colegio de los augures; y poco después, la catástrofe del turbulento Clodio, muerto a manos de Milón, le libró de su más temible adversario. Conocido es de todos el bello alegato en defensa del homicida, que había sido uno de sus más decididos amigos; pero se turbó al tiempo de pronunciarlo, intimidado por el aspecto de los soldados de Pompeyo, y por los gritos de los partidarios de Clodio.

Nombrado gobernador de Cilicia, hizo la guerra con buen suceso; rechazó a los partos; se apoderó de varias fortalezas de bandidos, hasta entonces inexpugnables; y fue saludado por su ejército con el título de *imperator,* que le lisonjeó mucho, y de que hizo alarde, aun en sus cartas a César, vencedor de los galos. Llevó su vanidad hasta solicitar el honor del triunfo, y hasta quejarse de Catón, que, a pesar de sus vivas instan-

cias, no apoyaba sus pretensiones. Más estimables que todas las glorias militares, fueron la justicia, moderación y desinterés de su administración. No quiso aceptar los presentes forzados que solían hacerse en las provincias a los gobernadores romanos; reprimió todo género de extorsiones, aligeró los impuestos, cedió a las ciudades aun las contribuciones que la costumbre autorizaba para la subsistencia y esplendor de los gobernadores romanos y de su numerosa corte: contribuciones cuantiosísimas, cuya remisión las habilitó para descargar una parte considerable de las deudas de que estaban agobiadas. Era uno de los medios de enriquecerse a que recurrían los gobernadores romanos el préstamo de dinero a la más exorbitante usura, hasta la de cuatro por ciento al mes. Y ¿quién imaginaría que se deshonraba con esta infame extorsión aquel Marco Bruto que afectaba una virtud tan rígida, y tan exaltado patriotismo? Cicerón había limitado el interés al doce por ciento anual; y mantuvo la observancia de esta regla contra el mismo Bruto, a pesar de sus solicitaciones, apoyadas por las de sus otros amigos. Esta conducta, tan rara en su tiempo, en que los grandes de Roma, consumida por el lujo, apetecían los gobiernos provinciales para restablecer su fortuna exprimiendo a los desgraciados habitantes, es el más bello título de gloria de Cicerón, que, sin embargo, inconsecuente a sus principios, no hallaba un teatro digno de su genio, sino en la corrompida Roma, envuelta en facciones de inmoral y descarada ambición, entre las cuales le era preciso escoger. La desavenencia entre Pompeyo y César pronosticaba una nueva borrasca. La guerra civil estalló al fin. ¡Qué de vacilaciones, qué pusilanimidad en el alma de Cicerón! Ha sido una fatalidad para su nombre la conservación de sus cartas familiares. Ellas revelan día por día la confusión de aquella alma apocada que ama la virtud y carece de resolución para practicarla, que se contradice a menudo en sus juicios acerca de los hombres y de las cosas, que falta aun a la veracidad con sus mejores amigos, que quiere ahogar sus propios escrúpulos con sofismas, y observa atentamente el horizonte para elegir el rumbo: alma flaca, y que con todo eso (tal es el prestigio de aquellas inimitables cartas) se hace perdonar sus flaquezas, se hace amar, y parece más digno de compasión, que de censura. Es imposible desconocer que en circunstancias menos difíciles, y sin esas íntimas revelaciones que nos hace en su correspondencia, habría dejado tal vez una gloria sin mancha. Su incomparable genio brillaría a nuestros ojos con una luz pura; y su elocuencia nos parecería doblemente hechicera. Pero sigamos el hilo de los sucesos. César marchó a Roma; y su imprudente rival se vio reducido a huir con los cónsules y el senado. Cicerón no le siguió por entonces. César se vio con él; y no logró disuadirle de seguir a Pompeyo, a lo que, después de una larga fluctuación, se decidió. Llevó al campo de los pompeyanos sus tristes presentimientos y su desfavorable concepto de uno y otro partido, que manifestó sin reserva, y (lo que se perdona mucho menos) con agudos sarcasmos: no le era dado irse a la mano en su propensión a la ironía.

Después de la batalla de Farsalia, renunciando a todo pensamiento de guerra y de libertad, volvió a Italia, gobernada por Marco Antonio, teniente de César; y tuvo que devorar allí no pocas mortificaciones y amargura hasta el momento en que le escribió el vencedor. César tuvo la generosidad de desentenderse de su conducta para con él; y le recibió a su amistad. Dedicóse entonces con nuevo ardor a las letras y la filosofía. Divorcióse de Terencia; y se casó con una joven y rica heredera, de quien había sido tutor. El descalabro de su fortuna le indujo a contraer este enlace, que ha sido con razón censurado. En esta época, se retiró de la vida pública; y escribió el elogio de *Catón,* asunto delicado para el dictador y su corte. Bruto dio a luz otra composición sobre el mismo personaje. César, con su característica magnanimidad, lejos de manifestarse ofendido, aplaudió esas obras, y contestó a ellas, como lo había hecho poco antes Hircio, acusando con vehemencia al suicida de Utica; pero con expresiones de alabanza y respeto a Cicerón. Decía César que, leyendo la obra de este último, se había hecho más copioso, pero que, después de leer la de Bruto, se creía más elocuente. De estas cuatro composiciones, no queda nada.

El republicanismo de Cicerón (si tal merece llamarse el de un hombre que no veía ni la constitución, ni el bien de la patria, sino por entre la vanidad y las interesadas contiendas de las pasiones), ese republicanismo, en fin, tal cual era, no pudo resistir a la generosidad de César, que perdonó a Metelo y a Ligario, dos de sus más encarnizados enemigos. El orador rompió el silencio; y pronunció, dice Villemain, aquel discurso famoso, que encierra tantas lecciones como alabanzas; y poco después, defendiendo a Ligario, hizo caer la sentencia fatal de las manos de César, no menos sensible al encanto de la palabra, que al dulce placer de perdonar. Cicerón recobró una parte de su dignidad por la sola fuerza de su elocuencia; pero la pérdida de su hija Tulia le hundió de nuevo en el último exceso de abatimiento y desesperación. El dolor le volvió todo entero a la soledad, y la soledad a las letras. En este largo duelo, compuso las *Tusculanas,* el tratado *De legibus;* acabó su libro *Hortensius,* de que gustaba tanto San Agustín; sus *Académicas,* en cuatro libros; y un elogio fúnebre de *Porcia,* hermana de Catón. Si se toman en cuenta, dice el mismo Villemain, una prodigiosa facilidad y la perfección de sus obras, la literatura no presenta un genio tan prodigioso, como el de Cicerón.

Pena da que Cicerón se alegrase de la muerte de César, de que fue testigo, y aplaudiese a los asesinos, cuando se traen a la memoria las afectuosas y entusiásticas alabanzas que daba a César en su *Defensa del rey Deyótaro.* Pero, aunque el tirano, el más grande, el más amable de los tiranos, había dejado de existir, la república no resucitó. La república, en la situación de Roma, era un imposible; y los conspiradores divididos, irresolutos, perdían el tiempo. En este año de agitación y de tremenda crisis (709 de Roma), compuso el tratado *De la naturaleza de los dioses,* y los *De la vejez* y la *Amistad,* dedicados al mejor de sus amigos, Atico. Es in-

concebible esta prodigiosa vivacidad de talento, que tantas pesadumbres y sinsabores no menoscababan. Otro proyecto literario le ocupaba: el de las memorias de su siglo; y al mismo tiempo daba principio a su inmortal tratado *De los deberes (De officiis)*; y daba fin al *De la gloria*, perdido para nosotros, después de haber existido hasta el siglo XIV. Siguieron las admirables *Filípicas*, último esfuerzo de su elocuencia. Cicerón se adhirió a Octavio con la esperanza vana de fundir el partido de éste con el republicano para que ambos triunfasen; e inspiró todas las resoluciones vigorosas del senado contra Antonio. La empresa era muy superior a sus fuerzas. Se formó el triunvirato de Octavio, Antonio y Lépido, que se sacrificaron mutuamente sus enemigos; y Cicerón fue vendido por Octavio al implacable Antonio. Cediendo a las instancias de sus esclavos, se embarca; vuelve a tierra para descansar en su *villa Formiana;* determina no hacer más esfuerzos para salvarse; y tiende el cuello al asesino Popilio, de quien había sido abogado. Así pereció a la edad de sesenta y cuatro años, mostrando más fortaleza para morir, que para sobrellevar la desgracia. Su cabeza y manos fueron llevadas a Marco Antonio, que las hizo clavar en la misma tribuna en que tantas veces había resonado su voz elocuente. Cometió graves errores, y tuvo debilidades notables, pero no vicios. Su corazón se abría a todas las nobles impresiones, a todos los sentimientos rectos: los afectos domésticos, la amistad, el reconocimiento, el amor a las letras. La gloria era su ídolo. A ninguno de los antiguos conocemos tan íntimamente; y si con este conocimiento nos vemos forzados a estimarle menos, no podemos dejar de amarle.

Cicerón ocupa el primer lugar como orador y como escritor. Tal vez, dice Villemain, si se consideran el conjunto de sus talentos y la variedad de sus obras, hay fundamento para mirarle como el primer escritor del mundo, como el hombre que se ha servido de la palabra con más genio y más ciencia, y que en la perfección habitual de su elocuencia, tiene más bellezas y más defectos. Posee en el más alto grado las más grandes prendas oratorias: solidez y vigor de raciocinio, naturalidad y viveza de movimientos, el arte de acomodarse a todas las personas y circunstancias, el don de conmover las almas, la fina ironía, la acalorada y mordaz invectiva, la armonía, la trasparente elegancia, la completa posesión de su lengua, de que se le mira como el más acabado modelo. Se le puede notar el abuso de la hipérbole, palabras redundantes, a veces una estudiada simetría en la construcción del período. Pero, cuando quiere, es conciso y vehemente, como Demóstenes; y sabe variar de tono y de estilo con una facilidad maravillosa, a que no alcanza el orador griego. Es preciso tener presente que hablaba a un pueblo enamorado de la elocuencia, y a quien deleitaba sobremanera la artística melodía de prolongados y numerosos períodos. Guardémonos de creer que el fondo de las ideas no corresponde a la riqueza de la elocución. Las oraciones abundan de pensamientos fuertes, ingeniosos y profundos; pero el conocimiento del arte le obliga a desarrollarlos para la inteligencia y convicción del oyente; y el buen gusto no

le permite exponerlos en rasgos inconexos y prominentes, como fue después moda. Sobresalen menos, porque están derramados por toda la dicción, dando una luz brillante, pero igual. Todas las partes se ilustran unas a otras, se hermosean y corroboran; y si algo daña a los efectos particulares, es la conexión general. Añádanse a todo esto las cualidades puramente externas: una buena voz, una acción animada y noble; y nos explicaremos el gran poder de la palabra de Cicerón en el senado y en la tribuna popular, cuya alianza era solicitada y temida de todos los partidos políticos.

El estilo de las obras filosóficas, desembarazado de la magnificencia oratoria, respira aquel aticismo elegante que algunos contemporáneos de Cicerón hubieran preferido en sus oraciones. Su diálogo es menos vivo y dramático, que el de Platón. El fondo de la doctrina es tomado de los griegos: hay pasajes traducidos literalmente de Platón y de Aristóteles. El tratado *De Natura Deorum* es una revista de los extravíos del espíritu humano en las sublimes cuestiones de la divinidad y del infinito; pero es admirable la lucidez de los análisis, y el entendimiento fatigado de tantos absurdos se restaura deliciosamente en la verdad y belleza eterna de los pasajes descriptivos. En las *Tusculanas,* hay algo de la sutileza ateniense; pero allí es donde encontramos la más luminosa exposición de la filosofía griega. Aquella especie de doctrina filosófica en que la severidad dogmática frisa con la sequedad y desnudez, pertenece también al tratado *De finibus bonorum et malorum* de doctrina dogmática; pero lo seco de la discusión no alcanza a vencer ni a fatigar la inagotable amenidad del escritor. Siempre fluido y armonioso, anima frecuentemente la materia con rasgos de elevada elocuencia. Villemain cree que ciertos trozos de esta obra sirvieron de modelo a Rousseau en aquella manera brillante y apasionada de exponer la moral, y en aquel arte feliz que deja de improviso el tono didáctico para explayarse en movimientos afectuosos que refuerzan la convicción. El único mérito que se echa de menos en el estilo didáctico de Cicerón es el que sólo ha podido pertenecer a la filosofía moderna, la precisión del lenguaje técnico, inseparable de la exactitud rigorosa de las ideas, tan difícil, tan tardía, y a que no se ha llegado aún, sino en tres o cuatro de los idiomas europeos. En los tratados *De divinatione, De legibus,* en el *De respublica,* hallamos antigüedades curiosas y concepciones de un hombre de estado, que columbra a veces nuestras teorías políticas, y, lo que parece superfluo repetir, una dicción siempre pura y bella, que las hacen obras interesantes en la lectura. El tratado *De officiis* (de los deberes) es todavía el más hermoso libro de moral dictado por una sabiduría puramente humana. La afición a los estudios filosóficos se percibe en los tratados oratorios de Cicerón, especialmente en el más importante de todos, el *De oratore,* que nos da la más imponente idea del talento del orador en las repúblicas antiguas: talento que debía comprenderlo todo, desde el conocimiento del hombre, de los intereses políticos y de las leyes, hasta las menudencias de la dicción figurada y del ritmo. No se debe buscar allí una estética profunda; los antiguos no la alcanzaron; sino preceptos gene-

rales que pertenecen a todas las épocas literarias, y que no han sido jamás mejor expresados. Finalmente, en el *Bruto* o *De claris oratoribus*, encontramos la historia del arte en Roma: una apreciación crítica de todos los hombres que en aquella república adquirieron alguna fama como oradores, caracterizados con pinceladas vigorosas, a que se mezclan instructivas observaciones.

A todas las obras que Cicerón compuso para su gloria, debemos añadir otra que en parte le ha desacreditado como hombre público, y como hombre privado; pero que es acaso la que más interesa a la posteridad, aunque no la escribió para ella: la colección de sus cartas familiares, y principalmente las dirigidas a su amigo Tito Pomponio Atico. Ningún libro nos hace concebir mejor lo que fue la república Romana en la época de Cicerón, que es la más interesante de aquel pueblo por el número y el contraste de los personajes influyentes, la inmensidad del teatro en que obraron, que era todo el mundo civilizado, la trascendencia de las crisis políticas, y el conflicto de aquella multitud de agencias que preparan, acarrean y destruyen una revolución; y todo puesto a la vista por un hombre que tenía los medios de conocerlo, y el talento de pintarlo. Continuo actor de esta escena, sus pasiones interesadas siempre en lo que escribe, aumentan su elocuencia: elocuencia rápida, simple, descuidada (excepto en unas pocas cartas escritas con arte y estudio, que pudieran citarse como excelentes modelos del estilo epistolar apologético o suasorio); elocuencia que pinta a la ligera, con rasgos sueltos, esparciendo acá y allá, sin parar, reflexiones profundas e ideas apenas desenvueltas. Es un lenguaje nuevo el que habla aquí el orador romano. Se necesita esfuerzo para seguirle, para percibir todas las alusiones, para entender sus vaticinios, calar su pensamiento y algunas veces completarlo. Allí se ve toda el alma de Cicerón, y sus sentimientos casi siempre extremados, fuente fecunda de errores, debilidades y desgracias; allí se ven mil pormenores curiosos de la vida interior de los romanos; allí, en fin, aquella constante unión del genio y del buen gusto, a que han llegado pocos siglos y pocos escritores, y en que nadie ha excedido a Cicerón. (Hemos tenido por guía el excelente artículo de Villemain en la *Biographie Universelle;* pero nos hemos atrevido a separarnos muchas veces de sus juicios, particularmente en lo que concierne a las cualidades morales de Cicerón, en que el célebre literato francés nos ha parecido demasiado indulgente).

Florecieron al mismo tiempo muchos oradores distinguidos, entre los cuales tuvo el primer lugar César, de quien dice Quintiliano que, si sólo se hubiera dedicado al foro, ningún otro de los romanos pudiera contraponerse a Cicerón: copioso, agudo, animado, de tanto espíritu en la tribuna, como en el campo de batalla, y de suma pureza y elegancia en el lenguaje, del cual hizo estudio especial. De Servio Sulpicio, jurisconsulto, se alababan particularmente tres oraciones, que no desmerecen, dice Quintiliano, su fama. La elocuencia de Bruto, castigada y

severa en el gusto ateniense, era admirada de César. Celio, corresponsal de Cicerón, hombre disipado, ardiente, sobremanera iracundo, y en su conducta política arrojado y versátil, sobresalió por el ingenio y por la urbanidad en las acusaciones, digno, según el testimonio del mismo Quintiliano, de haber tenido mejor cabeza o más larga vida. Pereció a manos de la guarnición de Turio, que intentó amotinar contra César. No le igualó en la elocuencia Curión, aunque notable entre los oradores de su tiempo; no menos dado a la disipación y lujo, ni de principios más fijos en su carrera pública; víctima también de la guerra civil. Pero, después de Cicerón y César, el que merece mencionarse particularmente es Calidio (*M. Calidius Nepos*), pretor de Roma el año 56 A.C., de quien dice Cicerón que no fue uno de muchos, sino entre muchos, casi singular. Su dicción blanda, diáfana, vertía, con suma nitidez, sus agudos y nada vulgares pensamientos. El estilo era suavísimo, flexible para cuanto quería, puro sobre manera; los períodos tan artificiosamente construidos, que cada palabra parecía como venida espontáneamente a su lugar; nada duro, nada humilde, nada insólito o traído de lejos, y todo eso, sin monotonía, sin esfuerzo, y sin que apareciese demasiado el arte. Siguieron a éstos, Asinio Polión y Mesala. Polión *(Cajus Asinius Pollio)* brilló desde su juventud en el foro. Pompeyano por inclinación, abrazó por amistad el partido de César, que le trató como uno de sus mejores amigos. Se halló con él en la batalla de Farsalia. Partidario de Marco Antonio en las alteraciones que sucedieron a la vuelta del dictador, tuvo ocasión de salvar a Virgilio del furor de la soldadesca. Fue cónsul el año 40 A.C.; logró entonces una especie de reconciliación entre Antonio y Octavio. Su celo a favor del primero disgustó al segundo, que le lanzó algunos epigramas mordaces, a que se guardó de responder. "Es peligroso", decía, "escribir contra el que puede proscribir". Disgustado de las locuras de Antonio, se retiró de la vida pública. Convidado por Octavio a seguir sus banderas contra el temerario triunviro: "No quiero", dijo, "parecer ingrato a un hombre que me ha hecho beneficios, aunque después los haya borrado con injurias que pocos conocen: seré víctima del vencedor". Augusto vencedor estimaba la entereza de Polión, que no quiso jamás adularle; pero no le amaba. Polión volvió al foro; abrió en su casa una escuela de declamación; fundó una biblioteca para el uso público, adornada de bellas estatuas, entre las cuales colocó la de Varrón, su rival en estudios, proscrito por los triunviros; finalmente, fue uno de los más liberales protectores de los talentos. Murió a la edad de ochenta y cuatro años: orador notable por la invención, el esmero, que rayaba en nimio, el juicio y el espíritu; pero tan distante del brillo y dulzura de Cicerón, como si hubiera existido un siglo antes; historiador de las guerras civiles; poeta, trágico, filólogo, crítico tan delicado, que hallaba defectos en el estilo de los *Comentarios* de César, y acusó de *patavinidad* a Tito Livio, bien que se duda si aludiese en esto a la parcialidad de los paduanos a Pompeyo, o a ciertos resabios

de provincialismo en el lenguaje. Finalmente, escribió un libro contra el historiador Salustio, en cuyo estilo censuraba la afectación de voces y frases anticuadas, de lo que él mismo no estaba exento. Mesala (*Publius Valerius Mesala Corvinus*), de familia ilustre, peleó en Filipos contra la facción de Octavio. Muertos Bruto y Casio, trató con Antonio, a quien abandonó después, cuando le vio olvidarse de Roma y de sí mismo en brazos de Cleopatra. Ligóse entonces con Augusto, que le dispensó su amistad y confianza. Murió a la edad de setenta años, tan completamente desmemoriado, que ni aun de su nombre se acordaba. Fue amigo de Polión, Horacio y Tibulo. Séneca, Quintiliano y los dos Plinios elogian altamente sus composiciones, sobre todo, por la corrección y elegancia. Además de sus oraciones y declamaciones, dejó un libro de *Genealogía sobre las familias romanas,* otro sobre *los auspicios,* de que estaba perfectamente instruido por haber sido miembro del colegio de los augures más de cincuenta años, y varios sobre la *gramática.* De todos estos oradores, no quedan más que uno u otro fragmento.

Entre las epístolas de Cicerón, se conservan muchas de sus corresponsales; y vemos en ellas una muestra de la alta cultura a que había llegado aquel pueblo. Allí viven para nosotros, allí hablan César, Pompeyo, Catón, Bruto, Casio, Marco Celio, el jurisconsulto Servio Sulpicio, y varios otros personajes de cuenta, nada indignos de figurar, por la nobleza y elegancia del estilo, aun al lado del ilustre orador. Merece leerse, entre todas la consolatoria de Sulpicio a Cicerón contristado por la pérdida de su hija Tulia. Bossuet no habló con más elevación sobre la instabilidad de las dichas humanas; y un alma romana no pudo reprobar con más dignidad, ni con más miramiento aquella inmoderada aflicción por una desgracia doméstica en medio de tantos infortunios de la patria.

Resta para completar este cuadro, decir algo de la gramática y la retórica. Nigidio Figulo (*Publius Nigidius Figulus*) fue un senador distinguido que en la guerra civil abrazó el partido de Pompeyo y murió desterrado. Fue el émulo de Varrón en la variedad de conocimientos y obras. Hizo un estudio particular de la astrología. Escribió un tratado completo de gramática en treinta libros, otro sobre los animales, otro sobre los vientos, otro sobre la esfera, otro sobre los augures, y otro, en fin, sobre los dioses; de todo lo cual sólo quedan esparcidos fragmentos. De Varrón, autor de varias obras de gramática, y de Julio César, que escribió un tratado sobre la *Analogía* de la lengua latina, hablaremos más adelante. De los de oratoria de Cicerón, ya hemos hablado. Se ha mencionado también a Mesala Corvino, que escribió sucintamente sobre varias materias gramaticales, y hasta sobre letras particulares, según Quintiliano. Verrio Flaco (*Verrius Flaccus*), liberto, fue maestro de gramática y preceptor de los dos Agripas, Cayo y Lucio, nietos de Augusto, que le permitió establecerse con su escuela en el mismo palacio imperial, pero a condición de no recibir más alumnos. El emperador le pagaba anualmente cien mil sestercios. Murió muy anciano; y se le erigió una

estatua en Preneste, en un edificio semicircular, en que estaban incrustadas doce tablas de mármol, y esculpidos en ellas los *Fastos* o calendario romano, según la redacción de Verrio, a quien Augusto había dado este encargo. Finalmente, escribió varias obras históricas y gramaticales. La más considerable de todas fue la *De verborum significatione,* de la cual queda un compendio hecho en el siglo III por el célebre filólogo Festo, compendiado de nuevo por Paulo Diácono en el siglo VIII.

No se sabe a quién perteneciera el tratado de retórica *Ad Herennium,* que suele hallarse en las colecciones de las obras de Cicerón. Algunos lo atribuyen con harto débiles fundamentos a un L. Cornificio, que fue partidario de Octavio y cónsul el año 718 de Roma. Es de corto mérito por las ideas y el estilo; y parece extraño que dos hombres tan instruidos como San Jerónimo y Prisciano pudieran adjudicarlo a Cicerón.

IX

TERCERA EPOCA: HISTORIA, ANTIGÜEDADES, GEOGRAFIA

En esta época, cultivaron los romanos la historia con ardor y con el más feliz éxito, bien es verdad que Mácer y Sisenna, que florecían a los principios de ella, adolecen todavía de la aridez y tosquedad de sus predecesores. De Mácer, dice Cicerón que era nimio y hasta desvergonzado en sus arengas; pero que no le faltaba locuacidad y cierto tinte de agudeza vulgar. A Cornelio Sisenna, amigo de Mácer, se le tachaba de puerilmente afectado, y sin embargo, se le consideraba como superior a todos los que le habían precedido. Sisenna tradujo también del griego algunas de aquellas novelas licenciosas que se llamaron *cuentos milesios.*

Sabido es que el dictador Sila, abdicando esta suprema magistratura, se retiró a su casa de campo cerca de Cumas, donde repartía su tiempo entre la pesca, la caza, el paseo, la mesa y la composición de sus *Memorias,* a que dio la última mano precisamente el día antes de su muerte. Plutarco nos ha conservado las últimas líneas; y en ellas se echa de ver la inconcebible superstición del tirano, su ciega confianza en la fortuna y una seguridad de conciencia que espanta después de tantos hechos atroces. "Anoche" dice, "vi en sueños a uno de mis hijos muerto hace poco, que me tenía la mano, y me señalaba con el dedo a mi madre Metela, exhortándome a dejar los negocios, y a que fuera a descansar con ellos en el seno del reposo eterno. Termino mi vida, del mismo modo que me lo profetizaron los caldeos, en la flor de mi prosperidad, después de haber vencido a la envidia con mi gloria". Escribió estas *Memorias* en griego; y sólo quedan de ellas los fragmentos que copia Plutarco (Du Rozoir en la *Biographie Universelle*). El dictador, enemigo

irreconciliable de la plebe, quiso sin duda hablar en ellas a la aristocracia romana, en cuya educación entraba ya como parte indispensable el conocimiento de la lengua griega.

El primer nombre célebre que presenta la historia romana es el de Marco Terencio Varrón. Nació hacia el año 116 A.C. Erudito en la literatura de su nación y la griega, amigo de Cicerón, que le dedicó sus *Cuestiones Académicas* a su vuelta de Atenas, entró en la carrera pública, en que ejerció varios cargos honrosamente, y no sin peligro. En la guerra contra los piratas, mandó una flota griega; y se distinguió por su valor. Casi septuagenario cuando estalló la guerra civil entre Pompeyo y César, tomó el partido del primero, a quien sirvió en España, aunque con poco celo, y consultando demasiado las vicisitudes de la fortuna. Entregóse, por fin, a César, que le permitió volver a Italia. Retiróse a su casa de campo; y consagrado enteramente a las letras, no se dejó ver en Roma, hasta que tranquilizaron sus inquietudes la magnanimidad y clemencia del dictador, que le favoreció con su amistad, y le dio el encargo de establecer una biblioteca pública. A la edad de setenta y cuatro años, fue puesto por los triunviros en la tabla de los proscritos, sin otro motivo, que sus antiguas conexiones con Pompeyo, la amistad de Cicerón, su mérito personal, y sus riquezas, que eran considerables. Su copiosa y escogida biblioteca fue saqueada entonces, como sus cuatro hermosas casas de campo. Varrón, con todo, pudo salvar su vida, escondido en la casa de un amigo fiel (Caleno) hasta que logró se borrara su nombre de la lista fatal. Pasó el resto de sus días en el retiro; recobró una parte de sus bienes y de su biblioteca; rodeado de hombres instruidos, ocupado en tareas literarias, vivió hasta la edad de noventa años, después de haber escrito, según Aulo Gelio, cerca de quinientos libros o tratados, cuya variedad de materias le granjeó el título de *poligrafísimo*. Escribió sobre la música, sobre la astrología, sobre la geometría, sobre la arquitectura, sobre los augures, sobre los teatros, sobre las bibliotecas, sobre las familias troyanas, sobre los orígenes de Roma, sobre el culto de los dioses, sobre filosofía, sobre las comedias de Plauto, elogios de hombres ilustres, la *sátira menipea*, de que hemos hablado en otra parte, su propia vida, anales romanos, cartas eruditas, veinticinco libros de antigüedades humanas, dieciséis de antigüedades divinas y varias otras obras, de todo lo cual lo que ha llegado a nosotros cabría fácilmente en un solo volumen. De sus dos tratados *De la lengua latina*, se conserva mucha parte, instructiva sin duda, pero que no da una idea muy ventajosa del juicio de Varrón, censurado ya de los antiguos por lo caprichoso y fantástico de sus etimologías. Consérvase también su tratado de *Agricultura*, compuesto a la edad de ochenta años, y dedicado a su mujer. Se admiraba el gran saber de Varrón, pero no su estilo; y tenemos sobrado motivo para creer que fue un compilador laborioso, pero sin talento y sin crítica. Gozaba, con todo, de bastante autoridad en el siglo de Augusto.

Coetáneos de Cicerón, fueron también dos de los historiadores clásicos de Roma, Salustio y César.

Cayo Salustio Crispo nació en Amiterno en el país de los sabinos el año 667 de Roma, 85 A.C., de familia plebeya y sin ilustración. Educóse en Roma. Sus costumbres fueron tan licenciosas, como insensata su profusión. Fue elegido cuestor y tribuno del pueblo; y en este último carácter, tomó parte en los alborotos de Clodio, que terminaron en el destierro de Milón. Los censores Apio Claudio y Pisón le borraron de la lista de los senadores por su depravada conducta; y entonces fue cuando escribió la historia de la conjuración de Catilina, de la cual había sido testigo ocular. En la guerra civil que poco después sobrevino, siguió el partido de César, que le hizo sucesivamente cuestor, pretor y procónsul de Numidia, donde adquirió una fortuna inmensa con las más escandalosas extorsiones y peculados. Acusado por estos delitos, sobornó a los jueces y fue absuelto. Con el fruto de sus depredaciones, se hizo construir en el monte Quirinal un magnífico palacio y espaciosos jardines, adornados de estatuas, cuadros, vasos y muebles preciosos, y cuanto las artes pueden producir de exquisito y raro. Aun hoy se conserva el nombre de los jardines de Salustio; y del sitio que ocupaba, se ha desenterrado una gran parte de las reliquias del arte antiguo que hoy se conservan. Este suntuoso edificio fue después habitado por Vespasiano, Nerva, Aureliano y otros emperadores, que aumentaron su magnificencia. Salustio compró, entre otras, la bella casa de campo de César en Tívoli. Entregado al placer y a la disolución, siguió declamando con vehemencia en sus escritos contra la corrupción de las costumbres y la prevaricación de los magistrados que se enriquecían por medios criminales. Murió en 35 A.C., a la edad de cincuenta y un años. Nos quedan dos obras suyas, la historia citada *De la Conjuración de Catilina,* y la de la *Guerra de Yugurta,* que compuso después de su vuelta de Africa. Escribió también una historia romana, que contenía los sucesos del tiempo intermedio entre las dos obras precedentes, y de la que sólo quedan fragmentos, entre otros, la célebre carta en que Mitrídates desenvuelve los proyectos ambiciosos de Roma. "La cualidad dominante de Salustio", dice el juicioso Rollin, "es la concisión. Su estilo es como un río, que, encerrando su agua en un cauce angosto, aumenta en profundidad, y sostiene más pesadas cargas. No se sabe qué admirar más en este escritor, si las descripciones, los retratos de personajes o las arengas". Es también digna de notarse la diversidad de plan de las dos historias. En la primera, que es un hecho único, la narración es rápida, sustanciosa; camina aceleradamente a su fin, de un modo enteramente dramático. La segunda, mezclada de guerras extranjeras, alteraciones civiles, acciones y discursos, comportaba una manera más amplia y más abundantes pormenores. Compuesta en la madurez del talento, y después de prolijas investigaciones de localidades, tradiciones y memorias, se mira como una obra maestra del género histórico. Allí es donde se nos presenta la pintura más acabada del carácter

romano y de los principios que animaban a las facciones. Allí es donde se exaltan con más vivos colores las costumbres antiguas, y la corrupción de aquel siglo, y particularmente de los grandes, de su insaciable codicia y de sus indignas concusiones. Se le han censurado sus introducciones como extrañas al asunto, sus demasiado largas arengas, sus arcaísmos y helenismos. En sus *Cartas a César sobre el gobierno del estado*, hay bellas ideas, y se disciernen precisamente las causas verdaderas de la corrupción nacional; pero no se ve ya allí aquel hombre que tanto abominaba del poder arbitrario: todo respira la lisonja, el espíritu de partido y la pasión. (Noël, *Biographie Universelle*).

No hay para qué detenernos en la biografía de César, enteramente ligada con las últimas agonías de la república romana, a que él dio el golpe mortal, quizá necesario. ¿Para quién no es el nombre de César el timbre del genio militar, político y literario, combinados como no lo han sido jamás en hombre alguno, de la magnanimidad y clemencia en el ejercicio del supremo poder, de la elevación de ideas, de la exquisita elegancia y buen gusto, conjunto único de cualidades superiores que cada una hubiese podido inmortalizarle sola? César pagó tributo, como casi todos sus célebres contemporáneos, a la disolución de su siglo; y para salir a su gobierno de España, tuvo que recurrir a la amistad de Craso, que se constituyó su fiador para con sus numerosos acreedores por cantidades considerables. Para satisfacerles, impuso violentas contribuciones a la Galicia y la Lusitania; y a su vuelta de la provincia, pagadas sus deudas, era todavía bastante rico para vivir con esplendor y favorecer liberalmente a sus partidarios y criaturas. La misma conducta observó después en sus otras conquistas. Hizo un tráfico de la paz y la guerra; no perdonó ni a los templos, ni a las tierras de los aliados. Subyugó las Galias; pero no se debe disimular que derramó allí la sangre humana a torrentes. La naturaleza le había dado un aire de imperio y una dignidad imponente: una voz sola suya bastaba para apaciguar un motín. De la actividad prodigiosa de su alma (*monstrum activitatis*, le llama Cicerón) puede formarse idea considerando que, ocupado en la guerra, cuyas operaciones dirigía con una celeridad a que debió muchas veces la victoria, llevaba el hilo de las intrigas de Roma en activas y numerosas correspondencias, cultivaba las letras y las ciencias, y hallaba todavía tiempo para la amistad y los placeres. A él se debe la corrección del calendario romano, que estaba en la mayor confusión. Comenzó entonces la intercalación de un día más cada cuatro años en el mes de febrero. Escribió sobre gramática, literatura y astronomía. Los versos suyos que se conservan manifiestan que no careció de talento para la poesía. En la oratoria no fue inferior, sino a Cicerón, a quien se aventajó, sin embargo, por aquella purísima severidad de estilo, que le hace incontestablemente el más ático de los prosadores romanos, como entre los poetas Terencio, de quien era apasionadísimo. De sus obras, fuera de unos pocos versos y de algunas cartas, no quedan más que sus *Comentarios* de la guerra con los galos y

de la guerra civil. De la primera, dice Cicerón: "su estilo es puro, fluido, sin ornamentos oratorios, y por decirlo así, desnudo. Se ve que el autor ha querido solamente dejar materiales para que otros escriban la historia; y no faltarán tal vez escritores de poco juicio que quieran bordar esta tela; pero los hombres sensatos se guardarán bien de poner la mano en ella, porque a la historia lo que más agrada es esa pura y transparente concisión". A los tres libros sobre la guerra civil, se agregan ordinariamente uno sobre la guerra de Alejandría, otro sobre la guerra africana, y otro sobre la de España, atribuidos a Hircio.

Aulo Hircio, de ilustre familia romana, sirvió a las órdenes de Julio César en las Galias y fue amigo y discípulo de Cicerón. Siendo cónsul, marchó contra Antonio, que sitiaba a Bruto en Módena y le venció; pero fue herido y muerto en la acción. El autor se excusa de haber osado continuar una obra tan perfecta, como la de César; pero su trabajo no carece de mérito, bien que el libro de la guerra de España es bastante inferior a los otros dos, y varios críticos juiciosos lo miran como un simple diario, escrito por algún soldado, que fue testigo ocular de los hechos.

Cornelio Nepote no es un historiador de la categoría de César o de Salustio; y según ha llegado a nosotros, no parece corresponder al juicio de su amigo Atico, que le miraba como el mejor de los escritores romanos después de Cicerón.

Nació en Hostilia, cerca de Verona; vivió antes y después de la dictadura de César; Catulo le dedicó un bello epigrama. Atico y Cicerón le trataron con singular amistad y confianza. No ejerció ningún cargo público. Murió envenenado por el liberto Calístenes, dejando una reputación sin mancha, y varias obras históricas, a saber: un libro *De Ejemplos, Los Grandes Capitanes,* una biografía de *Catón* el Censor, compuesta a ruego de Atico, otra de *Cicerón,* un libro de *Cartas* a Cicerón, y una *Historia Universal* desde los tiempos más remotos hasta el suyo. De todo esto, no quedan más que las *Vidas de los Grandes Capitanes,* y aun se duda si las tenemos como las compuso el autor, o compendiadas por un gramático de la edad de Teodosio, Emilio Probo, bajo cuyo nombre se publicaron. Si Probo no hizo más que copiarlas, como parece por la pura latinidad, por la nitidez del estilo, es preciso confesar que faltaron a Cornelio Nepote conocimientos profundos de historia, y aquella amplitud de ideas, que constituye una de las cualidades esenciales del historiador. Confunde a Milcíades, hijo de Cinón, con Milcíades, hijo de Ciptelo; y se le acusa de haberse dejado arrastrar por la afición a lo maravilloso y por mentirosas apariencias de virtud. Su mejor biografía era la de *Tito Pomponio Atico,* agregada a la de los *Grandes Capitanes.*

Grande es la distancia entre Cornelio Nepote y Tito Livio, de quien vamos a hablar. Nació en Padua. Tuvo un hijo y una hija; y escribió al primero una carta sobre los estudios de la juventud. Quintiliano la elogia. Compuso también algunos tratados y diálogos filosóficos, que dedicó al emperador Augusto. Pero la obra que le ha hecho inmortal es su *Historia*

de Roma, en ciento cuarenta libros, que comprenden desde la venida de Eneas a Italia hasta pocos años antes de la era cristiana. La amistad de Augusto no alteró la imparcialidad del historiador; alabó a Bruto y a Casio, a Cicerón y a Pompeyo, lo que fue causa de que Augusto le diese chanceándose el título de pompeyano. Este príncipe le confió la educación del joven Claudio, después emperador. Muerto Augusto, volvió a Padua, donde vivió hasta la edad de setenta y seis años. Treinta y cinco sólo nos quedan de los ciento cuarenta libros de su historia; y aun esos no todos completos.

En todos tiempos, ha sido grandemente admirada la historia romana de Tito Livio; y quizá en ninguno más que en el nuestro. "Los griegos" dice el voto más competente en la materia, el célebre historiador y anticuario Niebuhr, "no tienen nada que comparar con esta obra maestra colosal. Ningún pueblo moderno ha producido en este género cosa alguna que pueda ponerse a su lado. Ninguna pérdida de cuantas ha sufrido la literatura romana es tan lamentable, como la que ha mutilado esta historia. La naturaleza le había dotado de un brillantísimo talento para apoderarse de las formas características de la humanidad y representarlas en una pintoresca narración con toda la imaginación de un poeta". Quintiliano encuentra la manera de Tito Livio tan pura y perfecta, como la de Cicerón; su narración, interesante, y de la más diáfana claridad; sus arengas, elocuentes sobre toda expresión, y perfectamente adaptadas a las personas y circunstancias. Le halla sobre todo admirable en la expresión de afectos suaves y tiernos. Su estilo, dice el escritor que nos sirve de guía, es vario al infinito, y siempre igualmente sostenido; sencillo sin bajeza, elegante y adornado sin afectación, grande y sublime sin hinchazón, abundante o conciso, dulce o fuerte, según lo exige el asunto. Sus arengas no son accesorios superfluos, puesto que contribuyen a pintarnos los personajes y los hechos, ni se oponen a la fidelidad de la historia, pues ya sabemos el uso frecuente que se hacía de la oratoria en la tribuna, en las piezas, y hasta en el campo de batalla. Se le tacha con algún fundamento de un excesivo amor a la antigua república y de una perpetua admiración a la grandeza de los romanos. En cuanto al grado de fe que merezca...

JUICIO SOBRE LAS OBRAS POETICAS DE DON NICASIO ALVAREZ DE CIENFUEGOS *

Los antiguos poetas castellanos (si así podemos llamar a los que florecieron en los siglos XVI y XVII) son en el día poco leídos, y mucho menos admirados; quizá porque sus defectos son de una especie que debe repugnar particularmente al espíritu de filosofía y de regularidad que hoy reina, y porque el estudio de la literatura de otras naciones, y particularmente de la francesa, hace a nuestros contemporáneos menos sensibles a bellezas de otro orden. Nosotros estamos muy lejos de mirar como modelos de perfección la mayor parte de las obras de los Quevedos, Lopes, Calderones, Góngoras, y aun de los Garcilasos, Riojas, y Herreras. No temeremos decir, con todo, que, aun en aquellas que abren ancho campo a la censura (las dramáticas, por ejemplo), se descubre más talento poético que en cuanto se ha escrito en España después acá. Quizá pasaremos por críticos de un gusto rancio, o se nos acusará de encubrir la detracción de los vivos bajo la capa de admiración a los muertos:

Ingeniis non ille favet, plauditque sepultis;
Nostra sed impugnat, nos nostraque lividus odit.
Horacio.

Pero, juzgando por la impresión que hace en nosotros la lectura, diríamos que en los antiguos hay más naturaleza, y en los modernos más arte. En aquéllos, encontramos soltura, gracia, fuego, fecundidad, lozanía, frecuentemente irregular y aun desenfrenada, pero que en sus mismos extravíos lleva un carácter de grandeza y de atrevimiento que impone respeto. No así, por lo general, en los poetas que han florecido desde Luzán. Unos, a cuya cabeza está el mismo Luzán, son correctos, pero sin nervio; otros, entre quienes descuella Meléndez, tienen un estilo rico, florido, animado, pero con cierto aire de estudio y esfuerzo y con bastantes resabios de afectación. Nos ceñiremos particularmente a los de esta

segunda escuela, que es a la que pertenece Cienfuegos. Hay en ellos copia de imágenes, moralidades bellamente amplificadas, y sensibilidad a la francesa, que consiste más bien en analizar filosóficamente los afectos, que en hacerles hablar el lenguaje de la naturaleza; pero no hay aquel vigor nativo, aquella *tácita majestad* que un escritor latino aplica a la elocuencia de Homero, y que es propia, si no nos engañamos, de la verdadera inspiración poética: al contrario, se percibe que están forcejando continuamente por elevarse; el tono es ponderativo, la expresión enfática. El lenguaje tampoco está exento de graves defectos; hay ciertas terminaciones, ciertos vocablos favoritos que le dan una no lejana afinidad con el culteranismo de los sectarios de Góngora; hay un prurito de emplear modos de decir anticuados, que hacen muy mal efecto al lado de los galicismos que no pocas veces los acompañan; en fin, por ennoblecer el estilo, se han desterrado una multitud de locuciones naturales y expresivas, y se ha empobrecido la lengua poética.

No por eso dejamos de hacer justicia al mérito de algunas producciones en que el ingenio moderno se eleva con facilidad, o juega con gracia y ligereza, calidades que recomiendan particularmente a Meléndez. Pero éstas son más bien excepciones: el gusto dominante no es el de la noble simplicidad; el estilo no es natural.

Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos es uno de los poetas modernos que han logrado más celebridad. Sus obras poéticas (nos referimos a la segunda edición publicada en Madrid, en la imprenta real, el año de 1816) suministran bastantes ejemplos de las bellezas y defectos que caracterizan a la época presente del arte en España. Principiaremos por sus anacreónticas, que no nos parecen tan agradables como las de Meléndez. La primera, sobre todo, es desmayada, contribuyendo quizá al poco gusto con que se lee, las alabanzas que el poeta se da a sí mismo, y lo que en ésta, como en otras partes de sus obras, nos pondera su sensibilidad y ternura. Pero la segunda, intitulada *Mis Transformaciones,* tiene mérito. La copiaremos aquí en obsequio de nuestros lectores americanos.

¡Oh! ¡si a elegir los cielos
me diesen una gracia!
Ni honores pediría,
ni montes de oro y plata.
Ni ver el orbe entero
postrado ante mis plantas
después de cien victorias
sangrientas e inhumanas.
Ni de laurel ceñido
al templo de la fama,
con una estéril ciencia
orgulloso, me alzara.
Gocen en tales dones
los que infelices aman
comprar con su reposo

los sueños de esperanzas.
Yo, que mis días cuento
por mis amantes ansias,
a mi placer pidiera
que mi ser se mudara.
Cuando mi bien al valle
desciende en la alborada,
allí al pasar me viera
rosita aljofarada:
rosita, que modesta
con süave fragancia
atrayendo, a sus manos
me diera sin picarla...
Después, después ¿qué hiciera?
Sombra fugaz y vana
un sol no más sería
mi gloria y mi esperanza.
Tan pasajeros gozos
no, rosas, no me agradan.
Adiós, que al aire tiendo
mis rozagantes alas.
Mariposilla alegre,
imagen de la infancia,
en inquietud eterna
iré girando vaga.
Bien como el iris bella,
frente a mi dulce Laura
en un botón de rosa
me quedaré posada.
Ella querrá cogerme;
y con callada planta
vendrá, y huiré, y traviesa
la dejaré burlada.
¿Y si el rocío moja
mis tiernecitas alas?
Me sigue, soy perdida,
me prende y me maltrata.
¡Si al menos expirando
con trémulas palabras
pudiese venturoso
decirla: yo te amaba!
No; cefirillo suelto
volaré a refrescarla
cuando el ardiente agosto
las praderas abrasa.
Ya enredaré jugando
sus trenzas ondeadas;
ya besaré al descuido
sus mejillas de nácar.
Ora en eternos giros
cercando su garganta,
en sus hibleos labios
empaparé mis alas.
O bien, si allá en la siesta
dormida en paz descansa,
yo soplaré en su frente
mis más süaves auras.
Y cuando más se pierda
su fantasía vaga,

umbrátil sueñecito
me iré a ofrecer a su alma.
¡Oh! ¡cuánta dulce imagen,
cuántas tiernas palabras
allí diré, que el labio
quiere decirla, y calla!
Más favorable acaso
que pienso yo, a mis ansias
sonreirá; ¿quién sabe
si mis cariños paga?
¡Oh! ¡si a mi amor eterno
correspondieses, Laura!
Por todo el universo
mi dicha no trocara.
Idolo de mis ojos,
diosa de toda mi alma,
¡pagárasme! y al punto
cesaran mis mudanzas.

No sabemos si la lengua castellana permite el uso intransitivo de *gozar* en la significación de *gozarse,* cual se ve en esta anacreóntica, y en otros pasajes de Cienfuegos; pero si ha existido jamás, no vale la pena de resucitarlo. Una crítica severa reprobará que el poeta se transforme en *rosita,* y que nos diga tan almibaradamente en un romance (página 28):

La vi, resistí, no pude
¡Es tan tiernecita *mi alma!*

y que use tantos diminutivos en *ito,* que dan al estilo una blandura afectada y empalagosa. Cienfuegos tiene también su buena provisión de *sudoroso, ardoroso, candoroso, perenal, aimé, doquier,* y otros vocablos que esta escuela ha tomado bajo su protección. Pero nuestro autor usa a veces *doquier* en el sentido de *doquiera que;* elipsis dura, de que no recordamos haber visto ejemplo en los escritores que fijaron la lengua:

Mudanzas tristes reparo
doquier *la vista se torna.* — (Página 37).

Doquier *envío*
los mustios ojos, de tu antorcha ardiente
me cerca el resplandor. — (Página 79).

Otras novedades hallamos en su lenguaje que nos disuenan. Tales son *noche deslunada* por *noche sin luna, desoír* por *no oír, despremiada* por *no premiada;* vocablos impropiamente formados, porque *des* no significa carencia, sino privación o despojo de lo que se goza o se tiene. Tal es *yazca,* subjuntivo de *yacer,* que no se hallará en ningún autor castellano de los buenos tiempos, pues se dijo *yago* y *yaga,* como hoy se dice *hago* y *haga.* Tal es *a par* en el sentido de *a* o *hacia,* siendo así que sólo significa igualdad o proximidad:

¡Ay, qué valieron mis victorias bellas!
Recogiéndolas hoy marché con ellas
a par del sesgo río,
y de una en una las eché en sus ondas. — (Página 158).

Tal es la locución optativa *ojalá quien,* no sólo inautorizada, pero absurda:

¡Ojalá quien me diera
que en el lugar de Alfonso padeciera!

Tales son los adjetivos *calmo* y *favonio, empampanado* por *pampanoso, aridecer, palidecer, rosear, intornable, primaveral, abismoso,* y otras voces que no enumeramos por evitar prolijidad, si bien algunas de éstas, aunque no reconocidas por la academia, pudieran admitirse por ser de suyo claras, y porque excusan circunlocuciones incómodas. Entramos en estas menudencias, no porque tengamos gusto en sacar a plaza los descuidos y errores (si acaso lo son) de un escritor respetable, sino porque tales innovaciones, lejos de enriquecer el idioma, confunden las acepciones recibidas, y dañan a la claridad, prenda la más esencial del lenguaje, y, por una fatalidad del castellano, la más descuidada en todas las épocas de su literatura.

Cienfuegos tradujo algunas odas de Anacreonte; pero, aunque más fiel, no fue tan feliz como Villegas, que representa, por lo común, bastante bien el espíritu de su original, y acaso no nos dejara que desear, si a lo ligero y festivo del lírico griego no sustituyera algunas veces lo burlesco, o lo conceptuoso. Cienfuegos, que no incurre en estos defectos, adolece de otro peor, que es la falta de movimiento y de gracia. Sus romances tienen mucho más mérito: el del *Túmulo,* sobre todo, nos parece lindísimo. Por esto, y por ser uno de los más cortos, lo insertaremos todo:

¿No ves, mi amor, entre el monte
y aquella sonora fuente
un solitario sepulcro
sombreado de cipreses?
¿Y no ves que en torno vuelan
desarmados y dolientes
mil amorcitos, guiados
por el hijo de Citeres?
Pues en paz allí cerradas
descansan ya para siempre
las silenciosas cenizas
de dos que se amaron fieles.
Eramos niños nosotros,
cuando Palemón y Asterie
llenaron estas comarcas
de sus cariños ardientes.
No hay olmo que en su corteza
pruebas de su amor no muestre:
Palemón los unos dicen,
los otros claman Asterie.
Sus amorosas canciones
todo zagal las aprende;

no hay valle do no se canten
ni monte do no resuenen.
Llegó su vejez, y hallólos
en paz, y amándose siempre:
y amáronse, y expiraron;
pero su amor permanece.
¿Te acuerdas, Filis, que un día,
simplecillos e inocentes,
los oímos requebrarse
detrás de aquellos laureles?
¡Cuántas caricias manaban
sus labios! ¡cuántos placeres!
¡Cuánta eternidad de amores
juraba su pecho ardiente!
Al verlos, ¿te acuerdas, Filis,
o tan preciosas niñeces
volaron, que me dijiste,
deshojando unos claveles:
—Yo quiero amar; en creciendo
serás Palemón, yo Asterie,
y juraremos cual ellos
amarnos hasta la muerte?—
Mi Filis, mi bien, ¿qué esperas?
El tiempo de amar es éste;
los días rápidos huyen,
y la juventud no vuelve.
No tardes; ven al sepulcro
donde los pastores duermen,
y, a su ejemplo, en él juremos
amarnos eternamente.

Pero los sujetos más predilectos de esta escuela son los morales y filosóficos. Los poetas castellanos de los siglos XVI y XVII los manejaron también, ya bajo la forma de la epístola; ya, como Luis de León, en odas a la manera de Horacio, donde el poeta se ciñe a la efusión rápida y animada de algún afecto, sin explayarse en raciocinios y meditaciones; ya en canciones, silvas, romances, etc. Nunca, sin embargo, han sido tan socorridos estos asuntos como de algunos años a esta parte. Poemas filosóficos, decorados con las pompas del lenguaje lírico, y principalmente en silvas, romances endecasílabos, o verso suelto, forman una parte muy considerable de los frutos del Parnaso castellano moderno. Varias causas han contribuido a ponerlos en boga. El hábito de discusión y análisis que se ha apoderado de los entendimientos, el anhelo de reformas que ha agitado todas las sociedades y llamado la atención general a temas morales y políticos, el ejemplo de los extranjeros, la imposibilidad de escribir epopeyas, lo cansadas que han llegado a sernos las pastorales, y lo exhaustos que se hallan casi todos los ramos de poesía en que se ejercitaron los antiguos, eran razones poderosas a favor de un género, que ofrece abundante pábulo al espíritu raciocinador, al mismo tiempo que abre nuevas y opulentas vetas al ingenio. Muchos censuran ésta que llaman manía de filosofar poéticamente y de escribir sermones en verso. Pero nosotros estamos por la regla de que

Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux,

y por tanto pensamos que la cuestión se reduce a saber si este género es, o no, capaz de interesarnos y divertirnos. Las obras de Lucrecio, Pope, Thompson, Gray, Goldsmith, Delille, nos hacen creer que sí; y en nuestra lengua aun dejando aparte los divinos rasgos con que la enriquecieron los Manriques, los Riojas, los Lopes, y juzgando por las mejores obras de Quintana, Cienfuegos, Arriaza, y sobre todo Meléndez, nos sentiríamos inclinados a decidir por la afirmativa.

Cienfuegos halló aquí un gran campo en que dar rienda a su genio naturalmente propenso a lo serio y sublime. Sus obras de esta especie están sembradas de bellas imágenes y de pasajes afectuosos. Citaremos en prueba de ello *La Escuela del Sepulcro,* a la marquesa de Fuertehíjar, con motivo de la muerte de su amiga la marquesa de las Mercedes, y en particular los versos siguientes:

El bronco son que tus oídos hiere
es la trompeta de la muerte, el doble
de la campana que terrible dice:
fue, fue tu amiga. La que tantas veces
te vio, y te habló, y en sus amantes brazos
tan fina te estrechó, y en tus mejillas
su cariño estampó con dulces besos;
la que en su mente consagró tu imagen,
y en cuyo corazón un templo hermoso
te erigió la amistad, do siempre ardía
tanto y tan puro amor, ya por las olas
fue de la eternidad arrebatada:
ahora mismo a su cadáver yerto,
en estrecho ataúd aprisionado,
alumbrarán con dolorosa llama
tristes antorchas del color que ostentan
las mustias hojas, que al morir otoño
del árbol paternal ya se despiden.
Ahora mismo yacerá en la sima
de la tumba infeliz, hollando lutos
negros, más negros que nublada noche
en las hondas cavernas de los Alpes.
En torno de ella, y apartando el rostro
de su espantable palidez, sentados
compañía la harán los que otro tiempo,
tal vez colgados de su voz, pendientes
de un giro de sus ojos, estudiaban
su voluntad para servirla humildes.
Esta será ¡ay dolor! la vez postrera
que la visiten los mortales, ésta
su tertulia final, y último obsequio
que el mundo la ha de hacer. Sí; que esos cantos
con que del templo la anchurosa mole
temblando toda en rededor retumba
su despedida son, son sus adioses,
el largo adiós final. ¡Oh tú Lorenza,
ven por la última vez, ven, ven conmigo,
y a tu amiga verás, verás al menos
el cuerpo que animó, verás reliquias
de una nada que fue! Mira que tardas,
y nunca, nunca volverás a verla,
nunca jamás; que ya sobre sus hombros

cargaron los ministros del sepulcro
el ataúd, y marchan, y descienden
con él a la morada solitaria
del oscuro no ser. Allí en los muros
cien bocas abre la insaciable muerte
por donde traga sin cesar la vida;
y a ti, ¡oh Quero infeliz! ¡oh malograda!
¡oh atropellada juventud! Caíste,
bien como flor que en su lozana pompa
hollada fue por la ignorante planta
de un pasajero sin piedad. Caíste,
y ya otro rastro de tu ser no queda
que las memorias que de ti conserven
los que te amaron. Pasarán los días,
y las memorias pasarán con ellos;
y entonces ¿qué serás? El nombre vano,
el nombre solo en tu sepulcro escrito,
con que han querido eternizar tu nada.
Tirano el tiempo insultará tu tumba,
con diente agudo roerá sus letras,
borrará la inscripción, y nada, nada
serás por fin. ¡Oh muerte impía! *
¡Oh sepulcro voraz! en ti los seres
desechos caen; en ti generaciones
sobre generaciones se amontonan,
en ti la vida sin cesar se estrella;
y de tu abismo en la espantosa margen
el tiempo destructor está sañudo
arrojando los siglos despeñados.

Hallamos verdadera ternura en este otro pasaje sacado del poema consolatorio *A un amigo por la muerte de un hermano*:

...¿Por qué lloramos,
Fernández mío, si la tumba rompe
tanta infelicidad? Enjuga, enjuga
tus dolorosas lágrimas; tu hermano
empezó a ser feliz; sí, cese, cese
tu pesadumbre ya. Mira que aflige
a tus amigos tu doliente rostro,
y a tu querida esposa y a tus hijos.
El pequeñuelo Hipólito, suspenso,
el dedo puesto entre sus frescos labios,
observa tu tristeza, y se entristece;
y, marchando hacia atrás, llega a su madre
y la aprieta una mano, y en su pecho
la delicada cabecita posa,
siempre los ojos en su padre fijos.
Lloras, y llora; y en su amable llanto
¿qué piensas que dirá? — "Padre", te dice,
"¿será eterno el dolor? ¿no hay en la tierra
otros cariños que el vacío llenen,
que tu hermano dejó? Mi tierna madre
vive, y mi hermana, y para amarte viven,
y yo con ellas te amaré. Algún día
verás mis años juveniles llenos
de ricos frutos, que oficioso ahora

* Así está.

con mil afanes en mi pecho siembras.
Honrado, ingenuo, laborioso, humano,
esclavo del deber, amigo ardiente,
esposo tierno, enamorado padre,
yo seré lo que tú. ¡Cuántas delicias
en mí te esperan! Lo verás: mil veces
llorarás de placer, y yo contigo.
Mas vive, vive, que si tú me faltas,
¡oh pobrecito Hipólito! sin sombra
¡ay! ¿qué será de ti huérfano y solo?
No, mi dulce papá; tu vida es mía,
no me la abrevies traspasando tu alma
con las espinas de la cruel tristeza.
Vive, sí, vive; que si el hado impío
pudo romper tus fraternales lazos,
hermanos mil encontrarás doquiera;
que amor es hermandad, y todos te aman.
De cien amigos que te ríen tiernos,
adopta a alguno; y si por mí te guías,
Nicasio en el amor será tu hermano".

Los principales defectos de este escritor son: en el estilo sublime, un entusiasmo forzado; en el patético, una como melindrosa y femenil ternura. Este último es, en nuestra opinión, el más grave, y ha plagado hasta su prosa. Lo poco natural, ya de los pensamientos, ya del lenguaje, perjudica mucho al efecto de las bellezas, a veces grandes, que encontramos en sus obras. Mas en medio de esta misma afectación se descubre un fondo de candor y bondad, un amor a la virtud y a las gracias de la naturaleza campestre, que acaban granjeándole la estimación del lector. Su moral es indulgente, y exceptuando ciertos arrebatos eróticos, pura. Sus opiniones políticas parecerán poco ortodoxas para un oficial de la primera secretaría de estado, y ciertamente causará admiración que la censura no pasase la esponja sobre las alabanzas de la Suiza (página 83), y sobre estos versos de una oda póstuma (página 162):

¿Del palacio en la mole ponderosa
que anhelantes dos mundos levantaron
sobre la destrucción de un siglo entero
morará la virtud? ¡Oh congojosa
choza del infeliz! ¡a ti volaron
la justicia y razón, desde que fiero
ayugando al humano,
de la igualdad triunfó el primer tirano!

Dejando las tragedias para ocasión más oportuna, nos despediremos de Cienfuegos con su *Rosa del desierto,* que es, en nuestro sentir, de lo mejor que hizo. Suprimimos el principio, y algunos pasajes que pecan por los defectos que dejamos notados. El lector verá que no hemos sido demasiado severos:

¡Oh flor amable! en tus sencillas galas
¿qué tienes, di, que el ánimo enajenas
y de agradable suspensión le llenas?...
Sola en este lugar, ¿cuándo, qué mano

pudo plantarte en él?... ¿Fue algún amante
que, abandonado ya de una inconstante,
huyó a esta soledad, queriendo triste
olvidar a su bella,
y este rosal plantó pensando en ella?
Era un hombre de bien, del hombre amigo,
quien un yermo infeliz pobló contigo;
que, en medio a la aridez, así pareces
cual la virtud sagrada
de un mundo de maldades rodeada.
¡Ah! rosa es la virtud; y bien cual rosa,
dondequiera es hermosa,
espinas la rodean dondequiera,
y vive un solo instante,
como tú vivirás. ¡Ay! tus hermanas
fueron rosas también, también galanas
las pintó ese arroyuelo, cual retrata
en ti de tu familia la postrera.
Del tiempo fugitivo imagen triste,
él corre, correrá, y en su carrera
te buscará mañana con la aurora,
y no te encontrará, que ya esparcidas
tus mustias hojas sin honor caídas
sobre la tierra dura
el fin le contarán de tu hermosura... *
¿Y qué, sola, olvidada,
sin que su labio y su pasión imprima
en ti ninguna amante
en fin perecerás sin ser llorada?
¿No volará en tu muerte **
ningún ay de tristeza
de la fresca belleza
que en ti contemple su futura suerte?
¡Oh Clori, Clori! para ti esta rosa,
bella cual mi cariño,
aquí nació; la cortará mi mano,
y allá en tu pecho morirá gloriosa.
Guarda, tente, no cortes, y perdone
Clori esta vez; que por ventura injusto
bajará a este lugar algún celoso
venganzas meditando allá en la mente
de una triste inocente
que amarle hasta morir en tanto jura.
Al mirar esta rosa de repente
se calmarán sus celos, y bañado
en llanto de ternura,
maldecirá su error, y arrepentido
irá a abjurarle ante su bien postrado;
o la verá tal vez algún esposo
ya en sus cariños frío;
y, la edad de sus flores recordando
fija la mente en su marchita esposa,
clamará en su interior, también fue rosa;
y con este recuerdo dispertando
el fuego que en su pecho ya dormía,
la volverá un amor que de ella huía.

* No *cantarán,* que es errata.
** No *su* muerte, que también es errata.

11

¿Y quién sabe si acaso, maquinando
la primera maldad, con torvo ceño
vendrá algún infeliz solo, perdido,
de pasiones terribles combatido?
Al llegar donde estoy, verá esta rosa,
la mirará, se sentará a su lado,
e, ignorando por qué su pecho herido
de una dulce terneza
amará, de mi flor estimulado,
la belleza moral en su belleza.
¡Ay! que del crimen al cadalso infame
tal vez este infeliz se despeñara
si esta rosa escondida
la virtud en su olor no le inspirara.
Queda, sí, queda en tu rosal prendida,
¡oh rosa del desierto!
para escuela de amor y de virtudes.
Queda, y el pasajero
al mirarte se pare y te bendiga,
y sienta y llore como yo, y prosiga
más contento su próspero camino
sin que te arranque de tus patrios lares.
¿Es tan larga tu edad para que quiera
cortarte, acelerando tu carrera?
No; queda, vive, y el piadoso cielo
dos soles más prolongue tu hermosura.
¡Puedas lozana y pura
no probar los rigores
del bárbaro granizo,
ni los crudos ardores
de un sol de muerte; ni jamás tirano
tus galas rompa el roedor gusano!
No; dura, y sé feliz cuanto desea
mi amistad oficiosa;
y feliz a la par contigo sea
la abejilla piadosa
que en tu cáliz posada
hace a tus soledades compañía.
Adiós, mi flor amada,
adiós, y eterno adiós. La tumba fría
me abismará también; mas si en mi musa
llego a triunfar del tiempo y de la muerte,
inseparable de tu dulce amigo
eternamente vivirás conmigo.

La última edición de estas poesías nos da algunas noticias biográficas de su autor. Cienfuegos se hallaba de covachuelista en Madrid, cuando entraron los franceses; y en esta delicada coyuntura, manifestó sentimientos de patriotismo que le acarrearon el odio de los usurpadores, sobre todo con ocasión de un artículo, publicado en la *Gaceta de Madrid,* que revisaba Cienfuegos. Llamado y reconvenido por Murat, le contestó con dignidad y entereza; y llevado el año siguiente a Francia, murió, bastante joven, de resultas de las molestias y vejaciones que padeció en el viaje. Su fallecimiento fue en Ortez, en julio de 1809. Mr. Blaquiere, en su *Revista Histórica de la Revolución de España,* le hace sobrino de Jovellanos; pero se nos asegura que en esto hay equivocación, y que los Cienfuegos sobrinos de este ilustre ministro, son de distinta familia.

ESTUDIOS SOBRE VIRGILIO, POR P. F. TISSOT[1]

2 Tomos Octavo, París, 1825
(Artículo de M. de Pongerville en la Revista Enciclopédica, *París, Enero de 1826)*

Los grandes escritores del siglo de Luis XIV conocían todo el valor de los tesoros literarios de la antigüedad, como se echa de ver por lo que les toman prestado tantas veces y con tanta felicidad; pero, por lo general, se apreciaban entonces imperfectamente los sublimes conceptos de los antiguos. Peor fue en el siglo siguiente cuando pareció haberse olvidado que ellos eran los creadores y modelos de las bellezas mismas que se admiraban. Fuese error, fuese cálculo, no faltaron autores eminentes que se atreviesen alguna vez a ridiculizarlos, y a condenarlos al olvido. Desestimados los antiguos, dejó de cultivarse con esmero su lengua sagrada, y la literatura careció de uno de sus más poderosos recursos. Si algún crítico hablaba todavía de los antiguos, era sólo para sacrificarlos a la gloria de sus contemporáneos. Esta es la más grave acusación que puede intentarse contra el siglo XVII, al que tal vez nada faltó, para elevarse al nivel de los siglos precedentes, sino el conocimiento profundo de la antigüedad.

Un literato conocido por varias producciones notables quiso seguir la senda trazada por Quintiliano, pero olvidó muchas veces su objeto; y los aplausos de un público frívolo le alejaron demasiado de su ilustre guía. Por otra parte, La Harpe, imbuido en las opiniones literarias de su tiempo, estaba poco versado en los autores griegos y romanos; y los juzgó, como a los modernos, según el sistema de la escuela a que pertenecía.

Nada injusto es durable: apenas ha trascurrido medio siglo desde el triunfo de aquel Aristarco, y ya vemos revocado gran número de sentencias pronunciadas por él. Su curso de literatura, en que se admiran el gusto puro, la desembarazada elegancia, y el brillo ingenioso del discípulo de Voltaire, le acusa al mismo tiempo de una culpable negligencia en el estudio de los antiguos, y presenta a cada paso pruebas del imperio de las preocupaciones aun sobre los grandes talentos.

De La Harpe acá, hemos visto sobrevenir causas poderosas que han aguzado y desenvuelto la crítica, y dado a las costumbres y a la política un gran dominio sobre la literatura. Las crisis despiertan la atención del espíritu humano; obsérvase con ojos curiosos el progreso y la lucha incesante de las pasiones; y el hábito de pensar, unido a la necesidad de hacer uso de lo que se piensa, conducen a perfeccionar el arte de dar fuerza a la palabra. Los sucesos políticos, mudando la dirección de los espíritus, los aficionan a estudios serios. Así se ha ensanchado entre nosotros la esfera de los conocimientos; la verdad ha recobrado su antiguo imperio sobre las artes; el gusto, inseparable de la razón, se ha hecho severo; y cada cual,

mediante las lecciones de la experiencia, ha aprendido a juzgar por sí mismo. Los amigos de las letras, restituidos a la naturaleza, percibieron todo el mérito de la antigüedad, y reconocieron que el verdadero medio de aventajar a los modernos era igualar a los antiguos.

Un literato, digno de apreciar los progresos de las artes y de dar dirección al talento, y conocido ya por producciones felices, fue elegido por el primer poeta del siglo para continuar en lugar suyo las lecciones que aquel noble intérprete de Virgilio supo hacer tan interesantes. M. Tissot correspondió a la confianza de su ilustre predecesor; y comenzando maestramente su nueva carrera, se dedicó todo entero al cultivo de las musas antiguas. El reveló sus venerables misterios a una juventud ansiosa de oírle; muchos jóvenes favoritos de las musas debieron a este elocuente profesor el desenvolvimiento de los talentos que los hacen ya la esperanza de nuestra literatura; ninguno de ellos se apartaba de su lado, sin sentir un vivo deseo de consagrar a las letras o a las artes el ardiente entusiasmo que había prendido en sus almas. Vuelto, después de sus largas tareas, al seno tranquilo de la meditación, quiso servir a las letras desde su gabinete, como las había servido en la cátedra. El traductor de los *Besos* de Juan Segundo y de las *Bucólicas* compuso los *Estudios Virgilianos*. El sencillo título dado a esta importante producción pudiera hacer creer que el autor sólo trata de las bellezas de la *Eneida;* pero su plan, como el de Quintiliano, abraza la literatura en toda su extensión. Efectivamente era natural escoger por punto principal de observación la obra del gran poeta imitador de los escritores que le precedieron, y modelo de los que vinieron tras él. De este modo, se procuró M. Tissot un medio cómodo de establecer el carácter relativo de las producciones literarias de Homero a Virgilio y de Virgilio a los modernos. No tanto se juzga en su obra, cuando se compara. Si analiza las creaciones antiguas, les contrapone las fantasías modernas: sus doctas investigaciones sorprenden bajo todas sus formas los hurtos que el ingenio ha hecho al ingenio. Ni ciñe sus cotejos a las obras que tienen analogía con la epopeya; extiéndelas con un profundo discernimiento al poema didáctico y cíclico, al drama, a la fábula, a la novela; en suma, recorre los diferentes ramos de la literatura que, habiendo brotado todos de un tallo, se alimentan de un mismo jugo materno.

Deben, pues, mirarse los *Estudios Virgilianos* como un curso completo e interesantísimo de literatura antigua y moderna. El autor ha creado un método tan nuevo como ingenioso, y agrada deleitando; evita la aridez escolástica y la ciega admiración de los comentadores; atrevido, pero justo, nota cuidadosamente las bellezas y los defectos de los grandes maestros, y sabe aprovecharse felicísimamente de unos y otros; sobre todo posee el secreto de comunicar a los lectores su entusiasmo. Su estilo, todo de sentimiento y verdadero, aunque florido, no deja nunca de adaptarse a los pensamientos de los grandes escritores que saca a las tablas, y parece como

que los oímos revelarle confidencialmente las inspiraciones de su numen. Pero dejemos que el elegante profesor desarrolle aquí por sí mismo sus ingeniosas y profundas ideas sobre las relaciones entre los grandes escritores de todos los tiempos y países.

"Añadiendo las riquezas de lo presente a los tesoros de lo pasado, acercando unos a otros en perpetuas comparaciones los principales escritores que han ilustrado el mundo, quise valerme del progreso de las luces, y de la autoridad concentrada de tantos admirables ingenios para mostrar en toda su gloria, y circundada de todos los atributos que pudiesen asegurarle nuestro respeto, aquella religión de lo verdadero y de lo bello, que, después de haber brillado en varias épocas con el más hermoso esplendor, parece anublarse ahora, cubrirse de sombra, y abandonar los espíritus al escepticismo, y a los dos extremos opuestos de incredulidad o idolatría.

"El Asia antigua fue la cuna de esta religión. El misterioso Egipto la reveló a cierto número de ministros cautelosos, que echaron un velo entre ella y los ojos del vulgo. Conociéronla los griegos; y aun sembrándola de fábulas ridículas respetaron su carácter y sus leyes. Orfeo, Lino y Museo recibieron como un don celeste sus primeros destellos. El amor que ella inspiró al buen Hesíodo, le hizo algunas veces admirable; ella entró en el corazón de Homero, ella cautivó su ingenio creador; y quizá es Homero todavía su primer pontífice, a pesar de los disfraces en que a veces la envuelve, imponiendo silencio al murmurar de la razón. Tucídides y Jenofonte le tributaron un homenaje puro; Esquilo tuvo con ella un comercio desigual y sublime; Sófocles se mostró casi siempre digno intérprete suyo; Eurípides, nacido para sentirla y practicarla, incurre demasiadas veces en profanaciones, porque carece de conciencia literaria. Platón se arroba a ella; pero después de haberse remontado hasta el cielo, la deja, y siguiendo a su imaginación, se pierde en la región de las nubes. Aristóteles, más sosegado y severo, ofreció a la ciencia de lo verdadero y lo bello, el culto de toda su vida; y su razón perspicaz, que jamás padeció eclipse, dicta todavía lecciones a todos los pueblos. Un instinto sublime, la vocación del talento, hizo a esta religión las delicias de Demóstenes y el asunto de sus meditaciones perpetuas. Cicerón, destinado a servirla de ministro y de intérprete, la arraigó en su pecho por el estudio de la filosofía, y dio a la elocuencia atractivos irresistibles: ¡dichoso, si escribiendo tan bellas lecciones a las edades, hubiera sabido refrenar su propensión al lujo de las palabras! Lucrecio tuvo el poder y la pasión de lo verdadero y lo bello; mas para darles un culto digno, le faltó una lengua más perfeccionada, y principalmente un gusto más puro. Terencio fue fiel discípulo de lo verdadero y lo bello; pero si tuvo más conciencia y más saber que Plauto, no tuvo igual fuerza de imaginación. Cuando Virgilio mira a la naturaleza cara a cara; cuando saca de sus propios estudios, o de los movimientos de su alma, el conocimiento de las pasiones, entonces es el Rafael de la poesía, el pintor más

fiel de lo verdadero y lo bello. Dad esta religión a Ovidio, y le haréis uno de los primeros poetas del mundo: él conoce sus defectos como Eurípides, pero los ama, no tiene valor para corregirse de ellos. Esta religión pide gusto y luces, que faltaban a Lucano y a Juvenal, que delinquieron contra ella sin conocerlo. Dante, Shakespeare y Milton, después de haberle ofrecido el incienso del ingenio, la ofenden con impiedad, insultando a la sana razón; pero su siglo fue más culpable que ellos... Buffon, que es el Aristóteles, el Plinio y el Platón de los modernos, tuvo profundamente grabada en el alma la religión de lo verdadero y lo bello; ¿por qué, apasionado a la magnificencia, no tomó de la naturaleza, su modelo, aquellas felices negligencias, tan llenas de gracia? Buffon parece un rey que jamás olvida su dignidad; es el Luis XIV de los escritores; sus defectos nacen de su carácter, y sin duda pensaba en sí mismo cuando dijo: *el estilo es todo el hombre.* Un fecundo ingenio, una razón superior, pero dominada por una imaginación más fuerte que ella, una elocuencia de primer orden, no libraron siempre a Rousseau de la hinchazón, la declamación y el sofisma. Adivinó la noble simplicidad de los antiguos; en otras cosas, era de desear que hubiera seguido su ejemplo. Emulo de Richardson, está bien lejos de igualarle en la fidelidad de la imitación del lenguaje mujeril; pero el amor de lo verdadero y lo bello ardía sin cesar en su alma, excitado por la llama del entusiasmo y la codicia inmensa de gloria. Si su alma hubiese sido nutrida como la de Fenelón, su conciencia literaria hubiera mostrado todo el valor que exigen los sacrificios que el escritor debe imponerse a sí mismo. La naturaleza dio a Voltaire la razón de Locke, la elocuencia dramática de Eurípides, las diversas especies de agudeza ingeniosa que brillan en Fontenelle, Pope y Hamilton, la originalidad satírica de Luciano, la urbanidad de Horacio, la festiva ligereza de Ariosto, y la brillante facilidad de un francés lleno de gracias y de elegancia. Mas, a esta inaudita reunión de talentos, cada uno de los cuales bastaría a la reputación de un escritor, faltó la conciencia literaria: nadie penetró lo verdadero con tanta sagacidad; nadie lo amó con tanto ardor; nadie sintió jamás una tan viva admiración hacia lo bello; pero la religión de estos dos sentimientos, no la tuvo. La movilidad de su imaginación, el impulso de esta o aquella pasión momentánea, y a veces las contemplaciones del amor propio, quitaron toda especie de estabilidad a sus opiniones. Ya le hallaréis habilísimo censor; ya juez preocupado, que pronuncia con ligereza sentencias llenas de errores. Como no bebió principios seguros en una escuela severa, como no conoció bastante las condiciones de aquella gloria cuyo amor le devoraba; mimado por aplausos precoces, exasperado por injustas críticas, en que sólo se trató de humillarle, y sostenido por el favor público, a cuyo celo daba continuo pábulo su filosofía, desatendió las voces de su conciencia; en vez de pinturas fieles, presentó mentiras brillantes; confió el interés de su gloria a las seducciones de su

pluma; pensó demasiado en su siglo, y no lo bastante en la posteridad. En fin, tuvo con su talento una indulgencia fatal, que no cesará de expiar jamás; sin esto, no nos hubiera dejado quizá más que obras maestras. ¿Qué no se debía esperar de tal hombre, si se hubiera armado contra sí mismo de la autoridad de un censor inflexible, que jamás transigiese con el sentimiento profundo de las bellezas de la naturaleza, y de las reglas del arte?"

M. Tissot examina uno por uno los libros de la *Eneida,* haciendo preceder o seguir a su trabajo el texto latino, de que traduce a veces pasajes con una felicidad nada común: sus expresiones son elegantes y vigorosas; poéticos y graciosos sus giros; y la imagen que nos dan de la poesía es la más fiel que puede presentarse en prosa.

El discurso que sirve de introducción a la obra, es una producción literaria superior a todo elogio. No sólo le sirve de adorno; es además un exordio instructivo, donde encontramos un elegante y completo resumen de los excelentes principios de este útil tratado. M. Tissot habla allí una vez de sí mismo, pero con el candor de un hombre de bien, y con la franqueza de un espíritu superior, seguro de su conciencia y de los derechos que tiene a la estimación pública. Me parece que debo citar aquí el último párrafo:

"¡Oh Musas! tales son vuestras recompensas. ¿Quién no sentirá lo que valen y lo dulce que son? Si no me es dado obtenerlas, a lo menos no desconoceré jamás vuestras delicias. Vosotras habéis hermoseado todos los placeres de mi vida; habéis consolado todas mis penas; semejantes a las abejas del Hibla, habéis templado con vuestra miel la copa de ajenjo que la fortuna y los hombres me han presentado más de una vez. Cuando yo trazaba una parte de esta obra, me hallaba a la puerta del sepulcro; dísteisme fuerza para vivir; rechacé a la muerte; por vosotras me olvidó la Parca. Ni es esto todo: habéis nutrido el espíritu y conservado algunas flores a la imaginación, en medio de la decadencia corpórea; vuestro trato hechicero restableció mi salud por grados. Gracias os doy por vuestra beneficencia; y me refugio en vuestro seno, como un viajero fatigado, que pide puerto tras una larga tempestad. ¡Y tú, ilustre traductor de las *Geórgicas,* cuya amistad me honra, cuya elección me causó tan viva inquietud! Si desde el día de tu muerte, no he dejado pasar uno solo sin pagar mi deuda a tu memoria; si fiel a los deberes del corazón, he referido todos mis trabajos al que me los impuso en una adopción para mí tan preciosa, dígnate de aceptar en estos estudios la ofrenda religiosa de un discípulo a su maestro".

Delille no podía recibir homenaje más digno que la dedicación de una obra, inspirada en cierto modo por este gran maestro, y destinada a propagar la sana doctrina de una literatura a que dio sesenta años de lustre.

Los estudios sobre Virgilio convienen igualmente al hombre de mundo y al literato, a los jóvenes que comienzan la carrera de las artes, y a los

padres de familia que quieren examinar y medir los progresos de sus hijos.

Un concierto unánime de elogios ha probado ya el reconocimiento del público ilustrado hacia el docto profesor, laborioso émulo de Quintiliano. La semejanza de las épocas en que ambos parecieron, hace resaltar la suya. El primero combatió la doctrina de los Sénecas, Lucanos y Estacios, que, empeñados en explorar nuevas sendas, adulteraban el arte de los Lucrecios, Virgilios y Ovidios; y ahora que nuestra literatura está amenazada de decadencia, las lecciones del Quintiliano moderno guiarán los pasos inciertos de los sucesores de los Racines, Voltaires y Delilles.

NOTICIA DE LA VICTORIA DE JUNIN CANTO A BOLIVAR, POR JOSE JOAQUIN OLMEDO[4]

Debemos a la *Victoria de Junín*, poema lírico por el señor José Joaquín Olmedo, un lugar distinguido entre las obras americanas de que nos proponemos hacer reseña en este periódico, lo primero por su mérito, y lo segundo por la importancia del asunto, que abraza dos de los acontecimientos más grandes y memorables que figurarán en los fastos de América. Las dos batallas de Junín y Ayacucho aseguraron la independencia del nuevo mundo. Sin la denodada resolución de Colombia de auxiliar al Perú con lo mejor de sus tropas mandadas por el ilustre Bolívar, y sin los gloriosos sucesos de este genio tutelar de la independencia americana, el horizonte político de aquellas regiones hubiera presentado nubes y borrascas, quién sabe cuánto tiempo; y la libertad, aun de las partes más retiradas del campo en que se verificó la lucha, hubiera estado a la merced de mil contingencias acarreadas por la fortuna de las armas.

El título de este poema pudiera hacer formar un concepto equivocado de su asunto, que no es en realidad la victoria de Junín, sino la libertad del Perú. Bolívar es el héroe a cuyo honor se consagra este himno patriótico; y el poeta hubiera dado una idea harto mezquina de la gloria de su campaña peruana, si se hubiese contentado con ceñir a sus sienes el laurel de aquella jornada inmortal.

Mas concebida así la materia, presentaba un grave inconveniente, porque, constando de dos grandes sucesos, era difícil reducirla a la unidad de sujeto, que exigen con más o menos rigor todas las producciones poéticas. El medio de que se valió el señor Olmedo para vencer esta dificultad, es ingenioso. Todo pasa en Junín, todo está enlazado con esta primera función, todo forma en realidad parte de ella. Mediante la aparición y profecía del inca Huaina Cápac, Ayacucho se transporta a Junín,

y las dos jornadas se eslabonan en una. Este plan se trazó a nuestro parecer con mucho juicio y tino. La batalla de Junín sola, como hemos observado, no era la libertad del Perú. La batalla de Ayacucho la aseguró; pero en ella no mandó personalmente el general Bolívar. Ninguna de las dos por sí sola proporcionaba presentar dignamente la figura del héroe: en Junín no le hubiéramos visto todo; en Ayacucho le hubiéramos visto a demasiada distancia. Era, pues, indispensable acercar estos dos puntos e identificarlos; y el poeta ha sabido sacar de esta necesidad misma grandes bellezas, pues la parte más espléndida y animada de su canto es incontestablemente la aparición del inca.

Algunos han acusado este incidente de importuno, porque, preocupados por el título, no han concebido el verdadero plan de la obra. Lo que se introduce como incidente, es en realidad una de las partes más esenciales de la composición, y quizá la más esencial. Es característico de la poesía lírica no caminar directamente a su objeto. Todo en ella debe parecer efecto de una inspiración instantánea: el poeta obedece a los impulsos del numen que le agita sin la menor apariencia de designio, y frecuentemente le vemos abandonar una senda y tomar otra, llamado de objetos que arrastran irresistiblemente su atención. Horacio dirige plegarias al cielo por la feliz navegación de Virgilio; la idea de las tempestades le sobresalta, y los peligros del mar le traen a la memoria la audacia del hombre, que, arrostrando todos los elementos, ha sacado de ellos nuevos géneros de muerte y nuevos objetos de terror. Ocupado de estos pensamientos, olvida que ha tomado el plectro para decir adiós a su amigo. Nada hallamos, pues, de reprensible en el plan del *Canto a Bolívar;* pero no sabemos si hubiera sido conveniente reducir las dimensiones de este bello edificio a menor escala, porque no es natural a los movimientos vehementes del alma, que solos autorizan las libertades de la oda, el durar largo tiempo.

El estilo es elegante, animado, y manifiesta una gran familiaridad con el lenguaje castellano poético. El colorido es tan brillante, como la versificación armoniosa; y reina en toda la obra una variedad que la naturaleza del asunto apenas permitió esperar, alternando con las escenas horribles de la guerra cuadros risueños y blandos, en que se hace un uso oportunísimo de la localidad y de las tradiciones peruanas.

Entre muchos pasajes igualmente dignos de trascribirse, elegimos el siguiente, que nos parece notable, no sólo por el calor con que está escrito, sino por la corrección y tersura del estilo. Píntase en él a Bolívar en los momentos que precedieron a la batalla de Junín.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
sobre el collado que a Junín domina?
¿que el campo desde allí mide, y el sitio
del combatir y del vencer designa?
¿que la hueste contraria observa, cuenta,

y en su mente la rompe y desordena,
y a los más bravos a morir condena,
cual águila caudal, que se complace
del alto cielo en divisar su presa
que entre el rebaño mal segura pace?
¿quién el que ya desciende
pronto y apercibido a la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
nube tremenda; el brillo de su espada
es el vivo reflejo de la gloria;
su voz, un trueno; su mirada, un rayo.
¿Quién, aquel que, al trabarse la batalla,
ufano como nuncio de victoria,
un corcel impetuoso fatigando,
discurre sin cesar por toda parte?...
¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?
Sonó su voz: —Peruanos,
mirad allí los duros opresores
de vuestra patria. Bravos colombianos,
en cien crudas batallas vencedores,
mirad allí los enemigos fieros
que buscando venís desde Orinoco;
suya es la fuerza, y el valor es vuestro;
vuestra será la gloria;
pues lidiar con valor y por la patria
es el mejor presagio de victoria.
Acometed; que siempre
de quien se atreve más, el triunfo ha sido.
Quien no espera vencer, ya está vencido.—
Dice; y al punto, cual fugaces carros,
que, dada la señal, parten, y en densos
de arena y polvo torbellinos ruedan;
arden los ejes; se estremece el suelo;
estrépito confuso asorda el cielo;
y, en medio del afán, cada cual teme
que los demás adelantarse puedan:
así los ordenados escuadrones
que del iris reflejan los colores, *
o la imagen del sol en sus pendones,
se avanzan a la lid...

La noche sobrevino en el momento de la victoria, y no dejó acabar con los restos amedrentados y dispersos del enemigo. El autor alude a estas circunstancias en los versos siguientes, que pintan con gran felicidad el breve crepúsculo de la zona tórrida:

Padre del universo, sol radioso,
dios del Perú, modera omnipotente
el ardor de tu carro impetüoso,
y no escondas tu luz indeficiente...
Una hora más de luz... Pero esta hora
no fue la del destino. El dios oía
el voto de su pueblo; y de la frente

* El pabellón de Colombia lleva los principales colores del iris; el del Perú lleva un sol en el centro.

el cerco de diamantes desceñía.
En fugaz rayo, el horizonte dora;
en mayor disco, menos luz ofrece,
y veloz tras los Andes se oscurece.

Pasamos por alto toda la profecía del inca, aunque esmaltada de bellísimos rasgos, porque nos llama el coro de las vírgenes del sol, que forma un suave contraste con la relación de combates, muertes y horrores que precede:

Alma eterna del mundo,
dios santo del Perú, padre del inca,
en tu giro fecundo
gózate sin cesar, luz bienhechora,
viendo ya libre el pueblo que te adora.
La tiniebla de sangre y servidumbre
que ofuscaba la lumbre
de tu radiante faz pura y serena,
se disipó; y en cantos se convierte
la querella de muerte
y el ruido antiguo de servil cadena.
Aquí la Libertad buscó un asilo,
amable peregrina,
y ya lo encuentra plácido y tranquilo.
Y aquí poner la diosa
quiere su templo y ara milagrosa.
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,
se viene a consolar de la rüina
de los altares que le alzó la Grecia,
y en todos sus oráculos proclama
que al Madalen y al Rímac bullicioso *
ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.
Oh Padre, oh claro sol, no desampares
este suelo jamás, ni estos altares.
Tu vivífico ardor todos los seres
anima y reproduce; por ti viven
y acción, salud, placer, beldad reciben.
Tú al labrador despiertas,
y a las aves canoras
en tus primeras horas;
y son tuyos sus cantos matinales.
Por ti siente el guerrero
en amor patrio enardecida el alma,
y al pie de tu ara rinde placentero
su laurel y su palma;
y tuyos son sus cánticos marciales.
Fecunda, oh sol, tu tierra;
y los males repara de la guerra.
Da a nuestros campos frutos abundosos,
aunque niegues el brillo a los metales.
Da naves a los puertos;
pueblos, a los desiertos;
a las armas, victoria;
alas, al genio y a las musas, gloria.

* El río Magdalena corre al mar por las cercanías de Bogotá, como el Eurotas por las cercanías de Esparta. El Rímac atraviesa a Lima como el Tíber a Roma.

Dios del Perú, sostén, salva, conforta
el brazo que te venga,
no para nuevas lides sanguinosas,
que miran con horror madres y esposas,
sino para poner a olas civiles
límites ciertos, y que en paz florezcan
de la alma paz los dones soberanos,
y arredre a sediciosos y a tiranos.
Brilla con nueva luz, rey de los cielos,
brilla con nueva luz en aquel día
del triunfo que magnífico prepara
a su libertador la patria mía.

Lo restante de este coro de las vestales peruanas es una hermosa descripción de la entrada triunfal de Bolívar en Lima; pero no nos parece conservar el carácter de himno que se percibe en las primeras estrofas.

Entusiasmo sostenido, variedad y hermosura de cuadros, dicción castigada más que en ninguna de cuantas poesías americanas conocemos, armonía perpetua, diestras imitaciones en que se descubre una memoria enriquecida con la lectura de los autores latinos, y particularmente de Horacio, sentencias esparcidas con economía y dignas de un ciudadano que ha servido con honor a la libertad antes de cantarla, tales son las dotes que en nuestro concepto elevan el *Canto a Bolívar* al primer lugar entre todas las obras poéticas inspiradas por la gloria del Libertador.

JUICIO SOBRE LAS POESIAS DE JOSE MARIA HEREDIA [5]

Sentimos, no sólo satisfacción, sino orgullo, en repetir los aplausos con que se han recibido en Europa y América las obras poéticas de don José María Heredia, llenas de rasgos excelentes de imaginación y sensibilidad; en una palabra, escritas con verdadera inspiración. No son comunes los ejemplos de una precocidad intelectual como la de este joven. Por las fechas de sus composiciones, y la noticia que nos da de sí mismo en una de ellas, parece contar ahora veintitrés años, y las hay que se imprimieron en 1821, y aun alguna suena escrita desde 1818: circunstancia que aumenta muchos grados nuestra admiración a las bellezas de ingenio y estilo de que abundan, y que debe hacernos mirar con suma indulgencia los defectos que de cuando en cuando advertimos en ellas. Entre las prendas que sobresalen en los opúsculos del señor Heredia, se nota un juicio en la distribución de las partes, una conexión de ideas, y a veces una pureza de gusto que no hubiéramos esperado de un poeta de tan pocos años. Aunque imita a menudo, hay por lo común, bastante originalidad en sus fantasías y conceptos; y le vemos trasladar a sus versos

con felicidad las impresiones de aquella naturaleza majestuosa del ecuador, tan digna de ser contemplada, estudiada y cantada. Encontramos particularmente este mérito en las composiciones intituladas: *A mi caballo, Al Sol, A la noche,* y *Versos escritos en una tempestad;* pero casi todas descubren una vena rica. Sus cuadros llevan por lo regular un tinte sombrío, y domina en sus sentimientos una melancolía, que de cuando en cuando raya en misantrópica, y en que nos parece percibir cierto sabor al genio y estilo de lord Byron. Sigue también las huellas de Meléndez, y de otros célebres poetas castellanos de estos últimos tiempos, aunque no siempre (ni era de esperarse) con aquella madurez de juicio tan necesaria en la lectura y la imitación de los modernos, tomando de ellos por desgracia la afectación de arcaísmos, la violencia de construcciones, y a veces aquella pompa hueca, pródiga de epítetos, de terminaciones peregrinas y retumbantes. Desearíamos que si el señor Heredia da una nueva edición de sus obras las purgase de estos defectos, y de ciertas voces y frases impropias, y volviese al yunque algunos de sus versos, cuya prosodia no es enteramente exacta.

Tenemos en esta colección poesías de diferentes caracteres y estilos, pero hallamos más novedad y belleza en las que tratan asuntos americanos, o se compusieron para desahogar sentimientos producidos por escenas y ocurrencias reales. La última de las que acabamos de citar es de este número; y como una muestra de las excelencias de nuestro joven poeta, y de los defectos o yerros en que algunas veces incurre, la copiamos aquí toda.

VERSOS ESCRITOS EN UNA TEMPESTAD

Huracán, huracán, venir te siento;
y en tu soplo abrasado,
respiro entusiasmado
del Señor de los aires el aliento.
En alas de los vientos suspendido
vedle rodar por el espacio inmenso,
silencioso, tremendo, irresistible,
como una eternidad. La tierra en calma
funesta, abrasadora,
contempla con pavor su faz terrible.
Al toro contemplad... La tierra escarban
de un insufrible ardor sus pies heridos;
la armada frente al cielo levantando,
y en la hinchada nariz fuego aspirando,
llama la tempestad con sus bramidos.
¡Qué nubes! ¡qué furor!... El sol temblando
vela en triste vapor su faz gloriosa,
y entre sus negras sombras sólo vierte
luz fúnebre y sombría,
que ni es noche ni día,
y al mundo tiñe de color de muerte.
Los pajarillos callan y se esconden,
mientras el fiero huracán viene volando;
y en los lejanos montes retumbando,

le oyen los bosques, y a su voz responden.
Ya llega... ¿no le veis?... ¡Cuál desenvuelve
su manto aterrador y majestuoso!
¡Gigante de los aires, te saludo!
Ved cómo en confusión vuelan en torno
las orlas de su parda vestidura.
¡Cómo en el horizonte
sus brazos furibundos ya se enarcan,
y tendidos abarcan
cuanto alcanzo a mirar de monte a monte!
¡Oscuridad universal! su soplo
levanta en torbellinos
el polvo de los campos agitado.
¡Oíd...! Retumba en las nubes despeñado
el carro del Señor; y de sus ruedas
brota el rayo veloz, se precipita,
hiere, y aterra al delincuente suelo,
y en su lívida luz inunda el cielo.
¡Qué rumor!... ¡Es la lluvia!... Enfurecida
cae a torrentes, y oscurece el mundo;
y todo es confusión y horror profundo.
Cielos, colinas, nubes, caro bosque,
¿dónde estáis? ¿dónde estáis? os busco en vano;
desaparecisteis... La tormenta umbría
en los aires revuelve un oceano
que todo lo sepulta...
Al fin, mundo fatal, nos separamos;
el huracán y yo solos estamos.
¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
de tu solemne inspiración henchido,
al mundo vil y miserable olvido,
y alzo la frente de delicia lleno!
¿Dó está el alma cobarde
que teme tu rugir?... Yo en ti me elevo
al trono del Señor; oigo en las nubes
el eco de su voz; siento a la tierra
escucharle y temblar; ardiente lloro
desciende por mis pálidas mejillas;
y a su alta majestad tiemblo y le adoro.

Hay en estos versos pinceladas valientes; y para que nos den puro el placer de la más bella poesía, sólo se echa menos aquella severidad que es fruto de los años y del estudio.

La siguiente es otra de las obras del señor Heredia en que encontramos más nobleza y elevación.

FRAGMENTOS DESCRIPTIVOS DE UN POEMA MEJICANO

¡Oh! ¡cuán bella es la tierra que habitaban
los aztecas valientes! En su seno,
en una estrecha zona concentrados,
con asombro veréis todos los climas
que hay desde el polo al ecuador. Sus campos
cubren, a par de las doradas mieses,
las cañas deliciosas. El naranjo,
y la piña, y el plátano sonante,
hijos del suelo equinoccial, se mezclan
a la frondosa vid, al pino agreste,

y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
de Iztaccihual purísimo, Orizaba
y Popocatépetl; pero el invierno
nunca aplicó su destructora mano
a los fértiles campos, donde ledo
los mira el indio en púrpura ligera
y oro teñirse, a los postreros rayos
del sol en occidente, que al alzarse,
sobre eterna verdura y nieve eterna
a torrentes vertió su luz dorada,
y vio a naturaleza conmovida
a su dulce calor hervir en vida.
. . . .
Era la tarde. La ligera brisa
sus alas en silencio ya plegaba,
y entre la yerba y árboles dormía,
mientras el ancho sol su disco hundía
detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
cual disuelta en mar de oro, semejaba
temblar en torno dél; un arco inmenso
que del empíreo en el cenit finaba,
como el pórtico espléndido del cielo,
de luz vestido y centellante gloria,
de sus últimos rayos recibía
los colores riquísimos; su brillo
desfalleciendo fue; la blanca luna
y dos o tres estrellas solitarias
en el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
que la alma noche o el brillante día,
¡cuánto es dulce tu paz al alma mía!
Hallábame sentado de Cholula
en la antigua pirámide. Tendido
el llano inmenso que a mis pies yacía,
mis ojos a espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría
que, en medio de estos campos, reina alzada
la bárbara opresión, y que esta tierra
brota mieses tan ricas, abonada
con sangre de hombres?...
Bajó la noche en tanto. De la esfera
el leve azul, oscuro y más oscuro
se fue tornando. La ligera sombra
de las nubes serenas, que volaban
por el espacio en alas de la brisa,
fue ya visible en el tendido llano.
Iztaccihual purísimo volvía
de los trémulos rayos de la luna
el plateado fulgor, mientra en oriente,
bien como chispas de oro, retemblaban
mil estrellas y mil...
Al paso que la luna declinaba,
y al ocaso por grados descendía,
poco a poco la sombra se extendía
del Popocatépetl, que semejaba
un nocturno fantasma. El arco oscuro
a mí llegó, cubrióme, y avanzando
fue mayor, y mayor, hasta que al cabo
en sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
que, velado en vapores transparentes,
sus inmensos contornos dibujaba
de occidente en el cielo.
¡Gigante de Anahuac! ¡oh! ¿cómo el vuelo
de las edades rápidas no imprime
ninguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo feroz, arrebatando
años y siglos, como el norte fiero
precipita ante sí la muchedumbre
de las olas del mar. Pueblos y reyes
viste hervir a tus pies, que combatían
cual hora combatimos, y llamaban
eternas sus ciudades, y creían
fatigar a la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
de tus bases profundas desquiciado
caerás, y al Anahuac tus vastas ruinas
abrumarán; levantaránse en ellas
otras generaciones, y orgullosas
que fuiste negarán...
¿Quién afirmarme
podrá que aqueste mundo que habitamos
no es el cadáver pálido y deforme
de otro mundo que fue?...

El romance que sigue exprime con admirable sencillez la ternura del cariño filial.

A MI PADRE, EN SUS DIAS

Ya tu familia gozosa
se prepara, amado padre,
a solemnizar la fiesta
de tus felices natales.
Yo, el primero de tus hijos,
también primero en lo amante,
hoy lo mucho que te debo
con algo quiero pagarte.
¡Oh! ¡cuán gozoso confieso
que tú de todos los padres
has sido para conmigo
el modelo inimitable!
Tomaste a cargo tuyo
el cuidado de educarme,
y nunca a manos ajenas
mi tierna infancia fiaste.
Amor a todos los hombres,
temor a Dios me inspiraste,
odio a la atroz tiranía
y a las intrigas infames.
Oye, pues, los tiernos votos
que por ti Fileno hace,
y que de su labio humilde
hasta el Eterno se parten.
Por largos años, el cielo
para la dicha te guarde
de la esposa que te adora

y de tus hijos amantes.
Puedas mirar tus bisnietos
poco a poco levantarse,
como los bellos retoños
en que un viejo árbol renace,
cuando al impulso del tiempo
la frente orgullosa abate.
Que en torno tuyo los veas
triscar y regocijarse,
y que, entre amor y respeto
dudosos y vacilantes,
halaguen con labio tierno
tu cabeza respetable.
Deja que los opresores
osen faccioso llamarte,
que el odio de los perversos
da a la virtud más realce.
En vano blanco te hicieran
de sus intrigas cobardes
unos reptiles oscuros,
sedientos de oro y de sangre.
¡Hombres odiosos!... Empero
tu alta virtud depuraste,
cual oro al crisol descubre
sus finísimos quilates.
A mis ojos te engrandecen
esos honrosos pesares;
y si fueras más dichoso,
me fueras menos amable.
De la mísera Caracas
oye al pueblo cual te aplaude,
llamándote con ternura
su defensor y su padre.
Vive, pues, en paz serena;
jamás la calumnia infame
con hálito pestilente
de tu honor el brillo empañe.
Déte, en medio de tus hijos,
salud su bálsamo suave;
y bríndete amor risueño
las caricias conyugales.

Esta composición nos hace estimar tanto la virtuosa sensibilidad del señor Heredia, como admirar su talento. Iguales alabanzas debemos dar a los cuartetos intitulados *Carácter de mi padre*. Parécenos también justo, aunque sea a costa de una digresión, valernos de esta oportunidad para tributar a la memoria del difunto señor Heredia el respeto y agradecimiento que le debe todo americano por su conducta en circunstancias sobremanera difíciles. Este ilustre magistrado perteneció a una de las primeras familias de la isla de Santo Domingo, de donde emigró, según entendemos, al tiempo de la cesión de aquella colonia a la Francia, para establecerse en la isla de Cuba, donde nació nuestro joven poeta. Elevado a la magistratura, sirvió la regencia de la real audiencia de Caracas durante el mando de Monteverde y Boves; y en el desempeño de sus obligaciones, no sabemos qué resplandeció más, si el honor y la fidelidad al

gobierno, cuya causa cometió el yerro de seguir; o la integridad y firmeza con que hizo oír (aunque sin fruto) la voz de la ley; o su humanidad para con los habitantes de Venezuela, tratados por aquellos tiranos y por sus desalmados satélites con una crueldad, rapacidad e insulto inauditos. El regente Heredia hizo grandes y constantes esfuerzos, ya por amansar la furia de una soldadesca brutal que hollaba escandalosamente las leyes y pactos, ya por infundir a los americanos las esperanzas, que él sin duda tenía, de que la nueva constitución española pusiese fin a un estado de cosas tan horroroso. Desairado, vilipendiado, y a fuerza de sinsabores y amarguras arrastrado al sepulcro, no logró otra cosa que dar a los americanos una prueba más de lo ilusorio de aquellas esperanzas.

Volviendo al joven Heredia, desearíamos que hubiese escrito algo más en este estilo sencillo y natural, a que sabe dar tanta dulzura, y que fuesen en mayor número las composiciones destinadas a los afectos domésticos e inocentes, y menos las del género erótico, de que tenemos ya en nuestra lengua una perniciosa superabundancia.

De los defectos que hemos notado, algunos eran de la edad del poeta; pero otros (y en este número comprendemos principalmente ciertas faltas de prosodia) son del país en que nació y se educó; y otra tercera clase pueden atribuirse al contagio del mal ejemplo. De esta clase son las voces y terminaciones anticuadas, con que algunos creen ennoblecer el estilo, pero que en realidad (si no se emplean muy económica y oportunamente) le hacen afectado y pedantesco. Los arcaísmos podrán tolerarse alguna vez, y aun producirán buen efecto, cuando se trate de asuntos de más que ordinaria gravedad. Pero soltarlos a cada paso, y dejar sin necesidad alguna los modos de decir que llevan el cuño del uso corriente, únicos que nuestra alma ha podido asociar con sus afecciones, y los más a propósito, por consiguiente, para despertarlas de nuevo, es un abuso reprensible; y aunque lo veamos autorizado de nombres tan ilustres como los de Jovellanos y Meléndez, quisiéramos se le desterrase de la poesía, y se le declarase comprendido en el anatema que ha pronunciado tiempo ha el buen gusto contra los afeites del gongorismo moderno. En los versos de Rioja, de Lope de Vega, de los Argensolas, no vemos las voces anticuadas que tanto deleitaron a Meléndez y a Cienfuegos. Agrégase a esto lo mal que parecen semejantes remedos de antigüedad en obras que por otra parte distan mucho de la frase castiza de nuestra lengua.

Uno de los arcaísmos de que más se ha abusado, es la inflexión verbal *fuera, amara, temiera,* en el sentido de pluscuamperfecto indicativo. Bastaría para condenarle la oscuridad que puede producir, y de hecho produce no pocas veces, por los diversos oficios que la conjugación castellana tiene ya asignados a esta forma del verbo. Pero los modernos, y en especial Meléndez, no contentos con el uso antiguo, la han empleado en acepciones que creemos no ha tenido jamás. Los antiguos en el indicativo no la hicieron más que pluscuamperfecto. Meléndez, y a su ejemplo

el señor Heredia, le dan también la fuerza de los demás pretéritos, de manera que, según esta práctica, el tiempo *amara*, además de sus acepciones subjuntiva y condicional, significa *amé, amaba* y *había amado*. Si esto no es una verdadera corrupción, no sabemos qué merezca ese nombre.

Otra cosa en que el estilo de la poesía moderna nos parece desviarse algo de las leyes de un gusto severo, es el caracterizar los objetos sensibles con epítetos sacados de la metafísica de las artes. En poesía no se debe decir que un talle es *elegante*, que una carne es *mórbida*, que una perspectiva es *pintoresca*, que un volcán o una catarata es *sublime*. Estas expresiones, verdaderos barbarismos en el idioma de las musas, pertenecen al filósofo que analiza y clasifica las impresiones producidas por la contemplación de los objetivos, no al poeta, cuyo oficio es pintarlos.

Como preservativo de estos y otros vicios, mucho más disculpables en el señor Heredia que en los escritores que imita, le recomendamos el estudio (demasiado desatendido entre nosotros) de los clásicos castellanos y de los grandes modelos de la antigüedad. Los unos castigarán su dicción, y le harán desdeñarse del oropel de voces desusadas; los otros acrisolarán su gusto, y le enseñarán a conservar, aun entre los arrebatos del estro, la templanza de imaginación, que no pierde jamás de vista a la naturaleza y jamás la exagera, ni la violenta.

Nos lisonjeamos de que el señor Heredia atribuirá la libertad de esta censura únicamente a nuestro deseo de verle dar a luz obras acabadas, dignas de un talento tan sobresaliente como el suyo. En cuanto a la resolución manifestada en una nota a *Los placeres de la melancolía* de no hacer más versos, y ni aun corregir los ya hechos, protestaríamos altamente contra este suicidio poético, si creyésemos que el señor Heredia fuese capaz de llevarlo a cabo. Pero las musas no se dejan desalojar tan fácilmente del corazón que una vez cautivaron, y que la naturaleza formó para sentir y expresar sus gracias.

CAMPAÑA DEL EJERCITO REPUBLICANO AL BRASIL Y TRIUNFO DE ITUZAINGO CANTO LIRICO, POR JUAN CRUZ VARELA[6]

Entre la multitud de obras poéticas que se han publicado en América durante los últimos años, se distingue mucho la presente por la armonía del verso, por alguna más corrección de lenguaje de la que aparece ordinariamente en la prosa y verso americanos, y por la belleza y energía de no pocos pasajes. Citaremos, como uno de los mejores, estos diez versos de la introducción, en que el poeta se trasporta a las edades venideras para presenciar en ellas la gloria de su patria y su héroe.

Las barreras del tiempo
rompió al cabo profética la mente;
y atónita se lanza en lo futuro,
y a la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir impenetrable, oscuro!
rasgóse al fin el tenebroso velo
que ocultó tus misterios a mi anhelo.
Partióse al fin el diamantino muro
con que de mi existencia dividías
tus hombres, tus sucesos y tus días.

El pensamiento que sigue no tiene ciertamente nada de original; pero sería difícil hallarle expresado con mayor suavidad y hermosura:

Mi verso irá por cuanto Febo dora
del austro a los trïones;
y leído en las playas de occidente,
llevado por la fama voladora,
admirará después a las naciones
que reciben la lumbre refulgente
del rosado palacio de la Aurora.

He aquí otro pasaje que nos parece de gran mérito: el poeta apostrofa a las huestes brasileras y alemanas, que, ocupando los montes, no osan bajar a la defensa de los campos y pueblos invadidos por el enemigo:

¿Qué hacéis, qué hacéis, soldados,
que ya no descendéis del alta cumbre,
y por estas llanuras derramados
ostentáis vuestra inmensa muchedumbre?
¿Todo el tesoro que Vallés encierra
abandonáis así? ¿No sois testigos
de que recogen ya los enemigos
las ansiadas primicias de la guerra?
¿Y están entre vosotros los valientes
que allá en el Volga y en el Rin bebieron,
y a la ambición y al despotismo fieles,
a playas remotísimas vinieron
en demanda de gloria y de laureles?
¡Qué! ¿No hay audacia en el feroz germano,
para bajar al llano
con ímpetu guerrero,
y que triunfe el valor, y no la suerte,
en los campos horribles de la muerte?
¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura
defendidos se creen. Así acosada
del veloz cazador tímida cierva,
más y más se enmaraña en la espesura,
y aun su pavor conserva,
ya del venablo y del lebrel segura.

La descripción del choque de las tropas argentinas con las brasileras después de la muerte del intrépido Brandzen, cuando Alvear, tomando el lugar de su amigo y jurando vengarle,

hondo en el pecho el sentimiento esconde,
y se lanza, cual rayo, al enemigo,

es acaso lo más animado de todo el poema; pero es demasiado larga para copiarse aquí.

Pasando ahora a los defectos (que son pocos y de poca magnitud comparados con la bellezas, y es probable que, por la mayor parte, se deban al limitado tiempo que tuvo el poeta para limar sus versos), notaremos en primer lugar la falta de propiedad o de conexión de algunas ideas, verbigracia:

De Alvear empero la razón serena
el valor ardoroso dirigía,
sin ceder al furor que la enajena.

¿Cómo puede estar serena la razón cuando la enajena el furor? Describiéndose al ilustre vencedor de Ituzaingó en la noche que precedió a la acción, se dice que lo ordena, y prevé todo con la misma serenidad y presencia de ánimo

que, si en lugar de la batalla fiera,
la fiesta de su triunfo dispusiera.

Extrañamos que el señor Varela no hubiese percibido que la idea sola de dedicar un héroe su atención a los preparativos de su fiesta triunfal, le degrada.

La versificación, por lo general armoniosa, peca a veces por un defecto comunísimo en los americanos: que es el de unir en una sílaba dos vocales que naturalmente no forman diptongo, licencia permitida de cuando en cuando (aunque no en toda combinación de vocales); pero que, si se usa inmoderadamente, ofende, y es indicio de hábitos de pronunciación viciosa. *Alvear,* por ejemplo, debe ser ordinariamente de tres sílabas, como *desear, pelear.* Encontramos también descuido de lenguaje, como "*oprimir* la madre el tierno infante contra el pecho", "*recién* abandonada", "*recién* empezará", "*hundir* legiones", "filoso", "inapiadable", etc.

El señor Varela nos parece imitar la manera de uno de los mejores poetas españoles de esta última época (uno cuyo nombre será siempre caro a los americanos, por el desinteresado y temprano amor que profesó a su libertad, el virtuoso y desgraciado Quintana); pero dejándose quizá arrastrar de su admiración a este elocuente cantor de los derechos de la humanidad, toma a veces un tono enfático, que no está enteramente libre de hinchazón: desliz de que, en medio de grandes bellezas y de sublimes pensamientos, tampoco supo libertarse el Tirteo español. Ultimamente nos vemos en la necesidad de decir que nos desagradan las hipérboles orientales que el señor Varela, como otros poetas americanos, se creen permitidas cuando cantan a sus ciudades o héroes favoritos, y de

que ojalá no viésemos llena también demasiadas veces hasta la prosa de los documentos oficiales. Según el señor Varela, la gloria de la República Argentina será la única que se salvará *de la inmensa ruina de los tiempos.*

Veo que no ha quedado ni memoria
de griegos y romanos; otra historia
de admiración embarga al universo...
No suenan las Termópilas, los llanos
de Maratón no suenan:
Platea y Salamina,
cual si no fueran, son; y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe,
que otra gloria más ínclita domina
y la ambición del universo absorbe.

Eso es demasiado. ¿Qué héroe, por grande que sea, se avergonzará de comparecer ante la posteridad al lado de un Catón o un Leonidas? El atrevimiento mismo de la poesía debe respetar ciertos límites y no perder mucho de vista la verdad, y sobre todo, la justicia.

Pero no faltemos a ella, desentendiéndonos de la exaltación patriótica en que debió hervir todo corazón argentino a las nuevas de la inmortal jornada de Ituzaingó; y esperemos mucho del joven poeta que escribe bajo la inspiración de estos sentimientos, y sabe expresarlos con tanta dignidad y nobleza.

LAS POESIAS DE HORACIO TRADUCIDAS EN VERSOS CASTELLANOS, CON NOTAS Y OBSERVACIONES, POR DON JAVIER DE BURGOS [1]

I

Pocos poetas han dado muestras de un talento tan vario y flexible como el de Horacio. Aun sin salir del género lírico, ¡bajo cuánta multitud de formas se nos presenta! No es posible pasar con más facilidad que él lo hace, de los juegos anacreónticos a los raptos pindáricos, o a la majestuosa elevación de la oda moral. El posee los varios tonos en que sobresalieron el patriótico Alceo, el picante Arquíloco, y la tierna Safo, haciéndonos admirar en todos ellos una fantasía rica, un entendimiento cultivado, un estilo que se distingue particularmente por la concisión, la belleza y la gracia, pero acomodado siempre a los diversos asuntos que trata, y en fin una extrema corrección y pureza de gusto. Pero mucho más raras deben ser sin duda la flexibilidad de imaginación y la copia de lenguaje necesarias para trasportarnos, como él nos trasporta, de la magnificencia y brillantez de la oda a la urbana familiaridad, la delicada ironía, la negligencia amable de la especie de sátira que él levantó a la perfección, y en que

la literatura moderna no tiene nombre alguno que oponer al de Horacio. No es grande la distancia entre las sátiras y las epístolas; y con todo, el poeta ha sabido variar diestramente el tono y el estilo, haciéndonos percibir a las claras la diferencia entre la libertad del razonamiento o la conversación, y la fácil cultura de la carta familiar, que, sin dejar de ser suelta y libre, pide cierto cuidado y aliño como el que distingue lo escrito de lo hablado. Y aunque su gran poema didáctico pertenece en rigor a esta última clase, tiene dotes peculiares en que el ingenio de Horacio aparece bajo nuevos aspectos tan comprensivo y rápido en los preceptos, como ameno en la expresión de las verdades teóricas del arte que enseña: maestro a un mismo tiempo y modelo.

Sería, pues, casi un prodigio que un traductor acertase a reproducir las excelencias de un original tan vario, juntándose a las dificultades de cada género las que en todos ellos nacen de la sujeción a ideas ajenas, que, privando al poeta de libertad para abandonarse a sus propias inspiraciones, no puede menos de entibiar en muchos casos el estro, y de hacer casi inasequibles aquella facilidad y desembarazo, que tan raras veces se encuentran aun en obras originales. El autor tiene siempre a su arbitrio presentar el asunto de que trata bajo los aspectos que mejor se acomodan o con su genio, o con el de su lengua, o con el gusto de su nación y de su siglo. Al traductor bajo todos estos respectos se permite muy poco.

No nos admiremos, pues, de que sean tan contadas las buenas traducciones en verso, y de que lo sean sobre todo las de aquellas obras en que brilla una simplicidad que nos enamora por su mismo aparente descuido. Así Homero será siempre más difícil de traducir que Virgilio, y La Fontaine infinitamente más que Boileau. Juvenal ha tenido excelentes traductores en algunas lenguas modernas; pero ¿qué nación puede gloriarse de haber trasladado con tal cual suceso a su idioma las sátiras y epístolas del poeta venusino?

Prevenidos por estas consideraciones para apreciar en su justo valor los aciertos, y mirar con indulgencia los defectos de la nueva traducción de Horacio, no la creemos, sin embargo, capaz de contentar al que haya medido, en la lectura de los poetas clásicos de la España, los recursos de la lengua y versificación castellana, y que contemple la distancia a que el señor Burgos ha quedado de Horacio, particularmente en los dos géneros que acabamos de mencionar. La primera cualidad de que debe estar bien provisto un traductor en verso, es el fácil manejo de la lengua y de los metros a que traduce, y no vemos que el señor Burgos la posea en un grado eminente. Su estilo no nos parece bastante poético, ni su versificación fluida y suave. Pero en lo que juzgamos que este caballero desconoció totalmente lo desproporcionado de la empresa a sus fuerzas, y pasó los límites de una razonable osadía, es en la elección de las estrofas en que ha vertido algunas odas. Así le vemos, violentado de las trabas

métricas que ha querido imponerse, unas veces oscurecer el sentido, y otras debilitarle. Un poeta lírico debe traducirse en estrofas; pero hacerlo en estrofas dificultosas es añadir muchos grados a lo arduo del empeño en que se constituye un intérprete de Horacio, que trata de dar a conocer, no sólo los pensamientos, sino el nervio y hermosura del texto.

Pero aunque juzgamos poco favorablemente del mérito poético de esta versión (y en ello creemos no alejarnos mucho de la opinión general), no por eso desestimamos el servicio que el señor Burgos ha hecho a la literatura castellana, dándole en verso (no sabemos si por la primera vez) todas las obras de aquel gran poeta; ni negaremos que nos presenta de cuando en cuando pasajes en que centellea el espíritu del original. Hallamos casi siempre en el señor Burgos, no sólo un intérprete fiel, sino un justo apreciador de las bellezas y defectos de lo que traduce, y bajo este respecto consideramos sus observaciones críticas muy a propósito para formar el gusto de la juventud, aficionándola al genio osado y severo de las musas antiguas, y preservándola de aquella admiración ciega, que por el hecho de hallarlo todo perfecto, se manifiesta incapaz de estimar dignamente lo que merece este título.

Parécenos justo comprobar nuestro juicio poniendo a la vista de nuestros lectores algunas muestras del apreciable trabajo del señor Burgos. Y empezando por la parte lírica, copiaremos desde luego la más bella de sus traducciones, que por tal tenemos la de la oda décima tercia del libro primero:

Cuando tú, Lidia, alabas
los brazos de Telefo,
y de Telefo admiras
el sonrosado cuello,
la bilis se me inflama,
y juicio y color pierdo,
y asómanse a mis ojos
lágrimas de despecho,
que a mi despecho corren,
indicios de este fuego
que lentamente abrasa
mi enamorado pecho.
Árdome *si a tus hombros*
en desmandado juego
el tierno cutis aja,
o si en tus labios bellos
el diente agudo clava
beodo el rapazuelo.
¡Ah! créeme, y no juzgues
que el amor será eterno
de ese que ahora mancha
con sus labios groseros
tu boca deliciosa,
que plugo a la alma Venus
inundar *con su néctar,*
perfumar con su incienso.
¡Mil y miles de veces
venturosos aquellos

que une en grata coyunda
amor con lazo estrecho,
lazo que no desatan
las quejas ni los celos!
El último suspiro
sólo podrá romperlo.

No nos agrada ni la repetición de *despecho,* que, si estudiada, es de mal gusto, ni el recíproco *árdome,* de que no nos acordamos de haber visto otro ejemplo en el estilo noble ni el *inundar una boca con néctar,* ni el *suspiro* que *rompe un lazo.* A pesar de éstos y algún otro casi imperceptible lunar, hay naturalidad, hay ternura en esta composición; y si el señor Burgos hubiera traducido siempre así, dejaría poco que desear.

El examen que vamos a hacer de la oda tercera del libro segundo nos dará ocasión de notar, junto con algunas que nos parecen inadvertencias en la interpretación, la especie de defectos en que ha incurrido más frecuentemente el traductor.

Si de suerte importuna *
probares la crueza,
muestra serenidad, Delio, y firmeza,
y en la feliz fortuna
moderada alegría,
que de morir ha de llegar el día:

---

* Agregamos el texto latino para facilitar el cotejo:

Æquam memento rebus in arduis
Servare mentem, non secus in bonis
Ab insolenti temperatam
Lætitia, moriture Deli,

Seu mœstus omni tempore vixeris,
Seu te in remoto gramine per dies
Festos reclinatum bearis
Interiore nota Falerni,

Qua pinus ingens albaque populus
Umbram hospitalem consociare amant
Ramis, et obliquo laborat
Lympha fugax trepidare rivo.

Huc vina et unguenta et nimium breves
Flores amœnæ ferre jube rosæ,
Dum res et ætas et sororum
Fila trium patiuntur atra.

Cedes coemptis saltibus, et domo,
Villaque, flavus quam Tiberis lavit,
Cedes, et exstructis in altum
Divitiis potietur hæres.

Divesne, prisco natus ab Inacho,
Nil interest, an pauper et infima
De gente sub dio moreris
Victima, nil miserantis Orci.

Omnes eodem cogimur: omnium
Versatur urna, serius, ocius
Sors exitura et nos in æternum
Exsilium impositura cymbæ.

Ora en honda tristura
hayas hasta hoy yacido,
o en la pradera solitaria, henchido
el pecho de ventura,
del falernio collado
hayas bebido el néctar regalado:

Donde pino coposo,
donde gigante tilo
preparar aman con su sombra asilo,
y el raudal bullicioso
por el cauce torcido
con afán rueda y apacible ruido.

Pues que no tu contento
turban cuitas ni canas,
ni el negro estambre de las tres hermanas,
aquí süave ungüento,
y vino traer manda
y rosas que marchita el aura blanda.

Muriendo, el placentero
vergel y el bosque umbroso,
y tu quinta que baña el Tibre undoso,
debes a tu heredero
dejar, que ufano gaste
el oro que afanado atesoraste.

Que ora opulento seas,
e Inaco tu ascendiente,
ora de baja alcurnia descendiente,
ni humilde hogar poseas,
de la vida el tributo
has de pagar al inflexible Pluto.

Ley es la de la muerte,
y de todos los hombres
en la urna horrible agítanse los nombres:
ahora y luego la suerte
y la nao lanzaranos,
y a destierro sin fin condenaranos.

No nos satisface ni la *crueza de suerte importuna* comparada con la brevedad y eufemismo de *rebus arduis;* ni la tautología de *serenidad y firmeza,* que debilita la concisión filosófica de *æquam mentem;* ni mucho menos aquella rastrera trivialidad "que de morir ha de llegar el día", en que se ha desleído el vocativo *moriture.* Pero la estrofa segunda adolece de defectos más graves.

Hasta hoy es una añadidura que oscurece el sentido, porque el intervalo entre este día y el último de la vida se comprende necesariamente en el *omni tempore* del texto. Esto en cuanto a la sustancia. En cuanto a la expresión, *yacido* es desusado; *tristura* anticuado (y aquí notaremos de paso que el señor Burgos incurre bastante en la afectación de arcaísmos de la escuela moderna); *el pecho henchido de ventura,* impropio,

porque *ventura* no significa una afección del alma; y casi toda la estrofa una recargada amplificación del original.

Nuestro traductor alaba con razón, como uno de los mejores cuartetos de Horacio, el tercero. "Obsérvese, dice, *pinus ingens, alba populus, umbram hospitalem, lympha fugax, obliquo rivo,* en cuatro versos. Obsérvese asimismo la frase atrevida *laborat trepidare,* que la índole excesivamente tímida de las lenguas modernas no permite traducir. El verbo *consociare* está empleado del modo más atrevido que lo fue jamás. *Consociare amant umbram hospitalem* es una manera de expresarse muy singular, reprensible tal vez en una obra mediana, pero admirable en uno de los cuartetos más ricos, más armoniosos que produjeron las musas latinas". La traducción de este pasaje tan maestramente analizado es una prueba melancólica de que el gusto más fino puede no acertar a reproducir las bellezas mismas que le hacen una fuerte impresión.

¡Preparar aman con su sombra asilo!

¿No es durísimo el *preparar aman?* ¿Y dónde está el *consociare* que es el alma de la expresión latina? ¡Qué lánguida, comparada con la acción específica de este verbo, la idea vaga y abstracta de preparar! La *sombra hospedadora* de Horacio es un compuesto, cuyos elementos, disueltos en la expresión castellana, sustituyen a la obra viviente de la imaginación un frío esqueleto. Hasta la variedad de colores de *pinus ingens* y *alba populus* desaparece en la versión. El raudal ha tenido mejor suerte que los árboles; pero *ruido* repite el concepto de *bullicioso,* y *apacible* es algo contradictorio de *afán.*

En la cuarta estrofa, se echa menos el *nimium breves,* expresión sentida, que alude finamente a lo fugitivo de los placeres y dichas humanas; y la blandura del aura no es tan del caso como la amenidad de las flores, cuya corta duración aflige al poeta. En cuanto a los comentadores que encuentran malsonante el *amænæ ferre jube rosæ,* no responderíamos con el señor Burgos que Horacio no estaba obligado a decir siempre lo mejor, sino que este poeta se propuso contentar el oído de sus contemporáneos, no el nuestro; que la desagradable semejanza que hallamos nosotros en las terminaciones de estas cuatro voces, sólo se debe a la corrupción del latín; y que en los buenos tiempos de esta lengua la *e* final de *ferre,* la de *jube,* y el diptongo con que terminan *amænæ* y *rosæ,* sonaban de muy diverso modo.

El *afanado atesorar* de la quinta estrofa no es de Horacio, ni hubiera sido un delicado cumplimiento a su amigo. Aún nos parece más defectuosa la sexta por la pobreza de las rimas segunda y tercera; por la oscuridad del cuarto verso, donde *ni* significa algo forzadamente *ni aun;* y por confundirse a Pluto y Plutón, que eran dos divinidades distintas.

Pero la peor de todas es sin disputa la última, y en especial los dos versos finales por aquel intolerable uso de los pronombres enclíticos, de que el señor Burgos nos ha dado tantos ejemplos.

Observaremos también que *urna* no es el sujeto de *versatur*, como parece haberlo creído este caballero, si hemos de juzgar por la puntuación que da al texto latino, y aun por la versión castellana *.

Otros descuidos de esta especie hemos creído encontrar en las odas, y por lo mismo que son raros, quisiéramos que (si no nos engañamos en el juicio que hemos hecho del verdadero sentido del texto) desapareciesen de una versión cuyo principal mérito es la fidelidad. Ya desde la oda primera del primer libro tropezamos en aquel pasaje:

"A esotro lisonjea **
que le aplauda y le eleve
del uno en otro honor la fácil plebe:
otro *ansioso desea*
cuanto en las eras de Africa se coge
guardar en su ancha troje:
a otro *que su heredad cultiva ufano,*
no el tesoro riquísimo empeñara
de Atalo a que surcara
tímido navegante el mar insano".

Prescindiendo de lo floja y descoyuntada, por decirlo así, que quedaría la construcción del pasaje latino, si se le diera este sentido, ¿quién no percibe que las imágenes de *guardar cosechas en trojes*, y de *cultivar los campos paternos*, denotan una misma profesión, que es la del labrador? Horacio, pues, habría dicho que unos gustan de labrar la tierra y otros también. Pero no dijo tal. *Gaudentem* es un epíteto de *illum;* y aprovechando lo que hay de bueno en la versión del señor Burgos, pudiéramos expresar así la idea del poeta:

Al uno si le ensalza
a la cumbre de honor la fácil plebe,
al otro si en su troje
cuantos granos da el Africa recoge,
y con la dura azada
abrir el campo paternal le agrada,
no el tesoro, etc.

En la oda tercera del mismo libro (que es una de las más elegantemente vertidas), leemos:

De bronce triple cota
el pecho duro guarneció sin duda
del que fió primero
el leño frágil a la mar sañuda,
sin ponerle temor su abismo fiero".

---

* Constrúyase: *sors omnium, serius vel ocius exitura, et nos impositura cymbæ in æternum exsilium, versatur urna.* De otro modo se pecaría contra las leyes métricas.

**

Hunc, si mobilium turba quiritium
Certat tergeminis tollere honoribus;

No alcanzamos de qué provecho pudiera ser una armadura de bronce contra los peligros del mar. Horacio no dice esto, ni cosa que se le parezca; lo que dice es:

Illum, *si proprio condidit horreo*
Quidquid de libycis verritur areis;
Gaudentem *patrios findere sarculo*
Agros, attalicis conditionibus
Nunquam dimoveas, ut trabe cypria
Myrtoum pavidus nauta secet mare.

De roble y triple bronce tuvo el pecho
el que fió primero a la sañuda
mar una frágil tabla, etc.

Modo de decir que se encuentra sustancialmente en otros poetas para ponderar la impavidez, o la dureza de corazón *.

Disentimos asimismo de la construcción que el señor Burgos da a las dos primeras estrofas de la oda 13 del libro segundo:

"Aquel que te plantara **
árbol infausto, en ominoso día;
y el que con diestra impía

* En este sentido da Teócrito a Hércules el epíteto de *corazón de hierro*, y en el mismo dijo Tibulo:

"Quis fuit horrendos primus qui protulit enses?
Quam ferus et vere *ferreus* ille fuit!"

Lo que pudo inducir en error a algunos comentadores fue la expresión *circa pectus*, que en este pasaje se aparta algo de la acepción común, significando *in pectore;* no de otra manera que, sin salir de Horacio, tenemos en la oda vigésima quinta de este mismo libro:

"Quum tibi flagrans amor, et libido
Quæ solet matres furiare equorum,
Sæviet *circa jecur*",

esto es, *in jecore*, porque esta entraña, según Platón y otros antiguos filósofos, era el asiento del amor.

** "Ille et nefasto te posuit die,
Quicumque primum, et sacrilega manu
Produxit, arbos, in nepotum
Perniciem, opprobriumque pagi:
Illum et parentis crediderim sui
Fregisse cervicem, et penetralia
Sparsisse nocturno cruore
Hospitis.. "

Súplanse en la oración incidente los verbos de la principal, y mediante esta elipsis, tan natural como elegante, construiremos así: "Quicumque primum te posuit et produxit, ille et nefasto die te posuit, et sacrilega manu produxit. Crediderim illum et fregisse cervicem.. et sparsisse", etc. El señor Burgos construyó: "Ille quicumque te nefasto die posuit, et sacrilega manu produxit, crediderim illum et fregisse.. et sparsisse". Donde, prescindiendo de la dislocación de ideas, es necesario tragar el solecismo *ille crediderim fregisse*. Y poco se ganaría leyendo *illum et nefasto* con Nic. Heinsio y Cunningham contra la fe de todos los manuscritos, porque es innega-

después te trasladara
a do su descendencia destruyeras,
y la mengua y baldón del lugar fueras,
En la noche sombría,
con sangre de su huésped inmolado
de su hogar despiadado
el suelo regaría,
y hierro atroz o criminosa planta
pondría de su padre en la garganta".

La mente de Horacio es: el que te plantó, en mal punto lo hizo para daño de su posteridad: él fue sin duda un sacrílego, un parricida, un asesino de sus huéspedes. La del señor Burgos es: el sacrílego que te plantó en mal punto para daño de su posteridad, fue un asesino, un parricida; en otros términos, el *malvado* que te plantó, fue un *malvado.*

La primera de las estrofas anteriores nos ofrece un ejemplo del uso impropio del antiguo pluscuamperfecto de indicativo (*plantara, trasladara),* abuso de que hemos hablado en otra parte, y en que incurre el señor Burgos con harta frecuencia. Además, *el que te plantara y el que te trasladara* señalan dos personas distintas: duplicación, que no autorizará el original de cualquier modo que se le construya, y que sólo sirve para embarazar más la sentencia. ¿Y a qué la *criminosa planta* de la segunda estrofa? ¿Representa ella naturalmente un instrumento de muerte? Y si no lo hace, ¿qué gradación hay del hierro atroz al pie criminal? ¿O se habla por ventura de un tósigo? Si es así, la expresión es oscura; y de todos modos no había para qué duplicar la idea del parricidio.

Se dirá tal vez que donde no están de acuerdo los comentadores, era libre a un traductor, y sobre todo a un traductor en verso, escoger la interpretación que le viniese más a cuento. Nosotros no hemos hecho mérito sino de aquellas que en nuestro concepto envuelven un yerro grave de gramática, o un evidente trastorno del sentido. Pero sin insistir más en esta clase de observaciones, haremos una sola con relación a las de la obra castellana, confesando empero estar generalmente escritas con juicio y gusto, y ser ésta una de las partes en que estimamos más digno de aprecio el trabajo del traductor.

"El hombre de conciencia pura (dice Horacio en la oda 22 del libro 1) nada tiene que temer, aunque peregrine por los más apartados montes y yermos. Así yo, mientras cantando a mi Lálaje, me internaba distraído por los bosques sabinos, vi huir delante de mí un disforme lobo, monstruo

---

ble que aun así quedaría violenta y embrollada la construcción. El pasaje siguiente de Horacio ilustra y confirma la nuestra (que es la de Bexter, Gesner y otros):

..."Casu tunc repondere vadato
Debebat; quod ni fecisset, perdere litem."
(*Sátiras,* 1, 9).

Esto es, *debebat perdere,* supliendo en la oración incidente el verbo de la oración principal.

horrible, cual no se cría en las selvas de Apulia, ni en los desiertos de la abrasada Numidia, nodriza de leones. Ponme en los yelos del norte, ponme en la zona que la cercanía del sol hace inaccesible a los hombres, y amaré la dulce sonrisa y la dulce habla de Lálaje". La segunda parte, dicen, no corresponde a la gravedad de la primera, y la tercera no tiene conexión con una ni con otra. Pero ¿no es propio de la ingenuidad y candor que respira esta oda, abultar el peligro de una aventura ordinaria, y atribuir la incolumidad al favor de los dioses, amparadores de la inocencia? Esta juvenil simplicidad se manifiesta a las claras en la ponderada calificación de la fiera, que después de todo no es más que un lobo de las cercanías de Roma. Pero el poeta se acuerda de Lálaje, se representa vivamente su dulce habla y su dulce sonrisa, y la jura un amor eterno. La idea de este amor se asocia en su alma con la idea de una vida inocente y sin mancha, que le asegura en todas partes la protección del cielo: transición adecuada a la índole de esta ligera y festiva composición. El señor Burgos dice que no se puede adivinar si es seria o burlesca. No es uno ni otro. Este candor ingenuo está a la mitad del camino que hay de lo grave a lo jocoso. El que quiera ver aún más claro cuán lejos estuvo de percibir el verdadero tono y carácter de esta pieza quien pudo así juzgarla, lea su traducción por don Leandro Fernández de Moratín, que los representa felicísimamente.

Pasando de las odas a las sátiras y epístolas castellanas, sentimos decir que no percibimos en éstas ni la exquisita elegancia, ni el desenfado, ni la gracia que hacen del original un modelo único. Rasgos hay sin duda de bastante mérito esparcidos acá y allá, pero a trechos sobrado largos. Ninguna de ellas se puede alabar en el todo, ya por lo desmayado y prosaico del estilo en que por lo general están escritas, ya por la poca fluidez del verso. Cotéjense los pasajes que siguen con los correspondientes de Horacio, y dígase si los ha animado el espíritu de este gran poeta. Hemos hecho uso de los que casualmente nos han venido a la mano:

"*¡Venturoso el soldado!*
va a la guerra, es verdad, pero al instante
muere con gloria o tórnase triunfante".

La expresión no es correcta. El soldado no muere o triunfa en el momento de salir a campaña.

"*¿Qué más da que posea*
mil o cien aranzadas el que vive
según naturaleza le prescribe?—
Mas siempre es un encanto
tomar de donde hay mucho.— Y mientras puedo
de un pequeño montón tomar yo tanto,
¿valdrán más que mi saco tus paneras?
Lo mismo es así hablar, que si dijeras
agua para beber necesitando:
quiero mejor que de esta humilde fuente
irla a beber al rápido torrente".

Entre estos versos hay algunos felices; pero *tomar tanto* por *tomar otro tanto* nos parece algo oscuro; ni Horacio habla de torrente, sino de un gran río, imagen que contrasta aquí mucho mejor con la de la fuente.

"Es la ociosidad, hijo, una sirena:
húyela, o a perder hoy te acomoda
el buen concepto de tu vida toda".

Aquí no hay más que el pensamiento de Horacio expresado en un verso durísimo, y en otros dos, que no tienen de tales más que la medida.

"Yo mismo vi a Canidia arremangada,
descalza, los cabellos esparcidos,
y por la amarillez desfigurada,
dar con Sagana horrendos alaridos" *

Cualquiera percibirá cuánto realzan el cuadro de Horacio el *vadere* y el *nigra palla,* que es como si dijéramos el movimiento y el ropaje de la figura, y que el traductor se dejó en el tintero. Ni *arremangada* expresa lo que *succinctam. Arregazada* hubiera sido, si no nos engañamos, más propio.

En la fábula de los dos ratones, con que termina la sátira 6 del libro 2, derramó Horacio profusamente las gracias de estilo y versificación, haciéndola, no obstante la tenuidad del sujeto, una de sus producciones más exquisitas. Comparemos:

"A un ratón de ciudad un campesino
su amigo y camarada,
recibió un día en su infeliz *morada".*

El primer verso es anfibológico. *Un campesino* significa un hombre del campo, y no significa otra cosa. ¿Y cómo pudo el señor Burgos llamar infeliz la morada del ratón campesino, sin reparar que este epíteto se halla en contradicción con la moral de la fábula?

"En nada clava el ciudadano *diente".*

¿Pinta este verso, como el *tangentis male singula dente superbo* al convidado descontentadizo que prueba de todo y nada halla a su gusto? ¿Y puede darse a un diente el epíteto de *ciudadano?*

"Al pueblo entrambos marchan convenido
para llegar después de oscurecido".

---

* Vidi egomet nigra succinctam vadere palla
Canidiam, pedibus nudis, passoque capillo,
Cum Sagana majore ululantem... —

¿Dónde está la expresiva elegancia del *nocturni subrepere?* Los versos castellanos pudieran convenir a dos hombres, o a dos entes animados cualesquiera. Los de Horacio nos ponen a la vista dos ratoncillos.

Algo tienen de poético los que siguen:

"En medio estaba ya del firmamento
la luna, cuando el par de camaradas
entróse en un alcázar opulento,
donde colchas en Tiro fabricadas
soberbias camas de marfil cubrían,
y aquí y allí se vían
mucha bandeja y mucha fuente llena
de los residuos de exquisita cena.
Sobre tapiz purpúreo al campesino
el ratón de ciudad coloca fino;
por do quier diligente corretea,
y de todo a su huésped acarrea;
y como fueros de criado lleva,
de cuanto al otro sirve, él también prueba.
De mudanza tan próspera gozaba
y por ella su júbilo mostraba
el rústico ratón; mas de repente
de gente y puertas tráfago se siente.
Echanse de las camas los ratones;
y atravesando en fuga los salones,
van con doble razón despavoridos,
pues oyen de los perros los ladridos".

¡Pero qué débil este último verso, comparado con el *domus alta molossis personuit canibus,* en que oímos el ladrido de los perros de presa, que llena todo el ámbito de un vasto palacio! Aún es peor la conclusión:

"El campesino al otro entonces dice:
No esta vida acomódame *infelice.*
¡Adiós! seguro y libre yo prefiero
a estas bromas *mi bosque y mi agujero".*

La índole del estilo familiar no se aviene con las violentas trasposiciones del señor Burgos, ni el buen gusto con sus voces y frases triviales.

La parte ilustrativa de las sátiras y epístolas se hace notar por la misma sensata filosofía y delicado gusto que caracterizan la de las odas. Desearíamos empero que se escardase de algunos (en nuestro sentir) graves errores. Citaremos unos cuantos que hemos encontrado en las notas a la sátira 10 del libro 1º.

"*Pater latinus* (se nos dice al verso 27) designa evidentemente al viejo Evandro, a quien Virgilio dio la misma calificación en el libro 7 de la *Eneida*". Ni Horacio ni Virgilio pudieron dar tal calificación a un príncipe griego.

En la nota al verso 43, se dice que "en los versos yambos y coreos se llevaba la medida de dos en dos pies, y entonces se llamaban trímetros,

así como se llamaban senarios cuando se hacía la cuenta por medidas prosódicas". Pero primeramente no hay versos yambos ni coreos. El señor Burgos quiso decir yámbicos y trocaicos. En segundo lugar, es inexacto decir que estos versos, cuando se llevaba la medida de dos en dos pies, se llamaban trímetros, porque es sabido que en tal caso podían llamarse también dímetros o tetrámetros, según el número de medidas o compases de que constaban. 3º Cuando se hacía la cuenta de otro modo, no por eso se llamaban necesariamente senarios, sino sólo cuando constaban de seis pies. Y 4º Querríamos que el señor Burgos nos explicase qué es lo que entiende por medidas prosódicas. No es éste el único lugar en que se le trasluce menos conocimiento de la prosodia y metros antiguos de lo que corresponde a un traductor de Horacio.

Resumiendo nuestro juicio, decimos que la obra de don Javier de Burgos es una imperfectísima *representación* del original. Ella nos da ciertamente las ideas, y aun por lo general, las imágenes de que aquel delicadísimo poeta tejió su tela; mas en cuanto a la ejecución, en cuanto al estilo, podemos decir, valiéndonos de la expresión de Cervantes, que sólo nos presenta el envés de una hermosa y rica tapicería. Justo es también añadir que, considerada como un *auxilio* para facilitar la inteligencia del texto, para dar a conocer el plan y carácter de cada composición, y para hacer más perceptibles sus primores, la conceptuamos utilísima. Es una débil traducción, y un excelente comentario.

II [8]

[La oda 1ª, libro 1º, empieza así:

Mæcenas, atavis edite regibus,
O et præsidium, et dulce decus meum,
Sunt quos curriculo pulverem olympicum
Collegisse juvat; metaque fervidis
Evitata rotis, palmaque nobilis
Terrarum dominos evehit ad Deos;
Hunc, si mobilium turba quiritium
Certat tergeminis tollere honoribus;
Illum, si proprio condidit horreo
Quidquid de libycis verritur areis.
Gaudentem patrios findere sarculo
Agros Attalicis conditionibus
Nunquam dimoveas ut trabe cypria
Myrtoum, pavidus nauta, secet mare.

[Don Javier de Burgos vertió al castellano estos versos como sigue:

Mecenas, de elevada
alcurnia descendiente,
mi dulce gloria y protector potente:

a uno coger agrada
el polvo olimpio en disparado carro;
y si diestro y bizarro
la meta evita que el palenque cierra,
y orla su sien la palma de victoria,
elévale la gloria
a los dioses señores de la tierra.

A esotro lisonjea
que a porfía le eleve
de puesto en puesto veleidosa plebe.
Otro ansioso desea
cuanto en las eras de Africa se coge
guardar en su ancha troje.
A quien se goza en cultivar su hacienda,
no harán tesoros de Átalo opulento
que al líquido elemento,
medroso navegante, el seno hienda.

[Don Juan Gualberto González, citado por Burgos, tradujo como sigue este pasaje:

Mecenas ínclito, de antiguos reyes
clara prosapia, oh mi refugio,
mi dulce gloria, hay quien se agrada
del polvo olímpico; y si evitándola,
cercó la meta su rueda férvida,
hasta los númenes dueños del mundo
ufano elévase con noble palma.
Gózase el otro si la voluble
turba de quirites favoreciéndole,
altos honores por ella alcanza.
Al que en su propio granero esconde
cuanto producen las eras líbicas,
y con sus bueyes paterno campo
labra contento, no serán parte
cuantas ostenta riquezas Átalo,
a hacer que surque, tímido nauta,
el mirtoo piélago con nave cipria].

La traducción de este caballero, no obstante algunos leves lunares, es de las mejores que se han hecho de Horacio; el ritmo de que se ha servido reproduce felicísimamente la cadencia del asclepiadeo.

A mi juicio, don Juan Gualberto González ha entendido este pasaje mucho mejor que Burgos; y sus versos, con ligeras alteraciones, lo representarían casi literalmente.

[Sin embargo, Bello hace, tanto a la traducción de Burgos, como a la de González, una observación que tengo por muy fundada.]

No me satisface la explicación que casi todos los traductores e intérpretes de Horacio dan del pasaje que empieza en el verso 7º: *Hunc si mobilium*. Suponen que *hunc* es regido de *juvat*, saltando para tomar este verbo sobra el otro verbo *evehit*, a que, como más cercano, debería más bien referirse el acusativo. Es preciso subentender los dos verbos o nin-

guno; y subentendiéndose los dos, tendríamos que *palma nobilis evehit ad deos ilum qui proprio condidit horreo,* etc., es decir, al negociante codicioso. ¡Gloriosa palma sin duda la de la codicia! Nada tan absurdo, tan duro, como la supuesta elipsis.

[Bello corrige como sigue la traducción de don Juan Gualberto González, a fin de evitar el mencionado y otros defectos]:

Al que los votos de la inconstante
plebe romana colman de honores,
o al que en su propio granero guarda
cuanto producen las eras líbicas,
y con la azada paterno campo
labra contento, no serán parte
cuantas gozaba riquezas Átalo,
a que las ondas, tímido nauta,
surque, etc.

[Bello no aprueba el que Burgos haya traducido el *quidquid de libycis verritur areis* por *cuanto en las eras de África se coge*].

La expresión latina no significa otra cosa que granos de las especies que se cultivan en Africa, cereales: *libycis* hace aquí el mismo papel que más adelante *cypria, myrtoum, icariis:* species pro genere.

[Burgos tradujo la *meta fervidis evitata rotis,* por:

La meta evita que el palenque cierra

Bello considera ésta una grave falta].

La meta que el palenque cierra da una idea errónea: la meta, aunque colocada en uno de los extremos del palenque, no lo cerraba, puesto que el carro debía dar vuelta alrededor de ella sin tocarla. Pero se necesitaba un consonante para *tierra.*

[La oda 1ª, libro 1º, concluye así:

Te doctarum hederæ præmia frontium
Dis miscent superis, me gelidum nemus,
Nympharumque leves cum satyris chori
Secernunt populo, si neque tibias
Euterpe cohibet, nec Polyhymnia
Lesboum refugit tendere barbiton.
Quod si me lyricis vatibus inseres,
Sublimi feriam sidera vertice.

[He aquí la traducción de estos versos por Burgos:

Y yo, si la liviana
flauta Euterpe me entrega,
y la dulce Polimnia no me niega
la cítara lesbiana,
me alejaré también del vulgar bando

de sátiros cantando
bailes alegres y de ninfas bellas,
y de los bosques las amenas sombras.
Si lírico me nombras,
tocaré con mi frente a las estrellas.

[Entre los comentarios con que don Javier de Burgos aclara este trozo, se encuentra el que va a leerse:

["*Te doctarum.* Este es uno de los pasajes más difíciles de Horacio; y no obstante, apenas uno o dos de sus comentadores o traductores se hicieron cargo de las diferentes dificultades que presenta. Todos, durante siglos, leyeron en este verso *me,* en lugar de *te,* sin advertir que con esta lección, hacían decir al poeta: — A *mí,* la yedra, premio de doctas frentes, me *confunde* o *iguala* con los dioses soberanos. — Si ningún hombre regular se permitió jamás tan pueril y absurda jactancia, a nadie pudo imputársele con menos apariencia de razón, que a un gran poeta que, dirigiendo una composición, destinada a encabezar la colección de sus obras, a un protector ilustrado y generoso, tenía necesidad de captarse su benevolencia, por la exactitud de las ideas y la conveniencia de la expresión. Usando aquí Horacio de la que sus editores le atribuyen, no sólo habría atropellado, como hombre, los miramientos con que el decoro y la urbanidad exigía que tratase a Mecenas, sino que habría incurrido, como escritor, en faltas de coherencia y de orden, propias para destruir el prestigio de que pretendía rodearse. En efecto, enlazando la idea contenida en el verso sobre que discurro, con las expresadas en el pasaje entero, el tenor de todo él sería el siguiente: — *A mí la yedra me mezcla con los dioses soberanos, a mí* el bosque umbroso *me separa del vulgo.* Si tú *me* cuentas entre los poetas líricos, *tocaré con mi frente a las estrellas.* — Así se encontraría repetido tres veces en ocho versos el mismo pensamiento; y contra todas las reglas del gusto y de la lógica, se repetiría en gradación descendente, puesto que es mucho menos *separarse del vulgo* que *igualarse a los dioses,* y que el que ya *se confundió con ellos* no necesitaba el voto de Mecenas, ni el de nadie, para *tocar con su frente a las estrellas.* Estos cargos, que no tienen medio de desvanecer los que leen *me* en este pasaje, se desvanecen por sí mismos leyendo *te,* con cuya sustitución las ideas aparecen exactas y oportunas, y además conveniente y elegantemente enlazadas. Horacio dijo entonces: — Unos se esfuerzan por ganar el premio de los juegos olímpicos; otros por obtener el favor popular; éstos buscan las riquezas corriendo los mares; aquéllos, cultivando los campos; unos gustan de combates; otros de cacerías; a *ti* la yedra te iguala a los dioses; a *mi* la flauta de Euterpe y el laúd de Polimnia *me separan del vulgo,* y aun quizá podré seguirte, o igualarte, y tocaré *con mi frente a las estrellas,* si te dignas darme un lugar entre los poetas líricos. — Movido sin duda por estas consideraciones, de que hubo de sospechar la importancia, Rutgers leyó aquí *te* en lugar de *me;* y es asombroso que de todos los editores posteriores sólo hayan adoptado

esta variante, que consiste en la sustitución de una sola letra, Valart, Gargallo y otros dos o tres.

["La variante que indico no sirve, sin embargo, más que para explicar el verso sobre que discurro; pero quedan aún por resolver otras dificultades que ofrece el conjunto del pasaje. — A mí, dice el poeta, el bosque sombrío y los coros de los sátiros y las ninfas me separan del vulgo, si no me niegan Euterpe su flauta, y Polimnia la lira de Lesbos. — Pero ¿qué tiene que ver esta musa con esta lira? No entraba en las atribuciones de Polimnia pulsar el laúd lesbio, esto es, el de Safo y Alceo, ni era por otra parte propia la lira de este vigoroso poeta para acompañar el canto destinado a celebrar objetos tan livianos, como bosques sombríos y bailes de ninfas y de sátiros. ¿Qué es, pues, lo que quiso decir Horacio? Por mí, creo que Euterpe y Polimnia significan aquí todas o cualesquiera musas, como antes *mare myrtoum* y *trabe cypria* significaban toda o cualquiera mar, toda o cualquiera nave. Creo igualmente que la frase: — el bosque sombrío y las danzas de los sátiros y ninfas me separan del vulgo — equivale a — yo me haré superior al vulgo, *celebrando* o *cantando* estos objetos; — y esta interpretación ya parece que la adivinaron los antiguos gramáticos Acrón y Porfirio, diciendo el primero: *materiam ipsam carminis pro laude posuit;* y el segundo: *per ea egregiam gloriam dicit consequi, de quibus canit.* El sentido será pues: — mientras tú, coronado de yedra, te levantas al cielo, yo me distinguiré de los hombres vulgares, cantando, con el favor de las musas, soledades amenas y alegres danzas. — Trabajo cuesta concebir que no se haya aclarado antes este embrollado pasaje".

[Léase ahora lo que Bello expone acerca de la precedente disertación de Burgos]:

Te doctarum. Me parece muy atinada esta corrección; y por mi parte, la adopto, aunque entiendo que no hay códice ni edición antigua que la apoye. Las dificultades que el señor Burgos encuentra en los versos 33 y 34 son enteramente imaginarias. — No entraba en las atribuciones de Polimnia pulsar el laúd lesbio, esto es, el de Safo y Alceo, ni era propia la lira de este vigoroso poeta para cantar objetos tan livianos. — En efecto, Polimnia, según el señor Burgos, era la musa de la retórica. Pero nada más vago que las atribuciones de las Musas en los poetas antiguos. Erato, la de la poesía amorosa, es invocada en la *Eneida,* y no por cierto para cantar amores.

Nunc age, qui reges, Erato, quæ tempora rerum,
Quis Latio antiquo fuerit status...
Tu vatem, tu, Diva, mone...

El nombre mismo de Polimnia o Polyhimnia, *la de los muchos himnos,* manifiesta que no pudo repugnarle de ninguna manera la lira del Alceo. El señor Burgos ha olvidado que este poeta compuso un himno a Mercurio, del que la oda *Mercuri facunde,* es probablemente una traducción.

Que tampoco estuvo reñida con los asuntos *livianos* lo prueba la oda: *Nullam Vare,* que también es, o imitada, o traducida de Alceo. El primer verso es una versión literal de un fragmento del lírico de Lesbos, que se encuentra en *Ateneo,* X, 8, y está precisamente en el mismo metro:

Μηδὲν ἄλλο φυτεύσῃς πρότερον δένδριον ἀμπέλῳ

Pero dado caso que no conviniesen tales atavíos a la lira de Alceo, ¿no quedaba la de Safo para absolver el *laúd lesbio?* La verdad es que Alceo, aunque sobresaliente en lo serio y grandioso, no se desdeñó de celebrar en tonos más blandos los placeres del amor y del vino. Véase la *Historia de la Literatura Griega* de Schoell.

Por lo demás, en la construcción de todo el pasaje, no hay el embrollo que le atribuye el traductor español; y desde que se sustituye *te* a *me* en el verso 28, todo es llano, fácil, trasparente.

[Burgos, comentando el último verso de la oda 2ª, libro 1º, se expresa así:

["El César, a quien Horacio exhortaba a castigar a los medos o persas, o lo que es lo mismo, a llevar a cabo el propósito que poco antes de morir tenía formado Julio César, fue hijo de Atia, sobrina de éste, y de un Octavio, que, de la clase de caballero, se había elevado a la de senador. Este hijo, que nuestros autores han llamado casi constantemente *Octaviano,* nació en 691, recibió una educación brillante, y se hallaba completándola en Apolonia, ciudad del Epiro (hoy Polina o Pollina en la Albania), cuando recibió la noticia de la muerte trágica de su tío, y la de que éste, que le amaba tiernamente, le había adoptado e instituido su heredero".

[Consecuente Burgos con la impropiedad que, a su parecer, había en llamar *Octaviano* a *Octavio,* designa a este personaje con la segunda de estas denominaciones.

[Bello, en sus apuntes inéditos, observa sobre esto lo que sigue]:

Curioso es que Burgos extrañe el uso de llamar *Octaviano* a *Octavio.* ¿Ignoraba que el que antes de la adopción de Julio César se llamaba *Cayo Octavio,* después de ella, añadió el nombre de su padre al suyo propio con una inflexión consagrada por el uso romano en tales casos, y se llamó *Cayo Julio César Octaviano?* ¿No ha visto en la lista de los cónsules a *Cayo Julio César Octaviano* el año de 710 de Roma, como el 720, el 722, el 723, etc.? *Octavio,* hablando de Augusto, después de la muerte de Julio César, es en rigor un anacronismo.

[La oda 3ª del mismo libro 1º contiene estos versos:

Illi robur et œs triplex
Circa pectus erat, qui fragilem truci

Commisit pelago ratem
Primus. . .

[Burgos los traduce así:

Rodeaba sin duda
triple armadura de templado acero
el corazón de robre
del que a fiar se aventuró el primero
frágil esquife a piélago salobre.

[Bello advierte acerca de este pasaje lo que paso a reproducir]:

¿De qué podía servir, sino de estorbo, una armadura de acero contra los peligros del mar? El sentido es *pecho de roble y de triple bronce*, pecho durísimo. *Circa pectus* es *in pectore*, como *circa jecur* (oda 25 de este mismo libro) es *in jecore*.

[Don M. Milá y Fontanals, a quien pertenece la traducción de esta pieza que Menéndez Pelayo ha incluido en la colección antes citada, da a estos versos el mismo sentido que Burgos.

De acero triple clámide,
a aquél cercaba el pecho
que dio barquillas frágiles
primero al crudo piélago.

[La oda 4ª del mismo libro empieza así:

Solvitur acris hiems grata vice veris et Favoni;
Trahuntque siccas machinæ carinas;
Ac neque jam stabulis gaudet pecus, aut arator igni;
Nec prata canis albicant pruinis.
Jam Cytherea choros ducit Venus, imminente luna;
Junctæque nynphis Gratiæ decentes
Alterno terram quatiunt pede, dum graves cyclopum
Vulcanus ardens urit officinas.
Nunc decet aut viridi nitidum caput impedire myrto,
Aut flore, terræ quem ferunt solutæ.

[Burgos, en los comentarios a los versos 1º y 10º hace notar que *solvitur* y *solutæ* son el presente y el participio de un mismo verbo; pero, aunque empleados ambos en sentido traslaticio, no lo están en la misma acepción. *Solvitur*, según Burgos, significa *se deshace*, metáfora demasiado atrevida, que ningún traductor de Horacio ha empleado, mientras que *solutæ* significa *dilatadas por el calor*].

El *solvitur* del verso 1º, y el *solutæ* del 10º, están empleados en un mismo sentido. *Solvuntur terræ grata vice veris et Favonii* recordaría el *zephyro pruinis se gleba resolvit*. El invierno *(acris hyems)*, que nos figuramos duro, porque todo lo endurece y congela, *se resuelve* de la misma manera. En castellano, se *ablanda* el rigor de la estación, y se *ablandan* las tierras al soplo del céfiro.

[Burgos, comentando la expresión *choros ducit*, que se lee en el verso 5º, expone lo que va a leerse:

["En Roma, se le hacían (a Venus) magníficas fiestas por el mes de abril, y duraban tres días. Las jóvenes que formaban las parejas de baile, se repartían los papeles de las divinidades subalternas que debían acompañar a Venus; y la doncella que representaba a esta diosa era sin duda la que dirigía las cuadrillas, que es lo que aquí significa *choros ducit*".

[El mismo Burgos, comentando más adelante la expresión: *dum graves cyclopum Vulcanus ardens urit officinas,* que se encuentra en los versos 7º y 8º, discurre así:

["Horario no hace sólo contrastar las palabras, como he observado en las notas a la oda anterior, sino que muchas veces hace también contrastar las cosas. Así es que, después del espectáculo encantador de los bailes de las ninfas y de las Gracias, se apresura a presentar a Vulcano, dando martillazos en sus fraguas, y a los atezados cíclopes empleados en trabajos durísimos en las cuevas del Etna. Pero ¿con qué objeto se hace aquí mención de estos trabajos, y se recuerda que continuaban con mucho ardor en las grutas de Sicilia, mientras las ninfas y las Gracias celebraban en Roma con alegres bailes las fiestas de Venus? Lo que entre todo lo que se ha dicho para explicar este pasaje, me parece más verosímil, es que Horacio quiso recordar que, mientras en las tales fiestas, las mujeres se entregaban a toda clase de diversiones, sus maridos, excluidos de ellas, seguían trabajando con tanto más ardor, cuanto que, en la ausencia de sus mujeres, ocupadas en ejercicios que la religión santificaba, nada tenían que pudiese distraerlos de sus tareas. Habiéndose de recordar con este motivo la actividad con que a ellas se dedicaban los maridos en tal ocasión, nada era más natural que personificarlos a todos en Vulcano, ya porque éste era el marido de la diosa en cuyo honor se celebraban las fiestas a que, en la pieza, se alude, ya porque los trabajos a que estaba dedicado el esposo de Venus, eran más duros que los de otras profesiones. Esta circunstancia hacía preferible a cualquier otro el recuerdo especial de Vulcano, como que marcaba más señaladamente el contraste entre los maridos que se afanaban y las mujeres que se divertían"].

Esta Venus es la misma diosa, no una muchacha que, según Burgos, la representaba en los bailes, presidiendo a otras muchachas que hacían de Gracias y de ninfas. ¡Chistoso sería que Horacio pusiera en contraste a estos bailes de mozos con el dios Vulcano trabajando en la oficina de los cíclopes! ¡Pero a esta objeción, ha previsto el señor Burgos, haciendo a Vulcano representante de los maridos! Creíamos que estas explicaciones alegóricas estaban ya desterradas de la estética.

[En la oda 5ª, libro 1º, se lee este pasaje.

...Heu! quoties fidem,
Mutatosque deos flebit, et aspera
Nigris æquora ventis
Emirabitur insolens,
Qui nunc te fruitur credulus aurea,

Qui semper vacuam, semper amabilem
Sperat, nescius auræ
Fallacis!...

["Este epíteto (de *aurea*), como el *vacuam* del verso siguiente", dice Burgos, "son metafóricos, y embrollan la metáfora, o sea alegoría principal del mar alterado. Los jóvenes que pretendan formar su gusto por la lectura de los modelos de la antigüedad, deben precaverse de estos defectos, que no dejan de serlo por tener cierta brillantez. Es, por otra parte, demasiado largo el periodo que empieza en el *quoties* del verso 5º, y acaba en el *fallacis* del 12º".

[Bello, en sus apuntes, observa acerca de este comentario de Burgos lo que sigue]:

La alegoría del mar alterado es de la especie que los retóricos llaman mixta, en que se mezclan las palabras propias con las alegóricas. *Vacuam* viene de *vacare, quæ uni tibi vacet;* no tiene nada de metafórico. *Aureus* no sólo significa lo que es hecho de este metal, sino lo que tiene un brillo puro *(sidus aureum,* Horacio; *aurea sidera,* Virgilio); y por extensión, lo que es moralmente puro, ingenuo, sincero *(tempus aureum,* el siglo de oro, *aurea mediocritas, mores aurei):* significado que, a fuerza de repetirse, dejó de ser metafórico, y debe contarse entre las acepciones naturales de la palabra. Así no hay nada de embrollado en la alegoría de Horacio, como piensa Burgos. Debe distinguirse el significado metafórico del secundario, en que a menudo se convierte por la frecuencia del uso. Así *concepción,* aplicado a cierta operación del alma, no es ya metafórico, aunque sin duda lo fue cuando empezó a usarse en este sentido.

[Don Javier de Burgos cree muy verosímil la opinión de que la oda 7ª *Ad Munatium Plancum* es, no una sola pieza, sino la reunión de dos.

["Algunos manuscritos que vieron Escalígero y Heinsio", dice, "presentaban esta pieza dividida en dos, de las cuales la primera, que acababa en el verso *mobilibus pomaria rivis,* tenía todas las apariencias de un fragmento. En el argumento de una y otra, nada hay de común, en efecto: en la una, declara el poeta preferir un sitio delicioso de Italia a las más afamadas ciudades del Asia Menor y de la Grecia; en la otra, aconseja a un amigo, que experimentaba o temía alguna desgracia, ahogar en vino sus pesares o sus temores. El padre Sanadon observa que uniendo las dos piezas, no sólo habría incoherencia en las ideas, sino que resultarían además las repeticiones desagradables de *perpetuo parturit* después de *perpetum carmen,* y de *uda tempora* después de *uda pomaria.* Por mi parte, puedo decir que, en un códice de la Escuela de medicina de Montpellier, encontré las dos piezas divididas, y que la heterogeneidad de las partes hace muy verosímil la opinión de que los gramáticos las reunieron, al ver que, en la primera, no se completaba el concepto, y que la siguiente estaba escrita en el mismo metro".

[Bello no admite este modo de ver].

Tengo por un capricho injustificable el de los que han creído que esta composición hasta el verso 14 no era más que un fragmento, y lo que sigue otra oda sobre diferente sujeto. No es preciso devanarse los sesos para encontrar el enlace y la transición que el señor Burgos echa de menos: ahí está el *Tiburis umbra tui.*

[Burgos, comentando la oda 8, pretende que "el adjetivo *apricus* tiene en latín dos significados opuestos; y unos escritores lo usaron en el sentido de *abrigado,* y otros como aquí Horacio" en el verso 3º, "en el de *abierto* o *descubierto* por todas partes"].

No tiene *apricus* dos significados opuestos, como quiere Burgos. *Apricus* es un campo *abierto, expuesto al aire y al sol,* y que, por esta última circunstancia, es más abrigado en invierno.

[Horacio empieza la oda 9ª diciendo que la nieve blanquea la cumbre del Soracte, agobia con su peso a las selvas, y paraliza el curso de los ríos; esto es, que era el rigor del invierno.

[En seguida, excita a Taliarco a que, sin acobardarse por la estación, goce del vino y del amor.

[A tal propósito, le amonesta, entre otras cosas, para que

...Nunc et campus, et areæ,
Lenesque sub noctem susurri
Composita repetantur hora.
Nunc et latentis proditor intimo
Gratus puellæ risus ab angulo,
Pignusque dereptum lacertis,
Aut digito male pertinaci.

["Este *nunc* no significa aquí *ahora",* dice Burgos; "pues como observó juiciosamente Sanadon, no era ocasión de dar citas para las eras, cuando el Soracte estaba cubierto de nieve, y el hielo paralizaba el curso de los ríos. *Nunc* se refiere, añade el mismo crítico, a la edad de Taliarco, no a la estación en que el poeta escribía. En cuanto a la palabra *campus...*, cuando se usaba sin calificación, significaba generalmente el campo de Marte. Una gran parte de él servía de paseo público; y a él, por tanto, se citaban frecuentemente los enamorados"].

No hay necesidad de referir el *nunc* a la edad del amigo de Horacio, y no a la estación. Los paseos en un campo abierto como el de Marte, y en áreas o plazas, no tienen nada de incompatible con el invierno.

[Burgos y el licenciado don Diego Ponce de León y Guzmán, en las traducciones en verso castellano que han hecho de esta oda, han dado al vocablo *areæ,* no el significado de *plazas,* que era el que le cuadraba, sino el de *eras,* que le venía mal.

[Burgos acepta una crítica que Dacier hizo a la construcción gramatical del pasaje antes copiado de Horacio.

[He aquí las palabras de Dacier.

["El verbo *repetantur* rige todo este período, y me parece excesiva tal osadía. No creo que la haya semejante en toda la antigüedad, o por lo menos será difícil encontrar siete versos regidos por un solo verbo, y siete versos que abrazan cuatro expresiones diferentes. Paréceme que se necesita más de un espíritu para animar miembros tan distintos y separados; y no hay quien no sienta que los cuatro versos últimos piden algo que les hace falta".

["Este defecto", agrega Burgos, "debía desaparecer en la traducción, so pena de hacerla embrollada e ininteligible"].

La crítica de Dacier sobre lo complicado del período que supone forman los últimos siete versos, carece de fundamento. Póngase punto en *hora;* y súplase, como tantas veces en latín, el verbo *est* en el verso antepenúltimo.

[Burgos pronuncia el siguiente juicio acerca de la oda 10ª. *Ad Mercurium.*

["Porfirio aseguró que esta oda era traducción o imitación de un antiguo himno de Alceo; y un comentador moderno (Vanderbourg) sospechó que ella fue uno de los primeros ensayos que hizo Horacio para apoderarse de la lira de los griegos. Sea de uno u otro lo que se quiera, el himno no pasa de mediano. El elogio de Mercurio es vago e incoherente; y entre los versos, hay tres o cuatro cuyas cadencias son duras y poco armoniosas"].

Convengo en que este himno a Mercurio tiene poco mérito; pero sin que el señor Burgos tenga razón para criticar de duras y poco armoniosas ciertas cadencias. A nuestros oídos, acostumbrados a un ritmo puramente acentual, no suenan bien:

Mercuri facunde, nepos Atlantis
Nuntium, curvæque lyræ parentem
Sedibus, virgâque levem coerces...;

porque no podemos reconocer en estos versos el

Dulce vecino de la verde selva.

Pero los latinos y griegos juzgaban de otro modo. ¿Qué diría el señor Burgos de los sáficos de la misma Safo, que les dio su nombre, y que se alejaban mucho más que los de Horacio de nuestros sáficos acentuados?

[Los juicios de Burgos y de Bello acerca de la oda 11ª no están acordes.

[Léase el del primero.

["Escalígero criticó esta pequeña pieza con demasiado rigor, si bien hay en ella algunos pensamientos que están expresados en otra parte, ya del mismo modo, y ya con más gracia y exactitud. La idea de *spatio brevi spem longam reseces* está desenvuelta con más propiedad, aunque casi en los mismos términos, en la oda 4ª, donde dice *Vitæ summa brevis spem nos vetat inchoare longam.* En la oda 9ª, se había dicho. *Quid sit futurum cras fuge quærere;* y en ésta, *Carpe diem quam minimum cre-*

dula postero. Los versos tienen poca armonía, y el lenguaje es oscuro o ambiguo".

[Léase ahora el del segundo].

Burgos acusa de poco armoniosa la versificación, pero con poca justicia. El verso no tiene nada que desdiga de la práctica conocida de los poetas en el coriámbico. Las frases no adolecen de oscuridad, aunque extremadamente concisas. El señor Burgos no parece haber sentido la elegancia del optativo: *fugerit;* haya huido en buena hora.

[Las tres primeras estrofas de la oda 12ª, dicen así:

Quem virum aut heroa lyra vel acri
Tibia sumis celebrare, Clio?
Quem Deum? Cujus recinet jocosa
Nomen imago,

Aut in umbrosis Heliconis oris,
Aut super Pindo gelidove in Hæmo?
Unde vocalem temere insecutæ
Orphea silvæ,

Arte materna rapidos morantem
Fluminum lapsus celeresque ventos,
Blandum et auritas fidibus canoris
Ducere quercus.

[Inserto en seguida la traducción de Burgos:

¿Cuál paladín, cuál hombre
hoy con flauta o laúd cantarás, Clío?
¿Cuál numen cuyo nombre
repita el eco, de Helicón umbrío
en el fresco collado,
o sobre el Pindo, o sobre el Hemo helado?

Los montes allí un día
corrieron a oír de Orfeo el blando acento:
su dulce melodía
paró el río fugaz y el raudo viento;
y a la arrobada encina,
tras sí arrastró su cítara divina.

[El mismo Burgos dice en un comentario sobre este pasaje, entre otras cosas, lo que sigue:

["Yo no he podido expresar más fuertemente el hipérbole que envuelve este epíteto (de *auritas*) que aplicando el de *arrobadas* a las encinas, pues *dotadas de oído* me ha parecido demasiado. Esto en cuanto a la expresión; en cuanto a la idea, diré que algunos calificaron de trivial y pobre la de que *las encinas corriesen* detrás de Orfeo, después de haberse dicho que *corrían las selvas*. No observaron, sin embargo, los que así juzgaron el pasaje, que el primero de los prodigios que aquí se enumeran, lo obró el músico con el canto *(vocalem insecutæ)*, y el segundo con la lira *(ducere fidibus canoris);* y que se puede sin inconveniente decir: *—se atropella-*

ron los montes al oír su canto: *corrieron tras él los robles* al oír los sones de su laúd—. Para que Horacio dijera esto, no era menester sustituir *rupes* a *silvæ,* como lo hicieron algunos editores, sino emplear como yo lo he hecho, para traducir esta última palabra, la de *montes,* que lo mismo designa las alturas compuestas de peñascos, que las pobladas de árboles".

[Léase lo que Bello expone acerca de este comentario]:

No me parece mal la defensa que hace el señor Burgos del *auritas ducere quercus,* que a primera vista es una repetición ociosa del *silvæ temere insecutæ vocalem Orphea.* Creo, con todo, que no es necesario buscar una diferencia en *vocalem* y *fidibus canoris,* como si se atribuyesen la primera maravilla a la flauta y la segunda al canto. La estrofa que principia por *arte materna* no es para añadir un nuevo prodigio, sino para explicar el que acaba se señalarse. *Vocalem temere insecutæ Orphea silvæ, quippe qui arte materna adeo excellerat ut moraretur flumina et ventos, et adeo blandus esset fidibus ducere ut duxerit quercus, tanquam auribus prœditas.*

[Burgos hace notar que, en los manuscritos y las ediciones, se lee en el verso 31 de esta oda *—quod sic voluere —di sic —quia sic—* y de otras dos o tres maneras.

El *quod sic,* y el *quia sic* de los manuscritos, es inaceptable. Léase *sic di voluere,* giro verdaderamente horaciano, análogo al *sic dis placitum,* sátira 6ª, libro 2º, verso 22.

[La estrofa 9ª de esta oda es la que va a leerse.

Romulum post hos prius, an quietum
Pompilî regnum memorem an superbos
Tarquinî fasces, dubito, an Catonis
Nobile lethum.

¿Diré a Rómulo osado
luego, o de Numa el próspero reinado?
¿Las fasces de Tarquino
o de Catón la generosa muerte?

["El epíteto de *soberbias* que da Horacio a las *fasces de Tarquino",* escribe Burgos, "hizo pensar a algunos que él quiso aludir en este pasaje a *Tarquino el Soberbio,* séptimo y último rey de Roma. Pero éste es un error, que se refuta por la sola consideración del contraste que con Rómulo y Numa, modelo el uno de valor, y el otro de sabiduría, haría un monstruo que marchando por entre el incesto y el fratricidio, subió hasta el trono regado con la sangre de su suegro y de su rey. Héroes solamente nombra aquí Horacio, y héroe no podía ser el segundo Tarquino, sino su ilustre abuelo Lucio Tarquino Prisco, quinto rey de Roma".

["Este verbo *dubito",* agrega Burgos, "hubiera podido a mi parecer ser suprimido, o reemplazado a lo menos por otro más digno de la majestad lírica"].

Se me hace duro creer que se trate del primer Tarquino. El epíteto *superbos* parece destinado de propósito a señalar al segundo. Si Horacio hizo bien o mal en colocarle entre los hombres ilustres de Roma, es otra cuestión. Tarquino el Soberbio aumentó considerablemente el poder romano. Es a mi juicio demasiado severo el señor Burgos en su reprobación del *dubito*.

[La estrofa 12 de esta oda es la que va a leerse:

Crescit occulto velut arbor ævo
Fama Marcelli; micat inter omnes
Julium Sidus, velut inter ignes
Luna minores.

Cual el árbol que al cielo
se alza en lento crecer, tal sube y crece
la fama de Marcelo;
y así la Estrella Julia resplandece,
cual entre astros sin cuento,
la luna en el lumbroso firmamento.

["No parece caber duda en que el Marcelo a quien aquí aludió Horacio", dice Burgos, "fue el que ocupa en los fastos de Roma un lugar eminente, y no otro personaje célebre del mismo nombre, que vivió ciento cincuenta años después que él. El de que aquí se trata fue Marco Claudio Marcelo, que nació a fines del siglo quinto de Roma, y adquirió en el sexto tanta gloria, como Camilo en el cuarto".

[Bello no acepta esta interpretación de Burgos].

Crescit occulto velut arbor ævo
Fama Marcelli

no puede referirse, sino a una persona viviente, joven y de grandes esperanzas.

["Los comentadores de Horacio", expone Burgos, "no están de acuerdo sobre la inteligencia de estas palabras *Julium Sidus,* por las cuales pretenden unos que quiso el poeta designar a Julio César, aludiendo a una estrella desconocida, que después de su muerte apareció, y se mantuvo visible durante siete días continuos, y que el pueblo creyó ser el alma del dictador; y otros al joven Marcelo, sobrino de Augusto, como hijo de su hermana Octavia, yerno del mismo como casado con su hija Julia, y su hijo adoptivo, además de yerno y sobrino. Esta última opinión es la más verosímil, pues Horacio, que no había desflorado las alabanzas de algunos de sus dioses y de sus héroes, sino para recaer en el elogio de Augusto, no podía preparar mejor la transición, que hablando primero del gran Marcelo, y yendo a parar después a uno de sus descendientes a quien tantos y tan íntimos lazos unían con el hombre que el poeta se proponía encomiar. Marcelo el Joven vivía aún cuando se compuso esta pieza; y a la edad de veintitrés años, había ya desempeñado el cargo de edil, aca-

baba de ser nombrado sumo pontífice, y sus altas cualidades le hacían mirar como la esperanza del imperio. El pesar que su imprevista muerte, ocurrida a poco, ocasionó a su tío y suegro, fue tan vivo, como tierna la impresión que le hizo algo después el delicado recuerdo que de aquel joven recién arrebatado al amor de su familia, y al del pueblo que estaba destinado a gobernar, ingirió Virgilio en su *Eneida*. No podía ocultarse a Horacio, que vivía casi en la intimidad de aquella familia, el excelente efecto que produciría sobre Augusto el alto elogio del hijo de su hermana, hecho como consecuencia del de uno de sus ilustres ascendientes, y presentado como exordio del de Augusto mismo. El poeta sabía, por otra parte, que las alabanzas del joven Marcelo serían del gusto de todos, cuando podían no serlo las de Julio César. El elogio contenido en la expresión: *brilla como la luna entre las estrellas,* podía en verdad parecer exagerado, tratándose de un joven que todavía no era más que una esperanza, pero más exagerado debía parecer, cuando se aplicase a un hombre, que sucumbió en la empresa de variar en su país la forma de gobierno sancionada por siete siglos. Cierto es que Augusto hacía lo mismo a la sazón, pero a Augusto, la autoridad, la opinión, y el cansancio producido por largos desastres habían conferido ya, sin esfuerzos ostensibles de su parte, el poder que circunstancias contrarias habían impedido a Julio César afirmar en sus manos. A pesar de estas consideraciones, es posible que a él y no al joven Marcelo, designase Horacio por la denominación de *Julium Sidus,* por lo cual he preferido conservar a esta calificación su anfibología original, y he dicho simplemente la *Estrella Julia,* por no hacer decir al poeta lo que quizá no tuvo la intención de decir"].

Julium Sidus, es probablemente Augusto.

POESIAS DE D. J. FERNANDEZ MADRID [9]

Sabemos que han llegado de Europa muchos ejemplares de la obra que anunciamos, y que van a ponerse en venta en esta capital. Recomendamos su lectura, y su pronto despacho nos lisonjearía como una prueba de los progresos del buen gusto literario.

Cuán necesario sea éste en una sociedad culta es asunto que no requiere pruebas ni comentarios. Cuán fácil sería su adquisición en un país que adelanta como el nuestro, es idea que asaltará a los ojos de cualquiera que estudie las circunstancias en que vivimos. Tenemos por decir así cierta virginidad de impresiones muy favorables al desarrollo de nuestras aptitudes literarias. Apenas son conocidos los modelos clásicos; apenas hemos empezado a saborear los goces poéticos, y éstos son los que encade-

nando la fantasía, y ablandando los sentimientos, llegan a ejercer un gran influjo en las costumbres y en las ideas.

En los pueblos que gozan de una civilización antigua la razón pública se ha formado por la lenta acción de los siglos, y sufriendo grandes intervalos, en los cuales los extravíos y los errores han ocupado el lugar de la sensatez y de la verdadera cultura. La perfección presente supone la asidua labor de la experiencia, y ésta no se forma sino con escarmientos y retractaciones. La moda, la ignorancia, el capricho ensalzan algunos modelos, y éstos cimentan la opinión, que en semejantes casos aplaude y adopta a ciegas. Antes que llegue la época del desengaño ¡cuánto papel se ha impreso en balde! ¡Cuánto tiempo se ha perdido! Las bibliotecas están llenas de poetas de la escuela gongorina; escuela que ha producido mil veces más imitadores y adeptos que las de León y Meléndez. Los primeros esfuerzos de los que abatieron aquel coloso fueron coronados del éxito más satisfactorio. Trigueros, los Iriartes, Samaniego, Moratín padre fueron los ídolos de su época. A su vez fueron destronados por Jovellanos, Cienfuegos, Noroña, Meléndez, y Quintana. Y sin embargo, aunque tan modernos, todavía se ha dado un paso adelante. La severidad del gusto moderno censura en unos de estos poetas la afectación, en otros la superficialidad; en éste una blandura afeminada; en aquél un tono demasiado amanerado y simétrico. Los poetas del día huyen de estos defectos, y favorecidos por una época fecunda en grandes sucesos, y que necesariamente ha debido excitar los sentimientos más intensos y generosos, aspiran a ponerse a la altura de su siglo, y consignar en sus versos los recuerdos de las vicisitudes de que hemos sido espectadores.

Al mismo tiempo los sentimientos afectuosos, considerados como asuntos poéticos, se van despojando de la hojarasca mitológica y pastoril, con que los han disfrazado los poetas anteriores. La filosofía ha descubierto que para movernos y seducirnos el amor no necesita de la flecha ni del cayado, y aunque este espíritu de seriedad ha traspasado sus límites, y ha degenerado a veces en una afición desmedida a impresiones fuertes y horrorosas, éstas son más dignas del hombre, que los coloquios almibarados, y las insipideces bucólicas.

Esta misma filosofía ha dictado sus lecciones en rimas armoniosas, y uniéndose al patriotismo ha presentado cuadros grandiosos que satisfacen la razón, y halagan la fantasía. Ella ha enseñado a los hombres el secreto de sus pasiones, el enigma de las catástrofes históricas, el arte de adornar dignamente la verdad, y al mismo tiempo ha perfeccionado el instrumento de la poesía, dando al lenguaje elevación, majestad, exactitud, armonía y haciéndolo susceptible de representar todas las imágenes, de expresar todos los afectos, de interpretar lo más sublime de la meditación, y lo más profundo del raciocinio.

Nosotros tenemos la fortuna de hallar tan adelantada la obra de la perfección intelectual, que todo está hecho y preparado para nuestros go-

ces y para nuestros progresos. Las convulsiones políticas externas nos han sido igualmente favorables. La nación cuya lengua hablamos ha sufrido una crisis que ha dispersado en suelos extranjeros sus ingenios más esclarecidos, y allí, sin las trabas del doble despotismo político y religioso que los aquejaba, han ampliado la esfera de sus trabajos y los han puesto al nivel de los de los hombres superiores de los pueblos más cultos. Las otras repúblicas americanas han entrado también en la arena intelectual, y han dado ya a luz producciones que llevan el sello de su perfección, a que propenden en la época actual todos los esfuerzos del genio y de la razón.

A esta última clase pertenece la obra que anunciamos. Su autor es un colombiano distinguido, cuyas disposiciones favorables a la poesía han sido fomentadas de consuno por el genio de los amores, y por el de la libertad. La dote principal de su talento es la flexibilidad; así es que sobresale en el género anacreóntico, y en las graves meditaciones a que han dado lugar los sucesos importantes de su era.

La pequeña colección que ha intitulado *Las Rosas* respira toda la frescura y la gracia que indica su nombre. En ella se encuentra el siguiente cuadro:

¡Mil veces venturosas las sencillas
y tiernas avecillas,
caprichos que formó naturaleza
y modelos de gracia y ligereza!
Es el placer su guía;
quien les da sus colores, su armonía,
quien les enseña a fabricar sus nidos,
cunas que flotan a merced del viento,
con sus hijos queridos.
Estos dulces cantores,
de los bosques delicia y ornamento,
gozan en libertad de sus amores.
Entre ellos no hay ley dura,
que se oponga a la ley del sentimiento;
ni saben qué cosa es remordimiento,
ni es un crimen para ellos la ternura.

En las endechas siguientes la musa del autor se muestra más tierna y afectuosa.

Blanca, rubia y más hermosa
que la madre del amor,
hoy naciste, tierna esposa,
en un valle de dolor.

Así brota en roca dura
y en estéril pedernal,
de agua dulce, fresca y pura,
cristalino manantial.

En el árido camino
de mi vida procelosa,
te encontré ¡feliz destino!
te tomé, cándida rosa.

Te vi, Amira, y fui sensible,
te vi, Amira, y te adoré;
no es posible, no es posible,
que no te ame quien te ve.

Tú pagaste con ternura
la constancia de mi amor,
y me hallé con tu hermosura,
a un monarca superior.

Si tu gracia, gentileza
y virtud son mi tesoro,
¿Qué me importan piedras ni oro,
ni altos puestos ni grandeza?

Cuantos bienes yo deseo
los encuentro, Amira, en ti:
Llévate ávido Europeo,
todo entero el Potosí.

Entre las composiciones de un género más elevado encontramos algunas de un mérito muy distinguido. En la primera de toda la colección intitulada *Canción al padre de Colombia,* leemos las siguientes estrofas, tan admirables por la grandeza de las concepciones, como por la destreza en el manejo de un metro difícil.

¿Aún hay opresores? Pichincha indignado
arroja torrentes de fuego y furor:
del gran Chimborazo, que horrendo ha bramado,
se lanza y eleva triunfante el Condor.
Venid Colombianos
que aún quedan tiranos,
aún brilla la espada del Libertador.
Del hondo sepulcro sacando gozosos
las frentes, orladas, del rojo cordón,
los Incas Peruanos,
saludan tres veces al gran Campeón;
y al ver que están libres sus hijos dichosos,
entonan el himno de amor y de unión.

En fuego divino los Andes se inflaman:
de doce monarcas la voz paternal
repiten sus ecos, que al mundo proclaman
de América el triunfo, la gloria inmortal.
¡O manes sagrados!
Volved aplacados
volved a las tumbas, familia imperial;
no más servidumbre, no sombras augustas;
cesó la ignominia del yugo español;
ya estamos vengados
y reinan de nuevo, con leyes más justas,
más dignas del padre, los hijos del sol.

¡Oh cuántos prodigios y heroicas hazañas
la gloria en sus fastos podrá eternizar!
Decidlo vosotras, inmensas montañas,
vosotros, oh ríos rivales del mar.

¿Y qué no supera
Colombia guerrera
si tú la diriges, Deidad tutelar?
En medio de abismos, escollos y horrores
la nao velera,
al puerto anhelado va pronto a surgir.
Y al sabio piloto con palmas y flores
América libre saldrá a recibir.

El inagotable tema de los modernos poetas liberales, es decir el amor a la libertad, el odio al despotismo, la censura amarga de esa liga infausta de tiranía y fanatismo que oprime y humilla a la Europa, ha suministrado al autor asunto digno de sus inspiraciones. Era difícil que dotado de una imaginación vehemente, de un espíritu cultivado, y sobre todo habiendo respirado esa atmósfera de libertad que cubre a la América entera, resistiese al deseo de señalarse en la carrera en que se han inmortalizado Byron, Moore, Béranger, Monti y Lavigne. Puede asegurarse que jamás se ha presentado a la fantasía del poeta un campo más vasto ni más digno de esta mezcla feliz de entusiasmo y filosofía que caracteriza a la escuela creada por los hombres eminentes que acabamos de nombrar. En todos tiempos las ideas liberales se han prestado admirablemente al colorido poético, y si ha habido Horacios y Virgilios que han llegado a la inmortalidad, pagando un deplorable tributo a los tiempos en que vivían, ha sido preciso una reunión extraordinaria de dotes distinguidísimas para preservarse del olvido en que comúnmente se sumergen los que abrazan ese partido. Y en todo caso más pura es la gloria de Dante, y no hay hombres de buenos sentimientos que no prefieran los aplausos de las naciones, a la admiración de una corte corrompida. Veamos cómo nuestro autor pinta la situación de Europa en 1824.

No el manto reluciente
por las divinas artes fabricado;
ni la corona rica de tu frente;
ni tu cetro de hierro aunque dorado,
ni de tus ciencias el acento grave,
ni de tus dulces musas la suave
voz armoniosa, plácida y festiva,
América te envidia, Europa altiva:
porque bajo tus pies se halla un abismo
de servidumbre, lágrimas y horrores,
y el feroz despotismo,
áspid mortal, se oculta entre las flores.

¿Qué importa la grandeza
de tus vastos palacios suntuosos?
Plaga devoradora tu nobleza,
miseria general tus poderosos.
¿Y tus reyes? ¡Europa esclavizada!
Todo tus reyes, y tus pueblos nada.
Mas tú en el trono reinas dignamente,
monarca de Albión, tú, que el tridente
riges en la extensión del Oceano.

Tú, que a la liga inicua y tenebrosa
no extendiste la mano
la noble mano, fuerte y generosa.

¡Oh pueblos! ya lo veo;
viene del Septentrión; y ha superado
la barrera del alto Pirineo,
en una mano el cetro ensangrentado,
en otra lleva la homicida lanza.
¡Oh cuánto es formidable su venganza!
Mas no, que está su cuerpo giganteo
en pies de barro frágil apoyado;
no perdáis la esperanza
¡Oh pueblos, a las armas, a la guerra!
Y caerá por tierra
ese coloso enorme destrozado.

¿Qué haces? España, España,
en vez de unirse con estrechos lazos
tus propios hijos ¿en su horrible saña
al enemigo prestarán sus brazos?
¡Oh ignorancia, execrable fanatismo!
En el sangriento altar del despotismo
la patria de Lanuza y de Padilla,
víctima involuntaria, a la cuchilla
extiende la garganta. ¡Oh mengua, oh crimen!
Y ante el ídolo atroz de los tiranos
se prosternan y gimen
los altivos y fieros Castellanos.

Todos estos extractos prueban que el autor es un verdadero poeta, y ciertamente los aficionados a la buena literatura española verán con satisfacción que en medio del abandono que ella experimenta, las generaciones futuras hallen estas y otras publicaciones, que les servirán como de faros luminosos, en medio de la oscuridad en que las circunstancias del día envuelven el buen gusto de aquel país.

La colección que anunciamos termina con algunas traducciones del poema de Delille, *Los cuatro reinos de la naturaleza,* y con una tragedia intitulada *Atala,* cuyo asunto es sacado de la novela del mismo nombre por Chateaubriand.

Aquellas traducciones, conservan, no hay duda, las prendas principales del estilo del autor; mas no nos parece juiciosa la elección del modelo. Delille es tan puramente francés, y entre los poetas franceses, se distingue de tal modo por su amaneramiento, que no creemos posible la empresa de trasladar sus composiciones con buen éxito a otro idioma. Grandes son en verdad sus méritos, y admirable la facilidad con que sobrepuja las grandes dificultades que se propone. La flexibilidad de su talento se dobla a toda especie de asunto, y así sobresale en lo grandioso, sombrío y tremendo como en lo tierno y sencillo, si bien en este último género se deja conocer la impresión del trabajo. Sus descripciones son cuadros vivos, y luce mucho en la acertada elección de los puntos a que sabe dar un particular relieve. Mas todas estas prendas son peculiares a su idioma, al

género poético de su nación, a la estructura de los alejandrinos. Sus obras son a manera de mosaicos, en que mucho más se admira la paciencia que la invención; más agradan los pormenores que el conjunto.

Atala no es asunto digno de la musa trágica. Es demasiado sencilla la acción para permitir aquel contraste de caracteres tan esencial a las representaciones dramáticas. El autor ha hecho cuanto ha podido por calzar el coturno a la virgen de los primeros amores; pero no creemos que lo haya logrado. Sin embargo, su obrita es un diálogo interesante en cuyo estilo se han evitado los escollos que ofrecía el tipo original. La sobriedad en estos casos es un gran mérito; y el autor a lo menos no entra en el *servum pecus* de los imitadores, plaga de la literatura.

LA ORACION INAUGURAL DEL CURSO DE ORATORIA DEL LICEO DE CHILE DE JOSE JOAQUIN DE MORA

(Artículos y Notas de la polémica) [10]

I [11]

Página 2ª y otras. Se halla la palabra *genio*. Abrase el *Diccionario de la Academia*, y se verá que esta palabra no ha significado jamás la facultad de *crear*. Para expresar esta idea, los autores clásicos emplean constantemente la palabra *ingenio*. Capmany, cuya autoridad en esta materia es conocida, ha dicho formalmente que el uso de *genio* en el sentido de que se trata, es un galicismo *.

Página 3ª *Concepción* no es la palabra propia para exprimir la idea concebida por el entendimiento. Debió decirse *concepto*.

Id. y otras. Los buenos filólogos enseñan que *lo* como acusativo masculino de la tercera persona no es correcto, aunque el uso de los andaluces es diferente.

Página 6ª *Retrazar* sólo significa volver a trazar, y no *ofrecer* o *presentar a la vista*.

Página 7ª *Dédalo* por laberinto es un purísimo galicismo.

Página 8ª El señor Mora cita el verbo *embellecer* como uno de los neologismos modernos. Consúltese el *Diccionario de la Academia*, y se verá que es tan puro como *hermosear*.

---

* "En estos últimos tiempos a fuerza de tantas traducciones se ha introducido en los escritos de algunos de nuestros literatos, el abuso de llamar *genio* a lo que constantemente han dicho *ingenio* nuestros padres y abuelos". Capmany, *Filosofía de la Elocuencia*, art. "del ingenio".

Página 18. ¿Se servirá el señor Mora decirnos en qué consistía *la moderación de Ciro?*

Página 19. *El prurito de los adelantos. Prurito* en español es una palabra de censura, y no de alabanza. *Adelantos* no es castellano; debió decirse *adelantamientos.*

Página 4ª ¿Qué quiere decirnos el señor Mora en aquello de que *el hombre ha adivinado las esencias materiales?* ¿Ignora el director del Liceo que el hombre sólo conoce los efectos de las cosas, y que los principios son inaccesibles a su razón, y permanecen ocultos entre los misterios de la creación?

Id. ¿Qué significa *las cantidades metafísicas?* ¿La cantidad no es por sí misma un ente abstracto, y por consiguiente, metafísico? ¿Hay cantidades que sean más metafísicas que otras?

Página 9ª La topografía de la *peregrinación mental* es una frase que junta la impropiedad a la afectación. No se dice *topografía,* sino *itinerario,* cuando se habla de viajes o peregrinaciones; y por otra parte, no es hacer un gran beneficio a nuestra bella lengua querer naturalizar en ella el estilo ridículo que la crítica juiciosa de Molière desterró largo tiempo ha de la suya.

Pero he aquí la prueba más decisiva de la ignorancia de un hombre que se precia de literato, y profesa públicamente la elocuencia. En la página 17, se dice: *así disponían de Atenas y de la Grecia toda Isócrates y Demóstenes; del mundo romano, Calidio y Cicerón.* No decimos nada de la comparación que se hace entre Isócrates y Demóstenes, aunque los principiantes de retórica saben que Isócrates no pudo jamás disponer de la Grecia, porque la debilidad de sus órganos no le permitía subir a la tribuna; que se contentó con abrir una escuela de elocuencia, y no fue más que un maestro de retórica, celebrado a la verdad por la pureza de su estilo, y la suavidad y abundancia de su elocución, pero destituido de aquella cualidad característica de los oradores populares, de aquella fuerza de pensamiento y expresiones tan poderosa y tan terrible en la boca de Demóstenes. ¿Pero qué diremos del que, en un discurso público, en un discurso inaugural de la clase de oratoria, pone en primer lugar, y al lado de Cicerón como orador y personaje célebre, a un hombre tan desconocido como Calidio? ¿Dónde están las arengas de ese orador que tuvo bastante poder para disponer del mundo romano? ¿Qué cargos importantes obtuvo en la república? ¿De qué precipicio la salvó? ¿Qué medidas le dictó? ¿Qué leyes conservan su nombre? ¿Qué historiadores hablan de él? El único testimonio que se halla de él en toda la antigüedad se encuentra en Cicerón. ¿Y qué idea nos da de él Cicerón? Que era un abogado que se distinguía bastante por cierta elegancia, y armonía de dicción; pero que carecía absolutamente de elevación y vehemencia. He aquí, pues, el hombre que nuestro profesor de elocuencia nos representa como uno de los dos grandes motores y reguladores del imperio más poderoso del mun-

do, igualándole nada menos que al padre de Roma y de la elocuencia romana.

II [12]

Sobre la palabra *genio*. Se ha citado no sólo la autoridad del *Diccionario de la Academia,* que el señor Mora tiene demasiados motivos de recusar, sino la de un escritor que en materia de lenguaje vale por muchos. Se nos opone el ejemplo de Meléndez, Quintana y otros. En un escritor que tanto declama contra la afectación galicana, y que ha tomado sobre sus hombros el arduo empeño de restaurar la pureza clásica de la lengua, es un triste efugio acogerse al uso moderno.

El *Popular no es palabra propia para exprimir una autoridad en materia de gusto.* Cítese un escritor clásico que diga *concepción* en vez de *concepto.*

El acusativo masculino *lo.* Si los escritores clásicos han usado indiferentemente a *le* y *lo* como acusativo masculino, y si el uso no se ha fijado todavía, ¿qué razón ha tenido el señor Mora para proscribir el *le,* y para llenar de vituperios a la Academia, porque este cuerpo ha sido de diferente opinión? ¿Tiene el señor Mora privilegio exclusivo para decidir, *cuando el autor del Quijote dudaba?*

Retrazar. La partícula *re* antepuesta a un verbo castellano, significa de ordinario, repetición, v. g. *reanimar, reasumir, rebautizar, reconstruir, reconquistar, reedificar, reponer. Retrazar* es de este número, y no significa lo que los franceses llaman *retracer* sino entre los traductores de que habla el director del Liceo. Cítenos un literato de buena nota que haya usado a *retrazar* en este sentido, y le creeremos.

Dédalo por laberinto. El *si volet usus* al aire es el *recurso ordinario de los que no tienen otro recurso.* Compruébese el tal uso, si existe.

Embellecer. El señor Mora nos pide nada menos que un escritor del siglo XVI en que se halle este verbo. Pero Meléndez y Quintana con quienes el restaurador del castellano apadrinaba poco ha la significación gálica de *genio* ¿de qué siglo son? ¿y no bastará a Moratín? ¿Será Moratín otro autor *de los muchos cuya autoridad en materia de lenguaje se admite o se rechaza según el gusto de cada cual?* No lo extrañaríamos. Pero valga lo que valiere, copiaremos aquí dos pasajes sacados del prólogo que precede a sus comedias en la última edición de París. *El poeta observador de la naturaleza escoge en ella lo que únicamente conviene a su propósito, lo distribuye, lo embellece (p. XXI); no es fácil embellecer sin exageración el diálogo familiar (p. XXIII).*

La moderación de Ciro. Los contemporáneos de Jenofonte recibieron la *Ciropedia* de este autor como una novela política. Platón cree que Jenofonte no acertó a bosquejar un príncipe perfecto en la persona de

Ciro [leg. 1. 3], lo que prueba que miraba la *Ciropedia* como una obra de pura invención en cuanto al carácter del héroe; pues la historia no pinta a los hombres como debieron ser sino como fueron.

Heródoto, Ctesias, Diodoro de Sicilia, Justino y Valerio Máximo contradicen en muchas particularidades importantes la narración de Jenofonte. El primero de estos historiadores, que es el más antiguo de todos los profanos, dice que Ciro pereció en una guerra contra los Escitas, cuya reina Tomiris le mandó cortar la cabeza, y ponerla en un odre lleno de sangre diciendo: *Sáciate de la sangre humana de que siempre has estado sediento* *. Bien sabido es aquello de Cicerón: *Cirus ille a Xenofonte, non ad historae fidem scriptus sed ad effigiem justi imperii.* ¿Qué más? El mismo Jenofonte, cuando escribe la historia, pinta las cosas de muy otra manera que en su novela política. Ciro [en la *Anabasis*] hace la guerra a su abuelo Astiajes y se apodera de la Media.

Todos los escritores modernos de alguna nota han confirmado el fallo de Cicerón; y es preciso ser algo novicio en la literatura francesa para ignorar lo que dijeron sobre este particular Freret, Millot, Condillac ** y La Harpe ***, o para citar a Rollin [escritor por otra parte apreciable] como voto competente en cuestiones de crítica histórica.

Esencias materiales. Hablando de los progresos de la filosofía no se debió decir, ni aun por vía de hipérbole, que los modernos las han adivinado. Cabalmente una de las cosas que caracterizan a la filosofía moderna y la distinguen de la jerigonza escolástica, es el haber trazado con precisión los límites de la razón humana, no tomando jamás en boca las esencias materiales sino para decirnos que el autor de la naturaleza las ha cubierto con un velo impenetrable.

Cantidades metafísicas. No es cierto que las del cálculo infinitesimal sean más metafísicas que las de la geometría ni las algebraicas más que las aritméticas. Los signos pueden ser más o menos abstractos, la cantidad no.

La influencia política de Isócrates. Lo que el mismo Isócrates dice en sus cartas es decisivo en la materia: *yo he sido siempre incapaz de defender los intereses del Estado en las juntas populares, y he sentido el doble tormento de la ambición y de la imposibilidad de ser útil.* Y en otra parte: *¿De qué me han servido mis talentos? ¿He obtenido acaso las magistra-*

---

* Lo mismo dice Justino *satia te, inquit, sanguine quem sitisti, cujusque insatiabilis semper fuisti.*

** Condillac en su historia antigua sostiene que Jenofonte no se propone hacer más que una novela, pintándonos a Ciro como un príncipe grande y benéfico, y después de haber criticado el retrato que el historiador griego hace de él, termina diciendo: es bien difícil creer que sea éste el Ciro de los Persas. *Obras completas.* tom. V hist. ant.

*** La Harpe dice: se admira a Jenofonte como filósofo y estadista en su encantadora *Ciropedia,* que se puede comparar a nuestro *Telémaco.*

turas, las distinciones que veo conferir todos los días a oradores viles que hacen traición a su Patria? *

Calidio. ¿Dónde halló V. señor Mora, que Cicerón atribuyese a Calidio la *elevación de conceptos* de que V. habla en la traducción con que se ha servido favorecernos? La expresión de Cicerón es: *reconditas exquisitasque sententias.* Cicerón alaba en él la blandura, trasparencia y soltura del estilo, el acertado uso de las figuras y otras dotes secundarias de la elocución oratoria; pero dice también que le faltaba aquel mérito que consiste en conmover e incitar los ánimos; que no había en él ninguna fuerza, ninguna vehemencia **.

La posteridad rebajó mucho aun este concepto. Ni Quintiliano en la gran reseña que hace de la literatura griega y romana [lib. X, cap. 1] en que menciona bastante número de oradores eminentes, contemporáneos de Cicerón [Asinio Polión, César, Mesala, Celio, Calvo, Servio Sulpicio] ni el autor del *Diálogo de los oradores* atribuido a Tácito, que añade a este catálogo el nombre de Bruto, creyeron que Calidio era digno de figurar con ellos pues le han pasado en silencio.

En cuanto a las palabras crasa majadería, ignorancia, orgullo, envidia, pequeñez, mala fe y otras, sólo observaremos que el señor Mora se engaña mucho si cree que en el público chileno han de pasar las injurias por razones.

Hemos visto pocos días ha dos artículos en *El Mercurio de Valparaíso* en que se ataca al Colegio de Santiago, y aunque el órgano por medio del cual han visto la luz pública basta para privarlos de todo crédito, desearíamos que los profesores de este establecimiento respondiesen a ellos, no pudiendo hacerlo nosotros por no estar suficientemente instruidos de los hechos.

III [13]

"Ingenio significa una facultad menos elevada y poderosa". Meléndez mismo, que ha dicho *ingenio* siempre que se lo ha permitido la medida del verso, nos servirá para probar lo contrario:

> *"¡Oh pinceles! ¡Oh alteza peregrina*
> *del grande Rafael! ¡Oh bienhadada*
> *edad, en que hasta el cielo*
> *en alas del Ingenio la divina*
> *invención se vio alzada",*

Odas filos. *IV* [14]

---

* Epist. ad y Phil. Panath. 1, 2.

** Aberat illa laus qua permoveret atque incitaret animus, neque erat ulla vis atque contentio.

"¡Oh de ingenio divino
sumo poder! La mente creadora,
émula del gran Ser que le dio vida,
hasta las obras enmendar desea
de su alta, excelsa idea".

Odas filos. *XVI.*

En este último pasaje Meléndez pudo muy bien decir *genio* sin faltar a las leyes del metro; sin embargo prefiere *ingenio,* aun cuando se trata de ponderar el poder del entendimiento humano, la altura de sus conceptos, la fecundidad de sus creaciones.

Pero no podemos decir el *ingenio de Newton,* el *ingenio de Bonaparte.* Concedámoslo. ¿Se sigue de aquí que debemos decir el *genio de Bonaparte* en otro sentido que en el de la índole de Bonaparte, que es el que tiene sancionado tantos siglos ha el uso de la lengua? ¿No es esto introducir en ella la confusión y la anfibología, a pretexto de hacerla más filosófica? ¿Cuál innovación es más atrevida, cuál hace más violencia a la lengua, la que para significar *la mente creadora* en la estrategia, en la política, en las investigaciones científicas, se vale de la palabra que significa la misma facultad creadora en las artes, o la que se vale de una palabra que siempre, y hoy mismo nos ha denotado una cosa totalmente diversa? ¿Qué se gana con dar de mano a la voz *ingenio* porque suele tomarse a veces en otro sentido, si se le sustituye una voz que ofrece el mismo o más grave inconveniente?

Capmany, queriendo hacer una especie de transacción entre los clásicos y los galicistas, se allana al uso de la palabra *genio* en el sentido francés con tal que se le junte algún epíteto especificativo como *creador, inventivo, divino,* etc., pero reprueba el uso absoluto de *genio* en esta acepción, como impropio y obscuro. Admítase esta transacción, si se quiere; pero obsérvese que en nada favorece al pasaje que nos ha parecido censurable en el Discurso inaugural.

El señor Mora contrapone como autoridad en materia de lengua, el autor de la Palomita de Filis, al autor de *La Mojigata.* El primero, dice, fue el fundador de la escuela a que pertenece el segundo. Si hubiera dicho que *criticó severamente* el segundo, acusándole de "alterar la sintaxis y propiedad de su lengua, de quitar a las palabras su acepción legítima, o darles la que suelen tener en otros idiomas, e inventar a su placer, sin necesidad ni acierto, voces extravagantes, formando un lenguaje obscuro y bárbaro, compuesto de arcaísmos, galicismos y neologismos ridículos", se hubiera acercado más a la verdad. Véase el prólogo antes citado. No suscribimos a todo el rigor de esta censura, por lo que toca a Meléndez; pero que éste es uno de los autores, a que Moratín alude, aunque no le nombran allí, puede probarse con evidencia. Entre sus poesías hay una parodia en que se remeda el lenguaje y estilo de Meléndez y sus imitadores:

Sí; tus abriles bonancibles años;
Que meció cuna en menear dormido
De bostezante sueñecito umbrátil,
Huyen, y huyendo, caro Andrés, no tornan, &.

(Tomo 3 de la edición de París, pág. 409).

Y en esta parodia encontramos gran número de vocablos y frases favoritas, y lo que es más, versos enteros de Meléndez, v. gr.:

"Salud, lúgubres días, horrorosos
Aquilones, salud",

que pueden leerse *verbatim* en la primera de las odas filosóficas.

Esencias Materiales. Autores de metáforas violentas y de hipérboles extravagantes, amontonad a vuestro sabor los absurdos. El Sr. Mora os abre ancho camino para justificarlos: Si os dicen que la hipérbole es una verdad abultada, y no una falsificación de los hechos, no importa. Apostrofad a Buffon y Virey, colocaros modestamente a su lado, y decid que vuestros bárbaros críticos han tenido la osadía de violar en vosotros los fueros del arte oratoria.

Dédalo. En sentido de laberinto es voz propia de la lengua francesa. Si se ha usado así en otras, lo ignoramos, y quisiéramos verlo probado. La retórica no tiene nada que hacer aquí. No creemos que el Sr. Mora haya pensado esta vez en metáforas, y los que lo suponen, rebajan su talento oratorio mucho más que nosotros. Ensánchense cuanto se quiera las libertades del estilo figurado, ¿podrá decirse, hablando de un palacio, *este Vitrubio;* hablando de una estatua, *este Fidias?* ¿Se ha dicho jamás de una tragedia patética, *éste es un Eurípides,* que una bella sinfonía es un Haydn, que un elocuente sermón es un Bossuet? ¿Qué retórico recomendó jamás tan ridícula figura? ¿Qué orador la empleó jamás? Los cuadros de Murillo, se llaman, por abreviación, *Murillos,* y las obras o esculturas de Canova, *Canova;* como se llama un *Virgilio* el libro que contiene sus poesías; para salir de estos límites es necesario el pasaporte del uso. Dédalo en la lengua francesa es un hecho solitario; y por eso el trasladar esta práctica a la nuestra, es cometer un galicismo. Si se generaliza, tanto mejor; es una voz que no tiene los inconvenientes de *genio* y enriquecerá la lengua, sin confundir las acepciones recibidas; pero entre tanto es galicismo.

Véase el artículo Crítica de *El Mercurio de Valparaíso,* Nº [78] [15]. Esta es una de aquellas defensas que con las mejores intenciones del mundo echan a perder la causa que defienden.

¿Según el uso presente de los castellanos, se dice *le* o *lo* en el acusativo masculino? Este es un punto para cuya resolución basta tener *ojos* y *oídos;* y una vez que el Sr. Mora, auscultando los suyos, nos ha dicho expresamente, en la Nota B de su Gramática, que su opinión *tiene en contra el uso general,* nos parece que no hay nada que añadir en la materia. Se citan las academias y los autores, como testigos e intérpretes, no como legis-

ladores del uso, que está en posesión de dar las leyes siempre al lenguaje, y no las recibe de nadie. El uso es un déspota caprichoso, que no se paga de argumentos. Con esto bastaba; es una cuestión de hecho. La razón promulga las reglas, y el uso introduce las excepciones; y las excepciones se observan a pesar de las reglas.

Pero no queremos contender con el Sr. Mora *cum suo jure;* descenderemos gustosos a la arena a que nos convida: examinaremos sus razones. Para que se vea mejor la fuerza de esta razón, pondremos aquí un pasaje de Cervantes: "La menesterosa Doncella pugnó por besar*le* las manos, mas Don Quijote que en todo era comedido y cortés caballero, jamás *lo* consintió; antes la hizo levantar, y mandó a Sancho que *le* armase luego al punto". El Sr. Mora aprueba el primer *le* porque es dativo o régimen indirecto, pero no está bien con el segundo, y cree que sería mejor decir *lo* armase, para que el acusativo tenga diferente terminación que el dativo.

Fúndase para ello; lo primero, en la claridad que resulta a la lengua de la distinción de dos relaciones diversas; y lo segundo, en la analogía; pues diferenciándose en el género *le* y *la, les* y *los, les* y *las,* y apropiando el uso la primera forma al régimen indirecto y la segunda al directo, parezca conforme a la razón que se haga la misma diferencia en *le* y *lo.*

En realidad, hemos ya demostrado la debilidad de estos argumentos. Hemos dicho que en la mayor parte de los pronombres castellanos el régimen directo y el indirecto tienen una misma terminación; que *me, te, se, nos,* y *os* son a un mismo tiempo acusativos y dativos. La analogía, pues, o la razón que se funda en la paridad de circunstancias, lejos de oponerse a que demos al *le* el doble empleo de acusativo y de dativo, está a favor de esta práctica. ¿Pero no es más conveniente, no es más claro, que señalemos cada diferente empleo con una terminación diferente? Respondemos que sí, siempre que por huir de una ambigüedad, no tropecemos en otra. *Lo* es acusativo neutro, y en nuestra lengua la diferencia del género es de más importancia que la del régimen. El género es esencial para que se distinga entre muchas cuál es la idea reproducida por el pronombre; el régimen por lo regular no lo es. Así en el ejemplo citado el *lo* neutro presenta desde luego al espíritu el concepto de una acción anteriormente indicada, al paso que el *le* reproduce el concepto de un objeto de género masculino. Dígase *lo* en ambos casos, y la claridad y distinción con que se verifica esta reproducción de ideas, desaparecerá.

El ejemplo de que se sirve el Sr. Mora es el más a propósito de que puede echarse mano, para que se perciba cuánto menos importante es para la perspicuidad del lenguaje la diferencia de régimen que la de género. "Cuando hablando de Pedro se dice *le maté* no se sabe si Pedro es el muerto, o algún ser viviente que le pertenecía, puesto que si el muerto es un caballo se debe decir le maté un caballo". ¿Pero no ve el

Sr. Mora que en este segundo caso no se puede decir absolutamente *le maté*, y que en añadiendo *un caballo*, cesa ya todo motivo de duda?

Es tan fácil de confundir en la escritura el *le*, con el *lo*, y comparativamente tan raro el uso del *lo*, como acusativo masculino en los autores clásicos castellanos, que nos parece francamente probable la conjetura de la Academia de que en la mayor parte de los casos este *lo* es un yerro de impresor. Además; ¿quién duda que nuestros clásicos, y Cervantes entre ellos, pecaron a veces gravemente contra la corrección gramatical? ¿No se encuentra *les* en el *Quijote* como acusativo masculino? ¿Y no ha sido éste un solecismo en todas las épocas de la lengua?

Obsérvese que los que proscriben el *lo*, suponen que la lengua castellana se ha fijado tiempo ha en el *le*; y que el Sr. Mora proscribe esta última terminación, sin embargo de reconocer que el uso general está por ella.

Concepciones. Hemos pedido un autor clásico que diga *concepciones* en vez de *concepto*, y el Sr. Mora nos cita a Feijoo. A esta cita oponemos otra. El Abate Andrés, después de enumerar las buenas cualidades del estilo del P. Feijoo, dice así: "Pero la continua lectura de libros franceses, lo nuevo de las materias, y su poco o ningún estudio de la lengua nativa y de sus autores clásicos, dan a su elocución una forma algo nueva, y un cierto aire de peregrina". *Origen y progresos de la liter.*, tomo V, pág. 229, de la trad. de D. Carlos Andrés.

No es necesario hablar el castellano con la pureza de un Moratín o de un Capmany, para ser un escritor agradable y aun elocuente [16]. En los escritos de Quintana hallamos elevación, amenidad, ideas nuevas, expresiones a veces vigorosas; y sin embargo ¿quién negará que su verso y su prosa están salpicados de galicismos? En este caso se hallan otros; y aunque Feijoo no es de los más licenciosos, dudamos que se le haya citado hasta ahora como modelo de un lenguaje castizo.

Hemos sostenido y sostenemos que la metafísica aplicada a la cantidad no puede significar sino abstracto: que toda cantidad, objeto de ciencia matemática, es necesariamente abstracta; que la idea que 2 ofrece al espíritu es la de una cantidad abstracta; que X hace lo mismo; y que la diferencia entre estos dos signos consiste en que el primero es menos general que el segundo, el cual, según los diferentes casos, puede significar 2, 3, 4, 5 y cualquier otro número imaginable.

"La cantidad 2 (dice el Sr. Mora) es positiva y la cantidad X no lo es". Según eso X es una cantidad negativa. Si el Sr. Mora no respeta más la propiedad del idioma castellano, que la del lenguaje matemático, medrados están sus alumnos de oratoria. "Lo opuesto a lo positivo es en este caso lo metafísico". Lo opuesto a lo positivo es lo negativo, y lo opuesto a lo metafísico es lo físico; y así como no puede decirse que A sea más físico que B, tampoco puede decirse que B sea más metafísico que A. "Pero esa voz tiene también la significación de oscuridad, y por

cierto que una fórmula algébrica no es la idea más clara posible". Las fórmulas no son ideas; son signos de ideas; frases de una lengua de convención, y cabalmente de la más clara, exacta y precisa de todas las lenguas, y de la sola lengua en que no se conocen sofismas ni embrollos.

IV [17]

CIRO

Lo que se cuenta de la moderación de Ciro no tiene otro origen que la *Ciropedia* de Jenofonte, como es fácil verlo en Rollin, y en todos los historiadores que tratan de Ciro y de la Persia. La cuestión rueda, pues, sobre si merece o no crédito la *Ciropedia*. Hemos sostenido que no, con razones y autoridades, que el crítico de Valparaíso califica, no sabemos por qué, de *citaciones vagas, haciéndoles mucho favor*. Ya que gusta de citaciones a la letra, procuraremos contentarle, copiando una que vale por muchas, sacada del artículo *Xenophon,* de la *Biografía Universal,* tomo 51, página 389.

"La *Ciropedia,* según muchos autores antiguos, es una novela política. Cicerón lo dice formalmente... Aún es más terminante Ausonio... Dionisio de Halicarnaso fue del mismo dictamen. Diodoro de Sicilia y Trogo Pompeyo formaron sin duda igual concepto, pues no han seguido a Jenofonte en la relación que hace de la muerte de Ciro. Entre los modernos, Erasmo, Vosio, Luis Vives, Escalígero, Calvisio, Simson, Fraguier, Desvignoles, Freret, Larcher, Sainte-Croix, Weiske, etc., están conformes en mirar la *Ciropedia* como un tratado de política, cuyo autor no tuvo otro objeto que exponer los medios de formar ciudadanos justos y valerosos, y presentar en acción un capitán no menos cuerdo y moderado, que hábil en el arte de la guerra. Hállanse mezcladas con la doctrina del autor algunas verdades históricas, pero más o menos desfiguradas: la mayor parte de los personajes, y todos quizá, excepto Ciro y sus padres, son de pura invención; los hechos que se les atribuyen, ficticios, o presentados según las miras del autor; las costumbres que da a los Persas son las de los griegos, y sobre todo las de los espartanos. En fin, como obra histórica la *Ciropedia* es de una autoridad debilísima por la dificultad de discernir qué es lo que hay de verdadero en los hechos".

Pero si es así, dirán algunos, ¿cómo es posible que un hombre tan instruido y tan sensato como Rollin crea a pie-juntillas en la moderación de Ciro, sin más fiador que una autoridad tan sospechosa? No es difícil explicarlo. Rollin fue un moralista juicioso, y muy estricto juez de las producciones literarias; sus obras respiran por todas partes el amor a la virtud, y el gusto de la literatura clásica; no raya tan alto en la crítica de la historia, y lo que ha escrito en este género presenta algunas mues-

tras de credulidad verdaderamente senil[18]. Una alma como la de Rollin, enamorada de la virtud, podía resistir difícilmente a la tentación de presentar a los jóvenes, para quienes escribe, un modelo tan atractivo y tan acabado, como el héroe de Jenofonte. En fin, la aparente conformidad de algunos de los hechos referidos por éste con lo poco que la Escritura dice de Ciro, dio a la *Ciropedia* un crédito histórico, que jamás tuvo en la antigüedad, y fue otro motivo de irresistible fuerza para un escritor como Rollin. Freret demostró que esta conformidad era un suposición fundada, y que la escritura favorece más bien a Heródoto. Pero sucedió lo que ha sucedido otras veces. La afición a lo extraordinario y maravilloso pudo más en algunos compiladores modernos de historia antigua, que el voto de la antigüedad, que el juicio de Erasmo, Vosio, Escalígero y Luis Vives, y las demostraciones de Larcher y Freret.

Hemos tenido alguna razón para insistir en el voto de este último escritor. Freret, como crítico y anticuario, es una autoridad de mucho más peso que la de Rollin, Segur y Ramsay. Sobre todo en la cuestión presente, que trató de propósito en una disertación presentada a la Academia de las Inscripciones, confrontando todos los testimonios de la antigüedad; lo que regularmente no suelen hacer los escritores de historias generales, a quienes lo vasto del asunto no permite prestar tanta atención a una parte.

Pero dejándonos de autoridades, consultemos a la sana razón. La vida de Ciro fue una serie continua de guerras y de victorias; sujetó multitud de naciones; fundó uno de los mayores imperios que ha visto el mundo. ¿Presenta la historia otro ejemplo de un conquistador, que haya invadido y sojuzgado tantos pueblos y haya sido al mismo tiempo un hombre moderado y justo? ¿No ha sido la ambición el móvil de todos los conquistadores? ¿Y es compatible con ella la moderación ejemplar que se atribuye a Ciro?

Para nosotros esta sola razón vale más que todas las autoridades. Si el crítico de *El Mercurio* es bastante imparcial para pronunciar un juicio desapasionado, confesará que el héroe de Jenofonte, que, según parece, por pura filantropía, no tiene tanto aire de verdad ni una fisonomía tan parecida a la del hombre real, como aquel Ciro despiadado, soberbio y sanguinario que nos pinta Heródoto.

Otra razón de gran peso para nosotros es la forma semi-dramática de la *Ciropedia,* que ciertamente no es la de la historia griega, ni se asemeja mucho a la que adoptó el mismo Jenofonte en otras obras, indudablemente históricas. Algo más pudiéramos añadir; pero tenemos que fatigar la paciencia del público. Por una parte la decisión del crítico de Valparaíso nos basta. De ella resulta que la moderación de Ciro no es una de aquellas cosas indisputables y proverbiales que puedan ponerse al lado de la continencia de Escipión, la justicia de Arístides, etc.

Dédalo se dice en francés *le dédale des lois, le dédale des procédures,* porque *dédale* en esta lengua no sólo es nombre de persona, sino un sustantivo común que significa laberinto, como se puede ver en el *Diccionario de la Academia francesa,* y en el de Boiste. En el *Diccionario de sinónimos* de Girard [19].

La lógica de los comentarios es de lo más curioso que hemos visto aun en las obras del Sr. Mora, en que la razón nos ha parecido siempre la parte flaca.

¿Un autor clásico emplea la voz *genio?* Luego la emplea en el mismo sentido que el Sr. Mora. ¿Hay hipérboles en Buffon? Basta con esto para que el Director del Liceo se coloque modestamente a su lado, y trate a los que critican las suyas, de bárbaros, que cometen un desafuero contra los privilegios del arte oratoria. ¿Cicerón alaba en Calidio la suavidad y armonía de la dicción, los conceptos sutiles y finos? Aunque el mismo Cicerón nos diga a renglón seguido que careció de nervio, que no supo mover, que le faltó lo principal, hemos de tener a Calidio por un orador de primer orden que dispuso del mundo romano. ¿Fue pretor? Luego hombre grande. De manera que por esa sola cuenta hubo en Roma como 1200 grandes lumbreras poco más o menos, en sólo el siglo de Cicerón. Pero vamos por partes.

Genio. En el pasaje citado por el señor Mora no se trata de facultad mental, ni cosa que se le parezca, sino del *estilo* de Séneca. Si el Sr. Mora lo duda, consulte, recuerde quién fue el que dio al *estilo* de Séneca el apodo de *arena sin cal,* y por qué. Lo que Bartolomé de Argensola llama *genio* es, ello por ello (casi hasta con las mismas letras), lo que Suetonio llama *genus scribendi,* y sobre lo que este historiador dice expresamente que recayó el apodo. Con que es claro que el rector de Villahermosa habla aquí del *carácter de la dicción* de Séneca, de aquel amaneramiento de cláusulas cortas y brillantes, pero inconexas, que se ha censurado tantas veces en este autor. *Genio,* pues, tiene aquí su antigua y nativa acepción de *carácter* o *índole,* aplicada metafóricamente al estilo, que es de lo que viene hablando el poeta.

Los progresos del entendimiento humano siguieron voces nuevas para expresar ideas nuevas. Una de dos: ¿O los castellanos no habían pensado en la facultad inventiva hasta ahora, o no se les había ocurrido ponerle nombre? En probándose una de estas dos proposiciones, podrán venir al caso los *progresos del entendimiento humano,* ajada divisa de todos los innovadores, con razón o sin ella.

Escuela de Moratín. Hasta aquí habíamos entendido por escuela, en la literatura, como en las artes, la adopción de unos mismos principios, y la semejanza de formas en la composición. Según el señor Mora pertenecer a una escuela no es más que encontrarla en el mundo. Sucede que un escritor abomina del gusto reinante y echa por un rumbo nuevo. Abomina enhorabuena, dirá el Sr. Mora con su acostumbrado desem-

barazo: *que fulano censura la tal escuela, no tiene duda: que salió de ella y en ella se crió, tampoco la tiene.*

De aquí sacamos varias consecuencias curiosas. Si Moratín perteneció a la escuela de Meléndez, Meléndez perteneció a la de los Iriartes, los Iriartes a la de Góngora, Góngora a la de Boscán y Garcilaso; y de eslabón en eslabón, venimos a parar en el descubrimiento originalísimo de que no ha habido de Adán acá, ni puede haber, más que una sola escuela de poesía en el mundo.

A las preguntas del Sr. Mora respondemos, que no vemos ningún absurdo en que Moratín haga escuela aparte, y que, no obstante la superioridad de talento, quizá tiene Moratín más analogía con el autor de las *Fábulas literarias* que con el de la Palomita de Filis.

Le y *lo.* Otra vez las *razones,* como si no estuviesen ya refutadas; y las autoridades del siglo XVI, contra las cuales ha prescrito el uso general, reconocido por el mismo Sr. Mora. Si el Director del Liceo quiere reformar la lengua a su modo, a despecho de la razón y del uso, es otra cosa. No le disputaremos que puede hacerlo.

Nos hemos desentendido de la ortografía del Sr. Bello, por varios motivos. El principal es porque no viene al caso. La ortografía se ha reformado mil veces: los franceses simplificaron la suya: los italianos lo mismo: todos los pueblos que hablan castellano han admitido sin repugnancia las alteraciones recomendadas por la Real Academia Española. Pero en la lengua hablada no es así. La razón en ella es el uso: ir contra el uso es ir contra la razón. Madama de Sévigné quiso que se dijese: *s' il est heureux, elle ne la sera pas;* y todo el mundo siguió diciendo *elle le sera,* a pesar de las razones buenas o malas de Madama de Sévigné. Todo lo que puede la gramática es fijar y uniformar el lenguaje, sujetando al uso con las cadenas que él mismo ha querido ponerse.

Esencias materiales: No es cosa fácil señalar el punto preciso en que cesa el buen uso de las figuras, y principia el abuso. ¿Cómo podrá determinarse si la parte de verdad que contiene una hipérbole es más o menos de lo que debe ser para que no peque por extravagante? De esto no puede juzgarse, sino por medio de percepciones delicadas, que se evaporan, cuando se trata de analizarlas.

Por fortuna, para probar que la hipérbole del Sr. Director es absurda, no se necesita de ningún instrumento de nueva invención. La hipérbole es una verdad abultada. Alguna parte de verdad es necesario que haya en ella. Si no hay un átomo solo, no es una verdad abultada, sino una falsificación completa.

Del grande ingenio que fue capaz de determinar las leyes impuestas por el creador al movimiento de los orbes celestes, pudo decirse con alguna verdad, que *adivinó el secreto de la creación;* pues aunque estas leyes no son *todo* el secreto, son una parte de él. Figurémonos que Newton, en vez de explorar los misterios de la naturaleza, los hubiese tenido por

inescrutables, y se hubiese impuesto la ley de no pensar jamás en ellos. ¿Podría decirse, ni aun por vía de hipérbole, que este filósofo *había adivinado el secreto de la creación?*

Este es nuestro caso. La filosofía moderna demostró que las esencias materiales no están al alcance de la razón humana, y las desterró de la escuela. Y el señor Mora, le atribuye que las ha adivinado.

Positivas y *metafísicas,* según el Sr. Mora, significa lo mismo que *claras* y *oscuras.* No disputaremos la propiedad de los términos. Pero apelamos a los lectores imparciales que han leído la oración inaugural. ¿Hay alguno a quien se le haya ocurrido que el Sr. Mora, cuando dijo (empleando una de sus hipérboles) que se habían conocido y demostrado hasta en sus más sublimes combinaciones todas las cantidades *positivas* y *metafísicas,* quiso decir *claras y oscuras?*

Concepciones. No queremos abundar en nuestro sentido: admitimos la autoridad del P. Feijoo.

Calidio. Aunque se ha dicho tan claro que la pretura era una magistratura que se daba a muchos, el Director del Liceo lo entiende a su modo, y cree o que estos muchos eran sucesivamente, o que si se elegían varios a un tiempo, no eran todos para la ciudad de Roma. *El Pretor no era menos en Roma que el canciller en Inglaterra.* ¿El Pretor? ¿Conque no había más que uno en la capital del mundo? ¿Está el Sr. Mora por desayunarse a la hora de éstas de que, para la sola ciudad de Roma, se elegían en tiempo de Cicerón diez o doce de estos *cancilleres* cada año?

Esta es una de las peregrinas especies de la lección histórica que ha tenido la bondad de darnos, y en que no sabemos qué admirar más, si la dialéctica, los conocimientos históricos, o la buena fe. El Pretor juzgaba, y el canciller juzga. Luego éste y aquél son una misma cosa. El uno es presidente nato del senado británico, y el otro presidía por alguna rara contingencia al senado romano. Luego éste no es menos que aquél. Si el canciller es miembro de un ejecutivo de seis o siete personas que tiene en sus manos la balanza del universo, el Pretor era una fracción infinitesimal del ejecutivo romano. La paridad es exacta. Si el uno tiene una vasta influencia en lo eclesiástico, nombra todos los jueces de paz del reino, es tutor de todos los menores, y superintendente de todas las fundaciones pías, el otro daba la señal para las carreras del circo. Conque allá se van.

Nihil quod magis ipsius arbitrio fingeretur ut nullius æque oratoris in potestate fuerit. Confesamos nuestra flaqueza. No entendemos este texto. El que tradujo *reconditas* por *elevadas* podrá darnos alguna luz.

Pero volvamos a Calidio. Este orador aparece en la historia dos veces, dos veces solas, en dos importantes debates del senado romano. En el primero fue uno de 417 senadores que se declararon por Cicerón contra Clodio; mérito tan relevante, que Cicerón, en el discurso de acción de gracias que pronunció en el Senado a su vuelta del destierro, y en que

se explaya tanto sobre los buenos oficios de sus parciales, destina renglón y medio a Calidio: *Marcus Calidius, statim designatus, sententia sua, quam esset cara sibi mea salus declaravit.* En el segundo, opinó por la paz, y aun defendiendo tan buena causa, no pudo arrastrar un voto. Estos son los hechos; si hay otros desearíamos saberlos. Explíquese el silencio de los historiadores; explíquese el fatal *quendam* de uno tan instruido y tan diligente como Dión, que refiere por menor los sucesos de aquella época. El Sr. Mora, haciendo que responde a este *quendam,* alega por la centésima vez su pasaje de Cicerón. ¿Pero se contradicen estos dos escritores? El uno niega a Calidio la sola cualidad que pudo dar a un orador influjo político: el otro, escribiendo las revoluciones de Roma, columbra apenas la existencia de Calidio en la historia. ¿Qué oposición hay en esto? En el uno vemos la causa, y en el otro el efecto.

¿Pero y *la lucha victoriosa de Calidio contra la facción de Clodio?* Es el renglón y medio susodicho, empollado por el Director del Liceo. Los que no sepan qué cosa es *genio creador,* abran cualquier historia romana, y lean la narrativa de la contienda del senado con la facción de Clodio; aquel drama célebre, cuyos pormenores son tan sabidos, y de que el señor Mora hace protagonista a Calidio. Busquen a Calidio en él. No pedimos acciones, debates, arengas. Con el nombre solo nos contentamos. Y luego, pronuncien.

Isócrates. Los atenienses debieron a su influjo algunos años de paz. ¿Pero a qué especie de influjo? ¿Fue por ventura al de la elocuencia, que *obra sobre una nación entera, como dócil instrumento de la acción que quiere imprimirle el orador?* El señor Mora nos ha presentado a Isócrates disponiendo de Atenas y *de la Grecia toda* desde la tribuna. Nosotros hemos dicho que Isócrates no subió a ella. Oponernos que los atenienses (rebaja considerable; se trataba de toda la Grecia; pero pase) le debieron algunos años de paz, sin decirnos cómo, no es tocar el punto que se cuestiona. Esto es, sin embargo, lo que el Director del Liceo llama su principal argumento; y no deja de tener razón.

Hemos procurado responder a todo, y ser claros; falta sólo contestar a las chufletas y a las injurias; pero ésta es una especie de certamen en que le cedemos la palma sin dificultad, así como se la cedemos en otras cosas, que redundan más que éstas en honor suyo. El señor Mora es un buen abogado, según nos han dicho: un buen poeta, un escritor agradable, y aun elocuente, cuando no se mete en honduras; un excelente juez de las producciones literarias, un hombre de instrucción y talento. ¿Qué más quiere? ¿No basta esto para contentar su ambición literaria? ¿A qué erigirse en modelo de pureza, y meter la luz en la literatura clásica, adquisiciones secundarias que no hacen ninguna falta a su reputación? Hombre que en materia de antigüedades históricas se aferra en el sensato Rollin y en el *Diccionario* de Bouillet, no es gran cosa.

V [20]

En *El Mercurio de Valparaíso* n. 103 hay una crítica severa y a nuestro parecer injusta del lenguaje del literato español Marchena. No hemos leído un solo renglón de este autor, pero sabemos que tiene el concepto, no sólo de escrupuloso en materia de galicismos, sino de purista extremado, que, como Capmany, por imitar el lenguaje y estilo de los autores clásicos, cae algunas veces en afectación y mal gusto.

Sea de esto lo que fuere, los galicismos de Marchena alegados en *El Mercurio* no prueban gran cosa.

A decir la verdad no vemos en ellos construcción ni palabra, que no sea perfectamente castiza.

Eso más es animada la acción histórica (dice Marchena), *que más parecidas son las facciones y la fisonomía de los personajes retratados a lo que ellos realmente fueron.* El crítico de *El Mercurio* pretende que éste es un galicismo por excelencia, una versión servil de: *plus elle est animée, plus les traits et la physionomie de ceux donc on en fuit le portrait, ressemblent aux personnages qui existerent reellement;* sin reparar, lo primero, que de este modo se invierte el sentido, porque Marchena no dice que cuanto más animada es la acción, tanto es mayor la semejanza de los personajes históricos a los reales, sino al contrario, que, cuanto mayor es esta semejanza, más animada es la acción, y tanto más nos entretiene y embelesa la narración histórica, o vertiendo el pasaje en francés: *la quelle est d'autant plus animée, que les traits et la physionomie,* &.; y lo segundo, que las dos construcciones francesa y castellana no son análogas, pues en francés faltan los elementos equivalentes a *eso* y a *que,* palabras esenciales que ligan el un inciso o miembro con el otro, como han acostumbrado hacerlo en castellano, cuando se significa proporción o igualdad.

Lo que hay de peculiar con *plus elle revive sa personne, plus elle nous interesse,* es la falta de conectivos. Si tradujéramos: más no se cuida del adorno, más nos interesa, cometeríamos un galicismo imperdonable. Para evitarlo empleamos los conectivos, cuanto menos se cuida del adorno, más nos interesa, &c. o de otro modo, que es de Marchena, eso más nos interesa, que menos se cuida del adorno.

La alocución de Marchena en este sentido (que es indispensablemente el del autor) nos parece correcta y clásica. "Eso más es animada la pintura, que más se asemejan los objetos representados a sus originales". No percibimos en este modo de hablar nada que huela a galicismo: la expresión *plus la peinture est animée, plus* &c. fuera de invertir el sentido, presenta una construcción diversa [21]. ¿Dónde están en francés los elementos equivalentes de *eso* y de *que*? ¿Son acaso redundantes estas dos palabras? ¿No son ellas precisamente las que ligan el un miembro con el otro?

¿Y no es este modo de ligar los miembros o incisos, cuando se significa proporción o medida, perfectamente castellano?

VI [22]

Hemos visto en *El Mercurio de Valparaíso* nos. 98, 99 y 104 dos interesantes artículos sobre la controversia entre el señor Mora y nosotros. Nuestras ocupaciones y el justo temor de cansar la paciencia del público nos obligan a ceñirnos a breves observaciones sobre los puntos que nos han parecido de más importancia.

Los artículos de *El Popular* relativos a estas discusiones literarias no han sido redactados por don Andrés Bello, como se supone gratuitamente en *El Mercurio*. Sin embargo, como las opiniones de este individuo y las nuestras han sido unas mismas en todos los puntos de la controversia literaria, la equivocación es de poco momento. Supondremos, pues, que el crítico de Valparaíso habla con nosotros.

Ciro. He aquí un resumen de nuestros argumentos. El único fiador de la moderación de Ciro es Jenofonte en una obra que el mismo Jenofonte parece haber querido que se mirase como una utopía o novela política, pues la contradice abiertamente cuando escribe como historiador; en una obra que está escrita en forma de novela y no de historia; en una obra, de que los mismos que la siguen, descartan los pormenores como apócrifos; en una obra finalmente, que Platón, Cicerón y Justino miraron como una novela, y que muchos críticos modernos de primer orden han caracterizado como tal. El voto de Freret nos ha parecido de gran peso, porque trató este asunto de propósito, en una disertación presentada a la Academia de las Inscripciones, compulsando todos los testimonios de la antigüedad; lo que regularmente no hacen los compiladores, de historias generales, a quienes lo vasto del asunto no permite prestar tanta atención a una parte. Freret manifiesta que la principal razón de los que han preferido la *Ciropedia* es su aparente conformidad con la Escritura; demuestra que esta suposición es falsa; y prueba, al contrario, que lo poco que la Escritura dice de Ciro es más bien favorable a Heródoto. Sea de esto lo que fuere, nos contentamos con la decisión de *El Mercurio*. De ella resulta que la moderación de Ciro no es una de aquellas cosas indisputables y proverbiales que se pueden poner al lado de la continencia de Escipión, la justicia de Arístides, &.

Dédalo. Procuraremos expresar nuestra opinión con toda la claridad posible. Creemos que esta palabra no se ha usado jamás en castellano en sentido de laberinto, y en esto nos fundamos para pensar que no pudo emplearse metafóricamente, en el sentido de laberinto ideal pues el uso figurado de una palabra supone el propio.

Se dice *le Dédale des lois, le dédale des procédures,* porque *dédale* en francés no sólo es nombre propio de persona, sino un sustantivo común que significa laberinto, como es fácil verlo en el *Diccionario de la Academia Francesa* y en el de Boiste.

En el *Diccionario de sinónimos* de Girard, aumentado por Beauzée y otros literatos, sólo se distingue a *Dédale* de *Labyrinthe* en que el primero es más propio del estilo noble y poético, y se toma casi siempre metafóricamente para significar una cosa intrincada y confusa. El *Diccionario* de Núñez Taboada está enteramente acorde con éstos: *Dédale,* s. m. *Es lo mismo que laberinto en el sentido propio y en el metafórico.*

No es así en castellano. Ni en el *Diccionario de la Academia,* ni en el mismo Núñez Taboada, que no ha sido muy escrupuloso en admitir voces nuevas, se encuentra esta palabra. *Dédalo* en nuestra lengua ha sido solamente un nombre propio de persona, y en esto nos hemos fundado para pensar que no pudo un neologismo emplearse metafóricamente en el sentido de cosa intrincada y confusa, pues el uso figurado de una palabra supone el propio.

La cuestión se ha presentado recientemente bajo otro aspecto [23]. Dédalo, se dice, es un nombre propio de persona, pero que figuradamente puede significar un laberinto, porque Dédalo construyó un laberinto. Preséntese, pues, una figura análoga en un buen orador. Nosotros no tenemos reparo en confesar que no hemos visto ninguna.

Permítasenos hacer sensible el punto de la dificultad por medio de algunos ejemplos. Praxíteles hizo, como todos saben, bellísimas estatuas. Supongamos que uno, al ver una estatua de Canova o de otro escultor exclamase: *¡Oh qué bello Praxíteles!* ¿Sería tolerable la figura? Se dice de una casa desordenada en que todos mandan y nadie obedece: *esta casa es una babilonia.* ¿Pudiera decirse, *esta casa es un Nemrod,* porque Nemrod, según se cree, fue el fundador de Babilonia? Sería fácil multiplicar los ejemplos.

Si se cita el ejemplo de *Dédalo* en otras lenguas, decimos que no sabemos cómo empezó la segunda acepción de esta palabra en ellas. Pudo empezar por una mala figura retórica, y pudo empezar de otro modo. ¿Quién puede poner coto a las irregularidades y caprichos del uso?

Los que creen que el autor de la Oración inaugural quiso emplear una figura de esta clase, le hacen quizá menos justicia que nosotros, que sólo le hemos atribuido un neologismo, y no una metáfora extravagante. Si este neologismo es de los que pueden permitirse de cuando en cuando, otros lo decidirán. No hemos visto jamás con horror la introducción de voces nuevas, que no confunden las acepciones recibidas. *Dédalo* no tiene este inconveniente. Si se naturaliza en castellano, habremos adquirido una voz nueva; adquisición de puro lujo, supuesto que tenemos ya a *laberinto,* que no es ni menos propia, ni menos expresiva, ni menos harmoniosa; pero el lujo de las palabras es el más inocente de todos.

Por lo que toca a *genio,* pensamos (y pensaremos, mientras no se pruebe lo contrario) que nada se gana, en dar una nueva acepción a esta voz, confundiendo en ella lo que los franceses distinguen con las dos palabras *naturel,* y *génie. Il a un bon naturel; il a un grand génie.* ¿Aprobará la buena filosofía que expresemos dos ideas tan diferentes por medio de un mismo sustantivo?

Hemos tomado de los latinos la voz *ingenio* en el sentido de facultad inventiva para toda clase de producciones literarias y de las artes. *Ingenium Grajis causa dubit,* dijo Horacio en este sentido. El mismo escritor explica esta palabra por las expresiones *vena dives* y *mens divinior.* D

El y Ovidio las contrapoen [al] estudio y al arte. *Ego me studium sini divite vena // Nec rude quid prosit*[24] *video ingenium. // Ennius ingenio maximus; arte rudis.* Cicerón asimismo en varios pasajes de sus obras la contrapone al arte, al esmero, al trabajo. Con que si algo vale la etimología, no vemos en esta parte nos hagan ninguna ventaja nuestros contrarios. La partícula compositiva *in,* que ha parecido a algunos superflua, no lo es. *In* no tiene la misma fuerza en *ingenio,* que en *ingenuo, ingénito, innato,* y otras voces análogas, en todas las cuales significa una cosa *inherente* al alma que nace con el hombre, y no se adquiere con el arte, ni el trabajo. Lejos, pues, de ser vacía la partícula, da un valor y energía particular a estas palabras.

No hemos admitido la transacción de Capmany[25]. No hemos hecho más que referirla, y añadir, que ni aun ella favorece al uso de la voz *genio* en la Oración inaugural. La admisión que se nos atribuye, es una pura voluntariedad de nuestro crítico. La verdad es que la tal transacción nos había parecido siempre algo opuesta a los principios del mismo Capmany. No lo expresamos así, porque no había para qué, y porque creímos que para acusar de error en materia de lenguaje a un hombre como Capmany, era necesaria una larga vida empleada en el estudio de los autores clásicos. Con igual voluntariedad supone nuestro crítico que el pasaje censurado era el de la pág. 15 de la Oración inaugural, el cual copia y comenta a la larga para probar que equivocamos su inteligencia. Trabajo perdido. El pasaje no es ése, sino el de la pág. 2: *¿Os hablaré yo de los prodigios que en todos tiempos ha obrado el lenguaje, inspirado por el genio, y pulido por el trabajo?*[26].

Tampoco ha percibido el crítico el motivo que hemos tenido para dar importancia a las citas de Meléndez. Al que autoriza con este poeta la voz *genio,* y cree que esta palabra, según su uso moderno, expresa algo más que *ingenio,* no se le podía citar en comprobación de lo contrario autoridad más fuerte que la de Meléndez. Para probar que *ingenio* en castellano significa la facultad mental creadora, no necesitábamos de un autor tan moderno. Bastaba haber abierto el *Quijote.* Sin pasar de las primeras líneas del prólogo, hubiéramos podido alegar un pasaje decisivo, cual es el que sigue: *¿qué pudo engendrar el estéril y mal cultivado inge-*

nio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, lleno de pensamientos varios y nunca imaginado de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel? Bastaba el título de la obra: *el* ingenioso *hidalgo don Quijote.* Si el crítico de Valparaíso ignora qué quiere decir *ingenioso* en este título, sepa que el mismo Cervantes ha tenido cuidado de explicarlo: *lleno de pensamientos varios y nunca imaginado de otro alguno;* por donde se ve que *ingenio* se aplica mucho más propiamente a las concepciones originales que al talento imitativo.

Para probar que la voz *genio* ha tenido de tiempo atrás el sentido que le dan los modernos, se han citado estos versos de Bartolomé de Argensola:

Mas quien el genio floreciente y vago
de Séneca llamó cal sin arena
no probó los efectos de su halago.

Lo que Bartolomé de Argensola llama aquí *genio* es (casi hasta con las mismas letras) lo mismo que Suetonio llama *genus scribendi,* y sobre lo que este historiador dice terminantemente, que recayó el apodo de *arena sin cal,* que Calígula dio a las obras de Séneca. No se trata aquí de facultad inventiva, sino del carácter de la dicción de este filósofo, pulida, pero inconexa y disuelta, como todos la han caracterizado antes y después de Argensola. *Genio,* pues, en el pasaje alegado, conserva su antigua y genuina acepción de carácter o índole, aplicada metafóricamente al estilo, que es de lo que viene hablando el poeta:

Porque los dos genéricos estilos
más de un naufragio nuevo nos avisa
que no por frecuentados son tranquilos.
Obliga el uno a brevedad concisa
que aunque la demasiada luz deseamos
precia la elocución peinada y lisa.

Enumera luego los varios géneros de composición a que se adapta mejor el estilo cortado; menciona algunos que sobresalieron en él como Horacio y Tácito; y añade:

De Trajano las dotes inmortales
refiere Plinio en este acento puro,
sin voces tenebrosas ni triviales.
¿De las primeras quién se vio seguro
si el presbítero docto de Cartago
aspirando a ser breve quedó oscuro?
Mas quien el genio floreciente y vago, etc.

Creemos pues (y lo decimos francamente, aunque nos acusen de obstinación o de magisterio) que hasta ahora nada se ha dicho que haga fuerza, en favor del uso moderno de esta palabra.

Pero los que nos reprochan ese engreimiento ridículo ¿nos hacen justicia? ¿O no leen lo que ellos escriben? Nada nos parecería más vergonzoso

que la flaqueza de negar las justas alabanzas que se deben a los conocimientos o talentos de otros, particularmente los de una persona, a quien no pudiéramos escasearlos, sin contradecirnos; pero la infalibilidad es un atributo que no reconocemos en ningún mortal. Acúsenos el señor Mora con buenas razones; convénzanos; y verá cuán poco nos cuesta confesar un error. Sarcasmos, y lo que es peor, injurias, no han hecho jamás triunfar una mala causa, y no son necesarios para defender una buena.

Si es preciso combatir con armas de este temple, abandonamos el campo. La pluma que traza estos renglones no ha sido nunca órgano de la detracción, ni de pasiones rencorosas; y estamos resueltos a no emplearla jamás de otro modo que el que hemos acostumbrado hasta aquí, aunque se trate de nuestra propia defensa.

Sólo nos atrevemos a decirle que si la falta de armas de otro temple disculpa las chocarrerías, nada puede paliar la indecencia de las personalidades injuriosas dirigidas (quizá contra quien ha tenido menos parte en esta querella) sin alegar hecho alguno. Hay en este arte de sembrar especies vagas, en esta táctica *de spargere voces in vulgum ambiguas*, una malignidad cobarde: la calumnia descarada es menos repugnante al honor. Hasta en el modo ha procedido el señor Mora con poca cordura. Poner (aunque sea aparentemente) en la boca de los alumnos del Liceo dicterios contra una persona que les es desconocida, no es darles una buena lección de moral ni de urbanidad. Pero nos inclinamos a creer. . . [27].

LEYENDAS ESPAÑOLAS

POR JOSE JOAQUIN DE MORA [28]

Esta es una colección de poesías, digna de la fecunda y bien cortada pluma de su autor, que ha ensayado en ellas un género de composiciones narrativas que nos parece nuevo en castellano, y cuyo tipo presenta bastante afinidad con el de *Beppo* y el *Don Juan* de Byron, por el estilo alternativamente vigoroso y festivo, por las largas digresiones, que interrumpen a cada paso la narración (y no es la parte en que brilla menos la vivaz fantasía del poeta), y por el desenfado y soltura de la versificación, que parece jugar con las dificultades. En las *Leyendas*, fluye casi siempre como de una vena copiosa, una bella poesía, que se desliza mansa y trasparente, sin estruendo y sin tropiezo, sin aquellos, de puro artificiosos, violentos cortes del metro, que anuncian pretensión y esfuerzo; y al mismo tiempo, sin aquella perpetua simetría de ritmo que empalaga por su monotonía; todo es gracia, facilidad y ligereza. Y no se crea que es pequeño

el caudal de galas poéticas que cabe en este modo de decir natural, sosegado y llano, que esquiva todo lo que huele a la elevación épica, y desciende, sin degradarse, hasta el tono de la conversación familiar. Sus bellezas son de otro orden; pero no menos a propósito que las de un género más grave, para poner en agradable movimiento la fantasía. Antes, si hemos de juzgar por el efecto que en nosotros producen, tiene este estilo un atractivo peculiar, que no hallamos en la majestad enfática, que algunos han creído inseparable de la epopeya.

Las descripciones (que abundan en estas *Leyendas*) son particularmente felices; por ejemplo, la siguiente, con que principia *La Judía*:

Solo está el bosque. Sin testigo mueve
sus linfas el raudal, de espuma leve
salpicando las flores de su orilla,
y el techo que le forma la varilla
del mimbre y del aromo.
Sola en la cumbre del celeste domo
plácidamente el argenteo disco
la luna ostenta; y el pelado risco
con varios tintes sus vislumbres quiebra,
ora en blanquizca masa o sutil hebra,
ora en grupos de nácar. El reflejo
celestial, en su copa, el roble añejo
de forma extraña viste;
y con pendiente rama el sauce triste
en móviles figuras la convierte.
Con esplendor más fuerte,
la luminosa inundación dilata
sus anchas olas de bruñida plata
por el llano vecino, desde donde,
bajo florida rama que la esconde,
susurra y juega en armoniosa risa,
cargada de placer y olor la brisa:
y al mover de sus alas, se difunde
la exquisita fragancia, y leve cunde
por la callada esfera. En lejanía
vaporosa levanta oscura frente
noble castillo, ingente
masa de enormes piedras, que algún día,
día de un siglo excelso, aunque remoto,
retumbó con el bíblico alboroto,
y oyó de alegre fiesta el alto grito;
y en el opuesto lado, cual sañudo
gigante, sus colosos de granito
levanta el monte, cuyo aspecto rudo
disfrazan con diáfana cortina
la luna y la neblina.

Las composiciones en metro octosílabo no salen casi nunca del tono de nuestros buenos romances; y en pocos de ellos, se hallarán versos más fáciles, blandos y graciosos, que los de estas coplas de *Pedro Niño*:

Cuando don Juan, el infante
de Portugal, en quien brilla
grande valor, fe constante,

nombre y honor sin mancilla,
con escuadrón arrogante
vino de paz a Castilla,
donde con pompa esmerada
don Enrique le dio entrada;

Consigo trajo una estrella
que eclipsaba a la más pura:
doña Beatriz, su hija bella,
flor de gracia y de hermosura;
mas tan rebelde doncella,
que el padre en vano procura
darle un ilustre marido,
de los mil que la han pedido.

Porque de Aragón y Francia,
Navarra y otras naciones,
a jurarle fe y constancia
vienen potentes barones.
Mas ella, con arrogancia,
contesta en breves razones,
insensible y altanera,
que en vano espera el que espera.

En Valladolid convoca
don Enrique a la grandeza,
a quien el empeño toca
de lucir gala y riqueza;
y la emulación provoca
su vanidad, cuando empieza
a ostentarse en galanteos,
y en saraos, y en torneos.

Pasan alegres los días;
gastan profusos tesoros
en ruidosas cacerías,
bailes y fiestas de toros,
y en valientes correrías
de cristianos y de moros,
copiando al vivo los lances
de historias y de romances.

Llega en tanto un caballero
portugués, a quien la fama,
como invencible guerrero,
sin par en la lid proclama.
Fatal es siempre su acero
al que en combate lo llama;
y por brïoso y robusto
a un gigante diera susto.

Y el renombre de Castilla
su vanidad tanto hiere,
que con toda la cuadrilla
justar a caballo quiere.
Sin mal odio y sin rencilla,
salga al campo el que saliere,
a los más fuertes y activos
hará perder los estribos.

Admiten los castellanos
con venia de Enrique, el reto;
y se aperciben ufanos
a salir de aquel aprieto,
y reciben de albas manos,
besándolas con respeto,
bandas de varios colores,
prendas de tiernos amores.

Siéntase en la galería,
que ornan ricos tafetanes,
la vistosa compañía
de damas y de galanes.
Al resonar la armonía
del clarín, los alazanes
tascan briosos los frenos,
de ardor generoso llenos.

En las justas que siguen, Pedro Niño tuvo la gloria de descabalgar al campeón portugués. La infanta se aficiona a Pedro Niño, que enamorado le escribe este billete:

—"Lo que al alma aprisionada"
(le dice) "ofreceros toca,
los sostendrá con la espada,
con la pluma y con la boca;
buena fama bien ganada,
pecho firme como roca,
y honra pura como armiño:
vuestro esclavo —Pedro Niño".
. . . .
. . . .
Pasó la noche despierta,
pensando que fuera ultraje,
tan inesperada oferta,
de su nombre y su linaje.
Por la mañana a la puerta
viendo de servicio al paje,
le diz: —"Menino discreto,
cúmpleme hablarte en secreto".—

La infanta pregunta quién es Pedro Niño, y el menino responde así:

"Pedro Niño es el guerrero
más audaz que vio Castilla,
pues nunca emprendió su acero
contienda sin decidilla.
A Enrique en combate fiero
ganó su fuerte cuchilla
gloria que hoy al mundo espanta".
—"Prosigue", dijo la infanta.

—"Delante de Pontevedra,
a un jayán que allí vivía,
fuerte y duro como piedra,
temerario desafía.
Mas nada su pecho arredra;
y aunque doncel todavía,
con nunca vista fiereza
le partió en dos la cabeza.

"En las ilustres arenas
donde floreció Cartago,
por las huestes agarenas
sembró el terror y el estrago.
Las empinadas almenas
se rendían al amago
de su espada; y la fortuna
postró de la media-luna.

"Cuando las anchas riberas
del Guadalquivir maltrata,
y villas y sementeras
el atrevido pirata,
Niño con fuertes galeras
lo acomete y desbarata,
y el imperio de las olas
dio a las armas españolas.
. . . .
. . . .

"La voz en Francia extendida
de hazañas tan superiores,
el rey francés lo convida,
y bienes le da y honores".
—"Buen menino, por tu vida,
refiéreme sus amores",
(así interrumpe la infanta)
"con la señora almiranta".
. . . .
. . . .
—"Y después de ese mensaje,
¿vio a quien tanto lo enamora?"
pregunta Beatriz; y el paje
le contesta: —"Sí, señora.
Hízole tierno homenaje,
pero lo demás se ignora".
La infanta, con ceño oscuro,
dijo —"Ya me lo figuro".

—"Mas ayer con gran respeto"
(presto el paje le replica),
"en un mensaje secreto
su intención le significa:
que a más elevado objeto
sus afectos sacrifica,
y que perdone Janela,
si por otra se desvela".

Entre risueña y airada,
diz la infanta: —"Buen menino,
tu plática bien fraguada
muestra tu ingenio ladino;
mas te aprovecha de nada:
que he de ser de acero fino
contra amorosos extremos".
Y el paje dice: —"Veremos".

Así está escrita toda esta leyenda, que es una de las mejores de la colección.

Una de las cosas que nuestros lectores habrán notado sin duda, es la felicidad con que el poeta embute en su lenguaje ciertas locuciones, que, cabalmente, porque pertenecen al tono más familiar, tienen una expresión característica. Pero donde estos modos de decir ocurren más a menudo (como era de esperar) es en los pasajes sarcásticos y burlones de las leyendas (que no son pocos). Entre muchos ejemplos que pudiéramos citar del *Don Opas,* nos limitaremos a los dos o tres que siguen. Desvelábase este perverso prelado en tramar una rebelión para precipitar del trono a Rodrigo, y colocar en él la raza de Witiza.

Viendo cuán vanos eran sus conatos,
dijo don Opas entre sí: —"Paciencia;
ya que lo quieren estos insensatos,
consúmanse en brutal indiferencia.
Cubran mi mesa suculentos platos;
brillen en casa el lujo y la opulencia;
manténganse los sacos de oro llenos,
y haya buena salud; del mal el menos".

El conde don Julián, su sobrino, le hace sabedor de ciertos tratos con los moros, y le consulta sobre si podría *tuta conscientia* unirse a los infieles para vengar la injuria mortal que había recibido del monarca:

—"Sólo falta que ilustres mi ignorancia
y calmes los escrúpulos que abrigo.
¿Es lícito tratar sin repugnancia
al enemigo de la fe, de amigo?
¿Habrá quién luego absuelva mi arrogancia,
si, porque se le antoja a don Rodrigo
dar rienda a su apetito con la Cava,
en sangre goda mi baldón se lava?"

—"¡Que tenga yo un sobrino tan salvaje!"
clamó don Opas, dando un golpe recio.
. . . .
. . . .
Toma la pluma y fragua una respuesta,
digna de aquella singular consulta.
—"¿Qué ignominia", decía al conde, "es ésta
que tu imaginación crea y abulta?"
. . . .
. . . .
"¡Una corona te seduce! Tonto,
una corona es un joyel liviano
que el aliento deslustra: no más pronto
disipa airado viento el humo vano.

Yo más arriba mi ambición remonto.
¿Qué sirve un cetro en impotente mano,
si vive el que lo empuña en ansia eterna?
Mejor es gobernar al que gobierna.

"Con ese moro amable que te estrecha,
toda dificultad la astucia zanje.
Sus ofertas benignas aprovecha;
liga tu agudo acero al corvo alfanje.
Renuncio a tu amistad, si en esta fecha,
puesto al frente de intrépida falange,
con ella a nuestra España no galopas.
Toledo y Mayo veintitrés —don Opas".

Las octavas que ponemos a continuación nos ofrecen una buena muestra de esta felicidad idiomática, al mismo tiempo que de las digresiones a la manera de Byron. El poeta compara la Edad Media con los siglos modernos.

No había protocolos ni gacetas,
máquinas de sofisma y de patraña,
que, con frases pomposas y discretas,
convierten en blandura lo que es saña;
ni en narcóticas rimas los poetas
daban a la política artimaña,
barniz de convulsiva fraseología,
que desde media legua huele a logia.

El crimen era crimen, pero franco,
y decía a las claras: —"Esto quiero".
No aspiraba a tornar lo negro en blanco,
ni quitaba a su víctima el sombrero,
ni al amarrar a un mísero en el banco,
lo halagaba con tono lisonjero;
ni decía el poder al sacerdocio:
—"Partiremos el lucro del negocio".

Juzgábase una causa en la palestra,
cuerpo a cuerpo: sistema aborrecido,
en que el fallo pendía de la diestra,
y pagaba las costas el vencido.
Mas hoy la ilustración ¿cómo se muestra?
¿En esto hemos ganado, o bien perdido?
El influjo, cual antes la pelea,
¿no dicta los oráculos de Astrea?

Llámese fuerza, o bien llámese influjo,
¡qué importa lo que diga el diccionario,
si bajo el grave peso yo me estrujo,
cuando estrujar debiera al adversario!
Que ganen la belleza, el oro, el lujo,
al favor de vascuence formulario,
o el tajo y el revés de estoque y daga,
¿al fin no es la justicia quien la paga?

Y a propósito, ¡qué ruin pobreza
la del célebre idioma castellano!
Justicia *es la verdad y la pureza,*
y justicia *es un juez y un escribano.*
Y así cuando me oprima con fiereza
fallo vendido por proterva mano,
diré correctamente y sin malicia:
¡qué cosa tan injusta es la justicia!

Y para ser justicia *en el sentido*
metafórico, absurdo, de que trato,
¿se requiere tal vez ser buen marido,
ciudadano provecto, hombre sensato?
No, señor; nada de eso se ha pedido.
¿Filósofo tal vez, o literato,
en quien profundo estudio deje impreso
lo que es injusto o justo? —Nada de eso.

¿No se exige del juez cumplida ciencia
del ser mental? ¿del hondo mecanismo,
cuya acción modifica la conciencia,
y la convierte en templo u en abismo?
¡Qué! ¿No ha de conocer la íntima esencia
del vicio y la virtud, para que él mismo
no quede entre los límites suspenso
de la virtud y el vicio? —Ni por pienso.

¿Pues quién me va a juzgar? Un mozalbete,
que en seis años de oscura algarabía,
logró cubrirse el cráneo de un bonete,
símbolo de precoz sabiduría.
Con esta iniciación, y algún librete,
que más le ofusca el seso todavía,
no ha menester más tiempo ni trabajo:
bien puede echar sentencias a destajo.
. . . .
. . . .

Así la espada de Damocles pende,
y amenaza invisible fama, vida,
familia y bienestar; así se extiende
doquiera la asechanza, apercibida
por incógnita mano, que sorprende
en su sueño al honrado; y de la herida
siente el dolor, y atormentado muere,
sin ver el filo agudo que lo hiere.

Lejos del conde y de Tarif estamos,
y dando sin querer enorme brinco,
del año setecientos diez, pasamos
al de mil ochocientos treinta y cinco.
Con andar más de prisa ¿qué logramos?
¿qué vamos a ganar si con ahínco
perseguimos la historia paso a paso,
para hallarnos al fin con un fracaso?

LA ARAUCANA

POR DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA [29]

Mientras no se conocieron las letras, o no era de uso general la escritura, el depósito de todos los conocimientos estaba confiado a la poesía. Historia, genealogías, leyes, tradiciones religiosas, avisos morales, todo se consignaba en cláusulas métricas, que, encadenando las palabras, fijaban las ideas, y las hacían más fáciles de retener y comunicar. La primera historia fue

en verso. Se cantaron las hazañas heroicas, las expediciones de guerras, y todos los grandes acontecimientos, no para entretener la imaginación de los oyentes, desfigurando la verdad de los hechos con ingeniosas ficciones, como más adelante se hizo, sino con el mismo objeto que se propusieron después los historiadores y cronistas que escribieron en prosa. Tal fue la primera epopeya o poesía narrativa: una historia en verso, destinada a trasmitir de una en otra generación los sucesos importantes para perpetuar su memoria.

Mas, en aquella primera edad de las sociedades, la ignorancia, la credulidad y el amor a lo maravilloso, debieron por precisión adulterar la verdad histórica y plagarla de patrañas, que, sobreponiéndose sucesivamente unas tras otras, formaron aquel cúmulo de fábulas cosmogónicas, mitológicas y heroicas en que vemos hundirse la historia de los pueblos cuando nos remontamos a sus fuentes. Los *rapsodos* griegos, los *escaldos* germánicos, los *bardos* bretones, los *troveres* franceses, y los antiguos *romanceros* castellanos, pertenecieron desde luego a la clase de poetas historiadores, que al principio se propusieron simplemente versificar la historia; que la llenaron de cuentos maravillosos y de tradiciones populares, adoptados sin examen, y generalmente creídos; y que después, engalanándola con sus propias invenciones, crearon poco a poco y sin designio un nuevo género, el de la historia ficticia. A la epopeya-historia, sucedió entonces la epopeya-histórica, que toma prestados sus materiales a los sucesos verdaderos y celebra personajes conocidos, pero entreteje con lo real lo ficticio, y no aspira ya a cautivar la fe de los hombres, sino a embelesar su imaginación.

En las lenguas modernas se conserva gran número de composiciones que pertenecen a la época de la epopeya-historia. ¿Qué son, por ejemplo, los poemas devotos de Gonzalo de Berceo, sino biografías y relaciones de milagros, compuestas candorosamente por el poeta, y recibidas con una fe implícita por sus crédulos contemporáneos?

No queremos decir que después de esta separación, la historia, contaminada más o menos por tradiciones apócrifas, dejase de dar materia al verso. Tenemos ejemplo de lo contrario en España, donde la costumbre de poner en coplas los sucesos verdaderos, o reputados tales, que llamaban más la atención subsistió largo tiempo, y puede decirse que ha durado hasta nuestros días, bien que con una notable diferencia en la materia. Si los romanceros antiguos celebraron en sus cantares las glorias nacionales, las victorias de los reyes cristianos de la Península sobre los árabes, las mentidas proezas de Bernardo del Carpio, las fabulosas aventuras de la casa de Lara, y los hechos, ya verdaderos, ya supuestos, de Fernán González, Ruy Díaz y otros afamados capitanes; si pusieron algunas veces a contribución hasta la historia antigua, sagrada y profana; en las edades posteriores el valor, la destreza y el trágico fin de bandoleros famosos, contrabandistas y toreros, han dado más frecuente ejercicio a la pluma de los poetas vulgares y a la voz de los ciegos.

En el siglo XIII, fue cuando los castellanos cultivaron con mejor suceso la epopeya-historia. De las composiciones de esta clase que se dieron a luz en los siglos XIV y XV, son muy pocas aquellas en que se percibe la menor vislumbre de poesía. Porque no deben confundirse con ellas, como lo han hecho algunos críticos traspirenaicos, ciertos romances narrativos, que, remedando el lenguaje de los antiguos copleros, se escribieron en el siglo XVII, y son obras acabadas, en que campean a la par la riqueza del ingenio y la perfección del estilo *.

Hay otra clase de romances viejos que son narrativos, pero sin designio histórico. Celébranse en ellos las lides [30] y amores de personajes extranjeros, a veces enteramente imaginarios; y a esta clase pertenecieron los de Galvano, Lanzarote del Lago, y otros caballeros de la Tabla Redonda, es decir, de la corte fabulosa de Arturo, rey de Bretaña (a quien los copleros llamaban Artus); o los de Roldán, Oliveros, Baldovinos, el marqués de Mantua, Ricarte de Normandía, Guido de Borgoña, y demás paladines de Carlomagno. Todos ellos no son más que copias abreviadas y descoloridas de los romances que sobre estos caballeros se compusieron en Francia y en Inglaterra desde el siglo XI. Donde empezó a brillar el talento inventivo de los españoles, fue en los *libros de caballería.*

Luego que la escritura comenzó a ser más generalmente entendida, dejó ya de ser necesario, para gozar del entretenimiento de las narraciones ficticias, el oírlas de la boca de los *juglares* y *menestrales*, que, vagando de castillo en castillo y de plaza en plaza, y regocijando los banquetes, las ferias y las romerías, cantaban batallas, amores y encantamientos, al son del harpa y la vihuela. Destinadas a la lectura y no al canto, comenzaron a componerse en prosa: novedad que creemos no puede referirse a una fecha más adelantada que la de 1300. Por lo menos, es cierto que en el siglo XIV se hicieron comunes en Francia los romances en prosa. En ellos, por lo regular, se siguieron tratando los mismos asuntos que antes: Alejandro de Macedonia, Arturo y la Tabla Redonda, Tristán y la bella Iseo, Lanzarote del Lago, Carlomagno y sus doce pares, etc. Pero una vez introducida esta nueva forma de epopeyas o historias ficticias, no se tardó en aplicarla a personajes nuevos, por lo común enteramente imaginarios; y entonces fue cuando aparecieron los *Amadises,* los *Belianises,* los *Palmerines,* y la turbamulta de caballeros andantes, cuyas portentosas aventuras fueron el pasatiempo de toda Europa en los siglos XV y XVI. A la lectura y a la composición de esta especie de romances, se aficionaron sobremanera los españoles, hasta que el héroe inmortal de la Mancha la puso en ridículo, y la dejó consignada para siempre al olvido.

La forma prosaica de la epopeya no pudo menos de frecuentarse y cundir tanto más, cuanto fue propagándose en las naciones modernas el cul-

* Cayeron en esta equivocación: Sismondi, *Littérature du Midi de l'Europe, chapitre* 24; el autor del *Tableau de la Littérature* (en el tomo 24 de la *Enciclopedia* de Courtin) párrafo 18; y otros varios.

tivo de las letras, y especialmente el de las artes elementales de leer y escribir. Mientras el arte de representar las palabras con signos visibles fue desconocido totalmente, o estuvo al alcance de muy pocos, el metro era necesario para fijarlas en la memoria, y para trasmitir de unos tiempos y lugares a otros los recuerdos y todas las revelaciones del pensamiento humano. Mas, a medida que la cultura intelectual se difundía, no sólo se hizo de menos importancia esta ventaja de las formas poéticas, sino que, refinado el gusto, impuso leyes severas al ritmo, y pidió a los poetas composiciones pulidas y acabadas. La epopeya métrica vino a ser a un mismo tiempo menos necesaria y más difícil; y ambas causas debieron extender más y más el uso de la prosa en las historias ficticias, que destinadas al entretenimiento general se multiplicaron y variaron al infinito, sacando sus materiales, ya de la fábula, ya de la alegoría, ya de las aventuras caballerescas, ya de un mundo pastoril no menos ideal que el de la caballería andantesca, ya de las costumbres reinantes; y en este último género, recorrieron todas las clases de la sociedad y todas las escenas de la vida, desde la corte hasta la aldea, desde los salones del rico hasta las guaridas de la miseria y hasta los más impuros escondrijos del crimen.

Estas descripciones de la vida social, que en castellano se llaman *novelas* (aunque al principio sólo se dio este nombre a las de corta extensión, como las *Ejemplares* de Cervantes), constituyen la epopeya favorita de los tiempos modernos, y es lo que en el estado presente de las sociedades representa las *rapsodias* del siglo de Homero y los *romances rimados* de la media edad. A cada época social, a cada modificación de la cultura, a cada nuevo desarrollo de la inteligencia, corresponde una forma peculiar de historias ficticias. La de nuestra tiempo es la novela. Tanto ha prevalecido la afición a las realidades positivas, que hasta la epopeya versificada ha tenido que descender a delinearlas, abandonando sus hadas y magos, sus islas y jardines encantados, para dibujarnos escenas, costumbres y caracteres, cuyos originales han existido o podido existir realmente. Lo que caracteriza las historias ficticias que se leen hoy día con más gusto, ya estén escritas en prosa o en verso, es la pintura de la naturaleza física y moral reducida a sus límites reales. Vemos con placer en la epopeya griega y romántica, y en las ficciones del Oriente, las maravillas producidas por la agencia de seres sobrenaturales; pero sea que esta misma, por rica que parezca, esté agotada, o que las invenciones de esta especie nos empalaguen y sacien más pronto, o que, al leer las producciones de edades y países lejanos, adoptemos como por una convención tácita, los principios, gustos y preocupaciones bajo cuya influencia se escribieron, mientras que sometemos las otras al criterio de nuestras creencias y sentimientos habituales, lo cierto es que buscamos ahora en las obras de imaginación que se dan a luz en los idiomas europeos, otro género de actores y de decoraciones, personajes a nuestro alcance, agencias calculadas, sucesos que no salgan de la esfera de lo natural y verosímil. El que introdujese hoy día la maquinaria

de la *Jerusalén Libertada* en un poema épico, se expondría ciertamente a descontentar a sus lectores.

Y no se crea que la musa épica tiene por eso un campo menos vasto en que explayarse. Por el contrario, nunca ha podido disponer de tanta multitud de objetos eminentemente poéticos y pintorescos. La sociedad humana, contemplada a la luz de la historia en la serie progresiva de sus transformaciones, las variadas fases que ella nos presenta en las oleadas de sus revoluciones religiosas y políticas, son una veta inagotable de materiales para los trabajos del novelista y del poeta. Walter Scott y lord Byron han hecho sentir el realce que el espíritu de facción y de secta es capaz de dar a los caracteres morales, y el profundo interés que las perturbaciones del equilibrio social pueden derramar sobre la vida doméstica. Aun el espectáculo del mundo físico, ¿cuántos nuevos recursos no ofrece al pincel poético, ahora que la tierra, explorada hasta en sus últimos ángulos, nos brinda con una copia infinita de tintes locales para hermosear las decoraciones de este drama de la vida real, tan vario y tan fecundo de emociones? Añádanse a esto las conquistas de las artes, los prodigios de la industria, los arcanos de la naturaleza revelados a la ciencia; y dígase si, descartadas las agencias de seres sobrenaturales y la magia, no estamos en posesión de un caudal de materiales épicos y poéticos, no sólo más cuantioso y vario, sino de mejor calidad que el que beneficiaron el Ariosto y el Tasso. ¡Cuántos siglos hace que la navegación y la guerra suministran medios poderosos de excitación para la historia ficticia! Y sin embargo, lord Byron ha probado prácticamente que los viajes y los hechos de armas bajo sus formas modernas son tan adaptables a la epopeya como lo eran bajo las formas antiguas; que es posible interesar vivamente en ellos sin traducir a Homero; y que la guerra, cual hoy se hace, las batallas, sitios y asaltos de nuestros días, son objetos susceptibles de matices poéticos tan brillantes como los combates de los griegos y troyanos, y el saco y ruina de Ilión.

Nec minimum meruere decus vestigia graeca
Ausi deserere et celebrare domestica facta.

En el siglo XVI, el romance métrico llegaba a su apogeo en el poema inmortal del Ariosto, y desde allí empezó a declinar, hasta que desapareció del todo, envuelto en las ruinas de la caballería andantesca, que vio sus últimos días en el siglo siguiente. En España, el tipo de la forma italiana del romance métrico es el *Bernardo* del obispo Valbuena, obra ensalzada por un partido literario mucho más de lo que merecía, y deprimida consiguientemente por otro con igual exageración e injusticia. Es preciso confesar que en este largo poema algunas pinceladas valientes, una paleta rica de colores, un gran número de aventuras y lances ingeniosos, de bellas comparaciones y de versos felices, compensan difícilmente la prolijidad insoportable de las descripciones y cuentos, el impropio y desatinado lenguaje de los afectos, y el sacrificio casi continuo de la razón a la rima, que, lejos de ser esclava de Valbuena, como pretende un elegante crítico espa-

ñol, le manda tiránica, le tira acá y allá con violencia, y es la causa principal de que su estilo narrativo aparezca tan embarazado y tortuoso.

El romance métrico desocupaba la escena para dar lugar a la epopeya clásica, cuyo representante es el Tasso: cultivada con más o menos suceso en todas las naciones de Europa hasta nuestros días, y notable en España por su fecundidad portentosa, aunque generalmente desgraciada. La *Austriada,* el *Monserrate,* y la *Araucana,* se reputan por los mejores poemas de este género, en lengua castellana escritos; pero los dos primeros apenas son leídos en el día sino por literatos de profesión, y el tercero se puede decir que pertenece a una especie media, que tiene más de histórico y positivo, en cuanto a los hechos, y por lo que toca a la manera, se acerca más al tono sencillo y familiar del romance.

Aun tomando en cuenta la *Araucana* si adhiriésemos al juicio que han hecho de ella algunos críticos españoles y de otras naciones, sería forzoso decir que la lengua castellana tiene poco de qué gloriarse. Pero siempre nos ha parecido excesivamente severo este juicio. El poema de Ercilla se lee con gusto, no sólo en España y en los países hispano-americanos, sino en las naciones extranjeras; y esto nos autoriza para reclamar contra la decisión precipitada de Voltaire, y aun contra las mezquinas alabanzas de Boutterweck. De cuantos han llegado a nuestra noticia *, Martínez de la Rosa ha sido el primero que ha juzgado a la *Araucana* con discernimiento; mas, aunque en lo general ha hecho justicia a las prendas sobresalientes que la recomiendan, nos parece que la rigidez de sus principios literarios ha extraviado alguna vez sus fallos **. En lo que dice de *lo mal elegido del asunto,* nos atrevemos a disentir de su opinión. No estamos dispuestos a admitir que una empresa, para que sea digna del canto épico, deba ser *grande,* en el sentido que dan a esta palabra los críticos de la escuela clásica; porque no creemos que el interés con que se lee la epopeya, se mida por la extensión de leguas cuadradas que ocupa la escena, y por el número de jefes y naciones que figuran en la comparsa. Toda acción que sea capaz de excitar emociones vivas, y de mantener agradablemente suspensa la atención, es digna de la epopeya, o, para que no disputemos sobre palabras, puede ser el sujeto de una narración poética interesante. ¿Es más grande, por ventura, el de la *Odisea* que el que eligió Ercilla? ¿Y no es la *Odisea* un excelente poema épico? El asunto mismo de la *Ilíada,* desnudo del esplendor con que supo vestirlo el ingenio de Homero, ¿a qué se reduce en realidad? ¿Qué hay tan importante y grandioso en la empresa de un reyezuelo de Micenas, que, acaudillando otros reyezuelos de la Grecia, tiene sitiada diez años la pequeña ciudad de Ilión, cabecera de un pequeño distrito, cuya oscurísima corografía ha dado y da materia a tantos estériles

* Después de escrito este artículo, hemos visto el de la *Biographie Universelle,* V. Ercilla. Su autor. M. Bocous, nos ha parecido un inteligente y justo apreciador de la *Araucana.*

** En el prólogo a sus *Poesías,* publicadas en el año de 1836, hace ya profesión de una fe literaria más laxa y tolerante, que la de su *Arte poética.*

debates entre los eruditos? Lo que hay de grande, espléndido y magnífico en la *Ilíada,* es todo de Homero.

Bajo otro punto de vista, pudiera aparecer mal elegido este asunto. Ercilla, escribiendo los hechos en que él mismo intervino, los hechos de sus compañeros de armas, hechos conocidos de tantos, contrajo la obligación de sujetarse algo servilmente a la verdad histórica. Sus contemporáneos no le hubieran perdonado que introdujese en ellos la vistosa fantasmagoría con que el Tasso adornó los tiempos de la primera cruzada, y Valbuena, la leyenda fabulosa de *Bernardo del Carpio.* Este atavío de maravillas, que no repugnaba al gusto del siglo XVI, requería, aun entonces, para emplearse oportunamente y hacer su efecto, un asunto en que el trascurso de los siglos hubiese derramado aquella oscuridad misteriosa que predispone a la imaginación a recibir con docilidad los prodigios: *Datur hæc venia antiquitati ut miscendo humana divinis primordia urbium augustiora faciat.* Así es que el episodio postizo del mago Fitón es una de las cosas que se leen con menos placer en la *Araucana.* Sentado, pues, que la materia de este poema debía tratarse de manera que, en todo lo sustancial, y especialmente en lo relativo a los hechos de los españoles, no se alejase de la verdad histórica, ¿hizo Ercilla tan mal en elegirla? Ella sin duda no admitía las hermosas tramoyas de la *Jerusalén* o del *Bernardo.* Pero ¿es éste el único recurso del arte para cautivar la atención? La pintura de costumbres y caracteres vivientes, copiados al natural no con la severidad de la historia, sino con aquel colorido y aquellas menudas ficciones que son de la esencia de toda narrativa gráfica, y en que Ercilla podía muy bien dar suelta a su imaginación, sin sublevar contra sí la de sus lectores y sin desviarse de la fidelidad del historiador mucho más que Tito Livio en los anales de los primeros siglos de Roma; una pintura hecha de este modo, decimos, era susceptible de atavíos y gracias que no desdijesen del carácter de la antigua epopeya, y conviniesen mejor a la era filosófica que iba a rayar en Europa. Nuestro siglo no reconoce ya la autoridad de aquellas leyes convencionales con que se ha querido obligar al ingenio a caminar perpetuamente por los ferrocarriles de la poesía griega y latina. Los vanos esfuerzos que se han hecho después de los días del Tasso para componer epopeyas interesantes, vaciadas en el molde de Homero y de las reglas aristotélicas, han dado a conocer que era ya tiempo de seguir otro rumbo. Ercilla tuvo la primera inspiración de esta especie; y si en algo se le puede culpar, es en no haber sido constantemente fiel a ella.

Para juzgarle, se debe también tener presente que su protagonista es Caupolicán, y que las concepciones en que se explaya más a su sabor, son las del heroísmo araucano. Ercilla no se propuso, como Virgilio, halagar el orgullo nacional de sus compatriotas. El sentimiento dominante de la *Araucana* es de una especie más noble: el amor a la humanidad, el culto de la justicia, una admiración generosa al patriotismo y denuedo de los vencidos. Sin escasear las alabanzas a la intrepidez y constancia de los

españoles, censura su codicia y crueldad. ¿Era más digno del poeta lisonjear a su patria, que darle una lección de moral? La *Araucana* tiene, entre todos los poemas épicos, la particularidad de ser en ella actor el poeta; pero un actor que no hace alarde de sí mismo, y que, revelándonos, como sin designio, lo que pasa en su alma en medio de los hechos de que es testigo, nos pone a la vista, junto con el pundonor militar y caballeresco de su nación, sentimientos rectos y puros que no eran ni de la milicia, ni de la España, ni de su siglo.

Aunque Ercilla tuvo menos motivo para quejarse de sus compatriotas como poeta que como soldado, es innegable que los españoles no han hecho hasta ahora de su obra todo el aprecio que merece; pero la posteridad empieza ya a ser justa con ella. No nos detendremos a enumerar las prendas y bellezas que, además de las dichas, la adornan; lo primero, porque Martínez de la Rosa ha desagraviado en esta parte al cantor de Caupolicán; y lo segundo, porque debemos suponer que la *Araucana,* la *Eneida* de Chile, compuesta en Chile, es familiar a los chilenos, único hasta ahora de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico.

Mas, antes de dejar la *Araucana,* no será fuera de propósito decir algo sobre el tono y estilo peculiar de Ercilla, que han tenido tanta parte, como su parcialidad a los indios, en la especie de disfavor con que la *Araucana* ha sido mirada mucho tiempo en España. El estilo de Ercilla es llano, templado, natural; sin énfasis, sin oropeles retóricos, sin arcaísmos, sin trasposiciones artificiosas. Nada más fluido, terso y diáfano. Cuando describe, lo hace siempre con las palabras propias. Si hace hablar a sus personajes, es con las frases del lenguaje ordinario, en que naturalmente se expresaría la pasión de que se manifiestan animados. Y sin embargo, su narración es viva, y sus arengas elocuentes. En éstas, puede compararse a Homero, y algunas veces le aventaja. En la primera, se conoce que el modelo que se propuso imitar fue el Ariosto; y aunque ciertamente ha quedado inferior a él en aquella negligencia llena de gracias, que es el más raro de los primores del arte, ocupa todavía (por lo que toca a la ejecución, que es de lo que estamos hablando), un lugar respetable entre los épicos modernos, y acaso el primero de todos, después de Ariosto y el Tasso.

La epopeya admite diferentes tonos, y es libre al poeta elegir entre ellos el más acomodado a su genio y al asunto que va a tratar. ¿Qué diferencia no hay, en la epopeya histórico-mitológica, entre el tono de Homero y el de Virgilio? Aun es más fuerte en la epopeya caballeresca el contraste entre la manera desembarazada, traviesa, festiva, y a veces burlona del Ariosto, y la marcha grave, los movimientos compasados, y la artificiosa simetría del Tasso. Ercilla eligió el estilo que mejor se prestaba a su talento narrativo. Todos los que, como él, han querido contar con individualidad, han esquivado aquella elevación enfática, que parece desdeñarse de descender

a los pequeños pormenores, tan propios, cuando se escogen con tino, para dar vida y calor a los cuadros poéticos.

Pero este tono templado y familiar es Ercilla, que a veces (es preciso confesarlo) degenera en desmayado y trivial, no pudo menos de rebajar mucho el mérito de su poema a los ojos de los españoles en aquella edad de refinada elegancia y pomposa grandiosidad, que sucedió en España al gusto más sano y puro de los Garcilasos y Leones. Los españoles abandonaron la sencilla y expresiva naturalidad de su más antigua poesía, para tomar en casi todas las composiciones no jocosas un aire de majestad, que huye de rozarse con las frases idiomáticas y familiares, tan íntimamente enlazadas con los movimientos del corazón, y tan poderosas para excitarlos. Así es que, exceptuando los romances líricos, y algunas escenas de las comedias, son raros desde el siglo XVII en la poesía castellana los pasajes que hablan el idioma nativo del espíritu humano. Hay entusiasmo, hay calor; pero la naturalidad no es el carácter dominante. El estilo de la poesía seria se hizo demasiadamente artificial; y de puro elegante y remontado, perdió mucha parte de la antigua facilidad y soltura, y acertó pocas veces a trasladar con vigor y pureza las emociones del alma. Corneille y Pope pudieran ser representados con tal cual fidelidad en castellano; pero ¿cómo traducir en esta lengua los más bellos pasajes de las tragedias de Shakespeare, o de los poemas de Byron? Nos felicitamos de ver al fin vindicados los fueros de la naturaleza y la libertad del ingenio. Una nueva era amanece para las letras castellanas. Escritores de gran talento, humanizando la poesía, haciéndola descender de los zancos en que gustaba de empinarse, trabajan por restituirla su primitivo candor y sus ingenuas gracias, cuya falta no puede compensarse con nada.

EL GIL BLAS [31]

Después de lo que se ha escrito en España y Francia acerca de la nacionalidad del *Gil Blas (adhuc sub judice lis est)* las observaciones siguientes podrán quizá contribuir a fijar las ideas en cuanto al mérito de esta célebre causa.

Ante todo, ¿cuál es el objeto sobre que recae la controversia entre las dos naciones españolas y francesas? Desde la traducción servil hasta la originalidad completa, hay una infinidad de grados y matices intermedios; y cuando se trata de averiguar si Lesage fue o no autor de esta novela, convendría primero determinar la especie de invención original que se le disputa. Nadie dudará que en cuanto a creación primitiva, el *Gil Blas* de Lesage no puede ponerse en paralelo con el *Expósito* de Fielding o con el *Quijote* de Cervantes, donde no hay cosa alguna que no sea de la propiedad de los respectivos autores, que absolutamente lo sacaron todo de su propio fondo: acción principal, episodios, caracteres, ideas, gusto, estilo,

lenguaje. Pero nadie pretenderá tampoco (si no es don Juan Antonio Llorente, que en el calor de la discusión se ha dejado arrastrar por sus prevenciones nacionales más allá de lo que permitía la sana crítica), que Lesage no haya hecho más que traducir y enviar a la prensa un manuscrito español, agregando ciertas interpolaciones traducidas con igual servilidad de otras obras castellanas, manuscritas o impresas.

Acaso nos colocaremos en un término justo equiparando el trabajo creador de Lesage en su admirable novela, al de La Fontaine en sus *Fábulas* y *Cuentos*. Todos saben que no hay en aquéllas ni en éstos un solo asunto que no haya sido sacado de otros autores conocidos, y aun por la mayor parte vulgarizados; sin que por esto deje de haber en las producciones de La Fontaine un alto grado de propiedad inventiva, y de la más elevada y rara que no sólo consiste en dar a las ideas e invenciones ajenas un sello y colorido peculiares, que no sólo las trasforma hasta el punto de hacerlas parecer nuevas, sino que las hermosea, las realza, les da un interés y una vida que no conocieron en sus originales.

Inventar la armazón de un drama o de una historia ficticia es sin duda una operación intelectual creadora. Esta inventiva es un don de que en los siglos que precedieron al nuestro la naturaleza fue pródiga con la nación española, y comparativamente mezquina con la Francia. Pero otra creación de más alta esfera es la del ingenio que vivifica el esqueleto; que introduce en el barro inanimado la llama de Prometeo, que le inspira sentimientos y pasiones con que simpatizamos profundamente.

Siempre nos ha parecido injusta la crítica que niega el título de genio creador al que, tomando asuntos ajenos, sea que bajo su tipo primitivo tengan o no la grandeza y hermosura que solas dan el lauro de la inmortalidad a las producciones de las artes, sabe revestirlos de formas nuevas, bellas, características, interesantes. ¿Cuánto no debió Racine a Eurípides? ¿Y será degradado por eso el autor de la *Ifigenia* y la *Fedra* al rango oscuro de los imitadores y copistas? En los seis primeros libros de la *Eneida,* la armazón, el esqueleto, lo puramente material, es ajeno; hay también multitud de rasgos, comparaciones y colores en que se echa de ver a las claras la imitación; pero, extendida todo lo que se quiera esta rebaja, el poeta mantuano presenta siempre un carácter propio, la majestad unida a la más peregrina belleza, una blandura graciosa *, una sensibilidad exquisita, una ejecución acabada que son suyas, enteramente suyas, en que ninguno de sus predecesores le es comparable, y que darán eternamente un alto precio a todo lo que salió de sus manos, a pesar de las oscilaciones de la moda, que tiene no poco imperio sobre la crítica literaria. ¿Y no reconoceremos un trabajo creador en esta operación del ingenio?

---

* *...Molle atque facetum*
Virgilio annuerunt gaudentes rure Camenoe
(Horacio).

Contrayéndonos al *Gil Blas,* ¿qué es lo que resulta de las laboriosas investigaciones, del minucioso examen, y de las conjeturas, no pocas veces gratuitas e inverosímiles, de don Juan Antonio Llorente? Que el esqueleto del *Gil Blas* se encontraba esparcido en ciertas obras españolas, de cuyos asuntos ha compuesto Lesage el suyo, entretejiendo las aventuras de diferentes personajes, y formando de ellas un todo regular y armonioso. Esto es concederle, aun por lo que respecta a lo puramente material de la fábula, un mérito propio no pequeño. Pero además de ese mérito, ¿cuántos otros no reconoce en este romance el juicio unánime de los críticos ilustrados? La vivacidad, gracia y ligereza de la narración; el pulso delicado, que en una vasta galería moral nos representa con pinceladas tan sueltas y fáciles todas las clases, todas las edades, todas las condiciones de la vida, desde el palacio de Madrid hasta la cueva de Cacabelos; la elegante urbanidad de los diálogos, la sátira fina, aquel *esprit* tan eminentemente francés, son dotes que dan al *Gil Blas* un lugar muy distinguido entre los romances de su especie, y cuya propiedad es preciso adjudicar a Lesage; porque en los escritores españoles de la misma época y de las anteriores, no vemos nada semejante a ellas y porque en ellas tiene la obra de Lesage un aire de familia muy señalado con otras obras suyas y de su nación. Si analizamos a la ligera los principales fundamentos de la hipótesis de Llorente, nos convenceremos de que los derechos de la España a la gloria de la producción de *Gil Blas,* deben reducirse a los estrechos límites que dejamos trazados.

Primeramente, la cronología del *Gil Blas* coincide con la del *Bachiller de Salamanca,* novela sacada por Lesage, según él mismo confiesa, de un manuscrito castellano. Gil Blas nace en 1588; el bachiller don Querubín de la Ronda en 1590. Gil Blas, terminada su educación en Oviedo, sale en 1605 a correr aventuras, y llega en 1610 a Madrid. Don Querubín de la Ronda, terminada su educación en Salamanca, se va directamente a Madrid aquel mismo año. Gil Blas, en 1611, entra a servir de secretario al duque de Lerma, y sigue ejerciendo este cargo hasta el año de 1617, en que se llevan preso Segovia; don Querubín sirve de preceptor en algunas casas de Madrid, Toledo y Cuenca, hasta que en 1618 vuelve a Madrid; es nombrado secretario del primer ministro, duque de Uceda, que lo era después de la desgracia de su padre el duque de Lerma, y continúa en este destino hasta la muerte de Felipe III, en 1621. Gil Blas recobra la libertad en 1618, se retira a Liria, y en 1621 vuelve a Madrid, donde es nombrado secretario del primer ministro conde de Olivares; don Querubín sale de Madrid, corre gran número de aventuras en Europa y América y el año de 1630 fija su domicilio en Alcaraz. Aquí termina la historia de don Querubín; Gil Blas permanece hasta 1643 en la secretaría del conde-duque, en cuya caída es envuelto; le acompaña en su destierro, y se retira después de su muerte a Liria, donde le deja por fin el autor el año de 1648. Este sincronismo es notable; y de él parece deducirse con al-

guna verosimilitud que el *Bachiller* y el *Gil Blas* se sacaron, en cuanto al fondo de ambas historias, de un mismo manuscrito español; y que el designio del primitivo autor fue hacer una pintura satírica de la corte de Madrid durante los ministerios de los duques de Lerma y de Uceda y del conde de Olivares. Por otra parte, las dos historias, según las ha publicado Lesage, presentan varias especies, aventuras y personajes semejantes. El estudiante de Salamanca y el de Oviedo ofrecen una misma concepción fundamental, y lo que se cuenta del uno pudiera trasladarse sin la menor violencia al otro.

El señor Llorente no se contenta con esto. Parécele perfectamente averiguado que Gil Blas fue en el bosquejo castellano un personaje subalterno, el cual, encontrándose con don Querubín en Madrid el año de 1610, le refiere sus aventuras anteriores; que esta relación suministró a Lesage el fondo de la historia en que Gil Blas aparece como protagonista, bien que sólo hasta la conclusión del segundo tomo, que le dejaba colocado a su satisfacción en la casa de don Fernando de Leiva; que la primera intención de Lesage fue concluir allí el romance, como lo prueba, según Llorente, el no anunciarse directa ni indirectamente su continuación y el haber mediado nueve años entre el segundo tomo y el tercero; que el Gil Blas de este nuevo tomo es una desmembración del *Bachiller,* y que éste, y no Gil Blas, fue el secretario del arzobispo de Granada y del duque de Lerma; que Lesage se propuso otra vez dejar cerrada la fábula en el tomo tercero con el establecimiento de Gil Blas en Liria, supuesto que mediaron entre el tercero y cuarto no menos de once años, y que nada anuncia en aquél una continuación, antes parece deducirse lo contrario del dístico:

Inveni portum; spes et fortuna valete;
Sat me lusistis; ludite nunc alios;

que la forma y popularidad de aquella novela en toda Europa indujeron al editor francés a darla un cuarto tomo, haciendo un nuevo desfalco al *Bachiller,* a quien, ya que no pudo quitar la secretaría del ministro, duque de Uceda, le quitó la confianza y valimiento del conde-duque, en cuyo servicio estuvo desde 1621 hasta 1646; que con estas sucesivas sustracciones quedó tan pobre y desustanciada la historia de don Querubín, que, cuando Lesage dio a luz un nuevo romance con este título, tuvo que vestirlo y adornarlo parte con las mismas especies del *Gil Blas,* diestramente alteradas, y parte con materiales extraños; que el manuscrito español de donde salieron ambos romances se llamó *Historia del Bachiller de Salamanca don Querubín de la Ronda;* y finalmente (aunque este último punto no lo juzga el señor Llorente tan demostrado como los anteriores), que la obra castellana fue producción original de don Antonio de Solís y Rivadeneira, el célebre historiador y poeta.

Confieso que las pruebas alegadas en favor de este conjunto de suposiciones me parecen bastante débiles. El personaje que fue secretario del

duque de Uceda no pudo haberlo sido del duque de Lerma, ni serlo posteriormente del conde-duque. Ni es imposible, después de todo, que Gil Blas haya desempeñado primitivamente el principal papel, y don Querubín el segundo; ni que la última de las tres secretarías se deba al ingenio de Lesage, que quisiese llevar adelante el designio del autor español, ni que la obra castellana tuviese el título de *Gil Blas*, o que el héroe principal hubiese sido bautizado con este nombre por el autor francés, ya que imputemos a Lesage el deseo de ocultar la fuente de que se aprovechaba. En suma, sentando por principio que el esqueleto del *Gil Blas* y el del *Bachiller* se formasen combinando los asuntos y los incidentes de diversas obras manuscritas e impresas, son infinitas las hipótesis que pueden imaginarse para explicar el origen y distribución de toda esta copia de materiales en los dos romances franceses, y las razones que se alegan para preferir una de ellas, no nos parecen capaces de satisfacer a un espíritu despreocupado. Lo que importa es fijar el grado de originalidad que no puede disputarse a Lesage; y a pesar de todos los argumentos conjeturales de Llorente, hallaremos:

1º Que se le deben la elección y combinación de los materiales.

2º Que no está probado que una gran parte del fondo mismo de la historia de Gil Blas no haya sido enteramente de su invención.

3º Que, tomado cada asunto y cada incidente aparte, y concedido que los grandes lineamientos de la ficción, sean ajenos, es de Lesage la invención de los pormenores, que forma una gran parte, y en nuestro juicio la más apreciable, del mérito de cada aventura y de cada episodio, de lo que nos ofrece una muestra notable el de los amores de doña Aurora de Guzmán, sacado de una comedia española.

4º Que, por lo que toca a la manera, al estilo, a los diálogos, a la sátira delicada y punzante, al pulimento, a la ejecución acabada, todo es de Lesage, porque esas mismas dotes resplandecen más o menos en todas las obras de este autor, y presentan mucha mayor afinidad con el gusto de la literatura francesa contemporánea que con el de la literatura española.

Alégase que en el *Gil Blas* hay rasgos tan peculiares de España, que es imposible hayan ocurrido a un autor que no estuvo jamás en aquel reino. Pero ¿por qué no podría encontrarlos sin ir a España, en las comedias y novelas españolas, con las cuales estaba tan íntimamente familiarizado? ¿Por qué no podría tomar de ellas los nombres y apellidos españoles, los nombres de ciudades y lugares? Por otra parte, ¿no nota el mismo Llorente vocablos viciados, errores geográficos, anacronismos, inexactitudes en la representación de sujetos y costumbres españolas? Atribúyense, es verdad, estas faltas, o a erratas de los copiantes, o a la torcida interpretación y lectura del manuscrito. Prescindiendo de la inverosimilitud de estas suposiciones en nombres y apellidos que se repiten a menudo, ¿qué es lo que no puede probarse con semejante lógica? Si Lesage cuenta y pinta con

acierto es un mero traductor; si en sus pinturas y cuentos hay algo de impropio, consiste en haber sido mal escrita o leída la copia. ¿No sería más natural decir que la de Lesage no es siempre una fiel representación de la España, como era regular que sucediese a quien, vistiendo a su modo las personas y costumbres españolas, según las aprendió en los libros, no pudo evitar que su imaginación le extraviase?

Dejamos ya indicado un medio de apreciar con exactitud lo que en este romance se debe a la pluma francesa. El episodio de doña Aurora de Guzmán está sacado de la comedia española *Todo es enredos, amor;* comedia que existe, y que hemos leído y comparado con la parte correspondiente del *Gil Blas* [32]. ¿Y qué es lo que ha tomado de ella Lesage? Nada más que la armazón de un cuento, en que lo elegante y bien hilado de la narrativa, el decoro de los personajes, la naturalidad de los diálogos, la amenidad, la gracia, la urbana ironía de un hombre de gusto *parcentis viribus atque extenuantis eas consulto;* en una palabra, casi todo lo que constituye el verdadero atractivo de las obras de imaginación, pertenece en propiedad a Lesage. El episodio de que hablamos es uno de los incidentes más divertidos del *Gil Blas;* ¿y quién hoy día se cuida de leer aquella comedia española?

Si aún se quiere otra muestra del talento verdaderamente original de Lesage, compárese su *Diable Boiteux* con *El Diablo Cojuelo* de Luis Vélez de Guevara. Esta es una obra que hoy día se cae de las manos, al paso que la de Lesage fue recibida y arrebatada con una especie de furor en París y en una de las épocas de más cultura y refinamiento de la literatura francesa.

¿Se desea más todavía? El mismo Llorente nos suministra un medio irrecusable. Según él, una parte de la historia del *Bachiller* es una repetición del *Gil Blas,* pero hábilmente disimulada, de manera que apenas se descubren vestigios de la identidad. Colúmbrase un fondo común; pero revestido de pormenores varios, que hacen casi desaparecer la semejanza. ¿Qué dificultad habrá, pues, en admitir que el que fue capaz de tratar con tanta novedad un asunto que había ya pasado por sus manos, hiciese lo mismo con producciones de otros ingenios, vaciadas en moldes enteramente diversos del suyo, y destinadas a un público literario tan diferente del que debía juzgarle a él? Esto basta, a nuestro juicio, para decidir la cuestión.

JUICIO CRITICO

DE DON JOSE GOMEZ HERMOSILLA [35]

I

Sonetos de Moratín

Han llegado recientemente a Santiago algunos ejemplares del *Juicio Crítico de los principales poetas españoles de la última era,* obra póstuma de don José Gómez Hermosilla, publicada en París el año pasado por don Vicente Salvá. Los aficionados a la literatura hallarán en esta obra muy atinadas y juiciosas observaciones sobre el uso propio de varias voces y frases castellanas, y algunas también que tocan al buen gusto en las formas y estilo de las composiciones poéticas, si bien es preciso confesar que el *Juicio Crítico* está empapado, no menos que el *Arte de hablar,* en el rigorismo clásico de la escuela a que perteneció Hermosilla, como ya lo reconoce su ilustrado editor.

En literatura, los clásicos y románticos tienen cierta semejanza no lejana con lo que son en la política los legitimistas y los liberales. Mientras que para los primeros es inapelable la autoridad de las doctrinas y prácticas que llevan el sello de la antigüedad, y el dar un paso fuera de aquellos trillados senderos es rebelarse contra los sanos principios, los segundos, en su conato a emancipar el ingenio de trabas inútiles, y por lo mismo perniciosas, confunden a veces la libertad con la más desenfrenada licencia. La escuela clásica divide y separa los géneros con el mismo cuidado que la secta legitimista las varias jerarquías sociales; la gravedad aristocrática de su tragedia y su oda no consiente el más ligero roce de lo plebeyo, familiar o doméstico. La escuela romántica, por el contrario, hace gala de acercar y confundir las condiciones; lo cómico y lo trágico se tocan, o más bien, se penetran íntimamente en sus heterogéneos dramas; el interés de los espectadores se reparte entre el bufón y el monarca, entre la prostituta y la princesa; y el esplendor de las cortes contrasta con el sórdido egoísmo de los sentimientos que encubre, y que se hace estudio de poner a la vista con recargados colores. Pudiera llevarse mucho más allá este paralelo, y acaso nos presentaría afinidades y analogías curiosas. Pero lo más notable es la natural alianza del legitimismo literario con el político. La poesía romántica es de alcurnia inglesa, como el gobierno representativo y el juicio por jurados. Sus irrupciones han sido simultáneas con las de la democracia en los pueblos del mediodía de Europa. Y los mismos escritores que han lidiado contra el *progreso* en materias de legislación y gobierno, han sustentado no pocas veces la lucha contra la nueva revolución literaria, defendiendo a todo trance las antiguallas autorizadas por el respeto supersticioso de nuestros mayores: los códigos poéticos de Atenas y Roma, y de la Francia de Luis XIV. De lo cual tenemos una muestra en don José

Gómez Hermosilla, ultra-monarquista en política, y ultra-clásico en literatura.

Más aún fuera de los puntos de divergencia entre las dos escuelas, son muchas las opiniones de este célebre literato, de que nos sentimos inclinados a disentir. Si se presta alguna atención a las observaciones que vamos a someter al juicio de nuestros lectores, acaso se hallará que las aserciones de Hermosilla son a veces precipitadas, y sus fallos erróneos, que su censura es tan exagerada como su alabanza; que tiene una venda en los ojos para percibir los defectos de su autor favorito, al mismo tiempo que escudriña con una perspicacia microscópica las imperfecciones y deslices de los otros. Si así fuese, las notas o apuntes que siguen, escritos a la ligera en los momentos que hemos podido hurtar a ocupaciones más serias, no serían del todo inútiles para los jóvenes que cultivan la literatura, cuyo número (como lo hemos dicho otras veces, y nos felicitamos de ver cada día nuevos motivos de repetirlo), se aumenta rápidamente entre nosotros. La materia es larga; y esto nos impone la obligación de ceñirnos a la menor extensión posible.

El autor principia por don Leandro Fernández de Moratín, uno de los escritores más puros y castigados que tenemos en nuestra lengua castellana. No convenimos ni con los que niegan a Moratín las dotes del ingenio poético, ni con los que le consideran exclusiva o principalmente como poeta dramático. Algunas de sus composiciones líricas nos parecen de un orden muy elevado, a que no llegan sus mejores comedias. Mas no por eso estamos dispuestos a suscribir a los entusiásticos elogios de Hermosilla, que le mira como un modelo acabado de todas las perfecciones en todos los géneros. En la primera línea del primero de sus sonetos, nos encontramos ya con aquella trasposición favorita, que da cierto resabio de amaneramiento a su estilo:

Estos que levantó de mármol duro
sacros altares la ciudad famosa, etc.

Los que huyeron aprisa
crespos cabellos que en mi frente vi.

...Los que al mundo
Naturaleza dio, males crueles.

Estos que formo de primor desnudos,
no castigados de tu docta lima,
fáciles versos.

Ese que duermes en ebúrnea cuna
pequeño infante.

Esta que me inspiró fácil Talía
moral lección...

Esta que ves llegar máquina lenta.

...La de cisnes cándidos tirada
concha de Venus...
etc., etc.

Que esta trasposición no sólo es permitida, sino elegante, es indisputable. Rioja [34] principia con ella su incomparable canción *A las Ruinas de Itálica:*

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
campos de soledad...

Pero es necesario economizarla. En su frecuente uso (como en otras cosas), imitó Moratín el estilo, quizá demasiado artificial, de los líricos italianos, cuya lengua, por otra parte, se presta más que la nuestra a las inversiones, aun en prosa. Se cree que con semejantes artificios se ennoblece el estilo; lo que se logra las más veces es alejarlo del idioma natural y sencillo en que los hombres expresan ordinariamente sus pensamientos y afectos.

Otra cosa que notamos en las obras líricas de Moratín y de los demás clasiquistas, es el prurito continuo de emplear las imágenes de la mitología gentílica, de que no se han abstenido ni aun en sus composiciones sagradas. Nos choca la palabra *Averno* en asuntos tan eminentemente cristianos como el del soneto *A la Capilla del Pilar de Zaragoza,* y el del *Cántico de los Padres del Limbo.* Lo mismo decimos del *Olimpo* en la oda *Con motivo de la fiesta secular de Lendinara.* En el soneto *A don Juan Bautista Conti —Febo, desde la tierna infancia de Moratín, quiso que pulsara el plectro de marfil y gozara los verdes bosques y la fuente fría del Helicona.* Más adelante, *el coro de las musas oye suspenso el canto* de Moratín. En el soneto *A Flérida poetisa—, una ninfa del río Turia pulsa en el castalio coro la cítara griega y latina.* Mas ¿para qué citar ejemplos? Rarísimo será el soneto, oda, cántico, silva, romance, en que no haya más o menos de esta fantasmagoría mitológica. Da lástima ver ensartadas en un estilo y versificación tan hermosos unas flores tan ajadas y marchitas.

Notaremos también, como peculiar del estilo clásico, el abuso de la amplificación, la manía de sustituir a un nombre propio una definición poética del objeto. Se buscan la sublimidad y nobleza, desliendo las ideas en estudiadas y ambiciosas perífrasis; y se disfraza no pocas veces con estos artificiales atavíos la pobreza real de los pensamientos e imágenes. Ni aun la voz *Pilar* se encuentra en el primero de los sonetos de Moratín poco ha citados, que si no fuera por el epígrafe, sería quizás un verdadero enigma para el mayor número de los lectores.

Soneto *Las Musas.* Sus oficios no nos parecen tan bien declarados, como dice Hermosilla. Polimnia (*la de muchos himnos,* que eso significa su nombre) era, según algunos, la diosa del canto y de la retórica. No sabemos con qué fundamento la haga presidir Moratín a la poesía didáctica:

Sabia Polimnia, en razonar sonoro,
verdades dicta, disipando errores.

De Urania dice que

Mide... los cercos superiores
de los planetas y el luciente coro:

expresión que no nos parece ni exacta, ni clara. *Los cercos superiores de los planetas* no pueden ser otra cosa que las órbitas del Sol, Marte, Júpiter y Saturno, de manera que la Luna, Mercurio y Venus quedan excluidos, sin motivo alguno, de la jurisdicción de esta musa. Ni acertamos a determinar la idea precisa significada por el *luciente coro.* Si lo forman todos los astros, como debiera ser, la mención especial de los planetas superiores es una redundancia. Si solamente las estrellas fijas, no vemos razón para que no concurran a él las más móviles y espléndidas de las antorchas celestes, como lo son a nuestra vista los planetas.

Mudanzas de la suerte y sus rigores
Melpómene feroz bañada en llanto.

Rigores después de *mudanzas de la suerte* es ripio. *Feroz* y *bañada en llanto* son dos epítetos que no pueden convenir simultáneamente a una misma persona.

Pinta vicios ridículos Talía
en fábulas que anima deleitosas,
y ésta le inspira al español Inarco.

Este *le* pleonástico, introducido solamente para llenar el verso, hace floja y desgraciada la conclusión. El soneto no es digno de Moratín.

Junio Bruto. No tan perfecto como juzga Hermosilla. El senado no tenía que hacer en los juicios; ni se quemaba incienso a los dioses en las ejecuciones sangrientas ni los *altares de oro* convienen a la sencillez y pobreza de la infancia de Roma republicana, que bien merecía alguna pincelada en el cuadro: *Famam sequere.*

Valerio alza la diestra; en ese instante,
al uno y otro joven infelice
hiere el lictor, y las cabezas toma.

Obsérvese lo que una frase superflua, introducida únicamente para proporcionar una rima, puede perjudicar a la exactitud de las ideas y a la verdad de la descripción. La inútil inserción de *en ese instante* nos obliga a mirar como simultáneos los dos golpes sucesivos del hacha sobre los cuellos de los dos jóvenes, y lo que es más, como simultáneo con ambos golpes el acto de tomar las cabezas, lo que da al ministerio terrible del verdugo la celeridad intempestiva y algo ridícula de un juego de manos. Además no se alcanza para qué *toma* el lictor las cabezas, si no es para dar un consonante a *Roma.* Si se dijese que las *alza* o *levanta,* entenderíamos que las muestra al pueblo; pero *tomar* no sugiere esa idea.

Gracias, Jove inmortal: ya es libre Roma.

Conclusión sublime y verdaderamente romana; pero es justo observar que Moratín la sacó *totidem verbis* del final de una tragedia francesa, que tiene el mismo asunto que su soneto:

Rome est libre, il suffit: rendons graces aux dieux.

Permítasenos detenernos en una cuestión puramente gramatical. Moratín ha dicho en este soneto *las haces*, conformándose sin duda con el *Diccionario de la Academia Española*. A pesar de nuestro respeto a la autoridad de este sabio cuerpo, no podemos convenir en el género femenino de *haces*. *Estas haces* eran *unos haces* de varas: la palabra no significa otra cosa. Esa misma era la significación del latino *fasces*, masculino. Esa misma es la del francés *faisceaux*, masculino. Valbuena, en su *Diccionario latino-español* (cuarta edición), exponiendo la palabra FASCIS, dice: "FASCIS, haz, manojo. FASCES, *los haces* de varas, atados con una hacha en medio, que llevaban delante los lictores por insignia de los pretores provinciales, procónsules, pretores urbanos, cónsules y dictadores. *Summittere fasces,* bajar *los* haces: cortesía que usaban los magistrados menores cuando se encontraban con los mayores". Casi otro tanto repite en su diccionario español-latino *v.* HAZ. El punto, en nuestro concepto, no admite duda.

Otra cuestión: ¿es anticuado *haces* en el sentido de que se trata, como enseña la Academia? (Nos referimos a la séptima edición del *Diccionario*). Pero si *haces,* significando manojos, no es anticuado, ¿por qué ha de serlo significando los manojos de varas de que iban armados los lictores? Sobre todo, ahí está Moratín, que, pudiendo haber preferido la forma recomendada por la Academia, se abstuvo de hacerlo; y no era él hombre que anduviese a caza de palabritas anticuadas para embutirlas en sus versos.

Tercera cuestión. ¿Es *fasces* femenino, como pretende la Academia? La voz es enteramente latina, y esto basta para decidir la cuestión. Si el *Diccionario Latino* de Valbuena le da ese género, ha sido probablemente descuido del impresor; y no está de más notarlo, porque lo vemos copiado inadvertidamente en la edición de don Vicente Salvá.

Rodrigo: excelente soneto. —Sin embargo de lo que dice Hermosilla, no nos parece que sean dignos de señalarse como particularmente felices los epítetos *ronco estruendo, ignorada senda, estrago horrendo, sombra fría, herido y débil,* y *raudal ondoso,* que se encuentran en los más adocenados poetas, aplicados a los mismos objetos en circunstancias análogas—. En cuanto a *militar porfía,* que, según Hermosilla, no es una buena perífrasis para significar un combate obstinado, porque *porfía* es contienda o disputa de palabras, nos apartamos también de su dictamen, y lo hacemos ahora con más confianza, porque tenemos a nuestro favor el sufragio de la Academia, que da a *porfía* secundariamente la acepción general de "continuación o repetición de una cosa muchas veces con ahínco y tesón". Moratín ha dicho *sangrienta militar porfía,* y ese epíteto hace todavía más clara y

determinada la frase. —El segundo terceto, en que se pinta la muerte de Rodrigo en el Guadalete, es bellísimo:

Surca las aguas; cede al poderoso
ímpetu; expira el infeliz; y entrega
el cuerpo, al fondo; a la corriente, el manto.

Cuentas de Eliodora Saltatriz. En las

...hechuras y puntadas
de madama Burlet y del platero,

Hermosilla nota, con alguna razón, que, tal como está la palabra, parece que el *platero* se hace pagar, no sólo sus hechuras, sino sus puntadas, como si fuera sastre o modista. Además, *puntadas* se incluye en *hechuras,* y es ripio.

La Noche de Montiel. El rey de Castilla don Pedro el Cruel, estrechamente bloqueado en Montiel por su hermano el infante don Enrique de Trastamara, trató de corromper la fidelidad del condestable Beltrán Duguesclin, que con una compañía de franceses ayudaba al infante. Beltrán no hizo escrúpulo de engañar al rey, y le convidó a una entrevista nocturna, en que don Pedro se encontró inopinadamente con su rival. Trabada entre ellos la lucha, como la describe Moratín, Beltrán intervino, favoreciendo al infante, que se hallaba ya a punto de perder la vida. El fatal efecto de esta alevosa intervención es lo que se indica en los versos:

Beltrán (aunque sus glorias amancilla)
trueca a los hados el temido instante.

Pero la expresión es oscura e impropia. Lo que trueca Beltrán a los hados no es el instante de la muerte, sino la víctima. El epíteto de *lucha vacilante* merecía notarse como más nuevo y pintoresco que todos los del soneto de *Rodrigo.*

A Clori histrionista. Viejo cuadro de mitología griega, pero bien barnizado. El *vinoso auriga* es del vocabulario culterano de los discípulos de Góngora.

No va menos dichosa y opulenta,
que la de cisnes cándidos tirada
concha de Venus, cuando en la morada
celeste al padre ufana se presenta.

El tercer verso de este cuarteto es lánguido. Pero el epíteto *opulenta,* con perdón del señor Hermosilla, es propio y oportuno. Decir que el coche simón que conduce a la bella comedianta, no va menos dichoso y rico, que la concha en que Venus se presenta ufana a su padre, no es decir que el coche simón sea rico de suyo. El carruaje más desastrado puede ir opulento por la carga que lleva.

A Clori declamando en fábula trágica.

¿Qué acento de dolor el alma vino
a herir? ¿Qué funeral adorno es éste?
¿Qué hay en el orbe que a tus luces cueste
el llanto que las turba cristalino?

¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino
así ofender su espíritu celeste?
¿O es todo engaño, y quiere Amor que preste
a su labio y su acción poder divino?

Algo violenta es esta transición de la segunda persona a la tercera en el sexto verso. Lo mismo decimos de la de un sujeto a otro en el undécimo. El amor, dice el poeta, quiere que Clori, exenta de los sentimientos que ella inspira,

silencio imponga al vulgo clamoroso,
y dócil a su voz se angustie y llore.

La construcción pide que el *se angustie y llore* se refiera *a Clori,* y la intención del poeta es que se refiera al *vulgo.*

Para el retrato de Felipe Blanco. Uno de los mejores sonetos de Moratín y de la lengua castellana.

A la memoria de don Juan Meléndez Valdés. Bellísimo, no obstante los resabios de mitología.

El de *La Despedida* es también de un mérito sobresaliente.

A la exposición de los productos de las artes en el Louvre. Tenemos el *mientra* por errata. Moratín no gustaba de arcaísmos; y nunca los empleó, sino cuando le fueron absolutamente necesarios para el ritmo; y aun eso con suma moderación.

A la Muerte de Máiquez. Excelente.

A un cuadro de Guerin. Llorar Héctor sin vida y Hécuba doliente, siendo Héctor y Hécuba los objetos llorados, no lo consiente nuestra lengua. El acusativo de nombre propio sin artículo debe ir precedido de la preposición *a.* Hermosilla no suele ser el delicado y severo Hermosilla, cuando toma a Moratín en la mano.

Al autor de las Geórgicas Portuguesas. La levísima dureza de *inextinguible gloria* sólo consiste, si no nos engañamos, en la proximidad de *ble, glo,* articulaciones heridas ambas por la líquida *l.* La sustitución del epíteto *interminable,* o *inmarcesible,* sugerida por Hermosilla, dejaría subsistir el defecto.

A una bailarina de Burdeos.

O en breve sueño su inquietud reposa,
o el aire hiende, la prisión burlada,
dulces afectos inspirar la agrada.

El sentido es "ya *repose* dormida, ya *hienda* el aire". El uso de los indicativos, *reposa, hiende,* es un solecismo, en que Moratín no habría

incurrido, sino por la violencia que hace a veces la rima a los más esmerados poetas.

II

Cánticos y Odas de Moratín

Cántico *La Anunciación.* Bastante bueno; pero no tanto que justifique los inmoderados elogios de Hermosilla, que pasa aquí la raya de una excusable parcialidad. "Nótese todo él, dice, porque todo es lo mejor que pudo hacerse, dado el asunto".

Cántico *A nombre de unas niñas españolas de una familia refugiada en Francia.* El coro es de lo más débil que salió de la pluma de Moratín:

Si la que fiel se ajusta
a tu ley soberana,
en leve sombra y vana
se debe disipar;

Antes la Parca adusta,
que le amenaza fiera,
de crímenes pudiera
la tierra libertar.

Todo esto se reduce a decirnos que, debiendo morir una tan buena señora, la muerte pudiera acabar primero con los malvados: pensamiento que seguramente no tiene nada que lo recomiende. El segundo verso carece de la cadencia rítmica necesaria para el canto. *Parca* es una diosa gentílica, cuyo nombre no suena bien en una poesía devota. *Adusta* y *fiera* son dos epítetos que ofrecen aquí sustancialmente una misma idea, en una misma oración; que califican a un mismo objeto, y riman y llenan el verso, y nada más: con uno de ellos, sobraba. Pero lo peor de todo, en nuestro juicio, es la idea expresada por los versos tercero y cuarto. ¿Cómo podían figurarse unas niñas cristianas que todo lo que había de quedar de su bienhechora después de la muerte era una *sombra leve y vana*? ¿Podían olvidar la recompensa prometida a la virtud en una existencia muy diferente de la de las sombras o manes gentílicos? Algunas de estas faltas pasarán por pecadillos veniales; pero tantas, acumuladas en ocho rengloncitos heptasílabos, hubieran parecido a Hermosilla más que lo bastante para llamarlos *flojillos,* si los hubiera encontrado en Noroña o Cienfuegos.

Oda *Con motivo de la fiesta secular de Lendinara.* Dulcísima. Ella sola sería suficiente para dar a Moratín un lugar elevado entre los líricos españoles. El juicio de Hermosilla está en todo conforme con el nuestro en cuanto a la sobresaliente belleza y elegancia de esta oda, que es una de las mejores que se han compuesto en español.

Oda *A Jovellanos.*

Id, en las alas del raudo céfiro,
humildes versos, de las floridas
vegas que diáfano fecunda el Arlas,
a donde lento mi patrio río
ve los alcázares de Mantua excelsa.

Hermosilla dice que este metro era desconocido en el Parnaso castellano de Moratín. Pero propiamente el verso es pentasílabo, conocido y usado de largo tiempo atrás:

Id en las alas
del raudo céfiro,
humildes versos,
de las floridas
vegas que diáfano, etc.

No consiste la unidad del verso en que el autor haya querido escribirlo en una sola línea, sino en no poderse dividir constantemente en dos o más miembros de determinado número de sílabas, y separados uno de otro de manera, que, entre la sílaba final del primero y la inicial del segundo, no haya nunca sinalefa, y en que cualquiera de los miembros tenga una sílaba menos, si es agudo, y una más, si es esdrújulo. Ahora bien, la oda *A Jovellanos* no tiene sinalefa alguna en el paraje indicado, y presenta el aumento de sílaba en todos los finales esdrújulos, a cualquier miembro que pertenezcan.

Oda *A Nísida.* La idea principal y muchos de los pormenores son de Horacio. Y luego *Gradivo, cuerdas de oro, plectro, la madre de los amores,* y *aras cubiertas de mirto y flores.* ¿A qué hombre verdaderamente enamorado se le ocurren jamás tales ideas? ¿Qué amante se encomienda hoy a Venus para que ablande el corazón de su amada? *Rien n'est beau que le vrai.* Hermosilla no hubiera tal vez perdonado a otro poeta el penúltimo verso, que, sobre no ser muy decente, es algo prosaico.

Oda *A la muerte de Conde.* Muy bella; y mejor sería, si no se encontrasen en ella, como de costumbre, *las nueve de Helicona,* con su *lira de marfil,* y *el Pindo,* y *la caña pastoril de Teócrito,* y *la Parca,* y *Febo.* ¡Qué prurito de gentilizar! —No nos agrada *el Numen* para significar el verdadero Dios:

Y el cántico festivo
que en bélica armonía
el pueblo fugitivo
al Numen dirigía,
cuando al feroz ejército
hundió en su centro el mar.

Parece que se tratara de una divinidad mitológica. *Bélica* no era ciertamente la armonía de los cantares que entonaban los israelitas celebrando el poder de Jehová, que había destruido a su enemigo. Ni el ejército de

Faraón fue hundido en el *centro* del mar, sino en una de sus extremidades. A pesar de estos pequeños lunares, que resaltan más en un estilo tan habitualmente esmerado y correcto, convendremos en que la composición, aunque no corresponda a todas las alabanzas de Hermosilla, es una de las mejores de Inarco Celenio.

Oda *A Rosinda histrionisa.* No sabemos por qué razón el elogio extendido de una actriz debiese escribirse, como pretende Hermosilla, en un romance octosilábico, y no en versos anacreónticos. Los de esta poesía no lo son realmente, sino estrofas heptasílabas de cuatro versos que es cosa diversa, como más adelante veremos. Ella es una verdadera y hermosa oda en el tono de la *Quis multa gracilis te puer in rosa* de Horacio. Notaremos (además del abuso perpetuo de la mitología) el *le* pleonástico de

> *El tiro que destinas*
> *al flechero le vuelves;*

el epíteto de *cítara* en la estrofa:

> *Por mí sus alabanzas*
> *serán cantadas siempre*
> *en acentos süaves*
> *de cítara* doliente.

¿Por qué había de ser *doliente* una cítara que se empleaba en cantar alabanzas? Sólo porque era necesario para el asonante.

Oda *Los días.* Cuestión entre Hermosilla y Tineo sobre si es anacreóntica o no es anacreóntica. ¿Qué importa el nombre? Lo que se podría dudar es si el metro es o no adecuado a la materia, y si el poeta ha sabido desempeñarla. En realidad de verdad, la composición es una sátira, y tan sátira como cualquiera de las de Horacio; la *Ibam forte via sacra,* por ejemplo.

Oda *A la memoria de don Nicolás Fernández de Moratín.* Diga lo que quiera Hermosilla, no es anacreóntica, sino verdadera *oda* elegíaca, como la *Quis desiderio sit pudor aut modus* de Horacio. Ni podemos tampoco persuadirnos a que, siendo elegíaca, no debió componerse en el romancillo heptasílabo. ¿Por qué hemos de creer que este verso no sirva más que para retozos y brindis? Nuestro crítico olvidó que las odas y endechas heptasílabas se componían siempre en estrofillas de a cuatro, como las de esta composición, lo que no suele hacerse en la verdadera anacreóntica, que es libre y desembarazada en su marcha. En la métrica castellana, se llamaron *endechas* las estrofas de esa clase, y *endechas reales* las que constaban de tres heptasílabos y un endecasílabo; y es bien sabido que a las canciones lúgubres se daba el nombre de *endechas,* lo que indica que se miraba la estrofa heptasílaba como apropiada a lo triste y lamentable: la denominación de la materia se trasladó a la forma. Pero no disputemos sobre nombres. ¿Es o no a propósito el ro-

mance heptasílabo en estrofas regulares para los asuntos suaves, tiernos y tristes? He ahí la verdadera cuestión; y para decidirla en el sentido de Moratín y el nuestro, basta citar *Las Barquillas* de Lope.

No se puede negar que hay mucha suavidad y elegancia en esta composición de Moratín. Diremos con todo que la *corva aljaba* nos parece algo impropio: ¿cómo pudieran guardarse las flechas en una aljaba corva? Pero lo peor de todo es que no vemos en estas endechas, como debía esperarse, un hijo que riega con sus lágrimas el sepulcro de su padre, sino un pastor de Arcadia que llora a un pastor del Termodonte, cuya alma habita, por supuesto, no el cielo de los cristianos, sino los campos elisios, y sobre cuya tumba se reclina Erato, mientras que Cupido huye del seno de su madre, se esconde, rompe el arco y la venda, quema la aljaba, etc. Y tras todo esto, la *Parca, las ninfas, Dione, el Aqueronte, Clío,* y *las aves de Venus.*

Si se quiere oír el genuino lenguaje del amor filial y de la verdadera ternura, léase el siguiente romance del habanero Heredia, arrebatado demasiado temprano a la poesía y a la América.

A MI PADRE EN SUS DIAS

Ya tu familia gozosa
se prepara, amado padre,
a solemnizar la fiesta
de tus felices natales.
Yo, el primero de tus hijos,
también primero en lo amante,
hoy lo mucho que te debo
con algo quiero pagarte.
¡Oh! ¡cuán gozoso confieso
que tú de todos los padres
has sido para conmigo
el modelo inimitable!
Tomastes a cargo tuyo
el cuidado de educarme,
y nunca a manos ajenas
mi tierna infancia fiaste.
Amor a todos los hombres,
temor a Dios me inspiraste,
odio a la atroz tiranía,
y a las intrigas infames.
Oye, pues, los tiernos votos
que por ti Fileno hace,
y que de su labio humilde
hasta el Eterno se parten.
Por largos años, el cielo
para la dicha te guarde
de la esposa que te adora
y de tus hijos amantes.
Puedas mirar tus bisnietos
poco a poco levantarse,
como los bellos retoños
en que un viejo árbol renace,
cuando al impulso del tiempo

la frente orgullosa abate.
Que en torno tuyo los veas
triscar y regocijarse,
y que entre amor y respeto
dudosos y vacilantes,
halaguen con labio tierno
tu cabeza respetable.
Deja que los opresores
osen faccioso llamarte,
que el odio de los perversos
da a la virtud más realce.
En vano blanco te hicieran
de sus intrigas cobardes
unos reptiles oscuros,
sedientos de oro y de sangre.
¡Hombres odiosos!... Empero
tu alta virtud depuraste,
cual oro al crisol descubre
sus finísimos quilates.
A mis ojos te engrandecen
esos honrosos pesares;
y si fueras más dichoso,
me fueras menos amable.
De la mísera Caracas
oye al pueblo cual te aplaude,
llamándote con ternura
su defensor y su padre.
Vive, pues, en paz serena;
jamás la calumnia infame
con hálito pestilente
de tu honor el brillo empañe.
Déte en medio de tus hijos
salud su bálsamo suave;
y bríndete amor risueño
las caricias conyugales.

Hermosilla censuraría justamente algunas repeticiones, rechazaría algunas palabras y frases menos castizas, y diría que este o aquel verso es prosaico y flojillo. Y nosotros le responderíamos con el Alcestes de Molière:

Mais ne voyez vous pas que cela vaut bien mieux,
que ces colifichets dont le bon sens murmure,
et que la passion parle là toute pure?

III

Traducciones, Cuentos, Silvas, y otras Poesías de Moratín

Sobre las traducciones de Horacio, no podemos pasar tan de ligero como lo hace Hermosilla, ni conformarnos con su dictamen de que el texto latino ha sido perfectamente entendido y expresado.

La que principia *Deja la Chipre amada,* tomo 3º, página 284, de la edición de París, no es gran cosa. *Invocar con humos* no es invocar con incienso, *vocantis thure te multo.*

La que principia *No pretendas saber,* página 289, pudo también haberse omitido en la colección de las obras de Moratín, sin el menor detrimento de la fama de este gran poeta. El verso suelto no es a propósito para la oda, que pide estrofas:

...no, que en dulce paz cualquiera
suerte podrás sufrir...

¿Y quién gozando de una dulce paz, se quejará de la fortuna? Lo que dice Horacio es que no debemos afanarnos para adivinar lo futuro, y que es mucho mejor gozar lo presente, y resignarnos a lo que ha de venir, sea lo que fuere.

...La edad nuestra
mientras hablamos, envidiosa corre.

El *fugerit ætas* de Horacio es optativo en el sentido de concesión: huya, desaparezca enhorabuena la edad envidiosa.

La que empieza *Que al fin las riquezas,* página 302, es elegante y poética, aunque algo descolorida, por la falta de rimas y de estrofas.

¿Cuál en regio alcázar
llenará tus copas,
ungido el cabello
de aromas süaves,
mancebo ministro?

En regio alcázar desfigura el original *ex aula.* No es la habitación futura de Iccio la que se designa con esta expresión. Iccio parte a la guerra; y Horacio se figura que un mancebo de noble estirpe, educado en un palacio, hecho prisionero y esclavo por las armas romanas, será algún día su copero.

Rumbo mejor, Licino, página 339.

Y si el viento tu nave
sopla serenamente,
la hinchada vela cogerás prudente.

Serenamente no es el *nimium secundus* de Horacio, ni hay para qué coger la vela si el viento no hace más que soplar sereno. *Sopla tu nave* es mala sintaxis, acaso hay errata, y deberá leerse *a tu nave.* Nótese también el *to tu* que es de las cacofonías que Hermosilla no consiente a otros poetas, aunque en realidad sea poco menos que imposible evitarlas absolutamente, sin el sacrificio de consideraciones más importantes que esa melindrosa delicadeza del oído.

De cuál varón o semidiós, página 434. Hermosilla no está bien con la silva para la oda, y creemos que tiene razón.

Las haces justicieras *de Tarquino.*

No es la mente de Horacio: debía decir *crueles, tiránicas: superbos Tarquini fasces.* Creyó tal vez Moratín con algunos intérpretes, que Horacio hablaba del primero de los Tarquinos, porque no era natural que, en un himno en que se celebraban los héroes y grandes hombres de Roma, se hiciese memoria de Tarquino *el Soberbio.* Pero *superbos* determina con la mayor individualidad al segundo; y recordando su tiránico imperio, alude el poeta indirectamente a los que le destronaron, y fundaron la república romana: hecho demasiado importante y glorioso para que se pasase en silencio. Un cortesano de Augusto podía tener sus razones para no hacer una mención expresa de Bruto.

O si de Emilio cante,
pródigo de la vida,
la palma sobre Aníbal obtenida.

Esto es aún más abiertamente contrario al texto original, *superante poeno,* y a la voz irrefragable de la historia, que testifica la victoria de Aníbal sobre el cónsul Emilio Paulo en la batalla de Cannas, una de las más desastrosas que eclipsaron la gloria de las armas romanas. ¿Cómo pudo Moratín desfigurar de esta manera un pasaje tan claro y un suceso tan universalmente conocido?

...Crece frondoso
con una y otra edad árbol robusto:
así la fama crece de Marcelo.

Sobre estar algo descosidas las dos frases, no exprimen la idea de Horacio. Crece la fama de Marcelo, dice Horacio, como se desarrolla el árbol animado de una oculta vida, esto es, de una vida nativa, propia, que no se debe al cultivo.

Llevando por el mar el fementido: página 444. *Idalias naves* no significa naves fabricadas con la madera del monte Ida, que es el sentido de Horacio. *Idalio* es lo que pertenece al monte Idalo de la isla de Chipre, que jamás estuvo comprendido en los dominios de los reyes de Troya, como lo estuvieron las faldas del Ida. *El égida sonante:* ¿por qué no *la?* El hiato no tendría aquí nada de ofensivo al oído, y sobre todo, no es lícito sacrificar la gramática a la armonía. *Acorde lira* no exprime el *imbellis citara* del original, tan oportuno, hablando de Paris: la idea sugerida por *imbellis* es: blanda, muelle, mal avenida con la guerra.

El *Coche en venta* es un cuento, y bastante gracioso. Si a pesar de los cuentos de La Fontaine y de otros se opone que en el mapa de la poesía clásica, no hay ningún país de este nombre, decimos que el *Coche en venta* es una sátira por el estilo de la ya citada *Ibam forte* de Horacio, a la que se asemeja también por el asunto; y si todavía se objeta el verso, preguntaremos cuál ley, en el código de la razón y del buen gusto, o si se quiere, en los de Aristóteles, Horacio y Boileau, prohíbe escribir sátiras en verso pentasílabo. De *epístola,* como lo llamó el autor,

no tiene más que el epígrafe; y de *letrilla*, como lo bautizó el anotador, nada tiene. La letrilla se distingue de todas las otras composiciones por sus estrofas y su estribillo.

Silvas *A Goya*, *Sobre el nuevo plantío de Valencia*, y *A la marquesa de Villafranca*.

A la muerte quitándola trofeos.

El *la* enclítico es puro ripio.

La mansión del Olimpo y sus centellas.

Estas *centellas* están aquí solamente para rimar con *bellas*.

La última de estas silvas es magnífica; y nos parecería perfecta, si no fuese por la inoportunidad de la perdurable mitología. ¿Qué hace el *Olimpo* en el bello cuadro de la gloria celestial, con que termina esta composición? ¿No era mucho más propio, y no es igualmente poético el *Empíreo?*

Romances y *Epigramas*. Buenos, aunque (en nuestra humilde opinión) no tanto, ni con mucho, como pondera Hermosilla. Nótese, en el de *El niño sollozando*, el mismo *vehemente* trisílabo, reprobado por Hermosilla en aquel verso anacreóntico de Meléndez.

Ora vehementes truene.

Diálogo traducido del italiano. Lleno de ternura y de gracia. El verso es pentasílabo, pues cada línea consta de dos partes iguales, entre las cuales nunca hay sinalefa, y por consiguiente puede haber hiato, como lo hay efectivamente en:

También con ella
iba un pastor.

Idilio *La Ausencia*. Bellísimo; pero (con perdón del señor Hermosilla) no mejor que cuanto se ha escrito de este género en nuestra lengua; porque, prescindiendo de la primera égloga de Garcilaso, jamás excedida ni igualada en castellano, nos parece superior el *Tirsis* de Figueroa, que, por estar en el mismo metro, puede más fácilmente compararse con el presente idilio.

En la poesía bucólica de los castellanos, ha sido siempre obligada, por decirlo así, la mitología, como si se tratase, no de imitar la naturaleza, sino de traducir a Virgilio, o como si las églogas o idilios de un siglo y pueblo debieran ser otra cosa que cuadros y escenas de la vida campestre en el mismo siglo y pueblo, hermoseada enhorabuena, pero animada siempre de pasiones e ideas que no desdigan de los actuales habitantes del campo. Ni aun a fines del siglo XVIII, ha podido escribirse una égloga, sin forzar a los lectores, no a que se trasladen a la edad del paganismo (como es necesario hacerlo, cuando leemos las obras

de la antigüedad pagana), sino a que trasladen el paganismo a la suya. ¡Pastores de nuestros días hablando de *las Hamadríades* y de *la alma Citeres!*

La ondosa trenza deslazada al viento.

"No hay bastante propiedad. *Ondoso* o *undoso* se dice del mar y del viento, y significa que ambos fluidos están agitados y forman lo que llamamos *ondas;* pero a la culebra, que es un cuerpo sólido, no puede convenir aquel epíteto, sino por una muy estudiada y aun alambicada metáfora, para dar a entender que levantando, al moverse, una parte de su cuerpo y bajando otra, forma una como sinuosidad parecida a la que forman las ondas de los cuerpos fluidos. Pero en este caso ¡cuán débil y traída de lejos sería la semejanza!" Todo esto es de Hermosilla, censurando, no a Moratín, sino al pobre Meléndez. Si no se puede decir que una culebra es ondosa, tampoco se puede decir que lo es una trenza de pelo, porque entre las dos cosas la semejanza, en cuanto a las *como sinuosidades,* es perfecta y completa. Pero la observación en sí misma nos parece infundada. La Academia, v. *ondear,* dice: "formar ondas los dobleces que se hacen en alguna cosa como el pelo, vestido, ropa, etc". Y desde que el pelo rizo hace ondas, y puede por consiguiente llamarse *ondoso,* ¿por qué no la culebra? Lo que hallamos de alambicado en esta materia es la censura del señor Hermosilla.

Epístola Moral a Don Simón Rodríguez Laso. Modelo de epístolas morales y de la elegante facilidad con que debe escribirse el verso suelto. ¿Quién al leer tan admirable poesía echa menos la rima? El asunto a la verdad es algo común pero la ejecución es acabada, y el pincel virgiliano.

Epístola Moral a Don Gaspar de Jovellanos. Casi tan buena como la anterior. Estas dos epístolas y el *Cántico de Lendinara* bastarían para probar que la corona dramática no es la más brillante de las que ciñen la frente de Inarco Celenio.

Y la que osada desde el Nilo al Betis
sus águilas llevó:

no dice bastante. Las águilas romanas dilataron su vuelo mucho más allá, por el oriente y occidente.

A un ministro sobre la utilidad de la historia. Magnífica amplificación de lugares comunes. El epíteto de *numen* dado a un rey nos parece algo semejante a la apoteosis de los emperadores romanos.

Dedicatoria de *La Mojigata* al príncipe de la Paz. Las dotes ordinarias de Moratín: elegancia sostenida y armonía perfecta. No hallamos fundamento para los encarecimientos de la fecundidad poética con que dice Hermosilla que su poeta favorito ha hermoseado un asunto estéril: *mutatis mutandis* vemos aquí la oda de Horacio *Scriberis Vario.*

IV

Conclusión

No seguiremos discutiendo los fallos de don José Gómez Hermosilla sobre las obras de Moratín y sobre los rasgos particulares a que contrae su atención en ellas. Su juicio acerca de la *Epístola a Andrés* * nos dará ocasión para examinar algunas de sus reglas generales relativas a ciertas modificaciones del pensamiento y de la expresión poética.

A los que juzguen sólo por autoridades, pareceremos, sin duda, presuntuosos, oponiendo nuestro modo de pensar al de un literato tan respetable por sus conocimientos filológicos, y que juntaba a este mérito el de manejar la lengua castellana con incomparable maestría. Pero los que sean capaces de juzgar por sí, digan, después de leído este artículo, si es injusticia o temeridad afirmar que Hermosilla sentó algunas veces, como inconcusos, hechos falsísimos, que, rectificados, dejan a descubierto la falacia de las doctrinas que pretendió apoyar en ellos.

Con motivo de la *Epístola a Andrés,* se propone probar que el estilo poético no consta de otros elementos que el de los escritores en prosa; y alega en primer lugar el ejemplo de los griegos y latinos. Sus aserciones nos parecen en parte dudosas, en parte erróneas. "Homero, dice, jamás se permitió quebrantar las reglas gramaticales que el uso tenía ya sancionadas". ¿Cómo puede nadie saberlo en el día? ¿Tenemos medios para comparar el lenguaje de Homero con el de la edad y el país en que salieron a luz sus poemas? Todo lo que sabemos de la lengua en que Homero poetizó, se reduce a las observaciones que filólogos de tiempos muy posteriores han hecho sobre las mismas obras que se le atribuyen. Se da por supuesto que en él todo es correcto y perfecto; se juzga de lo que pudo y debió decir por lo que dijo; y aplicando a las voces y frases de la *Ilíada* y la *Odisea* los cánones gramaticales deducidos del lenguaje de la *Ilíada* y de la *Odisea,* es imposible que no las hallemos gramaticalmente correctas. Pero prescindiendo de la oscuridad en que se hallan envueltas muchas cuestiones relativas a la edad de Homero, a su patria, a lo genuino de sus obras, y aun a su misma personalidad; admitiendo que este personaje, quizá no menos mitológico que Anfión y Orfeo, haya realmente existido, y no sea la personificación de toda una escuela poética; admitiendo, en fin, que Homero no haya empleado en sus cantos un lenguaje particular, sino el mismo que se hablaba en la Jonia en su tiempo, ¿podrá decirse de los otros poetas de la Grecia lo que al señor Hermosilla le plugo decir de Homero? ¿Han escrito todos ellos en el idioma que bebieron con la leche, sin mezclarlo con ciertas fórmulas, sin darle ciertas desinencias que constituían una especie de dialecto exclusivamente rapsódico o poético? ¿No es sabido (limi-

* *Obras* de Moratín, tomo 3, página 408, edición de París.

tándonos a un solo ejemplo) que en los coros de las tragedias atenienses, se hace uso de voces, frases y terminaciones que no eran del pueblo ateniense, ni se empleaban jamás en el diálogo de aquellas mismas tragedias? No nos pasa por el pensamiento recomendar esta práctica; pero sea buena o mala, el señor Hermosilla, alegando el ejemplo de los griegos para fundar su doctrina, se acoge a una autoridad que más bien podría citarse para defender la fraseología de Meléndez y Cienfuegos, a lo menos en parte.

Pasemos a los latinos. Los arcaísmos de Virgilio y Horacio son algunos más de los que indica el señor Hermosilla. No nos metemos en si contribuyen o no a la belleza y majestad del estilo: que los latinos lo creían así, no admite duda. "La antigüedad", dice Quintiliano, "da cierta dignidad a las palabras propias; las voces que no son del uso común hacen más venerable y majestuosa la expresión; y Virgilio, poeta de severísimo gusto, empleó con mucho primor esta especie de ornato" *. "Algunas locuciones antiguas", dice algo más adelante, "por su misma ancianidad nos agradan". He aquí, pues, que los latinos empleaban los arcaísmos para adornar sus versos, y que el mismo Quintiliano, uno de los oráculos de la escuela clásica, recomienda su uso. Lo que hay de reprensible en esta materia, según los latinos, es la inoportunidad y la afectación: vicios de que ciertamente no puede disculparse a Meléndez y a sus deslumbrados imitadores.

Palabras rigorosamente nuevas. "No hay una en los dos poetas (Horacio y Virgilio) que no se usase en su siglo". Pero sobre esta materia no puede haber mejor autoridad que la del mismo Horacio:

Y si expresar acaso te es forzoso
cosas antes tal vez no conocidas,
con prudente mesura inventa voces
del rudo antiguo Lacio no escuchadas...
¡Pues qué! ¿a Virgilio negará y a Vario
lo que a Cecilio y Plauto otorgó Roma?
¿O mirará con ceño que yo propio
con mi humilde caudal, si alguno junto,
aumente el común fondo? ¿Y no lo hicieron
Ennio y Catón con peregrinas voces
la patria lengua enriqueciendo un día?
Siempre lícito fue, lo será siempre,
con el sello corriente acuñar voces.
Como, al girar el círculo del año,
sacude el bosque sus antiguas hojas,
y con suave verdura se engalana;
así por su vejez mueren las voces,
y nacen otras, viven y campean
con vigor juvenil.

(Traducción de Martínez de la Rosa).

Así se defiende Horacio a sí mismo y a Virgilio contra los Hermosillas de su tiempo, que les echaban en cara el uso de voces y frases nuevas.

* *Institutione Oratoria,* libro 8, capítulo 3.

Don José Gómez Hermosilla censura con merecida severidad las extravagancias del estilo galo-salmantino; pero, si su crítica es casi siempre justa, los principios en que la funda son exagerados, y aun falsos; y sobre todo, no hallamos que señalen de un modo preciso los límites entre lo lícito y lo que no lo es en materia de innovaciones de lenguaje.

Entre éstas, da Hermosilla un grado especial de criminalidad a la conversión de los verbos neutros o intransitivos en activos, como si no fuera ésa una tendencia natural de las lenguas, y como si no se encontrasen de esas conversaciones en los escritores más correctos, o no fuesen más bien un mérito las osadías de esa clase, cuando son suaves, cuando están preparadas, cuando no hay el prurito de emplearlas a cada paso. Virgilio y todos los buenos poetas las usaron. Ahí está, sin pasar de la égloga segunda, el *ardebat Alexim*. Ahí está el *insanit amores* de Propercio, que es como si dijéramos *loquear amores*. Ahí está el verso de Juvenal:

Qui Curios simulant et bacchanalia vivunt,

verso, que peca dos veces mortalmente contra los mandamientos de Hermosilla, dando a *simulant* un acusativo de persona, como si dijésemos *simular Catones*, en vez de *simular las virtudes de los Catones*, y haciendo a *vivunt* transitivo, como si en castellano se dijese *vivir bacanales*. Ahí está el *sulcos el vincta crepa mera* de Horacio, el *garrire libellos* del mismo, etc., etc. El curioso puede consultar el capítulo *sobre los verbos neutros* o *falsamente llamados así* de la *Minerva* del Brocense, en que este ingenioso y erudito filólogo aglomera innumerables ejemplos de la misma especie, no sólo de poetas, sino de oradores e historiadores; y saca por conclusión que no existe verbo alguno de los llamados *neutros* que no sea susceptible de usarse como transitivo; y que, en realidad, no hay una diferencia esencial entre lo uno y lo otro. Es inconcebible la precipitación con que Hermosilla afirma que "no se hallarán ciertamente en ninguno de los dos poetas" (Virgilio y Horacio), "ni en ningún otro clásico latino, con acusativo de persona que padece, como dicen los gramáticos, los verbos *gemo* y sus compuestos", sin acordarse del

...gemens ignominiam plagasque superbi
victoris... (Geórgicas, III, 226);

ni del

Nunc Amyci casum gemit, et crudelia secum
Fata Lyci, fortemque Gyam, fortemque Cloanthum.
(Aeneida, I, 221);

ni del *ingemuise leones interitum*, de la égloga quinta; ni del *Ityn flebiliter gemens* de Horacio; ni de varios pasajes de Ovidio, en que *gemo* se usa con el acusativo de que habla Hermosilla, o en que tenemos la

forma pasiva *vita gemenda, fortuna gemenda,* que lo supone. Verdaderamente anduvo desgraciado nuestro crítico en tomar para muestra de su aserción un verbo de cuyo uso transitivo hay tantos ejemplos aun en la prosa latina.

De que un verbo se haya usado hasta ahora como intransitivo no se sigue que haya en su significado algo que rechace absolutamente el uso contrario, de manera que no sea capaz de acomodarse a él en situación alguna. Regístrese el *Diccionario de la Academia;* y se encontrará multitud de verbos, que pasaban antes por neutros, y se emplean ya corrientemente como activos. *Quebrar,* por ejemplo, significaba estallar, romperse, y en este sentido se dice todavía, "La verdad adelgaza, pero no quiebra". Tan neutro era *llorar* como *gemir;* y si el primero pudo dejar de serlo, ¿por qué no el segundo? *Anhelar* es respirar con dificultad; y como corriendo ansiosos tras un objeto, se hace difícil la respiración, *anhelo* vino a ser *deseo vehemente,* y se dijo *anhelar honores, empleos, riquezas. Suspirar* es dar suspiros, acepción naturalmente intransitiva; y nadie por eso se atreverá a reprobar aquella lindísima cuarteta de Lope de Vega:

Pasaron ya los tiempos
en que, lamiendo rosas,
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.

La conversión del neutro en activo puede ser viciosa, y puede ser, no sólo permitida, sino elegante y enérgica: todo depende de la oportunidad, de la preparación, de los adjuntos; y en la destreza y tino para sacar partido de estos adminículos, es en lo que consiste el primor del estilo. Sucede con esta clase de expresiones figuradas lo que con todas las galas de la elocución: la oportunidad les da esplendor; la afectación las aja.

Otro grave delito, según nuestro crítico, es el uso del nombre abstracto por el concreto. "No se verá que Virgilio y Horacio dijesen *silvosam solitudinem* por *silvam solitariam,* como lo hizo en castellano Cienfuegos". A nosotros no nos parece muy oportuno este ejemplo. *Soledad* tiene, entre otras acepciones, la de *lugar desierto, y selvoso* es lo que abunda de selva, con que no hay que hacerse mucha violencia para concebir que las dos palabras unidas signifiquen un lugar solitario cubierto de selvas. No hay aquí en rigor una conversión de lo concreto en abstracto; no hay tropo ni figura alguna; las palabras están tomadas en sentido propio.

Contraigámonos al caso en que hay una verdadera conversión de lo concreto en abstracto. Esta es una manera de locución que, como todas las otras, puede ser buena y puede ser mala, según su oportunidad, y los adjuntos que la acompañen. Virgilio y Horacio y todos los poetas

del mundo la han empleado, porque esa transformación es uno de los recursos del arte para ennoblecer las frases vulgares, agrandar y hermosear los objetos. Pudiéramos comprobarlo con muchos ejemplos; mas, para no cansar a nuestros lectores, nos limitaremos a aquel admirado pasaje del libro segundo de la *Eneida*, en que Virgilio describe la marcha de las falanges griegas *per amica silentia lunae*, por entre el propicio silencio de la luna, como si fuesen atravesando, no un espacio silencioso, iluminado por el astro de la noche, sino el silencio mismo. Esta conversión de lo abstracto en concreto es, como la de lo neutro en activo, un instinto natural de las lenguas: especie de tropo que, aceptado por el uso, llega por fin a emplearse corrientemente, y deja de serlo. Así la *Divinidad* es Dios; y *una beldad* es una mujer bella; y *un guardia* es un soldado; y *vanidades* son los objetos materiales que sirven de pábulo a la vanidad. Abrase cualquier diccionario, y se verán mil ejemplos de esa propensión de las lenguas. El señor Hermosilla hubiera querido que no se alterase nunca en lo más mínimo el significado de las expresiones recibidas, cuando cabalmente, en esas transiciones, en ese empleo de una idea como signo de otra, es en lo que se lucen la imaginación y el ingenio de los más favorecidos escritores. No vemos tanta severidad de principios ni en los modelos que reverencia, ni en sus propios escritos, ni en la doctrina de los antiguos. *Audendum est,* diremos nosotros a los jóvenes con Quintiliano; pero les repetiremos con este mismo legislador de la escuela clásica: *sed ita demum, si non appareat affectatio.*

V

Anacreónticas de Meléndez Valdés [35]

ODA 1ª

DE MIS CANTARES

En esta composición, se lee la siguiente estrofa:

> *Tú, de las roncas armas,*
> *Ni oirás el son terrible,*
> *Ni, en mal seguro leño,*
> Bramar las crudas sirtes.

"Las sirtes, que son unos bancos de arena", advierte Hermosilla, "no braman; las que braman son las olas al encontrarse con ellas: *Furit aestus arenis,* y no *Furit arena,* dijo Virgilio".

[Bello replicaba:]

Censura injusta. Las sirtes braman, hablando poéticamente, aunque en verdad no sean ellas, sino las aguas las que dan el bramido. De la misma manera que:

Nunc nemora ingenti vento, nunc littora plangunt
(Virgilio),

aunque no sean las selvas, ni las playas lo que gime, sino el viento en ellas. Si Virgilio dijo: *Furit aestus arenis,* y no *Furit arena,* porque así le vino a cuento, en otra parte, dijo: *Resonantia littora,* y no *Ventus littoribus resonans,* por el mismo motivo. Pero no hay necesidad de buscar ejemplos. Nada más trillado en poesía, que el *susurro de las hojas;* y se sabe que no son ellas las que susurran, sino el viento. Si hemos de creer a Hermosilla, no podrá ya decirse que suena cosa alguna en el mundo, excepto el aire.

ODA 2ª

EL AMOR MARIPOSA

En esta composición, Meléndez dice que el Amor

Tornóse en mariposa,
Los bracitos, *en alas,*
Y los pies ternezuelos,
En patitas *doradas.*

"Los diminutos *bracitos, patitas*", advierte Hermosilla, "son y serán siempre voces demasiado humildes, aun para las anacreónticas, por más que Meléndez y sus discípulos se hayan empeñado en dar carta de hidalguía a esta clase de palabras, introduciéndolas en composiciones del tono más elevado".

[Bello replicaba:]

No suscribimos a esta sentencia. Parecen humildes esos diminutivos, porque desgraciadamente lo han querido así los clásicos, desterrándolos hasta de composiciones en que pudieran muy bien tener cabida. Si no, digasenos: ¿son de mal gusto los diminutivos de Catulo?; ¿no dan suavidad y blandura al estilo de sus versos? Si no sucede lo mismo en castellano, no se culpe a la lengua, sino a los poetas que han querido hacerla inadecuada a todo género de asuntos.

ODA 3ª

A UNA FUENTE

Hermosilla declara que "es bastante bonita".

[Bello juzgaba que la descripción contenida en ella parecía algo débil.]

Entre varias críticas de detalle, Hermosilla reprueba el que Meléndez aplicase a la culebra el epíteto de *ondosa.*

"No hay bastante propiedad. *Ondoso* o *undoso* se dice del mar y del viento, y significa que ambos fluidos están agitados, y forman lo que llamamos *ondas;* pero a la culebra, que es un cuerpo sólido, no puede convenir aquel epíteto, sino por una muy estudiada y aun alambicada metáfora, para dar a entender que levantando, al moverse, una parte de su cuerpo y bajando otra, forma una como sinuosidad parecida a las que forman las ondas de los cuerpos fluidos. Pero en este caso, ¡cuán débil y traída de lejos sería la semejanza!".

[Bello, en el 3º de los artículos relativos a las poesías de Moratín, hace notar que este poeta, en el idilio titulado *La Ausencia,* pone este verso:

La ondosa *trenza deslazada al viento;*

y recuerda el precedente trozo de Hermosilla para sorprenderle en flagrante delito de parcialidad.]

[Por su parte, Bello hacía a la oda 3ª de Meléndez dos críticas, que Hermosilla no formuló.]

Esa composición empieza así:

¡Oh cómo en tus cristales,
Fuentecilla risueña,
Mi espíritu se goza,
Mis ojos se embelesan!
Tú, de corriente pura,
Tú, de inexhausta veta,
Trasparente te lanzas
De entre esa ruda peña.
Do a tus linfas fugaces
Salida hallando estrecha,
Murmullante te afanas
En romper sus cadenas.

¿Puede decirse que una fuente que se lanza de una piedra por una salida estrecha rompe las *cadenas de la piedra?*

¿Qué semejanza hay entre una cadena y una salida estrecha?

Meléndez, en la misma composición, se expresa como sigue:

Con su plácida sombra,
Tu frescura conserva
El nogal, que pomposo
De tu humor se alimenta;
Y en sus móviles hojas,
El susurro *remeda*
De tus ondas volubles,
Que, al bajar, se atropellan.

El *susurro,* decía Bello, no es el sonido propio de las "ondas volubles, que al bajar, se *atropellan*".

ODA 4ª

EL CONSEJO DEL AMOR

El poeta se figura en esta pieza haber sorprendido al céfiro rogando a una rosa que le permita besarla.

"Está bien escrita", dice Hermosilla, "y no tiene defecto alguno de elocución; pero es algo larga, la alegoría del céfiro se prolonga demasiado, y reducida toda la composición a un pensamiento capital, está éste muy desleído. Por lo demás la ficción es ingeniosa y la aplicación adecuada".

La ficción en sí misma es defectuosa. ¿Para qué necesita el céfiro de rogar a una rosa que le permita besarla? Si el aire se mueve, ¿no tocará todas las flores que se hallen a su alcance, que es todo lo que significa ese beso?

Se dirá que la rosa y el céfiro están personificados. Pero, si la personificación poética se limita a dar vida a lo inanimado, puede muy bien suponerse que la rosa y el céfiro se halagan mutuamente, y reciben placer en halagarse; pero pasar más allá es faltar a aquella especie de verdad de que ni aun la poesía está dispensada. ¿Qué hace el rendido céfiro, cuando dirige sus requiebros a la rosa? ¿Sopla, o no sopla? Si no sopla, no hay céfiro; y si sopla, no puede dejar de besar, aunque quiera, sin necesidad de permiso alguno.

Demasiado material parecerá esto a muchos; pero si el fondo de toda personificación poética debe ser una cosa real, quisiéramos que se nos dijera qué es lo que pasa a la vista del poeta entre la rosa y el céfiro que corresponda a la súplica del amante, y a la esquivez de la amada.

ODA 5ª

DE LA PRIMAVERA

Hermosilla comenta como sigue esta composición:

"Es puramente descriptiva, pero muy graciosa; y los versos todos fáciles y suaves. Sólo noto dos ligeros descuidos.

"1º En la estrofa sexta, dice:

El céfiro de aromas
Empapado, que mueven
En la nariz y el seno
Mil llamas y deleites.

"*Mover la llama* va bien; pero *mover deleites*, por excitar o causar, no es bastante exacto.

"2º En la décima, hablando de las aves, se dice:

Y en los tiros sabrosos
Con que el Ciego las hiere,
Suspirando delicias,
Por el bosque se pierden.

"Aquí hay dos cosas: 1ª el complemento, *en los tiros*, o no tiene verbo, o se refiere al *suspirando*, o al se *pierden*. En el primer caso hay falta de sentido; en el segundo, impropiedad; porque *en los tiros* no se *suspira*, ni, en *ellos*, *se pierden* las aves. 2ª El verbo neutro *suspirar* está hecho transitivo por una licencia, o más bien especie de neologismo, de que ya se burló en su tiempo el autor de *La Gatomaquia*".

[Don Andrés Bello acotaba como sigue este comentario de Hermosilla.]

Mover llamas. Se dice con propiedad *mover las pasiones*, esto es, darles dirección, impelerlas ya a un objeto, ya a otro, como lo hacen los oradores, en una palabra, excitarlas. Pero, aunque metafóricamente la *llama* es *amor*, no puede decirse *mover llamas* por *excitar amores*, porque *mover llamas*, en su significado propio, es llevarlas de un lugar a otro, no encenderlas, ni atizarlas. Si se emplea metafóricamente una combinación de dos palabras, no basta que cada una considerada aparte se preste a la metáfora: es preciso que el juego que forman las dos en su sentido propio corresponda al juego metafórico que se desea representar con ellas. La expresión pudiera pasar en otra clase de estilo o de obra; ni a la anacreóntica, ni al asonante, se permiten semejantes licencias.

Mover deleites, como lo observa Hermosilla, no es bastante exacto.

Además, la unión de *llamas* y *deleites* es intolerable: lo propio y lo metafórico pertenecen a dos mundos distintos.

Y en los tiros sabrosos. Lo que hay de malo en esta copla es el *en* por *a*: *a los tiros* es a *causa de los tiros*, que fue sin duda lo que quiso el poeta.

Suspirar delicias, no es impropio, como quiere el señor Hermosilla, fundándose en una razón de muy poco peso.

Suspirar es frecuentemente neutro; pero esto no quita que tome a veces un acusativo, como suele suceder con otros verbos neutros, y como lo prueba el participio pasivo *suspirado, suspirada*. En poesía, se suspira todo aquello que va de algún modo envuelto en el suspiro. Así, y por eso, el mismo autor de *La Gatomaquia* se expresó muy bella y poéticamente cuando dijo:

Pasaron ya los tiempos
En que, lamiendo rosas,
El céfiro bullía,
Y suspiraba aromas.

[Bello hacía a la oda 5ª de Meléndez una crítica de detalle en que Hermosilla, a pesar de su rigorismo, no paró mientes.]

La estrofa tercera es como sigue:

El alba de azucenas
Y de rosa las *sienes*
Se presenta ceñidas,
Sin que el cierzo las hiele.

Este *las* de *las hiele,* ¿se refiere a *azucenas* y *rosa,* o a *sienes?*

ODA 6ª

A DORILA

"Hermosa y legítima anacreóntica", dice Hermosilla. "Nada hay que notar en ella".

[Bello creía que esta composición daba materia para observaciones de la clase de aquellas que hacía Hermosilla.]

La vejez luego viene
Del amor enemiga,
Y entre fúnebres sombras
La muerte se avecina,

Que escuálida y temblando,
Fea, informe, amarilla,
Nos aterra, y apaga
Nuestros fuegos y dichas,

El cuerpo se entorpece,
Los ayes nos fatigan,
Nos huyen los placeres,
Y deja la alegría.

No es del todo legítimo el *apagar los fuegos y dichas.* Aquí tenemos otra vez lo metafórico y lo natural bajo una misma relación. Además, no se *apagan las dichas:* la expresión es demasiado licenciosa para una oda ligera en verso asonante.

Los *ayes nos fatigan* quiere decir, no que las penas nos aquejan, sino que produce fatiga el exhalarlos.

ODA 7ª

DE LO QUE ES AMOR

"Digo lo mismo que de la anterior en cuanto a los pensamientos", escribe Hermosilla; "pero en la elocución hay algún pecadillo. En la estrofa cuarta, se dice:

Pero cuando aguardaba
No hallar *ansias ni voces,*
Que a la gloria alcanzasen
De una unión tan conforme;

y en ello hay bastante que reparar. 1º El poeta quiso decir que espe-

raba no hallar voces bastante expresivas para dar a conocer la felicidad de que gozaba en su deliciosa unión con Dorila; pero la expresión que emplea es vaga y oscura, pues aunque, por contexto adivinamos su intención, las palabras no la declaran suficientemente. ¿Qué puede significar aquello de que *no aguardaba hallar ansias ni voces que alcanzasen a la gloria de su unión?* ¿Qué es *alcanzar a una gloria,* y cómo las voces y las ansias pueden alcanzarla? 2º Las voces pueden no alcanzar a explicar la alegría y el placer de un amante correspondido; pero las *ansias* nada explican ni expresan, antes bien necesitan ser expresadas por medio de lágrimas, suspiros y voces afectuosas. 3º El último verso es algo duro para tan suave anacreóntica:

De una unión tan conforme.

4º Esta expresión es débil y prosaica.

"También se dice en la estrofa quinta que las dos tortolitas

Con sus ansias *y arrullos*
Ensordecen *el bosque.*

Que le ensordezcan con sus arrullos, lo entiendo; pero con sus *ansias,* no veo cómo pueda ser. Las *ansias* son las conmociones o agitaciones interiores que siente el que está afligido; y mientras no se manifiestan por medio de los suspiros, el llanto o las palabras, no pueden ensordecer a nadie; y aun entonces no son ellas las que ensordecen, sino el ruido de los signos con que se dan a conocer. Añádase que la voz *ansias* está repetida con demasiada proximidad".

[Bello, por su parte, observaba lo que sigue:]

Tiene mucha razón Hermosilla en cuanto a lo impropio y oscuro de *ansias* en los dos pasajes que cita.

Unión conforme es una expresión elegante, usada por varios poetas en el significado de *unión producida por la conformidad de genios, voluntades,* etc.

Una unión es duro.

ODA 8ª

A LA AURORA

Salud, riente aurora,
Que, entre arreboles, vienes
A abrir a un nuevo día
Las puertas del oriente.

[He aquí la observación que Hermosilla hace a esta estrofa:]

"Se dice bien, por ejemplo, que los pajarillos con su canto suave saludan a la aurora; pero, hablando con ella un poeta, decirla: *Salud, divina Aurora,* a mí no me suena bien: me parece que es la fórmula francesa: *je vous salue.* Y sin duda por esto el autor de la *Epístola a Andrés* censura el *Salud, lúgubres días,* del mismo Meléndez".

Ni Hermosilla, ni Moratín tuvieron razón en ridiculizar este saludo. *Salud*, empleado interjeccionalmente, significa lo que en latín *ave, salve*, a la salutación inicial, como *adiós*, en el latín, *vale*, a la salutación final o de despedida, si bien es de notar que la primera es mucho menos usada.

LA ILIADA, TRADUCIDA POR DON JOSE GOMEZ HERMOSILLA [36]

De todos los grandes poetas, ninguno opone tantas dificultades a los traductores, como el padre de la poesía, el viejo Homero. A ninguno quizá de los autores profanos, le ha cabido la suerte de ser traducido tantas veces; y sin embargo de esto, y de haber tomado a su cargo esta empresa escritores de gran talento, todavía se puede decir que no existe obra alguna que merezca mirarse como un trasunto medianamente fiel de las ideas y sentimientos, y sobre todo de la *manera* del original griego; que nos trasporte a aquellos siglos de ruda civilización, y nos haga ver los objetos bajo los aspectos singulares en que debieron presentarse al autor; que nos traslade las creaciones homéricas puras de toda liga con las ideas y sentimientos de las edades posteriores; que nos ponga a la vista una muestra genuina del lenguaje y de la forma de estilo que les dan en su idioma nativo un aire tan peculiar y característico; en una palabra, que nos dé, en cuanto es posible, a todo Homero con sus bellezas sublimes, y que no nos dé otra cosa, que Homero.

Se han hecho sin duda con los materiales homéricos obras que se leen con gusto, y que hacen de cuando en cuando impresión profunda; pero obras que apenas merecen el título de traducciones. El defecto más general en ellas ha sido el de querer cubrir la venerable sencillez del original con adornos postizos, que se resienten del gusto moderno: a la verdad, se sustituye la exageración; al calor, la énfasis. Otras veces se ha querido verter con fidelidad; mas por desgracia, en una versión escrupulosa de Homero, es más difícil contentar a la generalidad de los lectores, que en una versión licenciosa, porque lo natural y simple, que es el género de que Homero no sale nunca, ni aun en los pasajes de más vigor y magnificencia, no se puede transportar, sino con mucha dificultad, de una lengua a otra, y sin correr mucho peligro de degenerar en prosaico y rastrero.

Se ha pretendido que el traductor de una obra antigua o extranjera debe hacer hablar al autor que traduce como éste hubiera probablemente hablado, si hubiera tenido que expresar sus conceptos en la lengua de aquél. Este canon es de una verdad incontestable; pero sucede con él lo que con todas las reglas abstractas: su aplicación es difícil. En todo idioma, se han incorporado recientemente, digámoslo así, multitud de hechos y nociones que pertenecen a los siglos en que se han formado,

y que no pueden ponerse en boca de un escritor antiguo, sin que de ello resulten anacronismos más o menos chocantes. ¡Cuántas voces, cuántas frases de las lenguas de la Europa moderna envuelven imágenes sacadas de la religión dominante, del gobierno, de las formas sociales, de las ciencias y artes cultivadas en ella; cuántas voces y frases que fueron en su origen rigorosamente técnicas, empleadas luego en acepciones secundarias, han pasado a la lengua común, y han entrado hasta en el vocabulario del vulgo! ¿Y pudiéramos traducir con ellas las ideas de un poeta clásico, y de los personajes que él hace figurar en la escena, sin una repugnante incongruencia? Pues de esta especie de infidelidad adolecen a veces aun las mejores traducciones; y lo que es más notable, traductores ha habido que la han juzgado lícita, y que, en la versión de un autor antiguo, han preferido las voces selladas con una estampa enteramente moderna, teniendo otras de que echar mano para reproducir con propiedad y pureza los pensamientos del original. Parecerá increíble que, traduciendo a César o a Tácito, se dé a la *Galia* el nombre de *Francia,* y a la *Germania,* el de *Alemania.* Pues así se ha hecho, y por hombres nada vulgares.

La infidelidad de que acabamos de hablar es menos difícil de evitar, y menos común, que la que consiste en alterar la contextura de los períodos, desnaturalizando el lenguaje y estilo del original. *La Biblia* o *La Ilíada* traducidas en giros ciceronianos o virgilianos podrían ser obras excelentes; pero no serían *La Biblia,* ni *La Ilíada.* Y como lo que forma más esencialmente la fisonomía de un escritor de imaginación es su lenguaje y estilo, las traducciones que no atienden a conservarlos, aunque bajo otros respectos tuvieran algunas cualidades recomendables, carecerían de la primera de todas.

No hay poeta más difícil de traducir, que Homero. Se pueden tomar las ideas del padre de la poesía, engalanarlas, verterlas en frases elegantemente construidas, paliar o suprimir sus *inocentadas* (como las llama con bastante propiedad el nuevo traductor de Homero don José Gómez Hermosilla), presentar, en suma, un poema agradable con los materiales homéricos, sin alejarse mucho del original. Esto es lo que hizo Pope en inglés, y lo que han hecho los más afamados traductores de *La Ilíada* y de *La Odisea* en verso y en prosa. Pero esto no basta para dar a conocer a Homero. No puede llamarse fiel la traducción de un poeta que no nos dé un trasunto de las revelaciones de su alma, de su estilo, de su fisonomía poética. El que, por evitar ciertos modos de expresión que no se conforman con el gusto moderno, diese a las frases del original un giro más artificioso, haría desaparecer aquel aire venerable de candor y sencillez primitiva, que, si bien no es un mérito en los escritores de una remota antigüedad, que no pudieron hablar, sino como todos hablaban en su tiempo, no deja por eso de contribuir en gran parte al placer con que los leemos. La simplicidad, la negligencia, el desaliño mismo deben aparecer en una traducción bien

hecha. Suprimirlos o suavizarlos es ponernos a la vista un retrato infiel. Otro tanto decimos de una multitud de ideas o imágenes que nos hacen columbrar las opiniones, las artes, las afecciones de una civilización naciente. En una palabra, el traductor de una obra de imaginación, si aspira a la alabanza de una verdadera fidelidad, está obligado a representarnos, cuan aproximadamente pueda, todo lo que caracterice el país, y el siglo, y el genio particular de su autor. Pero ésta es una empresa que frisa con lo imposible respecto de Homero, sobre todo, cuando la traducción ha de hacerse en una lengua como la castellana, según se habla y escribe en nuestros días.

Que don José Gómez Hermosilla, aunque trabajó mucho por acercarse a este grado de fidelidad, no pudiese lograrlo completamente, no debe parecer extraño al que sea capaz de apreciar toda la magnitud de la empresa. No sería justo exigir en este punto más que aproximaciones. Pero no es un suceso completo lo que echamos de menos. Los defectos que vamos a notar son de aquellos que un hombre de su fino gusto, y un tanto consumado maestro de la lengua, pudo tal vez haber evitado, si se hubiera prescrito reglas más severas para el desempeño de los deberes de traductor. Ni notaríamos esta especie de faltas, si él mismo no anunciase, en su prólogo, que su versión está hecha con la más escrupulosa fidelidad. Es verdad que rectifica este anuncio, previniendo que se ha tomado la licencia de suprimir epítetos de pura fórmula, o notoriamente ociosos, y de añadir algunos que le parecieron necesarios. Pero esto es cabalmente de lo que debía haberse abstenido un traductor que se precia de escrupuloso.

Los epítetos de fórmula son característicos de Homero. Son un tipo especialísimo de la poesía de los rapsodos; y era necesario conservarlos todas las veces que fuese posible. Suprimirlos, como lo hace casi siempre Hermosilla, es quitar a Homero una facción peculiar suya, y de la poesía de su siglo, y aun puede decirse de todas las poesías primitivas, pues vemos reproducirse la misma práctica en los romances de la media edad. Homero siembra por todas partes esta clase de epítetos, sin cuidarse de su relación con la idea fundamental de la cláusula, y aun a veces en oposición a ella. Júpiter es el *aglomerador de las nubes,* aun cuando, sentado en el Olimpo, no piense en suscitar tempestades. Aquiles es el héroe *de ligeros pies,* aun en las discusiones del consejo de jefes, cuando de nada menos se trata, que de dar alcance a un enemigo. Agamenón es *gloriosísimo,* aun en la boca de Aquiles airado, que le increpa su soberbia y codicia. No consulta Homero para el empleo de semejantes dictados más que las exigencias del metro. El *aglomerador de las nubes,* y el *de pies ligeros* son cuñas de que se sirve para llenar ciertos huecos de sus hexámetros. En una palabra, son justamente lo que llamaríamos *ripio* en un poeta moderno. Homero, pues abunda en ripios. Ellos dan una estampa peculiar a su estilo; y un traductor que los omita, de intento falta al primero de sus deberes. Homero, según Hermosilla, es un modelo perfecto. El, pues, menos que nadie, debió

pensar en corregirle. Pero ni había necesidad de hacerlo, porque, para los lectores instruidos, los ripios de Homero no son más que señales de antigüedad, rasgos de una sencillez venerable, que no carecen de gracia, y que se le perdonan con gusto, porque hacen resaltar con más brillo las bellezas de primer orden que disemina profusamente en sus versos, y que, en las épocas más adelantadas, han podido apenas imitarse.

En cuanto a la agregación de ciertos epítetos que al señor Hermosilla le parecieron necesarios, es preciso distinguir. Traduciendo de verso a verso, no pueden menos que omitirse a veces algunas ideas accesorias, y recíprocamente se hace a menudo indispensable añadirlas a los conceptos fundamentales del poeta que se traduce. Sin esto, no sería posible traducir de verso a verso. Pero el traductor debe hacer en el segundo caso lo mismo que hubiese hecho el autor llenando los huecos con aquellas cuñas y ripios, y epítetos que sirven para el mismo objeto en el original. De esta manera, una versión fiel de Homero reproduciría los mismos elementos del texto griego, aunque no colocados precisamente en los mismos parajes; y los epítetos que se suprimiesen en un lugar, porque lo requiere el metro, aparecerían después en otro donde el metro lo consintiese, o lo exigiese. Así, no sólo es permitido, sino necesario, el agregar nuevos epítetos; pero es menester que todos ellos estén marcados con el sello particular del autor, y pertenezcan, por decirlo así, a su repuesto. Nadie puede prohibir la agregación de ciertos adornos que se introducen para vestir o hermosear lo que trasladado fielmente pudiera aparecer demasiado desnudo. Si, en Homero, nada falta, y nada sobra, como pretende el señor Hermosilla, que, en este punto, no cede a los más supersticiosos admiradores del cantor de Aquiles, ¿por qué amplifica sin necesidad el original? ¿por qué lo adorna? Los aditamentos de esta especie son verdadera infidelidad.

En los diálogos de Homero, se observa universalmente una regla que les da un carácter peculiar, que hubiese debido conservarse. Todo razonamiento es precedido de uno o más versos que anuncian al interlocutor. Después de lo cual, se pone generalmente en el verso que sigue: *Así dijo, así habló fulano,* etc. La conducta de Homero en esta parte es característica de una época poco adelantada; y por eso, la encontramos también en los romances de la Edad Media.

El señor Hermosilla, abandonando en esta parte la huella de Homero, ha solido dar a los diálogos un aire que desdice de la manera antigua.

Con imperiosa voz y adusto ceño,
Mandó que de las naos se alejase,
Y al precepto, añadió las amenazas:
Viejo, le dijo, nunca en este campo
A verte vuelva yo (I-48).

Pero, alejado ya de los aqueos,
Mientras andaba, en doloridas voces,
Pidio venganza al hijo de Latona.
—Escúchame, decía, pues armado

Con el arco de plata ha defendido
Siempre tu brazo . . . . *(I-66).*

Al verso 212, dos razonamientos, uno de Agamenón, y otro de Aquiles, están enlazados así:

— . . . . *La que por voto*
General me ofrecieron los aquivos
Vuelve al paterno hogar. —Respondió Aquiles:
¡Glorioso Atrida! . . . . *(I-212).*

Véase ahora la manera uniforme del más antiguo de los poetas:

Impresionante lo despidió; y añadió palabras amenazadoras:
—¡Viejo!, no vuelva yo jamás a verte cerca de las huecas naves, etc.

Y después, habiéndose separado, encarecidamente rogóle el anciano al rey Apolo, el que parió Latona, la de hermosos cabellos:

—Escúchame, oh tú, que cargas el arco de plata, y patrocinas a Crisa, etc.

—Porque ya todos veis que he perdido mi premio.

Mas respondióle seguidamente el noble Aquiles de ligeros pies:

—Atrida, lleno de gloria, el más codicioso de los hombres, etc.

¿No se percibe en este sencillo y siempre uniforme encadenamiento de las varias arengas un dejo sabroso de antigüedad que se echa menos en la versión castellana? ¿No es prosa, y vil prosa, aquel *respondió Aquiles* que había precedido en el verso 150, y se repite en el 214, y aquel *Agamenón le dijo* del verso 231, y el *respondió el Atrida* del verso 300, y el *Minerva respondió* del verso 358? ¿No hubieran sido más convenientes en estos pasajes y tantos otros los *epítetos de fórmula* del viejo Homero, que la rastrera desnudez de su traductor?

Sucede otras veces que el señor Hermosilla es parafrástico sin necesidad, y deslíe una expresión en una frase trivial. Tersites, improperando a los griegos su servilidad, emplea aquel enérgico exordio *O aqueas, no ya aqueos,* imitado felicísimamente por Virgilio:

O vere phrygiae, nec enim phryges.

y vertido en castellano

. . . . *Y vosotros!*
Cobardes, sin honor, que apellidaros
Aqueas, y no aqueos, deberíais!

La célebre despedida de Héctor y Andrómaca en el libro VI, bellísima ciertamente en el original, es fría y desmayada en la traducción. Este solo pasaje bastaría para justificar nuestro juicio sobre el talento poético de Hermosilla. Animado, rápido, elocuente en la prosa, no sabe dar a los

versos armonía ni fuego, ni hablar el lenguaje de los afectos. De puro natural, es prosaico; y lo peor es que, a pesar de esta rastrera naturalidad, no siempre traduce fielmente a Homero. ¿Hay algo en los versos que siguen que dé una idea del lenguaje homérico?

¡Infeliz! *tu valor ha de perderte,*
Ni tienes compasión del tierno infante,
Ni de esta desgraciada, que muy pronto
En viudez quedará; porque los griegos,
Cargando todos sobre ti, la vida
Fieros te quitarán. Más me valiera
Descender a la tumba, que privada
De ti quedar; que, si a morir llegases,
ya no habrá para mí ningún consuelo,
Sino llanto *y dolor. Ya no me quedan*
Tierno *padre, ni madre* cariñosa.
Mató al primero el furibundo *Aquiles,*
Mas no le despojó de la armadura,
Aun saqueando a Teba; que a los dioses,
Temía hacerse odioso. Y el cadáver
Con las armas quemando, a sus cenizas
Una tumba erigió; y en torno de ella,
Las ninfas que de Júpiter nacieron,
Las Oréades, álamos plantaron.
Mis siete hermanos, en el mismo día,
Bajaron todos al Averno oscuro;
Que a todos, de la vida despiadado
Aquiles despojó, mientras estaban
Guardando los rebaños numerosos
De bueyes y de ovejas. A mi madre,
La que antes imperaba poderosa
En la rica *Hipoplacia, prisionera*
Aquí trajo también con sus tesoros;
Y admitido el magnífico rescate,
La dejó en libertad; pero llegada
Al palacio que fuera de su esposo,
La hirió Diana con aguda flecha.
¡Héctor! tú sólo ya de tierno *padre,*
Y de madre, me sirves, y de hermanos,
Y eres mi dulce esposo. Compadece
A esta infeliz; la torre no abandones;
Y en orfandad, no dejes a este niño,
Y cuida a tu mujer. En la colina,
De silvestres higueras coronada,
Nuestra gente reúne; que es el lado
Por donde fácilmente el enemigo
Penetrar puede en la ciudad, y el muro
Escalar de Ilión. Hasta tres veces,
Por esa parte, acometer tentaron
Los más ardidos de la hueste aquea:
Los ayacos, el rey Idomeneo,
Los dos Atridas, y el feroz Diomedes,
O ya que un adivino este paraje
Les hubiese mostrado, o que secreto
Impulso los hubiese conducido.

¡Infeliz! Es el vocativo homérico δαιμόνιε, que, como otras muchas voces homéricas, no se sabe a derechas lo que significa. En este verso, es

infeliz, y parece que tiene algo de afectuoso y dolorido; y en el verso 327 del libro II, es también *infeliz* en tono de reprensión y vituperio. En el 308 del libro II, es *capitán valiente*, y lleva una expresión de respeto y cariño; pero en el 54 del IV, es *cruel* con el acento amargo de la cólera y la reconvención; y en el 868 del VI es *gallardo* con algo de lisonja y zalamería; al paso que, en el 549 del VI, se traduce en *¡mal hora nacido!* que es de lo más fuerte que puede encontrarse en el vocabulario de los denuestos; y en el mismo libro, verso 810, es *¡consuelo de mi vida!*, que seguramente toca en el extremo de lo amoroso y almibarado; y apenas es concebible que haya podido ponerse por hombre de tanto gusto, como Hermosilla, en boca de un héroe de *La Ilíada*. ¿Cuál es, pues, el significado de δαιμόνιε? Es difícil encontrar uno que convenga a circunstancias y afectos tan diversos; pero esta misma diversidad prueba que la idea significada por esta voz era sumamente vaga e indeterminada, y que los epítetos ya acerbos, ya melifluos, ya injuriosos, ya honoríficos, en que ha sido vertida, son otras tantas galas postizas con que se ha querido cubrir la desnudez de Homero aun en las versiones más fieles.

Pero volvamos a la despedida de Héctor y Andrómaca. No es posible que dejemos de notar de paso una grave impropiedad del original, que ha sido criticada por otros, y defendida por los que tienen el empeño de persuadirse y persuadirnos que todo ha de hallarse perfecto en Homero, y que este gran poeta no se desvió jamás de la naturaleza: empeño que es bastante común en nuestros días, y que se sostiene, como otros muchos, con la neblina mística de la estética alemana, instrumento acomodado para todo. ¿Será natural que, en una escena como ésta, se ponga Andrómaca a referir a su esposo los infortunios de su familia, como si Héctor pudiera haberlos ignorado hasta entonces? Dicen algunos que toda esta relación viene al caso, porque sirve para pintar la soledad y desamparo de la viudez de Andrómaca, como si fuese lo mismo hacer alusión a lo que todos saben, que referir lo que se supone ignorado. Recuerde en hora buena Andrómaca la muerte de su padre y hermanos, pero no la refiera. Haga lo que Dido, cuando alude en *La Eneida* a las desventuras de su unión anterior:

Anna, fatebor enim . . . .

Pero el buen Homero, que se propuso no perder ocasión de insertar en su poema las tradiciones que corrían sobre los antiguos héroes de Grecia, y del Asia Menor, se aprovechó de la coyuntura presente para dar a sus contemporáneos la historia de la familia de Etión, y no se cuidó de que la forma en que la presentaba fuese o no, propia de las circunstancias. Esto es lo que hay de verdad, y lo que sólo una ciega preocupación a favor del padre de la poesía puede dejar de reconocer.

Los diez primeros versos de Hermosilla, si se exceptúan las dos solas palabras *fieros* y *llanto*, son una traducción literal, y forma uno de los mejores pasajes de la versión castellana; pero *tierno, cariñosa, furibundo,*

despiadado, numerosos, poderosa, rica, otra vez *tierno,* etc., etc., son todos epítetos del traductor, algunas veces colocados donde no había ninguno, otras inferiores a los del original, y otras más oportunos. La *rica,* por ejemplo, hablando de una ciudad no muestra a la imaginación un objeto tan definido, como *la de altas puertas.* Pero lo que se nota más a menudo, no aquí sólo, sino en toda la versión de Hermosilla, es la sustitución de unos epítetos a otros que eran como de fórmula en el estilo de los rapsodos, y que, no teniendo la menor conexión con el asunto, les servían de cuñas, o lo que llamamos ripio, para llenar los vacíos del metro. Mucho más al caso ciertamente, y mucho más en armonía con los sentimientos de Andrómaca, es el que ella apellide *furibundo* y *despiadado* al matador de su familia, y no el de *origen divino,* y el de *ligeros pies,* como le llama. Verdad es que las sustituciones de Hermosilla valen poco más, que el ripio de Homero; pero aun cuando tuviesen un valor intrínseco más alto, no dejarían por eso de pecar contra la fidelidad, que es el primer deber del que traduce. En la versión de un poeta tan antiguo, deben dejarse ver los vestigios de candor que caracterizan a una civilización naciente.

ROMANCES HISTORICOS

POR DON ANGEL SAAVEDRA DUQUE DE RIVAS [37]

Don Angel Saavedra ha tomado sobre sí la empresa de restaurar un género de composición que había caído en desuetud. El romance octosílabo histórico, proscrito de la poesía culta, se había hecho propiedad del vulgo, y sólo se oía ya, con muy pocas excepciones, en los cantares de los ciegos, en las coplas chabacanas destinadas a celebrar fechorías de salteadores y contrabandistas, héroes predilectos de la plebe española en una época en que el despotismo había envilecido las leyes y daba cierto aire de virtud y nobleza a los atentados que insultaban a la autoridad cara a cara. Contaminado por esta asociación, aquel metro en que se habían oído quizás las únicas producciones castellanas que pueden rivalizar a las de la Grecia en originalidad, fecundidad y pureza de gusto, se creyó imposible, no obstante uno que otro ensayo, restituirlo a las breves composiciones narrativas de un tono serio, a los recuerdos históricos o tradicionales, en una palabra, a las *leyendas,* que no se componían antes en otro; y llegó la preocupación a tal punto, que el autor del *Arte de hablar* no dudó decir, que "aunque el mismo Apolo viniese a escribirle, no le podría quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara, ni

extender en él, ni variar los períodos, cuanto piden alguna vez las epopeyas y las odas heroicas"; desterrándolo así no sólo de los poemas narrativos, sino de toda clase de poesía seria. Don Angel Saavedra ha reclamado contra esta proscripción en el prólogo que precede a los *Romances Históricos;* ha refutado allí la aserción de Hermosilla con razones irrefragables; y lo que vale más, la ha desmentido con estos mismos *Romances,* donde la *leyenda* aparece otra vez en su primer traje, y el octosílabo asonantado vuelve a campear con su antigua riqueza, naturalidad y vigor.

Ni es ésta la primera vez que el duque de Rivas ha demostrado prácticamnte que el fallo del *Arte de hablar* contra el metro favorito de los españoles carecía de sólidos fundamentos. Habiendo en *El Moro Expósito* vindicado al endecasílabo asonante del menosprecio con que le trataron los poetas y críticos de la era de Jovellanos y Meléndez, en los lindos romances publicados a continuación de aquel poema, dio a conocer, con no menos feliz éxito, que no habían prescrito los derechos del octosílabo asonante a las composiciones de corta extensión, en que se contaba algún suceso ficticio, o se consignaban y hermoseaban las tradiciones históricas. Posteriormente probó también sus fuerzas en este género el celebrado Zorrilla; y sus romances ocupan un lugar distinguido entre las producciones más apreciables de su fértil y vigorosa pluma.

Las afortunadas tentativas de la misma especie, que comprende la presente publicación, disiparían toda duda sobre la materia, si alguna quedase. Verá en ella el lector una serie de cuadros perfectamente dibujados y coloreados; con aquellos rasgos peculiares que ponen a la vista las costumbres, la fisonomía moral y física de los siglos y países a que nos quiere trasportar el poeta; con aquella naturalidad amable, que parecía ya imposible de restaurar a la poesía seria castellana y que probablemente será todavía mirada con desdén por algunos de los que sólo han formado su gusto en las obras de la escuela de Herrera, Rioja y Moratín; y todo ello sostenido por una versificación que, si no llega a la soltura y melodía del romance octosílabo del siglo XVII, es generalmente suave y armoniosa; compensándose lo que bajo este aspecto se eche menos, con el superior interés del asunto, que casi siempre es una acción grande, apasionada, progresiva, y adaptada al espíritu filosófico de los lectores del siglo XIX.

El talento descriptivo de don Angel Saavedra, bastante conocido por sus escritos anteriores, es lo que constituye, a nuestro juicio, la principal dote de sus *Romances Históricos*. Pero, resucitando la antigua leyenda, le ha dado facciones que en castellano son enteramente nuevas. Hay una gran diferencia entre el gusto descriptivo de los antiguos, y el moderno, adoptado por el duque de Rivas. Breves rasgos, esparcidos acá y allá, pero oportunos y valientes, es todo lo que en la poesía griega y romana, y en la de los castellanos de los siglos anteriores al nuestro, cupo regularmente a los objetos materiales inanimados; el poeta no deja nunca a los personajes;

absorbido en los afectos que pinta, se fija poco en la escena; parece mirar las perspectivas y decoraciones con los mismos ojos que su protagonista, no prestando atención a ellos, sino en cuanto dicen algo de importante a la acción, al interés vital que anima el drama. Tal es, si no nos engañamos, el verdadero carácter del estilo descriptivo de aquellas edades; su pintura es toda de movimiento y pasión. Nuestros contemporáneos, al contrario, presentan vastos cuadros en que una análisis, algo minuciosa, dibuja formas, matiza colores, mezcla luces y sombras; y en esta parte pictórica, ocupa a veces la acción tan poco espacio, como las figuras humanas en la pintura de paisaje; de lo que tenemos un ejemplo notable en el *Jocelin* de Lamartine. Y no pinta solamente el poeta, sino explica, interpreta, comenta; da un significado misterioso a cuanto impresiona los sentidos; desenvuelve el agradable devaneo que las percepciones físicas despiertan en un espíritu pensador y contemplativo. La poesía de nuestros contemporáneos está impregnada de aspiraciones y presentimientos, de teorías y delirios, de filosofía y misticismo; es el eco fiel de una edad esencialmente especuladora.

Aun en los cuadros de estos romances, no obstante sus reducidas dimensiones, aparece este espíritu meditabundo y filosófico. Sus descripciones no son solamente menudas e individuales, sino sentidas y reflexivas. Daríamos, pues, una idea mezquina de su mérito, si los designásemos como una mera resurrección de la antigua leyenda española. Don Angel Saavedra la ha modificado ventajosamente, dándole el carácter y formas peculiares de la edad en que vivimos, como lo hubieran hecho, sin duda, los romanceros de los siglos pasados, si hubiesen florecido en el nuestro.

EJERCICIOS POPULARES DE LENGUA CASTELLANA [38]

Esperando ver su continuación en otro número para dar más interés a algunas observaciones que desde luego pensé dirigir a *El Mercurio,* he visto entre tanto dos refutaciones (contraídas sólo a dichos ejercicios) y bruscamente depresiva la segunda, del laudable interés en ofrecer algo de útil a la instrucción popular; pues tanto de las observaciones acertadas que se hagan en semejante materia como de una fundada y cortés impugnación de los errores, el público iliterato saca no poco fruto.

Esta consideración me hace añadir el fundamento de lo que a mi juicio se ha criticado muy a la ligera, y aun de lo que se ha omitido en las contestaciones anteriores; no pudiendo menos que disentir al mismo tiempo de los ilustrados redactores de *El Mercurio* en la parte de su artículo que precede a los ejercicios, en que se muestran tan licenciosamente populares

en cuanto a lo que debe ser el lenguaje, como rigoristas y algún tanto arbitrario el autor de aquéllos.

A la verdad que no para las mientes (no que los monos) el avanzado aserto de los redactores, atribuyendo a la soberanía del pueblo todo su predominio en el lenguaje; pues parece tan opuesto al buen sentido, y tan absurdo y arbitrario, como lo que añade del oficio de los gramáticos. Jamás han sido ni serán excluidos de una dicción castigada, las palabras nuevas y modismos del pueblo que sean expresivos y no pugnen de un modo chocante con las analogías e índole de nuestra lengua; pero ese pueblo que se invoca no es el que introduce los extranjerismos, como dicen los redactores; pues, ignorantes de otras lenguas, no tienen de dónde sacarlos. Semejante plaga para la claridad y pureza del español es tan sólo trasmitida por los que iniciados en idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura se lanzan a escribir según la versión que más han leído.

En idioma jenízaro y mestizo,
Diciendo a cada voz: yo te bautizo
Con el agua del Tajo;
Aunque alguno del Sena se la trajo
Y rabie Garcilaso enhorabuena;
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.

Iriarte.

Contra éstos reclaman justamente los gramáticos, no como conservadores de tradiciones y rutinas, en expresión de los redactores, sino como custodios filósofos a quienes está encargado por útil convención de la sociedad para fijar las palabras empleadas por la gente culta, y establecer su dependencia y coordinación en el discurso, de modo que revele fielmente la expresión del pensamiento. De lo contrario, admitidas las locuciones exóticas, los giros opuestos al genio de nuestra lengua, y aquellas chocarreras vulgaridades e idiotismos del populacho, vendríamos a caer en la oscuridad y el embrollo, a que seguiría la degradación como no deja de notarse ya en un pueblo americano, otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se ve degenerando el castellano en un dialecto español-gálico que parece decir de aquella sociedad lo que el padre Isla de la matritense.

Yo conocí en Madrid una condesa,
que aprendió a estornudar a la francesa.

Si el estilo es el hombre, según Buffon [39], ¿cómo podría permitirse al pueblo la formación a su antojo del lenguaje, resultando que cada cual vendría a tener el suyo, y concluiríamos por otra Babel? En las lenguas como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades, como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la de-

cisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma. En vano claman por esa libertad romántico-licenciosa del lenguaje, los que por prurito de novedad, o por eximirse del trabajo de estudiar su lengua, quisieran hablar y escribir a su discreción. Consúltese en su último comprobante del juicio expuesto, cómo hablan y escriben los pueblos cultos que tienen un antiguo idioma; y se verá que el italiano, el español, el francés de nuestros días es el mismo del Ariosto y del Tasso, de Lope de Vega y de Cervantes, de Voltaire y de Rousseau.

Pero pasemos ya a los *Ejercicios populares de lengua castellana.* El autor incurre en algunas equivocaciones, ya por el principio erróneo de que no deben usarse en Chile palabras anticuadas en España, ya porque confunde la acepción de otras con la de equivalentes que no pueden serlo. En cuanto a lo primero, dejarían de usarse en España por la misma razón las palabras que se anticúan en Chile y demás puntos de la Península; reduciendo así a mezquino caudal una lengua tan rica; así no hay por qué repudiar, a lo menos en el lenguaje hablado, las palabras criticadas, abusión, acarreto, acriminar, acuerdo, adolorido, agravación, aleta, alindarse, alado, arbitrar, arrancada, arrebato, asecho. Con mucha menos razón las voces acezar, que expresa más que jadear, esto es, respirar con suma dificultad; ansiedad, inquietud y ansia, deseo vehemente; apertura de colegios, de clases, etc. y abertura de objetos materiales, como de mesa, pared; arredrar, es retraer a uno de lo intentado o comenzado, y atemorizar es infundir temor; artero se aplica a lo falaz y engañoso; y astuto, a lo sagaz y premeditado; asiduidad es tesón, constancia; frecuencia es repetición de actos que pueden ser interrumpidos; así puede uno asistir con frecuencia al colegio, pero no con asiduidad; arrinconado, dice mucho más que retirado; oigamos si no a Ercilla, despidiéndose de las musas en su canto 37:

Que el disfavor cobarde que me tiene
Arrinconado en la miseria suma.
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndome que pare aquí la pluma.

¡Cuán viva imagen nos presenta aquí la expresión arrinconado! Reemplazando por retirado, quedaría una insípida vulgaridad. Finalmente las palabras asonada, avenencia, ni aun están anticuadas en el diccionario.

VIDA DE JESUCRISTO

CON UNA DESCRIPCION SUCINTA DE LA PALESTINA

TRADUCIDA POR D. D. F. SARMIENTO

Santiago, 1844. Imprenta del Progreso.
Versiones de la Biblia por el Padre Scio y por el Obispo Amat [40]

El Sr. Sarmiento, tan celoso en promover la educación primaria, no ha podido hacer a las escuelas un presente más estimable, que el de este librito precioso, originalmente compuesto en alemán por el canónigo Cristóbal Schmid. Todos saben que este digno eclesiástico ha consagrado las producciones de su fértil pluma a los niños. *El Araucano* copió, tiempo hace, de uno de los más acreditados diarios franceses, el juicio que sobre la tendencia moral y religiosa de las obras de Schmid han formado el público y el clero católico de Francia. La presente no es más que una parte de una colección de *Historias sacadas de la Sagrada Escritura,* cuya traducción al francés se imprimió con aprobación del Vicariato General de Strasburgo, y fue adoptada por la municipalidad de París para sus escuelas.

La obra se recomienda por sí misma *. La narración es fielmente ajustada a los Evangelios, y el estilo calcado, se puede decir, sobre el de los Evangelistas, que reúne en tan alto grado la sencillez, la claridad, y la expresión. No hay nada en los hechos, que se haya tomado de otras fuentes que los libros que la Iglesia reconoce por inspirados; y el autor interpola a menudo a ellos algunas breves reflexiones, llenas de unción, y sobre todo acomodadas a la inteligencia de sus tiernos lectores.

Como muestras de una bella narración en aquel estilo natural, dialogado, que respira un grato perfume de piedad y de antiguo candor se pueden citar los números 1, 2, 3 y 4, en que se refiere la Encarnación del Hijo de Dios y el nacimiento del Bautista, el 30, que contiene la bella Parábola del Hijo Pródigo, el 35 (la resurrección de Lázaro), y el 41 hasta el 43 (la Pasión del Salvador).

A muchos parecerá tal vez desaliñado y humilde ese estilo. Somos de diversa opinión: uno de los méritos que hallamos en el de la obrita de Schmid es la sencillez y el sabor bíblico; y él es también el que nos hace mirar la versión de la *Biblia* por el Padre Scio como más fiel y elegante que la del Obispo Amat. Nos aprovecharemos de esta ocasión para exponer nuestro juicio acerca de ellas, sometiéndolo al voto de los inteligentes.

---

* No por esto desestimamos el juicio imparcial que se hace de ella en el último número de la *Revista Católica,* que acabamos de ver.

Los teólogos eruditos calificarán bajo otros respectos el valor de estas dos traducciones de la *Vulgata:* nosotros nos ceñiremos a considerarlas como producciones literarias.

Reconoceremos desde luego que en esta clase de obras el mérito puramente literario debe sacrificarse sin la menor vacilación a las exigencias de la enseñanza cristiana, y que si la palabra divina se presenta en ellas pura, sencilla, venerable, el escritor ha desempeñado su objeto, aunque se echen menos aquellos arreos de esmerada elegancia que solemos buscar en las composiciones profanas. Pero en realidad no hay divergencia entre estos dos puntos de vista. Cada género de composición tiene su estilo y tono peculiar; y acerca del estilo y tono que corresponden a una traducción de las Sagradas Escrituras, lo que dictan los intereses de la religión, es lo mismo que sugiere el buen gusto.

Una fidelidad escrupulosa es el primero de los deberes del traductor; y su observancia es más necesaria en una traducción de la *Biblia,* que en otra cualquiera. El que se propone verterla, no sólo está obligado a trasladar los pensamientos del original, sino a presentarlos vestidos de las mismas imágenes, y a conservar en cuanto fuere posible la encantadora naturalidad, la ingenua sencillez, que dan una fisonomía tan característica a nuestros libros sagrados. Lo que en otras obras pasaría por desaliño, puede ser la verdadera elegancia en una versión de la *Biblia.* En la construcción de las frases deben preferirse los giros antiguos, en cuanto no se opongan a la claridad o no pugnen con las reglas que ha sancionado el buen uso en nuestro idioma. Dando a los periodos las formas modernas, enlazándolos con las frases conjuntivas que estamos acostumbrados a oír en el lenguaje familiar, desaparece aquel aire de venerable antigüedad, que trasporta la imaginación a edades remotas y armoniza tan suavemente con las escenas y hechos que la Escritura nos representa, con las costumbres y la naciente civilización de aquellos tiempos primitivos. ¿Qué será de la fisonomía patriarcal del *Pentateuco,* de la exaltación de los libros proféticos, de la amable unción del *Evangelio,* si a la estructura sencilla de los períodos, al diálogo familiar, a los tropos orientales, sustituimos los giros modernos, exactos, precisos, lógica y gramaticalmente correctos; si sometemos al compás y la regla el desorden aparente de un alma inspirada, y convertimos la más alta poesía en pura prosa? ¿No sería esto un verdadero anacronismo? La paráfrasis es de suyo infiel. Ella añade al pensamiento original ideas accesorias que lo deslíen y lo enervan.

Para justificar la preferencia que damos bajo este punto de vista a la *Biblia* de Scio sobre la del obispo Amat las compararemos en unos pocos pasajes.

Génesis, I, 3. Scio: "Y dijo Dios: sea hecha la luz, y fue hecha la luz". Amat: "Dijo *pues* Dios: sea hecha la luz y la luz quedó hecha". El conectivo *pues,* el *quedó,* y el orden gramatical de las palabras en la última cláusula, hacen desaparecer la poesía sublime de la *Vulgata, Fiat lux et*

facta est lux. El hebreo nos parece todavía mejor: "Sea la luz; y fue la luz". El *hacerse la luz* nos parece como que asemeja el efecto instantáneo de la voz creadora a las lentas producciones de las artes humanas.

Jeremías, XV, 18. Scio: "Ha sido para mí como mentira de aguas desleales". Amat: "Se ha hecho para mí como unas aguas engañosas *en cuyo vado no hay que fiarse*". La *Vulgata: Facta est mihi quasi mendacium aquarum infidelium*.

Jeremías, XV, 18. Scio: "Ha sido para mí como mentira de aguas desde Israel: Mirad que yo a vuestros ojos y en vuestros días quitaré de este lugar voz de gozo, y voz de alegría, voz de esposo y voz de esposa". Amat: "Esto dice. . . Sábete que yo a vuestros ojos y en vuestros días *desterraré* de este lugar la voz de gozo y la voz de alegría, la voz del esposo y la voz o *cantares* de la esposa". ¡Dios interpretándose y sustituyendo una palabra a otra, como si desde luego no hubiese acertado a elegir la mejor!

Jeremías, XXXI, 26. Scio: "Desperté como de un sueño; y vi; y mi sueño, dulce para mí". Amat: "Desperté yo como de un sueño; y volví los ojos, y me saboreé con mi sueño profético". Esta paráfrasis es bastante buena; pero es paráfrasis.

Jeremías, XV, 10. Scio: "¡Ay de mí, madre mía! ¿por qué me engendraste, varón de contienda, varón de discordia en toda la tierra?" Amat: "¡Ay madre mía! ¡cuán infeliz soy yo! ¿Por qué me diste a luz, para ser, como soy, un hombre de contradicción, un hombre de discordia en toda esta tierra?"

Isaías, I. 20. Scio: "Si me provocareis a enojo, la espada os devorará". Amat: "Si provocareis mi indignación, la espada de los enemigos traspasará vuestra garganta".

Mateo, II, 18. Scio: "Voz fue oída en Ramá; lloro y mucho lamento: Raquel llorando sus hijos; y no quiso ser consolada, porque no son". Amat: "Hasta Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos: es Raquel, que llora a sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen". Al que no sienta la superioridad de la versión de Scio en estos dos últimos pasajes, no tenemos nada que decirle.

ENSAYOS LITERARIOS Y CRITICOS

POR DON ALBERTO LISTA Y ARAGON [41]

Los jóvenes que se dedican a la literatura, y especialmente a la poesía, hallarán en esta colección observaciones muy sensatas, mucho conocimiento del arte, y una filosofía sólida y sobria, sin pretensiones de pro-

fundidad, sin la neblina metafísica con que parece que recientemente se ha querido oscurecer, no ilustrar, la teoría de la bella literatura. A todas estas cualidades, reúne don Alberto Lista el mérito de un lenguaje puro y correcto, y de un estilo natural y elegante, que está siempre al nivel de su asunto, y se eleva a la altura conveniente cuando se le ofrece desenvolver las leyes primordiales de las creaciones artísticas, y establecerlas sobre la naturaleza de las facultades intelectuales y los instintos del alma humana. Ningún escritor castellano, a nuestro juicio, ha sostenido mejor que don Alberto Lista los buenos principios, ni ha hecho más vigorosamente la guerra a las extravagancias de la llamada libertad literaria, que, so color de sacudir el yugo de Aristóteles y Horacio, no respeta ni la lengua ni el sentido común, quebranta a veces hasta las reglas de la decencia, insulta a la religión, y piensa haber hallado una nueva especie de sublime en la blasfemia.

Como esta nueva escuela se ha querido canonizar con el título de *romántica,* don Alberto Lista ha dedicado algunos de sus artículos a determinar el sentido de esta palabra, averiguando hasta qué punto puede reconocerse el romanticismo como racional y legítimo. Aunque no se convenga en todas las ideas emitidas por este escritor (y nosotros mismos no nos sentimos inclinados a aceptarlas todas), hemos creído que los artículos que ha dedicado a estas cuestiones, dan alguna luz para resolverlas satisfactoriamente.

La palabra *romántico* nos ha venido de la lengua inglesa, donde se deriva de *romance.* Con esta última palabra, que es de origen francés, se significó al principio la lengua vulgar francesa, para distinguirla de la latina, que se cultivaba en las escuelas, y estaba casi reducida a la iglesia y los claustros. Por extensión, se dio el mismo nombre a las composiciones en lengua vulgar, y señaladamente a las del género narrativo, en que se contaban los hechos de algún personaje real o imaginario, es decir, a las historias o novelas en prosa o verso, entre las cuales tuvieron particular celebridad las *gestas* y los libros de caballería.

"Antes que hubiese una escuela de literatura llamada romanticismo" dice don Alberto Lista, "vemos usado en los escritores ingleses de más nota el epíteto de *romantic* en sentido metafórico, y aplicado a aquellos sitios en que la naturaleza desplega toda la variedad de sus formas con el aparente desorden que la caracteriza entre los contrastes de hermosas campiñas y collados amenos con montes escarpados, precipicios horribles y peñascos estériles e incultos. La propiedad de la metáfora es visible; esos paisajes se llaman románticos por su semejanza con los que se describen en las novelas, y que los autores pintan adornados de todos aquellos contrastes y bellezas... He aquí cuanto hemos podido averiguar acerca del origen de la voz *romanticismo.* Según él, sólo puede significar una clase de literatura, cuyas producciones se semejan en plan, estilo y adornos a las del género novelesco".

Alguna más latitud pudiera quizás darse a esta deducción. ¿No podría decirse que se designa con aquella palabra una clase de literatura cuyas producciones se asemejan, no a las novelas, en que se describen paisajes como los que bosqueja el señor Lista, sino a los paisajes mismos descritos? ¿Qué es lo que caracteriza esos sitios naturales? Su magnífica irregularidad; grandes efectos, y ninguna apariencia de arte. ¿Y no es ésta la idea qué se tiene generalmente del romanticismo?

Ahora pues; desde el momento en que se impone el romanticismo la obligación de producir grandes efectos, esto es, impresiones profundas en el corazón y en la fantasía, está legitimado el género. La condición de ocultar el arte, no será entonces proscribirlo. Arte ha de haber forzosamente. Lo hay en la *Divina Comedia* de Dante, como en la *Jerusalén* del Tasso. Pero el arte en estas dos producciones ha seguido dos caminos diversos. El romanticismo, en este sentido, no reconocerá las clasificaciones del arte antiguo. Para él, por ejemplo, el drama no será precisamente la tragedia de Racine, ni la comedia de Molière. Admitirá géneros intermedios, ambiguos, mixtos. Y si en ellos interesa y conmueve, si presentando a un tiempo príncipes y bufones, haciendo llorar en una escena y reír en otra, llena el objeto de la representación dramática, que es interesar y conmover (para lo cual es indispensable poner los medios convenientes, y emplear, por tanto, el arte), ¿se lo imputaremos a crimen?

En esto creemos estar sustancialmente de acuerdo con don Alberto Lista. "Las reglas de los antiguos", dice, "fueron deducidas del estudio y observación de los modelos, comparados con los efectos que debían naturalmente producir en la fantasía y el corazón, porque a esto hemos de venir siempre a parar. El *genio* que describe, está obligado a satisfacer al *gusto* que goza y siente. La facultad de crear en las artes tiene por objeto complacer el sentimiento innato de la belleza, que reside en el hombre. Este es el principio fundamental de la ciencia poética, y ésta es la primera ley del arte; de ella se deducen las demás.

"No creemos, pues, que el romanticismo, si es algo, sea una cosa tan frívola y tenue como lo sería la mera imitación de las novelas, ni tan anárquica y disparatada, como una declaración de guerra a las leyes del buen gusto, dictadas por la naturaleza, deducidas de la observación, y consagradas por grandes maestros y grandes modelos. Pues si no es eso, ¿qué podrá ser? ¿Qué valor podremos dar a esta palabra?"

Es preciso, con todo, admitir que el poder creador del genio no está circunscrito a épocas o fases particulares de la humanidad; que sus formas plásticas no fueron agotadas en la Grecia y el Lacio; que es siempre posible la existencia de modelos nuevos, cuyo examen revele procederes nuevos, que sin derogar las leyes imprescriptibles, dictadas por la naturaleza, las apliquen a desconocidas combinaciones, procederes que den al arte una fisonomía original, acomodándolo a las circunstancias de cada época, y en los que se reconocerá algún día la sanción de *grandes*

modelos y de *grandes maestros*. Shakespeare y Calderón ensancharon así la esfera del genio, y mostraron que el arte no estaba todo en las obras de Sófocles o de Molière, ni en los preceptos de Aristóteles o de Boileau.

"Algunos han creído", continúa Lista en el segundo de los citados artículos, "que el romanticismo actual es la literatura propia de la Edad Media, en que la epopeya se convirtió en novela, la historia en crónicas, y la mitología en narraciones de milagros fingidos. Esta opinión aislada, y sin apoyarla en otras consideraciones, viene a identificarse con la primera, que reduce el origen de la literatura romántica a lo que indica su etimología, esto es, a la novela, cultivada en los últimos tiempos de Grecia, pero no con tanta celebridad, como en los siglos de la caballería.

"Si esta opinión fuese cierta, el proyecto de resucitar en nuestros días la literatura de la Edad Media, sería tan descabellado como el de don Quijote. ¿Cómo en una época de filosofía pueden agradar las mismas cosas que entusiasmaban a nuestros crédulos e ignorantes antepasados? ¿Cómo una sociedad culta ha de complacerse en las consejas que inventó el carácter guerrero y supersticioso de aquellos tiempos? La Europa se ha convertido en una escena política; ¿quién será tan necio que vaya a divertir a los hombres que leen periódicos y discursos de tribuna con batallas de gigantes y apariciones de brujas y nigrománticos? No podemos entender a Calderón, que describe las costumbres caballerescas de su siglo; no sufrimos a Tirso, sino a favor de su licenciosa malignidad; y ¿toleraríamos las hazañas de Amadís o de Esplandián, o los cantos de Berceo?"

Sin embargo, no se puede negar que en el romanticismo, como más comúnmente se entiende, hay cierto tinte de la literatura de la Edad Media, modificada sucesivamente por el carácter de los siglos que ha ido atravesando hasta llegar a nosotros. El primer desarrollo poético de las lenguas modernas nos ofrece la historia, o lo que pasaba por tal, escrito en rima, y cantado en los castillos y plazas al son del rabel y la vihuela. El duque de Normandía se enseñorea de la Inglaterra; y los poetas franceses que se establecen en su nueva corte benefician el rico venero de las tradiciones bretonas. La historia fabulosa de Arturo y sus predecesores, poco tiempo antes dada a luz por un monje de Gales en prosa latina, sirve de tema a los cantos de los poetas anglo-normandos desde el siglo XII. Aparecen entonces las leyendas de la Tabla Redonda, y con ellas una mitología nueva, apoyada en las creencias populares: la de las hadas, encantadores y mágicos, que la lengua franco-romana, la lengua de los *troveres*, naturalizó en el mediodía de Europa; que engalanó los cantares heroicos de los franceses desde el siglo XIII; que desde el mismo siglo tuvo eco al otro lado de los Alpes y de los Pirineos; que se labró un monumento eterno en el *Orlando* y en la *Jerusalén Libertada*. Del siglo XIV en adelante, prohijaron aquella especie de maravilloso los libros de caballería, y la conservaron en España hasta la edad de Cer-

vantes, que la enterró en el sepulcro de su héroe, último de los caballeros andantes.

Miramos esta mitología como esencialmente romántica, vaciada en las lenguas romances de la Edad Media, y amoldada a las narraciones poéticas aún algunos siglos después que la literatura había tomado un nuevo carácter, bebiendo otra vez en las fuentes griegas y latinas. Fue abandonada, porque dejó de tener apoyo en las creencias de los pueblos; pero la historia de la Edad Media, las costumbres de aquella época singular, el pundonor, la idolatría de las damas, el desafío, la guerra privada, suministraron todavía materiales a los poetas y a los autores de novelas; Walter Scott les dio nueva vida en sus magníficos cuadros en verso y prosa; y la lengua castellana nos ha presentado tentativas felices de la misma especie en *El Moro Expósito* y en otras composiciones modernas.

De aquí se sigue que ha existido y existe una poesía verdaderamente romántica, descendiente de la historia y de la literatura de los siglos medios, a lo menos en cuanto a la naturaleza de los materiales que elabora. Pero, aun cuando retrata las costumbres y los accidentes de la vida moderna en el trato social, en la navegación, en la guerra, como lo hace el *Don Juan* de Byron, como lo hace en prosa la novela de nuestros días, ¿no hallaremos en estas obras de la imaginación el romanticismo, la escuela literaria que se abre nuevas sendas, desconocidas de los antiguos, y más adaptadas a una sociedad en que la poesía no canta, sino escribe, porque todos leen, y siguiendo su natural instinto, elige los asuntos más a propósito para movernos e interesarnos, y les da las formas que más se adaptan al espíritu positivo, lógico, experimental, de estos últimos tiempos?

Don Alberto Lista describe así la influencia del cristianismo y de las instituciones políticas en esta revolución literaria:

"La religión de la antigua Grecia y de la antigua Roma, afectaba muy poco el corazón y la inteligencia. Sus dogmas sólo hablaban a la imaginación; y sus pompas y festividades, a los sentidos. Tenían dioses, que habían sido hombres; tenían creencias enteramente poéticas, que sólo fueron en sus principios alegorías ingeniosas de los fenómenos del mundo físico o intelectual. Estaban tan poco de acuerdo su religión y su moral, que, como ha observado muy bien Rousseau, la casta romana ofrecía sacrificios a Venus, y el intrépido espartano, al miedo.

"El gobierno republicano, que sobrevivió algunos siglos a la libertad de Grecia y a la república romana bajo las formas municipales, obligaba a los ciudadanos a vivir en el foro, donde desaparecían las ideas, los intereses y los sentimientos individuales, donde el hombre se escondía, por decirlo así, y sólo se presentaba el patriota, el estadista, el amante verdadero o fingido del procomunal.

"La sociedad, donde reinaba esta creencia y esta clase de gobierno, debía entregarse más bien al estudio de la política que de la moral. Pocas veces reflexionaría el hombre sobre sí mismo, porque toda su atención absorberían la ambición o el bien de la patria. El gobierno republicano exige además, como condición indispensable de su existencia, la esclavitud doméstica, porque, sin esclavos que cuiden de los negocios de la casa, mal podría el ciudadano acudir a los públicos en el foro. El amor era desconocido en las épocas de buenas costumbres; entonces cada joven recibía su esposa de mano de sus padres. Lo mismo sucedía en los tiempos de corrupción; pero esto era en el siglo de oro de las mujeres prostituidas. El divorcio llegaba a ser un adulterio legal; y la atracción de los sexos sólo era una potencia meramente física. Quien no lo crea, lea a Ovidio y a Petrarca *.

"Veamos ya qué especie de literatura convenía a esta sociedad. Solamente podía cantarse en ella el amor físico, embellecido con ficciones y alegorías mitológicas; mas no los sentimientos interiores del hombre, que, o no existían, o para nada se consideraban; no la lucha de los afectos y de las pasiones con el deber; no el deseo innato e inmenso, pero vago, de felicidad, que reside en el alma humana. Como la religión gentílica no revelaba al hombre el misterio de su existencia, como la forma de gobierno no le dejaba tiempo ni atención para estudiarse a sí mismo, los poetas más grandes de Grecia y Roma sólo pintaron lo que veían en la sociedad: pasiones, vicios y virtudes; pero consideradas en general, y no modificadas según las circunstancias particulares de cada individuo, costumbres más o menos feroces según la cultura de las épocas, caracteres dotados de cualidades universales, y en las cuales nada vemos del interior del individuo, sólo vemos las formas generales del ciudadano.

"A la religión de la imaginación, sucedió la de la inteligencia. El hombre reconoció que era un deber suyo, estudiarse a sí mismo, luchar contra sus propias pasiones y someterlas al yugo de la razón. El hombre reconoció en todos los demás a hermanos suyos a quienes tenía obligación de amar, y cesó, por consiguiente, la esclavitud doméstica. El hombre, en fin, reconoció en su esposa un ser inteligente, que debía acompañarle en la carrera de la vida, y que debía gozar de su libertad al mismo tiempo que le obedeciese; el bello sexo quedó emancipado; y el amor moral, fundado en la estimación y en la elección mutua, nació entonces.

"Al gobierno republicano, sucedió el monárquico bajo diferentes formas; pero todas templadas por el principio del cristianismo, enemigo de

* Debe decir *Petronio*, porque *Petrarca* es cabalmente el poeta en que el lenguaje del amor es más casto, más idolátrico, más espiritual, cualidades que faltan de todo punto al de Petronio.

la tiranía, al mismo tiempo que del desorden. Los ciudadanos tuvieron a la verdad una patria que defender, y que sostener; mas no era necesario que viviesen en la plaza pública, merced al sistema representativo, imitado de los concilios del cristianismo, que les permitía vacar a sus negocios domésticos, ejercer sus profesiones y atender, sin necesidad de esclavos, a los intereses de su casa y familia.

"Claro es que una sociedad así constituida, necesita de una literatura muy diferente de la de Pericles y de Augusto. Su poesía cantará la patria y los héroes; pero al describirlos, no omitirá las luchas interiores que sufrieron para hacer triunfar la virtud de las pasiones. Cantará el amor, porque *¿cui non dictus Hylas?* pero lo ennoblecerá, pintándolo como una especie de culto, como un tributo debido no sólo a la hermosura, sino también a las prendas del alma. Presentará en el teatro esta y las demás pasiones; pero siempre con un fin favorable a la buena moral. Escribirá novelas, en las cuales en medio de episodios interesantes, no se olvidará de penetrar en los más íntimos senos del corazón humano, y de arrancarle a la naturaleza sus secretos. Hará descripciones de las escenas más bellas del Universo; pero siempre las enlazará con una verdad de sentimiento o de costumbres. Pintará los deseos del hombre; pero de modo que se conozca la insuficiencia de los placeres de la vida para colmar su felicidad. Y en fin, cuando cante la religión, se elevará su alma a las regiones desconocidas que nos ha revelado el sacro poeta de Sión; y su fantasía, embellecida con las luces de la inteligencia, formará cuadros muy superiores a los de Píndaro y Homero, porque cada imagen será un sentimiento, y cada idea una virtud.

"Esta es la diferencia que encontramos entre la literatura antigua, y la que conviene a los pueblos civilizados y cristianos que habitan la Europa de nuestros días. Si el romanticismo ha de ser algo contrapuesto al clasicismo, no puede ser otra cosa, sino lo que acabamos de describir. En el punto de vista en que hemos colocado la cuestión, ha recibido todo el alcance que puede tener, y que efectivamente le han dado ya algunos genios de primer orden. Es verdad que en los siglos bárbaros, sin luces, sin cultura, con idiomas informes, poco mérito pudieron tener las primeras producciones de la nueva literatura. Pero vinieron los tiempos de Petrarca, Tasso, Shakespeare, Milton, y entre nosotros, de Herrera, Rioja, Lope y Calderón; y se conoció entonces cuáles eran los medios de interesar a la sociedad europea".

Adherimos a este modo de pensar de Lista, aunque tal vez se encuentre alguna exageración en las ideas con que lo apoya, sobre todo en lo tocante a la influencia de las instituciones políticas sobre el sentimentalismo de la moderna poesía. La democracia del ágora y del foro había expirado muchos siglos antes de Dante y Petrarca, y nos parece algo forzado el recurso de reemplazar su influjo por el de las formas muni-

cipales que sobrevivieron a la república romana y no conservaron la más débil imagen de aquella agitada democracia. Que el amor fuese incompatible con las buenas costumbres en las dos naciones clásicas, es una hipérbole inadmisible; el amor, aunque algo menos reservado en su expresión, era tan afectuoso, tan capaz de sacrificios heroicos, tan sensible a las prendas del alma del objeto amado, como lo ha sido en todas las otras épocas de civilización y cultura. La emancipación del bello sexo había principiado verdaderamente bajo la república romana, y el efecto práctico tanto de la potestad marital, como de la paterna, distaba mucho del despotismo doméstico que han mirado algunos, con poco fundamento, como uno de los lunares de la legislación de aquel pueblo. Que no se viese en las poesías de Grecia y Roma al *individuo,* sino las formas generales del *ciudadano,* lo desmiente Homero, lo desmiente Sófocles, lo desmiente Virgilio mismo, aunque inferior a estos dos grandes poetas en la facultad de individualizar los caracteres. Se creería, por lo que dice Lista, que los asuntos patrióticos y republicanos ocupaban el primer lugar en la poesía de los griegos; y es todo lo contrario. La antigua monarquía, la familia real de Tebas, de Argos, de Atenas, es lo que figura casi perpetuamente en el teatro trágico. La epopeya no canta sino las proezas y aventuras de los tiempos heroicos. La comedia *antigua* de Atenas, especie de farsa alegórica, que es a la democracia ateniense lo que nuestros autos sacramentales a las creencias cristianas, fue el solo género inspirado por la política. Ni la lucha interior de las pasiones fue tampoco desconocida a la tragedia o la epopeya clásica. En fin, ¿no son ahora mucho más republicanas las costumbres en Inglaterra, en Francia y en otras naciones, que en Roma bajo el dominio de Augusto y de sus sucesores? Es cierto que los poetas modernos disecan más profunda y delicadamente el corazón humano; pero basta para explicar este efecto la generalidad de los estudios filosóficos, el espíritu de análisis que ha penetrado todas las ciencias y todas las artes, y la necesidad de ir adelante impuesta en todas direcciones al espíritu humano, necesidad tan imperiosa, que cuando no acierta con el camino del progreso, antes que permanecer estacionario se extravía, y aparecen en la literatura las épocas de decadencia en que el genio se estraga, la imaginación se aficiona a lo exagerado y extraño, los sentimientos degeneran en sutiles conceptos y la elegancia en culteranismo.

Elección de materiales nuevos, y libertad de formas, que no reconoce sujeción sino a las leyes imprescriptibles de la inteligencia, y a los nobles instintos del corazón humano, es lo que constituye la poesía legítima de todos los siglos y países, y por consiguiente, el romanticismo, que es la poesía de los tiempos modernos, emancipada de las reglas y clasificaciones convencionales, y adaptada a las exigencias de nuestro siglo. En éstas, pues, en el espíritu de la sociedad moderna, es donde debemos buscar el

carácter del romanticismo. Falta ver si el que ahora se califica de tal, "cumple las condiciones necesarias de la literatura, cual la quiere el estado social de nuestros días". Sobre este asunto, no podemos menos de copiar a don Alberto Lista, en su artículo tercero. Es un trozo escrito con mucha sensatez y vigor.

"Nada es más opuesto al espíritu, a los sentimientos y a las costumbres de una sociedad civilizada y cristiana, que lo que ahora se llama romanticismo, a lo menos en la parte dramática. El drama moderno es digno de los siglos de la Grecia primitiva y bárbara; sólo describe el hombre *fisiológico,* esto es, el hombre entregado a la energía de sus pasiones, sin freno alguno de razón, de justicia, de religión. ¿Sacia su amor, su venganza, su ambición, su enojo? Es feliz. ¿Halla obstáculos invencibles que destruyen sus criminales esperanzas? Busca un asilo en el suicidio.

"Los dramáticos del día hacen consistir todo su genio, todo el mérito de su invención en acumular monstruosidades morales. Los hombres son en sus dramas mucho más perversos que en la escena del mundo. Sus maldades son *poéticas,* como la tempestad de que habla Juvenal. ¿Qué utilidad resulta de esta exageración? Se ha dicho, y no sin fundamento, que la lectura de las novelas estragaba en otro tiempo el entendimiento de los jóvenes, haciéndoles creer que los hombres eran mejores de lo que son. Pero más dañosos nos parecen los dramas modernos que pintan la naturaleza humana peor de lo que es. Error por error, preferimos la noble confianza de creer a todos los hombres semejantes a Grandison, y a todas las mujeres tan virtuosas como Clara, a la triste cuanto infame sospecha de tropezar a cada paso con Antony o con Lucrecia Borgia. Los primeros pueden ser útiles en calidad de modelos, aunque no sea posible llegar a su perfección ideal. Y ¿no es de temer que la juventud, tan simpática con todo lo que es fuerza y movimiento, aunque se dirija al mal, quiera imitar los monstruos que se le presentan en la escena, no más que por el infeliz orgullo de parecer dotada de pasiones fuertes? Tanto es de temer, cuanto no faltan ejemplares de tan infausta imitación.

"No podemos pasar de aquí sin hacer una advertencia útil a nuestra juventud. La verdadera fuerza y energía de alma, no está en las pasiones, sino en la razón. Las pasiones fuertes anuncian por lo común un ánimo débil, si son desenfrenadas. Más fuerza de alma hay en el padre de familia oscuro que llena la larga carrera de su vida con virtudes poco celebradas, cumpliendo con exactitud los deberes de hombre y de ciudadano, que en Alejandro el Grande, víctima de su ambición y de su inquietud. Aquél mostrará menos pavor que el héroe de Macedonia en las cercanías del sepulcro.

"No sabemos por qué asquean tanto nuestros dramaturgos de hoy la literatura de los griegos. ¿Por ventura la Clitemnestra, el Orestes, la Elec-

tra, el Egisto de Sófocles no se parecen más a los modelos de maldad que presenta actualmente la escena, que la Desdémona de Shakespeare, los amantes de Lope de Vega, el Horacio de Corneille y la Andrómaca de Racine? Pero los poetas trágicos de Atenas tenían disculpa en su creencia. Su religión nada influía en la moral; para ellos el hombre era un ser puramente fisiológico, dirigido invenciblemente por el destino.

> *Fata volentem ducunt, nolentem trahunt.*
> Conduce el hado al que le sigue; arrastra al que resiste.

"¿Pueden tener esta disculpa nuestros dramaturgos? Y si acaso creen en la ciega necesidad del destino, ¿creen también en ella los pueblos que asisten a sus espectáculos?

"Pero dirán que el fin de sus dramas es moral, por cuanto los perversos acaban suicidándose; y ¿qué es el suicidio para hombres que nada creen, sino sus pasiones? Después que se han hartado de maldades, después de haber servido a los espectadores los platos de todos los delitos, se les da por postre el mayor de todos ellos a los ojos de la naturaleza y de la religión. ¡Bella moral, por cierto!

"No puede haber verdadero efecto moral ni dramático sin interés. ¿Por quién se atreverá a interesarse ningún corazón honrado y sensible ni en *Antony,* ni en *Angelo de Padua,* ni en *Lucrecia Borgia,* ni en otros mil dramas, donde el hombre que tenga alguna delicadeza se halla como en el medio de un albañal? Comparemos con los horrores que se representan en esas composiciones infernales nuestros sentimientos dulces, nuestra civilización inteligente, nuestras creencias religiosas, nuestra filantropía y hasta nuestras pasiones atenuadas y reducidas a su justa medida por la amenidad de las costumbres. ¿Cómo podemos sufrir los hombres del siglo XIX la barbarie de los tiempos de Cadmo y de Pélope?

"Y ¿qué diremos de ese furor de desfigurar la historia para hacer ridículos u odiosos los personajes más célebres de ella? Nosotros no tenemos a Felipe II por un hombre bueno; pero no somos tan necios que le creamos tal como le han pintado Schiller y Alfieri, copiando los retratos infieles que de él hicieron los historiadores de Francia, cuya potencia humilló, y los del protestantismo, cuyos progresos contuvo. No creemos que Carlos V careciese de defectos; pero ¿quién le reconocerá en el badulaque del *Hernani?* Creemos también que habrán existido antiguamente en la corte de Francia algunas princesas livianas; pero eso de arrojar sus amantes al río desde la torre de Nesle, es burlarse de los espectadores. Calderón desfiguró la historia; pero fue para asimilar los personajes griegos y romanos a los caballeros españoles, que por cierto valían tanto como los héroes de cualquier nación. . .

"El siglo no puede sufrir ya la anarquía, ni en los escritos, ni en las conversaciones; la anarquía vencida se ha refugiado a la escena. ¿Por qué se la sufre en ella? Porque los hombres son inconsecuentes, y porque la moda es la reina del mundo.

"Pero la moda pasará; y entonces será muy fácil conocer que el romanticismo actual, anárquico, anti-religioso y anti-moral, no puede ser la literatura de los pueblos ilustrados por la luz del cristianismo, inteligentes, civilizados, acostumbrados a colocar sus intereses y sus libertades bajo la salvaguardia de las instituciones".

NOTAS

[1] La Epístola Moral se atribuye al Capitán Andrés Fernández de Andrada, v. *O. C. Caracas VI*, p. LX.

[2] Se publicó primeramente este artículo en *La Biblioteca Americana*. I, Londres, 1823, pp. 35-50. Fue incluido en O. C. VII, pp. 229-244. Comenta la edición de las *Poesías* de Alvarez de Cienfuegos, hecha de orden de S. M. en la Imprenta Real, Madrid, 1816, en dos tomos.

[3] Este artículo se publicó inicialmente en *El Repertorio Americano*, I, Londres, octubre de 1826, pp. 19-26. Se incluyó luego en O. C. VI, pp. 437-444. Se refiere a la obra de Pedro Francisco Tissot, editada en París, 1825, en dos tomos. El trabajo de Bello parece haber sido escrito sobre el artículo de Juan Bautista Amado Sanson de Pongerville, aparecido en la *Revista Enciclopédica* de París, enero de 1826.

[4] Este comentario a la obra de Olmedo sobre la edición hecha en Londres, 1826 (Imprenta Española de M. Calero), se publicó inicialmente en *El Repertorio Americano*, I, Londres, octubre de 1826, pp. 54-61. Fue incluido en O. C. VII, p. 245-251.

Más tarde, en *El Araucano*, Nº 257, Santiago, 7 de agosto de 1835, reprodujo Bello la *Oda al General Flores, Vencedor en Miñarica*, con la nota inicial que reproducimos: "En esta parte de nuestro periódico reclaman un lugar preferente las producciones de los ingenios americanos; y el de don J. J. Olmedo es ya bastante conocido entre nosotros y en el mundo literario, para que su nombre sólo interese vivamente la curiosidad de nuestros lectores. Ansiábamos ya oír la voz de la *Musa del Guayas*, por tanto tiempo silenciosa. Despertando por fin al ruido de la victoria de *Miñarica* (una de las más notables que se han ganado en América, y que sería también de las más gloriosas, si no trajera consigo el triste recuerdo de una guerra de hermanos) se nos presenta ahora con todo el vigor de imaginación, que admirábamos en las obras anteriores del señor Olmedo, y sobre todo en el Canto de Junín. Es excusado decir que campean en ésta la misma belleza de estilo y versificaciones; porque todo lo que sale de la pluma del señor Olmedo lleva la estampa de una ejecución acabada y primorosa, que forma, por decirlo así, *su manera*".

[5] Se publicó primeramente en *El Repertorio Americano*, II, Londres, enero de 1827, pp. 34-35. Se incluyó en O. C. VII, pp. 253-263. Comenta Bello la edición de las *Poesías* de Heredia, hecha en Nueva York en 1825.

Bello había anunciado este artículo en *El Repertorio Americano*, I, Londres, octubre de 1826, p. 320, en breve nota que reprodujo Miguel Luis Amunátegui en la *Introducción* a *O. C. VII*, p. liv. Decía respecto a las *Poesías* de Heredia:

"Producciones de un joven habanero, en las cuales, a vueltas de algunos descuidos de lenguaje, se descubre una fantasía vivaz y rica, un corazón afectuoso, y otras eminentes cualidades poéticas. Destinamos a ellas un artículo en el siguiente número".

Volvió a referirse Bello a la obra literaria de Heredia al comentar en *El Repertorio Americano,* IV, Londres, agosto de 1827, p. 306, la publicación de la obra de Jouy, *Sila, tragedia en cinco actos, representada en el teatro de México el día 12 de diciembre de 1825, en celebridad del día del excelentísimo señor don Guadalupe Victoria, presidente de los Estados Unidos Mexicanos.* Escribió Bello: "El traductor de esta pieza es el señor Heredia, que probablemente no tendría tiempo de emplear en ella la lima, porque ni en el estilo ni en la versificación, nos parece esta composición igual a las mejores suyas. Hay, sin embargo, pasajes en que se descubre toda la abundancia y la valentía de este admirable ingenio, que, con un poco más de estudio y corrección, competiría con los mejores poetas de nuestros días, de cualquier lengua y nación que sean". Reprodujo esta nota Miguel Luis Amunátegui en la *Introducción* a *O. C. VII,* pp. liv-lv.

[6] Este artículo apareció primeramente en *El Repertorio Americano,* IV, Londres, agosto de 1827, pp. 311-314. Fue incluido luego en O. C. VIII, pp. 295-299. Debe referirse Bello a la publicación del poema de Juan Cruz Varela, hecha en 1827, en las columnas del *Mensajero Argentino* de Buenos Aires. (Cf. Juan María Gutiérrez, *Los poetas de la revolución,* Buenos Aires, 1941, p. 439).

[7] Se publicó primeramente en *El Repertorio Americano,* III, Londres, abril de 1827, pp. 93-111. Se incluyó luego en O. C. VI, pp. 193-209. Se refiere, sin duda, a la edición en cuatro volúmenes hechas en Madrid, León Amarita, e Imp. Collado, 1819-1823.

[8] Sobre la segunda edición de la obra, "refundida y considerablemente aumentada", publicada en Madrid, Librería de D. José Cuesta, 1844, en 4 volúmenes, empezó Bello, en Chile, un minucioso estudio. Así lo explica Miguel Luis Amunátegui en la "Introducción" al tomo VI, de *O. C.,* p. cv. Dice que Bello lo dejó inconcluso "a causa de sus numerosas y variadas ocupaciones, y de la carencia de estímulo". El trabajo quedó inédito a la muerte de Bello, pero Amunátegui salva "algunos de los apuntes", y los inserta en la citada "Introducción", pp. cvii-cxxviii, con el siguiente comentario: "Como Bello los había redactado muy a la ligera a guisa de simples notas, a las cuales pensaba dar más tarde una forma conveniente, me he permitido completarlos, insertando íntegras las citas para que se comprenda fácilmente el comentario, e introduciendo a veces en las frases las alteraciones necesarias para que se perciba desde luego la relación de éste con el texto del original latino, o de la traducción castellana". Como no hemos podido compulsar el original de Bello transcribimos la versión que nos da Amunátegui en la "Introducción" a *O. C. VI.* Ponemos entre corchetes [] las adiciones visibles de Amunátegui.

[9] Este comentario a la segunda edición de las *Poesías* de José Fernández Madrid, Londres 1828, fue publicado en *El Mercurio Chileno,* Nº 16, Santiago de Chile, 15 de julio de 1829, pp. 749-756. No se había atribuido a Bello, ni se había incluido, por consiguiente, en la edición chilena de las *Obras Completas.* Los argumentos para su adjudicación pueden verse en el estudio de Pedro Grases, "La primera colaboración escrita de Bello en Chile", en la obra *Doce estudios sobre Andrés Bello,* Buenos Aires, 1950, pp. 91-111. Por el estilo, las ideas y los hechos históricos, debe incorporarse sin duda este importante trabajo a los textos de Bello.

En dos oportunidades anteriores se había referido Bello a las poesías de Fernández Madrid. La primera, en *El Repertorio Americano,* I, Londres, octubre de 1826, p. 320 (reproducida por Amunátegui en la *Introducción* a *O. C. VII,* p. liv). al comentar las *Elegías nacionales peruanas,* publicadas en Cartagena de Colombia, en 1825: "El Dr. Madrid es hijo de Cundinamarca, y sirvió el encargo de presidente del gobierno federal de Nueva Granada en una de las épocas más calamitosas de la revolución. Ha tiempo que cultiva con muy buen suceso la poesía, y la obra de que damos noticia es de las mejores que hemos visto suyas".

Más tarde, también en *El Repertorio Americano*, IV, Londres, agosto de 1827, pp. 306-307, glosó la edición de *Guatimoc, tragedia en cinco actos*, publicada en París, 1827: "El *Guatimoc* es el mejor de todos los ensayos que hasta ahora se han hecho por americanos en uno de los géneros de composición más difíciles, y en que, después de las tentativas de Huerta, Moratín, Cienfuegos, Quintana y otros excelentes ingenios, no hay todavía una sola pieza castellana que pueda llamarse clásica. El asunto de la presente tiene el mérito de su celebridad histórica, y del grande interés que el nombre solo del héroe basta para inspirar a los americanos; pero bajo otros respectos no lo juzgamos felizmente escogido. La contienda entre los mexicanos y los españoles por la posesión de un tesoro no es bastante digna de la gravedad del coturno; y a pesar del arte con que el poeta ha sabido realzar la importancia del objeto que se disputa ligándole con la salud del imperio, un montón de oro y plata es al fin un ser inanimado que no puede hablar al corazón como, por ejemplo, el hijo único que una madre tierna quiere sustraer a la crueldad de un tirano, o como la madre delincuente pero llena de remordimientos, que un hijo respetuoso, instrumento involuntario de la venganza celeste, inmola sobre la tumba de un padre. De aquí resulta que el sacrificio de Guatimoc no aparezca suficientemente motivado, y que los españoles se nos presenten animados de una pasión sórdida, que los hace aún más despreciables que odiosos. Pero el respeto con que el señor Madrid ha tratado la historia, y de que le dispensaban hasta cierto punto las leyes poéticas, no le ha impedido exornar oportunamente la acción. La catástrofe de la imperial Tenochtitlán, y los afectos de padre y esposo que hermosean el carácter de Guatimoc, suavizan el tinte general del cuadro; y entonces es cuando el poeta, dando sueltas a su vena naturalmente dulce y tierna, hace una impresión más profunda en el alma. La acción se ha conducido con mucho juicio; los caracteres (no obstante la opinión de un crítico respetable en la *Revista Enciclopédica)* nos parecen tan conformes con la historia, como naturales y bien sostenidos; y aunque el *Guatimoc* no está ni debió estar en la especie de estilo en que más sobresale el autor, hallamos en ésta, como en casi todas sus obras, una prenda sumamente recomendable: un tono de naturalidad y verdad, sin esfuerzo, sin énfasis afectada, sin trasportes violentos, sin estudiados adornos de dicción. Verdad es que tampoco en ésta deja de entregarse con demasiada confianza a la facilidad de su ingenio; pero nada es más raro que el acertar con aquel punto preciso que está a distancia igual de la desnudez y del fasto, de la negligencia y de la presunción; y si se ha de pecar por uno de estos dos extremos, el buen gusto será siempre más indulgente con el primero.

"El *Guatimoc* es muy superior al *Atala* (producción de la misma pluma que se ha representado, según creemos, en La Habana y en otras ciudades de América), y posee en mucho más alto grado las cualidades necesarias para hacer efecto en el teatro". Reprodujo este comentario Miguel Luis Amunátegui en la *Introducción* a *O. C. VII*, pp. lv-lvi.

[10] Se publicó en Santiago de Chile el siguiente folleto: *Oración inaugural del curso de oratoria del Liceo de Chile, pronunciada el día 20 de abril de 1830 por D. José Joaquín de Mora, Director de aquel establecimiento. La dan a luz los alumnos*, 1830, Imprenta de R. Rengifo, 20 páginas. Sin tener en consideración los encontrados intereses que impulsaron apasionadamente los ánimos alrededor del Liceo de Chile, nos limitaremos estrictamente a los puntos literarios y filológicos que estuvieron en juego en el curso de la polémica, en la que tomó parte Andrés Bello. La defensa del criterio del Liceo de Chile, dirigido por Mora, apareció en *El Mercurio de Valparaíso*, Nos. 66 y 67 de 21 y 22 de mayo, Nos. 78, 95, 98-99, de 4, 25 y 30 de junio, y Nos. 103 y 110, de 5 y 13 de julio de 1830. Además, se publicaron tres papeles sueltos de *Comentario* a los artículos de *El Popular*, con fecha de 24 de mayo, 2 y 23 de junio de 1830, que iban firmados, con distintas denominaciones, por "Los alumnos de Oratoria del Liceo". El texto puede verse en la obra de Carlos Stuardo Ortiz, *El Liceo de Chile*, Santiago de Chile, 1950. Los artículos de censura a la *Oración inaugural*, aparecieron en *El Popular*, Nos. 8, 9 y 10, de 13, 22 y 29 de mayo, Nos. 11 y 12, de 5 y 19 de junio, y Nº 15, de 10 de julio de 1830.

Desde que se inició la polémica, se creyó adivinar la pluma de Andrés Bello en los artículos insertos en *El Popular*, y así se propaló públicamente. Bello precisó

su intervención en la siguiente carta dirigida al editor de *El Popular:* "Sr. Editor. La mención que se ha hecho de mí en *El Mercurio de Valparaíso,* atribuyéndome ciertos artículos de *El Popular* relativos al Liceo, me obliga a hacer algunas explicaciones, que ruego a V. se sirva insertar en su periódico. Lo que se llama *excitación al Gobierno* no es mía, ni se ha hecho con mi participación. En las discusiones *puramente literarias* he tenido parte, y *sólo en ellas.* He dado apuntes, y muchos de éstos se han insertado a la letra; pero V. sabe mejor que nadie que la redacción de los artículos no es mía. No por eso me descargo de los errores que pueda haber en ellos; al contrario declaro francamente que he concurrido en las opiniones expresadas sobre todos los puntos de la controversia literaria. Santiago, 2 de julio de 1830. *A. Bello*".

Apoyados en esta explicación y en la lectura de los borradores manuscritos de Bello, hasta ahora inéditos, hemos reconstruido la parte que puede corresponderle en esta polémica. Descartamos de los artículos de *El Popular,* los ataques personales y las alusiones políticas porque en ellas no intervino Bello, como lo corroboran los textos escritos de su puño y letra, que son, naturalmente, la fuente más segura. Damos la transcripción completa de la parte no tachada, con las variantes más notables en algunos párrafos. Algunos manuscritos difieren en la forma como se publicaron en *El Popular,* y buena parte de ellos no llegó nunca a imprimirse. Reproducimos, en los números I y II, la parte literaria de los artículos impresos en *El Popular,* a fin de que se vea íntegramente el desarrollo de la parte literaria de la polémica.

[11] Esta parte es un fragmento del artículo que se publicó en *El Popular,* Nº 9, Santiago de Chile, 22 de mayo de 1830. No aparece entre los borradores manuscritos, y aunque dudamos que todo el texto sea redacción de Bello, pues nos parece ver ideas muy ajenas a su pensamiento, lo reproducimos porque lo atribuye Miguel Luis Amunátegui en *Vida Bello* pp. 330-332. Por otra parte, en este fragmento se inician los temas concretos de la polémica con Mora en los cuales hay afirmaciones que encontramos reiteradas en los borradores originales de Bello. Los temas que sólo aparecen en este fragmento, sospechamos que se deben a otra mano.

La paginación se refiere a la edición en folleto de veinte páginas de la *Oración Inaugural* de Mora, hecha en Santiago, 1830, en la Imprenta de R. Rengifo.

[12] En *El Popular,* Nº 10, Santiago 29 de mayo de 1830, continuó la polémica con Mora. De ese artículo reproducimos únicamente la parte relativa a los temas literarios de la polémica. Aunque no está esta porción entre los borradores manuscritos, no vacilamos en adjudicársela, porque las ideas y el estilo corresponden exactamente al resto de la intervención de Bello.

[13] Esta parte, trascrita directamente de los borradores manuscritos de Bello, fue publicada con algunas variantes en *El Popular* Nº 12, Santiago de Chile, 19 de junio de 1830.

[14] En la edición de las *Poesías de don Juan Meléndez Valdés,* París, 1832, esta Oda y la siguiente están distinguidas con los números V y XVII respectivamente.

[15] El artículo "Crítica" se publicó en *El Mercurio,* Valparaíso, junio 4 de 1830, tomo 4, Nº 78.

[16] Al margen del manuscrito aparecen unos intentos de redacción de este pasaje, no tachados en parte, que dicen: "Se puede ser un razonador sutil, un escritor agradable y aun elocuente, y hablar en castellano purísimo".

[17] Esta parte corresponde a notas manuscritas de Bello que no llegaron a ser publicadas en *El Popular,* pero las ideas expuestas se encuentran en algunos artículos publicados en dicho periódico. Los fragmentos a continuación trascritos son la contestación preparada para responder al papel suelto publicado en Santiago con fecha 23 de junio de 1830 y al artículo de *El Mercurio,* publicado en el Nº 98-99 de Valparaíso, junio 30 de 1830.

[18] En la misma hoja, al margen figura otra redacción no tachada: "pero en la crítica de la historia no raya tan alto: lo que escribió en este género es una mera compilación de los escritores griegos y romanos, de quienes copia por lo regular sin discernimiento adoptando las exageraciones de la vanidad nacional o del espíritu de partido".

[19] Aquí se interrumpe el manuscrito.

[20] Esta refutación al artículo aparecido en el Nº 103, de *El Mercurio* de Valparaíso, 5 de julio de 1830, la trascribimos directamente del borrador manuscrito de Bello. No fue publicada en *El Popular*, por haberse interrumpido la polémica.

[21] A partir de aquí hasta el final del folio repite Bello conceptos expresados anteriormente, pero los deja sin tachar. Los transcribimos tal cual aparecen en el manuscrito.

[22] Esta parte trascrita de los originales manuscritos de Bello, fue preparada para replicar a *El Mercurio* Nos. 88-89, y 104, correspondientes al 30 de junio, y al 6 de julio de 1830 respectivamente. La hemos transcrito de los originales de Bello. No llegó a publicarse en *El Popular*. Como de algunos puntos hay más de una redacción, damos en nota las variantes cuando tienen cierta importancia.

Para subrayar el carácter impersonal que quiso dar Bello a su participación en la polémica, es de notar la mención que se hace a sí mismo en el segundo párrafo de este fragmento.

[23] De esta parte hay otra redacción anterior, en otro folio manuscrito. La trascribimos: "El único modo de responder sería probar que *dédalo* en castellano tiene la significación de *laberinto*, como *dédale* la tiene en francés. En tal caso la figura de que se trata sería naturalísima. Pero esto es lo que no se ha hecho. Hágase, y se verá cuán poco nos cuesta confesar un error.

"La cuestión se ha presentado recientemente bajo otro aspecto: *Dédalo*, se dice, es un nombre propio de persona; pero que figuradamente puede emplearse para significar un laberinto, porque Dédalo fabricó un laberinto.

"La cuestión en ese caso es sencillísima. Preséntese una figura análoga en un buen orador, o en tratado de retórica. Nosotros no tenemos dificultad en confesar (aunque parezca proposición escandalosa) que no nos acordamos de haber visto semejante figura, y que nunca creímos que el *Dédalo* de la oración inaugural fuese una metáfora de esta especie, sino de las buenas y usuales, aunque fundada en un neologismo.

"Permítasenos hacer sensible la dificultad por medio de algunos ejemplos. Praxiteles hizo como todos saben bellísimas estatuas. Supongamos que uno al ver una bella estatua de Canova o de otro escultor exclamase: ¡Oh qué hermoso Praxiteles! ¿Sería tolerable la figura?

"Se dice de una casa desordenada, en que todos mandan y nadie obedece, *esta casa es una Babilonia,* aludiendo a la confusión de las lenguas. ¿Pudiera decirse, *esta casa es un Nemrod,* porque Nemrod fue fundador de Babilonia?

"Si se cita el ejemplo de Dédalo en otras lenguas, decimos que ignoramos cómo empezó la segunda acepción de esta palabra en ellas. Pudo empezar por una mala figura retórica y pudo empezar de otros mil modos. ¿Quién puede poner coto a las irregularidades y caprichos del uso? ¿Se podría llamar a un sepulcro magnífico una *artemisia,* en vez de un mausoleo porque la Reina Artemisa hizo construir el primero que tuvo este nombre?".

[24] En el manuscrito original, Bello había escrito "valeat", por "prosit", *(Epist.* lib. 2, vs. 409-410). Error, sin duda, por fiarse de la memoria.

[25] En otro fragmento manuscrito aparece la siguiente redacción:

"*Genio.* No hemos admitido la transacción de Capmany; no hemos hecho más que referirla, y añadir, que ni aun ella favorece el uso de la voz genio en el pasaje de la Oración inaugural, que tuvimos la osadía de creer censurable. La admisión

que se nos atribuye es una pura voluntariedad del crítico. La verdad es que la tal transacción nos ha parecido siempre algo opuesta a los principios del mismo Capmany. No lo expresamos así, porque no había para qué, y porque creímos que para acusar de error en materia de lenguaje a un hombre como Capmany, era necesaria una larga vida empleada en el estudio de los autores clásicos.

"Con igual voluntariedad supone nuestro crítico que el pasaje censurado es el de la pág. 15 de la Oración inaugural, que cita y comenta a la larga para probar que equivocamos su inteligencia. Trabajo perdido. El pasaje no es ése, sino el de la pág. 2. '¿Os hablaré yo de los prodigios que en todos tiempos ha obrado el lenguaje inspirado por el *Genio,* y *pulido* por el trabajo?'.

"Hemos insistido en Meléndez, y tuvimos alguna razón para hacerlo. Al que autoriza en este autor la voz *genio* (en el sentido de facultad inventiva), y cree que *genio* según su uso moderno expresa algo más que *ingenio,* no se le podía citar en comprobación de lo contrario autoridad más competente que la de Meléndez mismo.

"Se ha creído que *genio* significa la facultad inventiva, en estos versos de Bartolomé de Argensola:

'Mas quien el *genio* floreciente y vago
de Séneca llamó cal sin arena
no probó los efectos de su halago'.

"Nuestro crítico, que está bien versado en la historia de Roma, recordará quién fue el que puso al estilo de Séneca el apodo de *arena sin cal* y por qué. Lo que Bartolomé de Argensola llama *genio,* es, ello por ello (casi hasta con las mismas letras), lo mismo que Suetonio llamó *genus scribendi,* y sobre lo que este historiador dice terminantemente que recayó el apodo. Con que es claro que el Rector de Villahermosa quiso significar el carácter de la dicción de Séneca, pulida, pero inconexa y disuelta, como todos la han caracterizado hasta ahora. *Genio,* pues, en el pasaje alegado conserva su antigua y nativa acepción de carácter o índole, aplicada metafóricamente al estilo, que es de lo que viene hablando el poeta:

'Porque los dos genéricos *estilos*
más de un naufragio nuevo nos avisa
que no por frecuentados son tranquilos.
Obliga el uso a brevedad concisa,
que aunque la demasiada luz deseamos
precia la elocución peinada y lisa'.

"Sigue luego enumerando varios géneros de composición a que se adapta mejor el estilo lacónico; menciona algunos que sobresalieron en él, como Horacio y Tácito; y añade:

'De Trajano las dotes inmortales
refiere Plinio en este *acento puro*
sin *voces tenebrosas ni triviales.*
¿De las primeras quién corrió seguro,
si el presbítero docto de Cartago
aspirando a ser *breve* quedó oscuro?
Mas quien el genio floreciente y vago, etc.' ".

[26] Bello había escrito "por el arte", pero la cita correcta es "por el trabajo".

[27] Aquí se interrumpe esta hoja manuscrita, que repite el concepto con que termina el folio anterior.

[28] Este trabajo fue publicado primeramente en *El Araucano,* Santiago de Chile, 27 de noviembre de 1840, Nº 535. Lo incluyó Bello en *Opúsculos literarios y críticos, publicados en diversos periódicos desde el año 1834 hasta 1848,* Santiago, Imprenta Chilena, 1850, pp. 31-39. Recogido luego en O. C. VII, pp. 301-311. Comenta la edición de las *Leyendas* de Mora, hecha en Londres, 1840.

Bello había publicado anteriormente dos notas relativas a la obra literaria de Mora. La primera, en *El Repertorio Americano*, I, Londres, octubre de 1826, p. 320, reproducida por Miguel Luis Amunátegui en la *Introducción* a O.C. *VII*, p. xli. Se refería al *Cuadro de la Historia de los árabes*, editado por Mora en Londres, 1826: "El interés histórico de estos cuadros es grande; su diseño y colorido bellísimos; y muy pocas obras modernas pueden competir con ellos en la soltura, gracia y lozanía del estilo".

La segunda nota sobre las *Meditaciones poéticas*, publicadas en Londres, 1826, apareció en *El Repertorio Americano*, III, Londres, abril de 1827, pp. 312-313: "Bajo este título se presenta una breve colección de doce láminas de excelente dibujo y grabado, que deben considerarse como el fondo de la obra, no siendo el texto más que una ilustración poética de otros tantos sujetos filosófico-religiosos, representados en aquéllas con notable novedad en la invención de las alegorías y en la expresión de las imágenes más vivas y de los pensamientos más profundos. La idea de estas meditaciones se halla tomada de un poema inglés de Blair intitulado *El sepulcro*. Estas meditaciones no son una mera traducción, y puede decirse que ofrecen una imitación bien ejecutada y apropiada a la poesía castellana, con alteraciones muy bien ideadas en beneficio de los lectores a quienes se destinan, según el tono de los mejores poetas castellanos que han pulsado la lira sagrada: objeto que el Sr. Mora ha tenido muy presente, y que ha desempeñado con laudable acierto aun en los muchos pensamientos originales que ha introducido". Reprodujo esta nota Miguel Luis Amunátegui en la *Introducción* a O. C. *VII*, pp. xli-xlii.

29 Fue publicado primeramente este artículo en *El Araucano*, de Santiago de Chile, en la entrega correspondiente al 5 de febrero de 1841, Nº 545. Se reimprimió luego en los *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXI, Santiago de Chile, julio de 1862, pp. 3-11. En los repertorios bibliográficos aparece la siguiente edición en libro: *La Araucana, juicio por Andrés Bello*, México, Tip. de V. G. Torres, calle de San Juan de Letrán, Nº 3, 1862, 200 p. El artículo de Bello ocupa sólo las pp. 3-25, pero por el hecho de dar título al volumen ha inducido a error.

Se incluyó el trabajo de Bello en O. C. VI, pp. 459-470. Hemos restituido algunas lecturas según el texto de *El Araucano*, evidentemente mal transcritas en las ediciones posteriores.

30 En los *Anales de la Universidad de Chile*, XXI, julio de 1862, p. 4 y en O. C. VI, p. 461 decía "ideas" por "lides". Nos atenemos al texto de *El Araucano*.

31 Este trabajo fue publicado primeramente en *El Araucano*, de Santiago de Chile, en la edición del día 19 de febrero de 1841, Nº 547. Lo recogió el propio Bello en el libro *Opúsculos literarios y críticos, publicados en diversos periódicos desde el año de 1834 hasta 1849*, Santiago, Imprenta Chilena, 1850, pp. 24-30. Fue incluido luego en O. C. VI, pp. 471-478. Han sido cotejados los textos de las tres ediciones.

32 La obra *Todo es enredos, amor*, es de Diego de Figueroa y Córdoba.

33 Este trabajo se publicó en sucesivos artículos aparecidos en *El Araucano*, de Santiago de Chile, en las siguientes entregas: 5 y 12 de noviembre, 3 de diciembre de 1841 y 22 de abril de 1842, Nos. 585, 586, 589 y 609. Lo incorporó luego el propio Bello en el volumen *Opúsculos literarios y críticos, publicados en diversos periódicos desde el año de 1834 hasta 1948*, Santiago, Imprenta Chilena, 1850, pp. 40-68. Se incluyó en O. C. VII, pp. 265-293. Comenta la edición póstuma del *Juicio crítico*, hecha por Vicente Salvá, París, 1840, en dos volúmenes.

34 *Las Ruinas de Itálica* son de Rodrigo Caro.

35 Miguel Luis Amunátegui, en *Vida Bello*, pp. 507 y ss., afirma que Bello había preparado otros artículos análogos sobre el *Juicio crítico* de Hermosilla, además de los que publicó en *El Araucano* relativos a Moratín. Transcribe en *Vida Bello*, las observaciones "de lo que habrían sido estos artículos sobre Meléndez". Y explica Amunátegui el modo cómo las recoge: "Después de haber oído hablar a Bello

acerca del asunto, redacté, apenas regresé a casa, lo que él había dicho, procurando yo en aquellos apuntes reproducir no sólo sus ideas, sino hasta sus propias palabras". Reproducimos el texto que nos da Amunátegui, dando entre corchetes [ ] lo que son palabras del colector, a quien hay que concederle amplio crédito, pues fue discípulo predilecto de Bello. Las glosas de Bello van siguiendo los comentarios de Hermosilla, en su *Juicio crítico*, t. I, pp. 187-193. Cabe pensar que las observaciones de Bello son de 1842.

[36] Publicamos el fragmento que de este trabajo de Bello, nos da Miguel Luis Amunátegui, en *Vida Bello*, pp. 516-526. Dice Amunátegui: "Por desgracia, el borrador que ha quedado de este importante trabajo, sobre incompleto, se halla escrito en letra tan ininteligible, que, sólo a costa de mucha paciencia y labor, he podido descifrar lo que inserto a continuación". Y da el texto leído. El comentario de Bello se refiere a la traducción en verso del poema de Homero, publicado en Madrid, Imprenta Real, 1831, en tres volúmenes.

[37] Apareció por primera vez este artículo en *El Araucano*, Santiago de Chile, 14 de enero de 1842, Nº 595. Recogido luego por el propio Bello en *Opúsculos literarios y críticos, publicados en diversos periódicos desde el año de 1834 hasta 1848*, Santiago, Imprenta Chilena, 1850, pp. 69-71. Se incluyó en O. C. VII, pp. 313-316. Se han enmendado algunas lecturas erradas. Comenta sin duda la edición de 1841, hecha en Madrid, en la imprenta de Vicente Lalama.

[38] Se publicó en *El Mercurio*, de Valparaíso, el 12 de mayo de 1842. Es la única intervención de Bello (firmado *Un quidam*) en la famosa polémica suscitada por el artículo "Ejercicios populares de lengua castellana" de Pedro Fernández Garfias, inserto en *El Mercurio*, de 27 de abril de 1842, precedido de un comentario de Sarmiento. La polémica se agravó, y en una de las intervenciones de Sarmiento consta la conocida alusión personal a Bello ("un gran literato que vive entre nosotros. . ."). Bello se limitó a publicar el artículo que reproducimos, que no fue recogido en O. C. Ha sido reimpreso en *Obras de Sarmiento*, I, Santiago, 1887, y en *Prosa de ver y pensar*, del mismo Sarmiento, Buenos Aires, 1943. Lo transcribimos de la obra de Norberto Pinilla, *La controversia filológica de 1842*, Santiago, 1945, pp. 25-30.

[39] Parece haberse impreso Montaigne por Buffon.

[40] Este comentario apareció en *El Araucano*, Nº 761, de Santiago de Chile, 21 de marzo de 1845. Los primeros párrafos fueron reproducidos por Miguel Luis Amunátegui, en la *Introducción* a *O.C. VII*, pp. lxxxii-lxxxiii; la parte comparativa de las traducciones de la *Vulgata* por Scio y Amat, fue publicada por el mismo Amunátegui en *Vida Bello*, pp. 146-149, al explicar el encargo que recibió en 1816, Bello en Londres, de corregir la traducción castellana de la Biblia. Es probable que en este artículo de 1845 utilizase viejas notas de aquel trabajo. Transcribimos íntegramente de *El Araucano* el comentario de Bello, que no había sido incluido en O. C.

[41] Este artículo se publicó primeramente en la *Revista de Santiago*, tomo I, Nº 3, Santiago, junio de 1848. Lo incluyó el propio Bello en la recopilación *Opúsculos literarios y críticos, publicados en diversos periódicos desde el año de 1834 hasta 1848*, Santiago, Imprenta Chilena, 1850, pp. 228-239. Fue recogido en O. C. VII, pp. 419-431. Comenta la edición de los *Ensayos* de Lista, con prólogo de José Joaquín de Mora, Sevilla, Calvo-Rubio y Co., editores, 1844, en dos volúmenes.

ESTUDIOS GRAMATICALES Y LINGÜISTICOS

ANALISIS IDEOLOGICA DE LOS TIEMPOS DE LA CONJUGACION CASTELLANA [1]

A los señores rector y profesores
del Instituto Nacional de Chile.

EL AUTOR

Prólogo

Después de lo que han trabajado sobre la análisis del verbo, Condillac, Beauzée y otros eminentes filósofos, parecerá presunción o temeridad querer fundar esta parte de la teoría gramatical sobre diversos principios que los indicados por ellos; pero examínense sin prevención los míos; averígüese si ellos explican satisfactoriamente los hechos, al parecer complicados e irregulares, que en esta parte presenta el lenguaje, y si puede decirse lo mismo de los otros; y desde ahora me sujeto al fallo (cualquiera que sea) que se pronuncie con pleno conocimiento de causa.

A decir verdad, yo no temo que, sometida a un examen escrupuloso mi teoría, se halle infundada o inexacta; creo ver en ella, o a lo menos en sus principios fundamentales, todos los caracteres posibles de verdad y de solidez; y por más que conozca lo poderosas que son las ilusiones de la fantasía, me es imposible resistir a una convicción que fue el fruto de un estudio prolijo en otra época de mi vida, y ha sido confirmada constantemente por observaciones posteriores de muchos años. Lo que temo es que mis lectores no tengan paciencia para seguirme en todos los pormenores de una análisis necesariamente delicada y minuciosa; y se apresuren a condenarla sin haberla entendido.

Muchos habrá también que la crean inaplicable al estudio general de la gramática de nuestra lengua. Yo pienso de diverso modo. Sin desconocer que la lectura de los buenos autores da un tino feliz que dispensa a ciertos espíritus privilegiados del estudio de las reglas; sin desconocer que el mismo instinto de analogía que ha creado las lenguas basta en muchos casos para indicarnos la legítima estructura de las frases, y el recto uso de las inflexiones de los nombres y verbos, creo que muchos deslices se evitarían, y el lenguaje de los escritores sería más generalmente correcto y exacto, si se prestara más atención a lo que pasa en el entendimiento

cuando hablamos; objeto, por otra parte, que aun prescindiendo de su utilidad práctica, es interesante a los ojos de la filosofía, porque descubre procederes mentales delicados, que nadie se figuraría en el uso vulgar de una lengua.

Pocas cosas hay que proporcionen al entendimiento un ejercicio más a propósito para desarrollar sus facultades, para darles agilidad y soltura, que el estudio filosófico del lenguaje. Se ha creído sin fundamento que el aprendizaje de una lengua era exclusivamente obra de la memoria. No se puede construir una oración, ni traducir bien de un idioma a otro, sin escudriñar las más íntimas relaciones de las ideas, sin hacer un examen microscópico, por decirlo así, de sus accidentes y modificaciones. Ni es tan desnuda de atractivos esta clase de estudios como piensan los que no se han familiarizado hasta cierto punto con ellos. En las sutiles y fugitivas analogías de que depende la elección de las formas verbales (y otro tanto pudiera decirse de algunas otras partes del lenguaje), se encuentra un encadenamiento maravilloso de relaciones metafísicas, eslabonadas con un orden y una precisión que sorprenden cuando se considera que se deben enteramente al uso popular, verdadero y único artífice de las lenguas. Los significados de las inflexiones del verbo presentan desde luego un caos, en que todo parece arbitrario, irregular y caprichoso; pero a la luz de la análisis, este desorden aparente se despeja, y se ve en su lugar un sistema de leyes generales, que obran con absoluta uniformidad, y que aun son susceptibles de expresarse en fórmulas rigorosas, que se combinan y se descomponen como las del idioma algebraico.

Y esto es cabalmente lo que me ha hecho pensar que el valor que doy a las formas del verbo, en cuanto significativas de tiempo, es el solo verdadero, el solo que representa de un modo fiel los hechos, es decir, los varios empleos de las inflexiones verbales según la práctica de los buenos hablistas. Una explicación en que cada hecho tiene su razón particular, que sólo sirve para él, y los diversos hechos carecen de un vínculo común que los enlace y los haga salir unos de otros, y en que por otra parte las excepciones pugnan continuamente con las reglas, no puede contentar al entendimiento. Pero cuando todos los hechos armonizan, cuando las anomalías desaparecen, y se percibe que la variedad no es otra cosa que la unidad, transformada según leyes constantes, estamos autorizados para creer que se ha resuelto el problema, y que poseemos una verdadera TEORIA, esto es, una visión intelectual de la realidad de las cosas. La verdad es esencialmente armoniosa.

Seguro, pues, de que la explicación que voy a dar de una parte no menos difícil que interesante del lenguaje descansa sobre bases ciertas, me he determinado a sacar esta obrilla de la oscuridad en que hace más de treinta años que la he tenido sepultada [2]; y después de una revisión severa, que me ha sugerido algunas ilustraciones y enmiendas, me he decidido por fin a publicarla. Me alienta la esperanza de que no faltarán, tarde o

temprano, personas inteligentes que la examinen, y que tal vez adopten y perfeccionen mis ideas.

Lo que ruego otra vez a los que la lean es que no se anticipen a reprobarla antes de haberla entendido. Objeciones se les ocurrirán, a las primeras páginas, que verán después satisfactoriamente resueltas. A lo menos yo así lo espero. Extrañarán la nomenclatura; pero si encuentran que ella tiene el mérito de ofrecer en cada nombre una definición completa, y algo más que una definición, una fórmula, en que no sólo la combinación sino el orden de los elementos pintan con fidelidad los actos mentales de que cada tiempo del verbo es un signo, me lisonjeo de que la juzgarán preferible a las adoptadas en nuestras gramáticas.

Esta análisis de los tiempos se contrae particularmente a la conjugación castellana; pero estoy persuadido de que el proceder y los principios que en ella aparecen son aplicables con ciertas modificaciones a las demás lenguas; de lo que he procurado dar ejemplos en algunas de las notas que acompañan al texto.

Del Verbo

Antes de entrar en materia, me parece oportuno exponer mis ideas sobre la naturaleza del verbo, y sobre sus diferentes *modos*.

1. Yo defino el verbo: *una palabra que significa el atributo de la proposición, indicando juntamente el número y persona del sujeto, el tiempo del atributo y el modo de la proposición.*

2. Significa el atributo de la proposición por sí solo, o combinado con otras palabras que lo modifican y determinan. Por sí solo, v. g. "La luz del sol *calienta*"; combinado con otras palabras, v.g. "La tierra *describe una órbita elíptica al rededor del sol*". Lo que es el sustantivo en el sujeto, el verbo es en el atributo de la proposición. Ni reconozco yo en la proposición más que estas dos partes integrantes, sujeto y atributo.

3. La antigua división tripartita de la proposición en sujeto, cópula y predicado, se funda en una abstracción que no produce resultado alguno práctico. Con igual razón que descomponemos el significado de *amo* en *soy amante* y el de *leo* en *soy leyente,* pudiéramos descomponer el significado de *hombre* en *ente humano,* y el de *cuerpo* en *ente corpóreo.* ¿Y qué deduciríamos de esta segunda descomposición para el recto uso de las palabras *hombre* y *cuerpo?* Nada absolutamente; lo mismo que de la primera para el recto uso de la palabra *amo* y *leo;* abstracciones estériles, que en vez de analizar el lenguaje lo complican.

4. Se dirá tal vez que esta descomposición representa el proceder del entendimiento en el habla, y que cuando digo *amo, leo,* hay en el alma dos ideas, la una representada por *soy,* y la otra por *amante* o *leyente.* Pero

con el mismo fundamento pudiera sostenerse la descomposición del sustantivo: la idea de hombre se resuelve en la idea de un *ser* y la idea de *humano*, o *dotado de las cualidades que constituyen la humanidad.* Además, es falso que con semejante descomposición se pinte el proceder del pensamiento; porque la inteligencia humana ha procedido siempre de lo concreto a lo abstracto, y primero tuvo idea del ser revestido de las particulares circunstancias con que lo significan los verbos y sustantivos concretos, que de aquella existencia vaga, desnuda, metafísica, que se cree ser el objeto de las palabras *soy, ente, cosa,* y que pocos hombres (si alguno) han llegado a concebir jamás.

5. De la definición precedente se sigue que el infinitivo no es verbo, porque no se verá que signifique atributo, ni que indique persona o número; y si indica tiempo, es de diferente manera que el verbo. El verbo dice siempre una relación de tiempo con el momento presente. *Amo* y *amé,* por ejemplo, representan el amor bajo una relación determinada con el momento en que se habla; el primero indica que la acción de amar coexiste con él; el segundo la supone anterior. El infinitivo, al contrario, no expresa relación alguna determinada con el instante en que lo proferimos *.

6. El infinitivo es sustantivo, porque ejerce todos los oficios del sustantivo. Cuando se dice: "Es necesario meditar lo que se lee para entenderlo rectamente", *meditar* y *entender* ocupan en el razonamiento el mismo lugar, y ejercen las mismas funciones que los sustantivos *meditación* e *inteligencia* cuando decimos: "Es necesaria la meditación de lo que se lee para su recta inteligencia". Es verdad que el infinitivo se asemeja en su construcción al verbo; pero eso no basta para que lo sea. Los participios en el latín y el griego se construyen como los verbos de que nacen; y nadie dirá que son verbos.

7. Volvamos a la definición, e ilustrémosla con un ejemplo: "La industria enriquece a los pueblos". *La industria* es el sujeto; todas las otras palabras constituyen el atributo; pero *enriquece* lo significa de un modo peculiar y constante; la frase *a los pueblos* no hace más que determinar el sentido de *enriquece.* Además, *enriquece* indica el número singular del sujeto, porque si sustituimos a *la industria, las artes,* no podremos ya decir *enriquece,* sino *enriquecen.* Indica asimismo que el sujeto es tercera persona; porque si el sujeto fuese *yo* o *tú,* el atributo debería ser *enriquezco* o *enriqueces.* Indica también el tiempo del atributo. En el ejemplo propuesto se denota que el enriquecimiento producido por la industria es una cosa que sucede ahora; si se dijese: "El comercio enriqueció a los fenicios", se pintaría el enriquecimiento como una cosa que ha sucedido en tiempos

---

* "¿No ves, Damón, reverdecer el campo,
Y vestirse los árboles de flores?" (Figuer.)

Aquí el infinitivo significa coexistencia con el momento presente; pero si en lugar de *no ves* se pusiese *yo vi,* el reverdecer y el vestir serían anteriores a él; y si se pusiese *veré,* posteriores.

pasados y que ya no existe. Indica en fin el modo de la proposición; pero esto necesita de algunas explicaciones, porque en la mayor parte de las gramáticas, por no decir en todas las que he visto, la idea que se da de los modos es vaga y oscura.

8. El modo es *la forma que debe tomar el verbo en virtud del significado o la dependencia de la proposición.* Así la enunciación de los hechos y la expresión de nuestros juicios piden regularmente las formas verbales que los gramáticos llaman *indicativas* (denominación que conservaremos, aunque no sea fácil adivinar qué es lo que ha querido decirse con ella); así, el deseo determina las formas optativas; así, las proposiciones dependientes de palabras que significan un afecto del alma requieren las formas del subjuntivo común: "Te *veré* mañana sin falta", "¡*Pluguiese* a Dios que jamás le *hubiera* conocido!" *Veré* asevera; *pluguiese* expresa un deseo; *hubiera* señala el objeto de un afecto del alma, que es ese mismo deseo.

9. Tenemos en castellano cuatro modos: el indicativo, el subjuntivo común, el subjuntivo hipotético y el optativo. La elección depende de multitud de reglas que pertenecen a la sintaxis; aquí nos limitaremos a indicar algunas de las más generales.

10. La aseveración pide, como hemos visto, el indicativo.

11. Las proposiciones que dependen de una aseveración negativa se acomodan regularmente con el indicativo o con el subjuntivo común: "No está demostrado que la Luna *tiene* o *tenga* habitantes".

12. Las que dependen de palabras que significan necesidad o conveniencia, o de palabras que denotan algún afecto de la voluntad, requieren el subjuntivo común: "Es necesario que *trabajes*"; "Se indignó de que se *hubieran* desobedecido sus órdenes".

13. Las que significan una hipótesis futura y contingente piden el subjuntivo hipotético: "Si el desamparo del pueblo no os *moviere* a socorrerle, muévaos a lo menos vuestro interés" (Jovellanos).

14. Las que significan ruego, mandato, deseo, requieren el modo optativo: *Muévaos* en el ejemplo anterior pertenece a este modo.

15. Estos cuatro modos componen cuatro grupos de formas verbales; y es muy fácil distinguir unos de otros por medio de un proceder sencillo y en cierto modo experimental, que consiste en hacer que un verbo dependa de otro cuyo régimen modal esté perfectamente conocido, y en variar el tiempo del verbo que determina este régimen.

16. Es evidente, por ejemplo, que si *amaré* es indicativo, indicativo es también *amaría,* pues lo usamos en circunstancias análogas: "El almanaque anuncia que en el mes de diciembre próximo *habrá* un eclipse de Sol"; "Los astrónomos anunciaron que *aparecería* un cometa sobre nuestro horizonte". Aquí no hay más variedad que la de los tiempos; el modo es idéntico.

17. Es claro también que si *ame* es subjuntivo común, no podrán menos de serlo *amase* y *amara:* "Se indigna de que no le *crean*"; "Se indignó de que no le *creyesen* o *creyeran*".

18. Si cuando se dice: "No se piensa que los enemigos *triunfarán* o *triunfen*", nadie duda que *triunfarán* es indicativo, y *triunfen* subjuntivo común, tampoco debe dudarse que cuando se dice: "No se pensaba que los enemigos *triunfarían, triunfasen* o *triunfaran*", la primera de estas formas pertenece al indicativo, y las otras dos al subjuntivo común.

19. Dícese en el subjuntivo hipotético: "Te encargo que si nuestro amigo *viniere, le hospedes*". Luego en el mismo modo se dice: "Te encargué que si nuestro amigo *viniese,* le hospedaras".

20. El subjuntivo común tiene dos formas sinónimas, *amase* y *amara;* lo mismo que el ablativo de algunos nombres latinos tiene dos terminaciones que son exactamente de un mismo valor.

21. Hay una forma, *amase,* que es común a los dos subjuntivos; lo mismo que hay una forma común a los dativos y ablativos plurales en la lengua latina.

22. Él subjuntivo común es la forma que damos en nuestra lengua a las proposiciones que significan los objetos de las afecciones morales; y el deseo es una de ellas. No debe pues parecer extraño que el optativo tome prestadas casi todas sus formas al subjuntivo común.

23. Cuando se manda, y al mismo tiempo se indica que estamos seguros de ser obedecidos, aseveramos una cosa futura. Por consiguiente es natural que el optativo pase entonces a las formas indicativas de futuro. *Harás* significa en este caso un precepto, y el indicativo se reviste de la significación del optativo, porque el precepto es la expresión de un deseo.

24. De aquí se sigue que las formas llamadas *imperativas,* como *vén, venir,* son rigorosamente optativas; ellas en realidad son las únicas que pertenecen peculiar y exclusivamente al modo optativo.

25. En fin, se usan a veces promiscuamente dos modos; como en latín se usan a veces promiscuamente dos casos. Así hemos visto que una aseveración negativa rige indiferentemente el indicativo y el subjuntivo común. Así vemos que el subjuntivo hipotético, regido del condicional *si,* puede reemplazarse por las formas indicativas *amo* y *amaba:* "Te encargo que si *viniere* o *viene* nuestro amigo, le hospedes"; "Te encargué que si *viniese* o *venía* nuestro amigo, le hospedaras". Pero si el subjuntivo hipotético es regido de otra cualquiera palabra, se le pueden sustituir las formas del subjuntivo común: "Te prevengo que hospedes a los que *llegaren* o *lleguen*"; "Te previne que hospedaras a los que *llegasen* o *llegaran*".

26. Nótese que no todas las proposiciones que vienen precedidas de *si* o de otra expresión condicional pertenecen al modo hipotético. En ésta por ejemplo: "Las leyes serían vanas, si se pudiesen quebrantar impunemente", hay una idea accesoria de negación indirecta, pues se insinúa que no son vanas las leyes, ni pueden impunemente quebrantarse; y de esta

negación indirecta nacen efectos particulares, que se explicarán a su tiempo.

He dicho que el verbo indica el modo de la proposición. En efecto, las formas modales del verbo dan a conocer si la proposición es aseverativa, optativa o hipotética. La indicación de las formas subjuntivas comunes es más vaga, porque se limita a decirnos que la proposición depende de una palabra o frase que puede tener muy diferentes caracteres, significando unas veces aseveración negativa, otras una emoción moral, otras necesidad o conveniencia, otras ignorancia, duda, etc.

ANALISIS IDEOLOGICA DE LOS TIEMPOS DE LA CONJUGACION CASTELLANA

Indicativo

27. El modo indicativo tiene cinco formas simples: *amo, amé, amaré, amaba, amaría.*

Amo, presente

28. Significa la coexistencia del *atributo,* esto es, del significado radical del verbo, con el momento en que se habla.

29. Esta relación de coexistencia no consiste en que las dos duraciones principien y acaben a un tiempo; basta que el acto de la palabra, el momento en que se pronuncia el verbo, coincida con un momento cualquiera de la duración del atributo; la cual, por consiguiente, puede haber comenzado largo tiempo antes, y continuar largo tiempo después. Por eso el presente es la forma que se emplea para expresar las verdades eternas o de una duración indefinida: "Madrid está a las orillas del Manzanares"; "La Tierra gira al rededor del Sol"; "El cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos".

Amé, pretérito

30. Significa la anterioridad del atributo al acto de la palabra.

31. Nótese que en unos verbos el atributo, por el hecho de haber llegado a su perfección, expira, y en otros sin embargo subsiste durando; a los primeros llamo verbos DESINENTES, y a los segundos, PERMANENTES. *Nacer, morir,* son verbos desinentes, porque luego que uno nace o muere, deja de nacer o morir; pero *ser, ver, oír,* son verbos permanentes, porque sin embargo de que la existencia, la visión o la audición sea desde el principio perfecta, puede seguir durando gran tiempo.

32. El pretérito en los verbos desinentes significa siempre anterioridad de toda la duración del atributo al acto de la palabra, como se ve por estos ejemplos: "Se edificó una casa a la orilla del río"; "La nave fondeó a las tres de la tarde". Mas en los verbos permanentes sucede a veces que el pretérito denota la anterioridad de aquel solo instante en que el atributo empieza a tener una existencia perfecta: "Dijo Dios, sea la luz, y la luz fue"; *fue* vale lo mismo que *principió a ser.*

33. Es frecuente en castellano este significado del pretérito de los verbos permanentes precediéndoles las expresiones *luego que, apenas,* y otras de valor semejante. En este ejemplo: "Luego que se edificó la casa, me mudé a ella", se significa que el último instante de la edificación precedió al primero de la mudanza, porque el verbo *edificar* es desinente. Pero en este otro ejemplo: "Luego que divisamos la costa, nos dirigimos a ella", no todo el tiempo en que estuvimos divisando la costa, sino sólo el primer momento de divisarla se supone haber precedido a la acción de dirigirnos a ella; porque la acción de divisar es de aquellas que, perfectas, continúan durando.

Amaré, futuro

34. Significa la posterioridad del atributo al acto de la palabra.

Amaba, co-pretérito

35. Significa la coexistencia del atributo con una cosa pasada. *Amaba* es, respecto de la cosa pasada con la cual coexiste, lo mismo que *amo* respecto del momento en que se habla; es decir, que la duración de la cosa pasada con que se le compara forma sólo una parte de la suya (28, 29). "Cuando llegaste, llovía": la lluvia se representa como coexistente con tu llegada, que es una cosa pretérita; pero puede haber durado largo tiempo antes de ella, y haber seguido durando largo tiempo después, y durar todavía cuando hablo.

36. Esta definición de *amaba* resuelve una cuestión que han ventilado tiempo ha los gramáticos. ¿Se pueden expresar por el co-pretérito las cosas que todavía subsisten y las verdades eternas? ¿Y no será impropio decir: "Copérnico probó que la Tierra *giraba* al rededor del Sol?" Si es exacta la idea que acabo de dar del co-pretérito, la expresión es perfectamente correcta. Podría tolerarse *gira,* mas entonces no veríamos, digámoslo así, el giro eterno de la Tierra por entre la mente de Copérnico, y la expresión sería menos adecuada a las circunstancias, y por consiguiente menos propia.

37. En las narraciones el co-pretérito pone a la vista los adjuntos y circunstancias, y presenta, por decirlo así, la decoración del drama. "Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban; corría por su falda

un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento a los ojos que le miraban; había por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así, en viéndole, comenzó a decir en voz alta", etc. Los co-pretéritos *estaba, rodeaban, corría, hacíase, daba, miraban, había, hacían,* pintan las circunstancias y adjuntos de la serie de acciones referidas por los pretéritos *llegaron, escogió, comenzó,* etc.*.

Amaría, post-pretérito

38. Significa que el atributo es posterior a una cosa pretérita: "Los profetas anunciaron que el Salvador nacería de una Virgen"; el nacimiento se representa como posterior al anuncio, que es cosa pasada (16).

39. El indicativo tiene cinco formas compuestas: *he amado, hube amado, habré amado, había amado, habría amado. Haber amado, haber escrito,* significa tener ya ejecutadas estas acciones: la época de las acciones se mira pues necesariamente como anterior a la época del auxiliar *haber.* Luego, el significado de todas las formas compuestas de este verbo y de un participio se expresará por una denominación compleja en que la partícula *ante* preceda al nombre del tiempo del auxiliar.

He amado, ante-presente

40. Comparando estas dos proposiciones: "La Inglaterra se ha hecho señora del mar" y "Roma se hizo señora del mundo", se percibe con claridad la diferencia entre el pretérito y el ante-presente. En la primera se indica que aún dura el señorío del mar; en la segunda, el señorío

* "Ecce trahebatur passis Priameia virgo
crinibus a templo Cassandra adytisque Minervae,
ad coelum tendens ardentia lumina frustra,
lumina, nam teneras arcebant vincula palmas.
Non tulit hanc speciem furiata mente Choroebus,
et sese medium injecit moriturus in agmen" (Virgilio).

Trahebatur, arcebant, se presentan como adjuntos de *non tulit* y de *sese injecit.*

[He aquí, que con cabello suelto al viento
Traída por los griegos, asomaba
Casandra, que en el último aposento
Del templo de Minerva orando estaba.
Al cielo con tristísimo lamento
Los claros ojos sin cesar alzaba:
Los ojos, que las manos delicadas
Con áspero cordel traía atadas.
Corebo, en furia ardiendo y de ira ciego,
Sufrir no pudo allí crueldad tan fuerte,
Y en medio se lanzó del tropel griego
Cierto de que iba a se ofrecer a muerte.
(Virgilio, *En.*, lib. 2º, v. 403-408. Traducción de Velazco)].

del mundo se representa como una cosa que ya pasó. La forma compuesta tiene pues relación con algo que todavía existe.

41. Se dirá propiamente: "El *estuvo ayer* en la ciudad, pero se *ha vuelto* hoy al campo". Se dice: "Pedro ha muerto", cuando la muerte acaba de suceder, cuando aún tenemos delante vestigios recientes de la existencia difunta, cuando las personas a quienes hablamos suponen que Pedro vive; en una palabra, siempre que va envuelta en el verbo alguna relación a lo presente. En circunstancias diversas se dice *murió.*

Hube amado, ante-pretérito

42. "Cuando hubo amanecido, salí". El amanecer se presenta como inmediatamente anterior a la salida, que es una cosa pretérita respecto del momento en que se habla.

43. Pero ¿por qué como *inmediatamente* anterior? ¿De dónde proviene que usando esta forma *hubo amanecido* damos a entender que ha sido brevísimo el intervalo entre los dos atributos?

44. Proviene de que el verbo auxiliar *haber* es de la clase de los permanentes. *Haber amanecido* significa el estado o modificación del universo visible que se sigue inmediatamente al *amanecer;* y *cuando hubo amanecido* denota el primer momento de la existencia perfecta de esta modificación, como es propio del pretérito de los verbos permanentes precedidos de las expresiones *cuando, luego que, apenas,* etc. (31, 32, 33).

45. *Luego que amaneció, salí* y *cuando hubo amanecido salí* son expresiones equivalentes: la sucesión inmediata que en la primera se significa por *luego que,* en la segunda se manifiesta por el ante-pretérito. Cuando se dice *luego que hubo amanecido, salí,* se emplean dos signos para la declaración de una misma idea, y por consiguiente hay un verdadero pleonasmo, pero autorizado, como muchísimos otros, por el uso.

Habré amado, ante-futuro

46. "Procura verme pasados algunos días; quizá te habré buscado acomodo" (Isla). El atributo que se significa por *habré buscado* se nos representa como anterior al atributo significado por *procura,* y este segundo es futuro respecto del momento en que se habla.

Había amado, ante-co-pretérito

47. "Había ya anochecido, cuando volviste". El anochecer es aquí anterior al volver, que también es anterior al momento en que se habla, pero la forma del primer verbo no indica que la sucesión entre los dos atributos fuese tan rápida que no mediase algún intervalo. En esto difiere *había amado* de *hube amado* (43-44); y la causa de esta diferencia es, a mi parecer, la siguiente:

48. *Haber anochecido* significa aquella modificación del universo visible que sucede al anochecer. Si sustituyendo una expresión equivalente dijésemos: "Era ya de noche cuando volviste", el ser de noche se representaría como co-existente en una parte de su duración con la vuelta (35). Luego, en el primer ejemplo el haber anochecido coexiste en una parte de su duración con la vuelta. Pero el anochecer es anterior al haber anochecido (39), y la vuelta es una cosa pretérita, o anterior al momento en que se habla (30). Luego, en aquel ejemplo el anochecer es anterior a una cosa que coexiste en una parte de su duración con otra, que es anterior al momento en que se habla; y por consiguiente, en *había anochecido* la época del anochecer es un ante-copretérito. Como nada determina aquella parte de la duración del haber anochecido con la cual coexiste la vuelta, nada nos obliga a suponer que ésta coincidiese con el primer momento de la noche; pudo por tanto haber un intervalo mayor o menor entre el anochecer y la vuelta.

49. Pero aunque *había amado* no significa sucesión rápida entre dos cosas pretéritas, no por eso excluye esta idea; y de aquí es que podemos siempre (aunque con menos propiedad y energía) sustituir esta forma a la del antepretérito, cuyo empleo por otra parte está limitado en nuestra lengua a las proposiciones que principian por las palabras o frases *cuando, apenas, no, no bien, después que, luego que,* y otras de valor semejante.

50. "No hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo", etc. En este ejemplo de Cervantes pudieran sustituirse a *no* las expresiones *no bien, apenas, escasamente,* etc.; y suprimiendo el *cuando* de la oración subjunta, pudiera reemplazarse el *no* con las palabras o frases *cuando, después que, luego que, como, así como,* etc.: "Así como Don Quijote vio la bacía, la tomó en las manos y dijo", etc. Hoy suele también decirse en este sentido *así que* *.

Habría amado, ante-post-pretérito

51. Para probar que *habría amado* se usa de este modo, basta hacer depender de un pretérito el ejemplo anterior: "Procura verme pasados algunos días; quizá te *habré buscado* acomodo"; "Díjome que procurase verle pasados algunos días; que quizá me *habría buscado* acomodo". El busca es aquí anterior al ver, y el ver es posterior al acto de enunciar la promesa; en estas dos relaciones se parecen ambos ejemplos; pero el enunciar la promesa es ahora anterior al momento presente, relación de anterioridad que antes no había. Añade pues *habría amado* una relación de anterioridad, que es la última en el orden. Si *habré amado* es un ante-futuro, *habría amado* es un ante-post-pretérito.

* No he querido decir que todas estas expresiones sean equivalentes; hay entre ellas gradaciones de fuerza; pero el orden y el género de las relaciones de tiempo son unos mismos.

52. Entre *habré amado,* ante-futuro, y *habría amado,* ante-post-pretérito, hay la misma correspondencia que entre *amaré,* futuro, y *amaría,* post-pretérito (16, 38).

53. Se ve por lo que precede que ciertas formas del verbo significan relaciones de tiempos simples; otras, dobles; otras, triples. Más adelante veremos que las hay de significados aún más complejos.

54. La nomenclatura que he adoptado representa las relaciones elementales según el orden en que se ofrecen al entendimiento.

55. Si la relación es simple, se significa con una de las palabras *presente, pretérito, futuro.* Si compleja, la relación terminal se significa con una de estas mismas palabras, y las relaciones precedentes con las partículas *co, ante, post.*

56. La denominación de toda forma verbal representa su valor *primitivo.* Pero este valor, como iremos viendo, se transforma a menudo según reglas fijas; y de aquí los significados *secundario* y *metafórico.*

VALORES SECUNDARIOS DE LAS FORMAS INDICATIVAS

57. Todas las formas del indicativo que expresan alguna relación de coexistencia *(amo, amaba, he amado, había amado)* convierten a veces esta relación simple en la doble de coexistencia con el futuro. Luego, si en la denominación que expresa su significado primario, sustituimos *co-futuro* a *presente* y *co-post,* a *co,* la nueva denominación representará con toda exactitud su significado secundario.

58. *Amo,* presente, se convierte en co-futuro.

59. "Cuando percibas que mi pluma se envejece (dice el Arzobispo de Granada a Gil Blas); cuando notes que se baja mi estilo, no dejes de advertírmelo... De nuevo te lo encargo: no te detengas un instante en avisarme cuando observes que se debilita mi cabeza". *Se envejece, se baja, se debilita,* no son aquí presentes respecto del momento en que habla el Arzobispo; sino respecto del percibir, notar y observar, que el Arzobispo se representa como acciones futuras.

60. *Amaba,* co-pretérito, se convierte en co-post-pretérito.

61. Traspongamos el ejemplo anterior, del presente al pretérito, haciéndolo depender de un verbo: "Díjome el Arzobispo que cuando percibiese que su pluma se envejecía, cuando notase que se bajaba su estilo, no dejase de advertírselo... De nuevo me encargó que no me detuviese un momento en avisarle, cuando observase que se debilitaba su cabeza". Subsiste la misma relación de coexistencia que antes entre el envejecerse y el percibir, entre el bajarse y el notar, entre el debilitarse y el observar; pero el percibir, el notar y el observar no son ya futuros respecto del momento en que se habla, sino respecto de la acción de decir, que es anterior a este momento (30). Por consiguiente, aquellas tres formas *se envejecía, se bajaba, se debilitaba,* envuelven las tres relaciones sucesivas de coexis-

tencia, posterioridad y anterioridad. La denominación *co-post-pretérito* las indica en el mismo orden en que se ofrecen al entendimiento.

62. *He amado,* ante-presente, se convierte en ante-co-futuro.

63. "Con este bálsamo (dijo Don Quijote a Sancho) no hay que tener temor a la muerte... y así cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer, sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por la mitad del cuerpo", etc. *Han partido* no es aquí un ante-presente respecto del momento en que se habla, sino respecto de la acción de ver; o de otro modo, la acción de partir es anterior al cuerpo partido, objeto que se presenta a las miradas de Sancho y coexiste con ellas. Ahora bien, esta visión de Sancho es una cosa futura respecto del momento en que está hablando su amo. El ante-presente toma pues aquí la significación de ante-co-futuro.

64. *Había amado,* ante-co-pretérito, pasa a ser ante-co-post-pretérito.

65. Hagamos que el ejemplo precedente dependa de un verbo en pretérito: "Le previno que cuando viese que en alguna batalla le *habían partido* por la mitad del cuerpo", etc. Entre partir y ver hay ahora la misma relación que antes. Partir es un ante-presente con respecto a ver. Pero ver no es ya futuro respecto del momento en que se habla, sino respecto del prevenir, que es una cosa pasada. Luego, *habían partido* es aquí un ante-presente al post-pretérito; es decir, un ante-co-post-pretérito.

66. Otro ejemplo: "Le mandó que allí le aguardase tres días, y que si al cabo de ellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios *había determinado* que en aquella peligrosa aventura se acabase su vida". Aquí el entendimiento se representa a Sancho, que tiene por cierto que Dios ha determinado: la determinación de Dios es un ante-presente respecto del juicio de Sancho. Ahora bien, este juicio es un post-pretérito, porque es un futuro respecto del mandar, que con relación al momento en que se habla es una cosa pasada. Luego, *había determinado* es aquí un ante-presente al post-pretérito; un ante-co-post-pretérito *.

67. Parece que así como la mera coexistencia se vuelve en ciertos casos coexistencia con el futuro, debería volverse en casos análogos coexistencia con el pretérito, resultando de aquí otros valores secundarios de las formas verbales. Pero no sucede así. No se puede decir, por ejemplo, *vi que se debilita,* o *que se ha debilitado,* sino *vi que se debilitaba,* o *que se había debilitado.* Esta diferencia proviene sin duda de que no tenemos formas que primitivamente denoten coexistencia con el futuro, como las hay que denotan primitivamente coexistencia con el pretérito.

68. Los ejemplos anteriores manifiestan claramente que en nuestra lengua el uso secundario es propio de las oraciones subjuntas que se representan como objetos de percepciones, juicios, aprehensiones futuras. Este

---

* La exposición precedente se comprobará por lo que diremos más adelante sobre el valor de las formas subjuntivas *ame* y *amase*. Veremos entonces que *ame* es un futuro, y *amase* un post-pretérito.

uso conviene asimismo a las oraciones subjuntas que significan objetos de futuras declaraciones e indicaciones, como en estos ejemplos: "Luego que de las avanzadas se avise que las tropas enemigas se *acercan"*; "Cuando os hagan saber que *ha llegado* la nave". En la gramática lo que se dice de los actos del pensamiento conviene siempre a los signos que los representan.

69. He aquí un cuadro o sinopsis de las formas verbales del indicativo con sus valores primitivos y secundarios.

VALORES PRIMITIVOS

FORMAS SIMPLES

Amo	presente	C, coexistencia.
Amé	pretérito	A, anterioridad.
Amaré	futuro	P, posterioridad.
Amaba	co-pretérito	CA.
Amaría	post-pretérito	PA.

FORMAS COMPUESTAS

70. Si representamos por S el significado del auxiliar, el de la forma compuesta es en todos casos AS.

He amado	ante-presente	AC.
Hube amado ..	ante-pretérito	AA.
Habré amado ..	ante-futuro	AP.
Había amado ..	ante-co-pretérito	ACA.
Habría amado .	ante-post-pretérito	APA.

VALORES SECUNDARIOS

71. En el valor secundario de las formas indicativas la mera coexistencia pasa a coexistencia con el futuro: C pasa a CP.

Amo	co-futuro	CP.
Amaba	co-post-pretérito	CPA.
He amado	ante-co-futuro	ACP.
Había amado ..	ante-co-post-pretérito	ACPA *.

* El indicativo latino consta de las formas siguientes: *amo,* presente; *amavi,* pretérito; *amabo,* futuro; *amabam,* co-pretérito; *amavero,* ante-futuro; *amaveram,* ante-co-pretérito.

No expresa el latín la diferencia entre *amé* y *he amado*, que corresponde enteramente a la diferencia entre *efíleesa y pefíleeca* del griego, y a la diferencia entre *I loved* y *I have loved* de la lengua inglesa.

El indicativo latino carece asimismo de ante-pretérito, y para suplirlo se vale ordinariamente del pretérito, precedido de una palabra o frase que signifique la sucesión rápida de las dos acciones o atributos que se comparan:

72. Tiene tres formas simples: *ame, amase, amara.*

Ame, presente y futuro

73. "¿Y es posible, dijo Sancho, que tres hacaneas, o como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan a vuestra merced borricos?" *Parezcan* significa coexistencia con el acto de la palabra, y así es que aun pudiera sustituirse *parecen* sin hacer más diferencia que la del tono de aseveración, que es propio del indicativo. "El Apóstol (dice Fr. Luis de Granada) nos aconseja que nos alegremos con la esperanza, y con ella tengamos en las tribulaciones paciencia". *Nos alegremos, tengamos,* son aquí evidentemente futuros.

Amase o *amara, pretéritos, co-pretéritos y post-pretéritos*

74. Supongamos que en el ejemplo anterior de Cervantes el diálogo entre D. Quijote y Sancho pasase algún tiempo después de la aventura de las tres labradoras. "¿Es posible que tres hacaneas le pareciesen (o parecieran) a vuestra merced borricos?" Es claro que *pareciesen* o *parecieran* es aquí un pretérito, pues aun pudiéramos decir *parecieron,* sin más variedad en el sentido que la que resulta del tono de aseveración que caracteriza al indicativo.

"*Ut* belli signum Laurenti Turnus ab arce
Extulit, et rauco strepuerunt cornua cantu,
Utque acres concussit equos, utque impulit arma,
Exemplo turbati animi. . ." (VIRGILIO).

[Luego que Turno alzó en el alto alcázar
De la ciudad Laurento su estandarte,
Y las trompetas con su ronco canto,
Hicieron, dando al' arma, horrible estruendo;
Luego que apercibió y movió sus brazos
Y fuertes caballeros y peones,
Turbóse de repente toda Italia.
(Lib. VIII, v. 1-4. TRADUCCIÓN DE VELAZCO)]

No tiene tampoco formas equivalentes a nuestro post-pretérito y ante-post-pretérito, que se suplen (como los valores secundarios, de que también carece) por infinitivos y participios: "Nihil hunc, se absente, pro sano *facturum* arbitratus"; "Non *temperaturos* ab injuria et maleficio existimabat"; "Intelligebat *futurum* ut homines bellicosos locis patentibus finitimos haberet" (CAESAR).

. . ."Audierat non datum *iri* filio uxorem suo" (TER.).
[Había entendido que no se daría esta mujer a su hijo].
"Si sensero hodie quidquam in his te nuptiis
Fallaciae *conari,* quo fiant minus;
Aut velle in ea re ostendi, quam sis callidus" (TER.).

[Si llegare a percibir hoy que ideas alguna trama para impedir este casamiento, o que quieres hacer ostentación de tu astucia].

75. "¿*Pues qué culpa tengo yo,*
De que él a verme viniera?" (CALDERÓN)

Viniera (a que puede sustituirse *viniese*) es un mero pretérito, porque significa simple anterioridad al momento en que se habla.

76. "Los antiguos no imaginaron que la zona tórrida fuese (o fuera) habitable". Aquí se ve el ser habitable por entre la imaginación de los antiguos, representándosenos como coexistente con el imaginar, que es una cosa pasada. Luego, *fuese* o *fuera* tiene el valor de co-pretérito.

77. "En aquella junta, por grande instancia del Rey de Inglaterra, se alcanzó que Carlos, Príncipe de Salerno, fuese puesto en libertad, con estas condiciones: que el reino de Sicilia quedase por D. Jaime; que el preso pagase treinta mil maravedises de plata", etc. (Mariana). *Fuese, quedase, pagase* (en cuyo lugar pudiera ponerse *fuera, quedara, pagara*), significan acciones futuras respecto del alcanzar, que es cosa pasada. Luego, son post-pretéritos.

78. El subjuntivo común tiene tres formas compuestas: *haya amado, hubiese amado, hubiera amado.* La denominación del tiempo del auxiliar precedida de la partícula *ante* expresa con toda precisión el significado de cada una de ellas (39).

Haya amado, ante-presente y ante-futuro

79. "Doy de barato que su conducta no haya sido siempre irreprensible; a gran pecado, gran misericordia". *Haya sido* no es aquí un mero pretérito, sino un ante-presente. Si se hablase de una persona tiempo ha difunta, o de una conducta que no tuviese relación con circunstancias presentes, no sería tan propio *haya sido,* y en su lugar se diría mejor *fuese* o *fuera.*

80. "Procura verme pasados algunos días; puede ser que te haya buscado acomodo". Buscar, anterior a procurar, que es una cosa posterior al momento en que se habla.

81. Así como la forma subjuntiva *ame* corresponde a las dos indicativas *amo* y *amaré,* la subjuntiva *haya amado* corresponde a las dos indicativas *he amado* y *habré amado.*

Hubiese amado, hubiera amado, ante-pretéritos, ante-co-pretéritos y ante-post-pretéritos

82. Si *hubiese* o *hubiera amado* reúne en efecto los dos caracteres de ante-pretérito y ante-co-pretérito, es preciso que por sí solo no muestre determinadamente uno de ellos, y que el aplicarse, ya al uno, ya al otro, dependa de las circunstancias y del contexto: "Como hubiese recibido aviso de que le buscaban, trató de ocultarse". Las dos acciones, recibir aviso y

tratar de ocultarse, parecen sucederse una a otra próximamente; al revés de lo que sucede en este otro ejemplo: "Los historiadores antiguos no pusieron en duda que Eneas hubiese conducido una colonia de troyanos a las costas de Italia".

83. El uso de *hubiese* o *hubiera amado* como ante-post-pretérito es mucho más fácil de reconocer por el post-pretérito expreso que ordinariamente se halla a su lado: "Aguardábamos a que hubiese amanecido para embarcarnos". Amanecer, anterior a embarcarnos; embarcarnos, posterior a aguardar; aguardar, anterior al momento en que se habla.

84. Así, pues, como cada una de las formas subjuntivas simples *amase, amara,* corresponde a las tres indicativas, *amé, amaba, amaría,* cada una de las formas subjuntivas compuestas, *hubiese amado, hubiera amado,* corresponde a las tres indicativas, *hube amado, había amado, habría amado.*

CUADRO DEL SUBJUNTIVO

85.	*Ame,* presente y futuro	C, P.
	Amase o *amara,* pretérito, co-pretérito y post-pretérito	A, CA, PA.
	Haya amado, ante-presente y ante-futuro ..	AC, AP.
	Hubiese amado o *hubiera amado,* ante-pretérito, ante-co-pretérito y ante-post-pretérito.	AA, ACA, APA.

SUBJUNTIVO HIPOTETICO

86. Tiene dos formas simples: *amare,* peculiar de este modo, y *amase,* tomada del subjuntivo común.

Amaré, futuro

87. "*Músicos hay en la calle;*
Vámonos llegando a ellos;
Quizá con lo que cantaren
Me templaré...
Entra, no tengas temor,
Ludovico, y no te espante
Nada que vieres..." (CALDERÓN).

"*...Cuando a las plantas*
Oyere esos suspiros que tú dices,
Amaré yo también..." (JÁUREGUI).

Cantaren, vieres, oyere, son evidentemente futuros

88. "Señor caballero, nosotros no conocemos a esa señora; mostrádnosla, que si ella fuere tan hermosa como decís, de buena gana y sin apre-

mio alguno confesaremos la verdad" (Cervantes). Parece que *fuere* es presente, porque la hermosura de que se trata coexiste con el acto de la palabra. Pero en el grupo hipotético no tanto atendemos a la existencia como a la manifestación de la hipótesis. Si *fuere* equivale ahora a *si resultare ser, si nos pareciere,* que es indudablemente un futuro.

Amase, post-pretérito

89. Hagamos depender los ejemplos precedentes de un verbo determinante en pretérito, y echaremos de ver el valor de estas formas en el subjuntivo hipotético: "Dijéronle (los mercaderes murcianos a D. Quijote) que les mostrase aquella señora; que si ella fuese tan hermosa como su merced significaba, de buena gana confesarían la verdad". Aunque el ser hermosa coexiste verdaderamente con el decir de los mercaderes murcianos, éstos refieren la manifestación de la hermosura al futuro, como si en lugar de *fuese* pusiéramos *les pareciese.* Y como el decir es cosa pasada, *fuese* es aquí post-pretérito.

90. *"Silvia le respondió que si a las plantas*
oyese los suspiros amorosos,
también ella amaría. . ."

El oír es posterior al responder, que es cosa pasada.

Hubiere amado, ante-futuro

91. "Cuando se hubiere reparado la casa, pasaremos a habitarla". Reparar, anterior a pasar, que es cosa futura.

Hubiese amado, ante-post-pretérito

92. "Se determinó que cuando se hubiese reparado la casa, pasásemos a habitarla". El reparar es anterior al pasar; el pasar es posterior a la determinación; la determinación es cosa pretérita.

93. A los tiempos del subjuntivo hipotético sustituye la lengua ciertas formas indicativas cuando la condición se expresa por *si;* es a saber, la forma *amo* como equivalente de *amare,* y la forma *amaba* como equivalente de *amase* (25); de lo que se sigue forzosamente la equivalencia de las formas indicativas *he amado* y *había amado* a las hipotéticas *hubiere amado* y *hubiese amado.*

94. "Yo ignoro cuál será mi suerte; pero creo que si no te sucede a ti el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda" (Moratín). "Allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar a

la vista de la gran laguna Meótides" (Cervantes). En el primer ejemplo *sucede* significa lo mismo que *sucediere*, y en el segundo *hay* significa lo mismo que *hubiere*.

95. "Las dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargado, al tiempo de su muerte, la educación de entrambas, y previno que si andando el tiempo nos queríamos casar con ellas, desde luego apoyaba y bendecía esta unión" (Moratín). *Queríamos* está en lugar de *quisiésemos*.

96. *"Pues luego que el alba raye,*
A casa irás de Don Félix,
Y si aun no ha vuelto del baile
(Que él en tales ocasiones
Se recoge siempre tarde),
Aguarda, y pon en sus manos
Este papel de mi parte" (CALDERÓN).

Ha vuelto, ante-futuro, porque la vuelta se considera aquí anterior, no al momento en que se está hablando, sino a la ida del mensajero y al rayar del alba.

97. "Al primer aviso que tuvo el Conde de que el enemigo había entrado en Lieja, despachó con toda diligencia al Príncipe de Avellino, mandándole que procurase socorrer a Don Alonso, si aún no se había rendido" (Coloma). *Se había rendido* equivale a *se hubiese rendido.*

98. Este uso de las formas indicativas depende de su valor secundario, y de aquí es que solamente lo admiten las que envuelven relaciones de coexistencia (57). *Si hay* puede considerarse como una elipsis de *si sucediere* o *resultare* que *hay;* donde *hay,* significando coexistencia con el suceder o resultar, que se mira como posterior al acto de la palabra, es un verdadero co-futuro (58, 59); de que se sigue que, eliminándose por la elipsis la relación de coexistencia, *hay* se convierte en un mero futuro. De la misma manera *amaba,* cuyo valor secundario es CPA, pasa a PA; y *he amado,* ACP, se convierte en AP; y en fin *había amado,* ACPA, se convierte en APA (70-71). Podemos considerar este uso hipotético de las formas indicativas como un valor ternario, en que C pasa a P.

99. Cuando el subjuntivo hipotético no es precedido de *si,* se le pueden sustituir cualesquiera formas del subjuntivo común que convengan a las relaciones de tiempo (25). Así, en lugar de *amare* podrá sustituirse *ame,* y en lugar de *hubiere amado, haya amado.*

Y en el post-pretérito y ante-post-pretérito, no sólo se podrá decir *amase* y *hubiese amado,* sino *amara* y *hubiera amado.*

100. *Amare,* futuro .... P.
Amase, post-pretérito .... PA.
Hubiere amado, ante-futuro .... AP.
Hubiese amado, ante-post-pretérito .... APA *.

* La conjugación latina no tiene subjuntivo hipotético. Súplese, o por el indicativo: "Sermo hercule familiaris non cohaerebit, si verba inter nos aucupabimur" (CIC.); o por el subjuntivo: "Quae imperaverit, sese facturos pollicentur" (CAESAR).

Hemos visto que en el subjuntivo común las relaciones de coexistencia y posterioridad se expresan por unos mismos signos; en una palabra, nuestro subjuntivo no tiene futuros propios, y en todas sus formas C es lo mismo que P. Mas no conozco lengua en que no suceda otro tanto. Así, en el subjuntivo latino, *amem* es presente y futuro; *amarem,* co-pretérito y post-pretérito; *amaverim,* ante-presente y ante-futuro; *amavissem,* ante-co-pretérito y ante-post-pretérito.

"Ait Scipio Pompejo esse in animo reipublicae non deesse, si senatus sequatur; sin cunctetur atque agat lenius, nequidquam ejus auxilium, si postea velit, imploraturum" (CAESAR). *Sequatur, cunctetur, agat, velit,* representan actos futuros.

"Nimia nos socordia hodie tenuit —Qua de re, obsecro?—
Quia non jampridem ante lucem venimus,
Primae ut inferremus ignem in aram..." (PLAUTO).

[Hoy nos ha detenido la pereza. —¿Por qué motivo? —Porque ha tiempo que venimos antes de amanecer a poner fuego en el ara].
Inferremus, post-pretérito.

..."Metuit ne, ubi eam acceperim,
Sese relinquam..." (TER.).

[Teme que yo la abandone, cuando reciba a la otra]. *Acceperim,* anterior a *relinquam,* que es futuro respecto de *metuit,* que coincide con el momento presente.

"Quanta praedae faciendae, atque in posterum sui liberandi, facultas daretur, si romanos castris expulissent, demonstraverunt". (CAES.). *Expulissent,* anterior a *daretur,* posterior al pretérito *demonstraverunt.*

La relación doble de ante-futuro y la triple de ante-post-pretérito son de muy frecuente ocurrencia en el subjuntivo latino; en el nuestro no tanto, porque solemos contentarnos con el futuro y post-pretérito simples en circunstancias que pudieran bien dar cabida a las formas compuestas. Así, para traducir: "Quae imperaverit, sese factures pollicentur", diríamos, según el genio de nuestra lengua: "Prometen ejecutar cuanto él les mande", refiriendo el mandar al prometer (que coexiste con el momento en que se habla), pero directamente, no por medio del ejecutar futuro; mientras en la frase latina *imperaverit* es anterior a *facturos,* que es posterior a *pollicentur.* Cállase pues en *mande* una relación de anterioridad que va envuelta en *imperaverit.* De la misma manera, al traducir: "Quae imperasset, sese facturos polliciti sunt", la índole menos escrupulosa del castellano requeriría que dijésemos: "Prometieron ejecutar cuanto él les mandase", refiriendo como antes el mandar al prometer (que es ahora pretérito) y callando como antes la anterioridad entre la orden y la ejecución. Por donde se ve que hay casos en que es indiferente el expresar o no una relación de tiempo, indicada suficientemente por las circunstancias, y en que, por tanto, está al arbitrio de la lengua, o del que habla, la elección entre dos formas de significado diverso.

Otro hecho de la misma especie, en que la conjugación latina difiere de la nuestra, es la relación de anterioridad que el ante-futuro indicativo *amavero* y el subjuntivo *amaverim* indican a veces respecto de una época futura indefinida. Esto depende de que en realidad la relación simple P puede muchas veces representarse sin inconveniente por la relación doble AP, porque señalar una cosa como anterior a una época futura indefinida es señalarla simplemente como futura. "Si sucediere que alguien en algún tiempo haya dicho" vale lo mismo que "si sucediere que alguien diga", no porque *haya dicho* y *diga* sean expresiones sinónimas, sino porque la relación doble de la primera frase surte sustancialmente el mismo

101. Los dos subjuntivos tienen un carácter común, que es el de usarse siempre, como lo indica su nombre, en las proposiciones subjuntas.

102. Además, nos parece digno de notarse que el post-pretérito del subjuntivo hipotético (y por consiguiente el ante-post-pretérito) supone una doble dependencia, porque está siempre subordinado a una proposición subjunta: "Esperábamos que, si nos oyesen, nos harían justicia". *Nos*

---

efecto que la simple de la segunda. Pero ¿para qué (se dirá) ese circuito de ideas? Sea cual fuere la razón, es incontestable que da un tono peculiar a la frase.

"Si sensero hodie quidquam in his te nuptiis
Fallaciae conari..."

Sustitúyase *sentiam* a *sensero*, y la expresión perderá no poca parte de su fuerza. "Ego facilius crediderim naturam margaritis deesse" (TÁCITO). *Credam* diría lo mismo que *crediderim*, pero es más viva y elegante la primera forma, en que se pinta como perfecta la creencia de una cosa que parece de suyo inverosímil. "Denique hercle aufugerim potius" (TERENT.). Pudo haberse dicho *aufugiam*, pero no se habría dado tanta énfasis a la resolución extrema de la fuga.

Hay pues, dos casos en que la conjugación latina emplea la relación doble AP cuando nosotros nos contentamos regularmente con la simple P. En el primero la época futura a que se refiere A es determinada y expresa; en el segundo es indefinida y vaga. Pero en uno y otro el valor de *amavero* y *amaverim* es verdaderamente AP, como el de *amavissem* APA, sin embargo de que en circunstancias análogas omita nuestra lengua la relación inicial, empleando las formas simples *amare, ame* y *amase*.

No estará de más notar la analogía que guarda en este punto el infinitivo con el verbo. Tanto en latín como en castellano el que se llama presente de infinitivo significa coexistencia o posterioridad al atributo de la proposición: "Intelligo, intelligebam, intellexeram, cupio, cupiebam, cupiveram, te ab eo amari"; "Te veo, te vi, te veré, pelear; determino, determinaba, escribir". No así *amavisse* y *haber amado*, que significan anterioridad al atributo: "Intelligo, intelligebam, intellexeram, te venisse"; "Me arrepiento, me arrepentí, me arrepentiré, de no haber seguido tus consejos". Pero en latín hay casos en que *amavisse* denota anterioridad a una época futura indefinida, y en que por consiguiente parece tener el valor simplemente futuro de *amare:*

"Ne quis humasse velit Ajacem, Atrida, vetas..." (HOR.)
[Atrida, tú prohíbes que alguno quiera enterrar a Ayax].
"Vix tangente vagos ferro resecare capillos
Doctus, et hirsutas excoluisse genas". (OVID.)
[Docto en cortar los cabellos y en disponer la barba].

En efecto, querer que algo suceda, y querer que haya sucedido antes de una época futura indefinida, es querer una cosa misma; y ser hábil para haber hecho una cosa, ¿qué otra cosa puede significar sino ser hábil para hacerla? Mas de aquí no debe deducirse, como pretendió el ingenioso filólogo Francisco Sánchez de las Brozas, que *amare* y *amavisse* no signifiquen relación alguna de tiempo y se apliquen indiferentemente a todas. "Caesar certior factus est tres jam copiarum partes Helvetios flumen traduxisse" (CAES.). ¿Quién no ve que no se podría sustituir *traducere* sin hacer coexistente el suceso con la noticia?

La constante necesidad de AP cuando hay un futuro expreso a que el atributo pueda referirse como cosa pasada ("Quae imperaverit" sese facturos pollicentur"), y el elegante empleo de AP en lugar de P, cuando el atributo puede referirse como cosa pasada a un futuro vago que no aparece en la sentencia ("Si sensero"), son dos cosas que deben tenerse muy presentes para la inteligencia de la conjugación latina, y que la diferencian mucho de la nuestra.

Los antiguos habían columbrado la verdadera composición ideal de ciertas formas subjuntivas: "Postrema quaestionum omnium haec fuit, *scripserim, venerim, legerim,* cujus temporis verba sint, praeteriti, futuri an utriusque" (GELLIUS).

oyesen depende gramaticalmente de *nos harían justicia si*, y esta segunda proposición depende, a su vez, de *esperábamos que.*

OPTATIVO

103. Como sólo podemos desear que una cosa sea actualmente, o que sea después de ahora, o que haya sido antes de ahora, o antes de cierta época venidera, parece que en el optativo no puede haber más que estos cuatro tiempos: presente, futuro, ante-presente y ante-futuro. Pero no es así; porque fuera de otros casos que más adelante consideraremos, sirve a menudo el optativo para significar una hipótesis o una concesión, y entonces recibe otras relaciones de tiempo *.

104. Si el verbo, no precedido de negación, está en segunda persona de singular o plural, y el atributo depende de la voluntad de esta misma persona, empleamos siempre una forma que es peculiar del optativo:

"Ven *y reposa en el materno seno*
De la antigua Romúlea. . ." (Rioja).
"Cortad, *pues, si ha de ser de esa manera,*
Esta vieja garganta la primera" (Ercilla).

---

* El sentido verdaderamente optativo de este modo es el que aparece en los versos que siguen:

"*Vade, age*, nate, *voca* zephyros, et *labere* pennis.
Dardaniumque ducem, Tyria Cartagine qui nunc
Expectat. . ."
[Parte, pues, hijo, a los Favonios llama;
Surca el aire veloz con mi mensaje,
Y al Dardanio caudillo, que hoy dilata
Su mansión en Cartago. . .
(*En.*, Lib. IV, v. 222, 23, 24. Iriarte)].
"At tibi pro scelere, exclamar, pro talibus ausis,
Di, si qua est coelo pietas, quae talia curet,
Persolvant grates dignas, et praemia *reddant*
Debita. . . . ." (Virg.)
[Las deidades, clamó, si hay en el cielo
Quien de mal tan cruel se compadezca,
Por tamaño desmán y tal delito
Te den la merecida recompensa.
(*En.*, Lib. II, v. 535, etc.)]

En estos versos,

"*Tolle* periclum,
Jam vaga prosiliet fraenis natura remotis" (Hor.)
[Pero quitad el peligro, y la impetuosa naturaleza, libre de freno, va a lanzarse (*Sat.*, Lib. 2, 7)]
"Millia frumenti tua *triverit* area centum;
Non tuus hoc capiet venter plus quam meus". . . (Hor.)
[Trille enhorabuena tu granja cien mil medidas de harina; tu estómago no será más vasto que el mío. *La traducción de estos pasajes en Burgos no sigue el giro latino*].
". . .*Fuerit*, Lucilius, inquam,
Comis et urbanus; *fuerit* limatior idem
Quam rudis et graecis intacti carminis auctor
Quamque poetarum seniorum turba; sed ille", etc. (Hor.)

Tolle, triverit, son ejemplos del sentido hipotético, y *fuerit* del concesivo o permisivo.

105. El optativo usado así se llama *imperativo,* y no tiene en nuestra lengua más que las formas de la segunda persona, *ama, amad,* que significan futuro.

106. El imperativo no sólo exprime el mandato, como pudiera darlo a entender su nombre, sino el ruego, y hasta la súplica más postrada y humilde: "Señor, Dios mío, que tuviste por bien crearme a tu imagen y semejanza; hinche este seno que tú criaste, pues lo criaste para ti. Mi parte sea, Dios mío, en la tierra de los vivientes; no me des Señor, en este mundo descanso ni riqueza; todo me lo guarda para allá" (Granada)*.

107. En este ejemplo se ve no sólo que el imperativo se presta a los ruegos, sino que en las proposiciones negativas, y en personas diversas de la segunda, es necesario suplirlo con otras formas optativas (*mi parte sea; no me des*).

108. El imperativo toma prestadas del indicativo las formas *amarás* y *habrás amado,* ambas en su significado natural de futuro y de antefuturo:

> *"Dirásle, Astrea, a la Infanta*
> *Que yo la estimo de suerte,*
> *Que, pidiéndome un retrato,*
> *Poco fino me parece*
> *Enviársele; y así,*
> *Porque le estime y le precie,*
> *Le envío el original,*
> *y tú llevársele puedes"* (Calderón).

"En amaneciendo iréis al mercado, y para cuando yo vuelva, me habréis aderezado la comida". *Dirás, iréis, habréis aderezado,* hacen aquí las veces de futuro y de ante-futuro imperativos (23).

109. En los casos a que no conviene el imperativo, se emplean las formas del subjuntivo común. He aquí ejemplos con variedad de sentidos, ya de puro deseo, ya de permisión, ya de hipótesis: "Vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas que no hay más que ver. —Hacaneas,

---

* "...Per ego has lacrimas dextramque tuam, te,
(Quando aliud mihi jam miserae nihil ipsa reliqui).
Per connubia nostra, per inceptos hymenaeos,
Si bene quid de te merui, fuit aut tibi quidquam
Dulce meum, miserere domus labentis, et istam,
Oro, si quis adhuc precibus locus, exue mentem" (Virg.)
[Por estas tristes lágrimas te ruego,
Si da tu obstinación lugar a ruego;
Por esa mano diestra que me diste,
Pues solo aquesto, triste, me ha quedado,
Por la fe conyugal que prometiste;
Por nuestro matrimonio ya empezado;
Si aquí ya algún servicio recibiste,
Si algo gustoso o dulce en mí has hallado;
Ten lástima a mi mísero lamento,
Y a mi arruinada cara; y muda intento.
(*En.*, Lib. IV, v. 315, etc. (Velazco)]

querrás decir, Sancho. —Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas a hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se pueden desear, especialmente la Princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos". *Vengan,* presente.

"En el teatro del mundo
Todos son representantes;
Cuál hace un rey soberano,
Cuál un príncipe o un grande
A quien obedecen todos;
Y aquel punto, aquel instante
Que dura el papel, es dueño
De todas las voluntades.
Acábase la comedia,
Y como el papel se acabe,
La muerte en el vestuario
A todos los deja iguales.
Dígalo el mundo, pues tiene
Tantos ejemplos delante.
Dígalo quien era ayer
Hermano de un Condestable,
De un Conde de Guimarans
Cuñado, y deudo por sangre
De otros muchos caballeros
Todos nobles y leales,
Y muertos a manos todos
De la envidia, monstruo infame" (CALDERÓN).

Diga, futuro.

..."Fuese Lucilio enhorabuena
Festivo y elegante, y sus escritos
Puliese más, que el padre de este nuevo
Género de poemas, que la musa
Griega nunca tentó; mas él, si hubiese
Por decreto del cielo florecido
En nuestra edad, a muchos de sus versos
Aplicara la lima", etc. (TRAD. DE HOR.)

Fuese, puliese, a que se podría sustituir *fuera* y *puliera,* pretéritos. "El Gobernador de la plaza sitiada era de opinión, que, viniese o no el socorro que esperaban, sería necesario rendirse". En este ejemplo el *viniese* (a que podría sustituirse *viniera)* puede ser co-pretérito o post-pretérito, según el modo de considerar la venida; si el que habla se figura que el socorro está en movimiento para acercarse a la plaza, la venida coexiste con la opinión, y el tiempo es un co-pretérito; si no se mira la venida como coexistente con la opinión, sino como posterior a ella, *viniese* tendrá el valor de post-pretérito.

110. Si queremos ver ahora el uso de *haya amado* como ante-presente, no tenemos más que sustituir *haya sido* a *fuese,* y *haya pulido* a *puliese,* en los versos que anteceden:

. . ."Haya sido Lucilio enhorabuena
festivo y elegante; haya pulido
sus obras más que el padre de este nuevo
género", etc.

Esta sustitución pudiera hacer pensar que *haya sido* y *fuese, haya pulido* y *puliese,* son tiempos sinónimos; pero no es así: la forma simple ofrece la idea de una anterioridad absoluta, y nos obliga a considerar la persona misma de Lucilio como una cosa que ya no existe; al paso que la forma compuesta hace relación a cosa presente y nos figura a Lucilio como viviente en sus obras. Esta especie de vida la atribuimos a menudo a los escritores más antiguos; nada es más común en castellano y en todas las lenguas: "Homero es tan sublime, como natural y sencillo"; "Cicerón se aventaja en muchas partes del arte oratoria al ponderado Demóstenes"; "Virgilio encanta".

111. "Mañana, haya venido o no el socorro, ha de capitular la plaza". *Haya venido* será ante-presente si nos representamos la llegada del socorro como anterior al momento en que se habla; y será ante-futuro, si la llegada del socorro se mira solamente como anterior a *mañana.*

112. Y si hacemos depender el ejemplo anterior de un verbo determinante en pretérito: "Creyeron los sitiadores que al día siguiente, hubiese o no venido el socorro, había de capitular la plaza", *hubiese venido* (a que podría sustituirse *hubiera venido*) se prestará igualmente a las relaciones de ante-pretérito, ante-co-pretérito o ante-post-pretérito; de que se sigue que sólo por las circunstancias o por el contexto se podrá conocer si la venida debe mirarse como anterior al creer, pretérito, o como anterior al día siguiente, que es posterior a creer; y si en el primer caso se suceden rápidamente una a otra las dos acciones pretéritas, o es indeterminado el intervalo entre ellas.

CUADRO DEL MODO OPTATIVO

OPTATIVO IMPERATIVO

FORMA PECULIAR

113. *Ama,* futuro . . . . P.

FORMAS TOMADAS DEL INDICATIVO

Amarás, futuro . . . . P.
Habrás amado, ante-futuro . . . . AP.

OPTATIVO COMUN

FORMAS TOMADAS DEL SUBJUNTIVO COMUN

Ame, presente y futuro	C, P.
Amase, amara, pretérito, co-pretérito y post-pretérito	A, CA, PA.
Haya amado, ante-presente y ante-futuro . .	AC, AP.
Hubiese amado, hubiera amado, ante-pretérito, ante-post-pretérito	AA, ACA, APA.

VALORES METAFORICOS DE LAS FORMAS VERBALES

114. Las ideas relativas de tiempo indicadas por las formas verbales pueden hacerse signos de otras ideas; que es en lo que consiste la metáfora.

115. Cuando se dice, por ejemplo, que un tirano sanguinario es un tigre, la palabra *tigre* no varía verdaderamente de significación: lo que sucede es que la fiera representada por ella se hace en el entendimiento un signo del hombre cruel, que se complace en derramar la sangre de sus semejantes.

116. Esto mismo es lo que sucede con las ideas relativas de tiempo; y de aquí nace una nueva variedad de sentidos en el uso de las formas verbales; variedad que creo no ha sido explicada hasta ahora, y que ha envuelto en una gran confusión y oscuridad la teoría del verbo.

VALOR METAFORICO DE LA RELACION DE COEXISTENCIA

117. La relación de coexistencia tiene sobre las otras la ventaja de hacer más vivas las representaciones mentales: ella está asociada con las percepciones actuales, mientras que los pretéritos y los futuros lo están con los actos de la memoria, que ve de lejos y como entre sombras lo pasado, o del raciocinio, que vislumbra dudosamente el porvenir.

118. Si sustituimos, pues, la relación de coexistencia a la de anterioridad, expresaremos con más viveza los recuerdos, y daremos más animación y energía a las narraciones, como lo vemos a menudo en el lenguaje de los historiadores, novelistas y poetas. Entonces el pretérito se traspondrá al presente; el co-pretérito al co-presente, es decir al mismo presente; el post-pretérito al post-presente, es decir, al futuro; y por tanto el ante-pretérito y el ante-co-pretérito al ante-presente, y el ante-post-pretérito al ante-futuro.

119. "Quitóse Robinsón la máscara que traía puesta, y miró al salvaje con semblante afable y humano; y entonces éste, deponiendo todo recelo, corrió hacia su bienhechor, humillóse, besó la tierra, le tomó un pie, y lo puso sobre su propio cuello, como para prometerle que sería su esclavo" (Iriarte). Aquí todo es propio y natural, nada más; pero el tono lánguido del recuerdo pasará al tono expresivo de la percepción, si se sustituye a

los pretéritos los respectivos presentes *quita, mira, corre, humilla, besa, toma, pone;* al co-pretérito *traía* el presente *trae,* y al post-pretérito *sería* el futuro *será.*

120. *"Luego que en torno el español la arena*
Ha paseado, manda ya que rompa
La esperada señal el aire; y suena
Marcial clarín y retadora trompa".
(Traducción del *Orlando Enamorado.*)

Lo natural sería emplear el ante-pretérito *hubo paseado,* los pretéritos *mandó* y *sonó,* y el post-pretérito *rompiese* o *rompiera;* pero la conversión de A en C sustituye al lenguaje del que refiere hechos pasados el lenguaje del que coexiste con ellos y los tiene a la vista.

121. "Al echar de ver que su fementido amante se había hecho a la vela, y la había dejado sola y desamparada en aquella playa desierta, no pudo la infeliz reprimir su dolor". Traspóngase el pretérito al presente; sustitúyase *se ha hecho, la ha dejado, no puede;* y la narración tomará otro color.

122. *"Pero tan altos ejemplos*
Valieron muy poco o nada.
El pueblo en tanto conflicto
Amedrentado desmaya.
Todos claman a porfía
Que la resistencia es vana,
Pues antes que llegue el Conde
Con el auxilio que aguardan,
Habrá con el enemigo
Capitulado la plaza." (TRIGUEROS.)

Desmaya tiene el valor temporal de A; *claman, es y aguardan,* el de CA; *llegue* el de PA; y *habrá capitulado* [3] el de APA.

123. He aquí otro ejemplo, sacado de la traducción del *Gil Blas* por el Padre Isla: "Mientras Blanca, la hija de Sifredo, se entregaba toda a su dolor, andaba el Condestable examinando en sí mismo qué cosa podría ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadíase a que tenía algún competidor; pero cuando le quería descubrir, se barajaban y se confundían todas sus ideas, y sabía solamente que él era el hombre más infeliz. Había pasado en esta agitación las dos terceras partes de la noche, cuando llegó a oír un ruido sordo. Quedó altamente sorprendido sintiendo ciertos pasos lentos dentro de aquel mismo cuarto. Túvolo por ilusión, acordándose de que él mismo había cerrado la puerta cuando se retiraron las criadas de Blanca. Abrió no obstante la cortina, para informarse por sus propios ojos de la causa que había ocasionado aquel ruido; pero habiéndose apagado la luz que había quedado encendida en la chimenea, sólo pudo oír una voz lánguida y baja, que repetía varias veces: "¡Blanca, Blanca!" Encendiéronse entonces sus celosas sospechas, convirtiéndose en furor...; echó mano a la espada, y con ella furioso acudió

desnudo hacia donde llamaba la voz. *Siente* otra espada desnuda que hace resistencia a la suya. Ya se avanza, ya se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el más profundo silencio. Busca a tientas por todos los rincones del cuarto al que parecía huir, y no le encuentra. Párase; aplica el oído; y nada escucha. ¿Qué encanto es éste? Entre *llamaba la voz* y *siente otra espada* hay una súbita mudanza de tono: se pasa, por decirlo así, del recuerdo a la percepción actual. *Siente, sigue, cesa, sucede, busca, encuentra, pasa, aplica,* hacen las veces de los pretéritos *sintió, siguió,* etc.; *hace, avanza, defiende, retira,* tienen la significación de los co-pretéritos *hacía, avanzaba,* etc.; y *qué encanto es éste* es la exclamación natural del que se halla en medio de los hechos que se describen, no del que los recuerda o refiere.

124. Cuando hay esta trasposición del pretérito al presente, sucede a veces que las oraciones subjuntas la experimentan de la misma manera que las principales, como en "siente otra espada que *hace* resistencia", "sigue al que se *defiende*"; y a veces sucede al contrario, como cuando se dice que "Sifredo busca al que *parecía* huir". Hay aquí una especie de contradicción, una disonancia, por decirlo así, entre el verbo principal y el subjunto; pero autorizada por la práctica de los escritores más elegantes *.

125. La relación de coexistencia puede también emplearse metafóricamente por la de posterioridad, para dar más viveza y calor a la concepción de las cosas futuras, como se ve en este pasaje de Cervantes: "Aquella noche se despedirá (el caballero andante) de su señora la Infanta, por las rejas de un jardín, que *cae* hacia el aposento donde ella *duerme,* siendo medianera y sabedora de todo una doncella de quien la Infanta mucho se *fía.* Suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querría que fuesen descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la Infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas, rogarále la Princesa que se detenga lo menos que pudiere; prometérselo ha él, con muchos ju-

* Los latinos usaron mucho de esta especie de trasposición, a veces con la mayor consecuencia (v. gr.: "Interim paucis post diebus fit ab Ubiis certior Suevos omnes in unum locum castra cogere; atque iis nationibus, quæ sub eorum sunt imperio denuntiare, ut auxilia peditatus equitatusque mittant. His cognitis rebus, rem frumentariam providet; castris idoneis locum deligit: Ubiis imperat, ut pecora deducant, suaque omnia ex agris oppida conferant". (CÆS). Restituidos los tiempos a su natural significación, debería decirse *factus est, providit, delegit, imperavit,* y por consiguiente, *mitterent, deducerent, conferrent.*

Pero a veces se permiten no poca libertad, usando unos tiempos metafóricamente, y otros en el sentido propio, dentro de una misma sentencia; por ejemplo: "Procumbunt Gallis omnibus ad pedes Bituriges; ne pulcherrimam prope totius Galliae urbem, quæ et præsidio et ornamento sit civitati, suis manibus succendere *cogerentur*". (CÆS). Debía decirse, o *cogentur,* en el mismo sentido metafórico que *procumbunt* y *sit,* o *procubuerunt* y *esset,* en el mismo sentido propio que *cogerentur.*

ramentos; *tórnale* a besar las manos, y *despídese* con gran sentimiento; *vase* desde allí a su aposento; *échase* sobre su lecho; no *puede* dormir del dolor de la partida; *madruga* muy de mañana, *vase* a despedir del rey y de la reina y de la infanta", etc.

126. La trasposición del futuro al presente es frecuentísima, aun en el lenguaje ordinario, para significar la necesidad de un hecho futuro y la firmeza de nuestras determinaciones. Dícese, por ejemplo, anunciando simplemente una cosa: "el baile dará principio a las ocho"; pero si se desea significar la certidumbre de los antecedentes en que se funda el anuncio, sustituiremos el presente al futuro: "El mes que viene hay un eclipse de Sol". Dícese "mañana iré a ver a Ud.", sometiendo en algún modo esta promesa a la aceptación de la persona a quien la hacemos, como la cortesía lo exige; pero se dice absolutamente "mañana voy al campo", dando a entender que hemos tomado la determinación de ir, y consideramos su ejecución como una cosa segura.

127. En los ejemplos anteriores el futuro pasa a presente. En el que sigue, el post-pretérito se transforma en co-pretérito: "Yo iba ayer al campo, pero amanecí indispuesto, y tuve que diferir la partida". El co-pretérito *iba* significa, no la idea real, sino la determinación fija de ir.

128. Así como el futuro pasa a presente, y el post-pretérito a co-pretérito, es natural que el ante-futuro se convierta en ante-presente, y el ante-post-pretérito en ante-co-pretérito. De lo primero tenemos ejemplo en el mismo pasaje de Cervantes de que poco ha copiamos una parte: "Mandará luego el Rey que todos los que estén presentes prueben la aventura, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped; y lo bueno es que el tal Rey, o Príncipe, o lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él; y el caballero huésped le pide, al cabo de algunos días que ha estado en su corte, licencia para ir a servirle en aquella guerra", etc. *Ha estado* es un ante-futuro traspuesto al ante-presente.

129. De la conversión del ante-post-pretérito en ante-co-pretérito veremos una muestra, si damos otra forma al mismo pasaje, hablando de Don Quijote en tercera persona: "Figurábase que en el curso de sus caballerías llegaba a la corte de un Rey o Príncipe, donde era magníficamente hospedado; y que al cabo de algunos días que había estado en ella, le pedía licencia para servirle en la guerra". En las formas *llegaba, era, pedía,* CA se usa metafóricamente como PA; y *había estado* es ACA en la significación metafórica de APA.

VALOR METAFORICO DE LA RELACION DE POSTERIORIDAD

130. La relación de posterioridad se emplea metafóricamente para significar la consecuencia lógica, la probabilidad, la conjetura. La semejanza entre aquella y estas ideas es obvia, y el tránsito de lo uno

a lo otro natural y frecuente aun en el lenguaje del vulgo. *Seguirse,* que primitivamente fue *ir detrás o después,* ha venido también a significar *deducirse. Luego,* que en su acepción nativa quiere decir lo mismo que *inmediatamente después,* en la expresión del raciocinio es el vínculo que enlaza al consiguiente con el antecedente: "Yo pienso; *luego* existo". El mismo oficio hace *pues,* derivado de *post:* "No será posible encubrirse allí nada, *pues* no de lejos ni de otra parte, sino de dentro de nosotros mismos ha de salir el acusador y el testigo". "No aprovecharán las riquezas, mas la justicia sola librará de la muerte. *Pues* el malo, que se halla tan pobre y desnudo de este socorro, ¿cómo podrá dejar de temblar y congojarse?" (Granada).

131. Por un proceder semejante, la relación de posterioridad que envuelven ciertas formas indicativas *(amaré, amaría, habré amado, habría amado),* pierde a menudo su valor temporal, convirtiéndose en una mera imagen de la ilación lógica. Parecerá pues entonces que hay en el verbo una relación de posterioridad que no cuadra con el sentido de la frase; pero realmente no habrá en ella elemento alguno impropio ni ocioso; habrá sólo una metáfora. El verbo se despojará de mucha parte de aquella fuerza de aseveración que caracteriza a las formas del indicativo; y en vez de afirmar una cosa como sabida por nuestra propia experiencia o por testimonios fidedignos, la presentará como materia de una deducción o conjetura nuestra, a que no prestamos entera confianza.

132. En este uso metafórico el futuro toma el valor de presente, y por tanto, el post-pretérito, de co-pretérito; el ante-futuro, de ante-presente; y el ante-post-pretérito, de ante-co-pretérito. En efecto, siendo $P = C$, es necesario que $PA = CA$, $AP = AC$, y $APA = ACA$.

133. Si alguien nos pregunta qué hora es, podemos responder "*son* las cuatro", o "*serán* las cuatro", expresando *son* y *serán* un mismo tiempo, que es el momento en que proferimos la respuesta; pero *son* denotará certidumbre, y *serán,* cálculo, raciocinio, conjetura. Si para responder hemos consultado un reloj en que tengamos entera confianza, no diremos *serán,* sino *son.* Si calculamos a bulto la hora que es, tomando en consideración el tiempo trascurrido desde la última vez que oímos el reloj, diremos *serán.*

134. "Tiene su manía en platicar, y el pueblo le oye con gusto. Habrá en esto su poco de vanidad" (Isla). *Habrá,* que hace aquí de presente, significa *es verosímil que haya,* o *conjeturo que hay.* Sustituyendo la forma propia *hay,* la vanidad se afirmaría positivamente, como una cosa de que está cierto el que habla.

135. "Tendría el prelado uno sesenta y nueve años" (Isla). El post-pretérito aseverativo pasa a co-pretérito conjetural.

136. "Figúrate un hombre pálido, seco y de una figura propia para modelo de una pintura del buen ladrón. Cara más hipócrita no la habrás visto ni en el palacio de tu Arzobispo" (Isla). *Habrás visto* es

AP convertido en AC; lo que hace que se presente con cierta desconfianza el juicio de la persona que habla.

137. "Todavía se descubría en sus facciones que en su mocedad habría hecho puntear en sus rejas bastantes guitarras". *Habría hecho* es APA convertido en ACA; el punteo de las guitarras no se da como una cosa cierta, sino como una presunción verosímil.

138. Usamos de esta misma especie de trasposición para significar sorpresa o maravilla, como si dudáramos de la existencia de aquello mismo que produce en nosotros estos afectos; y la empleamos también a menudo en las interrogaciones conjeturales: "Gil Blas, ya habrás conocido que yo te miro con buenos ojos, y que te distingo entre todos los criados de mi padre —¡Ah, señora! ¿será posible que Gil Blas, juguete hasta aquí de la fortuna, haya podido inspiraros sentimientos", etc. (ISLA.) Hay aquí dos trasposiciones: *habrás conocido* en lugar de *has conocido,* para dar a la aseveración un tono de incertidumbre, y *será* en lugar de *es,* para significar maravilla y sorpresa.

139. "¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y últimamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! ¿Y qué fará la tu merced agora? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que a tantos peligros por sólo servirte de su voluntad ha querido ponerse?" El valor metafórico de la relación de posterioridad en *fará* y *tendrás* pinta con mucha viveza las conjeturas y cavilaciones de una alma enamorada.

VALOR METAFORICO DE LA RELACION DE ANTERIORIDAD

140. Es propiedad del pretérito sugerir una idea de negación indirecta, relativa al tiempo presente. Decir que una cosa fue es insinuar que no es.

141. Nuestros poetas, como los latinos, han dado mucha énfasis a esta expresiva aunque silenciosa sugestión del pretérito *.

---

*

...*"Fuimus* Troes, fuit Ilium, et ingens
Gloria Dardaniæ..." (VIRG.)
[..."Troyanos fuimos,
Ya Troya fue, y su gloria en cumbre vimos".
(VIRG., *En.*, lib. II, v. 325-326. (VELAZCO)]

..."Filium unicum adolescentulum
habeo; ah quid dixi *habere* me? immo habui, Chereme" (TERENCIO.)

[*"Menedemo:* Tengo un hijo único muy joven. ¡Ah! ¿He dicho que tengo un hijo? Tenía uno, Cremes, pero hoy no sé si lo tengo".
(TERENC., *Heautontimorumenos,* act. I., esc. I.)]

"Yo, señora, una hija bella
Tuve... ¡qué bien tuve *he dicho!*
Que aunque vive, no la tengo,
Pues sin morir la he perdido". (CALDERÓN.)

"Soy una vida pasada,
Soy una flor, en quien tiñen
Enojos de los diciembres
Las galas de los abriles.
Exhalación que en el aire
Pasa escribiendo matices
Ardientes de fuego, y tantos
Se borran como se escriben.
Mentira soy descubierta
Al desengaño, que quise
Durar, y ha tenido el tiempo
Cuidado de desmentirme.
Soy una suerte trocada,
Y en fin, un hombre a quien dicen
Todos los pesares, eres,
Y todos los bienes, fuiste" (MORETO).

142. En estos ejemplos, a la verdad, el pretérito no niega de presente sino porque afirma de pasado; pero como la condición destruye la afirmación, podemos en las oraciones condicionales hacer uso de la anterioridad, no ya para afirmar una cosa pasada, sino para negar la condición presente, y al mismo tiempo el atributo de la proposición principal, que es una consecuencia de ella. Cuando decimos: "Si él tiene poderosos valedores, conseguirá sin duda el empleo", el tener poderosos valedores es una hipótesis sobre la cual afirmamos la consecución del empleo, pero sin afirmar ni negar la hipótesis, o más bien, dando a entender que no la consideramos inverosímil. Mas otra cosa sería si en lugar de *tiene* dijésemos *tuviese* o *tuviera,* y en lugar de *conseguirá, consiguiera* o *conseguiría;* pues por medio de esta anterioridad metafórica insinuaríamos que la persona de que se trata no tiene valedores poderosos, y por tanto no alcanzará el empleo. Una vez que la sustitución no hace variar la idea de tiempo, pues el tener es como antes un verdadero presente, y el conseguir, un futuro, es visto que la relación de anterioridad que sobra para el tiempo se hace signo de la negación indirecta.

143. Veamos ahora el uso de las formas del verbo en esta especie de oraciones condicionales que llamaremos *de negación indirecta.*

144. En primer lugar, la hipótesis (o el miembro que significa la condición) no admite más formas simples que las subjuntivas comunes, *amase, amara,* ni por consiguiente más formas compuestas que *hubiese amado* y *hubiera amado.* La apódosis (o el miembro que significa el efecto o consecuencia de la condición) excluye las formas *amase* y

hubiese amado *, pero en recompensa admite las indicativas *amaba* y *amaría, había amado* y *habría amado.*

145. En este modo metafórico de negación indirecta no se consideran más relaciones de tiempo que las simples de presente y pretérito. El presente y el futuro se identifican, como en el subjuntivo común de varias lenguas; y todos los pretérito se reducen a uno. Por consiguiente, *amase* y *amara,* en la hipótesis, *amara, amaba* y *amaría* en la apódosis, llevan indiferentemente el valor simple de C o P; al paso que en la hipótesis las formas compuestas *hubiese amado, hubiera amado,* y en la apódosis las formas compuestas *hubiera amado, había amado, habría amado,* significan indiferentemente A, CA, PA, AC, ACA o APA.

146. En fin, aunque en la apódosis las formas *amara, amaba* y *amaría* no se diferencian en cuanto a su valor temporal, presentan bajo otros respectos caracteres peculiares dignos de notarse. En *amaría,* que es de suyo PA, P se emplea para significar que la apódosis es una consecuencia de la hipótesis (126), y A para la negación indirecta (142). Si en lugar de *amaría* se dice *amaba,* que es naturalmente CA, P pasa a C, dándose de esta manera cierta énfasis a la necesidad de la consecuencia (122). Y por último, en *amara,* que de suyo es indiferentemente PA y CA, la idea de consecuencia lógica se ofrece al espíritu de una manera vaga y oscura. La misma observación se aplica a las formas compuestas *hubiera amado, había amado* y *habría amado.*

147. "Si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, no habría cosa que yo no hicese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes" (CERVANTES). *Llevasen,* pretérito, y *habría,* post-pretérito, se usan en significación de presente; con lo que da D. Quijote a entender que los pensamientos caballerescos le *llevan* tras sí los sentidos, y que por eso *hay* cosas que *no hace* y curiosidades que *no salen* de sus manos. En la hipótesis el pretérito afirma lo mismo que parece negarse; en la apódosis la relación metafórica de anterioridad hace igual oficio, y la de posterioridad que se combina con ella sugiere la idea de efecto y consecuencia. Los verbos subjuntos *hiciese* y *saliese* han experimentado igual trasposición que el determinante *habría,* porque el hacer y el salir dependen, como el haber, de la hipótesis.

148. "Sería muy árida y enojosa la descripción de este castillo, si, detenido yo en las formas de sus piedras, desechase las reflexiones que despiertan" (Jovellanos). *Desechase,* pretérito en significación de presente, y *sería,* post-pretérito en significación de futuro, indican que no desecho, y que de este modo no será muy árida la descripción. El

* Antiguamente se empleaban en ambos miembros estas formas; y todavía retienen este uso algunas provincias de España y América donde se habla con menos pureza el castellano. El haberse excluido de la apódosis la forma *amase* me parece un puro capricho de la lengua.

verbo subjunto *despiertan* no sufre trasformación alguna, porque el despertar es independiente de la hipótesis.

149. *"Mucho perdisteis conmigo;*
Pues si fuerais noble vos,
No hablárades, vive Dios,
Tan mal de vuestro enemigo" (CALDERÓN).

Equivale a decir: *no sois* noble, y por eso *habláis* mal de vuestro enemigo.

150. *..."La muerte le diera*
Con mis manos, si pudiera" (CALDERÓN).

No puedo; y por eso *no* le *doy* la muerte.

151. *Amaba* se encuentra mucho menos a menudo que *amara* y *amaría* en las oraciones condicionales de negación indirecta; pero usado con oportunidad es elegante.

152. "Si los hombres no creyesen la eternidad de las penas del infierno, no era mucho que descuidasen de redimirlas con la penitencia" (GRANADA). Los hombres *creen,* y por eso *es* mucho. *Sería,* post-pretérito natural, exprimiría metafóricamente no sólo la negación indirecta, sino la conexión de causa y efecto entre la hipótesis y la apódosis. *Era* sustituido a *sería* hace más: encarece la certeza y necesidad de esta conexión.

153. "¡Señor D. Quijote!, ¡ah señor D. Quijote! —¿Qué quieres, Sancho, hermano?, respondió D. Quijote, con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. —Querría, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del Feo Blas. —Pues a tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba?, respondió D. Quijote". Es como si dijese, no la tengo, y por eso precisamente nos *falta* lo necesario para salir de la cuita en que estamos.

154. *..."¡Ah Leonor!*
Si él su palabra cumpliera
De venir mañana a verme,
Era mi dicha completa" (CALDERÓN).

Era es evidentemente un futuro, y la forma del verbo insinúa por una parte la desconfianza con que se expresa la venida, y por otra la íntima certidumbre con que se mira la conexión entre la venida y la dicha.

155. *"¿Quién creyera que en esta humana forma*
Y así en estos despojos pastoriles
Estaba oculto un Dios?..." (JÁUREGUI).

Esta es una de aquellas oraciones comunes en todos los idiomas, en que bajo la forma interrogativa lo que parece preguntarse no se pregunta verdaderamente, sino se niega con más fuerza y énfasis, aunque de un

modo indirecto *. De aquí el combinarse a menudo la estructura interrogativa con la de negación indirecta. En el ejemplo que precede, *creyera* pertenece a la apódosis; y la hipótesis *si estuviera aquí, si me viese,* se deja (como sucede a menudo en semejantes oraciones) a que las circunstancias la sugieran. El verbo subjunto *estaba* participa de la transformación, porque este atributo se mira por entre el creer, y depende de la hipótesis.

156. *"A qué mujer, aunque fuese*
Lo más ínfimo y plebeyo,
Le dijeran que era fea,
Que tuviera sufrimiento
Para no tomar venganza;
Cuánto más un ángel bello,
Tan gran señora?. . ." (Lope de Vega).

A qué mujer significa a ninguna mujer. *Dijeran* pertenece a la apódosis. El *fuese,* el *era,* el *tuviera,* de las oraciones subjuntas, experimentan la misma trasposición que *dijeran.*

---

* "Ain' tamdem, civis Glycerium est? —Ita prædicant—
Ita prædicant? ingentem confidentiam?
Num cogigat quid dicat? num facti piget?
Num ejus color pudoris signum usquam indicat?"—(Ter).

"*Simón:* Usted dice que su Gliceria es ciudadana. — *Pánfilo.* Se dice. — *Simón.* ¿Se dice? ¡Oh colmo de la impudencia! ¿Piensa siquiera lo que dice? ¿Se arrepiente de lo que ha hecho? ¿Se ve sobre su rostro el rubor de la vergüenza?"

Ter., *Andrián,* act. 5º, esc. 4ª)]

Es *nom cogita, non piget, non indicat,* pero enunciado con una pasión vehemente. Lo mismo Virgilio:

"Num fletu ingemuit nostro? num lumina flexit?
Num lacrimas victus dedit, aut miseratus amantem est?"

(Acaso de este *num* salió *non;* como de *cum, con,* en las voces compuestas; como de *sum,* el *sono* de los italianos, etc.).

. . ."¿Quis talia fando
Temperet a lacrimis". . .

Equivale a *nemo temperet.* "¿Qué me pueden dañar todas las miserias de esta vida, acabando en paz y tranquilidad, y llevando prendas de la gloria advenidera? (Granada). Esto es, *nada me pueden dañar.* "¿Por qué no clamaremos ahora con el profeta, diciendo: quién dará agua a mi cabeza, y a mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré día y noche?" (Granada). Es como decir *con toda razón clamaremos.* De la misma suerte, *dónde* significa *en ninguna parte; cuándo, en ningún tiempo; cómo, de ningún modo.*

De aquí procede que el enlace y régimen de estas oraciones suelen ser los mismos que los de aquellas en que hay negación expresa: "¿Qué se puede esperar de esta guía, *sino* despeñaderos y desastres y caídas y males incomparables?" (Granada). "¿Has leído tú en historias otro que tenga *ni* haya tenido más bríos en el acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, *ni más* maña en el derribar?" (Cervantes).

157. En este pasaje de Lope de Vega otro de los interlocutores responde:

"Julio, si ella fuese fea,
Era delito muy necio
Decirlo yo..."

La acción de decir iba a ejecutarse; por consiguiente, la apódosis mira al tiempo futuro, y *era,* que naturalmente es CA, se ha sustituido a PA; la posterioridad convertida en coexistencia expresa la inseparable conexión de causa y efecto entre el *fuese* y el *era;* al paso que la anterioridad metafórica sugiere la negación indirecta de ambos atributos.

158. Lo mismo en este ejemplo de Cervantes: "Si los palos que me dieron en estos viajes se *hubieran* de pagar a dinero, aunque no se tasaran sino a cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no *había* para pagarme la mitad".

159. "Es verdad que no todos los señores de esta aldea, si se hallasen en el mismo caso de V. md., procederían con tanta honradez y cristiandad; antes bien sólo pensarían en Antonia por medios tan nobles y legítimos, cuando la experiencia les hubiese enseñado que no la podían conseguir por otros más viles y bastardos" (Isla). Quiere decir que no se hallan, ni proceden, ni piensan, ni la experiencia les ha enseñado, ni pueden.

160. "¿Quién no hubiera esperado, en vista de tanto como me había dicho aquel hombre, que se hubiese manifestado muy sentido y que hubiese declamado furiosamente contra el Arzobispo?" (Isla). Aquí se combina la estructura interrogativa con la de negación indirecta. *Quién no* equivale a *cualquiera que hubiese estado en mi lugar,* y *hubiera esperado* sugiere la idea de que nadie estuvo en mi lugar ni esperó que el tal hombre se *manifestase sentido* y *declamase. Había dicho* conserva su significación natural, porque no lo afecta la hipótesis; pero en todos los otros verbos hay un pretérito metafórico, porque los atributos respectivos están ligados con ella.

161. *"Si no hubiera tenido en aquel día*
La encantada loriga el caballero,
Vida y combate allí acabado había;
Pero valióle el bien templado acero".
(*Traducción del* Orlando Enamorado).

No sólo quiere decir que tenía, y que por eso no acabó, sino encarece la idea de una inseparable conexión entre ambas cosas.

162. Es muy común en nuestros buenos autores emplear por las formas compuestas las simples, cuando se habla de cosa pasada y se sugiere una negación indirecta; de manera que C, P y A se confunden, y la forma del verbo es un verdadero *aoristo,* esto es, no ofrece por sí ninguna determinada idea de tiempo. "Esta noticia me desazonó tanto,

como si estuviera enamorado de veras" (Isla). Rigorosamente debía ser *hubiera estado*. "Si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio, grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero". *Fuera* y *pasara* en lugar de *hubiera sido* y *hubiera pasado* *.

163. Empleamos a menudo el pretérito metafórico, no ya para dar a entender negación indirecta, sino para expresar modestamente lo que de otro modo parecería tal vez aventurado o presuntuoso; como dando a entender que no tenemos por cierto aquello mismo de que en realidad estamos persuadidos.

164. "Si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de tres días ganase yo tal reino que tuviese otros a él adherentes, que viniesen de molde para coronarte por Rey de uno de ellos; y no lo tengas a mucho; que cosas y casos acontecen a los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo". Si se dijese *podrá* y *podré* en lugar de *podría,* y *gane* en lugar de *ganase,* y *tenga* en lugar de *tuviese,* y *vengan* en lugar de *viniesen,* el sentido sería sustancialmente el mismo; pero la negación indirecta da a la sentencia un tono de moderación y de buena crianza.

165. Ultimamente, se hace uso del pretérito superfluo en el modo optativo, para dar a entender que tenemos por imposible o por inverosímil aquello mismo que parecemos desear o conceder.

166. Cualquiera percibirá la diferencia entre *plega a Dios* y *pluguiera* o *pluguiese a Dios*. "Plega a Dios que sus fatigas *sean recompensadas*" sólo puede decirse cuando se tiene alguna esperanza de que se logrará la recompensa. Pero "*pluguiera* a Dios que aún *viviese*" no puede decirse ordinariamente sino con relación a una persona que se sabe ha muerto.

167. "Vosotros, invernales meses, que agora estáis escondidos, ¡viniésedes con vuestras muy cumplidas noches a trocarlas por estos prolijos días!" (Tragicomedia de *Celestina*). *Vengáis* o *venid* hubiera dado a entender que era posible la venida.

168. *"Bien os acordáis de aquellas*
Felicísimas edades
Nuestras, cuando fuimos ambos
En Salamanca estudiantes.
Bien os acordáis también
Del libre, el glorioso ultraje
Con que de Venus y Amor
Traté las vanas deidades.
¡O nunca hubieran conmigo
Luchado tan desiguales
Fuerzas", etc. (CALDERÓN).

---

* Este uso es enteramente semejante al de los griegos, y fue lo que dio motivo a que algunos de sus pretéritos se llamasen *aoristos*. Pero los griegos emplean las formas indicativas tanto en la hipótesis como en la apódosis.

17

En *hubieran luchado* hay dos relaciones de anterioridad: la una da a conocer el tiempo a que se refiere el atributo; la otra lo vano y tardío del deseo.

169. La analogía pide que, en este sentido de negación indirecta, los deseos referidos a tiempo presente o futuro se expresen con *amase* o *amara,* y referidos a tiempo pretérito con las formas compuestas correspondientes. Pero también sucede en el modo optativo que las formas simples usurpan la significación de las compuestas (162). "¡Oh malaventurado Calisto! ¡Oh engañosa mujer Celestina! ¡Dejárasme acabar de morir, y no tornaras a vivificar mi esperanza, para que tuviese más que gastar el fuego que me aqueja!" Rigorosamente debía decirse *hubiérasme dejado* y *hubieras tornado.*

170. Y así como antes observamos que la negación indirecta se usaba para suavizar la expresión de aquellos juicios que sin ella hubieran parecido temerarios o presuntuosos, así también podemos emplearla en el modo optativo para indicar nuestros deseos de un modo respetuoso y urbano, como dando a entender, no lo que actualmente deseamos, sino lo que en otras circunstancias desearíamos; o como si manifestando que no esperamos o no merecemos ser atendidos, nos anticipásemos a disculpar la negativa. "¡Fuésedes mi huésped, si vos ploguiese, señor!", dice el Cid (en el poema de su nombre) al Rey de Castilla, más respetuosamente que si le hubiese dicho: "sed mi huésped, si os place".

171. Este uso, sin embargo, es anticuado; y en lugar del optativo, acostumbramos emplear en iguales casos el subjuntivo común, regido del verbo *querer:* "Señor caballero, me dijo en voz baja, luego que acabamos de comer; quisiera hablar con V. md. a solas; y diciendo esto me llevó a un sitio de palacio, en donde nadie podía oírnos" (Isla). Este *quisiera* es condicional de negación indirecta; pero se calla aquí la condición, que se expresa en el ejemplo siguiente: "Señor D. Quijote, querría, si fuese posible, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida", etc. *Quiero, es* y *dé,* en lugar de *quisiera* o *querría, fuese* y *diese,* hubieran expresado no un ruego, sino casi un absoluto mandato *.

172. Conviene notar que la apódosis no admite otras formas que las subjuntivas de la hipótesis cuando depende de un verbo que rige necesariamente subjuntivo: "Dudo que si le instaran resistiese". No podría decirse *resistiría.*

---

* En el latín, cuyo uso imitamos en las oraciones condicionales de negación indirecta, las formas *amaban, amaveram* se empleaban también en la apódosis:

> ..."Anaxagoras sibi sumit, ut omnibus omnes
> Res putet immixtas, rebus latitare, sed illud
> Apparere unum, cujus sint plurima mixta
> Et magis in promptu, primaque in fronte locata.
> Quod tamen a vera longe ratione repulsum est.
> Conveniebat enim fruges quoque saepe minutas,
> Robore cum saxi franguntur, mittere signum

CONCLUSION

173. Voy a recapitular brevemente el sistema de la conjugación castellana.

Las formas simples del indicativo son C, A, P, CA, PA.

Sanguinis, aut aliquid, nostro quæ corpore aluntur;
Cum lapide lapidem terimus, manare cruorem;
Consimili ratione herbas quoque sæpe decebat,
Et latices, dulces guttas, similique sapore
Mittere, laniguerae quali sunt ubera lactis". (LUCREAT).

[En el cual subterfugio (id quod) se arroja Anaxágoras y pretende que todos los cuerpos encierran a los demás, pero que los ojos no perciben sino aquellos cuyos elementos dominan y están colocados en la superficie, más al alcance de los sentidos. Pero la sana razón rechaza este efugio; porque sería necesario entonces que los granos quebrantados por el choque terrible del molino dejasen escapar gotas de sangre o algo de los otros cuerpos que hacen parte de nuestra sustancia; y que la piedra herida por la piedra quedase también ensangrentada; sería necesario también que gotas de leche tan puras y sabrosas como las de las ovejas brotasen de las yerbas.

(LUCRECIO, De la Naturaleza de las cosas, Lib. 1º, v. 876, etc.)]

"Non potui abreptum divellere corpus et undis
Spargere? non socios, non ipsum absum absumere ferro
Ascanium, patriisque epulandum ponere mensis?
Verum anceps belli fuerat fortuna.—Fuisset;
Quem metui moritura? . . ."—(VIRG.)

[¿No pude apedazar el cuerpo fiero
De aquel cruel, y en medio al mar lanzarle?
¿Matar su gente toda, y su heredero,
Su muy querido Ascanio degollarle?
¿Hacerle del convite lastimero?
¿Y de las carnes de su hijo hartarle?
De este mal el suceso en duda estaba.
Mas, triste, que estuviera, ¿qué importaba?
¿A quién, o qué temía, muriendo luego?

(VIRG., *En.*, lib. IV, v. 600, etc.)]

Conveniebat, decebat, fuerat, en lugar de *conveniret, deceret, fuisset.* Nos da además aquel *fuisset* ("hubiéselo sido enhorabuena") un ejemplo del optativo en el sentido de permisión o concesión y juntamente en el de negación indirecta.

Pero en una cosa difieren nuestro idioma y el latino, relativamente a las condicionales de negación indirecta, y es en que los latinos se contentaban a menudo con el uso del subjuntivo, sin emplear metafóricamente relación alguna de tiempo:

"Si quis lectica nitidam gestare *amet* agnam,
Huic vestem ut gnatae, *paret* ancillas, *paret* aurum,
Rufam aut Rufilam appellet, fortique marito
Destinet uxorem, interdicto huic omne *adimat* jus
Praetor, et ad sanos *abeat* tutela propinquos". (HOR.)

[Si un hombre quiere llevar a su litera una encantadora oveja, le da trajes, esclavos y joyas; la llama su hija, su querida, y le destina un esposo ilustre; el Pretor privará a este hombre de todos sus derechos, y le pondrá bajo la tutela de juiciosos parientes.

(HOR., *Sat.*, Lib. 2º, 3.)]

En las del subjuntivo común la diferencia entre C y P, y la diferencia entre A, CA y PA, se desvanecen: una forma representa los dos primeros tiempos y otra (materialmente doble) los otros.

El subjuntivo hipotético no tiene más formas simples que las del futuro P, PA.

El optativo común no se diferencia del subjuntivo común.

El optativo imperativo tiene sólo la forma simple P.

Tales son los valores propios y primitivos de las formas simples. Los de las formas compuestas dependen de esta ley general: si el significado del auxiliar se representa por S, el de la forma compuesta es constantemente AS.

Las formas indicativas en que hay el elemento C admiten valores secundarios y ternarios, que dependen de los valores primitivos. En los secundarios C pasa a CP, y en los ternarios a P.

En la trasposición metafórica de coexistencia, de que nos servimos para dar viveza a nuestras concepciones de lo pasado, la forma metafórica se supone deducida de la propia, convirtiéndose A en C; y en la trasposición metafórica de coexistencia de que nos servimos para dar viveza a nuestras concepciones de lo porvenir, la forma metafórica procede de la propia, convirtiéndose P en C.

En la trasposición metafórica de posterioridad, de que nos servimos para dar a la sentencia un tono conjetural y raciocinativo, y que sólo tiene cabida en el indicativo, porque sólo en este modo tiene P una existencia distinta de C, la forma metafórica se deduce de la propia, pasando C a P.

La trasposición metafórica de anterioridad, de que hacemos uso para negar indirectamente lo que parece afirmarse, se hace de dos maneras:

1ª C y P, por una parte, por otra A, CA y PA, se confunden, como en el subjuntivo común; y la forma metafórica nace de la propia, mediante la conversión de C (que comprende a P) en A para la hipótesis y en PA para la apódosis.

2ª C, A y P se confunden, y la idea de tiempo es sugerida solamente por las circunstancias.

174. Aquí se ve que una misma forma puede tener significados muy varios; pero nacen todos ellos unos de otros, según leyes constantes; tomemos por ejemplo la forma indicativa *amaba.*

Amaba es propia y primitivamente CA.

Como envuelve el elemento C, es susceptible de valor secundario y ternario. Y como C en el valor secundario pasa generalmente a CP, y en el ternario a P, el valor secundario de *amaba* es CPA, y su valor ternario PA.

En la trasposición metafórica de la posterioridad a la coexistencia, *amaba* toma el valor de PA, y da un tono de viveza y certidumbre a nuestros conceptos de lo futuro y a las determinaciones de la voluntad.

En la trasposición metafórica del presente al pretérito, *amaba* tiene el valor de C o P, y a veces también de A (162). Su elemento C denota conexión necesaria entre la hipótesis y la apódosis (126), y su elemento A sugiere la negación indirecta.

Así, pues, *amaba* significa propia y primitivamente CA; su significado secundario es CPA, y su significado ternario PA. Metafóricamente es también PA, C, P y A.

175. La misma especie de análisis pudiéramos aplicar a los otros modos de decir castellanos, de que nos valemos a menudo para indicar ideas de tiempo, como *he de amar, hube de amar, habré de amar,* etc.; los cuales significan propiamente la necesidad de un atributo, refiriéndose esta necesidad a la época del auxiliar, y el atributo mismo a una época posterior a la del auxiliar; de manera que en *he de amar* el atributo es post-presente (futuro); en *hube de amar,* post-pretérito, etc.

Pero la necesidad presente de cosa futura se transforma por una metáfora en probabilidad de cosa presente, dando un tono conjetural o raciocinativo a la sentencia. Del mismo modo la necesidad pretérita de cosa futura se transforma en probabilidad de cosa pretérita; y así de los demás tiempos.

176. Además, los circunloquios o modos de decir *he de haber amado, hube de haber amado,* etc., significan propiamente la necesidad de un atributo, refiriendo la necesidad a la época del auxiliar, y el atributo a una época que, con respecto a la del auxiliar, es un ante-futuro, como se deduce *a priori* de la forma compuesta del infinitivo (39); de manera que en *he de haber amado,* el atributo viene a ser un ante-post-presente, esto es, un ante-futuro; en *hube de haber amado,* un ante-post-pretérito, etc. Pero trasformándose la necesidad presente de cosa ante-futura en probabilidad de cosa ante-presente, se da a la sentencia el tono raciocinativo o conjetural que nace de la posterioridad metafórica.

177. "En aquella jornada le hubieron de armar celada sus enemigos: lo cierto es que su cadáver se encontró dos días después en la calzada, desfigurado y afeado con muchas heridas". *Hubieron de armar,* que naturalmente significa la necesidad del atributo en una época posterior a la del auxiliar, se usa aquí en el sentido metafórico de probabilidad del atributo en la época del auxiliar.

178. "De los dos sacos dejo a ti el uno, y el otro te suplico lo lleves a las Asturias a mi padre y a mi madre, quienes, si todavía viven, estarán necesitados. ¡Pero, ay de mí! Temo mucho que no *han de haber podido* sobrevivir a mi ingratitud" (Isla). *Han de haber podido,* que naturalmente significa la necesidad del atributo en una época ante-futura respecto del momento en que se habla (con el cual coincide la época del auxiliar), se usa aquí para significar la probabilidad del atributo en una época ante-presente, empleándose la posterioridad como signo de conjetura.

179. En los dos ejemplos anteriores la metáfora está en la relación de posterioridad necesaria; en el siguiente la relación de anterioridad es también metafórica, y la sentencia se hace tácitamente negativa.

"El no puede tener ese pensamiento, y caso que le tuviera, le *había de durar* poco" (ISLA). *Había de durar,* que de su naturaleza es un post-co-pretérito, esto es, un post-pretérito, tiene el mismo valor que *duraría*(145).

180. Terminaremos observando que el indicativo, en sus formas simples, y en las compuestas que resultan de la combinación del auxiliar *haber* con el participio sustantivo *, es el tipo fundamental que determina hasta cierto punto los valores de las formas verbales pertenecientes a los otros modos. Pueden éstos carecer de algunos tiempos análogos a los del indicativo, como sucede en el modo hipotético, que carece de todos aquellos en que hay relación de coexistencia. Puede también confundirse en otros modos un tiempo con otro, como en el subjuntivo común se confunde el presente con el futuro. Pero en ninguno de ellos puede haber tiempos diversos de los del indicativo. Así la fórmula PC, que resulta de ciertas trasnformaciones metafóricas (118) o de cierta estructura material (175), se reduce siempre a P.

181. No estará de más responder aquí a varias objeciones que pueden ocurrir a los que me lean.

1ª Se dice que *amaba* es un co-pretérito, porque en ejemplos como éste: "cuando amaneció, nevaba", el nevar coexiste con el amanecer; pero ¿qué diremos de su valor temporal en casos como el siguiente: "Temimos una mudanza en la atmósfera, porque habíamos oído que tronaba"? Según el modo de analizar las formas verbales adoptado en esta obra, el tronar coexiste con el oír, el oír es anterior al haber oído, y el haber oído coexiste con el temer, pretérito. ¿No debemos pues, decir que *tronaba* envuelve aquí las cuatro relaciones sucesivas de coexistencia, anterioridad, otra vez coexistencia y otra vez anterioridad?

Respondo que no se debe sacar esta consecuencia; porque todo lo que pide la propiedad de la forma *amaba* es que el atributo coexista con una cosa pasada; y tanto se verifica esto en el segundo de los dos ejemplos como en el primero. La misma solución es aplicable a varias objeciones semejantes.

2ª Si *había amado* es un ante-co-pretérito, porque el amar es anterior al haber amado, y el haber amado coexiste con un pretérito, ¿por qué no diremos que *habría amado* es un ante-co-post-pretérito, supuesto que adoptando este mismo proceder analítico en aquel ejemplo: "Me dijo que viniese pasados algunos días, que para entonces me habría buscado

* Llamo *participio sustantivo* al que se combina con el auxiliar *haber;* porque significa la acción abstracta del verbo, referida a una época anterior a la del auxiliar. *He leído* quiere decir *tengo ejecutada la acción de leer: leído* significa, pues, en esta especie de formas compuesta, *la acción de leer ejecutada,* que es una expresión sustantiva, porque hace todos los oficios del sustantivo.

acomodo", pudiéramos concebir que el buscar es anterior al haber buscado, el haber buscado coexistente con el venir, el venir posterior al decir, y el decir anterior al momento presente?

En rigor así es; pero no hay necesidad del segundo escalón, y en vez de considerar al buscar como anterior al haber buscado, y a éste como coexistente con el venir, es más sencillo considerar de una vez al buscar como anterior al venir. La relación de coexistencia es implícita y no produce efecto sensible sino cuando lo anuncia la fórmula, como en AC, ACA. Desarróllase entonces por un efecto de la ley general que determina los valores de las formas compuestas, y da un carácter peculiar al significado del verbo.

3ª *Amé* no es siempre un puro pretérito, antes parece emplearse muchas veces como verdadero ante-presente, v. g.:

> "*Presa en estrecho lazo*
> *La codorniz sencilla,*
> *Daba quejas al aire*
> *Ya tarde arrepentida.*
> *¡Ay de mí, miserable,*
> *Infeliz avecilla,*
> *Que antes volaba libre,*
> *Y ya lloro cautiva!*
> Perdí *mi nido amado;*
> Perdí *en él mis delicias,*
> *Al fin* perdílo *todo,*
> *Pues que* perdí *la vida*" (SAMANIEGO.)

Es innegable este uso del pretérito como ante-presente, pero no es propio, sino metafórico. La pérdida se pinta así consumada, irreparable, absoluta. Parece que no quedan ni aun vestigios de las cosas perdidas (40). Y la prueba evidente de este sentido metafórico es el último verso, en que el pretérito significa una pérdida futura, pero cierta, inminente, inevitable. De estas metáforas accidentales de las relaciones de tiempo ofrece muchos ejemplos la lengua, y sería prolijo, o, por mejor decir, imposible, enumerarlas todas.

Algunas veces también, sin que haya metáfora alguna, se usa el pretérito por el ante-presente, sobre todo en poesía. Este uso es un arcaísmo en que la lengua castellana retiene el valor latino de *amavi,* que abrazaba los dos significados de *amé* y *he amado.*

> "*Gocé felice, y desgraciado lloro:*
> *¿Cuándo no fue inconstante la fortuna?*"
> (CALDERÓN.)

Ha sido sería más propio que *fue,* aunque no tan poético, porque en poesía esta especie de suaves arcaísmos, que apenas se apartan de las analogías establecidas, ennoblecen el estilo. Pero en el ejemplo anterior hay otra cosa digna de notar, y es que *fue* o *ha sido* significa *es.* Decir que una cosa ha sido siempre es decir que su existencia es un efecto

constante de las leyes que rigen el universo material o moral; es decir indirectamente que existe ahora. El verbo, en este modo de hablar, es acompañado de *siempre* o de otra expresión equivalente.

4ª *Amaba* es un simple pretérito, y no un co-pretérito, cuando lo usamos absolutamente, y sin compararlo con otra época, a lo menos expresa, como en estos ejemplos: "Cartago era una república poderosa"; "Alejandro era hijo de Filipo".

Obsérvese que solamente los verbos permanentes pueden usarse de este modo. La razón es clara: en esta manera de usar el co-pretérito se da al atributo una existencia prolongada, que se extiende sobre toda la duración del sujeto, a lo menos sobre toda aquella parte de su duración en que se desarrollaron sus cualidades características. Por consiguiente el sujeto mismo es entonces el término a que mira la coexistencia del atributo.

5ª Entre los usos de *amara* no aparece el de ante-co-pretérito o pluscuamperfecto, tan frecuente en MARIANA y otros escritores clásicos de la lengua castellana, y tan de moda en el día.

Yo miro ese uso como un arcaísmo que debe evitarse, porque tiende a producir confusión. *Amara* tiene ya en el lenguaje moderno demasiadas acepciones para que se le añada otra más. Lo peor es el abuso que se ha hecho de esta forma, empleándola no sólo en el sentido de *había amado,* sino en el de *amé, amaba* y *he amado*. Si se ha de resucitar este antiguo pluscuamperfecto, consérvesele el carácter de tal *, y no se imite la arbitrariedad licenciosa con que MELÉNDEZ desfiguró su significado; testigo este ejemplo:

"Astrea lo ordenó; mi alegre frente
De torvo ceño oscureció inclemente,
Y de lúgubres ropas me vistiera".

Es evidente que debió decirse *vistió*. Se dijo *vistiera* porque proporcionaba un buen final de verso y una rima fácil.

"Qué se hiciera de los timbres?
¿De la sangre derramada
De tus valerosos hijos,
Cuál fruto, díme, sacaras?"

El poeta debió decir *qué se ha hecho* y *qué has sacado,* porque no echa menos los timbres ni los frutos en una época pasada, sino en el momento presente.

* En MARIANA ocurre a cada paso *amara* como tiempo del indicativo; pero siempre como ante-co-pretérito. He aquí un ejemplo: "Los de Gaeta, con una salida que hicieron, ganaron los reales de los aragoneses, y saquearon el bagaje, que era muy rico, por estar allí las recámaras de los príncipes; las compañías que quedaran allí de guarnición fueron presas". *Quedaran* significa *habían quedado,* que es como en el día se debe decir.

"Un tiempo fue cuando apenas
En lo interior de su casa
Como deidad la matrona
A sus deudos se mostrara".

¿Quién no percibe que la forma imperiosamente demandada por el sentido es *mostraba?*

6ª *Amase* parece usarse a menudo en lugar de *amare*. Dícese promiscuamente: "si lloviese o lloviere, no salgas".

Es probablemente errata en las ediciones de nuestros clásicos, cuyos escritos, aun impresos tan descuidadamente como muchas veces lo eran, presentan pocos ejemplos de semejante uso de *amase*. En el día esta corrupción ha cundido mucho, y no es rara aun en el lenguaje de escritores generalmente castizos y correctos. Corrupción la llamo, y sin duda lo es, porque confunde dos formas de diverso sentido sin la menor necesidad ni conveniencia, supuesto que no hay motivo alguno para desechar a *amare* como futuro subjuntivo hipotético, y, aun cuando lo hubiese, la conjugación castellana ofrece variedad de formas con que poder reemplazarlo.

"...Si quid novisti rectius istis,
Candidus imperti; si non, his utere mecum".

INDICACIONES SOBRE LA CONVENIENCIA DE SIMPLIFICAR Y UNIFORMAR LA ORTOGRAFIA EN AMERICA[4]

Uno de los estudios que más interesan al hombre es el del idioma que se habla en su país natal. Su cultivo y perfección constituyen la base de todos los adelantamientos intelectuales. Se forman las cabezas por las lenguas, dice el autor del *Emilio,* y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas.

Desde que los españoles sojuzgaron el nuevo mundo, se han ido perdiendo poco a poco las lenguas aborígenes; y aunque algunas se conservan todavía en toda su pureza entre las tribus de indios independientes, y aun entre aquellos que han empezado a civilizarse, la lengua castellana es la que prevalece en los nuevos estados que se han formado de la desmembración de la monarquía española, y es indudable que poco a poco hará desaparecer todas las otras.

El cultivo de aquel idioma ha participado allí de todos los vicios del sistema de educación que se seguía; y aunque sea ruboroso decirlo, es necesario confesar que en la generalidad de los habitantes de América no se encontraban cinco personas en ciento que poseyesen gramaticalmente su propia lengua, y apenas una que la escribiese correctamente.

Tal era el efecto del plan adoptado por la corte de Madrid respecto de sus posesiones coloniales, y aun la consecuencia necesaria del atraso en que se encontraba la misma España.

Entre los medios no sólo de pulir la lengua, sino de extender y generalizar todos los ramos de ilustración, pocos habrá más importantes que el simplificar su ortografía, como que de ella depende la adquisición más o menos fácil de los dos artes primeros, que son como los cimientos sobre que descansa todo el edificio de la literatura y de las ciencias: leer y escribir. La ortografía, dice la Academia Española, es la que mejora las lenguas, conserva su pureza, señala la verdadera pronunciación y significado de las voces, y declara el legítimo sentido de lo escrito, haciendo que la escritura sea un fiel y seguro depósito de las leyes, de las artes, de las ciencias, y de todo cuanto discurrieron los doctos y los sabios en todas profesiones, y dejaron por este medio encomendado a la posteridad para la universal instrucción y enseñanza *. De la importancia de la ortografía se sigue la necesidad de simplificarla; y el plan o método que haya de seguirse en las innovaciones que se introduzcan para tan necesario fin, va a ser el objeto del presente artículo.

No tenemos la temeridad de pensar que las reformas que vamos a sugerir se adopten inmediatamente. Demasiado conocemos cuánto es el imperio de la preocupación y de los hábitos; pero nada se pierde con indicarlas y someterlas desde ahora a la discusión de los inteligentes, o para que se modifiquen, si pareciere necesario, o para que se acelere la época de su introducción y se allane el camino a los cuerpos literarios que hayan de dar en América una nueva dirección a los estudios.

A fin de motivar las reformas que apuntamos, examinaremos, por la última edición de 1820 del tratado de ortografía castellana, los distintos sistemas de varios escritores y de la Academia misma; y deduciremos de todos ellos el nuestro.

Antonio de Nebrija sentó por principio para el arreglo de la ortografía que cada letra debía tener un sonido distinto, y cada sonido debía representarse por una sola letra. He aquí el rumbo que deben seguir todas las reformas ortográficas. Mateo Alemán, llevando adelante la idea de aquel doctísimo filólogo, adoptó por única norma de la escritura la pronunciación, excluyendo el uso y el origen. Juan López de Velasco echó por otro camino. Creyendo que la pronunciación no debía dominar sola, y siguiendo el consejo de Quintiliano, *Nisi quod consuetudo obtinuerit, sic scribendum quidque judico quomodo sonat,* establece que la lengua debe escribirse sencilla y naturalmente como se habla, pero sin introducir novedad ofensiva. Gonzalo Correas, empero, despreciando, como era razón, este usurpado dominio de la costumbre, quiso enmendar el alfabeto castellano en una de sus más incómodas irregularidades sus-

* Ortografía de la lengua castellana. 1820.

tituyendo la *k* a la *c* fuerte y a la *q*. Otros escritores antiguos y modernos han aconsejado otras reformas: todos han convenido en el fin de hacer uniforme y fácil la escritura castellana; pero en los medios ha habido variedad de opiniones [5].

En cuanto a la Academia Española, nosotros ciertamente miramos como apreciabilísimos sus trabajos. Al comparar el estado de la escritura castellana, cuando la Academia se dedicó a simplificarla, con el que hoy tiene, no sabemos qué es más de alabar, si el espíritu de liberalidad (bien diferente del que suele animar tales cuerpos) con que la Academia ha patrocinado e introducido ella misma las reformas útiles, o la docilidad del público en adoptarlas, tanto en la Península como fuera de ella.

Su primer trabajo de esta especie, según dice ella misma, fue en los proemiales del tomo primero del gran *Diccionario;* y desde entonces ha procedido de escalón en escalón, simplificando la escritura en las varias ediciones de su *Ortografía*. No sabemos si hubiera convenido introducir todas las alteraciones de un golpe, llevando el alfabeto al punto de perfección de que es susceptible, y conformándole en un todo a los principios anteriormente citados de Nebrija y Mateo Alemán; lo que ciertamente hubiera sido de desear es que todas ellas hubieran seguido un plan constante y uniforme, y que en cada innovación se hubiese dado un paso efectivo hacia el término que se contemplaba, sin caminar por rodeos inútiles. Pero debemos tener presente que las operaciones de un cuerpo de esta especie no pueden ser tan sistemáticas, ni tan fijos sus principios, como los de un individuo; así que, dando a la Academia las gracias que merece por lo que ha hecho de bueno, y por la dirección general de sus trabajos, será justo al mismo tiempo considerar las imperfecciones de los resultados como inherentes a la naturaleza de una sociedad filológica.

En 1754 añadió la Academia (según dice ella misma) algunas letras propias del idioma, que se habían omitido hasta entonces y faltaban para su perfección; e hizo en otras la novedad que tuvo por conveniente para facilitar la práctica sin tanta dependencia de los orígenes.

En la tercera edición, de 1763, señaló las reglas de los acentos, y excusó la duplicación de la *s*.

En las cuatro ediciones sucesivas de 1770, 75, 79 y 92, no hizo más que aumentar la lista de voces de dudosa ortografía.

En 1803, dio lugar en el alfabeto a las letras *ll* y *ch*, como representantes de los sonidos con que se pronuncian en *llama, chopo,* y suprimió la *ch* cuando tenía el valor de *k*, como en *christiano, chimera,* sustituyéndole, según los diferentes casos, *c* o *q*, y excusando la capucha o acento circunflejo, que por vía de distinción solía ponerse sobre la vocal siguiente. Desterró también la *ph* y la *k;* y para hacer más dulce la pronunciación, omitió algunas letras en ciertas voces en que el uso indi-

caba esta novedad, como la *b* en *substancia, obscuro;* la *n* en *transponer,* etc., sustituyendo en otras la *s* a la *x,* como en *extraño, extranjero*[6].

La edición de 1815 (igual en todo a la de 1820) añadió otras importantes reformas, como la de emplear exclusivamente la *c* en las combinaciones que suenan *ca, co, cu,* dejándose a la *q* solamente las combinaciones *que, qui,* en que es muda la *u,* y resultando por tanto superflua la crema, que se usaba por vía de distinción en *eloqüencia, qüestión,* y otros vocablos semejantes. Esta novedad fue un gran paso (bien que no sabemos si hubiera sido preferible suprimir la *u* muda en *quema, quiso*); pero la de omitir la *x* áspera solamente en principio o medio de dicción como *xarabe, xefe, exido,* y conservarla en el fin, como *almoradux, relox,* donde tiene el mismo valor, nos parece inconsecuente y caprichoso[7]. Lo peor de todo es el sustituirle la letra g antes de las vocales *e, i* solamente; y en las demás ocasiones la *j.* ¿Para qué esta variedad gratuita de usos? ¿Por qué no se ha de sustituir a la *x* áspera antes de todas las vocales la *j,* letra tan cómoda por su unidad de valor, en vez de la *g,* signo equívoco y embarazoso, que suena unas veces de una manera, y otras de otra? El sistema de la Academia propende manifiestamente a suprimir la g misma en los casos que equivale a la *j;* por consiguiente, la nueva práctica de escribir *gerga, gícara,* es un escalón superfluo, un paso que pudo excusarse, escribiendo de una vez *jerga, jícara*[8]. Las otras alteraciones fueron desterrar el acento circunflejo en las voces *examen, existo,* etc., por consecuencia de la unidad de valor que en esta situación empezó a tener la *x;* y escribir (con algunas excepciones que no nos parecen necesarias) *i* en lugar de *y* cuando esta letra era vocal, como en *ayre, peyne.*

Observa la Academia que es un grande obstáculo para la perfección de la ortografía la irregularidad con que se pronuncian las combinaciones y sílabas de la *c* y la g con otras vocales; y que por esto tropiezan tanto los niños cuando aprenden a silabar; también los extranjeros, y aún más los sordos mudos. Pero, con todo, no corrige semejante anomalía. Antonio de Nebrija quería dejar privativamente a la *c* el sonido y oficio de la *k* y de la *q;* Gonzalo Correas pretendió darlo a la *k* con exclusión de las otras dos; y otros escritores han procurado dar a la g el sonido menos áspero en todos los casos, remitiendo a la *j* toda la pronunciación gutural fuerte; con lo que se evitaría el uso de la *u* cuando es muda, como en *guerra (gerra),* y la nota llamada *crema* en los otros casos, como en *vergüenza (verguenza).* La Academia, sin embargo, nos dice que, en reforma de tanta trascendencia, ha preferido dejar que el uso de los doctos abra camino para autorizarla con acierto y mejor oportunidad.

Este sistema de circunspección es tal vez inseparable de un cuerpo celoso de conservar su influjo sobre la opinión del público; un individuo se halla en el caso de poder aventurar algo más; y cuando su

práctica coincide con el plan progresivo de la Academia, autorizado ya por el consentimiento general, no se puede decir que esta libertad introduce confusión; al contrario, ella prepara y acelera la época en que la escritura uniformada de España y de las naciones americanas presentará un grado de perfección desconocida hoy en el mundo.

La Academia adoptó tres principios fundamentales para la formación de las reglas ortográficas: pronunciación, uso constante y origen. De éstos, el primero es el único esencial y legítimo; la concurrencia de los otros dos es un desorden, que sólo la necesidad puede disculpar. La Academia misma, que los admite, manifiesta contradicción en más de una página de su tratado. Dice en una parte, que ninguno de éstos es tan general que pueda señalarse por regla invariable; que la pronunciación no siempre determina las letras con que se deben escribir las voces; que el uso no es en todas ocasiones común y constante; que el origen muchas veces no se halla seguido. En otra, que la pronunciación es un principio que merece la mayor atención, porque siendo la escritura una imagen de las palabras, como éstas lo son de los pensamientos, parece que *las letras y los sonidos debieran tener entre sí la más perfecta correspondencia, y, consiguientemente, que se había de escribir como se habla y pronuncia.* Sienta en un lugar que la escritura española padece mucha variedad, nacida principalmente de que por viciosos hábitos, y por resabios de la mala enseñanza o de la inexacta instrucción en los principios, se confunden en la pronunciación algunas letras, como la *b* con la *v,* y la *c* con la *q,* siendo también unísonas la *j* y la *g;* y en otros pasajes dice que por la pronunciación no se puede conocer si se ha de escribir *vaso* con *b* o con *v;* y que atendiendo a la misma, pudieran escribirse con *b* las voces *vivir, vez.* De las palabras tomadas de distintos idiomas, unas (según la Academia) se han mantenido con los caracteres propios de sus orígenes, otras los han dejado y tomado los de la lengua que las adoptó, y aun las mismas voces antiguas han experimentado también su mudanza. Dice asimismo que el origen muchas veces no puede ser regla general, especialmente en el estado presente de la lengua, porque ha prevalecido la suavidad de la pronunciación o la fuerza del uso. Por último, agrega que son muchas las dificultades que para escribir correctamente se presentan, porque no basta la pronunciación, ni saber la etimología de las voces, sino que es preciso también averiguar si hay *uso común* y *constante* en contrario, pues habiéndole (añade) *ha de prevalecer, como árbitro de las lenguas.* Pero estas dificultades se desvanecen en gran parte, y el camino que debe seguirse en las reformas ortográficas se presentará por sí mismo a la vista si recordamos cuál es el oficio de la escritura y el objeto de la ortografía.

El mayor grado de perfección de que la escritura es susceptible, y el punto a que por consiguiente deben conspirar todas las reformas, se cifra en una cabal correspondencia entre los sonidos elementales de la lengua y los signos o letras que han de representarlos, por manera que a cada

sonido elemental corresponda invariablemente una letra, y a cada letra corresponda con la misma invariabilidad un sonido.

Hay lenguas a quienes tal vez no es dado aspirar a este grado último de perfección en su ortografía; porque admitiendo en sus sonidos transiciones, y, si es lícito decirlo así, medias tintas (que en sustancia es componerse de un gran número de sonidos elementales), sería necesario, para que perfeccionasen su ortografía, que adoptaran un gran número de letras nuevas, y se formaran otro alfabeto diferentísimo del que hoy tienen; empresa que debe mirarse como imposible. A falta de este arbitrio, se han multiplicado en ellas los valores de las letras, y se han formado lo que suele llamarse diptongos impropios, esto es, signos complejos que representan sonidos simples. Tal es el caso en que se hallan las lenguas inglesa y francesa.

Afortunadamente una de las dotes del castellano es el constar de un corto número de sonidos elementales, bien separados y distintos. El es quizá el único idioma de Europa que no tiene más sonidos elementales que letras. Así el camino que deben seguir sus reformas ortográficas es obvio y claro: *si un sonido es representado por dos o más letras, elegir entre éstas la que represente aquel sonido solo, y sustituirla en él a las otras.*

La etimología es la gran fuente de la confusión de los alfabetos de Europa [9]. Uno de los mayores absurdos que han podido introducirse en el arte de pintar las palabras es la regla que nos prescribe deslindar su origen para saber de qué modo se han de trasladar al papel. ¿Qué cosa más contraria a la razón que establecer como regla de la escritura de los pueblos que hoy existen, la pronunciación de los pueblos que existieron dos o tres mil años ha, dejando, según parece, la nuestra para que sirva de norte a la ortografía de algún pueblo que ha de florecer de aquí a dos o tres mil años? Pues el consultar la etimología para averiguar con qué letra debe escribirse tal o cual dicción, no es, si bien se mira, otra cosa. Ni se responda que eso se verifica sólo cuando el sonido deja libre la elección entre dos o más letras que lo representan. Destiérrese, replica la sana razón, esa superflua multiplicidad de signos, dejando de todos ellos aquél solo que por su unidad de valor merezca la preferencia.

Y demos de barato que supiésemos siempre la etimología de las palabras de varias escrituras para indicarla en ellas. Aun entonces la práctica que se recomienda con el origen carecería de semejante apoyo. Los que viendo escrito *philosophía* creyesen que los griegos escribían así esta dicción, se equivocarían de medio a medio. Los griegos señalaban el sonido *ph* con una letra simple, de que tal vez procedió la *f;* de manera que escribiendo *filosofía* nos acercamos en realidad mucho más a la forma original de esta dicción, que no del modo que los romanos se vieron obligados a adoptar por el diferente sonido de su *f.* Lo mismo decimos

de la práctica de escribir *Achêos, Achîles, Melchîsedech.* Ni los griegos ni los hebreos escribieron tal *ch,* porque representaban este sonido con una sola letra, destinada expresamente a ello. ¿Qué fundamento tienen, pues, en la etimología los que aconsejan escribir las voces hebreas o griegas a la romana? En cuanto al uso, cuando éste se opone a la razón y la conveniencia de los que leen y escriben, le llamamos *abuso.* Declárанse algunos contra las reformas tan obviamente sugeridas por la naturaleza y fin de esta arte, alegando que *parecen feas,* que *ofenden a la vista,* que *chocan.* ¡Cómo si una misma letra pudiera parecer hermosa en ciertas combinaciones, y disforme en otras! Todas esas expresiones, si algún sentido tienen, sólo significan que la práctica que se trata de reprobar con ellas es *nueva.* ¿Y qué importa que sea nuevo lo que es útil y conveniente? ¿Por qué hemos de condenar a que permanezca en su ser actual lo que admite mejoras? Si por nuevo se hubiera rechazado siempre lo útil, ¿en qué estado se hallaría hoy la escritura? En vez de trazar letras, estaríamos divertidos en pintar jeroglíficos, o anudar quipos.

Ni la etimología ni la autoridad de la costumbre deben repugnar la sustitución de la letra que más natural o generalmente representa un sonido, siempre que la nueva práctica no se oponga a los valores establecidos de las letras o de sus combinaciones. Por ejemplo, la *j* es el signo más natural del sonido con que empiezan las dicciones *jarro, genio, giro, joya, justicia,* como que esta letra no tiene otro valor en castellano; circunstancia que no puede alegarse en favor de la g o la *x.* ¿Por qué, pues, no hemos de pintar siempre este sonido con la *j?* Para los ignorantes, lo mismo es escribir *genio* que *jenio.* Los doctos sólos extrañarán la novedad; pero será para aprobarla, si reflexionan lo que contribuye a simplificar el arte de leer, y a fijar la escritura. Ellos saben que los romanos escribieron *genio,* porque pronunciaban *guenio;* y confesarán que nosotros, habiendo variado el sonido, debiéramos haber variado también el signo que lo representa. Pero aún no es tarde para hacerlo, pues la sustitución de la *j* a la g en tales casos nada tiene contra sí sino la etimología, que pocos conocen, y el uso particular de ciertos vocablos, que deben someterse al uso más general de la lengua.

Lo mismo decimos de la z respecto del sonido con que empiezan las dicciones *zalema, cebo, cinco, zorro, zumo.* Pero, aunque la *c* es en castellano el signo más natural del sonido consonante con que empiezan las dicciones *casa, quema, quinto, copla, cuna,* no por eso creemos que se puede sustituirla a la combinación *qu,* que cuando es muda la *u,* como sucede antes de la *e* o la *i;* porque este nuevo valor de la *c* pugnaría con el que ya le ha asignado el uso antes de dichas vocales; y así el escribir *arrance, escilmo,* en lugar de *arranque, esquilmo,* no podría menos de producir confusión.

Nos parecería, pues, lo más conveniente empezar por hacer exclusivo a la z el sonido suave que le es común con la *c;* y cuando ya el público

(especialmente el público iliterato, que es con quien debe tenerse contemplación) esté acostumbrado a dar la *c* en todos casos el valor de la *k*, será tiempo de sustituirla a la combinación *qu;* a menos que se prefiera (y quizá hubiera sido lo más acertado) desterrar enteramente la *c*, sustituyéndole la *q* en el sonido fuerte, y la z en el suave.

Asimismo la g es el signo natural del sonido *ga, gue, gui, go, gu;* mas no por eso podemos sustituirla a la combinación *gu*, siendo muda la *u*, porque lo resiste el valor de *j* que todavía se acostumbra dar a aquella consonante cuando precede a las vocales *e, i*. Convendrá, pues, empezar por no usar la g en ningún caso con el valor de *j*.

Otra reforma hacedera es la supresión del *h* (menos, por supuesto, en la combinación *ch*); la de la *u* muda que acompaña a la *q;* la sustitución de la *i* a la *y* en todos los casos que la última no es consonante; y la de representar siempre con *rr* el sonido fuerte *rrazón, prórroga*, reservando a la *r* sencilla el suave que tiene en las voces *arar, querer*.

Otra reforma, aunque de aquellas que es necesario preparar, es el omitir la *u* muda que sigue a la g antes de las vocales *e, i*.

Observemos de paso cuánto ha variado con respecto a estas letras el uso de la lengua. Los antiguos (con cuyo ejemplo queremos defender lo que ellos condenaban, en vez de llevar adelante las juiciosas reformas que habían comenzado) casi habían desterrado el *h* de las dicciones donde no se pronuncia, escribiendo *ombre, ora, onor*. Así, el rey don Alonso el Sabio, que empezó cada una de las siete partidas con una de las letras que componen su nombre (Alfonso), principia la cuarta con la palabra *ome* (que por inadvertencia de los editores, según observó don Tomás Antonio Sánchez, se escribió después *home*). Pero vino luego la pedantería de las escuelas, peor que la ignorancia; y en vez de imitar a los antiguos acabando de desterrar un signo superfluo, en vez de consultarse como ellos con la recta razón, y no con la vanidad de lucir su latín, restablecieron el *h* aun en voces donde ya estaba de todo punto olvidada.

Nosotros hemos hecho de la *y* una especie de *i* breve, empleándola como vocal subjuntiva de los diptongos *(ayre, peyne)* y en la conjunción *y*. Los antiguos, al contrario, empiezan con ella frecuentemente las dicciones, escribiendo *yba, yra;* de donde tal vez viene la práctica de usarla como *i* mayúscula en lo manuscrito. Es preciso confesar que esta práctica de los antiguos era bárbara; pero en nada es mejor la que los modernos sustituyeron.

Por lo que toca a la *rr* inicial, no vemos por qué haya de condenarse. Los antiguos no duplicaron ninguna consonante en principio de dicción; tampoco nosotros. La *rr*, doble a la vista, representa en realidad un sonido que no puede partirse en dos, y debe mirarse como un carácter simple, no de otro modo que la *ch*, la *ñ*, la *ll*. Si los que reprobasen esta innovación hubiesen vivido cinco o seis siglos ha, y hubiese estado en ellos, hoy escribiríamos *levar, lamar, lorar*, a pretexto de no duplicar una conso-

nante en principio de dicción, y les debería nuestra escritura un embarazo más.

Sometamos ahora nuestro proyecto de reformas a la parte ilustrada del público americano, presentándolas en el orden sucesivo con que creemos será conveniente adoptarlas.

EPOCA PRIMERA

1. Sustituir la *j* a la *x* y a la *g* en todos los casos en que estas últimas tengan el sonido gutural árabe.
2. Sustituir la *i* a la *y* en todos los casos en que ésta haga las veces de simple vocal.
3. Suprimir el *h*.
4. Escribir con *rr* todas las sílabas en que haya el sonido fuerte que corresponde a esta letra.
5. Sustituir la *z* a la *c* suave.
6. Desterrar la *u* muda que acompaña a la *q*.

EPOCA SEGUNDA

7. Sustituir la *q* a la *c* fuerte.
8. Suprimir la *u* muda que en algunas dicciones acompaña a la *g*.

No faltará quien extrañe que no comprendamos en estas innovaciones el sustituir a la *x* los signos simples de los dos sonidos que se dice representar, escribiendo *ecsordio, ecsamen,* o *eqsordio, eqsamen;* pero nosotros no tenemos por seguro que la *x* se resuelva o parta exactamente ni en los sonidos *cs*, como afirman casi todos, ni en los sonidos *gs*, como (quizá acercándose más a la verdadera pronunciación) piensan algunos. Si hemos de estar por el informe de nuestros oídos, diremos que en la *x* comienzan ya a modificarse mutuamente los dos sonidos elementales; y que en especial el primero es mucho más suave que el de la *c, k,* o *q* ordinaria, y se acerca bastante al de la *g*. Verdad es que antiguamente la *x* valía tanto como *cs;* pero también antiguamente la *z* valía tanto como *ds;* la *z* se ha suavizado hasta el punto de degenerar en un sonido que no presenta rastro de composición; la *x*, si no padecemos error, ha empezado a suavizarse de un modo semejante. La ortografía, pues, cuyo objeto no es corregir la pronunciación común, sino representarla fielmente, debe, si no nos engañamos, conservar esta letra. Pero éste es un punto que sometemos gustosos, no a los doctos, sino a los buenos observadores, que no den más crédito a sus preocupaciones que a sus oídos [10].

Creemos que llegada la época de adoptar este sistema en toda su extensión, sería conveniente reducir las letras de nuestro alfabeto, de veintisiete que señala la Academia en la edición ya citada, a veintiséis, variando sus nombres del modo siguiente:

A, B, CH, D, E, F, G, I, J, L, LL, M, N,
a, be, che, de, e, fe, gue, i, je, le, lle, me, ne,
Ñ, O, P, Q, R, RR, S, T, U, V, X, Y, Z.
ñe, o, pe, cu, ere, rre, se, te, u, ve, exe, ye, ze.

Quedarían así desterradas de nuestro alfabeto las letras *c* y *h,* la primera por ambigua, la segunda porque no tiene significado alguno; se excusaría la *u* muda, y el uso de la crema; se representarían los sonidos *r* y *rr* con la distinción y claridad conveniente; y en fin, las consonantes *g, x, y* tendrían constantemente un mismo valor. No quedaría, pues, más campo a la observancia de la etimología y del uso que en la elección de la *b* y de la *v,* la cual no es propiamente de la jurisdicción de la ortografía, sino de la ortoepía; porque a ésta toca exclusivamente señalar la buena pronunciación, que es el oficio de aquélla representar [11].

Para que esta simplificación de la escritura facilitase, cuanto es posible, el arte de leer, se haría necesario variar los nombres de las letras como lo hemos hecho; porque, dirigiéndose por ellos los que empiezan a silabar, es de suma importancia que el nombre mismo de cada letra recuerde el valor que debe dársele en las combinaciones silábicas. Además, hemos desatendido en estos nombres la usual diferencia de mudas y semivocales, que para nada sirve, ni tiene fundamento alguno en la naturaleza de los sonidos, ni en nuestros hábitos. Nosotros llamamos *be, che, fe, lle,* etc. (sin *e* inicial) las consonantes que pueden estar en principio de dicción, y sólo *ere* y *exe* (con *e* inicial) las que nunca pueden empezar dicción, ni por consiguiente sílaba; de que se deduce que, cuando se hallan en medio de dos vocales, forman sílaba con la vocal precedente, y no con la que sigue. En efecto, la separación natural de las sílabas en *corazón, arado, exordio,* es *cor-a-zón, ar-a-do, ex-or-dio;* y por tanto, los silabarios no deben tener las combinaciones *ra, re, ri, ro, ru,* ni las combinaciones *xa, xe, xi, xo, xu,* dificultosísimas de pronunciar, porque verdaderamente no las hay en la lengua [12]

Nos hemos ya extendido demasiado; aunque sobre un punto concerniente a la educación general, y que lleva la mira a facilitar y difundir el arte de leer en países donde por desgracia es tan raro, se debe tolerar más que en ningún otro la prolijidad. Nos hubiera sido fácil dar un artículo más entretenido a nuestros lectores; pero la propagación de las artes, conocimientos e inventos útiles, sobre todo los más adecuados y necesarios al estado de la sociedad en nuestra América, es el principal objeto de este periódico.

Las innovaciones ortográficas que hemos adoptado en él son pocas. Sustituir la *j* a la g áspera; la *i* a la *y* vocal; la z a la *c* en las dicciones cuya raíz se escribe con la primera de estas dos letras; y referir la *r* suave y la *x* a la vocal precedente en la división de los renglones; he aquí todas

las reformas que nos hemos atrevido a introducir por ahora. Sobre los acentos, letras mayúsculas, abreviaturas y notas de puntuación, expondremos nuestro modo de pensar más adelante.

Nos lisonjeamos de que toda persona que se dedique a examinar nuestros principios con ojos despreocupados, convendrá en que deben desterrarse de nuestro alfabeto las letras superfluas; fijar las reglas para que no haya letras unísonas; adoptar por principio general el de la pronunciación, y acomodar a ella el uso común y constante sin cuidarse de los orígenes. Este método nos parece el más sencillo y racional; y si acaso estuviéremos equivocados, esperamos que la indulgencia de nuestros compatriotas disculpará un error que nace solamente de nuestro celo por la propagación de las luces en América; único medio de radicar una libertad racional, y con ella los bienes de la cultura civil y de la prosperidad pública.

DICCIONARIO DE GALICISMOS POR DON RAFAEL MARIA BARALT [18]

Este es un libro que hacía falta en los países castellanos de uno y otro hemisferio, y que celebramos haya tenido aceptación en Santiago, que no era donde menos se necesitaba. Predicadores, abogados, catedráticos, historiadores, poetas, periodistas: este libro es un examen de conciencia, que, si la vuestra no está de todo punto estragada, os hará más mirados en el uso del habla, y más cautos contra el contagio de los malos ejemplos. De mí puedo asegurar que, leyéndolo, me ha sucedido más de una vez decirme a mí mismo: *Peccavi.*

Tiene el *Diccionario de galicismos,* entre otras recomendaciones, la de leerse con gusto y hacerse perdonar, por la tersa y luminosa doctrina que contiene, la severidad con que nos echa en cara nuestros deslices y fragilidades; si bien hallo de cuando en cuando excesiva la severidad, no enteramente segura la doctrina, y algo arbitrarios los fallos. Excepciones hay que, en igualdad de circunstancias, se admiten y se rechazan, y principios también, ya expresos, ya implícitos, que no me parecen fundados en razón.

Prohibir absolutamente la introducción de voces y frases, vocablos y modos de decir *cinctutis non exaudita Cethegis,* sería lo mismo que estereotipar las lenguas, sería sofocar su natural desenvolvimiento.

Son las lenguas como cuerpos organizados que se asimilan continuamente elementos nuevos, sacándolos de la sociedad en que viven y adap-

tándolos bajo la forma que es propia de ellas a las ideas que en ésta dominan, renovadas incesantemente por influencias exteriores, como la atmósfera de que los vegetales se alimentan. Pero no debemos dar demasiada latitud a esa semejanza, llevándola más allá de lo que conviene a la fácil, breve y lúcida enumeración del pensamiento. Es una condición reconocida para legitimar la introducción de un vocablo o frase nueva su necesidad o utilidad, por manera que se logre con ella señalar un objeto, expresar una idea, adecuadamente, sin anfibología, sin rodeos, cuando la lengua no tiene otro modo de hacerlo. Figurémonos lo fecunda que sería de incertidumbres y perplejidades una lengua caprichosa, de frases y modos de decir exóticos, en que tropezase a cada paso el lector, obligándole a una atención desacostumbrada y penosa. El lenguaje tiene su belleza propia, que se desluce con afectadas galas, y sólo consiente aquellas que le sientan bien porque convienen a su conformación y fisonomía nativas.

Pero, de todas las novedades, las que más daño hacen son las acepciones nuevas que se dan a las voces cuya significación ha fijado la lengua. Bajo este aspecto, merecen tenerse presentes muchos de los artículos del *Diccionario de galicismos;* pero hay algunos en que su sabio autor nos parece excesivamente escrupuloso. ¿Por qué no ha de poder decirse, por qué ha de ser malo: *abandonar un sistema erróneo, abandonar un método embarazoso, abandonarse a la voluntad de la Providencia?* Algunas de las sustituciones propuestas por el señor BARALT me parecen poco felices. *Renunciar esperanzas* es admisible, aunque no necesario; pero *¡renunciar sistemas!, ¡renunciar métodos! Abandonarse en manos de la Providencia* es más castizo y más expresivo, sin que por eso deba condenarse como vicioso *abandonarse a la voluntad de la misma,* o más frecuente y mejor *abandonarse a ella,* y si pusiésemos *el cielo* en lugar de la *Providencia,* ¿le daríamos también *manos* para abandonarnos a ellas? No estamos obligados a decir siempre lo mejor; basta lo bueno.

En general, lo que deja más que desear en este libro es la conversión de frases que se condenan justa o injustamente como galicismos a frases castellanas. ¿A quién satisfacerá, que, en lugar de *desilusionar,* se diga, no ya *desengañar,* que se le acerca ciertamente, aunque no alcance a significar lo mismo, sino *ilustrar, instruir, advertir?*

He dicho que los significados nuevos dados a palabras conocidas y usuales constituyen imperdonables neologismos. Pero téngase presente que una acepción metafórica, si la metáfora es legítima, no es una acepción nueva. El primero que dijo *matar la luz* empleó una bella metáfora, sin uso alguno; y tan feliz pareció este uso de *matar,* que, a fuerza de repetirse, tomó el carácter de propio, y como tal lo reconoce la Academia. La metáfora sugiere simultáneamente dos ideas: la que corresponde a la voz propia y la de la imagen presentada por la voz metafórica; y si no es

grande y obvia la semejanza entre las dos, la expresión es oscura, y por consiguiente, viciosa. *Apagar la vida* me parece hallarse en el mismo caso que *matar la luz,* aunque no mencionado ni como propio ni como metafórico en el *Diccionario* académico.

Si es permitida la introducción de vocablos nuevos, convendrá averiguar ante todo qué condiciones los legitiman.

La primera es la necesidad o utilidad. Si para expresar una idea tenemos que valernos de una perífrasis, nadie negará la conveniencia de crear o adoptar un signo que la dé a conocer concretamente y sin rodeo. Si se trata de un animal recientemente conocido, de una planta exótica naturalizada en nuestro suelo, de una máquina o de un utensilio nuevo, de un objeto cualquiera que hasta ahora no ha tenido nombre en la lengua, es necesario dárselo, sea que lo saquemos de otra lengua antigua o moderna, sea que lo formemos sin salir de la nuestra.

La segunda de dichas condiciones es que se dé al recién formado vocablo una fisionomía, en cuanto posible fuese, castellana; bien que en esta materia es necesario dar más libertad y amplitud al lenguaje de las ciencias y artes. Las ciencias son cosmopolitas; y en ellas importa mucho que lo que se escribe en un país se entienda perfectamente en los otros, de manera que una voz técnica haga nacer en la mente del lector, cualquier nación a que pertenezca, la idea que le tiene asignada la ciencia, sin diferencia alguna, lo cual lograríamos sin duda mucho más fácilmente empleando la misma voz, con una nominación castellana, que traducirla por otra equivalente. Así, aunque *aparasolado,* por ejemplo, significa de un modo muy castellano y muy pintoresco la disposición de las flores de ciertas plantas, en obras de botánica destinadas a los que cultivan esta ciencia, me parecería más conveniente *umbela* que *parasolado,* y plantas *umbeladas* que plantas *aparasoladas* para indicar esta disposición de las flores. Por la misma razón, preferiría yo hojas o flores *verticiladas* a hojas o flores de *anada* o *rodaje.* Pero es preciso que, al castellanizar una voz técnica, lo hagamos con el debido discernimiento. A cierto orden de reptiles, llaman los naturalistas en latín *saurii,* en francés *sauriens;* y nosotros debemos llamarlos *saurios,* tomando la voz latina (*parce detorta,* como recomienda Horacio), no *saurianos,* ni mucho menos *sorianos* como ha hecho un estimable naturalista de nuestros días. Extiéndese esto mismo a los nombres propios.

Presupuesta la conveniencia de un vocablo nuevo, yo no escrupulizaría formarlo de una raíz castellana, según los modos de derivación que se usan comúnmente en nuestra lengua, y a que se desarrolle su organización, como la de las plantas en sus ramas, vástagos y flores. Una vez admitido *impresionar,* como verbo activo derivado de *impresión,* ¿por qué no admitiríamos a *impresionable,* como nombre verbal derivado de *impresionar?* El señor Baralt toma, creo, bajo su protección a *impresionable,*

que la Academia no reconoce, pero no en el significado que, a mi juicio, le conviene mejor; y sostiene, como cosa evidente, que pertenece a la primera clase de los derivados en *able,* cuya significación es activa, como *deleitable,* lo que deleita. Yo creo, al contrario, que debe clasificarse con los que significan posibilidad y *pasión, impresionado,* que es la significación ordinaria de los adjetivos verbales en *able* o *ible,* y, por tanto, la que más fácilmente ocurre al lector u oyente. Creo que a pocos ocurriría llamar *corazón impresionable* al que puede hacer impresión viva, y que si oís que *una persona es fácil, ligera o profundamente impresionable,* todo el que supiese lo que quiere decir *impresión* e *impresionar* entendería que se trataba de una persona que es fácil o ligera o profundamente *impresionada.* ¿Qué importa que en francés se diga *impresionable* en el mismo sentido? ¿Debemos abstenernos de una derivación castellana en su sentido natural, porque los franceses tengan en su lengua una derivación semejante? ¿Puede evitarse que dos lenguas hermanas se asemejen en muchísimas cosas? Es que tenemos, dice el señor Baralt, un adjetivo que significa exactamente lo mismo: el adjetivo *sensible.* Pero, si es así, me tomaría la libertad de preguntarle: ¿podrá decirse en castellano que una persona es *fácilmente sensible,* como puede decirse que es *fácilmente impresionable?* Si en alguno de los dos sentidos hay algo que no es conforme a la índole de nuestra lengua, es ciertamente en el del señor Baralt, porque es una excepción, mientras que el otro ocurre a cada paso, entra en el proceder ordinario de la lengua, es, en una palabra, la regla. Lo mismo sucede en los verbales en *bilis* latinos [14].

Y si de *impresión* sale rectamente *desimpresionar,* reconocido por la Academia, ¿por qué no de *ilusión, desilusionar?* El *Diccionario de galicismos* lo rehúsa por dos razones: primera, porque no tenemos el simple *ilusionar,* como los franceses a *illusioner;* segunda, porque tenemos ya un verbo que significa lo mismo, *desengañar.* Lo primero no importa. Tómese el lector el trabajo de recorrer la larguísima lista de verbos que comienzan en castellano por la partícula compositiva *des;* y se verá que no son pocos los que proceden inmediatamente de nombre, sin el intermedio de verbo. No se *abejan* las colmenas, y sin embargo, se *desabejan;* y no se *acerba* un licor, aunque se *desacerba;* y se *desagua* un terreno, aunque no se *agua;* ni permite la lengua *airar* a un hombre (como no sea moverle en ira); ni *amorar* a nadie, aunque sí *desamorarle.* Esto en las primeras columnas, y sin recurrir a las otras del *Diccionario: descabezar, descabritar, desgafar, despabilar,* etc., etc. Además, yo no veo por qué no pudiera usarse en ocasiones oportunas *ilusionar,* que de seguro sería entendido de todos, aunque no hubiese saludado el francés. La segunda razón es todavía más débil. Entre *desilusionar* y *desengañar,* hay la misma diferencia que entre *ilusión* y *engaño.*

Paréceme igualmente que el señor Baralt se sale una que otra vez de los límites propios de una obra como la suya, y eso aun dando al título

toda la extensión y significado que no tiene, puesto que en ella se trata de señalar los vocablos, giros y modos de decir viciosos que hemos tomado recientemente, no sólo del francés, sino de una lengua extranjera en general, o que tal vez hemos formado en nuestra propia lengua adulterando las naturales acepciones o combinaciones de las palabras castellanas. Entiendo, pues, que el señor Baralt ha querido darnos un *Diccionario de neologismos* (viciosos, se entiende); y en este supuesto he dicho que traspasa a veces los límites que corresponden al asunto que se propuso. Una repetición prosódica, por ejemplo, como las que se notan en las páginas 578 y siguientes, no es un vicio de lenguaje, sino de estilo; es el abuso de una figura retórica, no un neologismo. Fray Luis de Granada hizo frecuente uso de ella; y seguramente nadie le contará entre los escritores afrancesados. He aquí uno de infinitos pasajes que pudieran aquí citarse de sus obras: "¿Qué comparación puede haber entre deleites de tierra y deleites de cielo?, ¿entre deleites de carne y deleites de espíritu?, ¿entre deleites de criatura y deleites del Criador? Porque claro está que, cuanto las cosas son más notables y más excelentes, tanto son más poderosas para causar mayores deleites". Dudamos que el señor Baralt quisiera chapodar este ejemplo, como los que copia, de manera que viniese a decir: —¿Qué comparación puede haber entre deleites de tierra y de cielo, de carne y de espíritu, de criatura y del Criador? porque claro está que, cuanto las cosas son más notables y excelentes, tanto son más poderosas para causarlos mayores—, descartando un *más*, dos *entres*, seis *deleites*. La repetición, como todas las figuras de retórica, puede ser expresiva o inoportuna; pero esto solo no bastaría para tildarla como afrancesada. Prescindo de los casos en que la repetición es absolutamente necesaria, como este mismo ejemplo lo prueba. La preposición *de* se encuentra seis veces en el primer miembro del ejemplo; y no podríamos suprimirla una sola sin decir un despropósito.

Lo mismo digo del abuso de la metáfora. Absurdo sería, y no pequeño, imaginar que los vocablos no pueden recibir otras acepciones metafóricas que las señaladas por el *Diccionario* de la Real Academia Española. Cuando la Academia señala una de ellas, lo que quiere decir, si no me engaño, es que la tal acepción se ha hecho frecuente en el uso común de la lengua, en términos de poder usarse como propia. En cuanto a los sentidos figurados que no constan en el *Diccionario,* su legítimo empleo no es cosa que pertenece a la jurisdicción de la gramática o la lexicografía, sino de la retórica, esto es, del buen gusto en la elección de los pensamientos o el estilo. Cabalmente la novedad de las imágenes es una de las calidades que realzan su legítimo empleo, aun en el estilo didáctico. De lo cual se sigue que, cuando se toma una palabra en sentido metafórico de que no haga mención la Academia, la metáfora puede ser inoportuna, puede ser violenta, puede ser de mal gusto, pero no por eso será un neologismo (tomando esta palabra en mal sentido, que es el que ordinariamente le damos); y el haberse usado en otra lengua no hace al caso. Si la metáfora satisface a

las condiciones que se requieren para el recto uso de esa especie de tropos, no hay más que pedir; y el haberla tomado de la lengua francesa, podrá ser una imitación, y a lo sumo un plagio, pero no un galicismo. Trasparente es una cualidad que los modernos críticos franceses atribuyen al estilo cuando pone de manifiesto, o en toda su luz, los pensamientos del autor, a la manera de un cuerpo diáfano que se interpone entre nuestra vista y los objetos materiales. La imagen no puede ser ni más adecuada, ni más expresiva, ni más clara, ni más breve. ¿Y no podremos nosotros emplear en el mismo sentido las palabras *trasparente, diafanidad,* sin que se nos acuse de galiparlistas?

Peor me parece todavía cuando se reprueba una locución por el solo hecho de asemejarse a otra que los franceses emplean corrientemente en su lengua, porque tiene, según se dice, *un sabor galicano.* Esto me recuerda el *cupit hæresim* de que tanto abusó el Santo Oficio. Si en la tal locución todas las palabras están usadas en el sentido propio o en el metafórico que por un uso frecuente ha merecido mirarse como tal, y si la construcción está arreglada a los preceptos de la gramática, nada significa la semejanza que tenga con otro giro o modo de decir francés, inglés, italiano o de cualquiera otra lengua. Ni veo razón por qué, en igualdad de circunstancias, esté más a cubierto la adopción de un giro latino que no la de una expresión francesa.

No parece bien que la lengua francesa sea una sentina de donde nada bueno puede venirnos, sino infección y peste, sin que haya cuarentena que lo purifique, únicamente por existir allí, eso en medio de estársenos colando por todos los poros las ideas, las doctrinas, las costumbres, las modas francesas. *Est modus in rebus.*

A *usada por* para

Con mucha frecuencia, se conmutan una por otra estas dos preposiciones en castellano; y no siempre es fácil decidir a cuál de ellas se deba la preferencia. "¿El yugo de la virtud es pesado *al* hombre o *para* el hombre?" El señor Baralt reprueba la primera de estas construcciones; pero creo que en el lenguaje de la poesía, que exige a menudo el régimen latino, sonaría tal vez mejor *pesado al hombre: grave homini.*

En lo que con menos desconfianza difiero del *Diccionario,* es en la censura de la frase: "A tales hombres, nada puede ser imposible", porque el ser posible o imposible, agradable o molesto, fácil o difícil, rige el dativo de los pronombres declinables: "Te es fácil", "nos es molesto", "no parece serles imposible". Y *a tales hombres* es precisamente ese mismo dativo. ¿A quién ofendería que se dijese, empleando un pleonasmo que es frecuentísimo en castellano: *A tales hombres* nada puede *serles* imposible? ¿Y no sería solecismo garrafal *para tales hombres puede serles?* De donde me

parece deducirse que, en el ejemplo cuestionado, no sólo es legítimo *a,* sino preferible a *para.*

A *usada por* con

Según el *Diccionario,* es galicismo "vender a pérdida", sin embargo de la analogía de esta frase con "vender a crédito", "vender a dinero", y otras cuantas, como "vender a prueba o a plazo", "vender a vil o mal precio", "prestar a interés", "imponer un capital a fondo perdido", etc. Pero, pocas líneas más abajo, se admite "reñir a sable o pistola", porque hay en castellano otras expresiones idiomáticas del mismo género, como "ponerse a brazos con alguno", "andar a estocadas", etc. Creo que entre estas últimas es menos obvia la analogía que entre las anteriores; y con todo eso, "vender a pérdida" se condena como afrancesado, y "pelear a espada", no. *Cur tan varie?*

A *usada por* por

"A lo que veo, tan malo es hoy como ayer". *Por lo que veo* quiere el *Diccionario* que se diga; y estando a esa decisión, es preciso que sean también neologismos "a lo que parece", "a lo que conceptúo", "a lo que preveo", de uso comunísimo. Pero el mismo *Diccionario* establece en la página 607 que *según* y *a lo que* son expresiones equivalentes; y de sus ejemplos se deduce que tan bueno es *a lo que creo, a lo que opino,* como *según creo* y *según opino.* ¿Por qué pues, no hemos de admitir *a lo que creo* como un equivalente propio y legítimo de *según creo?*

Copio el párrafo siguiente porque la doctrina en él enunciada me parece abrir la puerta a un modo de discurrir ciertamente laxo en materia de neologismos, doctrina que inutilizaría mucha parte de los saludables avisos del *Diccionario,* con los cuales está en pugna abierta.

"«Y *a esta causa,* los sabios no suelen menospreciallos (los refranes), antes llegarse a ellos, como a buenos consejeros» (Garay, *Cartas*). Hoy pasaría por galicismo la expresión *a esta causa,* frecuente en las obras de nuestros antiguos. Ciertamente, lo más propio es *por esta causa,* a menos que, cambiada la estructura de la frase, no se dijese: *A esta causa debe atribuirse el que los sabios, lejos de menospreciarlos, se hayan llegado siempre a ellos, como a buenos consejeros.* La expresión de Garay es, pues, una elipsis".

Yo convengo en que hoy se preferiría con razón a la frase anticuada de Garay cualquiera de las corrientes, *por esto, por esta causa,* etc. Con lo que sí estoy mal, es con la idea que el autor nos da de la elipsis. Explicando por esta figura aquella frase (lo que de suyo significaría poco), apenas habría locución viciosa que no pudiese justificarse a la sombra de una elipsis imaginaria, sobre todo si se mirase como una elipsis la que se nos presenta como tal en el pasaje que hemos copiado.

La elipsis (dice muy bien la Academia en la cuarta edición de su *Gramática,* y creo que lo repite en la quinta) es una figura por la cual se omiten en la oración algunas palabras que, siendo necesarias para completar la construcción gramatical, no hacen falta para el sentido y su inteligencia, antes, si se expresaran, quitarían la gracia de la brevedad y la energía a las expresiones.

Los ejemplos con que se ilustra la definición no pueden ser más adecuados. Sólo me permitiré notar que no hay para qué suponer que esté incompleta la expresión *Madrid capital de España,* subentendiendo *que es* entre *Madrid* y *capital,* porque la gramática no se opone a que se usen dos sustantivos continuados, que es un proceder frecuentísimo de nuestra lengua, y aun de todas las lenguas; y no hay elipsis donde nada hace falta a la construcción rigorosamente gramatical. ¿Hay alguna razón para que no pueda señalarse un mismo objeto por medio de dos sustantivos continuados, cuando ambos son propios y oportunos? Si no debe suponerse elipsis donde no se necesita para la integridad de la oración, mucho menos admisible será cuando se funda en una suposición que la lengua desmiente. Hay muchos nombres propios que reciben artículo por el uso corriente de la lengua; y en que, por lo tanto, no hay para qué concebir elipsis alguna, porque la gramática no es más que la exposición del uso corriente. Puede, a la verdad, haberse originado este uso de una primitiva elipsis, que, a fuerza de repetirse, dejó al fin de ocurrir al entendimiento. Pero, en el caso de que hablamos, no es así. Si se dice *el* Tajo, entendiéndose entre el artículo y el nombre propio el apelativo *río,* ¿qué es lo que se entiende en *la* Esgueva y *la* Guama, que también son ríos? Si en *la* Morea se ha suprimido *península,* ¿qué es lo que se ha suprimido en *el* Peloponeso, que es precisamente la misma península? Si en *el* Ferrol y *el* Callao se subentiende *puerto,* ¿qué es lo que se subentiende en los nombres femeninos, como *la* Guaira? Pero ¿quién no ve que el género del artículo de nombres propios que no significan macho o hembra es sugerido constantemente por la terminación, y que se dice *la* Francia, *la* China, *la* Grecia, porque la terminación *a* pide ese genero; y *el* Ferrol, *el* Japón, *el* Indostán, porque estas terminaciones son claramente masculinas, prueba perentoria de que el artículo en esos nombres no tiene relación con ningún apelativo tácito?

Pero lo más importante es aclarar que la repuesta elipsis no debe hacer variación alguna en la expresión de la frase, ni en el número y naturaleza de los elementos que la componen. La frase elíptica debe ser una porción integrante de la frase completa, y nada más. Así, "concluida la función, nos volvimos a casa"; no es elíptico el ablativo absoluto porque en él se subentiende *luego que se concluyó,* pues esa expresión no lo llena, sino que se le sustituye otra expresión de naturaleza enteramente diversa. *Luego que se concluyó* no es complemento de *concluida,* sino una explicación, una paráfrasis.

Este modo de considerar la elipsis es el antiguo y genuino. Apelo sobre ello a todas las gramáticas anteriores al año de gracia de 1854.

Bástenos citar a los lectores de cierta edad la que era más manoseada en las aulas de latinidad hasta casi nuestros días: el *Arte* de Nebrija.

Según este principio, la expresión de Garay no es elíptica, y la explicación del señor Baralt no la completa, sino la parafrasea.

He dicho que, aceptando la doctrina del párrafo copiado, sería facilísimo justificar muchas locuciones viciosas. Por ejemplo, "liberal al exceso" es una expresión censurada justísimamente por el señor Baralt; pero se podría legitimar subentendiendo *liberal* hasta llegar *al exceso.* "Allí fue el desear de la espada de Amadís" es una locución de Cervantes que el señor Baralt desaprueba; entiéndase *el auxilio, la posesión* de la espada, y la locución no será incorrecta, sino elíptica.

"No veo aquí a leer", "No veo aquí a coser", son evidentes galicismos, según el señor Baralt; mas, según el mismo señor, personas muy competentes miran esas construcciones como legítimas en virtud de una elipsis: "No veo, *puesto* aquí a leer" o "a coser". ¿Qué puede, sin inconsecuencia, oponer a este modo de discurrir el señor Baralt? La elipsis imaginada por esas personas carece de todo fundamento cierto o probable; pero al fin se parece de todo a todo a la figura que los gramáticos han llamado así; lo que en verdad no puede decirse de la suya en la explicación de la frase de Garay.

A *usada por* de

El desprecio a las leyes dice el *Diccionario* que es una mala expresión, y ordena se diga el *desprecio de las leyes,* o *el desprecio que se hace de las leyes.*

Yo creo que es bueno lo uno y lo otro, y en general más claro *a* que *de* en las frases de este género. Hay muchos sustantivos que significan afectos del alma hacia un objeto exterior, y que se hallan en relación inmediata de parentesco, digámoslo así, con verbos activos de la misma significación y raíz: *apreciar, aprecio; despreciar, desprecio; venerar, veneración; aborrecer, aborrecimiento; odiar, odio; temer, temor;* etc. Estos sustantivos pueden, por lo tanto, usarse activa o pasivamente: en "el desprecio a las leyes o de las leyes" el significado es pasivo, porque las leyes son la cosa despreciada; en "Los primitivos cristianos se sometían heroicamente a las persecuciones y al desprecio del mundo", el sentido es activo, porque el que desprecia es el mundo. Por consiguiente, *el desprecio del mundo* es de suyo una expresión anfibológica. Así, "el desprecio del mundo era la gloria de los primitivos cristianos" admite dos sentidos: los primitivos cristianos se gloriaban de despreciar el mundo, o de ser despreciados por el mundo. Dígase *a* en el primer sentido y *de* en el segundo; y cesará todo peligro de duda. Si no me equivoco, el uso del día autoriza, en las construcciones

de que hablamos, el régimen *a;* y no importa que este uso sea reciente, si tiene a su favor dos cosas nada insignificantes: la aceptación general y la claridad. ¿Será incorrecto decir "el desprecio de los primitivos cristianos a las vanidades del mundo", y deberemos dar la preferencia a la inelegante frase "el desprecio de las vanidades del mundo de los primitivos cristianos", o a la perífrasis "el desprecio de las vanidades del mundo que era propio de los primitivos cristianos"? El régimen *a* tiene, pues, en muchos casos, la ventaja de la brevedad. Recomiéndale además la analogía, porque hay sustantivos que piden precisamente *a:* "la veneración a las leyes", "la obediencia a los magistrados", "la consagración a Dios", etc., frases todas que, por lo menos, se presienten por obvias y naturalísimas elipsis, como la veneración, y la obediencia, que se debe, la consagración que se hace, etc.

En resolución, hay casos en que parece indiferente *a* o *de* en el sentido pasivo: "el temor a la muerte o de la muerte"; y casos en que la claridad de la sentencia pide exclusivamente *a* en el mismo sentido: "el odio a los tiranos". Cuando concurren ambos sentidos, deben evitarse circunloquios rastreros, distinguiéndolos con las respectivas preposiciones: "el miedo de los niños a la oscuridad". El sentido activo pide siempre *de.* Yo creo representar de este modo el uso corriente del día. Se recomendarán otras frases como más castizas; pero ¿qué quiere decir *castizo?:* antiguo, y nada más. ¿Y no sería permitido a las lenguas rejuvenecerse, mientras conserven su organismo, mientras lo nuevo se incorpora a lo viejo, sin hacer violencia a sus hábitos conocidos?

El *Diccionario* reprueba (página 14): "El absoluto y completo abandono de nosotros mismos a la voluntad de la Providencia". ¿Y por qué? Porque en castellano se dice "abandonarse en manos de la Providencia" y no "a manos". Pero, si no se le ponen manos a la Providencia, no vale nada el argumento. ¿Podríamos abandonarnos a los vicios, y no a la voluntad de la Providencia? [15]. Véase el *Diccionario* de la Real Academia en *abandonar* y *abandono.*

Copio del *Diccionario de galicismos:*

"«¿A Dido huyes?» se lee en una antigua traducción de la *Eneida* citada por Garcés en su obra titulada *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana.* Este autor, para quien todo lo antiguo era sagrado, dice, con tal propósito, que cuando *huir* significa *tener odio* lleva la preposición *a,* sin tener para ello más fundamento que el pasaje citado. *Huir,* diga Garcés lo que quiera, no rige *a* sino cuando se emplea para expresar lugar hacia donde se huye, verbigracia: «huir o huirse *a la* ciudad»".

Estoy por Garcés. *Huir a* por *huir de,* o, en otros términos, construir este verbo en un sentido activo a manera de latinismo, no es tan raro en nuestros escritores clásicos como el señor Baralt imagina. Ahí está Fray Luis de León, que no me dejará mentir:

"¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido".

"No es dado al que allí asienta,
si ya el cielo dichoso no le mira,
huir la torpe afrenta".

"Recíbeme en tu cumbre,
recíbeme; que huyo perseguido
la errada muchedumbre,
el trabajar perdido,
la falsa paz, el mal no merecido".

Y Lope de Vega:

"¿A dónde vas por despreciar el nido
al peligro de ligas y de balas
y el dueño huyes que tu pico adora?"

Diversos usos de a

Leemos en el *Diccionario:*

"«Sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente *a hacerlas* pudiera ganar la vida»". En esta frase del *Quijote* de Cervantes (prescindiendo del trastrueque de la concordancia de *jaula* y *hacerlas,* trastrueque muy común en los autores antiguos, los cuales hacían muchas veces la concordancia con las ideas más bien que con las palabras), en dicha frase, repito, acaso verá alguno calcada la locución francesa *à les faire;* y lo está en efecto. Pero, así en francés como en castellano, la expresión es legítima, porque es elíptica, y quiere decir que *solamente dedicándose* o *aplicándose a hacerlas pudiera ganar la vida.* Por lo demás, fuera de este caso (no mencionado, que yo sepa, en ninguna gramática de nuestra lengua), *a* no se usa con el infinitivo sino de dos maneras: una, al principio de la oración, a la cual comunica sentido condicional, y entonces corresponde a la conjunción *si,* verbigracia: "Que, *a decirme* el peligro en que andaba... sin duda creo se remediara" (Santa Teresa). "*A saber yo* que había de venir"; "*A decir* verdad"; "*A conocer* su perfidia". La otra manera es cuando, delante del infinitivo, se le junta el artículo definido, y vale tanto como el gerundio, verbigracia: "*Al examinar* la obra", esto es, "*examinando la obra*".

Con perdón del señor Baralt, *a* se junta en muchos otros casos con el infinitivo: "salgo a andar", "voy a comprar", "me puse a escribir", etc.

ABLE, IBLE

Según el señor Baralt, los adjetivos de estas terminaciones, que generalmente se derivan de verbos, enuncian meramente una cualidad, como *deleitable,* lo que deleita; o significan merecimiento, como *amable,* lo que es digno de ser amado; o posibilidad, como *durable,* lo que puede durar, *conciliable,* lo que puede ser conciliado.

Nótese, dice, que los adjetivos de estas dos últimas clases (la última mayormente) tienen significación pasiva.

No es exacto: *durable* (que es uno de los ejemplos) no tiene tal significación, como tampoco *estable, espantable* y algunos otros. Pero, como regla general sujeta a ciertas excepciones autorizadas por el uso, no admite duda que el significado pasivo es el que en estos adjetivos prevalece.

¿A cuál de las tres clases pertenece el adjetivo afrancesado *impresionable?* A la primera evidentemente, responde el señor Baralt, es decir, a la de aquellos que enuncian meramente una cualidad; significaría, pues, si se admitiese en castellano, la cualidad de conmover, de hacer impresión.

Primeramente, ¿se puede decir en castellano *impresionar?* La Academia dice que sí, aunque limitándolo al sentido de excitar por medio de la palabra impresiones vivas en los ánimos. Así se diría con perfecta propiedad: "El orador dejó profundamente impresionado al auditorio".

En segundo lugar, ¿se pueden sacar de un verbo castellano derivados formados en *able* o *ible,* y no es esto perfectamente conforme a la índole de la lengua? El señor Baralt dice que sí, con tal que no tengamos vocablos con que se signifique la misma idea, y da por ejemplo *imprevisible,* lo que no se puede prever.

En tercer lugar, aceptando el adjetivo *impresionable,* ¿cuál sería su significación conforme al genio de la lengua? El *Diccionario* halla que pertenece *evidentemente* a su primera categoría de los derivados en *able* o *ible,* es decir, que significa meramente una cualidad, calificación algo vaga, a mi juicio, porque tan cualidad es ser capaz de producir impresiones como ser capaz de recibirlas. Lo que hay de certísimo, es que estos verbales, cuando nacen de verbos activos, llevan generalmente el sentido pasivo: *penetrable* es lo que puede ser penetrado; *concebible,* lo que puede ser concebido; *inexplicable,* lo que no se puede explicar; *imprevisible,* lo que no puede ser previsto. Tal es la regla general. Las excepciones que, como *deleitable* (lo que deleita), tienen sentido activo, son comparativamente rarísimas. Así, al nuevo derivado *imprevisible,* el mismo señor Baralt concede sin dificultad el significado pasivo: "lo que no puede ser previsto". Muy lince debe de ser el que perciba mayor conformidad a la índole del castellano en el sentido pasivo de *imprevisible* que en el de *impresionable.* El significado de acción, nuestra lengua, tan rica de inflexiones, lo tiene asignado a otra clase de derivados, los en *ivo,* como *productivo,* lo que es capaz de producir, *excitativo, aperitivo, imaginativo,* etc.; y según este hábito de la lengua, podríamos muy bien llamar *impresivo* lo que es capaz de hacer impresión en los ánimos.

Finalmente, ¿hay en castellano otro vocablo que pudiera hacer las veces de *impresionable* en el sentido pasivo? —Nada se puede expresar con él que el castellano *sensible* no reproduzca exactamente—, responde el señor Baralt. No somos de esa opinión. *Sensible* es general y vago, y un si es no es anfibológico. Nada, por el contrario, más definido, más específico, que *impresionable.* "La elocuencia de Mirabeau no podía dejar de excitar viva-

mente a un auditorio tan *impresionable* como el suyo". ¿Pudiera sustituirse *sensible?* [16]

ACAPARAR, ACAPARADOR

Esto de dar un término genérico por equivalente de un término específico ocurre varias veces en el *Diccionario*. El *acaparamiento* es una especie de monopolio, sin duda, pero de una especie que se puede llamar singular, porque enajena sin prohibición de la autoridad, como el *estanco*, y sin contrato previo con otro proveedor que vende ciertos artículos a un precio fijo, como el *asiento*. Así, ni *estanco*, ni *asiento* significan precisamente lo mismo. *Atravesar* es interponerse; y se aplica particularmente a los que se interponen entre los vendedores y el público para hacer un acopio de cierto artículo y venderlo después a precio exorbitante; pero es preferible, porque es más determinado y preciso, *acaparar*. *Acaparar, acaparador* y *acaparamiento* no son, pues, galicismos superfluos, como dice el señor Baralt, sino convenientes, y aun necesarios. *Comprar para hacer monopolio* es una perífrasis.

ACTA

"El que *toma acta*, dice con razón el *Diccionario*, bien puede tomar sin escrúpulo paja y cebada". Corro el peligro de ver que se me aplique la misma vareta; pero me ocurre una duda, y desearía verla resuelta por un hombre tan perspicaz en esta materia como el señor Baralt. ¿Se puede decir con rigorosa propiedad que un borrico *toma* paja y cebada, como lo supone el chiste? ¿No es verdad que *tomar* en el sentido de comer o beber lleva envuelta la idea de tomar con la mano y llevar a la boca lo que se come o bebe? Así a lo menos me parece que debe ser, atendiendo al origen probable de esta acepción de *tomar*.

ACUERDO

Nada se gana en mi humilde opinión con sustituir *conciliar* a *poner de acuerdo* en: "Siempre se tarda mucho en poner las costumbres de acuerdo con las leyes". Ambas expresiones son metafóricas, y significan una misma cosa; pero *poner de acuerdo* es menos vulgar y trillado, y por lo mismo, preferible.

ADJETIVO

"El concurso atónito se quedó en silencio". El *se* me parece superfluo. Por lo demás, no veo nada en esta frase que merezca la nota de impropio o de afrancesado. El señor Baralt sustituye: "Atónito el concurso, enmudeció". Pero ¿qué más tiene *enmudecer* que *quedar en silencio?* Si hubiese

de reprocharse toda palabra o frase que no fuese la mejor posible en un caso dado, ¿a dónde iríamos a parar?

ADMINISTRACION

Casi todas las censuras de las acepciones modernas de esta palabra me parecen demasiado severas. Cuando se denota con ella la conducta de los ministros, no se puede poner en su lugar *gobierno,* sin faltar a la propiedad constitucional de estos vocablos. Se critica la *administración* de un medicamento, y se manda decir en este caso *propinación.* ¿Por qué, si es permitido administrarlo? (Véase el *Diccionario* de la Academia en *propinar).* Además, *propinar* es dar a beber; y en rigor, las medicinas que no se beben, no se propinan. ¡Pobre enfermo a quien se propinasen cantáridas!

AFECTAR

Recibe la forma refleja por más que diga el *Diccionario.* Si en buen castellano se dice activamente: "Muchos afectan generosidad", ¿por qué no en sentido pasivo: "Se afecta muchas veces la generosidad"? La crítica del señor Baralt es, sin embargo, justísima, limitada a las construcciones en que *afectase* es un verbo reflejo de toda persona: *yo me afecto, tú te afectas, nos afectamos,* etc.

AFORTUNADAMENTE

Creo, no obstante la autoridad respetable del señor Alcalá Galiano, que donde se puede decir *por fortuna,* se puede decir con igual propiedad *afortunadamente.* No puede haber más perfecta sinonimia [17].

AGREDIR, AGRESIVAMENTE, AGRESIVO

"Tenemos *agresión* y *agresor, agresora;* ¿por qué no hemos de tener, como los franceses, *agresivo, agresiva* y *agresivamente?* También poseen ellos el verbo *agresser,* que entre nosotros podría ser muy bien *agredir.* Todo ello viene de la fuente común, de la madre latina, que decía *aggressio, onis; aggressor, oris; aggredior, edi*".

Perfectamente pensado, si algo vale mi juicio. Pero el señor Baralt no ha sido igualmente graciable con otros vocablos de nuevo cuño en circunstancias análogas a las de *agredir* y *agresivo* [18].

AISLAR

"En la frase: «Se aislaron de todo humano comercio», es galicismo, porque la Academia no atribuye a nuestro verbo acepción metafórica. No creo que haya inconveniente en dársela, mayormente teniendo, como tenemos, *aislado, da,* en significación de *solo, retirado*".

Así dice el señor Baralt, aunque protestando que por su parte preferirá siempre algunos de los otros verbos que ya tenemos: *separar, secuestrar* y otros. Sobre gustos, no hay disputa. Yo por la mía me inclino a creer que ninguno de esos verbos alcanza a la fuerza de *aislar* en su sentido propio equivalente al de las expresiones latinas *undique dispicere, circumsepire. Aislar* es un verbo de imagen [19].

ALARMAR

En el sentido de inquietar, turbar, es una metáfora expresiva. ¿Es ésta de aquéllas que vulgarizadas entran en el dominio público y se consignan en los diccionarios? El señor Baralt dice que en el día se da con bastante generalidad a este verbo la acepción de que se trata. Con eso basta. La Real Academia se la dará también el día menos pensado, como lo ha hecho con tantos otros vocablos. Los diccionarios no forman el uso de las lenguas, sino lo verifican.

Cuando un diccionario anota una acepción como metafórica, quiere decir que está suficientemente generalizada para que la consideremos como propia, aunque secundaria, porque de otro modo no pertenecería a la jurisdicción del diccionario, sino de la retórica, la cual prescribe que se *sostenga* la metáfora, esto es, que otras palabras del contexto contribuyan a la representación de la misma imagen. Así sucede en uno de los ejemplos censurados por el señor Baralt: "Es una conciencia a *prueba de bomba,* que nada ni nadie *alarma*". Aunque *alarma* hubiera allí aparecido por la primera vez en este sentido, no habría justicia para censurarlo, porque la metáfora concertada del modo dicho es permitida a todos; y las que por su novedad nos sorprendan, son precisamente las que más nos agradan [20].

ALCANCE

No veo por qué sea preciso decir: "Esta aria es *demasiado alta* para mi voz", en lugar de: "Esta aria no está *al alcance* de mi voz". ¿Y será malo decir que no está a nuestro alcance, que está demasiado alta, para que podamos llegar a ella con la mano? Porque ésa, y no otra, me parece haber sido la idea que condujo originalmente al uso metafórico, hoy vulgarizado, de *alcance, alcances.*

ALGUNO

"Todos los extranjeros no son bárbaros" es ciertamente una colocación que ofende por desusada, pero no de un otro modo. "No todos los extranjeros son bárbaros", puede variarse para que contente el oído. El mejor: "No son bárbaros todos los extranjeros", sería naturalmente claro y admisible, aunque no tan elegante.

ALTERNATIVA

En el sentido de *alternación,* galicismo que me acuso de haber cometido muchas veces, y propongo firmemente la enmienda [21].

ALTO

Sólo un ejemplo de los que se censuran me parece justificable: "Tiene el espíritu *alto* y el alma *baja". Alto* me parece aquí una metáfora elegante sostenida por el contraste de los dos adjetivos.

ALLA

No hago alto en este artículo sino porque en él me sale al paso el adjetivo *innoble,* que sin duda se puede emplear sin escrúpulo una vez que corrientemente se le da esta forma. Yo, sin embargo, he dicho siempre, y seguiré diciendo *ignoble,* mientras la Real Academia le reconozca como legítimo. *Innoble* me suena tan mal como me sonarían *innorante, innominia, innoto,* que proceden de la misma raíz latina, y como *connación, connado* en vez de *cognación, cognado, contra* el origen latino.

ANORMAL

Adjetivo, como *normal.* El *Diccionario* que repasamos dice que se toma a veces sustantivadamente, como en esta frase: "Ciertos sabios parece que han tenido empeño y firme propósito de explicar lo *normal* por lo *anormal.* En lo cual encuentro, si no un error, una advertencia superflua.

Yo miro como un error craso considerar al adjetivo como sustantivado en frases como *lo bueno, lo malo, lo útil, lo normal,* porque en ellas el verdadero sustantivo es *lo,* como lo es en *lo de ayer, lo de dominio público, lo de los magos se les creyó,* que dice Quevedo, hablando de ciertos valentones que se alababan de haber pasado muchos trances y riesgos, a no ser que se diga que *de ayer, de dominio público, de los magos,* son expresiones sustantivadas, lo cual sería trastornarlo todo.

No tienen nada de sustantivos las frases *de ayer, de dominio público, de los magos.* ¿Cómo no se ve que se dice *lo de ayer* exactamente como *la cosa* o *las cosas de ayer;* que una palabra que envuelve la idea de cosa o sustancia es precisamente sustantivo; y que, si las palabras se distinguen unas de otras por su oficio, ninguna ejerce el del sustantivo más indudablemente que *lo?* Nada de esto se ve, porque la censurable rutina pone a los sabios una venda en los ojos.

Los neutros *ello, lo, esto, eso, aquello,* tienen la particularidad de significar una cosa o muchas sin determinación de número, y por lo tanto, sin variedad de terminación, pero construyéndose con el singular de los adjetivos y de los verbos, como los nombres colectivos.

Pero sea de esto lo que se fuere, no hallo para qué se nota como una particularidad la construcción de *normal* y *anormal* con este *lo*, porque de cualquier modo que ello se explique, es propiedad comunísima de todos los adjetivos. Otra cosa notaré, y es la etimología de *anormal*, que en el *Diccionario de galicismos* se hace venir del griego, viniendo directa y acertadamente del latín, donde tenemos el sustantivo *norma*, que se conserva sin alteración en castellano, y el derivado *abnormis*, donde basta la letra *b* para que se rechace la idea de toda derivación y composición griega.

ALUSION

No se dice en castellano *hacer alusión*, según el señor Baralt, porque el carácter de la alusión no permite que se haga, sino que se dé a entender o se indique. He aquí una sutileza metafísica que no está a mis alcances. ¿Conque el que sólo indica no hace nada? ¿La indicación no es un acto tan verdadero y positivo como la manifestación, aunque de distinta especie? La Academia se sirve de la frase *hacer referencia;* y en su *Diccionario* parecen una misma cosa la *alusión* y la *referencia*, o si la primera se distingue de la segunda es como la especie se distingue del género. Por lo demás, de la diferencia que señala el señor Baralt entre ambos vocablos pudiera sacarse un excelente artículo para un diccionario de sinónimos.

ANTAGONISMO

Antagonismo y *antagonista* son vocablos cognados que se derivan de una misma raíz griega, y significan literalmente contralucha y contraluchadores; pero en griego se extendió a toda especie de combate o contienda, aunque más particularmente a la competencia en los premios gimnásticos con que se celebraban los juegos solemnes y los funerales de personajes distinguidos. En castellano, *antagonista* es lo mismo que adversario, contendor, rival.

¿Se puede dar la misma extensión al significado de *antagonismo?* Parece que sí, por la cognación de estos dos vocablos.

Creo, con todo, que esta palabra *antagonismo* ha sido tomada del lenguaje técnico de la anatomía, en que se llaman *músculos antagonistas* los que tienden a producir movimientos contrarios, como los que hacemos para levantar o bajar un brazo, y *antagonismo* esta oposición de tendencias, de donde infiero que debería limitarse esta voz, en su sentido metafórico, a la contrariedad de tendencias que depende de la naturaleza de las cosas, y que podría muy bien concebirse y decirse que: "Hay antagonismo entre el comercio y la industria fabril".

APARECER

"«Entonces fue cuando por primera vez *se le apareció* la idea del mal»", leo en una novela. Como para los españoles la idea del mal no es imagen

milagrosa, ni alma en pena, sombra, espectro, ni cosa que lo valga, dicen en tal caso: "«Entonces fue cuando... *se le ocurrió* la idea del mal»".

No concibo cómo se pueda preferir: "Entonces fue cuando por la primera vez se le ocurrió la idea del mal", a una frase tan pintoresca y enérgica como: "Entonces fue cuando se le apareció la idea del mal". Precisamente porque el aparecerse se dice propiamente de las sombras y espectros (como supone el señor Baralt), la idea del mal es en la frase criticada como una sombra o espectro para el alma a quien por primera vez se presenta. *Se le ocurrió* es aquí lo más prosaico y rastrero que podría decirse.

"Reducida de este modo a sus verdaderos elementos, *aparece* la religión como un poderoso y fecundo principio de asociación y cultura". Para quitar a *aparece,* sustituye el señor Baralt la perífrasis *se manifiesta en su verdadero punto de vista de poderoso,* etc. Si *aparecer* es neológico en este sentido, debe admitirse como necesario, tanto más que viene inmediatamente de la raíz latina *apparere.*

"«Su vida, como la vida de las flores, se redujo a *aparecer* un día para morir al siguiente»". ¿No sería mejor: "«Su vida, como la de las flores, está tan unida al morir, que brilla un día y al siguiente desaparece?»".

Es una linda y poética sustitución la del señor Baralt; pero nadie está obligado a decir lo mejor: lo bueno basta. Lo que yo quisiera quitar del ejemplo es el árido y abstracto *se redujo.* Sería mejor *como una flor,* y continuar *no hizo más que.* Además, *desaparecer* legitima a su simple *aparecer.*

APARTE

Parece ser una regla de crítica en el *Diccionario de galicismos* que una frase en que todas las palabras se toman en su sentido propio, y su construcción es claramente castellana, no es permitida si existen palabras y una construcción semejante en francés.

Dice el señor Baralt:

"«*Aparte de* todo lo que *hay de desgracia* en este accidente, ya se comprenderá *hasta qué punto* es irreparable la pérdida, etc.»" leo en un periódico flamante. En pocas palabras, tres galicismos".

Que *punto* significa término, extremo, grado, lo convencen las frases castellanas: "Su osadía llegó hasta el punto de...", "Su osadía llegó a tal punto que...", reconocidas como legítimas por el señor Baralt. Que se construye legítimamente con *hasta,* estos mismos ejemplos lo prueban; y si es así, ¿por qué no hemos de decir: "Hasta qué punto es capaz de cegar a los hombres una deslumbrante prosperidad, las alteraciones de la vida de Napoleón lo han hecho patente"? ¿Qué tiene *hasta qué punto* para que hayamos de ponerlo en el índice del expurgatorio? La circunstancia de hallarse en francés la frase *jusqu' à quel point,* que es de todo a todo semejante; no hay más. Pero, si hubiéramos de desterrar del castellano toda

frase que pudiese verterse palabra por palabra de otra lengua que tiene tanta semejanza con la nuestra, como hija de la misma madre, ¿qué sería del castellano?

APRECIABLE

Es claro que, como derivado de *apreciar,* se le pueden aplicar legítimamente todos los sentidos de su raíz. Por otra parte, *apreciar,* en el sentido de poner precio, es palabra autorizada por la Academia, que también la reconoce como legítima en la acepción de calificar, graduar, estimar. A esto me atengo: por consiguiente, es *apreciable* un sonido cuando se puede determinar su tono, el lugar que ocupa en la escala; y se puede muy bien decir que: "La razón del diámetro a la circunferencia no es rigorosamente apreciable"; y que: "Los mínimos trascursos del tiempo, como un décimo de segundo, por ejemplo, son imperceptibles a los sentidos, y sólo pueden apreciarse por medio de raciocinio o de los instrumentos ingeniosos de que se sirven los astrónomos". Los equivalentes propuestos por el señor Baralt, o son vagos, como *conjeturable,* o perifrásticos, como *lo que puede ser mediado,* o ambas cosas a la vez, como *lo que puede o no ser discernido.*

¿Qué podría sustituir el señor Baralt en el sentido de que se trata?: ¿conjetura?, ¿discernimiento?, ¿posibilidad de medirse?

Apreciación es menos castizo que *aprecio,* y preferible con todo, porque *aprecio* tiene variedad de acepciones que lo hacen algo anfibológico.

ATENDIDO

El señor Baralt está muy mal con el uso del participio *atendido* en estas frases de Clemencín:

"Es más verosímil, *atendido* su carácter satírico (el de Cervantes) y poco afecto a la Mancha, que en esto quiso ridiculizar a los manchegos".

"*Atendidas* las ideas comunes de los de su linaje y profesión más debió serle asunto de asco, que de risa".

Juicio es éste a que no podemos asentir. *Atender* es, según la Academia, verbo ya neutro, ya activo: *prestar atención a, tomar en consideración,* de lo cual se sigue que tiene el participio *atendido, atendida* (tomado en consideración) y el derivado *atendible* (digno de tomarse en consideración). Siendo esto así, ¿por qué han de ser *galicismos excusados y hasta groseros* las expresiones *conocida la relación, atendidas las ideas,* modo de hablar tan generalizado en el día? Porque tenemos las expresiones *atento a, atendiendo a* y otras varias. Pero el que dice *atendidas las circunstancias, atendido el caso,* no introduce nada nuevo en castellano, si se ha de estar al *Diccionario* de la Academia, pues por una de las reglas más frecuentes de nuestra lengua, de todo verbo activo nace natural y legítimamente un participio pasivo, como nace un gerundio, como, naturalizado un extranjero, nacen después ciudadanos por el mismo hecho sus hijos legítimos.

Pero dice el señor Baralt que el caso de Clemencín no es el de los ablativos absolutos latinos, porque, puesto que así sea, la frase completa equivale a *estando o siendo atendido su carácter, estando o siendo atendidas las ideas,* modos de hablar que no son castellanos.

En castellano, no tenemos ablativos absolutos, porque no tenemos ablativos, ni aun en los poquísimos nombres que se declinan por casos. ¿Cómo podría ser ablativo absoluto, ni ablativo ninguno *yo testigo,* en el sentido de *siendo yo testigo* (que es uno de los ejemplos del señor Baralt), una vez que *yo* no se usa jamás como caso oblicuo, sino como caso nominativo?

El señor Baralt llama locuciones bárbaras las que se forman con los gerundios *siendo* y *estando* y los llamados ablativos absolutos. Bárbaras no son nunca, sino poco usadas en ciertas construcciones castellanas, perfectamente admisibles en verso. "No siendo suficientemente atendidas las circunstancias de un hecho, es difícil calificarlo". Puede sin duda expresarse lo mismo de una manera más elegante; pero ¿no hay medio entre lo elegante y lo bárbaro? A nadie debe exigirse lo mejor, repito; basta lo bueno, lo que carece de vicio. Y téngase presente que, no sólo son los gerundios *siendo* y *estando* los que pueden concebirse entre los supuestos ablativos absolutos, sino otros varios, como serían *quedando, hallándose, pensando,* etc., y los respectivos participios *habiendo sido, habiendo quedado,* etc. Después de todo, es el uso general el que decide. Pero, en el día, ¿cuántos serán (no siendo tocados de purismo) los que prefieran *atento a* al participio de los ejemplos de Clemencín? Hágase la verificación, y júzguese.

En cuanto a los llamados ablativos absolutos en general, me parece muy fundada y sensata la opinión del señor Baralt, que los mira como proposiciones elípticas subordinadas a otra principal. Yo no diría, con todo, proposiciones, sino frases elípticas, tomando, por supuesto, la elipsis, no en el sentido peculiarísimo del señor Baralt, sino en el antiguo y corriente de las gramáticas de todas las lenguas. La elipsis se tomará unas veces de un modo; otras, de otro: "Fuimos a la Merced; pero, *estando ya acabada* la función, tuvimos que volvernos a casa"; "*Luego que fue destruida, habiendo sido destruida, hallándose destruida* Cartago, volvió Roma sus armas contra sí misma". No cuento, entre los modos de llenar la elipsis, *una vez destruida,* que el señor Baralt acepta, porque modificada así la frase, subsiste el ablativo absoluto.

ATRAVESAR

Es una expresión metafórica: "en los días, los tiempos, las circunstancias que atravesamos"; y si, como se dice, no se conoce en castellano para expresar este concepto más que el verbo *alcanzar,* no tenemos realmente ninguno, porque entre los dos verbos hay una diferencia obvia: "*Alcanzaron* a la revolución francesa todos los que la vieron; pero ¿cuántos de éstos la

atravesaron?" Hace, pues, falta la acepción metafórica, y de seguro se generalizará, y la registrará la Academia, que siempre lo hace en tiempo y razón [22].

AUMENTAR

"Las disposiciones del gobierno aumentaron el descontento popular"; verbo activo. "El descontento popular se aumentó"; verbo reflejo, malamente llamado recíproco. Hasta aquí creo que estamos conformes el señor Baralt y yo. Pero pasa a criticar como galicismo "el descontento popular aumentó"; verbo neutro. Sin embargo, se dice correctamente, según el mismo caballero: "el día ha aumentado de calor", donde *aumentar* es evidentemente neutro. Dícese, es verdad, que debe entenderse por elipsis: "el día ha aumentado *la fuerza de su calor*". Entiéndase, pues, adoptando la misma elipsis: "el descontento popular ha aumentado *su fuerza*"; y asunto concluido. El tránsito de los verbos activos a neutros en virtud de su generalización es un hecho frecuentísimo, y pudiera decirse un procedimiento continuo, aunque gradual, de las lenguas. Consulte el señor Baralt, por vida suya, la *Minerva* del ilustre filólogo español Francisco Sánchez de las Brozas, y lea su capítulo *De verbis neutris vel falso in dictis,* y escandalícese.

ATENUANTE

Como adjetivo sustantivado, no tiene nada que sea contrario a la índole de la lengua castellana, en que son muchísimos los sustantivos que no han tenido otro origen, como *oyentes, circunstantes, asistentes, delincuentes, vecinos, advenedizos, eclesiásticos, seglares, antiguos, modernos, los trágicos (Epístola moral* de Rioja), *los afrancesados (Diccionario de galicismos), los doctos, los ignorantes,* nombres apelativos de personas; *llanos, desiertos, yermos, trópicos, paralelos, esferoide, elipsoide, romboide, tangente, secante, móvil, premisas, antecedentes,* nombres apelativos de cosas. En el lenguaje técnico de la estética, tenemos los corrientemente usados *el bello, el sublime, el patético.* En el uso medical de *atenuante,* se entiende obviamente *medio, medicamento,* y lo mismo puede aplicarse a *excitante, estimulante, emoliente, calmante,* etc.: "Se administraron al enfermo los más activos estimulantes". Desde que un adjetivo o clase de adjetivos, a fuerza de construirse a menudo con un sustantivo determinado, lo sugiere de suyo, tarda poco la lengua en suprimir el sustantivo, embebiéndolo, por decirlo así, en el adjetivo, que de esta manera se sustantiva; y esto en muchos casos hasta el punto de ofendernos como redundante y desapacible al oído la frase primitiva completa. La elipsis es uno de los más positivos y poderosos agentes en la vida de las lenguas.

AUTORIDAD

Se califica de superfluo el adjetivo en *autoridades constituidas;* pero confieso que no entiendo el raciocinio con que el señor Baralt pretende probarlo. Voz superflua (son sus palabras textuales), porque, entre nosotros, quien dice *autoridad* entiende y da a entender que es *autoridad constituida,* esto es, establecida conforme a las leyes, o establecida de suyo, pero de un modo eficaz; donde no, o es autoridad ilegítima, ilegal, usurpada; o no es autoridad ninguna, porque carece de fuerza y eficacia. Según eso, hay autoridades ilegítimas y autoridades impotentes que carecen de la fuerza necesaria para hacerse obedecer. ¿No habrá, pues, ocasiones en que convenga la denominación censurada para designar las autoridades establecidas conforme a las leyes, o las autoridades que, no siendo creadas legítimamente, se sostienen por la fuerza? "Autoridades ilegales [dictan] [23] la ley a las autoridades constituidas", donde es de ver que una misma autoridad puede ser constituida e ineficaz.

BAJO

Se admite *en el punto de vista de la justicia, de la conveniencia;* y se critica *bajo el punto de vista.* Sea en hora buena. No encuentro que la Academia haya reconocido lo uno o lo otro. Observo también que los equivalentes [no son del todo satisfactorios] por cuadrar a muchísimos casos.

Examinar *a todas luces* no es examinar *en* o *bajo* un punto de vista determinado. *Examinar un asunto a la luz de la razón o de la experiencia* se refiere a los medios de que se sirve el entendimiento para juzgar bien, y no al término a que se encamina, o al tema fundamental que se propone establecer. No es lo mismo estudiar a la luz de una lámpara, que dirigir a ella la vista.

Pero, en conclusión, ¿se debe decir *en* o *bajo el punto de vista?* Aunque yo he dicho siempre *bajo,* confieso que, leído el *Diccionario de galicismos,* me encuentro algo suspenso. Después de todo, si *bajo* es comunísimo en el día, y cuenta ya sus cincuenta años de antigüedad, como testifica el señor Baralt, podemos emplearlo sin escrúpulo. Si el uso lo admite hoy, la Academia lo sancionará mañana, según un modo de proceder liberal y circunspecto a la vez [24].

BASTANTE Y BASTAR

Bastar para es lo corriente; pero *bastarse* es admisible, y aun tiene la ventaja de ocupar menos espacio en verso, cosa no tan insignificante como pudiera parecer, porque el castellano es una de las lenguas que dicen menos en igual número de sílabas... (ilegible)...

Batir el monte no es simplemente explorarle o descubrirle, sino recorrerlo, dando gritos y haciendo estrépito para que, espantadas las reses, salgan de sus guaridas y vengan a los puestos donde las aguardan los cazadores y en este sentido, no es francés, sino purísimo castellano. Véase el *Diccionario* de la Academia en *batida* [25].

QUE DIFERENCIA HAY ENTRE LAS LENGUAS GRIEGA Y LATINA POR UNA PARTE, Y LAS LENGUAS ROMANCES POR OTRA EN CUANTO A LOS ACENTOS Y CUANTIDADES DE LAS SILABAS; Y QUE PLAN DEBA ABRAZAR UN TRATADO DE PROSODIA PARA LA LENGUA CASTELLANA [26]

La prosodia, en su más lata acepción, es aquella parte de la gramática, que fija el sonido de todas las letras, sílabas y dicciones de que consta el lenguaje. Atendiendo a la etimología de la voz, parece que debiera reducirse a la doctrina de los *acentos*. Los gramáticos, sin embargo, comprenden también en ella la de las cuantidades silábicas, y modernamente se ha dado el nombre de ortoepía a la que señala el verdadero valor o pronunciación de las letras; asunto de grande importancia en aquellas lenguas que, como la inglesa y la francesa, tienen mucho menor número de letras que de sonidos elementales, y que por tanto se han visto en la necesidad de dar a una misma letra diferentes valores.

Considerando, pues, la ortoepía como distinta de la prosodia, y ciñéndonos en este discurso a la segunda, observaremos que entre ella, y el sistema de versificación adoptado en la lengua, debe haber una íntima correspondencia. Toda versificación está sujeta a ritmos, y como todo ritmo se funda en la medida del tiempo, es de suma importancia conocer las cuantidades silábicas, o en otros términos, el tiempo que debe darse a cada sílaba en una pronunciación correcta, y en la declamación del verso.

Tomamos aquí la palabra *ritmo* en diferentísimo sentido del que le da exclusivamente (no sabemos con qué fundamento) la Academia Española, que la hace sinónima de rima. *Ritmo* en general es la división del tiempo en partes iguales, por medio de sonidos semejantes, o de pausas que las terminan y señalan.

Tomemos para ilustrar esta definición un razonamiento reducido a ritmo:

"Soledad que aflige tanto,
¿qué pecho habrá que la sufra?
Libertad preciosa y cara,
¡mal haya quien no te busca!
Por una parte paredes,
por otra rejas tan juntas,
que ni el sol por ellas entra,
ni las penetra la luna.
En los balcones, candados;
en las puertas, llaves duras;
de pesares todo el año,
de placer hora ninguna".

Las palabras de este breve razonamiento forman tres ritmos diferentes, pero combinados de manera que, lejos de dividir la atención, se auxilian y refuerzan recíprocamente. El primero consiste en el tono agudo que ocurre en la séptima sílaba de cada línea; el segundo, en la pausa que se verifica después de la octava sílaba de cada línea, obligando a terminar con esta sílaba la dicción; y el tercero, en la repetición constante de la vocal *u* en la séptima sílaba, y de la vocal *a* en la sílaba final de todas las líneas pares. Como las sílabas son en castellano de una duración poco más o menos igual, el tono agudo, la pausa, y las vocales dichas ocurren a intervalos de tiempo sensiblemente iguales, y constituyen así otros tantos ritmos.

El placer que causa en nosotros el ritmo se asemeja al que nace de la contemplación de la simetría. Pudiéramos decir que el ritmo es la simetría del tiempo, que se compone de elementos sucesivos, como la simetría que percibimos en el espacio consta de partes cuya existencia es simultánea.

Esta simetría sucesiva puede aplicarse a cada una de las varias especies de elementos que componen el hablar, o a varias combinaciones de ellas; resultando de aquí otros tantos géneros de ritmos. En el habla castellana, por ejemplo, tenemos vocales, articulaciones, sílabas, acentos graves, acentos agudos, pausas. Si hablando combinamos de tal manera las palabras, que de trecho en trecho se repita constantemente un mismo sonido vocal o articulado, una misma sílaba, un acento, una pausa, o si la repetición de dos o más de estos elementos forma series iguales y semejantes, veremos nacer diferentes maneras de ritmo, más o menos agradables al oído y al entendimiento, según sea más o menos obvia, y juntamente más o menos artificiosa y varia la comensuración que se perciba en ellas; y como el verso no es otra cosa que el razonamiento reducido a ritmo, nacerán así otros tantos géneros de verso.

En los idiomas cuyas dicciones se componen de sílabas de una misma o casi una misma duración, como el nuestro y el italiano, la duración ordinaria de la sílaba es la unidad de tiempo con que medimos las varias cláusulas y períodos del ritmo. Pero en algunos de los idiomas antiguos

había sílabas largas y breves, las primeras de doble duración o cuantidad que las segundas, y la duración ordinaria de estas últimas suministraba la unidad de medida. Era, pues, de la mayor importancia en aquellos idiomas el número y orden respectivo de las sílabas y breves, de que debía resultar un sistema de versificación tan diferente del nuestro, que no es extraño haya dado motivo a dudas y equivocaciones. Autores hay que se han empeñado en reducir a un mismo sistema la versificación antigua y la moderna, asegurando que las largas y breves de los griegos y latinos era lo mismo que hoy entendemos por acentuadas e inacentuadas, o hablando con más propiedad, por agudas y graves. Pero esta opinión no puede conciliarse con la diferencia que a cada paso se hace entre lo grave y lo breve, lo agudo y lo largo, en los escritos de los más antiguos filósofos y gramáticos.

Platón, hablando del ritmo y la armonía, dice que el primero resulta de lo tardo y veloz, y la segunda de lo agudo y grave *. Cualesquiera sentidos que este filósofo diese a las voces *ritmo* y *armonía*, no se puede dudar que a lo menos distinguía la una del otro, y por consiguiente lo agudo y grave de lo veloz y tardo, términos que claramente se refieren a la duración o cuantidad silábica. Aristóteles dice que los sonidos elementales de las palabras difieren unos de otros por los parajes y disposiciones de los órganos con que se profieren, por ser o no aspirados, por el ser largos o breves, y además, por el ser agudos o graves **. No podía darse a entender con más claridad que estas dos últimas denominaciones se referían a distintas modificaciones de sonido que las precedentes. "Omnium longitudinum et brevitatum in sonis", dice Cicerón, "sicuti acutarum graviumque vocum judicium, ipsa natura in auribus nostris collocavit"***. Si no suponemos que Cicerón comparó una cosa con ella misma, es necesario entender, que *longitudines et brevitates in sonis* significa una cosa, y *acutae gravesque voces*, otra. Quintiliano, asimismo, enumerando los varios vicios en que se podía incurrir pronunciando las palabras latinas, menciona primeramente el de las diéresis y sinalefas impropias; en segundo lugar, el alargamiento de las vocales breves o abreviación de las largas; en tercero, el de aspirar o no indebidamente las sílabas; y en fin, el de hacer las vocales graves, agudas, y las agudas, graves ****. El mismo Quintiliano dice que no era jamás aguda en latín la última sílaba de los vocablos que tenían más de una, y a renglón seguido habla de la última sílaba de *volucres* como larga *****. Abranse todos los filósofos y gramáticos antiguos, y se verá que, sin esta distinción fundamental, cuanto escribieron sobre su lengua y versificación es un caos.

* Convivium.
** De Poética, capítulo XX.
*** De Oratore, III.
**** Institutio Oratoria, I, 5.
***** Ibidem.

Al mismo tiempo es indudable que lo que llamaban largo y breve los antiguos (hablamos de los griegos y romanos), era cosa distinta de lo que hoy llamamos agudo y grave. En aquellas lenguas había muchas dicciones (y dicciones importantes, como verbos y nombres) que no tenían sílaba alguna larga; por ejemplo, los nominativos *via, tabula, memora,* los verbos, *canimus, docuimus, meminerit,* etc. Al contrario, muchas dicciones constaban de dos, tres o cuatro sílabas largas, como los ablativos *musis, romanis, fortunatis.* Pero en las lenguas romances ¿cuál es el verbo, cuál es el sustantivo que sólo conste de sílabas graves, o que se componga de dos, tres o cuatro sílabas agudas? Lo que nosotros llamamos agudo y grave, es lo mismo que llamaban así los antiguos. "Natura, quasi modularetur hominum orationem", dice Cicerón, "in omni verbo posuit acutam vocem, neque una plus" *.

Pero si la cuantidad no era el acento, ¿qué era? "Que la larga es de dos tiempos, y la breve de uno", dice Quintiliano **, "hasta los niños lo saben". Así que, la primera sílaba de *salutis* se pronunciaba poco más o menos como la de nuestra voz *salud;* pero la de *sanabis* debía de pronunciarse con poca diferencia como las dos primeras de *Saavedra.* Cada vocal se podía, pues, pronunciar de dos modos, el uno de los cuales requería doble duración que el otro; y esta duración era lo que se llamaba cuantidad de las vocales, y lo que las repartía, como a las sílabas, en las dos mencionadas clases de largas y breves. Estos diferentes valores de una misma vocal, independientes de la situación en que se encontrase, y del acento que pudiese afectarla, es una cosa sobre que están contestes todos los gramáticos antiguos, y que además aparece en todas las composiciones métricas de aquellas lenguas. Y de estos diferentes valores provenía la práctica de los antiguos romanos, que, según el testimonio del mismo Quintiliano *** hasta la edad de Accio, y aún algo después acostumbraban duplicar en lo escrito las vocales largas; lo cual ciertamente no se hubiera hecho en unos tiempos tan rudos, si no hubiese guiado a ello la pronunciación nativa.

El jesuita Quadrio dice **** que este sistema de largas y breves, distintas de las agudas y graves, es contrario a la naturaleza, descabellado, incomprensible; y afirma que todo ello no fue más que una invención de los pedantes griegos, porque en los principios ni la Grecia ni el Lacio conocían estas imaginarias cuantidades. Las razones que alega se reducen en sustancia a que no sucede así en italiano y en otros idiomas modernos. Por este mismo medio, se pudiera argüir contra las trasposiciones de la sintaxis griega y latina. ¿Qué hay de absurdo ni de incomprensible en la

* De Oratore.
** Institutio Oratoria, IX, 4.
*** Institutio Oratoria, I, 7.
**** *Storia e Ragione d'ogni poesia,* tomo I, páginas 581 y siguientes.

varia duración de las vocales? ¿A qué órgano de nuestra máquina, o a qué ley de nuestra naturaleza repugna la pronunciación de *Saavedra* y *leeríamos,* en que el acento no está sobre las dobles *aa, ee?* De manera que aun es falso decir que en nuestros idiomas modernos no se verifique a las veces lo mismo, o casi lo mismo, que al padre Quadrio parecía ser de todo punto imposible en los de la Grecia y el Lacio.

Es verdad que estos últimos hacían diferencia entre una vocal larga y la duplicación de una vocal breve, entre la *i* de *dico,* por ejemplo, y las dos *íes* de *adiit.* Pero esta diferencia no estaba en el tiempo, sino en que la vocal larga se formaba con un solo aliento prolongado, y las dos breves con dos alientos distintos, cada uno igual en duración a la mitad de la vocal larga. Indícalo así en primer lugar la ortografía. Y sabemos además por el testimonio de Terenciano Mauro que dos sílabas breves podían formar pie y una larga no, porque todo pie debía constar de dos movimientos o impulsos distintos:

Una longa non valebit edere ex se pedem,
ictibus quia fit duobus, non gemello tempore.
Brevis utrinque sit licebit. Bis feriri convenit.

Pero si nuestras dobles se parecen a las largas o a las dobles de los antiguos, o en otros términos, si las pronunciamos con uno o con dos alientos distintos, es una cuestión sobre la cual es muy posible que varíen las opiniones, o porque la diferencia es casi imperceptible, o porque no todos pronuncian de una misma manera. Lo que creo que nadie negará es que nuestras dobles (ya esté sobre ellas el acento, o no) suenan tanto más suavemente, cuanto más continuo es el sonido con que las proferimos.

El señor Scoppa, literato siciliano que ha escrito en francés sobre los principios de la versificación, y que, arrastrado por la autoridad de Quadrio, del padre Juvenal Sacchi, y de otros escritores, se empeña en identificar nuestras agudas con las largas de los antiguos, dice (tomo I, página 81), que es una propiedad del acento medir exactamente la cuantidad de tiempo de cada sílaba. "Así", añade, "se ha reconocido que cada acento agudo vale la duración de dos tiempos, y cada acento grave la de un tiempo". Pero este principio daría por tierra con todo el ritmo de la versificación moderna. Nosotros contamos las sílabas, y aunque es verdad que pedimos en ciertos parajes sílabas agudas, también lo es que dejamos entera libertad para que en otros se coloquen agudas o graves, según acomode al poeta. En nuestro verso de ocho sílabas, por ejemplo, no se exige más que un acento agudo, que es el de la séptima, y en las otras seis se pueden mezclar las agudas y graves como se quiera, pudiendo no haber ninguna de las primeras, o una, dos, y aun tres; de manera que estas líneas:

De mi desesperación...
Entráron los sarracénos...
Levánta la vóz el vúlgo...
Bráma, búfa, escárba, huéle...

pertenecen a un mismo ritmo, y forman versos de una misma especie. Lo mismo se puede aplicar al endecasílabo español e italiano, que, fuera de sus acentos necesarios, puede tener o no tener algunos otros, sin quebrantamiento del ritmo, ni ofensa del oído. Pero, si nuestras agudas valiesen doble tiempo que las graves, la práctica de exigir un mismo número de sílabas en cada especie de verso, sin determinar el acento de cada una, sería tan absurda y tan incapaz de producir verdadero ritmo, como si en los compases de una aria o de una sonata se contasen las notas sin hacer caso alguno de sus valores.

Cítase en favor de dicho principio la composición musical, que hace las vocales agudas dobles de las otras. Pero muchas veces las deja iguales, o da a la aguda el valor de tres, cuatro o más graves. No sólo en el canto, en el habla apasionada alargamos frecuentemente las vocales agudas de las dicciones que se pronuncian con énfasis; pero no se deben confundir las modificaciones que da a las palabras la expresión de los afectos, con aquellas cualidades de los sonidos, que son constantes e inseparables de ellos.

Cicerón, hablando del pie llamado *cuarto peón,* que constaba de tres breves y una larga, como los vocablos *domuerant, sonipedes,* dice que era igual, no por el número de las sílabas, sino por la medida del oído, *cuyo juicio era más severo y cierto,* al pie *crético,* que constaba de una larga, una breve, y otra larga. El oído, pues, era el que determinaba la duración o cuantidad de las vocales y de las sílabas. Tan lejos estaba de haberse debido este sistema a convenciones de literatos fundadas en algún principio de analogía, que antes bien asegura el mismo Cicerón, y lo sabe todo el que esté medianamente versado en la prosodia latina, que el arreglo de largas y breves era muchas veces caprichoso e irregular. "Consúltese la razón", dice después de haber citado algunas anomalías de esta especie, "y las condenará. Apélese al oído, y les dará su aprobación. Pregúntesele por qué, y sólo responderá que se paga de ellas. Pues a este placer del oído es necesario que se atempere y acomode el razonamiento" *. En las reflexiones de aquel ilustre orador y filósofo sobre el modo de construir agradablemente los períodos, apenas menciona agudas o graves, y cuantas observaciones hace, cuantos consejos da, recaen sobre las combinaciones de largas y breves. ¿Es verosímil que un hombre como Cicerón, hablando de la elocuencia romana de su tiempo, que era enteramente popular, hiciese tanto alto sobre accidentes, que se escapasen a los oídos del vulgo? Bien claro manifiesta el mismo Cicerón que no se

* De Oratore, III.

trataba de cosas que no estuviesen al alcance de los más rudos, cuando por vía de ilustración añade: "Todo el teatro manifiesta a voces su desaprobación, si en el verso se abrevia o se alarga una sílaba; y no porque la muchedumbre sepa de pies, ni entienda lo de los varios ritmos, ni alcance cómo o en qué es vicioso aquello mismo que le parece tal, sino porque la naturaleza misma ha colocado en nuestro oído la determinación de lo largo y lo breve, como la de lo agudo y lo grave. El oído, o por mejor decir, el alma, según el informe de este sentido, contiene en sí una especie de medida natural de todas las voces, y así juzga de los excesos en lo largo y lo breve, y exige que todo sea cabal y exacto". Quintiliano dice aún más terminantemente que no era posible hablar sino con las sílabas largas y breves de que se formaban los pies, y cuenta, como dijimos arriba, entre los vicios de la pronunciación el hacer largo lo breve, y breve lo largo. Seguramente los gramáticos no hubieran comprendido este vicio entre las especies de barbarismo, si no hubiera sido propio de los bárbaros o extranjeros, y contrario a la costumbre general de los que habían nacido romanos.

Pero la autoridad de los filósofos y gramáticos acaso no sería suficiente para apoyar la doctrina de las cuantidades, si no la confirmase en todas sus partes la práctica de los poetas. Cuando no hubiese quedado ni una letra de todo lo que los griegos y romanos escribieron sobre su lengua y poesía, el examen de sus obras métricas hubiera conducido a los críticos al descubrimiento de las largas y breves, y de todas las menudencias de su prosodia y versificación; exceptuando los acentos, que no hubieran podido rastrearse con este solo auxilio; prueba clara de lo poco que tenían que ver con su sistema rítmico. Si esta práctica de los poetas no estaba fundada en la naturaleza, quiero decir, en la común pronunciación, el artificio de las cuantidades no merecería compararse ni aun con el de los acrósticos, laberintos, y otras invenciones bárbaras; y si no tenía otro origen que convenios y especulaciones vanas de gramáticos, sería menester que estos convenios y especulaciones se hubiesen verificado en la más remota antigüedad de la Grecia, esto es, en tiempos que no se cuidaban de sutilezas gramaticales, y conocían apenas las letras. Por otra parte, la docilidad con que se supone que tantos pueblos y siglos adoptaron las quimeras y antojos de aquellos gramáticos fundadores de las cuantidades, hubiera sido un fenómeno bien peregrino.

Parece, pues, indubitable: 1º que lo agudo y grave era distinto de lo largo y breve; 2º que lo agudo y grave era lo mismo que nosotros conocemos con estas denominaciones; 3º que lo largo y breve de las vocales era claramente perceptible al oído, y natural aun a la pronunciación del ínfimo vulgo en los buenos tiempos de Grecia y Roma, dándose a la breve la mitad de la duración de la larga. Se cree, con todo, en orden a la segunda de estas proposiciones, que la distancia entre las voces grave

y aguda era mayor en las lenguas antiguas que en las modernas. Un pasaje de Dionisio de Halicarnaso insinúa que de la grave a la aguda había en griego tres tonos y un semitono de intervalo; si esto fuese cierto, deberíamos considerar el habla de aquella nación como más semejante al recitado de melodrama, que a la nuestra. Pero no está claro como observa justamente Mr. Mitford en su excelente tratado sobre la armonía del lenguaje, si el crítico griego habla del intervalo ordinario entre los tonos de una sola dicción, o del mayor intervalo entre los tonos de una larga sentencia o razonamiento.

Otra diferencia entre la acentuación de los antiguos y la nuestra es la que parece indicarse por el uso del circunflejo. El acento agudo afectaba, ya una vocal breve, ya la primera parte de una vocal larga, ya la segunda. Si se acentuaba, pues, una vocal larga, sucedía unas veces que la primera mitad de ella era aguda y la segunda grave, y otras sucedía lo contrario. En el primer caso, se solía señalarla con el acento circunflejo, que es el agudo y el grave unidos por el ápice, de manera que *â* era lo mismo que *áà* o *áa*. Pero en el segundo caso bastaba señalarla con el acento agudo, que por el hecho de venir solo ya se sabía que cargaba sobre el fin, y no sobre el principio; de modo que *â* era lo mismo que *àá* o *aá*. Esto, sin embargo, si no era absolutamente lo mismo, era semejantísimo a lo que sucede con nuestras vocales dobles; y así la primera vocal de *μηνιδ* se entonaba como las dos de *léè*, y la primera de *μηνιοδ* como las dos de *lèér*. Y en cuanto a los diptongos que se señalaban con el circunflejo, creo que se entonaban como aquellos nuestros cuya primera vocal es aguda, como en las dicciones *áìre, péìne, áùra, féùdo, múy*.

Volviendo a las largas y breves, observaremos que, para la avaluación de la cantidad silábica, era necesario atender a la cantidad y número de las vocales, y al número, y calidad de las articulaciones, o letras consonantes. Una articulación inicial o colocada entre dos vocales no influía sensiblemente sobre la duración de las sílabas; y así en *meditaris avena,* la cuantidad de cada sílaba se medía exactamente por la de la vocal que en ella se encontraba. Una articulación que no era seguida de vocal, formaba con la vocal precedente una sílaba larga, aunque esta vocal fuese de suyo breve. En *indoctus,* por ejemplo, la *i* se pronunciaba en un solo tiempo; y con todo eso, la sílaba se reputaba larga, a causa de la detención que ocasionaba el sonido de la *n*. La líquida y la consonante que la precedía se consideraban como una sola articulación en el habla común, pero los poetas podían considerarla como una o dos según les acomodaba, y así *lacrimis,* cuya primera vocal era breve, podía formar, a su arbitrio, ya un anapesto, ya un crético. En fin, si entre dos distintas sílabas no mediaba articulación alguna, podía el poeta acercarlas de modo, que una parte de la duración natural de la primera se desvaneciese, pasando de larga a breve. Esto por lo que toca a las articulaciones.

Si la sílaba constaba de una vocal breve, se reputaba también tal, salvo el efecto de las articulaciones que mediasen entre esta vocal y la siguiente; pero si constaba de vocal larga o diptongo, se reputaba necesariamente larga, salvo la licencia de abreviarla que se dejaba al poeta en el caso de seguirse inmediatamente otra vocal. Sólo había un diptongo que no era de necesidad largo, conviene a saber, aquél en que la primera vocal era la *u,* llamada en este caso líquida, como en *aqua, querela, quis, quotus.* Esta *u* era una verdadera vocal, y por consiguiente formaba con la vocal inmediata un verdadero diptongo, y, lo que es más notable, un diptongo en que sólo esta segunda vocal influía sobre la cantidad de la sílaba, y así *aqua* nominativo formaba un pirriquio, y *aqua* ablativo un yambo. El nombre que dan los gramáticos a esta *u* contiene la explicación de esta singularidad. La *u* de *aqua* ocupa en la pronunciación el mismo espacio, y por tanto debe producir el mismo efecto sobre la cuantidad de la sílaba, que la *r* de *sacra.*

Colígese de aquí que no todas las sílabas largas eran de duración igual. Las que lo eran por la posición, y no por la naturaleza de la vocal, como la primera de *indoctus* o de *dictito,* eran de las menos largas de todas, y los poetas cómicos latinos las abreviaban a menudo. Como los sonidos articulados no parecen susceptibles de más o menos duración, es probable que nosotros demos el mismo tiempo a la *n* de *indocto,* que daban los latinos a la de *indoctus;* y ya que esta pequeñísima añadidura de tiempo era suficiente para que la vocal breve se acercase más al tiempo doble que al simple (a lo menos en la prolación distinta y sonora de la lectura y de la declamación heroica), y entre nosotros no lo es para que consideremos el tiempo de la sílaba, así aumentada, como doble; es claro que la vocal breve de los antiguos era de menor duración que nuestra vocal ordinaria, pues la adición de una misma cantidad casi duplicaba la primera, y no hace una diferencia considerable en la segunda.

El diptongo de vocales breves se pronunciaba en el mismo tiempo que la sílaba compuesta de una vocal breve y una articulación subjuntiva. Sabido es que tales diptongos no igualaban la duración de una vocal larga, ni de dos vocales breves que constituyesen sílabas distintas. Dícelo así expresamente Corintio en su tratado sobre los dialectos griegos: la *α* que sea larga por naturaleza es de mayor duración que el diptongo *αι*: *τὸ α τὸ φυσει μααξὸν μειζον εστι της αι διφθόγτης.* Cuando a una vocal breve se añadía otra vocal que formaba diptongo con ella, el aumento de tiempo era comparable al que habría resultado de añadir a la misma vocal una articulación, y aun estas vocales subjuntivas no eran frecuentemente otra cosa que articulaciones convertidas en vocales para hacer más fluidas y sonoras las dicciones. En el dialecto eólico (según la observación del mismo Corintio), se proferían muchas veces como articulaciones las vocales subjuntivas de los otros dialectos; y lo mismo sucedía en la lengua latina, que se formó en gran parte del dialecto eólico, profiriéndose, por

ejemplo, *ans* y *ens* donde la mayor parte de los griegos proferían *ais* y *eis*. Así también nuestra lengua ha mudado no pocas articulaciones latinas en vocales subjuntivas, pronunciando, verbi gracia, *caudal* por *cabdal* de *capitale, deuda* por *debda* de *debita, cautivo* por *captivo, auto* por *acto*.

Los griegos carecían de triptongos. Los latinos solamente podían tenerlos cuando la primera vocal era la *u* llamada líquida, como en *quæro*. Nosotros y los italianos los tenemos en que la primera vocal es *i* o *u*, como *cambiáis, buéi*. En los triptongos, es necesario que la vocal dominante se halle en medio; y de las dos vocales serviles la primera hace las veces de una líquida, y la segunda las de una articulación final. Así la segunda sílaba de *cambiáis* se compone de elementos que en sus oficios y cuantidades se pueden comparar con los elementos de la palabra *trans*.

Pero en todos nuestros diptongos y triptongos las vocales serviles (precedan o no a las dominantes) se pronuncian en mucho menor tiempo que las vocales ordinarias que no contribuyen a formar diptongos; y ocupan en la pronunciación el mismo espacio de tiempo que se emplearía en igual número de articulaciones. Por consiguiente, una vocal servil que, añadida a la vocal breve de las antiguas casi la duplicaba, añadida a la vocal de las lenguas modernas no produce una diferencia considerable de tiempo; que es lo mismo que hemos observado respecto de las articulaciones.

El diptongo compuesto de vocales breves no era, pues, tan largo como una sola vocal larga; ésta era respectivamente algo más breve que la vocal larga seguida de articulación, o acompañada de vocal servil; y la sílaba más larga de todas era aquella que terminaba en articulación precedida de diptongo impropio, esto es, de diptongo en que la vocal dominante era larga. Pero todas estas diferencias de sílabas se reducían a las dos referidas especies de largas y breves, y no se tenía cuenta, para lo que era el ritmo, con las pequeñas faltas o excesos que hemos notado, y que probablemente desaparecían en la declamación o el canto; así como nosotros prescindimos en nuestra versificación de las pequeñas desigualdades ocasionadas por el número mayor o menor de elementos, y consideramos todas las sílabas como de un mismo valor.

En suma, las principales diferencias entre el latín y el castellano, por lo que toca a la medida del tiempo, son éstas:

I. En latín, cada vocal tenía dos valores o cuantidades; en castellano (prescindiendo de las vocales dobles, cuyo número es cortísimo, y de las vocales serviles, que por sí solas no pueden formar sílabas), la cuantidad de todas las vocales es en todas circunstancias una misma.

II. De los dos valores de las vocales nacían dos especies diferentes de sílabas en latín; en castellano todas las sílabas son de una misma especie.

III. En latín, las vocales breves lo eran tanto, que la añadidura de una vocal servil o de una articulación subjuntiva casi doblaba su valor; no sucede así en castellano.

El sistema del griego era semejante al del latín; y el castellano sólo se diferencia de las otras lenguas modernas de Europa en ser sus vocales las más fijas e invariables de todas; pero ninguna, a lo que entiendo, reconoce sílabas cuyos valores estén en la razón de 1 a 2; a lo menos ninguno de los ritmos que en ellas se estilan están fundados, como el griego y latino, sobre la compensación de una larga por dos breves.

Se ha pretendido que las largas y breves de los ingleses eran como las de las lenguas griega y latina *. Pero en este caso sería inexplicable el ritmo de muchos versos, como éste:

As a light quiver's lid *is op'd and clos'd,*

en que a las breves *quiv, lid* se da el mismo valor que a las largas *ope, close.*

Es verdad que a veces dos sílabas inacentuadas se cuentan por una, como en este verso:

*Propos'd who first the ven*turous *deed should try,*

pero aquí no hay verdadera compensación, por que *urous* no está en lugar de una sílaba larga, sino de una sílaba cualquiera; y así pudiera sustituirse *mighty* a *venturous,* sin quebrantar el ritmo:

Proposed who first the mighty deed should try.

Lo que se hace, si no me engaño, es apresurar la sílaba superflua *ur,* de manera que haga una diferencia o sobra de poco momento. Este proceder se puede comparar con la sustitución del anapesto al yambo, licencia de los poetas griegos en los pies pares del senario de la comedia; no con la sustitución del tríbraco al yambo, que era rigurosamente rítmica.

Nos hemos detenido en probar y aclarar (en cuanto hemos alcanzado) un punto que a muchos parecerá suficientemente probado y claro; porque hemos hallado bastante ambigüedad en los escritores castellanos que han tratado en estos últimos tiempos sobre acentos y cuantidades de propósito, o por incidencia. La Academia Española en su *Diccionario* dice que la sílaba breve se diferencia de la larga en que aquélla gasta un tiempo, y ésta dos **; y al mismo tiempo declara que en nuestra lengua y otras vulgares se llama acento la pronunciación larga de las sílabas, y que sólo señalamos el acento agudo, poniéndole sobre las síla-

* Mitford's *Harmony of Language,* sect. III.
** Véase *Cantidad.*

bas largas, porque las breves no se acentúan *. En esta doctrina, encontramos el inconveniente de alterar la significación antigua y recibida de las palabras, haciendo lo largo y breve sinónimo de lo agudo y grave; y el error de suponer que nuestras sílabas acentuadas sean de doble duración que las otras, error que, como observamos arriba, hablando de la doctrina del señor Scoppa, no dejaría ni aun sombra de ritmo en la versificación de las lenguas modernas.

El ritmo de la versificación castellana (y lo mismo podemos aplicar a todas las lenguas modernas de Europa) no reconoce otra medida que el número de las sílabas, y sus diferentes períodos y cláusulas se señalan, o con pausas, o con acentos, o con la repetición de unos mismos sonidos a intervalos determinados, como en el ejemplo que pusimos al principio de este discurso. Las repeticiones de sonidos y las pausas que la pronunciación ordinaria exige entre ellos, son accidentes demasiado claros y perceptibles para que se les dé lugar en la prosodia. Resta, pues, la doctrina relativa a los acentos y a la computación de las sílabas, como sujeto en que debe ocuparse esta parte de la gramática. De aquí se sigue que la prosodia castellana se divide naturalmente en dos secciones. A la primera toca dar las reglas generales relativas a la colocación del acento agudo en los vocablos, derivándolas ya de su estructura material, ya de sus funciones y de las relaciones que los vocablos tienen entre sí como signos de las ideas. A la segunda corresponde salvar las dificultades que presenta la computación de las sílabas cuando concurren dos o más vocales en una misma dicción; determinando en qué casos deben pronunciarse como vocales separadas, como diptongos o como triptongos.

Es de notar: 1º que la pronunciación familiar no siempre va acorde con la declamación oratoria y poética; 2º que los poetas se toman a veces la libertad de hacer una sílaba lo que debe naturalmente pronunciarse en dos, y al revés; 3º que como la pronunciación va alterándose insensiblemente, la práctica del siglo XVI o XVII no se uniforma en todo con el mejor uso del día. Por consiguiente, al exponer los principios y reglas de esta segunda parte de la prosodia, sería necesario señalar las diferencias que suele haber entre la locución familiar y la oratoria y poética, las licencias que pueden permitirse los poetas; y en fin, las alteraciones que parecen haberse introducido últimamente, y que cada día se van arraigando más y más, y ganando terreno.

Este es el plan que nos parece debiera seguirse en un tratado de prosodia. Es sensible que nadie se haya todavía dedicado a componer uno; a lo menos no tenemos noticia de que se haya emprendido semejante trabajo. La prosodia de una lengua es un estudio de esencial importancia, no sólo porque sin él no es posible percibir bastantemente el ritmo de la versificación, que nada desfigura tanto como el juntar en

* Véase *Acento*, cuarta edición.

las combinaciones de las vocales lo que debe separarse, o al contrario; sino porque bajo este respecto se introducen de día en día en la pronunciación familiar vicios que al fin se hacen incorregibles, y tienden a corromper la lengua, y a destruir su uniformidad en las varias provincias y estados que la hablan. En un número siguiente, procuraremos fijar los principios de esta segunda parte de la prosodia relativa a la computación de las sílabas, que nos parece la más necesaria de las dos.

USO ANTIGUO DE LA RIMA ASONANTE EN LA POESIA LATINA DE LA MEDIA EDAD Y EN LA FRANCESA; Y OBSERVACIONES SOBRE SU USO MODERNO [27]

Entre las particularidades de la poesía española, que menos fácilmente se dejan percibir y apreciar de los extranjeros, y cuyos primores se escapan aun a muchos de aquellos que mamaron el habla castellana con la leche, debe contarse el asonante, especie de rima que junta dos cosas al parecer opuestas, pues aventajando en delicadeza al consonante o rima completa, hoy común a todas las naciones de Europa, es al mismo tiempo tan popular, que en ella se componen regularmente los cantares con que se divierte y regocija la ínfima plebe. Ni está reducida a los límites de la Península; el asonante pasó el Atlántico junto con la lengua de Cortés y Pizarro; se naturalizó en los establecimientos españoles del nuevo mundo, y forma hoy una de las cuerdas de la lira americana. El asonante entra en el ritmo del yaraví colombiano y peruano, como en el del romance y la seguidilla española. El gaucho de las pampas australes y el llanero de las orillas del Apure y del Casanare, asonantan sus coplas de la misma manera que el majo andaluz y el zagal extremeño o manchego.

Esta especie de artificio métrico es hoy propiedad exclusiva de la versificación española. Pero ¿lo ha sido siempre? Nació el asonante en el idioma de Castilla? ¿O tuvieron los trovadores y copleros de aquella nación predecesores y maestros en ésta como en otras cosas pertenecientes al arte rítmica?

La primera de estas opiniones se halla hoy recibida universalmente. Bien lejos de dudarse que el asonante es fruto indígena de la Península, pasa por inconcuso que apenas se le ha conocido o manejado fuera de ella; porque, exceptuando ciertas imitaciones italianas que no suben a una época muy remota, ¿quién oyó hablar jamás de otras poesías asonantadas que las que han sido compuestas por españoles?

No han faltado, con todo eso, en estos últimos tiempos, eruditos que derivasen de los árabes, si no el asonante mismo, a lo menos la estructura monorrímica que le acompaña (quiero decir, la práctica de sujetar muchas líneas consecutivas a una sola rima); pero sobre fundamentos a mi parecer harto débiles. Los árabes, dicen, suelen dar una sola desinencia a todos los versos de una composición; otro tanto han hecho los españoles en sus romances; y si ahora nos parece que en éstos riman las líneas alternativamente, eso se debe a que dividimos en dos líneas la medida que antes ocupaba una sola; en una palabra, lo que hoy llamamos *versos*, antes eran sólo hemistiquios. He aquí, pues, añaden, una semejanza palpable entre el romance castellano y aquella clase de composiciones arábigas.

Pero la verdad es que la versificación monorrímica (asonantada o no) es en Europa mucho más antigua de lo que se piensa, y no sólo precedió al nacimiento de la lengua castellana, sino a la irrupción de los muslimes. Las primeras composiciones en que la rima aparece sujeta a reglas constantes, y no buscada accidentalmente para engalanar el verso, son monorrímicas. Tal es la última de las *Instrucciones* de Commodiano, poeta vulgar del siglo III, y el salmo de San Agustín contra los donatistas compuesto en el IV. La cantinela latina con que el pueblo francés celebró las victorias de Clotario II contra los sajones, parece haber sido también monorrímica, pues todos los versos que de ella se conservan tienen una terminación uniforme. Puede verse en la colección de Bouquet un fragmento de esta cantinela, citada por casi todos los que han tratado de los orígenes de la poesía francesa, y entre otros, por M. de Roquefort *. Monorrímica es asimismo (con la excepción de un solo dístico) la otra cantinela compuesta el año de 924 para la guarnición de Módena, cuando amenazaban a esta ciudad los húngaros, y copiada de Muratori por Sismondi **. Pero lo más digno de notar es que todas estas composiciones, o fueron escritas por poetas indoctos, o destinadas al uso de la plebe, y por aquí se ve cuán común ha sido este modo de emplear la rima entre las naciones de Europa desde los primeros siglos de la era cristiana.

Por otra parte, el asonante no se usó al principio en monorrimos. Las composiciones asonantadas más antiguas son latinas, y en ellas (a lo menos en todas las que yo he visto) los asonantes son siempre pareados, ora rimando un verso con el inmediato, ora los dos hemistiquios de cada verso entre sí. A la primera clase pertenece el *Ritmo* de San Columbano, fundador del monasterio de Bovio, que se halla en la IV de las *Epístolas Hibérnicas* recogidas por Jacobo Userio. Pues que este santo floreció a fines del siglo VI, no se puede dar menos antigüedad al asonante. Pero lo más común fue rimar así los hemistiquios. Fácil me sería dar muestras

* *De l'Etat de la poésie française dans les XIIe et XIIIe siècles*, pág. 362.
** *Littérature du Midi de l'Europe*, Chap. I.

de varios opúsculos arreglados a este artificio, y compuestos en los siglos posteriores al de San Columbano hasta el XIII; mas para no turbar el reposo de autores que yacen tiempo ha olvidados en la oscuridad de las bibliotecas, me ceñiré a mencionar uno solo, que basta por muchos. Hablo de Donizón, monje benedictino de Canosa, que floreció a principios del siglo XII, y cuya *Vida de la condesa Matilde* es bastante conocida y citada de cuantos han explorado la historia civil y eclesiástica de la Edad Media. Esta vida, que es larguísima, está escrita en hexámetros, que todos (a excepción solamente de uno o dos pasajes de otra pluma, trascritos por el autor) presentan esta asonancia de los dos hemistiquios de cada verso entre sí, como se echa de ver en la siguiente muestra:

"Auxilio Petri jam carmina plurima feci.
Paule, doce mentem nostram nunc plura referre,
Quae doceant poenas mentes tolerare serenas.
Pascere pastor oves Domini paschalis amore
Assidue curans, comitissam maxime, supra
Saepe recordatam, Christi memorabat ad aram:
Ad quam dilectam studuit transmittere quendam
Prae cunctis Romae clericis laudabiliorem,
Scilicet ornatum Bernardum presbyteratu,
Ac monachum plane, simul abbatem quoque santae
Umbrosae vallis: factis plenissima sanguis
Quem reverenter amans Mathildis eum quasi papam
Caute suscepit, parens sibi mente fideli", etc.

Esta muestra de asonantes latinos en una obra tan antigua y de tan incontestable autenticidad, me parece decisiva en la materia. Leibnitz y Muratori dieron sendas ediciones de la *Vida de Matilde,* en las colecciones que respectivamente sacaron a luz de los historiadores de Brunswick y de Italia. Pero es de admirar que, estando tan patente el artificio rítmico adoptado por Donizón, ni uno ni otro lo echasen de ver, de donde procede que en las nuevas lecciones que proponen para aclarar ciertos pasajes oscuros, quebrantan a veces la ley de asonancia a que constantemente se sujetó el poeta.

Pasando ahora de los versificadores latinos de la Edad Media a los *troveres* (así llamo, siguiendo el ejemplo de M. de Sismondi y otros eruditos, a los poetas franceses de la lengua de *oui,* para diferenciarlos de los *trovadores* de la lengua de *oc,* que versificaron en un gusto y estilo muy diferentes); pasando, pues, a los troveres, encontramos muy usada la asonancia en las gestas o narraciones épicas de guerras, viajes y caballerías, a que, desde los reyes merovingios, fue muy dada aquella nación. El método que sigue es asonantar todos los versos, tomando un asonante y conservándole algún tiempo, luego otro, y así sucesivamente, de que resulta dividido el poema en varias estancias o estrofas monorrímicas, que no tienen número fijo de versos. En una palabra, el artificio rítmico de aquellas obras es el mismo que el del antiguo castellano del *Cid,* obra que, en cuanto al plan, carácter y aun lenguaje, es en realidad un fide-

lísimo traslado de las gestas francesas *, a las cuales quedó inferior en la regularidad del ritmo y en lo poético de las descripciones, pero las aventajó en otras dotes.

Mucho habría que decir sobre la influencia que tuvieron los troveres en la primera época de la poesía castellana, como los trovadores en la segunda. Ni es de maravillar que así fuese, a vista de las relaciones que mediaron entre los dos pueblos, y de su frecuente e íntima comunicación. Prescindiendo de los enlaces de las dos familias reinantes; prescindiendo del gran número de eclesiásticos franceses que ocuparon las sillas metropolitanas y episcopales y poblaron los monasterios de la Península, sobre todo después de la reforma de Cluny; ¿quién ignora la multitud de señores y caballeros de aquella nación que venían a militar contra los sarracenos en los ejércitos cristianos de España, ora llevados del espíritu de fanatismo característico de aquella edad, ora codiciosos de los despojos de un pueblo, cuyo riqueza y cultura eran frecuentemente celebradas en los cantos de estos mismos troveres, ora con el objeto de formar establecimientos para sí y sus mesnaderos? En la comitiva de un señor no faltaba jamás un juglar, cuyo oficio era divertirle cantando canciones de gesta, y lo llamaban los franceses *fabliaux*, que eran cuentos jocosos en verso, o los que llamaban *lais*, que eran cuentos amorosos y caballerescos en estilo serio, y de los cuales se conservan todavía algunos de gran mérito. De aquí vino el nombre de juglar, que se dio después a los bufones de los príncipes y grandes señores. En la edad de que hablamos se decían en español *joglares*, en francés *jongléors* y *menestrels*, en inglés *minstrels*, y en la baja latinidad *joculatores* y *ministelli*, aquellos músicos ambulantes de feria en feria, de castillo en castillo, y de romería en romería, cantando aventuras de guerra y de amores al son de la rota y de la vihuela. Sus cantinelas eran el principal pasatiempo del pueblo, y suplían la falta de espectáculos, de que entonces no se conocían otros que los torneos y justas, y los misterios o autos que se representaban de cuando en cuando en las iglesias. Eran principalmente célebres las de los franceses, y se tradujeron a todas las lenguas de Europa. Roldán, Reinaldos, Galvano, Oliveros, Guido de Borgoña, Fierabrás, Tristán, la reina Jinebra, la bella Iseo, el marqués de Mantua, Partinoples, y otros muchos de los personajes que figuran en los romances viejos y libros de caballerías castellanos, habían dado ya asunto a las composiciones de los troveres. Tomándose de ellas la materia, no era mucho que se imitasen también las formas métricas, y sobre todo la rima asonante, que en Francia, por los siglos XII y XIII, estaba casi enteramente apropiada a los poemas caballerescos.

Arriba cité la *cantinela* de Clotario II. Dábase este nombre en latín a lo que llamaban en francés *chançon de geste*, y en castellano *cantar*,

* Por eso su autor le dio este nombre:
"Aquí s'compieza la *jesta* de mio Cid el de Bivar".

que era una narrativa versificada. Dábase el mismo nombre a cada una de las grandes secciones de un largo poema, que se llamaron después *cantos* *. Parece por la cantinela o gesta de Clotario, que ya por el tiempo en que se compuso se acostumbraba emplear en tales obras la rima continuada; y era natural que se prefiriese para ello la asonancia, que es la que se presta mejor a semejante estructura, por la superior facilidad que ofrece al poeta. Si nació el asonante en los dialectos del pueblo, o si se le oyó por la primera vez en el latín de los claustros, no es fácil decidirlo; pero me inclino a lo primero. Los versificadores monásticos me parecen no haber hecho otra cosa que ingerir las formas rítmicas con que se deleitaban los oídos vulgares, en las medidas y cadencias de la versificación clásica.

¡Asonantes en francés! exclamarán sin duda aquellos que, en un momento de irreflexión imaginen se trata del francés de nuestros días, que, constando de una multitud de sonidos vocales diferentes, pero cercanos unos a otros, y situados, por decirlo así, en una escala de gradaciones casi imperceptibles, no admite esta manera de ritmo. Pero que la lengua francesa no ha sido siempre como la que hoy se habla, es una verdad de primera evidencia, pues habiendo nacido de la latina, es necesario que, para llegar a su estado actual, haya atravesado muchos siglos de alteración y bastardeo. Antes que *fragilis* y *gracilis,* por ejemplo, se convirtiesen en *frêle* y *grêle,* era menester que pasasen por las formas intermedias *fraïle* y *graïle,* pronunciadas como consonantes de nuestra voz *baile. Alter* no se transformó de un golpe en *autre (otr):* hubo un tiempo en que los franceses profirieron este diptongo *au* de la misma manera que lo hacen los castellanos en las voces *auto* y *lauro.* En suma, la antigua pronunciación francesa no pudo menos de asemejarse mucho a la italiana y castellana, disolviéndose todos los diptongos y profiriéndose las sílabas *en, in* con los sonidos que conservan en las demás lenguas derivadas de la latina. Esto es cabalmente lo que vemos en las poesías francesas asonantadas, que todas son anteriores al siglo XIV; y lo vemos tanto más, cuanto más se acercan a los orígenes de aquella lengua. Por eso, alterada la pronunciación, cesó el uso del asonante, y aún se hizo necesario retocar muchos de los antiguos poemas asonantados, reduciéndolos a la rima completa, de donde procede la multitud de variantes que encontramos en ellos, según la edad de los códices.

Enfadoso sería dar un catálogo de los poemas caballerescos que se conservan todavía íntegros, o en fragmentos de bastante extensión para que pueda juzgarse de su artificio métrico, y en que aparece claramente la asonancia, sometida a las mismas reglas con que la usan al presente los castellanos. Baste dar una sola muestra, pero concluyente; y la sacaré

* En este sentido le hallamos usado por el autor del *Cid:*
"Las coplas deste *cantar* aquí se van acabando".

de un poema antiquísimo, compuesto (según lo manifiestan el lenguaje y carácter) en los primeros tiempos de la lengua francesa. Refiérese en él un viaje fabuloso de Carlomagno, acompañado de los doce pares, a Jerusalén y Constantinopla. Existe manuscrito en el Museo Británico *, y el primero que lo dio a conocer fue M. de la Rue **, aunque lo que dice de su versificación me hace creer que no percibió el mecanismo del asonante; inadvertencia en que han incurrido respecto de otras obras los demás críticos franceses que se han dedicado a ilustrar las antigüedades poéticas de su lengua y que sin duda ha dado motivo a la diferencia entre la pronunciación antigua y la moderna. M. de la Rue, anticuario justamente estimado, a quien se deben muchas y exquisitas noticias sobre los orígenes del idioma y literatura francesa halla grande afinidad entre el lenguaje de esta composición y el de las leyes mandadas redactar por Guillermo el Conquistador, y el salterio traducido de orden de este príncipe. He aquí dos pasajes que yo he copiado del manuscrito que se conserva en el Museo Británico:

"Saillent li escuier, curent de tute part.
Ils vunt as ostels comreer lur chevaus.
Le reis Hugon li forz Carlemain apelat,
lui et les duzce pairs; si s'trait a une part.
Le rei tint par la main; en sa cambre les menat
voltive, peinte a flurs, e a perres de cristal.
Une escarbuncle i luist, et clair reflambeat,
confite en un estache del tens le rei Golias.
Duzce lits i a bons de cuivre et de metal,
oreillers de velus et lincons de cendal:
le trezimes en mi et taillez a cumpas", etc. ***
"Par ma foi, dist li reis, Carles ad feit folie,
quand il gaba de moi par si grande legerie.
Herberjai-les her-sair en mes cambres perrines.
Si ne sunt aampli li gab si cum il les distrent,
trancherai-leur les testes od m'espée furbie.
Il mandet de ses humes en avant de cent mile,
il lur a cumandet que aient vestu brunies.
Il entrent al palaiss entur lui s'asistrent.

* Biblioth. Reg. 16 E. VIII.

** *Rapport sur les travaux de l'Académie de Caen,* citado por M. de Roquefort, *De la poésie Française,* chap. III.

*** El poeta describe en estos versos el hospedaje que hizo Hugon, supuesto emperador de Constantinopla, a Carlomagno. He aquí una traducción literal:

"Salen los escuderos, corren por toda parte.
Van a las hosterías a cuidar de sus caballos.
El rey Hugón el Fuerte a Carlomagno llamó
a él y a los doce pares; trájolos aparte.
Al rey tomó de la mano; a su cámara los llevó
embovedada, pintada de flores, y de piedras cristalinas.
En ella lució un carbunclo, y claro resplandeció,
engastado en una clava del tiempo del rey Goliat.
Allí hay doce buenos lechos de cobre y de metal,
Almohadas de velludo y sábanas de cendal;
el decimotercio en medio, y labrado a compás", etc.

Carles vint de muster, quand la messe fu dite,
il et li duzce pairs, les feres cumpainies.
Devant vait le emperere, car il est li plus riches
et portet en sa main un ramiset de olive", etc. *

Es bien perceptible la semejanza entre estos versos y los del poema del *Cid;* y por unos y otros se echa de ver que al principio se acostumbró asonantar todas las líneas, no solamente las pares, como se usa hoy en castellano. Aun cuando se componía en versos cortos, era continuo, no alternado, el asonante; de que es buena prueba el *lai* de *Aucassin e Nicolette,* compuesto en el siglo XII, y publicado en la colección de *fabliaux* de Barbazán, edición de 1808, única que merece leerse de esta poesía, monstruosamente alterada por los que, insensibles a las leyes métricas en que está escrita, han querido reducirla a la rima ordinaria.

Pero basta ya de revolver estas empolvadas antiguallas. Concluiré con dos o tres observaciones sobre la índole del asonante y sobre su uso moderno.

Esta rima, en sentir de algunos, tiene el defecto de ser demasiado fácil, y sólo adecuada para el diálogo dramático, y para el estilo sencillo y casi familiar de los romances. Pero por fácil que fuese, nunca podría serlo tanto como el verso suelto. No convendré, sin embargo, en que el asonante, perfeccionado por los poetas castellanos del siglo XVII, no exija grande habilidad en el poeta. Disminuyen mucho la facilidad de las rimas la necesidad de repetir una misma muchas veces, la práctica moderna de evitar el consonante o rima completa, que en algunas terminaciones es frecuentísima, y la mayor correspondencia que debe haber entre las pausas de la versificación asonante y las del sentido. Además, hay asonantes sobre manera difíciles, y que sólo un versificador capaz de aprovechar diestramente todos los recursos que ofrece el lenguaje, pudiera continuar largo tiempo.

De las tres especies de rima, que han estado en uso en las lenguas de Europa, la aliterativa **, la consonante y la asonante, la primera me pa-

---

* "Por mi fe, dijo el rey, Carlos ha hecho follonía,
cuando burló de mí con tan grande ligereza.
Hospedélos ayer-noche en mis cámaras de pedrería.
Si no son cumplidas las burlas, como las dijeron,
cortaréles las cabezas con mi espada acicalada.
Hace llamar de sus hombres más de cien mil.
Hales mandado que vistan arneses bruñidos.
Ellos entran al palacio: en torno se sentaron.
Carlos vino del monasterio acabada la misa,
él y los doce pares, las fieras compañías.
Delante va el emperador, porque él es el más poderoso;
y lleva en sus manos un ramillo de oliva", etc.

** La aliteración consiste en la repetición de una misma consonante inicial en dos o más dicciones cercanas, como se ve en estos versos de Ennio:

Nemo me lacrimis decoret, neque *f*unera *f*letu
Faxit. Cur? volioto vivus per ora virum.

rece que debe ser la menos agradable, según la observación justísima de Cicerón: *notatur maxime similitudo in conquiescendo.* De las otras dos, la consonante es preferible para las rimas pareadas, cruzadas, o de cualquier otro modo mezcladas; pero la asonante es, no sólo la más a propósito, sino la única que puede oírse con gusto en largas estancias o en composiciones enteras *monorrímicas.* El consonante es igualmente perceptible y agradable en todas las lenguas; pero así como la aliteración se aviene mejor con los dialectos germánicos, en que dominan las articulaciones, así el asonante es más acomodado para las lenguas, que, como el castellano, abundan de vocales llenas y sonoras.

Una ventaja, si no me engaño, lleva el asonante a las demás especies de rima, y es que, sin caer en el inconveniente del fastidio y monotonía, produce el efecto de dar a la composición cierto color particular, según las vocales de que consta; lo que quizás proviene de que cada vocal tiene cierto carácter que le es propio, demasiado débil para percibirse desde luego, pero que con la repetición toma cuerpo y se hace sensible. Yo no sé si me engaño; pero me parece que ciertos asonantes convienen mejor que otros a ciertos efectos; y si hay algo verdadero en los caracteres que los gramáticos han asignado a las vocales, y que deben sobresalir particularmente en castellano por lo lleno y distinto de los sonidos de esta lengua *, no puede menos de ser así. Sin embargo, es factible que este o aquel sonido hable de un modo particular al espíritu de un individuo en virtud de asociaciones casuales y por consiguiente erróneas. Lo que sí creo ciertísimo es que, cuanto más difíciles los asonantes, otro tanto son más agradables en sí, prescindiendo de la conexión que puedan tener con las ideas o afectos; ya sea que el placer producido en nosotros por cualquier especie de metro o de ritmo guarde proporción con la dificultad vencida; o que el oído se pague más de aquellos finales que le son menos familiares, sin serle del todo peregrinos; o sea finalmente que la repetición de estos mismos finales corrija y temple la superabundancia de otros en la lengua.

Me atreveré a aventurar otra observación, sometiéndola, como todas, al juicio de los inteligentes; y es que los poetas castellanos modernos no han aprovechado cuanto pudieran estos diferentes colores y caracteres de la asonancia para dar a sus obras el sainete de la variedad, y que en el uso de ella se han impuesto leyes demasiado severas. Que se guarde un mismo asonante en los romances líricos, letrillas y otras breves composiciones, está fundado en razón; pero ¿por qué se ha de hacer lo mismo

---

Ennio y Plauto gustaron mucho de este sonsonete, perfeccionado después, y sometido a leyes constantes por los poetas de las naciones septentrionales, particularmente Dinamarca, Noruega e Islandia.

* "Fastum et ingenitam hispanorum gravitatem, horum inesse sermoni facile quis deprehendet, si creabram repetitionem litterae A vocalium longe magnificentissimae, spectet... sed et crebra finalis clausula in *o* vel *os* grande quid sonat". (Is Voss. *De poematum cantu et viribus rhythmi*).

en todo un canto de un poema épico, o en todo un acto de un drama, aunque conste de mil o más versos? Lejos de complacerse en ello el oído, es para él un verdadero tormento ese perdurable martilleo de una misma asonancia, en que no se percibe siquiera el mérito de la dificultad, pues la hay mucho mayor en una artificiosa sucesión de asonantes varios, que en mantener eternamente uno mismo apelando a ciertas terminaciones inagotables, de que jamás se atreven a salir los observadores de esta monótona uniformidad. Ya que se quiso añadir al drama otra unidad más, sujetándolo a la del metro, no prescrita ni usada por los antiguos, pudo habérsele dejado siquiera la variedad de rimas que tanto deleita en las comedias de Lope de Vega y Calderón. ¿Qué razón hay para que no se pase de un asonante a otro, en los lances imprevistos, en las súbitas mutaciones de personas, afectos y estilos? Esta cuarta unidad ha contribuido mucho a la languidez, pobreza y falta de armonía, que con poquísimas excepciones caracterizan al teatro español moderno.

VERSIFICACION DE LOS ROMANCES [28]

Descendiendo del *Poema del Cid* a las otras composiciones asonantadas que en nuestra lengua se usaron, nos hallamos, después de un largo intervalo, con nuestros romances viejos, cuya versificación ofrece a primera vista una novedad; y es que solamente las líneas pares asuenan. Pero cualquiera conocerá que esta diferencia no consiste más que en el modo de escribir los versos; porque divididos cada uno de los del *Cid* en dos, tendremos versos cortos alternadamente asonantes:

Apriesa cantan los gallos
e quieren quebrar albores,
cuando llegó a San Pero
el buen Campeador.
El abad don Sancho,
cristiano del Criador,
rezaba los matines
a vuelta de los albores.
Hi estaba doña Jimena
con cinco dueñas de pro, etc.

Y por el contrario, reuniendo cada dos versos de dichos romances en uno, resultará una serie de versos largos que sólo se diferenciarán de los del *Cid* en la mayor regularidad del ritmo:

No lloredes vos, condesa; de mi partida no hayais pesar.
No quedais en tierra ajena, sino en vuestra a vuestro mandar;
que, ántes que de aquí me parta, todo yo os lo quiero dar.

Podeis vender cualquier villa, i empeñar cualquier ciudad;
como principal heredera que nada os puedan quitar.
Quedareis encomendada a Olivéros i a Roldan,
al emperador i a los doce que a una mesa comen pan, etc.

Nuestros romances viejos pueden repartirse en dos clases: los unos narrativos, como la mayor parte de los que comprende el *Cancionero de Amberes* de 1555; y los otros líricos, cuales son casi todos los que se hallan en el *Cancionero General.* Acerca de los segundos, sólo observaré que solían escribirse en consonantes, y que eran de ordinario composiciones cortas, en que se guardaba una sola rima desde el primer verso hasta el último. Pero los otros deben mirarse como fragmentos de composiciones largas, de gestas o poemas históricos y caballerescos, cuya mayor parte ha perecido en la general ruina y dilapidación de nuestras antiguas riquezas poéticas. Efectivamente, aunque presentados como obras inconexas en los romanceros, se buscan y llaman evidentemente unos a otros, desenvolviendo un mismo hilo de historia, de manera que sucede muchas veces acabar un romance anunciando que alguno de los personajes va a decir algo, y empezar el siguiente, sin más introducción, con las palabras mismas que el tal personaje se supone haber proferido. Estos, pues, que ahora se llaman romances distintos, eran estancias de un solo romance o gesta; y de aquí tomaron el nombre. Por eso, cuanto más antiguos son (juzgando de la edad en que se compusieron por el lenguaje), tanto más se asemeja su versificación a la del *Cid,* ya en lo irregular del ritmo, ya en las leyes de la asonancia.

SOBRE EL ORIGEN DE LAS VARIAS ESPECIES DE VERSOS USADAS EN LA POESIA MODERNA [29]

Harto sabidas son las causas que corrompieron el idioma latino. Su perniciosa influencia comenzó a sentirse inmediatamente después que los ilustres ingenios del siglo de Augusto elevaron aquella lengua al más alto punto de cultura; y se manifestó desde luego viciando las *cuantidades* de las sílabas, esto es, igualando unos a otros en duración los sonidos vocales. Los *metros* latinos vinieron entonces a ser lo que todavía parecen al oído de aquellos que no están familiarizados con la prosodia latina, esto es, unos períodos que no pueden reducirse a tiempos ni cadencias determinadas, pero en que las graves y agudas se suceden a veces con una oscura apariencia de regularidad y simetría. Su composición continuó sin embargo ajustándose a las reglas antiguas, pero solamente en las escuelas, o por los que solicitaban la aprobación de los inteligentes. En los cantares de la plebe, o en las obras de los que sólo aspiraban a contentar oídos

vulgares, no se hizo más que imitar rudamente los versos de Virgilio y Horacio, despojados, por la corrupción del habla, de aquel *ritmo* fundamental, en que una sílaba larga era compensada por dos breves.

No pudiendo ya haber tal compensación en la lengua latina porque no había sílabas breves ni largas, o cuyos valores se acercasen sensiblemente a la razón de 1 a 2, el número de las sílabas vino a ser la única medida del tiempo, al modo que, si se escribiese toda una aria o sonata con notas de igual duración, el tiempo se mediría por el número solo de las notas. Redújose, pues, cada especie de verso a determinado número de sílabas, para que la cesura o pausa final ocurriese a intervalos iguales; y se conservaron, como esenciales a la nueva versificación, aquellas cesuras intermedias y aquellos acentos, que solían ocurrir en ciertos parajes de la antigua. Por ejemplo, en los autores de la buena edad, el senario yámbico terminaba frecuentemente en esdrújulo, como los siguientes de Horacio:

Supplex et oro regna per Prosérpinae,
per et Dianae non movenda númina.

Pues en los senarios yámbicos de la media latinidad vino a ser aquel acento de la antepenúltima una regla invariable; y a ella se sujetaron, por no citar otros muchos ejemplos, los versos a la muerte de Carlomagno que trae Muratori (*Antiquitates italicæ,* dissertatio XL); los que cantó la guarnición de Módena, cuando aquella ciudad estaba en armas contra los húngaros (Muratori, ibídem); los de San Paulino, patriarca de Aquilea, a la muerte del duque Erico (Lebeuf, Dissert. I, 426); y los que se compusieron a la del abad Hugón, hijo de Carlomagno (Lebeuf, *Recueil de divers écrits,* I, 349). He aquí, por vía de muestra, algunos de los versos del cántico de Módena:

O tu qui servas armis ista moenia.
Nos adoramus celsa Christi númina:
illi canora demus nostra júbila.

Así también el trocaico tetrámetro cataléctico de la media latinidad, imitando una estructura frecuente de aquel verso en los buenos tiempos, se sujetó no sólo a una cesura que le cortaba en dos partes de ocho y siete sílabas, mas también a dos acentos que hacían terminar el primer miembro en dicción grave y el segundo en esdrújula; de manera que el metro en que cantaron los romanos al dictador César:

Ecce Caesar nunc triúmphat qui subegit Gálliam.
Nicomedes non triúmphat qui subegit Caesarem

dio el modelo de la especie de verso en que cantaron los monjes de la media edad:

Ad perennis vitae fontem mens sitivit arida,
calustra carnis praesto frangi clausa quaerit anima.

En suma, nació un nuevo sistema de versificación que retuvo en gran parte las cesuras y acentos del metro antiguo, distribuyéndolos a intervalos de tiempo, cuya única medida era el número de sílabas.

Aquellos versos de nuevo cuño, en que se deleitaba el vulgo, se llamaron *rítmicos* para distinguirlos de los *métricos*, esto es, de aquellos versos que todavía se componían en las escuelas y por los literatos, con rigurosa observancia de las cuantidades, conservando a cada sílaba el mismo valor que le habían dado los poetas del siglo de oro. Pero no debemos confundir (como lo han hecho el marqués Maffei, Muratori y otros críticos eminentísimos) el ritmo de los poetas latino-bárbaros, con el ritmo de que hablan los filósofos y gramáticos de la Grecia y el Lacio desde Platón hasta Terenciano Mauro. Los antiguos griegos y romanos llamaron versos rítmicos aquellos en que, desatendidas las leyes del metro, que prescribían determinados pies y movimientos, se guardaban solamente las de un *ritmo* fundamental, que se contentaba con cláusulas ajustadas a ciertas medidas y proporciones, considerando siempre una larga como equivalente a dos breves. Pero el ritmo latino-bárbaro procedía sobre el principio de que todas las sílabas eran iguales, y redujo por consecuencia diferentes versos y las partes de cada verso, a números fijos de sílabas; sin lo cual es claro que ya no hubiera podido haber comensuración de tiempos. Había, pues, tanta diferencia entre uno y otro ritmo, como hubo entre la pronunciación latina de la corte de Augusto, y la de los monasterios del siglo X.

Es natural que cada uno de los versos antiguos diese origen a una especie particular de ritmo. El hexámetro y el pentámetro, tan célebres en los siglos felices del latín, no siguieron en el mismo favor durante la decadencia de esta lengua. Hexámetros rítmicos se encuentran pocos; pentámetros, poquísimos. Pero el senario yámbico se usó mucho, reducido a doce sílabas, con cesura entre la quinta y la sexta, y acentos en la cuarta y décima; la cual había sido una de sus más comunes formas antes de corromperse el latín:

Supplex et óro | regna per Prosérpinae.
(Horacio).

Illi canóta | olmus nostra júbila.
(Cántico de Módena).

Lectu pungúntur | et magna moléstia.
(Ritmo a la muerte de Carlomagno).

Nam rex Pipínus | lacrimasse dícitur.
(Ritmo a la muerte de Hugón).

Otra especie de senario yámbico que los poetas rítmicos manejaron mucho, fue el dímetro. Los himnos más antiguos de la iglesia se compusieron de ordinario en este verso, con sujeción a las leyes métricas, esto es, a la observancia de cuantidades. Posteriormente se abandonaron éstas; y se le dio el número fijo de ocho sílabas con el postrer acento en la antepenúltima, que había sido su más ordinaria forma:

Jubet cupressos fúnebres
flammis aduri cólchicis.
(Horacio).

Arbor decora et fúlgida,
ornata regis púrpura,
electo digno stípite
tam sancta membra tángere.
(Himno de Venancio Fortunato).

. . *Neque guttae gracíliter*
manabant, sed min á citer:
turbo terram terétibus
grassabatur turbínibus.
(Ritmo del obispo Aldhelmo).

Los ritmos trocaicos no se usaron menos que los yámbicos. Del octonario, tenemos una muestra en el salmo de San Agustín contra los donatistas. Pero, de todos ellos, el que tuvo más aceptación, según la multitud de composiciones que han sobrevivido en él, fue el tetrámetro cataléctico, reducido a la estructura que poco ha dijimos, a imitación de la forma métrica más agradable. En este ritmo, compusieron Isidoro de Sevilla, Eginardo, Pedro Damián, el autor de la *Descripción de Verona,* publicada por el padre Mabillón, el de las alabanzas de Milán que trae Muratori, y otros innumerables.

Los griegos tuvieron también grande afición a esta especie de trocaicos rítmicos que llamaron por antonomasia *políticos,* esto es, vulgares; denominación que en su sentido propio era tan general, como la de rítmicos, que se usó en el occidente. Pero lo más digno de notarse es que, por la diversidad, y en algunos puntos contrariedad, de las dos acentuaciones griega y latina, el ritmo que compusieron los griegos a imitación de la forma métrica más grata de dicho trocaico vino a parecerse de todo en todo al ritmo que en la media latinidad se imitó del antiguo yámbico tetrámetro cataléctico; es decir, que uno y otro se dividió en dos miembros, el primero de ocho sílabas, esdrújulo, y el segundo de siete, grave:

Ὦ βαθυζώνων ἄνασσα | Περσίδων ὑπερτάτη.
(Esquilo).

O bazudsónon ánasa | persídon hupertáte.

Πολιτικοῖς ἐφράσαμεν, | ὡς δυνατὸν, ἐν στίχοις

Politicóis efrásamen, | hos dunatón, en stíjois.
(*Miguel Pselo,* Paráfrasis del cántico de los cánticos).

Vel anseris medúllula, vel | imula oricílla.
(Catulo)

Dixitque sese illi ánnulum, | dum luctat, detraxísse.
(Terencio).

Petrum inventum rétibus, | ut fortia confúndat,
de maris vocat flúctibus; | hic suas res pessúmdat.

(Ritmo en honor del apóstol San Pedro).

De esta manera, dos metros diferentísimos, y aun contrarios en su naturaleza, produjeron un mismo ritmo, mediante igual contrariedad en los sistemas de acentuación de las lenguas griega y romana.

Versos asclepiadeos de la estructura del de Horacio:

Maecenas atavis edite regibus,

fueron muy usados en la media edad, ya arreglados a cuantidades, ya meramente al ritmo acentual. Cultiváronse, en fin, varias otras especies de ritmo, pero que, habiendo contribuido poco a nuestra moderna versificación, tengo por más conveniente dejarlas en silencio por no apurar la paciencia de los lectores con menudencias tan desapacibles.

Estos versos rítmicos, nacidos entre la plebe, y largo tiempo desdeñados de los literatos, fueron poco a poco ganando terreno, al mismo paso que el latín iba caminando a su último grado de corrupción, y que, descuidadas las letras, se hacía cada vez más dificultoso y raro el conocimiento de la antigua prosodia. Los literatos mismos comenzaron a cultivarlos. Una gran parte de las composiciones rítmicas que se conservan, tuvieron por autores a los hombres de más instrucción e ingenio que florecieron en aquellas edades tenebrosas. Finalmente, los varios dialectos en que se perdió el latín, recibieron aquellos ritmos de la lengua madre, y ellos forman aún las principales especies de versos, conocidos en castellano, italiano, francés, etc. Pero antes de tratar de estos versos en particular, convendrá hacer una o dos observaciones que son generales.

Según la práctica introducida por las naciones modernas, las sílabas que siguen al último acento agudo, son indiferentes para el ritmo, y pueden existir o faltar. Esto es propio de la cesura final, o pausa, que divide un verso de otro; pero los antiguos trovadores lo extendieron a la cesura intermedia en las especies de versos que la exigían. Ahora sólo la cesura final excluye la sinalefa; antes la cesura intermedia la excluía también, de modo que la vocal en que terminaba la primera parte del verso no se elidía con la vocal en que comenzaba la segunda parte.

Otra cosa debe tenerse presente para medir y leer nuestros antiguos versos, y es que la sinalefa no era jamás necesaria, siendo arbitrario al poeta pronunciar o no en una sílaba las vocales concurrentes. Esto es lo que en nuestros oídos perjudica más a la poesía de los trovadores y romanceros, y hace parecer sus versos desaliñados, o faltos de número, como que en los nuestros se deja en esta parte muy poco a la elección del poeta. Yo estoy muy lejos de mirar las obras de Berceo, y mucho menos el *Cid*, como modelos de versificación; pero, no quisiera se confundiese lo que proviene de hábitos casuales con lo que nace de la naturaleza

misma de las cosas. En el cometer o no la sinalefa, hay más de arbitrario de lo que se piensa comúnmente. Los españoles e italianos cometen la sinalefa casi siempre que hay concurso de vocales, y llegan a amalgamar hasta cuatro de estos sonidos en una sola sílaba, pronunciando, por ejemplo, "sab*ia Eu*ropa" en cuatro sílabas, prolación que es a nuestros oídos la más suave y natural de estas voces así colocadas. Pero un inglés juzga de un modo enteramente contrario; no comete la sinalefa sino en casos rarísimos, y prefiere el hiato a la rápida prolación de nuestras vocales. Y los franceses ¿qué dicen a esto? Que tan ásperos y desagradables les parecen los hiatos de los ingleses, como las sinalefas de los italianos; y por tanto, evitan unos y otras en su versificación moderna, permitiendo sólo la elisión de las vocales mudas. Pero en realidad ninguno de estos sistemas es más racional o natural que los otros; todos ellos tienen su origen en la costumbre, que por casualidad ha adquirido una nación, o tal vez, sólo los literatos de ella.

En efecto, ¿qué fundamento hay para que nos desagrade el hiato de las vocales *a, e,* en este verso:

Va ëntre mirtos serpeando el río,

y no en éste:

Caën de un monte a un valle entre pizarras?

¿Hay por ventura alguna diferencia en los sonidos de estas vocales de un verso al otro? ¿La pausa que solemos hacer entre dicción y dicción, no favorecería más a la diéresis en el primero que en el segundo. Supongamos, pues, un estado de la versificación en que el pueblo y los poetas no hayan aún contraído hábito alguno a favor o en contra de la sinalefa, que es el caso en que debe encontrarse una poesía naciente: lo más natural será entonces esta arbitrariedad que reprendemos en los padres de nuestra poesía, y que sin embargo no nos ofende en Homero.

Varios metros antiguos, o, a lo menos, los más populares y favoritos, se convirtieron con la corrupción de la lengua latina en otros tantos ritmos; y de éstos procedieron, como vamos a verlo ahora, las varias especies de verso, que se usan en casi todos los idiomas de Europa. Pero, antes de particularizarlas, será bien que hagamos una observación, que las comprende a todas; conviene a saber, que la cesura final, mediante la cual queda separado un verso de otro, hace indiferentes a la medida cualesquiera sílabas graves que vengan después del último acento; por manera que si el verso consta de diez sílabas, y tiene el último acento en la décima, podrá también constar de once o doce, con tal que el último acento no varíe de sitio: en otros términos, el final agudo, grave o esdrújulo no hace diferencia en el verso, siempre que los acentos esenciales se hallen

en unos mismos lugares. El verso esdrújulo debe, pues, tener una sílaba más que el grave, y éste otra sílaba más que el agudo de la misma especie*. Y de aquí se sigue que estas graves finales no deben contarse en el número de sílabas esenciales al verso.

Nosotros, sin embargo, cuando designamos las varias especies, llamándolas octosílabo, decasílabo, etc., contamos todas las sílabas del verso grave, acaso por ser esta forma la más común en nuestra lengua; al revés de lo que hacen los franceses e ingleses, por predominar en uno y otro idioma las dicciones agudas. Aunque nuestras denominaciones ciertamente son impropias, debe respetarse el uso general de los escritores castellanos, que las ha sancionado; pero, como en este discurso tendré que comparar los versos de distintas naciones, juzgué conveniente referirlos a un mismo tipo, que, según la naturaleza de las cosas y la práctica más común de Europa, me pareció debía ser el verso agudo. Entiendo, pues, por *heptasílabo* el que decimos de *ocho sílabas,* por *decasílabo* el que decimos de *once,* y así de los demás.

De todas las especies de verso que se usaron en el latín de la media edad, la que tuvo más boga, principalmente en la poesía eclesiástica, fue el dímetro yámbico, ora ajustado a la observancia de las cuantidades, ora desembarazado de ellas; y su forma ordinaria fue la de un hexasílabo esdrújulo:

Arbor decora et fúlgida,
ornata regis púrpura.

Nació de ella el verso hexasílabo, que sólo se diferencia de este dímetro yámbico, en no serle necesarias las sílabas graves finales. Esta especie de verso es antiquísima en la poesía moderna. Usáronla en castellano el Arcipreste de Hita y el judío rabí Don Santo; en el romance francés, Everardo, abad de Kirkham, que floreció en la primera mitad del siglo XII, y tradujo los dísticos de Catón; y Felipe de Than, que floreció por los principios del mismo siglo; en inglés, Tomás de Erceldón, que escribió en el siglo XIII las aventuras y amores de Tristán e Iseo; y el autor desconocido de la gesta o romance del rey Horn. Mr. Ellis (*Specimens,* capítulo II) dice que se escribieron en esta especie de versos otras muchas obras inglesas, y que se le llamó por excelencia el *minstrel metre,* o metro de los juglares.

---

* Estos tres versos, por ejemplo, son de una misma especie:

Morado lirio y azucena cándida...
La amena selva y cristalino río...
El verde cáliz de la blanca flor...

El mismo yámbico dímetro dio origen a otra especie de verso de grande uso en la poesía francesa e inglesa; porque, si se pasa de la sexta a la octava sílaba el último acento de aquel metro:

Arbor decora et fulgidá,
ornata regis purpurá,

tendremos exactamente el verso octosílabo francés:

Si criemes Dieu, tu l'ameras
et serviras et honorras
et terre auras à grant plenté;
jamais ne seras esgaré.

La causa de esta traslación del acento se halla en la modulación que se daba, y todavía se da, en los cánticos de la iglesia a los himnos compuestos en aquellas especies de metro. Como esta modulación carga sobre todas las sílabas pares,

Arbór decóra et fúlgidá,

los juglares franceses (que imitaban el canto gregoriano en sus tonadas), no pudieron aplicarla a su lengua, sino sobre el verso octosílabo.

El senario yámbico tomó, además de la que acabo de mencionar, otra forma, en los versos de los franceses, dividiéndose en dos partes, la primera de seis sílabas terminadas en aguda, o de siete en grave, y la segunda de cinco sílabas terminadas en grave, o de cuatro en aguda:

Tel conte d'Audigiér, | qui en set póu.
A cel cop perça l'êle | d'un papeillon.
Ne vaut noient char d'óme, | s'el n'est faée.

(Roman d'Audigier, Colección de Barbazan).

Los franceses no acostumbran mezclar estas dos estructuras del endecasílabo, y reservaron para los asuntos burlescos la segunda, de que acaso se derivaron nuestras seguidillas; porque:

Con el viento murmúran,
madre, las hójas,
y al sonido me duérmo
bajo su sómbra,

es ello por ello el mismo ritmo que

Molt fu dame Rainberge | joiam et lie,
quant Audigier comménce | chevalerie.

En la primera época de nuestra poesía, el verso endecasílabo se sujetó a las mismas reglas que entre los franceses, como manifestaré cuando pase a tratar de la versificación del *Cid.* Los franceses le perfeccionaron

después, como el alejandrino, haciendo necesaria la sinalefa entre los hemistiquios, cuando el primero terminaba en grave. Pero los italianos le conservaron en todos tiempos la unidad latina, no admitiendo sílabas graves, superfluas entre los hemistiquios. La misma práctica introdujeron Chaucer en Inglaterra, y el marqués de Santillana en Castilla.

Todas las especies de verso de que hasta ahora he tratado, nacieron de varias especies de yámbicos. Nuestro verso de arte mayor se originó del asclepiadeo, que se usó bastante en la poesía eclesiástica, y sobre todo en la de la iglesia española. No son pocos los himnos que en el breviario mozárabe pertenecen a este género de metro; como el de la fiesta de las santas Inés y Emerenciana, el que Alvaro de Córdoba compuso en honor de San Eulogio, el que en honor de San Tirso compuso Cixilano, arzobispo de Toledo, que algunos atribuyen a San Isidoro, el de la fiesta de San Torcuato y compañeros obispos, el de santa Rufina mártir, el de las velaciones, y otros.

En efecto, comparando el verso de arte mayor con el asclepiadeo, no puede dudarse que el uno es hijo del otro; el movimiento es exactamente el mismo:

Aquel que en la bárca paréce sentádo,
vestido en engáño de las bravas óndas,
en aguas crüéles muy más que no hóndas
con mucha gran gente en la mar anegádo, etc.
(Juan de Mena, Laberinto).

Hunc, si mobílium túrba quirítium,
certat tergéminis tóllere honóribus;
illum, si próprio cóndidit hórreo
quidquid de líbycis vérritur áreis, etc.
(**Horacio**).

Y la semejanza parecerá completa, si atrasamos la cesura una sílaba, para suplir los esdrújulos, de que el castellano escasea:

Hunc, si mobíli | um túrba quiríti
um, certat tergémi | nis tóllere honóri
bus; illum, si própri | o cóndidit hórre
o quidquid de Líby | cis vérritur áre | . . .

Los ingleses tienen, desde los primeros tiempos de su poesía, versos de la misma cadencia, y probablemente del mismo origen. Pero los italianos los usaron poco; y yo no tengo noticia de otros en esta lengua y medida, que los del epitafio a Bruneto Latino:

Pé falli dé folli, che son troppo felli,
che fanno le fiche con fioca favella.
(*Crescimbeni*, Comentarios, *lib. 1, cap. 7*).

Examinemos ahora la versificación del *Cid*. Este poema está escrito en alejandrinos, endecasílabos, y versos cortos, mezclados sin regla algu-

na fija; pero el poeta se permitió la mayor libertad en su composición, no sujetándose a número determinado de sílabas, de modo que frecuentemente apenas se percibe una apariencia oscura de ritmo. Es de creer, sin embargo, que la irregularidad y rudeza que se encuentran en sus versos, deben atribuirse en mucha parte al descuido y barbarie de los copistas, que estropearon desapiadadamente la obra.

Los hemistiquios del alejandrino del *Cid* constan a menudo de seis, siete, ocho o nueve sílabas; y con todo ocurren en él tan gran número de versos de esta especie, perfectos y regulares, que no admite duda haberse querido sujetar el autor, aunque con poco esmero, a las reglas con que lo usaron los franceses, y poco después Gonzalo de Berceo:

Tornaba la cabeza e estábalos catando.
Vio puertas abiertas e üzos sin cannados.
Ya folgaba Mio Cid con todas sus compañas.
A aquel rei de Sevilla el mandado llegaba
que presa ës Valencia, que non ge la ëmparan...
Arrancólos Mio Cid, el de la luenga barba...
Aquel rei de Marruécos con tres colpes escapa.

Muchos versos se reducen a la medida exacta del alejandrino, mediante la apócope de la vocal *e*, que era frecuentísima en lo antiguo:

Decidme, caballeros, ¿cómo vos plac' de far?
Las haces de los moros ya s' mueven adelant.
Que s' le non espidiese o no l' besas' la mano.

Pero el poeta ciertamente no reparaba en una sílaba más o menos.

Hállase también gran número de endecasílabos a la manera francesa, conviene a saber, divididos en dos partes, la una de cuatro sílabas en aguda, o cinco en grave, y la otra de seis sílabas en aguda, o siete en grave:

Ojos bellidos | catan a todas partes:
miran Valencia, | como yaz' la cibdad...
Miran la huerta; | espesa es e grant.
Alzan las manos | por a Dios rogar.
Vínolos ver | con treinta mil de ärmas.
Dijo Mio Cid | de la su boca atanto.
Oídme, escuellas | e toda la mi cort.

Mas, para convencerse de que el poeta conoció y se propuso imitar esta especie de ritmo, no se necesita más que ir al verso 746, y en el centenar que sigue se verá que más de la tercera parte se ajustan exactamente a las dimensiones indicadas.

Cuando a las proporciones en que se combinan el alejandrino con el endecasílabo y ambos con el verso corto, bastará notar que en general domina el primero; que en algunos pocos pasajes, como el que acabo de citar, figura casi exclusivamente el endecasílabo; y que en todo el

poema es poco considerable el número de versos cortos. Y si consideramos que, así como falta en muchos versos el segundo hemistiquio, por incuria de los copistas, no sería de extrañar, que, por la misma causa, faltara en otros tantos el primero, acaso nos inclinaremos a pensar que, en el texto primitivo, no entraron otras medidas que las del alejandrino y endecasílabo, y que los que ahora parecen versos cortos, no son más que fragmentos del uno o del otro.

El *Poema del Cid* está escrito en estancias monorrimas asonantadas, como las del *Viaje de Carlomagno a Constantinopla*, las de *Guarinos de Lorena, Buéves de Commarchis*, y otros varios de los más antiguos romances franceses; y parece que dichas estancias se llamaban en nuestro romance coplas:

Las coplas *de este cantar aquí s'van acabando.*

Pero también en esta parte se permitió el poeta castellano más libertad que los franceses a quienes imitaba; pues a veces interrumpe el asonante general de una estancia, interpolando otro asonante particular ya en dos versos contiguos, ya en los dos hemistiquios de un mismo verso:

El campeador adelino a su posada.
Así como llegó a la puerta, fallóla bien cerrada,
por miedo del rey Alfonso, que así lo había pasado,
que si non la quebrantase, que non ge la abriese ome nado.
Los de Mio Cid a altas voces llaman.
Los de dentro non les querien tornar palabra, etc.

El Criador vos vala, Cid campeador leal!..
Vo meter la vuestra seña en aquella mayor haz.
Los que el debdo avedes, veremos como la acorredes.
Dijo el campeador: Non sea por caridad.
Repuso Pero Bermuez: Non rastará por al, etc.

A Minaya Alvar Fáñez bien l'anda el caballo;
d'aquestos moros mató treinta e cuatro.
Espada tajador, sangriento trae el brazo,
por el cobdo ayuso la sangre destellando.
Dice Minaya: Agora so pagado,
que a Castiella irán buenos mandados;
que Mio Cid Ruiz Diaz lid campal ha vencida.
Tantos moros yacen muertos que pocos vivos ha dejados;
ca en alcanz sin dubda les fueron dando, etc.

No creo que el poeta introdujese jamás versos sueltos, pues algunos en que parece haberlo hecho tengo para mí que están viciados por los copistas; y la mayor parte se reducen a las reglas del romance, restituyendo la antigua pronunciación de ciertos vocablos.

Sólo en una cosa es cuidadosísimo nuestro poeta, como sus predecesores en el arte; es a saber, en aquella perpetua correspondencia, y por decirlo así, paralelismo que guardan las pausas de la versificación con las de la sentencia; de manera que los versos forman cláusulas enteras, o

inconexas entre sí, o unidas por medio de conjunciones; y cuando la sentencia consta de dos pequeños miembros, corresponde a cada uno un hemistiquio del verso.

El siguiente pasaje es el único que he notado en que se viola esta regla; pero con cierta gracia y suavidad que no dice mal con el afecto que se quiere expresar:

Vuestra virtud me vala, Gloriosa, en mi exida,
e me ayude; ella me acorra de noch'e de dia.

A la observancia de esta regla, indispensable en composiciones que se destinaban al canto, no se sujetó menos escrupulosamente Gonzalo de Berceo, en cuyas obras sería difícil encontrar una copla parecida a la siguiente del Arcipreste de Hita:

Como dice Aristóteles, cosa es verdadera:
el mundo por dos cosas trabaja: la primera,
por aver mantenencia; la otra cosa era,
por aver juntamiento con fembra placentera.

Igual cuidado tuvieron los poetas franceses de no pasar de un consonante o asonante a otro, sin que el sentido hiciese una pausa completa, de modo que las estancias venían a ser como otros tantos capítulos; regla también de que se encuentran muy pocas excepciones en el *Cid,* a no ser cuando se suspende en uno o dos versos el asonante general de la estancia.

Para dar a conocer cuánto gustaban los franceses de este verso, basta decir que en él se contaban regularmente los fabliaux o cuentos jocosos, que formaron uno de los ramos más ricos y favoritos de la poesía vulgar desde el siglo XI. Empleábasele también a menudo en los poemas históricos, hagiográficos y caballerescos; en las obras de moralidad y doctrina; en los lais, o cuentos heroicos, como los de María de Francia; en el apólogo, en la oda, en la sátira. Finalmente no hubo especie de verso que fuese de uso más universal en la lengua francesa. En la nuestra, sin embargo, apenas se encuentra vestigio de él. Los únicos octosílabos castellanos que he visto (anteriores a nuestros días) son los de la cántica que Gonzalo de Berceo, en el poema del *Duelo de la Virgen María,* hace cantar a los soldados que custodiaban el sepulcro de Cristo.

De dos yámbicos dímetros unidos, nació el verso *alejandrino,* llamado así, según se cree comúnmente, por haberse empleado, aunque no por la primera vez, en el romance de *Alejandro,* que escribieron en francés a principio del siglo XIII, Alejandro de Bernay, Pedro de San Cloot, Juan le Venelais, Lambert li Cors, y otros. Pero es de notar que no se miran como esenciales al verso en ninguno de los dos hemistiquios las sílabas graves que siguen a la última aguda, y de aquí nace que en el alejandrino sea tan vario el número de sílabas, sin que por eso deje de ser muy sensible el ritmo que resulta de sus dos acentos constantes:

De yerbas et de árbores et de toda verdura,
como diz San Jerónimo, manará sangre pura.
(Berceo).

Darlis han malas cénas et peores yantáres.
(Berceo).

Ca desque hombre se vuélve con ellas una véz,
siempre va ën arriédro e siempre pierde préz.
(Arcipreste de Hita).

De la parte de sól, vi venir una seña.
(Arcipreste de Hita).

El veer, el oír, el oler, el gustar.
(Arcipreste de Hita).

Tels y a qui vous chántent de la reónde táble.
(Roman du Chevalier au Cygne,
Manuscrito, Museo Británico).

Mandez à Charlemáine, le bon roi radoté,
que le treü vous rénde de France le regné.
(Roman de Charlemaine,
Manuscrito, Museo Británico).

Ventelent et ondóyent banieres et pennón.
(Ibídem).

Mais je ne vous dirái ne mençonge ne fáble.
(Roman du Chevalier au Cygne).

Richement sont servis à table les barónś.
(Roman de Charlemaine).

Algunos opinan que el alejandrino procedió del yámbico tetrámetro cataléctico, y en efecto nadie dejará de percibir la semejanza que, en cuanto al ritmo o cadencia, tienen los versos anteriores con los siguientes hiponacteos:

Dixitque sese illi ánnulum, dum luctat, detraxisse.
(Terencio).

Inepte Thalle, móllior cuniculi capillo,
Vel anseris, medúllula, vel imula oricílla...
Idemque Thalle, túrbida rapacior procélla.
(Catulo).

Otros creen, llevados de igual semejanza, que se origina de los versos políticos de los griegos, hechos a imitación de sus antiguos trocaicos tetrámetros catalécticos. En efecto, es cosa bien curiosa, que dos metros opuestísimos en su naturaleza, el trocaico y el yámbico, mediante igual oposición entre las leyes prosódicas de las lenguas griegas y latina, llegaron a producir, cuando se perdió la diferencia de largas y breves en la pronun-

ciación de ambas, cadencias absolutamente semejantes, como cualquiera lo echará de ver comparando estos versos con los que preceden:

"Ω βαθυζώνων ἄνασσα | Περσίδων ὑπερτάτη.
(Esquilo, *Persas*).

Ἡμεις δὲ το ἐπίτανμα τὸ σόν, ὦ Στεφηφόρε,
'αποπλερῶσαι θέλοντες, ὡσ δοῦλοι τοῦ σοῦ κράτους,
πολ.τικοῖς ἐφράσαμεν, ὡς δυνατὸν, εν στίχοις,
τὴν τῶν ἀσμάτων δύναμιν, εξήγησιν, καὶ γνῶσιν.

(Miguel Pselo. Paráfrasis del cántico de los cánticos).

No es dudable que algunos escritores se propusieron imitar el uno o el otro de estos dos metros (que para el caso era lo mismo); como por ejemplo, el siciliano Ciullo de Alcamo, que escribió a fines del siglo XII:

Rosa fresca aulentíssima, ch'appari in ver l'estáte,
le donne te disíano, pulcelle e maritáte...
Tu non mi lasci vívere né sera né maitino...
Molte sono le fémine ch'hanno dura la tésta;

y Orm u Ormin, que en el reinado de Enrique II de Inglaterra escribió en inglés una paráfrasis de los evangelios que de su nombre se llamó *Ormulum*. Y aun es creíble que el dístico de las baladas inglesas, compuesto de un octosílabo y un hexasílabo, no es otra cosa que uno de dichos metros partido en dos por la cesura:

Earl Douglas on a milk white steed, most like a baron bóld,
rode foremost of the cómpany, whose armour shone like góld.

Pero en todas estas imitaciones del hiponacteo latino o de los citados versos políticos de los griegos, el primer hemistiquio es perpetuamente de ocho sílabas; lo cual sólo se verifica de cuando en cuando en nuestros alejandrinos, y nunca en los franceses.

No creo que sea necesario refutar al erudito don Tomás Antonio Sánchez, que deriva los alejandrinos castellanos de los hexámetros y pentámetros latinos, pues por los mismos medios pudiera probarse que cuanto se ha escrito en Europa desde Cadmo acá, está en hexámetros y pentámetros.

El alejandrino tuvo grande uso en los romances o gestas de los franceses, con un artificio de rimas, que casi se apropió enteramente a este verso y al decasílabo, es a saber, terminando muchos versos de seguida en una misma rima, hasta que el poeta se cansaba y tomaba otra; resultando de esta manera dividida la obra en *estancias monorrimas*, compuestas de diez, veinte, cuarenta, y a veces doscientos o más versos; según acomodaba al poeta, todos de terminación semejante. La rima que se empleaba era unas veces consonante, como en el romance de *Alejandro*,

y en los de *Carlomagno, Urgel Danés,* y el *Caballero del Cisne,* que se hallan en el códice 15, E. VI, de la Biblioteca Real del Museo Británico; y otras veces asonante, como en el *Viaje de Carlomagno a Constantinopla,* escrito en el siglo XI, en los de *Guido de Borgoña* y *Buéves de Commarchis,* que se compusieron un poco más tarde.

Empleábase también el alejandrino en estancias o coplas consonantes de un número fijo de versos; de cinco, por ejemplo, en la *Vida de Santo Tomás de Cantorbery,* escrita a fines del siglo XII por Guernes, eclesiástico de Pont-Saint-Maxence en Picardía; y de cuatro en todos los poemas de Berceo, en nuestro *Alejandro,* y en muchas otras del Arcipreste de Hita. Posteriormente se introdujo, en este verso la misma variedad de rimas que en los otros; y los franceses le perfeccionaron, estableciendo que el primer hemistiquio terminase constantemente en aguda; o si en grave, se elidiese con el principio del segundo hemistiquio, que había de comenzar entonces en vocal.

Pasemos al endecasílabo. Sabido es que procede de una de las formas que tomaba más frecuentemente el senario yámbico latino:

Phaselus íste | quem vidétes hóspites.
(Catulo).

Supplex et óro | régna per Prosérpinae
per et Diánae | non movénda númina,
per atque líbros | cárminum valéntium
Defixa coélo | revocáre sídera.
(Horacio).

Y ya hemos visto que nada era más común en la latinidad bárbara que los senarios rítmicos, construidos perpetuamente con cesura y cadencia.

Pero importa notar la estructura que los antiguos franceses dieron a este verso. La cesura latina venía inmediatamente después de una sílaba grave:

Phaselus iste, |
supplex et óro; |

Y como los franceses carecieron desde muy temprano de sílabas graves llenas en los finales de las dicciones, se vieron obligados a colocar esta cesura inmediatamente después del acento, enviando la sílaba grave al segundo hemistiquio:

Trois jors entiérs ı *ot grant joie menée*
Karles li róis | et *sa gent ennorée.*
(Roman de Guibelin).

Y compartido así el verso, la sílaba grave que en el primer hemistiquio podía venir después del acento, se reputaba como nula para el ritmo, aunque no comenzase el segundo hemistiquio por vocal:

Torment le lóent | li preudom et ont chér.
(Girard de Vienne).

Les larmes córent | sor la barbe florie.
(Ibídem).

Por manera que el primer hemistiquio constaba de cuatro sílabas terminadas en aguda o cinco en grave, y el segundo de seis sílabas en aguda, o siete en grave; y la sinalefa entre ambos no era más necesaria en el endecasílabo, que en el alejandrino.

Usóse mucho este verso en romançes y gestas, con el mismo artificio de rimar que el alejandrino, es decir, en estancias monorrimas de número indefinido de versos, a veces consonantes, como en el *Almerico de Narbona;* y más a menudo asonantes, como en el antiguo romance de *Urgel Danés* citado por los benedictinos, autores de la *Historia literaria de Francia* (tomo VIII, página 595) y en los de *Guarinos de Lorena,* y *Guillermo el Desnarigado (Gillaume au court nez),* que menciona Sinner en su *Catálogo de la Biblioteca de Berna.*

DEL RITMO ACENTUAL Y DE LAS PRINCIPALES ESPECIES DE VERSOS EN LA POESIA MODERNA [30]

Si hubiera de seguirse escrupulosamente la razón de los tiempos, debería tratarse aquí de la rima, que apareció en la poesía latina a la época misma que el *metro* degeneraba en el *ritmo* de los siglos medios; pero es tan íntima la conexión entre la materia de este discurso y la del anterior, que juzgué indispensable acercarlas.

Prescindiendo, pues, por ahora de la rima, la medida de los tiempos se hace en la poesía moderna, como en la de los siglos medios, por cesuras y acentos. La cesura final viene acompañada de una pausa que no permite la sinalefa entre el fin de un verso y el principio de otro; y es indiferente para el *ritmo* que esta cesura venga inmediatamente después de la última sílaba aguda, o que intervengan algunas sílabas graves, que formen con la aguda un mismo vocablo; de manera que, o considerando dichas sílabas graves como necesarias, podemos suponer que, cuando faltan, se suple por medio de la pausa final el tiempo preciso para el complemento del período rítmico; o mirándolas como superfluas, podemos imaginar que, cuando existen, se embeben en la pausa.

Pero convendrá declarar con más precisión qué es lo que se debe entender por este embebimiento de las sílabas en la cesura final. El oído exige cierto espacio de tiempo entre el último acento agudo de una línea,

y el primer sonido de la siguiente; y con tal que se le dé este espacio, le es indiferente que se llene de sílabas graves en todo o en parte, o que se le deje enteramente vacío. Bien es que aun con estas pequeñas diferencias se tiene algunas veces cuenta, y en el día no está bien recibido entre nosotros emplear promiscuamente los finales agudo, grave y esdrújulo, cuando se componen obras serias en verso endecasílabo; pero el uso general que los reputa por equivalentes en otros estilos y géneros de metro, y la libertad de mezclarlos a arbitrio que se permitieron, aun en las estancias heroicas los grandes maestros de la poesía moderna, nos obligan a reconocer en general, que las sílabas graves que siguen al último acento agudo, no son esenciales al ritmo. Digo *en general,* porque en realidad no hay accidente, por pequeño que sea, en la prolación de las palabras, de que no pueda hacerse uso para señalar intervalos de tiempo, y que por tanto no pueda entrar esencialmente en el ritmo. Supongamos que un poeta quisiese reducir a cierta regla constante la sucesión de los finales agudo, llano y esdrújulo. ¿No es claro que resultarían de aquí series análogas, en que a iguales intervalos de tiempo esperaría y encontraría el oído unos mismos accidentes? ¿y no nacería de la regular repetición de estos accidentes un ritmo verdadero? Esto es cabalmente lo que hacen ahora los franceses, sujetando a una alternativa perpetua las rimas aguda y llana, que llaman masculina y femenina; alternativa que exigen en toda especie de verso y de estilo, y que por consiguiente se debe mirar como una parte esencial de su sistema rítmico. Pero los límites que me he propuesto no abrazan estas modificaciones particulares del sistema común de los europeos.

Síguese de lo dicho, que mientras en el final agudo, llano o esdrújulo no se considere hacer diferencia en el verso, convirtiéndole de una especie en otra, es un error contar la última sílaba de los versos llanos en el número de las esenciales; y que por consiguiente las denominaciones de octosílabo y endecasílabo dadas por los españoles e italianos a los versos que tienen el último acento sobre la séptima y la décima, son absolutamente impropias. La causa de computarse diferentemente el número de sílabas esenciales a cada metro, consiste en que cada nación ha mirado el final que ocurría más a menudo en su lengua, como el único natural y propio. En español e italiano las rimas llanas son más fáciles y comunes que las agudas y esdrújulas: en inglés, al contrario (y lo mismo sucedía en francés, antes de establecerse la alternativa de la rima femenina con la masculina, que es práctica reciente), si se abre cualquier poema, se verá que el final agudo aparece más frecuentemente que ningún otro. Era, pues, tan natural a un francés o a un inglés el considerar como superflua la última sílaba del verso grave, como a un español o italiano la del esdrújulo. De lo cual se deduce que ambas lo son igualmente.

Esta propiedad de rechazar la sinalefa, y de hacer indiferentes la presencia o ausencia de las sílabas graves después de la postrera aguda, es

en el día peculiar a la cesura final, y lo que la distingue de la otra cesura, que en algunas especies de versos debe ocurrir en medio de ellos; de manera que dondequiera que se presenta una cesura con este carácter, allí es necesariamente el fin del período rítmico. Según este principio, el alejandrino de don Gonzalo de Berceo, en que la cesura media goza de todos los privilegios de la final, parece que se debe considerar como una reunión de dos distintos hexasílabos; al paso que el alejandrino más moderno de los franceses, que, si hay sílaba grave en la cesura media, exige que termine en vocal, para que se elida con el hemistiquio siguiente, que ha de comenzar asimismo en vocal, se deberá reputar por un verdadero dodecasílabo. Pero esta diferencia de cesuras no fue conocida de los fundadores de la poesía moderna. Para ellos la cesura final y la media venían acompañadas de una pausa tal, que en ambas se dejaba de cometer la sinalefa, y se miraban las graves como nulas; lo cual no parecerá extraño, si se tiene presente que no reputaban la sinalefa por necesaria, ni aun cuando concurrían vocales fuera de las cesuras; de que tenemos multitud de ejemplos no sólo en los más antiguos poemas de las lenguas modernas, sino también en los versos latinos de los siglos medios. En efecto, era natural que la pronunciación del latín se acomodase a todos los hábitos que prevalecieron en el habla ordinaria *.

Esta práctica se explica naturalmente suponiendo que así como varía de una nación a otra la duración de la pausa entre los varios vocablos **,

---

* Com vos ozroiz, se ̓je önques en di.
Como vosotros oiréis, si yo jamás de ello hablo
(Gerard de Vienne).

Cil li conta ce que il sot de fi
El le contó lo que él supo de fijo.
(Ib.).

Era ün simple clérigo, pobre de clerecía.
(Milagros de Nuestra Señora).

Que despierta ël pueblo que siede adormido
(Sacrificio de la Misa).

Vatum poli öracula.
(Breviario Mozárabe).

Iste ëlectus Joannes diligendi promptior.
(Ib.).

A Solis ortu üsque ad occidua
littora maris, etc.

(Rhythmus in obitum Caroli Magni,
Muratori, *Scriptores rerum italicarum*, t. II, p. II).

Esta omisión de la sinalefa llegó a ser frecuentísima en latín, sobre todo en los versos no sujetos a la observancia de cuantidades.

** Los italianos pasan más rápidamente que los españoles de una vocal a otra, sea en uno mismo, sea en distintos vocablos; y así *reo, mío*, que en medio de un

así también ha variado en las diferentes épocas de una misma lengua; y que en otro tiempo era mayor que en el día *.

En consecuencia, debía ser menos ofensivo el hiato, y la sinalefa no tan frecuente como ahora. Y como esta pausa se exagera en las cesuras

---

verso italiano tienen la duración de una sílaba, para los españoles valen constantemente dos. De aquí proviene el elidirse tan a menudo las vocales finales de los italianos, como en *quest' ora, pover uom,* que en castellano casi nunca sucede; y el no parecerles a ellos duras ciertas sinalefas que en nuestra versificación difícilmente se tolerarían.

Los españoles respectivamente hacen mayor uso de la sinalefa que los ingleses; y así el hiato de estos versos:

The fairest she of all the fair of Troy,
(Pope).

Howl o'er the marts and sings thro' ev'ry wind,
(Id.).

sería desagradable en nuestra lengua.

De aquí nace un defecto harto común en la pronunciación inglesa de los españoles, que es pasar con demasiada velocidad de la vocal final de una dicción a la inicial de otra, profiriendo, verbi gracia, *very amiable,* como si sólo formase cuatro sílabas. Los ingleses, al contrario, pronunciando el castellano, se detienen demasiado entre los vocablos. El saludo ordinario *cómo está usted,* en que para nosotros no hay más de cuatro sílabas, en boca de un inglés suele tener cinco o seis.

Parece que cuanto más abundan las vocales en una lengua, tanto mayor es la volubilidad con que se pronuncia, menor de consiguiente la pausa entre dicción y dicción, más frecuente la sinalefa en el habla común, y más necesaria en el verso.

* En favor de esta suposición, se puede observar que cuando la lengua descarta una articulación que separaba dos sonidos vocales, se conserva por mucho tiempo una pausa entre las vocales contiguas. En *liar,* por ejemplo, acostumbramos todavía detenernos entre la *i* y la *a* tanto espacio como si se conservase la *g* de *ligare.* Donde hoy decimos *reina,* disílabo, decían nuestros mayores *reïna,* trisílabo, en el mismo tiempo que *regina.* Nuestro *ser* era *seer,* de *sedere,* y nuestro *siendo, seyendo* de *sedendo. Volaille* era *volaïlle* de *volatilia; chanteur, chanteör* de *cantatore,* y así en otras innumerables voces castellanas, francesas, etc. El proceder de las lenguas en las más de sus contracciones y abreviaciones ha sido ahogar primero los sonidos articulados, sin hacer novedad en el tiempo o duración de las sílabas; disminuir luego la pausa entre las vocales vecinas, reduciéndolas a diptongos; y convertir en seguida los diptongos en sonidos simples. Lo mismo que en una sola dicción, se verifica entre dos. Primero se decía *la fermosura,* díjose luego la *ërmosura* en cinco sílabas, luego *la ermosura* en cuatro; y en italiano se hubiera dado un paso más diciendo *l'ermosura.* La omisión de la sinalefa en voces que comenzaban por *h,* dio motivo a que algunos pensasen que nuestros poetas castellanos del siglo XVI aspiraban esta letra, pronunciando *jermosura, jablo, jasta,* etc.; pero si así fuese, hubieran omitido siempre la sinalefa en dichas voces, y no viéramos que un mismo escritor (fray Luis de León) la comete y la omite en una misma voz, aunque más ordinariamente lo segundo.

Si consideramos, pues, el gran número de articulaciones finales que se desvanecieron en el tránsito del latín al romance, no parecerá extraño que en tiempos tan cercanos a la lengua materna, fuese más frecuente el hiato, y menos desagradable que ahora.

Naturalísimo era pronunciar *que ïl* de *quod ille, era ün* de *erat unus, despierta ël* de *experrectat ille;* y que hecho familiar el hiato, se extendiese a los casos en que no lo autorizaba la etimología, y aun a la pronunciación del latín. Finalmente, el omitir tan a menudo la sinalefa supone de necesidad el hábito de hacer entre los vocablos una pausa mayor que la que se acostumbra en el día.

métricas, y en el fin más que en el medio del verso, la cesura media de los primeros versificadores debía prolongarse un poco más que nuestra cesura media, y en la misma proporción su cesura final más que nuestra cesura final.

Otra causa que no pudo menos de contribuir a esto, fue la coincidencia perpetua de las pautas de la sentencia con las del ritmo. En nuestra versificación, el período lógico suele ir por un camino, y el período rítmico por otro distinto; lo cual, lejos de ser un defecto, se mira con razón como necesario para dar gracia y variedad al metro. Pero no sucedió así en la primera época de la poesía de pueblo alguno *.

Los versificadores más antiguos de las lenguas modernas construían las palabras de manera que bastaba el sentido para repartirlas en los miembros o hemistiquios del verso, y el lector menos ejercitado no podía menos de hacer, al tiempo de pronunciarlas, una pausa considerable en la cesura media, y otra mayor en la cesura final. Aunque ambas cesuras absorbían igualmente las sílabas graves y rechazaban la sinalefa, la respectiva desigualdad de su duración distinguía sensiblemente el fin de los miembros o hemistiquios, del fin de los versos enteros.

Pasando ahora de las cesuras a los acentos, la primera cuestión que se presenta es, si hay entre las modernas alguna lengua destituida de acento, o en otros términos, si hay pueblo que no acostumbre elevar la voz en una sílaba invariable y fija de cada dicción. Algunos críticos franceses sostienen que no hay acento en su lengua. A mí, sin embargo, confieso que me hacen fuerza los argumentos que en apoyo de la opinión contraria alega el señor Scoppa en sus *Principios de la versificación* **. Las leyes del acento francés parecen ser más simples y uniformes que las que gobiernan el de las otras lenguas elevando constantemente la última vocal de todas las dicciones, salvo que esta vocal sea la *e* femenina o sorda. Semejante simplicidad comparada con lo vario de las otras lenguas, y aun de algunos dialectos de la francesa, es acaso lo que ha dado motivo a pensar que esta última carece absolutamente de tonos. Es natural que los

---

* A buen seguro que no se hallará en todo Berceo una copla como la siguiente del Arcipreste de Hita:

> Como dice Aristóteles, cosa es verdadera,
> el mundo por dos cosas trabaja: la primera,
> por haber mantenencia; la otra cosa era,
> por haber juntamiento con fembra placentera.

En todo el *Poema del Cid,* creo que no hay más de un solo ejemplo de sentencia terminada en principio de verso; que es éste:

> Vuestra virtud me vala, | Gloriosa, en mi egida, |
> e me ayude: ella me acorra | de noche e de día. |

El paralelismo, si es lícito decirlo así, del sentido con el metro, es uno de los caracteres que distinguen nuestros romances verdaderamente antiguos de las imitaciones del siglo XVI o XVII.

** Parte I, capítulo I, y siguientes.

franceses pronuncien el latín conforme a los hábitos que han contraído en el habla común; y ya que en su manera de recitarle percibimos distintamente que elevan siempre la voz en la última sílaba *, ¿no es de creer que esto provenga de que así lo hacen en su idioma nativo?

Pero cualquier opinión que se forme respecto del acento francés en el estado presente de esta lengua, no es dudable que en el francés antiguo se conservasen por mucho tiempo aquellas modulaciones que las otras lenguas de la Europa Meridional heredaron de su madre la latina. La supresión de las sílabas finales graves de los vocablos latinos, salvo las que tomaron la *e* femenina, caracterizó al romance francés desde muy temprano; y conservando sus vocablos el acento agudo en la misma sílaba que solía elevarse el latín, era menester que fuesen oxítonos; y solamente cuando la vocal de la última sílaba era la *e* femenina, barítonos. Esto, sin embargo, no pudo haber sido tan general en los primeros tiempos del francés como ahora, y debió irse estableciendo gradualmente, al mismo paso que se iban ahogando y desvaneciendo las sílabas graves finales del idioma latino; porque la conversión de un habla en otra es necesario que se haga lentamente y por grados imperceptibles.

El acento parece obedecer en todas las lenguas, y en todas las épocas de una lengua, a la ley fundamental de elevar una vocal en cada dicción, y no más de una. Con todo, así como antes observé que esta ley no era tan universal, que no hubiese algunas palabras destituidas de acento agudo, así también debo observar ahora que lo de no haber más de una sílaba aguda en cada vocablo no es tan rigorosamente exacto, que no pueda muchas veces reconocer el oído en una misma dicción dos elevaciones de la voz, la una a la verdad fuerte, y la otra débil, pero ambas suficientemente perceptibles. Para que esto se verifique, es necesario que la dicción tenga tres o más sílabas, y entonces, a más del acento principal, se percibirá otro secundario, que en ningún caso está contiguo al primero; verbi gracia:

2 1 2 1 1 2 2 1
Naturaleza, fuentecilla, lágrima, barbaridad.

La mejor prueba de la existencia de este acento es la que suministra en algunas lenguas la práctica de los poetas, que comúnmente, y por un proceder ordinario del arte, emplean como equivalentes la sílaba aguda y la

---

* De aquí es que el asclepiadeo latino:

Moecenás atavís edité regibús;

tiene hoy a los oídos franceses la misma cadencia y número que su alejandrino; y de aquí procede también que los hexámetros y pentámetros con que los franceses han querido recientemente imitar en su lengua la estructura de aquellos versos latinos, parezcan a nuestros oídos enteramente destituidos de ritmo.

última sílaba de una dicción esdrújula *. Así, en efecto, lo acostumbran hacer los griegos en sus versos políticos ** y los ingleses ***. Sin embargo de esto, cada vez que se hablare de sílabas graves en esta obra, se designarán con esta denominación todas aquellas que no se hallen bajo el acento primario.

---

* Es preciso confesar que en la versificación italiana y española no se saca ningún partido de la afinidad de estas dos especies de sílabas, excepto en dos casos: el primero, cuando en los versos que deben terminar con dicción esdrújula, se emplea como tal la reunión de dos vocablos, el uno grave, y el otro monosílabo agudo, bien que el último de tal naturaleza que sin mucha violencia se pueda pronunciar como enclítico; verbi gracia:

.... Gustaste il piú odorífero
o il piú soave giammai? Non *sentívi tu*
come piccava?
(Ariosto, *Cassaria*, acto III).

Fanciullo in casa allevato ed *avuto l'ho*
in luogo di figliuolo.
(Id. *I suppositi*, acto IV);

y el segundo, cuando se emplean como agudas las dicciones esdrújulas, que terminan en pronombres enclíticos, verbi gracia:

Tirsi, *paréceme*, que estás turbado,
(Jáuregui, *Aminta*, acto III).

Ora *consuélate*, que como quiera
que el desdichado muera, tú le matas.
(Id. acto IV).

Es verdad que la conducta de los poetas en uno y otro caso se mira como una especie de licencia; pero no hay licencia poética que no tenga su razón, o llámese pretexto, en la naturaleza. ¿Por qué se permite alguna vez colocar la última sílaba de *paréceme*, y no la de *parecióme*, bajo el acento métrico, sino porque en la última sílaba de las voces esdrújulas hay un acento secundario, que falta en las graves?

** Verbi gracia:

Πίσκοπος του Δαμαλᾶ,
Μήτε νου μήτε μηαλά,
Τὰ λινὰ δεν ἤθελες,
Τὰ μεγάλα γίρεβες.
Τράβα τὸ χερὸμηλα,
Κούνα τ' Αραπόπουλα.

El obispo de Damalá, descontento con los pequeños peces que se le traían, quiso ir él mismo a pescar. Apresado por un corsario de Berbería, como fuese inútil para otra especie de trabajo, se le ocupó en mecer la cuna de un niño. A esto alude el epigrama anterior.

"Obispo de Damalá, ni cordura ni seso. No quisiste lo chico, envidiaste lo grande. Da vueltas a la cigüeña; mece al hijo del árabe".

(Mitford, *Harmony of language*, Sect. XV, art. 4).

*** There are four minds, which like the *élements*,
might furnish forth creation. *Italy!*
Time, which hath wrong'd thee with ten thousand rents

De todas las especies de verso que se usaron en el latín de los siglos medios, la que tuvo más boga, principalmente en la poesía eclesiástica, fue el dímetro yámbico, ora ajustado a la observancia de cuantidades, ora no; y su forma ordinaria y casi pudiera decirse invariable, fue la de ocho sílabas con terminación esdrújula:

Arbor decora et fúlgida,
ornata regis púrpura.

Nació de ella el verso hexasílabo, que sólo se le diferencia en no serle necesarias las sílabas graves finales. Esta especie de verso es antiquísima en la poesía moderna. Usáronla en el romance francés, Everardo, abad de Kirkham, que floreció en la primera mitad del siglo XII *; y Felipe

---

of thine imperial garment, shall deny
and hath denied to ev'ry other sky
spirits which soar from ruin. Thy decay
is still impregnate with *divinity*, etc.

(Lord Byron, *Childe Harold*, IV).

If from *society* we learn to live,
His *solitude* should teach us how to die.

(Ib).

Es una observación que se ha hecho antes de ahora por Mr. Mitford (*Harmony of language*, Sect. VII), y por el siciliano Scoppa (*Principios de la versificación*, tomo III, p. 355), que en aquel célebre cántico nacional de los ingleses, *God save the king*, el verso es frecuentemente agudo en donde la música lo requiere esdrújulo; y así los italianos han adaptado mejor la letra a la música, traduciendo:

God save great George our king,
God save our noble king,
God save the king,

por:

Che il ciel propizio
salvi il magnánimo
nostro gran re.

La existencia de los dos acentos principal y secundario está reconocida por dos ortoepistas ingleses, y ambos se puede decir que son de igual importancia en la versificación de este idioma; y así, cuando el verso termina en voz esdrújula, el acento secundario final es el que debe coincidir con el último acento métrico. Tan natural es esto a los ingleses, que Mr. Hobhouse, literato profundamente versado en la poesía italiana, parecía tener dificultad en concebir que el decasílabo esdrújulo se redujese al mismo ritmo que el llano o el trunco. (Véase su *Essay on the present literature of Italy*, impreso con sus *Illustrations of Childe Harold*, pág. 364).

* Este Everardo tradujo en hexasílabos los dísticos de Catón. He aquí una muestra de su versificación y estilo:

Or proiez pur le móine
ke Deeus son cuer eslóine
de mal e de pecchié,
e k'il lui doint sa gráce
ke ïl la chose fáce
sulunc la verité.

de Than, que escribía por los principios del mismo siglo *; en el castellano, el Arcipreste de Hita **, y el judío *Rabí Don Santo* ***; y en la

(Ahora rogad por el monje,
que Dios su corazón aleje
de mal y de pecado,
y que le dé su gracia,
para que la cosa, haga
según la verdad).
(Rochefort, *Glossaire*, II, pág. 760)

* Felipe de Than fue autor de dos poemas en hexasílabos; el *Liber de creaturis*, que es un tratado de cronología, lleno de erudición; y el *Bestiario*, que es un tratado sobre los cuadrúpedos, aves y piedras preciosas, traducido del latín. He aquí un pasaje del *Bestiario:* descríbese el instinto maravilloso del erizo para coger y cargar las uvas:

El tens de vendenger
lores munte al palmer,
La ú la grappe veit,
la plus méure seit.
S'in abat le raisin,
mult li est mal veisin.
Puis del palmer descent,
sur les raisins s'estent.
Puis de sus se vulote,
ruunt cume pelote.
Quant est trés bien chargét,
les raisins embrocét,
eissi porte pulture
a ses fils par nature.
(En el tiempo de vendimiar,
entonces monta a la vid.
Allí donde el racimo ve,
el más maduro coge.
Así de allí derriba la uva,
muy mal vecino le es.
Luego de la vid desciende,
sobre las uvas se tiende,
luego encima se revuelca
redondo como pelota.
Cuando está muy bien cargado,
y las uvas prendidas,
así lleva alimento
a sus hijos por instinto).
(*Rochefort*, État de la poésie française
dans les XII et XIII siècles, *pág. 67*).

** El Arcipreste de Hita mezcló esta medida con otras, como se puede ver en los *Gozos de Santa María*, página 268 del tomo IV de la colección de Sánchez, y en la cántica, página 277 del propio tomo.

*** He aquí dos coplas de sus *Consejos y documentos al rey don Pedro:*

Por nascer en espino
la rosa, yo non siento
que pierde, ni el buen vino
por salir del sarmiento.
Non vale el azor menos
por nascer en vil nio,
nin los exiemplos buenos
por los decir judío.
(Sánchez, *Colección* I, págs. 180 y 182).

lengua inglesa, el autor desconocido de la gesta o poema histórico del rey Horn *.

El yámbico dímetro dio origen a otra especie de verso de grande uso en la poesía francesa e inglesa. En efecto, si se pasa de la sexta a la octava sílaba, el último acento de aquel metro:

Arbol decora et fulgidá
ornata regis purpurá;

tendremos exactamente el verso octosílabo francés,

Si criemes Dieu, tu l'amerás,
et serviras, et honorrás,
et terre auras a grant plenté,
jamais ne seras esgaré **.

Pero ¿qué es lo que dio motivo a la traslación del acento a la última sílaba, traslación tan repugnante al genio de la lengua latina, como opuesta al proceder común por donde los metros del Lacio y los ritmos de la media edad se convirtieron en los versos modernos? Yo encuentro la causa de semejante anomalía (que ciertamente lo es) en las modulaciones que se daban, y todavía se dan, en los cánticos de la iglesia, a los himnos compuestos en aquella especie de metro; las cuales observan exactamente una medida o compás tal, como si se acentuase cada sílaba par:

Eléсta dígno stipité
tam sáncta mémbrá tángeré.

Debe tenerse presente que la antigüedad de esta especie de himnos sube a los primeros siglos de la era cristiana; que las tonadas con que los juglares entonaban el verso eran al principio imitadas del canto gregoriano ***; y que, a lo menos en el francés, no había modo de adaptar la del dímetro yámbico (medida cabalmente la más favorita de la poesía eclesiástica) a ninguna combinación de palabras que no formase versos octosílabos.

Para encarecer la gran popularidad de este verso, basta decir que en él se cantaban regularmente los *fabliaux,* consejas o cuentos jocosos que formaron uno de los ramos más favoritos de la poesía vulgar desde el

---

* Ellis (*Specimens,* chapt. II) dice que además de la gesta del rey Horn, se escribieron en verso hexasílabo muchas otras obras inglesas, y que por su frecuente aplicación a los poemas históricos y caballerescos, se le llamó el *minstrel-metre,* o metro de los juglares.

** *Criemes,* temes; *honorrás,* honorarás; *plenté,* abundancia. (*Castoiement d'un père a son fils;* Barbazan, *fabliaux,* tomo IV, edición de 1808).

*** Le Beuf, *Dissertations,* tomo II, página 120; y La Borde, *Essai sur la Musique, II,* 146.

siglo XI; y que también se le solía emplear en los romances o poemas históricos, hagiográficos o caballerescos de los franceses y provenzales; de que se pueden citar por ejemplos la mayor parte de los que escribió Roberto Wace, poeta famoso del siglo XII; la historia de los reyes anglosajones por Jofre de Gaimar, la de las guerras de Troya y la de los duques de Normandía por Benoit de Saint More, ambos de la misma edad que Wace; el viaje de San Brandán al paraíso terrestre, que es de principios del propio siglo; la vida de San Josafat y la de los siete durmientes por Chardry, que floreció en el siguiente. También se escribieron a menudo en este verso la oda o canción, el apólogo (como los de María de Francia. contemporánea de Chardry), las obras de moralidad (como la traducción de los proverbios por Sansón de Nantueil), el poema didáctico (por ejemplo, el de los *Enseñamientos* de Aristóteles, o *Secreto de los secretos* de Pedro de Vernón, que, como Sansón de Nantueil, floreció en el siglo XII), y en suma todas las especies de poesía que se cultivaban por aquellos tiempos.

El verso octosílabo tuvo grandísimo uso en el idioma provenzal, y todavía le tiene en el inglés *, pero entre nosotros apenas hay vestigio de que fuese conocido. Yo a lo menos, la única muestra que he visto de él en castellano (anterior a don Tomás de Iriarte, que le imitó de la moderna poesía francesa en su fábula de *El Manguito, el Abanico y el Quitasol*) es la cántica que don Gonzalo de Berceo introduce en el *Duelo de la virgen María,* poniéndola en boca de los soldados que custodiaban el sepulcro de Cristo:

Non sabedes tanto descanto
que salgades de so ël canto...
Vuestra lengua tan palabrera
haros dado mala carrera...
Todos son homes plegadizos,
rio-aduchos, mezcladizos, etc.

El yámbico tetrámetro cataléctico fue también imitado en las lenguas modernas, como ya lo observó Mr. Tyrwhitt, que, en su ensayo sobre la versificación de Chaucer, refiere a dicho metro la del *Ormulum,* paráfrasis de los evangelios por un tal *Orm* u *Ormin,* que se cree haber existido hacia el reinado de Enrique II de Inglaterra. En esta obra el verso se divide constantemente, como en aquella especie de yámbicos en dos miembros, el uno de ocho sílabas, que termina en voz aguda o esdrújula,

* En la forma que le dieron los ingleses, acentuando las sílabas pares, le han hecho recobrar la cadencia y aire antiguo del yámbico dímetro, que el genio de la lengua francesa, y la libertad de los que versificaron en ella habían hecho en gran parte **desaparecer:**

The máster sáw the mádness rífe,
his glówing chéeks, his árdent éyes.
(*Dryden*)

y el otro de siete que termina constantemente en voz grave *; y el propio mecanismo se puede observar en una parte de los versos del idilio o canción dialogada de Ciullo de Alcamo, poeta siciliano de fines del siglo XII, inserta en la colección de antiguas poesías italianas de León de Allacci. Cada estrofa consta de cinco versos, los tres primeros de quince sílabas, sujetos al artificio que acabo de explicar, si no es que la terminación esdrújula del primer miembro es constante; y los otros dos al parecer decasílabos, como los que después compusieron Dante y Petrarca, bien que mucho menos regulares. He aquí algunos de los de quince sílabas:

Rosa fresca aulentíssima, ch'appari in ver l'estáte,
le donne te disíano pulcelle e maritáte...
Tu non mi lasa vívere ne sera ne maitíno...
Molte sono le fémine ch'hanno dura la tésta.

El Allacci cita otros versos de la misma especie, sacados de otras antiguas composiciones; como éste:

Virgo beata, ajútami, ch'io non perisca a tórto,

y los cuatro de esta copla:

Fa ben quando sé gióvane, che poi invecherái,
le buon fatti e ditti óttimi ad altri insegnerái,
lo bene sempre séquita, quando tu fatto l'hái,
e di te quello dícasi, che d'altri tu dirái.

A la verdad, puede dudarse si los sicilianos quisieron imitar con tales versos los trocaicos griegos o los yámbicos latinos. Las cesuras y acentos de los unos y de los otros eran absolutamente semejantes; pero lo que hace más difícil de resolver esta cuestión es que los sicilianos tuvieron casi tanta comunicación con los griegos como con los latinos. En los otros pueblos meridionales de Europa, no puede ofrecerse la misma duda, porque en ellos fue infinitamente superior la influencia de la lengua y literatura del Lacio.

---

* De aquí aquella medida, tan común en las antiguas baladas, aunque representada como dos versos distintos:

Earl Douglas on a múlkwhite steed
most like a baron bóld,
ro de foremost of the cómpany
whose armour shone like góld.
Every white will háve its black
and ev'ry sweet its sóur.
This foud the lady Chrístabell
in an untimely hour.

Estos versos, en efecto, no se diferencian de los del *Ormulum*, sino en que *bold, gold, sour, hour* son monosílabos agudos debiendo ser disílabos graves, lo que en el final del verso importa poco para el ritmo acentual. La disposición en las rimas en las antiguas baladas, recuerda bien claramente que cada dos versos formaban al principio uno solo.

Si comparamos los anteriores hiponacteos de Ciullo de Alcamo con el antiguo alejandrino francés y español, no hallaremos otra diferencia, sino que en el alejandrino las sílabas que venían después del acento métrico de la sexta se consideraban en uno y otro miembro como indiferentes para el ritmo; pudiendo de consiguiente constar el verso entero, ya de quince sílabas, y entonces era idéntica su estructura con la del hiponacteo siciliano, verbi gracia:

De yerbas et dë árbores et de toda verdúra,
como diz Sant Jerónimo, manará sangre pura;
(Berceo, *Signos del juicio*).

Siempre laudes angélicas ante mí cantarédes;
(Ibídem).

ya de catorce, terminando ambos hemistiquios en voz grave, por ejemplo:

Mandez a Charlemáine le bon roi radoté
que le tréu vous rénde de France le regné; *
(*Roman de Charlemagne*, manuscrito, Museo Británico, *Bibliotheca Regia*, 15. E. VI).

Tels y a qui vous chántent de la reónde táble; **
(*Roman du Chevalier au Cygne*, manuscrito ib.)

Darlis han malas cenas et peores yantares,
grand fumo a los ojos, grant fedor a las nares,
vinagre a los labros, fiel a los paladares
fuego a las gargantas, torzon a los ijares;
(Berceo, *Signos del Juicio*).

o el primero en voz esdrújula y el segundo en aguda; verbi gracia:

Ca nunca hobo mácula la su virginidát;
(Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*).

ya de trece, terminando un hemistiquio en grave y otro en aguda; verbi gracia:

Ventelent et ondóyent banieres et pennón...
En palais et en chámbres est si grant la clartéz,
a cil qui la regárde semble tout aluméz; ***
(*Roman de Charlemagne*, manuscrito citado).

Mais je ne vous dirái ne mensonge ne fáble;
(*Roman du Chevalier au Cygne*, manuscrito citado).

Apareciól' la mádre del rei de magestát;
(Berceo, ib.)

Ca desque se hombre vuélve con ellas una véz,
siempre va ën arriédro e siempre pierde préz;
(Poema de *Alejandro*).

---

* *Radoté*, lo mismo que *radoteur; tréu*, tributo; *regné*, reino.
** *Reónde* lo mismo que *ronde*.
*** *Ventelent*, tremolan; *pennon*, pendones; *en chambres*, en las cámaras.

De la parte del sól vi venir una séña;
(Arcipreste de Hita).

ya finalmente de doce, siendo ambos hemistiquios truncos, verbi gracia:

Richement sont servís a table les barónes;
(*Roman de Charlemagne,* manuscrito citado).

el veer, el oir, el oler, el gustar.
(Berceo, id.)

Por aquí echará de ver cualquiera que el verso alejandrino (llamado así, según se cree comúnmente, por haberse empleado, aunque no por la primera vez, en la gesta o poema histórico de *Alejandro,* escrita en francés a los principios del siglo XIII por Alejandro de Bernay, Pedro de San Cloot, Juan le Venelais, Lambert li Cors, y otros) no es más que un hiponacteo latino, en que las sílabas que vienen después del último acento métrico de cada miembro, que es el de la sexta sílaba, no se reputan necesarias para el ritmo. Si alguno, sin embargo, quisiere considerarle como dimanado de la reunión de los yámbicos dímetros, no le pondré embarazo. La cuestión es enteramente nominal, una vez que el hiponacteo no es más que un dístico de yámbicos dímetros, con la sola diferencia de faltar al segundo verso una sílaba, que por venir después del último acento, no se considera como necesaria en el ritmo acentual de las naciones modernas.

NOTAS SOBRE BERCEO [31]

La hagiografía ocupó en los siglos XII y XIII gran número de poetas. Desde 1121 parece haberse compuesto el *Viaje de San Brandán al paraíso terrestre,* que existe en varias lenguas, y se ha impreso repetidas veces; pero no se nos ha trasmitido el nombre de su autor. En esta especie de composiciones, figuraron, entre otros, Roberto Wace, natural de Jersey, que versificó en francés la historia del establecimiento de la fiesta de la Concepción y la vida de San Nicolás; Garmier o Guérnes, eclesiástico de Pont Saint Maxence en Picardía, que por 1172 compuso la vida de Santo Tomás de Cantórbery, y, según él mismo asegura, la leyó más de una vez públicamente cerca del sepulcro de aquel santo; Chardry y Denys Piramus, poetas anglo-normandos, que dieron a luz, el primero una vida de San Josafat y una historia de los siete durmientes, y el segundo la vida y milagros de San Edmundo; Beranger, poeta desconocido a todos los biógrafos, que puso en coplas francesas de la misma estructura

que las de nuestro Berceo el Viejo y Nuevo Testamento, la vida de la Virgen, la del Salvador y otros asuntos piadosos; el incansable Rutebeuf, autor de las vidas de Santa Isabel de Turingia, de Santa María Egipciaca, de Santa Tais de Egipto, etc., dejando de contar no pocas obras de la misma clase por la mayor parte anónimas; don Gonzalo de Berceo, contemporáneo de los reyes de Castilla, don Fernando el Santo y don Alfonso el Sabio, y autor de las vidas de Santo Domingo de Silos, de San Millán y de Santa Oria, en que siguió respectivamente las que de los mismos santos se habían escrito en latín por Grimaldo, por San Braulio, obispo de Zaragoza, y por el monje Muño.

No fueron éstos los únicos sujetos en que se ocupó la pluma fecunda de don Gonzalo. La mejor de sus obras, tanto por la variedad que la materia permitía, como porque el autor parece haberse esmerado en ella, dándole un colorido más poético, es la de los *Milagros de Nuestra Señora*. Como Berceo no dice los originales de donde los sacó, ni su ingenioso editor don Tomás Antonio Sánchez parece haber tenido noticia de ello, no se me llevará a mal que exponga aquí detenidamente el resultado de mis investigaciones, no tan satisfactorio a la verdad como yo quisiera, pero quizá no enteramente desnudo de interés para los amantes de nuestras antigüedades.

Hay en el Museo Británico (al fin del códice 20, B, XIV de la Biblioteca Real, que es del año 1361, pero contiene obras muy anteriores a aquella fecha, entre ellas, alguna de Roberto Grosse-Teste, que había fallecido más de cien años antes) un poema francés que hasta ahora no sé que haya ocupado la atención de los eruditos, y que ciertamente por la rudeza del estilo y de la versificación lo merece poco. Refiérense en él muchos milagros obrados por la intercesión de Nuestra Señora, y parece haberse compuesto antes del año 1200 y por un versificador anglo-normando [32].

Esta última correspondencia es importantísima y parece probar, o que Berceo disfrutó el poema anglo-normando, original o traducido, o lo que es más verosímil, que ambos escritores bebieron de una misma fuente, que pudo ser alguna de tantas obras latinas en que se recopilaron los milagros de la madre de Dios.

Existe en efecto, entre los manuscritos, cottonianos del Museo Británico, una obra en prosa latina incompleta y sin nombre de autor, que es la que se halla en el códice Cleopatra, C, 10, desde el folio 100 hasta el 126 inclusive. Está en pergamino y letra al parecer del siglo XII: contiene veinte y cuatro milagros, seis de los cuales forman el primer libro, diez y siete el segundo, y con el milagro vigésimo cuarto empieza el libro tercero, que es hasta donde llega lo que de esta obra se comprende en el

citado códice compuesto de partes muy heterogéneas. Cotejándola con los poemas anglo-normando y castellano, se observa desde luego tan notable, aunque no completa, semejanza en el orden con que se han colocado los varios asuntos que no es posible mirarla como fortuita.

Obsérvese también que las citas de la obra latina se han trasladado con más especificación en el poema de Berceo que en los otros dos [33] lo cual es un indicio nada equívoco de que el escritor castellano se sirvió inmediatamente de aquélla.

Por ejemplo, el milagro primero, libro 1, de la obra latina, comienza de este modo: Nam cum in civitate Bituricensi, ut referre solet quidam monachus de Clusa, *Petrus nomine,* qui forte eo tempore in ipsa urbe aderat, veluti in plerisque cernitur, synagoga judaerum esset, etc.

Lo cual se traduce así en el anglo-normando:

Un aventure ke ico vus di
avint en Burges en Berri.
Ceo nus conte un ordiné
ke dunke esteit en la cité.

En francés:

A Beourges, ce truis lisant,
d'un juif verrier souduiant,
fut Nostre Dame granz merveilles.

y en castellano:

Enna villa de Bórges, una cibdat estraña,
cuntió en essi tiempo una buena fazaña.
Sonada es en Francia, si faz en Alemaña,
bien es de los miraclos semejante calaña.

Un monge la escripso, home bien verdadero;
de sant Micael era de la Clusa claustrero.
Era en essi tiempo en Bórges ostalero.
Peidro era su nomne, *etc.*

Pasando de la sustancia de los hechos al modo de referirlos, se nota que no sólo se conforman en las circunstancias principales, sino frecuentemente en los más menudos ápices de la narrativa, en los conceptos que la adornan, en las citas, y hasta en las mismas digresiones.

Por otra parte, aunque el estilo de Berceo dé motivo para sospechar que le era familiar el romance francés de aquellos tiempos, y aunque en las obras castellanas más antiguas, inclusa la gesta del Cid, se perciben imitaciones evidentes del estilo y modos de decir franceses, sabemos que Berceo tomó del latín los asuntos de todas sus otras composiciones.

El autor de la citada obra latina me es desconocido. Tampoco sé si ella se ha impreso. Ciertamente se escribió después de la muerte de San Hugo, abad cluniacense, acaecida en 1109, pues le cita con la expresión

beatae memoriae *. Además, uno de los milagros que contiene, que es el décimo octavo de don Gonzalo, está fundado, si no me equivoco, sobre un hecho auténtico, que es la matanza de judíos, que hubo en Toledo la víspera de la Asunción de 1108 **. Por consiguiente, lo más temprano que pudo haberse escrito es hacia 1125 o 1130; y si es éste (como parece probabilísimo) uno de los tratados latinos que menciona en su prefación el anglo-normando, y a que atribuye cierta antigüedad, tampoco puede suponerse que se escribiese más tarde. No carece de verosimilitud que parte de estos milagros se tomasen de Juan de Garlande y de Guiberto de Nogens, que sabemos dejaron escritos algunos. Lo que puede admitirse con alguna confianza, es que la compilación cottoniana es de primera mano, esto es, no se hizo sobre otra compilación anterior de los mismos milagros; y que ya sea en su primitiva forma, ya refundida con poca alteración en rapsodias posteriores, de ella tomaron a manos llenas los versificadores romancistas.

El prólogo de la obra latina se expresa así: "Quae (miracula) licet *quaedam* sint praecedentium patrum stylo exarata, tamen quia ita sunt in diversis codicibus disgregata, ut difficillime vel nullo modo a quibusdam queant inveniri, idoirco studium fuit disgregata congregare, quatenus facilius possint in unum volumen redacta reperiri. Deprecamur autem ut non nobis ascribatur quod diversus in nostro opere stylus reperiatur, quoniam non id egit superbia, sed potius exemplorum inopia".

Pedro Mauricio, llamado también Pedro el Venerable, abad cluniacense, escribió dos libros de milagros, entre los cuales no se contiene ninguno de los de Berceo. Un anticuario francés pretende que Gualtero de Coinsi tomó parte de los suyos de Tomás de Cautimpré, que compuso en latín algunas vidas de santos y dos libros de los milagros y ejemplos memorables de su tiempo. Pero este escritor floreció a mediados del siglo XIII, y no se encuentra en sus obras ninguno de los asuntos de Gualtero ni de Berceo.

Del bon abbé de Clonni
Hugo sovent avez oi,
ke solloit bon cuntes cunter
pur soi et altres solacer.
Un cunte cunta ke jeo ai entendu,
e je vus dirai coment ceo fu.
Un biau miracle vos voit dire
qu' à son tampoire fit escrire
Seinz Hues l'abés de Cligni.
(*Poema anglo-normando*, milagro 22).

* En esta cita, hay una implicación que puede salvarse suponiendo que hay errata en el tiempo del verbo, y que debe leerse *solebat.* Dice así: Neque hoc debemus silere quod beatae memoriae dominus Hugo, abbas cluniacensis, solet narrare. Liber II, 8.

** Véase fray Prudencio de Sandoval, *Crónica de Don Alonso el Séptimo,* índice.

Señores e amigos, por Dios e caridat,
oíd otro miraclo fermoso por verdat.
San Hugo lo escripso de Grunniego abbat, etc.
(*Berceo, Milagros de Nuestra Señora,* VIII).

Estos pasajes manifiestan que Berceo no confundió aquí a San Hugo con San Pedro Mauricio, como conjeturó don Tomás Antonio Sánchez (*Colección de Poesías Castellanas,* tomo II, página 309). No consta que San Hugo hubiera escrito milagros; consta sí que de viva voz comunicó algunos a San Pedro Damiano, San Pedro Mauricio, Hildeberto y otros. Véase *Acta Sanctorum,* 29 de abril; y Marrier, *Bibliotheca Cluniacensis,* página 498. Los primeros recopiladores no dicen que San Hugo *escribiese.* Berceo y Gualtero de Coinsi lo dicen; pero es probable que, al copiar la cita de sus predecesores, le dieron por equivocación un sentido que no tenía [34].

En las obras de San Bernardo, edición de París, 1632, página 158, se halla el tratado *De lamentatione Virginis Mariae,* de donde tomó Gonzalo de Berceo su poema *Duelos de la Virgen María,* siguiendo muy de cerca a su original.

De Lamentatione Virginis Mariae, sermo S. Bernardi. (*Opera Sancti Bernardi,* París, 1632, página 158).

La lamentación de la Virgen María de San Bernardo empieza: "Quis dabit capiti meo aquam et oculis meis fontem lacrimarum"; y es una deprecación del santo para que la Virgen se sirva revelarle lo que padeció durante la pasión de su hijo.

"—Dic, domina mea, dic, mater angelorum, mater misericordiae, si in Jerusalem eras quando filius tuus captus fuit et vinctus?...

"—Erant enim mecum sorores, meae, et aliae mulieres multae, plangentes eum quasi unigenitum. Inter quas erat Maria Magdalene, quae super omnes, excepta me, quae tecum loquor, dolebat et plorabat."

Berceo sostiene mejor el diálogo, porque San Bernardo vuelve a hablar de la Virgen en tercera persona, luego que cesa el coloquio entre la madre y el hijo.

Lo de los moros, por supuesto, no se halla en San Bernardo. Berceo añade, quita, altera, etc.

En este sermón, no hay el nombre de San Bernardo.

The Lamentation of our Lady, que se halla en Cleopatra D, VII, página 103, es en prosa, y en sustancia es una relación de la pasión de Jesucristo, y de coloquios que pasaron entre él y su madre, hecha por la santísima Virgen, al modo que se halla en Berceo, desde la copla 15. (Pergamino).

En el 8, B, XVII, 16, no se nombra a San Bernardo. Es un poema corto, comparado con el de Berceo; pero el argumento, plan y mucha parte de las ideas son comunes.

SIGNA JUDICII [85]

Códice en folio y pergamino. Contiene hacia las últimas hojas un breve tratado que dice así:

"De quindecim signis quindecim dierum precedentium diem judicii. Jeronimus in annalibus hebreorum. Quindecim signa quindecim dierum.

"1. Dies. Maria omnia exaltabuntur in altitudinem quindecim cubitorum super montes excelsos; orbem terrae non effluentia, sed sicut muri equora stabunt.

"2. Equora prosternentur in ima profundi ita ut vix queant humani obtutibus conspici.

"3. Maria omnia redigentum in antiquum statum qualiter ab exordio creata fuerunt.

"4. Beluae omnes et omnia quae moventur in aquis marinis congregabuntur et levabuntur super pelagus mole (así está) contentionis mugientes, etc.

"5. Las aves del cielo se congregarán en los campos, darán gritos de dolor, no comerán, ni beberán. (Nada de cuadrúpedos).

"6. Fulmina ignea ab ocasu solis surgent, y correrán hacia oriente.

"7. Las estrellas fijas y movibles se convertirán en cometas.

"8. Terremoto.

"9. Las piedras chocarán unas contra otras.

"10. Los vegetales llorarán sangre.

"11. Se aplanarán montes, collados y alturas.

"12. Todos los animales de la tierra vendrán a los campos rugiendo y mugiendo, y no comerán, ni beberán.

"13. Se abrirán los sepulcros.

"14. Los hombres errarán como dementes.

"15. Morirán todos los hombres para resucitar al son de la trompeta".

DELLE COSE DEIL AQUILA

"El poema rústico de Boezio de Rainaldo, llamado comúnmente Bucio Ranaldo, dado a luz por Muratori al fin del tomo VI de sus *Antigüedades de Italia de la Edad Media,* está escrito en la forma de versos de Gonzalo de Berceo. Bucio murió en 1363. Aquila fue su patria. *De las cosas de Aquila* es el título de su poema.

"En el tomo I, parte 1ª, *De Rerum Italicarum Scriptoribus* de Muratori está Jornandes *De Rebus Geticis,* interesante para elucidar el *Bernardo.*

"Hállase también en este tomo *Pauli Warnefridi, Diaconis Torojulencis, De Gestis Longobardorum, libri VI.* Este es Paulo Diácono, interesante con el mismo objeto.

"La *Sancta Margarita,* poema inglés del siglo XII, a fines, está escrita en el mismo metro de Berceo".

NOTAS SOBRE BOSCAN [36]

A LA DUQUESA DE SOMA

¿A quién daré mis amorosos versos
que pretienden *amor y virtud junto?*

.....por cuanto se *carecen*
de estas cosas que digo que pretienden
en ti las hallarán cumplidamente.
. . . .
Que muera y que lós *cubra la tierra.*
(Edición de Amberes sin fecha).

Esta composición está escrita en verso suelto endecasílabo.

Las cláusulas terminan verso, y rara vez los dividen en dos. En la edición de 1547, se lee *pretenden, se, pretenden.* En la edición de Amberes de 1554, se lee como en la primera.

CONVERSION DE BOSCAN

Arrastrado por el suelo
mi juicio *tanto* yerra.
(Ambas de Amberes).

HERO Y LEANDRO

Porque no hierres *contra lo que sirves,*
que gran error sería si tú errases.
. . . .

Este verbo *(ser)* se deriva en unas formas del latino *sum,* y en otras del latino *sedeo;* de que nacieron, además de las que hoy se usan, las anticuadas *seo* (soy), *sees* (eres), *seia* o *seie* (era), etc. Decíase en el infinitivo *seer,* y en las personas de la sexta familia *seeré, seeria, seerie. Ser* (de *sedere,* estar sentado) se aplicó a las cualidades esenciales y permanentes; *estar* (de *stare,* estar en pie), a las accidentales y transitorias. De aquí la diferencia entre, verbi gracia, *ser pálido* y *estar pálido, ser húmeda una casa* y *estar húmeda;* diferencia delicada, y sin embargo, de uso universal y uniforme en todos los países castellanos.

HERO Y LEANDRO

Sesto y Abido fueron dos lugares
a los cuales, enfrente uno del otro,
éste en Asia y aquél siendo *en Europa,*
un estrecho del mar los dividia.
. . . .

Otros eran allí *más* sensüales

. . . .

Allí era *el salir a rescebirse;*
allí era *el mezclarse de las almas.*

. . . .

Agora veo, siéndome *tú madre,*
que todo lo he perdido.

. . . .

Muchos de Cipro y muchos de Tesalia
fueron aquí; *y Frigia y las montañas*
del Líbano quedaron despobladas.

. . . .

Movia con su gesto, y refrenaba
cuantos eran allí.

. . . .

Mas porque el templo donde ellos estaban
era *lleno de gente.*

. . . .

Si me engaño, no sé lo que se *es esto.*

. . . .

Sus amenazas eran tanto *fuertes.*

. . . .

Al triste Melamión fue tanto *cruda*
que le hizo pasar cien mil martirios.

. . . .

Cuando ningún embarazo topaba
sobre esfuerzo que el flaco pensamiento
de quequiera *recibe movimiento.*

. . . .

Como suele en el aire la *cometa*
o algún otro señal nuevo *espantarnos*
(En las tres ediciones).

. . . .

¿De qué se enfada?
Respondió riendo *de* no nada.

. . . .

Mira bien que será de nuevo hacella,
y que será hacella de no nada.

. . . .

Y *viendo bien, que* nadie no *le vía,*
no decía sino puras llanezas.

. . . .

Así muestra de bien clara o secreta,
si a mí y a mis sentidos queréis darnos,
no podemos sinó *mucho alterarnos,*
tan nuevo está en el bien nuestro planeta.

. . . .

Callo y levanto, espero y desconfío;
no tengo del vivir sino *que siento:*
ya cuanto soy parece desvarío.

. . . .

En mí de nada quedo satisfecho,
sino *de ver que no me satisfago.*

. . . .

No hacia sinó *lo razonable.*

. . . .

No curaban sinó *de las mujeres.*

. . . .

Tú has visto bien que la merced que te hice,
no la hice sinó *por causa tuya.*

PRINCIPIOS DE ORTOLOGIA Y METRICA

PROLOGO

DE LA EDICION DE 1835

Como no hay pueblo, entre los que hablan un mismo idioma, que no tenga sus vicios peculiares de pronunciación, es indispensable en todas partes el estudio de la *Ortología* a los que se proponen hablar con pureza; pues no basta que sean propias las palabras y correctas las frases, si no se profieren con los sonidos, cantidades y acentos legítimos.

Estudio es éste sumamente necesario para atajar la rápida degeneración que de otro modo experimentarían las lenguas, y que multiplicándolas haría crecer los embarazos de la comunicación y comercio humano, medios tan poderosos de civilización y prosperidad [37]; estudio indispensable a aquellas personas que por el lugar que ocupan en la sociedad, no podrían, sin degradarse, descubrir en su lenguaje resabios de vulgaridad o ignorancia; estudio, cuya omisión desluce al orador y puede hasta hacerle ridículo y concitarle el desprecio de sus oyentes; estudio, en fin, por el cual debe comenzar todo el que aspira a cultivar la poesía, o a gozar por lo menos en la lectura de las obras poéticas aquellas delicados placeres mentales que produce la representación de la naturaleza física y moral [38], y que tanto contribuyen a mejorar y pulir las costumbres.

Un arte tan esencial ha estado hasta ahora encomendado exclusivamente a los padres y maestros de escuela, que careciendo, por la mayor parte, de reglas precisas, antes vician con su ejemplo la pronunciación de los niños, que la corrigen con sus avisos. Pero al fin se ha reconocido la importancia de la *Ortología;* y ya no es lícito pasarla por alto en la lista de los ramos de enseñanza destinados a formar el literato, el orador, el poeta, el hombre público, y el hombre de educación.

Deseoso de facilitar su estudio presento a los jóvenes americanos este breve tratado, en que me parece hallarán reunido cuanto les es necesario, para que, juntando al conocimiento de las reglas la observación del uso,

cual aparece en los buenos diccionarios y en las obras de verso y prosa que han obtenido el sufragio general, adquieran por grados una pronunciación correcta y pura.

En las materias controvertidas apunto los diferentes dictámenes de los ortologistas; y si me decido por alguno de ellos o propongo uno nuevo, no por eso repruebo los otros. El profesor o maestro que adoptare mi texto para sus lecciones ortológicas, tiene a su arbitrio hacer en él las modificaciones que guste, y acomodarlo a sus opiniones particulares en estos puntos variables, que afortunadamente ni son muchos, ni de grande importancia. Yo prefiero, por ejemplo, la pronunciación de *substituir* y *transformar;* mas no por eso diré que hablan mal los que suprimen en la primera de estas dos palabras la *b* y en la segunda la *n,* como lo hacen hoy día gran número de personas instruidas, cuyas luces respeto. La variedad de prácticas es inevitable en estos confines, por decirlo así, de las diferentes escuelas; y no sería fácil hacerla desaparecer sino bajo el imperio de una autoridad que, en vez de la convicción, emplease la fuerza: autoridad inconciliable con los fueros de la república literaria, y que, si pudiese jamás existir, haría más daño que provecho; porque en las letras, como en las artes y en la política, la verdadera fuente de todos los adelantamientos y mejoras es la libertad.

Algunas reglas de *Ortología* (como de *Sintaxis* y *Ortografía)* se fundan en el origen de las palabras, y no pueden aplicarse a la práctica sin el conocimiento de otros idiomas, que no deben suponerse en los alumnos; pero no por eso es lícito omitirlas en una obra cuyo objeto es investigar 39
los principios y fundamentos de la buena pronunciación, y no sólo aquellos que se dejan percibir a los observadores menos instruidos, sino aun los que por su naturaleza sólo pueden servir de guía a los eruditos, y a las corporaciones literarias cuyo instituto es fijar el lenguaje. Corresponde al profesor elegir, entre las varias materias que se tocan en un tratado elemental, las accesibles a la inteligencia de sus discípulos, sirviéndose de las otras, si las juzga útiles, para la decisión de los casos dudosos que los principiantes no alcancen a resolver por sí mismos.

A la *Ortología,* que comprende, como parte integrante, la doctrina de los acentos y de las cantidades, llamadas comúnmente *Prosodia,* creí conveniente agregar un tratado de *Métrica.* La *Prosodia* y la *Métrica* son dos ramos que ordinariamente van juntos, porque se dan la mano y se ilustran recíprocamente.

En la *Métrica* doy una análisis completa, aunque breve, del artificio de nuestra versificación, y de los verdaderos principios o elementos constitutivos del *metro* en la poesía castellana, que bajo este respecto tiene grande afinidad con la de casi todas las naciones modernas. Pero me era imposible emprender esta análisis sin que me saliesen al paso las reñidas controversias que han dividido siglos hace a los humanistas, acer-

ca de las cantidades silábicas, el oficio de los acentos y la medida de los versos. Después de haber leído con atención no poco de lo que se ha escrito sobre esta materia, me decidí por la opinión que me pareció tener más claramente a su favor el testimonio del oído, y que, si no me engaño, aventaja mucho a las otras en la sencillez y facilidad con que explica la medición de nuestros versos, sus varias clases, y los caracteres peculiares de los dos *ritmos* antiguo y moderno. Reservo para los *Apéndices* estos y otros puntos de elucidación o de disputa, que, interpolados en el texto, suspenderían inoportunamente la exposición didáctica destinada a los jóvenes.

No disimularé que mi modo de pensar está en oposición absoluta con el de dos eminentes literatos, autor el uno de un excelente tratado de literatura, y traductor de Homero; y recomendable el otro por la publicación de los primeros elementos de *Ortología*, que se han dado a luz sobre la lengua castellana; obra llena de originales y curiosas observaciones, y fruto de largos años de estudio. Pero por lo mismo que la autoridad de estos dos escritores es de tanto peso, era más necesario hacer notar aquellos puntos en que alguna vez no acertaron; y si el desacierto fuere mío, se hará un servicio a las letras refutando mis argumentos y presentando, de un modo más claro y satisfactorio que hasta ahora, la verdadera teoría prosódica y métrica de la lengua castellana.

Sólo me resta manifestar aquí mi gratitud a la liberalidad con que el gobierno de Chile se ha servido suscribirse a esta obra. ¡Ojalá que su utilidad respondiese [40] a las intenciones de un patrono tan celoso por el adelantamiento de las letras, y a mis ardientes deseos de ver generalizado entre los americanos el cultivo de nuestra bella lengua, que es hoy el patrimonio común de tantas naciones!

ADVERTENCIA A LA EDICION DE 1850

Santiago, 1º de marzo de 1850

En esta segunda edición, se han hecho correcciones importantes destinadas a elucidar algunas partes de la primera, que me parecieron requerirlo, y a llenar ciertos vacíos. He creído también necesario multiplicar los ejemplos, demasiadamente escasos en la edición anterior. Estudios posteriores no han hecho más que configurar mis convencimientos sobre todos los puntos fundamentales de mi teoría prosódica y métrica. En esta parte, son casi enteramente conformes las dos ediciones.

ADVERTENCIA A LA EDICION DE 1859

Santiago, 1º de marzo de 1859

Fuera de no pocas correcciones puramente verbales y ortográficas, se encontrarán en esta tercera edición nuevos y más apropiados ejemplos; un orden más lógico en la exposición de ciertas materias; la teoría de una especie de ritmo popular a que no sé se haya prestado atención hasta ahora; y algunas otras innovaciones de menor importancia, pero que no alteran en ningún punto esencial las ideas emitidas en la edición primitiva.

GRAMATICA DE LA LENGUA CASTELLANA, DEDICADA AL USO DE LOS AMERICANOS

PROLOGO

Aunque en esta Gramática hubiera deseado no desviarme de la nomenclatura y explicaciones usuales, hay puntos en que me ha parecido que las prácticas de la lengua castellana podían representarse de un modo más completo y exacto. Lectores habrá que califiquen de caprichosas las alteraciones que en esos puntos he introducido, o que las imputen a una pretensión extravagante de decir cosas nuevas: las razones que alego probarán, a lo menos, que no las he adoptado sino después de un maduro examen. Pero la prevención más desfavorable, por el imperio que tiene aún sobre personas bastante instruidas, es la de aquellos que se figuran que en la gramática las definiciones inadecuadas, las clasificaciones mal hechas, los conceptos falsos, carecen de inconveniente, siempre que por otra parte se expongan con fidelidad las reglas a que se conforma el buen uso. Yo creo, con todo, que esas dos cosas son inconciliables; y que el uso no puede exponerse con exactitud y fidelidad sino analizando, desenvolviendo los principios verdaderos que lo dirigen; que una lógica severa es indispensable requisito de toda enseñanza; y que, en el primer ensayo que el entendimiento hace de sí mismo es en el que más importa no acostumbrarle a pagarse de meras palabras.

El habla de un pueblo es un sistema artificial de signos, que bajo muchos respectos se diferencia de los otros sistemas de la misma especie: de que se sigue que cada lengua tiene su teoría particular, su gramática. No debemos, pues, aplicar indistintamente a un idioma los principios, los términos, las analogías en que se resumen bien o mal las prácticas de otro. Esta misma palabra *idioma* * está diciendo que cada lengua tiene su genio, su fisonomía, sus giros; y mal desempeñaría su oficio el gramático que explicando la suya se limitara a lo que ella tuviese de común con otra, o (todavía peor) que supusiera semejanzas donde no hubiese

* En griego *peculiaridad, naturaleza propia, índole característica.*

más que diferencias, y diferencias importantes, radicales. Una cosa es la gramática general, y otra la gramática de un idioma dado: una cosa comparar entre sí dos idiomas, y otra considerar un idioma como es en sí mismo. ¿Se trata, por ejemplo, de la conjugación del verbo castellano? Es preciso enumerar las formas que toma, y los significados y usos de cada forma, como si no hubiese en el mundo otra lengua que la castellana; posición forzada respecto del niño, a quien se exponen las reglas de la sola lengua que está a su alcance, la lengua nativa. Este es el punto de vista en que he procurado colocarme, y en el que ruego a las personas inteligentes, a cuyo juicio someto mi trabajo, que procuren también colocarse, descartando, sobre todo, las reminiscencias del idioma latino.

En España, como en otros países de Europa, una admiración excesiva a la lengua y literatura de los romanos dio un tipo latino a casi todas las producciones del ingenio. Era ésta una tendencia natural de los espíritus en la época de la restauración de las letras. La mitología pagana siguió suministrando imágenes y símbolos al poeta; y el período ciceroniano fue la norma de la elocución para los escritores elegantes. No era, pues, de extrañar que se sacasen del latín la nomenclatura y los cánones gramaticales de nuestro romance.

Si como fue el latín el tipo ideal de los gramáticos, las circunstancias hubiesen dado esta preeminencia al griego, hubiéramos probablemente contado cinco casos en nuestra declinación en lugar de seis, nuestros verbos hubieran tenido no sólo voz pasiva, sino voz media, y no habrían faltado aoristos y paulo-post-futuros en la conjugación castellana *.

Obedecen, sin duda, los signos del pensamiento a ciertas leyes generales, que derivadas de aquellas a que está sujeto el pensamiento mismo, dominan a todas las lenguas y constituyen una gramática universal. Pero si se exceptúa la resolución del razonamiento en proposiciones, y de la proposición en sujeto y atributo; la existencia del sustantivo para expresar directamente los objetos, la del verbo para indicar los atributos y la de otras palabras que modifiquen y determinen a los sustantivos y verbos a fin de que, con un número limitado de unos y otros, puedan designarse todos los objetos posibles, no sólo reales sino intelectuales, y todos los atributos que percibamos o imaginemos en ellos; si exceptuamos esta armazón fundamental de las lenguas, no veo nada que estemos obligados a reconocer como ley universal de que a ninguna sea dado eximirse. El número de las partes de la oración pudiera ser mayor o menor de lo que es en latín o en las lenguas romances. El verbo pudiera tener géneros y el nombre tiempos. ¿Qué cosa más natural que la concordancia del verbo con el sujeto? Pues bien; en griego era no sólo permitido sino usual con-

* Las declinaciones de los latinizantes me recuerdan el proceder artístico del *pintor de hogaño,* que, por parecerse a los antiguos maestros, ponía golilla y ropilla a los personajes que retrataba.

certar el plural de los nombres neutros con el singular de los verbos. En el entendimiento dos negaciones se destruyen necesariamente una a otra, y así es también casi siempre en el habla; sin que por eso deje de haber en castellano circunstancias en que dos negaciones no afirman. No debemos, pues, trasladar ligeramente las afecciones de las ideas a los accidentes de las palabras. Se ha errado no poco en filosofía suponiendo a la lengua un trasunto fiel del pensamiento; y esta misma exagerada suposición ha extraviado a la gramática en dirección contraria: unos argüían de la copia al original; otros del original a la copia. En el lenguaje lo convencional y arbitrario abraza mucho más de lo que comúnmente se piensa. Es imposible que las creencias, los caprichos de la imaginación, y mil asociaciones casuales, no produjesen una grandísima discrepancia en los medios de que se valen las lenguas para manifestar lo que pasa en el alma; discrepancia que va siendo mayor y mayor a medida que se apartan de su común origen.

Estoy dispuesto a oír con docilidad las objeciones que se hagan a lo que en esta gramática pareciere nuevo; aunque, si bien se mira, se hallará que en eso mismo algunas veces no innovo, sino restauro. La idea, por ejemplo, que yo doy de los casos en la declinación, es la antigua y genuina; y en atribuir la naturaleza de sustantivo al infinito, no hago más que desenvolver una idea perfectamente enunciada en *Prisciano:* "Vim nominis habet verbum infinitum; dico enim *bonum* est legere, ut si dicam *bona est lectio*". No he querido, sin embargo, apoyarme en autoridades, porque para mí la sola irrecusable en lo tocante a una lengua es la lengua misma. Yo no me creo autorizado para dividir lo que ella constantemente une, ni para identificar lo que ella distingue. No miro las analogías de otros idiomas sino como pruebas accesorias. Acepto las prácticas como la lengua las presenta; sin imaginarias elipsis, sin otras explicaciones que las que se reducen a ilustrar el uso por el uso.

Tal ha sido mi lógica. En cuanto a los auxilios de que he procurado aprovecharme, debo citar especialmente las obras de la Academia española y la gramática de D. Vicente Salvá. He mirado esta última como el depósito más copioso de los modos de decir castellanos; como un libro que ninguno de los que aspiran a hablar y escribir correctamente nuestra lengua nativa debe dispensarse de leer y consultar a menudo. Soy también deudor de algunas ideas al ingenioso y docto D. Juan Antonio Puigblanch en las materias filológicas que toca por incidencia en sus Opúsculos. Ni fuera justo olvidar a Garcés, cuyo libro, aunque sólo se considere como un glosario de voces y frases castellanas de los mejores tiempos, ilustradas con oportunos ejemplos, no creo que merezca el desdén con que hoy se le trata.

Después de un trabajo tan importante como el de Salvá, lo único que me parecía echarse de menos era una teoría que exhibiese el sistema de la lengua en la generación y uso de sus inflexiones y en la estructura de

sus oraciones, desembarazado de ciertas tradiciones latinas que de ninguna manera le cuadran. Pero cuando digo *teoría* no se crea que trato de especulaciones metafísicas. El señor Salvá reprueba con razón aquellas abstracciones ideológicas que, como las de un autor que cita, se alegan para legitimar lo que el uso proscribe. Yo huyo de ellas, no sólo cuando contradicen al uso, sino cuando se remontan sobre la mera práctica del lenguaje. La filosofía de la gramática la reduciría yo a representar el uso bajo las fórmulas más comprensivas y simples. Fundar estas fórmulas en otros procederes intelectuales que los que real y verdaderamente guían al uso, es un lujo que la gramática no ha menester. Pero los procederes intelectuales que real y verdaderamente le guían, o en otros términos, el valor preciso de las inflexiones y las combinaciones de las palabras, es un objeto necesario de averiguación; y la gramática que lo pase por alto no desempeñará cumplidamente su oficio. Como el diccionario da el significado de las raíces, a la gramática incumbe exponer el valor de las inflexiones y combinaciones, y no sólo el natural y primitivo, sino el secundario y el metafórico, siempre que hayan entrado en el uso general de la lengua. Este es el campo que privativamente deben abrazar las especulaciones gramaticales, y al mismo tiempo el límite que las circunscribe. Si alguna vez he pasado este límite, ha sido en brevísimas excursiones, cuando se trataba de discutir los alegados fundamentos ideológicos de una doctrina, o cuando los accidentes gramaticales revelaban algún proceder mental curioso: trasgresiones, por otra parte, tan raras, que sería demasiado rigor calificarlas de importunas.

Algunos han censurado esta gramática de difícil y oscura. En los establecimientos de Santiago que la han adoptado, se ha visto que esa dificultad es mucho mayor para los que, preocupados por las doctrinas de otras gramáticas, se desdeñan de leer con atención la mía y de familiarizarse con su lenguaje, que para los alumnos que forman por ella sus primeras nociones gramaticales.

Es, por otra parte, una preocupación harto común la que nos hace creer llano y fácil el estudio de una lengua, hasta el grado en que es necesario para hablarla y escribirla correctamente. Hay en la gramática muchos puntos que no son accesibles a la inteligencia de la primera edad; y por eso he juzgado conveniente dividirla en dos cursos, reducido el primero a las nociones menos difíciles y más indispensables, y extensivo el segundo a aquellas partes del idioma que piden un entendimiento algo ejercitado. Los he señalado con diverso tipo y comprendido los dos en un solo tratado, no sólo para evitar repeticiones, sino para proporcionar a los profesores del primer curso el auxilio de las explicaciones destinadas al segundo, si alguna vez las necesitaren. Creo, además, que esas explicaciones no serán enteramente inútiles a los principiantes, porque, a medida que adelanten, se les irán desvaneciendo gradualmente las dificultades que para entenderlas se les ofrezcan. Por este medio queda también al arbitrio de los

profesores el añadir a las lecciones de la enseñanza primaria todo aquello que de las del curso posterior les pareciere a propósito, según la capacidad y aprovechamiento de los alumnos. En las notas al pie de las páginas llamo la atención a ciertas prácticas viciosas del habla popular de los americanos, para que se conozcan y eviten, y dilucido algunas doctrinas con observaciones que requieren el conocimiento de otras lenguas. Finalmente, en las notas que he colocado al fin del libro me extiendo sobre algunos puntos controvertibles, en que juzgué no estarían de más las explicaciones para satisfacer a los lectores instruidos. Parecerá algunas veces que se han acumulado profusamente los ejemplos; pero sólo se ha hecho cuando se trataba de oponer la práctica de escritores acreditados a novedades viciosas, o de discutir puntos controvertidos, o de explicar ciertos procederes de la lengua a que creía no haberse prestado atención hasta ahora.

He creído también que en una gramática nacional no debían pasarse por alto ciertas formas y locuciones que han desaparecido de la lengua corriente; ya porque el poeta y aun el prosista no dejan de recurrir alguna vez a ellas, y ya porque su conocimiento es necesario para la perfecta inteligencia de las obras más estimadas de otras edades de la lengua. Era conveniente manifestar el uso impropio que algunos hacen de ellas, y los conceptos erróneos con que otros han querido explicarlas; y si soy yo el que ha padecido error, sirvan mis desaciertos de estímulo a escritores más competentes, para emprender el mismo trabajo con mejor suceso.

No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso lo que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas, y la introducción de vocablos flamantes, tomados de las lenguas antiguas y extranjeras, ha dejado ya de ofendernos, cuando no es manifiestamente innecesaria, o cuando no descubre la afectación y mal gusto de los que piensan engalanar así lo que escriben. Hay otro vicio peor, que es el prestar acepciones nuevas a las palabras y frases conocidas, multiplicando las anfibologías de que por la variedad de significados de cada palabra adolecen más o menos las lenguas todas, y acaso en mayor proporción las que más se cultivan, por el casi infinito número de ideas a que es preciso acomodar un número necesariamente limitado de signos. Pero el mayor mal de todos, y el que, si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregula-

res, licenciosos, bárbaros; embriones, de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín. Chile, el Perú, Buenos Aires, México, hablarían cada uno su lengua, o por mejor decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales, pero viven a su lado otros varios, oponiendo estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional. Una lengua es como un cuerpo viviente: su vitalidad no consiste en la constante identidad de elementos, sino en la regular uniformidad de las funciones que éstos ejercen, y de que proceden la forma y la índole que distinguen al todo.

Sea que yo exagerare o no el peligro, él ha sido el principal motivo que me ha inducido a componer esta obra, bajo tantos respectos superior a mis fuerzas. Los lectores inteligentes que me honren leyéndola con alguna atención, verán el cuidado que he puesto en demarcar, por decirlo así, los linderos que respeta el buen uso de nuestra lengua, en medio de la soltura y libertad de sus giros, señalando las corrupciones que más cunden hoy día, y manifestando la esencial diferencia que existe entre las construcciones castellanas y las extranjeras que se les asemejan hasta cierto punto, y que solemos imitar sin el debido discernimiento.

No se crea que recomendando la conservación del castellano sea mi ánimo tachar de vicioso y espurio todo lo que es peculiar de los americanos. Hay locuciones castizas que en la Península pasan hoy por anticuadas y que subsisten tradicionalmente en Hispano-América ¿por qué proscribirlas? Si según la práctica general de los americanos es más analógica la conjugación de algún verbo, ¿por qué razón hemos de preferir la que caprichosamente haya prevalecido en Castilla? Si de raíces castellanas hemos formado vocablos nuevos, según los procederes ordinarios de derivación que el castellano reconoce, y de que se ha servido y se sirve continuamente para aumentar su caudal, ¿qué motivos hay para que nos avergoncemos de usarlos? Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada. En ellas se peca mucho menos contra la pureza y corrección del lenguaje, que en las locuciones afrancesadas, de que no dejan de estar salpicadas hoy día aun las obras más estimadas de los escritores peninsulares.

He dado cuenta de mis principios, de mi plan y de mi objeto, y he reconocido, como era justo, mis obligaciones a los que me han precedido. Señalo rumbos no explorados, y es probable que no siempre haya hecho en ellos las observaciones necesarias para deducir generalidades exactas. Si todo lo que propongo de nuevo no pareciere aceptable, mi ambición quedará satisfecha con que alguna parte lo sea, y contribuya a la mejora de un ramo de enseñanza, que no es ciertamente el más lucido, pero es uno de los más necesarios.

PROLOGO AL POEMA DEL CID

HACE muchos años que se me ocurrió la idea de dar a luz una nueva edición del *Poema del Cid,* publicado en Madrid el año de 1779 por don Tomás Antonio Sánchez, bibliotecario de Su Majestad, en el tomo I de su *Colección de Poesías Castellanas anteriores al siglo XV.* Me movieron a ello, por una parte, el interés que esta producción de la Edad Media española excitó en Inglaterra y Alemania, a poco de ser conocida y sucesivamente en Francia y España; y por otra, el lastimoso estado de corrupción en que se hallaba el texto de Sánchez.

Hubo desde luego gran diversidad de opiniones sobre el mérito y la antigüedad de la obra. No faltó erudito que la mirase como el mejor de todos los poemas épicos españoles. Para otros, al contrario, no era ella más que una crónica descarnada, escrita en un lenguaje bárbaro y en una versificación sumamente ruda e informe. Alguno la supuso compuesta pocos años después de la muerte del héroe, y algún otro no le concedió más antigüedad que la del manuscrito de que se sirvió Sánchez, encontrado en un monasterio de Vivar, cerca de Burgos y único hasta ahora conocido.

I

Como punto de partida conviene inquirir cuál era la verdadera fecha del manuscrito. Los últimos versos del Poema dicen que "Per Abbat lo escribió en el mes de Mayo, en era de mill e CC. . .XLV años". Pero después de la segunda C, según el testimonio del editor, se notaba una raspadura y un espacio vacío como el que hubiera ocupado otra C, o la conjunción *e,* que no deja de ocurrir otras veces en semejantes fechas. Esta segunda suposición es inadmisible. ¿Qué objeto hubiera tenido la cancelación de una voz tan usual y propia? ¿Era tan nimiamente escrupuloso en el uso de las palabras el que puso por escrito el Poema? No es imposible que

habiendo escrito una C de más, la borrase. Pero lo más verosímil es que algún curioso la rasparía, como sospecha Sánchez, para dar al códice más antigüedad y estimación; conjetura que se confirma, no sólo por la letra, que parecía del siglo XIV según el mismo Sánchez, sino por el juicio que posteriormente han formado los eruditos don Pascual de Gayangos y don Enrique de Vedia, traductores de la *Historia Literaria de España* por Mr. Ticknor. Dichos señores tuvieron el manuscrito a la vista y se expresan así en una de sus anotaciones (tomo I, p. 496): "En cuanto a la fecha del códice, no admite duda que se escribió en MCCCXLV, y que algún curioso raspó una de las CCC a fin de darle mayor antigüedad: si hubiese habido una *e* en lugar de una C, como algunos suponen, la raspadura no hubiera sido tan grande. Punto es este que hemos examinado con detención y escrupulosidad a la vista del códice original, y acerca del cual no nos queda la menor duda".

La era MCCCXLV corresponde al año 1307 de la vulgar, porque, como todos lo saben, *era,* mencionada absolutamente, designaba en aquellos tiempos la *era española,* que añadía treinta y ocho años a la era vulgar. El distinguido anticuario don Rafael Floranes, con la mira de apoyar una conjetura suya relativa al autor del Poema, quiso suponer que la *era* de que habla el manuscrito no era la española, sino la vulgar; pero en esta parte me parece estar en contrario la costumbre antigua, conforme a la cual, cuando se designaba la segunda, solía añadirse alguna especificación, diciendo, por ejemplo: *Era* o *Año de la Encarnación,* o *del Nacimiento de Cristo.*

II

¿En qué tiempo se compuso el Poema? No admite duda que su antigüedad es muy superior a la del códice. Yo me inclino a mirarlo como la primera, en el orden cronológico, de las poesías castellanas que han llegado a nosotros. Mas, para formar este juicio, presupongo que el manuscrito de Vivar no nos lo retrata con sus facciones primitivas, sino desfigurado por los juglares que lo cantaban y por los copiantes que hicieron sin duda con ésta lo que con otras obras antiguas, acomodándola a las sucesivas variaciones de la lengua, quitando, poniendo y alterando a su antojo, hasta que vino a parar en el estado lastimoso de mutilación y degradación en que ahora la vemos. No es necesaria mucha perspicacia para descubrir acá y allá vacíos, interpolaciones, transposiciones y la sustitución de unos epítetos a otros, con daño del ritmo y de la rima. Las poesías destinadas al vulgo debían sufrir más que otras esta especie de bastardeo, ya en las copias, ya en la transmisión oral.

Que desde mediados del siglo XII hubo uno o varios poemas que celebraban las proezas del Cid, es incontestable. En la *Crónica latina* de Alfonso VII, escrita en la segunda mitad de aquel siglo, introduce el autor

un catálogo, en verso, de las tropas y caudillos que concurrieron a la expedición de Almería; y, citando entre éstos a Alvar Rodríguez de Toledo, recuerda a su abuelo Alvar Fáñez, compañero de Rui Díaz, y dice de este último que sus hazañas eran celebradas en cantares y que se le llamaba comúnmente *Mío Cid:*

> *Ipse Rodericus* Mio Cid *saepe vocatus,*
> *De quo cantatur, etc.*

Se cantaban, pues, las victorias de Rui Díaz y se le daba el título de *Mío Cid,* con que le nombra a cada paso el Poema, desde la segunda mitad del siglo XII por lo menos. Mr. Ticknor conjetura, por estos versos, que a mediados de aquel siglo eran ya conocidos y cantados los romances de que empezaron a salir colecciones impresas en el siglo XVI, a muchos de los cuales han dado materia los hechos de Rui Díaz. Pero es extraño que no hubiese extendido esta conjetura al *Poema del Cid,* en que es frecuentísimo y, por decirlo así, habitual el epíteto de *Mío Cid,* que no recuerdo haber visto en ninguno de los viejos romances octosílabos que celebran los hechos del Campeador.

Estos romances, que el célebre historiador angloamericano designa con la palabra inglesa *ballads,* compuestos en verso octosílabo con asonancia o consonancia alternativa, no parecen haber sido conocidos bajo esta forma antes del siglo XV, puesto que no se ha descubierto, según entiendo, ningún antiguo manuscrito en que aparezcan con ella. Es verdad que indudablemente provienen de los versos largos usados en el *Poema del Cid,* en las composiciones de Berceo, en el *Alejandro,* etc., habiendo dado lugar a ello la práctica de escribir en dos líneas distintas los dos hemistiquios del verso largo. Pero desde que se miraron como dos metros diferentes, aquel verso largo llamado comúnmente *alejandrino* y el de los romances octosílabos, no hay razón alguna para encontrar en la *Crónica* de Alfonso VII el menor indicio de la existencia de éstos, que por otra parte difieren mucho de la más antigua poesía narrativa en cuanto al lenguaje y estilo, sin embargo de que en algunos pasajes copian la *Gesta de Mío Cid,* cual aparece en la edición de Sánchez; pero siempre modernizándola.

Debe notarse que la palabra *romance* ha tenido diferentes acepciones en castellano, además de su primitivo significado de lengua romana vulgar, en que todavía es generalmente usada. Empleada fue para denotar todo género de composiciones poéticas. Berceo llama romance sus *Loores de Nuestra Señora* (copla 232), y el Arcipreste de Hita su colección de poesías devotas, morales y satíricas (coplas 4 y 1608). Es natural que en España, como en Francia se designasen particularmente con el título de *romances* las más antiguas epopeyas históricas o caballerescas apellidadas también *Gestas* y *Cantares de Gestas.* Así vemos que en el Poema del Cid se llama *Gesta* el Poema mismo, y *Cantares* sus principales divisiones. Por consiguiente, lo que se significaba con la palabra *romances,* o

eran composiciones métricas de cualquier materia o forma, o eran determinadamente cantares de gesta. Imprimiéronse después los *romances viejos* de los antiguos cancioneros y romanceros. Y por último, en el siglo XVII, se compusieron en verso octosílabo con asonancia alternativa, aquellos romances sujetivos o líricos en que se han ejercitado los mejores poetas españoles hasta nuestros días, bien que con más exactitud en el ritmo y más cultura en el estilo.

Los críticos extranjeros que con laudable celo se han dedicado a ilustrar las antigüedades de la poesía castellana, no han tenido siempre, ni era de esperar que tuviesen, bastante discernimiento para distinguir estas dos edades del romance octosílabo, ni para echar de ver que aun los *romances viejos* distaban mucho de la antigua poesía narrativa de los castellanos, cual aparece en los poemas auténticos del siglo XIII.

Argote de Molina y Ortiz de Zúñiga, citados por don Tomás Antonio Sánchez (nota a la copla 1016 del Arcipreste de Hita) y por Mr. Ticknor (tomo I, pág. 116 de su *Historia*), hablan de dos poetas llamados Nicolás de los *Romances* y Domingo Abad de los *Romances*, que acompañaron al rey San Fernando en la conquista de Sevilla y tuvieron repartimientos en la misma ciudad. Apoyado en las consideraciones precedentes, creo que la palabra *Romances* de este apellido no significa determinadamente los octosílabos que se compilaron en los romanceros y cancioneros, sino composiciones métricas en general y concurre a probarlo el metro de una cántiga que atribuyen a Domingo Abad y de que se copian algunas coplas, en pentasílabos aconsonantados.

Lo que ha parecido a muchos una señal menos equívoca de superior antigüedad en el Cid es la irregularidad del metro. Pero en esta parte ha influido mucho la incuria de los copiantes, de que se verán notabilísimos ejemplos en la presente edición y en las notas que la acompañan. Además, si viésemos en ello un medio seguro de calificar la antigüedad de una obra, sería preciso suponer que el Arcipreste de Hita había florecido antes que Gonzalo de Berceo y que la *Crónica Rimada* que se ha publicado recientemente en el volumen XVI de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, había precedido al Poema mismo del Cid, a despecho de las razones indubitables que manifiestan su posterioridad. Y en cuanto a la sencillez y desaliño de la frase y de la construcción, éste es un indicio de menos valor todavía. Berceo es en general más correcto y un tanto más artificial en la estructura de sus períodos; pero esto pudiera provenir de circunstancias diferentes, como la instrucción del autor, y especialmente su conocimiento de la lengua latina, el cual supone ciertas nociones gramaticales.

Sería temeridad afirmar que el Poema que conocemos fuese precisamente aquél, o uno de aquéllos, a que se alude en la *Crónica* de Alfonso VII, aun prescindiendo de la indubitable corrupción del texto y no mirando el manuscrito de Vivar sino como transcripción incorrecta de una obra de más antigua data. Pero tengo por muy verosímil que por los años de 1150 se cantaba una gesta o relación de los hechos de Mío Cid en

los versos largos y el estilo sencillo y cortado, cuyo tipo se conserva en el Poema, no obstante sus incorrecciones; relación, aunque destinada a cantarse, escrita con pretensiones de historia, recibida como tal y depositaria de tradiciones que por su cercanía a los tiempos del héroe no se alejarían mucho de la verdad. Esta relación, con el transcurso de los años y según el proceder ordinario de las creencias y de los cantos del vulgo, fue recibiendo continuas modificaciones e interpolaciones, en que se exageraron los hechos del campeón castellano y se ingirieron fábulas que no tardaron en pasar a las crónicas y a lo que entonces se reputaba historia. Cada generación de juglares tuvo, por decirlo así, su edición peculiar, en que no sólo el lenguaje, sino la leyenda tradicional, aparecían bajo formas nuevas. El presente *Poema del Cid* es una de estas ediciones y representa una de las fases sucesivas de aquella antiquísima gesta.

Cuál fuese la fecha de esta edición es lo que se trata de averiguar. Si no prescindiésemos de las alteraciones puramente ortográficas, del retoque de frases y palabras para ajustarlas al estado de la lengua en 1307, y de algunas otras innovaciones que no atañen ni a la sustancia de los hechos ni al carácter típico de la expresión y del estilo, sería menester dar al Poema una antigüedad poco superior a la del códice. Pero el códice, en medio de sus infidelidades, reproduce sin duda una obra que contaba ya muchos años de fecha. Pruébalo así, no la rudeza del metro comparado con el de Berceo, porque este indicio, según lo que antes se ha dicho, vale poco. Tampoco lo prueba la mayor ancianidad de los vocablos y frases del *Mío Cid* cotejados con los de Berceo y otros escritores del siglo XIII, porque esta aserción carece de fundamento: el que se tome la pena de recorrer el Glosario con que terminará la presente edición, verá al lado de los vocablos y frases del *Mío Cid* las formas que dan a éstos Berceo, el *Alejandro,* la versión castellana del *Fuero Juzgo* y otras obras que se miran como posteriores al *Mío Cid*; formas que generalmente se acercan más a las de los respectivos orígenes latinos y que por consiguiente parecen revelar una antigüedad superior.

Por ahora me limitaré a unas pocas observaciones.

1. En el Cid no se ven otros artículos que los modernos *el, la lo, los las.* En el *Alejandro* se emplean a veces *ela* por *la, elo* por *lo, elos* por *los, elas* por *las.*

> *Creyeron a Tersites* ela *maor partida.*
> *(Copla 402).*
>
> *Por vengar* ela *ira olvidó lealtat.*
> *(668).*
>
> *Alzan* elo *que sobra forte de los tauleros.*
> *(2221).*
>
> *Fueron* elos *troyanos de mal biento feridos.*
> *(572).*

Quiérovos quántas eran elas *naves cuntar.*
(225).

Exian de Paraiso elas *tres aguas sanctas.*
(261).

Lo mismo vemos de cuando en cuando en la versión castellana del *Fuero Juzgo:* "E por esto destrua mas *elos* enemigos extrannos, por tener el so poblo en paz". "De las bonas costumpnes nasce *ela* paz et *ela* concordia entre los poblos". Sánchez, en su edición del *Alejandro,* escribe inadvertidamente estos antiguos artículos como dos palabras *e la, e lo,* etc. Apenas es necesario notar su inmediata derivación de las voces latinas *illa, illud, illas, illos.* Estos forman una transición entre las formas latinas y las del *Poema del Cid.*

2. En el verbo que significaba en latín la existencia se habían amalgamado diferentes verbos; porque *fui, fueram, fuero, fuerim, fuissem,* vienen sin duda de diversa raíz que *es, est, estis, este, estote, eram, ero, essem;* y es probable que *sum, sumus, sunt, sim* provengan de una tercera raíz. Los castellanos aumentaron esta heterogeneidad de elementos, añadiendo otro nuevo, que tomaron del verbo latino *sedeo;* elemento que aparece tanto más a menudo y se aproxima tanto más a la forma latina, cuanto es más antiguo el escritor.

En Berceo encontramos las formas *seo* (sedeo), *siedes* (sedes), *siede* (sedet), *sedemos* (sedemus), *seedes* (sedetis), *sieden* (sedent), de que no hallo vestigio en el Cid, cuyo presente de indicativo es siempre muy semejante al moderno: *so, eres, es, somos, sodes, son.*

En el imperfecto de indicativo se asemeja el Cid a Berceo: *sedia, sedías,* o *sedie, sedies,* o *seia, seias,* o *seie, seies,* derivados de *sedebam, sedebas,* además de *era, eras.*

Tenemos en Berceo el imperativo *seed* (sedete): en el Cid, *sed,* como hoy se dice.

El Arcipreste de Hita conserva todavía el subjuntivo *seya, seyas* (sedeam, sedeas). En el Cid leemos constantemente *sea, seas.*

El infinitivo de Berceo es por lo regular *seer* (sedere): en el Cid siempre *ser,* contracción que no sube seguramente al siglo decimotercio. Así lo que en Berceo es *seeré, seeria,* o *seerie,* en el Cid es *seré, seria, serie.* Verdad es que en Berceo se encuentra a veces la contracción *seré, seria, serie,* cuando lo exige el metro; pero prevalece la doble *e,* de que creo no se halla ningún ejemplo en el Cid.

Esta incorporación del verbo latino *sedeo,* en el castellano, que significa la existencia, es antiquísima en la lengua. Se encuentra en las primeras escrituras y privilegios que conocemos: en el de Avilés tenemos todavía la forma latina pura *sedeat,* que después fue *seya,* y al fin *sea.* En nuestro moderno *ser* no subsisten más formas tomadas de *sedeo,* que este mismo infinitivo *ser* (de que se formaron *seré* y *seria*) y el presente de subjuntivo *sea, seas.*

3. Un tiempo de la conjugación latina que no aparece en el *Mío Cid* y que se encuentra todavía en Berceo, es el terminado en *ero (fuero, potuero):*

Si una vez tornaro *en la mi calabrina,*
Non fallaré en el mundo señora nin madrina.
(S. Orian, 104).

Ca si Dios lo quisiere e yo ferlo podiero,
Buscarvos he acorro en quanto que sopiero.
(Milag., 248).

A la verdad, la mayor o menor cercanía de las formas verbales a sus orígenes latinos puede provenir, en algunos casos, de la degeneración más o menos rápida que sufrió la lengua madre en diferentes provincias de la Península; pero, a cualquiera causa que se deba, es igualmente inadmisible la aserción de superior antigüedad aparente que se atribuye al lenguaje del *Mío Cid.*

Observan algunos, con bastante plausibilidad, que el Poema no pudo haberse compuesto sino cuando muchos de los vocablos castellanos no habían pasado todavía de la vocal *o* al diptongo *ue;* cuando, por ejemplo, no se decía *muerte* sino *morte,* ni *fuerte* sino *forte,* etc. Así vemos a *fuer (for),* v. 1405, y a *fuert (fort),* v. 1353, etc., asonar en *o.* Los copiantes, dando a las palabras la pronunciación contemporánea, pintando esta pronunciación de la escritura y haciendo así desaparecer la asonancia, nos dan a conocer que trabajaban sobre originales que habían envejecido cuando los transcribían. Pero esto por sí solo no nos da motivo para suponer que el *Mío Cid* se escribiese antes que las composiciones de Berceo; porque es muy digno de notarse que, en ninguna de las rimas de este copioso escritor, consuenan vocablos acentuados en *ué* con vocablos acentuados en *ó:* los primeros asuenan solamente entre sí, y parecen probar que en tiempo de Berceo no se había trasformado todavía la vocal *o* en el diptongo *ue.* Así, en la copla 263 de la *Vida de San Millán,* riman *cuesta, respuesta, puesta y desapuesta* y en la copla 83 de los *Loores de Nuestra Señora* riman *huerto, tuerto, puerto y muerto;* donde es visible que, sustituyendo al diptongo *ue* la vocal *o* de que se origina, subsistiría la consonancia. Como ésta es una práctica invariable en Berceo, es de creer que tampoco en su tiempo se había verificado la transformación de la vocal en el diptongo. No vemos observada la misma práctica en ninguno de los otros escritores: en el *Loor de Berceo* (de autor desconocido) vemos rimar a *cuento* con *ciento,* y consonancias semejantes a éstas se encuentran algunas veces en el *Alejandro* y más frecuentemente en el Arcipreste de Hita.

Otra observación han hecho ciertos críticos en prueba de las alteraciones que había sufrido el texto según lo exhibe el manuscrito de Vivar, y es la asonancia de vocablos graves con vocablos agudos, como de *mensaje, partes, grandes,* con *lidiar, canal, voluntad* y de *bendiciones, corre-*

dores, ciclatones, con *Campeador, sol, razón.* De aquí coligieron que el poeta hubo de haber escrito *lidiare, canale, Campeadore, razone,* terminaciones más semejantes a las del origen latino y por consiguiente más antiguas. Pero la verdad del caso es que, según la práctica de los poetas en la primera edad de la lengua, no se contaba para la asonancia la *e* de la última sílaba de las palabras graves, sin duda porque se profería de un modo algo débil y sordo, a semejanza de la *e* muda francesa. En efecto, es inconcebible que se haya pronunciado jamás *sone, dane, yae,* en lugar de *son, dan, ya* (sunt, dant, jam); la *e* de la sílaba final hubiera alejado estas palabras de su origen en vez de acercarlas. Por otra parte, las obras en prosa nos dan a cada paso *ovier* por *oviere, quisier* por *quisiere, podier* por *podiere, dond* por *donde, part* por *parte, grand* por *grande;* y no se ve nunca *mase* por *más* o *mais,* ni *dae* por *da,* ni *dane* por *dan,* ni *yae* por *ya,* como escribieron los colectores de romances en el siglo XVI, los cuales, queriendo restablecer la asonancia que había dejado de percibirse, añadieron una *e* a la sílaba final de las voces agudas, cuando en rigor debieron haberla quitado a las graves, escribiendo *part, cort, corredor's, infant's.* De esta manera habrían representado aproximamente los antiguos sonidos débiles y sordos, a que el castellano había ya dado más robustez y llenura, cuando ellos escribieron.

En los cancioneros mismos no figura nunca esta *e* advenediza sino en los finales de versos, donde los colectores imaginaron que hacía falta para la rima asonante.

De todos modos, la presencia de esta *e* no daría más antigüedad al Poema del Cid que a muchos de los romances viejos, donde leemos, por ejemplo:

Moriana en un castillo
Juega con el moro Galvane;
Juegan los dos a las tablas
Por mayor placer tomare.
Cada vez que el moro pierde,
Bien perdía una cibdade;
Cuando Moriana pierde,
La mano le da a besare;
Por placer que el moro toma
Adormecido se cae, etc.

(RIVADENEYRA, Bibl. de AA. Esp., vol. X, pág. 3).

Volviendo a los argumentos que se sacan de la sencillez o rudeza del lenguaje y de la irregularidad del metro para averiguar la antigüedad del *Mío Cid,* aunque merezcan tomarse en consideración, me parece preciso reconocer que no siempre son concluyentes, influyendo en ellos la cultura del autor y el género de la composición, que destinada a cantos populares, no podía menos de adaptarse a la general ignorancia y barbarie de los oyentes, en aquella tenebrosa época en que empezaron a desenvolverse los idiomas modernos. Así encontramos que, aquellas cláusulas cortas y

muchas veces inconexas, son características de los cantares de gesta, tanto españoles como franceses y se conserva todavía en nuestros romances viejos y hasta cierto punto puede percibirse una especie de reminiscencia de ellas en los del siglo XVII. Agrégase a todo esto que, según se ha notado arriba, la más o menos cercanía de los vocablos a sus orígenes latinos proviene, en parte, no tanto de la edad del escritor, como de su dialecto provincial; porque es un hecho incontestable que la degeneración del latín fue más o menos rápida y los vocablos mismos más o menos modificados en los diferentes reinos o provincias de la Península.

Atendiendo a las formas materiales de los vocablos, creo que la composición del *Mío Cid* puede referirse a la primera mitad del siglo XIII, aunque con más inmediación al año 1200 de la era vulgar que al año 1250. Y adquiere más fuerza esta conjetura, si de los indicios sugeridos por las formas materiales pasamos a los hechos narrados en la gesta. Las fábulas y errores históricos de que abunda, denuncian el transcurso de un siglo, cuando menos, entre la existencia del héroe y la del Poema. La epopeya de los siglos XII y XIII era en España una historia en verso, escrita sin discernimiento y atestada de las hablillas con que, en todo tiempo, ha desfigurado el vulgo los hechos de los hombres ilustres, y mucho más en épocas de general rudeza y, sin embargo, era recibida por la gente que la oía cantar (pues lectores había poquísimos fuera de los claustros), como una relación sustancialmente verdadera de la vida o las principales aventuras de un personaje. Pero las tradiciones fabulosas no nacen ni se acreditan de golpe, mayormente aquellas que suponen una entera ignorancia de la historia auténtica y que se oponen a ella en cosas que no pudieron ocultarse a los contemporáneos o a sus inmediatos descendientes. Tal es en el *Poema del Cid* la fábula del casamiento de las hijas de Rui Díaz con los Infantes de Carrión y todo lo que de allí se siguió hasta su matrimonio con los infantes de Aragón y de Navarra. Echase de ver que el autor del Poema ignoró la alta calidad de doña Jimena, la esposa del héroe y los verdaderos nombres y enlaces de sus hijas. Sus infantes de Carrión son tan apócrifos como los de Lara, de no menor celebridad romancesca. Que se exagerasen desde muy temprano el número y grandeza de las hazañas de un caudillo tan señalado y tan popular, nada de extraordinario tendría; pero es difícil concebir que poco después de su muerte, cuando uno de sus nietos ocupaba el trono de Navarra, y una biznieta estaba casada con el heredero de Castilla; cuando aún vivían acaso algunos de sus compañeros de armas y muchísimos sin duda de los inmediatos descendientes de éstos se hallaban derramados por toda España, se ignorase en Castilla haber sido su esposa una señora que tenía estrechas relaciones de sangre con la familia reinante y haber casado la menor de sus hijas, no con un infante aragonés imaginario, sino con un conde soberano de Barcelona, que finó treinta y dos años después de su suegro.

Algunos habrá que se paguen de los efugios a que apelaron Berganza y otros para conciliar las tradiciones poéticas del Cid con la historia, supo-

niendo, entre otras cosas, que el Cid se casó dos veces y que cada una de sus hijas tuvo dos nombres diferentes. Pero todo ello, sobre infundado y gratuito, es insuficiente para salvar la veracidad de los romances, crónicas y gestas, que reconocen un solo matrimonio del Cid, y dan un solo nombre a cada una de sus hijas. En las Notas procuraré separar lo histórico de lo fabuloso en las tradiciones populares relativas al Cid Campeador, y refutar al mismo tiempo los argumentos de aquéllos que, echando por el rumbo contrario, no encuentran nada que merezca confianza en cuanto se ha escrito de Rui Díaz, y hasta dudan que haya existido jamás.

El juicio sugerido por el cotejo de los hechos narrados en el Poema con la verdadera historia, se comprueba en parte por un dato cronológico en el verso 1201, donde se hace mención del *rey de los Montes Claros*, título que dieron los españoles a los príncipes de la secta y dinastía de los Almohades. Esta secta no se levantó en Africa hasta muy entrado ya el siglo XII, ni tuvo injerencia en las cosas de España hasta mediados del mismo siglo y así, un autor que escribiese por aquel tiempo, o poco después, no podía caer en el anacronismo de hacerlos contemporáneos del Cid y de Juceph, miramamolín de la dinastía de los Almorávides, derribada por ellos.

En la *Castilla* del Padre Risco, a la página 69, se cita un dictamen del distinguido anticuario don Rafael Floranes, el cual, dice Risco, "advirtiendo que en el *Repartimiento de Sevilla* del año 1253, que publicó Espinosa en la historia de aquella ciudad, se nombraba entre otros a *Pero Abat,* chantre de la clerecía real, llegó a persuadirse que no fue otro el autor del Poema, atendido el tiempo, el oficio de este sujeto y el buen gusto de don Alfonso IX y del santo rey don Fernando su hijo". Según esto, Per Abbat no es el nombre de un mero copista, sino el del autor; y el manuscrito lleva la fecha de la composición, no la de la copia. Pero ¿será esa fecha la de 1207, que corresponde a la era MCCXLV que parece ser la del códice, o la del año 1307 correspondiente a la era MCCCXLV, que según lo arriba dicho es la única que puede aceptarse? La primera no convenía a Floranes, que por otro dato de que luego hablaremos, no creía que el *Poema del Cid* se hubiese compuesto antes de 1221. Pero la segunda dista demasiado de la época del *Repartimiento.* Para obviar esta dificultad supuso Floranes que la *era* del manuscrito no significaba la española, sino la vulgar del nacimiento de Cristo, que cuenta, como todos saben, 38 años menos. Compúsose, pues, el Poema, según Floranes, en el mes de mayo del año 1245.

Esta opinión ha tenido pocos secuaces. Militan contra ella, no tanto las señales de superior antigüedad del Poema, que, en rigor, no son decisivas, cuanto la sospechosísima raspadura y la conversión de la *era* en el año de Cristo, contra la costumbre general de aquel tiempo. La semejanza de nombre y apellido no es argumento de bastante fuerza contra dificultades tan graves. Ejemplos de igual semejanza, sin identidad personal, eran comunísimos en España por la poca variedad de los nombres propios

que se usaban, y porque muchos de ellos eran hereditarios y estaban como vinculados en ciertas familias. Por lo demás, las palabras mismas del códice manifiestan que allí se trata de una copia, pues un mes (como observa Sánchez) era tiempo bastante para trascribir el Poema, no para componerlo.

Floranes insistió particularmente en los versos siguientes, que están al fin del Poema:

Ved qual ondra crece al que en buen ora nació,
Quando señoras son sus fijas de Navarra e de Aragon.
Oy los Reyes de España sos parientes son.
A todos alcanza ondra por el que en buen ora nació.

En la edición de Sánchez se lee *todas,* en lugar de *todos;* errata manifiesta, sea del manuscrito o del impreso, porque este adjetivo no puede referirse sino a *reyes.*

Parece colegirse de estos versos haberse compuesto el Poema después que todas las familias reinantes de España habían emparentado con la descendencia del Cid. Ahora bien; la sangre de Rui Díaz subió al trono de Navarra con don García Ramírez, nieto del Cid, que recobró los dominios de sus mayores en 1134. Entró en la familia real de Castilla el año 1151, por el casamiento de Blanca de Navarra, hija de don García Ramírez, con el infante don Sancho, hijo del emperador don Alonso y heredero del reino. De Castilla la llevó a León en 1197 doña Berenguela, hija del rey don Alonso *el de las Navas,* que fue hijo de los referidos Sancho y Blanca y a Portugal doña Urraca, que casó con el monarca portugués Alonso II, cuyo reinado principió en 1212. Y los reyes de Aragón no entroncaron con ella hasta el año de 1221, por el matrimonio de don Jaime el Conquistador con Berenguela de Castilla. Por consiguiente el Poema no pudo menos de componerse después de 1221, según la conclusión de don Rafael Floranes.

Pero es preciso apreciar este argumento en lo que realmente vale. No se debe deducir de los versos citados la verdadera edad de la composición según los datos de la historia auténtica, sino según las erradas nociones históricas del poeta, cualesquiera que fuesen. Si el poeta creyó que la descendencia del Cid se había enlazado con la dinastía de Aragón desde el siglo undécimo, por el supuesto matrimonio de una de las hijas del Cid con un infante aragonés, claro está que la data verdadera del enlace de las dos familias no puede servir para fijar el tiempo en que se escribió el Poema. Y descartada esta fecha, es preciso confesar que no valen gran cosa las otras. Porque habiendo creído el poeta que la sangre del Cid ennoblecía desde el siglo XI dos de los principales tronos de la España cristiana, el de Aragón y el de Navarra, los enlaces repetidos de las varias familias reinantes de la Península le daban suficiente motivo para colegir vagamente que en el espacio de ochenta o cien años habrían emparentado todas ellas con la descendencia del Campeador, sin pensar en matrimonios

ni épocas determinadas. La consecuencia legítima que se puede deducir de aquellos versos no sería más que una repetición de lo que arriba he dicho: es preciso que entre ellos y la muerte del Cid haya trascurrido bastante tiempo para que tantos hechos exagerados o falsos pasasen por moneda corriente.

Por otra parte me inclino a creer que el Poema no se compuso mucho después de 1200 y que aun pudo escribirse algunos años antes, atendiendo a las fábulas que en él se introducen, las cuales están, por decirlo así, a la mitad del camino entre la verdad histórica y las abultadas ficciones de la *Crónica general* y de la *Crónica del Cid*, que se compusieron algo más adelante. El lenguaje, ciertamente, según lo exhibe el códice de Vivar, no sube a una antigüedad tan remota; pero ya hemos indicado la causa.

Sobre quién fuese el autor de este venerable monumento de la lengua, no tenemos ni conjeturas siquiera, excepto la de don Rafael Floranes, que no ha hecho fortuna. Pero bien mirado, el *Poema del Cid* ha sido la obra de una serie de generaciones de poetas, cada una de las cuales ha formado su texto peculiar, refundiendo los anteriores y realzándolos con exageraciones y fábulas que hallaban fácil acogida en la vanidad nacional y la credulidad. Ni terminó el desarrollo de la leyenda sino en la *Crónica general* y en la del Cid, que tuvieron bastante autoridad para que las adiciones posteriores, que continuaron hasta el siglo XVII, se recibiesen como ficciones poéticas y no se incorporasen ya en las tradiciones a que se atribuía un carácter histórico.

III

Resta clasificar esta composición y fijar el lugar que le corresponde entre las producciones poéticas de la media edad europea. Sismondi la llama el poema épico más antiguo de cuantos se han dado a luz en las lenguas modernas, comparándolo sin duda con los de Pulci, Boyardo y Ariosto. Pero no debemos clasificarlo sino con las leyendas versificadas de los *troveres*, llamadas *chansons, romans* y *gestes*. Su mismo autor, dándole el título de *gesta*, ha declarado su alcurnia y su tipo, según se ve por el principio de la segunda sección o *cantar* del *Poema del Cid:*

> *Aquí s' compieza la* Gesta de Mio Cid *el de Bivar.*
> *(v. 1103).*

Por donde aparece que el verdadero título del Poema es *La Gesta de Mío Cid*. Y por aquí se ve también el género de composición a que pertenece la obra, el de las *gestes* o *chansons de geste*. No sólo en el sujeto, sino en el estilo y en el metro, es tan clara y patente la afinidad entre el *Poema del Cid* y los romances de los troveres, que no puede dejar de presentarse a primera vista a cualquiera que los haya leído con tal cual atención.

En cuanto a su mérito poético, echamos menos en el *Mío Cid* ciertos ingredientes y aliños que estamos acostumbrados a mirar como esenciales a la épica, y aun a toda poesía. No hay aquellas aventuras maravillosas, aquellas agencias sobrenaturales que son el alma del antiguo romance o poesía narrativa en sus mejores épocas; no hay amores, no hay símiles, no hay descripciones pintorescas. Bajo estos respectos no es comparable el *Mío Cid* con los más celebrados romances o gestas de los troveres. Pero no le faltan otras prendas apreciables y verdaderamente poéticas. La propiedad del diálogo, la pintura animada de las costumbres y caracteres, el amable candor de las expresiones, la energía, la sublimidad homérica de algunos pasajes, y, lo que no deja de ser notable en aquella edad, aquel tono de gravedad y decoro que reina en casi todo él, le dan, a nuestro juicio, uno de los primeros lugares entre las producciones de las nacientes lenguas modernas. El texto ha padecido infinito en manos de los copiantes, y a esto sin duda debe atribuirse mucha parte de su rudeza y desaliño. Estudiando un poco el lenguaje del autor y el de sus modelos, se percibirá cierto tinte peculiar y habrá pasajes a primera vista incorrectos y bárbaros en que brillará una inesperada elegancia. Nosotros que, rebajando la antigüedad de este Poema, no lo tenemos, como Sismondi, Bouterwek y Southey, por una crónica auténtica y casi contemporánea, damos por eso mismo más mérito a la intención poética y a la imaginación del *trover* castellano.

No creo se haya advertido hasta ahora que *La Gesta de Mío Cid* está escrita en diferentes géneros de metro. El dominante es sin duda el alejandrino de catorce sílabas, en que compuso sus poesías Gonzalo de Berceo; pero no puede dudarse que con este verso se mezcla a menudo el endecasílabo y algunas veces el eneasílabo. Ante todo es preciso ver el mecanismo de estas tres especies de metro, según aparecen en *La Gesta*.

El alejandrino bajo su forma cabal es el mismo de los troveres, que se compone de dos hemistiquios, cada uno de siete sílabas si termina en grave, o de seis si termina en agudo, sin que entre los dos hemistiquios se cometa jamás sinalefa. He aquí ejemplos sacados de los troveres y comparados con versos de la misma estructura en el *Mío Cid*.

Tranchairai-lur les testes | od m'espée furbie.
Alcándaras vacías | sin pielles e sin mantos.

Par son neveu Roland | tire sa barbe blanche.
Cid, en el nuestro mal | vos non ganades nada.

Li reis Hugon li forz | Carlemain apelat.
Doña Ximena al Cid | la mano l'va a besar.

En uno y otro hemistiquio el acento cae sobre la sexta sílaba y como esto se verifique, no importa que el final sea agudo o grave y en castellano puede ser también esdrújulo:

Resucitest' a Lázaro | ca fué tu voluntad.

El endecasílabo de los antiguos cantares fue tomado del decasílabo de los troveres, que constaba de dos porciones que se me permitirá llamar hemistiquios, aunque de diferente número de sílabas. Para los franceses el verso en su forma normal termina en agudo, para nosotros en grave; pero unos y otros contamos las sílabas hasta la acentuada inclusive; y de aquí viene que un metro idéntico es para nosotros de once o nueve sílabas, cuando no es para los franceses sino de diez u ocho. Para evitar distinciones embarazosas daré a los versos franceses las denominaciones que usamos en castellano.

El endecasílabo, pues, de los troveres constaba de dos hemistiquios, el uno de cinco sílabas si termina en grave, o de cuatro si en agudo; y el otro enteramente parecido al hemistiquio del alejandrino. En castellano se verifica lo mismo.

Totes les dames | de la bone cité.
Sueltan las riendas | e piensan de aguijar.

Qui descendites | en la Virge pucele.
Rachel e Vidas | en uno estaban amos.

Blont ot le poil, | menu, recercelé.
Fabló mio Cid | de toda voluntad.

El eneasílabo, francés o castellano, consta de nueve sílabas si es grave, o de ocho si agudo.

Mut la trova curteise e sage
Bele de cors e de visage.
Ha menester seiscientos marcos.

Se si fust que jeu vus amasse
E vostre requeste otreiasse.
Besan la tierra e los piés amos.

Nuls ne pout issir ne entrer.
Es pagado e davos su amor.

Los eneasílabos son raros en el *Poema del Cid;* los endecasílabos frecuentes, y a veces muchos de seguida, como en los versos 1642-1646. En la *Crónica Rimada,* a pesar de su extremada irregularidad, exagerada sin duda por los copiantes, se dejan ver mezcladas las mismas tres especies de verso. En las composiciones narrativas de los franceses solía ser uno solo el verso desde el principio hasta el fin; ya alejandrino, como en el *Viaje de Carlomagno a Jerusalen;* ya endecasílabo, como en el *Jerardo de Viena* y en *Garin le Loherain;* ya eneasílabo, como en todos los poemas de Wace, y en los lais de María de Francia. Usóse también el octosílabo, de que tenemos una muestra en *Aucassin et Nicolette.*

La identidad de los tres metros castellanos con los respectivos franceses es cosa que no consiente duda; ella forma, pues, una manifiesta señal de afinidad entre *La Gesta de Mío Cid* y las composiciones francesas del mismo género.

Otra prueba de no menor fuerza es el monorrimo asonante. Esa distribución de las rimas ha sido originalmente arbitraria. ¿Qué razón había para que no rimase un hemistiquio con otro, como en la *Vida de Matilde* por Donizon; o cada verso con el inmediato, como en las obras de Wace y de Maria de Francia; o cada cuatro versos entre sí, como en Berceo y en el *Alejandro?* Si los castellanos, pues, compusieron en estrofas monorrimas como los troveres, es de creer que los unos imitaron a los otros y por consiguiente los juglares a los troveres, que les habían precedido siglos.

Mas ya que se ha tocado la materia de la versificación del *Cid,* antes de pasar adelante haré notar que en toda poesía primitiva el modo de contar las sílabas ha sido muy diferente del que se ha usado en épocas posteriores, cuando los espíritus se preocupan tanto de las formas, que hasta suelen sacrificarles lo sustancial. Así la precisión y la regularidad de la versificación aumentan progresivamente; las cadencias más numerosas excluyen poco a poco las otras, y el ritmo se sujeta al fin a una especie de armonía severa, compasada, que acaba por hacerse monótona y empalagosa. Este progresivo pulimento se echa de ver sobre todo en el modo de contar las sílabas. Los poetas primitivos (y los versificadores populares puede decirse que lo son siempre) emplean con extremada libertad la sinalefa y sinéresis. Así *seer* en los poetas antiguos es unas veces disílabo y otras monosílabo, como *Díos, vío* (que se acentuaban regularmente sobre la *i*). Así también, por una consecuencia del sonido sordo de la *e* final inacentuada, era lícito suprimirla o usarla como de ningún valor en medio de verso. Eran, pues, perfectos alejandrinos:

Vio puertas abiertas ë uzos sin estrados.
Díos qué buen vasallo si oviese buen señor.
Mezló Mio Cid los hombros e engramëo la tiesta.
Comö a la mi alma, yo tanto vos queria.
El diä es exido, la noch' querie entrar.

Como son perfectos endecasílabos estos:

Yo mas non puedo ë amidos lo fago.
Pasó por Burgos, al castiellõ entraba.
En poridad fablar querria con amos.
En aques' dia en la puent' de Arlanzon.

Otra causa de irregularidad aparente es el uso arbitrario del artículo definido antes de un pronombre posesivo. El poeta decía indiferentemente *sus fijos* o *los sus fijos, mi mugier* o *la mi mugier;* pero los copiantes lo emplean a menudo o lo suprimen, sin tomar en cuenta el metro, como es de creer que el poeta lo haría.

IV

Sensible es que de una obra tan curiosa no se haya conservado otro antiguo códice que el de Vivar, manco de algunas hojas, en otras retocado, según dice Sánchez, por una mano poco diestra, a la cual se deberán tal vez algunas de las erratas que lo desfiguran. Reducidos, pues, a aquel códice, o por mejor decir, a la edición de Sánchez que lo representa y deseando publicar este Poema tan completo y correcto como fuese posible, tuvimos que suplir de algún modo la falta de otros manuscritos o impresos, apelando a la *Crónica* de Rui Díaz, que sacó de los archivos del monasterio de Cardeña y publicó en 1512 el abad Fr. Juan de Velorado. Esta *Crónica* es una compilación de otras anteriores, entre ellas el presente Poema, con el cual va paso a paso por muchos capítulos, tomando por lo común sólo el sentido, y a veces apropiándose con leves alteraciones la frase y aun series enteras de versos. Otros pasajes hay en ella versificados a la manera del Poema y que por el lugar que ocupan parecen pertenecer a las hojas perdidas, si ya no se tomaron de otras antiguas composiciones en honor del mismo héroe, pues parece haber habido varias y aun anteriores a la que conocemos. Como quiera que sea, la *Crónica* suministra una glosa no despreciable de aquella parte del Poema que ha llegado a nosotros y materiales abundantes para suplir de alguna manera lo que no ha llegado. Con esta idea, y persuadidos también de que el Poema, en su integridad primitiva, abrazaba toda la vida del héroe, conforme a las tradiciones que corrían (pues la epopeya de aquel siglo, según ya se ha indicado, era ostensiblemente histórica, y en la unidad y compartimiento de la fábula épica nadie pensaba), discurrimos sería bien poner al principio, por vía de suplemento a lo que allí falta y para facilitar la inteligencia de lo que sigue, una breve relación de los principales hechos de Rui Díaz, que precedieron a su destierro, sacada de la *Crónica* al pie de la letra. El cotejo de ambas obras, el estudio del lenguaje en ellas y en otras antiguas y la atención al contexto, me han llevado, como por la mano, a la verdadera lección e interpretación de muchos pasajes. Pero sólo se han introducido en el texto aquellas correcciones que parecieron suficientemente probables, avisando siempre al lector y reservando para las notas las que tenían algo de conjetural o de aventurado.

En orden a la ortografía me he conformado a la del códice de Vivar (tal como aparece en la edición de Sánchez), siempre que no era manifiestamente viciosa, o no había peligro de que se equivocase por ella la pronunciación legítima de las palabras. Redúcense estas enmiendas a escribir *c* por *ch*, *j* por *i*, *ll* por *l*, *ñ* por *n* o *nn*, etc., cuando lo exigen los sonidos correspondientes, como *arca, ojos, lleno*, que sustituyo a *archa, oios, leno*. En efecto, estas dicciones no han sonado nunca de este segundo modo; y el haberse deletreado de esta manera, proviene de que, cuando se escribió el códice, estaban menos fijos que hoy día los valores de las letras de nuestro alfabeto. Acaso hubiéramos representado con más

exactitud la pronunciación del autor escribiendo *pleno,* y asimismo *plegar, plorar,* etc., como se lee frecuentemente en Berceo y aun a veces en el mismo Cid; pero no hay motivo para suponer que cada palabra se acostumbrase proferir de una sola manera, pues aún tenemos algunas que varían, según el capricho o la conveniencia de los que hablan o escriben y cuanto más remontemos a la primera edad de una lengua, menos fijas las hallaremos, y mayor libertad para elegir ya una forma, ya otra.

Comprenden las notas, fuera de lo relativo a las variantes, todo lo que creí sería de alguna utilidad para aclarar los pasajes oscuros, separar de lo auténtico lo fabuloso y poético, explicar brevemente las costumbres de la Edad Media y los puntos de historia o geografía que se tocan con el texto; para poner a la vista la semejanza de lenguaje, estilo y conceptos entre el Poema del Cid y las gestas de los antiguos poetas franceses; y en fin, para dar a conocer el verdadero espíritu y carácter de la composición y esparcir alguna luz sobre los orígenes de nuestra lengua y poesía. Pero este último objeto he procurado desempeñarlo más de propósito en los apéndices sobre el romance o epopeya de la Edad Media, y sobre la historia del lenguaje y versificación castellana. Tal vez se me acusará de haber dado demasiado libertad a la pluma, dejándola correr a materias que no tienen conexión inmediata con la obra de que soy editor; pero todas la tienen con el nacimiento y progreso de una bella porción de la literatura moderna, entre cuyos primeros ensayos figura el Poema del Cid.

Todo termina con un glosario, en que se ha procurado suplir algunas faltas y corregir también algunas inadvertencias del primer editor. Cuanto mayor es la autoridad de don Tomás Antonio Sánchez, tanto más necesario era refutar algunas opiniones y explicaciones suyas que no me parecieron fundadas; lo que de ningún modo menoscaba el concepto de que tan justamente goza, ni se opone a la gratitud que le debe todo amante de nuestras letras por sus apreciables trabajos.

El que yo he tenido en la presente obra parecerá a muchos fútil y de ninguna importancia por la materia, y otros hallarán bastante que reprender en la ejecución. Favoréceme el ejemplo de los eruditos de todas naciones que en estos últimos tiempos se han dedicado a ilustrar los antiguos monumentos de su literatura patria y disculpará en parte mis desaciertos la oscuridad de algunos de los puntos que he tocado.

NOTAS

[1] Este estudio de Bello se publicó por primera vez en 1841, en Valparaíso, impreso por M. Rivadeneyra en folleto con la siguiente paginación: IV, 57. Fue reimpreso en Caracas por Juan Vicente González en 1850 en la Imprenta Corser. Esta edición anotada por Juan Vicente González fue reproducida en Madrid por Leocadio Gómez, en 1883.

Reproducimos en este volumen la edición preparada por Juan Vicente González, quien completa algunas de las citas latinas dadas por Bello y les añade a menudo la traducción al castellano. Las notas son de Bello, salvo algunas de Juan Vicente González que publicamos entre corchetes.

El trabajo de Bello está ordenado en párrafos; en la primera edición, de Valparaíso 1841, aparecen erróneamente repetidos los párrafos Nos. 38 y 171. Enmendamos tal error en esta edición y hacemos las correspondientes correcciones en las referencias contenidas en el mismo texto.

Para la valoración de este estudio de Bello véase la *Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello* por Amado Alonso, en el tomo IV de nuestra edición, dedicado a la *Gramática castellana.*

[2] Sobre la fecha de elaboración de este estudio, no tenemos otro testimonio que las propias palabras de Bello: "*hace más de treinta años que la he tenido sepultada*". Fue publicada en Valparaíso, en 1841. Por lo tanto, hay que situar la composición antes de 1810, fecha en que partió Bello de Caracas, cumplidos los 28 años de edad. Es, pues, obra juvenil, pero "el más original y profundo de sus estudios lingüísticos", al decir de Marcelino Menéndez Pelayo. (Ns. de O.C.V., 1952).

[3] [En todas las ediciones *habrá llegado,* sin duda "lapsus". A. R.].

[4] Este artículo fue publicado con la firma de G. R. y A. B., iniciales que corresponden a Juan García del Río y Andrés Bello. Se imprimió por vez primera en la *Biblioteca Americana,* Londres, 1823, pp. 50-62; se reimprimió en *El Repertorio Americano,* Londres, octubre de 1826, tomo I, pp. 27-41.

El texto del *Repertorio,* que es el que reproducimos, tiene una adición de más de una página y presenta algunas variantes de redacción. Anotamos al pie del texto las dos más importantes, puesto que las demás son pequeñas enmiendas de expresión.

[5] Este párrafo en la *Biblioteca Americana* (1823), aparece redactado así: "Pasando revista aquel cuerpo a los diferentes autores que trataron de arreglar la escritura de la lengua castellana, dice de Antonio de Nebrija, el primero que lo intentó, "que había sentado por principio, que no debía haber letra que no tuviese su distinto sonido, ni sonido que no tuviese su diferente letra". Después de Nebrija, siguió Mateo Alemán, el cual excluye enteramente el uso y el origen, adoptando por

única regla la pronunciación. Juan López de Velasco, al paso que manifiesta debe escribirse la lengua sencilla y naturalmente como se habla o debe hablar, y corregirse el uso en lo que estuviese errado, dice que esto debe sólo entenderse cuando no haya novedad que ofenda. Gonzalo Correas pretendió introducir la *k*, para que hiciese los oficios de la *c* y de la *q*, que excluía como inútiles del abecedario. Bartolomé Jiménez Patón desechaba la *q* en algunos casos, siguiendo en lo demás los preceptos comunes. Por último, otros escritores antiguos y modernos, aunque con diversidad en los medios, han convenido en el fin de hacer uniforme la escritura castellana, y de fácil y práctica ejecución" (Ns. de O.C.V., 1952).

[6] [La Academia, en la 8ª edición de la *Ortografía*, año 1815, autorizó las grafías *estraño, estrangero,* etc. En 1844, en su *Prontuario ortográfico,* volvió a restablecer como obligatoria la *x*. A. R.].

[7] [Ya en la 7ª ed. del *Diccionario* (1832), la Academia adopta las grafías modernas *almoraduj, carcaj, reloj*. A. R.].

[8] [En la primera edición del *Diccionario* de la Academia (año 1734) figuran *gerga-xerga* (prefiere con x) y *xícara* (no se encuentra con g). Desde la 5ª edición (1817) se produjo la unificación en *j*. A. R.].

[9] En la *Biblioteca Americana* (1823), terminaba el párrafo en esta forma: "Uno de los mayores absurdos que han podido introducirse en el arte de pintar las palabras es la regla que nos prescribe deslindar su origen para saber de qué modo se han de trasladar al papel, como si la escritura tratase de representar los sonidos que fueron, y no únicamente los sonidos que son, o si debiésemos escribir como hablaron nuestros abuelos, dejando probablemente a nuestros nietos la obligación de escribir como hablamos nosotros. En cuanto al uso, cuando éste se opone a la razón y a la conveniencia de los que leen y escriben, le llamamos abuso. Ni la etimología, ni la autoridad de la costumbre, deben repugnar la sustitución de la letra que más natural o generalmente representa un sonido, siempre que la práctica no se oponga a los valores establecidos de las letras o de sus combinaciones". Y el párrafo siguiente continuaba: "Por ejemplo, la *j* es el signo. . ." (N. de O.C.V., 1952).

[10] [La observación fonética de Bello es exacta: la *x* intervocálica se pronuncia en todas partes con un sonido intermedio entre *ks* y *gs*: *eksamen* o *egsamen*. Delante de consonante la gente culta vacila entre *s*, *gs* o *ks*: *estraño, egstraño* o *ekstraño*. El matiz depende, en una misma persona, de las circunstancias: pronunciación espontánea, familiar o enfática. A. R.].

[11] [En rigor, no es de la competencia de la ortoepía, sino de la ortografía. En ninguna región castellana se hace hoy diferencia entre *b* y *v* (hay *b* oclusiva y *b* fricativa según la posición, pero no según la grafía; *v* labiodental no hay más que en personas influidas por prejuicios ortográficos). Además, la escritura actual de *v* y *b* es restitución ortográfica impuesta por la Academia desde el siglo XVIII con criterio etimológico, y no representa el uso tradicional castellano. La idea de crear sobre la base de esa restitución ortográfica una pronunciación labiodental de la *v* como la que existe en francés, en italiano o en otras lenguas (no existía, en cambio, en latín), la ha abandonado la misma Academia Española, la cual, desde 1911, no prescribe ninguna diferencia en la pronunciación de *b* y *v*. Bello mismo dice en otra ocasión (véase más abajo) que "*b* y *v* no se distinguen en la pronunciación, o al menos son muy pocas las personas que las hacen sonar de diverso modo". Además de ser pocas, no lo hacen por conservar una pronunciación tradicional, sino por aprendizaje artificioso. A. R.].

[12] [Hay actualmente en la lengua una serie de voces (sobre todo tecnicismos de origen griego) con *x* inicial: *xenofobia* (y *xenófobo*), *xeroftalmía, xifoides* (y *xifoideo*), *xilografía,* etc. Para el problema del silabeo de *x* intervocálica hay que tener en cuenta que se pronuncia como *cs* o *gs*, y por lo tanto se reparte entre las

dos sílabas: *ec-sa-men* o *eg-sa-men*. Para el silabeo ortográfico no hay más remedio que considerar la *x* como consonante simple, y entonces se agrupa —como las demás consonantes— con la vocal siguiente: *e-xa-men, é-xi-to,* etc. (de manera igualmente convencional se considera la *y* como consonante para la acentuación ortográfica en casos como *convoy,* etc.). Es el silabeo que adopta la Academia y el que ha prevalecido.

[Tampoco se admite hoy que el silabeo natural en castellano sea *cor-a-zón, ar-a-do,* etc. Es verdad que no hay en castellano *ere* inicial de palabra, pero sí inicial de sílabas. Y una prueba de que la *r* de *corazón* no es final de sílaba, sino inicial, es que en muchas regiones de España y América en las cuales la *r* final de sílaba se relaja, se pierde o se cambia en *l,* jamás pasa eso con la *r* de *corazón, arado,* etc., porque es inicial de sílaba.

[Cuervo, en la Nota 5 a la *Gramática* de Bello, recoge además otro argumento —de Caro— contra el silabeo defendido por Bello: el silabeo *Ir-iar-te, co-nex-ión* convierte en iniciales las sílabas *iar, ión,* "con que no comienza voz alguna castellana" (por lo menos —diríamos nosotros— alteraría la pronunciación de esas sílabas). A. R.].

13 MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI, en la *Introducción* a *O. C.*, VIII, pp. LXXIX-CXVIII, publica este texto encontrado entre los papeles de BELLO, después de su muerte. El trabajo es inconcluso, pues termina al comienzo del comentario a la letra *B.* Es un escrito de BELLO posterior a 1855, fecha de edición del *Diccionario de galicismos* de BARALT. (N. de O.C.V., 1952).

14 [Más adelante vuelve sobre *impresionable* con mayor extensión. Hay que tener en cuenta que esta es una publicación póstuma. A. R.].

15 [Véase más arriba, donde ya defendió la misma expresión. Hay que tener en cuenta que ésta es una publicación póstuma. A. R.].

16 [Sobre *impresionable* véase también más arriba. A. R.].

17 El *Diccionario de la lengua castellana* por la Real Academia Española, duodécima edición, da la razón a Bello, puesto que, al definir el adverbio *afortunadamente,* dice que significa *por fortuna.*

18 El *Diccionario de la Real Academia,* duodécima edición, acepta el adjetivo *agresivo,* y por lo tanto implícitamente el adverbio que de éste puede formarse.

19 La última edición del *Diccionario* de la Academia da a *aislar* la acepción figurada de retirar a una persona del trato y comunicación de la gente.

20 Efectivamente, el *Diccionario* de la Real Academia da a *alarmar* la acepción figurada de que se trata.

21 Sin embargo, el *Diccionario* de la Academia autoriza ya esta acepción.

22 [Hoy se usa más bien "los tiempos *por* que atravesamos", "las circunstancias *por* que atraviesa el mundo", etc. Con mayor violencia aún que Baralt arremetió contra ese uso el P. Mir, *Prontuario de hispanismo y barbarismo,* Madrid, 1908. Como a Bello, nos parecen usos metafóricos admisibles, y el hecho de que los escritores franceses se hayan anticipado en el uso de la metáfora no invalida su empleo en castellano. A. R.].

23 [Llenamos nosotros con la palabra o palabras entre corchetes, con carácter hipotético, un espacio que quedó en blanco, por ilegible, en la edición de Amunátegui. A. R.].

24 [Esa expresión *bajo el punto de vista,* que usaba Bello, y otros notables escritores de su tiempo, se ha criticado muchísimo después de Baralt. Cuervo, en las *Apuntaciones críticas,* 7ª ed., § 82 c, observaba con razón que el observador ha de colocarse *en* el punto de vista, ver o examinar el objeto *desde* determinado punto de vista y que el objeto ha de estar *en* su punto de vista ("sólo considerando al

observador en un lugar elevado —dice— podría decirse que ve un objeto *bajo* ese punto de vista; pero como *bajo* no indica con respecto al observador una relación tan directa como *desde*, siempre es más seguro el uso de éste"). Las frases galicistas que criticaba Baralt se corrigen hoy así: "Se ven, examinan, contemplan o discuten las cuestiones *desde* determinado punto de vista". A. R.].

25 El *Diccionario* de la Real Academia da a la expresión *batir el monte* la acepción sostenida por Bello.

26 Este escrito de Bello se publicó por primera vez en la *Biblioteca Americana*, II, Londres, 1823, pp. 24-40. Se incluyó después en O.C.V., pp. 433-449.

27 Este estudio de Bello fue publicado por primera vez en el *Repertorio Americano*, II, Londres, enero de 1827, pp. 21-33. Se publicó luego en O. C. VI, pp. 227-238. El trabajo de Bello fue prácticamente transcrito, sin citar la procedencia, por Eugenio de Ochoa en el Prólogo a *Tesoro de los Romanceros y cancioneros españoles*, edición de París, 1838, pp. xxiii-xxix.

28 Nota de Bello, publicada póstumamente por Miguel Luis Amunátegui en la *Introducción* a O. C. VIII, pp. vi-viii. Advierte Amunátegui que imprime el manuscrito tal como lo encontró, y como nota suelta.

29 Miguel Luis Amunátegui localizó este trabajo entre los papeles de Bello y lo publicó póstumamente en O. C. VIII, pp. 149-168. Tiene grandes semejanzas con el intitulado *Del ritmo acentual y de las principales especies de versos en la poesía moderna*, incluido en este volumen. Difieren en la última parte, precisamente por tratar el primero la versificación del Poema del Cid.

30 Se publicó póstumamente en O. C. VIII, pp. 31-48. Hemos compulsado su texto con el manuscrito original para la presente edición.

31 Estas *notas* de Bello de sus estudios en Londres, fueron publicadas póstumamente por Miguel Luis Amunátegui en la *Introducción* a O. C. V, pp. xix-xxviii, tomadas directamente del original manuscrito.

32 Anota Amunátegui que faltan varias hojas en el manuscrito de Bello. (Ns. O.C.VI, 1952).

33 Resulta de una nota puesta por don Andrés Bello que un poeta francés llamado Gualtero de Coinsi, nacido en 1177 y muerto en 1236, escribió un poema titulado *Les Miracles de Notre Dame*.

Bello había formado una tabla para manifestar de una ojeada las semejanzas y las diferencias que ofrecían la obra latina y los poemas anglo-normando, castellano y francés.

Probablemente había tratado de este punto en las hojas perdidas.

34 Dice Amunátegui que faltan hojas en el manuscrito de Bello.

35 Dice Amunátegui que Bello para, sin duda, estudiar la composición de Berceo, *De los signos que aparescerán antes del juicio*, copió este trozo de la Biblioteca Real 13, D. I.

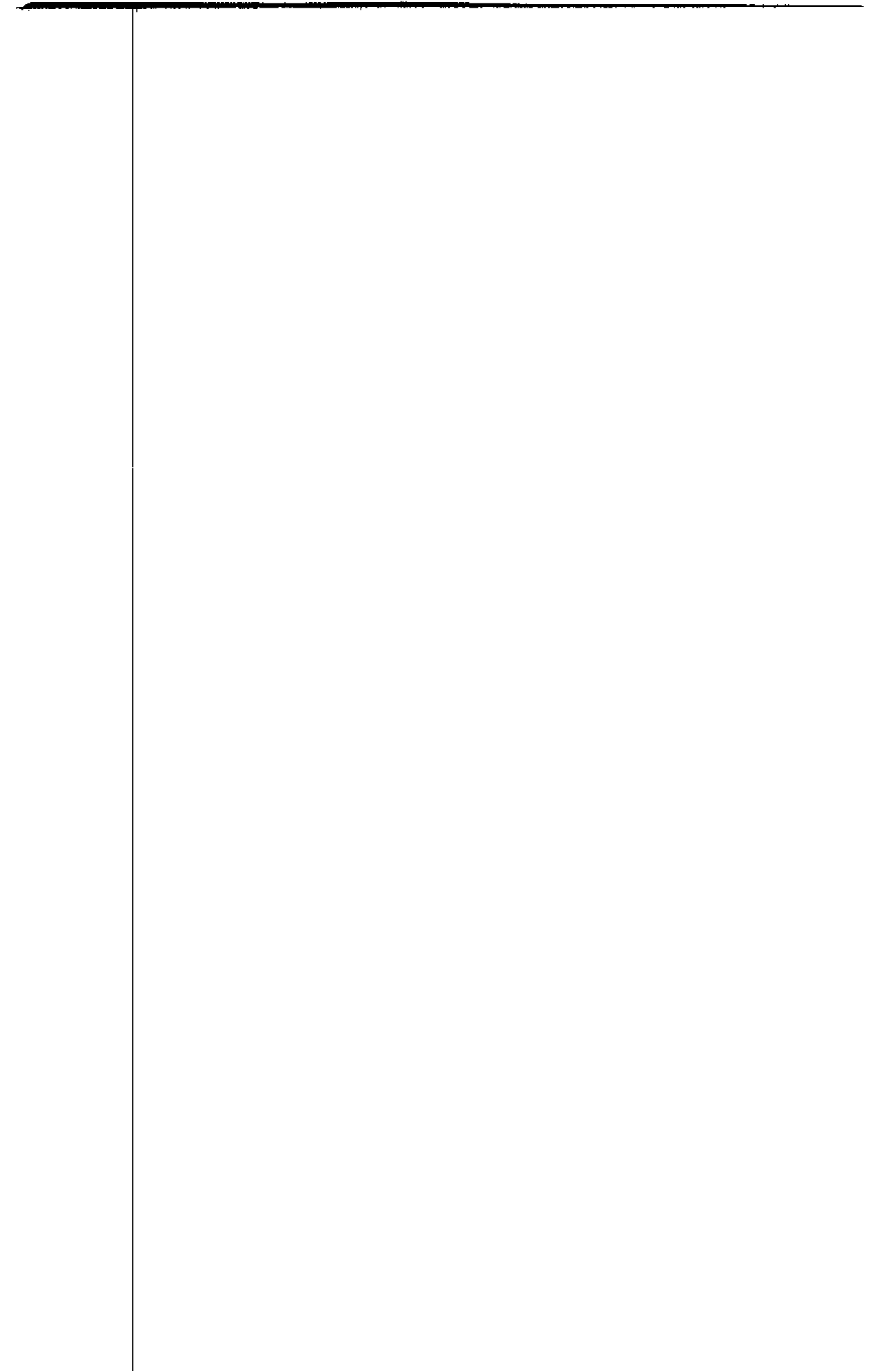
36 Estas *notas* de Bello de sus estudios en Londres fueron publicadas póstumamente por Amunátegui en la *Introducción* a O. C. V, pp. xxix-xxx y xxx-xxxiii. (Ns. O.C.VI., 1952).

37 La 1ª y la 2ª edición decían "felicidad" por "prosperidad".

38 "Física y moral" lo agregó Bello para la 2ª edición.

39 La 1ª edición decía "dar a conocer" por "investigar".

40 En la 1ª edición "correspondiese".



CRONOLOGIA *

* Las columnas: Venezuela, Chile y América Latina y Mundo exterior fueron preparadas por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

1781	*Noviembre, 29.* Nace en Caracas, en la casa de su abuelo materno, situada hacia la Esquina de Luneta, detrás del Convento de los frailes mercedarios. Sus padres, Bartolomé Bello y Ana Antonia López. Es el mayor de ocho hermanos, cuatro varones (Andrés, Carlos, Florencio, Eusebio) y cuatro hembras (María de los Santos, que tomó el hábito de las monjas carmelitas, Josefa, Dolores y Rosario). Su abuelo, Juan Pedro López, es el pintor venezolano más notable del siglo XVIII. *Diciembre 8.* En la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de Altagracia es bautizado con los nombres de Andrés de Jesús, María y José.
1782	

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
V: Repercusión en los Andes venezolanos del movimiento de los Comuneros del Socorro; estalla en el Táchira insurrección popular como protesta contra impuestos y contribuciones; manifestantes marchan sobre Caracas pero son contenidos. La Compañía Guipuzcoana es privada de privilegios especiales. *AL:* Ejecución de José Gabriel Condorcanqui, conocido como Túpac Amaru, en Perú. Bernardo Gálvez, gobernador de Luisiana, expulsa a los ingleses de Honduras y La Florida. En Colombia (Nueva Granada), sublevación de los comuneros por contribuciones extorsivas, y para coronar al cacique Ambrosio Pisco, descendiente de los zipas. Fundación de la Academia de Bellas Artes de San Carlos en México. Juan Benito Díaz de Gamarra: *Errores del entendimiento humano.* Fray José de Santa Rita Duraõ: *Caramurú.* Juan Pablo Viscardo: *Memoria.*	*Aus.:* Reformas sociales de José II. Tropas españolas y francesas desembarcan en Menorca; triunfos del ejército español en Florida. *Ing.:* Jorge II promulga la Patente de Tolerancia y declara la abolición de la esclavitud; ocupación de islas holandesas en las Indias Occidentales por Rodney. *EE.UU.:* El inglés Cornwallis se retira de Virginia y se rinde en Yorktown; consolidación de la independencia. *Pol.:* Edicto de tolerancia; igualdad de derechos a los no católicos. *Pru.:* Adhiere a la declaración de neutralidad de 1780. *Fr.:* Dimisión de Necker, quien había presentado el Informe económico al rey. Camper descubre el ángulo facial conocido como Camper. Herschel descubre el primer planeta telescópico: Urano. Joufroy: Barco de vapor. Proude: Arado sembrador. Kant: *Crítica de la razón pura.* Pestalozzi: *Leonardo y Gertrudis.* Samaniego: *Fábulas morales.* Schiller: *Los bandidos.* Paisiello: *La serva padrona.*
V: Juan Vicente Bolívar, Martín Tovar y el marqués de Mijares escriben al precursor Miranda ofreciéndole ayuda para lograr independencia de Venezuela (24/II). Manuel González Torres de Navarra es nombrado Capitán General y Gobernador. Nuevamente comienza a tener importancia el cultivo del algodón. Nacen José Francisco Bermúdez, en Cumaná (23/I); José Félix Blanco, en Caracas (24/IX); y en la isla de Curazao, el almirante Luis Brión. *AL:* Implantación de las Intendencias. Antonio Caballero y Góngora, Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, virrey de Nueva Granada en sustitución de Manuel Antonio Flórez.	*Aus.:* José II declara la abolición de los derechos de barrera y evacua las fuerzas de las fronteras con los Países Bajos. *Esp.:* Se intensifica el sitio de Gibraltar, uso de las baterías flotantes, fracaso; recuperación de Menorca. *Ing.:* Lucha contra Francia y Holanda, victorias navales en las Antillas; reconocimiento del triunfo de los colonos norteamericanos; preliminares de paz. *Por.:* Adhesión al tratado de neutralidad de 1780. Watt inventa la máquina de doble efecto. Iriarte: *Fábulas literarias;* Laclos: *Las uniones peligrosas.* Trumbull: *M'Fingal.*

1783	
1784	

Venezuela y América Latina	*Mundo exterior*
Juan Benito Díaz de Gamarra: *Academias de Geometría.*	Cánova: *Teseo vencedor del minotauro.* Nacen Lamennais y Paganini.
V: Francisco de Miranda se separa del servicio militar de España e inicia su lucha por la independencia hispanoamericana. Francisco de Saavedra es nombrado Intendente de Ejército y Real Hacienda (-1788). Nace en Caracas Simón Bolívar, bautizado con el nombre de Simón Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios (24/VII). *AL:* Establecimiento de los límites entre las colonias americanas de España y los Estados Unidos. Matías de Gálvez, virrey de México en sustitución de Martín de Mayorga. Creación de la Audiencia Pretorial de Cuzco. Cédula de población de la isla de Trinidad. *Reales ordenanzas para la dirección, régimen y gobierno del importante cuerpo de la minería de Nueva España* expedidas en Madrid. José Celestino Mutis organiza expedición botánica en Nueva Granada. Exploraciones científicas de Alexandre Rodríguez Ferreira por los ríos Negro, Branco, Madeira y Guaporí. Antonio León y Gama: *Instrucción sobre el remedio de las lagartijas nuevamente descubierto para la curación de cancro y otras enfermedades.* Muere Juan Benito Díaz de Gamarra.	España cierra el tráfico por el río Mississipi (-1795) y recupera Florida y Sacramento. Paz de Versalles entre Inglaterra, Francia, España y Estados Unidos. *Ing.:* Reconocimiento de la independencia norteamericana; destitución de Fox y de North, inicio del gobierno Pitt. *Aus.:* Rebelión campesina en Bohemia. Los hermanos Montgolfier realizan la primera ascensión en globo aerostático. Lavoisier realiza el análisis químico del agua. Invención del pudelaje. Beaumarchais: *Las bodas de Fígaro.* Masdeu: *Historia crítica de España.* Vos: *Luisa.* David: *Andrómaca.* Gainsborough: *La familia Bailey.* Lewitski: *Retrato de Catalina II.* Nace Stendhal. Muere D'Alembert.
V: La Corona española retira a la Compañía Guipuzcoana la autorización para comerciar con Venezuela. Don Manuel González, capitán general, construye en Caracas un coliseo para presentar comedias y sainetes; fomenta la cultura y revive los carnavales. Primeras tentativas de cultivo del cafeto en Chacao.	*EE.UU.:* Connecticut y Rhode Island declaran la abolición de la esclavitud. *Fra.:* Críticas antigubernamentales en los clubes políticos fundados a imitación de los ingleses; cesión a Suecia de la isla San Bartolomé en las Antillas. *Ing.:* Paz con Holanda y ratificación de la misma con Estados Unidos. Se dicta el "East India Bill". Leyes de Pitt.

1785	

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
AL.: Establecimiento de la Real Audiencia pretorial de Buenos Aires. Virreyes: Nicolás del Campo, Río de La Plata; Teodoro de Croix, Perú. Francisco Antonio Crespo, corregidor de la ciudad de México, presenta un proyecto para la organización del ejército de Nueva España; gobierno de la Audiencia por la muerte del virrey Matías de Gálvez. Establecimiento del Gabinete de Estudios de Historia Natural en Rio de Janeiro. Villava: traducción de las *Lecciones de Comercio* del abate Genovesi. El gobierno español ordena recoger los ejemplares del *Elogio del virrey Jáuregui,* de José Baquíjano, en Perú. Juan Andrés: *Origen, progreso y estado de toda literatura.* Francisco Javier de Sarría: *Ensayo de metalurgia.*	Crompton: telar para hilar algodón. Watt inventa el paralelogramo articulado adaptado a las máquinas. Fundación del Banco de New York. Prohibida en España la lectura y difusión de la *Enciclopedia Francesa.* Hany: *Estructura de los cristales.* Juan Andrés: *Origen, progreso y estado de toda la literatura.* Herder: *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad.* Muere Diderot.
V: Por obra de Francisco de Saavedra es creado el Real Consulado de Caracas, según orden de Real Cédula (5/IX), erigido en 1793. Nace Francisco de Paula Alcántara. Nace el humanista José Luis Ramos. *AL:* Creación de la Compañía de las Islas Filipinas. Bernardo de Gálvez, virrey de México. Disposiciones limitativas de la corona portuguesa acerca de la producción industrial en el Brasil. Publicación de los *Estatutos de la Real Academia de San Carlos* en México. Muere el escultor José Antonio Villegas Cora.	*Esp.:* Fondeo en Argel de la flota. Carlos III fija los colores de la bandera. *Fra.:* Crisis económica, fracaso del empréstito de Calonne, es destituido, le sucede Brienne quien también fracasa. Federico el Grande funda la Liga de Príncipes alemanes. *Suec.:* Guerra con Rusia, batalla naval de Hogland. Exploraciones del Pacífico por Dixon, Portlock y La Pérouse. Primera hilandería a vapor en Papplewick. Berthollet: Cloro usado para blanquear. Bramah: Hélice para barcos. Cartwright: Telar accionado por fuerza motriz; lanzadora mecánica. Coulomb: Leyes de la electricidad y el magnetismo. Evans inventa el molino automático. Lamarck: *Diccionario de botánica.* Burns: *Poemas.* Moritz: *Anton Reiser.* Mozart: *Las bodas de Fígaro.*

1786	
1787	Es de suponerse que en este año, a la edad de seis, comienza a cursar primeras letras en el establecimiento de don Ramón Vanlosten.

V: Llega como Capitán General y Gobernador don Juan Guillelmi. Se crea la Real Audiencia de Caracas. Nacen: Cruz Carrillo, en Trujillo; y en La Guaira, José María Vargas, futuro rector de la Universidad de Caracas y presidente de la República. Muere en Caracas Juan Vicente Bolívar, padre del Libertador.

AL: Ordenanza para el establecimiento e instrucción de Intendentes de ejército y provincia en el Reino de la Nueva España (4/XII); gobierno de la Audiencia por muerte del virrey Bernardo de Gálvez. Viaje de Pedro Zisur a Salinas.

Antonio de Alcedo: *Diccionario geográfico histórico de las Indias Occidentales.* Construcción del Castillo de Chapultepec; mueren el músico Mariano Elízaga, fundador del Conservatorio de Michoacán y el astrónomo Joaquín Velázquez Cárdenas y León.

Bel.: Inquietud revolucionaria en la Universidad de Lovaine. Tratado de comercio entre Inglaterra y Francia. Federico Guillermo II emperador de Prusia a la muerte de Federico II.

Parmentier introduce en Francia el cultivo de la patata.

Clarckson: *Ensayo sobre la esclavitud y el comercio de la especie humana.*

V: Se instala la Real Audiencia de Caracas, creada el año anterior, bajo la presidencia del coronel don Juan Guillelmi (26/II). Se crea la provincia de Barinas. De acuerdo al estimado de Castro y Averroes, la población de la provincia de Venezuela asciende a la cifra de 333.110 habitantes.

AL: Establecimiento de la Audiencia de Cuzco, creada en 1783. En México, el arzobispo Alonso Núñez de Haro gobierna como virrey, durante tres meses; lo sucede Manuel Antonio Flórez. Se crea, por Real Título, la Intendencia de Sinaloa.

Martín de Sessé y Lacasta funda el Jardín Botánico y encabeza una expedición botánica a la Nueva España

Esp.: Creación de la Junta del Estado, precursora de la presidencia del Consejo de Ministros; Aranda combate la política de Floridablanca. *EE.UU.:* Constitución política. *Fra.:* Asamblea de Notables en París, Lafayette miembro de ella; conflictos con el ministro Brienne; solicitud a Luis XVI de la convocatoria de los Estados Generales. *Ing.:* Establecimiento en Botany Bay, Australia. Prusia interviene en Holanda. Turquía declara la guerra a Rusia, Austria apoya a ésta.

Fitch: barcos de vapor con hélice. Le Blanc obtiene soda usando el cloruro de sodio. Wilkinson: Barco de hierro. Fundación del Colegio de Cirugía de San Carlos en Madrid.

1788	Probablemente comienza a concurrir al vecino Convento de las Mercedes, donde empezará los estudios de gramática y lengua latina bajo la dirección de fray Cristóbal de Quesada. En la biblioteca de los mercedarios, se inicia como lector asiduo, hábito que le dura toda la vida.
1789	

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
(-1803). José Antonio Alzate funda la revista científica *Observaciones sobre la Física, Historia Natural y Artes útiles.* Muere Francisco Javier Clavijero, S.J.	Adams: *Defensa de la constitución del gobierno de los Estados Unidos de América.* Floridablanca: *Memorial a Carlos III.* El padre Isla traduce el *Gil Blas de Santillana.* Saint-Pierre: *Pablo y Virginia.* Schiller: *Don Carlos.* Mozart: *Don Juan.*
V: Joaquín Cubells, nombrado Intendente de Ejército y Real Hacienda (-1791). Nace en Maracaibo Rafael Urdaneta. El sacerdote Baltasar de los Reyes Marrero es expulsado de su cátedra de Teología en la Universidad de Caracas por explicar materias contrarias a la escolástica. Fundado el Colegio de Abogados de Caracas. *AL:* Carta Regia sobre la esclavitud en Brasil (23/III). Nueva expedición botánica en la Nueva España, ahora al mando de Vicente Cervantes. Expedición de Francisco Elixa y Salvador Fidalgo. Liberado el comercio entre la metrópoli española y las colonias de ultramar. Francisco José de Caldas se traslada a Santa Fe de Bogotá. Nace el poeta Bartolomé Hidalgo.	*Esp.:* Carlos IV rey a la muerte de Carlos III. *EE.UU.:* Entra en vigor la constitución; Franklin presenta una moción para la abolición de la esclavitud. *Fra.:* Necker ministro; segunda Asamblea de Notables; convocatoria a los Estados Generales. *Ing.:* Alianzas defensivas con Holanda y Prusia. Guerras entre Suecia y Rusia y entre Austria y Turquía. *Bélg.:* Disturbios políticos. Meares explora el Pacífico (-89). Fundación de una sociedad inglesa para la exploración de Africa. Heikle: Máquina trilladora. Creación de la Société des Amis des Noirs, en Francia. Fundación de *The Times* en Londres. Lagrange: *Mecánica analítica.* Bentham: *Introducción a los principios de la moral.* Kant: *Crítica de la razón práctica.* Enrique, Conde de Gregoire: *Ensayo sobre la regeneración de los judíos.* Muere Rousseau.
V: Descubierta conspiración de negros en Cariaco, destinada a establecer gobierno propio después de asesinar a la población blanca. Por Real Cédula, promulgado el llamado Código Negro para regular las relaciones de trabajo de los esclavos en todo el territorio venezolano. Concedida libertad comercial a Venezuela: abolidos patentes y gravámenes. Nace el general Carlos Soublette.	*España:* Derogación de la ley Sálica. *EE.UU.:* Primeras sesiones del Congreso. Washington presidente. *Fra.:* Reunión de los Estados Generales en Versalles; el tercer Estado se constituye en Asamblea Nacional; declaración de la soberanía popular e inviolabilidad de la Asamblea (5/V); destitución de Becker y de los ministros reformistas por Luis XVI (12/VII); asalto y toma de

1790	

AL: Denunciada "Inconfidência mineira": conspiración de Tiradentes a favor de la independencia del Brasil. Gobierno militar en Santo Domingo. Virreyes: Francisco Gil y Lemos reemplaza a Antonio Caballero en la Nueva Granada, lo sucede siete meses después José de Ezpeleta y Galdeano; Nicolás de Arredondo sucede a N. del Campo en Río de La Plata. Por Real Cédula, regulación de educación, trato y ocupación que debía darse a los esclavos en las colonias españolas. Expedición de la "Descubierta" y la "Atrevida" realizada por Malaspina, Bustamante, Haenke y Née (-1794). Fundación de la Sociedad de Amantes del País, en Lima, por Baquíjano, Unanue y otros. Francisco Javier Clavijero: *Historia de la antigua o baja California.* Velasco: *Historia del Reino de Quito.*	La Bastilla (14/VII). Declaración de los Derechos del Hombre (26/VIII). *Ing.:* Debates sobre la regencia; motín de la "Bounty" en la Marina Real. Insurrección de los Países Bajos contra los austriacos y proclamación de Bélgica como república. Exploración del norte del Canadá por Mackenzie, llega hasta el Mar Artico. Klaproth describe el telurio y el uranio. Lavoisier anuncia la "ley de los pesos" o principio de la conservación de la masa y publica: *Tratado elemental de química.* Le Blanc: Método para obtener carbonato de sodio. Cadalso: *Noches lúgubres.* Goya pintor de la Corte de España.
V: Miranda entrega un plan sobre la independencia de América al ministro inglés Pitt, quien no lo apoya. Nace José Antonio Páez. El obispo Juan Ramos de Lora funda el Seminario de Mérida. *AL:* Insurrección de los negros en Santo Domingo. Francisco Gil de Taboada y Lemos, virrey del Perú en sustitución de Teodoro de Croix. M. Hidalgo, rector del colegio de San Nicolás en México. Fundación del Gabinete de Historia Natural en México. Hallazgo de la piedra del calendario azteca al nivelar la plaza mayor de México. Antonio de León y Gama: *Disertación física sobre la materia y formación de las auroras boreales.* Primer periódico cotidiano de la América española: *Diario erudito eco-*	*Esp.:* Supresión de la Casa de Contratación de Sevilla; Jovellanos desterrado. *Fra.:* Aparición de los clubes revolucionarios: jacobinos, cordeliers y feuillants. *Aus.:* Leopoldo emperador a la muerte de José II. Paz de Werela entre Rusia y Suecia. Exploraciones en el Pacífico de Salvador Fidalgo, Manuel Quimper y Francisco Eliza. M. Saint patenta la máquina de coser en Inglaterra. Muere Adam Smith. Burke: *Reflexiones sobre la revolución francesa.* Goethe: *Torcuato Tasso.* Jovellanos: *Memorias sobre los espectáculos y diversiones públicas de España.* Kant: *Crítica del juicio.*

1791	
1792	Es fama que a los once años era ya un lector apasionado de Pedro Calderón de la Barca. Poco después lo fue del *Quijote.*

Venezuela y América Latina	*Mundo exterior*
nómico y comercial de Lima dirigido por Jaime Bausate y Mesa (-1793). Fundación del *Papel periódico de La Habana,* vocero de la Sociedad Económica (-1804).	
V: Por muerte del intendente Cubells es designado como sucesor interino don Esteban Fernández de León. Nace José Austria. *AL:* Manuel del Socorro Rodríguez, literato cubano, funda el *Papel Periódico de la ciudad de Santa Fe de Bogotá,* publicado semanalmente hasta el Nº 270. Aparece en Lima. *El Mercurio Peruano,* cuyo redactor principal fue H. Unanue y en Quito, *Primicias de la cultura de Quito* dirigido por el médico Francisco Eugenio de Santa Cruz Espejo.	*Esp.:* Inicio de la privanza de Godoy. *EE.UU.:* Enmienda a la Constitución. *Fra.:* Intento de fuga de los reyes, detenidos en Varennes (21/VI); matanza del Campo de Marte (17/VII); apertura de la Asamblea Legislativa (1/X); Lafayette renuncia al mando de la Guardia Nacional (8/X), decreto contra los emigrados. Tratado de alianza entre Prusia y Austria y entre Turquía y Austria. Barker: Máquina de Gas. Muere Mirabeau. T. Payne: *Los derechos del hombre.* Mozart: *La flauta encantada.*
V: Juan Antonio Viona, electo obispo de Caracas. Pedro Carbonell, nombrado capitán general, gobernador y presidente de la Real Audiencia de Caracas (-1799). *AL:* Abolición de la esclavitud en Santo Domingo. Hidalgo es removido del cargo de rector del colegio San Nicolás de México, donde estudia J. M. Morelos. Nace Francisco de Paula Santander. Esteban de Antuñano: *Pensamientos para la regeneración industrial de México.* Antonio León y Gama: *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la Plaza Principal, se hallaron en ella en el año de 1790.*	*Esp.:* Caída y proceso de Floridablanca. *Fra.:* El pueblo invade Las Tullerías: matanza de los suizos y prisión de Luis XVI (10/VIII); disolución de la Asamblea Legislativa y creación de la Convención Nacional; proclamación de la República (22/IX); proceso a Luis XVI, condenado a muerte por mayoría; Napoleón capitán de guarnición en Niza; guerra contra Austria, Prusia y Piamonte. Francisco II emperador de Austria a la muerte de Leopoldo II. *Rus.:* Invasión de Polonia, tratado de Jassy con Turquía. *Sue.:* Asesinato de Gustavo III. Galvani estudia la energía eléctrica. Murdock: Gas para la iluminación doméstica. Aparece el *Diario de Barcelona.* Brackenridge: *La caballería moderna* (primera parte). Fichte: *Ensayo de una crítica a toda revelación.* Gonzaga: *Ma-*

1793	
1794	

rilia de Dirceo. Schiller: *Historia de la guerra de los Treinta Años*. Rouget de l'Isle: *La marsellesa*.

V: Esteban Fernández de León, ratificado oficialmente como Intendente de Ejército y Real Hacienda (-1802). Erigido el Tribunal del Consulado de Caracas, creado por Cédula Real desde 1785 e integrado predominantemente por miembros de la burguesía criolla. Expedición de la Real Cédula de Gracias al Sacar, ratificada el 10/II/1795, que permitía a los pardos adquirir, mediante el pago de una cantidad de dinero, los derechos reservados hasta entonces a los blancos notables.

El obispo Francisco de Ibarra funda el Seminario de Guayana.

AL: Establecimiento de la imprenta en Veracruz y en Santiago de Cuba. Supresión de la Intendencia de México por orden real; el gobierno de este territorio queda en manos del virrey. Censo en Nueva España: 4.483.569 habitantes.

Reaparece la *Gaceta de Lima* (-1795).

Coalición europea contra Francia: Inglaterra, España, Holanda, Cerdeña, Toscana, Nápoles, Prusia, Austria y Piamonte. *Fra.:* Ejecución de Luis XVI (21/I) y de María Antonieta (16/X); insurrección realista de La Vendée; establecimiento del Comité de Salud Pública comandado por Robespierre; época del terror, asesinato de Marat (13/VII); decreto sobre la leva en masa del pueblo francés (10-VIII).

C. Chappe: Telégrafo de señales. Whitney inventa la *cotton gin*, máquina desmotadora de algodón. Adopción del sistema métrico decimal en Francia. Pinel inicia la psiquiatría moderna con la liberación de los dementes de Bicetre.

Herder: *Cartas para el progreso del humanismo*. J. B. Muñoz: *Historia del Nuevo Mundo*. Fichte: *Rectificaciones a los juicios del público*. Freneau: *Odas probatorias por don Jonathan Pindar*. Goya comienza su serie *Los caprichos*.

V: Informe de Simón Rodríguez sobre las escuelas de Caracas.

AL: Miguel de la Grúa Talamanca, marqués de Branciforte, virrey de México, en reemplazo del segundo conde de Revillagigedo. En Santa Fe de Bogotá Antonio Nariño traduce e imprime la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* de la Asamblea constituyente de Francia.

Coutinho: *Ensayo sobre el comercio de Portugal y sus colonias*. Apertura del primer curso de mineralogía en México, por Andrés Manuel de los Ríos.

Fra.: Ejecución de Dantón (5/IV); muerte de Robespierre (28/VII); clausura del Club de los Jacobinos; abolición de la esclavitud y del comercio de esclavos en las colonias; invasión de los territorios españoles de Cataluña, Fuenterrabía y San Sebastián. Tratado de Valenciennes entre Austria y Cerdeña. *Ing.:* Supresión de la ley del "Habeas corpus"; convenio de La Haya con Prusia. *Pol.:* Rebelión de Kosciusko.

Creación de la Escuela Politécnica, la Escuela Normal Superior y el Conservatorio de Artes y Oficios en París; el re-

1795	
1796	A comienzos de este año se encontraba traduciendo con su maestro, el Padre Quesada, el libro quinto de la *Eneida*, cuando éste falleció.

	fugiado Duclot funda el *Monitor de la Luisiana*. Condorcet: *Esbozo de un cuadro histórico del progreso humano.* Chénier: *Yambos.* Dupuis: *Del origen de todos los cultos.* Fichte: *Fundamentos de la teoría de la ciencia.* Jones: *Código de Manú.* J. B. Muñoz: *Disertación contra la tradición guadalupana de México.*
V: Sublevación de negros y mestizos en Coro, inspirada en la Revolución Francesa y en los sucesos de Haití, encabezada por José Leonardo Chirino, con participación de José Diego Ortiz, José Caridad González, Juan Cristóbal Acosta y otros. Por Real Cédula se dispone que se dispense de la calidad de pardo a quinterones y a súbditos notables, y se les permita usar el distintivo de don. El Ayuntamiento de Caracas se opuso a esta medida. Nace en Cumaná Antonio José de Sucre. *AL:* Pedro Melo de Portugal sucede a Nicolás de Arredondo como virrey de Río de la Plata. La isla de Santo Domingo pasa totalmente a dominio de Francia. Fundación del Consulado de Veracruz en México. Inauguración del Real Consulado de Agricultura, Industria y Comercio de La Habana. Condenado Nariño a "extrañamiento perpetuo de América, confiscación de todos sus bienes y diez años de presidio..." por el virrey de Nueva Granada; escapa al llegar a España. El *Sermón guadalupano* de Fray Servando Teresa de Mier provoca su encarcelamiento en la ciudad de México. Expedición de José Fernando Quintana.	*Fra.:* Paz con España y Prusia; decreto sobre libertad de cultos; ley contra los sacerdotes; terror blanco, Napoleón se distingue en la represión de los motines populares en París; nombramiento de un comité constitucional; disolución de la Convención y establecimiento definitivo del Directorio; incorporación de Bélgica a la República. Tratado entre Austria, Rusia y Prusia para el reparto de Turquía, Venecia, Baviera y Polonia. *Ing.:* Ocupación de las colonias holandesas. Hutton: *Teoría de la Tierra.* Jovellanos: *Informe sobre la ley agraria.* J. de Maistre: *Consideraciones sobre la Francia.* Wolf: *Prolegómenos a Homero.* Nacen Carlyle y Thierry.
V: Acta del Ayuntamiento de Caracas se opone a Cédula Real de 1795 que mejoraba la condición social de par-	*Esp.:* Tratado de alianza con Francia ratificado en San Ildefonso; declaración de guerra a Inglaterra. *EE.UU.:* Adams

1797

Enero. Inicia estudios en la Real y Pontificia Universidad de Caracas. Es alumno del Pbro. Dr. José Antonio Montenegro en la cuarta clase de latín.

Es probable que sea ésta la época en que traba amistad con José Ignacio Ustáriz, hijo de familia mantuana, quien lo presenta a sus hermanos mayores, Luis y Francisco Javier Ustáriz, quienes eran poetas y favorecían una importante tertulia literaria en su casa de habitación. Parte de lo que en ella se hacía debió inspirarle a Bello este párrafo, de la carta que dirige a José Fernández Madrid el 20-08-1829, cuando está recién llegado a Santiago de Chile: "Echo de menos nuestra rica y pintoresca vegetación, nuestros variados cultivos, y *aun algo de la civilización intelectual de Caracas en la época dichosa que precedió a la revolución*".

Inicia el estudio de la lengua francesa a instancias de Luis Ustáriz, quien le regala una gramática. Para adquirir pronunciación, se asesora con un francés residente en Caracas, cuyo apellido —Blandín— ha quedado unido a la toponimia de la ciudad.

Igualmente en esta fecha, gana dos premios escolares. Uno sobre la mejor composición acerca de un tema dado; y el otro,

dos, mulatos y zambos (14/IV). Los conspiradores de San Blas (España) contra la monarquía para convertir España en república, entre los cuales Juan Bautista Picornell, son apresados y enviados a La Guaira (3/XII), desde donde conspiran con Gual y España. Un maremoto destruye el castillo de Santiago, en las salinas de Araya. José Leonardo Chirino es condenado a muerte por la Audiencia de Caracas (10/XII). Procedente de Trinidad se introduce en Venezuela el cultivo de la caña de Otaití. Nace Francisco de Borja Adarraga y Ana María Campos, próceres de la Independencia.

AL: Ambrosio O'Higgins, virrey del Perú.

Museo de Historia Natural y Jardín Botánico de Guatemala. Manuel Tolsá: estatua de Carlos IV.

presidente, Jefferson vicepresidente; tratado de amistad, límites, comercio y navegación con España. *Fra.:* Decreto sobre la libertad de prensa. Napoleón llega a Niza, fundación de las repúblicas Lombarda y Cispadana. *Rusia:* Muere Catalina II, le sucede su hijo Pablo I.

Bramah: Prensa hidráulica. Parker: cemento natural. Senefelder inventa la litografía. Primera vacunación de Jenner contra la viruela.

Laplace: *Exposición del sistema del mundo.* De Bonad: *Teoría del poder.* Goethe: *Wilhelm Meister.* Nace Corot.

V: Para evitar difusión de las ideas igualitarias y libertarias francesas, la Audiencia de Caracas dicta graves sanciones contra quienes posean libros prohibidos. Por la crisis económica provocada por la guerra entre España e Inglaterra, se permite a Venezuela comerciar con países neutrales. La revolución nacionalista preparada por José María España y Manuel Gual en Caracas y en La Guaira, en connivencia con reos del Estado, españoles republicanos confinados en este puerto, es debelada por las autoridades (13/VII). Gual escapa a Trinidad, donde será envenenado tres años después. José María España, detenido, es ejecutado dos años más tarde.

Juan Bautista Picornell: *Derechos del hombre y del ciudadano, con varias máximas republicanas y un discurso preliminar dirigido a los americanos.* Simón

Fra.: Tratados de paz con Austria y Génova; destitución de los ministros moderados; golpe de Estado del 18 de Fructidor; Napoleón, general en jefe para la invasión de Inglaterra; establecimiento de las repúblicas Ligur y Cisalpina. Inglaterra ocupa Trinidad. *Prusia:* Federico Guillermo III emperador a la muerte de Federico Guillermo II.

Maudslay: Torno para tallar tornillos. Vauquelin descubre el cobalto.

Barruel: *Memorias para la historia del jacobinismo.* Boucher: *Estudio de las causas y consecuencias de la renovación norteamericana.* La Pérouse: *Viajes alrededor del mundo.* Schelling: *Ideas para una filosofía de la naturaleza.* Nace Franz Schubert.

para la mejor traducción del latín al castellano de un tema propuesto.

Septiembre, 15. En la Universidad ya mencionada, Bello es promovido a la clase de Filosofía, que aquel año inaugura el Pbro. Dr. Rafael Escalona. Aparte de la doctrina peripatética y de la escolástica, recibe enseñanzas de lógica, de aritmética, de álgebra y geometría como materias de curso obligado antes de pasar al estudio de la física experimental. Se gradúa de Bachiller en Artes tres años más tarde, y llega a ganar el primer premio en la clase de física.

1798

Venezuela y América Latina	*Mundo exterior*
Rodríguez se marcha definitivamente de Venezuela. Nace Alejo Fortique. *AL:* Restablecimiento del sistema de flotas para la navegación trasatlántica entre Portugal y Brasil. Pedro Mendinueta y Muzquiz reemplaza a Ezpeleta como virrey de Nueva Granada. Antonio Olaguer Feliu, virrey interino de Río de La Plata. La isla de Trinidad es tomada por fuerzas inglesas de invasión al mando de Sir Henry Harvey y Sir Ralph Abercombry, terminando así dominio español sobre la isla. Morelos es ordenado presbítero en México. Terremoto en Quito: 40.000 víctimas. Academia de San Luis, en Santiago de Chile, creada por iniciativa de Manuel de Salas. Academia de Bellas Artes en Guatemala. Andrés Cavo, S.J.: *Historia civil y política de México.* Juan Pablo Viscardo: *Carta a los españoles americanos.*	
V: Francisco de Ibarra, electo obispo de Caracas. Alzamiento de esclavos y peones de haciendas de Cariaco; son apresados y ahorcados los más notorios por orden del gobernador de Cumaná, Vicente Emparan. El sabio capuchino Fray Francisco de Andújar establece una Academia de Matemáticas y Física en casa de Simón Bolívar, para éste y algunos amigos suyos. Nace en Caracas Francisco Aranda. *AL:* Los españoles se retiran de Haití, que pasa a ser posesión francesa. Sublevación de los charrúas en Río de La Plata. Miguel José de Azanza, nuevo virrey de México. Luis Fernando Lindner funda en el Real Seminario de Minería de México el primer laboratorio de química iberoamericano. Reaparece la Gaceta de Lima (-1804).	*Esp.:* Caída momentánea de Godoy. *Fra.:* Enfrentada a la coalición de Austria, Nápoles, Portugal, Turquía, Inglaterra y Rusia; Napoleón zarpa de Tolón (1/V), conquista Malta; llega a Egipto, triunfa en la batalla de las Pirámides y ocupa El Cairo (21/VII). *Ing.:* Nelson derrota a los franceses en Abukir. Rumford realiza experimentos para comprobar que el calor es movimiento. Nacen A. Comte y Michelet. Malthus: *Ensayo sobre la población.* Foscolo: *Ultimas cartas de Jacobo Ortiz.* Wordsworth y Coleridge: *Baladas líricas.* Goya: *Frescos de San Antonio de la Florida* y *Retrato de Guillemardet.* Gros: *El puente de Arcole.* Haydn: *Sinfonía de la creación.* Nace Delacroix.

1799

1800

Enero, 2. Forma parte del grupo que acompaña al explorador Alejandro de Humboldt en su ascensión a la cima del monte Avila, situado al norte de la ciudad de Caracas. Bello no alcanza a llegar debido a lo débil de su contextura. En carta dirigida desde Londres a su madre (30-11-1811), le comunica las siguientes noticias sobre el cambio que su salud ha experimentado desde que llegó a Inglaterra: "Yo no he tenido enfermedad alguna desde que dejé a Caracas, antes por el contrario, me siento más fuerte y con mejor salud que nunca. Los catarros que solía padecer se me han retirado enteramente, y sólo me repite de cuando en cuando el dolor de cabeza, pero de ningún modo con la fuerza, ni con la frecuencia que en Caracas, y no dudo que si estuviese en Inglaterra un año más, conseguiría librarme para siempre de esta pensión".

Venezuela y América Latina	*Mundo exterior*
V: Llega a Caracas el brigadier Manuel de Guevara y Vasconcelos, nuevo gobernador y capitán general (-1807). Desembarcan en Cumaná el sabio alemán Alejandro de Humboldt y el naturalista francés Aimé Bonpland. José María España es ahorcado públicamente en Caracas. Simón Bolívar se embarca en La Guaira, a bordo del navío "San Ildefonso", con destino a España. Nace en Caracas Luisa Cáceres de Arismendi.	*Fra.:* Campaña napoleónica en Siria, toma de El Arish, Jafa y sitio de San Juan de Acre; golpe de Estado del 18 Brumario; establecimiento del Consulado, Napoleón primer Cónsul, Constitución del año VIII; ocupación de Nápoles y fundación de la república Partenopea. *Ing.:* Victoria sobre Tippu Sahib completa la conquista de la India. Contraofensiva austro-anglo-rusa contra los franceses. *EE.UU.:* Muere Washington.
Miranda hace imprimir en Londres la *Carta a los Españoles Americanos* del jesuita peruano Juan Pablo Vizcardo y Guzmán.	Davy demuestra las propiedades anestésicas del óxido nitroso. Tennant fabrica polvo para blanquear. Fundación de una compañía de comercio imperial ruso-americana.
AL: Morelos, nombrado cura de Carácuaro (III). Conspiración mexicana "de los machetes", encabezada por don Pedro de la Portilla, puesto en prisión. Gabriel de Avilés, virrey de Río de La Plata.	Monge: *Tratado de geometría descriptiva.* Novalis: *El cristianismo y Europa.* Schiller: *Wallenstein.* Schleiermacher: *Discurso sobre la religión.* Beethoven: *Sonata patética.* Nacen Honorato de Balzac y Fouchkine. Muere J. B. Muñoz.
Fundación de la Escuela Náutica de Buenos Aires. Azara: *Dictamen sobre la colonización del Chaco e Informe sobre los pueblos de las Misiones.* Abad y Queipo: *Representación sobre la inmunidad personal del clero.*	
V: En enero, Alejandro de Humboldt hace la primera ascensión a la Silla de Caracas, en el cerro del Avila. Calcula la población de la Provincia en 780.000 personas. Muere en Trinidad Manuel Gual, uno de los líderes del fallido proyecto revolucionario de 1797 (25/X). Después de explorar el Orinoco, a fines de noviembre, Humboldt abandona Venezuela. Nace en Puerto Cabello Juan José Flores, general y futuro presidente de la república del Ecuador.	*Ing.:* Acta de unión entre Inglaterra e Irlanda; la flota inglesa se apodera de Malta. *Fra.:* Campaña de Napoleón en Italia; Tratado de El Arish; derrota de los turcos en Heliópolis; España restituye la Luisiana; Napoleón enfrenta una nueva coalición: Austria, Baviera, Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Turquía. Papado: Pío VII Papa. Experiencia socialista de Owen con comunidades industriales.
AL: Félix Berenguer de Marquina, nuevo virrey de México. La Inquisi-	Achard da a conocer la obtención de azúcar de remolacha. Volta inventa la pila eléctrica. Creación del Banco de Francia.

Junio, 14. Recibe el grado de Bachiller en Artes en ceremonia pública efectuada en la capilla universitaria. Se lo entrega el Rector José Vicente Machillanda. Había aprobado los exámenes finales el 9 de mayo de 1800.

De 1797 a 1800 dicta clases particulares de las que no obtiene beneficios económicos. Uno de sus discípulos de entonces lo es Simón Bolívar, quien, años más tarde, dirá de Bello: "Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío; fue mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto".

Según Miguel Luis Amunátegui, por esta época se incorpora en el curso de Derecho, y poco después, en el de Medicina, "que seguía con más afición que el primero". Circunstancias ajenas a su voluntad, de naturaleza económica, lo obligan a interrumpir sus estudios universitarios.

Alrededor de 1800 —tal vez, un poco antes— comienza a escribir su primeros poemas, que sólo se publican, parcialmente, mucho más tarde. Del período 1800-1810 datan los siguientes, una parte apenas de los que salieron de su pluma juvenil: "El Anauco" (1800), "Mis deseos" (1800 o antes), "A la vacuna" (1804), "Venezuela consolada" drama en verso (1805); "A la muerte de I.S.O. Francisco Ibarra, Arzobispo de Caracas" (se conoce una octava, 1806), "Egloga" (Imitación de Virgilio, 1806-1808), "A una artista" (1806-1808), "A la victoria de Bailén" (1808), "A la nave" (Imitación de Horacio, 1808).

Noviembre, 5. Es importante el testimonio del oficial mayor Dn. Pedro González Ortega, quien le expresa al capitán general Dn. Manuel Guevara Vasconcelos el siguiente juicio al proponer a Bello como Oficial Segundo de la Capitanía General: "Don Andrés Bello, particularmente ha hecho progresos tan ventajosos en las materias a que se ha aplicado, que me permitirá V. S. me lisonjee del acierto de su elección, si se sirviere confirmar mi propuesta. *He visto varias obras de su aplicación ya traducidas de autores clásicos, y ya originalmente suyas, aunque de menos consideración, en que se reconoce un talento nada común*". A los veintidós años, ya Bello merecía respeto como autor de composiciones poéticas propias o imitadas de autores clásicos latinos. En cambio, Bello no les concedió importancia a aquellos ensayos juveniles. Olvidó algunos, que se rescataron merced a haberse conservado en la tradición de algunos caraqueños devotos de Bello. Si publicó uno que otro poema de este tiempo, lo hizo años más tarde, cuando residía en Chile. Y, como testimonio irrecusa-

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
ción inicia juicio contra Hidalgo. Azara puebla la frontera norte de la Banda Oriental y funda Batoví. Aparece el periódico *El Regañón de La Habana* (-1802) fundado por Buenaventura P. Ferrer.	Bichat: *Investigaciones psicológicas sobre la vida y la muerte.* Cuvier: *Lecciones de anatomía comparada.* Schelling: *Sistema del idealismo trascendental.* Staël: *Acerca de la literatura.* Goya: *La familia de Carlos IV.* Boieldieu: *El califa de Bagdad.* Beethoven dirige, por primera vez, en Viena, su primera sinfonía.

ble, debe citarse éste de la carta que Bello le dirige al argentino Juan María Gutiérrez (Santiago, 7-10-1845), en la que le da cuenta del envío de algunos materiales poéticos suyos. Ahí le dice: "Algunas [poesías] son producciones juveniles que me avengonzaría de publicar ahora".

1801

1802

Noviembre, 6. Ingresa como Oficial Segundo en la Capitanía General de Venezuela. El nombramiento se lo extiende Dn. Manuel Guevara Vasconcelos, Capitán General, quien hace honor a la recomendación de su oficial mayor Dn. Pedro González Ortega. En cierto modo, Bello ganó este cargo por concurso, como consta en la biografía de Amunátegui.

Es probable que por este año de 1802 inicie el estudio de inglés, sin más ayuda que una gramática. Para ejercitarse traduce el *Ensayo sobre el entendimiento humano,* de John Locke. No se conoce este trabajo de Bello sino por la referencia que de él da Amunátegui en su biografía: "La afición que, desde muy joven, tuvo al estudio de la filosofía, lo hizo escoger por primer texto de traducción inglesa el *Ensayo sobre el entendimiento humano,* escrito por Locke; y esa misma afición, estimulando en él la curiosidad de conocer hasta el fin la serie de raciocinios del célebre pensador, le sostuvo para ir superando las dificultades de la versión".

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
V: El capitán General don Manuel de Guevara y Vasconcelos restablece el libre comercio con países neutrales, autorizado en 1797 y abolido en 1800. Nace en Caracas Antonio Leocadio Guzmán. *AL:* Rebelión del indio Mariano en México. Lusoamericanos conquistan Río Grande do Sul y el territorio de las Siete Misiones. Gabriel de Avilés, nombrado nuevo virrey del Perú y reemplazado en el virreinato de Río de La Plata por Joaquín del Pino. Caldas y Humboldt exploran juntos los alrededores de Quito. Fray Servando Teresa de Mier, en Francia. Juan Navarro O. F. M.: *Historia natural o jardín americano.* Aparece en Buenos Aires *El Telégrafo Mercantil...* (-1802), primer periódico argentino.	*Esp.:* Godoy, generalísimo de la guerra de las naranjas contra Portugal. *Fra.:* Napoleón firma la paz con Baviera, Rusia, Turquía y Austria, así como unos preliminares con Inglaterra y un Concordato con la Santa Sede. *EE.UU.:* Jefferson presidente. *Ing.:* Primer censo. *Rusia:* Asesinato de Pablo I, le sucede su hijo Alejandro I. Ferrocarril público de tracción a sangre, de Wandsworth a Croydon, Inglaterra. Jacquard expone su primera máquina textil. Piazzi descubre Ceres, primer planetoide. Trevithick inicia el carruaje de vapor. Bichat: *Anatomía descriptiva.* Chateaubriand: *Atala.* Gauss: *Disquisiciones aritméticas.* Gros: *El combate de Nazareth.*
V: El regente de la Real Audiencia, don Antonio López de Quintana, se hace cargo interinamente de la Intendencia. Simón Bolívar contrae matrimonio en Madrid con María Teresa del Toro y Alayza (26/V); llegan a La Guaira el 12 de julio. Francisco Depons estima la población de la Provincia en 728.000 habitantes. *AL:* Revolución en Santo Domingo contra el general Leclerc; Toussaint Louverture, prisionero. Andrés del Río descubre el vanadio. Alejandro de Humboldt llega al Perú. Mariano Moreno presenta su disertación: *Sobre el servicio personal de los indios.*	*Fra.:* Napoleón cónsul vitalicio y presidente de la república italiana; Constitución del año X; Paz de Amiens con Inglaterra; restitución solemne de la religión católica. *Din.:* suprime el tráfico de esclavos. Bramah inventa el cepillo mecánico. Bonald: *Legislación primitiva.* Cabanis: *Relaciones entre lo físico y lo moral del hombre.* Chateaubriand: *El genio del cristianismo.* Chladni: *Acústica.* Maine de Biran: *Sobre la influencia del hábito en la facultad de pensar.* Schiller: *La novia de Mesina.* Gregoire: *Apología de Bartolomé de las Casas.* Gerald: *Re-*

1803	
1804	

Venezuela y América Latina	*Mundo exterior*
José Garcés y Eguía: *Nueva teórica y práctica del beneficio de los metales por fundición y amalgamación. Semanario de Agricultura*, en Buenos Aires (-1807). Mueren Villava y Antonio León y Gama.	*trato de madame Recamier.* Nace Víctor Hugo.
V: Creado el Arzobispado de Caracas, asume el cargo don Francisco de Ibarra. Juan Vicente de Arce toma posesión de la Intendencia (-1809). Por crisis económica, el Gobierno accede a comerciar con los ingleses por pocos días. Muere en Caracas (22/I) la esposa de Bolívar, María Teresa del Toro. Bolívar sale de nuevo hacia Europa (X). Nace Juan Manuel Cajigal y el impresor Valentín Espinal. *AL:* Antonio Amar y Borbón, último virrey de Nueva Granada. José de Iturrigaray, nuevo virrey de México. Hidalgo, cura en Dolores. Después de firmar la capitulación con los franceses, Dessalines proclama independencia de Haití (30/XI). Abolición del monopolio de la sal en Brasil (30/IX). Revolución de Tebalde en El Cuzco. A. de Humboldt llega a Acapulco, permanece en México hasta el 7-3-1804. Colocación de la estatua ecuestre de Carlos IV en la plaza mayor de la ciudad de México. José Luis Montaña: *Anales de ciencias naturales.* Nace en Cuba José María Heredia.	*Fra.:* Guerra con Inglaterra, Nápoles inicia el bloque continental. *EE.UU.:* Compra de la Luisiana a Francia. Holanda recupera el Cabo de Buena Esperanza. Rusia ocupa la península de Alaska. Fulton ensaya una nave de vapor en el Sena. Berthollet: *Estática química.* Krause: *Fundamentos del derecho natural.* Savigny: *El derecho de propiedad.* Say: *Tratado de economía política.* Nacen Berlioz y Emerson.
V: Bolívar encuentra en París a Humboldt, a quien confía su propósito de realizar la emancipación hispanoamericana. Nace José Antonio Maitín. *AL:* Real cédula de consolidación de vales dirigida a las colonias hispanoamericanas. Rafael Sobremonte nuevo virrey de Río de La Plata. Declaración oficial de independencia de Haití (1/I); Juan	*Esp.:* Carlos IV declara la guerra a Inglaterra: *Fra.:* Napoleón emperador es coronado en Notre Dame con asistencia del Papa Pío VII; promulgación del Código Civil o Código Napoleónico. *EE.UU.:* La Asamblea de Nueva Jersey declara la abolición legal de la esclavitud. *Ing.:* Pitt primer ministro. *Tur.:* enfrenta revuelta servia.

1805	
1806	En casa de Simón Bolívar, y en las espléndidas reuniones con que éste solía agasajar a sus amigos a raíz de su regreso de Europa, Bello lee su versión del libro quinto de la *Eneida,* y su traducción de una tragedia de Voltaire, titulada *Zulima,* que elige por no estar vertida al español. *Diciembre, 16.* Toma posesión de quince fanegadas de tierra en la Fila de Mariches, en el sitio conocido como "El Helechal", con el objeto de formar una pequeña plantación de café.

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
Jacobo Dessalines se proclama emperador con el nombre de Jacques I (8/X). Llega a México la expedición para la propagación de la vacuna dirigida por Francisco Javier de Balmis.	Oliver Evans: Coche anfibio de vapor. Jacquard perfecciona el telar de lazos. Tennaut descubre el iridio y el osmio. Fourier: *Armonía universal.* Jean Paul: *Mis mocedades.* Schelling: *Filosofía y religión.* Schiller: *Guillermo Tell.* Beethoven: *Tercera sinfonía, Heroica.* Nacen Sainte-Beuve y George Sand.
V: Aprobada creación de una escuela primaria para los pardos de Caracas, bajo el patronato del Ayuntamiento. Bolívar viaja por Italia. El 15 de agosto, en presencia de Simón Rodríguez y Fernando Toro, Bolívar jura en el Monte Sacro de Roma no dar reposo a su alma ni descanso a su brazo hasta que no haya logrado libertar al mundo hispanoamericano del dominio español. *AL:* El virrey Iturrigaray ordena poner en estado de defensa todo el territorio con motivo de la guerra entre España e Inglaterra. Conspiración del Cuzco. Aimé Bonpland: *Plantes equinoxiales. Diario de México* (-1817) fundado por J. Villaurrutia y C. M. de Bustamante. *Minerva Peruana* (-1810). Caldas es nombrado por Mutis Director del Observatorio Astronómico de Santa Fe de Bogotá.	*Fra.:* Enfrenta tercera coalición: Inglaterra, Rusia, Suecia y Austria; paz de Presburgo con Austria; triunfo de Napoleón en Austerlitz; es coronado en Milán como rey de Italia; los ingleses triunfan en Trafalgar, muere el almirante Nelson. Disolución del Sacro Imperio Romano Germánico. Creación de la universidad imperial en Francia. Stevens: Doble hélice para barcos. Chateaubriand: *René.* Hirata: *Mitología.* Moratín: *El sí de las niñas.* Schlegel: *Consideraciones sobre la civilización.* Prudhon: *La emperatriz Josefina.* Beethoven: *Fidelio.* Nace Tocqueville.
V: Francisco de Miranda, el precursor de la Independencia, organiza una expedición para libertar a Venezuela. Dos intentos sucesivos, en marzo y agosto de ese año, terminan en fracaso. Miranda se reembarca rumbo a las Antillas. *AL:* José Fernando de Abascal, nuevo virrey del Perú. Primera invasión inglesa al Río de La Plata: sitio de Buenos Aires. Reconquista de la ciudad por	*Fra.:* Napoleón establece por decreto el bloqueo continental; enfrenta una cuarta coalición: triunfa en Jena. Luis Bonaparte rey de Holanda, José Bonaparte rey de Nápoles; fundación de la Confederación del Rhin bajo el protectorado de Napoleón. *Rus.:* Alianza de Alejandro I con Guillermo III de Prusia. Erección de la columna Vendôme en París. Nace Stuart Mill.

1807	*Octubre, 11.* Es nombrado Comisario de Guerra. Dice Amunátegui: "Para que se estime la importancia de semejante distinción, conviene saber que los empleados de la administración pública tenían entonces en España, como ahora en Prusia, cierto orden jerárquico análogo al de la milicia: el título de Comisario de Guerra equivalía al de Teniente Coronel. Aquella distinción es puramente honorífica, una especie de condecoración; mas era tan nuevo que se le concediese a un criollo, que la merced otorgada a don Andrés excitó en Caracas una verdadera conmoción". *Noviembre, 13.* Es designado interinamente como Secretario, en lo político, de la Junta Central de Vacuna.
1808	*Marzo, 22.* El Capitán General interino, Juan de Casas, lo nombra en propiedad como Secretario Político de la Junta de Vacuna. Como tal se desempeña hasta el 9 de abril de aquel año. *Julio, 15.* Una traducción hecha por Bello de un recorte del *Times* enviado desde Trinidad, vía Cumaná, encargada por el capitán general Dn. Juan de Casas, y la visita en ese día de un Oficial de la marina de guerra francesa, dan a conocer en Caracas los sucesos de Bayona, la abdicación de Carlos IV y de sus hijos, y el ascenso al trono español del rey José Bonaparte. Ante tan graves acontecimientos, el Capi-

Venezuela y América Latina	*Mundo exterior*
Liniers. Asesinato de J. J. Dessalines en Haití (17/X). Nace Benito Juárez.	Arnim y Brentano: *El cuerno milagroso del muchacho.* Lamarck: *Investigaciones sobre la organización de los cuerpos vivientes.*
V: Por muerte del gobernador y capitán general Guevara y Vasconcelos, asume el mando interinamente el Teniente del Rey don Juan de Casas. Don Narciso Coll y Prat, electo obispo de Caracas. Bolívar regresa a Venezuela. Lavaysse calcula la población de la Provincia en 975.972 habitantes. Nace Fermín Toro. *AL:* La Corte portuguesa se traslada al Brasil. Segunda invasión inglesa a Río de La Plata, al mando del general Whitelock. Santiago de Liniers, virrey de Río de La Plata en sustitución de R. Sobremonte. Establecimiento de la imprenta en Montevideo.	*Esp.:* Intrigas de Fernando heredero del trono, proceso de El Escorial. *Fra.:* Batalla de Friedland. Paz de Tilsit con Rusia y Prusia, tratado de Fontainebleau con España para el reparto de Portugal. *EE.UU.:* Supresión de la trata de negros. *Ing.:* Abolición de la trata de esclavos. *Port.:* Alianza con Inglaterra; la casa real de Braganza huye al Brasil. Formación del gran ducado de Varsovia y del reino de Westfalia. Davy descubre los metales alcalinos. Fulton navega por el río Hudson con el vapor "Clermont". Gay Lussac estudia la dilatación de los gases. I. de Rivas: patente para el automóvil accionado a gas. Young descubre la interferencia de la luz. Fichte: *Discursos a la nación alemana.* Hegel: *Fenomenología del espíritu.* Kisfaludy: *Leyenda de los antiguos tiempos húngaros.* Quintana: *Vidas de los españoles célebres.* Madame de Staël: *Corina.* David: *Cuadro de la coronación de Napoleón.* Gros: *Batalla de Eylau.* Nace Longfellow.
V: Una delegación del gobierno de José Bonaparte arriba a La Guaira en busca de apoyo y reconocimiento. Manifestantes protestan contra ellos y vitorean a Fernando VII. Organizada en Caracas Junta para preservar los derechos usurpados a Fernando VII por Napoleón. Procedente de la isla de Trinidad llega a Caracas la primera imprenta, con sus dueños e impresores Mateo Gallagher y	*Esp.:* Carlos IV abdica en favor de su hijo Fernando VII; motín de Aranjuez; levantamientos de mayo contra los franceses; Carlos IV y Fernando VII abdican en Bayona en favor de Napoleón; José Bonaparte rey de España; inicio de la guerra de guerrillas apoyada por los ingleses. *Ing.:* Lord Wellington desembarca en Portugal. *Fra.:* Murat rey de Nápoles.

tán General convoca a una asamblea de notables, en la que Bello actúa como Secretario accidental.

Julio, 19. Al conocerse en Caracas el triunfo de las armas españolas sobre las francesas en la batalla de Bailén, compone el soneto titulado "A la victoria de Bailén".

Octubre, 24. Circula el primer número de la *Gaceta de Caracas*, primer periódico impreso en Venezuela, de la que es designado redactor. Bello es por tanto el primer periodista venezolano.

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
Diego Lamb. Miranda la había utilizado para imprimir sus proclamas durante la invasión de 1806. Decreto autoriza la apertura de la imprenta en Caracas. Comienza a circular *La Gaceta de Caracas* (24/X) (-1821). *AL:* Juan V desembarca en Bahía; decreto del príncipe regente Don Juan declara abiertos los puertos brasileños a las naciones amigas; inicio de relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y el monarca portugués refugiado en Brasil. Propuesta del Ayuntamiento de ciudad de México, apoyada por el virrey Iturrigaray, para formar una Junta local de gobierno; destitución y prisión del virrey Iturrigaray y toma el gobierno Don Pedro Garibay (16/IX). Arango participa, y es electo como vocal, en el fracasado intento del Marqués de Someruelos y otros para erigir en Cuba una Junta Superior de Gobierno, similar a las de España. Belgrano participa en las gestiones para coronar a la Infanta Carlota en Río de La Plata. Recuperación de la parte española de Santo Domingo (7/XI). José Manuel Martínez de Navarrete funda la sociedad literaria La Arcadia en México. Reinstalación de la imprenta en Brasil; creación del Banco del Brasil; fundación de la Academia de Marina de Río de Janeiro; aparece la *Gazeta do Rio de Janeiro*. Instalación de la imprenta en San Juan de Puerto Rico. Aparece el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, dirigido por Francisco José de Caldas (-1811). Hypolito José de Costa: *Correio Brasiliense* (en Londres). Juan Wenceslao de la Barquera inicia la publicación del *Semanario económico de noticias curiosas y eruditas*. Fray Melchor de Talamantes: *Representación nacional de las colonias, discurso filo-*	Dalton enuncia la teoría atómica. Davy descubre el estroncio, el magnesio y el bario. Malus descubre la polarización de la luz. Berzelius: *Tratado de química*. Gall: *Investigaciones sobre el sistema nervioso*. Goethe: *Fausto*. Constable: *Institución de la Eucaristía*. Girodet: *Funerales de Atala*. P. P. Prud'hon: *La justicia y la venganza persiguiendo al crimen*. Beethoven: *Sexta sinfonía, Pastoral*. Nace Honorato Daumier.

1809 Por este año, redacta su *Resumen de la historia de Venezuela,* con destino al *Calendario manual y Guía universal de Forasteros en Venezuela para el año de 1810.* Esta obra será el primer libro impreso en Venezuela.

Por esta misma época proyecta la publicación de una revista, *El Lucero,* junto con Francisco Isnardi, de la que sólo alcanza a imprimirse el prospecto.

Debe datarse en este año su trabajo *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana.* También, su traducción de *El arte de escribir* de Condillac, que no se publicará hasta 1824.

Es nombrado Oficial Primero de la Capitanía General.

sófico. F. J. de Caldas: "Estado de la geografía del virreinato de Santa Fe de Bogotá, con relación a la economía y al comercio", *Semanario del Nuevo Reino de Granada* (1-II).

V: Toma posesión como gobernador y capitán general de la Provincia don Vicente de Emparan (19/IV). La Junta de Caracas reconoce la soberanía de la Junta Central Gubernativa del Reino que se había instalado en España el año anterior (12/I). Es nombrado como Intendente don Vicente Basadre, el último en ocupar dicho cargo antes de la revolución. La Audiencia de Caracas informa a las autoridades peninsulares sobre conspiración de criollos para tomar el poder (20/VI). Grupo de notables caraqueños encarcelados después de presentar petición al gobernador de crear Junta gubernativa de la Provincia, independiente de la de Sevilla (24/II). Intento fallido de líderes criollos de Caracas para destituir al capitán general Emparan (14/XII).

AL: Orden Real declara las posesiones de América "parte esencial e integrante" de la monarquía española. Tratado de Juan VI de Brasil con Inglaterra; con apoyo de esta última, los portugueses ocupan la Guayana francesa. Levantamiento en Quito. Libertad de comercio entre Jamaica y Panamá. Baltazar Hidalgo de Cisneros, nuevo virrey de Río de La Plata. Sublevación de Alzaga contra Liniers en Buenos Aires, dominada por el batallón de patricios al mando de Saavedra. Conspiración de Mariano Michelena, Mariano Quevedo y José María García Obeso, contra el gobierno virreinal de México; se suspende la aplicación de la cédula de consolidación de vales reales por orden de la Regencia; Fran-

Fra.: Napoleón enfrenta quinta coalición: Austria, España, Inglaterra y Portugal. Tratado de Schoenbrunn con Austria prepara el matrimonio de Napoleón con María Luisa de Austria hija de Francisco II; invasión de Portugal. Napoleón anexa a su imperio los Estados Pontificios y hace prisionero a Pío VII. *Suec.*: Carlos XII rey; paz con Rusia, ésta se anexa Finlandia. *EE.UU.*: Madison, presidente. *Aus.*: Matternich, ministro.

Jovellanos: *Bases para la formación de un plan general de Instrucción Pública*. Chateaubriand: *Los mártires*. Goethe: *Las afinidades electivas*. Irving: *Historia de Nueva York por Dietrich Knickerbocker*. Lamarck: *Filosofía zoológica*. Muller: *Elementos del arte del estado*. Schelling: *Esencia de la libertad humana*. Goya: *El peregrinar de San Isidoro*. Turner: *Londres visto desde Greenwich*. Nacen: Coubert, Darwin, Mendelssohn, E. A. Poe, P. J. Proudhon y Tennyson.

1810

Junio, 10. Junto con Simón Bolívar y Luis López Méndez, se embarca en La Guaira rumbo a Inglaterra. Los tres forman la representación que la Junta de Caracas envía ante las autoridades inglesas.

Julio, 10. Bello y sus acompañantes arriban a Inglaterra. Se hospedan, al comienzo, en la casa del generalísimo Dn. Francisco de Miranda, en cuya biblioteca es fama que Bello comenzó a estudiar el griego. A poco de llegados, Bolívar, López Méndez y Bello son recibidos por Sir Richard Wellesley, Ministro de Relaciones Exteriores del Reino Unido.

cisco Javier de Lizana y Beaumont, arzobispo de México, nuevo virrey en sustitución de Pedro Garibay.

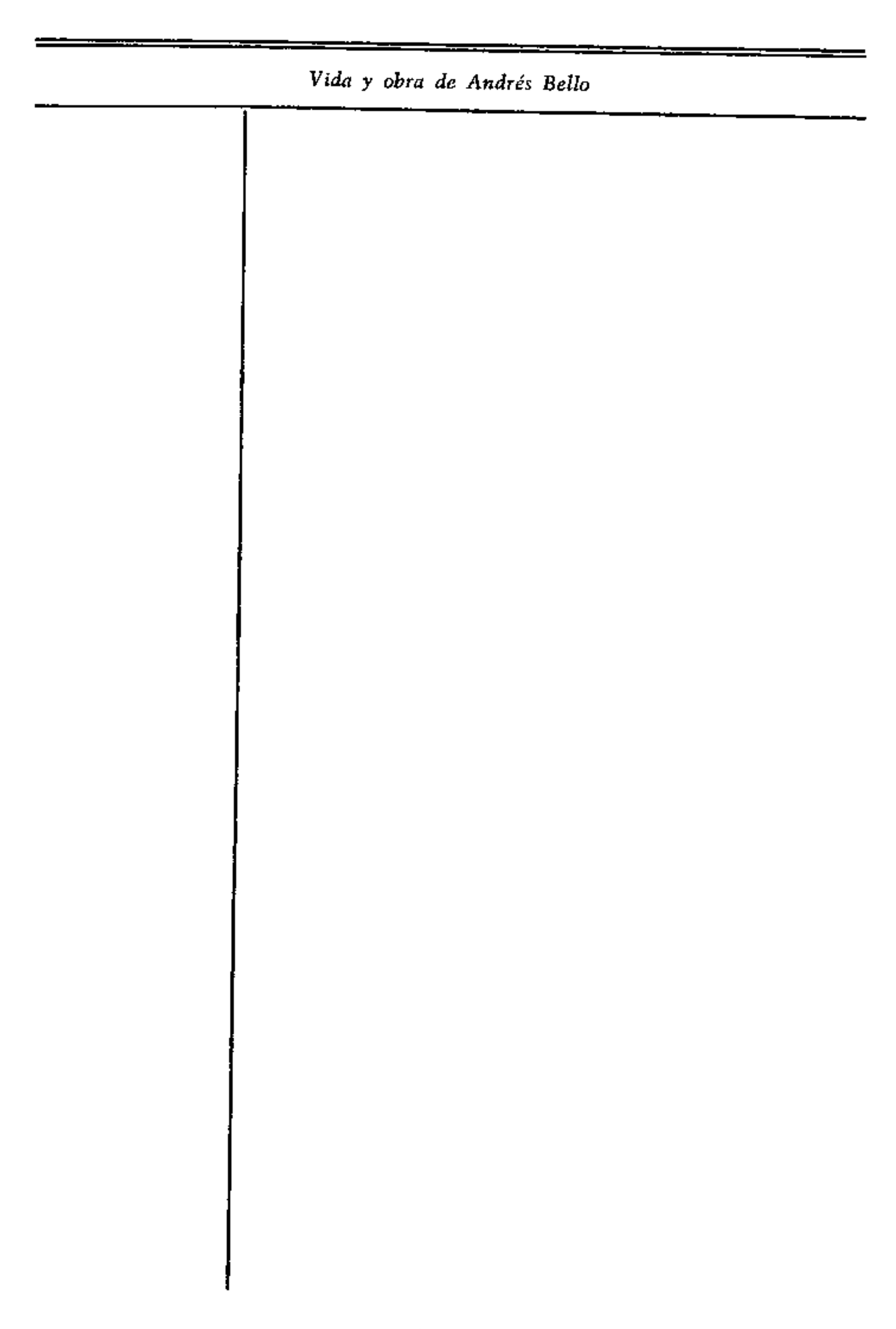
Fundación del Teatro Real de Río de Janeiro. *Correo semanario político y mercantil de México* (-1811). Nace Fernando Calderón. Mueren José Manuel Martínez de Navarrete O.F.M., Martín de Sessé y Lacasta y Fray Melchor de Talamantes.

V: El gobernador y capitán general, el Intendente Basadre y los demás oficiales reales son depuestos por el Cabildo (19/IV). Una Junta Suprema de Gobierno asume el poder. Se da así el paso inicial hacia la Independencia. Juntas similares se constituyen posteriormente en Cumaná, Barcelona, isla Margarita, Barinas, Trujillo y Mérida. Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello, como secretario, son nombrados Comisionados ante el gobierno británico. En Londres entran en estrecho contacto con Miranda, quien regresará a Venezuela en diciembre y es ascendido a General. La Junta Suprema suprime el impuesto de alcabala que gravaba la importación y exportación; prohíbe el tráfico de esclavos; declara libre importación de varios artículos; rebaja en un 25% los impuestos comerciales con Inglaterra. El Marqués del Toro, derrotado por los realistas en Coro (V). La Junta Suprema decreta la creación de una Sociedad Patriótica de Agricultura y Economía que organizarán Juan Germán Roscio y Francisco Javier Ustáriz (14/VIII). Por insumisión de la Junta de Caracas, la Regencia declara rebeldes a los súbditos venezolanos. Descubierta conspiración para derrocar a la Junta Suprema y reemplazarla por otra integrada por partidarios de Fernando VII

Esp.: Creación del Consejo de Regencia. Decreto convocando a la elección de las diputaciones ultramarinas. Decreto de las Cortes sobre la igualdad de derechos de americanos y peninsulares. Decreto de las Cortes de Cádiz sobre la libertad de imprenta. Prohibición del periódico *El Español* de Blanco White en los territorios de la monarquía. *Fra.:* Tratado con Suecia. Conquista de Andalucía. Anexión de Holanda al imperio. Promulgación del Código Penal. Reorganización del imperio en departamentos. *Rusia:* Alejandro I rompe el bloqueo continental.

Felipe de Girard inventa una máquina para hilar el lino.

W. Scott: *La dama del lago.* David: *Distribución de las águilas.* Gerard: *La batalla de Austerlitz.* Goya. *Los desastres de la guerra.* Beethoven: *Egmont.* Nacen Chopin y Schumann.



(1/X). Regresa Bolívar y rinde cuenta de su misión en Inglaterra (7/XII).

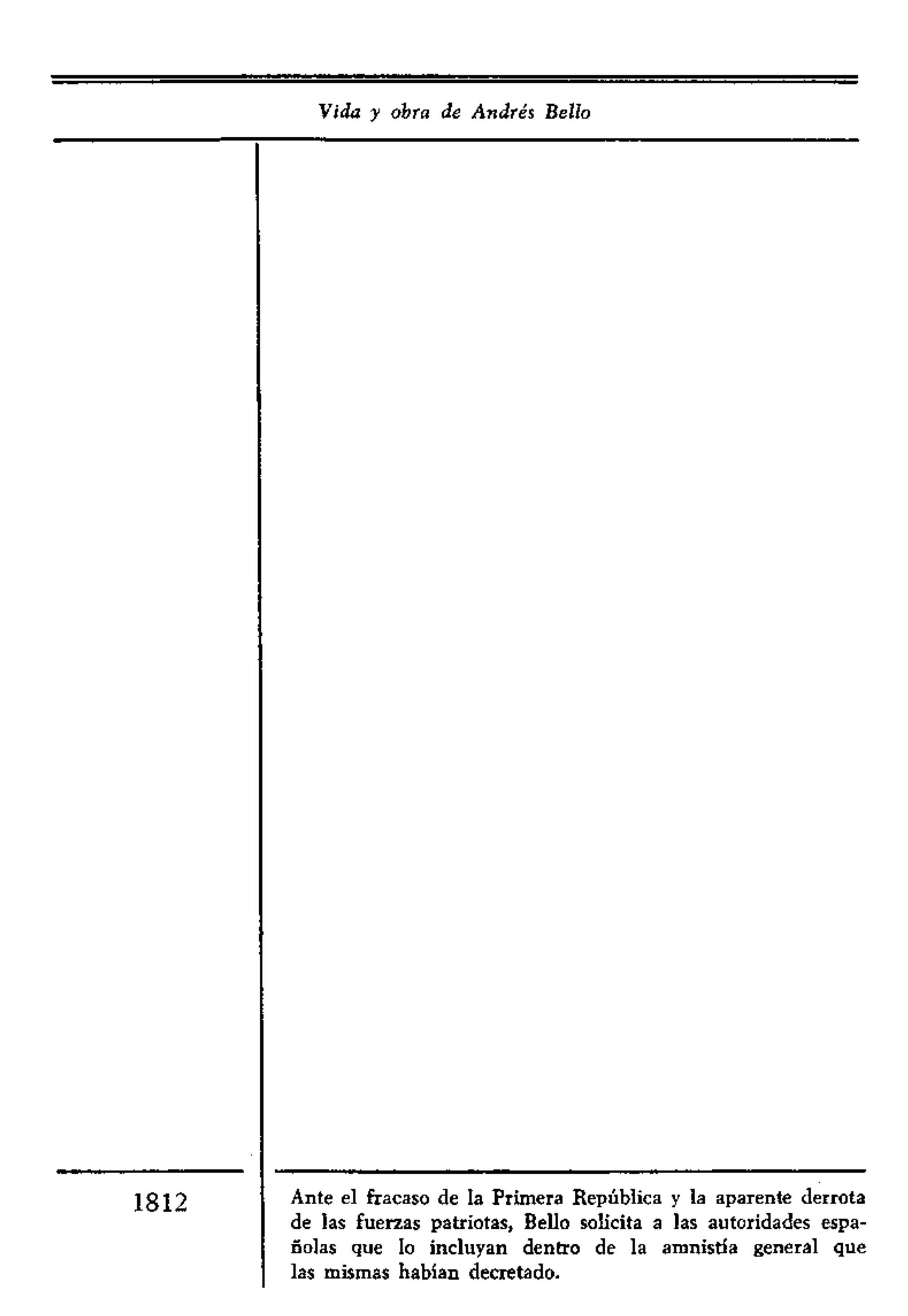
Creada la Universidad de Mérida. Aparece el *Semanario de Caracas* (4/XI) fundado por Miguel José Sanz y José Domingo Díaz. Nacen Rafael María Baralt y Juan Vicente González.

AL: Destitución del arzobispo virrey Francisco Xavier Lizana y Beaumont (8/V); Francisco Xavier Venegas inicia su gobierno (14/IX); insurrección de Don Miguel Hidalgo y Costilla en Dolores (16/IX); Bando de Hidalgo aboliendo la esclavitud (19/X); entrevista de Morelos e Hidalgo en Indaparapeo (20/X); victoria de los insurgentes en el Monte de las Cruces (30/X) y en Zacoalco; toma de Tecpan por Morelos. Creación de la Junta Provisional Gubernativa en Argentina (22/V); proclamación de la independencia en Buenos Aires (25/V); Campaña libertadora de Belgrano al Alto Perú y al Paraguay. Tratado de amistad y comercio de Brasil con Inglaterra. Motín militar realista en Santiago de Chile; creación de la Junta de Gobierno, que aprueba la convocatoria a elecciones de diputados para un Congreso (16/IX). Formación de la Junta Revolucionaria en Cartagena de Indias (22/V). El virrey Amar y Borbón preso en Bogotá (20/VII). Comienza el período de "La Patria Boba" en Nueva Granada.

Caldas presenta al virrey Amar y Borbón la primera de sus nueve *Memorias científicas;* participa en los sucesos que promovieron la Independencia y en la fundación del *Diario Político de Santa Fe de Bogotá,* primer periódico de la nueva república. Abad y Queipo, obispo electo de Michoacán, nombrado por la Regencia, no confirmado por el Papa,

1811

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
denuncia el levantamiento de Hidalgo y lo excomulga. Belgrano, vocal de la primera Junta de Gobierno criolla en Río de la Plata. Biblioteca Pública de Buenos Aires, fundada por Mariano Moreno. Creación de la Biblioteca Nacional de Brasil. Establecimiento de la imprenta en Guayaquil. Aparición de los periódicos: *Argos Americano* (-1812) en Cartagena de Indias; *El Censor Americano,* en Guatemala; *Gaceta de Buenos Aires* (-1821); *El Despertador Americano* (-1811) en Guadalajara. Reaparece la *Gaceta de Lima* (-21). Llega José María Bassoco, primer director de la Academia Mexicana de la Lengua. Nacen Clemente Munguía, José Apolinario Nieto y Manuel Payho. Muere José Manuel Aldana.	
V: Instalación del pr[illegible]er Congreso venezolano en Caracas (2[illegible]I): 30 diputados. Declaración de la [illegible]ependencia (5/VII). Insurrección de españoles y canarios en Valencia, rápidamente sofocada (11/VII). Izada por primera vez la bandera nacional ideada por Miranda para la publicación del Acta de Independencia (14/VII). Promulgada la Constitución Federal (XII). Creado por el Congreso el periódico *El Publicista Venezolano,* órgano oficial de la revolución. Deja de circular el *Semanario de Caracas,* después de treinta números publicados (21/VII). Aparecen *El Mercurio Venezolano* y *El Patriota Venezolano,* en Caracas. *AL:* Instrucciones de Morelos a los comisionados insurgentes de entregar las tierras a los pueblos mexicanos. Fusilamiento de Hidalgo en Chihuahua (30/VII). López Rayón establece la Suprema Junta Nacional Americana en Zitácuaro. Morelos inicia su segunda cam-	*Esp.:* Decreto de las Cortes que declara nulo todo tratado firmado por el rey durante su cautiverio. Bombardeos franceses sobre Cádiz. *Fra.:* Matrimonio de Napoleón y María Luisa. Retirada de Portugal. Concilio Nacional de París. *Ing.:* Movilización de los luditas. *Suec.:* Bernadotte príncipe heredero. Bancarrota en Austria. Introducción de los barcos de vapor en los ríos del [illegible] norteamericano. Jane Austen: *Sen[illegible] discernimiento.* Avogadro: *Ensayos.* [illegible]: *Idea de una nueva anatomía del cerebro.* Constant: *Cecilia.* Chateaubriand: *Itinerario de París a Jerusalén.* Goethe: *Poesía y verdad* (primera parte). Niebuhr: *Sobre la historia moderna.* Nace Liszt. Muere Jovellanos.



1812	Ante el fracaso de la Primera República y la aparente derrota de las fuerzas patriotas, Bello solicita a las autoridades españolas que lo incluyan dentro de la amnistía general que las mismas habían decretado.

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
paña y triunfa en Chiautla y se reúne con Matamoros en Izúcar. Sale de Manila el último galeón hacia Acapulco. Grito de Asencio en Argentina; el general Elío declara la guerra desde Montevideo a la Junta Patriótica; sitio de Montevideo; los portugueses invaden la Banda Oriental en apoyo a Elío, levantamiento del sitio; Vigodet reemplaza a Elío; fracaso de Belgrano en Paraguay. Primer congreso nacional en Chile, Carrera dictador. Levantamiento popular en León, Nicaragua. Proclamación de la independencia de Paraguay (14/V). Insurrección de José Matías Delgado en El Salvador (5/XI). Acción de Las Piedras en Uruguay (18/V). República Cisplatina en Brasil. Aprobada por el Congreso de Cundinamarca (30/III) la Constitución Federal propuesta por Camilo Torres; Antonio Nariño en la oposición. Dimisión del presidente del Estado de Cundinamarca Jorge Tadeo Lozano, electo en abril, y del vicepresidente; Nariño es proclamado presidente y asume el poder (19/IX). Fundación del jardín botánico de Rio de Janeiro. Periódicos: *El Telégrafo Americano* (realista) en México. *La Gaceta Ministerial de Cundinamarca* y *La Bagatela* (A. Nariño) en Santa Fe de Bogotá. *El Cometa* y *El Peruano*, en Lima. M. García de Sena: *La independencia de Costa Firme justificada por Thomas Paine treinta años ha* (Filadelfia); William Burke: *Derechos de la América del Sur y México*. B. Hidalgo: *Himno Oriental*. Salas: *Diálogo de las parteras*.	
V: Sancionada la Constitución de Venezuela (31/I). El Congreso se traslada de Caracas a Valencia, declarada capital federal (23/II). Un terremoto	*Esp.:* Promulgación de la Constitución liberal de Cádiz y jura en los dominios americanos. José I abandona Madrid. *Fra.:* Guerra con Rusia; batalla de Bo-

Venezuela y América Latina	*Mundo exterior*
(26/III) casi destruye a Caracas, La Guaira, San Felipe, Barquisimeto, Mérida y otras ciudades. Los realistas lo atribuyen a castigo del cielo. El jefe español Monteverde inicia una marcha victoriosa hacia Caracas. Miranda es nombrado Dictador, pero al poco tiempo, agobiado por la crítica situación reinante, capitula ante el jefe realista Domingo de Monteverde. Concluye así la Primera República (25/VII). Bolívar reduce a prisión personalmente al general Miranda, en La Guaira (30/VII), que es tomada por los realistas, obligando a Bolívar a huir hacia Curazao (IX), de donde embarca hacia Cartagena. Monteverde es nombrado capitán general (30/IX) y gobernador (2/X). *AL:* En México, Morelos inicia su tercera campaña; ocupa Tehuacán. Jura de la Constitución de Cádiz. Toma de Orizaba por Morelos; Carlos María de Bustamante se une al movimiento de independencia. Retiro de los portugueses de la Banda Oriental por mediación inglesa; Belgrano vencedor en Las Piedras y en Tucumán; reinicio del sitio de Montevideo; San Martín llega a Buenos Aires. Primera Constitución Política de Chile. Rebelión negra en Cuba. Bolívar, en Cartagena, lanza su *Manifiesto,* primer gran documento político expuesto por él (15/XII) e inicia la campaña libertadora: Barranca, Mompox, Banco. Se instala el Congreso Nacional de Nueva Granada (4/X); Camilo Torres, nombrado presidente provisional. *La Aurora de Chile,* periódico editado por Camilo Henríquez. José María Cos: *El Ilustrador Americano,* periódico insurgente; José Joaquín Fernández de Lizardi: *El Pensador Mexicano,* perió-	rodino. Napoleón entra a Moscú. Incendio de la ciudad. Napoleón regresa a París. *EE.UU.:* Guerra con Inglaterra. Fuerzas norteamericanas invaden Canadá, que se divide en dos provincias: inglesa y francesa. Los turcos reconquistan Servia. Organización de la Comedia Francesa. Byron: *Childe Harold.* Cuvier: *Investigaciones sobre los esqueletos fósiles.* Hermanos Grimm: *Cuentos.* Turner: *Paso de los Alpes por Aníbal.* Boieldieu: *Juan de París.* Nacen Browning y Dickens.

1813	

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
dico (-1814). Nace M. Lerdo de Tejada.	
V: Bolívar realiza la "campaña admirable" (marzo-agosto) y restablece la Segunda República (VIII). Decreto de Guerra a muerte contra españoles y canarios (15/VI). Antes, aclamado como Libertador, en Mérida (23/V). Empieza el sitio de Puerto Cabello (27/VIII). Combate de Bárbula. Muerte de Girardot. Decreto de honores a su muerte (30/IX). Mariño y otros jefes recuperan la zona oriental. Se inicia la resistencia realista en los Llanos, organizada por Boves. Antonio Nicolás Briceño, fusilado por los realistas. F. J. de Ustáriz: *Proyecto de un gobierno provisorio para Venezuela.* *AL:* Calleja, nuevo virrey de México. Morelos inicia ataque a Acapulco; inicia su cuarta campaña, derrotado en Valladolid. Supresión de la Inquisición. El Congreso de Chilpancingo inicia sus sesiones que declara la independencia el 6/XI; Acta de Independencia de la América Septentrional. En Chile, desembarco en el sur de una expedición realista proveniente del Perú. Lucha con los patriotas, dirigidos por O'Higgins. Enfrentamientos entre Carrera y O' Higgins. Una Junta reemplaza a Carrera. Egaña senador y, transitoriamente, en la Junta de Gobierno. Asamblea Nacional Constituyente en Argentina; triunfo de San Martín en San Lorenzo y de Belgrano en Salta. Declaración de Independencia de Paraguay (12/X). A. J. de Irisarri: *Reflexiones sobre la política de los gobiernos de América* y *El Semanario Repuplicano* en Chile. J. Egaña: *Los derechos del pueblo. El Argos Constitucional* en el Perú; *El Correo Americano del Sur* en México.	*Esp.:* José Bonaparte deja la corona española. Batalla de Vitoria. Derrota total de las fuerzas francesas. Tratado de Valencay entre Fernando VII y Napoleón. Fernando recupera el trono español. Supresión de la Inquisición por las Cortes. *Fra.:* Napoleón enfrenta una sexta coalición. Batalla de Leipzig. Holanda se separa de Francia. Guerra con Prusia. Disolución de la Confederación del Rhin. Utilización en química de la escritura simbólica de Berzelius. Davy descubre la luz eléctrica por el arco voltaico. Horrocks: Telar accionado por fuerza motriz. Niepce efectúa sus primeras experiencias en fotografía. Austen: *Orgullo y prejuicio.* Aimé Bonpland: *Descripción de las plantas raras de Malmaison.* Byron: *Giaour.* Schlegel: *Sobre el sistema continental.* Shelley: *La reina Mab.* Rossini: *Tancredo.* Nacen Kierkegaard, Verdi y Wagner. Muere Lagrange.

1814	*Mayo.* Se casa con María Ana Boyland.

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
V: Una asamblea (VI-VII) popular concede a Bolívar la dictadura. Batalla de La Victoria (12/II) donde Boves es derrotado por José Félix Ribas. Ejecución de 518 españoles presos en La Guaira y 300 en Caracas (13, 14 y 15 de febrero). Batalla de San Mateo (25/III). Boves inicia su campaña, entra en Caracas y obtiene sucesivas victorias, hasta su muerte en diciembre, conquistando todo el territorio a excepción de Margarita. Bolívar, destituido, se embarca a Cartagena.	*Esp.:* Fernando VII impone la abolición de la Constitución de Cádiz. *Fra.:* Entrada de los aliados a París. Abdicación de Napoleón y destierro a la isla de Elba. Proclamación de Luis XVIII como rey. El nuevo gobierno admite los límites fronterizos de 1792. Congreso de Viena. Bélgica es anexada a Holanda. *Papado:* Pío VII recobra la libertad, reestablece la Inquisición, la Congregación del Indice y la Compañía de Jesús. *Suec.:* Paz de Kiel con Dinamarca y anexión de Noruega.
Muere el músico José Angel Lamas. Mueren asesinados Miguel José Sanz, Francisco Javier Ustáriz y dos de sus hijos.	Fraunhofer: Primeras observaciones espectroscópicas. Koening: Imprenta de vapor. Stephenson: Invención de la locomotora.
AL: En Colombia, Nariño ocupa Popayán; derrotado cerca de Pasto y capturado. Bolívar ocupa Santa Fe por orden del Congreso de las Provincias. El Congreso mexicano destituye a Morelos de su cargo de Generalísimo; éste destruye las defensas del Fuerte de San Diego y ordena el incendio de Acapulco. Suspensión de la Constitución de Cádiz en Nueva España y Jura de la Constitución de Apatzingán. Gaspar Rodríguez de Francia designado Dictador perpetuo del Paraguay. Artigas abandona el sitio de Montevideo. San Martín asigna la defensa de la frontera norte. Acciones en Talca y Cancharrayada, Batalla de Rancagua, entrada de los españoles a Santiago de Chile; acuerdo O'Higgins-Carrera. Levantamiento en el Cuzco. Tratado de París ratificando que la parte española de Santo Domingo es restituida a España (30/V).	Byron: *El corsario.* Gregoire: *De la constitución francesa del año 1814.* W. Scott: *Maverley.* De Stäel: *De Alemania.* Taylor: *Estudio de los principios y de la política de los Estados Unidos.* Goya: *Fernando VII* y *El dos de mayo.* Hoffmann: *Cuentos.*
Humboldt: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* (París). *El Filósofo Meridano,* periódico político mexicano.	

1815

Febrero, 8. A raíz de los nuevos reveses de las armas patriotas en 1814, y de la precipitada salida de Bolívar de Venezuela a principios de 1815, Bello se dirige al gobierno de la Nueva Granada (hoy Colombia) y le manifiesta su deseo de establecerse en la única región de América que no se hallaba en poder de los españoles. La carta de Bello fue interceptada por los agentes del general Pablo Morillo, razón por la que Bello nunca obtuvo respuesta.

Mayo, 30. Nace Carlos, hijo primogénito del matrimonio Bello-Boyland.

Agosto, 3. Se dirige al gobierno de las Provincias del Río de la Plata para exponer la angustiosa situación económica en que se encuentra por los reveses sufridos por los patriotas venezolanos, y solicitar medios para trasladarse a Buenos Aires, con el objeto de prestar allí sus servicios.

Noviembre, 15. Gregorio Tagle responde a la anterior solicitud de Bello y le participa que "con esta misma fecha, previene al señor don Manuel de Sarratea, diputado de esta corte en ese reino, que le proporcione a usted dichos auxilios para su transporte a estos países, donde hallará usted la hospitalidad digna de los distinguidos servicios que usted ha prestado a la más justa de las causas, y que hacen más recomendable los padecimientos de nuestros hermanos de Caracas".

1816

Es pensionado por el gobierno inglés, con el objeto de aliviar sus penurias económicas.

Octubre. Gracias a los buenos oficios de su amigo J. M. Blanco White, recibe el encargo de ser el preceptor de los hijos de Mr. Hamilton, que ocupaba el cargo de Indian Secretary of State. Gracias a los honorarios que se le ofrecieron por sus servicios docentes, Bello pudo continuar en Inglaterra. Esta

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
V: El general José Félix Ribas, ejecutado por los realistas en Tucupido (31/I). Llega la poderosa expedición militar española comandada por el general Pablo Morillo (3/IV). Bolívar, en Jamaica, se salva del atentado a puñal del negro Pío (10/XII); se dirige a Haití, a encontrarse con el capitán Luis Brión (19/XII); llega a Puerto Príncipe (31/XII). Bolívar: *Carta de Jamaica.* *AL:* Derrota de Morelos, es hecho prisionero y fusilado en Ecatepec (22/XII). Disolución del congreso mexicano. Sale de Acapulco el último galeón de Manila. Artigas vence al ejército porteño en Guayabos. Centralización del poder en Buenos Aires. Reglamento sobre tierras enviado por Artigas al Congreso de Oriente. Brasil elevado a la categoría de reino. Bolívar toma Bogotá, Santa Marta y Riohacha; va a Jamaica. La Guayana Holandesa es conquistada por los ingleses. Apertura de los puertos de las islas de Puerto Rico al comercio legal. Expedición del "Pacificador" Morillo a la Nueva Granada por orden de Fernando VII; Cartagena es bloqueada por los realistas y vencida por hambre; época del "terror". Larrañaga: *Viaje de Montevideo a Paysandú.* J. J. Fernández de Lizardi: *Alacena de frioleras* y *El cajoncito,* periódicos. *El Noticioso General,* periódico mexicano científico y literario.	*Esp.:* Revolución liberal. Fernando VII restablece la Compañía de Jesús en sus dominios. *Fra.:* Regreso de Napoleón de la isla de Elba. Imperio de los cien días. Luis XVIII huye a Bélgica. Napoleón es derrotado en Waterloo. Abdicación definitiva y destierro a la isla de Santa Elena. Segunda restauración borbónica. Luis XVIII nuevamente en París. Desencadenamiento del "Terror Blanco" o de la restauración. Liderazgo económico de Inglaterra. Formación del Reino de los Países Bajos con Holanda, Bélgica y Luxemburgo, Guillermo I rey. Fundación de la Santa Alianza por iniciativa de Alejandro I de Rusia. Manzoni: *Himnos sacros.* Savigny: *Historia del derecho romano.* Schlegel: *Historia de la literatura.* Uhlaand: *Poesías.*
V: Primera y segunda expedición de los Cayos (Haití) organizadas por Bolívar para libertar a Venezuela con el apoyo del Presidente Petión. Decreto de liberación de esclavos. En diciembre, nueva campaña. Comienza el ascenso de Páez en los Llanos. Miranda muere en	*EE.UU.:* Incorporación del Estado de Indiana. *Ing.:* Ampliación de los dominios en Africa del Sur. Supresión de impuestos y reducción de armamentos. *Aus.:* Metternich dueño del poder y árbitro de la política europea. Apertura de la Dieta de la Confederación Germánica.

circunstancia —según conjetura de Amunátegui— "fue lo que impidió a Bello aceptar el ofrecimiento que el gobierno de las Provincias del Río de la Plata le hizo en 15 de noviembre de 1815".

Inicia amistad entrañable con Bartolomé José Gallardo, un distinguido escritor y político español que por entonces vivía exiliado en Inglaterra.

Comienza a frecuentar la Biblioteca del Museo Británico. En ella inicia numerosas y variadas investigaciones, de las cuales las más importantes son sus estudios sobre el Poema del Cid, los cuales ya tenía comenzados hacia fines de 1817. De alguna importancia es, también, su estudio sobre la *Crónica de Turpín*, publicada mucho más tarde en los *Anales de la Universidad de Chile* (1854-1855).

Julio, 31. Gracias a las gestiones de Dn. José María Fagoaga, español en el exilio, residente en Inglaterra, a Bello se le encarga corregir el estilo de una traducción de la Biblia al español.

En este año, o en el siguiente, Mr. James Mill le encarga a Bello que "descifre" los manuscritos de Jeremías Bentham, el maestro de la escuela utilitaria inglesa, los cuales eran casi ilegibles.

1817

Octubre. Nace su segundo hijo, Francisco Bello Boyland.

prisión, en Cádiz (14/VII). Nace Felipe Larrazábal.

AL: Juan Ruiz de Apodaca, virrey de México; muere el ex virrey Pedro Garibay. Restablecimiento de los jesuitas en Nueva España. El "pacificador" Morillo se instala en Santa Fe de Bogotá. Fusilados en masa patriotas neogranadinos, entre los cuales Francisco José de Caldas, Camilo Torres, José María García de Toledo. Sometimiento de Hispanoamérica a excepción del Río de la Plata. Congreso de Tucumán, Argentina; declaración de independencia; redacción de la primera constitución; Pueyrredón, director de la República Argentina. Juan VI, rey del Brasil. Los portugueses en la Banda Oriental de Uruguay. O'Higgins se incorpora al Ejército de los Andes.

Misión artística francesa invitada al Brasil para fundar academia de Bellas Artes; fundación de la Academia de Cirugía en Río de Janeiro y de la Escuela de Medicina en Bahía. Fundación de la Universidad de Montevideo. Deán Gregorio Funes: *Ensayo de historia civil.* A. Bonpland: *Visita de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América.* Larrañaga: *Oración inaugural.* Mariano Beristáin y Souza: *Biblioteca hispanoamericana septentrional.* J. J. Fernández de Lizardi: *El periquillo sarniento* (1ª entrega).

Bopp establece el parentesco de las lenguas indoeuropeas. Segundo banco nacional en Estados Unidos.

El Museo Británico adquiere las esculturas del Partenón desmontadas por Lord Elgin.

Brentano: *Gockel, Hinkel y Gackelcia.* Colerigde: *Chistabel.* Constant: *Adolfo.* Haller: *Restauración de la ciencia política.* Karamazine: *Historia de Rusia.* Wordsworth: *Los campeones de la libertad.* Rossini: *El barbero de Sevilla.*

V: Triunfo de J. A. Páez en Yagual y Mucuritas. Campañas de Bolívar en Guayana y de Piar y Mariño en Oriente. Consejo de Estado en Angostura. Fusilamiento de Piar, quien no acataba el mando de Bolívar. Nace Ezequiel Zamora.

Roscio: *Triunfo de la libertad sobre el despotismo* (Filadelfia).

Esp.: Represión absolutista de Fernando VII. Tratado con Inglaterra. *EE.UU.:* James Monroe presidente. Incorporación de Mississipi. *Fra.:* Tratado con Portugal. Suspensión del *Habeas Corpus.* Nueva ley electoral. *Ing.:* Disturbios políticos. Tratado con Turquía. *Prusia:* Restablecimiento del Consejo de Estado. Federico Guillermo II funda la Iglesia

1818

AL: Traslado del congreso a Buenos Aires; manifiesto al mundo del congreso de Tucumán. San Martín inicia campaña libertadora de Chile, triunfa en Chacabuco; declaración de la independencia de Chile; gobierno de O' Higgins. Abolido el monopolio estatal del tabaco en Cuba.

Academia de San Alejandro en La Habana. J. C. Varela: *La Elvira.* José Luis Montaña: *Avisos importantes sobre el Matlazahuatl. El Diario de México* deja de publicarse. Muere José Mariano Baristáin de Souza.

evangélica prusiana. Concesión de gobierno autónomo a Servia.

Fue botado en Sevilla el "Betis", primer barco de vapor construido en España. Arvedson descubre el litio y Berzelius el selenio. Brewster inventa el caleidoscopio. Draisiana: bicicleta primitiva. Ritter inicia la antropogeografía.

Bentham: *Catecismo de la reforma parlamentaria.* Byron: *Manfredo.* G. de Humboldt: *Investigaciones sobre la lengua vasca.* Lamennais: *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión.* Leopardi: *Cantos.* Ricardo: *Principios de economía política.* Scott: *La novia de Lamermoor.* Nacen: Mommsen y José Zorrilla.

V: Bolívar y Páez inician la Campaña del Centro. Los patriotas derrotados en La Puerta (6/II). Morillo derrotado en la batalla de Calabozo (12/II). Victorias de los españoles, quienes hacia mediados de año dominan todo el norte del Orinoco. Se convoca a un Congreso.

Se inicia la publicación del *Correo del Orinoco,* vocero de la ideología republicana, fundado por Bolívar y dirigido por Zea, integrante del Consejo de Angostura. Nace Cecilio Acosta.

AL: Crece la resistencia en Casanare, llanos orientales (Colombia). Santander, enviado por Bolívar, organiza las fuerzas. Decadencia de la lucha insurgente en México. Resistencia de Guerrero en las montañas del sur; los realistas toman los fuertes de los Remedios y de Jaujilla. Pagola, presidente de la Junta Subsidiaria Nacional, fusilado en Huetamo. San Martín triunfa en la batalla de Maipú (5/IV). Proclamada la Independencia de Chile (18/IX). Gobierno

EE.UU.: Tratado con Inglaterra. Trazado de la frontera norte de Luisiana. Incorporación de Illinois. Batalla de Nueva Orleans. *Fra.:* Empieza la evacuación de tropas extranjeras. Congreso de Aix-la-Chapelle. Francia es admitida de nuevo entre las naciones europeas. *Papado:* Concordatos con Rusia y Baviera. Renovación de la Cuádruple Alianza. Creación del Zollverein o unión aduanera de los Estados germanos. *Suec.:* Bernadotte rey con el nombre de Carlos XIV.

Hermann y Stromeyer descubren el cadmio. Laennec inventa el estetoscopio. Whitney inventa la fresadora. Fundación del Museo del Prado de Madrid y de la Universidad de Bonn. Bulfinch comienza la edificación del Capitolio Nacional de Estados Unidos. Nace Marx.

Brackenridge: *Viaje a la América del Sur.* Grillparzer: *Safo.* Keats: *Endymion.* Leopardi: *Sobre el monumento a Dante.* Saint-Hilaire: *Filosofía anatómi-*

1819	Se publica el soneto satírico "Dios me tenga en gloria".

Venezuela y América Latina	*Mundo exterior*
de Boyer en Haití. Legalizado el libre comercio con extranjeros en Cuba. F. de Elhúyar y Zubide: *Indagaciones sobre la amonedación en Nueva España.* B. Hidalgo: *Cielito de la acción de Maipú.* Riva Agüero: *Manifestación histórica y política de la revolución.*	*ca.* Shelley: *La insurrección del Islam.* Gregoire: *Ensayo histórico sobre las libertades de la Iglesia anglicana.* Nacen Gounod y Leconte de Lisle.
V: Triunfo de Páez en las Queseras del Medio (2/IV). Se reúne el Congreso de Angostura, inaugurado por Bolívar (15/II), quien es designado presidente. Aprobada la Constitución (VIII). Después del regreso de Bolívar a Venezuela, quien sale de Santa Fe como Libertador de la Nueva Granada (20/IX), el Congreso de Angostura proclama la República de Colombia (Venezuela, Nueva Granada y la antigua Presidencia de Quito) (17/XII); Bolívar presidente; F. A. Zea, vicepresidente; Roscio y Santander, vicepresidentes de Venezuela y Cundinamarca respectivamente. Bolívar: *Discurso de Angostura.* Nace José H. García de Quevedo. Muere Manuel Palacio Fajardo. *AL:* En México, Apodaca triunfa sobre los insurgentes; Guerrero es derrotado en Agua Zarca. Sanción de la constitución oligárquica y centralista de Argentina; sublevación del ejército del norte al mando de Bustos. Bolívar cruza los Andes y vence a los realistas en el Pantano de Vargas (25/VII) y en Boyacá (7/VIII); entrada triunfal a Santa Fe y liberación de la Nueva Granada: huye Sámano (10/VIII). Creación de la República de Colombia, aunque buena parte del territorio seguía ocupado por los españoles. J. J. Fernández de Lizardi: *La Quijotita y su prima.*	*EE.UU.:* Tratado Adams-Onís con España para establecer los límites con Nueva España. Adquisición de la Florida e incorporación de Alabama. *Fra.:* Acuerdo entre la Iglesia francesa y Pío VII. *Ing.:* Motines reformistas. Matanza de Manchester. Las "Seis Actas". *Prusia:* Conferencia de Federico Guillermo con Metternich en Teplitz. Primera travesía del Atlántico por un vapor: el Savannah. Comienzo del canal de Erie. Muere Watt. Laenec: *Acerca de la auscultación médica.* Sismondi: *Nuevos principios de economía política* Byron: *Don Juan.* Chénier: *Poesías.* Maistre: *Del Papa.* Scott: *Ivanhoe.* Schopenhauer: *El mundo como voluntad y representación.* Gericault: *La barca de la Medusa.* Goya: *La comunión de San José de Calasanz.* Nacen Eliot y Offenbach.

1820	Parece ser que colabora en *El Censor Americano,* periódico fundado y dirigido por Antonio José de Irisarri.
	Septiembre, 11. Bello le escribe a Irisarri sobre la posibilidad de aplicar el "método Bell o Lancaster" para la difusión de la enseñanza en Chile. En líneas generales, Bello se muestra partidario de este método pedagógico, con alguna que otra salvedad.

V: Clausura del Congreso de Angostura. El vicepresidente Zea viaja en misión a Europa (1/III). Roscio nombrado interinamente a la vicepresidencia; lo sustituye Soublette al asumir Roscio dirección de operaciones militares. Tratados de Armisticio y Regularización de la Guerra firmados entre Colombia y España en la ciudad de Trujillo, en los Andes venezolanos (26/XI). Entrevista del general Morillo y el Libertador en Santa Ana. Acordaron elevar en el sitio un monumento conmemorativo del acto (27/XI). Nace Juan Crisóstomo Falcón.

Zea: *Manifiesto a los pueblos de Colombia.* Periódicos realistas: *El Fanal de Venezuela* (21/VIII-XI) y *Segunda Aurora* (27/VII-X). Muere José Francisco Heredia, regente interino de la Audiencia de Caracas y padre del poeta J. M. Heredia.

AL: La Junta de Guayaquil dicta su *Constitución* (9/X). Derrotas del ejército; Pasto resiste a Bolívar. Abolición del Santo Oficio en Nueva España. Levantamiento de los ópatas de Sonora. Disolución del congreso argentino; tratado del Pilar: sistema federativo y libre navegación. El gobierno de Brasil se constituye en Monarquía Constitucional. Cajigal proclama la Constitución de Cádiz en Cuba. Revolución de independencia en la Dominicana. San Martín se embarca en Valparaíso y llega a Paracas (7/IX). Artigas exiliado en Paraguay. Muere Belgrano.

O'Higgins: *A los habitantes del Perú.* San Martín: *Proclama a las Provincias Unidas del Río de la Plata.* José María Heredia: *En el Teocalli de Cholula.* Periódicos: *El Conductor Eléctrico* en México; *El Amigo del Pueblo* en Gua-

Esp.: Levantamiento de Riego y Quiroga en Cabezas de San Juan contra Fernando VII con tropas destinadas a América. Fernando VII jura la Constitución de Cádiz. Segundo período constitucional de las Cortes. Ley de amnistía para los inmigrantes, presos o condenados a destierro. *EE.UU.:* Monroe presidente por segunda vez. *Fra.:* Asesinato del Duque de Berry sobrino del rey Luis XVIII. Renuncia de Decazes. *Ing.:* Jorge IV rey, a la muerte de su padre, Jorge III. *It.:* Revolución de los carbonarios. Proclamación de la constitución española de 1812 en Nápoles. *Aust.:* Conferencia de Troppau (Austria-Rusia-Prusia) contra el surgimiento de gobiernos revolucionarios en Europa.

Ampère y Arago inventan el electroimán. De la Rue, la lámpara incandescente. Mitscherlich descubre el isomorfismo. Rennie inventa los cepillos mecánicos modernos. Oerted publica sus experiencias sobre electro-magnetismo. Creación del Ministerio de Educación Pública y de la Academia de Medicina en Francia. Nacen Engels y Spencer.

Hallazgo de la Venus de Milo y traslado al Louvre. G. de Humboldt: *Sobre el estudio comparado de las lenguas.* Keats: *Cuentos y poemas.* Lamartine: *Meditaciones.* J. Mill: *Mi ensayo sobre el gobierno.* Shelley: *Prometeo liberado.* Wordsworth: *Sonetos eclesiásticos.* Constable: *El molino de Dedham.* Goya: *Disparates.*

1821

Marzo, 18. Le solicita a Irisarri un empleo en la Legación de Chile en Londres. Dice Bello que "para atender a los gastos de mi familia, preciso ha sido deshacerse de algunos objetos de valor que en otro tiempo logré adquirir, y para satisfacer los compromisos de algunas deudas, echar a la ventana las escasas joyas de mi señora esposa".

Fallece su esposa, Ana María Boyland, a los veintisiete años de edad, y, también, Juan Pablo, uno de sus tres hijos, nacido en ese mismo año.

Alrededor de este año comienza la traducción del *Orlando Enamorado,* de Boyardo, extenso poema refundido por Berni, y les añade a algunos de los cantos introducciones originales. No permite que esta traducción se publique sino hasta 1862.

temala y *El Americano Libre* en La Habana.

V: Sublevación de Maracaibo, que proclama su independencia y se une a la República de Colombia (28/I). Reanudación de las hostilidades; Bolívar triunfa en Carabobo (24/VI): liberación de Caracas y de casi toda Venezuela. Regreso a Caracas (29/VI) acompañado de Páez y de casi todos los integrantes del Estado Mayor. El vicepresidente Antonio Nariño instala el Congreso Constituyente de Colombia en la Villa del Rosario de Cúcuta (6/V); ratificada la formación de la República; sancionada la Constitución; decretos sobre la gradual extinción de la esclavitud; abolición del tributo cobrado a los indios; Bolívar presidente, Santander vicepresidente de la Gran Colombia. Bolívar inicia gestiones para hacer de América un solo cuerpo político y envía ministros plenipotenciarios a México, Perú, Chile y Argentina (3/X). A fines de año marcha hacia el Sur para completar liberación del territorio. Antonio José de Sucre, en misión a Guayaquil.

Después de Carabobo, llega el educador inglés Joseph Lancaster, cuyo sistema de enseñanza mutua se implantó en Venezuela. Editados en Caracas los periódicos realistas *La Mariposa Negra* y la *Lotería Tipográfica* que desaparecen ese mismo año. Llevada la imprenta a Maracaibo. Fundado el primer periódico *El Correo del Zulia*. Mueren Juan Germán Roscio y Luis E. Anzuela (13/III), encargados de instalar el Congreso de Cúcuta. Nace Abigail Lozano. Muere en Curazao el almirante Luis Brión.

Reunión de la Santa Alianza en Laibach, discute sobre el régimen liberal en España y Nápoles. *Esp.:* primeras concesiones a Austin en Texas. División de los constitucionalistas en "exaltados" y "moderados". *Fra.:* Renuncia de Richelieu, Villéle y Corbière entran al gobierno. *Ita.:* Fin de la revolución napolitana; insurrección en el Piamonte; abdicación de Víctor Manuel; batalla de Novara triunfo austriaco y dominio del norte italiano; insurrección en Turín. Levantamiento de Ipsilanti en los principados danubianos. Revolución en la Morea. *Gre.:* Comienza la guerra de liberación contra los turcos; ejecución del patriarca Gregorio; derrota en Dragashan. Fundación de la sociedad patriótica polaca. Muere Napoleón en la isla de Santa Elena.

Manby: barco de vapor, de hierro. Fusión de las Compañías del Noroeste y de la Bahía de Hudson en Canadá. Champollion descifra los jeroglíficos egipcios. S. Erard perfecciona el piano.

Cooper: *El espía*. D'Angers: *Calvario*. Gregoire: *Observaciones críticas sobre el trabajo de M. de Maister de la iglesia galicana*. Hegel: *Fundamentos de la filosofía del derecho*. J. de Maistre: *La iglesia galicana* y *Las noches de San Petersburgo*. Scott: *Kenilworth*. Constable: *El carro de heno*. Weber: *El cazador furtivo*. Nacen Dostoiewski y Flaubert.

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
AL: Cartagena se rinde a los patriotas, al mando de José Padilla (1/X). Discusiones sobre el destino de Guayaquil, pretendido por Colombia y Perú. Campaña de Sucre a Quito y derrota. La Serna reemplaza al virrey Pezuela en el Perú. Negociaciones con San Martín en Punchauca, fracasadas. Segunda campaña a la Sierra y expedición a puertos intermedios. Lima sitiada; abandonada por los españoles es ocupada por San Martín. Proclamación de la independencia. San Martín asume el Protectorado. "Plan de Iguala"; proclamación de la independencia de México; deposición del virrey Apodaca; declaración de independencia de América Central; Guatemala se incorpora al imperio mexicano. Declaración de la independencia de Panamá e independencia de la República de Colombia (1816). Juan VI de Portugal regresa a la metrópoli y deja a su hijo Don Pedro como regente del Brasil. Declaración de la independencia de Santo Domingo. Uruguay se anexa la provincia Cisplatina. El sabio francés Bonpland, compañero de Humboldt es encarcelado en Paraguay; fusilado Francisco Yegres por orden del dictador Francia. Nace G. García Moreno. Fundación de la Universidad de Buenos Aires, fundación de la Academia Lauretana en Arequipa. Biblioteca pública en Lima fundada por San Martín. L. Alamán: *Ensayo sobre las causas de la decadencia de la minería en la Nueva España.* B. Hidalgo: *Diálogos patrióticos. El Telégrafo Constitucional,* periódico de Santo Domingo. *La Avispa de Chilpancingo* (C. M. de Bustamante). *El Semanario Político y Literario* (José M. Luis Mora) y *El Sol* (M. Codorniú) en México.	

1822 *Junio, 1.* Es nombrado Secretario Interino de la Legación de Chile en el Reino Unido. Antonio José de Irisarri, Encargado de la mencionada Legación, al comunicarle al gobierno chileno el nombramiento de Bello, hace de éste el siguiente elogio: "Yo he creído hacer una adquisición muy ventajosa para Chile en la persona del señor Bello, cuyos talentos, erudición y moralidad lo hacen apreciable entre cuantos le conocen". Bello permanecerá en este cargo hasta abril de 1824, cuando será reemplazado por Dn. Miguel de la Barca, mientras Irisarri lo será por Dn. Mariano Egaña.

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
V: El Concejo Municipal de Caracas objeta la Constitución de la Villa del Rosario de Cúcuta, publicada en la ciudad. El general realista Morales ocupa Maracaibo (7/IX). Incidentes entre Páez y Soublette. Bolívar y Sucre en Ecuador. Muere en Yacuanquer el general Pedro León Torres, herido meses antes en Bomboná (22/VIII). Asesinado el coronel Francisco Aramendi. Nacen Rafael Seijas y José Ramón Yepes. *AL:* Sucre vence a los realistas en Riobamba y Pichincha; al mando del ejército, ocupa Quito (26/V); independencia del Ecuador, que pasa a formar parte de la Gran Colombia. Los Estados Unidos de América reconocen la independencia de Colombia. Invitación a México, Buenos Aires, Chile y Perú para formar una confederación. Entrevista de Guayaquil (26/VII) entre Bolívar y San Martín. Haití invade y domina a la República Dominicana. Tratado del Cuadrilátero: Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes. Grito de Ipiranga; proclamación de la independencia de Brasil; Don Pedro emperador constitucional de Brasil. La Junta Provisional de Centro América decide la integración de las provincias al imperio mexicano; anexión de Guatemala, Honduras y Nicaragua. Desconocimiento del tratado de Córdoba por el gobierno español. Instalación del Congreso Constituyente. Proclamación de Iturbide como emperador de México, es coronado el 21/VII. Pronunciamiento del general Felipe de la Garza en Tamaulipas. Disolución del Congreso. Iturbide organiza una junta constituyente. Levantamiento de Santa Anna en Veracruz a favor de la república. Muere en el extranjero, después de desaprobada su misión en Londres, el neogranadino Francisco Antonio Zea.	*Esp.:* Predominio de los "exaltados" en el gobierno. Junta de Regencia, absolutista, en Urgel. *Port.:* Constitución liberal dictada por las Cortes. *Ingl.:* Los *tories* reformadores ingresan al gobierno; Canning sucede a Castlereagh en Relaciones Exteriores. Política de aislamiento. Afirmación del poderío naval inglés. *Gr.:* Masacres de Scio y Quíos. Proclamación de la independencia y ley constitucional de Epidauro. *EE. UU.:* Reconocimiento de los nuevos Estados hispanoamericanos. Independencia del Canadá. Congreso de Verona: Inglaterra se niega a intervenir militarmente en España y lo hace Francia, para abolir el liberalismo (X). La Iglesia católica levanta la prohibición datada de 1616 respecto de los escritos de Copérnico. Creación de la Sociedad de la propagación de la Fe en Lyon. Nacen Pasteur, y Schliemann. Fourier: *Tratado de la asociación doméstico-agrícola.* Saint-Simon-A. Comte: *Plan de trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad.* Stendhal: *Del amor.* Pushkin: *El prisionero del Cáucaso.* Vigny: *Poemas antiguos y modernos.* Heine: *Poesías.* Delacroix: *La barca del Dante.* Schubert: *Sinfonía Nº 8, inconclusa.* Beethoven: *Misa solemne.* Nacen E. Goncourt y César Franck.

1823 *Abril, 16.* Juan García del Río y Diego Paroissien le comunican a Bello que el gobierno del Perú acordó hacerle entrega de un presente formado por dos medallas acuñadas en Lima "para conmemorar el día en que aquella capital juró su independencia". Las monedas, según reza el oficio, debían ser distribuidas "entre las personas que se hubiesen señalado por sus servicios y por su adhesión a la causa de América". Y concluía así el oficio: "Y siendo usted, en nuestro concepto, tan acreedor por muchos títulos a esta distinción, tenemos la satisfacción de presentarle las dos medallas, una de oro y otra de plata (que son adjuntas), que no dudamos se servirá usted aceptar como una prueba del aprecio con que el Gobierno del Perú mira en usted a uno de los ilustres defensores y abogados de la libertad del Nuevo Mundo". Aparece el prospecto de la primera de las dos grandes revistas que Bello funda en Londres. Esta de 1823 la dirige en compañía de Juan García del Río, Luis López Méndez, P. Cortés, entre otros, todos los cuales integran *Una Sociedad de Americanos*. Su título es el de *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura, Artes y Ciencias*. En el prospecto mencionado se señala que los promotores de esta publicación no aspiran a provento alguno pecuniario, y que se darán por satisfechos con que se les ayude a cubrir el costo de la imprenta.

En la *Biblioteca Americana* aparece su gran poema heroico titulado "Alocución a la Poesía". Esta silva pertenece a una composición mayor, titulada *América*, en la cual venía trabajando, y que dejaría inconclusa e inédita en gran parte.

En la *Biblioteca Americana* aparecen las primeras proposiciones de Bello y de García del Río para ejecutar una reforma radical de la ortografía castellana, con el objeto de favorecer el aprendizaje de la lectura y de la escritura.

Venezuela y América Latina	*Mundo exterior*
Establecimiento de la cátedra de Economía Política en el colegio de San Ildefonso de México por J. M. Luis Mora. Rivadavia funda la sociedad de beneficencia en Argentina. Fundación de la Universidad de Antioquia. Sánchez Carrión: *Sobre el gobierno monárquico.* Valle: *Soñaba el abad de San Pedro.* Bustamante: *Diario histórico de México.* Periódico *El Fanal del Imperio,* en México.	
V: Victoria naval de los patriotas al mando del contralmirante José P. Padilla en la batalla del Lago de Maracaibo. El realista Morales capitula y se va a La Habana (24/VII). El general Páez se apodera de Puerto Cabello (8/XI); queda libre Venezuela. Decreto (7/VII) de expulsión del territorio venezolano, para españoles y canarios. La medida es ejecutada por el vicepresidente Soublette (11/IX) bajo fuertes críticas. Primer Congreso de La Gran Colombia. Luchas entre centralistas y federalistas. Insurrección en Pasto contra Bolívar (3/I). Bolívar autorizado por el Congreso de la Gran Colombia a emprender la campaña del Perú (2/VIII), entra triunfalmente a Lima (1/XII). Humboldt calcula la población venezolana en 766.100 habitantes. Se inicia en Caracas la publicación de *El Colombiano,* periódico bilingüe español-inglés. Nace Daniel Mendoza. *AL:* En México, Iturbide renuncia a la corona y se embarca en el mercante *Raulins.* Instalación del Congreso Constituyente. Tratado de amistad y comercio con la Gran Colombia. Guatemala, Honduras y Nicaragua se separan de México y forman las Provincias Unidas de Centroamérica; leyes sobre abolición	*Esp.:* Intervención francesa, "Los cien mil hijos de San Luis"; restauración del absolutismo monárquico, supresión de la Constitución, prisión y ejecución de Riego y los dirigentes liberales. *Port.:* Juan VI anula la constitución de 1822. *EE. UU.:* Doctrina Monroe sobre no intervención europea en América y norteamericana en Europa. *Gr.:* Byron se une a la lucha de los griegos contra Turquía. *Papado:* Muere Pío VII, sucesión de León XII; persecución de los movimientos liberales. Fundación de la Asociación Católica en Irlanda. Niepce: principio de la fotografía. Faraday: primera licuefacción de un gas, el cloro. Berzelius descubre el silicio. Thiers: *Historia de la Revolución Francesa* (-27). Goethe: *Elegía de Marienbad.* Lamb: *Ensayos de Elia.* V. Hugo: *Han de Islandia.* W. Irving: *Historias humorísticas de Nueva York.* Stendhal: *36 vistas del Fujiyama.* Beethoven: *Novena sinfonía* (coral). Schubert: *Canciones de la Bella Molinera.* Nace Renan.

1824	*Febrero, 24.* Se casa por segunda vez, en esta oportunidad con Isabel Antonia Dunn, con la cual habrá de tener trece hijos: Juan, Andrés, Ricardo, Ana y Miguel nacidos en Londres; Luisa, Ascensión, Dolores, Josefina, Manuel y Francisco, venidos al mundo en Chile. Dos murieron al nacer.

de la esclavitud y total emancipación de esclavos inmigrantes de otros países, promulgadas en Centroamérica (31/XII - 17 y 24/IV 1824). Reunión de la Asamblea Constituyente del Brasil: Constitución liberal (3/V). Nueva Constitución en Chile; se suprime la esclavitud; O'Higgins renuncia y se dirige al Perú. Riva Agüero en prisión; sancionada la Constitución peruana. Santa Cruz proclama en La Paz la independencia del Alto Perú. Muere Antonio Nariño en Villa de Leiva (13/XII).

Fundación del Museo de Historia Natural en Argentina, Museo de Ciencias en Bogotá. Juan García del Río: revista *Biblioteca Americana,* en Londres. J. C. Varela: *Dido.* Bustamante: *Cuadro histórico de la Revolución de la América Mexicana.* M. Carpio: *Aforismos y pronósticos.* Fernández de Lizardi: *El unipersonal de don Agustín de Iturbide; El payaso de los pericos* y *El hermano de perico.* José M. Martínez de Navarrete O. F. M.: *Entretenimientos.* B. de Monteagudo: *Memoria sobre los principios que seguí en la administración del Perú y acontecimientos posteriores a mi separación.* V. Rocafuerte: *El sistema colombiano popular, efectivo y representativo es el que más conviene a la América independiente.*

V: Bolívar se dirige al vicepresidente Santander pidiéndole soldados y recursos para continuar la campaña del Perú; Santander niega el pedido porque la Constitución no le faculta para ello (6/V). Suprimido el Tribunal del Consulado de Caracas (10/VII). El gobierno de Bogotá comunica a Bolívar que le había retirado, por ley aprobada el 28/VII y decreto del 2/VIII, las facultades extraordinarias para dirigir la guerra

Esp.: Las juntas de Fe reprimen sistemáticamente a elementos liberales. *Port.:* Fracasa intento del Príncipe Miguel contra su padre. *Fr.:* "Defección" de Chateaubriand; muerte de Luis XVIII. *Ing.:* derecho de huelga; primera guerra contra Birmania. Establecimiento de fronteras en Alaska con EE.UU. por la Compañía de Pieles ruso-norteamericana. Mehemet Alí encargado de reconquistar Grecia. Convención de San Petersburgo.

en el Sur, la jefatura de las fuerzas auxiliares del Perú y la facultad de conceder ascensos militares en la campaña, porque el Presidente de Colombia no puede conducir tropas en país extranjero. Bolívar acata las disposiciones del Congreso en Bogotá y le entrega el mando militar a Sucre (24/X). Desde Lima, Bolívar convoca al Congreso de Panamá (7/XII) a los gobiernos de México, Río de La Plata, Chile, Guatemala y Colombia. Nombra a Sucre Gran Mariscal de Ayacucho. Nace Eloy Escobar.

Establecidas en la Universidad de Caracas las clases de Derecho Público y Medicina Práctica.

AL: Promulgación del Acta Constitutiva mexicana; el país se constituye en República Federal (31/I); decreto del gobierno declara a Iturbide traidor y fuera de la ley; desembarca en Soto de la Marina, es aprehendido y fusilado en Padilla (19/VIII). Promulgación de la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos (4/X); Guadalupe Victoria y Nicolás Bravo, presidente y vicepresidente. Flores, comandante general de Quito. En Chile, suprimida la Constitución de 1823; comienza la anarquía. Portales obtiene el Estanco de tabaco. Jura de la Constitución y reconocimiento de la independencia del Brasil por los Estados Unidos. Reconocimiento de la independencia de Haití por Francia. El Congreso del Perú nombra a Bolívar dictador (10/II). Bolívar triunfa en Junín (6/VIII) y Sucre en Ayacucho (9/XII): fin de la dominación española en el continente hispanoamericano. Sucre marcha con sus tropas hacia el Alto Perú (Bolivia). En Argentina, reunido el Congreso de las Provincias Unidas.

Arago: magnetismo de rotación. J. Aspdin: sistema de cemento Portland. Fundación de la National Gallery de Londres.

Sadi Carnot: *Reflexiones sobre la potencia motriz del fuego.* Champollion: *Resumen del sistema jeroglífico.* Ranke: *Para la crítica de los nuevos historiadores.* Saint-Simon: *El catecismo de los industriales.* Foscolo: *Discurso sobre la lengua italiana.* A. Böckh: *Corpus Inscriptionum graecarum.* Delacroix: *Masacre de Quíos.* Smirke: proyecto del British Museum. Primer concierto de Liszt en París. Muere Byron en Misolonghi.

1825	*Febrero, 7.* Toma posesión del cargo de Secretario de la Legación de Colombia en la Corte de Londres, según nombramiento extendido por el Gral. Francisco de Paula Santander, en su carácter de Vicepresidente de la República Encargado del Poder Ejecutivo, con fecha 9 de noviembre de 1824.

La Lira Argentina, primera antología poética nacional. Hall: *Diario del viaje a Chile, Perú y México.* José María Heredia: *Al Niágara.* Fernández de Lizardi: *Las conversaciones del Payo y del Sacristán.* Pablo de la Llave: *Novarum vegetabilum descriptiones.* Poinsett: *Notas sobre México.*

V: Barcos de guerra franceses ocupan Puerto Cabello (I), exigiendo indemnización por toma de mercancías por corsarios colombianos. Páez remite el problema a Bogotá. El coronel Leonardo Infante, de Maturín, es detenido en Bogotá y fusilado (26/V); el doctor Miguel Peña es suspendido durante un año de sus funciones como Ministro de la Corte de Justicia de Colombia por haber rehusado firmar sentencia de muerte contra Infante. Bolívar renuncia al poder supremo ante el Congreso del Perú, que no lo acepta (II). Discurso de saludo al Libertador, de José Domingo Choquehuanca, en Pucará. Muere J. B. Picornell.

Muestras de petróleo liviano de un rezumadero ubicado entre Escuque y Betijoque son enviadas a Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

AL: Gran Bretaña reconoce oficialmente a Colombia. Tratado de amistad y comercio entre México e Inglaterra. Alpuche Esteva y Zavala, federalistas, fundan las logias yorkinas. Rebelión de los yaquis en Sonora acaudillados por Juan Banderas. Lucas Alamán inicia sus actividades como Ministro de Relaciones Exteriores. J. R. Poinsett, primer ministro plenipotenciario norteamericano en México. Gran Bretaña reconoce independencia de Chile. Tratado de amistad entre Argentina e Inglaterra. El Con-

Fr.: Coronación de Carlos X en Reims; ley sobre el sacrilegio; reconocimiento de la independencia de Haití. *Ing.:* Reconocimiento de los nuevos Estados latinoamericanos; grave crisis económica y financiera. *Rus.:* Muere Alejandro I; su hermano Nicolás enfrenta levantamiento "decembrista"; represión, condenas y destierros, rígida autocracia zarista. La Dieta húngara reclama el magiar como lengua oficial. *Gr.:* Solicita la protección de Inglaterra. *EE.UU.:* J. Quincy Adams, presidente; deportaciones de indios del otro lado del Mississipi. *Port.:* reconocimiento de la independencia del Brasil.

Sturgeon: electroimán. Roberts inventa la hiladora mecánica o "selfactina". Primera línea férrea Stockton-Darlington. Primera Escuela Técnica Superior Alemana en Karlsruhe. Beaumont-Dufrénoy: primer mapa geológico de Francia. Construcción de viviendas obreras por los industriales belgas. Construcción del Palacio de Buckingham según planos de J. Nash.

Laplace: V volumen del *Tratado de Mecánica Celeste.* Müller: *Prolegómenos de una mitología científica.* Thierry: *Historia de la conquista de Inglaterra.* Saint-Simon: *El nuevo cristianismo.* Merimée: *Teatro de Clara Gazúl.* Manzoni: *Los novios* (-27). Hatzlitt: *El espíritu del siglo.* Almeida Garret: *Camoens.* D'Angers: *Tumba del general Foy.* Dela-

1826

Abril, 12. En carta a José Rafael Revenga, Bello le dice: "Yo pensaba haber llevado en esta primavera mis hijos a educarse en Bruselas u otra ciudad de los Países Bajos, pero la incertidumbre que envuelve todavía mi destino, y que el estado fatal del crédito de nuestra amada república ha debido forzosamente aumentar, me obliga a recoger velas, y a proveer, cuanto es dable a la cortedad de mis recursos, a cualquier contratiempo futuro".

Julio, 1. Aparece el prospecto de la segunda revista que Bello funda en Londres con el título de *El Repertorio Americano.*

Septiembre, 6. Le escribe a José Manuel Restrepo informándole sobre las vicisitudes en Londres de la primera edición de la *Historia de la Revolución de Colombia.* También le dice: "Tengo el gusto de anunciar a usted que va a revivir la *Biblioteca,* aunque con alguna variedad en la forma y el plan, lo que nos ha movido a mudarle el nombre en el de *Repertorio,* que nos ha parecido más adecuado y modesto. Mucho puede hacer usted por el buen suceso de este periódico".

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
greso de Florida integra la Banda Oriental a las Provincias Unidas. Los refugiados uruguayos en Buenos Aires son ayudados por tropas argentinas a pasar el Río de La Plata. Sucre entra en La Paz; proclamada en Chuquisaca la independencia; creada la república de Bolivia (22/VII). Bolívar funda una Universidad en Trujillo (Perú); decreta el establecimiento de una Escuela Normal lancasteriana en cada capital del departamento y funda varios colegios de educación media para ambos sexos. Guerra entre Argentina y Brasil; Portugal reconoce la independencia brasileña. El Papa León XII condena la independencia de los países latinoamericanos. "Constitución de Cuba": decreto real define poderes del Capitán General. Nace en Cartagena Rafael Núñez. Andrada e Silva: *Poesía*. J. J. de Olmedo: *Canto a Bolívar* y *La Victoria de Junín*.	croix: ilustraciones al *Fausto de Goethe*. Chopin: *Rondó en do menor, op. 1*.
V: La presencia de gente de color en la proyectada "Sociedad Económica de Amigos del País" suscita protestas de los mantuanos. El comandante general del departamento de Venezuela José Antonio Páez, trata, por la fuerza, de hacer efectivo un alistamiento de tropas (I) pedido por Bogotá. Páez es llamado a presentarse ante el Senado, en Bogotá, y suspendido de su cargo (27/III). Listo para viajar, se produce motín en el Ayuntamiento de Valéncia (30/IV) y manifestaciones populares a su favor en Caracas; Páez reasume el mando civil y militar de Venezuela, desconociendo el poder central de Bogotá. Una asamblea propone separar Venezuela de la Gran Colombia y reconoce la jefatura de Páez (XI). Convocado el Congreso Constituyente de Venezuela	*España:* Sublevaciones liberales. *Port.:* Muere Juan VI; su hijo Pedro IV otorga una constitución desde el Brasil y abdica en favor de su hija María; apoyo del general Saldanha que impone la aceptación de la Carta. *Fr.:* Se autoriza el regreso de los jesuitas. Birmania pasa a Inglaterra. Conferencias de San Petersburgo; entendimiento anglo-ruso sobre la cuestión griega. *Papado:* Epístola de León XII contra la masonería. Lobachevsky-Gauss: separadamente, desarrollan teoría de la geometría no-euclidiana. Niepce: primeras cámaras fotográficas portátiles. Pestalozzi: memorias *El canto del cisne*. Enfantin: periódico *Le Producteur*. Hölderlin: *Poesía*. Leopardi: *Versos*. F. Cooper: *El último mohicano*. Schubert:

Octubre, 1. Circula el primer número de *El Repertorio Americano.* En él publica Bello su otra gran silva, "La Agricultura de la Zona Tórrida", perteneciente, como la "Alocución a la Poesía" a un poema mayor que iba a titularse *América.*

Noviembre, 1. Bello es elegido Miembro de Número de la Academia Nacional que se instala en Bogotá el 2 de diciembre de 1826. Firma el oficio Dn. José Manuel Restrepo.

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
para el siguiente año (15/1/27). Bolívar participa a Sucre, presidente, el reconocimiento del Perú a la república de Bolivia; envía su proyecto de Constitución para Bolivia y el discurso de presentación a la Legislatura (25/V); llega a Bogotá llamado por Santander (14/XI), ordena reformas económicas en el presupuesto para cubrir el déficit; sigue hacia Maracaibo (16/XII), llega a Puerto Cabello (31/XII). La Universidad de Caracas inaugura la cátedra de Anatomía bajo el rectorado del presbítero Cecilio Avila. Nace Arístides Rojas. *AL:* Reunido el Congreso americano en Panamá (22/VI) con los plenipotenciarios de Colombia, Centroamérica, Perú y México. Ausentes Chile y Argentina; observadores de Inglaterra y Holanda. El delegado estadounidense llega terminadas las sesiones. Fracasa el intento de unión de las nuevas naciones hispanoamericanas. Decreto de Colombia para proteger las tribus indígenas de la Guajira, el Darién, Mosquitos y otras no civilizadas (1/V) y para iniciar el proceso de "civilización" (11/VII). Pedro I forma el Senado en Brasil. Rivadavia presidente de Argentina. Continúa la guerra entre las Provincias Unidas del Río de La Plata y el Brasil. En México, triunfo de los federalistas yorkinos en las elecciones; rebelión del coronel Montaño: pide la desaparición de las sociedades secretas. Los ópatas se unen a la rebelión yaqui de Sonora. Iniciada la publicación del *Calendario de Galván*. Gorostiza: *También hay secreto en mujer*. Jorge Juan y Antonio de Ulloa: *Noticias secretas de América* (Londres). Luis Vargas Tejada: *Suglamuxi*.	*Misa Alemana*. Mendelssohn: *Sueño de una noche de verano*.

1827

Enero, 1. Circula el segundo número de *El Repertorio Americano*. En agosto hará su aparición la cuarta y última entrega de esta revista. Ahí aparece su traducción del poema "La Luz", del abate Jacques Delille.

Abril. Lo nombran Encargado de Negocios de la Legación de la Gran Colombia en Londres.

Noviembre, 10. En oficio firmado por Dn. Mariano Egaña y dirigido al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, se propone designar a Bello Oficial Mayor de la Cancillería Chilena. Al recomendar a Bello, Egaña expresa el siguiente juicio: "La feliz circunstancia de que existan en Santiago mismo personas que han tratado a Bello en Europa, me releva en gran parte de la necesidad de hacer el elogio de este literato; básteme decir que no se presentaría fácilmente una persona tan a propósito para llenar aquella plaza. Educación escogida y clásica, profundos conocimientos en literatura, posesión completa de las lenguas principales, antiguas y modernas, práctica en la diplomacia, y un buen carácter, a que da bastante realce la modestia, le constituyen, no sólo de desempeñar muy satisfactoriamente el cargo de oficial mayor, sino que su mérito justificaría la preferencia que le diese el gobierno respecto de otros que solicitasen igual destino".

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
V: Por decreto, Bolívar ordena que nadie sea perseguido por actos u opinión en relación con el conflicto entre el Congreso colombiano y Páez, a quien ratifica como comandante general de Venezuela (1/I). Decreto de Páez revocando reunión del Congreso Constituyente de Venezuela y ordenando reconocer autoridad suprema de Bolívar (2/I). Bolívar y Páez entran en Caracas (10/I); última visita de Bolívar a su ciudad natal, donde permanece seis meses organizando el gobierno y la administración; sale de La Guaira con destino a Cartagena (5/VIII); llega a Bogotá (10/IX) para enfrentar la crisis con Santander, con quien Bolívar rompe totalmente relaciones de amistad (Carta a Soublette, Caracas, 16/III). El doctor José María Vargas, nombrado rector de la Universidad de Caracas (22/I). Nace en Cartagena (Colombia) José Antonio Calcaño. *AL:* Fracasa conspiración del padre J. Arenas en México (I). Expulsión de los españoles (20/XII). Pronunciamiento de Montaño en Otumba. Alvear triunfa en Ituzaingó, Argentina; la flota brasileña aniquilada por el almirante Brown en la ribera uruguaya; disolución del Congreso y caída de Rivadavia. Revolución en Lima (26/I). El general Pinto llega al poder en Chile, con el apoyo de los "pipiolos". Se organiza el grupo opositor de "los estanqueros", con Portales como jefe. Descontento contra Sucre en Bolivia. En La Paz se sublevan tropas colombianas. Flores, jefe del departamento de Quito, sofoca alzamiento de un cuerpo colombiano en Perú. Se agudizan las tensiones entre Colombia y Perú.	*Esp.:* Pretensiones carlistas de reemplazar al rey por su hermano Carlos. *Fr.:* Represión y proyecto de Ley de Imprentas restrictivo; primeras barricadas en París del siglo XIX; renuncia de Villèle y gobierno moderado de Martignac. *Ing.:* Muere Canning. *Gr.:* se generaliza la guerra de independencia con el acuerdo entre Inglaterra, Rusia y Francia por la autonomía; decisiva victoria naval de los aliados en Navarino. Ley de Ohm sobre resistencia eléctrica. P. Bell: segadora mecánica. Aparece en el periódico *Cooperative Magazine* el término "socialismo". Ranke: *Historia de los osmalíes y de la monarquía española durante los siglos* XVI *y* XVII. Hugo: prefacio a *Cromwell.* Heine: *Libro de canciones.* Mickiewicz: *Conrado Wallenrod.* Corot: *El puente de Narni.* Delacroix: *Sardanápalo.* Muere Beethoven.

1828

Septiembre, 14. El Libertador Simón Bolívar lo designa Cónsul General en París y Ministro Plenipotenciario en la Corte de Portugal, en virtud de que tiene "plena confianza en su celo y aptitud". Bello no encuentra conveniente este nombramiento, y no lo acepta. Sus designios son regresar a América.

Septiembre, 15. José Miguel de la Barra, Cónsul General de Chile en Londres, comunica a Bello la resolución del Presidente de Chile de costearle a él y a su familia el viaje a aquel país y de ofrecerle un empleo acorde con su categoría y experiencia.

Venezuela y América Latina	Mundo exterior
Fundación de las Escuelas de Derecho de San Pablo y Olinda. La Academia Lauretana se transforma en la Universidad de Arequipa. Restrepo: *Historia de la revolución de Colombia.* Fernández de Lizardi: *La tragedia del padre Arenas.* Sánchez de Tagle: *Himno cívico a México.* Muere J. J. Fernández de Lizardi.	
V: Instalada la Convención de Ocaña (9/IV) para reformar la Constitución de Cúcuta, se disuelve sin adoptar ninguna resolución por la división entre bolivarianos y santanderistas. Bolívar asume la dictadura a su llegada a Bogotá (24/VI); por decreto (27/VIII), destituye al vicepresidente Santander y organiza el Consejo de Estado. Conspiración frustrada para asesinar a Bolívar (25/IX). Condenados a muerte catorce conjurados; Santander es desterrado por petición del Consejo de Estado (10/XI). El doctor Ramón Ignacio Méndez, obispo de Caracas. Nacen en Caracas Martín Tovar y Tovar y José María de Rojas. *AL:* Guerra peruano-colombiana. El ejército peruano invade territorio ecuatoriano y bombardea Guayaquil. Sancionada Constitución liberal en el Perú. Nuevo motín de las tropas colombianas en Bolivia. Tratado de Piquiza. Sucre renuncia y abandona el país. En Chile, se sanciona la Ley de Imprenta y la Constitución, marcadamente liberal, que incluye la supresión de los mayorazgos. Comienza la oposición de los conservadores o "pelucones". Lavalle, al mando de una división que vuelve del Brasil, derroca al gobernador de Buenos Aires, Dorrego, a quien fusila. Rosas trabaja en la extensión de la frontera	*Esp.:* Formación de partidos carlistas y una junta de gobierno en Cataluña. *Port.:* El infante Miguel, regente, desconoce la Carta y es proclamado rey. *Fr.:* Agitación de absolutistas y liberales. Guerra ruso-turca; Persia cede a Rusia parte de Armenia. *EE.UU.:* J. Smith funda la secta mormón; fundación del Partido de los Trabajadores en Filadelfia. F. Woehler: síntesis de la urea por procedimientos anorgánicos. Broussais: *De la irritación y la locura.* Say: *Curso completo de Economía Política Práctica.* Buonarotti: *Historia de la conspiración para la igualdad, llamada de Babeuf.* Sainte-Beuve: *Cuadro histórico-crítico de la poesía francesa del siglo* XVI. Berlioz: *Sinfonía Fantástica.* Mueren Goya y Schubert.

1829

Febrero, 14. Bello y su familia dejan Inglaterra y se embarcan para Chile.

Febrero, 15. Dn. Estanislao Vergara, Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Colombia, le propone al Libertador-Presidente que Bello sea designado Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos de Norte América. El nombramiento no llega a efectuarse.

Abril, 25. Desde Caracas, José Rafael Revenga le escribe a Bello instándolo a regresar a la Gran Colombia. Uno de los párrafos de la carta dice así: "Véngase usted a nuestra Colombia, mi querido amigo; véngase usted a participar de nuestros trabajos y de nuestros escasos goces. ¿Quiere usted que sus niños sean extranjeros al lado de todos los suyos, y en la misma tierra de su padre?"

Junio, 25. Llega a Valparaíso el 25 de junio, a bordo del bergantín inglés *Grecian*. Con él viene su esposa, Isabel Antonia Dunn y sus hijos Francisco y Carlos Bello Boyland, y Juan, Andrés, Ricardo, Ana y Miguel Bello Dunn.

Julio, 13. Es nombrado por el Presidente Encargado Francisco Antonio Pinto, Oficial Mayor Auxiliar en el Ministerio de Hacienda. M. L. Amunátegui dice: "Aunque don Andrés Bello tuviera el título de Oficial Mayor Auxiliar del Ministerio de Hacienda, el cargo que desempeñó en realidad desde su venida de Chile fue, no éste, sino el de Consultor y Secretario en el de Relaciones Exteriores".

y en la fundación de Bahía Blanca. Se firma la paz entre Argentina y Brasil, reconociéndose la independencia de la Banda Oriental. Rondeau, presidente provisional de Uruguay. En Paraguay es rechazado un enviado del presidente boliviano Sucre. Se establece la instrucción primaria obligatoria, a expensas del Estado. Conflicto entre las tropas brasileñas y los mercenarios.

Luis Vargas Tejada: *Doraminta; Las convulsiones.*

Chile y América Latina

Ch: Revolución "pelucona" en Concepción, encabezada por el general Prieto. En Santiago, Portales organiza un movimiento que obliga a renunciar al presidente Vicuña; se convierte en inspirador de la oposición. Nace J. Larraín Gandarillas.

AL: Sublevaciones del general Córdoba en Medellín y de López y Obando en el sur. Los peruanos ocupan Guayaquil y Cuenca. Sucre vence a La Mar y Gamarra en Tarqui; en la batalla tiene destacada actuación Flores, ascendido a general de división y poco después nombrado Jefe supremo de los departamentos del sur. Gamarra, con el apoyo de La Fuente, derroca a La Mar en el Perú. En Bolivia, Andrés Santa Cruz presidente; reorganiza la administración y el ejército y establece contactos con adictos suyos en Puno y Arequipa. Lavalle lucha contra Rosas y López en Argentina. Victoria de Rosas y renuncia de Lavalle. La Legislatura, disuelta por éste, es reinstalada y elige a Rosas, quien recibe facultades extraordinarias. Sofocada revuelta en Pernambuco, Brasil. Pedro I se casa con la princesa

Esp.: Fuerte represión de los carlistas en Cataluña; Fernando VII se casa con la napolitana María Cristina, frustrando las expectativas de Don Carlos. *Port.:* Persecución de los liberales; organización de un ejército para restituir a María. *Fr.:* Ministerio de Polignac. *Ing.:* Aprobación de la ley de emancipación de los católicos. *Ale.:* Se inician acuerdos de Unión Aduanera (Zollverein) entre los diferentes estados, que se completará en 1844. *Gr.:* Paz de Adrianópolis entre Rusia y Turquía. *EE.UU.:* Jackson, presidente; "principio del botín". Abolición de la quema de viudas en la India.

Gauss-Bolyai-Lobachevsky, considerados, en orden cronológico, los fundadores de la geometría no euclidiana. Braille: escritura para ciegos. Fox: construcción con planchas de cemento. Stephenson: locomotora Rocket. R. Owen funda la colonia New Harmony. Primer servicio de ómnibus urbano en Londres.

Lobachevsky: *Geometría no euclidiana.* Lamennais: *De los progresos de la revolución y de la guerra contra la Iglesia.* Schlegel: *Filosofía de la historia.* V.

1830

Febrero, 1. Es nombrado rector del "Colegio de Santiago", el cual había sido fundado en 1829. Este cargo lo desempeñará hasta febrero o marzo de 1832 fecha en que se cierra el colegio. En él imparte clases de castellano, lengua y literatura, y legislación universal.

Abril, 20. José Joaquín de Mora, liberal español residenciado en Chile, en un discurso pronunciado en el Liceo de Chile, que él dirige, critica la influencia de las letras francesas en la cultura hispánica. Como los profesores del Colegio de Santiago eran en su mayoría franceses, Bello, su Director, se da por aludido y le responde a Mora. Se inicia así la primera de las polémicas sostenidas por Bello en Chile.

Septiembre, 4. Nómbrase a Bello miembro de la Comisión encargada de examinar un proyecto de plan de estudios y reglamento interior para el Instituto Nacional, elaborado por José Miguel Varas y Manuel Carvallo.

Septiembre, 17. Es nombrado director de la sección de noticias extranjeras, y la de letras y ciencias, del períodico *El Araucano.* Bello ejercerá dicho cargo hasta agosto de 1853. Desde sus columnas elaborará reseñas para estimular la lectura; comentará favorablemente, ante la indiferencia general reinante, las obras y traducciones de jóvenes escritores; traducirá o escribirá artículos de interés general; aplaudirá los adelantos de la enseñanza, etc.

Septiembre, 24. Publica en *El Araucano* su poema "Al diez y ocho de septiembre".

Chile y América Latina	Mundo exterior
Amalia de Leuchtenberg. Morazán ocupa la ciudad de Guatemala y convoca a un Congreso nacional. En México, Guerrero electo presidente y derrota de un intento de invasión española. En Xalapa se pronuncia un sector del ejército, que proclama líder al vicepresidente Bustamante. Acuña de Figueroa: *Malambrunada* (1ª versión). Felipe Pardo y Aliaga: *Frutos de la educación.*	Cousin: *Curso de historia de la Filosofía.* J. de Maistre: *El Papa.* Balzac: *Los chuanes.* Percier y Fontaine: cubierta de vidrio en la galería d'Orleáns. Rossini: *Guillermo Tell.*
Ch: Freire asume el gobierno y enfrenta a los revolucionarios, que lo derrotan en Lircay. Batallas de Ochagavía y de Lircay: se consolida el triunfo de las fuerzas conservadoras sobre los liberales o "pipiolos". Inicia su administración Diego Portales, nombrado "ministro universal" bajo la presidencia de Joaquín Prieto. Características de su poderoso ministerio: organización de Chile contra la anarquía, principio de autoridad para ordenamiento del país, potente Guardia Nacional, incremento de la instrucción pública y fomento de la religión, Senado conservador y fuerte Ejecutivo. José Joaquín de Mora: discurso de apertura de la cátedra de Oratoria en el Liceo de Chile. *AL:* La Gran Colombia se separa en tres países independientes: Colombia, Ecuador y Venezuela. En Venezuela, el Congreso de Valencia sanciona la Constitución del nuevo Estado. Bolívar es proscrito; renuncia a la presidencia de Colombia y se retira a Santa Marta, donde muere. Sucre es asesinado en Berruecos. Mosquera y Rafael Urdaneta en la presidencia. Muere Bolívar en Santa Marta. En Ecuador, el general Flores es designado jefe del nuevo Estado, que sancio-	*Esp.:* Nace la infanta Isabel; abolición de la ley sálica y consagración de su heredad; ruptura con los carlistas. *Port.:* Muere Carlota Joaquina. *Ing.:* Guillermo IV rey. *Fr.:* Revolución liberal; Luis Felipe de Orleáns rey; colonización de Argelia. Insurrecciones en el resto de Europa: Bélgica, Polonia, Suiza, Alemania, Italia, Grecia; independencia belga y griega; autonomía de Servia. *Europa:* epidemia de cólera. Faraday: fenómeno de inducción. Ferrocarril Liverpool-Manchester. Thimonier: máquina de coser. Comte: *Curso de filosofía positiva* (-42). Saint-Hilaire: *Principios de filosofía zoológica.* Bentham: *Código constitucional.* Feuerbach: *Pensamientos sobre la muerte y la inmortalidad.* Cabet: *Historia de la revolución de 1830.* Lamennais: periódico *L'Avenir.* Stendhal: *Rojo y Negro.* Hugo: *Hernani.* Pushkin: *Eugenio Oneguin.* Corot: *La catedral de Chartres.* Schinkel: Museo de Berlín.

1831

na su Constitución. Rebelión de Luis Urdaneta en favor de Colombia. En Perú, en torno de José María de Pando, grupo partidario del autoritarismo. De él participa F. Pardo y Aliaga. Negociaciones de Gamarra y Santa Cruz. En Argentina, Paz, luego de vencer por segunda vez a Quiroga, organiza la Liga del Interior. Se jura la Constitución de la República Oriental del Uruguay. Fructuoso Rivera presidente. Secularizados los conventos e incautados los bienes de las órdenes en el Paraguay. En Brasil, el partido gubernamental es derrotado en las elecciones legislativas y arrecia la oposición al emperador. Morazán electo presidente de la Federación centroamericana. Irisarri se fuga de la cárcel y se traslada a Sudamérica. Bustamante presidente de México. Alamán ministro de Relaciones Exteriores. Ordena ejecución del ex presidente Guerrero. Alamán propone restringir la llegada de colonos norteamericanos y proteger la industria local.

De Angelis: *Ensayo histórico sobre la vida de D. Juan Manuel de Rosas*. Periódicos gauchescos de Luis Pérez: *El Gaucho, Torito de los Muchachos, Toro del Once*.

Ch: El general Prieto y Portales son electos presidente y vice. Este renuncia a sus cargos, se retira a Valparaíso y se dedica a los negocios. Convención para revisar y modificar la Constitución.

AL: Páez presidente de Venezuela. José Tadeo Monagas se subleva en Oriente y es derrotado. Fermín Toro inicia su vida política como diputado por Margarita. En Colombia, Obando y López se sublevan en Cauca. Las Juntas de Apulo restituyen en la presidencia a Caicedo. Se reúne la Convención, que

Port.: Gobierno *whig* apoya expedición de Don Pedro I. *Ing.:* Mayoría *whig* en el parlamento. *Belg.:* Leopoldo I de Sajonia-Coburgo rey. *Pol.:* Aplastamiento de la revolución, anexión rusa. *Ita.:* Mazzini funda *La joven Italia*. *Eg.:* Mohamed Alí conquista Siria. Gregorio XVI Papa.

Darwin: viaje del *Beagle*. Asociación Británica para el avance de la ciencia. Gauss: tensión superficial. Dal Negro: motor eléctrico. Mc Cormick: segadora

1832 Publica los *Principios del Derecho de Gentes* (Derecho internacional). La obra tendrá dos reediciones corregidas por el propio autor, en 1844 y 1846.

Febrero, 10. Los alumnos que Bello instruía en su casa se presentan a exámenes de "Derecho Natural y de Gentes", en el Instituto Nacional. Ello significa que Bello probablemente empezó las clases particulares en 1831. A partir de 1834 añadió como asignaturas el latín, la gramática castellana, literatura y derecho romano y español, a partir de 1840 incluyó en sus cursos privados la enseñanza de la filosofía. Es de suponer que abandonó las clases después de la creación de la Universidad en 1843. Gracias a esta década de labor docente, Chile recibirá el aporte de una brillante generación de jóvenes estudiosos, que es la que continuará el esfuerzo educador del maestro.

Marzo, 20. Junto con Juan de Dios Vial del Río y Diego José Benavente es elegido miembro integrante de la Junta de Educación, que tiene por objeto ejercer la supervisión de la educación en la República. La Junta debía reunirse cada 15 días. Dice Domingo Amunátegui: "Don Andrés Bello fue el inspirador de la Junta y, aunque no siempre sus opiniones fueron aceptadas por la mayoría, a su iniciativa se debieron indicaciones muy oportunas y proyectos muy importantes". Esta Junta es disuelta en 1835, acaso debido, según Amuná-

designa presidente a Obando. En Perú, el presidente La Fuente es derrocado por una poblada organizada por el general Gamarra. Santa Cruz dispone la reforma de la Constitución boliviana. Se firma entre Buenos Aires y las provincias del Litoral el Pacto Federal, para enfrentar a la Liga del Interior. El gobernador santafesino López es designado jefe militar y se acuerdan las bases para la futura organización de la República. Paz es capturado y se disuelve la Liga del Interior. Hegemonía de Rosas en Buenos Aires, de Quiroga en el Interior y de López en el Litoral.

Revista Bimestre Cubana (-34). Luis Pérez: *La Gaucha.*

mecánica. Bolsa de Madrid. Tocqueville visita EE.UU. (-32).

Michelet: *Introducción a la historia universal.* Garrison: *El libertador,* periódico antiesclavista de EE.UU. Balzac: *La piel de zapa.* Hugo: *Nuestra Señora de París.* Delacroix: *Las barricadas.* Daumier: *Gargantúa.* Bellini: *Norma.* Muere Hegel.

Ch: Liquidación de la banda de los Pincheira en el sur. Portales adquiere un fundo. Oposición de sus amigos al ministro del Interior, Errázuriz; forzado a renunciar y reemplazado por Tocornal. Portales, gobernador de Valparaíso. Juan Godoy descubre minas de plata en Chañarcillo, lo que da un impulso muy fuerte a la economía exportadora del país y a la constitución de una burguesía minera en la zona norte.

AL: Francisco de Paula Santander, electo presidente de Colombia. Sancionada la Constitución, de tipo centralista. Tratado de paz con Ecuador, que cede el Cauca y Pasto. Tratado ecuatoriano-peruano para confirmar límites. Rosas rechaza su reelección en Buenos Aires; designado el general Balcarce. Sublevación de Lavalleja en Uruguay; huye del país, abandonado por Oribe. Levantamiento de Santa Anna contra Bustamante en México; ambos acuerdan que concluya el período Gómez Pedraza.

Esp.: Regencia de María Cristina; fracasa el complot de La Granja. *Port.:* Don Pedro I desembarca en Oporto. *Fr.:* Gabinete Thiers-Guizot-Broglie en París. *Ing.:* Sanción de la Reforma Electoral. *Ale.:* Encíclica *Mirari vos.* Movilización liberal en Hambach. *Gr.:* Otón de Baviera rey. *EE.UU.:* Reelección de Jackson.

Henry: fenómeno de autoinducción. Sauvage: hélice de propulsión. Liebig: revista *Anales de farmacia.*

Donoso Cortés: *Memoria sobre la situación actual de la monarquía.* Rosmini: *Las cinco plagas de la Iglesia.* Pellico: *Mis prisiones.* Goethe: *Fausto* (2ª parte). Sand: *Indiana.* Larra: *Artículos de costumbres.* Rossini: *Stabat Mater.* Donizetti: *El elíxir de amor.* Mueren W. Scott, Goethe y Bentham.

tegui, a su negación de ratificar la destitución por el Gobierno del Rector del Instituto Nacional, Blas Reyes.

Marzo, 26. Nómbrase a Andrés Bello miembro de la Junta Directora de Estudios del Instituto Nacional.

Diciembre, 6. Es elegido junto con Mariano Egaña y Ventura Marín para que ejerza la censura de los libros importados. Si bien es de presumir que Egaña y Marín fueron muy conservadores en el ejercicio de este cargo, Bello decididamente no lo fue. En 1833 y 1834 Bello publicará en *El Araucano* artículos en los que aboga por la completa supresión de la censura; esto, no obstante, no se logrará en Chile hasta 1878.

1833

Junio, 21. Expone en un artículo en *El Araucano* de esta fecha, y en otros de julio y diciembre, sus ideas sobre el teatro. En enero 18 de 1843 escribirá para defender la libertad de exhibir obras de teatro.

Noviembre. En este mes, y en marzo de 1834, Bello publica artículos en los que emprende una campaña que sostendrá a lo largo de su vida para mejorar el uso del castellano. Los artículos llevan por título "Advertencias sobre el uso de la lengua castellana, dirigidas a los padres de familias, profesores de los colegios y maestros de escuela".

Diciembre 6. Publica la fábula en verso "La Cometa".

Chile y América Latina	*Mundo exterior*
Estruendosa caída política de Alamán. Leyes democratizantes en Brasil. Echeverría: *Elvira o la novia del Plata.*	
Ch: Se sanciona la Constitución, conservadora, que otorga al presidente grandes poderes y lo faculta hasta a suspender su vigencia. Se restablecen los mayorazgos. Portales renuncia a su cargo y retoma sus negocios. *AL:* Tratado de amistad, alianza, comercio, navegación y límites firmado en Bogotá entre Colombia y Venezuela. Vuelve de Europa Vicente Rocafuerte, jefe del liberalismo de Ecuador. Fracasa una revolución en Quito y estalla otra en Guayaquil, dirigida por Rocafuerte. En Perú, el general Orbegoso, liberal, sucede a Gamarra. Acuerdos de paz con Bolivia. Gran Bretaña se apodera de las Islas Malvinas. Rosas realiza la campaña al Desierto. En torno del gobernador Balcarce se reúnen los federales opositores a Rosas. Se produce la "revolución de los restauradores" que obliga a Balcarce a renunciar. Viamonte gobernador de Buenos Aires. Reprimida rebelión en Minas Gerais. En México, Santa Anna electo presidente, delega en el federalista Gómez Farías, quien pone en práctica profundas reformas eclesiásticas, educativas y militares. Alamán es acusado de la muerte de Guerrero junto con los restantes ministros de Bustamante. Escribe *Mi defensa.*	*Esp.:* Muere Fernando VII; Isabel II reina; 1ª guerra carlista. *Port.:* Don Pedro I captura Lisboa. *Fr.:* Lafayette funda la *Sociedad de los derechos humanos. Ing.:* Fundación del Partido cartista; supresión de privilegios de la Compañía Inglesa de Indias. *Ale.:* Liga aduanera alemana. Gauss-Weber: telégrafo eléctrico. Hall: acción de los reflejos. G. W. Snow: estructura de acero en edificios de Chicago. Primer viaje en buque de vapor Europa-América. Gran Bretaña posee cien mil telares mecánicos; ley sobre trabajo de los niños. Situación de los salarios: mujer 8 ch. 5 p.; niños 2 ch. 3 p.; adultos: 20 ch. 5 p. semanales. Michelet: *Historia de Francia.* Balzac: *Eugenia Grandet.* Rude: *La marsellesa.* Heine: *De la Francia.* Ingres: retrato del primogénito *Bertin.* Soane: Banco de Inglaterra. Mendelssohn: *Sinfonía italiana.*

1834 Bello escribe, por encargo del Gobierno chileno, a Juan de Dios Cañedo, Ministro de Relaciones Exteriores de México, en relación a un proyectado Congreso de Estados Americanos, y le expone serios reparos a la posibilidad de funcionamiento efectivo de dicho Congreso. En 1840 el gobierno mexicano solicita la colaboración de Chile para un Congreso Latinoamericano. Tal Congreso se realiza en Lima en 1848, y a él concurren ocho países, entre ellos, Chile. Como Bello había previsto, ninguno de los gobiernos representados en el Congreso ratifica los acuerdos, con lo que su resultado queda en una mera declaración de principios. De cualquier forma, Bello reconoció que congresos de esa especie sirven para que las repúblicas americanas se reúnan y discutan los temas que les interesan.

Marzo. José Miguel Infante, de tendencia liberal, publica en *El Valdiviano Federal* un artículo donde califica de inútil el estudio del latín que propugna Bello. Este contesta al poco tiempo en un artículo de *El Araucano* donde explica la utilidad del latín y la importancia que tiene en los estudios humanísticos el conocimiento de las lenguas.

Junio, 30. Se le confiere a Andrés Bello el cargo de Oficial Mayor del Departamento de Relaciones Exteriores. Bello desempeñará este cargo hasta el 25 de octubre de 1852.

Agosto, 15. José Manuel Infante escribe en *El Valdiviano Federal* un artículo en que acusa a Bello, con evidente mala fe y tergiversación de un texto, de opositor a las instituciones republicanas. Ante las respuestas de Bello, repetirá sus ataques con más encono. La evidencia aducida por Infante no es en absoluto concluyente. Por otra parte, Bello muestra sus verdaderas ideas al condenar, en 1847, la expedición que Juan José Flores pretendía dirigir al Ecuador para restablecer allá el régimen monárquico.

1835 Bello publica sus *Principios de ortología y métrica de la lengua castellana.* Hay dos nuevas ediciones corregidas, en 1850 y 1859. En carta de fecha 27 de junio de 1852, la Real Academia Española

Chile y América Latina	Mundo exterior
Pardo y Aliaga: *Una huérfana en Chorrillos. Don Leocadio.* Aparece *El Quiteño libre* que reúne oposición liberal a Flores.	
Ch: Crece dentro del gobierno un grupo opositor a Portales, quien desde Valparaíso mantiene los contactos con sus amigos. Llega al país el pintor y dibujante alemán Juan Mauricio Rugendas. *AL:* Acuerdo entre Venezuela, Colombia y Ecuador para el pago de la deuda de la Gran Colombia. Se decreta la libertad de cultos en Venezuela. En Ecuador, Rocafuerte, apresado por Flores, pacta con él y juntos combaten la nueva revolución liberal, dirigida por el Dr. Valdivieso, quien se había apoderado de Quito. Rocafuerte es proclamado Jefe supremo en Guayaquil y nombra a Flores jefe del ejército. En Perú, comienza la guerra entre los partidarios de Gamarra y Orbegoso, que triunfa. Se sanciona una nueva Constitución, antiautoritaria. Concluye la campaña al Desierto de Rosas; encomienda Misión en el Norte a Quiroga, quien renuncia. La Legislatura ofrece la gobernación a Rosas, quien la rechaza. Santa Anna reasume la presidencia en México. Alamán en fuga. Rebelión en Mato Grosso. La Constitución brasileña otorga autonomía a las provincias, mediante acta adicional. Echeverría: *Los consuelos.* J. E. Caro: *Lara o los Bucaneros.* Pardo y Aliaga: *La jeta;* redacta el periódico *El Hijo del Montonero,* en Lima, contra Orbegoso.	*Esp.:* Censura de imprenta y abolición de los gremios. *Port.:* Regencia de Don Pedro I; a su muerte, asume María II. *It.:* Garibaldi se incorpora a *La joven Italia. Ing.:* Ministerio de R. Peel. Cuádruple alianza entre España, Portugal, Francia e Inglaterra. Ley de pobres de Chadwick. *Fr.:* Levantamiento obrero en Lyon. *EE.UU.:* Primer sindicato nacional. Jacobs: Concepto de catálisis química. Weber: Ley fundamental psicofísica. Faraday: Electrólisis. Incendio de Westminster. Ranke: *Historia de los Papas.* R. Mohl: *La ciencia de la policía según los fundamentos del estado de derecho.* Lamennais: *Palabras de un creyente.* Balzac: *Papá Goriot.* Gogol: *Relatos de Mirgorod.* De Musset: *Lorenzaccio.* Daumier: *La calle Transnonain.* Schumann: *Carnaval.*
Ch: Portales se reintegra al ministerio, mientras Prieto es reelecto presidente. Concesión al norteamericano William	*Esp.:* Muere el general Zumalacárregui, carlistas fracasan en Bilbao; levantamiento liberal y ministerio de Mendizá-

solicita a Bello el permiso de reproducir esta obra con el respaldo académico de la Institución.

Agosto 27. Nómbrase a Andrés Bello para que junto con el P. José Miguel Solar y Ventura Marín, formen un plan general de educación para la República. (No se sabe si fue aprobado este plan).

Wheelwright del monopolio de la navegación de las costas del Pacífico, por 10 años. Un terremoto destruye Concepción.

Los opositores a Portales publican el periódico *El Filopolita*.

AL: J. M. Vargas presidente de Venezuela. Movimiento de las Reformas y Vargas destituido. Páez, que se había retirado a su hacienda, se pone al frente de las fuerzas constitucionales, sofoca la revolución y concede clemencia a los sublevados. En Ecuador, victoria de Flores en Miñarica. La Convención de Ambato dicta una nueva Constitución y designa presidente a Rocafuerte. Sublevación de Salaverry en el norte del Perú, proclamándose Jefe supremo. F. Pardo y Aliaga lo apoya y es nombrado ministro en España, aunque no llega a viajar. El depuesto presidente Orbegoso pacta con el presidente boliviano Santa Cruz. Este invade Perú, derrota a Gamarra e inicia la lucha contra Salaverry. En Argentina, al regreso de su misión al norte es asesinado Quiroga. En medio de un clima general de convulsión Rosas es designado gobernador, con la suma del poder público. Un plebiscito confirma esta medida, casi por unanimidad Rosas impone a López sus puntos de vista sobre la organización y sobre la designación del gobernador de Córdoba. Oribe, presidente de Uruguay. En Brasil, se reemplaza la Regencia trina por otra unipersonal a cargo del padre Feijó. Comienzo de pacificación del país, aunque estalla en Rio Grande una rebelión republicana y separatista. Inglaterra comienza a colonizar Belice. En México, se restablece el poder central, aplastándose la rebelión de algunos Estados. Los colonos norteamericanos de Texas se sublevan, proclamando

bal. Motines anticlericales y reforma religiosa; préstamo de la banca Rothschild; incendio de la fábrica "El vapor" por los obreros. *Ing.:* Acta de Corporaciones Municipales. *Aust.:* Fernando IV, rey.

Fundación del *New York Herald* y la Agencia Havas. La fábrica Krupp incorpora máquina de vapor. Parker: primer hospital de China en Cantón. Pistola Colt. A. Sax inventa el saxofón.

Tocqueville: *La democracia en América* (-40). Wappers: *La lucha revolucionaria de 1830 en las calles de Bruselas.* Kant: trad. francesa de la *Crítica de la razón pura.* Mazzini: *Fe y Futuro.* Andersen: *Cuentos.* Gautier: *Señorita de Maupin.* Hugo: *Cantos del crepúsculo.* Büchner: *La muerte de Danton.* Browning: *Paracelso.* Donizetti: *Lucia de Lammermoor.*

1836 *Noviembre, 17.* Andrés Bello recibe de manos del Rector de la Universidad de San Felipe, Juan Francisco Meneses, el título de bachiller en Sagrados Cánones y Leyes. Aunque tiene la oportunidad de obtener fácilmente el título de abogado, no lo hace. En cambio, el interés manifestado ya desde Londres por el estudio de la legislación, lo califica espléndidamente para emprender la reforma del sistema judicial de Chile.

Chile y América Latina

la separación; Santa Anna intenta sofocarla con violencia. Alamán es absuelto; se dedica a empresas fabriles.

Olmedo: *Al general Flores, vencedor de Miñarica.* Lira: *El Parnaso Oriental.* De Abreu e Lima: *Bosquejo histórico, político y literario del Brasil.*

Ch: Reprimida invasión naval del ex presidente Freire. La Corte marcial que lo juzga lo condena a muerte, pero la Corte Suprema lo absuelve, pese a la oposición de Portales. Este proclama necesidad de la guerra con la Confederación. Chile declara la guerra a Perú, tras capturar tres barcos peruanos, por desconocimiento del tratado firmado el año anterior con Chile.

AL: En Venezuela, Vargas renuncia a la presidencia y le sucede, como encargado por ausencia del vicepresidente Dr. Andrés Narvarte, el general Carreño. El Congreso colombiano aprueba los tratados con Venezuela por la deuda de la Gran Colombia. En Socabaya, Santa Cruz derrota a Salaverry y lo fusila. Se proclama la Confederación peruano-boliviana. F. Pardo y Aliaga en Chile; periódico *El Intérprete* contra Santa Cruz. En Argentina, Rosas sanciona la Ley de Aduana, proteccionista. Vuelven los jesuitas, que reinstalan el Colegio de San Ignacio. En Uruguay, ruptura entre Oribe y Rivera, derrotado en Carpintería; mientras éste recibe el apoyo de los emigrados unitarios argentinos, Rosas apoya a Oribe y Lavalleja. Santa Anna es derrotado y capturado por los texanos en San Jacinto; firma del tratado de Velasco, comprometiéndose a suspender la guerra. Se reúne la Convención reformadora de la Constitución, que dicta las Siete Leyes Cons-

Mundo exterior

Esp.: Reformas económicas de Mendizábal; la regente lo obliga a renunciar, ruptura con los liberales; revolución de La Granja y retorno a la constitución de 1812. *Port.:* Pronunciamientos militares. *Fr.:* Ministerios sucesivos de Thiers y Guizot. *Ing.:* Comienza el movimiento cartista en favor del sufragio universal. Ley de registro de nacimientos y defunciones; fundación de la colonia de Australia del Sur. *EE.UU.:* Batalla del Alamo; independencia de Texas. Ley de patentes de invención; primeros Ferrocarriles.

Berzeluis descubre los fenómenos catalíticos. Dreyse: fusil de aguja con recámara. Regreso de Darwin.

Owen: *El Libro del Nuevo Orden Moral.* Dickens: *Papeles póstumos del Club Pickwick* (-37). Gogol: *El revisor.* Musset: *Confesiones de un hijo del siglo.* Hartzenbusch: *Los amantes de Teruel.* Daumier: *Caricaturama* (-38). Brunel: *puente sobre el Avon.* Charles Barry: proyecto del parlamento inglés. Meyerbeer: *Los hugonotes.*

1837	Bello es elegido senador y reelegido en 1846 y 1855. Mantendrá esta investidura hasta su muerte. *Febrero, 2.* Se aprueba la ley inspirada por Bello, la cual exige a los jueces que funden breve y sencillamente las sentencias.

Chile y América Latina	Mundo exterior
titucionales, de carácter fuertemente centralista. Tratado con España, que reconoce la independencia de México. Milanés: *La isla de Cuba tal cual está.* Foxá: *Pedro de Castilla.* De Mora: *México y sus revoluciones.* Gonçalves de Magalhães: *Suspiros poéticos.*	
Ch: Revuelta del regimiento cercano a Valparaíso. Muere asesinado Diego Portales por un grupo de oficiales sublevados, en Quillota. En torno al general Vivanco un grupo de emigrados peruanos forma el movimiento de la Regeneración. La expedición chilena invade Perú, comandada por Blanco Encalada. Tratado de Paucarpata firmado entre el general Blanco Encalada y Santa Cruz. Creación del Ministerio de Culto e Instrucción Pública. Mercedes Marín de Solar: *Canto fúnebre a la muerte de Diego Portales.* *AL:* Pedro de Araújo Lima regente del Brasil. Surge el partido conservador. Su jefe, el marqués de Olinda, reemplaza al Regente. Rebelión separatista en Bahía. Epidemia de cólera morbo en América Central. Abolición de la esclavitud en México. Bustamante presidente; Alamán actúa como su consejero. Levantamiento federal en San Luis Potosí. Un Congreso de Plenipotenciarios organiza en Tacna la Confederación peruano-boliviana. Santa Cruz Protector. Rosas declara la guerra a la Confederación. El general Soublette asume la presidencia de Venezuela. En Colombia, con el apoyo de conservadores y liberales moderados es designado presidente José I. Márquez. Echeverría: *Rimas* (incluye *La Cautiva*). "Salón literario" de los jóvenes	*Esp.:* Ministerio de Espartero. *Fr.:* Amnistía a los republicanos; ministerio Molé. *Ing.:* Victoria inicia su reinado (-1901); separación de Hanover. *Hungr.:* Kossuth impulsa reinvindicaciones liberales. *EE.UU.:* Van Buren, presidente. Grave crisis financiera en Inglaterra y EE.UU. Morse: código telegráfico. Construcción del ferrocarril París-Saint Germain-en-Laye. Froebel: primer jardín de infancia en Alemania. Müller: *Tratado de Fisiología humana.* Carlyle: *La Revolución francesa.* Balzac: *Las ilusiones perdidas* (-43). Dickens: *Oliver Twist* (-39). Espronceda: *El estudiante de Salamanca* (1ª versión). Sand: *Mauprat.* Berlioz: *Requiem.* Suicidio de Larra; muerte de Pushkin.

1838	
1839	Traduce y arregla para teatro, la obra de Alejandro Dumas, *Teresa*.

románticos argentinos: Echeverría, Alberdi, Gutiérrez.

Ch: Continúa la guerra contra Perú. Segunda expedición chilena de la Regeneración dirigida por M. Bulnes.

AL: En Ecuador, nueva revolución liberal, encabezada por Valdivieso en Riobamba, reprimida violentamente. Expedición regeneradora proveniente de Chile; Gamarra y La Fuente dirigen a los emigrados peruanos; derrotan a Orbegoso y ocupan Lima, instalando como presidente a Gamarra. Santa Cruz inicia las hostilidades, obligando a desalojar la capital. La flota francesa declara el bloqueo del puerto de Buenos Aires. Tropas de la Confederación realizan algunas acciones en el norte argentino. En Uruguay, Oribe renuncia y Rivera ocupa Montevideo. Los franceses ocupan la isla Martín García. En Guatemala, las fuerzas de Carrera conquistan la capital y cometen violentos excesos; el gobierno, que lo había designado Comandante del distrito, rompe con él y pone precio a su cabeza. Se generaliza la crisis de la Federación, separándose Nicaragua, Honduras y Costa Rica.

Echeverría: *Código o Declaración de Principios del Dogma Socialista.* Milanés: *El expósito.* F. Tristán: *Peregrinaciones de una paria.* Pesado: *El amor frustrado.* M. Cané y A. Lamas fundan *El Iniciador* en Montevideo. "Asociación de Mayo" o de la Joven Generación Argentina.

Ing.: Cobden y la Ley de Granos; agitación cartista; ocupación de Aden. Fundación de la Liga de Manchester; especulación de viviendas por los Jerry Builders. *Ale.:* Unificación de la moneda en Convención de Dresde. *EE.UU.:* Iowa se separa de la Unión.

Boucher de Perthes sienta las bases de la prehistoria. Bessel: medición de la distancia estelar. Daguerre: fotografía con proceso de revelado. Schleiden: teoría celular. Reconstrucción del Kremlin.

Dickens: *Nicholas Nickleby* (-39). Hugo: *Ruy Blas.* Poe: *Arthur Gordon Pym.* Exitos musicales de Liszt y Chopin.

Ch: Batalla de Yungay: el Gral. Bulnes derrota a la Confederación peruano-boliviana. Reacción antiportaleana. Reincorporación de oficiales, entre ellos

Esp.: Convenio de Vergara entre Espartero y Maroto, fin de la guerra carlista; Don Carlos se asila en Francia. *Fr.:* Ministerio Thiers; insurrección de Blanqui. *Ing.:* Fracasa la Convención Nacional

1840

Agosto, 10. Andrés Bello es uno de los dos individuos elegidos por el Senado para codificar las leyes civiles. El 26 de octubre de 1852, Bello presenta un proyecto de Código Civil; el Presidente Manuel Montt, nombra una comisión para que lo revise. (Este Código quedó promulgado como ley, el 14 de diciembre de 1855).

O'Higgins, y fin de las medidas extraordinarias. Se adopta el código militar.

AL: Páez presidente de Venezuela. En Colombia, rebeliones militares en provincias: la "guerra de los Supremos" (-42). El Congreso ecuatoriano acepta los acuerdos sobre la deuda de la Gran Colombia. Flores reelecto presidente. Después de Yungay, el Congreso boliviano depone a Santa Cruz y declara abolida la Confederación. Sublevaciones contra Rosas en Corrientes y en Buenos Aires, derrotadas. Lavalle invade Entre Ríos; el terror en Buenos Aires. En Uruguay, Rivera electo presidente; declara la guerra a Rosas y vence a Oribe en Cagancha apoyado por los entrerrianos. En México, Bustamante enfrenta los pronunciamientos de los generales federalistas Urrea y Mejía. Paredes Arrillaga reprime el levantamiento federal de Jalisco. Alamán pierde casi todos sus bienes.

Segura: *El sargento Canuto.* Ascasubi: *Paulino Lucero* (-51). Echeverría: *El matadero.* Villaverde: *Cecilia Valdés* (1ª parte). F. Toro: *Europa y América.* Irisarri publica en Guayaquil el periódico *La Verdad Desnuda* (-43).

Cartista; instauración del sistema nacional de Registros civiles. *Turq.:* Abdul-Medjil I, sultán (-61). Crisis europea por cuestión egipcia.

Primer Congreso científico italiano en Pisa. T. Schwann descubre la célula animal. Ch. Goodyear: Vulcanización del caucho. Primera asociación obrera en Barcelona.

Blanc: *Sobre la organización del trabajo.* Ranke: *Historia de Alemania durante la Reforma.* Gioberti: *Introducción al estudio de la filosofía.* Macaulay: Comienza la *Historia de Inglaterra* (-61). Stendhal: *La Cartuja de Parma.* Poe: *La caída de la Casa Usher.* Balzac: *Esplendor y miseria de las cortesanas.* P. Borel: *Madame Putiphar.* Turner: *El último viaje del Temerario.* Berlioz: *Benvenuto Cellini* y *Romeo y Julieta.* Chopin: *Preludios.* Wagner en París.

Ch: William Wheelwright inaugura la Compañía de Navegación del Pacífico.

AL: En Colombia José María Obando se pone al frente de la rebelión de Pasto. En el Congreso, Santander es violentamente atacado. Los generales Herrán y Tomás C. Mosquera dirigen las fuerzas del gobierno contra los rebeldes. España reconoce la independencia de Ecuador. Flores se une a los colombianos Herrán y Mosquera contra Obando. En Perú, es derrotada la revolución "regeneradora"

Esp.: Levantamiento liberal y abdicación de la regenta Cristina; Espartero regente. *Fr.:* Ministerio Guizot (-48). *Ing.:* Casamiento de Victoria con Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha; ocupación de Hong Kong; Guerra del Opio. *Países Bajos:* Guillermo II, rey. *Egipt.:* Mohamed Alí, bajá de Egipto se subleva contra el imperio turco. *Prusia:* Federico Guillermo, rey. *EE.UU.:* Partido abolicionista.

Inglaterra realiza más del 30% del comercio internacional. Frégier: Plan de

1841 Se publica en Valparaíso su *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana* que en su primera versión había sido escrita en Caracas.

Febrero, 5 y junio, 3. Bello escribe en *El Araucano* artículos en los que expone sus ideas literarias (que son una síntesis de romanticismo y clasicismo). Se muestra partidario de la completa libertad literaria.

Julio. Publica anónimamente el poema "El incendio de la Compañía". A partir de esta fecha las publicaciones poéticas de Bello, hasta ahora esporádicas, se harán regulares.

Julio, 26. Andrés Bello es nombrado, junto con José Gabriel Palma y José Miguel de la Barra para que examinen el proyecto de ley para la Universidad de Chile (que había sido elaborado por el propio Bello, probablemente un año antes de esta fecha, pues en 1839 Mariano Egaña había decretado la disolución de la antigua Universidad de San Felipe). El 14 de septiembre, Manuel Montt, Ministro de Educación,

Chile y América Latina	*Mundo exterior*
encabezada por Vivanco. F. Pardo y Aliaga, es desterrado por su apoyo a Vivanco. En Argentina, sublevaciones en Corrientes y Tucumán, a la que adhieren varias provincias norteñas. Lavalle en la provincia de Buenos Aires; no ataca a la ciudad, donde reina el terror. Se firma el tratado Mackau-Arana y los franceses levantan el bloqueo. Lavalle es derrotado en Quebracho Herrado, en el norte. Luego de pactar con Rosas, los franceses retiran su apoyo a Rivera, presidente de Uruguay. Los liberales proponen que se anticipe la mayoría de edad de Pedro II, quien es proclamado emperador y designa un gabinete liberal en Brasil. Morazán reconquista Guatemala pero es vencido por Carrera y marcha al exilio. Carrera, Comandante en Jefe del Ejército. Sublevación de Santa Anna y Paredes contra Bustamante, en México. Mueren F. de P. Santander y el Dictador Francia. F. Pardo y Aliaga: periódico *El Espejo de mi Tierra.*	construcciones públicas para obreros en Francia; posee 25,5 millones de hectáreas cultivadas. Primeras importaciones de guano a Europa. Aparición del timbre postal en Inglaterra. Cunard: funda en Liverpool compañía naviera. Liebig: *De la química aplicada a la agricultura.* Gauss: *Atlas de magnetismo terrestre.* Proudhon: *¿Qué es la propiedad?* Cabet: *Viaje a Icaria.* Savigny: *Sistema del derecho romano contemporáneo.* Guérin: *El centauro.* Sainte-Beuve: *Port-Royal* (-59). Nerval traduce *Fausto.* Grillparzer: *¡Ay del que miente!* Zorrilla: *Los cantos del trovador.* Delacroix: *Entrada de los cruzados a Constantinopla.* Donizetti: *La favorita.*
Ch: Gral. Manuel Bulnes, presidente. Se inicia un período de estabilidad política y fomento económico, cuyas bases generales fueron elecciones dirigidas y mantenimiento constitucional con los dos grandes resortes de "facultades extraordinarias" y "estado de sitio". Prieto Comandante General de Armas de Valparaíso y Consejero de Estado. *AL:* El general Herrán, conservador, presidente de Colombia. Sus ministros Mariano Ospina y Rufino Cuervo. Reforma educativa. En Ecuador, victoria de Flores sobre el rebelde Obando en Huilquipampa. Flores firma un convenio respetando los límites de 1835. El presidente peruano Gamarra decide in-	*Ing.:* Caída del gabinete liberal; Ministerio Peel (-46). Monarquismo constitucionalista en los reinos escandinavos. Tratado de Meerengen: cierre de los estrechos del Bósforo y Dardanelos a los buques de guerra. *EE.UU.:* John Tyler sucede a Harrison, muerto ese año. *Fr.:* Ley de disminución del trabajo infantil; reposición de la Ley de enseñanza. Ley de Joule sobre energía eléctrica. De Cristoforis: Máquina atmosférica de bencina con carburador. Whitworth: sistema universal de roscas. Thomas Cook organiza el primer viaje turístico. Feuerbach: *La esencia del cristianismo.* Schopenhauer: *Los problemas fundamentales de la moral.* List: *Sistema na-*

agradece formalmente a Bello, en nombre del Gobierno, la realización del proyecto. Este fue propuesto al congreso el 4 de julio de 1842, y aprobado con ligeras reformas el 19 de noviembre de ese mismo año.

1842

Mayo, 12. Bello publica en *El Mercurio* un artículo en defensa de Pedro Fernández Garfias, titulado "Ejercicios populares de lengua castellana".

Mayo, 22. Domingo Faustino Sarmiento le replica con un artículo en *El Mercurio* en el que califica de inútil, y aun dañoso, el énfasis que pone Andrés Bello en la enseñanza de la gramática y el correcto uso del idioma castellano.

Junio, 18. Publica "Las fantasmas" (imitación de "Los orientales" de Víctor Hugo).

Julio, 20. Publica "A Olimpo" (imitación de Víctor Hugo). Entre este año y el siguiente, Bello publica cinco traducciones —o más propiamente, imitaciones— de Víctor Hugo.

vadir Bolivia para impedir la restauración de Santa Cruz. La invasión provoca una anarquía general en Bolivia y Gamarra ocupa La Paz. El general Ballivián, unifica el mando boliviano y derrota a los peruanos en Ingavi, donde muere Gamarra. En Paraguay, el Congreso restablece el Consulado y designa a Carlos Antonio López. Los prisioneros son liberados y se abre el puerto del Pilar al comercio fluvial, poniéndose fin al aislamiento. En Brasil, luego de la ruptura del emperador con los liberales, retoman el gobierno los conservadores. En Argentina, es desbaratada la Liga del Norte, antirrosista. El Salvador se separa de la ya inexistente Federación centroamericana. Plan de Tacubaya en México; Santa Anna presidente; escisión del Estado de Yucatán.

Baralt: *Resumen de la historia de Venezuela*. Orgaz: *Preludio del arpa*. Gómez de Avellaneda: *Sab*.

cional de la economía política. Carlyle: *Los héroes*. Emerson: *Ensayos*. (-44). Gogol: *Almas muertas*. Wagner: *El buque fantasma* (estreno 1843). Adam: ballet *Giselle*.

Ch: Muere Bernardo O'Higgins en Lima. Ley de regulación de exportaciones de guano.

Sanfuentes: *El campanario*. Fundación de la *Sociedad Literaria* y discurso de J. V. Lastarria. Apogeo cultural del país. Iniciación de la polémica entre clásicos y románticos. Sarmiento, desterrado de la Argentina, agita el medio intelectual chileno; funda en Santiago el primer diario: *El Progreso* y organiza en Chile la primera escuela normal de la América española.

AL: Llegan a Venezuela los restos del Libertador (13/XII) bajo la presidencia de Páez. La Plaza de la Catedral recibe el nombre de Plaza Bolívar. En Perú, anarquía generalizada. Gobierno del general Vidal, que nombra a B.

Esp.: Levantamiento contra Espartero en Cataluña; aparición del Partido Republicano. *Port.*: Movimiento de liberales moderados, establecimiento de la Carta de 1826; gobierno del conde de Thomas. *Fr.*: Muere el duque de Orléans; ley de Regencia. *Ing.*: Tratado de Nankín, fin de la Guerra del Opio, cesión de Hong Kong por los chinos. Los boers fundan el Estado libre de Orange. *EE.UU.*: Fijación de la frontera con Canadá. Reconocimiento jurídico de los sindicatos.

Fundación de *La Nación*, órgano de La Joven Irlanda. Mayer: principio de conservación de la energía. Joule: equivalente mecánico del calor. Lawes patenta procedimento para producir superfosfatos. Primer concierto de la New York

1843

Marzo, 18. Andrés Bello, en carta al editor del periódico *El Progreso,* aclara ante un artículo aparecido en periódico de Santiago, que su autor no fue uno de sus alumnos. El artículo transcribía un discurso a favor de la monarquía como forma de gobierno.

Julio, 18. Es designado miembro de la Universidad de Chile en las Facultades de Filosofía y Humanidades, y de Leyes y Ciencias Políticas. El 21 del mismo mes, es nombrado Rector de la Universidad. (Será reelegido Rector por el claustro pleno de la Universidad en 1848, 1853, 1858 y 1863, siempre por una mayoría casi absoluta).

Julio, 19. Publica "Los duendes" (imitación de Víctor Hugo).

Septiembre, 17. Instalación de la Universidad de Chile. Lectura por Andrés Bello del discurso inaugural. En dicho discurso se trazan las líneas doctrinales de la Universidad.

Octubre, 1. Publica "La oración por todos" (imitación de Víctor Hugo).

Noviembre, 10. En su calidad de Rector de la Universidad, Bello dirige cartas a los directores de estudios de diversas

Laso ministro de gobierno. En el entierro de Gamarra, Bartolomé Herrera pronuncja un sermón, llamando "al orden". Es designado Rector del Colegio San Carlos, al que reorganiza. Ballivián, presidente de Bolivia; paz con Perú; ordenamiento del país. Se declara formalmente la independencia del Paraguay. Estallan rebeliones liberales en San Pablo y Minas Gerais, en Brasil. Morazán regresa a Nicaragua, pero es derrotado y fusilado. Intervención naval inglesa y ocupación del Golfo de Mosquitos, donde se crea el reino de Mosquitia. Los Estados centroamericanos firman un pacto de unión. En México, Santa Anna convoca una Junta de Notables. Alamán en la Dirección de Industrias.

Alberdi: *El gigante Amapolas*. Plácido: *El veguero*. F. Toro escribe la *Descripción de los honores fúnebres de Bolívar*.

Philarmonic Orchestra. El deporte en el sistema de enseñanza británico.

Mill: *Lógica*. Bertrand: *Gaspar de la noche*. Sué: *Los misterios de París*. Poe: *El escarabajo de oro*. Whitman: *Franklin Evans*. Daumier: *Tipos parisinos*. C. Franck: *Tríos*. Glinka: *Rusland y Ludmilla*. Nace Mallarmé y muere Stendhal.

Ch: Ocupación del Estrecho de Magallanes. Colonización austral que proporcionará un aumento importante de la riqueza nacional con la explotación de lanas, maderas y carbón submarino.

Lastarria: *El mendigo*.

AL: Soublette presidente de Venezuela: Decreto de amnistía general. En Ecuador, se sanciona la Constitución conocida como la "Carta de la esclavitud". Flores electo por ocho años. Rocafuerte reinicia la oposición. Se establece el tributo personal, que desata una oposición generalizada. Pronunciamiento de Vivanco en Arequipa; ocupa Lima y es designado Director Supremo. Enérgicas reformas administrativas y militares, reduciéndose el Ejército. En el sur se subleva R. J. Castilla. Con el apoyo de Rosas, Oribe invade Uruguay y pone

Esp.: Pronunciamiento militar, imposición de la mayoridad a Isabel; exilio de Espartero. *Fr.:* Restablecimiento de la *Entente Cordiale* con Inglaterra. *Ing.* Anexión de Natal; segundo *Trek* de los boers. Revolución en Atenas.

Miseria en Irlanda: población disminuye de 8,3 a 5,7 millones en 1863. Ley de Ohm sobre vibraciones sonoras. Botta inicia excavaciones de Khorsabad (Iraq). Brunel: botadura del "Great Britain", vapor accionado por hélices y con casco de acero.

Kierkegaard: *Diario de un seductor*. Macaulay: *Ensayos críticos e históricos*. Montalembert: *El deber de los católicos*. Dickens: *Martín Chuzzlewit*. Labrouste: Biblioteca de Santa Genoveva en París. Turner: *Los alrededores de Venecia*. Donizetti: *Don Pascual*. Wagner: *El ho-*

naciones (entre ellas Bolivia, México, Perú y Venezuela), notificándoles de la creación de la Universidad de Chile, e invitando a establecer un intercambio cultural que ayude a promover la educación en los pueblos de Latinoamérica. El 21 de octubre de 1844 llega la respuesta de José María Vargas, Director de Instrucción de Venezuela; el 9 de febrero del mismo año, la de José María, Arzobispo de La Plata.

En este año y el siguiente, publica en *El Crepúsculo*, revista chilena, diez artículos sobre filosofía, que pasarán, junto con comentarios a obras filosóficas de otros autores, a integrar la *Filosofía del Entendimiento* (de edición póstuma).

1844

Enero, 1. Publica "Moisés salvado de las aguas" (imitación de Víctor Hugo).

Abril, 23. Se promulga el Reglamento del Consejo de la Universidad, sin duda inspirado por Andrés Bello; el Consejo Universitario tendrá a su cargo la administración y organización de la enseñanza en Chile.

Junio, 21. Se promulga el Reglamento para la concesión de Grados de Facultades de la Universidad de Chile, elaborado por el Consejo Universitario, y en cuya composición tuvo Bello una parte primordial.

Hacia este año o el siguiente, Bello empezó un extenso poema al que titula "El proscrito", que dejó inédito e inconcluso.

sitio a Montevideo; comienza el "sitio grande", que durará ocho años. El general Paz dirige la defensa, de la que participan brigadas extranjeras, entre ellas la italiana, comandada por Garibaldi. Las flotas inglesa y francesa impiden el bloqueo fluvial. Una revolución de los mulatos dirigida por Ch. Herard derroca a Boyer en Haití. Fracasa una invasión a Yucatán.

De Angelis: *Archivo Americano*. P. J. Rojas inicia en Cumaná la publicación de *El Manzanares* (-1845). Nace en Bogotá M. A. Caro.

landés errante. Mendelssohn: *Sueño de una noche de verano*.

Ch: Tratado de paz y amistad con España y reconocimiento de la independencia chilena.

F. Bilbao: *Sociabilidad chilena*. Llega a Chile, en exilio, F. Pardo y Aliaga.

AL: En Arequipa, Vivanco es derrotado por Castilla, designado presidente. Se reconstruye la Confederación de América Central; presión británica para disolverla. Carrera jefe de Estado en Guatemala. En México, Paredes Arrillaga se pronuncia contra Santa Anna, lo depone y coloca en la presidencia al general Herrera. Un movimiento dirigido por la Logia Trinitaria emancipa a Santo Domingo de Haití. Pedro Santana presidente, encarcela a los principales jefes liberales. En Haití, revolución derroca al presidente Herard y Philippe Guerrier es proclamado presidente. Se dicta la primera Constitución y se designa a C. A. López presidente de Paraguay.

Alamán comienza a publicar las *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana*. Vélez de Herrera: *Elvira de Oquendo*. Macedo: *La Moreninha*.

Esp.: Gobierno del gral. Narváez; represión política. *Fr.:* Guerra con los marroquíes. *Ing.:* Movimiento cooperativo en Rochdale; reorganización del Banco de Inglaterra. Ley sanitaria de vivienda y urbanismo en Londres. *Ale.:* Unión de Friburgo, socialcristiana (-91). Levantamiento de los tejedores de Silesia. *EE.UU.:* Triunfa James Knox Polk, candidato de los estados esclavistas y anexionista.

Telégrafo Morse entre Baltimore y Washington. Kalbe: ácido acético sintético. Keller: celulosa para la preparación del papel. Primera exposición industrial del Zollverein alemán. G. Wiliams funda la YMCA en Londres.

Carlyle: *Pasado y presente*. Kierkegaard: *El concepto de la angustia*. Marx, refugiado en París, redacta los *Manuscritos económico-filosóficos*. Disraeli: *Coningsby o la nueva generación*. Dostoievski traduce al ruso *Eugenia Grandet*. Dumas: *Los tres mosqueteros*. E. Barret Browning: *Poemas*. Zorrilla: *Don Juan Tenorio*. Verdi: *Hernani*. Nace Nietzsche.

1845	*Enero, 14.* Decrétase, por sugerencia del Rector A. Bello, que se premie con dos años de jubilación a aquellos profesores que escriban o traduzcan un texto para la enseñanza.
	Marzo. Expone en *El Araucano* la reforma ortográfica que había venido proponiendo desde 1823, y que había comenzado a usarse en Chile con algunas modificaciones.
	Abril, 15. Presenta a la Facultad de Humanidades un método de acentuación de las palabras.
	Junio, 13. Muere el más querido de sus hijos, Francisco Bello Boyland.

Irisarri publica en Quito *La Concordia* (-1845).

Ch: Firma del Tratado por el cual España reconoce independencia de Chile. Ley de colonización. Se funda la Sociedad Democrática.

"Jotabeche" funda *El Copiapino.*

AL: España reconoce la independencia venezolana. En Colombia, el general Mosquera, conservador, presidente. Reforma monetaria y obras públicas. En Guayaquil estalla el movimiento "marcista", de carácter liberal, contra Flores. Este firma con los revolucionarios un tratado por el que cede el poder a cambio de una garantía para sus bienes y sueldos. La Convención de Cuenca dicta una nueva Constitución, de carácter liberal. Vicente R. Roca presidente. Muere el presidente Guerrier, en Haití. J. L. Pierret, presidente (16/IV). Rosas cierra el comercio con Paraguay, cuya independencia no reconoce. Las flotas francesa e inglesa disponen el bloqueo de todos los puertos de la Confederación; en la Vuelta de Obligado, después de una intensa batalla, fuerzan el paso del río Paraná, cerrado por Rosas. En Brasil, concluye la pacificación de Río Grande. La misión Abrantes gestiona en Gran Bretaña y Francia la intervención en el Río de la Plata. Se disuelve la Confederación de América Central. Estados Unidos admite a Texas en la Unión; sus tropas ocupan el territorio e invaden México. Paredes Arrillaga, con las tropas que debían enfrentar a los estadounidenses, se pronuncia contra Herrera.

Payno: *El fistol del diablo* (-46). J. V. González publica sus *Catilinarias* contra A. L. Guzmán. F. Toro: *Reflexiones so-*

Esp.: Sanción de nueva constitución; Don Carlos abdica en favor de su hijo. Jesuitas en Lucerna. Tratado franco-chino en Whampoa. *EE.UU.:* Texas y Florida admitidos como estados esclavistas; Guerra con México.

Faraday: estudios sobre la polarización de la luz. Layard inicia excavaciones de Kalach y Nínive. Creación del Colegio Real de Química en Londres; primera sociedad para la provisión de viviendas en Londres. Producción textil británica sobre 17,5 millones de husos.

Max Stirner: *El único y su propiedad.* Disraeli: *Sybil.* Marx: *Tesis sobre Feuerbach.* Engels: *Situación de la clase obrera en Inglaterra.* Poe: *El cuervo.* Humboldt: *Cosmos.* Delacroix: *El sultán de Marruecos.* Viollet-le-Duc y Lassus ganan el concurso para la reconstrucción de Nuestra Señora de París. Wagner: *Tannhäuser.*

1846

Publica una traducción de la *Biografía de Lord Byron* por Villamain.

Julio, 26. Publica la segunda versión de "La Cometa", cuya primera redacción se dio a luz pública en 1833.

En este año compone su poema humorístico-satírico "La Moda", que no se publicó sino hasta 1882.

1847

Publica su *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos.* Durante su vida alcanza a hacer cinco ediciones, en cada una de las cuales introduce numerosas e importantes innovaciones.

Abril. Publica una segunda edición corregida de la *Gramática de la lengua latina,* obra compuesta por su difunto hijo Francisco.

Abril, 25. En carta a Domingo Faustino Sarmiento le agradece el informe preparado por éste sobre el estado y organi-

bre la Ley del 10 de abril de 1834. Sarmiento: *Facundo. El Comercio del Plata,* en Montevideo y *El Paraguayo Independiente* en Asunción.

Ch: Bulnes inicia su segundo período presidencial. Intensa agitación liberal. Después de prolongados debates se aprueba una restrictiva ley de Imprenta.

AL: En Venezuela, intensa campaña electoral; Páez se declara presidente. Levantamiento liberal, sofocado por Páez. En Ecuador, ruptura entre el presidente Roca y los liberales. El gobierno no cumple el tratado con Flores; éste, luego de realizar gestiones en la Corte española, organiza un ejército en Santander y contrata en Londres una flotilla, que es embargada por el gobierno inglés, luego de enérgicas gestiones de los gobiernos americanos. Fracasa una Asamblea, reunida en El Salvador, para reconstruir la Unión Centroamericana. Paredes Arrillaga presidente de México.

Gómez de Avellaneda: *Guatimozín.* J. M. Gutiérrez: *América poética.* Gonçalves Días: *Primeros cantos.* Echeverría: *Dogma socialista.* En Bogotá, A. J. de Irisarri publica el periódico *El Cristiano errante,* que aparece hasta el año siguiente, y la *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho.*

Esp.: Casamiento de Isabel; caída de Narváez. *Port.:* Levantamiento popular contra Thomas. *Ing.:* Abolición de la Ley de granos; agitación en Irlanda; escisión en el partido conservador, ministerio Russel. *Ale.:* Asamblea intelectual del Pueblo Alemán en Franckfurt. Austria se anexa Cracovia. *Papado:* Encíclica *Qui Pluribus;* amnistía a los presos liberales pide Pío XI. *EE.UU.:* Tratado anglonorteamericano en Washington.

Galle observa el planeta Neptuno de acuerdo a cálculos de Le Verrier. Primera intervención quirúrgica con anestesia en Inglaterra. Baños y lavaderos públicos en Londres.

Proudhon: *Sistema de las contradicciones económicas o la filosofía de la miseria.* Michelet: *El Pueblo.* Dostoievski: *El doble.* Thackeray: *Feria de vanidades.* Keller: *Poesías.* Sand: *El pantano del diablo.* Daumier: *Nuestros buenos burgueses.* Berlioz: *La condenación de Fausto.*

Ch: Fundación de Punta Arenas y conflicto con Argentina. Primeras sociedades obreras chilenas (las primeras en América Latina).

El gobierno encarga a Eusebio Lillo la nueva letra del Himno Nacional.

AL: En Venezuela, J. T. Monagas presidente; se inicia el "monagato", que se prolongará doce años. En Perú, ley de

Esp.: La reina Isabel se separa; gral. Serrano, favorito. *Port.:* Derrota de los insurrectos de Oporto; ayuda militar de Inglaterra y España. *Fr.:* Enfrentamiento de Guizot con Palmerston. Campaña de los banquetes; agudización de la oposición a la monarquía. Ley sobre jornadas del trabajo femenino. *It.:* Movimiento del "Risorgimento" en Turín. *Ing.:* Resurgimiento del cartismo. Producción

zación de los establecimientos educativos del Perú, y le notifica que el Consejo Universitario tomará en cuenta todas sus observaciones.

Septiembre, 14. El arzobispo de Santiago escribe una carta en que critica el criterio de Bello como censor de piezas dramáticas: ..."me aseguran que [las piezas elegidas] son motivo de escándalo aun en las personas más relajadas...".

Noviembre, 22. Apruébase el Reglamento para la instrucción universitaria inspirado por Bello.

1848

Enero, 1. Publica el poema "A Peñalolén".

Publica la *Cosmografía o descripción del universo conforme a los últimos descubrimientos.* "En este libro —dice Bello— me he propuesto hacer una exposición tan completa del sistema del universo, según el estado actual de la ciencia astronómica, como lo permitía la limitada extensión a que me he reducido".

Enero, 17. Presenta al Ministro un proyecto de plan de estudios para el Instituto Nacional, formado y aprobado por la Facultad de Humanidades, y revisado por el Consejo Universitario.

Enero, 29. Es aprobada una ley que había sido promovida por Bello, y que manda adoptar el sistema métrico-decimal.

Septiembre. Publica en *El Araucano* su proyecto de ley que fija los derechos de los autores y de los traductores.

amnistía general. Se reúne el Congreso de Plenipotenciarios americanos; concurren Bolivia, Chile, Ecuador, Nueva Granada y Perú. Luego de aplastar una revolución, renuncia Ballivián en Bolivia. Inglaterra levanta el bloqueo a Buenos Aires e inicia negociaciones con Rosas, mientras la flota francesa lo mantiene. Guatemala declara la independencia. En Haití, el general Soulouque, presidente. En México, el Congreso, dominado por los reformistas, resuelve la desamortización de los bienes eclesiásticos. Santa Anna derrotado por los estadounidenses en La Angostura. Levantamiento contra el liberal Gómez Farías, a quien Santa Anna separa de la presidencia. Ocupada la ciudad de México (IX); Santa Anna renuncia.

A. J. Irisarri: *El cristiano errante* (novela autobiográfica).

textil sobre 4,2 millones de husos. *Belg.:* Ministerio liberal Rogier. *Ale.:* Movimientos liberales en Renania, Sajonia y Baviera; Campaña por el Parlamento Nacional Germánico.

Yacimientos de oro en California. Helmholtz: Principio de conservación de la energía. Simpson: Parto con anestesia de cloroformo. Rawlinson descifra la escritura cuneiforme. Inauguración de la línea Hamburgo-América. Gervinus funda la *Gaceta alemana*. Nace T. A. Edison.

Marx: *Miseria de la filosofía*. Michelet: *Historia de la revolución francesa* (-53). Lamartine: *Historia de los girondinos*. Ranke: *Historia alemana en la época de la reforma*. Balzac. *El primo Pons*. E. Brontë: *Cumbres borrascosas*. Emerson: *Poemas*. Merimée: *Carmen*.

Ch: Creciente oposición al gobierno y en especial a su Ministro del Interior, Manuel Montt acusado de autoritario.

Hermógenes de Irisarri: *La charla*. J. V. Lastarria funda la *Revista de Santiago*.

AL: En el Congreso Americano reunido en Perú, se acuerda un Pacto defensivo de las cinco naciones contra intervenciones extranjeras, que luego no es ratificado por los Estados. Tratado Guadalupe-Hidalgo: México cede Texas y Nuevo México a EE.UU. Constitución de Honduras. Rebelión en Pernambuco. Monagas disuelve el Congreso venezolano. Belzú, presidente de Bolivia, inicia era de "caudillos bárbaros". Inglaterra se apodera del puerto nicaragüense de San Juan.

Esp.: Regreso de Narváez al gobierno; levantamiento carlista sofocado; expulsión del embajador inglés. *Port.:* Gobierno liberal de Saldanha. *Fr.:* Revolución de Febrero; caída de Luis Felipe; proclamación de la Segunda República. Insurrecciones proletarias de Junio; represión de Cavaignac; elección de Luis Bonaparte. *It.:* Levantamientos en Sicilia, Milán, Venecia y Roma; huída del Papa. *Ale.:* Los "Días de Marzo" en las calles de Berlín; insurrección y huída del príncipe heredero; asamblea de Francfort por un Reich alemán. *Aust.:* Revolución en las calles de Viena; dimisión de Metternich. Levantamiento en Hungría; República de Kossuth. *Ing.:* Sanción de la Ley de Salud Pública. Guerra anglo-boer.

Kneip: hidroterapia. Inauguración de la línea Barcelona-Mataró. Stephenson-

1849	Inicia la traducción de la obra de Plauto *Rudens o El cable del navío,* que no se publicó completo sino en Caracas (1952). *Junio, 10.* Se publica "Diálogo entre la amable Isidora y un poeta del siglo pasado", poema compuesto hacia 1846. *Julio, 17.* Publica el epigrama titulado "El tabaco". *Octubre, 28.* Publica el poema "Al Biobío".
1850	Publica las dos primeras partes de un curso de historia literaria. Las partes llevan por título *Literatura Antigua del Oriente* y *Literatura Antigua de la Grecia.*

Chile y América Latina	Mundo exterior
De Paula Vigil: *Sobre la autoridad de los gobiernos.* Saco: *Ideas sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos.* Generación de los "bohemios" inicia el romanticismo en Perú: Aréstegui y *El padre Horán.*	Fairbairn: puente de acero "Britannia" de la línea Chester-Holyhead. Marx-Engels: *Manifiesto comunista.* S. Mill: *Principios de economía política.* Macaulay: *Historia de Inglaterra.* Mann: *Lecciones sobre educación.* J. Grimm: *Historia de la lengua alemana.* A. Dumas: *La Dama de las Camelias.* Rossetti: Hermandad prerrafaelista. Menzel: *Entierro en Berlín de los caídos de Marzo.* Schumann: *Manfredo.*
Ch: Nueva concesión a W. Wheelwrigth, esta vez para construir un ferrocarril desde Santiago a Valparaíso. Se funda la Academia de Pintura. *AL:* Soulouque se proclama Faustino I, emperador de Haití. Fuerzas paraguayas ocupan Misiones. Insurrección de Páez contra Monagas en Venezuela. Exilio de Monagas. Perú acrecienta ventas de guano a Europa. En León, Nicaragua, un Congreso de representantes concreta la formación de una Representación Nacional centroamericana. Alamán presidente del Ayuntamiento de México, organiza el Partido Conservador. En Colombia, el general José Hilario López, liberal, electo presidente. Rafael Núñez inicia su carrera política como secretario de gobierno de Cartagena. Alamán: *Historia de México* (—52). Márquez: *La bandera de Ayacucho y Pablo.* B. Mitre: *Al cóndor de Chile.*	*It.:* Austria reprime los movimientos del norte. Derrotados Garibaldi y Mazzini; República de Roma; Víctor Manuel II, rey de Piamonte y Cerdeña. *Fr.:* Actuación de Luis Bonaparte y la Montaña; ministerio extraparlamentario de Bonaparte. Subsidio para construcción de viviendas populares; prohibición de huelga de mineros. *Ale.:* El Parlamento sanciona Constitución Federal; Rey de Prusia rechaza la corona; disolución del Parlamento. Alianza austro-rusa contra Hungría; dimisión de Kossuth. *Papado:* Encíclica *Nostris et Nobiscum.* *EE.UU.:* gral. Taylor, presidente. Creciente inmigración irlandesa a EE. UU. Fizeau: experiencias sobre la velocidad de la luz. Francis: turbina hidráulica radial. Worms: plancha estereotipo curva. Livingstone descubre el lago Ngami. Monier realiza las primeras experiencias con hormigón armado. Dickens: *David Copperfield* (-50). Lamartine: *Raphael.* Fernán Caballero: *Las Gaviotas.* Ruskin: *Las siete lámparas de la arquitectura.* Courbet: *El hombre del cinturón.* Nicolai: *Las alegres comadres de Windsor.* Muere Chopin.
Ch: Los liberales Lastarria y Errázuriz presentan un proyecto de Reforma constitucional. El conservador Antonio	*Port.:* Destitución de Saldanha; gobierno de Thomas. *It.:* Cavour ingresa al gabinete de Piamonte. *Fr.:* Ley Falloux

Junio, 19. Publica la parte que tradujo del *Sardanápalo* de Byron.

Junio, 20. El Rector A. Bello suscribe las indicaciones del Consejo Universitario para organizar las escuelas nocturnas en Chile.

1851

Abril, 15. El Rector A. Bello informa al Ministro que el Consejo Universitario no ofrece reparos a que no sea enseñada la ortografía reformada, ya que ésta ha sido abandonada en impresos y manuscritos.

Mayo, 9. Fallece Ana Bello Dunn, la hija mayor de don Andrés.

Mayo, 20. Escribe una carta a su hijo Juan, quien se hallaba al momento desterrado por razones políticas, y le transmite el profundo dolor que le ha causado el fallecimiento de una hija: "En ninguna época de mi vida ha sido tan triste para mí la separación de cualquiera de mis hijos".

Noviembre, 20. Es nombrado, por el voto unánime de los miembros de la Real Academia Española, académico honora-

Varas es designado ministro de Interior, consagrándose la candidatura oficial de Manuel Montt.

Fundación de la *Sociedad de la Igualdad* (F. Bilbao, S. Arcos, J. Zapiola, E. Lillo, M. Recabarren) y publicación de su periódico *El Amigo del Pueblo*. Larraín Gandarillas edita la *Revista Católica*. Creación del Conservatorio Nacional de Música.

AL: Acuerdo entre la Confederación y el comisionado inglés en el Plata. Muere San Martín en Francia y Artigas en el Paraguay. Ley en Brasil contra la trata de negros. Noboa presidente de Ecuador. Los jesuitas expulsados de Colombia y reincorporados en Ecuador. Echenique es electo presidente del Perú. Belzú presidente constitucional de Bolivia.

A. Magariños Cervantes: *Caramurú* (Madrid). Sarmiento: *Recuerdos de provincia.*

sobre enseñanza y ley electoral de Thiers. *Ale.:* Convenio de Olmutz; reparto de Schleswing y Holstein entre Prusia y Austria. Nueva Constitución prusiana. *Ing.:* Producción de algodón 1.85 millones de Kg.; ley sobre jornada de 10 horas en industrias textiles para mujeres y adolescentes; primera ley sobre librerías populares. *EE.UU.:* Renovación del convenio Clay sobre la esclavitud en California; Fillmore, presidente.

Población europea: 270 millones. Francia: 35,63 millones de habitantes. Censo en EE.UU.: 23,26 millones de habitantes. Se funda la Agencia Reuter. Singer: máquina de coser. Primer cable submarino entre Dover y Calais. Classius: 2ª ley de termodinámica.

Kelvin: *Memorias sobre el calor.* Bastiat: *Armonías económicas.* Carlo Curci: *Civiltà Cattolica.* Schopenhauer: *Parerga y Parilopomena.* Emerson: *Los hombres representativos.* Hawthorne: *La letra escarlata.* Corot: *Danza de las ninfas.* Goya: *Los proverbios.* Wagner: *Lohengrin.* Muere Balzac.

Ch: Revolución liberal, en oposición a la candidatura de Montt. Centros de agitación: Copiapó y La Serena, en el norte; Concepción, que moviliza el importante Ejército de la Frontera; y Punta Arenas, que asiste al motín del teniente Cambiaso. Triunfan no obstante las fuerzas leales a Montt, quien gobernará el país por un decenio. Primera locomotora en Sudamérica, desde Caldera a Copiapó.

Lastarria: *Diario político.* Regresa de Europa A. Blest Gana.

Esp.: Concluye el gobierno de Narváez; Concordato con el Papa. *Port.:* Pronunciamiento de Saldanha; regresa al gobierno; Acta adicional en la Constitución; reformas liberales. *Fr.:* Golpe de Estado de Luis Bonaparte; disolución de la Asamblea; presidencia vitalicia. *Ale.:* Bismarck representante de Prusia en la Dieta germánica. Revuelta de los Taiping en China. *Ing.* primera ley de construcciones subvencionadas.

Censo en Inglaterra: 17.928 millones de habitantes. Primera exposición universal en Londres; federación de mecá-

rio de dicha corporación. El 28 de febrero de 1861, al crearse en la Academia la categoría de académicos correspondientes, ésta incluye a Bello entre los individuos de esta nueva clase.

1852

AL: J. Gregorio Monagas, hermano de Tadeo, presidente de Venezuela. Los conservadores, dirigidos por Julio Arboleda, inician un levantamiento contra López, en Colombia. El general Urbina es nombrado Jefe supremo en Ecuador. El gobernador entrerriano Urquiza se pronuncia contra Rosas. Tratado de alianza entre Corrientes, Entre Ríos, Montevideo y Brasil. Urquiza cruza la Banda Oriental, levanta el sitio de Montevideo y marcha sobre Buenos Aires. El ejército de los Estados unionistas invade Guatemala y es derrotado por Carrera, designado presidente de Guatemala. Los conservadores conquistan el gobierno en toda América Central, a excepción de Honduras. En Cuba, nuevo fracaso de Narciso López, quien es fusilado. El general Arista presidente de México.

Mármol: *Amalia* (—55). Maitín: *Obras poéticas.* Gonçalves Dias: *Ultimos Cantos.* Muere Echeverría en Montevideo.

nicos. 220 mil irlandeses emigran a EE. UU. Creación de la Bolsa de Barcelona. Monier patenta sistema de hormigón armado.

Comte: *Sistema de filosofía positiva.* Juan Donoso Cortés: *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo.* Macaulay: *Ensayos biográficos.* Melville: *Moby Dick.* Hnos. Goncourt: *Diarios* (-84). Longfellow: *La leyenda dorada.* Murger: *Escenas de la vida de bohemia.* Nerval: *Viaje a Oriente.* Paxton: Palacio de Cristal. Ruskin: *Las piedras de Venecia.* Verdi: *Rigoletto.* Schumann: *Hermann y Dorotea.* Exilio de Hugo.

Ch: Decenio de evidente progreso material: se movilizan las riquezas del país para incrementar las obras públicas, se protege decididamente la inmigración y el comercio y aumenta el número de negocios. Se aprueba la ley de desvinculación, que suprime los mayorazgos. Larraín Gandarillas viaja a Estados Unidos.

M. Bilbao: *El inquisidor mayor.*

AL: En Colombia se suprime la esclavitud. Es sofocado el levantamiento de Julio Arboleda. Se exilia al arzobispo Mosquera. Núñez rector del Colegio Nacional de Cartagena. Fracasa una invasión de Flores al Ecuador. Nueva Constitución y elección de Urbina como presidente. Se proscribe a los jesuitas y se suprimen los últimos vestigios de la

Fr.: Restablecimiento del Imperio con Luis Bonaparte. *It.:* Cavour presidente del Consejo de Piamonte. *Ale.:* Negociaciones de Austria con Alemania del Sur para la unión aduanera; denuncia de Prusia; coalición de Darmstadt; independencia de Montenegro. *Ing.:* Reconocimiento de Transvaal independiente.

Remodelación de París: Haussmann, prefecto del Sena. Kelvin: Principio de la disipación de la energía. Fundación del Banco Crédit Mobilier en París. Norman Bouchaut instala el primer "Gran Almacén": *la Maison du Bon Marché* de París.

Comte: *Catecismo positivista.* Spencer: *Principios de psicología* (-57). R. Ihering: *Principios del derecho romano.*

1853	*Junio, 2.* El Rector A. Bello eleva al Ministro el plan de mejoras de los estudios universitarios compuesto por el Consejo de la Universidad. *Julio, 25.* En nombre del Consejo Universitario ofrece un premio al mejor libro en el que se estudie la influencia que tendría la generalización de la instrucción primaria en la sociedad.

esclavitud. Código Civil peruano. En Caseros, Urquiza derrota a Rosas, que abandona el país en un barco inglés y se establece en Southampton. Los gobernadores convocan un Congreso Constituyente y se nombra a Urquiza Director provisional. Buenos Aires se separa de la Confederación y no participa del Congreso, que se reúne en Santa Fe. Pacto entre Blancos y Colorados. El blanco Giró presidente. La independencia paraguaya es reconocida por la Confederación argentina. Comienza etapa de prosperidad material, desarrollo cultural y realización de obras públicas. José Trinidad Cabañas, presidente de Honduras, trata de reconstruir la Unión Centroamericana; invade Guatemala pero es derrotado.

Alberdi: *Bases*. J. F. Lisboa: *Diario de Timón*.

Carey: *Armonía de los intereses agrícolas, manufactureros y comerciales*. Los Grimm inician el *Diccionario alemán*. Gautier: *Esmaltes y Camafeos*. Beecher-Stowe: *La cabaña del tío Tom*. De Lisle: *Poemas antiguos*. Turgueniev: *Relatos de un cazador*. Baltard: Mercado Central de París (-58).

Ch: Larraín Gandarillas se incorpora a la Facultad de Teología y es también nombrado Rector de Seminario.

AL: Se sanciona la Constitución argentina. Precaria paz entre Buenos Aires y la Confederación. En Uruguay, Giró rechaza los tratados firmados por Lamas con Brasil, que implican importantes cesiones territoriales. La Asamblea los reconoce y Giró renuncia. Conflictos armados entre colorados y blancos. En México, el presidente Arista renuncia. Alamán escribe a Santa Anna ofreciéndole la presidencia en nombre del Partido Conservador. Santa Anna es designado presidente, con poderes ilimitados, y nombra ministro de Relaciones Exteriores a Alamán, quien poco después muere. Los principales jefes liberales son desterrados. Fracasa una revolución organizada por liberales y con-

Esp.: Dimisión de Bravo Murillo. *Port.:* Muere la reina María; minoridad de Pedro I y regencia de Saldanha. *Rusia:* Propuesta a Inglaterra sobre el reparto de Turquía; comienza la Guerra de Crimea; ocupación rusa de los principados danubianos; flota franco-inglesa en los Dardanelos. Restauración del Zollverein. Rusia y EE.UU. reclaman acceso al Japón. *EE.UU.:* Pierce, presidente; adquisición del Sur de Arizona a México. Los Taiping se apoderan de Nankín. *Fr.:* Avances de la Iglesia en la educación. Primer congreso científico internacional de Estadística en Bruselas. Explotación de los yacimientos carboníferos en el Ruhr. Herzer: Revista liberal-socialista en Londres.

Gobineau: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (-55). Lieber: *La libertad civil y el gobierno autónomo*.

1854	

Chile y América Latina	Mundo exterior
servadores en Venezuela. Elecciones presidenciales en Colombia; los conservadores se abstienen y los liberales se dividen en radicales o gólgotas y moderados o draconianos. Triunfa el candidato de éstos, Obando. Se sanciona una Constitución liberal, federal y democrática. Separación de la Iglesia y el Estado. R. Núñez diputado por el partido Liberal. Polémica Sarmiento-Alberdi: *Cartas quillotanas; Las ciento y una*. Corpancho: *Brisas de mar*. A. de Azevedo: *Poesías*. Nace Martí. Muere Caro.	Hugo: *Los castigos*. Gogol: *Taras Bulba*. Verdi: *La Traviata* y *El Trovador*. Liszt: *Rapsodias húngaras*. Nace Van Gogh.
Ch: Primera ley sobre organización municipal. A causa de la oposición del gobierno al restablecimiento de los jesuitas se inicia la división del Partido Conservador. Muere el general Prieto. Guillermo Blest Gana: *Poesías*. *AL:* Abolición de la esclavitud en Venezuela. Revolución de Ayutla contra Santa Anna en México. Buenos Aires formaliza su segregación del resto de las provincias. El Estado de Buenos Aires dicta su Constitución. Urquiza es electo presidente constitucional de Argentina. El coronel Venancio Flores presidente de Uruguay. Continúan las luchas entre blancos y colorados; Flores pide apoyo militar a Brasil. Carrera presidente vitalicio de Guatemala. En Colombia, golpe de Estado del general Melo, que establece una dictadura apoyada por las sociedades democráticas. Liberales y conservadores se alían contra él y lo derrotan. R. Núñez secretario de Guerra y Hacienda. En Perú, Castilla encabeza en Arequipa una revolución liberal contra Echenique y declara abolida la esclavitud y el tributo indí-	*Esp.:* Escándalo por la conducta de la reina. Movimiento de conservadores moderados y liberales. Gobierno de Espartero. La reina madre abandona el país. Francia e Inglaterra declaran la guerra a Rusia. *EE.UU.:* Conflicto en Kansas; formación del Partido Republicano; discurso de Lincoln contra la esclavitud. Berthelot: Principios de la termodinámica. Riemann: Geometría no-euclidiana. Producción de acero con convertidores Besemer. Primera hilandería en Bombay. Fundición en Dakar. Ferrocarriles sobre los Alpes y en la India. Se declara el Dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen. Mommsen: *Historia de Roma*. Nerval: *Las quimeras* y *Silvia*. Tennyson: *La carga de la brigada ligera*. Tiutchev: *Poesía*. Viollet-le-Duc: *Diccionario razonado de la arquitectura francesa*. Nacen Rimbaud y Poincaré.

1855	

Chile y América Latina	*Mundo exterior*
gena. Combate también contra Vivanco, a quien derrota en Arequipa. Almeida: *Memorias de un sargento de milicias* (-55) Varnhagen: *Historia general de Brasil,* J. J. Pesado: *Los aztecas.* Mitre: *Rimas.*	
Ch: Tratado de límites con Argentina. El Presidente inaugura la primera sección del ferrocarril Santiago-Río Maule. A. Blest Gana publica en la *Revista de Santiago* sus novelas breves "Engaños y desengaños" y "Los desposados". *AL:* El conservador Mallarino presidente de Colombia. En Perú, victoria de Castilla sobre Echenique. Se instala el "gobierno de la moralidad", de tendencia liberal. Se reúne la Convención nacional, electa por voto popular directo, que designa a Castilla presidente provisional. División de la Convención entre constitucionalistas y castillistas. En Bolivia, Belzú anuncia su renuncia. Le sucede su yerno, el general Córdova, que derrota en las elecciones al Dr. Linares. El norteamericano Walker, con una fuerza mercenaria, interviene en Centroamérica junto a los liberales. Irisarri ministro de Guatemala en Estados Unidos, desarrolla una activa campaña contra Walker. Luego de vender la Mesilla a Estados Unidos Santa Anna abandona el país; el liberal Comonfort presidente de México (11/XII) después de las presidencias interinas de Martín Carrera (15/VII), Gral. Rómulo Díaz de la Vega (11/IV) y el Gral. Juan Alvarez (4/X). Cisneros: *El pabellón peruano.* Baralt: *Diccionario de galicismos.* B. Herrera funda *El católico* para combatir las ideas liberales en el Perú.	*Esp.:* Predominio liberal en las Cortes Constituyentes. Reformas eclesiásticas. Cae el gobierno del General Espartero (10/X). *Port.:* Mayoridad de Pedro I. *Fr.:* Atentados contra Napoleón III. Leyes sobre trabajo y propiedad industrial. *Ing.:* Gobierno de Palmerston. Guerra de Crimea: Batalla de Sebastopol con derrota aliada; Piamonte y Cerdeña intervienen contra Rusia. Masacre de musulmanes en Yunnan. Autorización a Lesseps para construir el canal de Suez. 1ª Exposición Internacional de París. Los Rothschild fundan el Kreditanstalt de Viena. Primera huelga general en España. Nightingale: los heridos de Crimea son atendidos por enfermeras. Lobachevsky: *Pangeometría.* Büchner: *Fuerza y materia.* Le Play: *Los obreros europeos.* Kierkegaard: *El momento.* Browning: *Hombres y mujeres.* Baudelaire: *El spleen de París.* Nerval: *Aurelia.* Whitman: *Hojas de hierba* (-97). Courbet: *El taller.*

1856	*Octubre, 11.* En carta a Manuel Ancízar, Bello expresa: "Los jóvenes de ahora no tienen, sino muy raro, la tolerancia de Ud. hacia las ideas añejas que forman casi todo el ajuar de mi cerebro, a lo menos en materias políticas; bien que en ellas, a decir la verdad, no pertenezco a ninguna bandera, y lo que profeso (en mi conciencia) es el escepticismo. No por eso me crea Ud. reñido con lo nuevo".
1857	Pierde el uso de sus piernas. Se ve obligado a moverse con ayuda de otra persona, y pasa la vida sentado delante de una mesa, leyendo, escribiendo o dictando.

Chile y América Latina	Mundo exterior
Ch: Reelección de Montt. Conflicto del gobierno y la Iglesia que concluye con la división del Partido Conservador: surge el partido Nacional Monttvarista. José Antonio Torres: *La independencia de Chile,* pieza teatral dedicada a S. Sanfuentes. Muere Ventura Blanco Encalada. *AL:* Con el apoyo de los dos principales caudillos, es electo Pereira, presidente de Uruguay. Walker vence a las fuerzas de Costa Rica y Guatemala y se proclama presidente de Nicaragua. En Venezuela, José Tadeo Monagas presidente. Páez viaja a Europa. En Ecuador, el general Robles sucede a Urbina. García Moreno, catedrático de matemática y física, es nombrado Rector de la Universidad (-1858). En Perú, en la Convención se discute la amnistía a los partidarios de Echenique, resistida por los liberales y finalmente aprobada. Intensos debates sobre la cuestión religiosa, que concluyen con la decisión de no tolerar otra religión que la católica, con la supresión de los diezmos y la desautorización del retorno de los jesuitas. Pardo y Aliaga elabora un proyecto constitucional. La Convención aprueba finalmente una Constitución liberal y antiautoritaria. Vivanco se subleva en Arequipa. Continuas sublevaciones contra Córdova en Bolivia. Vélez de Herrera: *Romancero cubano.*	*Esp.:* O'Donnell reemplaza a Espartero; fracasa levantamiento liberal; gobierno de Narváez; disolución de las Cortes. *Port.:* Caída de la "Regeneración". *It.:* Memorándum de Cavour sobre Italia. Francia e Inglaterra firman tratado con Rusia en París; fin de la Guerra de Crimea. Convención Internacional sobre guerra naval. Ley sobre Sociedades Anónimas en Inglaterra. Hallazgo del Neanderthal. Síntesis de un colorante de anilina. Burton-Speke: expedición a la zona de los grandes lagos africanos. Tocqueville: *El Antiguo Régimen y la Revolución.* Taine: *Ensayo sobre Tito Livio.* Barret Browning: *Aurora Leigh.* Oksakov: *Crónica familiar.* Ibsen: *La fiesta en Solhaug.* Teatro de la Zarzuela en Madrid. Nace O. Wilde.
Ch: Entre 1852 y 1857, una serie de leyes de desvinculación de los mayorazgos son causa inmediata de una gran división de la tierra. Primer Teatro Municipal.	*Ing.:* Grave crisis financiera; incremento de su expansión colonial y conquista de mercados; revuelta de los cipayos; franco-ingleses ocupan Cantón. *Fr.:* Entrevista de Napoleón con el Zar. *Ale.:* Guillermo de Prusia asume la regencia

1858	Fallece en Caracas doña Ana Antonia López, madre de Bello. *Agosto, 21.* Publica la fábula "La ardilla, el dogo y el zorro" (imitación de Florián).

AL: Reforma de la Constitución y nueva elección de J. T. Monagas en Venezuela. El conservador Mariano Ospina presidente de Colombia. El gobierno ecuatoriano concierta arreglos con Inglaterra por la deuda externa y compromete en él tierras reclamadas por Perú (convención Icaza-Pritchet). García Moreno repite su expedición al cráter del Pichincha. En Perú, Vivanco ataca el Callao pero es rechazado. Castilla pone sitio a Arequipa y disuelve la Convención. Gobierno de Linares en Bolivia; programa de orden y moralización; asunción de la dictadura. Las fuerzas centroamericanas unidas derrotan a Walker, que se refugia en EE.UU. En Nicaragua comienza el treintenio conservador. Se promulga la Constitución liberal de México y se elige presidente a Comonfort. Pronunciamiento conservador en Tacubaya, desconociendo la Constitución.

Del Campo: *Carta de Anastasio el Pollo sobre el beneficio de la señora La Grúa.* Alencar: *El guaraní.*

de Federico Guillermo IV. *EE.UU.:* Constitución esclavista en Kansas; caso Dred Scott; Buchanan, presidente.

Primer Censo en España: 15 millones de habitantes; Ley Moyano de Instrucción Pública; fundación de la Academia Tomista. Fiebre amarilla en Lisboa. Fundación de las Universidades de Calcuta y Madrás. Pasteur: estudio de la fermentación por los microorganismos. Kekulé: tetravalencia del carbono. Producción de papel con pulpa de madera. Elisha Otis patenta el ascensor.

Buckle: *Historia de la civilización de Inglaterra.* Flaubert: *Madame Bovary.* Baudelaire: *Las flores del mal* y traducción de *Historias extraordinarias* de Poe. Eliot: *Escenas de la vida clerical.* O. Feuillet: *La novela de un joven pobre.* Champfleury: Manifiesto *El realismo.* Courbet: *Muchachas a la orilla del Sena.*

Ch: Segunda Revolución Liberal (-59), con menor participación popular. El foco más activo es esta vez el norte del país. Los liberales triunfan en las principales ciudades. Se organiza un gran petitorio para una Asamblea Constituyente.

G. Blest Gana: *La conjuración de Almagro,* pieza teatral versificada. A. Blest Gana publica su novela "El primer amor" en la *Revista del Pacífico,* de Valparaíso. José Antonio Torres funda *El Correo Literario.* Muere J. J. Vallejo.

AL: Sancionada la Constitución federal de Colombia (22/V), se crea la

Esp.: Retorna O'Donnell al gobierno; organización de la Unión Liberal. *It.:* Entrevista Napoleón-Cavour en Plombières, acuerdan acción conjunta contra los austriacos. *Fr.:* Atentado Orsini contra Napoleón III. *Ing.:* Eliminación de la Compañía de las Indias. Derrota final de los cipayos. Los franco-ingleses toman Tientsin. Comercio de China abierto a ingleses y franceses; reglamentación del comercio de opio. *EE.UU.:* Campaña electoral de Illinois; Douglas contra Lincoln.

Polémica de Pasteur y Pouchet sobre generación espontánea. Virchow: patología celular. Constitución de la Compa-

1859

"Confederación Granadina". Regreso de jesuitas al país, que asumen la dirección del Colegio San Bartolomé por orden del gobierno. Después de nueve meses de sitio, Castilla toma Arequipa; es electo presidente del Perú. En Valencia (Venezuela), liberales y conservadores inician una revolución contra Monagas. Su jefe, el general Castro, presidente. Se establece en Valencia la Convención Nacional que sanciona una nueva Constitución. Los liberales radicales organizan otro levantamiento: en Santo Thomas se crea la Junta patriótica y se designa jefe a Falcón. Walker fracasa en un nuevo intento y es ejecutado en Costa Rica. En México, el conservador Zuloaga reemplaza a Comonfort. Juárez organiza un gobierno en Veracruz. Miramón, jefe de las fuerzas conservadoras en el norte; importantes victorias y conquista del liderazgo en el ejército. Es nombrado presidente sustituto de Zuloaga.

Heredia, Quintero, Zenea: *El laúd del desterrado*. J. L. Mera: *Poesías*.

ñía del canal de Suez. Adhesión de los países al sistema métrico decimal de 1795. Fundación de los transportes Wells Fargo. Apariciones de la Virgen a Bernardette Soubirous en Lourdes.

Carlyle: *Historia de Federico II*. Proudhon: *La justicia en la Revolución y en la Iglesia*. Wagner: *Sigfrido*. Offenbach: *Orfeo en el infierno*.

Ch: En diversos puntos del país estalla un movimiento revolucionario, encabezado por los liberales y con participación popular. Victoria del gobierno y enérgica represión; se le otorgan facultades extraordinarias hasta el fin del período. Larraín Gandarillas lee en la Facultad de Teología su discurso de incorporación sobre la relación entre la Iglesia y la política.

Daniel Barros Grez: *La beata*. Lastarria funda el Círculo de Amigos de las Letras. Domingo Arteaga Alemparte funda con su hermano Justo, *La Semana*.

AL: Tratado entre los gobiernos de Gran Bretaña y Guatemala, por el que

Esp.: Guerra de Marruecos; rechazo de la proposición norteamericana para adquirir Cuba. *Fr.:* Ruptura con los católicos; etapa liberal del Imperio. Ocupación de Saigón. *It.:* Piamonte y Cerdeña declaran la guerra a Austria con el apoyo de Francia; victoria de Magenta y Solferino; Piamonte incorpora Lombardía y Toscana; Venecia en poder de Austria; Garibaldi inicia campaña libertadora. *Ale.:* Fortalecimiento del ejército prusiano, con Guillermo Hohenzollern. *EE. UU.:* Reconocimiento del gobierno de Benito Juárez; ejecución de John Brown; guerra contra la esclavitud.

Drake: perforación para extracción de petróleo en EE.UU. Bunsen-Kirchhoff:

1860

Enero, 12. Agradece a Manuel Ancízar la colaboración ofrecida por éste para la adquisición de libros en la Nueva Granada para formar la proyectada Biblioteca Hispano Americana en Santiago. El 19 de ese mismo mes, Bello pide a Juan María Gutiérrez que se encargue de adquirir libros en Buenos Aires para la referida Biblioteca.

Septiembre, 4. En esta fecha dirige un oficio al Ministro en el que le dice: "mis dolencias se repiten con tanta fre-

este país entrega a aquél el territorio de Belice. Gobierno progresista del General Fabre Gefrard en Haití. Miramón dictador de México. El general constitucionalista Degollado es derrotado en Tacubaya, mientras Miramón fracasa en el asalto a Veracruz. Manifiestos de Juárez y de Miramón. Se sancionan las Leyes de Reforma. En Argentina, tropas de la Confederación, mandadas por Urquiza, derrotan a las de Buenos Aires, encabezadas por Mitre. El tratado de San José de Flores fija las condiciones de reincorporación de Buenos Aires a la Confederación. En Ecuador, el general Robles instala su gobierno en Guayaquil mientras García Moreno se subleva en Quito contra el gobierno militar. El general Franco se proclama en Guayaquil jefe supremo; Urbina y Robles, los principales jefes "marcistas", se refugian en Chile. Mientras Franco acuerda con el peruano Castilla, García Moreno, que encabeza el partido civilista, solicita protección a Francia. En Venezuela, Castro, Tovar y Gual se alternan en la presidencia, mientras se extiende la revolución federal. El jefe federal Zamora derrota en Santa Inés al ejército constitucional.

J. V. González: *Biografía de J. F. Ribas.* Orgaz: *Las tropicales.* F. Pardo y Aliaga: *Constitución Política* (poema satírico).

espectroscopia. Monturiol: prueba del sumergible "El Ictíneo".

Darwin: *El origen de las especies.* S. Mill. *Sobre la Libertad.* Marx: *Crítica de la economía política.* Dickens: *Historia de dos ciudades.* Hugo: *La leyenda de los siglos* (-83). Tennyson: *Los idilios del rey.* Bécquer: Primeras *Rimas.* Manet: *El bebedor de ajenjo.* Ingres: *El baño turco.* P. Webb: La casa roja de W. Morris. Gounod: *Fausto.*

Ch: Vicuña Mackenna: *Historia de la independencia en el Perú.* A. Blest Gana: *La aritmética en el amor.*

AL: Tovar presidente constitucional de Venezuela. Páez, que volvió de EE. UU., ministro de Guerra. Muere el caudillo federal Ezequiel Zamora. Continúa la guerra y el gobierno obtiene im-

Esp.: Ocupación de Tetuán. Fracasa un levantamiento carlista. *Fr.:* Tratado comercial con Inglaterra. Liberalización de ley aduanera. *It.:* Revolución en Sicilia y Nápoles dirigida por Garibaldi; ambas regiones se incorporan a Italia. Se restablecen en Hungría las instituciones autónomas. Saqueo de Pekín por fuerzas europeas. Rusia funda Vladivos-

cuencía... hasta el punto de hacer ya tres meses que no salgo de casa, donde en todo este tiempo se han celebrado las sesiones del Consejo y de las Facultades a que me ha sido posible concurrir (...) he creído hallarme en el caso de presentar... mi renuncia del cargo de Rector..." (La renuncia no será aceptada).

Septiembre, 12. Fallece en Nueva York, a la edad de 36 años Juan Bello Dunn, encargado de negocios de Chile en los Estados Unidos de Norteamérica.

Noviembre, 24. Se promulga la ley orgánica de la Instrucción Primaria en Chile, redactada por la Facultad de Humanidades que preside Bello.

portante victoria en Coplé. En Colombia, el general Mosquera, transformado en liberal, inicia en Cauca un levantamiento. R. Núñez se traslada al exterior; reside primero en EE.UU. y luego es cónsul en Liverpool, hasta 1874, colaborando además con varios periódicos americanos. En Ecuador, el general Flores, vuelto del Perú, es puesto por García Moreno al frente del ejército que combate a los peruanos. El peruano Castilla ocupa Guayaquil, reconquistada poco después por los ecuatorianos. En Perú, Castilla reúne un nuevo congreso, con predominio de sus partidarios, presidido por B. Herrera. Este presenta un proyecto de Constitución, de carácter autoritario extremo, que es rechazado. Se suprime el fuero eclesiástico y Herrera renuncia a la Cámara, retirándose de la vida política. B. Mitre gobernador de Buenos Aires y Derqui presidente de la Confederación. Se reforma la Constitución, para posibilitar la reincorporación de Buenos Aires. En Uruguay, Berro (blanco) presidente; política neutral e independiente de las potencias vecinas. El capitán general Serrano establece trato cordial con los sectores liberales de Cuba. En México, fracasa el segundo intento de Miramón ante Veracruz. Intervención norteamericana contra una flotilla que lo apoyaba. Trato Mon-Almonte con España. Derrota final de Miramón en Capulalpán. Triunfo de las Reformas liberales. El liberal Gerardo Barrios es electo presidente de El Salvador.

J. V. González: *Historia de Venezuela.* P. J. Rojas funda *El Independiente* (-1863). P. Herrera: *Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana.*

tok. *EE.UU.* Lincoln presidente; Secesión de Carolina del Sur.

Londres: 2,8 millones de habitantes. Berlín: 493 mil. París subterráneo: dentro del plan de Haussmann, incorporación del sistema de drenajes y agua potable para una población de más de millón y medio de parisinos. Speke-Grant: descubrimiento de los afluentes del Nilo. Lenoir: máquina de explosión. Primer Congreso Internacional de química en Karlsruhe. Crémieux funda la Alianza Israelita Universal. Se instala en Elche la primera máquina de alpargatas.

Fechner: *Elementos de la Psicofísica.* Taine: *La Fontaine y sus fábulas.* Burckhardt: *La cultura del Renacimiento en Italia.* Baudelaire: *Los paraísos artificiales.* Ovstrovsky: *La Tormenta.* Saint-Saëns: *Oratorio de Navidad.* Muere Schopenhauer.

1861 Publica las fábulas "El hombre, el caballo y el toro" y "Las ovejas". También "Miserere" (Traducción del salmo 10).

Junio, 27. El Rector Andrés Bello presenta al Ministro el proyecto de reglamento para la Biblioteca Nacional, redactado por el Decano de Humanidades y revisado por el Consejo Universitario.

Noviembre, 11. El Rector Andrés Bello recomienda al Gobierno que adquiera la biblioteca que vende Benjamín Vicuña Mackenna, para incrementar los fondos de la Biblioteca Nacional. Tal Biblioteca posee 1.500 volúmenes dedicados en su totalidad a temas latinoamericanos.

Ch: José Joaquín Pérez presidente; comienza el período liberal. Ley de amnistía. El aventurero francés Aurélie-Antoine se proclama Rey de la Araucania y de la Patagonia. Ricardo Palma exiliado en Valparaíso.

AL: En Venezuela, Páez asume la dictadura. P. J. Rojas ministro y presidente sustituto. Infructuosa entrevista de Páez y el jefe federalista Falcón. Mosquera entra en Bogotá y asume la presidencia de Colombia. Decretos de tuición de cultos, expulsión de jesuitas y desamortización de bienes eclesiásticos. Julio Arboleda dirige la oposición conservadora. En Ecuador, la Convención Constituyente, presidida por Flores, le restituye sueldos, honores y propiedades que le arrebataran los "marcistas". Se sanciona una nueva Constitución, que elimina las limitaciones a los derechos políticos, y se elige presidente a García Moreno. En Bolivia, revolución contra Linares, que marcha al exilio acompañado por M. Baptista. Luego de un frustrado intento, se produce en La Paz una matanza de partidarios de Belzú, entre los que está el ex presidente Córdova. Nuevo enfrentamiento entre Buenos Aires y la Confederación. En Pavón, Mitre derrota a Urquiza, que se refugia en Entre Ríos. El ejército porteño comienza a ocupar el interior del país. Carrera interviene en Honduras, en un conflicto entre el presidente Guardiola y la Iglesia, acentuando la influencia guatemalteca. El presidente de Santo Domingo, Santana, acuerda con España la anexión de la isla a la Corona. En México, los constitucionalistas ocupan la capital. Expulsión del Nuncio y de los principales obispos; separación de la Iglesia y el Estado. Se suspende el pago de la deuda externa. Las partidas

Esp.: Conflicto con México por el pago de deudas. Acuerdo en Londres por una acción conjunta con Inglaterra y Francia. *Port.:* Comienza el reinado de Luis I (-90). *It.:* Víctor Manuel es proclamado rey de Italia; primer Parlamento; muere Cavour. *Ale.:* Guillermo I, rey de Prusia. *EE.UU.:* Los estados del Sur se separan de la Unión y constituyen la Confederación; Guerra de Secesión.

Reis inventa el teléfono. Nightingale dirige la primera escuela de enfermeras en Londres. Supresión de la servidumbre en Rusia.

S. Mill: *Sobre el utilitarismo.* Proudhon: *Teoría del impuesto.* Bachofen: *El Matriarcado.* Cournot: *Tratado sobre el encadenamiento de las ideas fundamentales en las ciencias y en la historia.* Dostoievski: *Recuerdos de la casa de los muertos.* Eliot: *Silas Marner.* Hebbel: *Los nibelungos.* Garnier: comienza la construcción de la Opera de París.

1862	

conservadoras mantienen la guerra; asesinato de los principales dirigentes liberales. Desembarco de las primeras tropas intervencionistas. Miramón se refugia en Cuba y luego pasa a Europa.

Cisneros: *Julia*. Primera Exposición Nacional en Brasil.

Ch: Amnistía para los perseguidos políticos y expatriados de 1859. Los disidentes del liberalismo sientan las bases del nuevo Partido Radical, bandera política de los elementos más conscientes de la burguesía minera. El presidente Pérez organiza un gabinete con participación de la oposición liberal. Ruptura con el montt-varismo y formación de la fusión liberal-conservadora.

Alberto Blest Gana: *Martín Rivas*.

AL: Guerra a muerte entre constitucionalistas y federales en Venezuela. Conflicto entre Colombia y Ecuador; tratado de Tulcán entre García Moreno y Arboleda. Intensa lucha periodística. Se firma en Roma el Concordato que regulariza las relaciones de la Iglesia con el Estado ecuatoriano. San Román sucede a Castilla en la presidencia del Perú. Achá, uno de los jefes de la revolución contra Linares, es electo presidente de Bolivia. En Argentina, Mitre presidente provisional primero y constitucional después. Muere el presidente de Paraguay Carlos Antonio López; lo sucede su hijo Francisco Solano. Barrios trata de organizar una alianza federativa centroamericana; oposición de Carrera. Por el tratado de Soledad el gobierno mexicano obtiene el retiro de España e Inglaterra, Miramón realiza en París gestiones para lograr la intervención francesa. Las tropas francesas,

Esp.: El general Prim reembarca luego de su incursión punitiva en México. *Fr.:* Napoleón modera su apoyo al nacionalismo italiano; intenta evitar la toma de Roma. *It.:* Garibaldi lanza el grito "Roma o Muerte"; derrota de Aspromonte. *Ale.:* Bismarck preside el ministerio en Prusia. *Aust.:* Negativa de Prusia para su acceso al Zollverein. Revolución en Grecia. Francia en Cochinchina y Obock. *EE.UU.:* Lincoln libera a los esclavos en los estados rebeldes; 186 mil soldados negros en el ejército yanki.

Foucault mide la velocidad de la luz. Bernard: función de los nervios vasomotores. Berthelot: síntesis del acetileno.

Spencer: *Primeros Principios*. Thiers: *Historia del Consulado y el Imperio*. Hugo: *Los miserables*. Flaubert: *Salambó*. De Lisle: *Poemas bárbaros*. Manet: *Lola en Valencia*. Von Klenze termina los Propíleos de Munich. Verdi: *La fuerza del destino*. Nace Debussy.

1863

Junio, 5. Presenta su dimisión al cargo de Rector: "... el tomar parte de las discusiones del Consejo se me hace cada día más difícil y penoso por el embarazo de la respiración que Ud. habrá sin duda percibido en muchas ocasiones y que probablemente será cada día mayor".

Junio, 18. Escribe al Secretario de la Real Academia Española, Manuel Bretón de los Herreros, y le expone los resultados de sus investigaciones sobre el Poema del Cid.

que inician su acción, son derrotadas en Puebla. Juárez ocupa ciudad de México.

Segura: *Las tres viudas.*

Ch: La escuadra española en Valparaíso, donde es agasajada. Se funda el partido Radical, escindido del Liberal. Se completa el ferrocarril Santiago-Valparaíso. Incendiada iglesia jesuita de la Compañía de Santiago.

B. Vicuña Mackena: *Don Diego Portales,* dedicado a José Victorino Lastarria. Blest Gana: *El ideal de un calavera.* M. L. Amunátegui: *La cuestión de límites entre Chile y Bolivia.* Larraín Gandarillas se incorpora a la Facultad de Filosofía; en su Discurso defiende la enseñanza del latín, por entonces en discusión. M. J. Irarrázaval funda el periódico católico *El bien público.* Isidro Errázuriz funda el diario *La Patria.*

AL: Antonio Guzmán Blanco y Pedro José Rojas, en nombre de los dos bandos, firman el convenio de Coche. Decreto de Garantías. Se instala la Asamblea Constituyente. Falcón presidente de Venezuela. Se sanciona la Constitución de Rionegro y se crean los Estados Unidos de Colombia. La Constitución procura limitar la autoridad presidencial. Conflicto de Ecuador con Colombia, debido al apoyo de Mosquera a los liberales ecuatorianos. Flores es derrotado por Mosquera en Guaspud, y firma un tratado de paz. García Moreno aprueba el Concordato, aunque el Congreso demora la ratificación. Ante el fallecimiento de San Román, asume Pezet la presidencia de Perú. La escuadra española en El Callao. Achá renueva su gabinete e inicia una política de orden y fomento económico en Bolivia. Los franceses capturan Puebla,

Esp.: Renuncia de O'Donnell. *Bel.:* Congreso católico en Malinas, discurso de Montalembert; ataque a la intolerancia y el absolutismo. *Fr.:* Protectorado en Camboya. *Ale.:* Bismarck disuelve el Landtag. Revolución en Polonia. Cristián IX, rey de Dinamarca. Jorge I, rey de Suecia. *EE.UU.:* Lincoln proclama la abolición de la esclavitud, concretada dos años después; victoria decisiva de la Unión en Gettysburg.

Crisis en la industria textil inglesa por la Guerra de Secesión. Proceso sosa-amoniaco por Solvay. Lasalle funda la Asociación de Trabajadores Alemanes. Krupp funda colonias obreras en Essen. Creación del Crédit Lyonnais en Francia.

Renan: *Vida de Jesús.* Huxley: *El lugar del hombre en la naturaleza.* Proudhon: *Sobre el principio federativo.* Taine: *Historia de la literatura inglesa.* Littré: *Diccionario de la lengua francesa* (-68). Ibsen: *Los pretendientes.* Dostoievski: *Memorias del subsuelo.* Primer número del *Petit Journal.* Salón de los rechazados en París. Manet: *Almuerzo en la hierba.* Rossetti: *Beata Beatriz.* Berlioz: *Los troyanos,* II parte.

1864 Es nombrado para decidir una contención internacional entre los Estados Unidos de Norteamérica y el Ecuador, nombramiento que se ve obligado a declinar a causa de su salud.

Marzo, 1. En carta a Manuel Ancízar, Bello comenta el origen de la calumnia de infidencia que contra él se dio en Caracas: "En cuanto a mi imputación antedicha estoy muy lejos de culpar al historiador [José Manuel Restrepo], que sin duda la había visto en varias obras, entre ellas la de Torrent, pero todas, a lo que creo, derivadas de una relación del Dr. Don José Domingo Díaz: médico caraqueño cuyos servicios al gobierno de la madre patria fueron premiados con la Intendencia de Puerto Rico; y haciéndole la debida justicia, creo que ni aun él mismo pensó calumniarme, porque la especie corrió en Caracas mismo. Es probable que después de todo pasará a la historia, y me resigno a ello sin el menor sentimiento".

luego de un sitio de 62 días. Juárez abandona la capital, donde entran los franceses. El general Forey designa un Ejecutivo y una Junta de Notables, que emiten su *Dictamen* sobre la forma de gobierno. Carrera invade El Salvador y derroca a Gerardo Barrios, reemplazándolo; también coloca un gobierno adicto en Honduras. Muere en Nueva York Antonio J. Irisarri. Muere asesinado Comonfort.

Palma: *Anales de la Inquisición de Lima.* Arona: *Ruinas.* Hostos: *La peregrinación de Bayoán.* Hernández: *Vida del Chacho.*

Ch: Ruptura de relaciones diplomáticas con Bolivia. En las elecciones, el gobierno derrota al montt-varismo. Son electos los primeros diputados radicales. A. Blest Gana: *La flor de la higuera.* M. J. Irarrázaval funda *El Independiente.*

AL: Se sanciona la Constitución federal de Venezuela. En Colombia, Manuel Murillo Toro presidente: el civilismo liberal; política de pacificación. El general Urbina invade el Ecuador desde el Perú. El general Flores, que los combate, muere poco después. En Perú, la escuadra española ocupa las islas Chincha; agitación general contra el gobierno, acusado de ineptitud y tolerancia. Los españoles refuerzan su flota. Se instala en Lima el Congreso Americano, al que concurren Bolivia, Colombia, Venezuela, Ecuador, Chile, Argentina y Perú. Se solucionan cuestiones de límites entre Bolivia y Perú. En México, una Comisión de la Junta de Notables ofrece la corona a Maximiliano de Austria, quien acepta (10/IV), luego de

Esp.: Ministerio de Narváez. *Ita.:* Tratado entre Francia e Italia para la ocupación de Roma. Fundación de la I Internacional en Inglaterra. Tratado de Viena austro-pruso-danés. *Papado:* Pío IX publica la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus. EE.UU.:* Sherman ocupa Atlanta y Georgia; reelección de Lincoln.

Rohls explota el Sahara. Producción de acero con el sistema Siemens-Martin. Dumant: creación de la Cruz Roja Internacional en Ginebra. Primeras competencias de atletismo universitario encuentro Oxford-Cambridge.

Spencer: *Principios de biología.* W. Emmanuel: *La cuestión laboral y el cristianismo.* Le Play: *La reforma social.* Lombroso: *Genio y Locura.* Fustel de Coulanges: *La ciudad antigua.* Hnos. Goncourt: *Renée Mauperin.* Tennyson: *Enoch Arden.* Rodin: *El hombre de la nariz rota.* Degas: *Retrato de Manet.* Offenbach: *La hermosa Elena.* Nace Toulouse-Lautrec.

1865	*Enero,* 2. El gobierno colombiano designa a Bello como árbitro en la disputa fronteriza entre Colombia y el Perú. Se ve obligado a no aceptar el nombramiento a causa de su salud. *Octubre, 15.* Tras cuarenta y cinco días de enfermedad, de bronquitis, y fiebre tifoidea, muere en Santiago a las siete y cuarenta y cinco de la mañana.

acordar con Napoleón III. Juárez, perseguido por las tropas francesas, instala su gobierno cerca de la frontera. Miramón es nombrado Gran Mariscal y embajador en Berlín.

Machado de Assis: *Chrysálidas*.

Ch: Alianza defensiva con Perú provoca conflicto con la escuadra española, que bloquea los principales puertos. Chile declara la guerra a España y la goleta "Esmeralda" captura a la fragata "Covadonga". Luego de un largo y encendido debate, el Congreso establece la libertad de cultos. Muere Francisco Bilbao.

AL: García Moreno derrota a los sublevados en Guayaquil y realiza una fuerte represión. Jerónimo Carrión presidente de Ecuador. Se firma el tratado Vivanco-Pareja, humillante para Perú. M. I. Prado encabeza una revolución en Perú y asume la dictadura. Gabinete de unión nacional. Perú declara la guerra a España. Melgarejo depone a Achá e inicia una sangrienta dictadura en Bolivia. Vuelve Belzú y obtiene importantes éxitos, pero muere asesinado. Flores asume la presidencia de Uruguay. *Guerra del Paraguay:* Paraguay declara la guerra a Brasil y Argentina (que no autorizó el paso de tropas paraguayas por su territorio). Argentina, Brasil y Uruguay firman el Tratado de la Triple Alianza. Los paraguayos atacan la ciudad argentina de Corrientes. Victorias de la flota brasileña en Riachuelo y de la vanguardia de las tropas aliadas en Yatay. Gerardo Barrios, que intenta recuperar el poder, es capturado y fusilado en Nicaragua. Muere Rafael Carrera; le sucede el general Cerna. España abandona la isla de

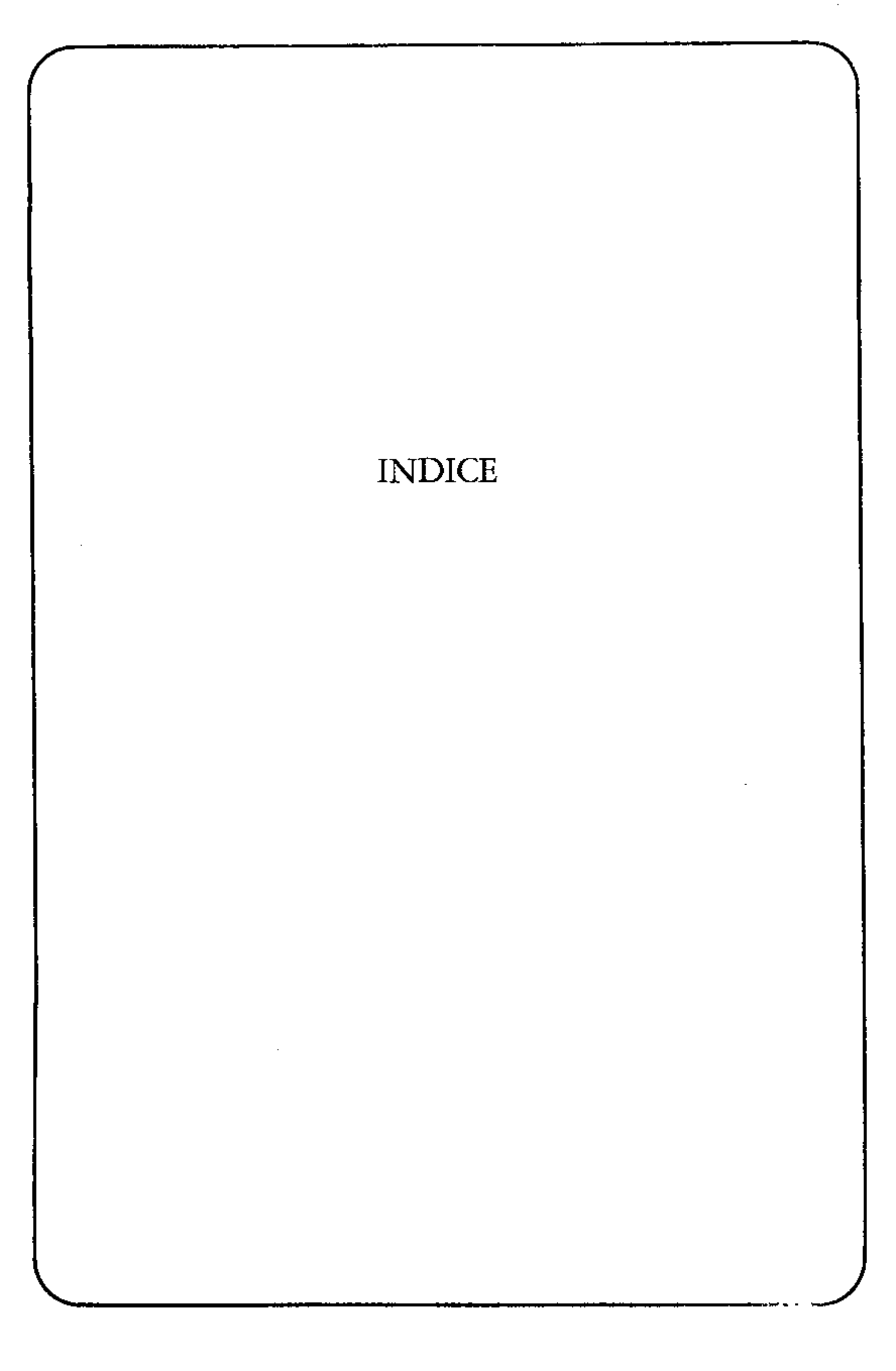
Esp. Conflicto de Narváez con los universitarios. Renuncia y retorno de O'Donnell. *Fr.:* Napoleón prohíbe la publicación del *Syllabus*. Oposición del gabinete. *Ing.:* Ministerio Russell. *Ale.:* Tratado de Gastein; Prusia obtiene Schleswik y Austria el Holstein. *EE.UU.:* Captura de Richmond; capitulación del gral. Lee en Appomatox; el congreso aprueba la abolición de la esclavitud; asesinato de Lincoln; fin de la guerra de Secesión.

Berthelot: *Lecciones sobre termodinámica;* inventa el calorímetro. Lister: Experiencias con anestésicos. Reconocimiento legal del valor cheque en Francia. Peters Otto: Asociación general de mujeres alemanas. Primer congreso obrero en España.

Bernard: *Introducción a la medicina experimental.* Broca: *Investigaciones y observaciones antropológicas.* Moleschot: *La unidad de la vida.* Proudhon: *Sobre el principio del arte.* S. Mill: *Examen de la filosofía de Hamilton.* Carroll: *Alicia en el país de las maravillas.* Tolstoi: *La Guerra y la Paz* (-69). Hnos. Goncourt: *Germinie Lacerteux.* Sully-Prudhome: *Poemas.* Manet: *Olympia.* Wagner: *Tristán e Isolda.* Brahms: *Danzas húngaras.*

Santo Domingo. Al concluir el período constitucional, Juárez decide continuar en su cargo de presidente.

V. Considérant: *Cuatro cartas al mariscal Bazaine* (-68). Zaldumbide: *El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República.* Palma: *Armonías* y *La lira americana.* J. V. González publica sus biografías políticas de Vargas, Tovar y el general Ribas. Muere Fermín Toro.



INDICE

POESIA

CRITICA LITERARIA

ESTUDIOS GRAMATICALES Y LINGÜISTICOS